Título original: *Outlander*

Traducción: Carmen Bordeu

Copyright © Diana Gabaldon, 1991
Copyright © Ediciones Salamandra, 1999

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A. Mallorca, 237 - 08008 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
ISBN: 84-7888-690-7 Depósito legal: B-29.217-2002
1" edición, junio de 1999
2ª edición, junio de 2002
Printed in Spain

Impresión: Romanyá-Valls, Pl. Verdaguer, 1 Capellades, Barcelona

A la memoria de mi madre,
que me enseñó a leer.
Jacqueline Sykes Gabaldon

Siempre desaparece gente. Preguntad a cualquier policía. Mejor aún, preguntad a cualquier periodista. Las desapariciones son moneda corriente para los periodistas. Las jóvenes escapan de sus casas. Los niños se pierden y jamás vuelven a verse. Las amas de casa llegan al límite de sus fuerzas y cogen el dinero de la comida y un taxi a la estación. Financieros internacionales cambian sus nombres y se desvanecen en el humo de cigarros importados. Algunos de los desaparecidos son encontrados, vivos o muertos. Después de todo, las desapariciones tienen explicaciones. Casi siempre.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
Invernesse, 1945

1. *Un nuevo comienzo*
2. *Las piedras enhiestas*
3. *El hombre del bosque*
4. *Mi llegada al castillo*
5. *Mackenzie*

SEGUNDA PARTE
El castillo de Leoch

6. *La Audiencia de Colum*
7. *El dispensario de David Beaton*
8. *Una velada de fiesta*
9. *La reunión*
10. *El juramento*

TERCERA PARTE
De viaje

11. *Conversaciones con un abogado*
12. *El comandante de la guarnición*
13. *Se anuncia una boda*
14. *La boda se celebra*
15. *Revelaciones en la alcoba nupcial*
16. *Un hermoso día*
17. *Encuentro con un mendigo*
18. *Asaltantes en las rocas*
19. *El caballo de agua*
20. *Claros desiertos*
21. *Un muavais quart d'heure detrás de otro*
22. *Ajuste de cuentas*
23. *El regreso a Leoch*

CUARTA PARTE
Una vaharada de azufre

24. *Un mal augurio*
25. *No dejarás que la bruja viva*

QUINTA PARTE
Lallybroch

26. *El regreso del Señor*
27. *El último motivo*
28. *Besos y calzoncillos*
29. *Mas honestidad*
30. *Conversaciones junto al hogar*
31. *Día de pago*
32. *Difícil tarea*
33. *La Guardia*

SEXTA PARTE
La búsqueda

34. *La historia de Dougal*

SÉPTIMA PARTE
El santuario

35. *La prisión de Wentworth*
36. *MacRannoch*
37. *La fuga*
38. *La abadía*
39. *La redención del alma de un hombre*
40. *La absolución*
41. *Desde las entrañas de la tierra*

FORASTERA

PRIMERA PARTE

Inverness, 1945

1

Un nuevo comienzo

No era un lugar dado a las desapariciones, al menos a primera vista. El establecimiento de la señora Baird era igual a miles de pensiones en Escocia en 1945: limpio y tranquilo, con empapelado de flores desteñidas, suelos relucientes y un calentador de agua a monedas en el baño. La señora Baird era regordeta y amable y no le molestaba que Frank le llenara la salita, decorada con rosas, de decenas de libros y papeles con los que siempre viajaba.

Me encontré con la señora Baird en el vestíbulo. Me detuvo sujetándome del brazo con su regordeta mano y me atusó el pelo.

—¡Pero, señora Randall! No puede salir así. A ver, déjeme peinarle ese mechón. ¡Así está mejor! ¿Sabe? Mi prima se ha hecho una permanente nueva que queda muy bien y se mantiene perfecta. Tal vez deba probarla la próxima vez.

No me animé a decirle que la desobediencia de mis rizos era sólo culpa de la naturaleza y no se debía a un descuido de los peluqueros. Los apretados bucles de la señora Baird no demostraban tal perversidad.

—Sí, lo haré, señora Baird —mentí—. Voy al pueblo a reunirme con Frank. Regresaremos a la hora del té. —Salí y emprendí el camino antes de que ella pudiera detectar más defectos en mi desordenada apariencia. Después de cuatro años de enfermera del ejército, disfrutaba de la ausencia de los uniformes y del racionamiento permitiéndome el placer de usar vestidos de algodón de colores vivos, totalmente inadecuados para caminar por los pastizales.

En realidad, tampoco había planeado hacer muchas caminatas. Mis ideas se acercaban más a dormir hasta tarde por las mañanas y pasar largas y tranquilas tardes en la cama con Frank, sin dormir. No obstante, era difícil mantener un espíritu romántico y lánguido con la aspiradora de la señora Baird zumbando al otro lado de la puerta.

—Debe de ser la alfombra más sucia de toda Escocia —había señalado Frank esa mañana mientras yacíamos en la cama escuchando el rugido feroz de la máquina en el pasillo.

—Casi tan sucia como la mente de su dueña —convine—. Tal vez deberíamos haber ido a Brighton. —Habíamos elegido las tierras altas de Escocia para disfrutar de unas vacaciones antes de que Frank ocupara su puesto de profesor de historia en Oxford; el norte de Gran Bretaña se había conservado apartado de los horrores físicos de la guerra y era menos susceptible a la frenética alegría de posguerra que infectaba otros sitios de veraneo más populares.

Y sin hablarlo, creo que ambos pensamos que era un lugar simbólico para recomenzar nuestro matrimonio. Nos habíamos casado y habíamos pasado una luna de miel de dos días en Escocia, poco antes del estallido de la guerra siete años atrás. Un plácido refugio para redescubrirnos mutuamente, supusimos, sin darnos cuenta de que si bien el golf y la pesca son los deportes al aire libre preferidos de los escoceses, el deporte bajo techo predilecto es el chismorreo. Y en un país tan lluvioso como Escocia, la gente pasa mucho tiempo dentro de casa.

—¿Adonde vas? —pregunté cuando Frank bajó los pies de la cama.

—No me gustaría desilusionar a la pobre señora —respondió. Se sentó en el borde de la vieja cama y comenzó a rebotar suavemente para producir un agudo y rítmico chirrido. La aspiradora del pasillo se detuvo de pronto. Después de saltar durante uno o dos minutos, Frank emitió un fuerte gemido y se dejó caer hacia atrás con un estruendo de resortes. Sin poder contenerme, me eché a reír bajo la almohada para no quebrar el azorado silencio del corredor.

Frank enarcó las cejas.

—Se supone que debes suspirar extasiada, no reírte —me reprendió a media voz—. Va a pensar que no soy un buen amante.

—Si quieres suspiros de éxtasis, tendrás que tardar más —respondí—. Dos minutos no merecen más que una carcajada.

—Qué mujer tan desconsiderada. He venido aquí a descansar, ¿recuerdas?

—¡Vago! Jamás llegarás a la próxima rama en el árbol de tu familia a menos que demuestres un poco más de entusiasmo.

La pasión de Frank por la genealogía fue otra de las razones por las que elegimos las montañas de Escocia. Según uno de los ajados papeles que siempre llevaba de un lado a otro, un aburrido ancestro suyo había tenido que ver en algo que había pasado en esta región allá por el siglo dieciocho... ¿o diecisiete?

—Si termino siendo un tocón sin hijos en el árbol familiar, será, sin duda, por culpa de nuestra incansable señora Baird. Después de todo, hace casi ocho años que nos casamos. El pequeño Frank será legítimo sin necesidad de ser concebido en presencia de un testigo.

—Si es que lo concebimos —apunté con pesimismo. Ya habíamos sufrido otra desilusión la semana anterior al viaje.

—¿Con todo este aire puro y comida sana? Aquí deberíamos lograrlo. —La noche anterior habíamos cenado arenque frito, al mediodía, arenque en escabeche y el fuerte aroma que subía por la escalera sugería que el desayuno consistiría en arenque ahumado.

—A menos que planees un bis para la virtuosa señora Baird —aventuré—, sería mejor que te vistieras. ¿No tienes que encontrarte con ese sacerdote a las diez? —El padre Reginald Wakefield, vicario de la parroquia local, le iba a enseñar unos fascinantes registros de bautismo para que Frank los inspeccionara, sin mencionar la apasionante posibilidad de que hubiera encontrado unos añejos despachos del ejército o algo por el estilo que mencionaban al notable antepasado.

—¿Cómo se llamaba ese tataratatarabuelo tuyo? —pregunté—. El que anduvo por aquí durante uno de los Levantamientos... No recuerdo si era Willy o Walter.

—De hecho, se llamaba Jonathan. —Frank aceptaba con placidez mi completa indiferencia en la historia familiar, pero se mantenía siempre alerta, presto a aprovechar la más leve expresión de curiosidad como excusa para contarme todos los datos conocidos hasta el momento sobre los primeros Randall y sus conexiones. Los ojos se le iluminaron con el ferviente brillo del fanático profesor mientras se abotonaba la camisa—. Jonathan Wolverton Randall, Wolverton en honor al tío de su madre, un caballero menor de Sussex. Sin embargo, se le conocía con el llamativo apodo de Jack el Negro, que adquirió en el ejército, probablemente durante su estancia aquí.

Me tiré boca abajo en la cama y fingí roncar. Frank me ignoró y prosiguió con su exégesis académica.

—Compró su grado a mediados de la década de los treinta, del siglo dieciocho, claro. Fue capitán de dragones. Según esas antiguas cartas que me envió la prima May, le fue bastante bien en el ejército. Una buena elección para un segundo hijo, ya sabes; su hermano menor también siguió la tradición y se ordenó sacerdote, pero todavía no he averiguado mucho sobre él. De todos modos, el duque de Sandringham alabó las actividades de Jack Randall antes y durante el Levantamiento Jacobita del cuarenta y

cinco..., es decir, el segundo —especificó para su ignorante público, o sea, yo—. Ya sabes, el príncipe Carlos y sus amigos.

—No estoy muy segura de que los escoceses sepan que perdieron entonces —le interrumpí al tiempo que me sentaba para arreglarme el pelo—. Oí que el cantinero de la taberna de anoche nos llamaba Sassenachs.

—¿Y por qué no? —dijo Frank—. Sólo significa «ingleses» o, en el peor de los casos, «extranjeros». Es precisamente lo que somos.

—Sé lo que significa. Lo que me molestó fue el tono.

Frank buscó un cinturón en el cajón de la cómoda.

—Estaba fastidiado porque le dije que la cerveza era suave. Le expliqué que para obtener la verdadera cerveza escocesa hay que agregar una bota vieja a la cuba y colar el producto final con un calzoncillo viejo.

—Eso explica el monto de la cuenta.

—Bueno, se lo dije con un poco más de tacto, pero sólo porque el idioma gaélico no tiene una palabra específica para calzoncillos.

Intrigada, busqué mi propia ropa interior.

—¿Por qué no? ¿Acaso los antiguos celtas no usaban ropa interior?

Frank me miró de reojo.

—¿Nunca has oído esa vieja canción que habla de lo que un escocés se pone debajo de la falda?

—Seguramente no calzoncillos —dije en tono cortante—. Tal vez vaya a buscar a algún escocés que use falda y le pregunte mientras tú te diviertes con tus párrocos.

—Bueno, trata de que no te arresten, Claire. Al rector del St. Giles College no le gustaría nada.

No había ningún escocés con faldas paseando por la plaza del pueblo ni en las tiendas que la rodeaban. En cambio, había unas cuantas personas, en su mayoría amas de casa del estilo de la señora Baird, haciendo sus compras diarias. Eran locuaces y chismosas y sus cuerpos sólidos cubiertos con vestidos estampados llenaban las tiendas de calor hogareño; un refugio en la niebla fría de la mañana.

Dado que no tenía casa propia, no necesitaba comprar mucho. De todos modos, disfruté mirando las estanterías, nada más que por la alegría de ver muchas cosas en venta otra vez. El racionamiento había sido largo y habíamos pasado mucho tiempo sin las cosas más simples, como el jabón y los huevos, y mucho más sin los lujos menores de la vida, como la colonia L'Heure Bleu.

Posé la mirada en un escaparate lleno de artículos para el hogar: cubiertas bordadas para teteras, jarras y vasos, un montón de moldes para pasteles y un juego de tres jarrones.

Jamás había tenido un jarrón. Durante los años de guerra, había vivido en los alojamientos para enfermeras, primero en el Hospital Pembroke y luego en un hospital de campaña en Francia. Pero incluso antes de eso, jamás habíamos estado en un sitio el tiempo suficiente como para justificar una compra así. Si hubiera tenido un jarrón, pensé, el tío Lamb lo hubiera llenado con restos de cerámica antes de que yo hubiera tenido tiempo de poner un ramo de flores.

Quentin Lambert Beauchamp. Sus alumnos de arqueología y sus amigos lo llamaban «Q». En los círculos académicos en los que se movía y daba conferencias, lo conocían como el «doctor Beauchamp». Pero, para mí, siempre había sido el tío Lamb.

Único hermano de mi padre y mi único pariente con vida en aquel entonces, había tenido que hacerse cargo de mí, con cinco años de edad, cuando mis padres murieron en un accidente de coche. En aquel momento preparaba un viaje a Oriente Próximo. Hizo una

pausa en sus preparativos para organizar el funeral, disponer de los bienes de mis padres e inscribirme en un buen colegio interno, al que me negué a ir de plano.

Ante la perspectiva de tener que soltarme los dedos regordetes de la portezuela del coche y arrastrarme por la escalera de entrada del colegio, el tío Lamb, que odiaba todo tipo de conflicto personal, había suspirado con exasperación y arrojado su sentido común por la ventanilla junto con mi nuevo sombrero de paja del uniforme del colegio.

—Maldita cosa —masculló al verlo rodar alegremente por el espejo retrovisor mientras nos alejábamos por el sendero—. Jamás me gustaron las mujeres con sombrero. —Me miro con fiereza-. Una cosa —agregó en tono amenazante—. No puedes jugar a las muñecas con mis estatuillas persas. Cualquier cosa menos eso. ¿Está claro?

Yo había asentido, satisfecha. Y lo había acompañado a Oriente Próximo, a Sudamérica y a docenas de lugares de estudio en el mundo entero. Había aprendido a leer y escribir con los borradores de sus artículos, a cavar letrinas y a hervir agua y a realizar una cantidad de cosas nada apropiadas para una jovencita de buena cuna... hasta que conocí al apuesto historiador de cabello oscuro que vino a consultar al tío Lamb sobre la relación de la filosofía francesa con las prácticas religiosas egipcias.

Incluso después de nuestra boda, Frank y yo llevamos la vida nómada de los académicos jóvenes, entre conferencias y pisos provisionales, hasta que el estallido de la guerra envió a Frank a Adiestramiento de Oficiales y a la Unidad de Inteligencia del MI6 y a mí a la escuela de enfermería. Si bien habíamos estado casados durante casi ocho años, la nueva casa en Oxford sena nuestro primer hogar de verdad.

Con la cartera bajo el brazo, entré en la tienda y compré los jarrones.

Me encontré con Frank en la esquina de las calles Mayor y Gereside y juntos nos encaminamos hacia la posada. Frank enarcó las cejas al ver mis compras.

—¿Jarrones? —Sonrió—. Fantástico. Tal vez así dejes de colocar flores en mis libros.

—No son flores; son especimenes. Y fuiste tú quien sugirió que me dedicara a la botánica. Para ocupar mi mente, ahora que ya no tengo que trabajar de enfermera —le recordé.

—Es cierto —asintió de buen humor—. Pero no imaginaba que cada vez que abriera un libro de consulta se me fuera a caer algún vegetal en el regazo. ¿Qué era esa horrible cosa marrón que pusiste en Tuscum y Banks?

—Hojas de avena. Son buenas para las hemorroides.

—Te estás preparando para mi inminente vejez, ¿verdad? ¡Qué considerada, Claire!

Entre risas, abrimos el portón y Frank se hizo a un lado para dejarme subir la angosta escalera de la entrada. De pronto, me agarró del brazo.

—¡Cuidado! No pises ahí.

Levanté el pie y esquivé una gran mancha rojiza en el escalón superior.

—¡Qué raro! —dije—. La señora Baird limpia la escalera todas las mañanas. La he visto hacerlo. ¿Qué crees que es?

Frank se acercó al escalón y olió con cuidado la mancha.

—Diría que es sangre.

—¡Sangre! —Di un paso atrás hacia la entrada—. ¿De quién? —Eché una mirada nerviosa hacia la casa—. ¿Crees que la señora Baird ha tenido algún accidente? —No podía imaginar que nuestra inmaculada anfitriona dejara que unas manchas de sangre se secaran en la entrada de su casa a menos que hubiera ocurrido una catástrofe mayor. Por un instante me pregunté si el vestíbulo no albergaría a un enloquecido asesino con un hacha, listo para abalanzarse sobre nosotros con un grito escalofriante.

Frank meneó la cabeza y se puso de puntillas para espiar el jardín vecino por encima de la valla.

—No lo creo. Hay una mancha igual en la entrada de los Collins.

—¿En serio? —Me acerqué a Frank, tanto para ver por encima de la valla como para buscar apoyo moral. Escocia no me parecía un sitio apropiado para un asesinato múltiple, pero tampoco creía que los asesinos utilizaran el sentido común para elegir sus lugares—. Es bastante... desagradable —comenté. No había señales de vida en la casa vecina—. ¿Qué piensas que ha ocurrido?

Frank frunció el entrecejo, pensativo. En un rapto de inspiración, se golpeó la pierna con la palma de la mano.

—¡Me parece que ya lo sé! Espera un momento. —Salió disparado por el portón y trotó por el camino dejándome sola en la entrada de la casa. Volvió enseguida, radiante ante la confirmación—. Sí, es eso. Debe de serlo: todas las casas lo tienen.

—¿Qué tienen? ¿Un asesino loco? —Hablé con dureza, todavía un poco nerviosa por haber sido dejada en la sola compañía de una mancha de sangre.

Frank rió.

—No, un sacrificio ritual. ¡Fascinante! —Se arrodilló en el césped para escudriñar la mancha sumamente interesado.

Esta alternativa no era mucho mejor que un maníaco homicida. Me acuclillé junto a él y arrugué la nariz por el olor. Era temprano para que hubiera moscas, pero un par de grandes moscardones escoceses revoloteaban alrededor de la mancha.

—¿Qué quieres decir con «sacrificio ritual»? La señora Baird es muy religiosa, al igual que todos los vecinos. No estamos en la Colina Druida ni nada por el estilo, ¿sabes?

Se irguió y se sacudió los pantalones.

—Te equivocas, querida. No hay un lugar en el mundo con más supersticiones y magia incorporadas a la vida cotidiana que las tierras altas de Escocia. Religiosa o no, la señora Baird cree en las viejas leyendas, igual que el resto del vecindario. —Señaló la mancha con la punta del zapato bien lustrado—. La sangre de un gallo negro —explicó con expresión de triunfo—. Las casas son nuevas, ¿ves? Prefabricadas.

Lo miré con frialdad.

—Si crees que eso explica todo, te equivocas. ¿Qué importa si las casas son viejas o no? ¿Y dónde está todo el mundo?

—En la taberna, supongo. Vayamos a ver, ¿quieres? —Me cogió del brazo y me condujo a través del portón hacia la calle Gereside. —En los viejos tiempos —relató mientras caminábamos—, y hasta no hace mucho, se acostumbraba a matar algo y enterrarlo bajo los cimientos para apaciguar a los espíritus locales de la tierra. Ya sabes: «Echará los cimientos sobre su primogénito y sobre su hijo menor levantará la entrada.» Más viejo que las colinas.

La cita me produjo escalofríos.

—En ese caso, supongo que son muy modernos y civilizados al usar gallinas. ¿Acaso quieres decir que, como las casas son bastante nuevas, no hay nada enterrado debajo y los habitantes están remediando ahora esa omisión?

—Sí, exactamente. —Frank parecía feliz con mi progreso. Me dio una palmada en la espalda—. Según el párroco, mucha gente de por aquí pensaba que la guerra se debió en parte a que las personas se alejaron de sus raíces y dejaron de tomar las precauciones necesarias, tales como sacrificar a alguien para enterrarlo debajo de los cimientos o quemar raspas de pescado, menos bacalao, por supuesto —añadió, alegre por la ocurrencia—. Nunca hay que quemar las raspas del bacalao, ¿lo sabías? De lo contrario, jamás pescarás otro. Las raspas del bacalao se entierran.

—Lo tendré presente —repuse—. Dime qué hay que hacer para no volver a ver un arenque y lo haré de inmediato.

Negó con la cabeza, sumido en uno de sus arrebatos de placer académico en los que perdía contacto con el mundo exterior, absorto en la tarea de buscar conocimientos en todas las fuentes posibles.

—No sé en el caso de los arenques —replicó con aire ausente—. Para los ratones hay que colgar ramos de álamo temblón en la casa. Con respecto a los cuerpos enterrados bajo los cimientos... de ahí provienen muchos de los fantasmas locales. ¿Conoces Mountgerald, la casa grande al final de la calle Mayor? Ahí hay un fantasma, uno de los albañiles que fue sacrificado para los cimientos. Fue durante el siglo dieciocho; hace relativamente poco —agregó, pensativo.

»Cuentan que por orden del dueño de la casa, primero se edificó una pared. Luego arrojaron una piedra enorme sobre uno de los albañiles. Se supone que eligieron a un tipo desagradable para el sacrificio, lo enterraron en el sótano y construyeron el resto de la casa encima de él. Ronda el sótano donde lo mataron, excepto en el aniversario de su muerte y en los cuatro Viejos Días.

—¿Viejos Días?

—Las fiestas antiguas —precisó, perdido aún en sus apuntes mentales—. Hogmanay, que es Año Nuevo, el día de San Juan, Beltane, que se celebra el uno de mayo, y el día de Todos los Santos. Por lo que sabemos, los druidas, los pueblos prehistóricos, los primitivos pictos, todos observaban las fiestas del sol y del fuego. De todos modos, los fantasmas se liberan en las fechas sagradas y pueden andar con libertad para hacer el bien o el mal, como les plazca. —Se frotó la barbilla con aire concentrado—. Falta poco para Beltane... cerca del equinoccio de primavera. Conviene estar alerta, en especial la próxima vez que pases por el cementerio. —Le brillaron los ojos y me di cuenta de que el trance había terminado.

Me reí.

—Entonces, ¿quieres decir que hay algunos fantasmas locales famosos?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Le preguntaremos al vicario la próxima vez que lo veamos.

Pronto lo vimos. Al igual que la mayoría de los habitantes del pueblo, estaba en la taberna, celebrando la santificación de las casas.

Pareció algo avergonzado de que lo encontráramos en pleno acto de aprobación de ritos paganos, pero descartó el hecho como una simple observancia local de las tradiciones históricas.

—A decir verdad, es fascinante —confesó, y reconocí, con un suspiro interno, el canto del académico, un sonido tan identificable como el grito de un tordo. En respuesta a la llamada de un espíritu hermano, Frank se instaló de inmediato y se dejó llevar por la seducción académica. Pronto estaban inmersos en paralelismos entre las antiguas supersticiones y las religiones modernas. Me encogí de hombros y me abrí paso hasta la barra para volver con dos copas de coñac.

Como sabía por experiencia lo difícil que era distraer la atención de Frank de ese tipo de conversación, me limité a cogerle la mano y a colocarle los dedos alrededor de la copa y le dejé que se las arreglara solo.

Encontré a la señora Baird sentada en un banco junto a la ventana y compartiendo un jarro de cerveza con un hombre mayor que me presentó como el señor Crook.

—Es el hombre de quien le hablé, señora Randall —explicó con los ojos brillantes por el alcohol y la compañía—. El que sabe de todo tipo de plantas. La señora Randall tiene mucho interés en las plantas —comentó a su acompañante, que acercó la cabeza en una combinación de cortesía y sordera—. Las mete dentro de los libros y esas cosas.

—¿De veras? —preguntó el señor Crook al tiempo que enarcaba una ceja blanca en señal de interés—. Tengo algunas prensas, de las verdaderas, para plantas y demás. Me las dio mi sobrino cuando vino durante las vacaciones de la universidad. Las trajo para mí y

no me atreví a decirle que nunca uso ese tipo de cosas. Las hierbas hay que colgarlas, sabe, o tal vez secarlas en un marco y ponerlas en una bolsa de gasa o en un frasco. Jamás he comprendido para qué quieren aplastarlas de esa manera.

—Bueno, para mirarlas, quizás —intercedió con amabilidad la señora Baird—. La señora Randall ha preparado unas hermosas malvas y violetas secas que hasta se podrían enmarcar en un cuadro.

—Aja. —El rostro arrugado del señor Crook denotaba que trataba de admitir la posibilidad de tal sugerencia—. Bueno, si a usted le sirven para algo, señora, puede quedarse con las prensas. No quería tirarlas, pero debo decir que no las uso para nada. 18

Aseguré al señor Crook que me complacería utilizar las prensas para plantas y que además me encantaría que me indicara dónde encontrar algunas de las especies más raras de la zona. El hombre me clavó la mirada un momento con la cabeza ladeada como un pájaro viejo. Por fin, pareció decidir que mi interés era sincero y convinimos en encontramos por la mañana para recorrer la zona. Sabía que Frank tenía intención de ir a Inverness para consultar los archivos de la ciudad y me alegraba tener una excusa para no acompañarlo. Para mí, todos los archivos eran iguales.

Al poco rato, Frank se separó del vicario y nos encaminamos a casa con la señora Baird. Yo era reacia a mencionar la sangre de gallo de la entrada, pero Frank la interrogó entusiasmado con respecto al origen de la costumbre.

—Supongo que es muy antigua, ¿no? —preguntó mientras sacudía una vara por los arbustos que bordeaban el camino. Las cincoenrama empezaban a florecer y podía ver los brotes de retama llenos de capullos. Una semana más, y estarían llenos de flores.

—Sí. —La señora Baird avanzaba con paso vivo—. Más antigua de lo que nadie sabe, señor Randall. Incluso de antes de los tiempos de los gigantes.

—¿Gigantes? —repetí.

—Sí. Fionn y el Feinn.

—Leyendas celtas —señaló Frank con interés—. Héroes, probablemente de raíces escandinavas. Hay mucha influencia nórdica por aquí y por la costa hacia el oeste. Algunos nombres de lugares son escandinavos, no celtas.

Levanté la mirada hacia el cielo temiendo otro rapto, pero la señora Baird sonrió, afable, y lo animó a continuar diciéndole que era cierto, que ella había ido al norte y había visto la piedra de Dos Hermanos y que era nórdica, ¿verdad?

—Los escandinavos desembarcaron en esa costa cientos de veces entre el año 500 y el 1300 —precisó Frank con los ojos perdidos en el horizonte, como si pudiera ver los barcos con forma de dragones en las nubes arrastradas por el viento—. Los vikingos. Y trajeron muchos de sus mitos. Es un buen país para mitos. Aquí las cosas parecen echar raíces.

Ya lo creía. Se acercaba el atardecer y con él una tormenta. En la luz espectral bajo las nubes, hasta las casas modernas del camino se veían tan añejas y siniestras como la roca picta que, unos treinta metros adelante, custodiaba la encrucijada que había marcado durante mil años. Parecía una noche propicia para estar dentro de casa con los postigos cerrados.

Sin embargo, en lugar de quedarse en la sala de la señora Baird, abrigado y entretenido con las diapositivas de Perth Harbor, Frank decidió acudir a la cita para beber una copa de jerez con el señor Bainbridge, un abogado interesado en los archivos históricos locales. Al recordar mi anterior encuentro con el señor Bainbridge, elegí quedarme en casa con Perth Harbor.

—Trata de regresar antes de que empiece la tormenta —dije y lo despedí con un beso—. Y saluda de mi parte al señor Bainbridge.

—Ah, sí, por supuesto. —Con cuidado de no mirarme a los ojos, Frank se puso el impermeable, cogió un paraguas y salió.

Cerré la puerta tras él sin echar el cerrojo para que pudiera entrar cuando volviera. Regresé a la sala, pensando que, sin duda, Frank fingiría no tener esposa... un ardid en el que el señor Bainbridge participaría de muy buen grado. En realidad, no podía culparlo.

Al principio, nuestra visita de la tarde anterior a la casa del señor Bainbridge había ido bastante bien. Yo me había comportado con recato, gracia e inteligencia. Estaba bien peinada y vestida con discreción. Era la viva imagen de la Esposa Perfecta del Profesor. Hasta que sirvieron el té.

Me observé la palma de la mano derecha y examiné con pesar la enorme ampolla que cruzaba la base de los dedos. Después de todo, yo no tenía la culpa de que el señor Bainbridge, viudo, utilizara una tetera de lata barata en lugar de una buena de loza. Tampoco era culpa mía que el abogado, en su afán por ser cortés, me hubiera pedido que sirviera el té. Ni siquiera era culpable de que la manopla que me dio estuviera gastada justo en el lugar en el que el asa al rojo vivo tocó mi mano cuando la levanté.

No, decidí. Soltar la tetera había sido una reacción perfectamente normal. Soltarla en el regazo del señor Bainbridge había sido un accidente; tenía que dejarla caer en algún lado. Fue al exclamar «¡Joder!» en un tono que superó el alarido del señor Bainbridge cuando Frank me clavó una mirada airada por encima de los panecillos.

Una vez recuperado del susto, el señor Bainbridge fue en extremo galante y se encargó de mi mano sin prestar atención a los intentos de Frank de justificar mi improperio con el argumento de que había pasado casi dos años en un hospital de campaña.

—Me temo que mi esposa aprendió algunas... expresiones pintorescas de los americanos —adujo Frank con una sonrisa nerviosa.

—Es cierto —añadí con los dientes apretados mientras me envolvía la mano con una toalla mojada—. Los soldados suelen ser muy «pintorescos» cuando les estás sacando esquirlas del cuerpo.

Con gran tacto, el señor Bainbridge trató de desviar la conversación hacia un terreno histórico neutral señalando que siempre le habían interesado las variaciones a través de los tiempos de lo que se consideraba lenguaje profano. Por ejemplo, apuntó el uso de «Botadiós» como corrupción del juramento «Voto a Dios».

—Sí, claro —interpuso Frank, agradecido por el cambio de tema—. Sin azúcar, gracias, Claire. ¿Y qué me dice de «pardiez»?

—Bueno —respondió el abogado—, en ese caso la deformación es bastante clara, ¿verdad?

Frank asintió y un mechón nada académico le cayó sobre la frente. Lo echó hacia atrás con un gesto automático.

—La evolución general del lenguaje profano es muy interesante —sentenció.

—Sí, y todavía continúa —intervine al tiempo que cogía cuidadosamente un terrón de azúcar.

—¿De veras? —inquirió el señor Bainbridge con delicadeza—. ¿Acaso descubrió usted alguna variación interesante en su... experiencia durante la guerra?

—Sí —dije—. Mi favorita es una que me enseñó un norteamericano. Un hombre que se llamaba Williamson, de Nueva York, creo. La decía cada vez que le cambiaba la venda.

—¿Cómo era?

—¡Por los huevos de Roosevelt! —pronuncié y dejé caer limpiamente el terrón de azúcar en el café de Frank.

Después de una tranquila y agradable velada con la señora Baird, me dirigí a mi habitación para prepararme antes de que Frank regresara. Sabía que su límite eran dos

copas de jerez, así que lo esperaba pronto.

Se estaba levantando viento y el aire de la habitación estaba cargado de electricidad. Me cepillé el cabello y los rizos se encresparon hasta unirse en furiosos enredos. Decidí que el pelo tendría que pasar la noche sin sus cien cepilladas. Considerando el clima, me conformaría con lavarme los dientes. Algunos mechones se me adherían a las mejillas y se pegaban con insistencia cuando intentaba acomodarlos hacia atrás.

No había agua en la jarra. Frank la había utilizado para arreglarse antes de ir a su reunión con el señor Bainbridge y yo no me había molestado en rellenarla con agua del baño. Cogí la botella de L'Heure Bleu y volqué una generosa cantidad en la palma de la mano. Me froté las manos con rapidez antes de que se evaporara la fragancia y me las pasé por el pelo. Eché otro poco de colonia en el cepillo y estiré los rizos hacia atrás.

Bueno. Así estaba mejor, pensé, mientras movía la cabeza de un lado a otro para examinar el resultado en el espejo. La humedad había disipado la electricidad estática del pelo, de modo que me caía en ondas pesadas y brillantes. Además, al evaporarse el alcohol, había dejado un perfume agradable. A Frank le gustaría, seguro. L'Heure Bleu era su colonia favorita.

De pronto, hubo un relámpago, seguido casi de inmediato por un poderoso trueno. Las luces se apagaron. Mientras protestaba entre dientes, busqué a tientas en los cajones.

En algún lugar había visto velas y fósforos. Los cortes de luz eran tan frecuentes en las montañas de Escocia que las velas eran parte necesaria del mobiliario de todo cuarto de hotel o posada. Las había visto en los hoteles más elegantes, perfumadas con madreselva y presentadas en candelabros de cristal opaco.

Las velas de la señora Baird eran mucho más prácticas: blancas y rústicas, pero había muchas en la habitación, acompañadas por tres cajitas de fósforos. En aquellas circunstancias, no estaba de humor para ser exigente.

Con el destello del siguiente relámpago, coloqué una vela en el candelabro de cerámica azul que había sobre la cómoda. Caminé por la habitación prendiendo otras velas hasta que todo el cuarto quedó iluminado por un tenue y vacilante resplandor. Muy romántico, pensé. Con cierta presencia de ánimo, cerré el interruptor de la luz para que un repentino regreso de la electricidad no arruinara el ambiente en un momento inoportuno.

Las velas se habían derretido un centímetro cuando se abrió la puerta y Frank entró en la habitación como una ráfaga de viento. Literalmente, porque la corriente que lo siguió apagó tres de las velas.

La puerta se cerró a sus espaldas con un golpe que apagó otras dos. Frank escudriñó la súbita penumbra y se pasó la mano por el cabello desordenado. Me levanté y volví a encender las velas mientras comentaba sus bruscos métodos de entrada en los cuartos. Sólo cuando hube terminado y me di la vuelta para ofrecerle una copa observé que estaba pálido y agitado.

—¿Qué te ocurre? —pregunté—. ¿Acaso has visto un fantasma?

—En realidad —dijo despacio—, no estoy seguro. —Con aire distraído, cogió mi cepillo y lo alzó para peinarse. Un soplo fugaz de L'Heure Bleu llegó a sus orificios nasales y arrugó la nariz. Dejó el cepillo y optó por su peine de bolsillo.

Miré por la ventana y vi que los olmos se sacudían como látigos. Un postigo suelto golpeaba con fuerza al otro lado de la casa y se me ocurrió que tal vez debiéramos cerrar los nuestros, aunque la tormenta que se estaba desarrollando tenía un aspecto muy excitante.

—Es una noche un poco violenta para fantasmas —comenté—. ¿No les gustan más las veladas tranquilas y brumosas en los cementerios?

Frank rió con un poco de vergüenza.

—Bueno, supongo que es culpa de las historias de Bainbridge y de un exceso de

jerez. Nada, seguramente.

Ahora sentía curiosidad.

—¿Qué has visto exactamente? —inquirí mientras me sentaba en la silla de la cómoda. Le señalé la botella de whisky con una ceja enarcada y Frank fue enseguida a servir dos copas.

—En realidad, era un hombre —comenzó al tiempo que servía una medida para él y dos para mí—. Estaba parado fuera, en el camino.

—¿Fuera de casa? —Me reí—. Entonces, debía de ser un fantasma. No creo que haya ningún mortal fuera en una noche como ésta.

Frank inclinó la jarra de agua sobre su copa y me miró con ojos acusadores al ver que no caía nada.

—No me culpes —atajé—. Has gastado toda el agua. No me importa tomarlo así. —Bebí un sorbo para demostrárselo.

Frank pareció tentado con la idea de ir al baño a buscar más agua, pero descartó la posibilidad y prosiguió con su historia. Bebió con cuidado, como si la copa contuviera vitriolo en lugar del mejor whisky de malta Glenfiddich.

—Sí, estaba en el borde del jardín, a este lado, junto a la valla. Creí —vaciló y miró su copa—, creí que miraba hacia tu ventana.

—¿Mi ventana? ¡Qué extraño! —No pude evitar un escalofrío. Crucé la habitación para cerrar los postigos, aunque ya era algo tarde para eso. Frank me siguió sin dejar de hablar.

—Sí, yo podía verte también desde abajo. Te estabas cepillando el cabello y protestando porque se te encrespaba.

—En ese caso, el hombre debía de estar riéndose —aventuré con descaro. Frank meneó la cabeza, pero sonrió y me acarició el pelo.

—No, no se reía. Parecía muy triste por algún motivo. No podía verle el rostro, pero podía notarlo en su postura. Me acerqué por detrás y al ver que no se movía, le pregunté cortésmente si podía ayudarle en algo. Al principio, actuó como si no me hubiera oído y pensé que quizá no me había oído por el ruido del viento. Volví a preguntarle y estiré el brazo para tocarle el hombro. Ya sabes, para atraer su atención. Pero antes de que pudiera tocarlo, se volvió y pasó junto a mí en dirección al camino.

—Más parece un maleducado que un fantasma —señalé, y vacié mi copa—. ¿Qué aspecto tenía?

—Era un tipo grande —respondió Frank con el entrecejo fruncido—. Un escocés, con el típico atuendo completo con morral y un hermoso broche en la falda. Quería preguntarle dónde lo había comprado, pero se marchó antes de que pudiera hacerlo.

Fui hasta la cómoda y me serví otra copa.

—Bueno, no es una vestimenta muy rara en estos lugares, ¿no? He visto hombres así en el pueblo algunas veces.

—Nooo... —Frank parecía confundido—. No, no fue la ropa lo que me llamó la atención. Cuando pasó junto a mí, podría jurar que estuvo tan cerca que tenía que haber sentido su roce. Pero no fue así. Me intrigó tanto que me volví para mirarlo mientras se alejaba. Caminó por la calle Gereside y cuando llegó a la esquina... desapareció. Fue entonces cuando sentí un escalofrío en la columna.

—Tal vez te distrajiste un segundo y él se perdió entre las sombras —insinué—. Hay muchos árboles cerca de la esquina.

—Podría jurar que no le quité la vista de encima —masculló Frank. De pronto, levantó la mirada—. ¡Ya sé! Ahora recuerdo por qué me pareció tan extraño, aunque no me di cuenta en aquel momento.

—¿Por qué? —El fantasma estaba empezando a cansarme. Quería pasar a un tema más interesante, como la cama, por ejemplo.

—El viento soplaba muy fuerte, pero ni su falda ni su capa se agitaban, excepto con el movimiento de sus piernas al caminar.

Nos miramos.

—Bueno —dije por fin—, suena un poco fantasmagórico.

Frank se encogió de hombros y sonrió de repente, como quitándole importancia.

—Al menos tendré algo que contarle al vicario la próxima vez que lo vea. Tal vez se trate de un conocido fantasma local y así podrá contarme su tenebrosa historia. —Consultó el reloj—. Bueno, creo que es hora de ir a la cama.

—Lo es —murmuré.

Lo miré en el espejo mientras se quitaba la camisa y buscaba una percha. De pronto, se detuvo.

—¿Has asistido a muchos escoceses, Claire? —preguntó con brusquedad—. ¿En el hospital de campaña o en Pembroke?

—Por supuesto —repliqué, algo intrigada—. Había unos cuantos Seaforths y Camerons en el hospital de campaña de Amiens y, después de Caen, recibimos a muchos Gordon. Buenos soldados, en su mayoría. Muy valientes, en general, pero unos cobardes terribles cuando se trataba de inyecciones. —Sonreí al recordar a uno en particular—. Tuvimos uno, un viejo. Era gaitero en el tercer batallón de Seaforths. No podía soportar las inyecciones, en especial en la cadera. Se pasaba horas con un dolor espantoso antes de dejar que alguien se le acercara con una aguja. Y aun entonces, trataba de convencernos de que le pusiéramos la inyección en el brazo, a pesar de que era intramuscular. —El recuerdo del cabo Chisholm me hizo reír—. Me dijo: «¡Si voy a acostarme boca abajo con el trasero al aire, quiero a la mujer debajo de mí, no detrás con una aguja en la mano!»

Frank sonrió, pero parecía algo incómodo, como solía estarlo cuando le contaba algunas de las historias menos delicadas de la guerra.

—No temas —dije al ver su expresión—. No contaré esa historia cuando esté tomando el té en el Salón de Profesores.

Volvió a sonreír, ahora menos tenso, y se acercó para quedarse detrás de mí. Me dio un beso en la cabeza.

—No te preocupes —dijo—. Van a adorarte en el Salón de Profesores, no importa qué cuentos les relates. Mmmm. Te huele muy bien el pelo.

—¿Te gusta? —En respuesta, deslizó las manos por mis hombros y me cogió los senos bajo el fino camisón. En el espejo del tocador, vi su cabeza sobre la mía, con la barbilla apoyada en mi pelo.

—Me gusta todo en ti —manifestó con voz ronca—. Estas preciosa a la luz de las velas, ¿sabes? Tus ojos son como el jerez en una copa de cristal y tu piel resplandece corno el marfil. Pareces una hechicera a la luz de las velas. Tal vez deba desconectar la luz para siempre.

—Sería difícil leer en la cama —respondí y sentí que se me aceleraba el pulso.

—Hay cosas mejores que hacer en la cama —murmuró.

—¿Sí? —dije y me levanté para rodearle el cuello con los brazos—. ¿Cómo qué?

Poco más tarde, acurrucados detrás de los postigos cerrados, levanté la cabeza del hombro de Frank y dije:

—¿Por qué me has preguntado eso? Me refiero a si había asistido a algún escocés. Ya tienes que saber que sí, que todo tipo de hombres pasan por esos hospitales.

Se movió y deslizó una mano por mi espalda.

—Mmm. Por nada, en realidad. Sólo que cuando vi a ese tipo fuera, se me ocurrió que podría ser... —Vaciló y me estrechó con un poco más de fuerza—. Ya sabes, alguien a quien atendiste, tal vez... Quizá se enteró de que estabas aquí y vino a ver... Algo así.

—En ese caso —expresé con pragmatismo—, ¿por qué no entró y preguntó por mí?

—Bueno... —Frank trataba de aparentar indiferencia—. Puede que no quisiera encontrarse conmigo.

Me incorporé sobre un codo y me lo quedé mirando. Habíamos dejado una vela encendida; podía verlo bien. Había vuelto la cabeza y contemplaba con aire por demás indiferente la litografía del príncipe Carlos con la que la señora Baird había decidido decorar la pared.

Le cogí la barbilla y lo obligué a mirarme. Abrió los ojos con simulada sorpresa.

—¿Estás insinuando —exigí saber— que ese hombre que has visto fuera fue algo así como, como...? —Dudé un instante en busca de la palabra apropiada.

—¿Una aventura? —sugirió para ayudarme.

—¿Un amante? —concluí.

—No, no, en absoluto —afirmó de manera no muy convincente.

Me apartó las manos de su rostro y trató de besarme, pero esta vez me tocó a mí volver la cara. Se conformó con bajarme para que me acostara otra vez a su lado.

—Sucede que... —comenzó—. Claire, fueron seis años. Y nos vimos apenas tres veces. La última, sólo por el día. No sería extraño que... Quiero decir, todo el mundo sabe que los médicos y las enfermeras se encuentran bajo una enorme presión en las emergencias y... Bueno, yo... Es sólo que... Bueno, lo entendería, sabes, si algo... espontáneo...

Interrumpí el titubeante discurso soltándome y bajándome de la cama como una tromba.

—¿Crees que te he sido infiel? —inquirí—. ¿Lo crees? Porque si es así, puedes irte de este cuarto ahora mismo. ¡Fuera de esta casa! ¿Cómo te atreves a sugerir una cosa así? —Estaba indignada y Frank se sentó para intentar calmarme—. ¡No me toques! —estallé—. Dime, ¿de veras supones que he tenido un romance apasionado con uno de mis pacientes sólo porque has visto a un hombre extraño mirando hacia mi ventana?

Frank abandonó la cama y me envolvió con sus brazos. Me quedé tiesa como la mujer de Lot, pero él insistió, acariciándome el cabello y los hombros como sabía que me gustaba.

—No, no lo creo —aseveró. Me apretó contra sí y me calmé un poco, aunque no lo suficiente como para abrazarlo.

Después de un buen rato, murmuró:

—No, sé que no harías algo así. Sólo quería decir que si lo hubieras hecho... No me importaría, Claire. Te quiero tanto. Nada que hicieras podría cambiar este amor. —Me cogió el rostro entre las manos. Como era sólo diez centímetros más alto que yo, podía mirarme a los ojos. Añadió con suavidad—: ¿Me perdonas? —Su aliento, apenas perfumado con el aroma del Glenfiddich, me entibió la cara. Sus labios, insinuantes, estaban muy cerca.

Afuera, otro relámpago anunció la llegada de la tormenta y una copiosa lluvia comenzó a golpear las tejas del techo.

Lentamente, le rodeé la cintura con los brazos.

—«La misericordia nunca se agota —cité—. Mana como el suave rocío del cielo...»

Frank rió y levantó la vista. Las manchas superpuestas en el techo atentaban contra la posibilidad de dormir secos toda la noche.

—Si ésa es una muestra de tu misericordia —comentó—, no quisiera conocer tu venganza. —La tormenta se desató como un cañonazo en respuesta a sus palabras. Ambos reímos relajados.

Fue después, mientras escuchaba su respiración profunda a mi lado, cuando empecé a hacerme preguntas. Como yo había dicho, no había habido infidelidad por mi parte. Por mi parte. Pero seis años, como había dicho Frank, era mucho tiempo.

2

Las piedras enhiestas

A la mañana siguiente, el señor Crook pasó a recogerme a las siete en punto.

—Así podremos ver el rocío en los ranúnculos, ¿eh, jovencita? —dijo guiñándome un ojo con anciana galantería. Había traído una motocicleta, de casi su misma edad, para transportarnos a la campiña. Las prensas para plantas estaban minuciosamente atadas a los costados de la enorme máquina, como parachoques en una balsa. Fue un paseo agradable a través del tranquilo paisaje, que pareció mucho más silencioso cuando el atronador rugido de la motocicleta del señor Crook enmudeció de pronto. Descubrí que el anciano sabía mucho sobre las plantas locales. No sólo conocía los lugares donde encontrarlas, sino también sus usos medicinales y cómo prepararlas. Deseé haber llevado un cuaderno para escribirlo todo, pero me conformé con escuchar atentamente la cascada voz y me esforcé por memorizar la información mientras guardaba las muestras en las pesadas prensas.

Nos detuvimos a merendar cerca de la falda de una extraña colina. A pesar de ser verde como sus vecinas, con los mismas salientes rocosos y riscos, tenía algo diferente: un sendero muy marcado que subía por uno de los lados y desaparecía de forma abrupta tras un peñasco de granito.

—¿Qué hay ahí arriba? —pregunté al tiempo que señalaba el sitio con el bocadillo de jamón—. Parece un lugar muy escarpado para una merienda.

—Ah. —El señor Crook miró hacia la colina—. Es Craigh na Dun, jovencita. Pensaba enseñársela después del almuerzo.

—¿En serio? ¿Tiene algo especial?

—Oh, sí —respondió, pero se negó a decir nada más, limitándose a comentar que ya lo vería.

Tenía ciertos reparos con respecto a la capacidad del anciano para subir el empinado sendero, pero se disiparon cuando me encontré jadeando detrás de él. Por fin, el señor Crook extendió una mano huesuda y me ayudó a llegar a la cima.

—Ahí está. —Señaló con la mano abierta en un gesto casi de pertenencia.

—¡Es un monolito! —exclamé, encantada—. ¡Un monolito en miniatura!

Debido a la guerra, habían pasado varios años desde la última vez que había visitado Salisbury, pero Frank y yo habíamos ido a Stonehenge al poco tiempo de casarnos. Al igual que los demás turistas que paseaban anonadados entre las gigantescas rocas erguidas, nos habíamos quedado boquiabiertos ante la Piedra del Altar («donde los antiguos sacerdotes druidas realizaban sus espantosos sacrificios humanos» anunció la estentórea voz de la guía que acompañaba a un grupo de turistas italianos, quienes procedieron cumplidamente a tomar fotografías del bloque de piedra de aspecto bastante corriente).

La misma pasión por la exactitud que hacía que Frank colgara sus corbatas de modo tal que las puntas quedaran perfectamente paralelas nos había obligado a recorrer la circunferencia del círculo, para medir la distancia entre los orificios Z y los orificios Y y para contar los dinteles del Círculo Sarsen, el anillo más externo formado por las monstruosas piedras.

Tres horas más tarde, sabíamos cuántos orificios Y y Z había (cincuenta y nueve, si

os interesa; a mí, no), pero no teníamos ninguna pista acerca del propósito de la estructura, como tampoco la tenían los cientos de arqueólogos profesionales y aficionados que habían inundado el lugar durante los últimos quinientos años.

Por supuesto, no faltaban opiniones. La vida con los académicos me había enseñado que en lo que se refiere al progreso profesional, una opinión bien expresada valía más, por lo general, que un hecho mal expresado.

Un templo. Un cementerio. Un observatorio astronómico. Un campo de ejecuciones (de ahí el incorrecto nombre de «Piedra de la Matanza» para la mole que se encuentra en uno de los laterales, semihundida en su propia fosa). Un mercado al aire libre. A mí me gustaba esta última posibilidad. Podía ver a las amas de casa megalíticas paseando por las aberturas con canastas bajo el brazo, observando con ojo crítico el brillo de la última serie de jarras de arcilla y escuchando con escepticismo los anuncios de los pasteleros prehistóricos y vendedores de palas de hueso de ciervo y cuentas de ámbar.

Lo único que parecía no sustentar esta hipótesis era la presencia de cuerpos debajo de la Piedra del Altar y de restos incinerados en los orificios Z. A menos que se tratara de los desafortunados restos de comerciantes acusados de estafar en el peso a sus clientes, no parecía muy higiénico enterrar gente en el mercado.

No había indicios de cementerio en el monolito en miniatura de la cima de la colina. Utilizo la palabra «miniatura» para indicar que el círculo de piedras enhiestas era más pequeño que Stonehenge. Las piedras en sí eran gigantescas en proporción a mi estatura.

Había escuchado comentar a otro guía de Stonehenge que estos círculos de piedras se encuentran en toda Gran Bretaña y Europa, algunos mejor conservados que otros, o con leves diferencias de orientación y forma, pero todos de propósito y origen desconocidos.

El señor Crook permaneció en pie, sonriente, mientras yo recoma las rocas y me detenía a cada momento para tocar alguna con delicadeza, como si pudiera dejar huella en las monumentales piedras.

Algunas eran moteadas, con líneas de colores tenues. Otras tenían manchas de mica que reflejaban el sol matinal con alegres destellos. Todas eran notablemente diferentes de los grupos de rocas lugareñas que sobresalían del helechal circundante. Quienquiera que hubiese construido aquel círculo, por la razón que fuera, lo había considerado lo suficientemente importante como para extraer, moldear y transportar los bloques de piedra con el fin de levantar su testimonio. Moldearlos... ¿cómo? Transportarlos... ¿cómo? y ¿desde qué inimaginable distancia?

—A mi marido le fascinaría —manifesté al señor Crook cuando me detuve para agradecerle el haberme enseñado el lugar y las plantas—. Lo traeré más tarde. —El enjuto anciano me ofreció el brazo en lo alto del sendero. Lo acepté después de echar un vistazo a la pendiente empinada y decidir que a pesar de su edad, parecía tener un andar mucho más firme que el mío.

Aquella tarde, cogí el camino al pueblo para ir a buscar a Frank a la vicaría. Al pasar por las diseminadas cabañas, inhalé, feliz, el típico y fuerte aire escocés, mezcla de hierba, salvia y retama, condimentado aquí y allá con el humo de chimeneas y el aroma de arenque frito. El pueblo estaba ubicado en un pequeño declive al pie de uno de los elevados riscos que se yerguen en los páramos escoceses. Las cabañas junto al camino eran muy bonitas. El florecimiento de la prosperidad de posguerra había alcanzado para una nueva mano de pintura; incluso la rectoría, que debía de tener por lo menos cien años, lucía un vivo amarillo brillante en los marcos de las ventanas ya algo desvencijadas.

El ama de llaves del vicario abrió la puerta. Era una mujer alta y delgada con un

collar de tres vueltas de perlas falsas alrededor del cuello. Al saber quién era yo, me dio la bienvenida y me escoltó por un corredor largo, angosto y oscuro, decorado con grabados color sepia de gente que debieron de ser personajes famosos de su época o parientes queridos del vicario actual, aunque igualmente podía tratarse de la Familia Real, pues no distinguía mucho en la penumbra.

En cambio, el estudio del vicario estaba inundado de luz proveniente de los enormes ventanales que cubrían una pared desde el techo hasta el suelo. Un caballete cerca de la chimenea, con un óleo inacabado de acantilados sombríos contra un cielo de atardecer, explicaba la razón de los ventanales, que debieron de añadirlos mucho tiempo después de la construcción de la casa.

Frank y un hombre bajo, rubicundo y con cuello clerical, estaban absortos sobre un montón de papeles en el escritorio que había al fondo, junto a la pared. Frank apenas levantó la vista a modo de saludo, pero el vicario, muy atento, dejó sus explicaciones y se apresuró a estrecharme la mano. Su rostro redondo irradiaba amabilidad.

—¡Señora Randall! —exclamó mientras me sacudía la mano con entusiasmo—. Qué alegría volver a verla. ¡Llega justo a tiempo para escuchar la noticia!

—¿Qué noticia? —Al ver la suciedad y el tipo de letra de los papeles sobre el escritorio, calculé que la fecha de la noticia en cuestión debía de ser de alrededor de 1750. Nada como para detener las rotativas.

—Una gran noticia. Hemos estado rastreando al ancestro de su marido, Jack Randall, en los despachos del ejército de la época. —El vicario se me acercó y me habló como un gángster de película norteamericana—. He... «tomado prestados» los despachos originales de los archivos de la Sociedad Histórica local. Le ruego que no se lo diga a nadie...

Divertida, prometí no revelar el fatal secreto y busqué una silla cómoda para disponerme a escuchar las últimas revelaciones del siglo dieciocho. Un silloncito junto al ventanal me pareció apropiado, pero cuando me acerqué para girarlo en dirección al escritorio, descubrí que estaba ocupado. Un niño de cabello negro brillante dormía, acurrucado, en el fondo del asiento.

—¡Roger! —El vicario, que se había aproximado para ayudarme, estaba tan asombrado como yo. El chico se despertó asustado, se enderezó y abrió unos enormes ojos verdes—. ¿Qué haces aquí, sabandija? —La voz del párroco estaba cargada de afecto—. ¿Has vuelto a quedarte dormido leyendo las tiras cómicas? —Recogió las hojas de colores vivos y se las entregó al jovencito—. Ve a jugar, Roger. Tengo que hablar con los señores Randall. Espera. Olvidé presentarte. Señora Randall, le presento a mi hijo, Roger.

Me sorprendí un poco. El padre Wakefield era, para mí, el retrato perfecto de un soltero empedernido. Cogí la pequeña mano que me ofrecía el niño, la estreché con calor y al soltarla, reprimí el impulso de limpiarme la palma, ahora algo pegajosa, en la falda.

El padre Wakefield siguió al niño con una mirada cariñosa mientras éste se encaminaba a la cocina.

—En realidad, es hijo de una sobrina —me confió—. Al padre lo derribaron sobre el Canal y la madre murió en un bombardeo. Así que me hice cargo de él.

—Qué generoso por su parte —murmuré al tiempo que pensaba en el tío Lamb. Él también había muerto durante un bombardeo en el auditorio del Museo Británico, donde se encontraba dando una conferencia. Conociéndolo, estaba segura de que le habría hecho feliz el saber que el ala contigua de antigüedades persas se había salvado.

—En absoluto, en absoluto. —El vicario agitó una mano con humildad—. Es muy agradable tener un poco de juventud en la casa. Tome asiento.

Frank comenzó a hablar antes de que pudiera apoyar mi bolso en el sillón.

—Hemos tenido mucha suerte, Claire —se entusiasmó mientras buscaba entre los viejos papeles—. El vicario ha encontrado una serie de despachos militares que mencionan

a Jonathan Randall.

—Bueno, parece ser que el capitán Randall era alguien importante —señaló el vicario y cogió algunos de los papeles—. Estuvo al mando del regimiento del Fuerte William durante unos cuatro años, pero pasó bastante tiempo hostigando la campiña escocesa al otro lado de la frontera en nombre de la Corona. Este montón —añadió y separó un grupo de papeles que depositó en el escritorio—, son informes de quejas contra el capitán realizadas por distintas familias y terratenientes, que van desde interferencia con los sirvientes por parte de los soldados del regimiento hasta robos de caballos, sin mencionar «insultos» no especificados.

Aquello me divirtió.

—¿Así que tienes el proverbial ladrón de caballos en tu árbol genealógico, Frank?

Se encogió de hombros, inmutable.

—Era lo que era y no puedo hacer nada al respecto. Sólo quiero investigarlo. Las quejas no son nada extrañas si tenemos en cuenta la época. Los ingleses en general y el ejército en particular eran muy poco populares en Escocia. No, lo curioso es que no se haya hecho nada con respecto a las quejas, ni siquiera en el caso de las más serias.

El vicario, incapaz de quedarse callado, terció:

—Es verdad. En aquel entonces, los oficiales no estaban sujetos a las normas modernas; podían hacer lo que quisieran en asuntos menores. Sin embargo, resulta extraño. No se trata de que las denuncias se investigaran y se desestimaran, sino que, además, jamás volvieran a mencionarse. ¿Sabe lo que creo, Randall? Su antepasado debía de tener un protector. Alguien que podía protegerlo de la censura de sus superiores.

Frank se rascó la cabeza mientras miraba los despachos con ojos entornados.

—Tal vez tenga razón. Pero tendría que ser alguien bastante poderoso, alguien perteneciente a la alta jerarquía militar o quizás, incluso, a la nobleza.

—Sí, o posiblemente... —La entrada del ama de llaves, la señora Graham, interrumpió las teorías del párroco.

—Les traigo un refrigerio, caballeros —anunció y colocó la bandeja del té con firmeza en el centro del escritorio. El vicario logró salvar a tiempo sus valiosos despachos. La mujer me escudriñó con ojo analítico, evaluando mis movimientos inquietos y mirada vidriosa—. Traje dos tazas porque pensé que tal vez la señora Randall desearía acompañarme a la cocina. Tengo un poco de... —No esperé a que concluyera la invitación. Me levanté de un salto. Cuando llegamos a la puerta giratoria que llevaba a la cocina de la vicaría, oí las teorías recomenzar a mis espaldas.

El té era verde, caliente y aromático, con trocitos de hebras que flotaban en el líquido.

—Mmm —dije y deposité la taza en el plato—. Hacía mucho que no tomaba Oolong.

La señora Graham asintió, radiante al ver que yo disfrutaba de su bebida. Era obvio que se había tomado algunas molestias: mantelitos de encaje hechos a mano, finas tazas de porcelana y panecillos con crema.

—Sí, no podía conseguirlo durante la guerra. Es el mejor para leer las hojas. Con las otras hojas de té me costaba mucho. Las hebras se deshacen tan deprisa que no se puede ver nada.

—¿Lee usted las hojas de té? —pregunté, algo divertida. La señora Graham, con su cabello corto y gris y su gargantilla de tres vueltas de perlas, no tenía nada de gitana adivina. Un sorbo de té recorrió el largo y delgado cuello para desaparecer debajo de las perlas.

—Pues claro, querida. Como mi abuela y su abuela antes de ella. Beba su té y le diré lo que veo.

Permaneció en silencio un largo rato. A cada instante, ladeaba la taza para

aprovechar la luz o la hacía girar para obtener un ángulo diferente.

La bajó con cuidado, como si temiera que le fuera a estallar en la cara. Las arrugas de la boca se hicieron más profundas y enarcó las cejas en señal de confusión.

—Bueno —aventuró por fin—. Es una de las más extrañas que he visto.

—¿De veras? —Todavía divertida, comenzaba a sentir curiosidad—. ¿Acaso voy a conocer a un extraño alto y moreno o a viajar al otro lado del océano?

—Puede que sí. —La señora Graham detectó mi tono irónico y lo imitó con una leve sonrisa—. Y puede que no. Eso es lo raro, querida. Todo es contradictorio. Está la hoja torcida que indica viaje, pero cruzada por la hoja rota que significa no moverse. Por cierto que hay desconocidos, varios. Y uno de ellos es su marido, si es que leo correctamente.

Algo de la diversión se esfumó. Después de seis años de separación y seis meses juntos, en cierto sentido, mi esposo todavía era un extraño. No obstante, no comprendía cómo podía saberlo una hebra de té.

La señora Graham seguía con el entrecejo fruncido.

—Déjeme ver su mano, querida —agregó.

La mano que sostenía la mía era huesuda pero cálida. Una fragancia a lavanda emanaba de la cabeza entrecana inclinada sobre la palma de mi mano. La mujer me la observó durante un buen rato. En ocasiones, deslizaba un dedo por las líneas, como siguiendo un mapa en el que todos los caminos acababan en desiertos y páramos.

—Bueno, ¿qué hay? —pregunté tratando de mantener un tono alegre—. ¿O es que mi destino es tan espantoso que no puede revelarse?

La señora Graham alzó unos ojos desconcertados y me contempló con expresión pensativa. Me retuvo la mano. Meneó la cabeza y apretó los labios.

—No, querida. No es el destino lo que está en la mano. Sólo su semilla. —La mujer ladeó su cabeza parecida a la de un pájaro—. Las líneas de la mano cambian, sabe. En otro momento de su vida pueden ser muy distintas de como son ahora.

—No lo sabía. Pensé que uno nacía con las líneas y listo. —Reprimí el impulso de retirar la mano—. ¿Para qué sirve leer las manos, entonces? —No quería ser brusca, pero el escrutinio me había puesto nerviosa, en especial después de la lectura de las hojas de té. La señora Graham sonrió y me cerró los dedos.

—Las líneas de la mano indican cómo es usted, querida. Por eso cambian o, por lo menos, deberían cambiar. En algunos casos no lo hacen. Son las personas que no tienen la suerte de cambiar, pero son muy pocas. —Me apretó la mano con suavidad y me dio una palmadita—. No creo que sea usted una de ellas. Su mano ya señala muchos cambios para alguien tan joven. Debe de ser por la guerra, por supuesto —añadió como para sí.

Volví a sentir curiosidad y abrí la mano por propia voluntad.

—¿Cómo soy, según mi mano?

La señora Graham frunció el entrecejo pero no volvió a cogerme la mano.

—No sé. Es curioso, porque la mayoría de las manos tienen algo en común. Con esto no quiero decir que "ver una es verlas todas" pero a menudo es así... Hay patrones, ¿sabe? —De pronto, sonrió una sonrisa contagiosa tras la que asomaban dientes muy blancos evidentemente postizos—. Así trabaja una adivina. Lo lago en la feria de la iglesia todos los años. O lo hacía antes de la guerra y supongo que volveré a hacerlo ahora. Una muchacha entra en la tienda y ahí estoy yo, con un turbante adornado con una pluma de pavo real del señor Donaldson y «vestimenta de esplendor oriental» que vendría a ser la bata del vicario, amarilla con pavos reales por todas partes. De todos modos, la miro mientras finjo observar su mano y advierto que lleva una blusa abierta hasta el busto, perfume barato y aros que le llegan a los hombros. No necesito una bola de cristal para saber que tendrá un hijo antes de la feria del año siguiente. —La señora Graham hizo una pausa. Los ojos grises brillaban, traviesos—. Aunque si la mano no tiene anillo, conviene

predecir que se casará pronto.

Reí y ella también.

—Entonces, ¿ni siquiera les mira las manos? —pregunté—. ¿Excepto para ver si llevan alianza?

Pareció sorprendida.

—Oh, por supuesto que sí. Sólo que ya se sabe de antemano lo que se va a ver. En general. —Señaló mi mano con la cabeza—. Pero es la primera vez que veo este patrón. La línea del pulgar —prosiguió y ahora se echó hacia delante y me rozó la mano— no debería cambiar mucho. Significa que tiene usted carácter y una voluntad difícil de torcer. —Me guiñó un ojo—. Supongo que su marido podría haberle dicho eso. Y esta otra también. —Indicó el montículo debajo de la base del pulgar.

—¿Qué quiere decir?

—Lo llaman el Monte de Venus. —Apretó los delgados labios, pero las comisuras se elevaron—. En un hombre, significa que le gustan las damas. En el caso de una mujer, es diferente. Para decirlo con delicadeza, le haré una predicción. Su marido no se alejará mucho de su cama. —Emitió una carcajada sonora y me ruboricé.

La anciana ama de llaves se encorvó otra vez sobre mi palma y me clavó el dedo índice aquí y allá para reforzar sus palabras.

—A ver, una línea de la vida bien marcada. Tiene usted buena salud y lo más probable es que la conserve. La línea se interrumpe, lo cual quiere decir que su vida ha cambiado mucho... Bueno, nos ha pasado a todos, ¿verdad? Pero en su caso es más cortada de lo usual. Y la línea del matrimonio... —Volvió a menear la cabeza—. Está dividida. Es corriente. Significa dos matrimonios...

Mi reacción fue suave y la reprimí de inmediato, pero la mujer se dio cuenta y levantó la vista. Pensé que probablemente era una adivina bastante inteligente. La cabeza gris se sacudió con un gesto reconfortante.

—No, no, jovencita. No quiere decir que le vaya a pasar algo a su hombre. Es sólo que si algo le ocurriera... —explicó y enfatizó el «si» con un suave apretón de mano—... usted no se quedaría llorando y guardándole luto. Significa que puede usted volver a enamorarse si el primer amor se pierde. —Entornó los ojos mientras examinaba mi mano y deslizaba una uña corta por la profunda línea del matrimonio—. Pero la mayoría de las líneas divididas están cortadas y la suya se bifurca. —Me miró con una sonrisa picara—. Está segura de que no es bígama, ¿verdad?

Meneé la cabeza, sonriente.

—No. ¿En qué momento? —Luego giré la mano para que viera el borde, junto al meñique—. Me contaron que las marcas a este lado indican el número de hijos que se van a tener. —Esperaba que mi tono sonara despreocupado. El borde de mi palma era tristemente liso.

La señora Graham descartó la idea con un ademán displicente.

—¡Bah! Después de haber tenido una o dos criaturas pueden aparecer arrugas allí. Pero lo más probable es que le aparezcan en el rostro. No prueba nada de antemano.

—¿No? —Sentí un tonto alivio al escucharla. Iba a preguntarle si las líneas profundas en la base de mi muñeca significaban algo (¿una tendencia al suicidio?), pero el padre Wakefield nos interrumpió al traer las tazas vacías. Las dejó en la mesa y comenzó una ruidosa y torpe búsqueda en el armario, con la obvia intención de recibir ayuda.

La señora Graham se puso en pie de un salto para preservar la santidad de su cocina. Apartó al padre y se dispuso a preparar una bandeja para llevar al estudio. El vicario me llevó a un lado.

—¿Por qué no viene al estudio a beber una taza de té con su marido y conmigo, señora Randall? Hemos hecho un descubrimiento muy gratificante.

Noté que a pesar de su compostura exterior, hervía de alegría por lo que habían

encontrado, como un niño con una rana en el bolsillo. Era evidente que tendría que ir a leer la factura de la lavandería, el recibo de un arreglo de botas o algún documento similar del fascinante capitán Randall.

Frank estaba tan absorto en los documentos antiguos que apenas levantó la vista cuando entré en el estudio. Los depositó con desgana en las regordetas manos del vicario y se dio la vuelta para permanecer de pie detrás del padre y espiar por encima de su hombro, como si no soportara la idea de alejarse de aquellos papeles ni siquiera un segundo.

—¿Sí? —aventuré con cortesía mientras tocaba sin interés los sucios trozos de papel—. Mmm. Sí, muy interesante.

—De hecho, la apretada letra estaba tan difusa y los trazos eran tan recargados que no parecía valer la pena descifrarla. Una hoja, en mejores condiciones que las demás, tenía una especie de escudo en la parte superior.

—El duque de... Sandringham, ¿verdad? —pregunté mientras observaba el escudo con el leopardo y el lema debajo, más legible que el texto manuscrito.

—Sí, así es —respondió el párroco, más radiante que nunca—. Se trata de un título ya extinto, ¿sabe?

No lo sabía, pero asentí con expresión inteligente. Conocía a los historiadores y su comportamiento ante un hallazgo. Bastaba con asentir a cada momento y decir «¿de veras?» o «qué fascinante» en los momentos apropiados.

Después de una serie de idas y venidas por parte de Frank y el vicario, se decidió que el último tendría el honor de informarme sobre el descubrimiento. Era evidente que toda aquella basura indicaba que el antepasado de Frank, Jack Randall el Negro, no había sido sólo un gallardo soldado de la Corona, sino un agente secreto y de confianza del duque de Sandringham.

—Casi un espía, ¿no le parece, doctor Randall? —Con caballerosidad, el vicario le pasó la pelota a Frank, quien la cogió y corrió.

—Sí, desde luego. El lenguaje que utilizan es muy reservado, por supuesto. —Volvió las hojas con el dedo.

—¿De veras? —interpuse.

—Pero da la impresión de que a este Jonathan Randall le hubieran encomendado la tarea de avivar sentimientos jacobitas, si es que existían, en las familias distinguidas de la zona. El objetivo era poner al descubierto a los barones y jefes de clanes que tuvieran esperanzas secretas en ese sentido. Pero es muy curioso. ¿Acaso no se sospechaba que Sandringham era jacobita? —Frank se volvió hacia el vicario con el ceño fruncido. La suave frente del clérigo se arrugó con igual extrañeza.

—Creo que sí; tiene razón. Pero, espere. Busquemos en Cameron. —Se lanzó hacia la biblioteca repleta de libros encuadernados en cuero—. Estoy seguro de que menciona a Sandringham.

—Fascinante —murmuré y dejé que mi atención se desviara hacia la enorme plancha de corcho que cubría una pared del estudio desde el suelo hasta el techo.

Estaba cubierta con una increíble variedad de cosas; en su mayoría, papeles de todo tipo: recibos del gas, correspondencia, avisos del Consejo Diocesal, páginas de novelas, notas con la letra del vicario. También había pequeños objetos como llaves, tapas de botellas y lo que en apariencia eran trozos de coches en miniatura, sujetos con tachuelas e hilo.

Eché un vistazo a los objetos al tiempo que trataba de seguir el curso del debate a mis espaldas. (El duque de Sandringham probablemente fuera jacobita, decidieron.) Un árbol genealógico captó mi atención. Lo habían colocado con gran cuidado en un sitio especial y tenía cuatro tachuelas, una en cada esquina. La parte superior del árbol incluía nombres que databan de principios del siglo diecisiete. Pero lo que me sorprendió fue el nombre escrito al final: «Roger W. (MacKenzie) Wakefield.»

—Perdón —dije, interrumpiendo la última andanada de discusión con respecto al

leopardo en el escudo del duque: ¿tenía un lirio en la pata o era una flor de azafrán?—. ¿Es éste el árbol genealógico de su hijo?

—¿Cómo? Oh, sí, sí, lo es. —Distraído, el vicario se me acercó, resplandeciente otra vez. Descolgó la hoja de la pared con ternura y la apoyó sobre la mesa frente a mí—. No quise que olvidara a su propia familia —explicó—. Se trata de un linaje bastante antiguo, de alrededor del 1600. —El dedo regordete siguió la línea de descendencia casi con veneración—. Le di mi apellido porque me pareció lo más apropiado, dado que vive aquí, pero no quería que olvidara su origen. —Hizo una mueca de humildad—. Me temo que mi familia no es gran cosa desde el punto de vista genealógico. Muchos vicarios y sacerdotes, con algunos libreros esporádicos para variar. El rastro se pierde alrededor de 1762. No eran muy buenos para llevar registros, ¿sabe? —concluyó y sacudió la cabeza con expresión de reproche por el letargo de sus ancestros.

Ya era tarde cuando por fin salimos de la vicaría; el párroco nos despidió con la promesa de llevar las cartas al pueblo para foto-copiarlas a primera hora de la mañana. Frank parloteó alegremente sobre espías y jacobitas durante gran parte del trayecto de regreso a la pensión de la señora Baird. Al final, no obstante, notó mi silencio.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó y me tomó del brazo, solícito—. ¿No te sientes bien? —El interrogante encerraba una mezcla de preocupación y esperanza.

—Sí, estoy bien. Sólo pensaba... —Vacilé porque ya habíamos hablado del tema antes—. Pensaba en Roger.

—¿Roger?

Suspiré con impaciencia.

—¡Pero, Frank! A veces eres tan... olvidadizo. Roger, el hijo del padre Wakefield.

—Claro, por supuesto —replicó indeciso—. Un niño encantador. ¿Qué pasa con Roger?

—Bueno... hay muchos chicos como él. Huérfanos, ya sabes.

Me miró con seriedad y meneó la cabeza.

—No, Claire. De veras, me gustaría, pero ya te he dicho lo que siento con respecto a la adopción. Es sólo que... no me sentiría feliz con un niño que no fuera... bueno... de mi propia sangre. No dudo que es ridículo y egoísta por mi parte, pero así es. Quizá cambie de idea con el tiempo, pero por ahora... —Dimos unos pasos en medio de un tenso silencio. De pronto, Frank se detuvo y se volvió hacia mí, cogiéndome las manos—. Claire —declaró con voz ronca—, quiero un hijo nuestro. Eres lo más importante del mundo para mí. Deseo que seas feliz, pero quiero... bueno, quiero tenerte para mí. Tengo miedo de que un niño ajeno, con quien no tendríamos un parentesco real, se convierta en un intruso y me inspire resentimiento. Pero darte un hijo, verlo crecer dentro de ti, verlo nacer... entonces sentiría que es... parte de ti. Y de mí. Un verdadero miembro de la familia. —Sus ojos suplicaban, enormes.

—Sí, está bien. Comprendo. —Estaba dispuesta a dejar el tema... por ahora. Me volví para seguir caminando, pero él me tomó en sus brazos.

—Claire. Te quiero. —Había una ternura inconmensurable en su voz. Apoyé la cabeza en su hombro y sentí su calor y la fuerza de sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—Yo también te quiero. —Permanecimos abrazados un momento, acunados por el viento que soplaba en el camino. De repente, Frank se apartó un poco y me sonrió.

—Además —susurró al tiempo que me apartaba el cabello del rostro—, todavía no hemos perdido la esperanza, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa.

—No.

Me cogió la mano y la pasó por debajo de su brazo. Nos dirigimos a nuestro alojamiento.

—¿Quieres volver a intentarlo?

—Sí, ¿por qué no? —Caminamos de la mano hacia la calle Gereside. Al ver Baragh Mhor, la roca picta ubicada en la esquina, recordé los monolitos.

—Lo había olvidado —exclamé—. Hay algo fascinante que quiero enseñarte. Frank me miró y me sujetó con fuerza. Me apretó la mano.

—Yo también —respondió con una sonrisa traviesa—. Me lo enseñarás mañana.

Al día siguiente, sin embargo, teníamos otras cosas que hacer. Había olvidado que habíamos planeado pasar el día en el valle del lago Ness.

Era un viaje largo y partimos muy temprano, antes del alba. Después de correr hasta el coche que nos esperaba, en el frío del amanecer, fue agradable descansar bajo la manta y sentir el calor retornar a manos y pies. Me dejé llevar por un delicioso sopor y me quedé dormida en el hombro de Frank. Lo último que vi fue la cabeza del conductor recortada contra el cielo rosado.

Llegamos después de las nueve; el guía que Frank había contratado nos esperaba en la orilla del lago con un pequeño bote de vela.

—Si le parece bien, señor, pensé que podríamos ir en bote hasta el castillo Urquhart. Tal vez podamos comer algo allí antes de continuar. —El guía, un hombrecillo lúgubre vestido con una camisa de algodón gastada y pantalones de lanilla, guardó la cesta con emparedados debajo del asiento y me ofreció su mano callosa para subir a la embarcación.

Era un día hermoso y la vegetación frondosa de la costa se reflejaba en la encrespada superficie del agua. Nuestro guía, a pesar de su sombría apariencia, resultó experto y conversador. Nos señalaba las islas, castillos y ruinas que bordeaban el largo y angosto lago.

—Allí está el castillo Urquhart. —Señaló una pared de piedra lisa, apenas visible entre los árboles—. O mejor dicho, lo que queda de él. Recibió una maldición de las brujas del valle y tuvo una desgracia tras otra.

Nos contó la historia de Mary Grant, hija del Señor del castillo Urquhart, y de su amante, Donald Donn el poeta, hijo de MacDonald de Bohuntin. El padre de ella les había prohibido verse debido a la costumbre de Donald de «recoger» todo ganado que encontraba (una antigua y honorable profesión escocesa, nos aseguró el guía). Sin embargo, se veían. El padre se enteró y planeó una cita falsa. Donald cayó en la trampa y fue atrapado. Condenado a morir, pidió que lo decapitaran como a un caballero, en lugar de ahorcarlo como a un criminal. Le concedieron el deseo y el muchacho marchó al cadalso repitiendo: «El diablo al señor de Grant se llevará, pero a Donald Donn no lo colgará.» No lo colgaron y la leyenda asegura que su cabeza cortada rodó del cadalso y habló. Dijo: «Mary, levanta mi cabeza.»

Me estremecí. Frank me rodeó con el brazo y murmuró:

—Recuerdo un fragmento de uno de los poemas de Donald Donn. Dice así:

Mañana estaré en la colina, sin cabeza.
¿Acaso no sienten compasión por mi doliente doncella,
mi Mary, la de piel clara y ojos dulces?

Le cogí la mano y se la apreté con suavidad.

Después de escuchar historia tras historia de traiciones, asesinatos y violencia, nos pareció que el lago se había ganado su siniestra reputación.

—¿Y el monstruo? —pregunté mientras miraba por la borda hacia la oscura profundidad. Combinaba a la perfección con el entorno.

El guía se encogió de hombros y escupió en el agua.

—Bueno, el lago es muy extraño, no hay duda. Hay historias de algo antiguo y malvado que vivió en sus profundidades. Se le ofrecían sacrificios... ganado y niños pequeños arrojados al agua en cestos. —Volvió a escupir—. Y algunos afirman que el lago no tiene fondo, que tiene un pozo en el centro, más hondo que ningún otro sitio de Escocia. Por otra parte —agregó y sus ojos entrecerrados se cerraron aún más—, hace unos años, una familia de Lancashire llegó corriendo a la comisaría de policía de Invermoriston gritando que habían visto al monstruo salir del agua y ocultarse en el helechal. Contaron que era una criatura espantosa, cubierta de pelo rojo y con cuernos horribles. Y que estaba comiendo algo y la sangre le chorreaba de la boca. —Levantó una mano para detener mi exclamación horrorizada—. El oficial que enviaron a investigar volvió y dijo que salvo por la sangre chorreando, se trataba de una descripción bastante precisa... —se interrumpió para aumentar el efecto de la historia—... de una hermosa vaca escocesa rumiando en la pradera.

Navegamos la mitad de la longitud del lago antes de desembarcar para almorzar. El coche nos aguardaba allí y volvimos a cruzar el valle. No vimos nada más siniestro que un zorro rojo, con un pequeño animal en la boca, que nos miró pasar raudos por una curva. Saltó a un lado y se ocultó en la hierba, ágil como una sombra.

Era muy tarde cuando subíamos por el sendero hacia la posada de la señora Baird. Nos abrazamos en la entrada mientras Frank buscaba la llave y reímos al recordar los eventos del día.

Cuando nos desvestíamos para irnos a acostar, recordé mencionar el monolito de Craigh na Dun. El cansancio de Frank se desvaneció al instante.

—¿En serio? ¿Y sabes dónde está? ¡Qué maravilla, Claire! —Estaba radiante y comenzó a buscar algo en su maleta. —¿Qué buscas?

—El despertador —contestó al tiempo que lo sacaba. —¿Para qué? —pregunté, atónita. —Quiero levantarme a tiempo para verlas. —¿A quiénes? —A las brujas.

—¿Qué brujas? ¿Quién te dijo que hay brujas? —El vicario —replicó Frank. Era evidente que disfrutaba de la broma—. Su ama de llaves es una de ellas.

Pensé en la digna señora Graham y resoplé con sorna.

—¡No seas ridículo!

—Bueno, en realidad, no son brujas. Ha habido brujas en Escocia durante cientos de años —las quemaron hasta mediados del siglo dieciocho— pero éstas son druidas, o algo por el estilo. Supongo que no se trata de adoración al diablo, pero el párroco me dijo que había un grupo local que aún cumple con los rituales de las antiguas festividades del sol. Como comprenderás, no puede interesarse mucho en ese tipo de cosas, debido a su posición, pero tampoco puede ignorarlas por completo siendo un hombre curioso. No sabía dónde se realizan las ceremonias, pero si hay un monolito en los alrededores, ahí debe de ser. —Se restregó las manos con entusiasmo—. ¡Qué suerte!

Levantarse una vez antes del amanecer es divertido. Dos veces seguidas, es masoquismo.

Además, esta vez no nos esperaba un coche caliente con mantas y termos. Medio dormida, seguí a Frank colina arriba, trastabillando con raíces y piedras. El aire estaba frío y húmedo. Hundí las manos en los bolsillos de mi chaleco.

Un esfuerzo final para llegar a la cima y allí estaba el monolito. Las rocas eran apenas visibles en la sombría luz del alba. Frank se quedó petrificado, admirándolas, mientras yo buscaba una roca para apoyarme y recuperar el aliento.

—Qué hermoso —murmuró. Avanzó en silencio hacia el borde del conjunto y su

silueta se perdió en las sombras de las gigantescas rocas. Eran hermosas, pero también espectrales. Me estremecí, no sólo por el frío. Si las habían hecho para impresionar, habían logrado su cometido.

Frank regresó enseguida.

—No hay nadie aún —susurró de pronto detrás de mí y me sobresalté—. Vamos; he encontrado un sitio desde donde podremos ver sin ser vistos.

La luz asomaba por el este, un leve resplandor gris claro en el horizonte, suficiente como para no tropezar mientras Frank me conducía hacia un hueco que había encontrado entre unos arbustos en lo alto del sendero. Había un pequeño claro en la mata de arbustos, con espacio para que ambos permaneciéramos de pie, hombro con hombro. Desde allí, se veía perfectamente el sendero y el interior del círculo de rocas, a no más de seis metros de distancia. No era la primera vez que me preguntaba qué tipo de tareas habría desempeñado Frank durante la guerra. Por cierto, sabía mucho sobre andar sigilosamente en la oscuridad.

Con lo adormecida que estaba, sólo quería acurrucarme debajo de algún arbusto acogedor y volver a dormirme. Como no había lugar para eso, me quedé de pie, mirando hacia el escarpado sendero para ver la llegada de las druidas. Se avecinaba un lumbago y ya me dolían los pies, pero no podía faltar mucho. El rayo de luz se había vuelto rosa pálido y calculé que faltaría menos de media hora para el amanecer.

La primera se movía casi tan silenciosamente como Frank. Apenas se oyó un sonido leve cuando sus pies despeñaron una piedra pequeña cerca de la cima de la colina. Luego, una repeinada cabeza gris asomó en silencio: la señora Graham. Era verdad, entonces. El ama de llaves del vicario vestía falda de tweed y chaqueta de lana y llevaba un bulto blanco bajo el brazo. Desapareció detrás de las rocas, sigilosa como un fantasma.

Enseguida aparecieron en grupos de dos y tres. Las risitas apagadas y los susurros en el sendero se acallaron al llegar al círculo. Reconocí a algunas. Estaba la señora Buchanan, la encargada del correo del pueblo, con el cabello rubio recién peinado y el aroma de Noche de París emanando de sus rizos. Contuve la risa. ¡Así que éstas eran las druidas modernas!

En total, sumaban quince, todas mujeres. En edad, iban desde la señora Graham, con sus sesenta y tantos años, hasta una joven de alrededor de veinte, a quien yo había visto dos días antes en las tiendas empujando un cochecito. Todas llevaban ropa apta para la caminata y un fardo blanco bajo el brazo. Con un mínimo de conversación, desaparecieron detrás de rocas o arbustos y emergieron con las manos vacías y los brazos desnudos, todas de blanco. Cuando una de ellas pasó muy cerca de donde nos encontrábamos, detecté el olor a jabón en polvo y me di cuenta de que en realidad, las túnicas eran sábanas enrolladas alrededor del cuerpo y atadas en el hombro.

Se reunieron fuera del círculo de rocas, en fila de mayor a menor y permanecieron así, en silencio, esperando. La luz se hizo más intensa.

Cuando el sol asomó por encima del horizonte, la hilera de mujeres comenzó a caminar lentamente entre dos de las piedras. La guía las condujo al centro del círculo para dar vueltas allí, despacio, majestuosas como cisnes en una procesión circular.

La guía se detuvo de pronto. Levantó los brazos y entró en el centro del círculo. Alzó el rostro hacia las piedras ubicadas al este y habló en voz alta. No fue un grito, pero la voz se oyó por todo el círculo. La quieta bruma captó las palabras y las repitió, como si provinieran de las piedras mismas.

Cualquiera que fuera el grito, el resto de mujeres, ahora convertidas en bailarinas, lo pronunciaron. No se tocaban, pero con brazos extendidos, se sacudían y retorcían mientras continuaban marchando en círculo. De repente, el grupo se dividió en dos. Siete bailarinas caminaban en el sentido de las agujas del reloj, todavía girando, mientras las demás lo hacían en la dirección contraria. Los dos semicírculos se cruzaban a una velocidad creciente; en ocasiones, formaban un círculo completo y en otras, una línea

doble. En el centro, la guía permanecía quieta, emitiendo una y otra vez el grito triste y agudo, en una lengua ya desaparecida.

Se veían ridículas y tal vez lo eran. Un grupo de mujeres ataviadas con sábanas, muchas de ellas robustas y nada ágiles, describiendo círculos en lo alto de una colina. Sin embargo, el grito conseguía ponerme los pelos de punta.

Se detuvieron al mismo tiempo y se volvieron hacia el sol naciente. Formaban dos semicírculos con un sendero entre las dos mitades del círculo que constituían. Cuando el sol se elevó en el horizonte, su luz se derramó entre las rocas orientales, atravesó las mitades del círculo y se clavó en la gran piedra hendida al otro lado del conjunto.

Las bailarinas permanecieron inmóviles un momento, rígidas en las sombras a cada lado del haz de luz. Entonces, la señora Graham pronunció algo en el mismo extraño idioma, pero esta vez en tono normal. Giró sobre sus talones y con la espalda erguida y las ondas grises como el acero brillando bajo el sol, caminó por el sendero de luz. Sin decir una palabra, las bailarinas la imitaron. Una por una, pasaron por la hendidura de la piedra principal y desaparecieron en silencio.

Nos acuclillamos en los arbustos hasta que las mujeres, que ahora reían y conversaban con normalidad, buscaron sus ropas y emprendieron el descenso en grupo, listas para tomar café en la vicaría.

—¡Caray! —Me estiré para desentumecer mis piernas y la espalda. —Vaya espectáculo, ¿no?

—¡Maravilloso! —exclamó Frank—. No me lo hubiera perdido por nada del mundo. —Salió del arbusto como una serpiente. Me dejó desenredarme sola y se dirigió al interior del círculo. Pegó la nariz al suelo, como un perro de caza.

—¿Qué estás buscando? —pregunté. Entré en el círculo algo vacilante, pero ya era pleno día y las rocas, si bien aún impresionaban, habían perdido el aspecto amenazante del amanecer.

—Marcas —respondió mientras gateaba con los ojos clavados en el césped—. ¿Cómo sabían dónde comenzar y dónde detenerse?

—Buena pregunta. No veo nada. —Eché un vistazo al suelo y divisé una planta interesante cerca de la base de una de las rocas altas. ¿Sería una miosota? No, probablemente no. Las flores de ésta tenían el centro naranja entre pétalos azul oscuro. Intrigada, me acerqué. Frank, con un oído más fino que el mío, se puso en pie de un salto y cogió mi brazo para sacarme del círculo un instante antes de que una de las bailarinas de la mañana entrara por el otro extremo.

Era la señorita Grant, la regordeta y pequeña mujer que atendía la confitería del pueblo en la calle Mayor. Miró a su alrededor y buscó sus anteojos en el bolsillo. Se los colocó y caminó por entre las rocas. Por fin, se agachó para recoger la horquilla que había perdido. Se la puso en medio de sus pesados y brillantes bucles, pero no parecía tener prisa. Se sentó en un montículo y se apoyó en una de las piedras para encender un cigarrillo.

Frank suspiró con exasperación a mi lado.

—Bueno —dijo—. Será mejor que nos vayamos. Por lo visto, es probable que pase allí la mañana entera. De todos modos, no he visto ninguna marca.

—Tal vez podamos volver más tarde —sugerí, aún curiosa por la planta de flores azules.

—Sí, de acuerdo. —Pero era evidente que había perdido todo interés en el conjunto de piedras. Ahora estaba absorto en los detalles de la ceremonia. Me interrogó despiadadamente mientras bajábamos el sendero para hacerme recordar con exactitud las palabras del grito y el orden de la danza—. Eslavo —decretó por fin, satisfecho—. Las palabras son de origen eslavo antiguo. Estoy casi seguro. La danza, sin embargo... —Meneó la cabeza mientras pensaba—. No. La danza es mucho más antigua. Es cierto que

hay danzas circulares vikingas —añadió y enarcó las cejas como si yo hubiera sugerido lo contrario—. Pero ese movimiento de filas dobles... es como... Algunos diseños de cerámicas de los Beaker tienen un dibujo similar pero... mmm.

Se dejó llevar por uno de sus trances académicos, murmurando para sus adentros de tanto en tanto. Volvió en sí cuando tropezó de improviso con un obstáculo cerca del final del sendero. Abrió los brazos con un grito de sorpresa al perder el equilibrio y rodó los últimos metros del descenso. Se detuvo ante un montículo de heno.

Corrí hasta él, pero al llegar, lo encontré ya sentado entre la hierba seca.

—¿Estás bien? —pregunté, a pesar de que lo veía sano y salvo.

—Creo que sí. —Se pasó la mano por las cejas y trató de atusarse el cabello oscuro—. ¿Con qué tropecé?

—Con esto. —Le enseñé una lata de sardinas, arrojada allí por algún visitante anterior—. Una de las amenazas de la civilización.

—Oh. —La cogió y miró el interior. Luego la tiró por encima del hombro—. Qué pena que estuviera vacía. La excursión me ha dado hambre. ¿Vamos a ver qué ha preparado la señora Baird para el desayuno?

—No es mala idea —convine y aparté los últimos mechones que le caían en la frente—. Pero tampoco lo es saltárnoslo y comer más temprano. —Lo miré a los ojos.

—Oh —dijo en un tono diferente. Deslizó una mano por mi brazo hasta llegar al cuello. Allí, el pulgar me acarició el lóbulo de la oreja—. No, no es mala idea...

—Si no tienes mucho apetito —aventuré. Con la otra mano, me recorrió la espalda. La palma abierta me empujó con suavidad hacia él y los dedos comenzaron a descender. Abrió la boca y sopló por el escote de mi vestido. El cálido aliento me acarició los senos.

Me apoyó con cuidado sobre la hierba. Las puntas espigadas del heno parecían flotar alrededor de su cabeza. Se inclinó y me besó con ternura, y continuó besándome mientras me desabotonaba el vestido. Avanzaba muy despacio, un botón cada vez, y se detenía para introducir la mano y jugar con los pezones. Por fin, abrió el vestido del cuello a la cintura.

—Oh —volvió a decir, en un tono otra vez distinto—. Terciopelo blanco. —Hablaba con voz ronca y su cabello había vuelto a caer sobre la frente, pero no intentó apartárselo.

Con un movimiento del pulgar, desprendió el broche del sostén y se agachó para rendirle un experto homenaje a mis senos. Se apartó y cogió los senos con ambas manos. Las deslizó hacia el centro hasta juntarlas para volver a separarlas siguiendo la línea de las costillas hasta la espalda. Las manos subieron y bajaron, una y otra vez, hasta que gemí de impaciencia. Entonces posó los labios en los míos y me oprimió hasta que nuestras caderas encajaron a la perfección. Su boca descendió para besarme el borde de la oreja. La mano que me acariciaba la espalda bajó aún más y de pronto, se detuvo con sorpresa. Volvió a tantear y Frank se irguió para mirarme con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué tenemos aquí? —inquirió imitando el tono de un pueblerino—. ¿O mejor dicho, que no tenemos aquí?

—Vine preparada —contesté con recato—. Las enfermeras aprenden a anticiparse a las contingencias.

—En serio, Claire —susurró y deslizó la mano debajo de mi falda. Subió por el muslo hasta llegar a la suave y desprotegida calidez entre mis piernas—. Eres la persona más práctica que conozco.

Aquella noche, Frank se me acercó por detrás mientras yo estaba sentada en un sillón de la sala con un libro grande en mi regazo.

—¿Qué haces?—preguntó. Apoyó las manos en mis hombros.

—Estoy buscando esa planta —respondí al tiempo que colocaba un dedo entre las páginas para no perder la referencia—. La que vi en el círculo de piedras. Fíjate... —Abrí el libro—. Podría ser una campanulácea o una gencianácea, una polemoniácea, una borraginácea... Esa me parece la más probable, una nomeolvides. Pero también podría ser una variante de ésta, la *Anemone Patens*. —Señalé una ilustración a todo color de una anémona—. No creo que se trate de ningún tipo de genciana; los pétalos no eran del todo redondos pero...

—Bueno, ¿por qué no vuelves y la buscas? —sugirió—. El señor Crook podría prestarte su vieja máquina o... no, tengo una idea mejor. Puedes pedirle prestado el coche a la señora Baird. Es más seguro. La caminata hasta el pie de la colina es corta.

—Y luego hay como un kilómetro cuesta arriba —apunté—. ¿Por qué estás tan interesado en esa planta? —Me giré para mirarlo. La lámpara de la sala delineaba su cabeza con un halo dorado, como un grabado medieval de un santo.

—La planta no me interesa. Pero ya que vas a ir de todos modos me encantaría que echaras un vistazo fuera del círculo.

—Está bien —dije para darle el gusto—. ¿Para qué?

—Para buscar restos de hogueras —respondió—. Todo lo que he leído sobre Beltane habla de hogueras en los rituales. Sin embargo, las mujeres que vimos esta mañana no utilizaron ninguna. Me pregunto si no habrán encendido la fogata de Beltane la noche antes y volvieron a la mañana para llevar a cabo la danza. Aunque, históricamente, los pastores de vacas eran quienes encendían las fogatas. No había rastro de ninguna en el interior del círculo —añadió—, pero nos fuimos antes de que se me ocurriera revisar el exterior.

—Está bien —repetí y bostecé. Comenzaba a sentir el efecto de dos madrugones seguidos. Cerré el libro y me puse de pie—. Siempre y cuando no tenga que levantarme antes de las nueve.

En realidad, eran casi las once cuando llegué al conjunto de piedras. Lloviznaba y estaba empapada porque había olvidado llevar un impermeable. Cumplí con el recorrido obligatorio por el exterior del círculo, pero si alguien había encendido allí una fogata, se había ocupado muy bien en no dejar rastro.

La planta fue fácil de encontrar. Estaba donde la recordaba, cerca de la base de la piedra mayor. Corté varios esquejes y los guardé en mi pañuelo con la intención de colocarlos en las prensas que había dejado en el pequeño coche de la señora Baird.

La roca más alta del conjunto estaba partida, con un corte vertical que dividía las dos grandes mitades. Era curioso, pero ambas partes habían sido separadas de alguna forma. Si bien se notaba que las superficies enfrentadas encajaban, estaban apartadas por una abertura de casi un metro de ancho.

Oí un zumbido proveniente de algún lugar cercano. Pensé que tal vez hubiera un panal de abejas en alguna grieta de la piedra y apoyé una mano en la roca para inclinarme dentro de la abertura.

La piedra gritó. Me eché hacia atrás con rapidez. Tropecé en el césped y caí sentada. Clavé la mirada en la roca, sudando.

Jamás había escuchado un sonido semejante. No es posible describirlo, excepto diciendo que era el tipo de grito que se podría esperar de una piedra. Fue horrible.

Las demás rocas comenzaron a gritar. Se sentía el fragor de una batalla, lamentos de hombres agonizantes y caballos destrozados.

Sacudí la cabeza para despejarme, pero el ruido continuó. Logré ponerme de pie y trastabillar hasta el borde del círculo. Los sonidos me rodeaban, haciendo que me dolieran los dientes y la cabeza me diera vueltas. Se me nubló la visión.

No sé si me acerqué a la abertura de la piedra principal o si fue accidental, llevada a

ciegas por el aturdimiento de la batahola.

Una vez, cuando viajaba de noche, me quedé dormida en el asiento de un automóvil en marcha, acunada por el ruido y el movimiento que me daban la ilusión de serena levedad. El conductor del vehículo entró en un puente a demasiada velocidad y perdió el control del coche. Me desperté de mi sueño con el resplandor de las luces y la sensación de caer a alta velocidad. Esa abrupta transición es lo más parecido a la sensación que experimenté en el círculo de piedras, pero no alcanza ni remotamente a describirla en todo su espanto.

Podría decir que mi campo de visión se redujo a una mancha oscura y luego desapareció por completo para ceder no a la oscuridad total sino a un vacío brillante. Podría decir que sentí que giraba o que tiraban de mí de adentro hacia afuera. Todo esto es cierto y, no obstante, nada confiere la sensación de completo desgarro, de ser golpeada con fuerza contra algo inexistente.

La verdad es que nada se movió, nada cambió. Al parecer, nada ocurrió y, sin embargo, experimenté un terror tan grande que perdí noción de quién o qué era y dónde estaba. Me hallaba en el corazón del caos y ninguna facultad, física o mental, servía para nada.

No puedo decir que estuviera inconsciente, pero durante un lapso, no tuve conciencia de mí misma. Me «desperté», si esa es la palabra, al tropezar con una roca cerca del pie de la colina. Resbalé y me detuve en la hierba densa de la base.

Estaba mareada y aturdida. Me arrastré hasta un grupo de robles jóvenes y me apoyé en uno para recuperarme. Oí un griterío confuso en las cercanías que me recordó los sonidos que había escuchado y sentido entre las piedras. Sin embargo, los gritos carecían de ese tono de violencia inhumana. Se trataba del sonido acostumbrado de los conflictos humanos, y me volví en aquella dirección.

3

El hombre del bosque

Los hombres estaban a cierta distancia cuando los vi. Eran dos o tres, vestidos con falda escocesa, y corrían como diablos a través del pequeño claro. Se oía un golpeteo lejano que, algo aturdida aún, identifiqué como disparos.

Estaba bastante segura de estar sufriendo alucinaciones cuando al sonido de los disparos siguió la aparición de cinco o seis hombres con casacas rojas, pantalones hasta la rodilla y empuñando mosquetones. Parpadeé y clavé la mirada. Puse la mano delante de mis ojos y levanté dos dedos. Vi dos dedos: todo iba bien. No tenía visión borrosa. Olfateé el aire con cuidado. El fuerte aroma de los árboles en primavera y un suave perfume de tréboles que provenía de una mata a mis pies. No sufría de pérdida de olfato.

Me toqué la cabeza. No había dolor. Por lo tanto, podía descartar las contusiones. El pulso era algo rápido pero estable.

El griterío a lo lejos cambió abruptamente. Se oyó un estruendo de cascos y varios caballos aparecieron delante de mí. Los jinetes vestían falda escocesa y vociferaban en gaélico. Me hice a un lado con una agilidad que pareció probar que no tenía daño físico alguno, a pesar de mi estado mental.

Entonces, cuando uno de los hombres con casaca roja, derribado por uno de los escoceses montados, se levantó y sacudió el puño en dirección a los caballos con gesto teatral, comprendí la situación. Por supuesto. ¡Una película! Meneé la cabeza ante mi propia lentitud. Estaban filmando una película de época; eso era todo. Seguramente se trataba de una de esas historias de príncipes y doncellas.

Bueno. Más allá del mérito artístico, los técnicos de la filmación no me darían las gracias por introducir una nota de falsedad histórica en la escena. Volví al bosque con la intención de rodear el claro y salir al camino donde había dejado el coche. La marcha resultó más difícil de lo que había pensado. El bosque era muy joven y los numerosos arbustos me enganchaban la ropa. Tuve que avanzar con cuidado a través de los delgados árboles y desenredar la falda de las ramas quebradizas.

Si hubiera sido una serpiente, lo habría pisado. Estaba parado entre los troncos, tan quieto que podía confundirse con uno de ellos. No lo vi hasta que una mano se extendió y me cogió el brazo.

La otra mano me tapó la boca mientras me arrastraba hasta los robles. Presa del pánico, sacudí los brazos y las piernas. Mi captor, quienquiera que fuera, no parecía mucho más alto que yo, pero tenía brazos muy fuertes. Percibí una leve esencia floral, como agua de lavanda, y un aroma más picante, mezclados con el olor fuerte del sudor masculino. Pero cuando las hojas se reacomodaron después de darnos paso, noté algo familiar en la mano y el antebrazo que me sujetaban la cintura.

Agité la cabeza para liberarme de la mordaza que me cubría la boca.

—¡Frank! —exclamé—. ¿Qué estás haciendo? —Me debatía entre el alivio de encontrarlo allí y el fastidio por su juego ridículo. Después de la experiencia en el círculo

de piedras, no estaba de humor para juguetear en el bosque.

Las manos me soltaron, pero al volverme presentí algo extraño. No era sólo la colonia desconocida, sino algo más sutil. Me quedé paralizada y se me puso la piel de gallina.

—Usted no es Frank —susurré.

—No —convino al tiempo que me estudiaba con considerable interés—, aunque tengo un primo que se llama así. Dudo, sin embargo, que sea él con quien me ha confundido, señora. No nos parecemos mucho.

Más allá de cómo fuera su primo, este hombre podría haber sido el hermano de Frank. Compartían la constitución elástica y delgada y los huesos finos; las mismas facciones marcadas; la cejas parejas y los grandes ojos pardos; y el mismo cabello oscuro que se curvaba con suavidad sobre la frente.

No obstante, el cabello de este hombre era largo y estaba atado en la nuca con una cinta de cuero. Y la piel cetrina lucía un profundo bronceado de meses, no, años de exposición a la intemperie, diferente del tostado dorado que Frank había obtenido durante nuestras vacaciones escocesas.

—¿Quién es usted? —exigí saber, ya muy inquieta. Si bien Frank tenía muchos parientes, yo creía conocer toda la rama británica de la familia. Y por cierto, no había ningún miembro como aquél. Además, estaba segura de que Frank me habría mencionado a cualquier pariente cercano que viviera en Escocia. No sólo lo habría mencionado, sino que habría insistido en visitarlo, armado de la habitual colección de árboles genealógicos y cuadernos, ansioso por encontrar algún dato nuevo sobre la historia familiar y el famoso Jack Randall el Negro.

El extraño enarcó las cejas ante mi pregunta.

—¿Quién soy yo? Debería hacerle la misma pregunta, señora, y con mucha mayor razón. —Su mirada me recorrió de pies a cabeza: una insolente evaluación de mi delgado vestido de algodón. Se detuvo, con expresión divertida, en mis piernas. No comprendí el significado de la mirada, pero me puso nerviosa y retrocedí uno o dos pasos hasta chocar con un árbol.

Por fin, el hombre apartó la vista y se hizo a un lado. Fue como si me hubiera soltado después de sujetarme con fuerza. Respiré aliviada, sin darme cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Se había dado la vuelta para coger su casaca, que estaba colgada en la rama más baja de un roble. Sacudió algunas hojas y comenzó a ponérsela.

Debí de emitir algún sonido porque levantó la vista hacia mí otra vez. La casaca era de color rojo oscuro, con faldones y sin solapas. Los puños de piel de ante ocupaban unos quince centímetros de la manga y una cinta de hilo dorado brillaba en una charretera. Era la casaca de un dragón, de un oficial. Entonces comprendí: ¡claro!, era actor, de la misma compañía con la que me había topado al otro lado del bosque. Sin embargo, la corta espada que procedió a colocar en el cinto parecía mucho más real que cualquiera de los accesorios que yo había visto en representaciones similares.

Me apoyé con fuerza en la corteza del árbol que tenía detrás y descubrí, con alivio, que era sólida. Me crucé de brazos en un intento por protegerme.

—¿Quién demonios es usted? —repetí. Esta vez, la pregunta brotó con una voz ronca que incluso a mí me sonó aterrada.

Como si no me hubiera escuchado, el hombre ignoró la pregunta y se tomó su tiempo para abrocharse los botones de la casaca. Cuando hubo terminado, volvió a prestarme su atención. Se inclinó en una reverencia burlona y se llevó una mano al corazón.

—Yo, señora, soy Jonathan Randall, capitán del Octavo Regimiento de Su Majestad. Para servirla, señora.

Eché a correr. Me dolía el pecho mientras atravesaba la espesura de arbustos y robles, ajena a las zarzas, ortigas, piedras y troncos caídos. Oí un grito a mis espaldas, pero estaba demasiado asustada como para determinar su procedencia.

Huía cegada por el pánico. Las ramas me arañaban la cara y los brazos. Se me torcían los tobillos al pisar hoyos y tropezar con rocas. No había lugar en mi mente para un pensamiento racional; sólo quería escapar de aquel hombre.

Algo muy pesado me golpeó la espalda y caí hacia delante con tanta fuerza que me quedé sin aliento. Unas manos rudas me dieron la vuelta. El capitán Jonathan Randall se alzaba sobre mí. Respiraba agitado y había perdido la espada en la persecución. Se le veía desaliñado, sucio y completamente enfadado.

—¿Por qué demonios salió corriendo de esa manera? —inquirió. Un grueso mechón de cabello castaño oscuro le cruzaba la frente, lo cual acentuaba aún más el parecido con Frank.

Se agachó y me cogió los brazos. Todavía sin aliento, luché por liberarme, pero sólo logré echármelo encima.

Perdió el equilibrio y cayó sobre mí, aplastándome otra vez. Para mi sorpresa, noté que su ira desaparecía al instante.

—¿Con que eso es lo que quieres? —dijo con una carcajada—. Bueno, me encantaría complacerte, preciosa, pero ocurre que has elegido un momento inoportuno. —Con su peso, presionó mis caderas contra el suelo y una pequeña roca se me clavó en la espalda. Me moví para apartarla. Él apretó las caderas con fuerza contra mí y me atenazó los hombros con las manos. Abrí la boca con indignación.

—¿Qué... ? —comencé, pero bajó la cabeza y me besó para ahogar la queja. Su lengua exploró mi boca con descarada confianza. Luego, tan imprevistamente como había empezado, se apartó.

Me acarició la mejilla.

—Muy agradable, preciosa. Tal vez más tarde, cuando tenga tiempo de atenderte como corresponde.

Ya había recuperado el aliento y me dispuse a utilizarlo. Le grité con fuerza en el oído. Se sobresaltó como si lo hubiera atravesado con un hierro candente. Aproveché la oportunidad para levantar la rodilla y hundírsela en el costado. Cayó en el colchón de hojas.

Logré ponerme en pie con torpeza. Él rodó y se detuvo junto a mí. Desesperada, miré a mi alrededor en busca de una salida, pero estábamos pegados a la base de una de esas grandes protuberancias de granito que plagan el suelo escocés. Me había atrapado en un punto en que la pared de granito se quebraba hacia adentro para formar una caja poco profunda. Bloqueó la entrada de la hendidura con los brazos extendidos sobre los muros de piedra. Había una expresión de ira y curiosidad en su rostro oscuro y apuesto.

—¿Con quién estabas? —quiso saber—. ¿Con ese Frank no se cuántos? No tengo ningún hombre con ese nombre en mi compañía. ¿Acaso se trata de alguien que vive por aquí? —Sonrió con desprecio—. No hueles a estiércol, así que no has estado con ningún jornalero. De todos modos, pareces demasiada cara para los campesinos locales.

Cerré con fuerza los puños y levanté la barbilla. Sus bromas no me hacían ninguna gracia.

—¡No tengo ni la menor idea de qué está hablando y le agradecería que me dejara pasar de inmediato! —pronuncié en mi mejor tono de jefa de enfermeras. Por lo general, este recurso solía dar buenos resultados con enfermeros recalcitrantes y jóvenes residentes, pero sólo divirtió al capitán Randall. Decidida, reprimí el temor y la confusión que aleteaban bajo mis costillas como gallinas asustadas.

Meneó la cabeza lentamente y me observó con más detalle.

—Todavía no, preciosa. Me pregunto —añadió en tono desenfadado— por qué una ramera en ropa interior lleva sus zapatos puestos. Zapatos finos, además —precisó al

tiempo que echaba un vistazo a mis sencillos mocasines marrones.

—¿Una qué? —exclamé.

Me ignoró por completo. Su mirada volvió a posarse en mi cara. De pronto, dio un paso adelante y me alzó el rostro cogiéndome de la barbilla. Le cogí la muñeca y tiré de ella.

—¡Suélteme! —Sus dedos parecían de acero. Sin prestar ninguna atención a mis esfuerzos por liberarme, me movió el rostro de un lado a otro, de modo que la vaga luz del atardecer lo iluminara.

—La piel de una dama, lo juraría —murmuró. Se acercó un poco más y me olió—. Y perfume francés en el cabello. —Me soltó. Indignada, me pasé la mano por la mandíbula, como queriendo borrar su huella de mi piel.

—El resto se puede conseguir con el dinero de algún cliente —comentó—. Aunque hablas como un dama.

—¡Muchas gracias! —estallé—. Quítese de mi camino. Mi marido me está esperando y si no regreso en diez minutos, vendrá a buscarme.

—¿Tu marido? —La expresión de peyorativa admiración se disipó en parte, pero no desapareció del todo—. ¿Cómo se llama tu marido, pues? ¿Dónde está? ¿Y por qué permite que su esposa ande sola por los bosques desiertos casi desnuda?

Había sofocado la parte de mi cerebro que luchaba por entender lo ocurrido. En aquel instante, logró surgir lo bastante para indicarme que más allá de lo absurdo que me parecieran sus conjeturas, darle el nombre de Frank o el mío propio a ese hombre sólo podría acarrearme más problemas. Por lo tanto, descarté la posibilidad de contestarle y traté de empujarlo para pasar. Me bloqueó la salida con un brazo musculoso y extendió la otra mano hacia mí. Hubo un repentino y fuerte silbido proveniente de arriba, seguido de algo borroso y un ruido seco. El capitán Randall estaba en el suelo, a mis pies, debajo de una jadeante masa de harapos escoceses. Un puño oscuro emergió de la masa y descendió con bastante fuerza para estrellarse contra alguna protuberancia ósea, a juzgar por el sonido resultante. Las piernas inquietas del capitán, enfundadas en las brillantes botas marrones, se aflojaron de repente.

Me encontré frente a un par de agudos ojos negros. La poderosa mano que me había librado de las indeseables atenciones del capitán Randall me sujetaba el brazo como unas tenazas.

—¿Y quién demonios es usted? —pregunté, atónita. Mi salvador, si es que podía llamarlo así, era unos centímetros más bajo que yo y delgado. Sin embargo, los brazos desnudos que salían de la camisa rota y su cuerpo parecían hechos de un material resistente, como los resortes de una cama. Tampoco era muy apuesto; tenía la piel marcada por la viruela, la frente angosta y la mandíbula pequeña.

—Por aquí. —Tiró de mi brazo. Estupefacta por los vertiginosos sucesos recientes, lo seguí, obediente.

Mi nuevo compañero se abrió camino con rapidez por los arbustos dobló de pronto detrás de una enorme roca y halló un sendero cubierto de tojos y brezos, tan zigzagueante que era imposible ver más allá de dos metros por delante, era, a pesar de todo, un sendero que conducía a la cresta de una colina.

Cuando bajábamos con cuidado por el otro lado de la colina, logré recuperarme lo suficiente como para preguntar adonde nos dirigíamos. Al no recibir respuesta, repetí «¿Adonde diablos vamos?» en un tono más elevado.

Para mi sorpresa, el hombre se volvió hacia mí con el rostro enfurecido y me empujó fuera del sendero. Abrí la boca para protestar, pero me la tapó con una mano, me arrastró al suelo y se me echó encima.

¿Otra vez?, pensé. Me retorcí para liberarme cuando escuché lo que él había oído y me quedé quieta. Eran voces que gritaban, acompañadas de pisadas y chapoteos. Se

trataba, sin duda, de voces inglesas. Luché con desesperación por liberar mi boca. Le clavé los dientes en la mano y llegué a darme cuenta de que el hombre había comido arenque en escabeche con los dedos antes de que algo me golpeara en la nuca y la oscuridad me envolviera.

La cabaña de piedra apareció de pronto en la bruma del rocío nocturno. Los postigos estaban cerrados y no se veía sino un hilo de luz. Como no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, no podía calcular la distancia entre aquel lugar y la colina de Craigh na Dun o el pueblo de Inverness. Íbamos a caballo. Yo iba delante de mi captor, con las manos atadas a la silla de la montura, pero no había ningún camino y avanzábamos muy despacio.

Deduje que no había perdido el conocimiento por mucho tiempo; no presentaba síntomas de contusión ni malestar alguno por el golpe, excepto un dolor en la nuca. Mi captor, un hombre de pocas palabras, había contestado a mis preguntas, exigencias y comentarios ácidos con el sonido escocés que puede definirse fonéticamente como «Mmmmfm». Si hubiera tenido alguna duda sobre su nacionalidad, ese único sonido me hubiera bastado para identificarlo.

Mis ojos se habían adaptado de forma gradual a la penumbra mientras el caballo trastabillaba con las piedras y tojos del bosque. Por esa razón, me deslumbre la resplandeciente claridad de la cabaña. Al recobrar la visión, descubrí sin embargo que la estancia estaba iluminada sólo por una lumbre, varios candelabros y una lámpara de aceite de aspecto antiguo y peligroso.

—¿Qué traes ahí, Murtagh?

El hombre con cara de comadreja me cogió del brazo y me obligó a acercarme, parpadeante, al fuego.

—Una mujer inglesa, Dougal, por cómo habla. —Había varios hombres en la habitación y todos me miraban, algunos con curiosidad, otros con inconfundible lujuria. Mi vestido se había rajado en varias partes durante los sucesos de la tarde y enseguida evalué los daños. Bajé la vista y vislumbré la curva de un seno a través de un corte. Estaba segura de que los hombres allí reunidos también lo veían. Decidí que hacer un esfuerzo por unir las partes rotas sólo atraería una mayor atención. En cambio, elegí un rostro al azar y le clavé la mirada con descaro, en un intento por distraer al hombre o a mí misma.

—Inglesa o no, es bonita —respondió el hombre, un tipo gordo y grasiento sentado junto al fuego. Tenía un trozo de pan en la mano y no se molestó en dejarlo antes de levantarse y dirigirse hacia mí. Me levantó la barbilla con el dorso de la mano y me apartó el cabello. Algunas migas cayeron por el escote de mi vestido. Los demás hombres se acercaron más, un enjambre de ropa escocesa y patillas, con un fuerte aroma a alcohol y sudor. Entonces me di cuenta de que todos llevaban faldas, algo extraño incluso en este sector de Escocia. ¿Acaso había caído en la reunión de un clan o de un regimiento?

—Acérquese, mujer. —Un hombre alto con barba oscura me llamó desde donde estaba sentado, junto a la mesa. Por su aire de autoridad, parecía el jefe del grupo. Murtagh me condujo hacia la mesa al tiempo que los hombres se apartaban con evidente desgana, como respetando su derecho de captor.

El hombre moreno me estudió atentamente con expresión inmutable. Era apuesto, pensé, y no me miraba con odio. Tenía el entrecejo fruncido y no era un rostro al que nadie quisiera provocar.

—¿Cómo se llama? —inquirió con una voz suave para un hombre de su tamaño. No era el tono grave que yo suponía emergería de aquel pecho fuerte.

—Claire... Claire Beauchamp —balbuceé con la decisión repentina de utilizar mi

nombre de soltera. Si deseaban pedir rescate, no quería ayudarlos con un nombre que los condujera a Frank. Además, no estaba segura de querer que aquellos hombres supieran quién era yo antes de averiguar quienes eran ellos—. ¿Y que cree qué...? —El hombre moreno me ignoró, estableciendo ya un patrón de comportamiento del que iba a cansarme enseguida.

—¿Beauchamp? —Las espesas cejas se enarcaron y el grupo demostró sorpresa—. Apellido francés, ¿verdad? —De hecho, el hombre había pronunciado el nombre con perfecto acento francés, aunque yo le había dado una versión deformada por la pronunciación inglesa.

—Sí, es cierto —contesté, algo perpleja.

—¿Dónde has encontrado a esta mujer? —preguntó Dougal a Murtagh, que estaba bebiendo de una cantimplora de cuero.

El hombrecillo cetrino se encogió de hombros.

—Al pie de Craigh na Dun. Estaba cruzando unas palabras con un capitán de dragones con quien tuve un breve encuentro —añadió y levantó las cejas en gesto elocuente—. Aparentemente, la cuestión era si la dama era o no una ramera.

Dougal me observó con cuidado una vez más, tomando nota de los detalles del vestido de algodón y los zapatos.

—Comprendo. ¿Y cuál era la posición de la dama en esta discusión? —inquirió con un sarcástico énfasis en la palabra «dama» que no me gustó nada. Advertí que si bien su acento escocés no era tan marcado como el del hombre llamado Murtagh, era bastante perceptible.

Murtagh parecía divertido. Al menos, sus labios finos esbozaron una sonrisa torcida.

—Dijo que no lo era. El capitán no estaba muy convencido, pero sí dispuesto a poner a prueba su teoría.

—Podríamos hacer lo mismo, ya que estamos. —El hombre gordo de barba oscura se me acercó con una sonrisa burlona. Apoyó las manos en su cinturón. Me alejé cuanto pude, que no fue mucho dado el tamaño de la cabaña.

—Ya basta, Rupert. —Dougal aún me miraba, ceñudo, pero su voz estaba cargada de autoridad. Rupert desistió de su intento y adoptó una cómica expresión de desilusión.

—No me gustan las violaciones y de todos modos, no tenemos tiempo. —Me alegró escuchar este pronunciamiento, si bien su contenido moral era escaso. No obstante, los rostros lujuriosos todavía me ponían nerviosa. Experimentaba la ridícula sensación de haber aparecido en público en ropa interior. Aunque no tenía ni idea de quiénes eran ni qué querían estos bandidos escoceses, parecían muy peligrosos. Me mordí la lengua para reprimir una serie de comentarios no muy juiciosos que pugnaban por salir a la superficie.

—¿Qué te parece, Murtagh? —preguntó Dougal a mi captor—. Por lo menos ya sabemos que no le gusta Rupert.

—No es prueba suficiente —objetó un hombrecillo calvo—. No le ofreció nada. Ninguna mujer aceptaría a alguien como Rupert sin un pago sustancial... por adelantado —agregó, provocando la hilaridad en sus compañeros. Dougal calmó el barullo con un gesto brusco y señaló la puerta con la cabeza. El hombre calvo, todavía sonriente, obedeció y se perdió en la oscuridad.

Murtagh, que no había participado de la algarabía general, tenía el entrecejo fruncido mientras me observaba. Meneó la cabeza y el lacio flequillo que le cruzaba la frente se alborotó.

—No —decretó en tono determinante—. No sé qué o quién será, pero apostaría mi mejor camisa a que no es una ramera. —Recé para que su mejor camisa no fuera la que llevaba puesta, la cual no valía la pena apostar.

—Bueno, si tú lo dices. Las conoces muy bien —terció Rupert, pero Dougal lo hizo

callar.

—Lo resolveremos luego —afirmó Dougal con brusquedad—. Tenemos un largo camino por delante esta noche y primero debemos hacer algo con Jamie. No puede montar así.

Me retraje en las sombras cerca de la chimenea con la esperanza de pasar inadvertida. El hombre llamado Murtagh me había desatado las manos antes de que entráramos en la cabaña. Tal vez pudiera escapar mientras estaban ocupados en otra cosa. La atención de los hombres se centraba ahora en un joven agazapado en un banco en un rincón. Apenas había levantado la vista durante mi aparición e interrogatorio. Había mantenido la cabeza agachada mientras se sujetaba con una mano el hombro contrario, meciéndose de dolor.

Con suavidad, Dougal apartó la mano que cubría el hombro. Uno de los hombres retiró el manto del joven para dejar expuesta una camisa de hilo sucia y manchada de sangre. Un hombre pequeño con un bigote espeso se acercó por detrás con un cuchillo. Sujetó la camisa por el cuello y la cortó a lo largo de la manga para descubrir el hombro.

Me quedé sin aliento, al igual que varios de los hombres. Un surco profundo y desgarrado cruzaba la parte superior del hombro y la sangre corría por el pecho del joven. Pero lo más impresionante era la articulación. Un bulto se elevaba en el lugar del hombro y el brazo colgaba en un ángulo imposible.

Dougal emitió un gruñido.

—Mmfm. Se le ha salido el hombro, pobre muchacho. —El joven levantó la cara por primera vez. A pesar de la tensión del dolor y de la incipiente barba roja, era un rostro fuerte y apacible.

—Caí con la mano extendida cuando la bala del mosquete me tiró del caballo. Todo el peso cayó en la mano y ¡paf!, así quedó.

—Claro. —El hombre del bigote, un escocés educado, a juzgar por el acento, examinó el hombro y el joven hizo un gesto de dolor—. La herida está bien, es limpia. La bala salió por el otro lado. Y la sangre fluye bien. —El hombre tomó un trozo de lienzo sucio de la mesa y lo utilizó para detener la hemorragia—. Pero no sé qué hacer con la articulación. Necesitaremos un cirujano para devolver el brazo a su lugar. No puedes montar así, ¿verdad, Jamie?

¿Bala de mosquete? Mi mente estaba en blanco. ¿Cirujano?

El muchacho meneó la cabeza, pálido.

—Me duele mucho sentado. No podría montar a caballo. —Cerró los ojos y se mordió con fuerza el labio inferior.

Murtagh habló en tono impaciente.

—Bueno, no podemos dejarlo, ¿no? Los casacas rojas no son gran cosa para rastrear en la noche, pero tarde o temprano van a encontrar este lugar, con o sin postigos. Y Jamie no pasará por un inocente campesino con ese agujero que tiene.

—No te preocupes —terció Dougal—. No pienso dejarlo.

El hombre del bigote suspiró:

—No hay alternativa, entonces. Tendremos que tratar de encajarle el hombro por la fuerza. Murtagh, tú y Rupert sujetadlo. Voy a intentarlo.

Observé con compasión cómo cogía el brazo del joven por la muñeca y el codo y comenzaba a forzarlo hacia arriba. El ángulo no era correcto. Debía de estar causándole un dolor insoportable. El sudor bañaba el rostro del joven, pero permaneció en silencio, excepto por un leve gemido. De pronto, cayó pesadamente hacia delante. No llegó al suelo gracias a los brazos de los hombres que lo sostenían.

Uno de ellos destapó una cantimplora de cuero y la acercó a los labios del muchacho. El olor del licor llegó hasta donde yo estaba. El joven tosió y se atragantó, pero bebió de todos modos. El líquido color ámbar se derramó por los restos de su camisa.

—¿Listo para otro intento, muchacho? —preguntó el hombre calvo—. Tal vez debería probar Rupert —sugirió y se volvió hacia el rufián de barba negra.

Rupert flexionó las manos como si estuviera a punto de lanzar un tronco y tomó la muñeca del joven con la clara intención de encajar la articulación por la fuerza. Era obvio que tal operación sólo haría que el brazo se quebrara como un palo de escoba.

—¡Ni se le ocurra hacerlo! —Toda idea de escapar cedió ante la furia profesional que me embargaba. Avancé, indiferente a las miradas perplejas de los hombres.

—¿De qué habla? —exclamó el hombre calvo, irritado por mi intromisión.

—Así le romperá el brazo —repliqué—. Quítese del medio, por favor. —Aparté a Rupert con el codo y tomé la muñeca del paciente. El joven parecía tan sorprendido como el resto, pero no se resistió. Tenía la piel ardiendo, pero no por la fiebre.

—Primero hay que colocar el hueso del antebrazo en el ángulo correcto —expliqué mientras levantaba la muñeca y empujaba el codo. El joven era corpulento y su brazo pesaba como el plomo—. Ésta es la peor parte —le advertí. Coloqué la palma de la mano en el codo, lista para tirar hacia arriba y adentro.

El joven torció la boca sin llegar a esbozar una sonrisa.

—No puede doler mucho más. Adelante. —Ahora el sudor cubría mi rostro también. Encajar un hombro es una ardua tarea en el mejor de los casos. Intentarlo con un hombre grande, horas después de la dislocación, con los músculos hinchados que tiraban de la articulación, era una operación que requería de todas mis fuerzas. El fuego estaba demasiado cerca y recé para que el tirón no nos hiciera caer en las llamas.

De pronto, el hombro emitió un suave sonido y la articulación volvió a su lugar. El paciente estaba atónito. Se pasó la mano para examinar la zona.

—¡Ya no me duele! —Una ancha sonrisa de alivio iluminó su rostro y los hombres estallaron en aplausos y exclamaciones.

—Volverá a doler. —Sudaba por el esfuerzo, pero me sentía satisfecha con el resultado—. Se sentirá débil durante varios días. No debe extender el brazo en dos o tres días. Cuando vuelva a utilizarlo, hágalo con cuidado al principio. Si le duele, déjelo. Aplíquele compresas calientes diariamente.

En mitad de mis recomendaciones, me di cuenta de que mientras el paciente me escuchaba con respeto, los demás hombres me escudriñaban con expresiones que iban desde el asombro hasta la sospecha.

—Soy enfermera —expliqué, a la defensiva.

Los ojos de Dougal y los de Rupert bajaron hasta mis pechos y allí se detuvieron con morbosa fascinación. Se miraron y luego Dougal clavó la vista en mi rostro.

—Como usted diga —dijo y enarcó las cejas—. ¿Puede curarle la herida para que pueda ir a caballo?

—Puedo vendarlo, sí —respondí con considerable aspereza—, si tienen con qué hacerlo. Pero ¿por qué supone que quiero ayudarles?

Dougal me ignoró y se volvió. Habló en una lengua que reconocí como gaélico a una mujer acurrucada en un rincón. Rodeada por aquella masa de hombres, no la había visto antes. Me pareció que vestía de forma curiosa. Llevaba una falda larga y harapienta y una blusa de mangas largas, cubierta en parte por una especie de chaqueta o canesú. Todo su aspecto, incluyendo el rostro, era bastante sucio. Al mirar a mi alrededor, descubrí que la cabaña no sólo carecía de electricidad sino también de fontanería. Tal vez ésa fuera la razón de la suciedad.

La mujer hizo una leve reverencia y pasó rápidamente junto a Rupert y Murtagh. Comenzó a revolver en una cómoda de madera pintada junto al hogar..Por fin encontró un montón de harapos.

—No, no sirven —objeté mientras los tocaba con las puntas de los dedos—. Es necesario desinfectar la herida primero. Luego hay que vendarla con un lienzo limpio, si es

que no hay gasa esterilizada.

Todos enarcaron las cejas.

—¿Desinfectar? —repitió el hombrecillo, despacio.

—Sí, claro —aseveré. A pesar de su acento educado, me pareció un poco tonto—. Hay que quitar todo el polvo de la herida y tratarla con un compuesto que elimine gérmenes y facilite la cicatrización.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, yodo —dije. Al ver las expresiones desconcertadas a mi alrededor, volví a intentarlo—. ¿Mertiolate? ¿Carbólico diluido? —sugerí—. ¿O quizás alcohol?

Expresiones de alivio. Por fin había encontrado una palabra que reconocían. Murtagh me entregó la cantimplora de cuero. Suspiré con impaciencia. Sabía que el interior de Escocia era primitivo, pero esto era casi increíble.

—Miren —dije en un intento por ser paciente—, ¿por qué no lo llevan al pueblo? No debe de quedar muy lejos y estoy segura de que allí habrá un doctor que pueda atenderlo.

La mujer me miró, confundida.

—¿Qué pueblo?

El nombre llamado Dougal no prestaba ninguna atención a esta discusión. Escudriñaba la oscuridad por el borde de la cortina. La dejó caer en su sitio y caminó hacia la puerta. Los hombres callaron al verlo desaparecer en la noche.

Regresó en un momento junto con el hombre calvo y el aroma de pinos. Meneó la cabeza en respuesta a las miradas inquisitivas de los hombres.

—No, no hay nadie en las cercanías. Nos iremos de inmediato. Es más seguro.

Al verme, se detuvo un instante para pensar. De pronto, asintió. Había tomado una decisión.

—Vendrá con nosotros —anunció. Hurgó en el montón de harapos y encontró un trapo andrajoso. Parecía un pañuelo de cuello que había conocido tiempos mejores.

El hombre de bigotes no quería llevarme, dondequiera que fueran.

—¿Por qué no la dejamos aquí?

Dougal le dirigió una mirada impaciente, pero dejó que Murtagh explicara.

—No importa dónde estén los casacas rojas ahora, llegarán aquí al amanecer, para lo cual no falta tanto. Si esta mujer es una espía inglesa, no podemos arriesgarnos a dejarla aquí para que les diga hacia dónde marchamos. Y si no estuviera en buenos términos con ellos —añadió y me miró con expresión dudosa—, no podemos dejar a una mujer sola aquí. —Se le iluminó el rostro y rozó la tela de mi vestido—. Tal vez podamos pedir rescate por ella. Lo poco que lleva puesto es de buena calidad.

—Además —terció Dougal—, puede resultar útil en el camino. Sabe bastante de medicina. Pero ahora no tenemos tiempo. Me temo que no será posible «desinfectarte», Jamie —comentó al tiempo que palmeaba la espalda del joven—. ¿Puedes montar con una sola mano?

—Sí.

—Buen chico. Aquí tiene —dijo y me entregó el trapo—. Véndele la herida, rápido. Nos iremos enseguida. Vosotros dos, preparad los caballos —ordenó al hombre con cara de comadreja y al gordo que se llamaba Rupert.

Miré el trapo con desagrado.

—No puedo usar esto —protesté—. Está sucio.

Sin ver que se moviera, noté que el hombre alto me apretaba el hombro y me clavaba los ojos oscuros.

—Hágalo —pronunció.

Me soltó con un empujón, se dirigió a la puerta y desapareció detrás de sus secuaces. Algo más que aturdida, me aboqué a la tarea de vendar la herida de bala lo mejor

posible. Mi formación médica no me permitía siquiera considerar la idea de utilizar aquel trapo inmundo. Intenté ahogar mi confusión y miedo en la búsqueda de algo más apropiado. Luego de un inútil y rápido examen del montón de harapos, me decidí por unas tiras de rayón que se habían soltado del borde de mi enagua. Aunque no estaban esterilizadas, era lo más limpio que había por allí.

El hilo de la camisa de mi paciente estaba viejo y gastado, pero era muy resistente. Con algo de esfuerzo, arranqué el resto de la manga y la usé para improvisar un cabestrillo. Di un paso atrás para apreciar el resultado de mi trabajo y choqué con el hombre alto, quien había regresado sigilosamente. Observó con aprobación el vendaje.

—Buen trabajo, joven. Vamos. Ya estamos listos.

Dougal dio una moneda a la mujer y me condujo fuera. Jamie nos siguió con lentitud, algo pálido aún. Al levantarse del banco, mi paciente resultó ser bastante alto. Sobrepasaba por unos centímetros a Dougal.

Rupert, el de la barba negra, y Murtagh sujetaban seis caballos mientras les murmuraban suaves palabras gaélicas en la oscuridad. Era una noche sin luna, pero el resplandor de las estrellas se reflejaba en las partes metálicas de las monturas. Levanté la vista con asombro. El cielo nocturno estaba plagado de estrellas como no lo había visto jamás. Recorrí con la mirada el bosque circundante y entonces comprendí. Al no haber una ciudad cerca que empañara e] cielo con sus luces, las estrellas ejercían un indiscutible dominio sobre la noche.

Me paralicé. Sentí mucho más frío del que en realidad hacía. No había luces de ciudad. «¿Qué pueblo?», había preguntado la mujer en la cabaña. Estaba acostumbrada a los apagones de emergencia de la guerra. Por esa razón, la falta de luces no me había extrañado en un principio. Pero la guerra había terminado y las luces de Inverness deberían verse a kilómetros de distancia.

Los hombres eran siluetas confusas en la oscuridad. Pensé en escabullirme entre los árboles, pero Dougal, como si hubiera adivinado mi pensamiento, me cogió del codo y me llevó hacia los caballos.

—Sube, Jamie —exclamó—. La muchacha irá contigo. —Me apretó el codo—. Llevará las riendas si Jamie no puede manejarlas con una sola mano, pero tenga cuidado de no alejarse. Si intenta algo raro, le cortaré el cuello. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza. Tenía la garganta demasiado seca para hablar. El tono de Dougal no era amenazante, pero le creí. Además, no iba a intentar nada porque no sabía qué intentar. Ignoraba dónde estaba, quiénes eran mis acompañantes, por qué nos marchábamos con tanta urgencia y adonde nos dirigíamos. Sin embargo, no tenía alternativa mejor que ir con ellos. Estaba preocupada por Frank, que debía de estar buscándome desde hacía rato. No obstante, no parecía momento propicio para mencionarlo.

Dougal debió de notar la inclinación de mi cabeza porque me soltó y se agachó junto a mí. Permanecí quieta, mirándolo como una estúpida, hasta que siseó:

—El pie, muchacha. Deme el pie. ¡El pie izquierdo! —agregó con disgusto. Me apresuré a retirar mi pie derecho de su mano y levanté el izquierdo. Con un leve gruñido, me alzó para depositarme en la montura delante de Jamie, que me rodeó con el brazo sano.

A pesar de lo extraño de la situación, me sentí agradecida por el cuerpo cálido del joven escocés. Tenía un fuerte olor a leña quemada, sangre y sudor, pero el frío de la noche me calaba el vestido y me reconfortó apoyarme en él.

Con un leve chasquido de riendas, emprendimos la marcha en la noche estrellada. Los hombres no conversaban, se limitaban a mantenerse alertas y cautelosos. Los caballos comenzaron a trotar cuando llegamos al camino. El traqueteo me incomodaba demasiado para desear hablar, aunque tampoco había nadie dispuesto a escucharme.

A pesar de no poder utilizar la mano derecha, mi compañero Haba la impresión de

no necesitarla. Sentía sus muslos detrás de los míos y percibía sus movimientos y apretones para guiar al caballo. Me afirmé en la montura. Había montado a caballo antes, pero no era tan buen jinete como Jamie.

Al poco rato, llegamos a un cruce de caminos donde nos detuvimos un instante mientras el hombre calvo conferenciaba con el jefe en voz baja. Jamie soltó las riendas y dejó que el caballo fuera hasta el borde para comer hierba. Entonces, comenzó a moverse y darse la vuelta a mis espaldas.

—¡Cuidado! —le advertí—. ¡No se mueva así porque se le va a salir el vendaje! ¿Qué trata de hacer?

—Quiero desabrochar mi capa para taparla —contestó—. Está usted temblando. Pero no puedo hacerlo con una sola mano. ¿Alcanza el broche?

Después de mucho estirar y retorcerme, logramos soltar la capa. Con un movimiento rápido y eficaz, Jamie la estiró y la dejó caer sobre sus hombros. Luego la pasó por los míos y la sujetó debajo de la montura, de modo que ambos quedamos cubiertos.

—¡Listo! —exclamó—. No queremos que se congele antes de llegar.

—Gracias —contesté, agradecida por el abrigo—. Pero ¿adonde vamos?

No podía ver su rostro, detrás y encima de mí, pero hizo una pausa antes de responder.

Por fin, emitió una risita.

—Si he de serle franco, no lo sé. Supongo que lo averiguaremos cuando lleguemos, ¿no?

Había algo familiar en el paisaje que cruzábamos. Conocía la gran formación rocosa que había un poco más adelante, la que se asemejaba a la cola de un gallo.

—¡El peñón de Cocknammon! —exclamé.

—Sí, claro —repuso mi acompañante, nada emocionado por mi descubrimiento.

—¿No la usaban los ingleses para sus emboscadas? —pregunté mientras intentaba recordar los detalles lúgubres de la historia local que Frank había insistido en relatarme durante la semana anterior—. Si hay una patrulla inglesa en la zona... —Vacilé. Si había una patrulla inglesa en la zona, tal vez me equivocaba al delatarla. Aunque en caso de una emboscada, sin duda me confundirían con mi compañero debajo de una misma manta. Volví a pensar en el capitán Jonathan Randall y me estremecí. Todo lo que había visto desde que atravesé la roca partida confirmaba la irracional conclusión de que el hombre que había encontrado en el bosque era, en efecto, el tatarataratarabuelo de Frank. Obcecada, luché contra esta conclusión, pero no logré formular ninguna otra teoría que encajara con los hechos.

Al principio, creí que se trataba de un sueño más vivido que los de costumbre. Pero el beso de Randall, casi familiar y totalmente físico, disipó tal impresión. Tampoco fue un sueño el golpe en la cabeza de Murtagh. El dolor de la nuca comenzaba a equipararse con el ardor en la cara interna de los muslos por el roce con la montura, ambos muy reales. Y la sangre. Sí, era verdad que había tenido suficiente contacto con la sangre como para haber soñado con ella antes. Pero jamás había soñado con el olor de la sangre, ese aroma cálido, similar al cobre, que aún percibía en el hombre detrás de mí.

Jamie azuzó el caballo para acercarlo al del jefe y conversó en gaélico con la sombra corpulenta del hombre. Los caballos aminoraron la marcha.

Ante una señal del jefe, Jamie, Murtagh y el hombrecillo calvo quedaron atrás mientras los otros dos galopaban hacia el peñón, distante unos cuatrocientos metros a la derecha. Una media luna había aparecido en el cielo y la luz era suficiente para vislumbrar las hojas de las malvas que crecían junto al camino. Pero las sombras en las grietas del

Peñón podían ocultar cualquier cosa.

En el instante en que las siluetas galopantes pasaron junto al peñón, el resplandor de disparos de mosquetes surgió de un hueco. Oí un grito espeluznante a mis espaldas y el caballo se lanzó hacia adelante como si le hubieran pegado con una vara. De pronto, avanzábamos a toda carrera hacia el peñón. Murtagh y el otro hombre iban a nuestro lado y los gritos y chillidos resonaban en la noche.

Me sujeté a la montura con todas mis fuerzas. Entonces, Jamie tiró de las riendas cerca de un arbusto grande, me rodeó la cintura con el brazo y sin preámbulo, me arrojó al suelo. El caballo giró y volvió a salir a todo galope para rodear el Peñón por el lado sur. Alcancé a ver al jinete agazapado en la montura en tanto el caballo se desvanecía en las sombras. Cuando reapareció, todavía al galope, la montura estaba vacía.

La superficie del peñón estaba envuelta en sombras. Sentía gritos y disparos ocasionales de mosquetes, pero no podía definir si los movimientos que divisaba eran de los hombres o sólo las sombras de las ramas de los robles emergiendo de las grietas de la piedra.

Logré salir del arbusto con alguna dificultad y sacudí las ortigas que se me habían adherido al cabello y la falda. Me pasé la lengua por una raspadura en la mano mientras me preguntaba qué debía hacer. Podía esperar a que se decidiera la batalla. Si los escoceses ganaban, o sobrevivían al menos, suponía que volverían a buscarme. De lo contrario, podía abordar a los ingleses, quienes sin duda pensarían que dado que viajaba con los escoceses, estaba aliada con ellos. Aliada para qué, no lo sabía, pero por el comportamiento de los hombres en la cabaña, era evidente que planeaban algo que esperaban disgustara mucho a los ingleses.

Tal vez lo mejor sería evitar ambos bandos del conflicto. Después de todo, ya sabía dónde estaba y tenía cierta posibilidad de llegar a algún pueblo o aldea conocido, aunque tuviera que caminar todo el trayecto. Decidida, enfilé hacia el camino, tropezando con innumerables protuberancias de granito, hijas bastardas del peñón de Cocknammon.

La luz de la luna dificultaba la caminata. Si bien podía ver los detalles del suelo, no tenía idea de dónde estaba el fondo. Las plantas chatas y las piedras salientes parecían de la misma altura, por lo que levantaba los pies sobre obstáculos inexistentes o tropezaba con rocas prominentes. Caminaba tan rápido como podía y me mantenía alerta para oír cualquier sonido a mis espaldas que significara persecución.

Los ruidos de la batalla habían cesado cuando llegué al camino. Me di cuenta de que resultaba demasiado visible en el camino, pero necesitaba seguirlo, si deseaba llegar a algún pueblo. Carecía de sentido de la orientación en la oscuridad y jamás había aprendido de Frank su habilidad para guiarse por las estrellas. Pensar en Frank me dio ganas de llorar, por lo que intenté distraerme repasando los acontecimientos de aquella tarde.

Parecía inconcebible, pero todos los hechos indicaban que me encontraba en algún lugar donde las costumbres y la política de finales del siglo dieciocho aún tenían vigencia. De no haber sido por las heridas del joven llamado Jamie, habría creído que se trataba de algún tipo de festival tradicional. Esa herida había sido causada por algo muy similar a una bala de mosquete, a juzgar por las evidencias. El comportamiento de los hombres en la cabaña tampoco correspondía a una obra teatral. Eran hombres serios, y sus dagas y espadas eran reales.

¿Se trataría, quizá, de alguna región apartada donde los pobladores revivían parte de su historia de tanto en tanto? Había oído que algo así ocurría en Alemania, pero jamás en Escocia. «Tampoco has oído que los actores se dispararan con mosquetes, ¿verdad?», se burló la parte racional de mi mente.

Miré hacia atrás en dirección al peñón para calcular mi posición. Luego me volví. La sangre se me heló en las venas. No había nada allí excepto las copas emplumadas de los pinos, negras e impenetrables contra el tapiz de estrellas. ¿Dónde estaban las luces de

Inverness? Si el peñón de Cocknammon estaba detrás de mí, y sabía que así era, Inverness debía estar a menos de cinco kilómetros al sudeste. A esa distancia, debería ver el resplandor de la ciudad contra el cielo. Si es que estaba allí.

Me sacudí con irritación y me cogí los codos para protegerme del frío. Aunque admitiera por un instante la imposible idea de que me encontraba en otra época, Inverness llevaba más de seiscientos años en el mismo lugar. Estaba allí. Pero por lo visto, no tenía luces. Dadas las circunstancias, este hecho sugería de forma contundente que no había electricidad. Otra prueba más. Pero ¿qué probaba exactamente?

Una silueta emergió de la oscuridad ante mí, tan cerca que casi choqué contra ella. Sofoqué un grito y me volví para echar a correr, pero una mano grande me cogió del brazo para evitarlo.

—No se preocupe. Soy yo.

—Me lo temía —dije de mal humor, aunque en realidad, sentí alivio al saber que era Jamie. No me asustaba tanto como los demás hombres, a pesar de que parecía igual de peligroso. Sin embargo, era joven, incluso más joven que yo, calculé. Además, me resultaba difícil tenerle miedo a alguien a quien había atendido recientemente.

—Espero que no haya movido el hombro —le amonesté con el tono de jefa de enfermeras. Si era capaz de mostrar suficiente autoridad, tal vez lograra convencerlo de que me dejara ir.

—Todo ese lío no le hizo bien —admitió al tiempo que se masajeaba el hombro con la mano sana.

Se movió un poco y a la luz de la luna vi una enorme mancha de sangre en la camisa. Hemorragia arterial, pensé de inmediato; pero ¿ por qué continuaba de pie?

—¡Está herido! —exclamé—. ¿Se ha abierto la herida del hombro o es una nueva? Siéntese y déjeme ver. —Lo empujé hacia un montón de piedras y repasé mentalmente los procedimientos de primeros auxilios. No tenía vendajes a mano, excepto mi ropa. Cuando estaba a punto de arrancar lo que quedaba de mi enagua para detener la hemorragia, Jamie rió.

—No, no se inquiete. No es sangre mía. Al menos no la mayor parte —añadió al tiempo que despegaba la tela empapada de su piel.

Tragué con dificultad y me sentí algo mareada.

—Ah —dije con voz trémula.

—Dougal y los demás nos esperan cerca del camino. Vamos. —Me cogió del brazo. No fue un gesto galante sino una forma práctica de obligarme a acompañarlo. Decidí arriesgarme y me planté donde estaba.

—¡No! ¡No iré!

Se detuvo, sorprendido por mi negativa.

—Sí, sí lo hará. —No parecía molesto sino más bien divertido por la idea de que yo tuviera alguna objeción a que me secuestraran otra vez.

—¿Y si me niego? ¿Me cortará el cuello? —insistí para presionarlo. Jamie sopesó las alternativas y respondió con calma.

—Claro que no. No debe de pesar mucho. Si no camina, la alzaré y la cargaré al hombro. ¿Acaso quiere que lo haga? —Dio un paso hacia mí. Retrocedí de prisa. Estaba segura de que lo haría, con o sin herida.

—¡No! No puede hacerlo; se lastimará el hombro otra vez.

No podía ver su rostro en la oscuridad, pero la luz de la luna brilló en sus dientes cuando sonrió.

—Bueno, entonces, ya que no quiere que vuelva a lastimarme, supongo que vendrá conmigo. —Traté de encontrar una respuesta, pero no se me ocurrió nada a tiempo. Volvió a tomarme del brazo con firmeza y nos pusimos en marcha hacia el camino.

Jamie me sujetaba con fuerza y me sostenía cuando trastabillaba con las piedras y

plantas. Él caminaba como si la hierba estuviera asfaltada y fuera de día. «Es como un gato —pensé—; por eso se apareció en la oscuridad sin que lo oyera.»

Como había dicho Jamie, los demás hombres nos esperaban con los caballos, no muy lejos. Aparentemente, no había habido bajas ni heridos, ya que estaban todos presentes. Con un movimiento muy poco digno, trepé a la montura otra vez. Golpeé sin querer el hombro de Jamie con la cabeza y lo oí contener el aliento con los dientes apretados.

Intenté disimular mi resentimiento por estar de nuevo cautiva y mi remordimiento por haberlo lastimado con aire de déspota insufrible.

—Se lo merece por andar merodeando por el campo y saltando entre arbustos y rocas. Le dije que no moviera la articulación. Ahora seguro que tiene desgarro muscular además de heridas externas.

Mi reprimenda pareció divertirlo.

—Bueno, no tenía alternativa. Si no hubiera movido el hombro, no habría movido nada nunca más. Soy capaz de reducir a un casaca roja con una sola mano... tal vez a dos, pero no a tres —explicó, algo engreído—. Además —agregó y me obligó a apoyarme en la camisa manchada de sangre—, puede curarme otra vez cuando lleguemos.

—Eso es lo que usted se cree —repliqué con frialdad al tiempo que me apartaba de la tela pegajosa. Jamie chasqueó la lengua y emprendimos la marcha nuevamente. Los hombres estaban de excelente humor después de la lucha y hacían bromas y reían con ganas. Mi parte en desbaratar la emboscada recibió muchas alabanzas y todos bebieron de las cantimploras en mi honor.

Me ofrecieron una; al principio me negué con la excusa de que ya me resultaba bastante difícil sostenerme en la montura estando sobria. Por los comentarios de los hombres, llegué a la conclusión de que se había tratado de una pequeña patrulla de alrededor de diez soldados ingleses, armados con mosquetes y sables.

Alguien pasó una cantimplora a Jamie y sentí el olor del licor ardiente cuando bebió. No tenía sed, pero el suave aroma de la miel me recordó que no comía desde hacía rato. Mi estómago emitió un sonoro y humillante gruñido, quejándose de mi negligencia.

—¡Epa, Jamie! ¿Así que tienes hambre, muchacho? ¿O acaso llevas una gaita contigo? —gritó Rupert al confundir el origen del ruido.

—No, pero me comería una gaita de buena gana —respondió Jamie sin corregirlo, en un acto de caballerosidad. Un instante después, una mano volvió a ofrecerme la cantimplora.

—Será mejor que beba un sorbo —me susurró Jamie—. No le llenará la barriga, pero le hará olvidar el hambre.

«Espero que otras cosas también», pensé. Levanté la cantimplora y tragué.

Mi acompañante tenía razón; el whisky encendió un reconfortante fuego en mi estómago y sofocó los retortijones de hambre. Recorrimos varios kilómetros sin novedad. Nos turnábamos para llevar las riendas y sostener la cantimplora. Sin embargo, al llegar a una cabaña en ruinas, la respiración de Jamie se convirtió en un áspero siseo. Nuestro precario equilibrio, hasta ese momento un bamboleo permanente, pasó a ser de pronto mucho más irregular. No lo comprendía. Si yo no estaba borracha, no podía creer que él lo estuviera.

—¡Deténganse! ¡Ayúdenme! —chillé—. ¡Se está cayendo! —Recordé mi reciente descenso forzoso y la posibilidad de repetirlo no me agradó.

Las siluetas oscuras se dieron la vuelta y nos rodearon en medio de confusos susurros. Jamie se deslizó cabeza abajo para caer, por fortuna, en los brazos de alguien. El

resto de los hombres ya había bajado de los caballos y cuando logré desmontar ya lo habían tumbado en el suelo.

—Respira —dijo alguien.

—Bueno, qué gran ayuda —le espeté mientras buscaba el pulso de Jamie en la negrura. Por fin lo hallé, acelerado, pero fuerte. Al colocarle la mano en el pecho y el oído en la boca, percibí un movimiento regular, con menos silbido. Me enderecé.

—Creo que sólo se ha desmayado —dije—. Pónganle una alforja bajo los pies y si tienen agua, tráiganme un poco. —Me sorprendí al descubrir que obedecían mis órdenes de inmediato. Por lo visto, el joven era importante para ellos. Jamie abrió los ojos, dos pozos negros a la luz de las estrellas. En la penumbra, su rostro parecía una calavera con la piel blanca estirada sobre las facciones angulosas.

—Estoy bien —murmuró al tiempo que intentaba sentarse—. Algo mareado, nada más.

Apoyé la mano en su pecho y lo empujé hacia abajo.

—Quédese quieto —le ordené. Realicé un rápido examen con las manos, luego me arrodillé y me volví hacia una silueta grande, que deduje debía de ser el jefe, Dougal—. La herida de bala ha comenzado a sangrar otra vez y además, el idiota se ha dejado clavar un cuchillo. Creo que no es serio, aunque ha perdido bastante sangre. La camisa está empapada, pero no sé si es toda suya. Necesita descansar. Deberíamos acampar y esperar por lo menos hasta la mañana. —La sombra hizo un gesto negativo.

—No. Estamos lejos de las patrullas, pero debemos tener cuidado con la Guardia. Todavía nos quedan unos veinticuatro kilómetros por delante. —La cabeza sin rostro se echó hacia atrás para observar las estrellas—. Cinco horas, por lo menos. Siete, lo más probable. Podemos quedarnos aquí un rato hasta que detenga la hemorragia y vuelva a vendarlo, pero nada más.

Me puse a trabajar sin dejar de protestar entre dientes en tanto Dougal, en voz baja, mandó a una de las otras siluetas a cuidar los caballos junto al camino. Los demás hombres descansaron y bebieron de sus cantimploras mientras conversaban en susurros. Murtagh, el de la cara de comadreja, me ayudó cortando trozos de lienzo, buscando agua y levantando a Jamie para colocarle el vendaje, ya que el paciente tenía prohibido moverse, a pesar de que no cesaba de repetir que estaba bien.

—No está bien y no me sorprende —le regañé, dando rienda suelta a mi miedo—. ¿Qué clase de idiota recibe una cuchillada y ni siquiera se detiene a curarla? ¿Acaso no se dio cuenta de que sangraba mucho? Tiene suerte de no estar muerto después de galopar toda la noche, luchar y tirarse del caballo... Quédese quieto, imbécil.

La tela con la que estaba trabajando era muy resbaladiza en la oscuridad. Las tiras se me escapaban de las manos, como peces escurriéndose velozmente en las profundidades con un destello burlón de sus cuerpos blancos. A pesar del frío, el sudor me comenzó a correr por el cuello. Por fin, logré atar un extremo y busqué el otro, que insistía en deslizarse por la espalda de Jamie.

—Vuelve aquí... ¡Mierda! —El paciente se movió y el primer extremo se soltó.

Hubo un momento de perplejo silencio.

—¡Cielo santo! —manifestó el hombre gordo que se llamaba Rupert—. Jamás oí a una mujer hablar así.

—Entonces no conoces a mi tía Grisel —respondió otra voz y todos rieron.

—Su marido debería domarla, mujer —comentó una voz austera desde la negrura de un árbol—. San Pablo dice: «Dejad que una mujer guarde silencio y...»

—Métase en sus asuntos —gruñí mientras las gotas de sudor rodaban detrás de mis orejas—. Y San Pablo también. —Me sequé la frente con el antebrazo—. Déle la vuelta hacia la izquierda. Y si mueve un solo músculo —le advertí a mi paciente—, le hago trizas.

—Sí, señora —contestó con voz dócil.

Tiré con demasiada fuerza de la última venda y el vendaje entero se desarmó.

—¡Joder! —estallé y golpeé el suelo con la mano en total frustración. Hubo otro silencio y, mientras buscaba los extremos del vendaje en la oscuridad, los hombres volvieron a comentar mi lenguaje tan poco femenino.

—Tal vez deberíamos enviarla a Santa Ana, Dougal —sugirió una de las siluetas difusas—. No he oído a Jamie decir una sola palabrota desde que dejamos la costa y solía hablar peor que un marinero. Cuatro meses en un monasterio han debido de dar resultado. Ya ni siquiera blasfemas, ¿verdad, muchacho?

—Tú tampoco lo harías si te hubieran castigado por eso obligándote a permanecer tirado en el suelo de piedra de una capilla tres horas en mitad de la noche. En pleno febrero y sin nada excepto la camisa —respondió mi paciente. Los hombres rieron y Jamie prosiguió—: El castigo sólo duraba dos horas, pero tardaba una hora más en levantarme. Pensaba que se me habían congelado...eh...las piernas, pero sólo estaba entumecido.

Por lo visto, se sentía mejor. Sonreí casi sin darme cuenta. Sin embargo, le hablé con firmeza.

—Estese quieto o le haré daño. —Rozó el vendaje y le di una palmada en la mano para que la retirara.

—¿Acaso es una amenaza? —preguntó con descaro—. ¡Encima que la he invitado a beber!

La cantimplora había recorrido el grupo de hombres. Dougal se arrodilló a mi lado y la puso en los labios de Jamie para que bebiera. El fuerte y caliente aroma del whisky llegó hasta mí. Levanté la mano para coger la cantimplora.

—No más alcohol —ordené—. Necesita té o en el peor de los casos, agua. Pero no alcohol.

Dougal apartó la cantimplora con brusquedad y me ignoró por completo. Volcó una generosa cantidad de licor ardiente en la boca de mi paciente, que comenzó a toser. Luego esperó a que recuperara el aliento y volvió a verterle líquido entre los labios.

—¡Ya basta! —Me estiré para intentar agarrar la cantimplora otra vez—. ¿Quiere que esté tan borracho que no se pueda poner en pie?

Dougal me apartó de un codazo.

—Una mujercita con carácter, ¿verdad? —indicó mi paciente, divertido.

—Ocúpese de su trabajo, mujer —sentenció Dougal—. Todavía tenemos un largo viaje por delante. Necesitará toda la fuerza que el licor pueda darle.

En el instante en que el vendaje estuvo terminado, Jamie intentó sentarse. Lo empujé hacia abajo y apoyé una rodilla en su pecho para mantenerlo allí.

—No debe moverse —siseé con fiereza. Tiré de la falda de Dougal para instarlo a arrodillarse de nuevo junto a mí—. Mire esto —precisé con tono de enfermera de hospital. Coloqué la camisa empapada con sangre en la mano del jefe. Dougal la dejó caer con un gesto de asco. Después le cogí la mano y la apoyé en el hombro del paciente—. Y esto. Algo como la hoja de una espada le atravesó el músculo trapecio.

—Una bayoneta —aclaró el paciente.

—¡Una bayoneta! —exclamé— ¿Por qué no me lo dijo?

Se encogió de hombros y el movimiento le hizo gruñir de dolor.

—La sentí entrar, pero no sabía lo grave que era. No me dolía tanto.

—¿Ahora le duele?

—Sí —respondió, lacónico.

—Me alegro —repliqué con fastidio—. Se lo merece. Tal vez le sirva de escarmiento para no andar por el campo secuestrando mujeres y ma...matando gente y... —Sentí que estaba al borde de las lágrimas y me detuve para recuperar el control de mí misma.

Dougal perdió la paciencia.

—Bueno, ¿puedes sentarte en la montura, muchacho?

—¡No puede ir a ninguna parte! —protesté, indignada—. Debería estar en un hospital. De hecho, no puede...

Mis quejas, como siempre, cayeron en saco roto.

—¿Puedes montar a caballo? —repitió Dougal.

—Sí, si me quitan a la chica de encima y me traen una camisa limpia.

4

Mi llegada al castillo

El resto del viaje transcurrió sin novedad, si es que así puede llamarse a cabalgar veinticinco kilómetros por un territorio agreste, de noche, a campo través, rodeada de escoceses armados hasta los dientes y compartiendo el caballo con un hombre herido. Por lo menos, no hubo ninguna emboscada de patrullas, no nos topamos con ninguna bestia salvaje ni llovió. Según los parámetros a los que me estaba acostumbrando, fue bastante aburrido.

El amanecer despuntaba sobre el brumoso páramo. Nuestro destino se levantaba delante de nosotros. Era una enorme masa de piedra oscura recortada en la penumbra gris.

Los alrededores ya no eran tranquilos e inhóspitos. Una hilera de gente con ropa rudimentaria se dirigía al castillo. Se apartaban a los lados del angosto camino para dar paso a los caballos, boquiabiertos ante mi atuendo, que obviamente consideraban fuera de lugar.

El rocío era denso, pero había suficiente luz como para distinguir un puente de piedra sobre un pequeño arroyo que fluía frente al castillo y desembocaba en un sombrío lago a unos cuatrocientos metros de distancia.

El propio castillo era tosco y sólido. No tenía torreones decorativos ni rebordes dentados. Se trataba más bien de una enorme casa fortificada, con gruesas paredes de roca y ventanas altas y angostas. Algunas chimeneas humeaban sobre las tejas, sumándose a la gris atmósfera general.

Los portones de entrada eran lo bastante anchos como para que pasaran dos carros al mismo tiempo. Esto pude comprobarlo cuando cruzamos el puente. Un carro tirado por un buey iba cargado de barriles y el otro, de heno. Nuestro grupo se agolpó en el puente, impaciente ante la tardanza de los carros.

Intenté preguntar algo en el momento en que los caballos avanzaban con cuidado sobre las piedras resbaladizas del húmedo patio interior. No había hablado con mi acompañante desde que le cambié el vendaje junto al camino. Él también había permanecido callado, con excepción de algún gruñido cuando el caballo trastabillaba y lo sacudía.

—¿Dónde estamos? —mascullé con la voz ronca por el frío y la falta de uso.

—En el fuerte de Leoch —respondió con sequedad.

El castillo Leoch. Bueno, al menos sabía dónde estaba. Cuando yo lo conocí, el castillo Leoch era una pintoresca ruina a unos cincuenta kilómetros al norte de Bargrennan. Ahora era bastante más pintoresco, con los cerdos hozando bajo las paredes y el olor penetrante de aguas residuales. Comenzaba a aceptar la imposible idea de que me encontraba en algún punto del siglo dieciocho.

Estaba segura de que esa suciedad y caos no existía en ninguna parte de Escocia en 1945, más allá de los estragos de las bombas. Y era indudable que estábamos en Escocia. El acento de las personas que poblaban el patio lo confirmaba.

—¡Ey, Dougal! —gritó un andrajoso palafrenero mientras corría para coger el cabestro del caballo—. Habéis llegado temprano. No os esperábamos hasta la Reunión.

El jefe de nuestro pequeño grupo desmontó y entregó las riendas al sucio muchacho.

—Bueno, tuvimos suerte, de la buena y de la mala. Voy a ver a mi hermano. ¿Podrías llamar a la señora Fitz para que dé de comer a los muchachos? Necesitan desayunar y una buena cama.

Hizo una señal a Murtagh y a Rupert para que lo acompañaran y desaparecieron por un arco ojival.

Los demás desmontamos y permanecimos de pie en el patio húmedo unos diez minutos antes de que la señora Fitz, quienquiera que fuera, se dignara a presentarse. Una banda de chiquillos curiosos nos rodearon, especulando sobre mi posible origen y función. Los más osados habían logrado reunir el coraje suficiente para rozarme la falda cuando apareció una dama robusta con un sencillo vestido de hilo marrón y los espantó.

—¡Willy, querido! —exclamó—. ¡Qué alegría verte! ¡Y Neddie!—Abrazó al hombrecillo calvo con tanta efusividad que casi lo tiró al suelo—. Supongo que querréis desayunar. Hay de todo en la cocina- Id a comer. —Se volvió hacia Jamie y hacia mí y dio un respingo como si la hubiera mordido una serpiente. Me miró con la boca abierta. Luego clavó la mirada en Jamie, a la espera de una explicación.

—Claire —dijo el joven con un leve movimiento de cabeza hacia mí—. La señora FitzGibbons —añadió con otro movimiento hacia el otro lado—. Murtagh la encontró ayer y Dougal dijo que debíamos traerla con nosotros —agregó en un intento por aclarar que él no tenía la culpa.

La señora FitzGibbons cerró la boca y me contempló de pies a cabeza con aire inquisitivo. Por lo visto, decidió que era inofensiva a pesar de mi apariencia escandalosa, ya que sonrió (con amabilidad aunque le faltaban algunos dientes) y me cogió del brazo.

—Bueno, Claire. Bienvenida. Venga conmigo y buscaremos algo más... mmm. —Meneó la cabeza al observar mi falda corta y mis zapatos inadecuados.

La mujer me llevaba con firmeza cuando recordé a mi paciente.

—¡Espere, por favor! Olvidé a Jamie.

La señora FitzGibbons se sorprendió.

—Pero si Jamie puede arreglarse solo. Sabe dónde encontrar comida y alguien le conseguirá una cama.

—Está herido. Ayer le dispararon y anoche le clavaron una bayoneta. Lo vendé para poder seguir adelante, pero no tuve tiempo de limpiar la herida ni de vendarla como es debido. Debo atenderlo ahora, antes de que se infecte.

—¿Infecte?

—Sí, es decir, ya sabe, para evitar el pus, la inflamación y la fiebre.

—Ya. Sé a qué se refiere. ¿Quiere decir que sabe cómo hacer eso? ¿Acaso es curandera? ¿O una Beatón? .

—Algo así. —No tenía ni idea qué era una Beatón, pero tampoco sentía deseo alguno de ahondar en mi preparación médica en medio de la helada llovizna que había comenzado a caer. La señora FitzGibbons debió de pensar lo mismo porque llamó a Jamie, quien ya se encaminaba en dirección opuesta, lo cogió y nos arrastró a ambos hacia el castillo.

Después de un largo recorrido por pasillos angostos y fríos, apenas iluminados por delgadas ventanas, llegamos a una habitación bastante grande con una cama, un par de bancos y, lo más importante, una chimenea encendida.

Por un instante, ignoré a mi paciente y fui a calentarme las manos. La señora FitzGibbons, inmune al frío, sentó a Jamie en uno de los bancos junto al fuego y le quitó con suavidad los restos de la destrozada camisa. Luego le cubrió los hombros con una

manta que cogió de la cama. Chasqueó la lengua al ver el hombro lastimado e hinchado y puso un dedo en mi torpe vendaje. Me aparté de la chimenea.

—Creo que tendremos que lavarlo bien y después habrá que empapar la herida en una solución para... prevenir la fiebre.

La señora FitzGibbons hubiera sido una excelente enfermera.

—¿Qué necesita? —preguntó simplemente.

Intenté pensar con claridad. ¿Qué diablos se utilizaba para prevenir infecciones antes de que aparecieran los antibióticos? Y de esos escasos ungüentos, ¿cuál podría encontrar en un primitivo castillo escocés antes del amanecer?

—¡Ajo! —exclamé, triunfante—. Ajo y si tiene, hamamelis. Además, voy a necesitar varios lienzos limpios y una olla para hervir agua.

—Bien. Creo que tengo todo. Tal vez vendría bien un poco de consuelda y de té de eupatorio o de manzanilla, ¿no? El muchacho parece haber tenido una noche terrible.

En efecto, el joven se balanceaba de cansancio, demasiado agotado para quejarse de que lo tratáramos como a un objeto inanimado.

La señora FitzGibbons regresó enseguida con el delantal lleno de cabezas de ajo, bolsitas de gasa con hierbas secas y tiras de hilo viejo. Una olla de hierro negro le colgaba de un brazo carnoso y llevaba una damajuana de agua en el otro.

—Y ahora querida, ¿qué quiere que haga? —preguntó con alegría. La puse a hervir el agua y a pelar las cabezas de ajo mientras yo inspeccionaba el contenido de las bolsitas de hierbas. Allí estaban las hojas de hamamelis que había pedido, la consuelda y el eupatorio para el té y algo más, que identifiqué a tanteo como corteza de cerezo.

—Analgésico —murmuré feliz al recordar las explicaciones del señor Crook con respecto al uso de las cortezas y las plantas que encontramos. Bien, lo necesitaríamos.

Coloqué varios dientes de ajo pelados en el agua hirviendo junto con algunas hojas de hamamelis y trozos de tela. El eupatorio, la consuelda y la corteza de cerezo maceraban en una cacerola con agua caliente junto al fuego. Los preparativos me reanimaron un poco. Si bien ignoraba dónde estaba y por qué estaba allí, al menos sabía qué hacer en los minutos siguientes.

—Gracias... señora FitzGibbons —manifesté respetuosamente—. Si tiene algo que hacer, ya puedo arreglarme sola. —La enorme dama rió con fuerza y sus senos se sacudieron.

—¡Muchacha! Siempre hay algo que hacer aquí. Le mandaré un poco de caldo caliente. Llámeme si necesita algo más. —Con sorprendente velocidad, se fue hasta la puerta en un voluminoso contoneo y desapareció.

Retiré las vendas con mucho cuidado. Sin embargo, los trozos de rayón se habían pegado a la carne y salían con el suave crujido de la sangre seca. Gotas de sangre fresca brotaron en los bordes de la herida y pedí disculpas a Jamie por lastimarlo, a pesar de que no se había movido ni dicho nada.

Sonrió, tal vez con aire seductor.

—No se preocupe, pequeña. Gente mucho menos bonita me ha hecho mucho más daño. —Se echó hacia delante para que yo lavara la herida con la preparación de ajo y agua caliente. La manta se deslizó de su hombro.

De inmediato advertí que más allá del halago, su comentario era fiel reflejo de la verdad: lo habían maltratado con ganas. La parte superior de la espalda estaba cubierta por un zigzag de líneas blancas. Lo habían azotado salvajemente y más de una vez. Había unas pequeñas arrugas plateadas de tejido cicatrizado en algunos lugares, donde los latigazos se habían cruzado, y manchas irregulares donde varios azotes habían coincidido para arrancar

la piel y lacerar el músculo interno.

Desde luego, yo había visto una gran variedad de heridas y laceraciones como enfermera de guerra, pero algo en aquellas cicatrices resultaba por demás brutal. Debí de sisear al ver la espalda lastimada porque Jamie volvió la cabeza y me encontró con la vista clavada allí. Encogió su hombro sano.

—Casacas rojas. Me azotaron dos veces en una semana. Supongo que lo hubieran hecho dos veces en el mismo día si no hubieran temido que muriera. No tiene gracia azotar a un hombre muerto.

Traté de que no se me quebrara la voz mientras lo lavaba.

—No creo que nadie haga algo así por diversión.

—¿No? Tendría que haberlo visto.

—¿A quién?

—Al capitán de los casacas rojas que me despellejó. Si no se divertía, al menos parecía muy complacido. Mucho más que yo —añadió—. Se llamaba Randall.

—¡Randall! —No pude evitar la exclamación de sorpresa. Los ojos azules y fríos se fijaron en mí.

—¿Lo conoce? —De pronto, su voz estaba cargada de sospecha.

—No, no. Conocí una familia con ese apellido hace mucho tiempo, eh, mucho tiempo. —Nerviosa, dejé caer el lienzo. —¡Maldita sea!, ahora habrá que volver a hervirlo. —Lo levanté del suelo y me dirigí a la lumbre en un intento por ocultar mi confusión. ¿Acaso este capitán Randall era el ancestro de Frank, el soldado con un historial inmaculado, un caballero en el campo de batalla, condecorado por la nobleza? Y si lo era, ¿cómo era posible que un miembro de la familia de mi dulce y gentil Frank fuera capaz de infligir esas horribles heridas a aquel joven?

Me ocupé en el fuego y dejé caer unos puñados más de hamamelis y ajos en el caldero. También agregué unos trozos de tela. Cuando me pareció que ya podía controlar la voz y la expresión de mi rostro, regresé a donde estaba Jamie con un trozo de tela en la mano.

—¿Por qué lo azotaron?

No era una pregunta sutil, pero ansiaba saber y estaba demasiado cansada como para plantear la cuestión con mayor delicadeza.

Jamie suspiró y movió el hombro con incomodidad. El también estaba cansado y a pesar de mis esfuerzos por curarlo con suavidad, sin duda le estaba haciendo daño.

—La primera vez fue por escapar y la segunda, por robo... al menos eso decía la hoja de cargos.

—¿De qué escapaba?

—De los ingleses —respondió y enarcó las cejas con gesto irónico—. Si quería saber de dónde, del Fuerte William.

—Imaginé que serían los ingleses —repliqué en igual tono ácido—. ¿Y qué hacía en el Fuerte William?

Se pasó la mano libre por la frente.

—Ah, eso. Creo que me llevaron allí por obstrucción.

—Obstrucción, huida y robo. Parece un personaje muy peligroso—aventuré con ligereza en un intento por distraerlo de mis curaciones.

Funcionó, al menos por un instante. Jamie esbozó una sonrisa torcida y un ojo azul oscuro brilló por encima del hombro.

—Es lo que soy —repuso—. Me sorprende que se sienta segura conmigo, en especial siendo una muchacha inglesa.

—Bueno, en este momento parece bastante inofensivo. —Era una absoluta mentira. Sin camisa, lleno de cicatrices y manchas de sangre, con una barba incipiente en las mejillas y los párpados enrojecidos por la falta de sueño, tenía un aspecto truculento. Y

exhausto o no, parecía totalmente capaz de más destrozos, si fuera menester.

Rió y su carcajada profunda resultó contagiosa.

—Tan inofensivo como una paloma —convino—. Tengo tanta hambre que sólo soy una amenaza para el desayuno. Si me encuentro con algún panecillo, no respondo de mí. ¡Ay!

—Perdón —musité—. La herida de bayoneta es profunda y está sucia.

—No ha sido nada. —Pero se había puesto pálido debajo del vello cobrizo. Traté de retomar la conversación.

—¿Qué es «obstrucción», exactamente? —pregunté a la ligera—. Debo admitir que no suena como un crimen capital.

Aspiró y clavó los ojos en la cabecera de la cama mientras yo ahondaba en la herida.

—Bueno, supongo que lo que los ingleses dicen que es. En mi caso, significó defender a mi familia y mi propiedad y que casi me mataran en el intento. —Apretó los labios como si no quisiera seguir hablando, pero al cabo de un instante, decidió proseguir, al parecer para centrar su atención en algo que no fuera su hombro—. Fue hace casi cuatro años. Impusieron contribuciones a las propiedades cercanas al Fuerte William: comida para el regimiento, caballos para transporte y cosas por el estilo. No puedo decir que todos lo aceptaron, pero la mayoría entregó lo que debía. Pequeños grupos de soldados iban con un oficial y un carro o dos para recoger la comida y demás cosas. Y un día de octubre, el capitán Randall vino a L... —Se interrumpió enseguida y se corrigió—. A nuestra casa.

Asentí para alentarlo, sin quitar la vista de mi trabajo.

—Pensamos que no llegarían tan lejos. La propiedad está alejada del fuerte y no es fácil llegar a ella. Pero lo hicieron. —Cerró los ojos un momento—. Mi padre se encontraba fuera, en un funeral en una granja vecina. Yo estaba en el campo con la mayoría de los hombres, ya que era época de cosecha y había mucho que hacer. De modo que mi hermana estaba sola en la casa, sin contar a dos o tres sirvientas que al ver a los casacas rojas corrieron a la planta alta a esconderse bajo las sábanas. Pensaban que el diablo enviaba a los soldados y creo que no se equivocaban.

Dejé la tela. Lo peor había terminado. Ahora necesitaba algún emplasto, dado que no tenía yodo ni penicilina, y un buen vendaje tirante. Con los ojos todavía cerrados, el joven no pareció darse cuenta.

—Llegué a la casa por detrás. Iba a buscar un cabestro al granero y oí los gritos de mi hermana en el interior.

—¿Y entonces? —Intenté que mi voz no obstaculizara la historia. Quería saber más sobre el capitán Randall y hasta ahora, el relato no había hecho mucho por cambiar mi primera impresión de él.

—Entré por la cocina y encontré a dos de ellos revolviendo la despensa, llenando sus bolsas con harina y tocino. Golpeé a uno en la cabeza y arrojé al otro por la ventana, con bolsa y todo. Luego me dirigí hacia el salón, donde hallé a dos casacas rojas con mi hermana, Jenny. Su vestido estaba rasgado y uno de ellos tenía el rostro arañado. —Abrió los ojos y esbozó una triste sonrisa—. No perdí el tiempo con preguntas. Estábamos peleando, y no me iba tan mal, considerando que eran dos, cuando llegó Randall.

Randall había detenido la lucha con el simple acto de apuntar su pistola a la cabeza de Jenny. Obligado a rendirse, Jamie se había dejado sujetar por los dos soldados. Randall sonrió con simpatía a sus rehenes y dijo: «Bueno, bueno. Así que tenemos dos gatos furiosos. Estoy seguro de que un poco de trabajo forzado suavizará tu temperamento. Y de no ser así, hay un gato de nueve colas a quien conocerás pronto. Pero existen otras curas para las hembras, ¿verdad, gatita?»

Jamie hizo una pausa y apretó la mandíbula.

—Tenía a Jenny con el brazo doblado a la espalda, pero se lo soltó para tocarle el

pecho. —Al recordar la escena, sonrió inesperadamente—. Entonces —concluyó—, Jenny le pisó el pie y le dio un codazo en el estómago. Y cuando Randall se dobló de dolor, mi hermana se giró y le clavó la rodilla en las pelotas. —Emitió un gruñido de placer— Bueno, el capitán perdió la pistola y Jenny trató de cogerla pero uno de los dragones que me sujetaban llegó primero.

Yo había finalizado el vendaje y permanecía de pie detrás de Jamie con una mano apoyada en su hombro sano. Me parecía importante que me contara todo, pero temía que dejara de hablar si se percataba de mi presencia.

—Una vez que recobró el aliento, Randall ordenó a sus hombres que nos llevaran afuera. Me quitaron la camisa y me ataron a un carro. Randall me golpeó la espalda con la hoja de su sable. Estaba furioso. Me dolió un poco, pero no por mucho rato.

El breve episodio de diversión ya había pasado y el hombro en el que tenía la mano apoyada estaba tenso.

—Cuando se detuvo, se volvió hacia Jenny. Uno de los dragones la sostenía. Le preguntó si quería ver más o si prefería entrar con él a la casa y brindarle un mejor entretenimiento. —El hombro se crispó con inquietud—. Yo no podía moverme mucho, pero le grité que no me había hecho daño. Era cierto, no me había hecho... mucho daño. Le dije que no fuera con él aunque me degollaran delante de sus ojos. La tenían detrás de mí, así que no podía verla. Pero por el ruido, supe que Jenny le había escupido al rostro. Debió de hacerlo porque Randall enseguida me cogió del pelo, me tiró la cabeza hacia atrás y apoyó el cuchillo en mi garganta. «Me siento tentado de seguir tu sugerencia», dijo Randall con los dientes apretados y clavó la punta del cuchillo lo suficiente como para que comenzara a brotar sangre.

»Podía ver la daga muy cerca de mi cara —continuó Jamie— y las gotas de sangre en el suelo debajo del carro. —Hablaba con voz somnolienta y me di cuenta de que la fatiga y el dolor lo habían hecho caer en un estado casi hipnótico. Era posible que ni siquiera recordara que yo estaba allí—. Intenté llamar a mi hermana, decirle que prefería morir a verla deshonrarse con esa basura. Pero Randall retiró la daga de mi cuello y me la puso entre los dientes. No podía hablar. —Se pasó la mano por la boca, como si aún pudiera sentir el gusto amargo del acero. Se interrumpió y se quedó mirando al vacío.

—¿Y qué pasó entonces? —No debí haber hablado, pero tenía que saber el resto.

Se sacudió como un hombre que despierta de un sueño y se masajeó la nuca con su enorme mano.

—Jenny fue con él —dijo de pronto—. Pensó que me mataría y tal vez tenía razón. Luego, no sé qué pasó. Uno de los dragones me golpeó en la cabeza con la culata del mosquete. Cuando recobré el sentido, estaba en el carro con las gallinas, camino del Fuerte William.

—Comprendo —murmuré—. Lo siento. Debió de ser terrible.

Sonrió de repente. La fatiga había desaparecido.

—Sí. Las gallinas son muy aburridas, en especial en un viaje tan largo. —Al percatarse de que el vendaje estaba listo, levantó el hombro e hizo un gesto de dolor.

—No haga eso —exclamé, alarmada—. No debe moverlo. —Miré en dirección a la mesa para cerciorarme de que aún quedaba algún trozo de tela seco—. De hecho, voy a sujetarle el brazo al cuerpo. Quédese quieto.

No volvió a hablar y se relajó al darse cuenta de que no iba a dolerle. Sentí un curioso vínculo de intimidad con el extraño joven escocés, debido, en parte, pensé, a la horrible historia que acababa de contarme y también a nuestro largo viaje juntos en la oscuridad, sumidos en un adormecido silencio. No había dormido con muchos hombres, a excepción de mi marido, pero ya había notado antes que el hecho de dormir con alguien generaba esa sensación de intimidad, como si los sueños flotaran fuera de uno para reunirse con los de la otra persona y envolver a ambos en un manto de conocimiento

inconsciente. Debía de tratarse de una especie de atavismo, pensé. En épocas anteriores, primitivas («¿como ésta?», preguntó otra parte de mi mente), dormir en presencia de otra persona constituía una demostración de confianza. Si la confianza era recíproca, el mero hecho de dormir podía unir más a dos personas que el acoplamiento de sus cuerpos.

Una vez terminada la operación, le ayudé a ponerse la camisa de hilo rústico. Jamie se puso en pie para acomodarla dentro de la falda con una sola mano y me sonrió.

—Te lo agradezco, Claire. Tienes buena mano. —Extendió los dedos para tocarme la cara, pero cambió de parecer. La mano tembló un instante y cayó a lo largo del cuerpo. Por lo visto, él también había sentido ese extraño vínculo. Desvié la mirada y agité una mano como restando importancia al asunto.

Recorrí la habitación con los ojos y observé la chimenea ennegrecida por el humo, las ventanas angostas sin vidrios y los muebles de roble macizo. No había electricidad, ni alfombras ni adornos de bronce en la cama.

De hecho, parecía un castillo del siglo dieciocho. Pero ¿y Frank? El hombre que había visto en el bosque se le parecía mucho, pero la descripción de Jamie sobre el capitán Randall era completamente ajena todo lo que yo sabía de mi gentil y pacífico esposo. Sin embargo, si era cierto —y ya comenzaba a admitir esa posibilidad— aquel hombre podía ser cualquier cosa. Un hombre al que sólo conocía por su nombre en un árbol genealógico no tenía por qué parecerse en conducta a sus descendientes.

No obstante, en aquel momento, me preocupaba Frank. Si yo estaba en el siglo dieciocho, ¿dónde estaba él? ¿Qué haría al ver que yo no regresaba a la pensión de la señora Baird? ¿Volvería a verlo alguna vez? Pensar en Frank fue la gota que colmó el vaso. Desde el momento en que entré en la roca y la vida cotidiana dejó de existir, me habían atacado, amenazado, secuestrado y vapuleado. No había comido ni dormido en más de veinticuatro horas. Intenté controlarme, pero mis labios empezaron a temblar y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Me volví hacia el fuego para ocultar el rostro. Demasiado tarde. Jamie me tomó la mano y me preguntó con voz suave qué me pasaba. La luz de las llamas brilló en mi anillo de bodas y empecé a llorar con fuerza.

—¡Oh! Ya... Ya se me pasa, de veras... Es que mi... mi marido... No...

—¿Eres viuda, entonces? —Su voz estaba tan cargada de preocupación que perdí el control por completo.

—No... Sí... Es decir... sí, supongo que sí. —Abrumada por el cansancio y la pena, me apoyé en él entre histéricos sollozos.

El joven tenía buen corazón. En lugar de pedir ayuda o apartarse desconcertado, se dejó caer en un banco y me sentó en su regazo. Me sujetó con el brazo sano y me acunó con ternura mientras murmuraba palabras en gaélico en mi oído y me acariciaba el cabello con la mano. Lloré desconsolada, dando rienda suelta al miedo y la confusión que me embargaban. Luego, lentamente, comencé a calmarme en tanto Jamie me frotaba la nuca y la espalda, ofreciéndome el refugio de su pecho ancho y cálido. Agotada, me apoyé en la curva de su hombro. Con razón manejaba tan bien los caballos, pensé al sentir las caricias de sus dedos detrás de la oreja. «Si yo fuera un caballo, le dejaría llevarme a cualquier parte.»

Este absurdo pensamiento coincidió, por desgracia, con mi descubrimiento de que el joven no estaba tan cansado, después de todo En realidad, ya era obvio para ambos. Tosí y me aclaré la garganta. Me incorporé y me sequé las lágrimas con la manga del vestido.

—Lo siento mucho... es decir, te agradezco... pero... —balbuceé y me alejé de él con el rostro encendido. Jamie también se había sonrojado, pero no parecía turbado. Extendió la mano para acercarme otra vez. La colocó con cuidado bajo mi barbilla y me obligó a levantar la cabeza.

—No debes tener miedo de mí —susurró—. Ni de nadie de aquí, mientras yo esté

contigo. —Me soltó y se volvió hacia el fuego. —Necesitas algo caliente, jovencita —declaró—. Un poco de comida te vendrá bien. —Me reí ante sus esfuerzos por servir caldo con una sola mano y fui a ayudarlo. Tenía razón. La comida me ayudó mucho. Bebimos el caldo y comimos pan en afable silencio. Compartimos el creciente solaz del calor y el alimento.

Por fin, Jamie se levantó y recogió la manta que había caído al suelo. La dejó de nuevo sobre la cama y ladeó la cabeza.

—Duerme un poco, Claire. Estás agotada y pronto alguien querrá hablar contigo.

Era un siniestro recordatorio de mi precaria situación. Sin embargo, estaba tan exhausta que ni siquiera me importó. Deslicé una protesta meramente formal por ocupar la cama; jamás había visto algo tan tentador. Jamie me aseguró que encontraría otra cama en alguna parte. Caí de cabeza sobre el montón de mantas y me quedé dormida antes de que él llegara a la puerta.

5

MacKenzie

Me desperté en un completo estado de confusión. Tenía la vaga idea de que algo andaba mal, pero no podía recordar qué. De hecho, había dormido tan profundamente que por un instante ni siquiera supe quién era y mucho menos dónde me encontraba. Estaba abrigada y la habitación en la que había despertado estaba helada. Traté de acurrucarme en mi nido de mantas, pero la voz que me había despertado insistió.

—¡Vamos, muchacha! Debe levantarse ahora. —La voz era profunda y amenazante, como el ladrido de un perro ovejero. Abrí un ojo lo suficiente como para ver la montaña de tela marrón.

¡La señora FitzGibbons! Su imagen me devolvió la conciencia y al mismo tiempo, la memoria. Todavía era cierto.

Me envolví en una manta y bajé de la cama. Me dirigí al fuego lo más rápido que pude. La señora FitzGibbons tenía una taza humeante de caldo en la mano. Me sentía como un superviviente de un bombardeo. Bebí el caldo mientras la señora FitzGibbons extendía un montón de ropa sobre la cama. Había una larga camisola amarillenta con un borde de encaje, una enagua de algodón fino, dos faldas marrones y un corpiño amarillo pálido. Unas medias de lana marrones a rayas y un par de chinelas amarillas completaban el conjunto.

Sin atender a mis protestas, la mujer me quitó el inadecuado atuendo que llevaba y me ayudó a vestirme. Luego dio un paso atrás para contemplar su trabajo con satisfacción.

—El amarillo le sienta bien, jovencita. Ya me parecía. Combina con el cabello castaño y resalta el dorado de sus ojos. Pero espere, todavía nos falta una cinta. —Rebuscó en un bolsillo como si fuera un saco de arpillera y extrajo un manojo de cintas y algunas alhajas.

Demasiado estupefacta para resistirme, la dejé arreglarme el cabello y sujetar los rizos con la cinta rosa. La señora FitzGibbons no cesaba de criticar mi corte tan poco femenino a la altura de los hombros.

—¡Por Dios, querida! ¿En qué estaban pensando cuando se lo cortaron? ¿Acaso quería disfrazarse de varón? Me han contado que hay muchachas que lo hacen para ocultar su sexo cuando viajan, para salvarse de los malditos casacas rojas. Será un gran día cuando las damas puedan viajar sin peligro. —Siguió parloteando mientras me arreglaba un rizo o alisaba un pliegue de la falda. Por fin, estaba lista.

—Bueno, muy bien. Ahora tiene un rato para comer algo y luego debo llevarla con él.

—¿Con quién? —No me gustaba la situación. Quienquiera que fuera «él», lo más probable era que hiciera preguntas difíciles.

—Con MacKenzie, por supuesto. ¿Quién más podría ser?

¿Quién más? Recordé que el castillo Leoch estaba en medio de las tierras del clan MacKenzie. Era obvio que el jefe del clan era todavía un MacKenzie. Comencé a comprender por qué nuestro pequeño grupo de jinetes había cabalgado toda la noche para llegar al castillo. Era un sitio de absoluta seguridad para los hombres perseguidos por la

Corona. Ningún oficial inglés con un dedo de frente se internaría tanto en las tierras del clan. De hacerlo, correría el riesgo de morir en una emboscada en el primer bosque de árboles. Y sólo un ejército considerable se aventuraría hasta la entrada del castillo. Intenté recordar si en algún momento los ingleses habían llegado tan lejos, pero de pronto me di cuenta de que el eventual destino del castillo era mucho menos importante que mi futuro inmediato.

Los panecillos y el guiso que la señora FitzGibbons me había traído para desayunar no me despertaron el apetito. Fingí comer algo a fin de ganar tiempo para pensar. Cuando la señora FitzGibbons volvió para conducirme hasta MacKenzie, yo había logrado delinear un plan.

El Señor me recibió en una habitación a la que se tenía acceso tras subir una alta escalera de piedra. Ocupaba una torre y estaba decorada con pinturas y tapices que colgaban de las paredes oblicuas. Si bien el resto del castillo parecía bastante cómodo a pesar de su austeridad, esta estancia estaba sobrecargada de objetos lujosos, muebles y ornamentos La cálida luz de un fuego y varias velas contrastaba con la penumbra de la fría llovizna afuera. Las paredes externas del castillo sólo contaban con las ventanas altas y angostas apropiadas para resistir un ataque, pero esta pared interna tenía grandes ventanas batientes que dejaban entrar la escasa luz del día.

Al entrar, me llamó la atención una enorme jaula de metal encajada con gran habilidad en la curva de la pared, desde el suelo hasta el techo, llena de docenas de pequeños pájaros: pinzones, fringilinos, herrerillos y varias clases de currucas. Cuando me acerqué, mi mirada se perdió en los cuerpos suaves y regordetes y los ojos redondos y brillantes que destellaban como gemas en el tras-fondo de terciopelo verde. Los pajarillos volaban entre las hojas de los robles, olmos y nogales cuidadosamente plantados en macetones en la base de la jaula. El alegre gorjeo de las aves se acompañaba del batir de alas y el crujido de hojas mientras los habitantes de la jaula revoloteaban y saltaban de aquí para allá.

—Unos animalitos muy inquietos, ¿verdad? —Una voz profunda y agradable habló a mis espaldas y me volví con una sonrisa que se congeló en mis labios.

Colum MacKenzie tenía las facciones y la frente de su hermano Dougal, aunque la fuerza vital que otorgaba a Dougal un aire intimidatorio en este caso cedía ante una expresión más afable, aunque no carente de fuerza. Más moreno, con ojos grises en lugar de pardos, Colum daba la misma impresión de intensidad, de presencia imponente. En aquel momento, sin embargo, mi incomodidad surgió del hecho de que la bella cabeza y el largo torso culminaban en unas piernas torcidas y cortas. El hombre, que debía de medir un metro noventa, apenas me llegaba al hombro.

Mantuvo la mirada en los pájaros, muy prudente, para permitirme recobrar el control de mis facciones. Por supuesto, debía de estar acostumbrado a la reacción de la gente que lo veía por primera vez. Al observar la habitación, me pregunté si solía recibir allí gente desconocida. Era evidente que se trataba de un santuario, de un mundo propio, construido por un hombre para quien el mundo exterior resultaba hostil... o inaccesible.

—Le doy la bienvenida, señora —pronunció con una leve reverencia—. Mi nombre es Colum ban Campbell MacKenzie, Señor de este castillo. Mi hermano me ha dicho que... eh... la encontraron a cierta distancia de aquí.

—Me secuestró, si desea saber la verdad —le corregí. Me hubiera gustado mantener una conversación cordial, pero más que nada quería salir de aquel castillo y volver a la colina del círculo de rocas. La clave de lo que me había ocurrido, si existía, estaba allí.

El Señor del castillo enarcó las tupidas cejas y una sonrisa curvó los labios finos.

—Bueno, tal vez —convino—. A veces, Dougal es un poco... impetuoso.

—De acuerdo. —Levanté la mano en un gesto de indiferencia—. Estoy dispuesta a admitir que hubo un malentendido. Sin embargo, le agradecería que me llevaran de regreso a... al sitio en que me encontraron.

—Mmm. —Con las cejas todavía enarcadas, Colum me señaló una silla. Me senté, algo a disgusto, y Colum asintió en dirección a uno de los sirvientes, que desapareció por una puerta—. He pedido un refrigerio, señora... Beauchamp, ¿verdad? Tengo entendido que mi hermano y sus hombres la encontraron en... una situación algo confusa. —Parecía ocultar una sonrisa y me pregunté cómo le habrían descrito exactamente mi vestimenta.

Respiré hondo. Era el momento de dar la explicación que había inventado. Al planearla, había recordado lo que Frank me había contado sobre un curso de resistencia a interrogatorios que había tomado durante su entrenamiento como oficial. El principio básico, por lo que podía recordar, era circunscribirse a la verdad tanto como fuera humanamente posible y alterar sólo los detalles que debían permanecer en secreto. El instructor había explicado que de ese modo, se reducía el riesgo de cometer errores en las respuestas. Bueno, ahora comprobaría si la teoría era efectiva.

—Bueno, sí. Verá, fui atacada.

Asintió y el rostro se encendió con interés.

—Aja. ¿Atacada por quién?

Decir la verdad.

—Por soldados ingleses. En particular, por un hombre llamado Randall.

Las facciones patricias se modificaron al escuchar el nombre. Aunque Colum seguía interesado en el relato, una nueva expresión de intensidad marcaba la línea de la boca y las arrugas que la rodeaban. Era obvio que el nombre le resultaba familiar. El jefe MacKenzie se echó atrás en su silla y unió los dedos de ambas manos para observarme a través de ellos.

—Aja —dijo—. Cuénteme más.

Así lo hice. Le di una explicación detallada del encuentro de los escoceses con los hombres de Randall, ya que podría cotejarla con Dougal. También le narré los términos de mi conversación con Randall porque no sabía cuánto había alcanzado a oír el hombre llamado Murtagh.

Asintió ensimismado.

—Aja —repitió—. Pero ¿cómo llegó usted a ese sitio? Está muy apartado del camino a Inverness. Supongo que iba usted a embarcarse allí. —Asentí y tomé aliento.

Entonces entramos en el ámbito de la invención. No había más remedio. Deseé haber prestado mayor atención a los comentarios de Frank sobre los asaltantes de caminos. Tendría que esforzarme al máximo. Era una viuda de Oxfordshire, lo cual era verdad en cierta forma, que viajaba con un sirviente a visitar a unos parientes en Francia, que me pareció lo suficientemente lejos como para ser seguro. Nos habían asaltado unos ladrones de caminos y mi sirviente había muerto o se había escapado. Yo había huido a caballo por el bosque, pero me habían atrapado a cierta distancia del camino. Si bien había logrado escapar de los bandidos, me había visto obligada a abandonar mi caballo y todos mis bienes. Mientras andaba por el bosque, me había topado con el capitán Randall y sus hombres.

Me apoyé en el respaldo de la silla, complacida con mi historia. Era sencilla, clara y cierta en cuanto a los detalles verificables. El rostro de Colum denotaba una cortés atención. Abrió la boca para hacerme una pregunta cuando se produjo un suave ruido en la puerta. Un hombre, uno de los que había visto en el patio al llegar, estaba allí con una pequeña caja de cuero en una mano.

El jefe del clan MacKenzie se disculpó y me dejó en compañía de los pájaros, con

la certeza de que regresaría enseguida para continuar nuestra interesante conversación.

Tan pronto se hubo cerrado la puerta, me acerqué a la biblioteca y pasé la mano por los lomos de cuero. En aquel estante, había dos docenas de libros. Y más en la pared opuesta. A toda prisa, pasé las hojas de todos los volúmenes. Muchos no tenían fecha de edición; los que la tenían databan de 1720 a 1742. Era visible que a Colum MacKenzie le gustaba el lujo, pero el resto de la habitación no indicaba que su dueño fuera un anticuario. Las encuadernaciones eran nuevas, sin señales de deterioro ni páginas gastadas.

A estas alturas yo estaba más allá de todo escrúpulo corriente y, sin el menor remordimiento, comencé a revisar el escritorio de madera de olivo al tiempo que me mantenía alerta a cualquier sonido de pisadas.

Encontré lo que buscaba en el cajón central. Una carta sin terminar, manuscrita y difícil de descifrar por la excéntrica ortografía y la falta total de puntuación. El papel era fresco y limpio y la tinta, muy negra. Legible o no, la fecha en el margen superior atrajo mi atención como si hubiera estado escrita con fuego: 20 de abril de 1743.

Al regresar poco más tarde, Colum halló a su invitada sentada junto a las ventanas con las manos decorosamente cruzadas en el regazo. Estaba sentada porque no podía mantenerme de pie. Y cruzaba las manos para ocultar el temblor que se había apoderado de ellas.

Colum había traído una bandeja con jarrones de cerveza y galletas de avena con miel. Fingí comer una; mi estómago se retorcía con demasiada fuerza como para recibir comida.

Después de una breve disculpa por su ausencia, se compadeció de mi mala fortuna. Luego se echó hacia atrás, me miró con suspicacia y preguntó:

—Pero ¿cómo puede ser, señora Beauchamp, que los hombres de mi hermano la hayan encontrado en ropa interior? Me extraña que los bandidos hayan querido molestarla ya que lo más probable es que tuvieran intención de pedir un rescate. Y a pesar de todo lo que he oído sobre el capitán Randall, me sorprendería saber que un oficial del ejército inglés tiene por costumbre violar viajeras extraviadas.

—Bueno —espeté—. Le aseguro que ese hombre es capaz de cualquier cosa. —Había olvidado mi vestimenta al planear mi historia. Me pregunté en qué momento de mi encuentro con el capitán Randall me había visto Murtagh.

—Temo que sea posible —dijo Colum—. El hombre tiene mala reputación.

—¿Posible? —repetí—. ¿Por qué? ¿Acaso no cree lo que le he contado?

En el rostro del jefe MacKenzie había un ligero pero definido escepticismo.

—No he dicho que no la crea, señora —respondió—. Pero no he comandado este clan durante más de veinte años sin aprender a no tragarme todas las historias que me cuentan.

—Bueno, si no cree que soy quien digo que soy ¿quién demonios piensa usted que soy?

Pestañeó, algo impresionado por mi lenguaje. Luego las facciones afiladas recuperaron su firmeza habitual.

—Ya lo sabremos —contestó—. Mientras tanto, señora, sea usted bienvenida a Leoch. —Levantó la mano en gesto de elegante despedida y el sirviente que había junto a la puerta se acercó para escoltarme a mis aposentos.

Colum no pronunció las palabras siguientes, pero no fue necesario. Flotaban en el aire con la misma claridad que si las hubiera dicho:

«Hasta que averigüe quién es usted en realidad.»

SEGUNDA PARTE

El castillo Leoch

6

La Audiencia de Colum

El niño al que la señora FitzGibbons se había referido como el «joven Alec» vino a buscarme para la cena. Ésta tenía lugar en un recinto largo y angosto, con mesas alineadas contra las paredes. Los criados entraban y salían sin cesar a través de arcadas en ambos extremos de la habitación, cargados de bandejas, platos trincheros y jarras. Los débiles rayos del atardecer de principios de verano se filtraban por las ventanas altas y estrechas. Los candelabros estaban listos para ser encendidos en cuanto oscureciera.

Estandartes y tartanes colgaban en las paredes entre las ventanas con diseños escoceses y heráldicos de todo tipo que salpicaban las piedras de colores. En contraste, la mayoría de la gente allí reunida para cenar estaba vestida en tonos de gris y marrón, o con el suave escocés marrón y verde de las faldas de caza; tonos apagados, adecuados para ocultarse en los brezales.

Mientras el joven Alec me guiaba hacia la parte superior de la habitación, sentí las miradas curiosas taladrando mi espalda, pero en general, los comensales mantuvieron la vista cortésmente en sus platos. El protocolo parecía no importar demasiado. La gente comía como quería, se servía de las fuentes o llevaba sus platos de madera al extremo más alejado de la habitación, donde dos muchachos hacían girar un carnero en un asador dentro de una chimenea enorme. Había unas cuarenta personas cenando y tal vez unas diez sirviendo. El aire bullía con conversaciones, en gran parte en gaélico.

Colum ya estaba sentado a una mesa en el extremo superior de la estancia, sus piernas atrofiadas escondidas debajo del roble marcado por los años. Me saludó gentilmente con la cabeza y me indicó que me sentara a su izquierda, junto a una mujer pelirroja, regordeta y bonita a quien presentó como su esposa, Letitia.

—Y este es mi hijo, Hamish —dijo. Apoyó una mano en el hombro de un apuesto muchacho pelirrojo de unos siete u ocho años, quien desvió la mirada de su plato el tiempo justo para dirigirme una rápida inclinación de cabeza.

Observé al niño con interés. Se parecía mucho a todos los MacKenzie; las mismas mejillas anchas y chatas y ojos hundidos. De hecho, teniendo en cuenta la diferencia de color, podía ser una versión pequeña de su tío Dougal, sentado a su lado. Las dos adolescentes que había junto a Dougal, que rieron y se dieron codazos cuando me fueron presentadas, eran sus hijas, Margaret y Eleanor.

Dougal me dirigió una sonrisa breve pero amable. Cogió el plato de una de sus hijas y lo empujó hacia mí.

—¿Y tus modales, muchacha? —la regañó—. ¡Los invitados primero!

Con vacilación, alcé la cuchara de asta que se me ofrecía. No había estado segura de qué tipo de comida se serviría y me alivió bastante descubrir que el plato contenía una hilera de agradables y bien conocidos arenques ahumados.

Nunca había intentado comer un arenque con una cuchara, pero no vi nada parecido a un tenedor. Recordé vagamente que los tenedores de mesa no se incorporarían al uso general hasta unos cuantos años más tarde.

A juzgar por el comportamiento de comensales en otras mesas, cuando una cuchara

resultaba poco práctica, se recurría al puñal para cortar la carne y remover los huesos. Como carecía de un puñal, decidí masticar con precaución. Al inclinarme hacia delante para recoger un arenque, me topé con los ojos azules y profundos del joven Hamish clavados en mí de manera acusadora.

—No ha bendecido la mesa —declaró con severidad y el pequeño rostro contraído. Era obvio que me consideraba una pagana desalmada y, por qué no, depravada.

—Eh... ¿serías tan amable de hacerlo por mí? —aventuré.

Los ojos azules se agrandaron con estupor, pero al cabo de un instante de reflexión, el niño asintió y enlazó las manos con rapidez. Lanzó una mirada airada alrededor de la mesa para asegurarse de que todos habían adoptado la actitud reverente apropiada y luego bajó la cabeza. Satisfecho, entonó:

Algunos tienen carne que no pueden comer,
y otros que sí pueden, la desean.
Nosotros tenemos carne, y podemos come,
Y por eso damos gracias a Dios. Amén.

Alcé la vista de mis manos enlazadas con respeto y mis ojos se cruzaron con los de Colum. Le sonreí, como reconociendo la compostura de su hijo. Él reprimió una sonrisa y asintió con seriedad en dirección al niño.

—Bien dicho, muchacho. Pasa el pan, ¿quieres?

En tanto todos se disponían a comer, la conversación en la mesa se limitó a pedir comida aquí y allá. Yo no estaba muy hambrienta, en parte debido a mi extraña situación y, para ser sincera, porque el arenque no me gustaba demasiado. El carnero estaba bastante bueno y el pan era delicioso, fresco y crujiente, con trozos de manteca fresca y sin sal.

—Espero que el señor MacTavish se encuentre mejor —comenté durante una pausa momentánea para tomar aliento—. No lo vi al entrar.

—¿MacTavish? —Las delicadas cejas de Letitia se enarcaron sobre sus ojos azules y redondos. Sentí que Dougal, a mi lado, alzaba la vista.

—El joven Jamie —aclaró lacónicamente antes de volver su atención al hueso de carnero en sus manos.

—¿Jamie? ¿Por qué? ¿Qué le sucede? —El rostro regordete se frunció con preocupación.

—Nada más que un rasguño, querida —la tranquilizó Colum. Miró a su hermano—. ¿Pero, dónde está, Dougal? —Tal vez imaginé que los ojos oscuros tenían un destello de recelo.

El hermano se encogió de hombros sin levantar los ojos del plato.

—Lo envié a los establos para que ayudara al viejo Alec con los caballos. Dadas las circunstancias, me pareció el mejor lugar para él. —Alzó la vista y miró a su hermano—. ¿O tenías otra idea?

Colum pareció vacilar.

—¿Los establos? Sí, bueno... ¿crees que es adecuado?

Dougal se pasó una mano con descuido por la boca y cogió una hogaza de pan.

—Decídelo tú, Colum, si no estás de acuerdo con mis órdenes.

Los labios de Colum se tensaron brevemente, pero sólo respondió:

—No, supongo que estará bien allí. —Y siguió comiendo.

Yo tenía mis dudas de que un establo fuera el lugar apropiado para un paciente con una herida de bala, pero no me atrevía a arriesgar una opinión. Resolví buscar al joven por la mañana, simplemente para asegurarme de que se encontraba todo lo bien atendido que fuera posible.

Rechacé el budín y me disculpé, alegando cansancio, lo cual era cierto. Estaba tan

exhausta que casi no presté atención cuando Colum dijo:

—Buenas noches, señora Beauchamp. Enviaré a alguien por la mañana para que la traiga a la Audiencia.

Una de las criadas, al verme andar a tientas por el corredor, se apresuró con amabilidad a iluminarme el camino hasta mi habitación. Acercó su vela a la que estaba sobre mi mesa y una luz vacilante parpadeó sobre las imponentes piedras de la pared. Por un instante, tuve la sensación de estar en un sepulcro. Sin embargo, una vez que la mujer se hubo marchado, descorrí la cortina bordada de la ventana y el aire fresco disipó la sensación. Traté de pensar en todo lo que había pasado, pero mi mente se negaba a concentrarse en otra cosa que no fuera dormir. Me deslicé bajo las mantas, soplé la vela y me dormí contemplando la lenta salida de la luna.

Por la mañana, la corpulenta señora FitzGibbons me despertó otra vez con lo que parecía un surtido completo de artículos de tocador para una dama escocesa de buena familia. Cepillos de grafito para oscurecer pestañas y cejas, potes de raíz de lirio triturada y de polvo de arroz, un palito que supuse que era para sombrear los ojos, aunque nunca había visto ninguno, y una frágil taza de porcelana con colorete francés, tallada con una hilera de cisnes dorados.

La señora FitzGibbons también traía una sobrefalda rayada verde, un corpiño de seda y unas medias amarillas de hilo escocés que diferían de las de lienzo casero que me había dado el día anterior. Fuera lo que fuera la «Audiencia», parecía ser una ocasión de importancia. Me sentí tentada de insistir en usar mi propia ropa, sólo por rebeldía, pero el recuerdo de la reacción del gordo Rupert ante mi vestido de algodón ligero me disuadió.

Además, Colum me gustaba bastante, a pesar de que parecía tener la intención de retenerme allí durante un futuro imprevisible. Bueno, ya me encargaría de eso, pensé mientras me las ingeniaba con el colorete. Dougal había dicho que el joven que yo había curado estaba en los establos, ¿no? Y presumiblemente, en los establos había caballos en los que uno podía huir. Decidí buscar a Jamie MacTavish en cuanto hubiera acabado la Audiencia.

La Audiencia resultó llevarse a cabo en el salón comedor donde había cenado la noche anterior. Sin embargo, ahora estaba transformado. Las mesas, bancos y taburetes habían sido apartados contra las paredes y la mesa principal reemplazada por una sólida silla tallada de madera oscura y tapada con lo que supuse era el tartán de los MacKenzie, uno escocés verde oscuro y negro con cuadros superpuestos rojos y blancos. Ramitas de acebo decoraban las paredes y juncos recién cortados salpicaban las lajas.

Detrás de la silla vacía, un joven gaitero probaba una gaita entre suspiros y resuellos. Cerca de él, se encontraban quienes deduje eran los miembros más íntimos del personal de Colum: un hombre de rostro delgado con calzones de tartán y camisa fruncida apoyado perezosamente contra la pared; un hombrecillo con calva incipiente y una chaqueta de fino brocado, sin duda un escribiente dado que estaba sentado a una pequeña mesa equipada con un tintero de cuerno, plumas y papel; dos nombres musculosos con faldas escocesas en actitud de guardias y, a un lado, uno de los hombres más grandes que jamás había visto.

Contemplé al gigante con cierto temor. La gran mata de pelo negro le nacía en la parte inferior de la frente, casi juntándose con las cejas prominentes. Matas similares cubrían los enormes antebrazos que dejaba ver la camisa arremangada. A diferencia de la mayoría de los demás hombres, el gigante no parecía estar armado, excepto por un cuchillo diminuto que llevaba en el extremo superior de la media. El mango corto casi no se veía

entre la espesura de vello negro que le cubría las piernas por encima de los vivos colores de los calcetines escoceses. Un grueso cinto de cuero rodeaba la inmensa cintura, pero no llevaba ni puñal ni espada. Pese a su tamaño, el hombre tenía una expresión amable y daba la impresión de estar bromeando con el hombre de rostro enjuto que parecía una marioneta en comparación con su inmenso interlocutor.

El gaitero comenzó a tocar con un eructo preliminar, seguido de inmediato por un chillido desgarrador que finalmente se convirtió en algo similar a una melodía.

Había unas treinta o cuarenta personas presentes, todas mejor vestidas y más acicaladas que los comensales de la noche anterior. Las cabezas se volvieron hacia el extremo inferior del salón. Al cabo de una pausa para que la música cobrara ímpetu, Colum entró, seguido de su hermano Dougal.

Ambos MacKenzies iban ataviados con el atuendo ceremonial: faldas escocesas verdes y casacas de buen corte, la de Colum color verde claro y la de Dougal color bermejo. Los dos llevaban el tartán cruzado sobre el pecho y asegurado en un hombro con un gran broche de piedras preciosas. El cabello negro de Colum estaba suelto, aceitado con esmero y rizado sobre los hombros. Dougal lo llevaba atado, formando una trenza casi del mismo color que la casaca.

Colum avanzó con lentitud a lo largo del pasillo, inclinando la cabeza y sonriendo a derecha e izquierda. Observé a través de la sala y vi otra arcada, cerca de la silla de Colum. Bien podría haber entrado por allí en vez de por la del extremo más alejado de la habitación. De modo que el alarde de sus piernas torcidas y el contoneo torpe en su larga marcha hacia el asiento era deliberado. Y también lo era el contraste con su hermano menor, alto y erguido, que no miró ni a un lado ni a otro sino que siguió a Colum hacia la silla de madera y ocupó su lugar, de pie, detrás.

Colum se sentó, esperó un momento y luego alzó la mano. El gemido de las gaitas se extinguió con un plañido lastimero. Y comenzó la «Audiencia».

Pronto se evidenció que ésa era la ocasión regular en que el Señor del castillo Leoch impartía justicia entre sus arrendatarios, atendiendo casos y resolviendo disputas. Había un orden del día; el escribiente de calva incipiente leía los nombres en voz alta y las distintas partes se adelantaban al llegarles el turno.

Si bien algunos casos se presentaban en inglés, la mayoría de los procesos se realizaban en gaélico. Yo ya había notado que para enfatizar el idioma solían recurrir a poner los ojos en blanco y golpear con fuerza los pies contra el suelo. Esto hacía que fuera difícil juzgar la seriedad de un caso por el comportamiento de los participantes.

Justo cuando había llegado a la conclusión de que un hombre, un anciano con un morral enorme hecho con un tejón entero, estaba acusando a su vecino nada menos que de asesinato, incendio premeditado y secuestro de su esposa, Colum enarcó las cejas y pronunció algo en gaélico que hizo que el demandante y el acusado se desternillaran de risa. Enjugándose las lágrimas, el demandante asintió por fin con la cabeza y extendió una mano a su oponente en tanto el escribiente garabateaba con diligencia; la pluma arañaba como las patas de un ratón.

Yo era la quinta en el orden del día. Una posición, pensé, cuidadosamente calculada para indicar a la muchedumbre reunida la importancia de mi presencia en el castillo.

Durante mi presentación, se habló en inglés.

—Señora Beauchamp, ¿quiere usted adelantarse? —llamó el escribiente.

Impulsada hacia delante por un empujón innecesario de la carnosa mano de la señora FitzGibbons, trastabillé hasta situarme frente a Colum y me incliné en una reverencia un tanto desmañada, como había visto hacer a otras mujeres. Los zapatos de ambos pies eran iguales; dos trozos de cuero moldeado que no ayudaban precisamente a caminar con gracia. Una punzada de interés estremeció a la multitud cuando Colum me hizo el honor de ponerse de pie y me ofreció su mano, que acepté para evitar caer de

bruces.

Mientras me enderezaba, maldiciendo mentalmente mis zapatos, me encontré mirando con fijeza el pecho de Dougal. En calidad de captor mío, a él le correspondía elevar una solicitud formal para mi admisión —o cautiverio—, según como se mirara. Aguardé con atención a ver cómo habían decidido los hermanos explicar mi presencia.

—Señor —comenzó Dougal, inclinándose formalmente hacia Colum—, imploramos vuestra indulgencia y misericordia con respecto a esta dama necesitada de ayuda y un refugio seguro. La señora Claire Beauchamp, una dama inglesa de Oxford, fue atacada por salteadores de caminos que asesinaron a su criado a traición. Huyó a los bosques de vuestra propiedad, donde mis hombres y yo la encontramos y rescatamos. Solicitamos que el castillo Leoch ofrezca refugio a esta dama hasta que... —se detuvo y su boca se torció con una sonrisa cínica—... sus parientes ingleses sean informados de su paradero y se dispongan las medidas necesarias para asegurar un traslado seguro.

No me pasó inadvertido el énfasis puesto en la palabra «ingleses», y estaba segura de que lo mismo había ocurrido a todos los que se hallaban en el salón. De modo que se me toleraría, pero bajo sospecha. De haber dicho franceses, se me habría considerado una intrusa amistosa o en el peor de los casos, neutral. Escapar del castillo podría ser más difícil de lo que había esperado.

Colum me hizo una reverencia gentil y me ofreció la hospitalidad de su humilde hogar. Le devolví la reverencia con algo más de éxito que la vez anterior y me reuní con la multitud, seguida de miradas curiosas pero bastante cordiales.

Hasta ese momento, los casos parecían haber interesado principalmente a las partes involucradas. Los espectadores habían conversado en voz baja entre ellos, aguardando sus turnos. Mi aparición había provocado un murmullo interesado de especulación y, pensé, de aprobación.

Pero ahora se desató un alboroto agitado a lo largo del pasillo. Un hombre fornido se adelantó al espacio vacío. Arrastraba con una mano a una joven de unos dieciséis años, rostro bonito y fruncido y largo cabello rubio recogido con una cinta azul. La muchacha avanzó tambaleante y permaneció en pie mientras el hombre la reprendía en gaélico, agitando los brazos y señalándola de vez en cuando a modo de ilustración o acusación. Mientras el hombre hablaba, la muchedumbre murmuraba.

La señora FitzGibbons, sentada sobre un sólido taburete, estiraba el cuello con atención. Me incliné hacia delante y le susurré al oído:

—¿Qué ha hecho la joven?

La gigantesca mujer respondió sin mover los labios ni apartar la vista.

—El padre la acusa de comportamiento disoluto; de frecuentar jóvenes en contra de sus órdenes —masculló la señora FitzGibbons y reclinó su cuerpo en el taburete—. Quiere que MacKenzie la castigue por desobediencia.

—¿La castigue? ¿Cómo? —siseé, tan bajo como pude.

—Shhh.

En el centro, la atención ahora se concentraba en Colum, que estaba evaluando a la joven y al padre. Miró a uno y a otro y comenzó a hablar. Frunció el entrecejo, golpeó con fuerza los nudillos contra el brazo de la silla y el gentío se estremeció.

—Ya ha decidido —murmuró, innecesariamente, la señora FitzGibbons. La decisión tomada era también evidente. Por primera vez, el gigante se movió. Se quitó el cinturón de cuero con ademanes pausados. Los dos guardas cogieron de los brazos a la aterrorizada chica y la volvieron de espaldas a Colum y a su padre. La joven comenzó a llorar pero no habló. La multitud observaba con la intensidad típica de las ejecuciones públicas. De repente, desde el fondo de la muchedumbre, se elevó sobre los murmullos una voz gaélica.

Las cabezas giraron. La señora FitzGibbons se estiró más, incluso se puso de

puntillas para ver mejor. Yo no tenía ni idea de qué se había dicho, pero creí reconocer la voz profunda y suave y la manera punzante de acortar las últimas consonantes.

El gentío se apartó y Jamie MacTavish se dirigió hacia el espacio vacío. Inclinó la cabeza con respeto en dirección a MacKenzie y habló otra vez. No sé lo que dijo, pero pareció generar cierta controversia.

—¿Qué sucede? —musité a la señora Fitz. Mi paciente tenía mucho mejor aspecto que la última vez, aunque todavía estaba un poco pálido. Había encontrado una camisa limpia en alguna parte; la manga vacía había sido doblada y metida debajo de la falda escocesa.

La señora Fitz contemplaba los acontecimientos con gran interés.

—Se ha ofrecido a recibir el castigo en lugar de la joven —respondió con aire ausente, atisbando por el costado de un espectador.

—¿Qué? ¡Pero si está herido! ¡No pueden permitirlo! —Hablé tan bajo como pude. La muchedumbre seguía murmurando.

La señora Fitz sacudió la cabeza.

—No lo sé, muchacha. Lo están discutiendo. Se aceptaría si el hombre fuera del mismo clan que ella, pero el joven no es un MacKenzie.

—¿No lo es? —Me sorprendí. Había dado por hecho que todos los hombres del grupo que me había capturado provenían del castillo Leoch.

—Pues claro que no —contestó la señora Fitz con impaciencia—. ¿No ve su tartán?

Desde luego que sí, después de que ella me lo hubo señalado. Si bien Jamie también llevaba un tartán de cacería en tonos de verde y marrón, los colores diferían de los del resto de los hombres. El marrón era más oscuro, casi color corteza, con finas rayas azules.

Al parecer, la opinión de Dougal fue el argumento decisivo. El grupo de consejeros se dispersó; la multitud calló, se echó hacia atrás y esperó. Los guardias soltaron a la joven, que corrió hacia el gentío y Jamie se adelantó para ocupar su lugar entre ambos centinelas. Observé con espanto cómo se acercaban para cogerlo de los brazos, pero Jamie dijo algo en gaélico al hombre del cinto y los guardas retrocedieron. Cosa sorprendente, por un momento, una sonrisa ancha y descarada iluminó el rostro de Jamie. Y más extraño aún, el gigante esbozó una rápida sonrisa de respuesta.

—¿Qué dijo? —pregunté a mi intérprete.

—Escoge los puños antes que el cinto. Un hombre puede hacerlo, una mujer no.

—¿Los puños? —No tuve tiempo de seguir preguntando. El verdugo alzó un puño tan grande corno un jamón y lo hundió en el abdomen de Jamie, que se dobló en dos y se quedó sin aliento. El hombre esperó a que se enderezara antes de continuar con una serie de golpes cortos a las costillas y brazos. Jamie no hizo nada por defenderse y se limitó a mantener el equilibrio haciendo frente al ataque.

El golpe siguiente fue al rostro. Di un respingo y cerré los ojos involuntariamente en tanto la cabeza de Jamie se mecía hacia atrás. El verdugo se tomaba su tiempo entre puñetazo y puñetazo, cuidando de no derrumbar a su víctima ni golpear demasiadas veces en un mismo sitio. Era una paliza científica, realizada con habilidad para infligir dolor, pero sin incapacitar o lisiar al oponente. Jamie tenía un ojo cerrado por la hinchazón y respiraba con dificultad. Por lo demás, su situación no parecía tan mala.

Me sentía presa de la más absoluta aprensión, temiendo que uno de los golpes volviera a dañar el hombro herido. Las vendas seguían en su lugar pero no aguantarían mucho más. ¿Cuánto tiempo duraría aquello? El silencio reinaba en la habitación, excepto por el batacazo seco de carne sobre carne y algún que otro gruñido.

—Angus se detendrá cuando corra sangre —susurró la señora Fitz, como adivinando mi pregunta sin formular—. Probablemente, cuando le rompa la nariz.

—Eso es inhumano —siseé con ira. Varias personas a nuestro alrededor me

miraron con expresión reprobadora.

El verdugo pareció decidir que el castigo había durado el tiempo suficiente. Alzó un brazo y lanzó un golpe brutal. Jamie se tambaleó y cayó de rodillas. Los dos guardias se apresuraron a ponerlo en pie y cuando levantó la cabeza, vi sangre brotando de la boca lastimada. La muchedumbre dejó escapar un susurro de alivio y el verdugo se apartó, satisfecho por el deber cumplido.

Un guarda sostenía a Jamie por un brazo mientras el joven sacudía la cabeza para despejarse. La muchacha había desaparecido. Jamie alzó la cabeza y miró a los ojos al imponente verdugo. Increíblemente, volvió a sonreír, lo mejor que pudo. Los labios ensangrentados se movieron.

—Gracias —pronunció con dificultad. Hizo una reverencia formal al hombre más corpulento y se volvió para marcharse. La atención de la muchedumbre se concentró una vez más en MacKenzie y en el próximo caso.

Vi a Jamie dejar el pasillo por la puerta de la pared opuesta. Dado que ahora él me interesaba más que los casos que pudieran presentarse, me despedí con presteza de la señora FitzGibbons y me abrí paso a través del corredor para seguirlo.

Lo encontré en un pequeño patio lateral, apoyado contra un pozo de agua y pasándose la punta de la camisa por los labios.

—Toma, usa esto —sugerí y le ofrecí un pañuelo.

—Mmff. —Lo aceptó con un ruido que interpreté como gracias. El sol ya había salido, pálido y desteñido. Bajo su luz, contemplé al joven con detenimiento. Un labio partido y un ojo hinchado parecían ser los principales daños, aunque las marcas en la mandíbula y el cuello pronto se convertirían en negras moraduras.

—¿Tienes la boca herida por dentro?

—Mm-mm. —Se agachó y le abrí la mandíbula inferior, doblando el labio con suavidad para examinarlo por dentro. Había un corte profundo en la cara interna de la mejilla y un par de orificios pequeños en el área rosada del labio interno. Una mezcla de sangre y saliva escapó de la boca. —Agua —pidió con dificultad, enjugándose el hilillo sangriento que se deslizaba por la mejilla.

—Sí. —Por fortuna, había un balde y una taza de cuerno en el borde del pozo. Jamie se enjuagó la boca y escupió varias veces. Luego se echó el resto del agua a la cara—. ¿Por qué lo has hecho? —quise saber por curiosidad.

—¿Qué? —dijo. Se enderezó y se secó con la manga. Se tocó con cuidado el labio partido y dio un leve respingo.

—Ofrecerte a recibir el castigo de la chica. ¿La conoces? —Me avergonzaba un poco preguntar, pero quería saber qué había detrás de aquel gesto quijotesco.

—Sé quién es. Pero nunca he hablado con ella.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

Jamie se encogió de hombros, lo que le provocó otro respingo.

—Ser azotada durante la Audiencia la habría avergonzado. Para mí es más fácil.

—¿Más fácil? —repetí con incredulidad, contemplando aquel rostro estropeado. Estaba tanteando con la mano libre sus costillas golpeadas, pero alzó el rostro y me sonrió a medias.

—Sí. Ella es muy joven. Habría pasado vergüenza delante de todos los que la conocen y habría tardado mucho tiempo en superarlo. Estoy dolorido, pero no tengo ninguna herida seria. Estaré bien dentro de un par de días.

—¿Pero por qué tú? —pregunté. A juzgar por su expresión, la pregunta le pareció extraña.

—¿Por qué no yo? —dijo.

«¿Por qué no?», quise responder: «Porque no la conocías. Ella no significaba nada para ti. Porque ya estabas herido. Porque al margen del motivo que te impulsó, se requiere

un valor muy especial para ponerse delante de la multitud y permitir que alguien te golpee en la cara.»

—Bueno, una bala de mosquete a través del músculo trapecio podría considerarse un buen motivo —respondí con sequedad.

Pareció divertido y se pasó los dedos por el área en cuestión.

—¿Se llama trapecio? No lo sabía.

—¡ Ah, ah, aquí estás, muchacho! Veo que ya has encontrado quien te cure. Tal vez no me necesites. —La señora FitzGibbons avanzó contoneándose y tuvo que apretarse para atravesar la estrecha puerta del patio. Llevaba una bandeja con unos botes, un gran cuenco y una toalla de hilo limpia.

—Sólo le he dado un poco de agua —repliqué—. Creo que no está malherido, pero no estoy segura de que podamos hacer algo más que lavarle la cara.

—Bueno, siempre hay algo que pueda hacerse —respondió ella con calma—. A ver ese ojo, muchacho, déjame revisártelo. —Jamie se sentó de buen grado en el borde del pozo y volvió la cara hacia la mujer. Los dedos regordetes apretaron despacio la hinchazón púrpura, dejando depresiones blancas que desaparecieron con rapidez—. Sigue sangrando bajo la piel. Las sanguijuelas servirán. —Destapó el cuenco y pude ver varios objetos pequeños y oscuros, como babosas, de tres a cinco centímetros de largo y cubiertos por un líquido de aspecto desagradable. Cogió dos y apretó uno contra la piel, justo debajo del hueso de la ceja y otro debajo del ojo—. Cuando el cardenal ya se ha formado —explicó—, las sanguijuelas son inútiles. Pero si hay una hinchazón como ésta, aún en formación, significa que la sangre está fluyendo bajo la piel. Las sanguijuelas pueden detenerla.

Yo observaba con fascinación y desagrado.

—¿No te duele? —pregunté a Jamie. Él meneó la cabeza y las sanguijuelas rebotaron con obscenidad.

—No. Da un poco de frío, eso es todo. —La señora Fitz estaba ocupada con sus botes.

—La gente no sabe usar las sanguijuelas —afirmó—. A veces son muy útiles, pero hay que saber utilizarlas. Cuando se aplican en un cardenal viejo, se llevan la sangre sana y no mejoran el cardenal. Además, hay que tener la precaución de no usar muchas a la vez. Debilitan al que esté muy enfermo o ya haya perdido mucha sangre.

Escuché con respeto, absorbiendo toda la información, aunque esperaba que nunca se me pidiera que la pusiera en práctica.

—Ahora enjuágate la boca con esto. Limpiará los cortes y aliviará el dolor. Es té de corteza de sauce —me aclaró en un aparte— con un poco de raíz de lirio molida. —Asentí. Recordé vagamente haber oído en una conferencia de botánica que la corteza del sauce contenía ácido salicílico, el ingrediente activo de la aspirina.

—¿La corteza de sauce no aumentará la posibilidad de una hemorragia? —inquirí. La señora Fitz asintió con aprobación.

—Sí. A veces lo hace. Por eso hay que combinarla con un buen puñado de hierba de San Juan remojada en vinagre; eso detiene la hemorragia, si se ha recogido con luna llena y se ha molido correctamente. —Sin protestar, Jamie se lavó la boca con la solución astringente. El picante y aromático vinagre lo hizo lagrimear.

Las sanguijuelas ya estaban atiborradas y tan hinchadas que su tamaño original se había cuatriplicado. Las pieles oscuras y arrugadas estaban tensas y brillantes; parecían piedras redondas y lustradas. De pronto, una sanguijuela dio un salto y rebotó en el suelo a mis pies. La señora Fitz la recogió con destreza, agachándose con facilidad pese a su tamaño, y la devolvió al cuenco. Luego cogió la otra sanguijuela con suavidad, estirándole la cabeza.

—No hay que tirar con demasiada fuerza —explicó—. Pueden explotar. —La idea me hizo estremecer involuntariamente—. Pero si están casi llenas, es fácil quitarlas. Si no

se puede, hay que dejarlas tranquilas y se soltarán solas. —En efecto, fue fácil retirar la sanguijuela, que dejó un hilo de sangre en el lugar donde había estado.

Sequé la pequeña herida con la punta de una toalla humedecida en la solución con vinagre. Para mi sorpresa, las sanguijuelas habían dado resultado. La hinchazón se había reducido de manera considerable y el ojo estaba parcialmente abierto, aunque el párpado continuaba hinchado. La señora Fitz lo examinó con aire crítico y decidió no usar más sanguijuelas.

—Mañana estarás horroroso, muchacho, créeme —dijo con una sacudida de cabeza—. Pero al menos podrás ver con ese ojo. Ahora lo que necesitas es cubrirlo con un buen pedazo de carne cruda y echarle unas gotas de caldo con cerveza para fortalecerlo. Ven a la cocina dentro de un rato.

Recogió la bandeja y se detuvo por un momento.

—Lo que hiciste fue muy gentil. Laoghaire es mi nieta, sabes, y te doy las gracias en su nombre. Aunque debería hacerlo ella personalmente, si es que tiene modales. —Palmeó la mejilla de Jamie y se alejó contoneándose pesadamente.

Examiné a Jamie con atención. El arcaico tratamiento médico había resultado sorprendentemente efectivo. El ojo todavía estaba hinchado pero apenas amoratado y el corte en el labio era ahora una línea precisa y limpia, ligeramente más oscura que los tejidos circundantes.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Bien. —Debí de mirarlo con desconfianza, porque me sonrió, aunque sin descuidar la boca—. Son sólo cardenales. Tengo que darte las gracias de nuevo. Me has curado tres veces en tres días. Debes de considerarme muy torpe.

Toqué una marca púrpura en su mandíbula.

—No, torpe no. Un poco osado, tal vez. —Un movimiento agitado en la entrada al patio atrajo mi atención; un destello amarillo y azul. Al verme, la joven llamada Laoghaire retrocedió con timidez—. Creo que alguien quiere hablarte a solas —añadí—. Me marcho. Mañana te quitaré las vendas del hombro. Hasta entonces.

—Sí. Gracias de nuevo. —Me apretó la mano a manera de despedida y me alejé, mirando con curiosidad a la muchacha al pasar junto a ella. De cerca era aún más hermosa, con ojos azules suaves y el cutis como los pétalos de una rosa. Cuando miró a Jamie, su rostro resplandeció. Abandoné el patio, preguntándome si el gesto galante habría sido en realidad tan altruista como yo había supuesto.

A la mañana siguiente, desperté escuchando el gorjeo de los pájaros fuera y el ajetreo de personas dentro. Me vestí y hallé el camino al comedor a través de pasillos helados. El comedor había recuperado su identidad como tal. Se repartían enormes recipientes con gachas y pan ázimo horneado en el fogón y untado con melaza. El olor a comida humeante era fortísimo. Todavía me sentía un poco mareada y confundida, pero un desayuno caliente me animó lo suficiente para explorar un poco.

Hallé a la señora FitzGibbons hundida hasta los codos en masa espolvoreada con harina. Le anuncié que quería encontrar a Jamie para quitarle las vendas y comprobar la cicatrización de la herida de bala. La señora Fitz agitó una manaza enharinada para llamar a uno de sus diminutos subordinados.

—Joven Alec, ve a buscar a Jamie, el nuevo domador de caballos. Dile que venga contigo a que le revisen el hombro. Estaremos en el jardín de hierbas. —Un seco chasquido de dedos hizo que el muchacho se apresurara a localizar a mi paciente.

La señora Fitz entregó la masa a una criada, se enjuagó las manos y se volvió hacia

mí.

—Tardarán un poco. ¿Le gustaría echar un vistazo al jardín de hierbas? He visto que sabe algo de plantas y, si le interesa, podría echar una mano allí en su tiempo libre.

El herbario, depositario valioso de plantas medicinales y aromáticas, estaba situado en un patio interno lo bastante grande para que se filtrara el sol pero resguardado de los vientos de primavera; tenía su propio pozo de agua y estaba bordeado por arbustos de romero y manzanilla. Una hilera de amarantos marcaba el límite norte y la pared del castillo el este. Identifiqué correctamente las espigas verdes de azafranes tardíos y las acederas francesas de hojas suaves que emergían de la tierra fértil y oscura. La señora Fitz me enseñó dedaleras, verdolagas y betónicas, además de otras especies que no reconocí.

El final de la primavera era época de siembra. La cesta en el brazo de la señora Fitz contenía una profusión de dientes de ajo, la base de la cosecha de verano. La regordeta dama me entregó el cesto y un palo de cavar para plantar. Aparentemente, yo había holgazaneado demasiado en el castillo; hasta que Colum halló algo en lo que podía ser útil. La señora Fitz siempre encontraba trabajo para una persona ociosa.

—Aquí, querida. Plántelos en el lado sur, entre el tomillo y las dedaleras.

Me enseñó a dividir las cabezas en semillas individuales sin estropear la película externa y luego a plantarlas. Era bastante sencillo. Sólo había que introducir cada diente en la tierra, con el extremo romo hacia abajo y enterrarlo a casi cuatro centímetros de la superficie. La mujer se enderezó y se quitó el polvo de la voluminosa falda.

—Guarde algunas cabezas —me aconsejó—. Divídalas y plante los ajos por separado, uno aquí y otro allá, en todo el jardín. El ajo mantiene a los insectos lejos de las demás plantas. También la cebolla y la milenrama. Y recorte las cabezuelas de las caléndulas muertas, pero consérvelas, son útiles.

Numerosas caléndulas salpicaban el jardín con sus flores doradas. En aquel momento, apareció el joven que la señora Fitz había enviado en busca de Jamie. La carrera lo había dejado sin aliento. Anunció que el paciente se negaba a dejar su trabajo.

—Dice —jadeó el muchacho— que no está tan malherido como para necesitar que lo curen, pero que agradece su preocupación. —La señora Fitz se encogió de hombros ante el mensaje no muy tranquilizador.

—Bueno, si no quiere venir, que no venga. Si quiere, puede ir al corral cercado al mediodía, jovencita. Quizá no pare para que lo curen, pero si no me equivoco, lo hará para comer. El joven Alec vendrá a buscarla al mediodía para guiarla al corral. —La señora Fitz se alejó como un galeón, con el joven Alee corriendo tras ella y me dejó plantando el resto de los ajos.

Trabajé con gusto toda la mañana, plantando, recortando cabezuelas de flores muertas y arrancando hierbajos, enzarzada en la interminable batalla del jardinero contra caracoles, insectos y pestes similares. Aquí, sin embargo, la lucha se libraba con las manos vacías, sin la asistencia de pesticidas químicos. Estaba tan absorta en la tarea que no advertí la reaparición del joven Alee hasta que tosió con cortesía para llamar mi atención. Muchacho de pocas palabras, aguardó el tiempo justo a que yo me incorporara y me quitara el polvo de la falda antes de desaparecer por la puerta del patio.

El corral al que me condujo quedaba un poco lejos de los establos, en una pradera cubierta de hierba. Tres potrillos retozaban briosos en la pradera contigua. Otro animal, una potranca baya, estaba atado a la cerca del corral, con una manta sobre el lomo.

Jamie se acercaba furtivamente por el costado de la potranca, que seguía sus movimientos con bastante recelo. Apoyó el brazo libre en el lomo del animal y le habló con suavidad, preparado para retroceder en caso de que se encabritara. La potranca giró los ojos y resopló, pero no se movió. Con lentitud, Jamie se reclinó sobre la manta, todavía susurrando al animal y, gradualmente, apoyó todo su peso sobre el lomo. La potranca se encabritó un poco y se agitó inquieta, pero él insistió, elevando apenas la voz.

Entonces, la yegua volvió la cabeza y se percató de mi presencia y la del joven que me acompañaba. Intuyendo algún peligro, se encabritó, relinchó y se giró hacia nosotros, aplastando a Jamie contra la cerca del corral. Resoplando y corcoveando, comenzó a brincar y patear, rebelándose contra la correa que la sujetaba. Jamie rodó debajo del cerco, lejos de la lluvia de coces. Se puso de pie con dolor, maldiciendo en gaélico, y se volvió para ver qué había desbaratado su tarea.

Al advertir de quién se trataba, su expresión airada se convirtió en una de amable bienvenida, aunque supuse que nuestra presencia no era del todo oportuna. El cesto del almuerzo, preparado con solicitud por la señora Fitz, que por cierto no se había equivocado, contribuyó a devolverle el buen humor.

—Tranquila, bestia maldita —masculló a la potranca, que continuaba resoplando y moviéndose. Despidió al joven Alec con un golpecito amistoso, recogió la manta caída de la yegua, la sacudió para quitarle el polvo y la extendió con gentileza para que yo me sentara sobre ella.

Evité con gran tacto cualquier referencia al contratiempo reciente con la potranca y serví cerveza y le ofrecí trozos de pan con queso.

Jamie comió con apetito, lo que me recordó su ausencia en el comedor las dos noches anteriores.

—Durmiendo —explicó cuando le pregunté dónde había estado—. Me fui a dormir no bien te dejé en el castillo y no desperté hasta la madrugada de ayer. Trabajé un poco después de la Audiencia y luego me senté en un fardo de paja para descansar un rato antes de cenar. —Rió—. Cuando desperté esta mañana, seguía allí sentado, con un caballo mordisqueándome la oreja.

No cabía duda de que el descanso le había sentado bien. Los cardenales habían oscurecido, pero la piel que los rodeaba tenía un color saludable. Y realmente gozaba de un excelente apetito.

Observé cómo se pulía las últimas migas caídas por la camisa con precisos toques de dedo previamente humedecido.

—Tienes buen apetito —comenté riendo—. Creo que comerías hierba a falta de otra cosa.

—Lo he hecho —contestó con gran seriedad—. No sabe mal, pero no llena.

Me sorprendí. Luego supuse que era una broma.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Durante el invierno, hace dos años. Vivía de una manera salvaje..., ¿sabes? en los bosques... con el... con un grupo de muchachos. Robábamos en la frontera. Habíamos tenido una mala racha y no nos quedaba comida. De vez en cuando conseguíamos gachas en la cabaña de algún agricultor, pero esa gente es tan pobre que casi nunca les sobra nada. Siempre encuentran algo para darle a un extraño, pero veinte forasteros es demasiado, incluso para la hospitalidad de un escocés. —Sonrió de repente—. ¿Has oído...? Bueno, claro que no. Iba a preguntarte si conocías la bendición de la mesa de los granjeros.

—No. ¿Cómo es?

Jamie sacudió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos y recitó:

Hale, hale, alrededor de la mesa,
come tanto como puedas.
Come mucho, nada embolses,
hale. Hale. Amén.

—¿Nada embolses? —dije, divertida. Jamie se palmeó el morral que llevaba al cinto.

—Ponlo en tu estómago, no en el morral —explicó.

Estiró una mano para coger unas hojas de hierba largas y las arrancó con suavidad de la vaina. Las enrolló entre las manos haciendo que las semillas blandas salieran volando del tallo.

—El invierno finalizaba y, por suerte, el tiempo estaba templado o no habríamos sobrevivido. Solíamos cazar conejos con trampas... a veces no podíamos arriesgarnos a encender fuego y los comíamos crudos... y de tanto en tanto también caía algún venado, pero en la época de la que te hablo, llevábamos varios días sin cazar.

Sus dientes blancos y cuadrados se hundieron en el tallo de la hierba. Yo también cogí una y mordisqueé la punta. Era dulce y algo ácida pero sólo tenía unos dos centímetros de tallo tierno para comer; nada muy nutritivo.

Jamie tiró el tallo semicomido, cogió otro y prosiguió con la historia.

—Había caído algo de nieve unos días antes; apenas una capa bajo los árboles y barro en los demás sitios. Yo andaba buscando los frutos anaranjados y grandes que crecen en la parte baja de los árboles, cuando, de pronto, en un claro, descubrí una mancha de hierba bajo la nieve. Supongo que el sol se filtraba hasta allí de vez en cuando. Por lo general, los ciervos encuentran esas manchas. Quitan la nieve con las patas y se comen la hierba hasta las raíces. No habían encontrado aquélla y pensé que si ellos sobrevivían al invierno de esa manera, ¿por qué no habría de hacerlo yo? Tenía tanta hambre que habría sido capaz de hervir mis botas y comérmelas, de no haberlas necesitado para caminar. Así que comí la hierba, hasta la raíz, igual que los ciervos.

—¿Cuánto tiempo llevabas sin comer? —pregunté, fascinada y estupefacta.

—Tres días sin probar bocado; una semana con casi nada... un puñado de avena y algo de leche. Sí —agregó, estudiando el tallo de hierba—, la hierba del invierno es dura y agria, no como ésta, pero no le presté demasiada atención. —De pronto, me sonrió—. Tampoco se la presté al hecho de que un ciervo tiene cuatro estómagos y yo sólo uno. Tuve retortijones espantosos y gases durante días. Después, uno de los hombres más viejos me dijo que para comer hierba, primero hay que hervirla, pero entonces yo no lo sabía. De todos modos, no me habría importado. Estaba demasiado hambriento para esperar. —Se puso en pie y se inclinó con la mano extendida para ayudarme a incorporarme. —Será mejor que siga con mi trabajo. Gracias por el almuerzo. —Me entregó el cesto y se encaminó hacia las caballerizas. El sol resplandecía en su cabello arrancándole reflejos de oro y cobre.

Regresé despacio al castillo, pensando en los hombres que vivían en el barro frío y comían hierba. Cuando llegué al patio, me di cuenta de que había olvidado por completo el hombro de Jamie.

7

El dispensario de Davie Beatón

Para mi sorpresa, cuando regresé al castillo, uno de los soldados de Colum me estaba esperando cerca del portón. Colum estaría encantado, me dijo, de recibirme en sus aposentos.

Las enormes ventanas estaban abiertas en el santuario privado del Señor del castillo y el viento soplaba a través de las ramas de los árboles cautivos con un sonido tal, que daba la impresión de estar al aire libre.

Cuando entré, el Señor del castillo estaba escribiendo. Se detuvo de inmediato y se puso en pie para recibirme. Después de preguntar brevemente por mi salud y mi bienestar, me guió hacia las jaulas, donde admiramos a los diminutos habitantes gorjear y brincar a través del follaje, excitados por el viento.

—Dougal y la señora Fitz dicen que tiene usted habilidad para curar —comentó Colum en tono relajado y estiró un dedo a través de la malla de la jaula. Un pequeño pinzón gris bajó en picado y aterrizó en él limpiamente. Sus garras diminutas se aferraron al dedo y las alas se abrieron para mantener el equilibrio. Colum le acarició la cabeza suavemente con el índice calloso de la otra mano. Observé con curiosidad la piel gruesa que rodeaba la uña. No parecía probable que realizara muchos trabajos manuales.

Me encogí de hombros.

—No hace falta ser muy hábil para vendar una herida superficial.

Colum sonrió.

—Quizá no, pero sí cuando debe hacerse de noche al borde del camino, ¿eh? Y la señora Fitz me ha dicho que ha arreglado usted el dedo roto de uno de sus ayudantes y que ha vendado el brazo quemado de una criada.

—Eso tampoco es muy difícil —respondí, preguntándome adonde querría llegar. Colum hizo señas a uno de sus asistentes, quien se apresuró a retirar un cuenco pequeño de uno de los cajones del escritorio. Colum le quitó la tapa y comenzó a desparramar las semillas del interior a través de la malla de la jaula. Los pajarillos se lanzaron de las ramas como pelotas de criquet rebotando en la parte central del campo y el pinzón voló hacia abajo para unirse a sus compañeros en el suelo.

—No tiene usted conexión alguna con el clan Beatón, ¿verdad? —inquirió MacKenzie. Recordé las preguntas de la señora FitzGibbons en nuestro primer encuentro: «¿Acaso es curandera? ¿O una Beatón?»

—No. ¿Qué tiene que ver el clan Beatón con el tratamiento médico?

Colum me miró con sorpresa.

—¿No ha oído hablar de ellos? Los curanderos del clan Beatón son famosos en las montañas. Muchos son viajeros. De hecho, tuvimos uno aquí durante un tiempo.

—¿Tuvieron? ¿Qué pasó con él? —pregunté.

—Murió —replicó sin inmutarse—. Contrajo fiebre y murió en menos de una semana. Desde entonces, no hemos tenido ningún curandero, salvo la señora Fitz.

—Parece muy competente —indiqué, pensando en el efectivo tratamiento que había aplicado a las magulladuras del joven Jamie. Al recordarlas, recordé lo que las había causado y sentí una punzada de resentimiento hacia Colum. Resentimiento y también

precaución. Aquel hombre, recordé, era la ley, el juez y el jurado de la gente de sus tierras... y estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Colum asintió, todavía concentrado en los pájaros. Diseminó el resto de las semillas, favoreciendo con el último manojo a un sílvido azul y gris rezagado.

—Oh, sí. Es muy ducha en esos asuntos, pero ya tiene suficiente con el manejo del castillo y de todos sus habitantes, incluyéndome a mí —añadió con una repentina y encantadora sonrisa. —Me preguntaba —continuó, tomando rápida ventaja de mi sonrisa a modo de respuesta—, viendo que no tiene usted mucho que hacer, si le gustaría echar un vistazo a las cosas que dejó Davie Beatón. Tal vez sepa usted cómo usar algunas de sus medicinas.

—Bueno... supongo que sí. ¿Por qué no? —A decir verdad, el ir y venir entre el jardín y la cocina comenzaba a aburrirme. Me interesaba averiguar qué solía utilizar el difunto señor Beatón.

—Angus o yo podríamos acompañar a la dama abajo, señor —sugirió con cortesía el asistente.

—No te molestes, John —respondió Colum y le hizo una señal atenta para que se marchara—. Yo mismo lo haré.

Bajó las escaleras con lentitud y evidente dolor. También era obvio que no deseaba ayuda, de modo que no se la ofrecí.

El dispensario del difunto Beatón resultó estar en un rincón remoto del castillo, oculto detrás de las cocinas. No quedaba cerca de nada excepto del cementerio, donde ahora descansaba su ex propietario. En lo alto de la pared externa del castillo, la habitación angosta y oscura poseía una única rendija diminuta; un pequeño rayo de luz solar cortaba el aire como un cuchillo, separando la oscuridad del alto cielo raso abovedado de la oscura penumbra inferior.

Escudriñé los rincones oscuros de la habitación y distinguí un armario alto, equipado con docenas de cajoncitos, cada uno con una etiqueta escrita con cuidada caligrafía. Botes, cajas y frascos de todas formas y tamaños abarrotaban los estantes que había sobre un mostrador donde, a juzgar por los residuos de manchas y un mortero sucio, el difunto Beatón solía mezclar medicinas.

Colum entró primero en el cuarto. Su entrada provocó un remolino de motas brillantes que resplandecieron bajo el haz de luz solar como el polvo agitado de una tumba al ser violada. Se detuvo un momento para que sus ojos se habituaran a la oscuridad, luego continuó avanzando despacio, mirando a un lado y a otro. Supuse que era la primera vez que entraba en aquel lugar.

Mientras observaba su progreso vacilante a través de la estrecha habitación, comenté:

—Los masajes podrían ayudarle algo, ¿sabe? A calmar el dolor. —Hubo un destello en los ojos grises. Por un momento, deseé no haber hablado. Pero el brillo desapareció casi al instante y fue reemplazado por la acostumbrada expresión de atención amable. —Deben hacerse con energía —agregué—. Sobre todo en la base de la columna.

—Lo sé —replicó—. Angus Mhor me los hace todas las noches. —Se interrumpió y cogió un frasco—. Parece que entiende de medicina.

—Algo —aventuré con cautela. Tenía la esperanza de que no tuviera intenciones de ponerme a prueba preguntándome el uso de toda aquella variedad de medicamentos. La etiqueta del frasco que sostenía decía PURLES OVIS. ¿Quién diablos sabía qué era aquello? Por fortuna, puso el frasco de nuevo en el estante y deslizó el dedo por un gran baúl que había cerca de la pared.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien estuvo aquí —manifestó—. Le diré a la señora Fitz que envíe a uno de sus ayudantes a limpiar, ¿qué le parece?

Abrí la puerta de una alacena y la nube de polvo que se levantó me hizo toser.

—Será lo mejor —asentí. En el estante inferior había un grueso volumen con tapas de cuero azul. Al recogerlo, descubrí un libro más pequeño debajo. Tenía una encuadernación barata de género negro, muy gastada en los bordes.

El segundo libro resultó ser el cuaderno de anotaciones diarias de Beatón, en donde había registrado minuciosamente los nombres de sus pacientes, detalles de sus dolencias y el curso del tratamiento prescrito. Un hombre metódico, pensé con aprobación. Una de las entradas decía: «2 de febrero de 1741. Sararí Graham MacKenzie, lesión en pulgar causada por el huso. Se aplicó poleo hervido y una cataplasma de una medida de milenrama, hierba de San Juan, cochinillas de tierra y oreja de ratón, mezcladas con una base de arcilla fina.» ¿Cochinillas? ¿Oreja de ratón? Sin duda, algunas de las hierbas de los estantes.

—¿Se curó bien el pulgar de Sarah MacKenzie? —pregunté a Colum, cerrando el libro.

—¿Sarah? —dijo con aire pensativo—. No, creo que no.

—¿De veras? Me pregunto qué le habrá pasado —repuse—. Quizá la visite más tarde.

Colum denegó con la cabeza. Me pareció detectar una sonrisa amarga en sus labios gruesos y curvos.

—¿Por qué no? ¿Se ha marchado del castillo?

—Podría decirse que sí —contestó divertido—. Está muerta.

Me lo quedé mirando mientras cruzaba el suelo de piedra cubierto de polvo en dirección a la puerta.

—Esperemos que sea usted más efectiva como curandera que el difunto Davie Beatón, señora Beauchamp —declaró.

Se volvió y se detuvo en la puerta, contemplándome con expresión burlona. El haz de luz caía sobre él como un proyector.

—Dudo que pueda ser peor —concluyó y desapareció en la oscuridad.

Paseé de un lado a otro del angosto cuarto, examinándolo todo. La mayoría era basura, probablemente, pero tal vez hubiera algunas cosas útiles que rescatar. Abrí un cajoncito de la cómoda del boticario y liberé una ráfaga de alcanfor. Bueno, eso era útil. Cerré el cajón y me limpié los dedos llenos de polvo en la falda. Sería mejor esperar a que las alegres criadas de la señora Fitz limpiasen el lugar antes de continuar con mis investigaciones.

Escudriñé el pasillo. Desierto. Ni un solo ruido. Pero no era tan ingenua para creer que no había nadie cerca. Estaba segura de que me vigilaban, sólo que quienes lo hacían, ya fuera por una orden o por mero tacto, eran bastante discretos. Cuando iba al jardín, alguien lo hacía conmigo. Cuando subía a mi dormitorio, alguien alzaba casualmente la vista para ver la dirección que tomaba. Y cuando entrábamos cabalgando en el castillo, no me pasaban inadvertidos los guardias armados que se refugiaban de la lluvia bajo un saledizo. No, no cabía duda de que no se me permitiría salir caminando de aquel sitio; mucho menos se me proporcionaría el transporte y los medios para hacerlo.

Suspiré. Al menos estaba sola por el momento. Y anhelaba la soledad, aunque sólo fuera por poco tiempo.

Había intentado en repetidas ocasiones reflexionar sobre todo cuanto me había ocurrido desde que entré en la piedra. Pero en aquel lugar los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez que apenas había tenido un minuto para mí, salvo cuando dormía.

Sin embargo, ahora parecía tenerlo. Aparté la cómoda polvorienta de la pared y me

senté reclinándome contra las piedras. Eran muy sólidas. Apoyé la palma de las manos contra ellas y pensé en el círculo de piedras, intentando recordar cada detalle de lo sucedido.

Las piedras que gritaban era lo último que de verdad podía afirmar que recordaba. E incluso tenía mis dudas al respecto. El ruido se había mantenido todo el tiempo. Era posible, pensé, que el ruido no hubiera provenido de las propias piedras sino de... lo que fuera... en lo que yo había entrado. ¿Eran las piedras una especie de puerta? ¿Adonde daban? No había palabras que explicaran lo sucedido. Supuse que se había producido una ruptura en el tiempo, porque yo había estado «entonces», y estaba «ahora», y las piedras eran la única conexión.

Y los sonidos. Habían sido abrumadores. Aunque, al evocarlos ahora, decidí que se parecían al estruendo de una batalla. El hospital de campaña donde había estado destinada lo habían bombardeado tres veces. Aun sabiendo que las endebles paredes de los hospitales de campaña no nos protegerían, los médicos, enfermeras y asistentes habíamos entrado de inmediato al oír la primera alarma, apiñándonos para infundirnos coraje. El valor escasea cuando los proyectiles silban sobre las cabezas y las bombas explotan en la puerta de al lado. Y el terror que había experimentado entonces era lo más parecido a lo que había sentido en la piedra.

Ahora me daba cuenta de que recordaba ciertas cosas acerca del viaje por la piedra. Detalles menores. Recordaba una sensación de lucha física, como de estar atrapada en algún tipo de corriente. Sí, fuera lo que fuera, había forcejeado deliberadamente contra ella. También había imágenes en la corriente, pensé. No eran imágenes concretas sino más bien pensamientos inconclusos. Algunos eran aterradores y me había apartado de ellos con violencia mientras... bueno, mientras «viajaba». ¿Había luchado por alcanzar otros? Tenía conciencia de haber peleado por alcanzar una superficie. ¿Acaso había escogido venir a este tiempo particular porque ofrecía cierto refugio de aquel torbellino vertiginoso?

Sacudí la cabeza. Pensar no me proporcionaba respuestas. Nada estaba claro, excepto el hecho de que tendría que regresar al círculo de piedras.

—¿Señora? —Una suave voz escocesa desde la puerta me hizo levantar la cabeza. Dos jovencitas, de unos dieciséis o diecisiete años, esperaban tímidamente en el pasillo. Llevaban ropas rústicas, zapatos pesados y pañuelos de lienzo casero sobre el cabello. La que había hablado sostenía un cepillo y varios trapos doblados y su compañera un balde con agua caliente. Las muchachas de la señora Fitz dispuestas a limpiar el dispensario.

—¿No la molestaremos, señora? —preguntó una con ansiedad.

—No, no —les aseguré—. De todos modos, ya me iba.

—Se ha perdido el almuerzo —me informó la otra—. Pero la señora Fitz nos pidió que le dijéramos que habrá comida para usted en la cocina a cualquier hora.

Miré por la ventana. En efecto, el sol ya había pasado su cenit. Sentí retortijones de hambre y sonreí a las muchachas.

—Creo que iré ahora mismo. Gracias.

• • •

Como temía que Jamie no comiera nada hasta la hora de cenar, volví a llevarle la comida a la pradera. Sentada en la hierba, observándolo comer, le pregunté por qué había vivido en los bosques, robando ganado en la frontera. Había visto suficiente de la gente que iba y venía de la aldea vecina y de los habitantes del castillo para saber que Jamie pertenecía a una familia de más alcurnia y era más instruido que la mayoría. A juzgar por

la breve descripción que me había hecho de la finca familiar, era probable que proviniera de una familia bastante adinerada. ¿Por qué estaba tan lejos de su casa?

—Soy un fugitivo —declaró, como sorprendido de que yo lo ignorara—. Los ingleses han puesto un precio de diez libras esterlinas a mi cabeza. No tan cara como la de un salteador de caminos —añadió con desaprobación—, pero un poco más que la de un vulgar ratero.

—¿Sólo por obstrucción? —Me parecía increíble. Diez libras esterlinas allí constituían la mitad del ingreso anual de una granja pequeña. Me costaba creer que un único prisionero fugado valiera tanto para el gobierno inglés.

—Oh, no. Por asesinato.

Me atraganté con un bocado de pan adobado. Jamie me golpeó la espalda hasta que pude volver a hablar.

—¿A-a quién a-asesinaste? —pregunté con los ojos llorosos. Se encogió de hombros.

—Bueno, es una historia extraña. En realidad, no maté al hombre por cuyo asesinato se me busca. ¡Ojo!, he matado a algunos soldados ingleses, así que supongo que no es injusto.

Se interrumpió y movió los hombros como si se frotara contra una pared invisible. Ya le había visto hacerlo antes, mi primera mañana en el castillo, cuando al curarlo noté las marcas en su espalda.

—Fue en el Fuerte William. Después de ser azotado por segunda vez, apenas me pude mover durante un día o dos, y las heridas me dieron fiebre. Cuando logré ponerme en pie, algunos... amigos trazaron un plan para sacarme del campamento por medios que prefiero no comentar. En todo caso, se armó un alboroto mientras escapábamos y un sargento mayor inglés cayó herido. Casualmente, era el hombre que me había azotado la primera vez. Pero yo no le había disparado, no tenía nada personal en su contra y de todos modos estaba demasiado débil para otra cosa que no fuera agarrarme al caballo. —La boca ancha se tensó y afinó—. Aunque si se hubiera tratado del capitán Randall, supongo que habría hecho el esfuerzo.

Se estiró la camisa de hilo rústico y se encogió de hombros.

—Pero así están las cosas. Ése es un motivo por el que no me alejo demasiado del castillo. Aquí en las montañas escocesas es poco probable que me tope con una patrulla inglesa, aunque cruzan la frontera con bastante frecuencia. Y también está la Guardia, pero tampoco se acercan mucho al castillo. Colum no necesita sus servicios, tiene sus propios hombres.

Sonrió y se pasó una mano por el cabello brillante y corto hasta dejarlo tieso como las púas de un erizo.

—No soy precisamente discreto, sabes. Dudo que haya confidentes en el castillo, pero si en la campiña se supiera que soy un hombre buscado, podría haber unos pocos a quienes les agradaría ganarse unas monedas revelando mi paradero a los ingleses. —Me sonrió—. Ya habrás adivinado que mi nombre no es MacTavish, ¿verdad?

—¿Lo sabe el Señor del castillo?

—¿Que soy un fugitivo? Oh, sí, Colum lo sabe. Es muy posible que la mayoría de las personas de por aquí lo sepan. Lo que ocurrió en el Fuerte William produjo bastante conmoción en su momento y las noticias vuelan por estos parajes. Lo que no se sabrá es que el hombre buscado es Jamie MacTavish; siempre que no me vea nadie que me conozca por mi verdadero nombre. —Todavía tenía el cabello absurdamente tieso. Experimenté un impulso repentino de alisárselo, pero me contuve.

—¿Por qué llevas el pelo corto? —pregunté de repente. Luego me ruboricé—. Lo siento, no es asunto mío. Es que me llama la atención, ya que casi todos los hombres que he visto lo llevan largo...

Jamie se aplastó el cabello con cierta timidez.

—Solía llevarlo largo. Ahora lo tengo corto porque los monjes tuvieron que afeitarme la nuca y aún no ha pasado suficiente tiempo para que me crezca de nuevo.

Se inclinó hacia delante, invitándome a inspeccionarle la nuca.

—¿Lo puedes distinguir?

Lo podía notar sin duda alguna. Y también lo vi cuando aparté el tupido cabello: una cicatriz de quince centímetros, todavía rosada y prominente. Deslicé un dedo con suavidad por toda su extensión. La curación y la sutura se habían hecho limpiamente. Una herida de ese tipo debió de sangrar mucho.

—¿Tienes dolores de cabeza? —pregunté en tono profesional. Jamie se enderezó, acomodando el pelo sobre la herida. Asintió.

—A veces, aunque no tan fuertes como antes. Estuve ciego durante un mes. La cabeza me dolía muchísimo todo el tiempo. El dolor fue desapareciendo a medida que recuperaba la vista.

Parpadeó varias veces, como probando su visión.

—De vez en cuando se me nubla —explicó—. Cuando estoy muy cansado, lo veo todo borroso.

—Fue un milagro que no te matara —dije—. Tu cráneo debe de ser muy duro.

—Eso seguro. Puro hueso, según mi hermana. —Ambos reímos.

—¿Cómo sucedió? —pregunté. Jamie frunció el entrecejo y la inseguridad ensombreció su rostro.

—Bueno, ésa es la pregunta clave —respondió con lentitud—. No recuerdo nada al respecto. Me encontraba cerca de Carryarick Pass con unos chicos del lago Laggan. Lo último que recuerdo es que me abría paso montaña arriba a través de un matorral. Recuerdo haberme lastimado la mano con un arbusto de acebo y pensado que las gotas de sangre se parecían a las bayas. Y luego me desperté en Francia, en la abadía de Sainte Anne de Beaupré. La cabeza me retumbaba como un tambor y alguien a quien no veía me daba algo fresco para beber.

Se frotó la nuca como si aún le doliera.

—A veces me parece recordar algo —una lámpara sobre mi cabeza que se mecía de un lado a otro, una especie de gusto dulce y grasiento en los labios, gente diciéndome cosas—, pero no sé si son reales. Sé que los monjes me dieron opio y que soñé casi todo el tiempo.

Cerró los ojos y se apretó los párpados con los dedos.

—Había un sueño que se repetía una y otra vez. Raíces de árboles nacían dentro de mi cabeza; crecían y se abultaban, me salían por los ojos y bajaban por mi garganta para estrangularme. No acababa allí: las raíces se retorcían y curvaban y se volvían cada vez más grandes. Por fin, adquirían el tamaño suficiente para hacer que me estallara la cabeza y entonces me despertaba con el ruido de huesos partiéndose con un crujido. —Hizo una mueca—. Era un chasquido ahogado, como el de disparos bajo el agua... ¡Ajjj!

De pronto, una sombra cayó sobre nosotros y una bota enérgica golpeó las costillas de Jamie.

—Bastardo holgazán —dijo el recién llegado sin animosidad—, Atiborrándote de comida mientras los caballos se vuelven cada vez más salvajes. ¿Cuándo vas a amansar esa potranca, eh, muchacho?

—Nunca si antes muero de hambre, Alec —respondió Jamie—. Entretanto, come algo; hay mucho. —Entregó un trozo de queso a una mano deformada por la artritis. Los dedos, curvados de manera permanente, se cerraron alrededor del queso en tanto su dueño se dejaba caer sobre la hierba.

Con modales sorprendentemente corteses, Jamie presentó al visitante; Alec McMahon MacKenzie, caballerizo mayor del castillo Leoch.

El caballerizo mayor, regordete, vistiendo calzones de cuero y camisa áspera, poseía un aire de autoridad suficiente, decidí, para domar al semental más terco. Un «ojo como el de Marte: para amenazar o mandar», la cita me vino a la mente de inmediato. De hecho, lo de un ojo era así, puesto que tenía el otro cubierto con un parche negro. Como para compensar la pérdida, las cejas brotaban desde un punto central y largos pelos grises, como antenas de insectos, se agitaban amenazantes desde los mechones marrones de la base.

Tras una inclinación de cabeza, el viejo Alee (así lo llamaba Jamie, sin duda para distinguirlo del joven Alec que había sido mi guía) se olvidó de mí y dividió su atención entre la comida y los tres potrillos que movían sus colas en la pradera de abajo. Perdí el interés durante una larga discusión sobre la paternidad de varios caballos, detalles de antecedentes de cría del establo entero a lo largo de años y un número de puntos incomprensibles sobre la conformación equina relacionados con jarretes, cruces, hombros y demás anatomía. Dado que lo único que yo distinguía en un caballo eran la nariz, la cola y las orejas, aquellas sutilezas se me escapaban.

Me apoyé en los codos y disfruté del cálido sol de primavera. Flotaba una paz curiosa, la sensación de que las cosas seguían su curso en silencio, al margen de los trastornos y agitaciones humanos. Quizás era la paz que siempre se siente al aire libre, lejos de los edificios y el bullicio. Tal vez era resultado de mi trabajo en el jardín, ese callado placer de cuidar plantas en crecimiento y ayudarlas a florecer. Quizá sólo se tratara del alivio de haber encontrado al fin algo que hacer, en vez de pasearme por el castillo sintiéndome fuera de lugar y llamando la atención como una mancha de tinta en un secante.

Pese a no tomar parte en la conversación sobre caballos, aquí no me sentía en absoluto fuera de lugar. El viejo Alec actuaba como si yo fuera parte del paisaje y si bien Jamie me dirigía alguna que otra mirada ocasional, también terminó por ignorarme a medida que la conversación iba adoptando poco a poco el ritmo resbaladizo del gaélico, señal evidente del compromiso emocional de un escocés en el tema en discusión. Como no comprendía el significado de las palabras, su sonido me resultaba tan relajante como el zumbido de las abejas en las flores del brezal. Extrañamente complacida y amodorrada, aparté todo pensamiento sobre las sospechas de Colum, mi propia situación y otras ideas perturbadoras. «Basta a cada día su propio mal», pensé soñolienta, recogiendo la cita bíblica de algún rincón apartado de mi memoria. Pudo haber sido el frío por el paso de una nube o el cambio de tono de la conversación masculina lo que me despertó un rato después. Los hombres habían retomado el inglés y hablaban con seriedad. Ya no se trataba de la charla sin rumbo de dos fanáticos de los caballos.

—Falta menos de una semana para la Reunión, muchacho —decía Alec—. ¿Has decidido qué harás entonces? Jamie exhaló un largo suspiro.

—No, Alec, aún no. A veces pienso una cosa y luego otra. No puedo negar que me gusta estar aquí, trabajando con los animales y contigo. —Hubo una sonrisa en algún lugar de la voz del muchacho, que se desvaneció mientras proseguía—. Y Colum me prometió... bueno, supongo que no sabes nada de eso. Pero, ¿besar la espada y adoptar el nombre de MacKenzie y renegar de mis orígenes? No, no puedo decidirme a hacerlo.

—Eres tan obstinado como tu padre —le regañó Alec, aunque las palabras destilaban cierta aprobación—. En ocasiones te pareces a él, pero eres alto y rubio como tu familia materna.

—Le conociste, ¿verdad? —Jamie sonaba interesado. —Oh, poco. Pero oí hablar mucho de él. He vivido en Leoch desde antes de que se casaran tus padres. Y cuando escuchas a Dougal y a Colum hablar de Brian el Negro, no puedes evitar imaginarte al mismísimo diablo, o a alguien peor. Y a tu madre como la Virgen María, arrastrada al infierno por él.

Jamie rió.

—Y yo soy como él, ¿no es cierto?

—Eres eso y mucho más, muchacho. Sí, entiendo por qué te resultaría intolerable ser hombre de Colum. Pero por otra parte, tendría sus ventajas, ¿no? Por ejemplo, si se peleara a favor de los Estuardo y Dougal se saliera con la suya. Únete al lado correcto en esa lucha, muchacho, y recuperarás tus tierras y más, haga lo que haga Colum.

Jamie contestó con lo que yo llamaba un «ruido escocés», ese sonido indeterminado que nacía en lo más profundo de la garganta y cuyo significado podía interpretarse de muchas maneras. Aquel ruido en particular pareció indicar cierta duda en cuanto a la posibilidad de un resultado tan deseable.

—Sí —replicó—, ¿y si Dougal no se saliera con la suya? ¿O si la lucha se librara contra la casa de los Estuardo?

Alec produjo su propio sonido gutural.

—Entonces quédate aquí, muchacho. Sé caballerizo mayor en mi lugar. No viviré mucho tiempo y no sé de nadie que tenga una mano tan buena con los caballos.

El gruñido modesto de Jamie señaló agradecimiento por el cumplido.

El hombre mayor continuó, haciendo caso omiso de las interrupciones.

—Los MacKenzie también son familiares tuyos, no se trata de renegar de tu sangre. Y hay otros asuntos que considerar... —Su voz adoptó un tono burlón—. Como la señorita Laoghaire, ¿quizá?

Obtuvo otro ruido por respuesta, éste indicando vergüenza y deseo de descartar el tema.

—Vamos, muchacho. Un joven no se deja golpear por una muchacha que no le interesa. Y sabes que su padre no le permitirá casarse con alguien ajeno al clan.

—Era muy joven, Alec. Y me dio lástima —alegó Jamie como a la defensiva—. Eso es todo. —Ahora fue Alec quien profirió el ruido escocés, un bufido gutural de incredulidad irónica.

—Eso cuéntaselo a otro, muchacho. Bueno, aun descartando a Laoghaire, serías mejor partido si tuvieras un poco de dinero y un futuro. Y lo tendrías si fueras el próximo caballerizo mayor. Podrías elegir a las muchachas... ¡si es que una no te elige a ti primero! —Alec resopló con la alegría semicontenida de un hombre que no ríe a menudo—. ¡ Serían como moscas alrededor de la miel! ¡ Incluso sin un centavo y sin título, como estás ahora, suspiran por ti... las he visto! —Otro resoplido—. ¡Hasta la Sassenach no te quita los ojos de encima y es una viuda reciente!

Deseando impedir lo que prometía ser una serie de comentarios personales muy desagradables, resolví que era hora de despertarme oficialmente. Me desperecé, bostecé y me senté, frotándome los ojos para evitar mirar a ninguno de los dos hombres.

—Mmmm. Creo que me quedé dormida —dije, parpadeando. Jamie, con las orejas un poco coloradas, desplegaba un interés exagerado en envolver los restos del picnic. El viejo Alec me observó con fijeza, como si me viera por primera vez.

—¿Te atraen los caballos, en, jovencita? —inquirió.

Dadas las circunstancias, no podía decir que no. Convine en que los caballos eran muy interesantes y fui obsequiada con una detallada explicación sobre la potranca del corral, que ahora, soñolienta, agitaba la cola para ahuyentar a las moscas ocasionales.

—Puedes venir a mirar cuando quieras, muchacha —concluyó Alec—. Siempre que no te acerques demasiado a los caballos y los distraigas. Tienen que trabajar, sabes. —Eso era sin duda una forma de despacharme, pero me mantuve firme, recordando el propósito original que me había llevado allí.

—Sí, tendré cuidado la próxima vez —prometí—. Pero antes de regresar al castillo, quería revisar el hombro de Jamie y quitarle las vendas.

Alec asintió con lentitud, pero para mi sorpresa, fue Jamie quien rehusó mis

atenciones. Se volvió para regresar al corral.

—Ah, eso puede esperar —respondió sin mirarme—. Todavía queda mucho por hacer hoy. Quizá más tarde, después de cenar. —Era muy extraño, ya que antes no había demostrado prisa por volver a su trabajo. Pero no podía obligarlo a someterse a mis servicios si no lo deseaba. Me encogí de hombros y convine en encontrarnos después de cenar. Luego me encaminé cuesta arriba para volver al castillo.

Mientras subía la colina, reflexioné sobre la forma de la cicatriz en la cabeza de Jamie. No era una línea recta, del tipo de las que podría hacer un espadón inglés. La herida era curva, como causada por un hacha. ¿Un hacha Lochaber? Pero según tenía entendido, aquellas hachas asesinas habían sido... no, me corregí, eran... utilizadas sólo por miembros de un clan.

No se me ocurrió hasta que me hube alejado. Para ser un fugitivo con enemigos desconocidos, Jamie había sido demasiado confiado con una extraña.

Deje el cesto del picnic en la cocina y regresé al dispensario del difunto Beatón, limpio y prístino después de la visita de las vigorosas asistentas de la señora Fitz. Hasta los frascos de vidrio resplandecían bajo la luz mortecina de la ventana.

El armario parecía un buen sitio por donde empezar, con un inventario ya disponible de hierbas y medicamentos. La noche anterior, antes de dormirme, había dedicado unos minutos a hojear el libro de tapas de cuero azules que había cogido del dispensario. Había resultado ser una «Guía y Manual de Medicina», un listado de recetas para el tratamiento de una variedad de síntomas y enfermedades cuyos ingredientes, al parecer, se hallaban desplegados delante de mí.

El libro se dividía en varias secciones: «Centaureas, Eméticos y Electuarios», «Píldoras», «Yesos Surtidos y sus Virtudes», «Extractos y Teriacas» y una sección bastante extensa bajo el título ominoso de «Purgantes».

Al leer algunas de las recetas, el motivo de la falta de éxito del difunto Davie Beatón con sus pacientes se hizo evidente. «Para el dolor de cabeza —decía una entrada—, coger una bola de estiércol de caballo, secarla con cuidado, triturarla y mezclarla con cerveza caliente. En caso de convulsiones infantiles, aplicar cinco sanguijuelas detrás de la oreja.» Y unas páginas después, «los extractos hechos con raíces de celidonia, cúrcuma y el jugo de doscientas cochinillas son de gran utilidad en caso de ictericia». Cerré el libro, asombrada por la cantidad de pacientes del difunto doctor que según su diario meticuloso, no sólo habían sobrevivido al tratamiento recetado sino que, de hecho, se habían recuperado de sus dolencias originales.

Había un gran bote marrón que contenía varias bolas de aspecto dudoso. Considerando las recetas de Beatón, no albergaba demasiadas dudas con respecto a su contenido. Lo giré y leí triunfante la etiqueta escrita a mano: ESTIÉRCOL DE CABALLO. Deduje que la conservación de ese tipo de sustancia no ayudaba a mejorarla, así que la aparté cuidadosamente sin abrirla.

Investigaciones subsiguientes demostraron que PURLES OVIS era una versión latina de una substancia similar, esta vez del carnero. OREJA DE RATÓN también resultó ser de naturaleza animal en vez de herbácea y aparté el frasco con las diminutas orejas secas y rosadas sin poder evitar un escalofrío.

Me había estado preguntando acerca de las «cochinillas», escrito también como «cochinilas» y «cochinilias». Parecían constituir un ingrediente importante de varios medicamentos, de manera que me alegró ver un frasco transparente y tapado con un corcho con ese nombre en la etiqueta. Estaba lleno hasta la mitad con unas pequeñas pastillas

grises. Las píldoras no tenían más de medio centímetro de diámetro y eran de una redondez tan perfecta que me maravillé de la habilidad farmacéutica de Beatón. Acerqué el frasco a mi rostro, desconcertada por su liviandad. Luego vi las finas estrías a través de cada «píldora» y las patas microscópicas dobladas en el pliegue central. Bajé el frasco deprisa, me limpié la mano en el delantal y realicé otra entrada en la lista mental que había estado compilando. Para «cochinillas» anoté «bicho bolita».

Había una cantidad de substancias más o menos inofensivas en los frascos de Beatón; otros contenían hierbas secas o extractos que podrían ser útiles. Encontré algo del polvo de raíz de lirio y del vinagre aromático que la señora Fitz había empleado para curar las heridas de Jamie MacTavish. También hallé angélica, ajenjo, romero, y algo etiquetado como ARAG HEDIONDO. Lo abrí con precaución, pero resultó tratarse de puntas tiernas de ramas de abeto. Una agradable fragancia balsámica emanó de la botella sin sellar. La dejé abierta sobre la mesa para perfumar el aire del cuartito mientras continuaba con mi inventario.

Descarté botes de caracoles secos; ACEITE DE LOMBRIZ... que parecía ser exactamente eso; VINUM MILLEPEDATUM... milpiés triturados y remojados en vino; POLVO DE MOMIA EGIPCIA... un polvo de aspecto indeterminado cuyo origen era más probable que fuera de la orilla de un arroyo antes que de la tumba de un faraón; SANGRE DE PALOMA, huevos de hormiga, unos cuantos sapos secos envueltos concienzudamente en moho, y CRÁNEO HUMANO, TRITURADO. ¿De quién?, me pregunté.

Me llevó casi toda la tarde terminar la inspección del armario y de la cómoda llena de cajones. Cuando hube acabado, un gran montón de botellas, cajas y frascos para tirar se alzaba al otro lado de la puerta del dispensario. En el armario quedó una colección bastante más reducida de éstos.

Había dudado un tiempo con un gran paquete de telarañas. Tanto la «Guía» de Beatón como mis débiles recuerdos de medicina casera sostenían que las telarañas servían para vendar heridas. Aunque me inclinaba a considerar esa utilidad como completamente antihigiénica, mi experiencia con vendas de hilo al borde del camino me había demostrado la conveniencia de tener vendajes con adhesivo además de absorbentes. Por fin, devolví las telarañas al armario con la idea de averiguar si había alguna forma de esterilizarlas. No podía hervirlas, pensé. Tal vez el vapor las limpiara sin destruir su viscosidad.

Me froté las manos en el delantal y reflexioné. Había hecho un inventario de casi todo... excepto del baúl de madera. Levanté la tapa y el hedor que salió del interior me hizo retroceder al instante.

El baúl era el depósito de las actividades quirúrgicas de Beatón. Dentro había sierras de aspecto siniestro, cuchillos, cinceles y otras herramientas más adecuadas para la construcción que para usarlas en delicados tejidos humanos. El hedor derivaba del hecho de que Davie Beatón no había creído necesario limpiar sus instrumentos después de utilizarlos. Hice una mueca de desagrado al ver manchas oscuras en algunas de las hojas y cerré la tapa con violencia.

Arrastré el baúl hacia la puerta. Mi intención era decirle a la señora Fitz que los instrumentos, una vez hervidos, debían entregarse al carpintero del castillo, si es que existía tal individuo.

Un movimiento a mis espaldas me alertó a tiempo para evitar chocar contra la persona que acababa de entrar. Me volví y vi a dos jóvenes, uno sosteniendo al otro, que se apoyaba en un solo pie. El otro estaba vendado descuidadamente con harapos manchados de sangre fresca.

Miré a mi alrededor y luego señalé el baúl, a falta de otra cosa.

—Siéntate —dije. Aparentemente, el nuevo médico del castillo Leoch ya ejercía.

8

Una velada de fiesta

Yacía en la cama completamente agotada. Cosa curiosa, había disfrutado bastante con la inspección de la botica de Beatón. Y el haber atendido a algunos pacientes, pese a los escasos recursos, me había hecho sentir fuerte y útil de nuevo. Palpar carne y huesos, tomar pulsos, examinar lenguas y pupilas, toda la rutina familiar, había contribuido a disminuir el pánico sordo que me había acompañado desde mi caída a través de la roca. A pesar de lo extraño de mi situación y por más fuera de lugar que estuviera, en cierta forma era reconfortante darse cuenta de que aquellas eran simplemente personas: pieles cálidas y velludas, corazones que palpitaban y pulmones que respiraban con ruido; malolientes, piojosas y sucias, algunas, pero eso no era nuevo para mí. No era mucho peor que un hospital de campaña. Y por fortuna, hasta ahora las heridas no habían sido muy graves. Me resultaba en extremo satisfactorio poder aliviar nuevamente un dolor, encajar una articulación, reparar un daño. Asumir la responsabilidad del bienestar de otros menguaba la sensación de ser víctima de los caprichos de cualquiera que fuese el insoportable destino que me había traído aquí. Y agradecía a Colum el haberlo sugerido.

Colum MacKenzie. Vaya un hombre extraño. Un hombre instruido, cortés por demás, y también considerado, con una reserva que ocultaba el corazón férreo en su interior. La dureza era mucho más obvia en su hermano Dougal. Un guerrero de nacimiento. Y sin embargo, al verlos juntos, saltaba a la vista quién era el más fuerte. Pese a sus piernas torcidas, Colum era un líder. El síndrome de Toulouse-Lautrec. Nunca había visto un caso antes, pero había oído descripciones. Llamado así por su más famosa víctima (que todavía no existía, recordé), se trataba de un mal degenerativo de los huesos Y el tejido conectivo. Con frecuencia, los enfermos parecían normales, aunque débiles, hasta la adolescencia temprana, cuando los huesos largos de las piernas, bajo la tensión de mantener un cuerpo enhiesto, comenzaban a atrofiarse.

La piel pálida, con arrugas prematuras, constituía otro efecto externo de la circulación deficiente que caracterizaba la enfermedad. Asimismo, la sequedad y pronunciada callosidad de los dedos de manos y pies que yo ya había notado. A medida que las piernas se torcían y arqueaban, la espina dorsal se veía sometida a un esfuerzo y a menudo se torcía también, causando enormes molestias al afectado. Repasé mentalmente la descripción mientras me desenredaba el cabello con los dedos. Baja cantidad de glóbulos blancos, susceptibilidad creciente a las infecciones, propensión a la artritis. Debido a la mala circulación y a la degeneración del tejido conectivo, las víctimas eran invariablemente estériles y, con frecuencia, también impotentes.

Me interrumpí de pronto, pensando en Hamish. «Mi hijo», había dicho Colum con orgullo al presentar al niño. Mmm, reflexioné. Quizá no fuera impotente. O quizá sí. Letitia tenía suerte de que la mayoría de los MacKenzie se parecieran tanto entre sí. Un súbito golpe a la puerta interrumpió mis interesantes meditaciones. Era un chico con una invitación del propio Colum. Habría una sesión de canto en el salón y MacKenzie se sentiría honrado con mi presencia.

Dadas mis recientes especulaciones, sentía curiosidad por ver a Colum de nuevo.

Así que eché un vistazo a mi imagen en el espejo, me peiné como pude, cerré la puerta a mis espaldas y seguí a mi escolta a través de los corredores fríos y sinuosos.

De noche, la sala se veía distinta, bastante festiva. Antorchas de pino crepitaban en las paredes, chasqueando con una llamarada azul ocasional de trementina. La chimenea inmensa, con sus múltiples asadores y calderos, había disminuido su actividad desde el ajetreo de la cena. Ahora, un único fuego ardía en el hogar, alimentado por dos troncos enormes y de combustión lenta. Los asadores estaban plegados hacia dentro en la chimenea cavernosa. Las mesas y los bancos continuaban allí, pero empujados hacia atrás para dejar un espacio abierto cerca del fuego. Al parecer, ése sería el centro del espectáculo, puesto que la gran silla tallada de Colum se encontraba a un lado. Colum ya estaba sentado en ella, con un tapete sobre las piernas y una pequeña mesa con una garrafa y copas al alcance de la mano.

Al verme vacilar en la arcada, me llamó con gesto amistoso y señaló un banco cercano.

—Me alegra que haya bajado, señora Claire —manifestó con aire informal y simpático—. A Gwyllyn le complacerá contar con un nuevo oyente para sus canciones, aunque siempre estamos dispuestos a escucharlo. —El jefe de los MacKenzie parecía algo cansado, pensé. Tenía los hombros anchos ligeramente caídos y las líneas prematuras de su rostro demasiado marcadas.

Murmuré algo sin importancia y contemplé el salón. La gente comenzaba a entrar, y a veces a salir, conversaba en grupos reducidos e iba tomando asiento poco a poco en los bancos alineados contra las paredes.

—¿Perdón? —Me volví. No había oído las palabras de Colum en medio del alboroto creciente y lo encontré ofreciéndome la garrafa, un hermoso objeto, de cristal verde pálido y con forma de campana. El líquido, visto a través del vidrio, parecía verde como las aguas profundas del mar, pero una vez servido, resultó poseer un bonito color rosa pálido y un aroma exquisito. El sabor era igualmente delicioso y cerré los ojos extasiada, dejando que los vahos del vino me produjeran un hormigueo en el fondo del paladar antes de permitir que cada sorbo de néctar se deslizara por mi garganta.

—Bueno, ¿verdad? —La voz profunda tenía un dejo burlón y abrí los ojos. Colum me sonreía con aprobación.

Abrí la boca para responder y descubrí que la delicada suavidad del sabor era engañosa. El vino era lo bastante fuerte para causar una leve parálisis de las cuerdas vocales. —Ma... maravilloso —logré contestar. Colum asintió.

—Sí, lo es. Del Rin, sabe. ¿No lo conocía? —Meneé la cabeza mientras él inclinaba la garrafa sobre mi copa para llenarla con el líquido brillante y rosado. Sostenía su propia copa por el pie y la hacía girar frente a su rostro de modo que la luz del fuego iluminaba el contenido con destellos rojos. —Pero sabe reconocer un buen vino —añadió e inclinó la copa para disfrutar del intenso gusto dulce—. Aunque supongo que es natural, ya que su familia es francesa. O mejor dicho, medio francesa —se corrigió con una rápida sonrisa—. ¿De qué parte de Francia proviene?

Dudé un instante, luego pensé: «Atente a la verdad hasta donde puedas», y repliqué:

—Es un vínculo antiguo, y bastante lejano, pero mis parientes son del norte, cerca de Compiègne. —Me sorprendió un poco darme cuenta de que en ese momento, mis parientes estaban de hecho cerca de Compiègne. En efecto, me había atenido a la verdad.

—¿Usted no ha estado nunca allí?

Ladeé el vaso y sacudí la cabeza. Cerré los ojos y respiré profundamente, inhalando el aroma del vino.

—No —contesté con los ojos todavía cerrados—. Y tampoco conozco a ninguno de mis parientes de allí. —Abrí los ojos. Colum me observaba con atención—. Ya se lo dije.

Asintió sin inmutarse.

—Así es. —Sus ojos eran de un hermoso color gris y sus pestañas, negras y tupidas. Era un hombre muy atractivo, Colum MacKenzie, al menos hasta la cintura. Miré más allá de él, a un grupo que había cerca del fuego. Su esposa Letitia y otras damas mantenían una animada conversación con Dougal MacKenzie. También un hombre muy atractivo, y de la cabeza a los pies.

Volví a concentrarme en Colum y lo sorprendí contemplando con aire distraído uno de los tapices de la pared.

—Y como también le dije antes —acoté con brusquedad, sacándolo de su ensimismamiento—, me gustaría estar camino de Francia lo antes posible.

—Así es —repitió él y levantó la jarra enarcando las cejas con expresión inquisitiva. Sostuve mi copa con firmeza y señalé la mitad para indicar que no deseaba más que eso, pero Colum la volvió a llenar casi hasta el tope. —Bueno, como yo le he dicho a usted, señora Beauchamp —afirmó con la mirada fija en la garrafa—, creo que debe sentirse complacida de permanecer un tiempo aquí hasta que se realicen los arreglos apropiados para su traslado. Después de todo, no hay necesidad de apresurarse. Estamos en primavera y cruzar el Canal en los meses previos a las tormentas de otoño es peligroso.

Volvió a enarcar las cejas sin bajar la garrafa y me clavó la mirada.

—Pero si me diera usted los nombres de sus parientes en Francia, yo podría enviarles un mensaje, de modo que estuvieran preparados para su llegada, ¿eh?

Desenmascarada, no tuve más remedio que mascullar algo del tipo de sí, bueno, quizá después, y me apresuré a disculparme con el pretexto de satisfacer mis necesidades antes de que comenzara la sesión de canto. Colum había ganado un punto importante, pero no el juego.

Mi excusa no había sido del todo ficticia. Sin embargo, me llevó cierto tiempo encontrar el lugar que buscaba. Mientras tanteaba el camino de vuelta con la copa de vino aún en la mano, hallé la arcada iluminada que conducía a la sala. Al cruzarla, me di cuenta de que se trataba de la entrada inferior. Ésta desembocaba en la otra punta de donde estaba Colum. Dadas las circunstancias, me venía bastante bien. Avancé con recato al interior de la amplia habitación, cuidando de confundirme con pequeños grupos de personas en tanto me abría paso a lo largo de la pared hacia uno de los bancos.

Eché una ojeada al extremo superior de la sala y vi a un hombre esbelto que, a juzgar por el arpa que llevaba, debía de ser Gwyllyn el poeta. Colum hizo una señal y un criado se apresuró a acercar un taburete al poeta. Gwyllyn se sentó y procedió a afinar el arpa, pulsando las cuerdas con ligereza, el oído junto al instrumento. Colum sirvió otro vaso de vino y con otro gesto, lo despachó vía el criado en dirección al poeta.

La escena me recordó una vieja canción infantil y la canté con irreverencia y en voz baja. Laoghaire me miró con extrañeza. La chica estaba sentada debajo de un tapiz que representaba a un cazador con seis perros alargados y bizcos persiguiendo a una única liebre.

—Una lucha desigual, ¿no te parece? —comenté con animación, señalando el tapiz. Me dejé caer en el banco junto a ella.

—¡Oh! Ah, sí —repuso la joven con cautela, alejándose un poco. Intenté establecer una conversación amigable, pero ella contestaba casi siempre con monosílabos, se ruborizaba y se sobresaltaba cuando yo le hablaba. Pronto me di por vencida y la escena del centro de la sala cautivó mi atención.

Satisfecho con la afinación del arpa, Gwyllyn había sacado de su saco tres flautas de madera de distintos tamaños que apoyó en una mesita cercana.

De pronto, advertí que Laoghaire no compartía mi interés en el poeta y sus instrumentos. Se había puesto un poco tensa y espiaba sobre mi hombro hacia la arcada inferior, reclinándose al amparo de la sombra del tapiz para evitar ser detectada.

Seguí la dirección de su mirada y divisé la figura alta y pelirroja de Jamie MacTavish que acababa de entrar en la sala.

—¡Ah! ¡El héroe valiente! ¿Te gusta, eh? —pregunté a la muchacha. Meneó la cabeza con vigor pero el rubor brillante que coloreó sus mejillas fue respuesta suficiente.

—Bueno, veremos qué podemos hacer —añadí con un sentimiento de magnanimidad. Me puse en pie y agité una mano con entusiasmo para llamar la atención de Jamie.

Al verme, el joven sonrió y se abrió camino entre la multitud. Ignoraba qué había pasado entre ellos en el patio, pero la forma en que saludó a la muchacha fue cálida, aunque formal. En cuanto a mí, se mostró más relajado al inclinar la cabeza. Después de la forzada intimidad de nuestra relación hasta el momento, a duras penas podía tratarme como a una extraña.

Unas pocas notas desde el extremo superior del salón señalaron el comienzo inminente del espectáculo y nos apresuramos a tomar asiento. Jamie lo hizo entre Laoghaire y yo.

Gwyllyn era un hombre de apariencia insignificante, de huesos ligeros y cabello arratonado. Pero cuando empezaba a cantar, ya no se le veía. Sólo servía de foco, un lugar donde los ojos se posaban en tanto los oídos se deleitaban. Comenzó con una canción sencilla, algo en gaélico con líneas marcadas por una consonancia intensa y acompañadas por una pulsación casi imperceptible de las cuerdas del arpa, de modo que cada cuerda pulsada parecía, por su vibración, acarrear el eco de las palabras de una línea a la otra. La voz era también engañosamente simple. Al principio, no notaba nada en particular... agradable, pero sin demasiada fuerza. Y al cabo de un rato sentía cómo el sonido me atravesaba, que cada sílaba era clara como el cristal, la entendiera o no, y reverberaba con viveza dentro de la cabeza.

La canción fue acogida con un cálido aplauso y el cantor emprendió otra, esta vez en Gales, supuse. A mí me sonaba como una sucesión de gárgaras melodiosas, pero la gente a mi alrededor parecía entender perfectamente; sin duda, ya la habían escuchado antes.

Durante una pausa breve para volver a afinar el arpa, pregunté a Jamie en un susurro:

—¿Hace mucho que Gwyllyn está en el castillo? —Luego recordé y agregué—: ¿Cómo vas a saberlo? Olvidaba que eras nuevo aquí.

—He estado aquí antes —contestó, volviéndose hacia mí—. Pasé un año en Leoch cuando tenía dieciséis. Y Gwyllyn ya estaba aquí. A Colum le gusta su música y le paga bien para que se quede. Tiene que hacerlo. El galés sería bienvenido en cualquier lugar donde escogiera alojarse.

—Recuerdo cuando estuviste aquí. —Era Laoghaire, todavía ruborizada pero decidida a unirse a la conversación. Jamie volvió la cabeza para incluirla y le sonrió ligeramente.

—¿De veras? No podías tener más de siete u ocho años. No creo haber sido tan digno de mirar en aquel entonces para que alguien me recuerde. —Se volvió con cortesía hacia mí y añadió—: ¿Entiendes el galés?

—Bueno, de todas maneras me acuerdo —insistió Laoghaire—. Eras... Eh... Ah... quiero decir... ¿no me recuerdas de esa época? —Sus manos jugueteaban nerviosamente con los pliegues de la falda. Vi que se comía las uñas.

Jamie se había concentrado en un grupo de personas al otro lado de la habitación que discutían sobre algo en gaélico.

—¿Eh? —dijo un tanto despistado—. No, creo que no. En todo caso —agregó con una sonrisa, volviendo su atención a la muchacha—, no lo creo posible. Un joven de dieciséis años está demasiado ocupado con su gran persona para reparar en lo que

considera un puñado de niños mocosos.

Supuse que el comentario había pretendido ser desaprobatorio de sí mismo y no de su oyente, pero el efecto no fue el que podría haberse esperado. Decidí que Laoghaire necesitaba una pausa breve para recobrar el aplomo, y la interrumpí:

—No, no entiendo nada de galés. ¿Tienes idea de qué estaba diciendo?

—Oh, claro. —Y Jamie se embarcó en una especie de declamación, palabra por palabra, de la canción, traducida al inglés. Se trataba de una antigua balada, al parecer sobre un joven que amaba a una joven (¿qué otra cosa podía ser?), pero se sentía indigno de ella porque era pobre. El enamorado se hizo a la mar para amasar fortuna, naufragó, tropezó con amenazantes serpientes de mar y sirenas que lo encantaron, tuvo aventuras, encontró un tesoro y finalmente volvió a su hogar para encontrar a su amada casada con su mejor amigo, quien aunque más pobre, tenía más sentido común.

—¿Y qué harías tú? —le pregunté en tono burlón—. ¿Serías el joven que no se casaría sin dinero o tomarías a la muchacha sin importarte nada más? —La pregunta pareció interesar también a Laoghaire, que ladeó la cabeza para escuchar la respuesta mientras fingía prestar atención a una tonada que Gwyllyn había comenzado con la flauta.

—¿Yo? —preguntó Jamie con aire divertido—. Bueno, como para empezar no tengo dinero y casi ninguna posibilidad de tenerlo alguna vez, supongo que me consideraría afortunado si encontrara a una joven que quisiera casarse conmigo en estas condiciones. —Meneó la cabeza y sonrió—. No tengo estómago para las serpientes de mar.

Abrió la boca para decir algo más, pero Laoghaire lo silenció apoyándole tímidamente una mano sobre el hombro. Luego se sonrojó y la retiró con rapidez como si se estuviera quemando.

—Sshh —dijo—. Quiero decir... va a contar una historia. ¿No queréis escucharla?

—Oh, sí. —Jamie se inclinó con anticipación. Después se dio cuenta de que me bloqueaba la visión e insistió en que me sentara al otro lado de él, desplazando a Laoghaire más allá. Noté que a la muchacha no le complacía mucho el arreglo y traté de protestar que así estaba bien, pero Jamie no cedió.

—No, verás y escucharás mejor desde aquí. Y si habla en gaélico, podré traducirte al oído lo que dice.

Cada parte de la actuación del poeta había sido recibida con un cálido aplauso, aunque la gente susurraba mientras él tocaba, creando un intenso zumbido por debajo de los acordes agudos y dulces del arpa. Pero ahora, un silencio expectante invadió el salón. Gwyllyn hablaba con la misma voz clara con que cantaba, cada palabra entonada de modo que llegaba sin esfuerzo al fondo de la alta y ventosa sala.

—Había una vez, hace doscientos años... —Hablaba en inglés y tuve la sensación de haber ya vivido aquel momento. Era la forma exacta en que había hablado nuestro guía en el lago Ness al relatar las leyendas del valle.

Sin embargo, no era una historia de fantasmas ni héroes sino un relato de duendes.

—Había un clan de duendes que vivía cerca de Dundreggan —comenzó—. La colina que hay allí lleva el nombre del dragón que la habitaba, el que Fionn mató y enterró donde cayó, de modo que así se llama la colina. Después de la muerte de Fionn y de Feinn, los duendes que se instalaron en la colina querían que las madres de aquellos hombres fueran nodrizas de sus niños, puesto que un hombre posee algo que un duende no tiene y los duendes pensaron que podría pasar por la leche de la madre a sus pequeños.

»Bien, Ewan MacDonald de Dundreggan estaba fuera, atendiendo a sus animales, la noche en que su mujer dio a luz a su primogénito. Una ráfaga de viento nocturno sopló junto a él y en el murmullo del viento oyó suspirar a su esposa. Suspiró como suspiraba antes de que naciera el niño y al oírla, Ewan MacDonald hundió su cuchillo en el viento en nombre de la Trinidad. Y su esposa cayó sana y salva al suelo junto a él.

La historia fue acogida con una especie de «ah» colectivo al final y fue seguida de

inmediato por relatos sobre la inteligencia e ingenuidad de los duendes y otros acerca de sus interacciones con el mundo de los hombres. Algunos eran en gaélico, otros en inglés, utilizados al parecer según qué idioma se adaptara mejor al ritmo de las palabras, dado que todas ellas poseían una belleza elocuente, más allá del contenido de la historia en sí. Fiel a su promesa, Jamie me tradujo el gaélico en voz baja y con tanta rapidez y facilidad que deduje que debió de escuchar aquellos cuentos muchas veces antes.

Había uno que me llamó particularmente la atención. Era acerca de un hombre que se hallaba de noche en una colina encantada y oyó el sonido de una mujer cantando «triste y melancólica» desde las rocas de la colina. El hombre escuchó con más detenimiento y oyó las palabras:

Soy la esposa del Señor de Balnain,
los hechiceros me han vuelto a robar.

De modo que el hombre se dirigió rápidamente a la casa de Balnain y descubrió que el dueño se había marchado y que su esposa y el hijo habían desaparecido. El hombre buscó a un cura y lo llevó a la colina encantada. El cura bendijo las rocas y las roció con agua bendita. De pronto, la noche se ennegreció y estalló un ruido fuerte como el de un trueno. Luego apareció la luna tras una nube y brilló sobre la mujer, la esposa de Balnain, que yacía exhausta en la hierba con el niño en los brazos. La mujer estaba cansada, como si hubiera viajado muy lejos, pero no sabía dónde había estado ni cómo había llegado allí.

Otros en el salón tenían relatos para contar y Gwyllyn descansó en el taburete sorbiendo vino en tanto un narrador dejaba lugar a otro, manteniendo absorta a la sala entera.

Algunas casi no las oí. Yo también estaba ensimismada, pero en mis propios pensamientos que revoloteaban bajo la influencia del vino, la música y las leyendas de duendes.

—Había una vez, hace doscientos años...

«Las historias de los montañeses de Escocia siempre son hace doscientos años», dijo la voz del padre Wakefield en mi memoria. «Y sobre mujeres atrapadas en rocas de colinas encantadas, que viajaban lejos y arribaban exhaustas e ignoraban dónde habían estado y cómo habían llegado allí.»

Sentí que se me ponía la piel de gallina, como si tuviera frío. Me froté los brazos con inquietud. Doscientos años. De 1945 a 1743; sí, bastante aproximado. Y mujeres que viajaban a través de rocas. ¿Eran siempre mujeres?, me pregunté de pronto.

Se me ocurrió algo más. Las mujeres regresaban. Ya fuera por el agua bendita, un hechizo o un cuchillo, regresaban. De modo que quizá, sólo quizá, fuera posible. Debía volver a las piedras de Craigh na Dun. La excitación me produjo cierto malestar y busqué la copa de vino para tranquilizarme.

—¡Cuidado! —Mis dedos inseguros manipularon con torpeza el borde de la copa de cristal que había dejado con descuido junto a mí en el banco. El largo brazo de Jamie se estiró con rapidez sobre mi regazo y salvó la copa del desastre. Jamie la alzó y la sostuvo en alto entre dos dedos largos. Luego la pasó de un lado a otro debajo de su nariz y me la devolvió con las cejas enarcadas.

—Del Rin —le expliqué.

—Sí, lo sé —repuso, todavía con expresión curiosa—. De Colum, ¿verdad?

—Así es. ¿Quieres un poco? Es muy bueno. —Le ofrecí el vino con una mano algo vacilante. Después de un momento de duda, lo aceptó y bebió un trago.

—Tienes razón, es bueno —dijo, devolviéndome la copa—. También es dos veces más fuerte de lo normal. Colum lo toma de noche para aliviar el dolor de sus piernas. ¿Cuánto has bebido? —inquirió con el entrecejo fruncido.

—Dos, no, tres vasos —contesté con cierta dignidad—. ¿Insinúas que estoy borracha?

—No —respondió con las cejas aún enarcadas—, me sorprende que todavía no lo estés. Muchos de los que beben con Colum terminan bajo la mesa después de la segunda copa. —Me la quitó de la mano. —En todo caso —agregó con firmeza—, creo que será mejor que no bebas más o no podrás subir las escaleras. —Inclinó la copa y bebió hasta vaciarla. Luego se la entregó a Laoghaire sin mirarla. —Llévatela, muchacha —le pidió con indiferencia—. Es muy tarde. Acompañaré a la señora Beauchamp a su habitación.

Puso una mano en mi codo y me guió hacia la arcada. La joven se quedó mirándonos con tal expresión que me reconfortó saber que las miradas no matan.

Jamie me acompañó hasta el dormitorio y para mi asombro, me siguió al interior. La sorpresa se desvaneció cuando cerró la puerta y se quitó la camisa. Me había olvidado del vendaje que desde hacía dos días tenía intenciones de cambiar.

—Me alegraré de no tener esto —comentó, frotando el arnés de hilo y rayón bajo el brazo—. Me ha estado raspando durante días.

—Me sorprende que no te lo hayas quitado —dije, disponiéndome a deshacer los nudos.

—Me daba miedo, después del sermón que me echaste cuando me pusiste el primero —respondió con una sonrisa descarada—. Pensé que si lo tocaba, me azotarías en el trasero.

—Lo haré si no te sientas y te quedas quieto —contesté fingiendo severidad. Apoyé las manos en su hombro sano y con cierta inestabilidad lo obligué a sentarse en el taburete del dormitorio.

Palpé con cuidado la articulación del hombro. Todavía estaba un poco hinchada y amoratada, pero, por suerte, no hallé evidencias de músculos desgarrados.

—Si estabas tan ansioso por deshacerte de él, ¿por qué no dejaste que te lo quitara ayer por la tarde? —El comportamiento de Jamie en el corral me había desconcertado. Y ahora más, cuando vi la piel enrojecida donde los bordes ásperos de las vendas de hilo la habían raspado hasta dejarla casi en carne viva. Levanté el vendaje con cautela, pero todo estaba bien debajo.

Jamie me miró de soslayo. Parecía avergonzado.

—Bueno, es que...ah, no quería quitarme la camisa delante de Alec.

—Recatado, ¿no es cierto? —inquirí con dureza y lo forcé a levantar el brazo para comprobar la articulación. El movimiento le hizo dar un leve respingo y sonrió por mi comentario.

—Si lo fuera, no estaría sentado semidesnudo en tu habitación, ¿verdad? No, es por las marcas de la espalda. —Al ver mi expresión de sorpresa, continuó explicando—. Alec sabe quién soy... quiero decir, le han contado que me azotaron pero no lo ha visto. Y saber algo así no es lo mismo que verlo con los propios ojos. —Se palpó el hombro dolorido sin mirarme y frunció el entrecejo con la cabeza agachada—. Es... quizá no lo entiendas. Pero cuando se sabe que un hombre ha sufrido un daño, es sólo una cosa que se sabe de él y no cambia en mucho la forma en que lo ve. Alec sabe que he sido azotado, de la misma manera que sabe que soy pelirrojo, y eso no influye en la forma en que me trata. —Alzó la cabeza, esperando descubrir alguna señal de comprensión en mí—. Pero cuando lo ve por sí mismo, es como... —Vaciló, buscando las palabras—. Es como un poco... personal, tal vez a eso me refiero. Creo... que si Alec me viera las cicatrices, no podría seguir viéndome a mí sin pensar en mi espalda. Y yo lo vería a él pensando en ellas y eso me las recordaría y... —Se interrumpió y se encogió de hombros—. En fin. No ha sido una buena explicación, ¿verdad? En todo caso, tal vez exagere. Después de todo no puedo verme la herida. Quizá no sea tan fea como creo. —Yo había visto a hombres heridos caminando con muletas por la calle y a la gente desviando la vista. Sí, definitivamente había sido una

buena explicación.

—¿Te importaría que yo te viera la espalda?

—No. —Sonó un poco sorprendido y se detuvo un momento para reflexionar—. Supongo... que porque pareces tener el don de hacerme saber que lo sientes sin que yo me sienta digno de compasión.

Se quedó sentado con paciencia y sin moverse mientras yo daba la vuelta a su alrededor y me detenía detrás para inspeccionarle la espalda. Ignoraba cuan fea pensaba él que era su herida, pero desde luego lo era. Incluso a la luz de las velas y viéndola por segunda vez, me causó consternación. Antes, había visto nada más que un hombro. Las cicatrices cubrían toda la espalda desde los hombros hasta la cintura. Aunque muchas habían ido desapareciendo hasta convertirse en delgadas líneas blancas, las peores formaban cuñas gruesas y plateadas que atravesaban los músculos suaves. Deduje con pesar que en otro tiempo debió de ser una espalda hermosa. La piel era clara y fresca y las líneas de hueso y músculo se conservaban sólidas y gráciles, los hombros eran rectos y cuadrados y la columna un surco profundo, recto y liso entre pilares redondeados de músculo.

Jamie tenía razón. Al contemplar aquel destrozo inhumano, no podía evitarse imaginar el proceso que lo había provocado. Intenté no pensar en los brazos musculosos alzados, extendidos y atados, las sogas cortando las muñecas, la cabeza cobriza presionada contra el poste. Pero las marcas traían esas imágenes a la mente con demasiada rapidez. ¿Había gritado mientras lo azotaban? Descarté el pensamiento de inmediato. Había oído las historias que se contaban de la Alemania de posguerra, desde luego. Relatos sobre atrocidades peores que aquélla. Pero Jamie tenía razón. Oírlas no era lo mismo que verlas. Lo toqué involuntariamente, como si mi mano pudiera curarlo y borrar las marcas. Jamie suspiró con fuerza y permaneció inmóvil en tanto yo delineaba las profundas cicatrices, una por una, como para enseñarle el grado del daño que no podía ver. Por fin, le apoyé las manos sobre los hombros en silencio.

Puso su mano sobre la mía y la apretó un poco como agradeciendo aquello que yo no lograba expresar.

—A otros les han pasado cosas peores, pequeña —susurró. Retiró la mano y el hechizo se rompió. —Parece estar curándose bien —añadió y trató de mirar de soslayo la herida del hombro—. No me duele mucho.

—Me alegro —comenté y me aclaré la garganta—. Se está curando bien. Se ha formado una buena costra y no sangra. Consérvala limpia y no uses el brazo más de lo necesario durante dos o tres días. —Palmeé el hombro sano como dando a entender que había terminado. Jamie se puso la camisa solo y se acomodó los extremos dentro de la falda.

Hubo un momento incomodó cuando vaciló en la puerta, buscando la manera de despedirse. Por fin, me invitó a pasar por los establos al día siguiente para ver un potrillo recién nacido. Le prometí que lo haría y nos deseamos buenas noches a la vez. Reímos y cabeceamos absurdamente mientras yo cerraba la puerta. Fui directamente a la cama y me dormí, aturdida, para tener sueños inquietantes que no recordaría al despertar.

Al día siguiente, después de una larga mañana de atender pacientes nuevos, revolver la despensa en busca de hierbas útiles para reabastecer el armario de suministros médicos y, con cierta ceremonia, registrar los detalles en el libro mayor negro de Davie Beatón, abandoné el estrecho cuarto ansiando aire y ejercicio.

Aproveché que no había nadie cerca para explorar los pisos superiores; husmeé en

los aposentos vacíos y subí escaleras de caracol, trazando un mapa mental del castillo. El plano del piso era de lo más irregular, por no decir algo peor. A lo largo de los años, habían añadido estancias aquí y allá, de manera que resultaba difícil determinar si alguna vez había habido algún plano original. Aquel corredor, por ejemplo, tenía un nicho en la pared junto a la escalera, al parecer construido con el único propósito de llenar un espacio vacío demasiado pequeño para una habitación completa.

El nicho se encontraba parcialmente oculto por una cortina de hilo rayado. Si un repentino destello blanco no hubiera atraído mi atención, habría pasado de largo. Me detuve junto a la abertura y espié el interior para averiguar de qué se trataba. Era la manga de la camisa de Jamie. Estaba estrechando a una muchacha en su regazo para besarla. El cabello rubio de la joven captaba la luz del sol que se filtraba por una rendija, reflejándola como la superficie de un arroyo en una mañana radiante.

Me quedé quieta, sin saber qué hacer. No deseaba espiarlos pero temía que el ruido de mis pisadas en el pasillo delatara mi presencia. Jamie se apartó de la joven y levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los míos y su rostro denotó alarma y luego reconocimiento. Con una ceja enarcada y encogiendo los hombros con cierta ironía, acomodó a la muchacha sobre sus rodillas y continuó con lo suyo. Por mi parte, me encogí de hombros también y me alejé de puntillas. No era asunto mío. Sin embargo, estaba segura de que tanto Colum como el padre de la chica desaprobarían ese «galanteo». Si no tenían más cuidado al escoger un sitio de reunión, Jamie podría recibir otra paliza.

Aquella noche, durante la cena, lo encontré con Alec sentado a la larga mesa y tomé asiento frente a ambos. Jamie me saludó con amabilidad pero mirada vigilante. El viejo Alec me ofreció su habitual «Mmfm». Las mujeres, me había explicado en el corral, no sabían apreciar los caballos y por lo tanto, era difícil entablar conversación con ellas.

—¿Cómo va la doma de caballos? —pregunté para interrumpir el activo masticar al otro lado de la mesa.

—Bastante bien —respondió Jamie con cautela.

Lo escudriñé a través de una fuente de nabos hervidos.

—Tienes la boca un poco hinchada, Jamie. ¿Te la golpeó un caballo? —pregunté con picardía.

—Sí —repuso él y entornó los ojos—. Volteó la cabeza cuando yo no miraba. —Hablaba reposadamente, pero sentí un pie grande apoyarse sobre el mío bajo la mesa. No hubo presión, pero la amenaza era explícita.

—Lo lamento. Esas potrancas pueden ser peligrosas —comenté inocentemente.

El pie presionó con fuerza cuando Alec preguntó:

—¿Potrancas? No estás trabajando con potrancas, ¿verdad, muchacho? —Utilicé mi otro pie como palanca pero no sirvió, así que opté por patearle el tobillo. Jamie dio un respingo.

—¿Qué te pasa? —agregó Alec.

—Me he mordido la lengua —masculló Jamie y me miró con ira por encima de la mano que se había llevado a la boca.

—¡Qué torpe! Aunque no me extraña de un tonto que ni siquiera se aparta de un caballo cuando... —Alec prosiguió durante varios minutos, acusando a su asistente de torpe, holgazán, estúpido e ineptitud general. Jamie, tal vez la persona menos torpe que yo había conocido en toda mi vida, mantuvo la cabeza agachada y comió impasible durante la diatriba, aunque muy sonrojado. Yo no quité los ojos del plato durante el resto de la cena.

Jamie rechazó un segundo plato de estofado y abandonó la mesa con brusquedad, poniendo fin a la perorata de Alec. El viejo caballerizo y yo masticamos en silencio un par de minutos. Luego el anciano limpió el plato con el último bocado de pan, lo empujó dentro de su boca y se reclinó, examinándome burlonamente con su único ojo azul.

—No debería fastidiar al muchacho —manifestó con aire casual—. Si el padre de

ella o Colum llegaran a enterarse, Jamie podría terminar con algo más que un ojo morado.

—¿Con una esposa? —aventuré. Lo miré a los ojos y asintió con lentitud.

—Podría ser. Y ésa no es la esposa que debería tener.

—¿No? —Me sorprendí, sobre todo después de los comentarios que le había oído hacer en el corral.

—No. Necesita una mujer, no una niña. Y Laoghaire seguirá siendo una niña aun cuando cumpla cincuenta. —La boca vieja y desagradable se torció en algo similar a una sonrisa—. Tal vez crea que viví toda la vida en los establos. Pero tuve una esposa que era una mujer y sé reconocer la diferencia. —El ojo azul brilló mientras se disponía a incorporarse—. Y usted también, muchacha.

Guiada por un impulso, estiré una mano para detenerlo.

—¿Cómo supo...? —comencé. El viejo Alee resopló con sorna.

—Que tenga un solo ojo no significa que sea ciego, muchacha. —Se alejó entre bufidos. Encontré las escaleras y subí a mi habitación reflexionando sobre qué habría querido decir el viejo caballerizo con su último comentario.

9

La Reunión

Mi vida parecía estar tomando cierta forma, casi una rutina. Me despertaba al amanecer con el resto de los habitantes del castillo y desayunaba en el gran salón. Luego, si la señora Fitz no tenía pacientes para que atendiera, trabajaba en los inmensos jardines del castillo. Varias mujeres también trabajaban allí con regularidad, acompañadas de un batallón de asistentes de distintos tamaños que iban y venían acarreando desechos, herramientas y montones de abono. Por lo general, yo pasaba casi todo el día allí; a veces iba a las cocinas para ayudar a preparar un cultivo recién cosechado para comer o conservar, a menos que una emergencia médica requiriera mi presencia en el «cuarto oscuro», como llamaba al dispensario de horrores del difunto Beatón.

De vez en cuando, aceptaba una invitación de Alec y visitaba el establo o el corral, disfrutando con la visión de los caballos mudando sus desgreñados pelajes de invierno por el pelo más fuerte y brillante de la primavera. Algunas noches, me acostaba nada más cenar, exhausta por el trabajo del día. Otras, cuando podía mantener los ojos abiertos, me unía a la tertulia en el gran salón para escuchar historias, canciones o la música de arpas o gaitas. Podía quedarme horas escuchando a Gwyllyn, el poeta galés, extasiada a pesar de que la mayoría de las veces no entendía ni una sola palabra de lo que decía.

A medida que los habitantes del castillo se acostumbraban a mi presencia y yo a la de ellos, algunas mujeres comenzaron a realizar tímidas tentativas de amistad y a incluirme en sus conversaciones. Sentían una enorme curiosidad por mí, pero yo respondía a sus preguntas vacilantes con variaciones de la historia que había contado a Colum. Al cabo de un tiempo, lo aceptaron como todo cuanto les era posible saber. No obstante, al descubrir que yo sabía de medicina y de curaciones, el interés por mí se acrecentó y empezaron a formularme preguntas sobre las dolencias de sus hijos, esposos y animales, en la mayoría de los casos sin establecer demasiada diferencia entre los dos últimos en cuanto a nivel de importancia.

Además de las preguntas normales y los chismorreos, se hablaba mucho de la inminente reunión que yo había oído mencionar a Alec en el cercado. Deduje que se trataba de una ocasión significativa y los preparativos me lo confirmaron. Cantidades constantes y copiosas de alimentos fluían a las inmensas cocinas y más de veinte reses despellejadas colgaban en el cobertizo del matadero, detrás de una cortina de humo fragante que ahuyentaba las moscas. Toneles de cerveza llegaron en carretas y fueron transportados a las bodegas inferiores del castillo; bolsas de harina fina fueron traídas del molino de la aldea para ser horneada. Diariamente, se llenaban canastos de cerezas y albaricoques en los huertos del otro lado de la muralla del castillo. Fui invitada a participar en una de esas expediciones para recoger frutas junto con otras mujeres jóvenes. Acepté sin titubear, ansiosa por huir de las paredes de piedra.

Se estaba estupendamente en el huerto y disfruté paseando en la fresca bruma de la mañana escocesa buscando las cerezas brillantes y los albaricoques suaves e hinchados entre las hojas húmedas de los frutales y apretándolos con suavidad para evaluar el grado de madurez. Escogíamos sólo los mejores, los dejábamos caer en montones jugosos dentro

de nuestros cestos y comíamos tantos como podíamos, reservando lo que quedaba para preparar tartas y budines. Los inmensos estantes de la despensa estaban ahora atiborrados de pasteles, jarabes de fruta, jamones y exquisiteces varias.

—¿Cuánta gente suele venir a la Reunión? —pregunté a Magdalen, una joven de quien me había hecho amiga.

La muchacha frunció su nariz chata y pecosa mientras pensaba.

—No lo sé con exactitud. La última gran Reunión en Leoch fue hace más de veinte años. Entonces había quizás unos diez hombres cuando murió el viejo Jacob, sabes, y Colum fue designado Señor del castillo. Este año tal vez sean más. Ha sido un buen año para las cosechas y la gente tendrá más dinero ahorrado, así que muchos traerán a sus esposas e hijos.

Los visitantes ya comenzaban a arribar al castillo, aunque había oído decir que la parte oficial de la Reunión, el juramento, la cacería y los juegos no tendrían lugar hasta varios días después. Los arrendatarios y colonos más ilustres de Colum fueron alojados en el castillo mismo, en tanto que los soldados y campesinos más pobres levantaron un campamento en una pradera en barbecho más allá del arroyo que alimentaba al lago del castillo. Hojalateros ambulantes, gitanos y vendedores de artículos menores habían montado una feria improvisada cerca del puente. Los habitantes tanto del castillo como de la aldea vecina habían empezado a visitar el lugar al atardecer, cuando el trabajo del día estaba concluido, para comprar herramientas y algún adorno, admirar a los malabaristas y ponerse al día de los últimos chismes.

Yo vigilaba con atención todo cuanto sucedía y frecuentaba los establos y el corral. Ahora había muchísimos caballos, ya que se habían sumado los de los visitantes. En medio de la confusión y el alboroto de la Reunión, pensé, no me resultaría difícil encontrar una oportunidad para escapar.

Conocí a Geillis Duncan durante una de las expediciones al huerto. Había descubierto un brote de *Asearía* debajo de las raíces de un aliso y estaba buscando más. Los sombreretes escarlatas crecían en montones diminutos, sólo cuatro o cinco hongos en un grupo, pero había varios montones diseminados a través del alto césped en aquella parte del huerto. Las voces de las mujeres que recogían fruta se fueron extinguiendo gradualmente mientras me abría paso hacia el extremo del huerto agachándome o poniéndome a cuatro patas para juntar los frágiles tallos.

—Ésos son venenosos —pronunció una voz a mis espaldas. Me enderecé sobre el brote de *Asearía* que había estado arrancando y me golpeé la cabeza con la rama de un pino.

Cuando se aclaró mi visión, advertí que las carcajadas provenían de una mujer alta y joven, tal vez unos pocos años mayor que yo, con cabello y piel claros y los ojos verdes más bonitos que jamás había visto.

—Perdona que me haya reído de ti —añadió, luciendo hoyuelos mientras bajaba a la hondonada donde estaba yo—. No pude evitarlo.

—Supongo que he hecho el ridículo —contesté con poca amabilidad y me froté la cabeza dolorida—. Y gracias por la advertencia, pero sé que esos hongos son venenosos.

—Ah, ¿lo sabes? Entonces dime, ¿a quién planeas asesinar con ellos? ¿A tu esposo, quizá? Después cuéntame si da resultado y lo intentaré con el mío. —Su sonrisa era contagiosa y me sorprendí devolviéndosela.

Expliqué que aunque los sombreretes crudos eran en efecto venenosos, se podía preparar un polvo con los hongos secos que, aplicado localmente, resultaba muy eficaz para detener hemorragias. Al menos eso decía la señora Fitz; y yo era más propensa a

confiar en ella que en la *Guía de Medicina* de Davie Beatón.

—¡Que me cuelguen! —dijo sin dejar de sonreír—. ¿Y sabías que éstas... —se inclinó y tomó un puñado de florecitas azules con hojas en forma de corazón—... sirven para provocar una hemorragia?

—No —repliqué con asombro—. ¿Por qué querría alguien provocar una hemorragia?

La mujer me contempló con una expresión de paciencia exasperada.

—Para deshacerse de un hijo no deseado, a eso me refiero. Te produce el flujo, pero sólo si lo usas a tiempo. Demasiado tarde, puede matarte a ti y al niño.

—Pareces saber mucho al respecto —manifesté, todavía atormentada por haber quedado como una estúpida.

—Un poco. Las chicas de la aldea me consultan con frecuencia acerca de estos temas. Y a veces también las mujeres casadas. Dicen que soy una bruja —añadió, abriendo sus ojos resplandecientes con fingida sorpresa. Sonrió—. Pero mi esposo es el procurador, así que se cuidan de no gritarlo. En cuanto a ese joven que trajiste contigo —prosiguió, asintiendo con aprobación—, he vendido varias pociones de amor para ser utilizadas con él. ¿Es tuyo?

—¿Mío? ¿Quién? ¿Te refieres a..., eh... Jamie? —Estaba azorada.

La joven parecía divertida. Se sentó en un tronco y enroscó con pereza un bucle de su cabello claro alrededor del dedo índice.

—Sí, ése. Varias se contentarían con un hombre con ojos y cabello como los de él, sin importar el precio por su cabeza o si tiene dinero. Por supuesto, sus padres podrían pensar de otro modo. Pero yo —continuó, clavando la mirada en la distancia—, soy una persona práctica. Me casé con un hombre con una casa, algo de dinero ahorrado y buena posición. Apenas le queda cabello y nunca me fijé en sus ojos. Pero no me molesta demasiado. —Alargó el cesto que llevaba para que yo lo examinara. Cuatro raíces bulbosas yacían en el fondo. —Raíz de malva —aclaró—. De vez en cuando, mi marido sufre de escalofríos en el estómago. Pedorrea como un buey.

Creí apropiado detener el curso de la conversación antes de que las cosas se descontrolaran.

—No me he presentado —declaré y estiré una mano para ayudarla a levantarse—. Mi nombre es Claire. Claire Beauchamp.

La mano que estrechó la mía era delgada, con dedos blancos, largos y ahusados. Noté que las yemas estaban manchadas, probablemente por los jugos de las plantas y bayas que había junto a las raíces de malva en el interior de la canasta.

—Sé quién eres —respondió—. Se ha hablado mucho de ti en la aldea desde que llegaste al castillo. Mi nombre es Geillis, Geillis Duncan. —Echó un vistazo dentro de mi cesto—. Si estás buscando *balgan-buachrach,* puedo enseñarte dónde crecen mejor.

Acepté la invitación y deambulamos a través de los valles cercanos al huerto. Husmeamos debajo de troncos podridos y nos arrastramos alrededor de pequeños lagos centelleantes donde abundaban los diminutos hongos. Geillis sabía mucho de plantas locales y sus aplicaciones medicinales, aunque sugirió varios usos que consideré cuestionables, por no decir algo peor. Me parecía en extremo improbable, por ejemplo, que la romaza pudiera ser efectiva para hacer crecer verrugas en la nariz de un rival. Y dudaba mucho que la betónica fuera útil para transformar sapos en palomas. Geillis me dio estas explicaciones con una mirada picara que insinuaba que estaba poniendo a prueba mis propios conocimientos o quizá la sospecha local de brujería.

Pese a la provocación ocasional, era una compañera agradable, con gran ingenio y una visión alegre aunque cínica de la vida. Parecía saber todo lo que se podía saber acerca de todos en la aldea, la campiña y el castillo y nuestras exploraciones fueron intercaladas con descansos durante los cuales me entretuvo con quejas acerca de los problemas

estomacales de su esposo y chismes divertidos pero maliciosos.

—Dicen que Hamish no es hijo de su padre —aventuró en determinado momento, refiriéndose al único hijo de Colum.

El comentario no me sorprendió, dado que ya había sacado mis propias conclusiones en ese sentido. Sólo me sorprendía que hubiera nada más que un niño de parentesco dudoso. Suponía que Letitia había sido afortunada o lo bastante inteligente para recurrir a tiempo a alguien como Geilie. Imprudentemente lo comenté.

Geilie echó hacia atrás su largo cabello rubio y rió.

—No, no. La bella Letitia no necesita ninguna ayuda para esas cosas, créeme. Si la gente busca una bruja en las inmediaciones, harían mejor en fijarse en el castillo y no en la aldea.

Ansiosa por pasar a un tema más seguro, me aferré a lo primero que me vino a la mente.

—Si Hamish no es hijo de Colum, ¿de quién se supone que es? —pregunté, subiéndome a un montón de grandes rocas.

—Bueno, del muchacho, por supuesto. —Se volvió para mirarme, la boca pequeña burlona y los ojos verdes brillando con picardía—. Del joven Jamie.

Regresé sola al huerto y me encontré con Magdalen. Tenía el cabello desordenado debajo del pañuelo y los ojos muy abiertos con preocupación.

—Ah, estás aquí —dijo y suspiró con alivio—. Estábamos volviendo al castillo cuando noté que faltabas.

—Ha sido muy amable por tu parte regresar a buscarme —expresé. Recogí el cesto de cerezas que había dejado sobre la hierba—. Pero conozco el camino.

Magdalen meneó la cabeza.

—No deberías caminar sola por los bosques, querida. En especial con todos los hojalateros y personas que vienen para la Reunión. Colum ha dado órdenes... —Se interrumpió con brusquedad y una mano sobre la boca.

—¿De que me vigilen? —aventuré con gentileza. Magdalen sacudió la cabeza con evidente temor a que yo me ofendiera. Me encogí de hombros y traté de esbozar una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, supongo que es natural —continué—. Después de todo, sólo tiene mi palabra en cuanto a quién soy y cómo llegué aquí. —La curiosidad me venció—. ¿Quién piensa que soy? —pregunté. Pero la muchacha se limitó a menear la cabeza.

—Eres inglesa —sentenció.

Al día siguiente, no regresé al huerto. No porque se me hubiera ordenado permanecer en el castillo sino porque hubo un súbito brote de intoxicación entre los habitantes del castillo que requirió mis servicios médicos. Hice todo lo posible por las víctimas y salí a rastrear el origen del problema.

Éste resultó ser una res vacuna contaminada proveniente del matadero. Al día siguiente, estaba en el cobertizo echándole un discurso al ahumador principal con respecto a los métodos apropiados de preservación de la carne, cuando la puerta se abrió a mis espaldas y una ola espesa de humo asfixiante me cubrió.

Me volví con los ojos llorosos y vi a Dougal MacKenzie aparecer entre nubes de humo de madera de roble.

—¿Así que no sólo supervisa usted a los enfermos sino también el matadero, señora? —inquirió en tono burlón—. Muy pronto controlará todo el castillo y la señora Fitz tendrá que buscarse otro empleo.

—No abrigo ningún deseo de tener algo que ver con su inmundo castillo —

repliqué. Me enjugué los ojos húmedos y el pañuelo se manchó con carbón—. Lo único que quiero es irme de aquí. Lo más pronto posible.

Dougal inclinó la cabeza con cortesía y sin dejar de sonreír.

—Bueno, tal vez pueda satisfacer ese deseo, señora —repuso—. Al menos temporalmente.

Bajé el pañuelo y me lo quedé mirando.

—¿A qué se refiere?

Dougal tosió y agitó una mano para dispersar el humo que ahora flotaba en su dirección. Me guió fuera del cobertizo y se volvió hacia los establos.

—¿Le dijo ayer usted a Colum que necesitaba betónica y unas hierbas extrañas?

—Sí, para preparar medicamentos para las personas afectadas por la ingestión de comida en mal estado. ¿Por qué? —añadí recelosa. Dougal se encogió de hombros con afabilidad.

—Sólo que tengo que llevar tres caballos al herrero de la aldea. La esposa del procurador sabe bastante de hierbas y cuenta con una buena provisión. Sin duda tendrá lo que usted necesita. Si gusta, señora, puede venir conmigo.

—¿La esposa del procurador? ¿La señora Duncan?

Me alegré de inmediato. La idea de escapar del castillo, aunque sólo fuera por un rato, era irresistible. Me sequé la cara con prisa y guardé el pañuelo manchado en mi cinto.

—Vamos —dije.

Aunque el día estaba oscuro y encapotado, disfruté de la corta cabalgata colina abajo hasta la aldea de Cranesmuir. Dougal estaba de muy buen humor y conversó y bromeó de buena gana durante todo el trayecto.

Primero nos detuvimos en la herrería, donde dejamos los tres caballos. Allí me acomodé detrás de Dougal en su montura y emprendimos el camino hacia la casa de los Duncan. Era una mansión imponente y enmaderada a medias. Tenía cuatro pisos, los dos inferiores equipados con elegantes ventanas con cristales de sosa romboidales en tonos pálidos de púrpura y verde.

Geilie nos recibió con entusiasmo y encantada de tener compañía en un día tan deprimente.

—¡Qué bien! —exclamó—. He estado buscando una excusa para ir al herbolario y escoger algunas cosas. ¡ Anne!

Una criada bajita, de mediana edad y con un rostro como una manzana de invierno salió por una puerta que no había visto, ya que se ocultaba en la curva de la chimenea.

—Lleva a la señora Claire al herbolario —ordenó Geilie— y luego trae un balde con agua del manantial. ¡Del manantial, no del pozo de la plaza! —Se volvió hacia Dougal—. Tengo el tónico que le prometí a su hermano. ¿Me acompaña un momento a la cocina?

Seguí el trasero en forma de calabaza de la criada por una escalera de madera angosta que nos condujo a un desván largo y bien ventilado. A diferencia del resto de la casa, esta estancia tenía ventanas batientes. Aunque ahora estaban cerradas para atajar la humedad, proporcionaban bastante más luz que la disponible en el elegante y oscuro recibidor.

Era evidente que Geilie conocía su profesión de herbolaria. El cuarto estaba equipado con armazones largos y desecantes cubiertos con redes de gasa, ganchos sobre la pequeña chimenea para secar al calor y estantes libres a lo largo de las paredes, perforados para permitir la circulación de aire. El ambiente estaba impregnado del delicioso aroma de albahaca, romero y lavanda desecados. Un extenso mostrador sorprendentemente moderno

ocupaba todo el lateral de la habitación y exponía un increíble surtido de morteros, almireces, cuencos para mezclar y cucharas, todo inmaculadamente limpio.

Pasó un rato hasta que Geilie apareció, acalorada por la subida de las escaleras pero con una sonrisa que anticipaba una larga tarde dedicada a moler hierbas y chismorrear.

Comenzó a lloviznar. Las gotas golpeaban contra las ventanas, pero un fuego cálido y acogedor ardía en la chimenea. Yo disfrutaba enormemente de la compañía de Geilie. Poseía una lengua irónica y un punto de vista cínico; un contraste refrescante con las tímidas y dulces mujeres del clan que habitaban el castillo. Y para una mujer de una aldea pequeña, era muy instruida.

Además, estaba al tanto de todos los escándalos ocurridos en la aldea y el castillo durante los últimos diez años y me contó historias divertidas e interminables. Cosa curiosa, no me preguntó mucho sobre mí. Supuse que no era su manera de proceder; averiguaría lo que deseara saber sobre mí de otras personas.

Durante un tiempo, había sido consciente de ruidos provenientes de la calle, pero los había atribuido al tránsito de aldeanos que salían de la misa del domingo. La iglesia estaba situada al final de la calle, junto al pozo, y la calle Mayor se extendía desde la iglesia hasta la plaza, donde se desplegaba en un abanico de callejuelas y sendas diminutas.

De hecho, me había divertido durante la cabalgata a la herrería imaginando una vista aérea de la aldea como la representación de un antebrazo y una mano esqueléticos. La calle Mayor era el radio a lo largo del cual se alineaban las tiendas, negocios y residencias de los más adinerados. St. Margaret's Lane era el cubito, una calle más estrecha que corría paralela a la calle Mayor y habitada por el herrero, el curtidor y los artesanos y hombres de negocios menos prósperos. La plaza de la aldea (que como todas las plazas de pueblo que yo había visto no tenía nada de cuadrada sino que era un tanto rectangular) formaba los huesos carpianos y metacarpianos de la mano, en tanto que las sendas de las cabañas conformaban las falanges de los dedos.

La casa de los Duncan se elevaba en la plaza, como correspondía a la residencia del procurador. Era una cuestión de conveniencia, además de nivel social. La plaza podía usarse para los asuntos judiciales que por motivos de interés público o necesidad legal desbordaran los estrechos confines del estudio de Arthur Duncan. Y, como explicó Dougal, era conveniente para la picota, un artefacto llano de madera que se alzaba en un pequeño plinto de piedra en el centro, adyacente al poste de madera de la hoguera utilizado, con frugal economía de propósito, como poste de flagelación, mayo, asta de bandera y amarradero de caballos, según las necesidades.

El ruido afuera era ahora mucho más fuerte y demasiado turbulento para personas que fueran tranquilamente a cenar a sus casas después de misa. Geilie apartó los botes con una exclamación de impaciencia y abrió la ventana para ver qué causaba la conmoción.

Me uní a ella en la ventana y vi un grupo de personas vestidas con el típico atuendo dominical de misa consistente en capa y gorro, guiados por la figura rechoncha del padre Bain, cura de la aldea y del castillo. El sacerdote arrastraba a un muchacho de unos doce años, cuyos calzones de tartán raídos y camisa maloliente lo delataban como uno de los chicos de la curtiduría. El cura lo llevaba de la nuca, una posición difícil de mantener puesto que el muchacho era bastante más alto que su captor. La multitud los seguía a corta distancia, con comentarios desaprobadores que sonaban como el fragor del trueno que sigue al relámpago.

Mientras observábamos desde la ventana superior, el padre Bain y el chico desaparecieron debajo de nosotras, dentro de la casa. El gentío se quedó fuera, mascullando y empujando. Los más audaces se colgaron de los rebordes de las ventanas para espiar el interior.

Geilie cerró la ventana con fuerza, acallando un poco el estruendo de abajo.

—Seguro que lo pescaron robando —comentó lacónicamente y regresó a la mesa

donde estaban las hierbas—. Siempre pasa igual con los chicos de la curtiduría.

—¿Qué le pasará? —pregunté con curiosidad. Geilie se encogió de hombros, deshizo romero seco entre sus dedos y lo echó al mortero.

—Depende del estómago de Arthur. Si el desayuno le cayó bien, puede que no reciba más que una tunda. Pero si está estreñido o con gases... —hizo una mueca de disgusto—... es probable que el chico pierda una oreja o una mano.

Me horroricé, pero dudaba de interferir directamente en el asunto. Era una forastera, para colmo inglesa, y aunque había creído que sería tratada con cierto respeto en mi calidad de habitante del castillo, había visto a muchos de los aldeanos persignarse furtivamente a mi paso. Mi intercesión podría dificultar la situación del muchacho.

—¿No puedes tú hacer nada? —pregunté a Geilie—. ¿Hablar con tu esposo, quiero decir, pedirle que sea más... indulgente?

Geilie alzó la cabeza con sorpresa. Saltaba a la vista que la idea de inmiscuirse en los asuntos de su marido jamás había cruzado por su mente.

—¿Por qué habría de importarte lo que le pase? —inquirió, pero con curiosidad, sin mala intención.

—¡Por supuesto que me importa! —exclamé—. Es sólo un niño. ¡Sea lo que sea lo que haya hecho, no merece quedar mutilado de por vida!

Geilie enarcó sus cejas pálidas. Al parecer, mi argumento no la convencía. De todos modos, se encogió de hombros y me entregó el mortero y el almirez.

—Cualquier cosa por complacer a una amiga —declaró, levantando la vista. Escudriñó los estantes y escogió una botella de algo verdoso. La etiqueta, escrita con una bonita letra cursiva, decía, EXTRACTO DE MENTA.

—Daré a Arthur su remedio. Entretanto, veré qué puede hacerse por el chico. Aunque tal vez sea demasiado tarde —me advirtió—. Y si ese cura desagradable tiene mano en esto, pedirá la sentencia más severa. De todas maneras lo intentaré. Tú sigue moliendo el romero, lleva muchísimo tiempo.

Cogí el almirez mientras ella se marchaba y molí y pulvericé de forma automática, prestando poca atención al resultado. La ventana cerrada bloqueaba el sonido de la lluvia y del gentío de abajo; ambos se fusionaban en una amenaza susurrante, suave y repiqueteante. Como cualquier escolar, había leído a Dickens. Y también a autores anteriores, con sus descripciones de la justicia insensible de aquella época, aplicada a todo malhechor sin importar la edad ni las circunstancias. Pero leer desde una cómoda distancia de cien o doscientos años los relatos de ejecuciones de niños en la horca y de mutilaciones judiciales era muy diferente a estar sentada moliendo hierbas en silencio a escasos metros de un suceso de ese tipo.

Si la sentencia resultaba contraria al chico, ¿debía interferir directamente? Me acerqué a la ventana con el mortero y miré hacia fuera. La multitud se había acrecentado a medida que comerciantes y amas de casa, atraídos por el amontonamiento de personas, se acercaban por la calle Mayor a investigar. Los recién llegados se apretujaban mientras los espectadores transmitían los detalles con excitación, luego se fundían con la multitud más rostros ansiosos vueltos hacia la puerta de la casa.

Estaba contemplando la muchedumbre de pie bajo la llovizna, a la espera del veredicto, cuando de pronto entendí algo. Como muchos otros, había oído consternada los relatos que abundaban en la Alemania de posguerra; historias de deportaciones y asesinatos en masa, de campos de concentración y quemas. Y como muchos otros habían hecho y harían durante años futuros, me había preguntado: «¿Cómo lo permitió la gente? Debieron de saberlo, de ver los camiones, las idas y venidas, las cercas y el humo. ¿Cómo pudieron presenciarlo y no hacer nada?» Bueno, ahora lo sabía.

En este caso, ni siquiera se trataba de una cuestión de vida o muerte. Y el patronazgo de Colum seguramente evitaría cualquier ataque físico a mi persona. Sin

embargo, las manos se me humedecieron y enfriaron alrededor del cuenco de porcelana al imaginarme saliendo de la casa, sola e impotente, para encararme a aquella turba de ciudadanos fornidos y virtuosos, ávidos de la excitación del castigo y la sangre para aliviar el tedio de su existencia.

Las personas son gregarias por necesidad. Desde los días de los primeros habitantes de las cavernas, los seres humanos —lampiños, débiles e indefensos excepto por la astucia— habían sobrevivido agrupándose; sabiendo, como muchas otras criaturas comestibles habían averiguado, que la unión implica protección. Y ese conocimiento, arraigado en lo más profundo, es lo que sustenta la oclocracia. Puesto que durante innumerables años, separarse del grupo —ni qué decir de enfrentarse a él— había significado la muerte de toda criatura que osara intentarlo. Oponerse a una multitud requería algo más que coraje; algo que iba más allá del instinto humano. Y me temía que yo no lo tenía. Y ese temor me avergonzaba.

Parecieron siglos antes de que la puerta se abriera y Geilie entrara, tranquila e imperturbable como siempre, con un palillo de carbón en la mano.

—Tendremos que filtrarlo después de hervirlo —expresó, como continuando nuestra conversación anterior—. Será mejor pasarlo por muselina.

—Geilie —dije con impaciencia—. No me pongas nerviosa. ¿Qué ha pasado con el chico de la curtiduría?

—Oh, eso. —Levantó un hombro con indiferencia pero una sonrisa picara se dibujó en las comisuras de sus labios. Entonces dejó de fingir y rió. —Tenías que haberme visto —añadió con una risita—. Estuve maravillosa y no me importa decirlo. Toda una esposa solícita y mujer generosa con una pizca de madre compasiva. «Oh, Arthur, si nuestra unión hubiera sido bendecida»; para ser sincera, no tuvo muchas oportunidades... —apuntó, abandonando un momento su papel sentimental con una inclinación de cabeza hacia los estantes de las hierbas—... «bueno, ¿cómo te sentirías si fuera tu propio hijo a quien hubieran atrapado, querido? Sin duda fue el hambre lo que llevó al niño a robar. Oh, Arthur, ¿no estás dispuesto a ser misericordioso, el alma de la justicia?» —Se dejó caer sobre el taburete, riendo y golpeándose un puño contra la pierna—. ¡Qué pena que aquí no haya un lugar para actuar!

El ruido de la muchedumbre había cambiado. Fui hasta la ventana para ver qué ocurría, ignorando las congratulaciones de Geilie a sí misma. El gentío se apartó. El muchacho de la curtiduría salió de la casa. Caminaba despacio entre el cura y el juez. Arthur Duncan estaba henchido de benevolencia y saludó con la cabeza a los miembros más eminentes allí congregados. El padre Bain, por su parte, parecía una patata malhumorada, con el rostro marrón deformado por el resentimiento.

La pequeña procesión avanzó al centro de la plaza donde el cerrajero de la aldea, un tal John MacRae, se adelantó para recibirlos. Este personaje estaba vestido como convenía a su posición, con calzones oscuros hasta las rodillas y casaca y sombrero de terciopelo gris (este último protegido de la lluvia por el faldón de la casaca). No era, como yo había imaginado en un principio, el carcelero de la aldea, aunque de ser necesario, desempeñaba esa labor. Sus tareas básicas eran las de alguacil, inspector de aduana y en ciertos casos verdugo. Su título provenía del «cerrojo» o cuchara de madera que colgaba de su cinto y que le daba derecho a un porcentaje de cada bolsa de cereal vendida en el mercado de los jueves: la remuneración de su cargo.

El propio cerrajero me había contado todo esto. Había estado en el castillo unos días antes para que le curara un panadizo en el pulgar. Se lo había abierto con una aguja esterilizada y untado con ungüento de brote de álamo. El señor MacRae me pareció un hombre tímido, de voz suave y sonrisa agradable.

Ahora no había ningún esbozo de sonrisa en su cara sino la severidad adecuada al momento. Era razonable, pensé; nadie quiere ver a un verdugo sonriente.

El bribón fue forzado a pararse sobre el plinto del centro de la plaza. El chico estaba pálido y asustado, pero no se movió cuando Arthur Duncan, procurador de la parroquia de Cranesmuir, enderezó su figura regordeta con algo que se asemejaba a la dignidad y se aprestó a pronunciar la sentencia.

—El muy tonto ya había confesado cuando llegué —dijo una voz a mi oído. Geilie miraba con interés sobre mi hombro—. No pude lograr que lo absolvieran del todo. Pero conseguí que le dieran la pena más leve; apenas una hora en la picota y una oreja clavada.

—¡Una oreja clavada! ¿Clavada a qué?

—Bueno, a la picota, claro está. —Me dirigió una mirada extraña pero se volvió hacia la ventana para contemplar la ejecución de la sentencia menor obtenida a través de su compasiva mediación.

La masa de cuerpos alrededor de la picota era tan espesa que casi no se podía ver al muchacho, aunque la multitud retrocedió un poco para que el cerrajero tuviera libertad de movimientos para clavar la oreja. El chico, pálido y pequeño en las garras de la picota, tenía los ojos cerrados con fuerza y así los mantuvo mientras temblaba de miedo. Cuando le introdujeron el clavo, emitió un gemido agudo y débil, audible a través de las ventanas cerradas. Me estremecí.

Geilie y yo volvimos a nuestro trabajo al igual que la mayoría de los espectadores de la plaza. Pero yo no podía evitar levantarme para mirar de tanto en tanto por la ventana. Algunos holgazanes que pasaban por el lugar se detenían a mofarse de la víctima o a arrojarle bolas de barro. De vez en cuando, algún ciudadano más serio aprovechaba un momento en la ronda de sus actividades diarias para contribuir al perfeccionamiento moral del delincuente con unas pocas palabras bien escogidas de desaprobación y consejo.

Todavía faltaba una hora para el atardecer de fines de primavera y estábamos tomando el té en la sala cuando llamaron a la puerta. El día estaba tan oscuro por la lluvia que era difícil calcular la posición del sol. La casa de los Duncan se jactaba de poseer un reloj, un artefacto magnífico de paneles de nogal, con péndulos de bronce y una esfera decorada con un coro de querubines. El instrumento señalaba las seis y media.

La sirvienta abrió la puerta de la sala y anunció sin ceremonia:

—Adelante.

Jamie MacTavish agachó la cabeza automáticamente al atravesar la puerta. La lluvia había oscurecido su brillante cabello dándole el color del bronce antiguo. Tenía puesta una casaca vieja y llevaba una pesada capa de montar de terciopelo verde doblada debajo del brazo.

Inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y me incorporé para presentarle a Geilie.

—Señora Duncan, señora Beauchamp. —Hizo una señal hacia la ventana—. Veo que ha sido una tarde agitada.

—¿Todavía está ahí? —pregunté, mirando hacia fuera. El muchacho no era más que una figura oscura a través de los ondulantes cristales de la sala—. Debe de estar empapado.

—Lo está. —Jamie desplegó la capa y la extendió hacia mí—. Y Colum pensó que usted también lo estaría. Tenía cosas que hacer en la aldea así que me envió para que le trajera la capa. Debe regresar conmigo.

—Muy amable —comenté con aire ausente. No podía dejar de pensar en el chico de la curtiduría—. ¿Cuánto tiempo tiene que quedarse allí? —pregunté a Geilie—. El chico de la picota —añadí con impaciencia al ver su expresión desconcertada.

—Ah, él —respondió y frunció el entrecejo por un tema tan poco importante—. Una hora, ya te lo he dicho. El cerrajero ya debería haberlo soltado.

—Lo hizo —afirmó Jamie—. Lo vi al cruzar la plaza. Lo que ocurre es que el muchacho aún no ha reunido el valor suficiente para arrancarse el clavo de la oreja.

Me quedé boquiabierta.

—¿Significa que no se lo quitarán? ¿Que tiene que arrancárselo él mismo?

—Oh, sí. —Jamie demostraba una jovialidad fuera de lugar—. Todavía está un poco nervioso pero supongo que pronto se decidirá a hacerlo. Está lloviendo fuerte y no tardará en caer la noche. Ahora debemos marcharnos o nos quedaremos sin cenar. —Saludó a Geilie con una reverencia y se volvió para irse.

—Espera un poco —me dijo Geilie—. Ya que este joven grande y fuerte te acompañará a casa, tengo un baúl de calabazas secas y algunas otras cosas que prometí a la señora FitzGibbons. ¿El señor MacTavish sería tan amable de llevarlo por mí?

Jamie asintió. Geilie entregó una enorme llave de hierro forjado a un sirviente y le ordenó que buscara el baúl en su cuarto de trabajo. Mientras el criado estuvo fuera, ella se entretuvo un momento en un pequeño escritorio. Para cuando apareció el baúl, una caja de madera de tamaño considerable con aros de bronce, Geilie había terminado la nota. Se apresuró a espolvorearla con arenilla, la dobló y la selló con una gota de cera de la vela. Luego me la entregó.

—Toma. Es la factura. ¿Puedes dársela a Dougal por mí? Él se ocupa de los pagos y esas cosas. No se la entregues a nadie más o no me pagarán durante semanas.

—Sí, por supuesto.

Me estrechó en un caluroso abrazo y, advirtiéndome sobre el frío, nos acompañó hasta la puerta.

Permanecí al amparo del alero de la casa mientras Jamie ataba la caja a la montura del caballo. Ahora llovía con más intensidad y el agua caía de los tejados como una cortina irregular.

Estudié la espalda ancha y los antebrazos musculosos de Jamie mientras alzaba la caja pesada con, al parecer, poco esfuerzo. Luego contemplé el plinto. El chico de la curtiduría, a pesar del incentivo de la multitud otra vez congregada, continuaba unido a la picota. Desde luego, no se trataba de una hermosa muchacha con cabello rubio, pero la actitud anterior de Jamie durante la audiencia de Colum me hizo pensar que podría no ser indiferente a la situación del chico.

—Eh, señor MacTavish —comencé con vacilación. No hubo respuesta. El apuesto rostro no se alteró; la boca ancha permaneció relajada, los ojos azules enfocados en la correa que estaba asegurando.

—Ah... ¿Jamie? —intenté de nuevo, en voz algo más alta. Levantó la cabeza de inmediato. De modo que era cierto que no se llamaba MacTavish. Me pregunté cuál sería su apellido.

—¿Sí? —respondió.

—¿Eres, eh, bastante grandote, no? —inquirí. Sus labios esbozaron una semisonrisa y asintió. Era evidente que se preguntaba qué andaba tramando.

—Lo suficiente para casi todo —repuso.

Me animé y me acerqué a él para que no me oyera ningún rezagado de la plaza.

—¿Y tienes fuerza en los dedos? —aventuré.

Jamie flexionó una mano y la sonrisa se ensanchó.

—Claro que sí. ¿Acaso quieres que te parta algunas castañas? —Me miró con un destello astuto y divertido.

Eché un vistazo al grupo de espectadores de la plaza.

—Más bien que las saques del fuego. —Alcé los ojos para afrontar su inquisitiva mirada azul—. ¿Puedes hacerlo?

Se quedó observándome un rato, todavía sonriente. Luego se encogió de hombros.

—Sí, si el cuerpo del clavo es lo bastante largo para poder agarrarlo. Pero tendrás que alejar al gentío. No aprobarían interferencias; mucho menos de un extranjero.

No había anticipado la posibilidad de que mi petición pudiera ponerlo en peligro.

Vacilé. Pero él parecía dispuesto a intentarlo a pesar del riesgo.

—Bueno, si ambos nos acercáramos para ver mejor y el espectáculo me provocara un desmayo, ¿crees...?

—¿Por no estar acostumbrada a la sangre y todo eso? —Enarcó una ceja con sarcasmo y sonrió—. Sí, servirá. Y si te las ingenias para caerte del plinto, tanto mejor.

De hecho, la idea de mirar me daba cierta aprensión, pero la visión no resultó tan impresionante como había temido. El clavo atravesaba con firmeza la parte superior de la oreja, casi el borde, y quedaban libres unos cinco centímetros del cuerpo cuadrado y sin cabeza del tornillo. Casi no había sangre y a juzgar por la expresión del muchacho, si bien estaba asustado e incómodo, era obvio que no sufría mucho dolor. Comencé a pensar que tal vez Geilie tenía razón. Dado el estado general de la jurisprudencia escocesa actual, quizá fuera una sentencia clemente. Aunque eso no modificaba en lo más mínimo mi opinión sobre la atrocidad del castigo.

Jamie se abrió paso a través de los espectadores y meneó la cabeza con desaprobación en dirección al chico.

—Bueno, bueno, muchacho —dijo, chasqueando la lengua—. Estás en un aprieto, ¿verdad? —Apoyó una mano larga y firme en el borde de madera de la picota con el pretexto de mirar mejor la oreja—. De acuerdo, niño —añadió con desprecio—, es muy sencillo. Bastará con un buen tirón. ¿Quieres que te ayude? —Extendió una mano como para coger al chico del cabello y tirar de su cabeza. El muchacho gritó aterrorizado.

Reconocí la señal y retrocedí, asegurándome de pisar con fuerza los pies de la mujer que se hallaba a mis espaldas; ésta gritó angustiada cuando el talón de mi bota trituró sus metatarsos.

—Discúlpeme —jadeé—. ¡Estoy... tan mareada! Por favor... —Me alejé de la picota y di dos o tres pasos tambaleantes, aferrándome a las mangas de los que se encontraban cerca de mí. El borde del plinto estaba a sólo quince centímetros de distancia. Me agarré con firmeza a una muchacha bastante corpulenta que ya había escogido para ese fin y me lancé de cabeza sobre el borde, arrastrándola conmigo.

Rodamos por el césped húmedo en una maraña de faldas y gritos. Por fin, le solté la blusa y me relajé dramáticamente boca arriba, con los brazos extendidos. La lluvia caía sobre mi rostro.

En realidad, el impacto me había cortado un poco la respiración —la chica había caído sobre mí— y pugné por recobrar el aliento, escuchando el parloteo de voces preocupadas a mi alrededor. Especulaciones, sugerencias e interjecciones de asombro llovían sobre mí, más gruesas que las gotas de agua del cielo. Un par de brazos familiares me ayudaron a sentarme y cuando abrí los ojos, me encontré con una ansiosa mirada azul. Un pestañeo rápido me dijo que la misión estaba cumplida y en efecto, vi al chico de la curtiduría alejarse a toda velocidad con un pañuelo apretado contra la oreja, ignorado por la muchedumbre que se había vuelto para concentrase en la nueva diversión.

Los aldeanos, que horas antes habían pedido la sangre del chico, fueron todo generosidad conmigo. Me incorporaron con gentileza y me llevaron de regreso a casa de los Duncan, donde me atosigaron con coñac, té, sábanas calientes y simpatía. Sólo se me permitió partir cuando finalmente Jamie declaró con sequedad que debíamos marcharnos. Me levantó del sillón y se encaminó hacia la puerta sin prestar atención a las protestas de mis anfitriones.

Montada una vez más delante de él, llevando a mi caballo por las riendas, intenté agradecerle su ayuda.

—No ha sido nada —contestó.

—Pero te has arriesgado —insistí—. Cuando te lo pedí, no me di cuenta de que te pondría en peligro.

—Ah—comentó evasivamente. Un momento después, agregó con un dejo

divertido—: No esperarás que sea menos audaz que un muchacho inglés, ¿verdad?

Arreó a los caballos en tanto las sombras del crepúsculo se juntaban a la orilla del camino. No hablamos mucho durante el resto del trayecto. Y cuando llegamos al castillo, me dejó en el portón con un simple y burlón:

—Buenas noches, señora Sassenach.

Pero yo sentí que habíamos iniciado una amistad profunda que iba más allá de compartir chismes bajo los manzanos.

10

El juramento

Durante los dos días siguientes hubo gran excitación, con idas y venidas y preparativos de todo tipo. Mi práctica médica disminuyó con brusquedad. Las víctimas de intoxicación estaban restablecidas y los demás parecían demasiado ocupados para ponerse enfermos. Al margen de una leve proliferación de espinas en los dedos de los muchachos que metían la leña y una erupción similar de escaldaduras y quemaduras entre las ajetreadas criadas de la cocina, tampoco hubo accidentes.

Yo también estaba excitaba. Aquella noche era la noche. La señora Fitz me había dicho que todos los guerreros del clan MacKenzie estarían en el salón para prestar juramento de fidelidad a Colum. Con la celebración de una ceremonia tan importante en el interior del castillo, nadie vigilaría los establos.

Durante las horas en que había colaborado en las cocinas y los huertos, me las había ingeniado para almacenar suficiente comida para varios días. Carecía de cantimplora para el agua, así que había hecho un arreglo con una de las jarras de vidrio más pesadas del dispensario. Tenía botas fuertes y una buena capa, cortesía de Colum. Y cogería un buen caballo. Durante mi visita de la tarde a los establos, había elegido el que pensaba llevarme. No tenía dinero, pero mis pacientes me habían pagado con dijes, cintas y entalladuras o joyas pequeñas. De ser necesario, podría canjearlos por otras cosas que me hicieran falta.

No me gustaba insultar la hospitalidad de Colum y la amistad de los habitantes del castillo marchándome sin una palabra o nota de despedida, pero después de todo, ¿qué podía decir? Había reflexionado sobre el problema y finalmente decidido partir según lo planeado. Para empezar, carecía de papel para escribir y no estaba dispuesta a arriesgarme a visitar los aposentos de Colum para procurármelo.

Una hora después de que oscureciera, me aproximé con cautela al establo, el oído alerta para detectar cualquier señal de presencia humana. Pero parecía que todos se encontraban arriba en el salón, apresándose para la ceremonia. La puerta se atascó, pero cedió con un ligero empujón y las bisagras de cuero permitieron abrirla en silencio.

El aire del interior era cálido y animado con el débil sonido de caballos descansando. Y como solía decir el tío Lamb, tan oscuro como el interior del sombrero de un funerario. Las pocas ventanas de ventilación eran rendijas estrechas, demasiado pequeñas para dejar entrar la suave luz de las estrellas. Con los brazos estirados, entré despacio en la parte principal del establo, arrastrando los pies en la paja.

Caminé a tientas con cuidado, buscando el borde de una caballeriza para guiarme. Mis manos encontraron aire vacío pero mis canillas chocaron contra algo sólido y caí de cabeza con un grito sobresaltado que resonó en las vigas del viejo edificio de piedra.

El objeto sólido rodó, maldijo con sorpresa y me cogió con fuerza de los brazos. Me encontré ceñida contra un cuerpo masculino grande y con el aliento de alguien en mi oído.

—¿Quién es usted? —pregunté con la respiración entrecortada y echándome hacia atrás con violencia—. ¿Y qué está haciendo aquí? Al oír mi voz, el agresor invisible aflojó la presión de sus manos.

—Debería preguntarte lo mismo, Sassenach —respondió la voz suave y profunda de Jamie MacTavish.

Me relajé con alivio. Agitando la paja, Jamie se sentó.

—Aunque supongo que puedo adivinarlo —prosiguió con sequedad—. ¿Hasta dónde crees que llegarías en una noche oscura, con un caballo extraño y la mitad del clan MacKenzie tras de ti por la mañana?

Estaba enfadada, por más de un motivo.

—No me seguirían. Están todos en el salón y si uno de cada cinco está lo bastante sobrio para permanecer de pie por la mañana, ni qué decir de montar un caballo, me sorprendería muchísimo. —Jamie rió, se puso en pie y me ayudó a incorporarme. Quitó la paja de la parte trasera de mi falda con más fuerza de la que consideré estrictamente necesaria.

—Bueno, es un razonamiento bastante lógico, Sassenach ,—contestó, algo sorprendido de que yo fuera capaz de razonar—. O lo sería —agregó— si Colum no tuviera guardias apostados alrededor del castillo y diseminados en los bosques. Jamás dejaría el castillo desprotegido y a los guerreros de todo el clan dentro. Aunque es cierto que la piedra no arde tan bien como la madera...

Supuse que se refería a la infame Masacre de Glencoe, cuando un tal John Campbell, a las órdenes del gobierno, había asesinado a treinta y ocho miembros del clan MacDonald y quemado la casa en la que se encontraban. Calculé con rapidez. Eso debió de suceder unos cincuenta años atrás. Lo bastante reciente para justificar cualquier precaución defensiva por parte de Colum.

—En todo caso, no podrías haber escogido una noche peor para escapar —continuó MacTavish. Parecía por completo indiferente al hecho de que yo hubiera planeado huir, sólo interesado en los motivos por los que la fuga no resultaría. Era extraño—. Además de los guardias, y de que todo buen jinete de las inmediaciones se encuentra aquí, el camino al castillo estará plagado de personas que vienen de la campiña para asistir a la cacería y a los juegos.

—¿La cacería?

—Sí, por lo general de ciervos, quizá de un jabalí esta vez. Uno de los muchachos del establo le contó al viejo Alec que hay uno enorme en el bosque del este. —Apoyó una mano en el centro de mi espalda y me condujo hacia la imperceptible abertura de la puerta.

—Ven —añadió—. Te acompañaré de vuelta al castillo.

Me aparté de él.

—No te preocupes —dije, displicente—. Conozco el camino.

Jamie cogió mi codo con bastante fuerza.

—Estoy seguro de que sí. Pero no querrás estar sola cuando te encuentres con los guardias de Colum.

—¿Y por qué no? —repliqué—. No estoy haciendo nada malo. No existe ninguna ley que prohíba pasear fuera del castillo, ¿verdad?

—No. Y dudo que quisieran hacerte daño —respondió, escudriñando las sombras con aire pensativo—. Pero es muy común que un hombre tenga consigo una cantimplora para que le haga compañía mientras monta guardia. Y la bebida puede ser un compañero constante pero un mal consejero cuando uno se topa en la oscuridad con una muchacha dulce, pequeña y sola.

—Me topé contigo en la oscuridad. Y sola —le recordé con cierta audacia—. Y no soy particularmente pequeña, ni muy dulce, al menos ahora.

—Bueno, estaba dormido, no borracho —contestó él—. Y al margen de tu temperamento, eres bastante más pequeña que la mayoría de los guardias de Colum.

Decidí que aquella discusión no nos llevaba a nada y la descarté para intentar otro plan de acción.

—¿Y qué hacías durmiendo en el establo? ¿No tienes una cama en algún sitio? —Habíamos alcanzado el borde externo de los jardines de la cocina y podía ver el rostro de Jamie bajo la luz mortecina. Estaba atento mientras observaba los arcos de piedras a medida que avanzábamos.

—Sí —repuso. Continuó marchando, todavía sosteniéndome del codo. Al cabo de un momento, añadió—: Creí que haría mejor en quitarme del medio.

—¿Porque no tienes intenciones de jurar fidelidad a Colum MacKenzie? —aventuré—. ¿Y temes lo que pueda pasar?

Me miró, divertido por mis palabras.

—Algo así —confesó.

Uno de los portones laterales había quedado entornado y un farol sobre el saledizo de piedra contiguo esparcía un resplandor amarillo en el sendero. Estábamos a punto de llegar a aquel sitio iluminado cuando, de pronto, una mano me tapó la boca desde atrás y me arrojaron al suelo.

Forcejeé y mordí, pero mi captor tenía guantes y como había dicho Jamie, era bastante más grandote que yo.

A juzgar por el ruido, Jamie también parecía estar teniendo dificultades. Los gruñidos e imprecaciones amortiguados cesaron de repente con un golpe y una maldición en sonoro gaélico.

La lucha en la oscuridad se interrumpió y oí una risa desconocida.

—¿Qué ven mis ojos? Pero si es el muchacho; el sobrino de Colum. Llegas tarde a la ceremonia de juramento, ¿eh, chico? ¿Y quién está contigo?

—Es una mujer —contestó quien me sostenía—. Y muy apetitosa, por lo que parece. —La mano se apartó de mi boca y me dio un intenso apretón en otro sitio. Chillé con indignación y alcé un brazo hacia atrás. Cogí al hombre de la nariz y tiré de ella. El guardia me soltó con un juramento mucho menos formal que el que estaban a punto de prestar en el salón. Me aparté del vaho a whisky, súbitamente aliviada por la presencia de Jamie. Después de todo, quizás había sido prudente que me acompañara.

Él no parecía pensar lo mismo mientras trataba en vano de zafarse de los dos hombres que lo sujetaban. No había hostilidad en su comportamiento pero sí un considerable grado de firmeza. Comenzaron a moverse con decisión hacia el portón abierto remolcando a su cautivo.

—No, dejad que me cambie antes —protestó Jamie—. No estoy vestido para asistir a la ceremonia.

La tentativa de evasión garbosa fue frustrada por la repentina aparición de Rupert. Con su cuerpo grueso resplandeciente en una camisa de volantes y casaca de encaje dorado, salió del estrecho portón con la potencia de un corcho al saltar de una botella.

—No te preocupes por eso, muchacho —declaró y examinó a Jamie con un ojo brillante—. Te vestiremos como corresponde; adentro. —Ladeó la cabeza hacia el portón y Jamie desapareció en el interior, no por propia voluntad. Una mano carnosa se cerró en mi codo y fui forzada a seguirlo.

Al parecer, Rupert estaba de excelente humor, al igual que los demás hombres del castillo. Había quizás unos sesenta o setenta, vestidos con atuendos de gala festoneados con dagas, espadas, pistolas y bolsas. Se arremolinaban en el patio más cercano a la entrada al gran salón. Rupert indicó una puerta y los hombres empujaron a Jamie dentro de un pequeño cuarto iluminado. Sin duda era utilizado como depósito. Había objetos de todo tipo diseminados sobre las mesas y los estantes que lo amueblaban.

Rupert escudriñó a Jamie con expresión critica, reparando en la paja de su cabello y las manchas de la camisa. Su mirada brilló cuando notó la paja en mi propio cabello. Una sonrisa cínica dividió su rostro.

—No me extraña que llegues tarde, muchacho —comentó y le dio un codazo—. Y

no te culpo. ¡Willie! —gritó a uno de los hombres—. Necesitamos ropa. Algo adecuado para el sobrino del Señor. ¡Encárgate de conseguirla y pronto!

Con los labios apretados, Jamie contempló a los hombres que le rodeaban. Seis miembros del clan, ansiosos y entusiasmados por la inminente ceremonia de juramento y desbordando un feroz orgullo MacKenzie. Era evidente que el fervor se había visto acentuado por un consumo abundante del tonel de cerveza que había en el patio. Jamie se volvió hacia mí con expresión sombría. Todo aquello era por mi culpa, parecía decir su rostro.

Desde luego, podía decir que no tenía intenciones de prestar juramento de fidelidad a Colum y regresar a su cama del establo. Es decir, si deseaba recibir una buena paliza o ser degollado. Enarcó una ceja en mi dirección y se encogió de hombros. Con bastante buena voluntad, se sometió a Willie, quien regresó de prisa con un montón de ropa de hilo y un cepillo. Sobre el montón, había una gorra aplanada de terciopelo azul adornada con una insignia de metal con ramita de acebo. Cogí la gorra para examinarla mientras Jamie se ponía una camisa limpia y se cepillaba el cabello con brusquedad contenida.

La insignia era redonda y el grabado sorprendentemente delicado. Cinco volcanes en el centro, arrojando llamas muy realistas. Y en el borde, tenía el lema: *Laceo non Uro.*

—Brillo, no ardo —traduje en voz alta.

—Sí, muchacha. Es el lema de los MacKenzie —explicó Willie y asintió en señal de aprobación. Me arrancó la gorra de las manos y se la entregó a Jamie antes de salir corriendo a buscar más ropa.

—Eeh... lo siento —murmuré, aprovechando la ausencia de Willie para acercarme—. No quería...

Jamie, que había estado observando con desagrado la insignia de la gorra, me miró. La línea severa de su boca se aflojó.

—Ah, no te preocupes por mí, Sassenach. Tarde o temprano habría ocurrido. —Quitó la insignia de la gorra y sonrió con acritud mientras la sopesaba—. ¿Conoces mi propio lema, muchacha? ¿El de mi clan?

—No —respondí con asombro—. ¿Cuál es?

Arrojó la insignia al aire, la atrapó y la dejó caer dentro de su morral. Contempló con cierta tristeza la arcada donde los miembros del clan MacKenzie formaban hileras desordenadas.

—*Je suis prét* —respondió en un francés sorprendentemente bueno. Giró la cabeza hacia atrás. Rupert y otro MacKenzie grandote que no conocía, con los rostros enrojecidos por la exaltación y algo más, avanzaban con decisión. Rupert llevaba una pieza larga de tartán de MacKenzie.

Sin preliminares, el otro hombre estiró una mano hacia la hebilla de la falda de Jamie.

—Será mejor que te vayas, Sassenach —me aconsejó Jamie—. No es lugar para una mujer.

—Ya veo —repliqué con aspereza y fui recompensada con una sonrisa irónica. El grandote envolvió la nueva falda alrededor de las caderas de Jamie y luego, en una demostración de recato, le quitó la vieja deslizándola por debajo. Él y Rupert cogieron a Jamie con firmeza de los brazos y lo empujaron hacia la arcada.

Me volví sin más demora y me abrí camino hacia la escalera que conducía a la galería de los juglares, evitando cuidadosamente la mirada de los miembros del clan con quienes me crucé. Después de girar, me detuve y me encogí contra la pared para no ser vista. Esperé un momento, hasta que el corredor estuvo desierto y entré por la puerta de la galería. La cerré con rapidez a mis espaldas antes que alguien diera la vuelta y viera adonde había ido. Las escaleras estaban apenas iluminadas por el resplandor de arriba y no tuve dificultad para moverme sobre las lajas desgastadas. Subí hacia el ruido y la luz,

pensando en aquel breve y último intercambio.

Je suis prét. «Estoy listo.» Esperaba que lo estuviera.

La galería estaba iluminada con antorchas de pino; las llamas brillantes se elevaban en línea recta, delineadas en negro por el tizne dejado por sus predecesoras en las paredes. Varios rostros se volvieron y parpadearon al verme emerger de las cortinas del fondo de la galería. Al parecer, todas las mujeres del castillo estaban allí. Reconocí a la chica Laoghaire, a Magdalen, a algunas otras que había conocido en las cocinas y, por supuesto, a la robusta señora FitzGibbons, en una posición de honor cerca de la balaustrada.

Al verme, me llamó cordialmente y las mujeres se apretujaron unas contra otras para dejarme pasar. Cuando llegué, podía ver el salón entero extendiéndose debajo.

Las paredes estaban adornadas con ramas de mirto, tejo y acebo y la fragancia ascendía hasta las galerías, mezclada con el humo del fuego y los vahos malolientes de los hombres. Había docenas yendo, viniendo y conversando de pie en pequeños grupos diseminados por la sala. Todos estaban ataviados con alguna versión del tartán del clan; en ciertos casos limitada a una capa o una gorra sobre la camisa de trabajo y los calzones harapientos. Los diseños variaban muchísimo pero los colores eran en su mayoría los mismos: verde oscuro y blanco. Casi todos vestían como Jamie ahora: falda, capa, gorra y, la mayoría, con insignias. Lo descubrí de pie cerca de la pared, todavía con expresión sombría. Rupert había desaparecido entre la muchedumbre pero dos fornidos MacKenzie, obviamente guardias, flanqueaban a Jamie.

La confusión en la sala se iba organizando gradualmente en tanto los residentes del castillo empujaban y conducían a los recién llegados al extremo inferior.

Aquella noche era especial. Dos gaiteros se habían sumado al joven que había tocado la gaita durante la Audiencia; uno cuyo porte y gaita engastada en marfil lo proclamaban como gaitero mayor. Éste hizo señas con la cabeza a los otros dos y pronto el típico zumbido invadió el salón. Aunque mucho más pequeñas que las grandes gaitas del norte utilizadas en batalla, éstas hacían un bullicio de lo más efectivo.

Los punteros emitieron un trino sobre los bajos que hizo arder la sangre de los presentes. Las mujeres se agitaron a mi alrededor y recordé un verso de «Maggie Lauder»:

Oh, me llaman Rab el vehemente,
y las muchachas se vuelven locas
cuando hago sonar mi puntero.

Si no locas, las mujeres no podían negar su excitación. Proferían murmullos efusivos en tanto se inclinaban sobre la baranda, señalando a un hombre o a otro de los que se paseaban por el salón con sus mejores galas. Una muchacha avistó a Jamie. Con una exclamación ahogada, indicó a sus amigas que lo miraran. La aparición del joven generó muchos susurros y comentarios.

Algunos eran de admiración por su aspecto elegante, pero en general se limitaban a especulaciones sobre su presencia en la ceremonia. Advertí que Laoghaire en particular resplandecía como una vela al mirarlo. Recordé lo que había dicho Alee en el corral: «Sabes que su padre no le permitirá casarse con nadie ajeno al clan.» ¿Y con el sobrino de Colum? El muchacho podría ser un buen partido. Salvo por el detalle de que era un fugitivo.

La música de las gaitas ascendió a un tono ferviente y luego cesó con brusquedad. Cuando la sala estuvo en absoluto silencio, Colum MacKenzie apareció por la arcada superior y avanzó con paso resuelto hacia una pequeña plataforma erigida en la parte de-

lantera. Si bien no se esforzaba por ocultar su invalidez, tampoco alardeaba de ella. Estaba espléndido, con una casaca azul celeste con cordones de oro, botones de plata y puños de seda rosa que se doblaban casi hasta el codo. Una falda escocesa de lana fina colgaba más allá de sus rodillas, cubriendo gran parte de sus piernas y las medias a cuadros. La gorra era azul, pero la insignia plateada tenía plumas, no ramas de acebo. El salón entero contuvo el aliento mientras ocupaba su lugar en la plataforma. Fuera lo que fuera, Colum MacKenzie tenía dotes para el arte dramático.

Se volvió hacia los hombres del clan, alzó los brazos y los saludó con un grito sonoro:

—*¡Tulach Ard!*

—¡Tulach Ard! —respondieron con un rugido los miembros del clan. La mujer que había junto a mí se estremeció.

A esto le sucedió un breve discurso en gaélico que fue recibido con bramidos periódicos de aprobación. Y enseguida comenzó la ceremonia del juramento propiamente dicha.

Dougal MacKenzie fue el primer hombre en dirigirse hacia la plataforma de Colum. La pequeña tribuna proporcionaba a Colum la altura suficiente para que los hermanos quedaran cara a cara. Dougal iba vestido con lujo, aunque de terciopelo marrón sin adornos de oro para no distraer la atención de la magnificencia de Colum.

Dougal extrajo la daga con un floreo y se hincó de hinojos, sosteniendo la daga verticalmente por la hoja. Su voz era menos potente que la de Colum pero lo bastante fuerte para que cada palabra retumbara en el salón.

—Juro por la cruz de nuestro Señor Jesucristo y por el santo puñal que sostengo que seré fiel y leal al nombre del clan MacKenzie. Si mi mano llegara a levantarse en rebelión contra ti, ruego que este santo puñal atraviese mi corazón.

Bajó el puñal, lo besó en la unión de mango y hoja y lo volvió a guardar dentro de la vaina. Todavía arrodillado, extendió las dos manos entrelazadas hacia Colum, que las tomó entre las suyas y las llevó a los labios como aceptación del juramento prestado. Luego le ayudó a ponerse en pie.

Colum se volvió y cogió una copa de plata de una mesa cubierta con un tartán a sus espaldas. Alzó con las dos manos la pesada vasija con asas, bebió y se la ofreció a Dougal. Dougal tomó un sorbo generoso y se la devolvió. Con una reverencia final hacia el Señor del clan MacKenzie, se hizo a un lado para dejar lugar al próximo hombre.

El mismo proceso se repitió una y otra vez, desde el juramento hasta el trago ceremonial. Considerando el número de hombres alineados, el poder de Colum volvió a impresionarme. Estaba intentando calcular qué cantidad de licor habría consumido al final de la noche, contando un trago por cada juramento, cuando vi a Jamie en la primera posición en la fila.

Una vez prestado su juramento, Dougal se había apostado detrás de Colum. Vio a Jamie antes que él, que estaba ocupado con otro hombre, y noté un repentino sobresalto. Se acercó a su hermano y le masculló algo. Colum mantuvo la vista fija en el hombre que había frente a él pero se tensó ligeramente. También estaba sorprendido y, pensé, no del todo complacido.

El nivel emotivo de la sala se había intensificado con el correr de la ceremonia. Si Jamie se negaba en aquel momento a prestar juramento, no sería raro que fuera despedazado por los hombres enardecidos que lo rodeaban. Me sequé las palmas con disimulo en la falda, sintiéndome culpable por haberlo puesto en una situación tan precaria.

Parecía sereno. A pesar del calor del salón, no sudaba. Aguardó con paciencia, como ajeno a los cien hombres que lo rodeaban, armados hasta los dientes y dispuestos a sentirse agraviados ante cualquier insulto a MacKenzie y al clan. *Je suis prét,* ¡de veras! ¿O habría decidido después de todo seguir el consejo de Alee?

Cuando le llegó el turno, hundí las uñas en las manos.

Jamie se hincó con gracia sobre una rodilla e hizo una profunda reverencia hacia Colum. Pero en vez de extraer su puñal para el juramento, se puso de pie y miró a Colum a los ojos. Erguido en toda su estatura, su cabeza y hombros se elevaban sobre casi todos los hombres del salón y sobrepasaban a Colum en la plataforma por varios centímetros. Me volví hacia la muchacha Laoghaire. Se había puesto pálida al ver a Jamie incorporarse. Advertí que ella también apretaba los puños con fuerza.

Todas las miradas estaban posadas en Jamie, pero él se dirigió únicamente a Colum. Su voz era tan profunda como la del Señor de los MacKenzie y cada palabra resonó con claridad.

—Colum MacKenzie, me presento ante ti como pariente y aliado. No te juraré fidelidad puesto que ya la he prometido al nombre que llevo. —Un gruñido grave y ominoso surgió de la multitud, pero Jamie lo ignoró y prosiguió—: Pero te ofrezco con generosidad cuanto poseo: mi ayuda y buena voluntad, dondequiera que las requieras. Te ofrezco mi obediencia, como pariente y como Señor, y me atendré a tu palabra en tanto mis pies descansen en las tierras del clan MacKenzie.

Se interrumpió y permaneció de pie, alto y erguido, las manos relajadas a los costados. Había llegado el momento de que Colum hablara. Una palabra, una señal, y mañana por la mañana estarían restregando del suelo la sangre de Jamie.

Por un momento, Colum no se movió. Luego sonrió y alargó las manos. Al cabo de un instante de vacilación, Jamie apoyó las suyas en las palmas extendidas.

—Nos honras con tu ofrecimiento de amistad y buena voluntad —pronunció Colum con voz clara—. Aceptamos tu obediencia y te consideramos de buena fe un aliado del clan MacKenzie.

La tensión de la sala disminuyó y un suspiro de alivio casi audible recorrió la galería en tanto Colum bebía de la copa y se la pasaba a Jamie. El muchacho la aceptó con una sonrisa. Pero en vez del habitual trago ceremonial, alzó con cuidado el recipiente casi lleno, lo ladeó y bebió. Y continuó bebiendo. Un resuello de respeto y diversión brotó de los espectadores mientras los poderosos músculos de la garganta seguían moviéndose. Sin duda se detendría pronto para respirar, pensé, pero no. Vació la pesada copa hasta la última gota, la bajó con un jadeo explosivo y se la devolvió a Colum.

—Y a mí me honra —declaró en tono ronco— ser aliado de un clan con un paladar tan exquisito para el whisky.

El comentario suscitó un rugido estruendoso y Jamie se encaminó hacia la arcada, detenido de tanto en tanto por apretones de manos y palmadas de felicitación. Al parecer, Colum MacKenzie no era el único miembro de la familia con dotes de actor.

El calor en la galería era sofocante. El humo me produjo jaqueca antes de que por fin acabara la ceremonia con lo que asumí fueron unas breves palabras conmovedoras de Colum. Imperturbable después de compartir seis copas de licor, la voz sonora todavía retumbaba en las piedras del salón. Al menos las piernas no le dolerían aquella noche, pensé, pese a haber estado de pie tanto tiempo.

Un grito masivo y el estallido de las gaitas convirtió la escena solemne en una oleada creciente de alaridos bulliciosos. Un griterío todavía más intenso acogió los toneles de cerveza y whisky que ahora aparecieron sobre caballetes, acompañados de fuentes humeantes de tortas de avena y guisos de carnero. La señora Fitz, que debió de organizar aquella parte de la velada, se inclinó precariamente sobre la balaustrada para vigilar con atención el comportamiento de los mozos, en su mayoría muchachos demasiado jóvenes para prestar un juramento formal.

—¿Dónde están los faisanes? —masculló por lo bajo, estudiando las fuentes que iban apareciendo—. ¿Y las anguilas rellenas? ¡Maldito Mungo Grant, lo despellejaré vivo si ha dejado quemar las anguilas! —Se volvió con decisión y se dirigió hacia la parte

trasera de la galería, obviamente reacia a dejar el manejo de algo tan crítico como el festín en las manos inexpertas de Mungo Grant.

Viendo la oportunidad, me abrí paso detrás de ella, aprovechando la estela que iba dejando entre el gentío. Otras mujeres, agradecidas por tener un motivo para marcharse, se me unieron en el éxodo.

La señora Fitz se volvió al llegar al último escalón, vio el rebaño de mujeres a sus espaldas y frunció el entrecejo con furia.

—A vuestras habitaciones ahora mismo, muchachas —ordenó—. Si no permanecéis ocultas y a salvo será mejor que vayáis a vuestras habitaciones. Pero nada de deambular por los pasillos ni de andar espiando por los rincones. No hay un hombre en este lugar que no esté medio borracho y dentro de una hora será peor. Éste no es sitio para muchachas esta noche.

Entornó la puerta y espió con precaución el pasillo. La costa estaba despejada, de modo que instó a las mujeres a salir y las envió de prisa a sus aposentos en los pisos superiores.

—¿Necesita ayuda? —le pregunté, al llegar a su lado—. Me refiero en las cocinas.

La mujer sacudió la cabeza pero sonrió.

—No, no hace falta, muchacha. Ahora váyase, no está más a salvo que las demás. —Y con un ligero empujón me lanzó al mortecino corredor.

Después de mi encuentro con el guardia, me inclinaba a seguir el consejo. Los hombres de la sala estaban alborotados, bailando y bebiendo sin restricción ni control. No era lugar para una mujer, en eso estaba de acuerdo.

Pero hallar el camino de regreso a mi habitación era otro asunto. Me encontraba en una parte desconocida del castillo y aunque sabía que el piso siguiente tenía un pasaje abierto y techado que lo conectaba con el corredor que conducía a mi cuarto, no podía hallar nada que se pareciera a una escalera.

Giré una esquina y me topé con un grupo de miembros del clan. Eran hombres que no conocía, provenientes de las tierras remotas del clan y desacostumbrados a los modales corteses de un castillo. O al menos eso deduje cuando uno, que al parecer buscaba las letrinas, desistió de su intento y decidió aliviarse en un rincón del corredor en el instante en que yo aparecí.

Giré sobre mis talones de inmediato con la intención de regresar por donde había venido, escaleras o no escaleras. Sin embargo, varias manos me detuvieron y me encontré presionada contra la pared del pasillo, rodeada de escoceses barbudos con aliento a whisky y la violación en sus mentes.

Pasando por alto los preliminares, el hombre que estaba frente a mí me cogió de la cintura y hundió su mano dentro de mi corpiño. Se acercó más y frotó su mejilla barbuda contra mi oído.

—¿Qué te parece un dulce beso de los valientes muchachos del clan MacKenzie? Tulach Ard!

—Por siempre Irlanda —respondí con rudeza y empujé con todas mis fuerzas. Inseguro a causa del whisky, el hombre se tambaleó hacia atrás contra uno de sus compañeros. Me hice a un lado y huí, sacudiendo los pies mientras corría para quitarme los incómodos zapatos.

Otra sombra surgió frente a mí. Vacilé. Parecía haber un solo hombre delante y como diez detrás, acercándose con rapidez a pesar del cargamento de whisky en sus cuerpos. Mantuve el rumbo con prisa, calculando esquivar al hombre de enfrente. Pero se interpuso en mi camino y me detuve con tanta brusquedad que tuve que apoyarle las manos en el pecho para evitar embestirlo. Era Dougal MacKenzie.

—¿Qué demonios...? —comenzó y luego vio a los hombres que me seguían. Me empujó a sus espaldas y ladró algo en gaélico a mis perseguidores. Los hombres

protestaron en el mismo idioma, pero después de un breve intercambio de gruñidos, cedieron y se marcharon en busca de un entretenimiento mejor.

—Gracias —dije, un poco aturdida—. Gracias. Me... me iré. No debería estar aquí abajo. —Dougal me miró, me cogió de un brazo y me forzó a volverme. Estaba desaliñado y era obvio que había estado participando en la jarana en el salón.

—Tiene razón, muchacha —repuso—. No debería estar aquí. Pero ya que está, tendrá que pagar por ello —murmuró. Los ojos le brillaban en la penumbra. Y sin aviso, me atrajo hacia él con violencia y me besó. Me besó con tanta fuerza que lastimó mis labios y los obligó a abrirse. Su lengua tocó la mía y el olor a whisky invadió mi boca. Me agarró con firmeza el trasero y me apretó contra él. A través de las faldas y enaguas, sentí la dureza rígida debajo de la falda escocesa.

Me soltó tan repentinamente como me había cogido. Jadeando, asintió con la cabeza y señaló el pasillo. Un rizo de cabello castaño colgaba sobre su frente y se lo apartó con una mano.

—Ahora lárguese —declaró—. Antes de que pague un precio más alto.

Me marché, descalza.

Dado los desórdenes de la noche anterior, había esperado que la mayoría de los habitantes del castillo durmieran hasta tarde, posiblemente que bajaran haciendo eses en busca de un jarro de cerveza cuando el sol alcanzara su punto más alto —asumiendo que éste decidiera salir, por supuesto. Pero los montañeses escoceses del clan MacKenzie conformaban un grupo más rudo de lo que yo creía. Mucho antes del amanecer, el castillo zumbaba como una colmena ajetreada, con voces agrias llamando de una punta a otra de los corredores y entrechocar de armaduras y taconeo de botas en tanto los hombres se aprestaban para la cacería.

El día era frío y brumoso pero Rupert, con quien me encontré en el patio camino al salón, me aseguró que era el mejor clima para cazar jabalíes.

—Esos animales tienen un pellejo tan grueso que el frío no les afecta —me explicó mientras afilaba con entusiasmo la punta de una lanza contra una piedra de afilar accionada con el pie—. Y se sienten seguros con la niebla densa a su alrededor: no ven a los hombres que se les acercan, ¿entiende?

Me abstuve de señalar que eso significaba que los cazadores tampoco podrían ver a los jabalíes a los que se aproximaban hasta estar encima de ellos.

A medida que el sol comenzaba a vetear la niebla de sangre y oro, la partida de cazadores se congregó en el patio delantero, brillantes de humedad y con las miradas iluminadas de expectación. Me alegró ver que no se esperaba que las mujeres participaran y que éstas se contentaban con repartir pan ázimo y jarras de cerveza a los héroes prestos a partir. Al contemplar el grupo de hombres alejándose hacia el bosque, armados hasta los dientes con lanzas, hachas, arcos, flechas y dagas, sentí un poco de pena por el jabalí.

Una hora después, este sentimiento dio paso a otro de respeto temeroso cuando se me mandó llamar a las afueras del bosque para vendar las heridas de un hombre que, presumí, había tropezado con la bestia en la niebla sin darse cuenta.

—¡Santo cielo! —exclamé mientras examinaba una herida abierta que se extendía desde la rodilla hasta el tobillo—. ¿Un animal hizo esto? ¿Qué tiene, dientes de acero inoxidable?

—¿Eh? —La víctima estaba pálida por el susto y demasiado alterada para contestarme, pero uno de los compañeros que lo había asistido me miró con extrañeza.

—Olvídelo —dije y tiré para ceñir bien el vendaje que había colocado alrededor de la pantorrilla lastimada—. Llévenlo al castillo para que la señora Fitz le dé un caldo

caliente y frazadas. Debo coserlo, pero aquí carezco de lo necesario.

Los gritos rítmicos de los batidores todavía resonaban en la ladera envuelta en neblina. De pronto, un chillido penetrante se elevó sobre la bruma y los árboles. Un faisán sobresaltado abandonó su escondite cercano batiendo las alas con temor.

—Por el amor de Dios, ¿ahora qué? —Cogí una buena cantidad de vendas, dejé a mi paciente con sus cuidadores y me adentré a ciegas en el bosque.

La niebla era más espesa debajo de las ramas y sólo podía ver algunos centímetros por delante, pero el sonido de gritos excitados y pisadas en la maleza me guiaban en la dirección correcta.

Me rozó al pasarme por detrás. Concentrada en el griterío, no lo oí ni lo vi hasta que hubo pasado a mi lado; era una masa oscura moviéndose a una velocidad increíble, las pezuñas diminutas y absurdamente hendidas casi silenciosas sobre las hojas húmedas.

Me quedé tan aturdida por la súbita aparición que al principio no atiné a sentir temor. Me limité a contemplar la bruma en la que aquella cosa negra había desaparecido. Cuando levanté una mano para retirar los bucles que se me pegaban húmedos a la cara, vi la línea roja que la atravesaba. Bajé la vista y descubrí una línea igual en mi falda. El animal estaba herido. ¿El grito habría provenido del jabalí?

Decididamente no. Sabía reconocer el grito de un herido de muerte. Y el cerdo me había pasado con demasiada energía. Respiré hondo y continué avanzando a través de la cortina de niebla, en busca de un hombre herido.

Lo hallé al pie de una pequeña cuesta, rodeado de hombres con faldas. Lo habían cubierto con sus capas para mantenerlo caliente pero podía distinguir la roja humedad sobre la tela. Una huella ancha de barro negro revelaba el lugar por donde había rodado cuesta abajo y un montón de hojas embarradas y tierra removida, donde se había enfrentado al jabalí. Me arrodillé junto a él, aparté la tela y me puse a trabajar.

Acababa de comenzar cuando los gritos a mi alrededor me hicieron volverme. La forma pesadillesca, de nuevo silenciosa, emergió de entre los árboles.

Esta vez tuve tiempo de divisar el mango de un puñal sobresaliendo del costado del animal, quizás obra del hombre que se encontraba en el suelo frente a mí. Los colmillos amarillentos y feroces estaban teñidos de rojo, igual que los ojillos enfurecidos.

Tan pasmados como yo, los hombres empezaron a moverse y a buscar sus armas. Más veloz que el resto, un hombre alto arrancó una lanza de jabalí de las manos de un compañero paralizado y salió al claro.

Era Dougal MacKenzie. Caminaba casi con indiferencia, la lanza baja y en ambas manos, como a punto de levantar una palada de tierra. Toda su atención estaba concentrada en la bestia. Le habló en voz baja, murmurando en gaélico para inducir al animal a dejar el refugio del árbol junto al cual se encontraba.

La primera carga fue repentina como una explosión. La bestia pasó junto a él como una bala, tan cerca que la brisa resultante agitó el tartán marrón de caza. Giró de inmediato y regresó; era un montón de músculo enfadado. Dougal lo sorteó como un torero, pinchándolo con la lanza. Una, dos, tres veces. Era más una danza que un acto violento; ambos adversarios desplegaban sus fuerzas, pero con tal ligereza que parecían flotar sobre el suelo.

El episodio duró apenas un minuto, aunque pareció mucho más. Acabó cuando Dougal, después de girar a un costado para eludir los despiadados colmillos, alzó la punta de la lanza corta y sólida y la clavó entre los hombros de la bestia. Se oyó el ruido sordo y apagado de la lanza y un chillido penetrante que me erizó la piel. Los ojillos del jabalí se movieron de un lado a otro buscando frenéticamente la venganza y las pezuñas se hundieron en el barro mientras se tambaleaba, inseguro. El chillido prosiguió hasta alcanzar un tono inhumano en tanto el cuerpo pesado se derrumbaba, enterrando más profundamente el puñal en la carne velluda. Las delicadas pezuñas patearon el suelo,

formando masas de tierra húmeda.

El chillido cesó de repente. Se hizo el silencio durante un momento, luego se oyó un gruñido del cerdo. Y la mole ya no se movió.

Dougal no había esperado a asegurarse de la muerte del animal; no bien hubo girado en torno al jabalí moribundo, regresó junto al hombre herido. Se arrodilló y pasó un brazo debajo de los hombros de la víctima, tomando el lugar de quien lo había estado sosteniendo. Tenía los pómulos salpicados de sangre y algunas gotas secas le pegaban el cabello a un lado.

—Ya ha pasado, Geordie —dijo, la voz ruda ahora suave—. Ya ha pasado. Está muerto. Todo va bien.

—¿Dougal? ¿Eres tú, amigo? —El hombre herido volvió la cabeza en dirección a Dougal y se esforzó por abrir los ojos.

Yo estaba sorprendida, escuchando mientras comprobaba el pulso y los signos vitales. Dougal el feroz, Dougal el cruel, hablaba al hombre a media voz repitiendo palabras de consuelo, estrechándolo con fuerza contra sí, acariciándole el cabello revuelto.

Me senté sobre los talones y levanté de nuevo el montón de capas. Una herida profunda se extendía por lo menos unos veinte centímetros desde la ingle a lo largo de todo el muslo. La sangre manaba de forma ininterrumpida. Sin embargo, no salía a borbotones; la arteria femoral no estaba cortada, lo que significaba que aún quedaba alguna oportunidad de detener el flujo.

Lo que no podía detenerse era la hemorragia en el vientre, donde los colmillos habían abierto de un tajo piel, músculos y entrañas. No había ninguna vena cortada, pero el intestino estaba perforado. Podía verlo con claridad a través del desgarro de la piel. Ese tipo de herida abdominal resultaba con frecuencia fatal, incluso contando con un quirófano moderno, suturas y antibióticos. El contenido del abdomen desgarrado se vertía dentro de la cavidad del cuerpo y contaminaba toda el área. La infección era mortal. Y allí, sin nada excepto clavos de ajo y flores de milenrama para tratarlo...

Mi mirada se topó con la de Dougal cuando él también contempló la espantosa herida. Sus labios se movieron, articulando en silencio sobre la cabeza del hombre la palabra «¿Vivirá?».

Hice un gesto negativo. Dougal se quedó quieto un instante con Geordie entre los brazos. Luego se inclinó y desató deliberadamente el torniquete de emergencia que yo había aplicado en torno al muslo. Me miró, desafiándome a que protestara, pero permanecí inmóvil excepto por una ligera inclinación de cabeza. Podía taponar la herida y permitir que el hombre fuera transportado al castillo en una parihuela. Podría regresar al castillo, sí, y subsistir allí en agonía creciente en tanto la herida abdominal se ulceraba hasta que la infección se extendiera lo suficiente para por fin matarlo, sumiéndolo quizá durante días en un largo padecimiento. Una muerte mejor, tal vez, era la que Dougal le estaba ofreciendo: morir limpiamente bajo el cielo, con la sangre del corazón manchando las mismas hojas teñidas por la sangre de la bestia que lo había matado. Me arrastré por la hierba húmeda hacia la cabeza de Geordie y alcé la mitad de su peso en mi brazo.

—Ya, ya —lo tranquilicé en el tono que me habían enseñado a utilizar en estas ocasiones—. El dolor pasará pronto.

—Sí. Ha pasado... un poco. Ya no siento la pierna... ni las manos... Dougal... ¿estás ahí? ¿Estás ahí, amigo? —Las manos entumecidas se agitaban a ciegas frente al rostro del hombre. Dougal las tomó con firmeza entre las suyas y se agachó para murmurarle algo al oído.

De repente, la espalda de Geordie se arqueó hacia atrás y sus talones se hundieron con fuerza en el barro. Era la violenta protesta de su cuerpo contra aquello que su mente ya había empezado a aceptar. De tanto en tanto boqueaba, como cualquier hombre que al desangrarse boquea en busca de aire, ávido del oxígeno por cuya falta su cuerpo agoniza.

Un gran silencio reinaba en el bosque. Los pájaros no cantaban en la niebla y los hombres que aguardaban con paciencia acurrucados a la sombra de los árboles estaban tan callados como los propios árboles. Dougal y yo, inclinados juntos sobre el cuerpo en pugna, entre susurros y palabras de consuelo, compartíamos la difícil tarea, triste y necesaria, de ayudar a un hombre a morir.

El viaje colina arriba hacia el castillo fue silencioso. Yo caminaba junto al hombre muerto, que yacía en una improvisada camilla hecha con ramas de pino. Detrás de nosotros, transportado de la misma manera, iba el cadáver de su adversario. Dougal marchaba delante, solo.

Al atravesar el portón hacia el patio central divisé la pequeña figura rechoncha del padre Bain, el sacerdote de la aldea, corriendo tardíamente en auxilio de su feligrés caído.

Dougal se detuvo. Me volví hacia la escalera que llevaba al dispensario, pero él alargó una mano y me detuvo. Los hombres que transportaban el cadáver de Geordie envuelto en capas siguieron hacia la capilla, dejándonos juntos en el corredor desierto. Dougal me cogió de la muñeca y me miró con intensidad.

—No es la primera vez que ve usted morir a alguien violentamente —afirmó sin ambages. No era una pregunta, antes bien una acusación.

—Por supuesto que no —declaré con igual franqueza. Liberé mi mano y lo dejé allí plantado para ir a atender a mi paciente con vida.

La muerte espantosa de Geordie sólo ensombreció momentáneamente los festejos. Aquella tarde se celebró un funeral en la capilla del castillo y los juegos comenzaron al día siguiente.

No pude ver demasiado, ya que estuve ocupada poniendo parches a los participantes. Todo lo que podía decir con certeza de los auténticos juegos escoceses es que se jugaban de veras. Vendé el pie de un hombre que se había cortado tratando de bailar entre espadas, entablillé la pierna rota de una víctima desafortunada que se había interpuesto en el camino de un lanzador de martillo y repartí aceite de ricino y jarabe de nastuerzo a incontables niños que se habían excedido con los dulces. Al atardecer estaba agotada.

Trepé a la mesa del dispensario para asomar la cabeza por la diminuta ventana y respirar un poco de aire. Los gritos, las risas y la música del campo donde se celebraban los juegos habían cesado. Estupendo. No más pacientes nuevos, al menos no hasta el día siguiente. ¿Qué había dicho Rupert que harían después? ¿Tiro con arco? Mmm. Comprobé la provisión de vendas y cerré con cansancio la puerta del dispensario a mis espaldas.

Dejé el castillo y caminé colina abajo hacia el establo. Necesitaba una buena compañía, que no fuera humana, no hablara ni sangrara. También esperaba encontrar a Jamie, cualquiera que fuera su apellido, para tratar de disculparme otra vez por haberlo involucrado en la ceremonia de juramento. Ciertamente había salido airoso de ella, pero de no haber sido por mí, nunca habría estado allí. En cuanto al rumor que Rupert podría estar diseminando sobre nuestra supuesta relación amorosa, prefería no pensar.

También prefería no pensar en mi propia situación, aunque tarde o temprano tendría que hacerlo. Después de mi grandioso y fallido intento de fuga al comienzo de la Reunión, me preguntaba si tendría mejores oportunidades al final. Desde luego, la mayoría de los caballos partirían con los visitantes. Pero todavía quedarían disponibles los del castillo. Y con suerte, la desaparición de uno se atribuiría a un robo casual. Había muchos tipejos de aspecto ruin merodeando por los terrenos de la feria y los juegos. Y en la confusión de la partida, podría pasar un tiempo antes de que alguien advirtiera mi ausencia.

Caminé arrastrando los pies a lo largo del cerco del corral mientras reflexionaba

sobre rutas de escape. La dificultad residía en que tenía una vaguísima idea de dónde me encontraba con relación al lugar al que quería ir. Y dado que gracias a mis servicios médicos durante los juegos ahora me conocían casi todos los MacKenzie entre Leoch y la frontera, no podría pedir direcciones.

De pronto me pregunté si Jamie habría hablado con Colum o Dougal acerca de mi frustrado intento de fuga. Ninguno de los dos lo había mencionado, así que tal vez no.

No había caballos en el corral. Empujé la puerta del establo y mi corazón se detuvo al ver a Jamie y a Dougal sentados uno junto al otro sobre un fardo de paja. Parecían tan sorprendidos por mi presencia como yo por la suya, pero se pusieron cortésmente en pie y me invitaron a sentarme.

—Está bien —dije, retrocediendo hacia la puerta—. No quería inmiscuirme en la conversación.

—Nada de eso, muchacha —respondió Dougal—, lo que acabo de decir al joven Jamie también le concierne a usted.

Lancé una mirada rápida a Jamie, quien contestó con un gesto de cabeza casi imperceptible. De modo que no había hablado con Dougal acerca de mi intento de fuga. Tomé asiento, con cierta cautela hacia Dougal. Recordaba la escena en el corredor la noche del juramento, aunque él jamás se había referido a ella ni con palabras ni con gestos.

—Me iré dentro de dos días —manifestó con brusquedad—. y os llevaré conmigo.

—¿Llevarnos adonde? —inquirí con asombro. Mi corazón se aceleró.

—A través de las tierras de los MacKenzie. Colum no viaja, así que debo visitar a los arredantarios y colonos que no pueden venir a la Reunión. Y hacerme cargo de otros negocios aquí y allá... —Agitó una mano, descartando el asunto como algo trivial.

—¿Pero por qué yo? Quiero decir, ¿por qué nosotros? —quise saber.

Pensó un momento antes de responder.

—Bueno, Jamie es hábil con los caballos. Y en cuanto a usted, muchacha, Colum pensó que sería conveniente llevarla hasta el Fuerte William. El comandante de allí podría... ayudarla a encontrar a su familia en Francia.

«O ayudarte a ti», pensé, «a averiguar quién soy en realidad. ¿Y qué más me ocultas?»

Dougal me observaba, obviamente preguntándose cómo me tomaría yo la noticia.

__De acuerdo —expresé con serenidad—. Parece una buena idea. —Por fuera demostraba tranquilidad, pero por dentro no cabía en mí de júbilo. ¡Qué suerte! Ahora no tendría que intentar escapar del castillo. Dougal me acompañaría casi todo el trayecto. Y suponía que desde el Fuerte William, no me sería muy difícil encontrar mi propio camino. A Craigh Na Dun. Al círculo de piedras. Y con suerte, de regreso a casa.

TERCERA PARTE

De viaje

11

Conversaciones con un abogado

Atravesamos los portones del castillo Leoch dos días más tarde, justo antes del amanecer. En grupos de dos, tres y cuatro, acompañados por los gritos de despedida y los chillidos de los gansos salvajes del lago, los caballos caminaron con cuidado por el puente de piedra. Miré hacia atrás varias veces hasta que la masa del castillo desapareció por fin detrás de una cortina de trémula neblina. La idea de que jamás volvería a ver aquel triste montón de piedras ni a sus habitantes me llenó de una extraña tristeza.

El ruido de los cascos de los caballos parecía amortiguado por la bruma. Las voces se arrastraban a través del aire húmedo de modo que los gritos de un extremo de la larga fila se oían con facilidad en el otro, mientras que los sonidos de las conversaciones cercanas se perdían en murmullos entrecortados. Era como cabalgar en una nube de vapor poblada de fantasmas. Las voces espectrales flotaban en el aire, lejanas un momento, casi vecinas un instante después.

Mi lugar estaba en el medio del grupo, entre un jinete armado cuyo nombre ignoraba y Ned Gowan, el pequeño escribiente que había visto trabajar durante la audiencia de Colum. Era más que un escribiente, como descubrí al conversar con él en el camino.

Ned Gowan era abogado. Nacido, criado y educado en Edimburgo, tenía todo el aspecto de su profesión. Era un hombrecillo de edad avanzada, con costumbres meticulosas y rutinarias. Llevaba una casaca de paño fino, medias de lana, una camisa de hilo con corbatín de encaje y calzones que combinaban muy bien la comodidad necesaria para el viaje con la elegancia propia de su posición. Unos pequeños anteojos enmarcados en oro, una discreta cinta en el cabello y un bicornio de felpa azul completaban el conjunto. Era una imagen tan perfecta de un hombre de leyes que no podía mirarlo sin sonreír.

Cabalgaba a mi lado en una yegua tranquila, cargada con dos enormes bolsas de cuero desgastado. Me explicó que en una llevaba las herramientas de su oficio: tintero, plumas y papeles.

—¿Y para qué es la otra? —pregunté. Si bien la primera tenía aspecto de estar llena, la segunda parecía casi vacía.

—Es para los alquileres de su señoría —respondió el abogado y dio unas palmadas a la bolsa vacía.

—Debe de esperar una buena recaudación, entonces —sugerí. El señor Gowan se encogió de hombros.

—No tanto, querida. Pero la mayor parte será en peniques y otras monedas pequeñas. Y ésas, por desgracia, ocupan más sitio que las grandes. —Esbozó una sonrisa que fue sólo una ligera curva en los finos labios resecos—. En realidad, una pesada carga de cobre y plata es más fácil de transportar que los ingresos de su señoría.

Se volvió para clavar la mirada por encima del hombro en los dos carros tirados por muías que acompañaban al grupo.

—Las bolsas de granos y nabos por lo menos tienen la ventaja de la falta de movimiento. Las aves, si están bien atadas y enjauladas, no me molestan. Tampoco las

cabras, a pesar de que presentan algunos inconvenientes con sus hábitos omnívoros. Una me comió un pañuelo el año pasado, aunque debo admitir que la culpa fue mía por dejar que la tela asomara por el bolsillo de la casaca. —Los delgados labios formaron una línea definida—. Sin embargo, este año he dado instrucciones precisas. No aceptaremos cerdos vivos.

Supuse que la necesidad de proteger las alforjas del señor Gowan y los dos carros explicaban la presencia de los cerca de veinte hombres que conformaban el grupo. Todos iban armados y montados. Había también bastantes animales de carga que llevaban lo que pensé que serían provisiones para el grupo. La señora Fitz, en medio de sus despedidas y recomendaciones, me había dicho que los alojamientos serían primitivos o inexistentes, ya que pasaríamos muchas noches en campamentos junto al camino.

Sentía curiosidad por saber qué había llevado a un hombre con la evidente educación del señor Gowan a aceptar un trabajo en las remotas tierras altas escocesas, lejos de las comodidades de la civilización a las que debía de estar acostumbrado.

—Bueno, en cuanto a eso —dijo en respuesta a mis preguntas—, cuando era joven tenía un pequeño despacho en Edimburgo.

Con cortinas de encaje en la ventana y una brillante placa de bronce con mi nombre en la puerta. Pero me cansé de redactar testamentos y escrituras y de ver los mismos rostros en la calle todos los días. Así que me marché —concluyó con simpleza.

Había comprado un caballo y algunas provisiones y se fue sin saber adonde ni qué haría una vez llegara.

—Verá, debo confesar —prosiguió y se tocó ligeramente la nariz con un pañuelo que llevaba su monograma— cierta afición por... la aventura. No obstante, ni mi situación social ni mis antecedentes familiares me permitían convertirme en bandido o navegante, las ocupaciones más emocionantes que imaginaba en aquellos días. Por lo tanto, decidí que mi mejor alternativa era dirigirme al norte, hacia las tierras altas. Pensé que tal vez, con el tiempo, lograría convencer a algún jefe de clan para, bueno, utilizar mis servicios de alguna manera.

Y en el curso de sus viajes, había encontrado a ese jefe de clan.

—Jacob MacKenzie —pronunció con una sonrisa amable y nostálgica—. Era un viejo bribón pelirrojo y pícaro. —El señor Gowan asintió en dirección a la cabecera de la fila, donde el cabello brillante de Jamie MacTavish destacaba en la neblina—. Su nieto se le parece mucho. Nos conocimos a punta de pistola, Jacob y yo, cuando me asaltó. Le entregué mi caballo y mis bolsas de buen modo, ya que no tenía alternativa. Pero creo que se sorprendió un poco cuando insistí en acompañarlo, a pie si era necesario.

—Jacob MacKenzie. ¿El padre de Colum y Dougal? —pregunté.

El anciano abogado asintió.

—Sí. Por supuesto, todavía no era Señor. Eso ocurrió unos años después... con un poco de ayuda por mi parte —añadió con modestia—. En aquella época... la vida era menos civilizada —dijo con nostalgia.

—¿De veras? —comenté con cortesía—. ¿Y usted fue parte de la herencia de Colum, por así decirlo?

—Algo por el estilo —respondió el señor Gowan—. Hubo algo de confusión cuando Jacob murió, ¿sabe? Colum era el heredero de Leoch, claro, pero... —El abogado hizo una pausa y miró hacia delante y atrás para cerciorarse de que nadie estuviera lo bastante cerca para escuchar. El jinete armado se había adelantado para reunirse con algunos de sus compañeros y unos cuatro cuerpos nos separaban del conductor del carro que nos seguía. —Colum fue un hombre entero hasta los dieciocho años —prosiguió su historia— y prometía convertirse en un buen líder. Tomó a Letitia por esposa como parte de una alianza con los Cameron. Yo redacté el contrato matrimonial —agregó a modo de comentario aparte—. Pero poco tiempo después del casamiento, Colum sufrió una terrible

caída durante una incursión. Se rompió el hueso largo del muslo y soldó mal.

Asentí. No era de extrañar.

—Y entonces —continuó el señor Gowan con un suspiro—, se levantó demasiado pronto de la cama y se cayó por las escaleras. Se rompió la otra pierna. Pasó casi un año en cama, pero pronto quedó claro que el daño era permanente. Fue entonces cuando Jacob murió, por desgracia.

El hombrecillo se interrumpió para organizar sus pensamientos. Luego, volvió a mirar hacia delante, como si buscara a alguien. Al no encontrarlo, se acomodó de nuevo en la montura.

—Fue la época en que hubo tanta agitación por el casamiento de la hermana, también —dijo—. Y Dougal... bueno, me temo que Dougal no actuó muy bien en aquel asunto. De lo contrario, lo hubieran nombrado jefe, pero se pensaba que aún no tenía el juicio necesario. —Meneó la cabeza—. Hubo un gran revuelo. Vinieron primos y tíos y arrendatarios y se llevó a cabo una gran Reunión para decidir el asunto.

—Pero después de todo, eligieron a Colum, ¿verdad? —intervine. Una vez más, me maravilló la personalidad de Colum MacKenzie. Y mirando de reojo al hombrecillo arrugado que cabalgaba a mi lado, pensé que Colum también había tenido suerte al elegir a sus aliados.

—Así fue, pero sólo porque los hermanos permanecieron firmemente unidos. No había duda alguna sobre el valor de Colum ni sobre su mente, sólo sobre su cuerpo. Era evidente que jamás podría volver a conducir a sus hombres en una batalla. Pero allí estaba Dougal, fuerte y entero, aunque algo impredecible e impulsivo. Se puso detrás de la silla de su hermano y juró obedecer las órdenes de Colum y ser sus piernas y su brazo armado en el campo de batalla. Entonces, se sugirió que Colum fuera nombrado Señor, como debía ser y Dougal, jefe militar, para liderar el clan en tiempos de guerra, Existían precedentes de ese tipo de situación —añadió.

La modestia con que había dicho «se sugirió» dejaba en claro quién había sugerido la alternativa.

—¿Y usted es hombre de quién? ¿De Colum o de Dougal? —pregunté.

—Mis intereses deben ser los del clan en general —respondió el señor Gowan, circunspecto—. Desde el punto de vista formal, presté juramento a Colum.

Y desde el informal también, pensé. Había visto la ceremonia de juramento, aunque no recordaba específicamente la silueta del abogado entre tantos hombres. Nadie podría haber presenciado aquel acto y permanecer impávido, ni siquiera un hombre de leyes. Y el hombrecillo de la yegua baya, a pesar de su edad y su devoción por la ley, tenía, según su propio testimonio, el alma de un romántico.

—Usted debe de ser una gran ayuda para él —apunté con diplomacia.

—Bueno, le aconsejo de vez en cuando —confesó—. Al igual que a otros. Si llega a necesitar un consejo, querida —agregó con expresión radiante—, no dude en recurrir a mí. Le aseguro que puede confiar en mi absoluta discreción. —Hizo una semirreverencia en la montura.

—¿Tanto como en su lealtad a Colum MacKenzie? —inquirí con las cejas enarcadas. Los pequeños ojos oscuros sostuvieron mi mirada y reconocí el ingenio y la agudeza en las opacas pupilas.

—Ah, bueno —expresó sin disculparse—. Valía la pena intentarlo.

—Supongo que sí —convine, más divertida que molesta—. Pero puedo asegurarle, señor Gowan, que no necesito de su discreción, por lo menos en este momento.

Era contagioso, pensé al escucharme. Hablaba igual que él.

—Soy una dama inglesa —añadí con firmeza—. Nada más. Colum pierde su tiempo... y el de usted... al tratar de sonsacarme secretos que no existen. —O que existen, pero no se pueden contar, pensé. Era posible que la discreción del señor Gowan fuera

ilimitada, pero no su creencia—. ¿Acaso le envió para que me obligara a revelarle secretos? —aventuré al ocurrírseme de pronto la posibilidad.

—Oh, no. —La idea arrancó una risita al señor Gowan—. Claro que no, querida. Cumplo una función esencial en estos viajes. Llevo los registros y los recibos para Dougal y satisfago los pequeños requerimientos legales que puedan tener los miembros del clan en las zonas más alejadas. Y me temo que a pesar de mi avanzada edad, no he superado aún la avidez por la aventura. Ahora las cosas son mucho más tranquilas que antes. —Suspiró con algo de pesar—. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de un asalto en el camino o un ataque cerca de la frontera. —Palmeó la segunda alforja en su montura—. Esta bolsa no está del todo vacía, ¿sabe? —Levantó la tapa lo suficiente para que yo viera las brillantes culatas ornamentadas de un par de pistolas, ingeniosamente colocadas en bolsillos gemelos para mantenerlas a mano.

Su mirada penetrante observó cada detalle de mi atuendo y apariencia.

—Debería ir armada, querida —precisó en un tono de suave reproche—. Aunque supongo que Dougal ha debido de pensar que no era conveniente... todavía. Le hablaré al respecto —prometió.

Pasamos el resto del día conversando sobre sus recuerdos del añorado pasado, cuando los hombres eran hombres y la huella perniciosa de la civilización no se había difundido aún sobre la hermosa faz agreste de las tierras altas de Escocia. Al caer la noche, acampamos en un claro junto al camino. Tenía una manta enrollada y atada detrás de mi montura. Con ella, me dispuse a pasar mi primera noche de libertad fuera del castillo. No obstante, cuando me alejé del fuego y me dirigí a un sitio detrás de los árboles, sentí las miradas que me seguían. Incluso al aire libre, parecía que la libertad tenía sus límites definidos.

Llegamos a la primera parada casi al mediodía del segundo día. No era más que un grupo de tres o cuatro cabañas, situadas a cierta distancia del camino, al pie de un pequeño valle. De una de ellas se trajo un banco para Dougal. Luego se armó una mesa con tres tablones para que el señor Gowan tuviera un lugar donde escribir.

El abogado extrajo un enorme paño de hilo almidonado de uno de los bolsillos de su casaca y lo apoyó cuidadosamente sobre un tocón que obviamente solía utilizarse de tajadero. Se sentó allí y comenzó a desplegar el tintero, libros y recibos con el mismo esmero que si estuviera detrás de sus cortinas de encaje de Edimburgo.

Uno por uno, los hombres de las granjas vecinas aparecieron para llevar a cabo su encuentro anual con el representante del feudo. Se trataba de una reunión informal, con mucho menos protocolo que la Audiencia del castillo Leoch. Los colonos llegaban de los campos o las cabañas, acercaban un banco desocupado y se sentaban junto a Dougal, con aparente confianza, a explicar, quejarse o, simplemente, a conversar.

Algunos iban acompañados de uno o dos hijos robustos, cargados con bolsas de granos o lana. Al término de cada conversación, el infatigable Ned Gowan escribía el recibo de pago de la renta anual, registraba la transacción en su libro mayor y hacía un gesto con la mano para que uno de los ganaderos cargara el pago en un carro. En ocasiones menos frecuentes, un pequeño montón de monedas desaparecía con un suave tintineo en las profundidades de su alforja de cuero. Mientras tanto, los jinetes armados descansaban bajo los árboles o se internaban en la orilla boscosa... para cazar, supuse.

La misma escena, con algunas variaciones, se repitió durante los días siguientes. De tanto en tanto, me invitaban a alguna cabaña a beber sidra o leche y las mujeres se aglomeraban en la única y estrecha habitación para hablar conmigo. En ciertos casos, el grupo de rústicas cabañas era lo bastante grande como para justificar la existencia de una

taberna o posada, que se convertía, entonces, en el centro de operaciones de Dougal.

En algunas ocasiones, las rentas incluían un caballo, una oveja o algún otro animal vivo. Por lo general, las bestias se cambiaban a alguien del vecindario por algo portátil, o si Jamie declaraba que el caballo en cuestión era apto para formar parte de los establos del castillo, se añadía al grupo.

La inclusión de Jamie en la partida me intrigaba. Era cierto que el joven sabía de caballos, pero los demás hombres también, incluido Dougal. Además, los caballos constituían una forma de pago poco habitual y no solían ser nada especial en términos de calidad. Me preguntaba, entonces, por qué se habría juzgado necesario traer a un experto. Una semana después de iniciado el viaje, en una aldea de nombre impronunciable, descubrí la verdadera razón por la cual Dougal había querido traer a Jamie.

La aldea, aunque pequeña, era lo suficientemente grande como para contar con una taberna con dos o tres mesas y varios bancos destartalados. Dougal llevó a cabo la audiencia y cobró las rentas. Después de un indigesto almuerzo de carne salada y nabos, entretuvo a su corte. Invitó a cerveza a los arrendatarios y colonos que se habían quedado después de sus transacciones y a algunos aldeanos que pasaban por la taberna al terminar sus tareas para mirar boquiabiertos a los forasteros y escuchar las noticias que traíamos.

Estaba sentada en un banquillo en un rincón, bebiendo cerveza amarga y aprovechando la pausa en la cabalgata. No prestaba mucha atención a Dougal, que hablaba, parte en gaélico y parte en inglés, sobre las granjas; contaba chismes, lo que parecían ser bromas obscenas y relatos interminables.

Me preguntaba cuánto tiempo tardaríamos, a este paso, en llegar al Fuerte William. Y una vez allí, cómo haría para separarme de los escoceses del castillo Leoch sin caer en manos de los soldados ingleses. Perdida en mis pensamientos, no noté que Dougal hablaba solo, en una especie de discurso. Su audiencia lo escuchaba absorta, con esporádicas exclamaciones e interjecciones. Al volver lentamente a tomar conciencia de mi entorno, me di cuenta de que Dougal, con gran maestría, estaba arengando a sus espectadores en contra de algo.

Eché un vistazo a mi alrededor. El gordo Rupert y el diminuto abogado, Ned Gowan, estaban sentados detrás de Dougal. Habían olvidado sus jarras de cerveza en el banco mientras escuchaban con atención. Jamie, con el entrecejo fruncido y la mirada clavada en su jarra, tenía los codos apoyados en la mesa. No parecía importarle mucho el discurso de Dougal.

De improviso, Dougal se puso en pie, cogió el cuello de la camisa de Jamie y tiró de él. La vieja camisa se rasgó de arriba abajo. Sorprendido, Jamie se quedó tieso. Entrecerró los ojos y vi que apretaba la mandíbula, pero no se movió cuando Dougal separó la tela rota para exponer su espalda a los parroquianos.

La audiencia reaccionó con sobresalto e indignación al ver la espalda del joven cubierta de cicatrices. Abrí la boca para protestar, pero oí la palabra «Sassenach» pronunciada con rencor, y la volví a cerrar.

Jamie, con el rostro pétreo, se levantó y dio un paso atrás para apartarse de la pequeña aglomeración que lo rodeaba. Con cuidado, se quitó los restos de la camisa e hizo una pelota con ella. Una pequeña anciana, que apenas le llegaba al codo, meneaba la cabeza y le palmeaba la espalda con ternura al tiempo que trataba, por lo que pude apreciar, de consolarlo en gaélico. Si ésa era su intención, sus palabras no estaban logrando el efecto deseado.

Jamie respondió, lacónico, a algunas preguntas de los hombres presentes. Las dos o tres muchachas que habían llegado para comprar cerveza para las cenas familiares se agruparon contra la pared del otro lado del salón y comenzaron a murmurar entre sí mientras observaban la escena con ojos como platos.

Jamie dirigió una mirada a Dougal que debió de dejarlo helado y arrojó los

despojos de su camisa a un rincón de la chimenea. Abandonó el lugar con tres zancadas, sin prestar atención a los susurros compasivos de la gente.

Concluido el espectáculo, los presentes se volvieron hacia Dougal. No entendí los comentarios, a pesar de que las pocas palabras que capté parecían referirse a los ingleses con muy poca simpatía. Me debatía entre seguir a Jamie y quedarme donde estaba. Supuse que no querría compañía, por lo que me encogí en el banco y mantuve la cabeza agachada en tanto contemplaba mi borroso y pálido reflejo en la superficie de la jarra de cerveza.

El tintineo de metal me hizo levantar la mirada. Uno de los hombres, un colono robusto vestido con calzones de cuero, había tirado unas monedas sobre la mesa frente a Dougal y comenzado su propio discurso. Dio un paso atrás, con los pulgares metidos en el cinto, como si desafiara al resto a hacer algo. Al cabo de una pausa llena de incertidumbre, uno o dos audaces más lo imitaron y luego otros más, extrayendo monedas de cobre de sus bolsas y morrales. Dougal les dio las gracias calurosamente e hizo una señal al tabernero para invitar a una ronda de cerveza. Advertí que el abogado Ned Gowan guardaba las nuevas contribuciones en una bolsa distinta de la utilizada para almacenar las rentas destinadas a las arcas de Colum. Entonces comprendí el propósito de la pequeña actuación de Dougal.

Las rebeliones, al igual que otros negocios comerciales, requieren capital. La formación y el aprovisionamiento de un ejército cuesta oro, así como el mantenimiento de sus cabecillas. Y por lo poco que recordaba del príncipe Carlos, el joven pretendiente al trono, parte de su apoyo había provenido de Francia, pero otra parte del financiamiento de su infructuoso levantamiento había surgido de los bolsillos casi vacíos del pueblo que se proponía gobernar. O sea que Colum o Dougal, o ambos, eran jacobitas, seguidores del joven pretendiente, opositores del ocupante legal del trono de Inglaterra, Jorge II.

Por fin, los últimos colonos y arrendatarios se fueron a cenar. Dougal se puso en pie y se desperezó con aire satisfecho, como un gato que a falta de crema, ha bebido un tazón de leche. Sopesó la bolsa y se la arrojó de vuelta a Ned Gowan para que la guardara.

—Bastante bien —comentó—. No se puede esperar gran cosa de un sitio tan pequeño. Pero si seguimos así, juntaremos una suma respetable.

—Yo no diría «respetable» —lo corregí con aire estirado mientras surgía de mi escondite.

Dougal se volvió como si me viera por primera vez.

—¿No? —inquirió con una mueca divertida—. ¿Por qué no? ¿Acaso le molesta que los súbditos leales contribuyan para apoyar a su soberano?

—De ninguna manera —repliqué sin apartarle la mirada—. No importa de qué soberano se trate. Lo que no me gusta es su método de recaudación.

Me observó con cuidado, como si mis facciones pudieran revelarle algo.

—¿No importa de qué soberano se trate? —repitió con suavidad—. Creí que no hablaba gaélico.

—No lo hablo —respondí, cortante—. Pero tengo una cabeza y dos orejas que funcionan bien. Y aunque no sé cómo se dice «a la salud del rey Jorge» en gaélico, dudo mucho que se parezca a «Bragh Stuart».

Echó atrás la cabeza y rió.

—Es verdad —convino—. Le diría la palabra gaélica que corresponde a su soberano, pero no es lenguaje apropiado para una dama, ni siquiera para una Sassenach.

Se agachó, recogió la camisa enrollada de entre las cenizas y la sacudió para quitarle el polvo.

—Ya que no aprueba mis métodos, tal vez desee remediarlos —sugirió y me entregó la camisa rota—. Pídale una aguja a la dueña de la casa y cósala.

—Cósala usted. —Se la tiré a la cara y me di media vuelta para marcharme.

—Como quiera —repuso Dougal sin molestarse—. Jamie coserá su propia camisa

ya que usted no está dispuesta a ayudar.

Me detuve. Luego giré con la mano extendida.

—De acuerdo —comencé, pero una enorme mano me interrumpió al pasar por encima de mi hombro para arrancar la camisa de las manos de Dougal. Con mirada sombría, que dirigió a ambos con igual intensidad, Jamie colocó la camisa debajo del brazo y se marchó tan silenciosamente como había entrado.

Nos dieron alojamiento en la cabaña de un granjero. En realidad, me lo dieron a mí. Los hombres durmieron fuera, apoyados en varios fardos de heno, carros y hierba. Por deferencia a mi sexo o a mi condición de casi prisionera, me concedieron un jergón en el suelo de la cabaña, junto a la chimenea.

Si bien mi jergón resultó harto preferible al único camastro en el que dormía toda la familia, compuesta por seis miembros, comencé a envidiar a los hombres por sus aposentos al aire libre. El fuego no estaba apagado, sólo sofocado para pasar la noche. Hacía calor dentro de la cabaña y el ambiente estaba cargado de aromas y sonidos procedentes de sus moradores inquietos, gruñones, roncadores, sudados y malolientes.

Después de un rato, abandoné la idea de dormir en aquella habitación enrarecida. Me levanté, cogí una frazada y salí. El aire del exterior era tan fresco en comparación con la atmósfera pesada de la cabaña que me apoyé en la pared de piedra para dejar que el refrescante oxígeno entrara a bocanadas en mis pulmones.

Un hombre que hacía guardia, sentado en silencio bajo un árbol junto al sendero, se limitó a observarme. Debió de llegar a la conclusión de que no iría muy lejos en camiseta y continuó tallando un pequeño objeto. La luna brillaba y la hoja de la pequeña daga destellaba entre las sombras de las hojas de los árboles.

Caminé alrededor de la cabaña y trepé un poco por la colina que había detrás, siempre con cuidado de no tropezar con las siluetas dormidas. Encontré un lugar agradable e íntimo entre dos grandes rocas y me arreglé un cómodo nido con un montón de hierbas y mi frazada. Acostada en el suelo, observé la luna llena en su lento viaje por el cielo.

Así había visto salir la luna desde la ventana del castillo Leoch la primera noche de mi estancia como invitada involuntaria de Colum. Un mes atrás... un mes desde mi calamitoso pasaje por el círculo de rocas. Al menos, ahora creía saber por qué las piedras habían sido colocadas allí.

Lo más probable era que las piedras en sí no tuvieran importancia. Eran indicadores. Al igual que un cartel al pie de un precipicio advierte sobre el peligro de desprendimientos, las rocas erectas señalaban un lugar de peligro. Un lugar donde... ¿qué? ¿Donde la corteza del tiempo era delgada? ¿Donde algún tipo de puerta permanecía entornada? Las personas que habían diseñado el círculo no sabían lo que señalaban con él. Para ellos, aquel sitio era un gran misterio, un lugar de magia poderosa donde la gente desaparecía sin aviso. O aparecía, tal vez, de la nada.

Vaya pensamiento. ¿Qué hubiera ocurrido, me pregunté, si hubiera habido alguien en la colina de Craigh na Dun cuando aparecí allí, de pronto? Supuse que debía depender de la época en la que uno entraba. Aquí, si un campesino se hubiera topado conmigo en aquellas circunstancias, me habría considerado una especie de bruja o hada. Dada la reputación de aquella colina en particular, más probablemente un hada.

Y quizá de allí proviniera su reputación, pensé. Si durante años la gente había aparecido y desaparecido de repente en un lugar, era lógico que el sitio tuviera fama de estar encantado.

Asomé un pie por debajo de la manta y moví los dedos largos bajo la luz de la luna. Muy impropio de un hada, decidí. Con mi metro setenta de estatura, era una mujer alta

para esta época, tanto como muchos hombres. Ya que a duras penas podía pasar como un miembro del clan de los duendes, sin duda me habrían tomado por una bruja o algún espíritu maligno. Por lo poco que sabía de los métodos utilizados en este siglo para manejar este tipo de fenómenos, sólo podía alegrarme de que nadie me hubiera visto aparecer.

Traté de imaginar qué sucedería si fuera a la inversa. ¿Qué pasaría si alguien de esta época apareciera en la mía? Después de todo, era exactamente lo que planeaba hacer, si es que encontraba la forma. ¿Cómo reaccionaría un escocés actual, como la señora Buchanan, la encargada del correo, si alguien como Murtagh, por ejemplo, de pronto surgiera de la tierra bajo sus pies?

La reacción más probable sería salir corriendo, llamar a la policía o tal vez, no hacer nada salvo contar a amigos y vecinos el curioso suceso acontecido días atrás...

¿Y el visitante? Bueno, con algo de suerte y cuidado, quizá lograra adaptarse a la nueva época sin atraer demasiado la atención. De hecho, hasta ahora yo había logrado pasar bastante bien como una habitante de esta época y lugar, a pesar de que mi apariencia y mi manera de hablar habían generado sospechas.

¿Y si la persona fuera demasiado diferente o decidiera proclamar lo que le había ocurrido? Si el aterrizaje fuera en una época primitiva, lo más probable era que mataran al extraño sin preámbulos. En épocas más avanzadas, lo considerarían un loco y lo confinarían en alguna institución, si no cerraba la boca.

Este tipo de fenómenos debían de estar ocurriendo desde que el mundo era mundo. Aun en el caso de que se produjeran delante de testigos, no habría pistas, nada que explicara lo acontecido, porque la única persona que lo supiera habría desaparecido. En cuanto a los desaparecidos, lo más probable era que mantuvieran la boca cerrada al otro lado.

Sumergida en mis pensamientos, no había notado el lejano murmullo de voces ni las pisadas en la hierba. Me sobresalté al oír una voz a escasa distancia.

—Que el diablo te lleve, Dougal MacKenzie —expresó la voz—. Aunque seas mi pariente, no te debo nada. —La voz hablaba bajo, tensa por la ira.

—¿Conque no? —respondió otra voz, ligeramente divertida—. Me parece recordar un juramento de obediencia. «En tanto mis pies descansen en tierras del clan MacKenzie», creo que dijiste. —Se sintió un golpe sordo, como si un pie pateara el suelo—. Estamos en tierras de los MacKenzie, muchacho.

—Di mi palabra a Colum, no a ti. —Así que se trataba del joven Jamie MacTavish. Era fácil adivinar por qué estaba enfadado.

—Es lo mismo, hombre, y lo sabes. —Hubo un ruido como de una bofetada ligera—. Has jurado obedecer al jefe del clan y fuera de Leoch, soy la cabeza, piernas, brazos y manos de Colum.

—Y jamás he visto un mejor ejemplo de aquello de que la mano derecha no sabe lo que trama la izquierda —fue la rápida réplica. A pesar de la amargura en la voz, se notaba que su mente disfrutaba con este enfrentamiento—. ¿Qué crees que dirá la derecha cuando se entere de que la izquierda junta oro para los Estuardo?

Hubo una breve pausa antes de que Dougal contestara.

—Los MacKenzie, los MacBeolain y los MacVinich son todos hombres libres. Nadie puede obligarlos a colaborar contra su voluntad y nadie puede detenerlos tampoco. ¿Y quién sabe? Quizá Colum termine dándole más al príncipe Carlos Eduardo que todos los demás juntos.

—Quizá —convino la voz más grave—. También es posible que mañana llueva de abajo para arriba. Eso no quiere decir que vaya a esperar al rellano de la escalera con un balde al revés.

—¿No? Tienes más que ganar que yo si los Estuardo recuperan el trono, muchacho.

Y nada de los ingleses, excepto la horca. Si no te importa tu propio cuello...

—Mi cuello es problema mío —lo interrumpió Jamie, furioso—. Y mi espalda también.

—No mientras viajes conmigo, muchachito —precisó la voz burlona de su tío—. Si quieres oír lo que Horrocks quiera decirte, harás lo que te manden. Será mejor así; eres bueno con la aguja, pero tienes una única camisa limpia.

Hubo un movimiento, como si alguien se incorporara de una roca, y luego el ruido suave de pisadas en el césped. Aunque era sólo el de un par de pies, advertí. Me senté sin hacer ruido y espié con cuidado por el borde de una de las rocas que me ocultaban.

Jamie estaba todavía allí, sentado en una piedra a corta distancia. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la barbilla hundida en las manos entrelazadas. Me daba la espalda. Comencé a retroceder, pues no deseaba molestarlo, cuando habló.

—Sé que estás ahí —dijo—. Ven si lo deseas. —Por el tono de su voz supe que le daba igual. Me puse en pie dispuesta a acercarme, cuando me di cuenta de que estaba en camiseta. Después de decidir que él ya tenía suficiente de qué preocuparse sin tener que avergonzarse por mi apariencia, me envolví en la manta y salí de mi escondite.

Me senté cerca de él y me apoyé en una roca mientras lo observaba. Salvo por un leve movimiento de cabeza a manera de saludo, me ignoró, absorto por completo en pensamientos no muy agradables, a juzgar por la expresión sombría de su rostro. Con un pie golpeaba, inquieto, la roca en la que estaba sentado. Se retorcía los dedos, los apretaba y los estiraba con tanta fuerza que hacía sonar los nudillos con un ruido sordo.

El ruido de los nudillos me recordó al capitán Manson, oficial de suministros del hospital de campaña donde yo había trabajado; el capitán Manson sufría por las carencias, entregas postergadas y demás infinitas idioteces de la burocracia militar como si se trataran de heridas personales. Si bien solía ser un hombre moderado y agradable, cuando las frustraciones lo agobiaban, se retiraba un instante a su oficina privada y golpeaba la pared con todas sus fuerzas. Los visitantes que aguardaban en la recepción observaban fascinados cómo el delgado tabique temblaba bajo el impacto de los golpes. Unos minutos después, el capitán Manson salía de su despacho, con los nudillos lastimados pero con la calma necesaria para lidiar con la crisis del momento. Cuando lo transfirieron a otra unidad, la pared de su oficina estaba marcada con las huellas de sus puños.

Contemplar al joven sentado en la roca tratando de dislocarse los dedos era como observar al capitán frente a un imposible problema de aprovisionamiento.

—Necesitas golpear algo —dije.

—¿Cómo? —Levantó la cabeza sorprendido. Por lo visto, había olvidado que yo estaba allí.

—Golpea algo —le aconsejé—. Te sentirás mejor.

Movió los labios como para decir algo, pero en cambio, se levantó y se dirigió a un cerezo de aspecto robusto. Le asestó un fuerte puñetazo. Al parecer, le resultó reconfortante, porque golpeó el tambaleante tronco varias veces más. Una lluvia de pétalos rosados cayó sobre su cabeza.

Un instante después, regresó a la roca chupándose los nudillos lastimados.

—Gracias —manifestó con una leve sonrisa—. Tal vez sí pueda dormir esta noche.

—¿Te has hecho alguna herida en la mano? —Me incorporé para examinarla, pero sacudió la cabeza al tiempo que se frotaba los nudillos con la palma de la otra.

—No, no es nada.

Permanecimos allí de pie en medio de un silencio incómodo. No quería hablar de la escena que había escuchado ni de los sucesos de la tarde. Por fin, aventuré:

—No sabía que fueras zurdo.

—Sí, siempre lo he sido. El maestro solía atarme la mano izquierda detrás de la espalda para obligarme a escribir con la otra.

—¿Puedes hacerlo? Quiero decir, ¿puedes escribir con la derecha?

Asintió y volvió a llevarse la mano herida a la boca.

—Sí, pero me da dolor de cabeza.

—¿Eres zurdo para pelear también? —pregunté para distraerlo—. ¿Con la espada? —No llevaba armas en aquel momento, excepto su daga. Pero durante el día, siempre llevaba espada y pistolas, como la mayoría de los hombres de la partida.

—No, manejo la espada con ambas manos. Un espadachín zurdo está en desventaja porque pelea con el lado izquierdo vuelto hacia el oponente. Y el corazón está en ese lado, ¿comprendes?

Demasiado nervioso como para quedarse quieto, había comenzado a caminar por el claro y a hacer gestos ilustrativos con una espada imaginaria.

—No tiene gran importancia con una espada grande —explicó. Extendió los brazos y unió las manos para realizar un elegante arco en el aire—. Por lo general se utilizan ambas manos —prosiguió—. O, si se está lo suficientemente cerca para usar una sola, da lo mismo cuál sea, porque se baja y atraviesa al hombre a la altura del hombro. No de la cabeza —aclaró—. Si se da en el lugar correcto —añadió y pegó con el canto de la mano en la unión del cuello y el hombro—, lo mata. Y si no es un corte preciso, de todos modos el hombre no volverá a pelear ese día... Lo más probable es que no vuelva a hacerlo jamás —concluyó.

Bajó la mano izquierda al cinturón y extrajo la daga con un movimiento similar al del agua al caer de un vaso.

—Ahora bien, para luchar con espada y daga a la vez —continuó—, si no se tiene escudo para proteger la mano de la daga, hay que privilegiar el lado derecho con la espada en esa mano, y sacar la daga desde abajo cuando se pelea de cerca. Pero si la mano de la daga está bien protegida, se puede atacar de cualquiera de los dos lados y doblar el cuerpo. —Se agachó y viró para ilustrar el ejemplo—. De ese modo, se mantiene la espada del enemigo a distancia. Sólo se utiliza la daga si se pierde la espada o el uso del brazo que sostiene la espada.

Se inclinó y levantó el puñal con una estocada rápida y mortal que se detuvo a dos centímetros de mi pecho. Retrocedí involuntariamente. Jamie se enderezó de inmediato y guardó la daga con una sonrisa avergonzada.

—Lo lamento. Sólo alardeaba. No tenía intención de asustarte.

—Eres muy hábil —comenté con sinceridad—. ¿Quién te enseñó a pelear? Supongo que otro zurdo.

—Sí, fue un luchador zurdo. El mejor que he visto. —Sonrió, pero la sonrisa, carente de humor, desapareció enseguida—. Dougal MacKenzie.

La mayoría de las flores del cerezo ya habían caído de su cabeza; sólo unos pocos pétalos rosados colgaban de sus hombros. Estiré la mano para quitarlos. La costura de la camisa estaba bien remendada, aunque no se tratara de un trabajo artístico. Incluso un trozo pequeño de tela rasgada estaba unida con una costura.

—¿Lo hará otra vez? —pregunté de pronto, sin poder contenerme.

Hizo una pausa antes de responder, pero no intentó fingir que no sabía a qué me refería.

—Oh, sí —contestó por fin—. Le sirve para lograr lo que quiere, ¿comprendes?

—¿Dejarás que lo haga? ¿Dejarás que te utilice de esa manera?

Miró a lo lejos, hacia la taberna, donde todavía se veía una luz por entre las grietas de las maderas. Tenía la cara tan lisa como una pared.

—Por ahora.

Continuamos nuestro recorrido sin avanzar más que unos kilómetros por día. Con frecuencia, nos deteníamos para que Dougal atendiera sus negocios en un cruce de caminos o una cabaña, donde varios arrendatarios se reunían con sus bolsas de grano y su escaso dinero. La rápida pluma de Ned Gowan registraba todo en los libros y el abogado dispensaba los recibos necesarios que extraía de su bolsa de papeles.

Y cuando llegábamos a un caserío o pueblo con suficientes habitantes como para tener una posada o taberna, Dougal volvía a llevar a cabo su espectáculo. Invitaba a todos a cerveza, contaba historias, daba discursos y, si consideraba que las posibilidades eran buenas, obligaba a Jamie a enseñar sus cicatrices. Así, algunas monedas más se agregaban a la segunda bolsa, destinada a Francia y a la corte del joven pretendiente.

Yo trataba de anticiparme a los hechos y me marchaba antes del suceso central. La crucifixión pública jamás ha sido de mi gusto. Si bien la reacción inicial ante la espalda de Jamie era de horrorizada compasión, seguida de exclamaciones de odio hacia el ejército inglés y el rey Jorge, solía haber un dejo de desprecio que hasta yo podía detectar. En una ocasión, escuché a un hombre susurrar en inglés a un amigo:

—Horrible, ¿no? Por Dios, me ahogaría en mi propia sangre antes de dejar que un Sassenach me utilizara de esa manera.

Enfadado y triste, el estado de ánimo de Jamie empeoraba con el paso de los días. Se ponía la camisa en cuanto podía, evitaba las preguntas y muestras de conmiseración y buscaba una excusa para abandonar la reunión. Y nadie lo veía hasta que volvíamos a montar al día siguiente.

El punto límite tuvo lugar unos días más tarde, en una pequeña aldea llamada Tunnaig. Esta vez, Dougal seguía arengando a la multitud con una mano apoyada en el hombro desnudo de Jamie, cuando uno de los espectadores, un joven de pelo oscuro, largo y sucio, hizo un comentario personal a Jamie. No pude entender lo que dijo, pero el efecto fue instantáneo. Jamie se liberó de la mano de Dougal y golpeó al muchacho en el estómago y lo tiró al suelo.

Yo estaba aprendiendo algunas palabras en gaélico, aunque aún no comprendía el idioma. Sin embargo, había descubierto que aunque no entendiera las palabras, podía averiguar lo que decían por la actitud del orador.

«¡Levántate y repite lo que has dicho!» suena igual en cualquier colegio, taberna o callejón del mundo.

Lo mismo ocurre con «¡Claro, amigo!» y «¡A él, muchachos!».

Jamie desapareció bajo una avalancha de ropa harapienta cuando la mesa con las rentas sucumbió bajo el peso del muchacho del pelo sucio y dos de sus amigos. Los inocentes espectadores se apoyaron en las paredes de la taberna y se prepararon para disfrutar de la pelea. Me acerqué a Ned y a Murtagh y miré con ansiedad la montaña de miembros. De cuando en cuando, un solitario destello pelirrojo asomaba entre el mar de piernas y brazos.

—¿No deberían ayudarle? —murmuré a Murtagh. La idea pareció sorprenderlo.

—No, ¿por qué?

—Pedirá auxilio si lo necesita —interpuso Ned Gowan mientras observaba la escena con tranquilidad.

—Si usted lo dice —cedí, no muy convencida.

No estaba nada segura de que Jamie pidiera auxilio en caso de necesitarlo. En aquel momento, un robusto muchacho vestido de verde le estaba sacudiendo. Mi opinión personal era que Dougal pronto se quedaría sin la estrella de su espectáculo, pero él no parecía preocupado. De hecho, nadie parecía molesto por el pandemónium que se había organizado a nuestros pies. Se hicieron algunas apuestas, pero la actitud general era de tranquila diversión.

Me alegró ver que Rupert, con aire distraído, se cruzaba en el camino de un par de

hombres al parecer dispuestos a entrar en acción. Cuando dieron un paso hacia la pelea, Rupert se limitó a pararse delante de ellos con la mano apoyada en la daga. Los hombres retrocedieron, decidiendo dejar las cosas como estaban.

Por lo visto, para la mayoría de los presentes, una pelea de tres contra uno no era una lucha desigual. Dado que ese uno era bastante grande, un luchador preparado y, obviamente, presa de una ira frenética, tal vez fuera cierto.

La riña comenzó a definirse con la abrupta retirada del combatiente de verde, quien se alejó con la nariz chorreando sangre, producto de un certero codazo.

Continuó unos minutos más, pero el resultado era cada vez más evidente, en especial cuando otro oponente cayó de costado y rodó bajo una mesa, gimiendo y agarrándose la entrepierna. Jamie y su contrincante inicial seguían golpeándose con entusiasmo en medio del suelo. No obstante, los seguidores de Jamie ya estaban recolectando sus ganancias. Gracias a un puñetazo en el pecho, seguido de un recio golpe en los riñones, el joven del pelo sucio decidió que no valía la pena correr riesgos innecesarios.

Agregué una traducción mental de «¡Basta, me rindo!» a mi lista creciente de palabras en gaélico.

Jamie se levantó despacio del cuerpo de su último oponente y la multitud lo ovacionó. Sin aliento, asintió en agradecimiento y se dejó caer en uno de los pocos bancos que seguían en pie. Bañado en sudor y sangre, aceptó una jarra de cerveza que le ofreció el tabernero. Se la bebió de un sorbo y la dejó sobre el banco. Se echó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y trató de recuperar el aire. Las desnudas cicatrices de la espalda parecían desafiar a los presentes.

En esta ocasión, no tenía prisa por ponerse la camisa. A pesar del frío que hacía en la taberna, permaneció medio desnudo. Sólo se vistió para salir cuando llegó el momento de buscar alojamiento para pasar la noche. Se marchó en medio de un coro de respetuosos saludos. Estaba tranquilo, pese al dolor de las heridas y contusiones.

—Una pantorrilla lastimada, una ceja cortada, el labio partido, la nariz sangrante, seis nudillos hinchados, un pulgar torcido y dos dientes flojos. Además de innumerables cardenales. —Terminé mi inventario con un suspiro—. ¿Cómo te sientes? —Estábamos solos en el pequeño cobertizo al que lo había llevado para curarlo.

—Bien —contestó con una sonrisa. Intentó ponerse en pie, pero se detuvo con una mueca de dolor—. Bueno, las costillas me duelen un poco.

—Pues claro que te duelen. Estás azul y negro... otra vez. ¿Por qué haces esto? ¿De qué crees que estás hecho? ¿De hierro? —inquirí de mal humor.

Esbozó una sonrisa traviesa y se tocó la nariz hinchada.

—No, ojalá fuera así.

Suspiré otra vez y le toqué el tórax con suavidad.

—Creo que no están rotas. Son sólo cardenales. De todos modos, voy a vendarte. Ponte derecho, súbete la camisa y levanta los brazos. —Comencé a cortar tiras de una vieja pañoleta que me había dado la esposa del tabernero. Mientras protestaba entre dientes por la falta de esparadrapo y otras ventajas de la vida moderna, improvisé un vendaje. Lo apreté y lo sujeté con el broche de la capa escocesa de Jamie.

—No puedo respirar —se quejó.

—Si respiras, te dolerá. No te muevas. ¿Dónde aprendiste a pelear de esa manera? ¿Con Dougal, también?

—No. —Intentó apartarse del vinagre que le estaba colocando en la ceja cortada—. Me enseñó mi padre.

—¿De veras? ¿Quién era tu padre? ¿El campeón local de boxeo?

—¿Qué es boxeo? No, tenía una granja. Y además criaba caballos. —Respiró hondo cuando le puse vinagre en la pantorrilla herida.

—Cuando tenía nueve o diez años, me dijo que pensaba que yo iba a ser grande como la familia de mi madre y que tendría que aprender a pelear.

Ya respiraba mejor. Extendió la mano para permitirme que le pusiera aceite de caléndula en los nudillos.

—Me dijo: «Si eres un tipo grande, la mitad de los hombres que conozcas te temerán y la otra mitad querrán probarte. Derrumba a uno y los demás te dejarán en paz. Pero aprende a hacerlo rápido y bien o te pasarás la vida peleando.» Así que solía llevarme al granero y tirarme sobre la paja de un puñetazo hasta que aprendí a devolver el golpe. ¡Ay! Quema.

—Los rasguños son heridas traicioneras —expliqué mientras le curaba el cuello—. En especial si el que rasguña no se baña con frecuencia. Y dudo que ese muchacho del pelo grasiento se bañe una vez al año. Yo no describiría lo que has hecho esta noche como «rápido y bien», pero fue impresionante. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Lo dije con sarcasmo y me sorprendí al ver que su rostro se ensombrecía de pronto.

—Mi padre está muerto —declaró de manera rotunda.

—Lo siento. —Terminé de curar sus heridas y agregué con suavidad—: Pero hablaba en serio. Estaría orgulloso de ti.

No respondió. Se limitó a esbozar una leve sonrisa. De repente, pareció muy joven y me pregunté qué edad tendría. Estaba a punto de preguntárselo cuando el sonido de una tos áspera anunció que alguien había entrado en el cobertizo.

Era el hombrecillo llamado Murtagh. Observó el vendaje de Jamie con aire divertido y le arrojó una bolsita de cuero. Jamie levantó una mano y la atrapó con facilidad.

—¿Qué es esto? —inquirió.

Murtagh enarcó una ceja.

—Tu parte de las apuestas. ¿Qué otra cosa podría ser?

Jamie sacudió la cabeza y se dispuso a devolverle la bolsa.

—No aposté nada.

Murtagh alzó una mano para detenerlo.

—Tú hiciste todo el trabajo. Eres un hombre muy popular en este momento, por lo menos para quienes apostaron por ti.

—Pero supongo que no para Dougal —intercalé.

Murtagh era uno de esos hombres que siempre parecía sorprenderse de que las mujeres tuvieran voz, pero asintió con un mínimo de cortesía.

—Sí, es verdad. Pero no creo que eso deba preocuparte —dijo a Jamie.

—¿No? —Los dos hombres intercambiaron una mirada con un mensaje que no pude comprender. Jamie inspiró con los dientes apretados al tiempo que asentía para sí.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Dentro de una semana. Diez días, tal vez. Cerca de un sitio llamado Lag Cruime. ¿Lo conoces?

Jamie volvió a asentir. Parecía más contento de lo que le había visto en mucho tiempo.

—Lo conozco.

Miré de un rostro al otro, ambos pétreos y reservados. Murtagh había descubierto algo. ¿Algo relacionado con el misterioso «Horrocks», quizá? Me encogí de hombros. Fuera cual fuera el motivo, al parecer Jamie dejaría de ser parte del espectáculo de Dougal.

—Espero que Dougal sepa bailar —dije.

—¿Qué? —La reserva dio paso a la confusión.

—Nada. Que durmáis bien. —Cogí mi caja de provisiones médicas y me retiré a descansar.

12

El comandante de la guarnición

Nos estábamos acercando al Fuerte William y me puse a pensar seriamente en cuál sería mi plan de acción una vez que llegáramos.

Dependería de lo que el comandante de la guarnición hiciera. Si me creía una dama en apuros, tal vez me proporcionara una escolta hasta la costa y mi supuesto embarque a Francia.

Pero era posible que sospechara de mí al verme llegar en compañía de los MacKenzie. Aunque resultaba evidente que yo no era escocesa, esperaba que no me considerara alguna espía. Eso creían Colum y Dougal: que yo era espía inglesa.

Me pregunté qué se suponía que espiaba. Bueno, deduje que actividades antipatrióticas, como por ejemplo, reunir fondos para apoyar al príncipe Carlos Eduardo Estuardo, pretendiente al trono.

Sin embargo, en ese caso, ¿por qué había permitido Dougal que le viera hacerlo? Podría haberme enviado fuera antes de comenzar esa parte de la asamblea. Aunque el discurso había sido en gaélico, argumenté conmigo misma.

Esa podía ser la cuestión, reflexioné. Recordé el brillo en los ojos de Dougal al decirme que no pensaba que hablara gaélico. Tal vez había sido una prueba para saber si realmente yo ignoraba el idioma. Era obvio que no mandarían a Escocia a un espía inglés que no pudiera hablar con más de la mitad de la gente.

Pero no, la conversación que había escuchado entre Jamie y Dougal indicaba que Dougal era jacobita, aunque al parecer Colum no lo era... aún.

Comenzaba a dolerme la cabeza con todas estas suposiciones y me alegré al ver que nos aproximábamos a un pueblo bastante grande. Por lo general, eso significaba una buena posada y comida decente.

La posada era, de hecho, espaciosa, según los parámetros a los que ya me había acostumbrado. Aunque la cama parecía hecha para enanos —enanos pulgosos— por lo menos estaba en una habitación separada. En varias de las posadas más pequeñas había dormido en un catre en el salón, rodeada de hombres que roncaban y siluetas envueltas en capas escocesas.

A pesar de lo primitivo del alojamiento, solía dormirme de inmediato, exhausta después de un día a caballo y una velada con el consabido discurso político de Dougal. La primera noche en una posada, no obstante, había permanecido despierta durante más de media hora, fascinada por la variedad de ruidos que producía el aparato respiratorio masculino. Un dormitorio lleno de estudiantes de enfermería no se le parecía ni por asomo.

Mientras escuchaba aquel coro, se me ocurrió que los hombres internados en una sala de hospital rara vez roncan. Respiran hondo, jadean, gimen en ocasiones y en otras, lloran o gritan dormidos. Sin embargo, nada era equiparable a este saludable bullicio. Tal vez fuera porque los hombres heridos o enfermos no podían dormir tan profundamente como para abandonarse a semejante alboroto.

Si mis observaciones eran correctas, mis compañeros gozaban de excelente salud. Desde luego, su aspecto era saludable, despatarrados y con los rostros relajados brillando a

la luz de la chimenea. El completo abandono de aquellas siluetas dormidas sobre la madera dura era producto de un apetito tan vigoroso como el de sus estómagos en la cena. Curiosamente reconfortada por aquella cacofonía, me había cubierto con mi capa de viaje y me había dormido.

En comparación, ahora me sentía desamparada en el solitario esplendor de mi pequeño y hediondo desván. A pesar de haber quitado las sábanas y golpeado el colchón para desalentar a posibles acompañantes indeseables, no podía dormir en la silenciosa oscuridad que envolvió la habitación cuando apagué la vela.

Se oían ecos distantes del salón, dos pisos más abajo, pero esto sólo servía para destacar aún más mi propio aislamiento. Era la primera vez que me habían dejado completamente sola desde mi llegada al castillo y no estaba segura de que me gustara.

Me debatía inquieta al borde del sueño cuando mis oídos captaron un crujido de las maderas del suelo del corredor. Eran pasos lentos y titubeantes, como si el intruso dudara antes de escoger las tablas más resistentes para apoyar los pies. Me senté de golpe y tanteé en busca de la vela y la caja de cerillas que había junto a la cama.

Mi mano, en su búsqueda a ciegas, golpeó la caja de cerillas, que cayó al suelo con un ruido suave. Me paralicé y las pisadas en el corredor se detuvieron.

Oí un leve sonido en la puerta, como si alguien buscara el picaporte. Sabía que la puerta carecía de cerrojo. Aunque tenía los pasadores para uno, no pude encontrarlo antes de acostarme. Cogí el candelabro, le quité la vela y me levanté con el mayor sigilo.

Las bisagras de la puerta chirriaron levemente cuando ésta se abrió. La única ventana del cuarto estaba cerrada. Sin embargo, pude distinguir la silueta al abrirse la puerta. La silueta creció: luego, para mi sorpresa, de pronto se encogió y desapareció mientras la puerta volvía a cerrarse. La calma reinó otra vez.

Me quedé apoyada contra la pared durante lo que me pareció un siglo, sin respirar siquiera, en tanto intentaba escuchar por encima de los fuertes latidos de mi corazón. Por fin, me acerqué a la puerta, siempre pegada a la pared, convencida de que las maderas del suelo eran más resistentes allí. Bajaba el pie con cuidado a cada paso y echaba el peso del cuerpo lentamente. Luego me detenía y buscaba con un pie la juntura entre dos tablones antes de apoyar el otro.

Al llegar a la puerta, me detuve con la oreja apoyada contra los delgados paneles y las manos prendidas al marco, en guardia. Creí oír un tenue sonido, pero no estaba segura. ¿Provenía de la planta baja o era la respiración contenida de alguien al otro lado de la puerta?

El constante flujo de adrenalina me mareaba. Cansada de tanta tontería, sujeté el candelabro con firmeza, abrí la puerta de un tirón y salí al pasillo.

En realidad, no llegué a salir del todo. Di dos pasos y tropecé con algo suave. Caí en medio del corredor, me lastimé los nudillos y mi cabeza se estrelló contra algo sólido.

Me senté y me toqué la frente con ambas manos, sin importarme que pudieran asesinarme en cualquier momento.

La persona a la que había atropellado mascullaba insultos en voz baja. En medio de una nube de dolor, me percaté de que se había levantado (por su tamaño y olor a sudor, supuse que mi visitante era un hombre) y buscaba los postigos de la pared.

Una súbita ráfaga de aire fresco me sobresaltó y cerré los ojos. Al abrirlos otra vez, la luz proveniente del cielo estrellado era suficiente como para que pudiera ver al intruso.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté en tono acusador.

Al mismo tiempo, Jamie preguntaba con igual belicosidad:

—¿Cuánto pesas, Sassenach?

—Cincuenta y siete kilos —respondí, aún confundida, antes de añadir—: ¿Por qué?

—Casi me aplastas el hígado —contestó y se tocó la zona afectada—. Además, casi me matas del susto. —Estiró la mano y me ayudó a levantarme—. ¿Estás bien?

—No, me golpeé la cabeza. —Mientras me masajeaba el lugar del golpe, busqué a mi alrededor en el corredor vacío—. ¿Con qué he tropezado? —pregunté.

—Con mi cabeza —dijo, algo malhumorado.

—Te lo mereces. ¿Qué hacías escondido detrás de mi puerta?

Me miró con fastidio.

—No estaba «escondido», por Dios. Dormía... o trataba de hacerlo.

Se pasó la mano por lo que parecía ser un chichón en la frente.

—¿Dormías? ¿Aquí? —Contemplé el frío, desnudo y sucio pasillo con exagerado asombro—. Siempre eliges lugares extraños; primero un establo y luego esto.

—Tal vez te interese saber que un pequeño grupo de dragones ingleses se ha instalado en el salón principal —me informó con voz helada—. Se han pasado un poco con la bebida y se están divirtiendo con dos mujeres del pueblo. Como sólo hay dos muchachas y cinco soldados, algunos parecían tener intenciones de subir en busca de... compañía. Pensé que no te agradaría recibirlos. —Se colocó la capa en el hombro y giró hacia la escalera—. Si me equivoqué en mi apreciación, te pido disculpas. No quise perturbar tu descanso. Buenas noches.

—Espera un momento.

Se detuvo, pero no se volvió, lo cual me obligó a dar la vuelta para ponerme delante de él. Me miró, cortés y distante a la vez.

—Gracias —expresé—. Fue muy amable por tu parte. Lamento haberte pisado.

Entonces sonrió y su rostro recuperó su habitual expresión de buen humor.

—No te preocupes, Sassenach —precisó—. En cuanto se me pase la jaqueca y las costillas se curen, estaré como nuevo.

Se volvió y abrió la puerta de mi cuarto, que se había cerrado de golpe tras mi precipitada salida. Era obvio que el constructor había edificado la posada sin un hilo de plomada. No había ni un solo ángulo recto en el lugar.

—Vuelve a la cama —sugirió—. Aquí estaré.

Eché un vistazo al suelo. Además de la dureza y el frío, los tablones de roble estaban manchados con expectoraciones, derrames y otros tipos de suciedades que ni siquiera me atrevía a imaginar. La marca del constructor en el dintel decía 1732 y era evidente que ésa era la fecha en que habían limpiado el suelo por última vez.

—No puedes dormir aquí fuera —comenté—. Pasa. Por lo menos el suelo del cuarto no está tan sucio.

Jamie se quedó paralizado con la mano en el marco de la puerta.

—¿Dormir en el cuarto contigo? —Parecía de veras horrorizado—. ¡No podría hacerlo! ¡Arruinaría tu reputación!

Lo decía en serio. Comencé a reír, pero convertí la carcajada en un discreto acceso de tos. Con las exigencias del viaje, las posadas repletas y la total carencia de instalaciones sanitarias, había llegado a un nivel de intimidad con aquellos hombres, incluyendo a Jamie, que tal pudor me resultaba de lo más divertido.

—Ya hemos dormido en la misma habitación —señalé cuando me recobré—. Junto con otros veinte hombres.

—No es lo mismo —espetó—. Quiero decir, era un salón público y... —Se interrumpió, presa de un horrible pensamiento—. ¿No habrás creído que pensé que estabas sugiriendo algo impropio, verdad? —preguntó, ansioso—. Te juro que jamás...

—No, ya sé —me apresuré a contestar para asegurarle que no me había ofendido.

Al ver que no podía convencerlo, insistí en que al menos cogiera las mantas de mi cama para acostarse. Aceptó con alguna reserva, sólo cuando le hube repetido que de todos modos no las utilizaría, ya que dormiría, como siempre, con mi capa de viaje.

De pie junto al improvisado colchón y antes de regresar a mi fétido santuario, intenté darle las gracias otra vez, pero levantó la mano en un elegante gesto de indiferencia.

—No es sólo desinteresada cortesía por mi parte. También quiero pasar inadvertido.

Había olvidado que él tenía sus propias razones para mantenerse alejado de los soldados ingleses. Sin embargo, no descarté que podría haber logrado su cometido con mayor comodidad durmiendo en los aireados y cálidos establos y no en el suelo, delante de mi puerta.

—Pero si alguien llega a subir —protesté—, te encontrarán.

Extendió su largo brazo para cerrar el postigo. El corredor volvió a sumirse en una total oscuridad y Jamie pasó a ser un bulto indefinido.

—No pueden verme el rostro —explicó—. Además, en el estado en que se encuentran, mi nombre no les diría nada. Aun cuando les diera el verdadero, cosa que no pienso hacer.

—Es verdad —concedí con algo de duda—. Pero ¿no van a preguntarse qué haces aquí, a oscuras? —No podía ver su cara, pero el tono de su voz me indicó que sonreía.

—De ninguna manera, Sassenach. Pensarán que estoy esperando mi turno.

Me reí y entré en el cuarto. Me acosté y me dispuse a dormir, maravillada por la forma en que Jamie podía hacer aquellas atrevidas bromas y, al mismo tiempo, espantarse ante la idea de dormir en mi cuarto.

Cuando desperté, Jamie ya no estaba allí. Al bajar a desayunar, encontré a Dougal al pie de la escalera, esperándome.

—Coma rápido —dijo—. Vamos a ir a Brockton.

No quiso explicarme más, pero se le veía preocupado. Comí deprisa y pronto estábamos cabalgando en medio de la bruma matinal. Los pájaros se agitaban en los arbustos y el aire prometía un caluroso día de verano.

—¿A quién vamos a ver? —pregunté—. Puede decírmelo, ya que si no lo sé, me sorprenderé, y si lo sé, soy lo bastante inteligente como para fingir sorpresa.

Dougal enarcó una ceja para mirarme. Meditó un instante y decidió que mi argumento era sólido.

—Al comandante de la guarnición del Fuerte William —contestó.

Sentí un ligero sobresalto. No estaba preparada para eso. Había pensado que todavía faltaban tres días para llegar al fuerte.

—¡Pero si no estamos cerca del Fuerte William! —exclamé.

—Mmfm.

Al parecer, este comandante de guarnición era del tipo inquieto. En lugar de contentarse con quedarse en casa a atender la guarnición, estaba inspeccionando la comarca con una patrulla de dragones. Los soldados que habían llegado a nuestra posada la noche anterior eran parte de su grupo y le habían dicho a Dougal que el comandante se hallaba en la posada de Brockton.

Aquello representaba un problema y permanecí en silencio el resto del viaje, pensando en ello. Había contado con poder separarme de Dougal en el Fuerte William, que calculaba que estaba a menos de un día de viaje de la colina de Craigh na Dun. Incluso sin los utensilios necesarios para acampar y sin comida ni recursos, pensaba que podía recorrer aquella distancia sola y encontrar el círculo de piedras. Con respecto a lo que ocurriría después... bueno, no había manera de saberlo hasta llegar allí.

Sin embargo, este nuevo acontecimiento complicaba mis planes. Si me separaba de Dougal aquí, lo cual era posible, estaría a cuatro días de viaje de la colina, no a uno. Y no tenía tanta fe en mi sentido de la orientación ni en mi resistencia como para aventurarme sola, a pie, a través de los despeñaderos y páramos desolados. Las últimas semanas de viaje agotador me habían enseñado a respetar las rocas salientes y los rápidos de las tierras altas,

sin mencionar las ocasionales bestias salvajes. No tenía ningún deseo de encontrarme, por ejemplo, cara a cara con un jabalí en un valle desierto.

Llegamos a Brockton a media mañana. La neblina se había disipado y el día era soleado. Me sentí optimista. Tal vez resultara fácil, después de todo, convencer al comandante de la guarnición de que me brindara una pequeña escolta para acompañarme hasta la colina.

Comprendí por qué el comandante había elegido Brockton para hospedarse. El pueblo contaba con dos tabernas; una de ellas era un imponente edificio de tres pisos con un establo adjunto. Nos detuvimos allí y entregamos los caballos a un palafrenero que se movía tan despacio que parecía momificado. Para cuando llegó a la puerta del establo, nosotros ya estábamos dentro y Dougal pedía un refrigerio al tabernero.

Me quedé abajo, delante de un plato de galletas de avena de aspecto rancio, mientras Dougal subía la escalera hacia el santuario del comandante. Me resultó algo extraño verlo partir. Había tres o cuatro soldados ingleses en el salón, que me miraban y comentaban entre sí en voz baja. Después de un mes entre los escoceses del clan MacKenzie, la presencia de los dragones ingleses me ponía inexplicablemente nerviosa. Me dije que me estaba comportando como una estúpida. En realidad, eran compatriotas míos, aunque lo fueran de épocas diferentes.

Descubrí que echaba de menos la agradable compañía de Ned Gowan y la simpática familiaridad de Jamie no-sé-qué. Lamenté no haber tenido la oportunidad de despedirme antes de partir. De pronto, oí que Dougal me llamaba desde la escalera y me hacía señas para que subiera.

Me pareció más lúgubre que de costumbre. Se apartó en silencio para dejarme pasar y me señaló una habitación. El comandante de la guarnición estaba de pie junto a la ventana abierta. Su delgada y erecta figura se recortaba contra la luz. Emitió una risita al verme.

—Sí, por la descripción de MacKenzie, supuse que se trataría de usted. —La puerta se cerró a mis espaldas y me encontré a solas con el capitán Jonathan Randall del Octavo Regimiento de Dragones de Su Majestad.

Esta vez, llevaba un reluciente uniforme rojo y pardo, con puños de encaje, y una peluca empolvada y cuidadosamente rizada. Pero las facciones eran las mismas: el rostro de Frank. No podía respirar. En esta ocasión, sin embargo, noté el rictus despiadado de los labios y el toque arrogante de sus hombros erguidos. Sin embargo, sonrió con amabilidad y me invitó a sentarme.

La habitación tenía un mobiliario simple: un escritorio, una silla, una mesa alargada y varios bancos. El capitán Randall hizo una seña al soldado apostado junto a la puerta, quien sirvió con torpeza una jarra de cerveza y la depositó delante de mí.

El capitán, con otro gesto de la mano, indicó al soldado que volviera a su posición y se sirvió cerveza él mismo. Luego, con movimientos elegantes, se sentó en un banco del otro lado de la mesa.

—De acuerdo —pronunció en tono afable—. ¿Por qué no me cuenta quién es y cómo llegó hasta aquí?

Dado que no tenía alternativa, le relaté la misma historia que había contado a Colum, omitiendo tan sólo los groseros detalles de su propio comportamiento, que de todos modos él ya conocía. No sabía cuánto le había dicho Dougal y no quería caer en contradicciones.

El capitán se mantuvo cortés pero escéptico durante mi relato. Se molestó menos en ocultar su incredulidad que Colum. Se balanceó en el banco mientras consideraba los hechos.

—Oxfordshire, ¿no? Que yo sepa, no hay ningún Beauchamp en Oxfordshire.

—¿Cómo lo sabe? —espeté—. Usted es de Sussex.

Abrió los ojos, sorprendido. Tuve deseos de morderme la lengua.

—¿Y puedo preguntarle cómo sabe usted eso? —inquirió.

—Eh..., por su voz. Su acento —agregué enseguida—. Es obvio que es de Sussex.

Las cejas oscuras casi rozaron los rizos de la peluca.

—Ni a mis tutores ni a mis padres les alegraría saber que mi manera de hablar refleja tan claramente mi origen, señora —comentó—, después de dedicar tanto tiempo y dinero a remediarlo. Pero dado que es usted una experta en acentos locales —expuso y se volvió hacia el hombre parado junto a la pared—, sin duda podrá identificar el terruño de mi soldado. Cabo Hawkins, ¿me haría el favor de recitar algo? Cualquier cosa —añadió al ver la expresión confusa del hombre—. Algún verso popular, tal vez.

El cabo, un joven de rostro rubicundo y aspecto estúpido, miró desesperado alrededor del cuarto en busca de inspiración. Se puso en posición de firmes y entonó:

La rolliza Meg me lavaba la ropa,
y un día se le ocurrió llevársela toda.
Esperé me la trajera
y entonces la hice pagar.

—Bueno, suficiente, cabo, gracias. —Randall volvió a despedirlo con un ademán y el soldado reasumió su postura contra la pared, bañado en sudor—. ¿Y? —El capitán se volvió hacia mí, inquisitivo.

—Eh... Cheshire—arriesgué.

—Cerca. Lancashire. —Entornó los ojos y me observó. Juntó las manos a la espalda y se dirigió a la ventana para mirar afuera. ¿Acaso intentaba comprobar si Dougal había traído más hombres consigo?

De pronto, giró y me lanzó un abrupto:

—*Parlez- vous français?*

—*Très bien* —respondí de inmediato—. ¿Por qué?

Ladeó la cabeza y me miró con intensidad.

—Que me cuelguen si creo que es francesa —dijo, como si hablara consigo mismo—. Podría ser, pero jamás conocí un franchute que pudiera distinguir el acento vulgar londinense del de Cornish.

Sus uñas bien cuidadas repiquetearon en la superficie de la mesa.

—¿Cuál era su apellido de soltera, señora Beauchamp?

—Mire, capitán —manifesté con mi sonrisa más encantadora—, a pesar de lo divertido que me resulta jugar al juego de las preguntas con usted, me agradaría concluir con los preliminares y arreglar la continuación de mi viaje. Ya me he retrasado bastante y...

—No favorece a su caso que adopte usted esa actitud frívola, señora —me interrumpió con los ojos entornados. Había visto a Frank hacer eso cuando algo le disgustaba y sentí que me temblaban las rodillas. Apoyé las manos en los muslos para tranquilizarme.

—No tengo ningún caso que favorecer —declaré con toda la audacia que pude—. No exijo nada de usted ni de la guarnición, tampoco de los MacKenzie. Sólo quiero que me permitan proseguir mi viaje en paz. Y no veo razón alguna para que usted se oponga.

Me clavó la mirada y apretó los labios con fastidio.

—¿Conque no? Bueno, considere por un momento mi posición, señora, y tal vez mis razones le resulten más evidentes. Hace un mes, estaba yo con mis hombres persiguiendo a una banda de escoceses no identificados que habían huido con cierta cantidad de ganado de una propiedad cercana a la frontera, cuando...

—¡ Ah, así que eso era lo que hacían! —exclamé—. No lo sabía —agregué, dócil.

El capitán Randall suspiró. Decidió guardarse lo que pensaba y continuar con su

relato.

—En medio de esta legítima persecución —prosiguió en tono mesurado—, me encuentro con una mujer inglesa medio desnuda, en un lugar donde ninguna dama inglesa debería estar, ni siquiera con la escolta apropiada, que se resiste a mi interrogatorio, ataca mi persona...

—¡Usted me atacó primero! —repliqué, indignada.

—Cuyo cómplice me deja inconsciente de un golpe por la espalda y que luego huye, obviamente con ayuda de alguien. Mis hombres y yo revisamos el área con cuidado y le aseguro, señora, no hallamos rastro alguno de su sirviente asesinado, ni de su equipaje robado, ni de su vestido ni ninguna otra señal que confirme su historia.

—¿De veras? —susurré.

—Sí. Más aún, no se han registrado asaltos en esa zona durante los últimos cuatro meses. ¡Y ahora, señora, aparece usted en compañía del jefe militar del clan MacKenzie, quien me dice que su hermano Colum está convencido de que usted es una espía que se supone trabaja para mí!

—Pues no lo soy, ¿verdad? —dije razonablemente—. Eso lo sabe, por lo menos.

—Sí, lo sé —respondió con exagerada paciencia—. ¡Lo que no sé es quién diablos es usted! Pero tengo la intención de averiguarlo, señora. No lo dude. Soy el comandante de esta guarnición. Como tal, estoy autorizado a tomar ciertas medidas a fin de preservar la seguridad de esta región en contra de traidores, espías y cualquier otra persona cuyo comportamiento juzgue sospechoso. Y, señora, estoy preparado para tomar esas medidas.

—¿Y cuáles son esas medidas? —pregunté. Quería saberlo sinceramente, aunque supongo que el tono de mi pregunta debió de ser algo provocador.

Randall se puso en pie. Me contempló un instante y rodeó la mesa hasta llegar a mí. Extendió la mano para incorporarme.

—Cabo Hawkins —llamó sin quitarme la vista de encima—, voy a necesitar su colaboración un momento.

El joven parecía profundamente incómodo, pero se acercó hasta nosotros.

—Póngase detrás de la señora, por favor, cabo —ordenó Randall en tono aburrido—. Cójala con firmeza por los codos.

Echó atrás el brazo y me pegó en la boca del estómago.

No emití sonido alguno porque me quedé sin aliento. Me senté en el suelo, doblada en dos, tratando de inspirar aire. Estaba aturdida, no por el dolor, que ya comenzaba a sentir, sino por el golpe mismo. Una arcada me sobrecogió. En una vida bastante azarosa, jamás nadie me había golpeado a propósito.

El capitán se acuclilló ante mí. Tenía la peluca algo torcida, pero aparte de ese detalle y un cierto brillo en los ojos, lucía su habitual compostura refinada.

—Confío en que no esté encinta, señora —comentó—, porque si lo está, no será por mucho tiempo.

Comencé a producir un extraño silbido a medida que el oxígeno me llegaba a la garganta. Apoyé las manos y las rodillas en el suelo y busqué a tientas el borde de la mesa. El cabo, después de una nerviosa mirada al capitán, se agachó para ayudarme.

El cuarto pareció sumergirse en oleadas de negrura. Me dejé caer en el banco y cerré los ojos.

—Míreme. —La voz era tan tranquila como si estuviera a punto de ofrecerme un té. Abrí los ojos y lo vi en medio de una ligera bruma. Tenía las manos apoyadas en sus caderas elegantemente ataviadas.

—¿Hay algo que quiera decirme ahora, señora? —inquirió.

—Tiene la peluca torcida —respondí y cerré los ojos otra vez.

13

Se anuncia una boda

Estaba sentada en el salón, con la vista clavada en una taza de leche, luchando contra las ganas de vomitar.

No bien Dougal me vio la cara cuando bajaba las escaleras apoyada en el regordete cabo, pasó a mi lado con determinación en dirección a la habitación de Randall. Los pisos y las puertas de la posada eran macizos y de buena construcción; sin embargo, todavía podía oír las voces elevadas en la planta superior.

Alcé la taza de leche, pero las manos todavía me temblaban demasiado para beber.

Me recuperaba lentamente de los efectos físicos del golpe, pero no del horror que había sentido. Yo sabía que ese hombre no era mi marido. No obstante, el parecido era tan marcado y yo estaba tan familiarizada con esas facciones que casi había confiado en él; le había hablado como lo habría hecho con Frank, segura de su buen trato y hasta de su comprensión. Su malvado ataque había dado la vuelta a esos sentimientos y eso me trastornaba.

Me trastornaba y también me asustaba. Había visto sus ojos cuando se acuclilló junto a mí. Por un instante, algo había vibrado en el fondo de aquella mirada. Se esfumó enseguida, pero no quería volver a verlo nunca más.

El ruido de una puerta en el piso de arriba me devolvió a la realidad. Las fuertes pisadas en la escalera anunciaron la rápida aparición de Dougal, seguido muy de cerca por el capitán Randall. De hecho, parecía que el capitán perseguía al escocés y tuvo que detenerse en seco cuando Dougal, al verme, se plantó con brusquedad al pie de la escalera.

Con una mirada iracunda por encima del hombro hacia el capitán Randall, Dougal se acercó a mí, arrojó una moneda sobre la mesa y me levantó de un brazo sin decir palabra. Llegamos a la puerta antes de que yo pudiera reaccionar. Sólo logré captar la extraordinaria expresión de avidez en el rostro del oficial inglés.

Montamos y partimos antes de que tuviera tiempo de acomodar mi voluminosa falda alrededor de las piernas, por lo que se elevó como un paracaídas a mi alrededor. Dougal guardaba silencio, pero los caballos, al parecer, percibieron su prisa. Cuando alcanzamos el camino principal ya íbamos al galope.

Cerca de un cruce marcado con una cruz picta, Dougal frenó su caballo. Desmontó y cogió las riendas de ambos animales para atarlas a un árbol. Me ayudó a bajar y desapareció entre los arbustos, haciéndome señas para que fuera tras él.

Seguí el vaivén de su falda colina arriba. Me agachaba para esquivar las ramas que él apartaba para pasar y después soltaba justo en mi camino. La ladera de la colina estaba cubierta de robles y pinos pequeños. Oía los pájaros en los matorrales y una bandada de arrendajos que se llamaban unos a otros mientras comían. La hierba tenía el color verde claro de principios de verano, con manchones de hierba que salían de las rocas y tapizaban el suelo bajo los robles. Por supuesto, nada crecía debajo de los pinos. Las agujas eran gruesas y protegían a los pequeños bichos que se arrastraban para esconderse de la luz del sol y de sus enemigos naturales.

Los aromas penetrantes me hacían daño en la garganta. Había visitado aquellas

colinas antes y olido los mismos perfumes de la primavera. Sin embargo, el olor de los pinos entonces se diluía con el humo de los coches que circulaban por el camino y las voces de la gente que paseaba reemplazaban el trino de los arrendajos. La última vez que había caminado por un sendero similar, el suelo estaba plagado de papeles y colillas de cigarrillos en lugar de las violetas y malvas que lo cubrían ahora. En realidad, los papeles eran un precio bastante razonable para pagar por algunas de las bendiciones de la civilización, como antibióticos y teléfonos. Pero en aquel momento, estaba dispuesta a conformarme con las violetas. Necesitaba un poco de paz, y allí la había. De improviso, justo antes de llegar a la cima de la colina, Dougal giró y desapareció dentro de un tupido retamar. Me interné tras él con cierta dificultad y lo encontré sentado en una piedra plana junto a un pequeño manantial. A sus espaldas, se erguía un gran bloque de piedra oblicuo, castigado por el paso del tiempo, con una figura humana vaga e indistinta grabada en la superficie manchada. Me di cuenta de que debía tratarse de un santuario. Estos pequeños templos de santos poblaban las tierras altas y solían encontrarse en sitios apartados. Incluso aquí arriba, había restos de tela colgados de las ramas de un serbal inclinado sobre el agua, testimonios de los visitantes que rezaban al santo para pedirle buena salud o un buen viaje, tal vez.

Dougal me saludó con una inclinación de cabeza. Se persignó, bajó la cabeza y juntó agua con ambas manos. El agua tenía un color oscuro extraño y un olor todavía peor. Parecía un manantial de azufre. Pero hacía calor y tenía sed, así que seguí el ejemplo de Dougal. El sabor del agua era algo amargo, pero estaba fría y no era intragable. Bebí un poco y me mojé la cara. El camino había sido polvoriento.

Levanté el rostro y lo sorprendí mirándome con una expresión rara. En parte, curiosa y en parte, recelosa.

—Demasiada escalada nada más que para beber, ¿verdad? —aventuré. Teníamos cantimploras llenas en los caballos. Y dudaba que Dougal quisiera pedirle al santo patrono del manantial que lo protegiera durante el viaje de regreso a la posada. Daba la impresión de ser un hombre que creía en métodos más prácticos.

—¿Conoce bien al capitán? —preguntó de pronto.

—No tan bien como usted —espeté—. Lo vi una sola vez antes de hoy y fue un encuentro casual. No nos llevamos bien.

Para mi sorpresa, el rostro severo se iluminó un poco.

—Bueno —admitió—, no puedo decir que me agrade mucho tampoco. —Tamborileó con los dedos sobre la piedra mientras pensaba en algo—. Sin embargo, algunos piensan bien de él —añadió mirándome de reojo—. Por lo que dicen, es un soldado valiente y un luchador aguerrido.

Enarqué las cejas.

—Dado que no es un general inglés, no me impresiona mucho.

Rió y me asombré al ver cuan blancos eran sus dientes. El sonido de su carcajada asustó a tres cuervos que estaban en el árbol sobre nuestras cabezas. Los pájaros salieron volando entre quejosos graznidos.

—¿Es usted espía de los ingleses o de los franceses? —inquirió en otro desconcertante cambio de tema. Al menos, era una pregunta directa, para variar.

—De ninguno de los dos —repliqué, molesta—. Soy simplemente Claire Beauchamp, nada más. —Mojé mi pañuelo y me lo pasé por el cuello. Gotas refrescantes corrieron por mi espalda, debajo de la sarga gris de mi vestido de viaje. Apreté el pañuelo en mi escote para producir un efecto similar.

Dougal guardó silencio durante varios minutos al tiempo que me observaba llevar a cabo mis precarias abluciones.

—Ha visto la espalda de Jamie —pronunció de repente.

—No pude evitarlo —contesté con frialdad. Ya había renunciado al intento de

comprender el sentido de aquellas preguntas inconexas. Tal vez él me lo revelara cuando estuviera listo—. Lo que quiere preguntarme es si sabía que Randall lo hizo, ¿verdad? ¿Acaso usted no lo sabía?

—Sí, yo lo sabía —respondió mientras me observaba con calma—, pero no estaba al tanto de que usted lo supiera.

Me encogí de hombros, insinuando que lo que yo supiera o dejara de saber no era asunto suyo.

—Yo estaba allí, ¿sabe? —comentó.

—¿Dónde?

—En el Fuerte William. Tenía asuntos allí, con la guarnición. Un empleado sabía que Jamie era pariente mío y me envió un aviso cuando lo arrestaron. Así que fui a ver si podía hacer algo por él.

—Por lo visto, no tuvo mucho éxito —comenté con cierta malicia.

Dougal se encogió de hombros.

—Por desgracia, no. Si hubiera estado a cargo el sargento mayor de siempre, podría haber salvado a Jamie, aunque sólo hubiera sido de la segunda paliza, pero Randall acababa de tomar el mando. No me conocía y no estaba dispuesto a escuchar lo que yo tuviera que decirle. En aquel momento, pensé que quería usar a Jamie como ejemplo, para demostrar ante todos desde un principio que no tendría piedad con nadie. —Tocó la espada corta que llevaba en el cinto—. Es una buena política cuando se está a la cabeza de un grupo de hombres. Hay que ganarse su respeto antes que nada. Y si no se puede, hay que ganarse su miedo.

Recordé la expresión del rostro del cabo en la habitación de Randall y supuse qué alternativa había elegido el capitán.

Los ojos hundidos de Dougal estaban posados en mí con gran interés.

—Usted sabía que había sido Randall. ¿Acaso Jamie se lo contó?

—Algo —respondí con cautela.

—Debe de caerle bien —dijo—. Por lo general, no se lo cuenta a nadie.

—No veo por qué no —respondí, enfadada. Todavía contenía el aliento cada vez que llegábamos a una taberna o posada hasta que el grupo se acomodaba junto al fuego para beber y conversar. Dougal esbozó una sonrisa burlona; sabía lo que yo pensaba.

—Bueno, no fue necesario contármelo a mí, ¿verdad? Porque yo ya lo sabía. —Revolvió el agua extraña y un vapor oscuro se elevó—. No sé cómo son las cosas en Oxfordshire —agregó con un énfasis sarcástico que me estremeció—, pero aquí no es costumbre que las mujeres presencien los castigos corporales. ¿Ha visto alguno?

—No, ni tampoco quisiera hacerlo —respondí—. Sin embargo, imagino lo que hace falta para dejar marcas como las que tiene Jamie en la espalda.

Dougal meneó la cabeza y salpicó a un curioso pájaro que se había acercado.

—No, se equivoca, muchacha. Perdóneme, pero no es lo mismo imaginarlo que ver a un hombre con la espalda abierta por el látigo. Es algo muy desagradable. La intención es quebrar su espíritu, y en la mayoría de los casos, es lo que ocurre.

—No en el caso de Jamie —anuncié con más energía de la que quería. Jamie era mi paciente y en alguna medida, mi amigo. No deseaba hablar de su historia personal con Dougal, aunque tenía cierta curiosidad morbosa. Jamás había conocido a alguien tan abierto y al mismo tiempo tan misterioso como el joven MacTavish.

Dougal rió y se pasó la mano mojada por el pelo para alisar los mechones que se habían despeinado en el curso de nuestra huida de la posada, porque así consideraba yo nuestra partida.

—Bueno, Jamie es tan obcecado como el resto de su familia. Todos ellos son como rocas y Jamie es el peor. —Había un marcado respeto en su voz, a pesar de su reticencia natural—. ¿Le dijo Jamie que lo azotaron por escaparse?

—Sí.

—Así es; trepó por la pared del fuerte al anochecer, el mismo día en que los dragones lo habían llevado allí. Solía ocurrir, ya que el lugar para los prisioneros no era muy seguro. Por eso, patrullas inglesas vigilaban los muros por las noches. El empleado de la guarnición me dijo que Jamie peleó como un loco, pero eran seis contra uno y los seis llevaban mosquetes. La lucha duró poco. Jamie pasó la noche encadenado y fue llevado al poste de azotes a primera hora de la mañana. —Se interrumpió y supuse que me miró para ver si encontraba en mí señales de náusea o desfallecimiento. —Los castigos tenían lugar después del saludo general, a fin de comenzar el día con un estado de ánimo apropiado. Aquel día iban a azotar a tres y Jamie era el último.

—¿Usted lo vio?

—Oh, sí. Y le diré, muchacha, que ver cómo azotan a un hombre es horrible. He tenido la suerte de que jamás me ocurriera, pero supongo que recibir los azotes no es agradable tampoco. Ver cómo se lo hacen a otro mientras uno espera su propio turno debe de ser lo peor de todo.

—No lo dudo —murmuré.

Dougal asintió.

—Jamie parecía bastante apesadumbrado, pero no movió un pelo, ni siquiera al oír los gritos y los demás ruidos. ¿Sabía que la piel hace ruido al rasgarse?

—¡Puaj!

—Eso mismo pensé yo —dijo con una mueca de asco al recordar la escena—. Sin mencionar la sangre y las heridas... —Escupió, con cuidado para no salpicar el manantial ni la piedra—. Se me revolvió el estómago al verlo y no soy un hombre impresionable.

Dougal prosiguió su espantoso relato.

—Al llegarle el turno a Jamie, caminó hasta el poste. A algunos hombres hay que arrastrarlos, pero no a Jamie. Extendió las manos para que el cabo le quitara las ataduras que llevaba. El cabo intentó tirarle del brazo para colocarlo en posición, pero Jamie no se lo permitió y dio un paso atrás. Yo esperaba que intentara huir, pero en cambio, se quitó la camisa. Estaba rota y sucia. No obstante, la dobló con cuidado, como si se tratara de su ropa de domingo, y la depositó en el suelo. Se acercó al poste, erguido como un soldado, y levantó las manos para que lo ataran.

Dougal movió la cabeza, maravillado. La luz del sol que se filtraba por entre las hojas del serbal dibujaba sombras en su rostro. Parecía un hombre visto a través de un velo de encaje. Sonreí ante mi ocurrencia y él asintió con aprobación, pensando que mi reacción se debía a su historia.

—Sí, muchacha, ese tipo de valor es poco frecuente. No era ignorancia; ya había visto cómo azotaban a los otros dos y sabía lo que le esperaba. Simplemente había decidido que no había forma de evitarlo. La audacia en la batalla es común entre los escoceses, sabe, pero enfrentarse al miedo a sangre fría es desusado en cualquier hombre. En aquel entonces, Jamie sólo tenía diecinueve años —agregó.

—Debió de ser un espectáculo horroroso —dije con ironía—. Me sorprende que no se descompusiera.

Dougal notó el sarcasmo y lo dejó pasar.

—Estuve a punto, muchacha —respondió enarcando las cejas oscuras—. La sangre brotó con el primer latigazo y al minuto siguiente la espalda del chico estaba roja y azul. Sin embargo, no gritó ni suplicó, ni se retorció para intentar salvarse. Sólo apoyó la frente en el poste y se quedó así. Se sacudía cuando el látigo lo golpeaba, por supuesto, pero nada más. Dudo que yo hubiera podido resistirlo —admitió—. No hay muchos que puedan hacerlo. Se desmayó en la mitad y lo reavivaron con agua para terminar.

—Muy desagradable —señalé—. ¿Por qué me lo cuenta?

—Aún no he acabado. —Dougal extrajo su cuchillo del cinto y comenzó a

limpiarse las uñas con la punta. Era un hombre aseado, a pesar de las dificultades para mantenerse limpio en el viaje.

—Jamie estaba encorvado. La sangre le corría por la espalda y le manchaba la falda. No me pareció que se hubiera desmayado. Sólo estaba demasiado débil para mantenerse en pie. Entonces, el capitán Randall apareció en el patio. No sé por qué no había estado allí desde un principio. Tal vez tuvo algún asunto que atender. En todo caso, Jamie lo vio llegar, cerró los ojos y dejó caer la cabeza, como si estuviera inconsciente.

Dougal frunció el entrecejo y se concentró en una de sus uñas.

—El capitán se molestó bastante porque ya habían azotado a Jamie. Al parecer, quería reservarse ese placer. Aun así, ya no había mucho que hacer al respecto. Pero entonces se le ocurrió investigar el intento de huida de Jamie.

Levantó el cuchillo y examinó la hoja. Luego comenzó a afilar el borde en la piedra en la que estaba sentado.

—Cuando terminó, muchos soldados temblaban de pies a cabeza. Hay que reconocer que el hombre tiene facilidad de palabra.

—Eso es cierto —convine con sequedad.

Frotaba el cuchillo rítmicamente en la roca. A cada momento, una chispa débil saltaba del metal al golpear con alguna aspereza de la piedra.

—Bueno, en el transcurso de la investigación, descubrió que Jamie tenía consigo una hogaza de pan y algo de queso cuando lo atraparon. Randall meditó un momento y esbozó una sonrisa que no me gustaría ver ni siquiera en el rostro de mi abuela. Declaró que, dado que el robo era un grave delito, la pena debía ser severa y lo sentenció, ahí mismo, a otros cien azotes.

Me estremecí a mi pesar.

—¡Eso lo mataría!

Dougal asintió.

—Sí, eso opinó el médico de la guarnición. Dijo que no podía permitirlo. Era necesario darle al prisionero una semana para curarse antes de recibir el segundo castigo.

—Bueno, qué humanitario —comenté—. ¡Por Dios! ¿Y qué le pareció eso al capitán Randall?

—Al principio, no le gustó nada, pero lo aceptó. El sargento mayor, que podía distinguir un desmayo verdadero, ordenó que desataran a Jamie. El muchacho trastabilló un poco, pero se mantuvo en pie y algunos de los hombres lo vitorearon, lo cual no complació al capitán. Tampoco le gustó que el sargento cogiera la camisa de Jamie y se la diera al chico, aunque el gesto recibió la aprobación de la tropa.

Dougal giró la hoja varias veces y la observó con ojo crítico. Apoyó el cuchillo en la rodilla y me miró.

—Es muy fácil ser valiente en la taberna, con un vaso de cerveza en la mano. No lo es tanto en el campo de batalla, con las balas que pasan cerca de la cabeza y la hierba húmeda en el trasero. Y es más difícil aún cuando se está frente al enemigo, cara a cara, con la propia sangre corriéndole por las piernas.

—Imagino que sí —contesté. Me sentía algo mareada a pesar de todo. Metí ambas manos en el agua y dejé que el oscuro líquido me refrescara las muñecas.

—Fui a ver a Randall esa semana —declaró Dougal a la defensiva, como si necesitara justificarse—. Hablamos mucho e incluso le ofrecí una compensación...

—Oh, me conmueve —susurré, pero abandoné el intento al ver su mirada airada—. No, de veras. Fue un gesto amable por su parte. Aunque supongo que Randall rechazó su ofrecimiento.

—Sí, así fue. Y todavía no sé por qué, ya que mi experiencia me dice que los oficiales ingleses no son en general muy escrupulosos en lo que atañe a sus finanzas. Y las ropas que usa el capitán son caras.

—Quizá tenga... otras fuentes de ingreso —sugerí.

—De hecho, las tiene —confirmó Dougal con una mirada fulminante—. De todos modos... —titubeó y luego continuó, más despacio—: Regresé para estar presente durante la segunda ronda de azotes. Aunque no podía hacer mucho por Jamie, pobre chico.

»En aquella ocasión, Jamie era el único prisionero al que debían azotar. Los guardias le habían quitado la camisa antes de llevarlo fuera, poco después del amanecer, en una fría mañana de octubre.

»Noté que el muchacho estaba muerto de miedo —prosiguió Dougal—. Pero caminaba sin ayuda y no permitía que el guarda lo tocara. Vi que temblaba, tanto por el frío como por los nervios. Tenía la piel de gallina en los brazos y el pecho y el rostro empapado en sudor.

»Unos minutos después, llegó Randall, con el látigo enrollado bajo el brazo. Las puntas de plomo de las trallas repiqueteaban unas con otras mientras caminaba. Después de estudiar a Jamie con frialdad, había indicado al sargento mayor que girara al prisionero para verle la espalda.

Dougal hizo una mueca.

—Muy penoso. La espalda aún estaba lastimada y en carne viva, con las llagas negras y el resto amarillo por los cardenales. La sola idea de que el látigo volvería a golpear esas heridas me estremeció, al igual que a la mayoría de los que estábamos allí.

Entonces, Randall se volvió hacia el sargento mayor y dijo:

—Hermoso trabajo, sargento Wilkes. Veremos si logro igualarlo.

»Con suma minuciosidad, llamó al médico de la guarnición y le pidió que certificara oficialmente que Jamie estaba en condiciones de recibir su siguiente castigo.

—¿Ha visto alguna vez a un gato jugando con un ratoncito? —preguntó Dougal—. Era igual. Randall caminó alrededor del muchacho, haciendo comentarios nada gratos. Y Jamie permaneció allí, de pie como un roble, mudo, con los ojos clavados en el poste, sin mirar a Randall en ningún momento. Observé que se cogía de los codos para dejar de temblar. Y Randall lo vio también. Apretó los labios y dijo: "Creí que éste era el joven que hace sólo una semana gritaba que no tenía miedo a morir. Un hombre que no teme morir no puede tener miedo de unos pocos azotes, ¿verdad?" Golpeó a Jamie con el mango del látigo en el estómago. Entonces, Jamie le clavó la mirada y dijo: "No, pero temo congelarme antes de que termine de hablar." —Dougal suspiró—. En fin. Fue una respuesta valiente, pero muy osada, dadas las circunstancias. Flagelar a un hombre nunca es agradable, pero hay formas de hacer que sea peor aún, como golpear de lado para que el corte sea más profundo o tirar un latigazo más fuerte a los riñones, por ejemplo. —Meneó la cabeza—. Espantoso.

Frunció el entrecejo y eligió las palabras con cuidado.

—La expresión del rostro de Randall era intensa y algo encendida, como cuando un hombre mira a una joven que le gusta, usted sabe. Era como si estuviera haciendo a Jamie algo mucho peor que despellejarlo vivo. Para el decimoquinto azote, la sangre se deslizaba por las piernas del chico y tenía la cara cubierta de lágrimas y sudor.

Me tambaleé un poco y apoyé una mano en la piedra que bordeaba el manantial.

—Bueno —se apresuró a añadir al ver mi estado—, no diré nada más excepto que sobrevivió. Cuando el cabo le desató las manos, casi se cayó, pero el cabo y el sargento mayor lo cogieron por los brazos y lo sujetaron hasta que pudo sostenerse solo. Temblaba más que nunca por el dolor y el frío. No obstante, mantenía la cabeza erguida y los ojos brillantes. Lo noté a más de cinco metros de distancia. Clavó la mirada en Randall mientras lo bajaban de la plataforma y sus pies dejaban huellas de sangre. Era como si mirar a Randall fuera lo único que lo mantenía en pie. El rostro del capitán estaba tan pálido como el de Jamie y tampoco le quitaba los ojos de encima. Parecía como si fueran a caer si dejaban de mirarse. —La propia mirada de Dougal estaba fija al recordar la horrorosa

escena.

Hubo un profundo silencio en el claro. El único sonido era el ligero susurrar del viento entre las hojas del serbal. Cerré los ojos y le escuché un momento.

—¿Por qué? —pregunté por fin, con los ojos todavía cerrados—. ¿Por qué me lo cuenta?

Dougal me estaba observando con atención cuando abrí los ojos. Volví a hundir la mano en el agua y me mojé las sienes.

—Pensé que serviría como una descripción de personalidad —repuso.

—¿De Randall? —Lancé una carcajada burlona—. No necesito más evidencias sobre su personalidad, gracias.

—De Randall —convino— y también de Jamie.

Lo miré, incómoda.

—Verá, he recibido órdenes —enfatizó la última palabra con ironía— del buen capitán.

—¿Qué órdenes? —inquirí al tiempo que aumentaba mi agitación.

—De llevar a una súbdita inglesa, de nombre Claire Beauchamp, al Fuerte William, el lunes 18 de junio. Para ser interrogada.

Mi aspecto debió de ser realmente alarmante porque Dougal se levantó de un salto y se acercó a mí.

—Ponga la cabeza entre las piernas, muchacha —ordenó y me empujó por la nuca—, hasta que se le pase el malestar.

—Sé lo que tengo que hacer —protesté, pero lo hice de todos modos. Cerré los ojos y sentí que la sangre volvía a palpitar en mis sienes. La húmeda sensación comenzó a desaparecer de mi rostro y mis orejas, pero todavía tenía las manos heladas. Me concentré en respirar, contando al inhalar, uno-dos-tres-cuatro, y al exhalar, uno-dos...

Un rato después, alcé la cabeza. Había recobrado la posesión de mis sentidos, aunque no del todo. Dougal se había sentado de nuevo en la roca y aguardaba pacientemente, cuidando de que yo no cayera de espaldas al manantial.

—Hay una salida —precisó de pronto—. La única que se me ocurre.

—Dígame cuál —respondí e intenté sonreír, sin mucho éxito.

—Muy bien. —Se echó hacia delante para explicarme—. Randall tiene derecho a interrogarla porque usted es súbdita de la corona inglesa. Por lo tanto, debemos cambiar eso.

Le clavé la mirada sin comprender.

—¿Qué quiere decir? Usted también es súbdito de la corona, ¿no? ¿Cómo podríamos cambiar algo así?

—La ley escocesa es muy parecida a la ley inglesa —expuso con el entrecejo fruncido—, pero no igual. Un oficial inglés no puede interrogar a un escocés a menos que tenga pruebas contundentes de un delito cometido o una sospecha fundada. Aun en el caso de sospecha, no puede sacar a un súbdito escocés de las tierras del clan sin permiso del jefe del clan en cuestión.

—Ha estado hablando con Ned Gowan —dije. Me sentía mareada otra *vez*.

Asintió.

—Sí, así es. Pensé que llegaríamos a esta situación. Y me dijo lo que yo pensaba. La única forma en que puedo negarme legalmente a entregarla a Randall es si deja usted de ser inglesa y pasa a ser escocesa.

—¿Pasar a ser escocesa? —repetí. El mareo se convirtió en una temible sospecha.

La sospecha se confirmó con las siguientes palabras de Dougal.

—Sí —afirmó y asintió al ver mi expresión—. Debe casarse con un escocés. Con el joven Jamie.

—¡No podría hacerlo!

—Bueno. —Con el entrecejo fruncido, Dougal consideró la situación—. Supongo que podría elegir a Rupert. Es viudo y tiene una granja arrendada. Pero es bastante mayor y...

—¡Tampoco quiero casarme con Rupert! Es...lo más absurdo... —No encontraba las palabras. Me puse en pie de un salto y caminé por el claro, aplastando los frutos caídos del serbal.

—Jamie es un buen muchacho —argumentó Dougal, todavía sentado en la roca—. Es verdad que carece de propiedades en este momento, pero tiene un buen corazón. No sería cruel con usted. Además, es un estupendo luchador y tiene buenas razones para odiar a Randall. Cásese con él y peleará hasta morir para protegerla.

—¡Pero... pero no puedo casarme con nadie! —exclamé.

Dougal me atravesó con la mirada.

—¿Por qué no, muchacha? ¿Acaso su marido vive aún?

—No. Es sólo que... ¡Es ridículo! ¡Este tipo de cosas no ocurren!

Se había calmado al escuchar mi negativa. Ahora alzó la vista hacia el sol y se incorporó para marcharse.

—Será mejor que nos vayamos. Hay mucho que hacer. Tendremos que obtener una dispensa especial —murmuró como si hablara consigo mismo—. Pero Ned puede arreglarlo.

Me cogió del brazo mientras seguía susurrando para sus adentros. Me aparté de él.

—No me casaré con nadie —aseveré con firmeza.

Dougal no pareció alterarse. Se limitó a enarcar las cejas.

—¿Acaso quiere que la entregue a Randall?

—¡No! —Se me ocurrió algo—. ¿Entonces, me cree cuando le digo que no soy una espía inglesa?

—Ahora sí —dijo con énfasis.

—¿Por qué ahora sí y antes no?

Señaló con la cabeza el manantial y la figura grabada en la roca. Debía de tener cientos de años, mucho más vieja que el enorme serbal que daba sombra a la fuente y cubría el agua negra con sus flores blancas.

—Es el manantial de San Ninian. Usted bebió del agua antes de que yo se lo pidiera.

Esta vez, estaba realmente azorada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Pareció sorprendido. Esbozó una sonrisa torcida.

—¿No lo sabía? También lo llaman el manantial de los mentirosos. El agua tiene el olor del infierno. A los que beben de sus aguas y luego mienten, se les queman las entrañas.

—Comprendo —mascullé con los dientes apretados—. Bueno, mis entrañas están intactas. Así que puede creerme si le digo que no soy una espía, ni inglesa ni francesa. Y puede creerme también cuando le digo algo más, Dougal MacKenzie. ¡No me casaré con nadie!

No me escuchaba. De hecho, ya había comenzado a abrirse paso entre los arbustos que ocultaban el manantial. Sólo una rama de roble que se movía marcaba su camino. Indignada, lo seguí.

Continué con mis objeciones durante la cabalgata de regreso a la posada, hasta que Dougal me aconsejó que guardara mi aliento para algo más útil; después de eso, anduvimos en silencio.

Al llegar a la posada, tiré las riendas al suelo y subí las escaleras, hacia el refugio de mi habitación.

La idea no sólo era ridícula, sino inconcebible. Caminé en círculos por el angosto cuarto y me sentí cada vez más como un ratón en una trampa. ¿Por qué diablos no había tenido el valor de escapar de los escoceses antes, sin pensar tanto en el riesgo?

Me senté en la cama y traté de pensar con calma. Desde el punto de vista de Dougal, el plan tenía su mérito. Si se negaba a entregarme a Randall sin excusa alguna, el capitán me llevaría por la fuerza. Y me creyera o no, era comprensible que Dougal no quisiera meterse en una refriega con un montón de dragones ingleses por mi culpa.

Y considerada con serenidad, la idea también tenía su lado ventajoso para mí. Si me casaba con un escocés, ya no me vigilarían. Sería mucho más fácil escabullirme cuando llegara el momento. Y si se trataba de Jamie... bueno, era obvio que yo le gustaba. Y el joven conocía aquellas tierras como la palma de su mano. Tal vez me llevara a Craigh na Dun o, al menos, en esa dirección. Sí, quizás el matrimonio fuera la mejor manera de lograr mi objetivo.

Era un análisis a sangre fría. Aunque mi sangre no estaba en absoluto fría. Hervía de furia e inquietud. No podía quedarme quieta; caminaba y pensaba tratando de encontrar una salida. Cualquier salida. Al cabo de una hora, tenía el rostro enrojecido y la cabeza me latía con fuerza. Abrí la ventana y me asomé para refrescarme con la brisa.

Alguien llamó a la puerta. Dougal entró en el momento en que yo sacaba la cabeza por la ventana. Llevaba una hoja de papel grueso en la mano y Rupert y el inmaculado Ned Gowan le seguían en pomposo cortejo.

—Pasen, por favor —dije con cortesía.

Dougal me ignoró, como de costumbre; apartó una jarra que había sobre la mesa y extendió sus papeles con gran ceremonia sobre la superficie de roble.

—Ya está —declaró con el orgullo de quien ha manejado un proyecto difícil hasta el final—. Ned ya ha preparado los papeles. No hay nada como un abogado... si está de tu lado, ¿no, Ned?

Los hombres rieron, al parecer de excelente humor.

—No fue tan difícil —dijo Ned, modesto—. Es sólo un simple contrato. —Pasó las páginas con un dedo y se detuvo con el entrecejo fruncido ante un repentino pensamiento.

—No tiene propiedades en Francia, ¿verdad? —preguntó y me miró por encima de los bifocales que usaba para trabajar. Mi gesto negativo le tranquilizó. Volvió a juntar las hojas y las golpeó contra la mesa para alinear los bordes.

—Entonces, ya está. Sólo tiene que firmar al pie. Dougal y Rupert serán los testigos.

El abogado depositó sobre la mesa el tintero que había traído consigo y extrajo una pluma limpia de su bolsillo. Me la entregó con aire grandilocuente.

—¿Qué es esto? —inquirí. Era una pregunta retórica porque la primera hoja decía CONTRATO DE MATRIMONIO en letras negras de cinco centímetros de altura.

Dougal contuvo un suspiro de impaciencia ante mi obstinación.

—Sabe muy bien qué es —replicó, cortante—. Y a menos que se le ocurra otra cosa que la mantenga lejos de las manos de Randall, creo que lo firmará y terminaremos con esto. No tenemos mucho tiempo.

En realidad, no se me ocurría nada, ni siquiera después de la hora que había pasado machacando el asunto. Por más que me resistiera, comenzaba a creer que esta increíble alternativa era la mejor.

—¡Pero no quiero casarme! —insistí. De pronto pensé que mi opinión no era la única que contaba en este tema. Recordé la joven de cabello rubio que había visto besar a Jamie en el castillo—. ¡Y tal vez Jamie no quiera casarse conmigo! —añadí—. ¿No lo han pensado?

Dougal descartó mi argumento.

—Jamie es un soldado. Hará lo que se le ordene. Y usted también —afirmó—. A menos, por supuesto, que prefiera la cárcel inglesa.

Clavé la mirada en él, respirando con dificultad. Había estado nerviosa desde la abrupta partida de la oficina de Randall. Ahora, mi preocupación aumentaba frente a esta disyuntiva.

—Quiero hablar con él —anuncié de pronto. Dougal enarcó las cejas.

—¿Con Jamie? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Porque me está obligando a casarme con él y por lo que sé, él ni siquiera está enterado!

Era obvio que esto era intrascendente para Dougal, pero acabó por ceder. Acompañado por sus esbirros, partió en busca de Jamie al salón principal.

Jamie apareció enseguida. Estaba perplejo, lo cual era muy comprensible.

—¿Sabías que Dougal quiere que nos casemos? —pregunté bruscamente.

La expresión de su rostro se aflojó.

—Ah, sí. Lo sabía.

—Pero estoy segura de que un joven como tú... —comencé—. Quiero decir, ¿acaso no hay alguien en quien estés... interesado? —Parecía confundido; sin embargo, comprendió de inmediato.

—¿Te refieres a si estoy comprometido? No, no soy un buen candidato para ninguna chica. —Se apresuró a continuar, como si su explicación pudiera ofenderme—. Es decir, no tengo propiedades y sólo cuento con la paga de soldado para vivir.

Se acarició la barbilla y me miró inseguro.

—También está el problemilla de que mi cabeza tiene precio. Ningún padre quiere que su hija se case con un hombre al que pueden arrestar y colgar en cualquier momento. ¿Habías pensado en eso?

Hice un gesto con la mano para indicar que su condición de prófugo era una consideración menor a la luz de la monstruosidad de una posible boda. Me quedaba un último recurso.

—¿No te molesta que no sea virgen?

Vaciló un momento antes de responder.

—En realidad, no —contestó despacio—. Siempre y cuando a ti no te moleste que yo lo sea. —Sonrió al ver mi boca abierta de asombro y se volvió hacia la puerta—. Supongo que uno de los dos debe saber cómo hacerlo —concluyó. La puerta se cerró con suavidad a sus espaldas. Era evidente que el romance había terminado.

Una vez firmados los papeles, bajé con cuidado las empinadas escaleras de la posada y me dirigí al bar del salón principal.

—Un whisky —pedí al viejo y desgreñado posadero. Me clavó una mirada fría, pero una señal de Dougal lo instó a darme una botella y un vaso. Este último era grueso y verdoso, algo sucio, con el borde descascarillado, pero era hueco y eso era todo lo que me importaba en aquel momento.

Pasado el primer efecto del trago, me invadió una calma engañosa. Me sentía distante y percibía los detalles de mi entorno con peculiar intensidad: el pequeño vitral encima del bar que arrojaba sombras de colores sobre el rufianesco propietario y su vajilla, la curva de un cucharón de cobre colgado en la pared junto a mí, una mosca verde que luchaba en el borde de una mancha pegajosa. Con un sentimiento de afinidad, la aparté del peligro con el vaso.

Poco a poco, cobré conciencia de las voces provenientes de la habitación contigua.

Dougal había desaparecido allí después de hablar conmigo, supuestamente para concluir el procedimiento con la otra parte contrayente. Me alegró oír, a juzgar por los ruidos, que mi prometido se estaba haciendo escuchar, a pesar de su anterior conformidad. Tal vez no había querido ofenderme.

—No aflojes, muchacho —murmuré y bebí otro sorbo.

Poco más tarde, sentí una mano que me separaba los dedos para quitarme el vaso verde. Otra mano me sujetaba del codo.

—Por Dios, está borracha como una cuba —dijo una voz en mi oído. Era una voz ronca, pensé, como si su dueño hubiera comido papel de lija. Me reí ante la ocurrencia. —¡Cállese, mujer! —exclamó la voz áspera y desagradable. Se apagó gradualmente mientras su dueño se volvía para hablar con otra persona—. Borracha y ruidosa como una cotorra... ¿Qué se puede esperar...?

Otra voz interrumpió la primera, pero no pude distinguir lo que decía. Las palabras me llegaban turbias e incomprensibles. Sin embargo, era un sonido más agradable, profundo y casi reconfortante. Se acercó más y logré entender algunas palabras. Hice un esfuerzo por concentrarme, pero mi atención había vuelto a dispersarse.

La mosca estaba de nuevo en la salpicadura y forcejeaba en el centro, sin esperanza alguna. La luz del vitral se derramaba sobre ella y reflejaba chispas sobre la panza verde. Mi mirada se clavó en la diminuta mancha verde que parecía latir mientras la mosca se retorcía y luchaba.

—Hermana..., no tienes ninguna posibilidad —dije y la chispa se apagó.

14

La boda se celebra

Cuando desperté, había un techo bajo con vigas encima de mí y una manta gruesa que me cubría hasta la barbilla. Me pareció que sólo tenía puesta la enagua. Comencé a incorporarme para buscar la ropa, pero cambié de idea a mitad de camino. Volví a descender despacio, cerré los ojos y me sujeté la cabeza para evitar que cayera de la almohada al suelo.

Me volví a despertar un poco más tarde, cuando alguien entró en la habitación. Abrí un ojo con cautela. Una silueta borrosa se delineó hasta convertirse en el cuerpo de Murtagh, que me miraba con desaprobación desde los pies de la cama. Cerré el ojo. Oí un ruido escocés apagado que probablemente indicaba disgusto y asombro, pero cuando volví a abrir los ojos, el hombre ya se había marchado.

Estaba adormilándome otra vez cuando la puerta volvió a abrirse. Esta vez apareció una mujer de mediana edad que supuse sería la mujer del posadero. Traía una jarra y un tazón. Entró en el cuarto con gran algarabía y abrió los postigos con un estruendo que retumbó en mi cabeza como un choque de trenes. Avanzó hacia la cama como un batallón de tanques de guerra, arrancó la manta de mis débiles manos y la apartó a un lado para dejarme expuesta y temblorosa.

—Vamos, querida —me urgió—. Tenemos que prepararla. —Pasó su rollizo antebrazo por debajo de mis hombros y me incorporó hasta sentarme. Me sostuve la cabeza con una mano y el estómago con la otra.

—¿Prepararme? —repetí con la boca seca.

La mujer comenzó a lavarme la cara.

—Aja —explicó—. No querrá perderse su propia boda, ¿no?

—Sí —respondí, pero me ignoró y me quitó la enagua con brusquedad. Me dejó en el centro del cuarto para proceder a lavar el resto del cuerpo.

Poco más tarde me sentaba en la cama, vestida, algo mareada y belicosa pero, gracias a la copa de oporto que me sirvió la mujer, capaz de funcionar como un ser humano. Bebí otro sorbo mientras la mujer me pasaba un peine por el cabello.

Di un salto y volqué el oporto cuando la puerta volvió a abrirse de un golpe. Una detrás de la otra, pensé con fastidio. Ahora se trataba de una doble visita. Murtagh y Ned Gowan entraron en la habitación con expresión de reproche. Miré a Ned mientras Murtagh caminaba alrededor de la cama para observarme desde todos los ángulos. Se volvió hacia Ned y masculló algo en voz baja que no llegué a oír. Con una última mirada de desesperanza hacia mí, cerró la puerta detrás de ambos.

Por fin, la mujer se sintió satisfecha con mi cabello, peinado hacia atrás y recogido en un rodete en la coronilla. Había soltado algunos bucles para que cayeran hacia atrás y delante de mis orejas. Sentía que me iba a saltar el cráneo por la tensión del pelo, pero el efecto en el espejo que me dio la mujer era realmente favorecedor. Ya me sentía más humana y hasta llegué a agradecerle sus esfuerzos. Me dejó el espejo y se marchó luego de comentar qué afortunada era al casarme en verano cuando había tantas flores para llevar en el cabello.

—Nosotros, los que estamos a punto de morir —dije a mi imagen en el espejo a

modo de saludo. Me desplomé sobre la cama, me cubrí la cara con un paño húmedo y volví a dormirme.

Tenía un sueño muy bonito, algo relacionado con un campo cubierto de flores silvestres, cuando me di cuenta de que lo que creía una brisa juguetona eran, en realidad, dos manos que me tiraban de las mangas sin gentileza alguna. Me senté de un salto.

Cuando abrí los ojos mi alcoba parecía una estación de tren. Allí estaban Ned Gowan, Murtagh, el posadero, su mujer y un joven delgado que resultó ser el hijo del posadero. El muchacho tenía los brazos cargados con una gran variedad de flores, que explicaban el aroma de mi sueño. También había una mujer joven con una canasta de mimbre redonda. Su amable sonrisa revelaba la falta de algunos dientes de importancia.

Descubrí que aquella mujer era la costurera del pueblo, reclutada para remediar las deficiencias de mi guardarropa y adaptar un vestido que habían obtenido de algún conocido del posadero. Ned traía el vestido colgando de uno de sus brazos como si fuera un animal muerto. Al estirarlo sobre la cama, resultó ser un traje de satén color crema, bastante escotado. El corpiño se abrochaba con decenas de minúsculos botones forrados en satén y con una flor de lis dorada bordada en cada uno. El escote y las mangas acampanadas estaban adornados con encaje, al igual que la sobrefalda de terciopelo marrón oscuro. El posadero estaba casi oculto detrás del montón de enaguas que acarreaba. Sólo sus patillas asomaban detrás de las capas de tul.

Observé la mancha de oporto en mi falda de sarga gris y la vanidad ganó la batalla. Ya que iba a casarme, no quería parecer la harapienta del pueblo.

Al cabo de un breve rapto de frenética actividad en el que desempeñé el papel de maniquí mientras los demás corrían de un lado a otro con encargos, críticas y tropiezos, el producto final quedó terminado; el último toque lo dieron las margaritas blancas y rosas amarillas en el pelo y los latidos de mi corazón resonando con fuerza debajo del corpiño. El vestido no me quedaba perfecto y estaba impregnado del olor de su dueña anterior, pero el satén era pesado y caía con elegancia alrededor de mis pies, encima de las capas de enaguas. Me sentía principesca y muy guapa.

—No pueden obligarme a hacerlo —siseé, amenazante, a la espalda de Murtagh mientras lo seguía escaleras abajo. Pero ambos sabíamos que mis palabras no eran más que una bravata. Si en algún momento había tenido la fuerza de carácter necesaria para desafiar a Dougal, el whisky se había encargado de disiparla.

Dougal, Ned y el resto estaban en el salón principal. Bebían y conversaban con algunos parroquianos que, por lo visto, no tenían nada mejor que hacer esa tarde.

Dougal me vio descender los peldaños y calló de pronto. Los demás enmudecieron también y bajé en medio de una gratificante nube de reverente admiración. Los penetrantes ojos de Dougal me recorrieron despacio, de la cabeza a los pies, y volvieron a posarse en mi rostro mientras asentía en señal de sincera aprobación.

Hacía tiempo que ningún hombre me miraba de ese modo. Incliné la cabeza a manera de agradecimiento.

Tras el primer silencio, el resto de los presentes comenzó a verbalizar su admiración e incluso Murtagh se permitió una leve sonrisa, satisfecho ante los resultados de sus esfuerzos. ¿Y quién te nombró a ti encargado del vestuario?, pensé de mal humor. Aun así, tenía que admitir que él era el responsable de que no me casara con mi vestido de sarga gris.

Casarme. ¡Dios mío! Mareada por el oporto y el encaje color crema, había logrado ignorar por un rato la importancia de la ocasión. Me aferré a la baranda cuando la realidad me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Al observar el grupo allí reunido noté una significativa ausencia. El novio no estaba en ninguna parte. Fortalecida por la idea de que tal vez había logrado escapar por una ventana y de que ya estaría a kilómetros de distancia, acepté una copa de vino que me ofre-

ció el posadero antes de seguir a Dougal fuera.

Ned y Rupert fueron a buscar a los caballos. Murtagh había desaparecido, quizás en busca de Jamie.

Dougal me cogió de un brazo, supuestamente para evitar que trastabillara con los zapatos de satén, pero en realidad, para impedir que huyera en el último minuto.

Era un «cálido» día escocés, lo cual quería decir que la bruma no era tan intensa como para considerarla llovizna. De repente, la puerta de la posada se abrió y apareció el sol en la persona de Jamie. Si yo era una novia radiante, el novio estaba resplandeciente. Abrí la boca, estupefacta.

Un escocés vestido de gala es impresionante, aunque se trate de un escocés viejo, feo y ceñudo. Un joven escocés alto, erguido y apuesto, a quemarropa, deja sin aliento a cualquiera. El espeso cabello de color rojizo estaba bien peinado y brillaba sobre el cuello de una fina camisa de pechera, mangas acampanadas y puños de encaje que combinaban con la chorrera almidonada y adornada con un broche de rubí.

La capa escocesa roja y negra destacaba entre el tartán verde y blanco más sobrio de los MacKenzie. La tela de lana, prendida con un broche circular de plata, le caía del hombro derecho con elegancia y pasaba junto al cinto tachonado de plata antes de continuar hasta las pantorrillas enfundadas en medias de lana y detenerse poco antes de las botas negras con hebillas de plata. La espada, la daga y el morral de tejón completaban el conjunto.

Más de un metro ochenta de alto, fornido y atractivo, no se parecía en mucho al desaliñado jinete al que estaba acostumbrada... y él lo sabía. Hizo una breve reverencia con impecable gracia a modo de saludo y murmuró:

—A sus órdenes, señora. —Sus ojos brillaban, traviesos.

—Oh —susurré.

Jamás había visto al taciturno Dougal quedarse sin palabras. Con el entrecejo fruncido, parecía tan impresionado por la apariencia de Jamie como yo.

—¿Estás loco? —dijo, por fin—. ¿Y si te ve alguien?

Jamie enarcó una ceja burlona.

—Vamos, tío —respondió—. No querrás insultarme el día de mi boda, ¿verdad? No desearás que avergüence a mi esposa, ¿no? Además —añadió con malicia—, no sería legal si no me casara con mi verdadero nombre. Y tú quieres que sea todo legal, ¿no es cierto?

Con visible esfuerzo, Dougal recuperó la calma.

—Si has terminado, Jamie, seguiremos adelante —dijo.

Al parecer, Jamie no había terminado aún. Ignoró el fastidio de Dougal y extrajo un pequeño collar de perlas de su morral. Dio un paso adelante y lo colocó alrededor de mi cuello. Bajé la vista y vi que era una sarta de perlas barrocas, las irregulares cuentas que producen las ostras de agua dulce, separadas por diminutos redondeles de oro. Algunas perlas más pequeñas colgaban de las cuentas de oro.

—Son sólo perlas escocesas —explicó a modo de disculpa—, pero se ven muy bonitas en ti. —Sus dedos se detuvieron un instante en mi cuello.

—¡Son las perlas de tu madre! —exclamó Dougal con furia y la vista clavada en el collar.

—Sí —respondió Jamie con absoluta calma—, y ahora son de mi esposa. ¿Vamos?

Dondequiera que fuéramos, quedaba a cierta distancia del pueblo. Formábamos un cortejo algo displicente. Los novios avanzaban como convictos camino de una lejana prisión. La única conversación fue una simple disculpa de Jamie por llegar tarde. Explicó

que había sido difícil encontrar una camisa limpia y una casaca que le quedara bien.

—Creo que ésta pertenece al hijo del principal hacendado local —aclaró y tocó la chorrera de encaje—. Elegante, ¿no?

Desmontamos y dejamos los caballos al pie de una pequeña colina. Un sendero conducía a la cima por entre el brezal.

—¿Han hecho los arreglos necesarios? —escuché que Dougal murmuraba a Rupert mientras ataban los animales.

—Oh, sí. —Un destello de dientes asomó entre la barba negra— Fue un poco difícil convencer al padre, pero le enseñamos la dispensa especial. —Dio un golpecito al morral, que emitió un tintineo metálico. Enseguida adiviné la naturaleza de tal dispensa.

A través de la niebla y la llovizna, vi la capilla que sobresalía entre la vegetación. Con profunda incredulidad, reconocí el techo redondeado y las pequeñas ventanas de vidrio recortado que había visto por última vez en la soleada mañana de mi boda con Frank Randall.

—¡No! —exclamé—. ¡Aquí no! ¡No puedo!

—Shh, shh. No se preocupe, muchacha, no se preocupe. Todo va a salir bien. —Dougal apoyó su manaza en mi hombro y trató de calmarme con sonidos escoceses como si yo fuera un caballo asustadizo—. Es natural que esté nerviosa —agregó. Una mano firme en la espalda me instó a subir por el sendero. Mis zapatos se hundían en la capa húmeda de hojas muertas.

Jamie y Dougal me flanqueaban, evitando toda posibilidad de escape. Sus imponentes figuras escocesas me intranquilizaban y sentí que estaba al borde de la histeria. Doscientos años más tarde, más o menos, me había casado en esta misma capilla, fascinada por su pintoresca antigüedad. Ahora la capilla era nueva; todavía no había adquirido su posterior encanto, y yo estaba a punto de casarme con un escocés católico de veintitrés años, virgen, buscado por el ejército inglés y cuyo...

Me volví hacia Jamie, presa de un pánico repentino.

—¡No puedo casarme contigo! ¡Ni siquiera sé tu apellido!

Me miró y enarcó una ceja.

—Oh. Fraser. James Alexander Malcolm MacKenzie Fraser. —Lo pronunció con formalidad y lentitud.

—Claire Elizabeth Beauchamp —declaré, completamente turbada, y extendí la mano con expresión estúpida. Al parecer, Jamie interpretó el gesto como una petición de apoyo. Tomó mi mano y la colocó con firmeza en la curva de su codo. Así, sin posibilidad alguna de huir, subí por el sendero hacia mi boda.

Rupert y Murtagh nos aguardaban en la capilla, custodiando al clérigo cautivo, un joven sacerdote larguirucho de nariz roja y aspecto aterrorizado. Rupert estaba cortando una rama de sauce con su cuchillo y aunque había dejado las pistolas al entrar en la capilla, éstas permanecían a mano en el borde de la pila bautismal.

Los demás hombres también dejaron sus armas, como correspondía al entrar en la casa de Dios, y un montón impresionante ocupaba el último banco. Sólo Jamie conservó la espada y la daga, componentes intrínsecos de su atavío ceremonial.

Nos arrodillamos frente al altar de madera y Murtagh y Dougal ocuparon su lugar como testigos. La ceremonia comenzó.

El rito del matrimonio católico no ha cambiado mucho en varios siglos y las palabras que me estaban uniendo al desconocido joven pelirrojo eran casi las mismas que habían consagrado mi boda con Frank. Me sentía fría y vacía. Las palabras titubeantes del joven sacerdote reverberaban en la boca de mi estómago.

Cuando llegó el momento de los votos, me puse de pie como una autómata. Fascinada *y* aturdida, observé cómo mis dedos helados desaparecían en la enorme mano de mi novio. Los de Jamie estaban tan fríos como los míos. Por primera vez, se me ocurrió

que pese a su aparente tranquilidad exterior, quizás estuviera tan nervioso como yo.

Hasta entonces, había evitado mirarlo. Ahora, levanté la vista y lo encontré mirándome. Tenía el rostro pálido y carente de expresión, igual que cuando le había vendado la herida del hombro. Intenté sonreírle, pero mis labios sólo se curvaron, trémulos. La presión de sus dedos aumentó. Tuve la sensación de que nos estábamos sosteniendo mutuamente. Si alguno de los dos se soltaba o desviaba la mirada, ambos caeríamos al suelo. Cosa curiosa, el pensamiento me resultó reconfortante. Pasara lo que pasara, al menos éramos dos.

—Yo te tomo, Claire, por esposa... —No le temblaba la voz, pero la mano, sí. Apreté mis dedos. Nuestras manos parecían pinzas—. Para amarte, respetarte y protegerte... en la prosperidad y en la adversidad... —Las palabras me llegaban desde muy lejos. Sentí que la sangre ya no fluía en mi cabeza. El corpiño era muy ceñido y a pesar del frío, el sudor me corría por debajo del satén. Esperaba no desmayarme.

Había un pequeño vitral en lo alto de la pared lateral del santuario. Era una imagen de Juan el Bautista con piel de oso. Sombras verdes y azules caían sobre mi manga, lo que me recordó el salón de la taberna. Anhelé beber una copa.

Mi turno. Me enfurecí al tartamudear un poco.

__Yo t-te tomo, James... —Enderecé la espalda. Jamie había dicho su parte con entereza. Intentaría hacerlo igual—... como esposo desde este día... —mi voz era más fuerte ahora—... hasta que la muerte nos separe. —Las palabras retumbaron en la silenciosa capilla con implacable finalidad. Nada se movía, como si el tiempo se hubiera detenido. El sacerdote pidió el anillo.

Hubo una cierta agitación y avisté el rostro afligido de Murtagh. Me di cuenta de que habían olvidado traer el anillo. Jamie me soltó un instante para quitarse el suyo.

Yo todavía llevaba el anillo de Frank en la mano izquierda. Los dedos de mi mano derecha parecían congelados, pálidos y rígidos en el resplandor azul mientras la argolla de metal se deslizaba en el anular. Me quedaba grande y se habría caído si Jamie no me hubiera cerrado los dedos con su mano.

El sacerdote masculló algo más y Jamie se inclinó para besarme. Era evidente que sólo pensaba rozarme los labios para cumplir con la ceremonia, pero su boca era suave y cálida y me volví hacia él instintivamente. Tuve una vaga conciencia de ruidos y gritos escoceses de entusiasmo y aliento, pero en realidad, sólo percibí la cálida solidez que nos envolvía. El santuario.

Nos separamos, ambos algo más tranquilos, y sonreímos nerviosos. Vi que Dougal desenvainaba la daga de Jamie y me pregunté por qué. Sin dejar de mirarme, Jamie extendió la mano derecha con la palma hacia arriba. Me sobresalté cuando se clavó la punta del puñal en la muñeca, dejando una oscura línea de sangre. No tuve tiempo de reaccionar antes de que me cogieran la mía. Sentí el ardiente contacto del filo de la daga. Dougal se apresuró a apretar mi muñeca contra la de Jamie y las ató con un trozo de paño blanco.

Debí de balancearme un poco porque Jamie me cogió del codo con la mano libre.

—Ánimo, muchacha —me alentó en voz baja—. Ya falta poco. Repite las palabras después de mí. —Era un trozo en gaélico, dos o tres frases. Las palabras no significaban nada para mí, pero las repetí después de Jamie, con alguna dificultad en las vocales. Desataron el paño, nos secaron las heridas y la boda concluyó.

El camino de regreso estuvo marcado por una sensación general de alivio y alegría. Podía tratarse de una boda corriente, bien que pequeña en cuanto a invitados, todos hombres excepto la novia.

Casi habíamos llegado al pie de la colina cuando el hambre, la resaca y los nervios de la jornada pudieron conmigo. Cuando volví en mí, estaba recostada en las hojas húmedas, con la cabeza apoyada en el regazo de mi flamante esposo. Jamie apartó el paño

húmedo con el que había estado refrescándome el rostro.

—¿Fue tan terrible? —Me sonrió, pero en sus ojos había una expresión incierta que me conmovió, a pesar de todo. Le devolví la sonrisa, algo vacilante.

—No es por ti —le aseguré—. Es sólo que... No he comido nada desde el desayuno de ayer. Y me temo que he bebido mucho.

Hizo una mueca.

—Eso me han dicho. Bueno, podemos remediarlo. No tengo mucho que ofrecerle a una esposa, como te dije, pero te prometo que te mantendré bien alimentada. —Volvió a sonreír y apartó con timidez un rizo de mi rostro.

Fui a sentarme y sentí un ardor en la muñeca. Ya había olvidado la última parte de la ceremonia. La herida se había abierto, sin duda debido a la caída que había sufrido. Cogí el paño que me ofreció Jamie y me la vendé.

—Pensé que te habías desmayado por eso —comentó—. Debí haberte avisado. No me di cuenta de que no lo sabías hasta que vi tu rostro.

—¿De qué se trata? —pregunté al tiempo que trataba de anudar el paño.

—Es algo pagano, pero además de la ceremonia matrimonial corriente, es costumbre hacer un juramento de sangre. Algunos sacerdotes no lo permiten, pero supongo que éste no estaba en condiciones de presentar objeción alguna. Estaba tan asustado como yo —añadió, sonriente.

—¿Un juramento de sangre? ¿Qué significan las palabras en gaélico?

Jamie me tomó la mano derecha y aseguró el último extremo del improvisado vendaje.

—No rima en inglés. Dice:

Eres sangre de mi sangre y huesos de mis huesos.
Te doy mi cuerpo para que los dos seamos uno.
Te doy mi espíritu para que los dos seamos uno.

Se encogió de hombros.

—Es muy parecido a los votos de la ceremonia; sólo que un poco más..., eh, primitivo.

Me miré la muñeca vendada.

—¡Sí, ya lo creo!

Eché un vistazo a nuestro alrededor. Estábamos solos en el sendero, debajo de un álamo. Las redondas hojas muertas yacían en el suelo, brillantes como monedas oxidadas. Todo era silencio, excepto por las ocasionales gotas que caían de los árboles.

—¿Dónde están los demás? ¿Han vuelto a la posada?

Jamie hizo una mueca.

—No. Hice que se marcharan para atenderte, pero nos esperan aquí cerca. —Señaló con la barbilla, como los hombres de campo—. No nos dejarán solos hasta que sea oficial.

—¿No lo es ya? —inquirí sin comprender—. Estamos casados, ¿no?

Parecía avergonzado. Se volvió y empezó a quitarse las hojas muertas de la falda.

—Mmmfm. Sí, estamos casados, es cierto. Pero no será una unión legal hasta que no se haya consumado. —Un rubor lento y feroz le subió por el cuello.

—Mmfmm —dije—. Vayamos a comer algo.

15

Revelaciones en la alcoba nupcial

En la posada, se había organizado un modesto banquete de bodas que incluía vino, pan fresco y carne asada.

Dougal me tomó del brazo cuando me dirigía hacia las escaleras para refrescarme antes de cenar.

—Quiero que este matrimonio se consume —me instruyó en voz baja y resuelta—. No debe existir ninguna duda en cuanto a su legalidad ni puede estar expuesto a la anulación o nos veremos en un grave peligro.

—Tengo la impresión de que ya lo estamos —comenté con seriedad—. En especial yo.

Dougal me palmeó el trasero.

—No se preocupe por eso. Haga su parte.

Me examinó con aire crítico, como evaluando mi capacidad para desempeñar mi papel adecuadamente.

—Conocí al padre de Jamie. Si el muchacho es como él, no tendrá problema. ¡Ah, Jamie! —Se apresuró a través de la habitación. Jamie acababa de entrar después de dejar los caballos en el establo. Por la expresión de su cara, él también estaba recibiendo órdenes.

¿Cómo diablos ha podido ocurrir?, me pregunté un momento después. Seis semanas atrás, recogía flores inocentemente en una colina escocesa para llevárselas a mi esposo. Ahora me encontraba en un cuarto de una posada rural, esperando a un esposo completamente diferente, a quien apenas conocía, con órdenes de consumar un matrimonio forzado a riesgo de perder mi vida y mi libertad. Me senté en la cama, tensa y aterrada con mi atuendo prestado. Hubo un débil sonido cuando se abrió la pesada puerta del dormitorio. Luego se cerró.

Jamie se apoyó contra la puerta y me observó. La turbación entre ambos se acentuó. Por fin, él quebró el silencio.

—No debes tenerme miedo —susurró—. No me abalanzaré sobre ti.

No pude evitar reírme.

—Bueno, no pensaba que lo fueras a hacer. —De hecho, estaba segura de que no me tocaría hasta que yo lo invitara a hacerlo. Y la realidad era que tendría que invitarlo a mucho más que eso. Y pronto.

Lo observé con inseguridad. Suponía que sería más difícil si él no me atrajera. Y me atraía. Sin embargo, hacía ocho años que no dormía con otro hombre que no fuera Frank. No sólo eso. Este joven había admitido no tener experiencia alguna y yo nunca había desvirgado a nadie. Incluso descartando mis objeciones a todo el asunto y considerando las cosas desde un punto de vista práctico, ¿cómo demonios teníamos que empezar? A este paso, dentro de tres o cuatro días seguiríamos de pie, mirándonos.

Me aclaré la garganta y golpeé la cama junto a mí.

—Ah, ¿quieres sentarte?

—Sí. —Atravesó la habitación, moviéndose como un gato grande. Sin embargo, en vez de sentarse a mi lado, acercó un taburete y se acomodó frente a mí. Alargó las manos con cierta vacilación y tomó las mías. Eran grandes, con dedos ásperos y muy cálidos y los dorsos cubiertos de vello rojo. Me estremecí un poco cuando me tocó. Recordé un pasaje del Antiguo Testamento: «La piel de Jacob era suave mientras que su hermano Esaú era un hombre velludo.» Las manos de Frank eran largas y delgadas, casi lampiñas y de aspecto aristocrático. Siempre me había fascinado observarlas.

—Háblame de tu esposo —dijo Jamie como si hubiera leído mi mente. Me sobresalté tanto que estuve a punto de retirar las manos.

—¿Qué?

—Escucha, jovencita. Pasaremos tres o cuatro días juntos en este lugar. No pretendo saberlo todo pero he vivido bastante en una granja y a menos que las personas sean muy diferentes de otros animales, no nos llevará mucho tiempo hacer lo que debemos hacer. Tenemos tiempo para conversar y dejar de sentir miedo el uno por el otro. —El análisis directo de la situación me relajó un poco.

—¿Tienes miedo de mí? —No lo parecía. Aunque tal vez estuviera nervioso. Si bien no era un muchacho tímido de dieciséis años, era su primera vez. Me miró a los ojos y sonrió.

—Sí. Más que tú, supongo. Por eso te he cogido las manos; para evitar que tiemblen las mías. —No le creí, pero le apreté con fuerza.

—Es una buena idea. Es más fácil hablar así. ¿Pero, por qué me preguntas sobre mi esposo? —Tuve la ocurrencia descabellada que quizá deseaba que le hablara sobre mi vida sexual con Frank para de ese modo averiguar qué esperaba yo de él.

—Bueno, sé que debes de estar pensando en él. Es lógico, dadas las circunstancias. No quiero que jamás sientas que no puedes hablarme de él. Aunque ahora soy tu esposo... me resulta extraño decirlo..., no está bien que te olvides de él, o que intentes hacerlo. Si le amaste, debió de ser un buen hombre.

—Sí...lo era. —Me tembló la voz. Jamie me acarició el dorso de las manos con los pulgares.

—Entonces, en honor a su espíritu, daré lo mejor de mí a su esposa. —Levantó mis manos y las besó con formalidad.

Carraspeé.

—Ha sido una frase muy galante, Jamie.

Sonrió de repente.

—Sí. La preparé mientras Dougal invitaba a un brindis abajo.

Respiré hondo.

—Tengo preguntas —declaré.

Jamie bajó la cabeza, ocultando una sonrisa.

—Lo imaginaba. En vista de la situación, supongo que tienes derecho a sentir curiosidad. ¿Qué deseas saber? —Alzó la cabeza con brusquedad. Los ojos azules brillaban con picardía bajo la luz de la lámpara—. ¿Por qué todavía soy virgen?

—En..., creo que eso es asunto tuyo —murmuré. De pronto sentí calor y aparté una mano para buscar un pañuelo. Al hacerlo, toqué algo duro en el bolsillo de la falda.

—¡Oh, lo había olvidado! Aún tengo tu anillo. —Lo saqué y se lo di. Era una pesada alianza de oro con un rubí engastado. Jamie no se lo puso en el dedo. Abrió su morral para guardarlo.

—Era el anillo de bodas de mi padre —explicó—. No suelo usarlo pero..., bueno, quise honrarte hoy luciendo mis mejores galas. —Se sonrojó un poco y se concentró en cerrar el morral.

—Me honraste —aseveré y sonreí a mi pesar. Agregar un anillo de rubí al esplendor deslumbrante de su atuendo era totalmente innecesario, pero el gesto me conmovió.

—En cuanto pueda, conseguiré uno que te quede bien —prometió.

—No te preocupes —respondí, incómoda. Después de todo, pensaba marcharme pronto.

—Eh, tengo una pregunta importante —aventuré, llamando al orden a la reunión—. Si es que quieres contestarla. ¿Por qué has aceptado casarte conmigo?

—Ah. —Me soltó las manos y se reclinó. Hizo una pausa antes de responder mientras se alisaba los calzones de lana en los muslos. Podía ver la larga línea de músculo tenso debajo del pliegue de la pesada tela.

—Bueno, para empezar, habría echado de menos nuestras conversaciones —dijo con una sonrisa.

—No, de veras —insistí—. ¿Por qué?

Se puso serio.

—Antes de decírtelo, Claire, hay algo importante que debo pedirte —manifestó con lentitud.

—¿Qué?

—Honestidad.

Debí de agitarme nerviosa, puesto que se inclinó hacia delante con ansiedad y las manos sobre las rodillas.

—Sé que hay cosas que no quieres contarme, Claire. Que quizá no puedas contarme. —No te imaginas cuánta razón tienes, pensé—. Tampoco voy a presionarte, nunca, ni a insistir en saber lo que no es de mi incumbencia —dijo con seriedad.

Se miró las manos, ahora apretadas, palma contra palma.

—También hay cosas que yo no puedo contarte a ti, al menos no todavía. Y no te exigiré nada que no puedas darme. Pero sí te pediré que cuando me cuentes algo, que sea la verdad. Y prometo hacer lo mismo. No existe nada entre nosotros ahora... salvo, tal vez, respeto. Y creo que en ese respeto caben los secretos, pero no las mentiras. ¿Estás de acuerdo? —Extendió las manos con las palmas hacia arriba, invitándome. Podía ver la línea oscura del juramento de sangre a través de la muñeca. Apoyé mis manos en las suyas.

—Sí, de acuerdo. Te daré honestidad. —Sus dedos se cerraron alrededor de los míos.

—Y yo haré igual. Ahora —añadió y respiró profundamente—, me has preguntado por qué me he casado contigo.

—Siento algo de curiosidad por saberlo —admití.

Sonrió. La boca ancha recogió el humor latente en sus ojos.

—Bueno, no puedo culparte. Hay varias razones. Y de hecho, hay una, quizá dos, que todavía no puedo revelarte. Aunque lo haré cuando llegue el momento. Sin embargo, el principal motivo es el mismo por el que tú te has casado conmigo, supongo. Para mantenerte a salvo de las manos de Jack Randall.

El recuerdo del capitán me produjo un escalofrío. Las manos de Jamie apretaron las mías.

—Estás a salvo —me aseguró—. Tienes mi nombre y a mi familia, mi clan y, de ser necesario, la protección de mi cuerpo. Mientras yo viva, ese hombre no volverá a ponerte las manos encima.

—Gracias —contesté. Contemplé el rostro joven, decidido y fuerte, con pómulos anchos y mentón firme. Por primera vez, sentí que el absurdo plan de Dougal no lo era tanto.

«La protección de mi cuerpo.» La frase era impactante, sobre todo al mirarlo..., la firme configuración de los hombros anchos y el recuerdo de su agilidad, «presumiendo»

con la espada bajo la luz de la luna. Hablaba en serio. Y aunque era joven, tenía conciencia de sus palabras. Y cicatrices que lo confirmaban. No tenía más edad que muchos de los pilotos y soldados de infantería que yo había atendido y conocía tan bien como ellos el precio del compromiso. No me había hecho un juramento romántico, sino la promesa de velar por mi seguridad a riesgo de su vida. Esperaba poder ofrecerle algo a cambio.

—Eso es muy galante por tu parte —dije con toda franqueza—. ¿Pero valía la pena, eh, valía la pena casarse?

—Sí —asintió. Sonrió de nuevo, esta vez con aire sombrío—. Conozco bien a ese hombre. Si pudiera evitarlo, no dejaría un perro en sus manos y mucho menos a una mujer indefensa.

—Qué halagador —comenté con ironía. Jamie rió. Se puso de pie y fue hasta la mesa. Alguien —tal vez la dueña— había colocado un ramo de flores silvestres dentro de un vaso de whisky con agua. Detrás, había dos vasos de vino y una botella. Jamie llenó los vasos y regresó. Me dio uno y volvió a sentarse.

—No es tan bueno como el surtido privado de Colum —indicó con una sonrisa—, pero no es malo.

Alzó el vaso

—Por la señora Fraser —murmuró y experimenté otra punzada de pánico. La reprimí con decisión y levanté mi vaso.

—Por la honestidad —dije y bebimos. —Bueno, ésa es una razón —agregué y bajé el vaso—. ¿Hay otras que puedas contarme?

Jamie escrutó su vaso de vino con atención.

—Tal vez sea porque quiero acostarme contigo. —Me clavó la mirada con brusquedad—. ¿No se te había ocurrido?

Si su intención era desconcertarme, lo estaba logrando con mucho éxito. Pero decidí no demostrarlo.

—¿Y, bien, lo deseas? —aventuré con audacia.

—Si he de serte sincero, sí. —Los ojos azules contemplaban el borde del vaso.

—No tenías que casarte conmigo para eso —objeté. Pareció genuinamente escandalizado.

—¿Crees que lo haría sin ofrecerte matrimonio?

—Muchos hombres lo harían —repliqué, divertida por su inocencia.

Farfulló un poco, sin saber muy bien qué decir. Luego recobró la compostura y declaró con dignidad formal:

—Tal vez sea pretencioso por mi parte decir esto, pero me gustaría pensar que no soy como «muchos hombres» y que mi comportamiento no se ajusta al común de los mortales.

Conmovida por sus palabras, le aseguré que hasta ahora su conducta había sido atenta y caballeresca y me disculpé por haber puesto en duda sus motivos.

Tras aquella nota diplomática, hicimos una pausa mientras él volvía a llenar los vasos vacíos.

Bebimos un rato en silencio, con cierta timidez después de la franqueza del último intercambio. Así que, aparentemente, había algo que yo podía ofrecerle. Para ser justa, no podía negar que el pensamiento había pasado por mi mente, incluso antes de que surgiera la absurda situación en la que nos encontrábamos. Jamie era un joven encantador. Y había habido ese momento, poco después de mi llegada al castillo, en que él me había tenido en su regazo y...

Incliné el vaso de vino y lo vacié. Volví a golpear la cama junto a mí.

—Siéntate aquí conmigo —dije—. Y... —añadí, buscando un tema de conversación neutral para aliviar la incomodidad de estar tan cerca— y háblame de tu familia. ¿Dónde creciste?

La cama se hundió bajo su peso y me afirmé para no rodar hasta él. Estaba tan cerca que la manga de su camisa rozaba mi brazo. Apoyé una mano abierta en mi muslo, relajada. Jamie la cogió con naturalidad mientras se sentaba. Nos apoyamos en la pared, sin mirar para abajo, pero tan conscientes del contacto como si estuviéramos fundidos.

—Bueno, ¿por dónde empiezo?

Apoyó sus grandes pies en el taburete y los cruzó a la altura de los talones. Con cierta diversión, reconocí al escocés que se apresta para la disección de esa maraña de relaciones familiares que yace en el fondo de cualquier evento significativo de las montañas de Escocia. Frank y yo habíamos pasado una noche en la cantina del pueblo, cautivados por la conversación entre dos viejos excéntricos, en la que la responsabilidad por la reciente destrucción de un viejo granero se remontaba a una rivalidad feudal allá por 1790. Con el estupor al que me estaba acostumbrando, caí en la cuenta de que esa rivalidad feudal cuyos orígenes había creído perdidos en un tiempo remoto, todavía no había comenzado. Sofoqué la confusión mental resultante y me obligué a prestar atención a las palabras de Jamie.

—Mi padre era un Fraser, por supuesto. Medio hermano menor del actual Señor de Lovat. Mi madre era una MacKenzie. ¿Sabías que Dougal y Colum son mis tíos? —Asentí. El parecido era evidente, a pesar de la diferencia de colorido. Los pómulos anchos y la nariz larga, recta y afilada eran herencia MacKenzie—. Ah, bueno, mi madre era su hermana. Y había otras dos hermanas más. Mi tía Janet murió, como mi madre. Pero mi tía Jocasta se casó con un primo de Rupert y vive cerca del lago Eilean. Tía Janet tenía seis hijos, cuatro varones y dos mujeres. Tía Jocasta tiene tres, todas mujeres. Dougal tiene cuatro niñas y Colum al pequeño Hamish. Mis padres me tuvieron a mí y a mi hermana Janet, llamada así por mi tía, aunque la llamamos Jenny.

—¿Rupert también es un MacKenzie? —inquirí, haciendo un esfuerzo para no confundirme.

—Sí. Él es... —Hizo una pausa, reflexionando—. Es primo hermano de Dougal, Colum y Jocasta. Por lo tanto es primo segundo mío. El padre de Rupert y mi abuelo Jacob eran hermanos, además de...

—-Espera un poco. No retrocedamos más de lo necesario o me haré un auténtico lío. Ni siquiera hemos llegado a los Fraser y ya he perdido el rastro a tus primos.

Se frotó la barbilla, calculando.

—Mmm. Bueno, el lado Fraser es algo más complicado porque mi abuelo Simón se casó tres veces, de modo que mi padre tenía dos grupos de medios hermanos y medias hermanas. Para resumir, tengo seis tíos y seis tías Fraser aún con vida. Y olvidemos a los primos de esa parte.

—Sí, mejor. —Me incliné hacia delante y llené los dos vasos de vino.

Resultó que las tierras de los clanes MacKenzie y Fraser eran contiguas en algunas partes a lo largo de las fronteras internas, lindando desde la orilla del mar hasta más allá del extremo inferior del lago Ness. Esta frontera común, como suele suceder con las fronteras, conformaba una línea incierta que no figuraba en los mapas y que se modificaba según la época, la costumbre y las alianzas. A lo largo de ella, en el extremo sur de las tierras del clan Fraser, se hallaba la pequeña finca de Broch Tuarach, propiedad de Brian Fraser, el padre de Jamie.

—Es una porción de tierra bastante fértil. La pesca es buena y hay bosques propicios para la caza. Tiene unas sesenta granjas arrendadas y una aldea pequeña, Broch Mordha, así se llama. Luego está la mansión, desde luego, que es moderna —agregó con cierto orgullo— y la vieja construcción de piedra que ahora usamos para los animales y los

cereales.

»A Dougal y a Colum no les gustó mucho que su hermana se casara con un Fraser. Insistieron en que no se fuera a vivir a tierras de los Fraser sino que viviera en un feudo franco. De manera que Lallybroch (así la llaman quienes viven allí) fue traspasada a mi padre por escritura. Pero en esa escritura había una cláusula que establecía que la tierra pasaría únicamente a los hijos de Ellen, mi madre. Si moría sin dejar hijos, la propiedad volvería a manos de Lord Lovat después de la muerte de mi padre, tuviera o no hijos con otra esposa. Pero mi padre no volvió a casarse y yo soy hijo de mi madre. De modo que Lallybroch es mía. En su totalidad.

—Ayer me dijiste que no tenías ninguna propiedad. —Sorbí el vino. Era bastante bueno y cuanto más bebía, mejor parecía saber. Pensé que me convendría parar un poco.

Jamie meneó la cabeza.

—Bueno, me pertenece, de eso no hay duda. Pero ahora no me sirve de mucho porque no puedo ir allí. —Adoptó una expresión como de disculpa—. Está ese pequeño asunto del precio por mi cabeza, ¿entiendes?

Después de su huida del Fuerte William, lo habían llevado a Beannachd (significa «Bendita», explicó), la casa de Dougal, para que se recuperara de las heridas y la fiebre. De allí, había ido a Francia, donde había pasado dos años peleando con el ejército francés, cerca de la frontera española.

—¿Estuviste dos años en el ejército francés y permaneciste virgen? —pregunté con incredulidad. Había atendido a varios franceses y dudaba mucho que la actitud gálica hacia las mujeres hubiera cambiando mucho en doscientos años.

Jamie frunció la boca y me miró de soslayo.

—Si hubieras visto a las prostitutas que trabajaban para el ejército francés, Sassenach, no te extrañaría que no me atreviera a tocar a ninguna mujer, mucho menos a acostarme con ella.

Me atraganté. Escupí vino y tosí hasta que Jamie se vio obligado a palmearme la espalda. Me calmé, jadeante y sonrojada, y lo insté a continuar con su historia.

Había regresado a Escocia hacía más o menos un año y pasado seis meses solo o con una banda de «hombres segregados», hombres sin clanes, viviendo en el bosque y robando ganado en las tierras de la frontera.

—Y entonces, alguien me golpeó en la cabeza con un hacha o algo parecido —dijo, encogiéndose de hombros—. Y debo aceptar la palabra de Dougal sobre lo que ocurrió durante los dos meses siguientes porque no fui consciente de nada.

Dougal estaba en una finca cercana cuando ocurrió. A petición de los amigos de Jamie, se las había ingeniado para transportar a su sobrino a Francia.

—¿Por qué a Francia? —pregunté—. Era muy arriesgado llevarte tan lejos.

—Más arriesgado era dejarme donde estaba. Había patrullas inglesas por todo el distrito, los muchachos y yo nos habíamos movido mucho por allí, y supongo que Dougal no quería que me encontraran inconsciente en la choza de algún campesino.

—¿O en su propia casa? —aventuré en tono cínico.

—Imagino que me habría llevado allí de no ser por dos motivos —contestó Jamie—. El primero era que tenía un visitante inglés en aquel momento. Y en segundo lugar creyó que, dado mi aspecto, moriría de todos modos, así que me mandó a la abadía.

La abadía de Sta. Anne de Beaupré, en la costa francesa, era propiedad de Alexander Fraser, actual abad de aquel santuario de erudición y culto. Uno de los seis tíos Fraser de Jamie.

—Él y Dougal no se llevan muy bien —explicó Jamie—. Pero Dougal creía que no podía hacerse mucho por mí aquí y que aquél era el mejor sitio donde podrían ayudarme.

Y así fue. Gracias a los conocimientos médicos de los monjes y a su físico robusto, Jamie había sobrevivido y se había recuperado bajo el cuidado de los santos hermanos

dominicos.

—Cuando estuve bien, volví —continuó—. Me reuní con Dougal y sus hombres en la costa y nos dirigíamos a las tierras de los MacKenzie cuando, eh, te encontramos a ti.

—El capitán Randall dijo que estabais robando ganado —precisé.

Sonrió, impertérrito ante la acusación.

—Bueno, Dougal no es hombre que deje pasar una oportunidad provechosa. Tropezamos con un puñado de animales pastando en una pradera. No había nadie cerca. Así que... —Se encogió de hombros.

Yo había aparecido al final de la confrontación entre los hombres de Dougal y los dragones de Randall. Al avistar a los ingleses marchando hacia ellos, Dougal había colocado a la mitad de sus hombres alrededor de un matorral, arreando el ganado delante de ellos en tanto el resto de los escoceses se habían ocultado entre los árboles, listos para atacar a los ingleses cuando pasaran.

—Funcionó muy bien —prosiguió Jamie en tono aprobatorio—. Nos lanzamos sobre ellos y pasamos por en medio gritando. Nos persiguieron, por supuesto, y los condujimos colina arriba a través de arroyos y rocas. Mientras tanto, el resto de los hombres de Dougal escapaban con el ganado por la frontera. Después despistamos a los ingleses y nos refugiamos en la cabaña donde te vi por primera vez.

—Entiendo —dije—. ¿Pero por qué volviste a Escocia? En Francia hubieras estado mucho más seguro.

Abrió la boca para contestar, luego lo reconsideró y bebió vino. Parecía que me estaba acercando al borde de su área secreta.

—Bueno, es una larga historia, Sassenach —respondió, esquivando el tema—. Te la contaré más tarde. Pero ahora, ¿qué me dices de ti? ¿Me hablarás de tu familia? Si quieres, por supuesto —se apresuró a añadir.

Pensé un momento y decidí que no sería peligroso hablarle de mis padres y del tío Lamb. Después de todo, la profesión del tío Lamb proporcionaba ciertas ventajas. Un erudito en antigüedades tenía tanto... o tan poco... sentido en el siglo dieciocho como en el veinte.

De modo que hablé, omitiendo algunos detalles menores como los coches y aviones, y desde luego, la guerra. Mientras hablaba, Jamie escuchaba con atención y formulaba preguntas de tanto en tanto. Manifestó pesar por la muerte de mi padres e interés en el tío Lamb y sus hallazgos.

—Y entonces conocí a Frank —concluí. Me interrumpí, sin saber cuánto más podía decir sin adentrarme en terreno peligroso. Por fortuna, Jamie me salvó.

—Pero por ahora prefieres no hablar de él —afirmó en tono comprensivo. Asentí en silencio y con la vista turbia. Jamie me soltó la mano, me rodeó con un brazo y apoyó mi cabeza con suavidad en su hombro.

—No te preocupes —susurró, acariciándome el cabello—. ¿Estás cansada, pequeña? ¿Quieres dormir?

Por un instante, me sentí tentada a decir que sí, pero me pareció que sería injusto y cobarde. Me aclaré la garganta, me incorporé y sacudí la cabeza.

—No —respondí y respiré hondo. Jamie olía a jabón y vino—. Estoy bien. Cuéntame..., cuéntame a qué solías jugar cuando eras niño.

La habitación tenía una vela gruesa que duraba doce horas. Círculos de cera oscura marcaban las horas. Conversamos durante tres círculos, soltándonos las manos únicamente para servir el vino o ir al retrete, que estaba en un rincón detrás de una cortina. Al regresar de allí en una ocasión, Jamie bostezó y se desperezó.

—Es tardísimo —comenté y me puse de pie—. Tal vez debamos acostarnos.

—De acuerdo —respondió y se frotó la nuca—. ¿Acostarnos? ¿O dormir? —Enarcó las cejas y frunció la boca.

A decir verdad, me había sentido tan cómoda con él que casi había olvidado por qué estábamos allí. Pero al oír aquellas palabras, me invadió el pánico.

—Bueno... —titubeé.

—En todo caso, supongo que no dormirás con esa ropa, ¿verdad? —preguntó con su habitual sentido práctico.

—Eh, no, claro que no. —De hecho, durante la precipitación de los acontecimientos, ni siquiera había pensado en un camisón —que de cualquier modo no tenía. Había estado durmiendo en camiseta o sin nada, según el clima.

Jamie no tenía más que lo puesto. Era evidente que dormiría en camisa o desnudo, una situación que forzaría el inevitable desenlace.

—Bueno, ven. Te ayudaré con las cintas y demás.

Las manos le temblaban un poco cuando comenzó a desvestirme. No obstante, perdió algo de su timidez en el forcejeo con las docenas de ganchos diminutos que ataban el corpiño.

—¡Ja! —exclamó triunfante al soltar el último. Reímos juntos.

—Ahora déjame a mí —dije, decidiendo que no tenía sentido prolongar las cosas. Le quité la camisa y deslicé mis manos por sus hombros. Bajé las palmas con lentitud por el pecho, sintiendo el vello flexible y las suaves depresiones alrededor de los pezones. Jamie se quedó quieto, casi sin respirar, cuando me arrodillé para desabrocharle el cinturón.

Si tiene que suceder, más vale que sea ahora, pensé. Subí mis manos deliberadamente por los muslos, rígidos y delgados bajo la falda. Aunque ahora sabía muy bien qué usaba la mayoría de los escoceses debajo de la falda —nada— me sorprendí igual.

Jamie me levantó y me besó. Fue un beso largo y, entretanto, sus manos se movieron hacia abajo para quitarme la enagua. Los volantes almidonados cayeron al suelo y me quedé en camiseta.

—¿Dónde aprendiste a besar así? —pregunté, jadeante. Sonrió y me estrechó de nuevo.

—Dije que era virgen, no un monje —contestó y me besó otra vez—. Si siento que necesito ayuda, te la pediré.

Me ciñó con fuerza y advertí que estaba más que listo para proseguir. Con sorpresa, descubrí que yo también lo estaba. En realidad, ya fuese porque era muy tarde, por el vino, el atractivo de Jamie o simple privación, lo deseaba con bastante intensidad. Le levanté la camisa y le acaricié el pecho, rodeando los pezones con los pulgares. Se pusieron rígidos al instante y de pronto, Jamie me abrazó con violencia.

—¡Uuf! —pronuncié, sin aliento.

Jamie me soltó y se disculpó.

—No, no te preocupes. Bésame otra vez. —Lo hizo, y ahora me bajó los tirantes de la camiseta. Se echó hacia atrás, me cogió los pechos y acarició mis pezones como yo había hecho con los suyos. Torpemente, manipulé la hebilla que sujetaba su falda. Sus dedos me guiaron y el broche se abrió.

Me alzó en sus brazos y se sentó en la cama, conmigo en su regazo. Habló con voz ronca.

—Avísame si soy muy brusco o si quieres que me detenga. Pero antes de que nos unamos. No creo que pueda detenerme después.

En respuesta, coloqué mis manos en su nuca y lo empujé hacia abajo para forzarlo a acostarse encima de mí. Lo guié hacia la hendidura húmeda entre mis piernas.

—Santo Dios —musitó James Fraser, que jamás tomaba el nombre del Señor en vano.

—No te detengas ahora —susurré.

Más tarde, mientras yacíamos juntos, pareció natural que yo apoyara mi cabeza sobre su pecho y que él me rodeara con sus brazos. Nos sentíamos a gusto. Habíamos perdido gran parte de nuestra rigidez original en la excitación compartida y la novedad de explorarnos mutuamente.

—¿Fue como lo imaginabas? —pregunté con curiosidad. Jamie rió y un ruido sordo retumbó en mi oído.

—Casi. Pensaba..., no, nada.

—No, dime. ¿Qué pensabas?

—No te lo diré. Te reirás de mí.

—Prometo no hacerlo. Cuéntamelo. —Me acarició el cabello, apartando los rizos de mi oreja.

—Ah, está bien. No sabía que se hacía de frente. Pensaba que se hacía por detrás. Como los caballos, entiendes.

Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para cumplir mi promesa. Pero no me reí.

—Sé que parece tonto —continuó como a la defensiva—. Es sólo que..., bueno, cuando se es joven, se meten ciertas ideas en la cabeza y se fijan allí.

—¿No has visto nunca a dos personas hacer el amor? —Estaba sorprendida. Había visto las cabañas de los campesinos, donde toda la familia compartía una única habitación. Aunque la familia de Jamie no fuera campesina, no era muy normal que un niño escocés nunca hubiera despertado y encontrado a sus padres haciendo el amor a corta distancia.

—Por supuesto que sí. Pero por lo general, debajo de las sábanas. Lo único que podía deducir con certeza era que el hombre estaba encima. Eso sí lo sabía.

—Mmm. Me he dado cuenta.

—¿Te apreté? —inquirió con ansiedad.

—No mucho. Así que eso pensabas, ¿eh? —No reí, pero no pude evitar una ancha sonrisa. Las orejas de Jamie se colorearon.

—Sí. Una vez vi a un hombre y a una mujer en campo abierto. Pero eso fue..., bueno, fue una violación, y la forzó por detrás. Me impresionó bastante y la idea se me quedó grabada en la cabeza.

Seguía sosteniéndome en sus brazos, utilizando de nuevo su técnica para domar caballos. Poco a poco, sus gestos se fueron convirtiendo en una exploración más decidida.

—Quiero preguntarte algo —dijo y pasó una mano por mi espalda.

—¿Qué?

—¿Te gustó? —preguntó con cierta timidez.

—Sí —respondí con honestidad.

—Ah. Eso me pareció. Aunque Murtagh me dijo que como a la mayoría de las mujeres les da lo mismo, debía terminar lo antes posible.

—¿Qué sabe Murtagh? —exclamé, indignada—. Para las mujeres, cuanto más despacio, mejor —aseguré. Jamie rió.

—Bueno, estoy seguro de que sabes más que Murtagh. Anoche, Murtagh, Rupert y Ned me dieron muchos consejos sobre el tema. Algunos se me antojaron muy poco sensatos, así que decidí usar mi propio criterio.

—Hasta ahora no te has equivocado. —Enrosqué un pelo del pecho alrededor de mi dedo—. ¿Qué otros sabios consejos te dieron? —La piel era dorada y rojiza a la luz de las velas. Sonreí al ver que enrojecía aún más de vergüenza.

—No puedo repetirlos. Dé todos modos, creo que la mayoría eran equivocados. He observado cómo se aparean distintos animales y parecían arreglárselas muy bien sin ningún tipo de consejo. Supongo que la gente puede hacer lo mismo.

Por dentro, me resultaba gracioso que alguien recabara datos sobre la técnica sexual en los corrales de una granja y los bosques en vez de en vestuarios y revistas pornográficas.

—¿Qué clase de animales has visto apareándose?

—Ah, de todo tipo. Nuestra granja quedaba cerca del bosque y yo pasaba mucho tiempo allí, cazando, buscando vacas perdidas o cosas por el estilo. He visto a caballos y vacas, por supuesto, a cerdos, gallinas, palomas, perros, gatos, ciervos, ardillas, conejos, jabalíes, ah, y una vez a un par de serpientes.

—¡Serpientes!

—Aja. ¿Sabías que las serpientes tienen dos penes? Quiero decir, los machos.

—No, no lo sabía. ¿Estás seguro?

—Sí. Y ambos son ahorquillados. Así. —Separó dos dedos para ilustrarlo.

—Debe de ser incomodísimo para la serpiente hembra —comenté con una risita.

—Bueno, parecía disfrutar mucho —dijo Jamie—. Aunque por lo que he visto, las serpientes no son muy expresivas.

Hundí el rostro en su pecho y resoplé de alegría. Su agradable olor almizcleño se unía con el aroma penetrante de las sábanas de lino.

—Quítate la camisa —sugerí. Me senté y tiré del dobladillo de la prenda.

—¿Por qué? —inquirió, pero se sentó y obedeció. Me arrodillé frente a él y admiré su cuerpo desnudo.

—Porque quiero mirarte —respondí. Era un hombre hermoso, con huesos largos y gráciles y músculos chatos que fluían con suavidad desde las curvas del pecho y los hombros hacia las delicadas concavidades del estómago y los muslos. Enarcó las cejas.

—Bueno, entonces, lo justo es justo. Quítate la tuya. —Se acercó y me ayudó a salir, no sin dificultad, de mi arrugada camiseta, bajándomela por las caderas. Luego me cogió por la cintura y me estudió con tanta intensidad que me cohibí.

—¿Nunca has visto a una mujer desnuda? —pregunté.

—Sí. Pero no tan de cerca. —Esbozó una ancha sonrisa—. Y nunca a una que fuera mía. —Acarició mis caderas con ambas manos—. Tienes caderas anchas. Serás una buena madre, espero.

—¿¡Qué!? —Me alejé con ira, pero Jamie me sujetó y caímos en la cama, él sobre mí. No me soltó hasta que dejé de forcejear. Entonces me levantó lo suficiente para besarme en los labios.

—Sé que con una vez basta para que sea legal, pero... —Se interrumpió con timidez.

—¿Quieres hacerlo de nuevo?

—¿Te molestaría mucho?

Esta vez, tampoco reí, pero las costillas me crujieron por el esfuerzo.

—No —contesté con seriedad—. No me molestaría.

—¿Estás hambriento? —pregunté poco después.

—Mucho. —Agachó la cabeza para mordisquearme un pecho. Luego la alzó y sonrió—. Pero también necesito comida. —Rodó hasta el borde de la cama—. En la cocina debe de haber carne fría y pan. Y también vino. Iré a buscar algo.

—No, no te levantes. Yo iré. —Salté de la cama y me encaminé hacia la puerta. Me puse un chal sobre los hombros para protegerme del frío del pasillo.

—¡Espera, Claire! —gritó Jamie—. Será mejor que... —Pero yo ya había abierto la puerta.

Mi aparición fue acogida con el vítor estridente de unos quince hombres que se paseaban alrededor de la chimenea en la habitación principal, bebían, comían y jugaban a los dados. Por un momento, me quedé estupefacta. Quince rostros burlones me observaban desde las sombras del fuego.

—¡Ey, muchacha! —gritó Rupert—. ¡Todavía puede caminar! ¿Acaso Jamie no cumplió bien con su deber?

La ocurrencia provocó risas y comentarios aún más vulgares con respecto a la capacidad de Jamie.

—¡Si ya ha agotado a Jamie, ocuparé su lugar con mucho gusto! —se ofreció un joven de cabello oscuro.

—¡No, no, ése no sirve para nada, jovencita, quédese conmigo! —vociferó otro.

—¡No aceptará a ninguno, muchachos! —chilló Murtagh, completamente borracho—. ¡Después de Jamie, necesitará algo como esto para que la satisfaga! —Agitó un enorme hueso de cordero sobre su cabeza. Las carcajadas sacudieron la sala.

Giré sobre mis talones, entré en el cuarto y di un portazo. Me quedé de espaldas a la puerta, mirando a Jamie con furia. Estaba desnudo en la cama, desternillándose de risa.

—Traté de advertírtelo —dijo con la respiración entrecortada—. ¡Deberías verte la cara!

—¿Qué están haciendo esos hombres ahí fuera? —siseé. Jamie se deslizó fuera de nuestro lecho nupcial y se puso a revolver el montón de ropa.

—Testigos —explicó—. Dougal no correrá el riesgo de que este matrimonio sea anulado. —Se enderezó con su falda en la mano. Me sonrió y la prendió alrededor de las caderas—. Me temo que tu reputación ha quedado comprometida más allá de toda reparación, Sassenach. Caminó hacia la puerta sin camisa.

—¡No salgas! —grité con un pánico repentino. Se volvió y me sonrió de manera tranquilizadora.

—No te preocupes, muchacha. Si son testigos, más vale que tengan algo para contar. Además, no voy a morirme de hambre durante tres días por temor a unas pocas burlas.

Salió del dormitorio. Una aclamación obscena brotó desde abajo. Jamie dejó la puerta entreabierta. Podía oírle avanzar hacia la cocina. Su progreso iba acompañado de gritos de felicitación, preguntas atrevidas y consejos.

—¿Cómo ha sido tu primera vez, Jamie? ¿Has sangrado? —exclamó la inconfundible voz áspera de Rupert.

—No, pero tú lo harás, desgraciado, si no cierras la boca —replicó Jamie con sequedad y su típico acento escocés. Gritos de deleite festejaron el comentario y las burlas continuaron en tanto Jamie bajaba a la cocina y regresaba por las escaleras.

Abrí la puerta lo justo para dejarlo entrar. Tenía la cara roja como el fuego y las manos llenas de comida y bebida. Se escurrió dentro, seguido por un último estallido de hilaridad desde abajo que sofoqué con un fuerte portazo. Eché el cerrojo.

—Traje suficiente para que no tengamos que volver a salir durante un buen rato —comentó. Apoyó los platos en la mesa sin mirarme. —¿Quieres comer? Cogí la botella de vino. —Todavía no. Necesito un trago.

• • •

A pesar de su torpeza, había en él una urgencia poderosa que me excitaba. Sin

ánimo de instruirlo ni de realzar mi propia experiencia, le permití hacer lo que quisiera, ofreciendo alguna sugerencia ocasional, como que podría descansar su peso en sus codos y no en mi pecho.

Aunque demasiado ávido y demasiado torpe para demostrar ternura, de todos modos hacía el amor con una especie de alegría incansable que me hizo pensar que la virginidad masculina estaba muy subestimada. Sin embargo, mostraba una preocupación por mí que me conmovía y fastidiaba a la vez.

En algún momento de nuestro tercer encuentro, me arqueé con fuerza contra él y grité. Se apartó de inmediato, sobresaltado.

—Lo siento —manifestó—. No quise hacerte daño.

—No me lo has hecho. —Me estiré con languidez. Me sentía maravillosamente.

—¿Estás segura? —preguntó y me inspeccionó en busca de alguna herida. De repente, me di cuenta de que su precipitada instrucción en manos de Murtagh y Rupert había pasado por alto un punto importante—. ¿Sucede siempre? —inquirió con fascinación después de mis explicaciones. Me sentía como la Esposa de Bath o una geisha japonesa. Nunca me había imaginado como una instructora en el arte del amor, pero debía admitir que el papel tenía su encanto.

—No, no siempre —contesté divertida—. Sólo si el hombre es un buen amante.

—Ah. —Las orejas se le enrojecieron un poco. Me alarmó advertir que el aire de abierto interés era reemplazado por uno de creciente determinación—. ¿La próxima vez me dirás qué debo hacer?

—No tienes que hacer nada especial —le aseguré—. Sólo ve despacio y presta atención. Pero ¿por qué esperar? Todavía estás listo.

Se sorprendió.

—¿No necesitas esperar? Yo no puedo volver a hacerlo enseguida después...

—Bueno, las mujeres somos diferentes.

—Sí. Lo he notado —masculló.

Me rodeó la cintura con los pulgares y los dedos índices.

—Es que... eres tan pequeña. Temo lastimarte.

—No me lastimarás —afirmé con impaciencia—. Y si lo hicieras, no me importaría. —Al ver la expresión de desconcierto en su rostro, decidí enseñarle a qué me refería.

—¿Qué haces? —preguntó, escandalizado.

—Exactamente lo que parece. Quédate quieto. —Al cabo de un momento, comencé a usar los dientes, presionando cada vez más fuerte hasta que Jamie contuvo el aliento con un siseo. Me detuve.

—¿Te he hecho daño? —pregunté.

—Sí. Un poco —respondió con voz estrangulada.

—¿Quieres que me detenga?

—¡No!

Proseguí con deliberada rudeza hasta que Jamie se estremeció con violencia y emitió un gruñido que sonó como si le hubiera arrancado el corazón. Se echó hacia atrás. Temblaba y respiraba agitado. Con los ojos cerrados, masculló algo en gaélico.

—¿Qué has dicho?

—He dicho —contestó y abrió los ojos— que creía que me iba a estallar el corazón.

Sonreí, complacida conmigo misma.

—Ah, ¿Murtagh y compañía tampoco te hablaron de esto?

—Sí, lo hicieron. Fue una de las cosas que no creí.

Reí.

—En ese caso, quizá sea mejor que no me cuentes qué otras cosas te dijeron. ¿Pero entiendes a qué me refería cuando decía que no me importaba que me lastimaras?

—Aja. —Respiró hondo y exhaló despacio—. ¿Si te lo hiciera a ti, sentirías lo mismo?

—Bueno... —aventuré con lentitud—. En realidad, no lo sé. —Me había esforzado por no pensar en Frank. Sentía que no debía haber más de dos personas en un lecho nupcial, al margen de cómo llegaran allí. Jamie era muy diferente de Frank, tanto física como mentalmente. Pero de hecho, existe un número limitado de maneras en las que dos cuerpos pueden unirse, y aún no habíamos establecido ese territorio de intimidad en el que el acto de amor asume una variedad infinita. Los ecos de la carne eran inevitables. Pero todavía quedaban territorios por explorar.

Jamie enarcó las cejas con aire de amenaza burlona.

—¿O sea que hay algo que no sabes? Bueno, lo averiguaremos. En cuanto tenga la fuerza suficiente. —Cerró los ojos de nuevo—. Tal vez la semana que viene.

Desperté antes del amanecer, temblando y rígida de miedo. No recordaba el sueño que me había despertado, pero el contacto abrupto con la realidad no mitigó la sensación de pánico. La noche anterior había podido olvidar mi situación por un momento, perdida en los placeres de una nueva intimidad. Ahora estaba sola, durmiendo junto a un extraño a quien mi vida estaba unida de modo inextricable, abandonada en un lugar plagado de amenazas invisibles.

Debí de emitir algún sonido de angustia, puesto que hubo un súbito revuelo de sábanas y el extraño de mi cama saltó al suelo tan repentinamente como un pavo real al desplegar su plumaje. Se detuvo y se acuclilló junto a la puerta, apenas visible en la penumbra.

Escuchó con atención y luego realizó una inspección rápida del cuarto, deslizándose en silencio de la puerta a la ventana y a la cama. El ángulo de su brazo revelaba que sostenía un arma, aunque no podía distinguirla en la oscuridad. Después de comprobar que todo estaba bien, se sentó junto a mí y volvió a colocar el cuchillo o lo que fuera en su escondite sobre la cabecera.

—¿Estás bien? —murmuró. Sus dedos rozaron mi mejilla húmeda.

—Sí. Siento haberte despertado. Tenía una pesadilla. ¿Qué diablos...? —comencé, con la intención de preguntarle qué lo había hecho reaccionar con tanta brusquedad para ponerse en guardia.

Una mano grande y cálida bajó por mi brazo desnudo e interrumpió la pregunta.

—No me extraña; estás helada. —La mano me empujó debajo de las mantas y dentro del cálido espacio recién desocupado—. Es por mi culpa —susurró—. Te quité todas las mantas. Me temo que todavía no estoy acostumbrado a compartir cama. —Envolvió las mantas alrededor nuestro y se acostó de nuevo a mi lado. Un momento después, estiró la mano otra vez para tocarme la cara.

—¿Es por mí? —preguntó en voz baja—. ¿No me soportas?

Reí como con hipo, no del todo un sollozo.

—No, no es por ti. —Tanteé en la oscuridad, buscando una mano reconfortante. Mis dedos tropezaron con una maraña de mantas y cuerpo caliente, pero al fin encontré la mano que anhelaba. Permanecimos tumbados boca arriba, contemplando las vigas de madera en el techo. —¿Y si te dijera que no te soporto? —inquirí de repente—. ¿Qué demonios podrías hacer? —La cama crujió cuando él se encogió de hombros.

—Decir a Dougal que quieres la anulación por no consumación, supongo.

Esta vez reí sin disimulo.

—¡No consumación! ¿Con todos esos testigos?

La luz del cuarto se estaba intensificando lo suficiente para permitirme ver la

sonrisa en el rostro vuelto hacia mí.

—Ah, bueno, testigos o no testigos, sólo tú y yo sabemos la verdad, ¿no es cierto? Y preferiría pasar vergüenza a estar casado con alguien que me odiara.

Lo miré.

—No te odio.

—Yo tampoco. Y muchos buenos matrimonios han empezado con menos que esto. —Con suavidad, me dio la vuelta y se amoldó a mi espalda de modo que quedamos acurrucados, muy juntos. Su mano se cerró en mi pecho, no como una invitación ni una exigencia, sino porque parecía pertenecer allí. —No temas —susurró—. Estamos juntos. —Me sentía reconfortada, serena y segura por primera vez en muchos días. No volví a acordarme del cuchillo escondido hasta que empecé a sumirme en el sueño con los primeros rayos de la mañana, y volví a preguntarme qué amenaza obligaría a un hombre a dormir armado y vigilante en su alcoba nupcial.

16

Un hermoso día

La intimidad de la noche pareció evaporarse con el rocío. Por la mañana, había cierta incomodidad entre nosotros. Tras un silencioso desayuno en la habitación, subimos el montículo que había detrás de la posada, intercambiando frases ocasionales corteses y tensas.

Cuando llegamos a la cima, me senté en un tronco a descansar. Jamie lo hizo en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol joven, a medio metro de distancia. Un pájaro se movía en un arbusto cercano, un pinzón, supuse, o tal vez un tordo. Escuché su lento susurro, contemplé el paso de las nubes pequeñas y esponjosas y reflexioné sobre la embarazosa situación.

El silencio se estaba volviendo insoportable cuando Jamie dijo de pronto:

—Espero... —Se detuvo y se ruborizó. Aunque sentí que era yo quien debía sonrojarse, me alegró que al menos uno de los dos pudiera hacerlo.

—¿Qué? —pregunté en tono alentador.

Meneó la cabeza, todavía ruborizado.

—No importa.

—Dilo. —Le toqué la pierna con un pie—. Honestidad, ¿recuerdas? —Era injusto, pero ya no podía seguir aguantando más carraspeos nerviosos ni miradas parpadeantes.

Jamie apretó las manos entrelazadas alrededor de sus rodillas. Se meció un poco hacia atrás pero clavó sus ojos en mí.

—Iba a decir —murmuró— que esperaba que el hombre que tuvo el honor de acostarse primero contigo haya sido tan generoso como tú lo fuiste conmigo. —Sonrió con timidez—. Pero la verdad es que no suena muy bien. Lo que quiero decir..., bueno, todo lo que quiero decir es gracias.

—¡La generosidad no tuvo nada que ver! —exclamé. Bajé la cabeza y froté con energía una mancha inexistente en mi vestido Una bota grande entró en mi campo de visión y me rozó un tobillo.

—Honestidad, ¿recuerdas? —repitió. Levanté la vista. Tenía las cejas enarcadas con expresión burlona y sonreía.

—Bueno —respondí a la defensiva—, no después de la primera vez.

Rió y descubrí con espanto que, después de todo, podía ruborizarme.

Una sombra fresca cayó sobre mi rostro acalorado y un par de manos grandes cogieron las mías con firmeza y me pusieron en pie. Jamie ocupó mi lugar en el tronco y se palmeó las rodillas a modo de invitación.

—Siéntate.

Obedecí sin mirarlo. Me acomodó de espaldas contra su pecho y me rodeó la cintura con los brazos. Sentía el latido regular de su corazón.

—Bien —dijo—, si todavía no podemos hablar con facilidad sin tocarnos, nos tocaremos un poco. Avísame cuando te vuelvas a sentir cómoda conmigo. —Se reclinó de manera que quedamos a la sombra de un roble. Me abrazó sin hablar, respirando con lentitud. Podía sentir el movimiento de su pecho y su aliento en mi cabello.

—De acuerdo —dije al cabo de un momento.

—Bien. —Aflojó la presión de sus brazos y me volvió para que lo mirara. De cerca, advertí la pelusa rojiza de sus mejillas y barbilla. La toqué con los dedos. Era como la felpa de un sillón antiguo, dura y suave al mismo tiempo.

—Lo siento —se disculpó—. No me pude afeitar esta mañana. Dougal me dio una navaja ayer antes de la boda, pero después me la quitó... para que no me cortara la garganta después de la noche de bodas, supongo. —Me sonrió y le devolví la sonrisa.

La alusión a Dougal me recordó nuestra conversación de la noche anterior.

—Me preguntaba... —comencé—. Anoche dijiste que te encontraste con Dougal y sus hombres en la costa cuando regresabas de Francia. ¿Por qué volviste con él en vez de ir a tu casa, o a las tierras de los Fraser? La forma en que Dougal te ha tratado... —Vacilé y la frase quedó inconclusa.

—Ah —exclamó y movió las piernas para equilibrar mi peso. Casi podía oírlo pensar. Se decidió bastante rápido—. Bueno, imagino que tienes que saberlo. —Frunció el entrecejo—. Ya te conté por qué soy un fugitivo. Durante un tiempo después... después de dejar el fuerte, nada me importaba demasiado... Mi padre murió en aquel entonces y mi hermana... —Se interrumpió otra vez. Intuí una lucha interna en él. Giré para mirarlo. El rostro normalmente alegre estaba ensombrecido por una emoción intensa—. Dougal me dijo —continuó con lentitud—. Dougal me dijo que... que mi hermana estaba embarazada. De Randall.

—Oh, Dios.

Me miró de soslayo y luego apartó la vista. Sus ojos brillaban como zafiros y parpadeó una o dos veces.

—No... no me atreví a volver —murmuró—. A verla de nuevo, después de lo ocurrido. Y además... —Suspiró y apretó los labios con fuerza—. Dougal me contó que... que después de nacer el niño, ella..., bueno, por supuesto, era lógico, estaba sola..., maldición, ¡la dejé sola! Dijo que se había unido a otro soldado inglés, alguien de una guarnición, que él no conocía.

Tragó saliva y continuó con más decisión.

—Le envié todo el dinero posible, desde luego, pero no pude..., bueno, no pude escribirle. ¿Qué iba a decirle?

Se encogió de hombros con impotencia.

—En todo caso, al cabo de un tiempo me cansé del ejército francés. Y mi tío Alex me comentó que había oído hablar de un desertor inglés, un tal Horrocks. El hombre había abandonado el ejército y se había empleado al servicio de Francis MacLean de Dunweary. Un día se emborrachó y mencionó que había estado con la guarnición en el Fuerte William cuando yo escapé. Y había visto al hombre que disparó al sargento mayor aquel día.

—¡Puede probar que no fuiste tú! —Parecía una buena noticia y lo manifesté. Jamie asintió.

—Bueno, sí. Aunque la palabra de un desertor no vale mucho. De todos modos, es un comienzo. Por lo menos, yo sabría quién fue. Y mientras que..., bueno, no estoy seguro de poder regresar a Lallybroch, sería estupendo poder pasear por Escocia sin riesgo de ser colgado.

—¡Sí, parece maravilloso! ¿Y dónde intervienen los MacKenzie?

A continuación, Jamie se embarcó en un análisis complicado de relaciones familiares y alianzas entre clanes; cuando el panorama se despejó, resultó que Francis MacLean tenía cierto parentesco por la rama MacKenzie. Había enviado el mensaje sobre Horrocks a Colum, quien a su vez había dado instrucciones a Dougal para que contactara con Jamie.

—Por eso estaba cerca cuando me hirieron —concluyó. Se interrumpió y el sol lo hizo pestañear—. Más tarde, me pregunté si no habría sido él.

—¿El que te pegó con el hacha? ¿Tu propio tío? ¿Por qué rayos iba a hacerlo?

Frunció el entrecejo, como sopesando hasta dónde podía contarme. Después se encogió de hombros.

—Ignoro cuánto sabes sobre el clan MacKenzie —dijo—, aunque imagino que no puedes haber cabalgado con el viejo Ned Gowan durante días sin aprender bastante. Le resulta casi imposible no hablar del tema.

Asintió cuando le sonreí a modo de respuesta.

—Bueno, has visto a Colum con tus propios ojos. Cualquiera se da cuenta de que no vivirá mucho. Y el pequeño Hamish apenas tiene ocho años. No estará en condiciones de dirigir un clan hasta dentro de diez años. ¿Qué sucederá si Colum muere antes de que Hamish esté preparado? —Me miró, esperando una respuesta.

—Supongo que Dougal pasará a ser el dueño de las tierras —repliqué con lentitud—. Al menos hasta que Hamish tenga la edad suficiente.

—Así es —convino Jamie—. Pero Dougal no es Colum y algunos del clan no le seguirían... si hubiera una alternativa.

—Entiendo —pronuncié lentamente—. Y tú eres la alternativa.

Lo observé con atención y tuve que reconocer que tenía posibilidades en ese sentido. Era nieto del viejo Jacob; tenía sangre MacKenzie, aunque sólo fuera por el lado materno. Un chico grandote, apuesto y de buen físico, inteligente y que tenía el don de dirigir a las personas. Había peleado en Francia y demostrado su habilidad para conducir hombres en la batalla, algo digno de tener en cuenta. Hasta el precio por su cabeza podría no ser un obstáculo insuperable... si fuera el Señor del castillo.

Los ingleses tenían ya bastantes problemas en las montañas de Escocia con las constantes rebeliones menores, los ataques en la frontera y las luchas entre clanes para arriesgarse a un levantamiento mayor al acusar de asesinato al jefe de un clan importante. Un asesinato que no sería considerado como tal entre los miembros del clan.

Colgar a un hombre insignificante del clan Fraser era una cosa. Tomar por asalto el castillo Leoch y sacar a rastras al jefe del clan MacKenzie para enfrentarlo a la justicia inglesa era algo muy distinto.

—¿Tienes intenciones de convertirte en Señor del castillo, si Colum muere? —Después de todo, era una manera de zafarse de sus dificultades. Aunque sospechaba que esa manera encerraba considerables obstáculos.

La idea lo hizo sonreír.

—No. Aunque tuviera derecho..., y no es así..., dividiría el clan: los hombres de Dougal contra aquellos que me siguieran. No me interesa el poder a costa de la sangre de otros hombres. Pero Dougal y Colum no tenían ninguna certeza al respecto. Así que podrían haber pensado que era más seguro matarme que correr el riesgo.

Fruncí el entrecejo mientras meditaba.

—Pero si tú les dijeras a Dougal y a Colum que no tienes intenciones de... ¡ Ah! —Lo miré con respeto—. Lo has hecho. Durante la ceremonia de juramento.

Me había parecido que había salido muy airoso de aquella peligrosa situación. Pero ahora comprendía cuan peligrosa había sido. Los hombres del clan habían querido que prestara juramento. Tanto como Colum había deseado lo contrario. Prestar ese juramento implicaba declararse miembro del clan MacKenzie y como tal, candidato potencial a jefe del clan. Jamie se arriesgaba a la violencia abierta y a la muerte si se negaba. Y a lo mismo —más privadamente— si no lo hacía.

Conociendo el peligro, había tomado la prudente decisión de mantenerse lejos de la ceremonia. Y cuando yo, a causa de mi fallido intento de fuga, lo había llevado de regreso al borde del abismo, había apoyado un pie firme y seguro en una cuerda floja muy fina y la había atravesado de punta a punta. *Je suis prét.* Sin duda.

Asintió al adivinar mis pensamientos.

—Sí. Si hubiera prestado juramento aquella noche, lo más probable es que no hubiera visto el amanecer.

Me estremecí ante esa posibilidad y el hecho de haberlo expuesto inconscientemente a ese peligro. De pronto, el cuchillo sobre la cama se me antojó una mera precaución razonable. Me pregunté cuántas noches habría dormido armado en Leoch, aguardando la visita de la muerte.

—Siempre duermo armado, Sassenach —confirmó, aunque yo no había hablado—. Exceptuando el tiempo que pasé en el monasterio, anoche fue la primera vez en meses que no dormí con el puñal en la mano. —Sonrió. Era evidente que recordaba qué había tenido en la mano en su lugar.

—¿Cómo demonios has adivinado lo que estaba pensando? —quise saber, ignorando la sonrisa. Jamie sacudió la cabeza de buen grado.

—Serias una pésima espía, Sassenach. Todo lo que piensas se refleja en tu rostro con la claridad del día. Has mirado el puñal y te has ruborizado. —Me examinó como evaluándome, con la cabeza ladeada—. Anoche te pedí honestidad, pero no era necesario. No sabes mentir.

—Da igual, ya que parece que lo hago tan mal —comenté con cierta aspereza—. ¿Debo asumir entonces que al menos tú no piensas que yo sea una espía?

No respondió. Miraba por encima de mi hombro hacia la posada, el cuerpo repentinamente tenso como la cuerda de un arco. Me sobresalté por un momento, pero luego oí los sonidos que habían atraído su atención. El golpe sordo de cascos y el tintinear de arneses; un grupo de hombres a caballo avanzaba hacia la posada.

Jamie se movió con cautela. Se acuclilló bajo un arbusto, en un lugar desde donde se veía el camino. Me recogí la falda y me agaché junto a él con el mayor sigilo.

El camino doblaba con brusquedad detrás de unas rocas, luego se curvaba más suavemente y descendía a la hondonada donde se encontraba la posada. La brisa matinal arrastraba hacia nosotros los sonidos del grupo que se acercaba. Pero pasó un minuto o dos antes de que asomara el hocico del primer caballo.

Eran unos veinte o treinta hombres, la mayoría con calzones de cuero y envueltos en tartanes de varios colores y diseños. Todos sin excepción iban bien armados. Cada caballo tenía al menos un mosquete atado a la montura. Abundaban las pistolas, los puñales y las espadas a la vista, además de cualquier otro armamento que podría estar oculto en las grandes alforjas de los cuatro caballos de carga. Seis hombres llevaban caballos extras, sin carga y sin monturas.

A pesar de los pertrechos de combate, los jinetes parecían relajados. Conversaban y reían en grupos pequeños mientras cabalgaban, aunque alguna que otra vez se alzaba una cabeza para vigilar los alrededores. Reprimí la urgencia de tirarme al suelo cuando la mirada de un hombre se paseó por el sitio donde nos ocultábamos. Tenía la impresión de que aquella mirada escrutadora iba a detectar con seguridad algún movimiento casual o el brillo del sol reflejándose en el cabello de Jamie.

Alcé la vista y noté que Jamie había pensado lo mismo. Se había tapado la cabeza y los hombros con un pliegue de su capa, para que el color oscuro lo confundiera con el matorral circundante. Cuando el último hombre entró en el patio de la posada, Jamie se quitó la capa e indicó el sendero colina arriba.

—¿Sabes quiénes son? —pregunté sin aliento mientras lo seguía dentro del brezal.

—Aja. —Jamie emprendió el empinado sendero como si fuera una cabra montesa, sin jadear ni perder la compostura. Miró hacia atrás y al ver mi dificultoso progreso, se detuvo y estiró una mano para ayudarme.

—Es la Guardia —explicó, señalando la posada con la cabeza—. Estamos a salvo. Pero será mejor que nos alejemos un poco más.

Había oído hablar de la famosa Guardia Negra, una fuerza policial que mantenía el

orden en la montañas de Escocia. También me habían contado que existían otras Guardias. Cada una patrullaba su propia área y recaudaba «impuestos» para protección del ganado y la propiedad. No era desusado que clientes morosos despertasen una mañana y descubrieran que todo su ganado había desaparecido durante la noche. Y nadie sabía jamás qué había pasado —y menos los hombres de la Guardia. Me sobrecogió un súbito terror irracional.

—¿No te buscarán a ti, verdad?

Sorprendido, Jamie miró hacia atrás como si esperara verlos subiendo la colina. Pero no había nadie y se volvió hacia mí con una sonrisa de alivio. Me rodeó la cintura con un brazo para ayudarme.

—Lo dudo. Diez libras esterlinas no son suficientes para que envíen un grupo así en mi búsqueda. Y si supieran que estoy en la posada no habrían llegado como lo hicieron, todos juntos y sin disimulo. —Meneó la cabeza con decisión—. No, si persiguieran a alguien, habría hombres vigilando la parte trasera y las ventanas antes de que el resto alcanzara la puerta principal. Es probable que se hayan detenido allí para refrescarse.

Continuamos ascendiendo, más allá del lugar donde el rústico sendero desaparecía entre arbustos de tojo y brezos. Nos encontrábamos entre colinas al pie de las montañas; las rocas de granito sobrepasaban la cabeza de Jamie y me recordaban de manera inquietante las piedras erguidas de Craigh na Dun.

De pronto llegamos a la cima de una loma. Las colinas se desplegaban por doquier en una soberbia cascada de rocas y verde. La mayoría de los lugares de las tierras altas de Escocia me hacían sentir rodeada de árboles, piedras o montañas. Pero aquí estábamos expuestos a las frías ráfagas de viento y a los rayos del sol, que había asomado como para celebrar nuestra nada ortodoxa boda.

Lejos de la influencia de Dougal y de la compañía claustrofóbica de tantos hombres, experimenté una embriagante sensación de libertad. Estuve tentada de sugerir a Jamie que huyera y que me llevara consigo, pero el sentido común prevaleció. No teníamos dinero ni comida salvo el almuerzo que él llevaba en su morral. Y si no regresábamos a la posada al atardecer, sin duda saldrían a buscarnos. Y aunque Jamie era capaz de trepar rocas todo el día sin sudar una sola gota ni quedarse sin aliento, yo no estaba en condiciones de seguir su ritmo. Al ver mi rostro acalorado, me guió a una piedra y se sentó junto a mí. Contempló de buen humor las colinas mientras esperaba que yo recobrara el aliento. Allí estábamos a salvo.

Pensando en la Guardia, apoyé una mano en el brazo de Jamie.

—Me alegro de que no valgas mucho —dije.

Me observó un momento y se frotó la nariz que había comenzado a enrojecer.

—Bueno, podría tomar eso de muchas maneras, Sassenach. Pero dadas las circunstancias, gracias —respondió.

—Soy yo quien debería darte las gracias a ti —afirmé—, por casarte conmigo. Debo admitir que prefiero estar aquí que en el Fuerte William.

—Le agradezco el cumplido, señora —repuso con una leve reverencia—. Yo también lo prefiero. Y ya que estamos tan agradecidos —añadió—, yo también debo darte las gracias por haberte casado conmigo.

—Eh, bueno... —Me ruboricé otra vez.

—No sólo por eso, Sassenach —declaró con una amplia sonrisa—. Aunque también por eso. Pero imagino que además me has salvado la vida, al menos en lo que concierne a los MacKenzie.

—¿A qué te refieres?

—Ser medio MacKenzie es una cosa —explicó—. Ser medio MacKenzie con una esposa inglesa es algo muy diferente. Al margen de lo que los miembros del clan piensen de mí, no hay muchas posibilidades de que una mujer inglesa se convierta algún día en

dueña de Leoch. Por eso Dougal me escogió para casarme contigo, sabes.

Enarcó una ceja, rojiza y dorada bajo el sol de la mañana.

—Espero que después de todo no hubieras preferido a Rupert.

—No, claro que no —aseguré con énfasis.

Se rió y se puso en pie sacudiéndose las agujas de pino de la falda.

—Mi madre me dijo que en un día hermoso, una muchacha me elegiría.

Estiró una mano y me ayudó a incorporarme.

—Yo le respondí —continuó—, que pensaba que era el hombre quien debía escoger.

—¿Qué contestó ella?

—Puso los ojos en blanco y dijo: «Ya lo verás, hijo, ya lo verás.» —Rió—. Y ya lo he visto.

Alzó la vista, allí donde el sol se escurría entre los pinos.

—Y hoy es un día hermoso. Vamos, Sassenach. Te llevaré a pescar.

Continuamos subiendo las colinas. Esta vez, Jamie giró hacia el norte, a través de una hendidura. Atravesamos un valle diminuto y frondoso, con paredes de piedra donde retumbaba el gorgoteo de un arroyo que nacía de una docena de pequeñas cascadas entre las rocas y se precipitaba ruidosamente a lo largo del cañón hacia una serie de riachuelos y estanques.

Mojamos los pies en el agua, yendo de la sombra al sol y de vuelta a la sombra cuando teníamos demasiado calor, conversando de esto y de aquello y de casi nada. Ambos éramos conscientes del menor movimiento del otro y aguardábamos complacidos a que el azar nos condujera a ese momento en que una mirada se demoraba y una caricia sugería algo más.

Jamie me enseñó a atrapar truchas en un estanque oscuro y moteado. Acuclillado para evitar las ramas bajas, caminó por un saliente colgante con los brazos estirados para guardar el equilibrio. A mitad de camino, se volvió con cuidado en la roca y extendió una mano, instándome a que lo siguiera.

Yo ya me había recogido la falda para andar por aquel terreno accidentado y me las arreglé bastante bien. Nos tumbamos boca abajo en la roca fría. Con las cabezas juntas, escudriñamos el agua. Las ramas de los sauces nos rozaban la espalda.

—Lo más importante es escoger un buen lugar —explicó Jamie—. Después, sólo hay que esperar.

Hundió una mano en el agua con suavidad y sin salpicar, y la apoyó en el fondo arenoso, justo fuera de la línea de sombra delineada por el saliente de piedra. Los dedos largos se curvaron con delicadeza hacia la palma, distorsionados por el agua de modo que parecían mecerse al unísono como las hojas de una planta acuática. Sin embargo, los músculos quietos del antebrazo me revelaron que no estaba moviendo la mano para nada. La columna del brazo se doblaba con brusquedad en la superficie, dando la impresión de estar dislocado, como cuando conocí a Jamie hacía poco más de un mes... Dios mío, ¿apenas un mes?

Conocidos hacía un mes, casados hacía un día. Unidos por votos y por sangre. Y también por amistad. Cuando llegara el momento de partir, esperaba no herirlo mucho. Me alegraba no tener que pensar en eso por el momento. Estábamos lejos de Craigh na Dun y sin la menor posibilidad de escapar de Dougal.

—Ahí está —murmuró Jamie con voz casi inaudible. Me había dicho que las truchas tenían un oído muy sensible.

Desde mi perspectiva, la trucha no era más que una ligera agitación de la arena moteada. La sombra de la roca oscurecía el brillo de las escamas. Puntos se movían sobre puntos, impulsados por aletas transparentes, invisibles excepto por el movimiento. Los pececillos que se habían congregado para tirar de los pelos de la muñeca de Jamie se

escurrieron con rapidez en la claridad del estanque.

Un dedo se torció despacio, con tanta lentitud que era difícil ver el movimiento. Lo noté sólo por el cambio de posición en relación con los demás. Otro dedo lo siguió. Y después de mucho rato, otro.

Apenas me atrevía a respirar. Mi corazón palpitaba contra la roca fría con un ritmo más veloz que la respiración de la trucha. Los dedos se abrieron poco a poco. La lenta ola hipnótica comenzó de nuevo, un dedo, otro dedo, uno más, ondeando el agua con tanta suavidad como la aleta de un pez.

La trucha asomó el hocico, un delicado resuello de boca y branquias en rítmico respirar, desvelando el interior rosado, ocultándolo, desvelándolo, ocultándolo, como el latido del corazón.

La boca buscó y mordió agua. Casi todo el cuerpo estaba ahora a la vista, colgando ingrávido en el agua, todavía en la sombra. Podía ver un ojo moviéndose de un lado a otro, la mirada en blanco y sin dirección.

Dos centímetros más y la boca estaría sobre los dedos traicioneros. Me aferré a la roca con ambas manos y apreté la mejilla con fuerza contra el granito como si pudiera esconderme aún más.

Hubo una súbita explosión de movimiento. Todo ocurrió tan rápido que no pude ver lo que pasó en realidad. Una fuerte salpicadura de agua cayó sobre la roca a pocos centímetros de mi cara. Jamie rodó y el cuerpo del pescado aterrizó con un ruido sordo sobre la orilla cubierta de hojas.

Jamie abandonó el saliente y cruzó el estanque para recoger su premio antes de que el aturdido pez pudiera regresar aleteando al santuario del agua. Lo cogió de la cola, lo golpeó con pericia contra una roca matándolo al instante y regresó para enseñármelo.

—Es bastante grande —comentó con orgullo, sosteniendo un espécimen de unos treinta y cinco centímetros—. Será nuestro desayuno. —Me sonrió, mojado hasta los muslos, con los pelos colgando por la cara y la camisa salpicada y con hojas muertas pegadas—. Te dije que no pasarías hambre.

Envolvió la trucha en capas de hojas de bardana y barro. Luego se enjuagó los dedos en el agua fría del arroyo. Trepó a la roca y me entregó el paquete.

—Un regalo de bodas bastante extraño. —Asintió en dirección a la trucha—. Pero no sin precedente, como diría Ned Gowan.

—¿Existen precedentes de regalar un pescado a una flamante esposa? —pregunté divertida.

Se quitó las medias y las apoyó sobre la roca para que se secaran al sol. Sus pies largos y desnudos se sacudieron con deleite.

—Es una vieja canción de amor. De las islas. ¿Quieres oírla?

—Sí, claro. Eh, en inglés, si es posible —agregué.

—Claro. No sé cantar, pero te diré la letra. —Se apartó el pelo de los ojos y recitó:

Tú, hija del rey de mansiones doradas,
al llegar la noche de nuestra boda,
si aún conservo la vida en Duntulm,
volaré a colmarte de regalos.
Te obsequiaré con cien tejones, habitantes de las orillas,
cien nutrias, nativas de los arroyos,
cien truchas plateadas de los estanques...

Y le siguió una lista increíble de la flora y fauna de las islas. Mientras Jamie declamaba, tuve tiempo para reflexionar sobre el extraño hecho de estar sentada en una roca de un estanque escocés, escuchando canciones de amor gaélicas con un pez muerto en

la falda. Y lo más extraño era que lo estaba pasando muy bien.

Cuando terminó, aplaudí, sosteniendo la trucha entre las rodillas.

—¡Me encanta! Sobre todo la parte de «volaré a colmarte de regalos». Suena como un amante muy entusiasta.

Jamie rió con los ojos cerrados.

—Supongo que podría añadir una línea propia: «Saltaré a los estanques por ti.»

Reímos y después nos quedamos callados un rato, disfrutando del cálido sol de principios de verano. Reinaba una gran paz en el lugar. Lo único que se oía era el murmullo del agua más allá del estanque. La respiración de Jamie se había normalizado. Yo era consciente del lento subir y bajar de su pecho y del palpitar del pulso en su cuello. Tenía una pequeña cicatriz triangular, justo en la base de la garganta.

Podía sentir la timidez restablecerse entre nosotros. Le cogí una mano con fuerza, esperando que el contacto nos devolviera la naturalidad como lo había hecho antes. Jamie me rodeó los hombros con un brazo, pero me turbó sentir los músculos rígidos de su cuerpo bajo la fina camisa y me aparté con el pretexto de arrancar un manojo de geranios rosados que crecían en una grieta de la roca.

—Son buenos para la jaqueca —expliqué y los guardé.

—Te altera —sentenció y ladeó la cabeza para mirarme con intensidad—. No la jaqueca, no, sino Frank. Estás pensando en él y por eso te turbas cuando te toco. No hay sitio para los dos en tu mente. ¿Es eso?

—Eres muy perceptivo —comenté asombrada. Sonrió, pero no intentó volver a tocarme.

—No es muy difícil darse cuenta de eso, muchacha. Cuando nos casamos, sabía que no podrías evitar pensar en él a menudo, lo quisieras o no.

No quería en ese momento, pero Jamie tenía razón. No podía evitarlo.

—¿Me parezco mucho a él? —preguntó con brusquedad.

—No.

De hecho, era casi imposible imaginar un contraste mayor. Frank era delgado, ágil y moreno. Jamie en cambio, era grande, fornido y de tez clara como un rayo de sol rojizo. Aunque ambos poseían la gracia compacta de los atletas, Frank tenía físico de jugador de tenis, Jamie de guerrero, modelado —y castigado— por el desgaste de la adversidad física. Frank sobrepasaba en diez centímetros mi metro setenta de estatura. Cara a cara con Jamie, mi nariz encajaba cómodamente en el pequeño hueco del centro de su pecho. Y su barbilla podía descansar con facilidad sobre mi cabeza.

Pero no sólo se diferenciaban en el aspecto físico. Para empezar, se llevaban casi quince años, lo cual sin duda explicaba la diferencia entre la discreción cortés de Frank y la sinceridad abierta de Jamie. Como amante, Frank era refinado, sofisticado, considerado y diestro. Al carecer de experiencia y no intentar disimularlo, Jamie se limitaba a entregarse por completo, sin reservas. Y la intensidad con que yo le respondía me inquietaba mucho.

Jamie observaba mi lucha interna con aire comprensivo.

—Bueno, parece que tengo dos opciones —dijo—. Puedo dejarte meditar al respecto o...

Se inclinó y me besó en los labios. Yo había besado a unos cuantos hombres, en particular durante los años de la guerra cuando el coqueteo y las aventuras constituían las compañías frívolas de la muerte y la incertidumbre. Jamie, sin embargo, era distinto. Su extrema gentileza no era vacilante; era más bien una promesa de poder consciente y contenido; un desafío y una provocación tanto más extraordinarios por su falta de exigencia. Soy tuyo, decía. Y si quieres tenerme, entonces...

Sí. Mi boca se abrió, aceptando de todo corazón y sin consultarme tanto la promesa como el desafío. Después de un largo instante, alzó la cabeza y me sonrió.

—O puedo intentar distraerte de tus pensamientos —concluyó.

Presionó mi cabeza contra su hombro. Me acarició el cabello y alisó los rizos que caracoleaban junto a mi oído.

—No sé si servirá —continuó en voz baja—, pero te diré algo: es para mí una satisfacción y un milagro saber que puedo complacerte... que tu cuerpo responde al mío. No había pensado en eso... antes.

Respiré hondo antes de contestar.

—Sí. Ayuda, creo.

Permanecimos callados un buen rato. Por fin, Jamie se alejó y me miró con una sonrisa.

—¿Te he dicho que no tengo dinero ni propiedades, Sassenach?

Asentí, preguntándome adonde querría llegar.

—Debí haberte avisado antes que probablemente terminaríamos durmiendo sobre heno, bebiendo cerveza y comiendo harina de avena.

—No me importa —respondí.

Señaló un claro en los árboles sin quitarme los ojos de encima.

—No hay heno cerca, pero sí un helechal. ¿Qué te parece si practicamos, aunque sólo sea para ir cogiéndole el aire...?

Poco después, le acaricié la espalda, húmeda por el esfuerzo y el jugo de helechos aplastados.

—Si dices «gracias» otra vez, te abofetearé —le advertí.

Recibí un ronquido por respuesta. Un helecho colgante le rozaba la mejilla y una hormiga curiosa cruzaba su mano, haciendo que los dedos se crisparan durante el sueño.

La aparté y me recliné en un codo para observarlo. Los ojos cerrados dejaban ver las pestañas largas y espesas. Eran de un color extraño; castaño rojizo en las puntas y claras, casi rubias, en las raíces.

La línea firme de la boca estaba relajada. Si bien conservaba una mueca graciosa en un lado, el labio inferior se había aflojado en una curva sensual e inocente al mismo tiempo.

—Maldición —mascullé.

Lo había estado reprimiendo. Incluso antes de este ridículo casamiento, había sido muy consciente de cuánto me atraía. Ya me había sucedido, como sin duda le pasa a casi todo el mundo. Una repentina susceptibilidad a la presencia, a la aparición de un hombre en particular... o una mujer, supongo. La urgencia de seguirlo con los ojos, de provocar encuentros «casuales», de observarlo con disimulo mientras trabaja; una sensibilidad exquisita a los pequeños detalles de su cuerpo... los omóplatos debajo de la camisa, los huesos prominentes de las muñecas, el suave lugar debajo de la mandíbula donde asomaban los primeros pelos de la barba.

Encandilamiento. Era común, entre enfermeras y médicos, enfermeras y pacientes; en cualquier grupo de personas que permanecían juntas durante un largo período de tiempo.

Algunos cedían al sentimiento. Los romances breves e intensos eran frecuentes. Si tenían suerte, la aventura terminaba en pocos meses sin consecuencias. Si no..., bueno. Embarazo, divorcio, algún que otro caso desusado de enfermedad venérea. Era muy peligroso el encandilamiento.

Lo había experimentado varias veces. Pero había tenido la sensatez de no flaquear. Y como ocurre siempre, al cabo de un tiempo la atracción había disminuido, el hombre había perdido su aura dorada y retomado su sitio habitual en mi vida sin perjuicio para sí mismo, para mí ni para Frank. Y ahora. Ahora me había visto obligada a claudicar. Y sólo

Dios sabía qué daño podría resultar de aquella acción. Pero no había marcha atrás.

Jamie yacía sereno, boca abajo. El sol brillaba sobre su melena roja, iluminaba el vello suave que coronaba su columna y se deslizaba por la pelusa cobriza que espolvoreaba nalgas y muslos y se espesaba en la maraña de rizos castaños que se entreveían entre las piernas abiertas.

Me senté y admiré sus largas piernas. La delicada línea de los músculos dibujaba una muesca en los muslos desde la caderas hasta las rodillas; otra hacía lo mismo desde las rodillas hasta los pies largos y elegantes. Las plantas de los pies eran lisas y rosadas, apenas encallecidas de andar descalzo.

Me dolían los dedos, tal era mi ansia de trazar el contorno de la oreja pequeña y el ángulo brusco de la mandíbula. Bueno, pensé, lo hecho, hecho está. Cohibirse ya no tenía sentido. Nada de lo que hiciera ahora empeoraría las cosas, para ninguno de los dos. Extendí la mano y lo toqué.

Tenía el sueño muy ligero. Con una velocidad que me sobresaltó, se volvió boca arriba y se apoyó en los codos como para levantarse de un salto. Al verme, se relajó y sonrió.

—Estoy en inferioridad de condiciones, señora.

Hizo una reverencia bastante bien lograda para un hombre acostado sobre un montón de helechos, sin nada que lo cubriera excepto alguna sombra. Reí. La sonrisa de él persistió pero cambió al contemplarme, desnuda en los helechos. Su voz enronqueció de repente.

—De hecho, señora, estoy a vuestra merced.

—¿De veras? —aventuré en voz baja.

No se movió. Volví a estirar mi mano y la apoyé en su mejilla para después deslizaría hacia abajo por el cuello, la inclinación brillante del hombro y más abajo aún. Inmóvil, Jamie cerró los ojos.

—Santo cielo —musitó. Contuvo el aliento con fuerza.

—No te preocupes —dije—. No tienes que ser brusco.

—Gracias al cielo.

—Quédate quieto.

Hundió los dedos en la tierra blanda pero obedeció.

—Por favor —suplicó al rato. Levantó la vista. Tenía los ojos abiertos.

—No —respondí, divertida. Volvió a cerrar los ojos.

—Pagarás por esto —me amenazó unos minutos después. Una gota de sudor resplandecía en el caballete recto de su nariz.

—¿En serio? ¿Qué harás?

Los tendones sobresalieron en los antebrazos cuando presionó las palmas contra la tierra. Habló con esfuerzo, como si apretara los dientes.

—No lo sé. ¡Pero...por todos los santos... Ya... ya se me ocu-currirá algo! ¡Cielos! ¡Por favor!

—De acuerdo —concedí. Lo solté.

Y grité cuando rodó sobre mí, atenazándome contra los helechos.

—Tu turno —declaró con considerable satisfacción.

Regresamos a la posada al atardecer. Nos detuvimos en la cima de la colina para asegurarnos de que los caballos de la Guardia no siguieran atados afuera.

El albergue se veía acogedor. La luz ya brillaba a través de las pequeñas ventanas y las grietas de las paredes. Los últimos rayos de sol resplandecían también a nuestras espaldas, de manera que todo en la ladera arrojaba una doble sombra. El aire más fresco había levantado una brisa. Las hojas de los árboles se agitaban y hacían que múltiples

sombras bailaran en la hierba. Era fácil imaginar que había duendes en la colina, danzando con las sombras, abriéndose camino entre los troncos delgados para perderse en las profundidades del bosque.

—Dougal todavía no ha vuelto —comenté mientras bajábamos. La yegua azabache que solía montar no estaba en la pequeña caballeriza de la posada. También faltaban otros animales; el caballo de Ned Gowan, por ejemplo.

—No regresará hasta dentro de un día por lo menos... quizá dos. —Jamie me ofreció un brazo y descendimos la colina con lentitud, esquivando las rocas que sobresalían entre la hierba.

—¿Adonde rayos ha ido? —Arrastrada por el remolino de los últimos sucesos, no se me había ocurrido cuestionar su ausencia... ni siquiera la había notado.

Jamie me ayudó a subir los escalones de la parte trasera del albergue.

—A atender sus asuntos con los campesinos de por aquí. Tiene un día o dos antes de tener que presentarte en el fuerte. —Me apretó el brazo en un gesto tranquilizador—. El capitán Randall no estará muy complacido cuando Dougal le diga que no puede entregarte. Y Dougal no querrá permanecer en la zona después.

—Es razonable. Y también muy amable por su parte dejarnos aquí para que eh..., nos conozcamos mejor.

Jamie resopló.

—Nada de amable. Fue una de las condiciones que puse para aceptarte. Dije que me casaría si debía hacerlo, pero que ni loco consumaría mi matrimonio debajo de un arbusto con veinte miembros del clan observando y dando consejos.

Me detuve y lo miré con fijeza. Ahora entendía los ruidos que había oído mientras bebía whisky en el salón de la posada.

—¿Una de las condiciones? —repetí despacio—. ¿Cuáles fueron las otras?

Estaba oscureciendo demasiado para poder verle bien el rostro, pero tuve la impresión de que estaba avergonzado.

—Sólo dos más —repuso por fin.

—¿Cuáles fueron?

—Bueno —comenzó y pateó un guijarro con aire tímido—. Dije que debíamos casarnos como correspondía, por la iglesia, con un cura. No sólo por contrato. En cuanto a la otra..., él debía conseguirte un vestido adecuado para la ceremonia.

Apartó la mirada, evitando mis ojos. Su voz era tan baja que apenas podía oírlo.

—Yo sabía... sabía que no querías casarte. Y quería que fuera, lo más agradable posible para ti. Pensé que te haría sentir menos... En fin, deseaba que tuvieras un vestido decente, eso es todo.

Abrí la boca para decir algo pero Jamie se volvió hacia la posada.

—Vamos, Sassenach —añadió con voz ronca—. Tengo hambre.

El precio de la comida era la compañía. Lo advertimos no bien cruzamos la puerta de la sala de la posada. Nos recibieron con vítores vulgares y nos sentaron a la mesa, donde una cena abundante se hallaba en curso.

Ya más preparada, no me importaron las bromas groseras ni los comentarios subidos de tono dirigidos a nosotros. Y esta vez, me alegró retraerme con modestia en un rincón y dejar que Jamie se enfrentara a las burlas pesadas y especulaciones obscenas sobre lo que habíamos estado haciendo todo el día.

—Durmiendo —respondió Jamie a una pregunta de ese tipo—. Anoche no pegué ojo. —Risas estrepitosas festejaron el chiste y se intensificaron cuando añadió en tono confidencial—: Ronca, ¿sabéis?

Le tiré de una oreja. Me estrechó contra sí y me dio un beso sonoro. El aplauso fue general.

Después de la cena, hubo baile al compás de la flauta tocada por el propietario de la posada. Nunca había destacado en el baile. En realidad, tendía a tropezar con mis propios pies en momentos de tensión. Y no esperaba hacerlo mejor ahora, vestida con falda larga y zapatos incómodos. Sin embargo, una vez que me hube descalzado, descubrí con gran deleite que podía bailar sin dificultad.

Las mujeres escaseaban, así que la esposa del propietario y yo nos recogimos las faldas y bailamos sin cesar hasta que tuve que detenerme y apoyarme en el banco, con el rostro enrojecido y sin aliento.

Los hombres eran incansables. Giraban como trompos, solos o unos con otros. Por fin, se apoyaron en la pared para observar, gritar y aplaudir en tanto Jamie me cogía de las manos y me dirigía a través de algo rápido y frenético llamado «El gallo del norte».

Terminamos deliberadamente cerca de las escaleras. Con el brazo de Jamie alrededor de mi cintura, concluimos el baile con un giro. Entonces nos detuvimos y él pronunció un breve discurso, mezcla de gaélico e inglés, que fue recibido con otro aplauso, en particular cuando extrajo una bolsita de cuero de su morral y la arrojó al propietario con instrucciones de que utilizara todo el contenido para servir whisky. Era el dinero de las apuestas de la pelea en Tunnaig. Probablemente, todo lo que tenía. No se me ocurrió otra forma mejor de gastarlo.

Nos encontrábamos en la galería, en medio de una lluvia de buenos deseos indecorosos, cuando una voz más fuerte que las demás gritó el nombre de Jamie.

Me volví y reconocí el rostro vulgar de Rupert, más enrojecido que de costumbre encima de la tupida barba negra. Sonreía desde abajo.

—No pierdas el tiempo, Rupert —exclamó Jamie—. Es mía.

—Es un desperdicio, muchacho —contestó Rupert. Se secó la cara con la manga—. Te dejará inconsciente dentro de una hora. Los jóvenes son muy flojos —agregó en mi dirección—. Cuando quiera un hombre que no pierda el tiempo durmiendo, muchacha, avíseme. Entretanto... —Arrojó algo hacia arriba.

Una bolsa pequeña y gruesa aterrizó con un ruido metálico a mis pies.

—Un regalo de bodas —explicó—. Cortesía de los hombres de la Guardia de Shimi Bogil.

—¿Eh? —Jamie se agachó para recogerla.

—No todos pasamos el día holgazaneando en los helechales, muchacho —le reprochó con una mirada libidinosa—. Ese dinero fue ganado con mucho esfuerzo.

—Ah, claro —sonrió Jamie—. ¿Dados o cartas?

—Ambos. —Una sonrisa picara dividió la barba negra—. Les limpiamos hasta el último centavo, muchacho. ¡Hasta el último centavo!

Jamie abrió la boca pero Rupert alzó una palma ancha y encallecida.

—No, muchacho, no nos lo agradezcas. Sólo bésala por mí, ¿quieres?

Me llevé los dedos a los labios y le soplé un beso. Rupert se tocó la cara como si lo hubieran golpeado, trastabilló hacia atrás con una exclamación y se volvió hacia el bar, haciendo eses como si estuviera borracho, que no lo estaba.

Después de la hilaridad de abajo, el cuarto era un refugio de paz y quietud. Jamie, todavía riendo para sus adentros, se echó sobre la cama para recobrar el aliento.

Me aflojé el corpiño, incómodamente ceñido, y me senté para desenredarme el pelo revuelto por el baile.

—Tienes un hermoso cabello —dijo Jamie, observándome.

—¿Qué? ¿Esto? —Señalé mis rizos con timidez. Como siempre, podían describirse cortésmente como un revoltijo. Rió.

—Bueno, el otro también me gusta —respondió con seriedad deliberada—. Pero de

veras, es hermoso.

—Pero tan... rizado —aventuré, ruborizada.

—Sí, por supuesto. —Parecía sorprendido—. Oí a una de las hijas de Dougal en el castillo comentar a una amiga que le llevaría tres horas con las pinzas calientes lograr peinar el suyo así. Dijo que le gustaría arrancarte los ojos por tener ese cabello sin necesidad de hacer nada. —Se sentó y tiró con suavidad de un rizo, estirándolo de manera que alisado, llegaba casi hasta mi pecho. —Mi hermana Jenny también tiene el pelo rizado. Pero no tanto como tú.

—¿También es pelirroja? —pregunté. Intenté imaginarme a la misteriosa Jennifer. Jamie parecía pensar en ella con frecuencia. Sacudió la cabeza sin dejar de enrollar y desenrollar rizos entre los dedos.

—No. Tiene el cabello negro. Negro como la noche. Yo soy pelirrojo como mi madre y Jenny heredó el suyo de mi padre. Lo llamaban «Brian el Negro», por el pelo y la barba.

—He oído decir que al capitán Randall lo llaman «Jack el Negro» —señalé. Jamie rió con sequedad.

—Oh, sí. Pero eso es por el color de su alma, no de su pelo.

Su mirada se agudizó.

—No estarás preocupada por él, ¿verdad, pequeña? No deberías estarlo.

Sus manos abandonaron mis rizos y apretaron mis hombros en un gesto posesivo.

—Hablo en serio —continuó en voz baja—. Te protegeré. De él y de todos. Hasta con la última gota de mi sangre, *mo duinne.*

—¿*Mo duinne?* —repetí, algo turbada por la intensidad del discurso. No quería ser responsable del derramamiento de ninguna gota de su sangre, ni de la última ni de la primera.

—Significa «mi morena». —Se llevó un bucle a los labios y sonrió. Su mirada aceleró todas las gotas de mi sangre—. *Mo duinne* —volvió a decir con gentileza—. Tenía ganas de decírtelo.

—Un color bastante insulso, el moreno —precisé en tono práctico. Intentaba retardar un poco las cosas. No podía evitar la sensación de que todo estaba yendo mucho más deprisa de lo que quería.

Jamie meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—No, no diría eso, Sassenach. No tiene nada de insulso. —Levantó la mata de pelo con ambas manos y lo dejó caer lentamente—. Es como el agua en un arroyo, donde se encrespa sobre las piedras. Oscura al agitarse y con destellos plateados en la superficie donde refleja el sol.

Nerviosa y algo sofocada, me aparté para recoger el cepillo que había dejado caer al suelo. Cuando me erguí, Jamie me miraba con gravedad.

—Dije que no te pediría que me dijeras nada que no desearas —me recordó—. Y no lo haré. Pero saco mis propias conclusiones. Colum pensaba que tal vez fueras una espía inglesa, aunque le desconcertaba que no hablaras gaélico. Dougal se inclina a creer que eres una espía francesa, quizá reclutando apoyo para el rey Jacobo. Pero en ese caso, él no comprende por qué estabas sola.

—¿Y tú? —inquirí. Tiré con fuerza de un enredo obstinado—. ¿Qué piensas que soy?

Ladeó la cabeza y me observó con mucha atención.

—Por tu aspecto, podrías ser francesa. Tienes el rostro de huesos finos como el de algunas damas angevinas. Sin embargo, la mayoría de las mujeres francesas poseen rostros cetrinos, y tu piel es como el ópalo. —Dejó correr un dedo lentamente por la curva de mi clavícula. El contacto me hizo arder.

El dedo se movió hacia mi cara, de la sien a la mejilla, alisando el cabello detrás de

mi oreja. Permanecí inmóvil, intentando no moverme en tanto la palma llegaba a mi nuca y el pulgar acariciaba con suavidad el lóbulo de mi oreja.

—Ojos dorados. Una vez vi unos iguales... en un leopardo. —Meneó la cabeza—. No. Podrías ser francesa, pero no lo eres.

—¿Cómo lo sabes?

—He hablado mucho contigo. Y te he escuchado. Dougal cree que eres francesa porque hablas francés bien..., muy bien.

—Gracias —repuse con sarcasmo—. ¿Y el hecho de que hable bien francés prueba que no soy francesa?

Sonrió y su mano apretó mi cuello.

—*Vous parlez très bien...* pero no tan bien como yo —agregó, retomando el inglés. Me soltó con brusquedad—. Pasé un año en Francia, después de dejar el castillo. Y dos años más cuando estuve en el ejército. Reconozco a un nativo de habla francesa cuando lo oigo. Y el francés no es tu lengua natal.

Sacudió la cabeza con lentitud.

—¿Española? Tal vez, ¿pero por qué? España no tiene intereses en Escocia. ¿Alemana? Por cierto que no. —Se encogió de hombros—. Seas quien seas, los ingleses querrán averiguarlo. No pueden correr riesgos con los clanes inquietos y el príncipe Carlos esperando para alzar velas desde Francia. Y sus métodos de interrogatorio no son gentiles. Lo sé por experiencia.

—¿Y cómo sabes entonces que no soy una espía inglesa? Colum lo creía, acabas de decirlo.

—Es posible. Aunque tu inglés es algo extraño. Y si lo fueras, ¿por qué escogerías casarte conmigo en vez de regresar con tu gente? Ese fue otro motivo por el que Dougal te forzó a casarte conmigo... para ver si huías anoche, cuando llegara el momento.

—Y no huí. ¿Qué prueba eso?

Rió y se echó de espaldas sobre la cama. Dobló un brazo sobre los ojos para atajar la luz de la lámpara.

—No tengo ni idea, Sassenach. Ni idea. No puedo hallar ninguna explicación razonable para ti. Por lo que sé, podrías ser miembro del clan de los duendes. —Me miró de soslayo por debajo de su brazo—. No, supongo que no. Eres demasiado alta.

—Si no sabes quién soy, ¿no temes que alguna noche te mate mientras duermes?

No contestó. Retiró el brazo y la sonrisa se ensanchó. Sus ojos debían de provenir del lado de los Fraser, pensé. No eran hundidos como los de los MacKenzie. Se encontraban en un ángulo raro, de modo que los pómulos altos hacían que parecieran casi rasgados.

Sin molestarse en alzar la cabeza, se desabotonó la delantera de la camisa y la separó, dejando al descubierto el pecho desnudo hasta la cintura. Extrajo el puñal de la vaina y me lo arrojó. Cayó a mis pies sobre las tablas de madera.

Volvió a taparse los ojos con el brazo. Estiró la cabeza hacia atrás y mostró el lugar donde la pelusa oscura de la barba incipiente se detenía con brusquedad, justo debajo de la mandíbula.

—Derecho hacia arriba. Debajo del esternón —me aconsejó—. Rápido y limpio. Aunque hace falta un poco de fuerza. Degollar es más fácil, pero bastante más sucio.

Me agaché para coger el puñal.

—Merecerías que lo hiciera —le espeté—. Bastardo arrogante.

La sonrisa visible debajo de la curva del brazo se ensanchó aún más.

—¿Sassenach?

Me detuve con el puñal en la mano.

—¿Qué?

—Moriría feliz.

17

Encuentro con un mendigo

A la mañana siguiente, dormimos hasta bastante tarde. El sol estaba alto cuando dejamos la posada, esta vez rumbo al sur. La mayoría de los caballos ya no estaban en el establo y ninguno de los hombres de nuestro grupo andaba cerca. Me pregunté en voz alta adonde habrían ido.

Jamie rió.

—No lo sé con seguridad, pero puedo adivinarlo. Ayer, la Guardia fue en esa dirección... —Señaló el oeste—. Así que diría que Rupert y los otros han ido en esa dirección. —Indicó el este.

»Ganado —explicó al ver que yo seguía sin entender—. Los arrendatarios y colonos pagan a la Guardia para que vigile los alrededores y les devuelva el ganado en caso de que les roben. Pero si la Guardia se dirigía al oeste hacia Lag Cruime, las manadas del este están indefensas... por un tiempo, al menos. Las tierras de los Grant quedan en esa dirección y Rupert es uno de los mejores cuatreros que conozco. Los animales le siguen a cualquier parte, casi en silencio. Y como no hay mucho más con qué entretenerse aquí...

El propio Jamie parecía inquieto y estableció una marcha vigorosa. Había un sendero a través del brezal que no ofrecía dificultades, así que mantuve bien el paso. Al cabo de un rato, llegamos a un páramo donde podíamos caminar uno junto al otro.

—¿Qué hay de Horrocks? —pregunté de pronto. La mención del pueblo de Lag Cruime me había recordado al desertor inglés y sus posibles noticias—. Se suponía que te encontrarías con él en Lag Cruime, ¿verdad?

Asintió.

—Sí. Pero ahora no puedo ir allí. No con Randall y la Guardia en ese rumbo. Es demasiado peligroso.

—¿No puede ir otro por ti? ¿Confías en alguien para que lo haga?

Me miró y sonrió.

—Bueno, estás tú. Si anoche no me mataste, supongo que puedo confiar en ti. Pero me temo que no podrías ir sola a Lag Cruime. No, de ser necesario, Murtagh lo hará. Pero quizá pueda arreglar otra cosa... Veremos.

—¿Confías en Murtagh? —inquirí con curiosidad. No le tenía mucha simpatía al zarrapastroso hombrecillo. Después de todo, era más o menos responsable de mi situación actual, ya que me había secuestrado en primer lugar. Pero era obvio que existía una amistad entre él y Jamie.

—Oh, sí. —Se volvió hacia mí con sorpresa—. Murtagh me conoce de toda la vida. Creo que era primo segundo de mi padre. El padre de él era mi...

—Te refieres a que es un Fraser —lo interrumpí—. Pensaba que era un MacKenzie. Estaba con Dougal cuando te conocí. Jamie asintió.

—Aja. Cuando decidí regresar de Francia, le envié un mensaje y le pedí que se reuniera conmigo en la costa. —Sonrió con ironía—. No sabía si había sido Dougal quien había intentado matarme. Y no me gustaba mucho la idea de encontrarme solo con varios MacKenzie, por si acaso. No tenía ganas de acabar flotando en el oleaje frente a Skye, si

eso era lo que planeaban.

—Entiendo. O sea que Dougal no es el único que cree en los testigos.

Asintió.

—Muy útiles, los testigos.

Al otro lado del páramo, había una extensión de rocas deformes, agujereadas y estriadas por el avance y el retroceso de glaciares antiguos. El agua de lluvia llenaba los hoyos más profundos. Cardos, tanacetos y ulmarias rodeaban las pequeñas pilas con una vegetación tupida. Las flores se reflejaban en el agua quieta.

Estériles y sin peces, aquellos estanques salpicaban el paisaje y constituían trampas para los viajeros desprevenidos, quienes podían tropezar fácilmente con ellos en la oscuridad y verse forzados a pasar una noche húmeda e incómoda en el páramo. Nos sentamos junto a uno de ellos para comer nuestro almuerzo consistente en pan y queso.

Esta balsa al menos tenía pájaros. Las golondrinas bajaban a beber agua en la superficie, y chorlitos y zarapitos hundían sus picos largos en la tierra de las orillas en busca de insectos.

Arrojé migas de pan al barro. Un zarapito las miró con recelo y mientras se decidía, una golondrina veloz pasó volando bajo su pico y se hizo con el alimento. El zarapito erizó las plumas y continuó cavando con diligencia.

Jamie me indicó un chorlito a corta distancia. Gritaba y parecía arrastrar un ala rota.

—Tiene un nido en algún lugar cercano —dije.

—Allí. —Tuvo que señalármelo varias veces antes de que por fin pudiera localizarlo. Se trataba de una depresión poco profunda, en un sitio bastante abierto pero con los cuatro huevos moteados tan parecidos a la orilla cubierta de hojas que, cuando parpadeé, volví a perder de vista el nido.

Jamie cogió una vara y lo tocó con suavidad, moviendo un huevo de su lugar. La madre chorlito, excitada, corrió y se detuvo casi frente a él. Jamie se sentó sobre los talones, bastante quieto. El pájaro se paseaba de un lado a otro, chillando. Hubo un movimiento repentino y el chorlito, inmovilizado, apareció en la mano de Jamie.

Le habló en gaélico con palabras gentiles y siseantes, mientras con un dedo le acariciaba el delicado plumaje jaspeado. El pájaro se agazapó en su palma, paralizado. Hasta los reflejos en sus ojos redondos y negros parecían haberse congelado.

Lo depositó despacio en el suelo. Pero el chorlito no se alejó hasta que él hubo agregado unas palabras y agitado su mano con lentitud detrás de la cola. Entonces, el pájaro dio un respingo y desapareció en la maleza. Jamie lo observó y casi sin darse cuenta, se persignó.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté.

—¿Qué? —Se sobresaltó. Creo que había olvidado que yo estaba allí.

—Te persignaste cuando el pájaro se alejó. ¿Por qué?

Se encogió de hombros, algo avergonzado.

—Ah, bueno. Es una vieja historia. De por qué los chorlitos lloran como lo hacen y se pasean, gimiendo, de un lado a otro de sus nidos.

Indicó el extremo alejado del estanque, donde otro chorlito estaba haciendo exactamente eso. Lo contempló un rato, abstraído.

—Los chorlitos poseen las almas de las madres jóvenes muertas al dar a luz —explicó. Me miró de reojo, cohibido—. Según la historia, lloran y corren de un lado a otro de sus nidos porque no pueden creer que los pichones estén a salvo. Siempre están llorando al muerto... o buscando a algún pequeño dejado atrás.

Se acuclilló junto al nido y tocó el huevo con la vara. Lo volvió lentamente hasta que el extremo puntiagudo quedó mirando hacia dentro, como los demás. No se irguió incluso después de que el huevo estuviera de nuevo en su lugar. Meció la vara y clavó la vista en las tranquilas aguas del pequeño estanque.

—Supongo que es un hábito —añadió—. Lo hice por primera vez cuando era un niño y me contaron la historia. En realidad, no creía que tuvieran almas, desde luego, ni siquiera entonces, pero ¿sabes?, es como una especie de respeto... —Me miró y sonrió de repente—. Lo he hecho con tanta frecuencia que ya ni me doy cuenta. Hay muchos chorlitos en Escocia. —Se incorporó y arrojó la vara—. Vamos. Quiero enseñarte un sitio cerca de la cima de aquella colina. —Me ayudó a salir del declive y nos encaminamos ladera arriba.

Había alcanzado a oír lo que le había dicho al pájaro al soltarlo. Aunque apenas entendía algunas palabras de gaélico, había oído la frase lo suficiente para familiarizarme con ella.

«Que Dios te acompañe, madre.»

Una joven madre, muerta al dar a luz. Y un pequeño dejado atrás. Toqué el brazo de Jamie y se volvió hacia mí.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté.

Esbozó una media sonrisa.

—Ocho —contestó—. Destetado, al menos.

No habló más y me guió por la ladera. Ahora nos encontrábamos al pie de colinas oblicuas donde el brezo crecía tupido. Más allá, el panorama cambiaba con brusquedad. Montones gigantescos de granito se elevaban de la tierra, rodeados de sicómoros y alerces. Llegamos a la cumbre. A nuestra espalda, los chorlitos continuaban gimiendo junto a los estanques.

El sol calentaba cada vez más. Una hora después de avanzar a empujones a través de un denso follaje —pese a que Jamie era quien empujaba— me sentía lista para descansar.

Descubrimos un lugar sombreado al pie de uno de los afloramientos de granito. Me recordaba un poco el sitio donde me había topado con Murtagh la primera vez... y me había librado del capitán Randall. De todos modos, era agradable. Jamie me dijo que estábamos solos, debido al canto constante de los pájaros a nuestro alrededor. Si alguien llegara a acercarse, la mayoría dejaría de cantar, aunque los grajos y las cornejas chillarían y gritarían alarmados.

—Ocúltate siempre en un bosque, Sassenach —me aconsejó—. Si te quedas quieta, los pájaros te avisarán con tiempo si alguien anda cerca.

Señaló un grajo que chillaba en un árbol y se volvió hacia mí. Nuestras miradas se encontraron. Nos sentamos como paralizados, muy cerca pero sin tocarnos, conteniendo la respiración. Al cabo de un momento, el grajo se aburrió y se marchó. Jamie fue el primero en apartar la vista, con un estremecimiento casi imperceptible, como si tuviera frío.

Los sombreretes ásperos de los hongos asomaban blancos entre el moho debajo de los helechos. Jamie arrancó uno con el dedo índice y lo delineó mientras ponía en orden sus próximas palabras. Cuando hablaba con cuidado, como ahora, perdía bastante el ligero acento escocés que a menudo marcaba su conversación.

—No deseo..., es decir..., no quiero insinuar... —Alzó la cabeza de pronto y sonrió con un gesto impotente—. No deseo insultarte dando a entender que pienso que tienes una vasta experiencia con los hombres. Pero sería estúpido fingir que no sabes más que yo sobre el asunto. Lo que me gustaría preguntarte es... ¿Es esto normal? ¿Lo que sucede entre nosotros, cuando te toco, cuando... hacemos el amor? ¿Siempre es así entre un hombre y una mujer?

A pesar de su dificultad para expresarlo, yo entendía perfectamente a qué se refería. Su mirada era directa en tanto aguardaba una respuesta. Deseé apartar los ojos, pero no

pude.

—A veces sí —comencé y tuve que interrumpirme y aclarar mi garganta—. Pero no. No es... normal. No sé por qué, pero no. Esto es... diferente.

Se relajó un poco, como si yo hubiera confirmado un motivo de ansiedad para él.

—Eso pensé. Jamás me he acostado con otra mujer, pero he..., ah, he acariciado a unas cuantas. —Sonrió con timidez y meneó la cabeza—. No era igual. Quiero decir, he tenido a otras mujeres en mis brazos y las he besado y... bueno. —Agitó una mano, desechando el «y»— Me resultaba muy placentero, sin duda. Me aceleraba el corazón y me cortaba el aliento y todo eso. Pero era completamente distinto de cuando te tengo en mis brazos y te beso. —Sus ojos, pensé, eran del color de los lagos y los cielos, y tan insondables como unos y otros.

Estiró una mano hacia mi labio inferior y apenas lo rozó.

—Comienza de la misma manera pero luego, después de un rato —prosiguió en un susurro—, de pronto es como si tuviera una llama ardiente en mis brazos. —Ahora dibujó el contorno de mi boca y la línea de mi mandíbula—. Y todo lo que deseo es arrojarme a ella y ser consumido.

Pensé en decirle que sus caricias quemaban mi piel y hacían hervir mi sangre. Pero ya estaba encendida como un tizón. Cerré los ojos y sentí la mano abrasadora moverse de la mejilla a la sien, la oreja y el cuello. Y me estremecí cuando ambas manos llegaron a mi cintura y me ciñeron.

Jamie parecía saber muy bien adonde nos dirigíamos. Finalmente, se detuvo al pie de una roca inmensa, de unos seis metros de altura, con bultos y grietas dentadas. Tanacetos y eglantinas habían echado raíces en las hendiduras y se agitaban como banderas amarillas sobre la piedra. Jamie me cogió la mano y señaló la roca que había enfrente.

—¿Ves los escalones, Sassenach? ¿Crees que podrás subirlos? —De hecho, había unas protuberancias débilmente marcadas en la piedra que se elevaban en ángulo por delante de la roca. Algunas eran verdaderos salientes y otras meros apoyos para los líquenes. Era difícil decir si eran naturales o si alguien había contribuido a su formación, pero supuse que podría escalar, a pesar de la falda larga y el corpiño apretado.

Con algunos resbalones y sustos, y con Jamie empujándome de vez en cuando por detrás, logré alcanzar la cima de la roca. Me detuve para mirar a mi alrededor. La vista era espectacular. La masa oscura de una montaña se alzaba al este, mientras que al sur las colinas terminaban en un páramo vasto y yermo. La parte superior de la roca se hundía en el centro, adoptando la forma de un plato. Había un círculo ennegrecido en el medio, con los restos tiznados de leña quemada. No éramos los primeros visitantes.

—¿Conocías este lugar? —Jamie estaba en pie y me observaba, disfrutando de mi embeleso. Se encogió de hombros con modestia.

—Oh, sí. Conozco casi todos los sitios de esta parte de las montañas. Ven, hay un lugar donde puedes sentarte y ver el camino que pasa junto a la colina. —La posada también era visible, aunque por la distancia, más que a una casa de muñecas, se asemejaba a una construcción infantil de cubos. Unos pocos caballos atados se agrupaban bajo los árboles junto al camino. Desde aquí, se veían como pequeñas gotas parduscas y negras.

No crecían árboles en lo alto de la roca y el sol me quemaba la espalda. Nos sentamos uno junto al otro, las piernas colgando sobre el borde. Compartimos con agrado una de las botellas de cerveza que Jamie, precavido, había cogido del pozo de la posada antes de partir.

No había árboles en la cima de la roca, pero las plantas más pequeñas, las que podían encontrar apoyo en las grietas precarias y echar raíces en la tierra pobre, brotaban

aquí y allá, vueltas hacia el sol cálido de primavera. Un pequeño grupo de margaritas se cobijaba al amparo de un afloramiento próximo y extendí una mano para cortar una.

Hubo un débil zumbido y la margarita se separó del tallo y cayó sobre mi rodilla. Me quedé mirándola como una estúpida, sin poder entender lo ocurrido. Jamie, mucho más rápido que yo en sus percepciones, se había echado de espaldas sobre la roca.

—¡Abajo! —gritó. Una mano grande se cerró en mi codo y me empujó hacia atrás junto a él. Al golpear contra el moho esponjoso, vi el asta de la flecha. Todavía vibraba encima *de* mí, donde había hecho blanco.

Me paralicé. Temía incluso mirar a mi alrededor y traté de apretarme más contra el suelo. Jamie estaba inmóvil a mi lado, tan quieto que podía pasar por una piedra. Hasta los pájaros y los insectos parecían haber interrumpido su canto. De pronto, Jamie comenzó a reír.

Se sentó, cogió la flecha y la giró con cuidado para arrancarla de la roca. Vi que tenía plumas de la cola de un pájaro carpintero y estaba vendada con hilo azul.

Jamie la apartó, ahuecó las manos y se las llevó a la boca para emitir un grito muy similar a la llamada de un pico verde. Bajó las manos y esperó. La respuesta surgió enseguida desde un bosquecillo cercano. Jamie esbozó una ancha sonrisa.

—¿Un amigo tuyo? —aventuré. Asintió con la vista clavada en el sendero estrecho que ascendía el frente de la roca.

—Hugh Munro, a menos que otro haya copiado el modelo de sus flechas.

Esperamos un poco más pero nadie apareció en el sendero.

—Ah —pronunció Jamie en voz baja. Giró justo a tiempo para ver una cabeza asomando despacio por el borde de la roca que había detrás nuestro.

Con una sonrisa de placer por habernos sorprendido, el rostro alegre y de dientes rotos se iluminó como una calabaza encendida en la Noche de Difuntos. A decir verdad, la cabeza tenía forma de calabaza y la piel correosa, anaranjada y marrón que cubría no sólo el rostro sino la coronilla calva y redonda, reforzaba esa impresión. Pocas calabazas, sin embargo, podían jactarse de una barba tan tupida y un par de ojos azules tan brillantes. Manos regordetas con uñas sucias se plantaron debajo de la barba y alzaron el resto de la cabeza a la vista.

El cuerpo combinaba bastante bien, ya que tenía un parecido notable con el duende de la Noche de Difuntos. Los hombros eran muy anchos, pero encorvados e inclinados, y uno era considerablemente más alto que el otro. Una pierna también parecía algo más corta que su compañera, por lo que el hombre sufría una suerte de cojera.

Munro, si ése era de hecho el amigo de Jamie, vestía múltiples capas de harapos. Los colores desteñidos de la telas manchadas por las bayas se entreveían a través de rasgaduras en un atuendo informe que otrora podría haber sido un vestido de mujer.

No llevaba morral en el cinto —que en todo caso no era más que un pedazo de soga deshilachada de la que colgaban, cabeza abajo, dos animales muertos y peludos. En su lugar, llevaba una gruesa bolsa de cuero cruzada sobre el pecho, de una calidad sorprendentemente buena, considerando el resto del atavío. Una colección de objetos metálicos diversos pendía de la correa de la bolsa: medallas religiosas, condecoraciones militares, lo que parecían ser botones viejos de uniformes, monedas gastadas, agujereadas y cosidas y tres o cuatro trozos rectangulares de metal, de color gris mate y con marcas enigmáticas grabadas en la superficie.

Jamie se puso en pie en tanto la criatura renqueaba con agilidad sobre las prominencias de la piedra. Los dos hombres se abrazaron con cariño y se palmearon las espaldas con fuerza, al típico estilo masculino.

—¿Cómo va todo, Munro? —preguntó Jamie. Se apartó para observar a su antiguo compañero.

Munro agachó la cabeza y emitió un raro graznido, sonriente. Enarcó las cejas y

asintió en mi dirección. Agitó las manos regordetas en un gesto de interrogación.

—Mi esposa —dijo Jamie. Se ruborizó un poco con una mezcla de timidez y orgullo por la nueva presentación—. Nos casamos hace dos días.

La sonrisa de Munro se ensanchó. Acto seguido, ejecutó una reverencia increíblemente compleja y grácil que incluyó un rápido toque de cabeza, corazón y labios y terminó en una posición casi horizontal a mis pies. Después de realizar esta llamativa maniobra, se incorporó de un salto con el garbo de un acróbata y palmeó a Jamie otra vez, ahora en señal de felicitación.

Entonces inició un extraordinario ballet con las manos. Se señaló a sí mismo, luego hacia el bosque, a mí, de nuevo a sí mismo, con tal variedad de ademanes y movimientos que me costaba seguir sus manos. Había visto hablar antes a sordomudos, pero jamás con tanto donaire y rapidez.

—¿De veras? —exclamó Jamie. Fue su turno de felicitar a su amigo con otra vigorosa palmada. No era de extrañar que los hombres fueran insensibles al dolor, pensé, si no dejaban de golpearse mutuamente.

—También se casó —explicó Jamie, volviéndose hacia mí—. Hace seis meses, con una viuda... ah, está bien, con una viuda gorda —añadió en respuesta a un gesto enfático de Munro— con seis hijos. En la aldea de Dubhlairn.

—Felicidades —dije—. Parece que al menos se alimentarán bien. —Indiqué los conejos colgando del cinto.

Munro se apresuró a desatar uno de los animales muertos y me lo entregó. Su expresión de radiante buena voluntad era tan intensa que me sentí obligada a aceptarlo. Sonreí, con la esperanza oculta de que no tuviera pulgas.

—Un regalo de bodas —precisó Jamie—. Te lo agradecemos mucho, Munro. Debes permitirnos devolverte el favor. —Con estas palabras, extrajo una botella de cerveza y se la dio.

Una vez cumplidas las cortesías, nos sentamos de nuevo para compartir la tercera botella. Jamie y Munro intercambiaron noticias, chismes y una conversación tan desenvuelta como si ambos hablaran.

Dado que no sabía leer los gestos manuales de Munro, no intervine mucho, aunque Jamie se esforzó por incluirme traduciendo y explicando los gestos.

En un momento, tocó con el pulgar los trozos rectangulares de plomo que adornaban la correa de Munro.

—¿Te has hecho oficial? —preguntó—. ¿O eso es sólo para cuando escasean los animales? —Munro movió la cabeza y asintió como un muñeco de resorte en una caja de sorpresa.

—¿Qué son? —pregunté con curiosidad.

—Alimosnas.

—Ah, claro. Disculpa la pregunta —respondí.

—Una alimosna es una licencia para mendigar, Sassenach —explicó Jamie—. Sirve dentro de los límites del distrito de un condado y sólo el día de la semana en que se permite mendigar. Cada distrito tiene la propia, de manera que los mendigos de un distrito no puedan aprovecharse de la caridad de su vecino.

—Un sistema bastante flexible, por lo que veo —manifesté mientras miraba los cuatro sellos de plomo de Munro.

—Ah, bueno. Munro es un caso especial, sabes. Fue capturado por los turcos en el mar. Pasó muchos años remando en una galera y algunos más como esclavo en Argel. Allí perdió la lengua.

—¿Se la... cortaron? —Me sentí un poco mareada.

Jamie no parecía en absoluto alterado, pero claro, conocía a Munro desde hacía ya tiempo.

—Aja. También le rompieron una pierna. Y la espalda, ¿verdad, Munro? No —se corrigió después de una serie de señales de Munro—, lo de la espalda fue un accidente, algo que sucedió cuando saltó de una pared en Alejandría. Pero lo de los pies fue obra de los turcos.

En realidad, yo no quería saber, pero tanto Munro como Jamie parecían ansiosos por contármelo.

—De acuerdo —concedí, resignada—. ¿Qué le hicieron en los pies?

Con algo semejante al orgullo, Munro se quitó el desgastado calzado y las medias raídas y los dejó a la vista. La piel era gruesa y áspera y manchas blancas brillantes alternaban con áreas de color rojo intenso.

—Aceite hirviendo —afirmó Jamie—. Así es como fuerzan a los prisioneros cristianos a convertirse a la religión musulmana

—Un método de persuasión bastante efectivo, al parecer —apunté—. ¿Por eso los distritos les dan licencias para mendigar? ¿Para recompensarlos por sus tribulaciones en nombre del cristianismo?

—Aja, exactamente. —-Era evidente que Jamie se sentía complacido con mi rápida apreciación de la situación. Por su parte, Munro expresó su admiración con otra reverencia profunda, seguida de una secuencia muy expresiva, aunque vulgar, de movimientos de la mano que deduje significaban un elogio, además, de mi apariencia física.

—Gracias, amigo. Sí, conseguirá que me sienta orgulloso de ella, estoy seguro. —Al ver mis cejas enarcadas, Jamie volvió a Munro de espaldas a mí. Ahora no podía ver sus dedos veloces—. Cuéntame cómo andan las cosas en las aldeas.

Los dos hombres se acercaron más y continuaron la desequilibrada conversación con entusiasmo creciente. Dado que la participación de Jamie se limitaba en gran medida a gruñidos y exclamaciones de interés, no podía captar mucho del contenido, así que me concentré en unas plantas pequeñas que crecían entre la piedra. Cuando terminaron de conversar y Hugh Munro se levantó para marcharse, yo ya había recogido un puñado de eufrasias y díctamos. Con una reverencia final y una palmada en la espalda de Jamie, caminó arrastrando los pies hasta el borde de la roca. Desapareció con la misma rapidez con que los conejos que había cazado podrían desvanecerse en sus cuevas.

—Tienes amigos fascinantes —dije.

—Sí. Un buen tipo, Hugh. Cacé con él y con algunos otros el año pasado. Ahora que es un mendigo oficial, anda solo. Se dedica a recorrer los distritos del condado. Sabe todo lo que sucede dentro de las fronteras de Ardagh y Chesthill.

—¿Incluyendo el paradero de Horrocks? —insinué.

Jamie asintió.

—Aja. Y le llevará un mensaje mío. Para cambiar el lugar de reunión.

—Eso engañará a Dougal —deduje—. Si es que pensaba exigirte un rescate por Horrocks. Asintió con una mueca. —Sí. Ésa es la idea.

Era casi la hora de cenar cuando regresamos a la posada. Esta vez, sin embargo, el caballo negro de Dougal y sus cinco acompañantes estaban en el patio mascando heno.

Dougal estaba dentro, lavando con cerveza el polvo del camino que se le había acumulado en la garganta. Me saludó con la cabeza y se volvió hacia su sobrino. Pero en vez de hablar, se quedó quieto, con la cabeza ladeada, observando a Jamie con expresión inquisitiva.

—Ah, eso es —pronunció por fin con el tono satisfecho de un hombre que ha resuelto un enigma—. Ahora sé a qué me recuerdas, muchacho. —Me miró—. ¿Alguna vez ha visto un ciervo colorado al final de la brama, jovencita? —preguntó con aire

confidencial—. La pobre bestia no duerme ni come durante semanas porque se las pasa repeliendo a otros machos y sirviendo a las hembras. Cuando termina la brama, no es más que piel y huesos. Tiene los ojos hundidos y lo único que no le tiembla es el...

La última palabra se perdió en un coro de risas. Jamie me empujó escaleras arriba. No bajamos a cenar.

Mucho más tarde, a punto de dormirme, sentí el brazo de Jamie alrededor de mi cintura y su aliento cálido contra mi cuello.

—¿Se acaba alguna vez... este deseo por ti? —Su mano acarició mi pecho—. Incluso después de tenerte te deseo tanto, que me cuesta respirar y me duelen los dedos de ganas de tocarte otra vez.

Cogió mi rostro en la oscuridad y delineó mis cejas con los pulgares.

—Cuando te tengo entre mis manos y te siento temblar así, esperando a que te haga mía... Dios, deseo complacerte hasta que me lo pidas a gritos y te abras a mí. Y cuando me satisfaces, siento como si te entregara además mi alma. —Rodó sobre mí y abrí las piernas. Di un leve respingo cuando me penetró. Rió bajito—. Sí, yo también estoy un poco dolorido. ¿Quieres que me detenga?

Envolví mis piernas alrededor de sus caderas a modo de respuesta y lo estreché con fuerza.

—¿Lo harías? —pregunté.

—No. No puedo.

Reímos juntos y nos mecimos con lentitud, labios y dedos explorando en la oscuridad.

—Ahora entiendo por qué la Iglesia lo considera un sacramento —expresó Jamie en un estado de ensueño.

—¿Esto? —inquirí sobresaltada—. ¿Por qué?

—O al menos sagrado —dijo—. Cuando estoy dentro de ti, me siento como si fuera Dios.

Me reí tan fuerte que casi nos separamos. Jamie me cogió por los hombros para aquietarme.

—¿Qué es tan gracioso?

—Es difícil imaginar a Dios haciendo esto.

Jamie retomó sus movimientos.

—Bueno, si Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza, supongo que Él tendrá un pene. —Empezó a reír también y volvió a perder el ritmo—. Aunque tú no me recuerdas mucho a la Santísima Virgen, Sassenach.

Nos sacudimos abrazados, riendo hasta que nuestros cuerpos se separaron. Nos apartamos rodando.

Jamie se recobró y me palmeó la cadera.

—Ponte de rodillas, Sassenach.

—¿Por qué?

—Si no me dejas ser espiritual al respecto, tendrás que tolerar mi naturaleza más baja. Seré un animal. —Me mordió el cuello—. ¿Qué prefieres, un caballo, un oso o un perro?

—Un erizo.

—¿Un erizo? ¿Y cómo hace el amor un erizo? —preguntó.

No, pensé. No lo haré. No debo hacerlo. Pero lo hice.

—Con «mucho» cuidado —repliqué sin poder reprimir la risa. Ya sabemos ahora lo antiguo que es eso, pensé.

Jamie se dejó caer hecho un ovillo y jadeando de risa. Por fin, se repuso y se arrodilló. Tanteó la mesa para encender la vela y resplandeció como un ámbar rojizo en la oscuridad del cuarto cuando la mecha prendió y la luz aumentó a sus espaldas.

Se desplomó a los pies de la cama, con la sonrisa en los labios. Yo todavía temblaba con espasmos de risa. Se pasó el dorso de la mano por el rostro y adoptó una expresión de falsa severidad.

—Muy bien, mujer. Veo que ha llegado la hora de que ejerza mi autoridad como esposo.

—¿De veras?

—Aja. —Se adelantó. Me cogió los muslos y los separó. Grité y me retorcí para liberarme.

—¡No, no lo hagas!

—¿Por qué no? —Yacía entre mis piernas cuan largo era mientras me observaba con los ojos entornados. Me sujetaba los muslos con firmeza, frustrando mis intentos por cerrarlos.

—Dime, Sassenach. ¿Por qué no quieres que lo haga? —Frotó la mejilla contra el lado interno de un muslo. La joven y áspera barba raspó mi piel suave—. Sé honesta. ¿Por qué no? —Restregó el otro lado. Pateé y me contorsioné para soltarme, pero fue en vano.

Giré la cabeza en la almohada, que sentí fría en contraste con mis acaloradas mejillas.

—Bueno, si quieres saberlo —mascullé—. No creo que..., bueno, me temo que no..., quiero decir, el olor... —Mi voz se apagó gradualmente y me vi envuelta en un silencio vergonzante. Hubo un súbito movimiento entre mis piernas al levantarse Jamie. Me rodeó las caderas con sus brazos, apoyó la mejilla en mi muslo y rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por el amor de Dios, Sassenach —exclamó por fin, resoplando de alegría—. ¿Sabes qué es lo primero que se hace cuando se doma un caballo?

—No —respondí, completamente desconcertada.

Alzó un brazo y me enseñó el suave vello color canela.

—Se frota la axila por la nariz del animal un par de veces para que se acostumbre al olor. De ese modo, no se espantará. —Se apoyó en los codos y miró por encima de la curva de vientre y pechos.

—Tenías que haber hecho eso conmigo, Sassenach. Antes que nada, tenías que haber frotado tu cara entre mis piernas. Así no me habría puesto nervioso.

—¡Nervioso!

Bajó el rostro y lo restregó deliberadamente de un lado a otro mientras bufaba y resoplaba como un caballo. Me retorcí y lo pateé en las costillas, con el mismo resultado que si hubiera pateado una pared de ladrillos. Por fin, volvió a sujetarme los muslos y levantó la cabeza.

—Ahora —afirmó en un tono que no toleraba ninguna oposición—, quédate quieta.

Me sentí expuesta, invadida, impotente... y a punto de desintegrarme. El aliento de Jamie en mi piel era cálido y frío a la vez.

—Por favor —susurré, sin saber si quería significar «por favor detente» o «por favor sigue». No importaba. Jamie no pensaba detenerse.

Mi conciencia se fragmentó en una infinidad de pequeñas sensaciones diferentes: la aspereza de la almohada de lino con flores bordadas; el vaho aceitoso de la lámpara, mezclado con el aroma más débil de carne asada y cerveza y los vestigios de frescura, aún más débiles, de las flores marchitándose en el vaso; la madera fría de la pared contra mi pie izquierdo, las manos firmes en mis caderas. Las sensaciones se arremolinaban y se unían tras los párpados cerrados en un sol deslumbrante que se dilataba y encogía para finalmente estallar con un ruido sordo que me envolvió en una oscuridad ardiente y

palpitante.

Vagamente, como desde una larga distancia, oí sentarse a Jamie.

—Bueno, así está mejor —murmuró una voz entre jadeos—. Cuesta un poco hacer que tú seas sumisa, ¿verdad?

La cama crujió con un cambio de peso y sentí que me apartaban las rodillas.

—Espero que no estés tan cansada como pareces —agregó la voz, acercándose. Me arqueé con un sonido inarticulado cuando los tejidos exquisitamente sensibles se separaron ante un nuevo asalto.

—Dios mío —susurré. Una risita suave resonó junto a mi oído.

—Sólo he dicho que me sentía como «si fuera» Dios, Sassenach —musitó—. Nunca he dicho que lo «fuera».

Y más tarde, cuando el sol naciente comenzó a debilitar el resplandor de la lámpara, desperté de un sueño y oí a Jamie murmurar otra vez.

—¿Alguna vez acaba, Claire? ¿Este deseo?

Mi cabeza cayó sobre su hombro.

—No lo sé, Jamie. De veras, no lo sé.

18

Asaltantes en las rocas

—¿Qué ha dicho el capitán Randall? —pregunté.

Con Dougal a un lado y Jamie al otro, apenas había espacio para los tres caballos en el angosto camino. En algunos lugares, uno o ambos de mis acompañantes debían rezagarse o adelantarse para evitar internarse en la vegetación que amenazaba con apoderarse del terreno del rústico sendero.

Dougal me miró y volvió a clavar la vista en el camino a fin de esquivar una enorme roca. Una sonrisa traviesa le iluminó el rostro.

—No pareció complacido —dijo, circunspecto—. Aunque supongo que no puedo repetir lo que dijo en realidad. Hasta su tolerancia por el lenguaje soez tiene límites, señora Fraser.

Pasé por alto el uso sarcástico de mi nuevo título, al igual que el insulto implícito, pero me di cuenta de que Jamie se puso rígido en su montura.

—Bueno, eh, imagino que no tomará medidas al respecto, ¿verdad? —inquirí. A pesar de los optimistas comentarios de Jamie, yo tenía visiones de soldados vestidos de escarlata que emergían de los arbustos, asesinaban a los escoceses y me arrastraban hasta los aposentos de Randall para interrogarme. Estaba convencida de que las técnicas de interrogatorio de Randall eran creativas, por decirlo de alguna manera.

—No lo creo —respondió Dougal en aire desenfadado—. Tiene otras preocupaciones además de una mujer Sassenach perdida, aunque ésta sea hermosa. —Enarcó una ceja y me hizo una semirreverencia, como si el piropo hubiera sido una disculpa—. Además, no cometería el error de enfurecer a Colum secuestrando a su sobrina —agregó.

Sobrina. Sentí un estremecimiento que me corría por la espalda, a pesar del clima cálido. Sobrina del jefe del clan MacKenzie. Sin mencionar al jefe militar del clan MacKenzie, que cabalgaba tranquilamente junto a mí. Y por el otro lado, ahora estaba emparentada con Lord Lovat, jefe del clan Fraser, con el abad de una poderosa abadía francesa y Dios sabía con cuántos Fraser más. No, tal vez John Randall pensara que no valía la pena perseguirme. Ése era, después de todo, el propósito de este ridículo arreglo.

Espié a Jamie, que ahora se había adelantado. Tenía la espalda erguida como un aliso y el cabello le brillaba bajo el sol como un casco de metal bruñido.

Dougal siguió mi mirada.

—Podría haber sido peor, ¿verdad? —comentó mientras enarcaba una ceja en un gesto irónico.

Dos noches más tarde, acampamos en un páramo, cerca de una de aquellas extrañas protuberancias de granito. Había sido un largo día a caballo, con un ligero almuerzo en las monturas. Todos estaban contentos de detenerse y comer una cena caliente. Al principio del viaje intenté colaborar en la preparación de las comidas, pero el taciturno hombre

encargado de dicha tarea rechazó mi ayuda con mediana amabilidad.

Uno de los hombres había cazado un ciervo por la mañana y un trozo de la carne fresca, cocinada con nabos, cebollas y todo lo que se pudo encontrar, se convirtió en una cena deliciosa. Satisfechos con la comida, nos situamos alrededor del fuego para escuchar historias y canciones. Para mi sorpresa, el pequeño Murtagh, quien rara vez abría la boca, tenía una hermosa y nítida voz de tenor. Si bien fue difícil convencerlo de que cantara, los resultados valieron el esfuerzo.

Me acurruqué contra Jamie mientras intentaba encontrar un lugar cómodo en el rígido granito. Habíamos acampado al borde de la protuberancia rocosa, donde una enorme cama de granito rojizo nos proporcionaba un hogar natural y la imponente maraña de rocas detrás, un buen escondite para los caballos. Cuando pregunté por qué no dormíamos con mayor comodidad sobre la hierba del páramo, Ned Gowan me informó de que estábamos cerca del límite sur de las tierras de los MacKenzie. Por lo tanto, nos hallábamos en las proximidades de los territorios de los Grant y los Chisholm.

—Los exploradores de Dougal dicen que no hay señales de intrusos —había explicado, de pie en un montículo para mirar el atardecer—, pero nunca se sabe. Más vale prevenir que curar, ¿no es cierto?

Cuando Murtagh dejó de cantar, Rupert comenzó a relatar historias. Aunque carecía del elegante manejo de las palabras de Gwyllyn, tenía una inagotable provisión de cuentos sobre hadas, fantasmas, los *tannasg o* espíritus maléficos y demás habitantes de las tierras altas, como los caballos de agua. Estos seres, llegué a comprender, habitaban la mayoría de las extensiones de agua, en especial los vados y pasos de ríos, pero muchos vivían en las profundidades de los lagos.

—Hay un sitio en el extremo este del lago Garve —dijo al tiempo que recorría los rostros reunidos para asegurarse de que todos lo escuchábamos— que jamás se congela. Ahí, el agua está siempre negra, aun cuando el resto del lago esté congelado. Se trata de la chimenea del caballo de agua.

El caballo de agua del lago Garve, como muchos otros de su especie, secuestró a una joven que se había acercado a buscar agua y la llevó consigo a vivir en las profundidades del lago como su esposa. Desdichada la joven, o el hombre, que encontrara un hermoso caballo en la orilla de un lago y decidiera montarlo, porque el jinete jamás podría desmontar. Y el caballo se internaría en las aguas, se convertiría en un pez y nadaría a reunirse con los suyos con el desafortunado jinete aún sujeto a su lomo.

—Ahora bien, un caballo de agua debajo de las olas sólo tiene dientes de pescado —explicó Rupert mientras movía la mano como un pez ondulante— y se alimenta de lombrices y algas y demás cosas húmedas y frías. Tiene la sangre fría como el agua y no necesita fuego. Pero una mujer humana es algo más cálida. —Me guiñó un ojo con gesto lascivo para regocijo de sus oyentes—. La esposa del caballo de agua, entonces, estaba triste, tenía frío y hambre en su nuevo hogar bajo las olas. No le gustaba comer lombrices ni algas. Así que como el caballo de agua era un buen tipo, fue hasta la orilla del lago, cerca de la casa de un hombre con reputación de constructor. Cuando el hombre se acercó y vio el hermoso caballo dorado con riendas de plata que brillaban al sol, no pudo resistirse y lo montó.

»Por supuesto, el caballo de agua lo llevó derecho al agua y atravesó las profundidades hasta llegar a su fría casa. Una vez allí, dijo al constructor que si deseaba volver a ser libre, tendría que edificarle una buena casa, con chimenea y todo, para que su esposa pudiera encender un fuego donde calentarse las manos y freír el pescado.

Yo había apoyado la cabeza en el hombro de Jamie, amodorrada y ansiosa por llegar a la cama, aunque ésta sólo fuera una manta estirada en la roca. De pronto, sentí que el cuerpo de Jamie se tensaba. Me puso una mano en el cuello a modo de advertencia para que me quedara quieta. Eché un vistazo alrededor del campamento y no noté nada extraño,

pero percibí la tensión en el aire que flotaba de hombre a hombre como transmitida por una onda inalámbrica.

Al mirar en dirección a Rupert, vi que asentía ligeramente con la cabeza tras observar a Dougal, aunque prosiguió con el relato, imperturbable.

—Entonces, el constructor, que no tenía alternativa, hizo lo que le pidieron. Y el caballo de agua cumplió su palabra y devolvió al hombre a la orilla del lago, cerca de su casa. Y la esposa del caballo de agua por fin sintió calor y felicidad ya que podía freír todo el pescado que quisiera para comer. Y el agua jamás se congela en el extremo oriente del lago Garve porque el calor de la chimenea del caballo de agua derrite el hielo.

Rupert estaba sentado en una roca, con el lado derecho vuelto hacia mí. Mientras hablaba, se agachó con aire casual para rascarse la pierna. Sin alterar sus movimientos ni un ápice, cogió el cuchillo que yacía en el suelo cerca de su pie y lo depositó con suavidad en el regazo, donde quedó oculto entre los pliegues de su falda. Me apreté contra Jamie y lo obligué a bajar la cabeza, como en un súbito rapto amoroso.

—¿Qué ocurre? —susurré en su oído.

Me mordió el lóbulo de la oreja y murmuró:

—Los caballos están inquietos. Alguien anda cerca.

Un hombre se levantó y caminó hacia el borde de las rocas para orinar. Al volver, se sentó en un lugar diferente del que ocupaba antes, cerca de uno de los ganaderos. Otro hombre se incorporó, escrutó el interior de la cacerola de la comida y se sirvió un bocado de venado. En todo el campamento, había ligeras señales de movimiento y agitación, mientras Rupert seguía hablando.

Con el brazo de Jamie rodeándome con firmeza, observé atentamente y al fin comprendí que los hombres se acercaban a los sitios donde habían dejado las armas. Todos dormían con las dagas, pero dejaban las espadas, pistolas y los redondos escudos de cuero en pequeños montículos al borde del campamento. El par de pistolas de Jamie se encontraba en el suelo junto a su espada, a poco más de un metro de distancia.

Alcanzaba a vislumbrar el resplandor del fuego en la hoja con incrustaciones de oro y plata. Si bien las pistolas eran del tipo de las que llevaban los demás hombres, tanto el espadón como la *claymore* eran especiales. Jamie me los había enseñado con orgullo en una de nuestras paradas al tiempo que los giraba con afecto en sus manos.

La *claymore* estaba envuelta en su manta. Podía distinguir el enorme mango en forma de T, con la empuñadura áspera para su uso en batalla, resultado de un cuidadoso enarenado. La había levantado una vez y casi soltado al instante. Según Jamie, pesaba unos ocho kilos.

Si la *claymore* tenía un aspecto lúgubre y letal, el espadón era hermoso. Pesaba unos dos tercios del peso del arma mayor y era un objeto mortal y brillante, con arabescos islámicos que trepaban por la hoja de acero azul hasta el mango en forma de espiral, esmaltado en rojos y azules. Había visto a Jamie usarlo en broma, primero con la mano derecha ante uno de los hombres de armas y luego con la izquierda frente a Dougal. Era una gloria observarlo en esas condiciones, ágil y seguro, con una elegancia aún más impresionante por su tamaño. Sin embargo, sentí que se me resecaba la garganta al pensar que esa habilidad sería puesta a prueba de veras.

Se agachó hacia mí y me besó debajo de la mandíbula. Al hacerlo, me movió ligeramente para volverme hacia uno de los amontonamientos de rocas.

—Rápido —susurró y me besó otra vez—. ¿Ves esa abertura en la roca? —La veía: era un espacio de un metro de altura, formado al caer dos grandes piedras juntas.

Me cogió el rostro entre las manos y me acarició con ternura.

—Cuando te diga ya, métete allí y quédate quieta. ¿Tienes tu daga?

Había insistido en que me quedara con la daga que me había dado en la posada, a pesar de mi propia insistencia en que no tenía ni la habilidad ni la voluntad para usarla. Pero Dougal había tenido razón; cuando se trataba de insistir, Jamie era obcecado.

Por lo tanto, la daga estaba en uno de los bolsillos de mi vestido. Después de un día sintiendo el peso en mi muslo, había llegado a olvidarme de ella casi por completo. Jamie deslizó la mano con aire juguetón por mi pierna para cerciorarse de que el puñal estaba en su lugar.

Entonces, levantó la cabeza, como un gato que huele la brisa. Miró a Murtagh y luego a mí. El hombrecillo no hizo gesto alguno, pero se puso de pie y se desperezó. Cuando volvió a sentarse, estaba unos metros más cerca de mí.

Un caballo relinchó nervioso a nuestras espaldas. Como si hubiera sido una señal, un grupo apareció por encima de las rocas. No eran ingleses, como yo había temido, ni bandidos. Eran escoceses, y chillaban como fantasmas. Supuse que se trataba de los Grant o los Campbell.

A cuatro patas, me dirigí a las rocas. Me golpeé la cabeza y me raspé las rodillas, pero logré introducirme en la pequeña cavidad. Con el corazón enloquecido, manoteé en busca de la daga. Casi me corto la mano en el proceso. No sabía qué hacer con el largo y dañino cuchillo, pero me sentí mejor al cogerlo. Tenía una adularía incrustada en el mango y me reconfortó sentir el pequeño bulto contra la palma de la mano. Por lo menos, estaba segura de haberlo cogido por el extremo correcto.

La lucha era tan confusa que al principio no sabía qué estaba ocurriendo. El claro estaba lleno de cuerpos en movimiento, gritos y piernas que corrían. Mi santuario, por fortuna, se encontraba a un lado del combate principal, por lo que no estaba en peligro inminente. Miré a mi alrededor y vi una silueta pequeña acuclillada junto a mi roca en las sombras. Sujeté la daga con firmeza, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de Murtagh.

Ese había sido el mensaje implícito en la mirada de Jamie. Murtagh había recibido la orden de cuidarme. No veía a Jamie por ninguna parte. El grueso de la lucha tenía lugar en las rocas y en las sombras junto a los carros.

Por supuesto, los caballos y los carros debían ser el objetivo del ataque. Los asaltantes conformaban un grupo organizado, bien armados y bien alimentados, por lo poco que podía apreciar a la luz del fuego que ya se apagaba. Si eran los Grant, tal vez quisieran un botín vengarse por el ganado que Rupert y sus amigos habían robado unos días antes. Al enfrentarse con los resultados de aquella improvisada incursión, Dougal se había mostrado algo molesto, no por el robo en sí, sino porque el ganado retrasaría la marcha. No obstante, había logrado deshacerse de él enseguida en un pequeño mercado de uno de los pueblos.

Pronto quedó claro que los atacantes no tenían intención de lastimar a los hombres; sólo querían adueñarse de los caballos y los carros. Uno o dos tuvieron éxito. Me agaché cuando uno de los caballos saltó el fuego y desapareció en la oscuridad del páramo con un hombre colgado de las crines.

Dos o tres más escaparon corriendo, llevándose bolsas de grano, perseguidos por furiosos MacKenzie que les gritaban insultos en gaélico. Al parecer, el ataque llegaba a su fin. Pero entonces, un grupo de hombres tambaleantes se acercó al fuego y el combate recrudeció.

Ésta parecía ser una lucha seria por el modo en que los contrincantes blandían sus espadas y gruñían. Por fin, logré descifrar los hechos. Jamie y Dougal estaban en el centro, en plena pelea, espalda contra espalda. Ambos empuñaban sus espadones con la mano izquierda y las dagas con la derecha. Por lo que alcanzaba a vislumbrar, los dos estaban usando sus armas con gran provecho.

Los rodeaban cuatro o cinco hombres..., perdí la cuenta en la oscuridad. Todos tenían espadas cortas, aunque uno de ellos llevaba un espadón colgado del cinto y por lo menos otros dos, pistolas enfundadas.

Debían de querer a Dougal o a Jamie. Vivo, preferentemente. Para pedir rescate, supuse. Por eso utilizaban espadas pequeñas, que sólo podían herir, en lugar de los espadones o pistolas.

Dougal y Jamie no tenían esos escrúpulos y encaraban el asunto con lúgubre eficiencia. Espalda contra espalda, formaban un círculo amenazante; cada uno cubría el lado débil del otro. Cuando Dougal lanzó una estocada con la mano en la que sostenía la daga, pensé que tal vez «débil» no fuera la palabra apropiada.

El iracundo tumulto de gruñidos e insultos se me acercaba. Retrocedí todo lo que pude, pero mi escondite tenía apenas medio metro de profundidad. Por el rabillo del ojo, percibí un movimiento a mi lado. Murtagh había decidido tomar parte activa en la lucha.

Horrorizada, apenas podía apartar los ojos de Jamie, pero vi que el hombrecillo extraía su pistola, que hasta entonces no había disparado, como al descuido. Revisó el mecanismo minuciosamente, frotó el arma contra la manga, la apoyó en el antebrazo y esperó.

Y esperó. Yo temblaba de miedo por Jamie, que había abandonado toda elegancia y sacudía su espada hacia los dos hombres con sangrienta determinación. ¿Por qué diablos no disparaba Murtagh?, pensé furiosa. Entonces comprendí el motivo. Tanto Jamie como Dougal estaban en la línea de fuego. Me pareció recordar que ese tipo de trabucos no eran armas de precisión. Un minuto más tarde, mi suposición quedó confirmada. Una inesperada estocada de uno de los oponentes de Dougal le alcanzó la muñeca. El filo de la hoja subió por el antebrazo y el jefe del clan cayó de rodillas. Al notar que su tío se derrumbaba, Jamie bajó la espada y retrocedió dos pasos. Así, quedó con la espalda cerca de una roca y con Dougal agazapado a su lado, protegido por su espada. Los atacantes tuvieron que colocarse a un lado de mi refugio, al alcance de la pistola de Murtagh.

Debido a la proximidad, el estallido del trabuco fue estremecedor. Tomó por sorpresa a los atacantes, en especial al que recibió la bala. El hombre quedó inmóvil un momento y luego sacudió la cabeza, confundido. Lentamente, se sentó y cayó hacia atrás para rodar hasta las tenues brasas del fuego.

Aprovechando la confusión, Jamie quitó de un golpe la espada a otro atacante. Dougal ya estaba de pie otra vez y Jamie se apartó para dejarle espacio para luchar. Uno de los asaltantes abandonó la pelea y corrió a sacar a su compañero de las cenizas calientes. Sin embargo, todavía quedaban tres enemigos y Dougal estaba herido. Pude divisar las gotas oscuras que salpicaban la roca cuando movía la espada.

Ya estaban lo suficientemente cerca y alcancé a ver el rostro de Jamie, tranquilo y concentrado, absorto en la emoción de la batalla. De pronto, Dougal le gritó algo. Jamie quitó la vista del rostro de su contrincante por un segundo y miró hacia abajo. Levantó la mirada justo a tiempo para esquivar la hoja de la espada contraria, saltó a un lado y arrojó su espada.

Su adversario contempló asombrado la espada clavada en su pierna. Tocó el filo con algo de estupor. Entonces, cogió la hoja con firmeza y tiró. Por la facilidad con que salió, supuse que la herida no era profunda. El hombre seguía algo perplejo y levantó la mirada como para preguntar la razón de ese comportamiento tan poco ortodoxo.

De pronto, gritó, dejó caer su espada y huyó, renqueando lastimosamente. Asustados por el ruido, los otros dos atacantes desviaron la vista, se volvieron y escaparon también. Jamie los perseguía como una avalancha. Había logrado sacar la enorme claymore de entre las mantas y la volteaba con ambas manos en un arco asesino. Detrás de él corría Murtagh, que gritaba palabras no muy halagadoras en gaélico mientras sacudía la espada y su trabuco ya recargado.

Todo terminó casi enseguida. Apenas quince minutos más tarde, la partida de los MacKenzie ya se había reunido para evaluar las pérdidas.

En realidad, habían sido leves. Los asaltantes se habían llevado dos caballos y tres bolsas de grano, pero los ganaderos, que dormían con la carga, habían evitado mayores estragos en los carros. Los hombres de armas, por su parte, habían logrado ahuyentar a los potenciales ladrones de caballos. La principal pérdida parecía ser uno de los hombres.

Al principio, pensé que lo habrían herido o matado en la escaramuza, pero una concienzuda inspección del lugar no logró dar con él.

—Lo han secuestrado —manifestó Dougal con pesar—. Maldición, su rescate me costará una mensualidad completa.

—Podría haber sido peor, Dougal —dijo Jamie al tiempo que se secaba la frente con la manga—. ¡Piensa lo que hubiera dicho Colum si te hubieran llevado a ti!

—Si te hubieran llevado a ti, muchacho, les hubiera dejado conservarte y podrías haberte cambiado el apellido —contestó Dougal, pero el estado de ánimo general mejoró considerablemente.

Extraje la pequeña caja de medicinas y alineé a los heridos por orden de gravedad. Me alegró ver que ninguno estaba malherido. El tajo del brazo de Dougal era, probablemente, lo peor.

Ned Gowan tenía los ojos brillantes y exudaba vitalidad. Parecía tan embriagado con la emoción de la batalla que casi no se había percatado del diente que le había arrancado un malintencionado golpe con el mango de una daga. Sin embargo, había tenido la presencia de ánimo necesaria para sostenerlo bajo la lengua.

—Por si acaso, ¿sabe? —explicó y lo escupió en la palma de la mano La raíz estaba entera y la encía aún sangraba un poco. Decidí arriesgarme y coloqué el diente en su lugar. El hombrecillo palideció, pero no emitió sonido alguno. Agradecido, se llenó la boca de whisky con la excusa de desinfectar la herida y lo tragó de inmediato.

Había vendado la herida de Dougal enseguida y me complació descubrir que la hemorragia había cesado casi por completo para cuando le quité el vendaje. Se trataba de un corte limpio pero profundo. Un delgado borde de grasa amarilla asomaba por el contorno de la profunda herida que se hundía tres centímetros en el músculo. Por fortuna, no había venas cercenadas, pero habría que suturar.

La única aguja disponible resultó ser algo parecido a un punzón delgado que los ganaderos usaban para reparar arneses. Lo miré con desconfianza, pero Dougal se limitó a extender el brazo y desviar la vista.

—En general, no me molesta ver sangre —aclaró—, pero tengo algunos reparos cuando se trata de la mía. —Se sentó en una roca mientras yo trabajaba, con los dientes tan apretados que le temblaban los músculos de la mandíbula. La noche se estaba poniendo fría, pero gotas de sudor le corrían por la frente. En un momento, me pidió muy cortésmente que me detuviera un instante, se volvió y vomitó detrás de una roca. Luego se acomodó otra vez y apoyó el brazo con firmeza en la rodilla.

Por suerte, el dueño de una taberna había decidido pagar la renta de aquel trimestre con un barril de whisky, que resultó muy útil. Utilicé la bebida para desinfectar algunas heridas y después dejé que mis pacientes se automedicaran a gusto. Incluso acepté una taza al concluir mis tareas. La vacié con deleite y me acosté sobre la manta. La luna comenzaba a ponerse y yo temblaba, en parte por el frío y en parte por los sucesos de la noche. Fue maravilloso sentir el calor del fornido cuerpo de Jamie cuando se acostó a mi lado y me rodeó con sus brazos.

—¿Crees que volverán? —pregunté.

—No, eran Malcolm Grant y sus dos hijos... al mayor fue al que le clavé la espada en la pierna. A esta hora, ya deben de estar en sus camas —contestó. Me acarició el cabello y agregó con voz muy suave—: Has trabajado mucho esta noche. Me he sentido orgulloso

de ti.

Me di la vuelta y le eché los brazos al cuello.

—No tanto como yo. Estuviste estupendo, Jamie. Jamás he visto nada igual.

Emitió un gruñido desdeñoso, pero me pareció que estaba satisfecho.

—Sólo un asalto, Sassenach. He estado en situaciones parecidas desde que tenía catorce años. Es pura diversión, sabes. Es diferente cuando te enfrentas con alguien que de veras quiere matarte.

—Diversión —repetí con voz queda—. Sí, mucha.

Me estrechó más y una de sus manos descendió para levantarme la falda. Era obvio que la excitación del combate se había convertido en otro tipo de excitación.

—¡Jamie! ¡Aquí no! —protesté al tiempo que trataba de apartarme y bajarme la falda.

—¿Estás cansada, Sassenach? —preguntó, preocupado—. Descuida, no tardaré mucho. —Ahora alzaba la falda con ambas manos y la pesada tela se amontonaba en la parte delantera.

—¡No! —respondí, consciente de los veinte hombres que yacían a escasos metros—. No estoy cansada. Es sólo que... —Me quedé sin aliento al sentir que la mano inquieta alcanzaba su objetivo entre mis piernas.

—Dios mío —susurró—. Es resbaladizo como el fondo del lago.

—¡Jamie! ¡Hay veinte hombres durmiendo junto a nosotros! —grité en un murmullo.

—Se despertarán si sigues hablando. —Rodó sobre mí y me inmovilizó contra la roca. Me separó los muslos con la rodilla y empezó a mecerse con suavidad. A mi pesar, las piernas comenzaron a aflojárseme. Veintisiete años de decoro no podían competir con cientos de años de instinto. Si bien mi mente se negaba a permitir que me tomara allí, sobre una roca desnuda, junto a varios soldados dormidos, mi cuerpo estaba dispuesto a rendirse. Me besó, su lengua dulce se movió dentro de mi boca.

—Jamie —suspiré. Hizo a un lado su falda y oprimió mi mano contra él—. ¡Demonios! —exclamé, impresionada. Mi decoro cedió un poco más.

—La lucha da una tremenda erección. Me deseas, ¿no? —Se separó un poco para observarme. No tenía sentido negarlo, con semejante evidencia. Estaba rígido como una vara de bronce contra mi muslo desnudo.

—Eh..., sí..., pero...

Me sujetó con firmeza por los hombros.

—Cállate, Sassenach —ordenó—. No tardaremos mucho.

Así fue. Comencé a sentir placer con el primer impacto. Le clavé los dedos en la espalda y me sujeté con fuerza al tiempo que mordía la tela de su camisa para acallar cualquier sonido. En menos de una docena de movimientos, sentí que sus testículos se contraían, tensos contra su cuerpo, y el cálido fluir de su propia descarga. Se dejó caer lentamente a mi lado y quedó allí, tembloroso.

La sangre aún palpitaba con furia en mis oídos, un eco de los atenuados latidos entre mis piernas. La mano de Jamie descansaba sobre mi pecho, blanda y pesada. Volví la cabeza y vi la silueta del centinela apoyada contra una roca en el otro extremo del fuego. Con mucho tacto, nos daba la espalda. Me asombré al darme cuenta de que ni siquiera sentía vergüenza. Me pregunté si la sentiría por la mañana; y ya no me pregunté nada más.

A la mañana siguiente, todos actuaban como de costumbre, aunque se movían con algo de dificultad por los efectos de la lucha y del lecho de piedra. Los hombres estaban de buen humor, incluso aquellos que habían resultado heridos.

El estado de ánimo general mejoró todavía más cuando Dougal anunció que sólo cabalgaríamos hasta el bosque que se veía desde el borde de la plataforma rocosa en la que nos encontrábamos. Allí, podríamos dar de beber y comer a los caballos y descansar nosotros también. Me pregunté si este cambio de planes afectaría a la reunión de Jamie con el misterioso Horrocks, pero al parecer, el anuncio no lo turbó en absoluto.

El día estaba plomizo, pero no lloviznaba y el aire era caliente. Una vez que hubimos acampado, los hombres se ocuparon en los caballos y yo revisé a los heridos. Después, cada uno se dedicó a lo que quiso. Algunos dormían sobre la hierba; otros cazaban o pescaban o sólo estiraban las piernas después de tantos días a caballo.

Estaba sentada bajo un árbol, conversando con Jamie y Ned Gowan, cuando uno de los hombres de armas se acercó y arrojó algo al regazo de Jamie. Era la daga con el mango de adularía.

—¿Es tuya, muchacho? —preguntó—. La encontré esta mañana en las rocas.

—Debí de soltarla en la confusión —dije—. En realidad, no importa. No sé qué hacer con ella. Lo más probable es que me hubiera cortado si hubiera intentado usarla.

Ned miró a Jamie con aire de censura por encima de sus bifocales.

—¿Le has dado un cuchillo y no la has enseñado a usarlo?

—No ha habido ocasión, dadas las circunstancias —se defendió Jamie—. Pero Ned tiene razón, Sassenach. Deberías aprender a manejar armas. Como viste anoche, no hay forma de predecir lo que puede ocurrir en el camino.

De modo que me llevaron al centro de un claro y comenzaron las clases. Al ver la actividad, varios hombres se acercaron a investigar y se quedaron para dar consejos. Al poco rato tenía media docena de instructores, enfrascados en una amistosa discusión sobre los detalles de la técnica. Finalmente acordaron que Rupert era el mejor de todos con la daga y éste se hizo cargo de la lección.

Halló un sitio bastante plano, sin rocas ni pinas, para enseñarme el arte de manejar el puñal.

—Vea, muchacha —comenzó. Sostenía la daga balanceándola en el dedo medio unos dos centímetros y medio debajo del mango—. Hay que empuñarla en el punto de equilibrio, de manera que encaje con comodidad en la mano.

Lo intenté con mi daga. Cuando la tuve bien acomodada, Rupert me enseñó la diferencia entre un golpe de arriba abajo y un golpe de abajo arriba.

—Por lo general, se usa la estocada de abajo; el golpe de arriba sólo sirve cuando se ataca a alguien con mucha fuerza desde arriba. —Me observó con ojo crítico y meneó la cabeza—. No, es alta para ser mujer, pero aunque llegara al cuello, no tendría la fuerza necesaria para penetrar, a menos que el hombre estuviera sentado. Mejor probemos con el golpe de abajo arriba.

Se levantó la camisa para revelar una barriga velluda, ya cubierta por el sudor.

—Bien, aquí —precisó al tiempo que se señalaba el centro, justo debajo del esternón— es donde hay que apuntar si la lucha es frente a frente. Apunte hacia arriba y adentro, con toda la fuerza que tenga. Así llegará al corazón y lo matará en uno o dos minutos. El único problema es esquivar el esternón. Llega más abajo de lo que parece y si el cuchillo se clava en esa parte suave de la punta, apenas lastimará a su víctima, pero se quedará sin cuchillo y será presa. ¡Murtagh! Tienes una espalda huesuda; ven aquí y le enseñaremos a clavar la daga por detrás. —Giró al reticente Murtagh, le alzó la camisa sucia de un tirón y dejó al descubierto la columna vertebral llena de bultos y las costillas salientes. Le hundió el dedo debajo de la costilla inferior del lado derecho y Murtagh se tensó sorprendido—. Éste es el sitio en la espalda... de ambos lados. Vea con todas las costillas y demás, es difícil darle a algo vital cuando se ataca por la espalda. Si logra pasar el cuchillo entre las costillas entonces es distinto, pero es mucho más difícil de lo que parece. Aquí, debajo de la última costilla, hacia arriba, se llega al riñón. Hunda la daga

hacia arriba y el tipo caerá como una piedra.

Entonces, Rupert me acomodó para clavar la daga en varias posiciones y posturas. Cuando se cansó, los demás hombres se turnaron para actuar de víctimas. Era obvio que mis esfuerzos les resultaban en extremo graciosos. Con total obediencia, se acostaban en la hierba o se daban la vuelta para que pudiera atacarlos. También saltaban sobre mí desde atrás o fingían estrangularme para que yo intentara clavarles la daga en el estómago.

Los espectadores me daban ánimo con gritos de aliento y Rupert me instruyó con firmeza que no vacilara en el último momento.

—Dele como si fuera en serio, muchacha —dijo—. No podrá echarse atrás cuando sea de verdad. Y si alguno de estos holgazanes no sabe salirse del medio a tiempo, bien merece lo que reciba.

Al principio, era tímida y muy torpe, pero Rupert era un buen maestro, muy paciente y gráfico para demostrar las posturas, una y otra vez. Levantaba la mirada con falsa lujuria cuando se colocaba detrás de mí y pasaba el brazo por mi cintura. Sin embargo, su actitud era seria al tomarme de la muñeca para explicarme cómo clavar la daga entre los ojos del enemigo.

Dougal estaba sentado debajo de un árbol, cuidando su brazo herido y haciendo comentarios sarcásticos sobre el entrenamiento. No obstante, fue él quien sugirió que utilizáramos un muñeco.

—Dadle algo donde pueda hundir la daga —aventuró una vez que empecé a desenvolverme con facilidad en el ataque—. La primera vez produce una sensación extraña.

—Es verdad —convino Jamie—. Descansa un poco, Sassenach, mientras busco algo que sirva.

Partió en dirección a los carros con dos de los hombres de armas. Los observé mientras, con las cabezas juntas, gesticulaban y sacaban cosas de uno de los carros. Agotada, me desplomé junto a Dougal.

Asintió con la cabeza y una leve sonrisa apareció en sus labios. Como la mayoría de los hombres, no se había molestado en afeitarse durante el viaje y una oscura barba castaña le enmarcaba la boca, lo cual le acentuaba el labio inferior.

—¿Cómo va todo? —preguntó sin referirse a mi manejo de las armas.

—Bastante bien —respondí, tampoco en relación con la daga. La mirada de Dougal se dirigió a Jamie, ocupado con algo en la carreta.

—El matrimonio parece sentarle bien —señaló.

—Muy saludable para él... dadas las circunstancias —comenté fríamente. Esbozó una sonrisa.

—Y para usted también, muchacha. Al parecer, ha sido un buen arreglo para todos.

—En especial para usted y su hermano. Y hablando de él, ¿qué cree que dirá Colum cuando se entere?

La sonrisa se hizo más amplia.

—¿Colum? Bueno, considero que le alegrará recibir a una sobrina como usted en la familia.

El muñeco estaba listo. Regresé a mi entrenamiento. El muñeco resultó ser una enorme bolsa de lana, aproximadamente del tamaño del torso de un hombre, con un trozo de piel de toro que la cubría, asegurada con una soga. Debía practicar con el muñeco atado a un árbol, a la altura de un hombre. Luego, me lo arrojarían o lo harían rodar junto a mí.

Lo que Jamie no había mencionado era que habían insertado varias tablas de madera entre la piel y la bolsa de lana para simular huesos, como explicó luego.

Los primeros ataques transcurrieron sin novedad, si bien me costó varios intentos atravesar la piel. Era más difícil de lo que parecía. Me informaron de que lo mismo ocurría con la piel de la barriga de un hombre. En el siguiente ataque, intenté un golpe de arriba

abajo, pero choqué con una de las tablas.

Por un momento, pensé que se me había caído el brazo. El impacto repercutió hasta el hombro y la daga se deslizó entre los dedos dormidos. Del codo para abajo, no tenía sensación alguna, pero un sospechoso cosquilleo me advirtió que no duraría mucho.

—Por Franklin D. Roosevelt —mascullé y me quedé allí quieta, sujetándome el codo y escuchando las carcajadas. Por fin, Jamie me masajeó el hombro y logró devolver algo de movimiento al brazo. Oprimió el tendón en la parte posterior del codo y clavó el pulgar en el hueco de la base de la muñeca—. Está bien —murmuré y flexioné la mano derecha con lentitud—. ¿Qué hay que hacer cuando se da en el hueso y se pierde la daga? ¿Acaso hay algún procedimiento a seguir en tal caso?

—Sí —repuso Rupert con una sonrisa—. Saque su pistola con la mano izquierda y mate al bastardo. —Otra vez estallaron las carcajadas, que decidí ignorar.

—Bien —expresé con bastante calma y señalé el largo trabuco con mango en forma de garra que Jamie llevaba en la cadera izquierda. —Entonces, ¿vas a enseñarme a cargar y disparar eso?

—No —replicó con firmeza.

Me enfurecí al oír la respuesta.

—¿Por qué no?

—Porque eres una mujer, Sassenach.

Noté que me sonrojaba.

—¿Acaso crees que una mujer no tiene la inteligencia necesaria para entender el mecanismo de una pistola? —pregunté con sarcasmo. Me sostuvo la mirada y torció la boca mientras pensaba en varias respuestas.

—Casi me inclino por dejar que pruebes —concedió por fin—. Te lo tienes merecido.

Rupert chasqueó la lengua con fastidio.

—No seas tonto, Jamie. Y, en cuanto a usted, muchacha —se volvió hacia mí—, no es porque las mujeres sean estúpidas, aunque algunas por cierto lo son, sino porque son pequeñas.

—¿Cómo? —Lo miré con expresión de asombro. Jamie bufó y sacó su pistola. Vista de cerca, era enorme. La plateada arma medía más de cuarenta y cinco centímetros desde la caja hasta la boca.

—Mira —me dijo y la sostuvo frente a mí—, la sujetas así y la apoyas en el antebrazo. Apuntas por aquí y cuando aprietes el gatillo, te pateará como una mula. Soy casi una cabeza más alto que tú, peso veinticinco kilos más y sé lo que hago. A mí me deja un feo moratón cada vez que la disparo. A ti podría tumbarte de espaldas, si es que no te golpea la cara.

Hizo girar la pistola y la volvió a colocar en la presilla de su cinto.

—Te dejaría probar —continuó al tiempo que enarcaba una ceja—, pero me gustas más con todos los dientes. Tienes una hermosa sonrisa, Sassenach, aunque eres algo cabezota.

Escarmentada con este episodio, acepté sin discutir la opinión de los hombres de que incluso la espada pequeña era demasiado pesada para que yo pudiera manejarla con eficiencia. La diminuta *sgian dhu,* la daga de la media, resultó aceptable y me dieron uno de aquellos afilados trozos de hierro negro de unos siete centímetros de largo con un mango corto. Probé a sacarla de su escondite una y otra vez mientras los hombres me observaban con ojo crítico. Por fin, aprendí a alzarme la falda, coger el cuchillo y levantarlo en el arco apropiado, todo en un solo y rápido movimiento, hasta quedar con la daga lista para cortarle el cuello a mi adversario.

Así, me dieron el rango de novata en el manejo de la daga y me permitieron sentarme a cenar en medio de felicitaciones generales... con una única excepción. Murtagh

meneó la cabeza, inseguro.

—Aún creo que la mejor arma para una mujer es el veneno.

—Tal vez —replicó Dougal—, pero tiene sus desventajas en el combate cuerpo a cuerpo.

19

El caballo de agua

La noche siguiente acampamos en la orilla del lago Ness. Me sentí extraña al volver a ver el lugar. Había cambiado tan poco. O tal vez debería decir que cambiaría poco. Los alerces y alisos tenían un verde más oscuro, porque ahora estábamos en pleno verano y no a finales de la primavera. Las flores habían cambiado de los frágiles rosas y blancos de las primeras violetas a los brillantes dorados y amarillos de los tojos y las retamas. El cielo era de un azul más intenso, pero la superficie del lago era la misma, de un color azul oscuro que reflejaba las imágenes de la orilla y las atrapaba en tonos opacos, como un vidrio ahumado.

Incluso se veían algunos veleros al otro lado del lago. Sin embargo, cuando uno se acercó, vi que se trataba de un pequeño y rústico bote de mimbre y cuero, no la silueta delgada y elegante de madera del tipo al que yo estaba acostumbrada.

Predominaba el mismo aroma fuerte que rodea todos los cursos de agua, una recalcitrante mezcla de vegetación, hojas secas, agua fresca, pescados muertos y barro. Por encima de todo, imperaba la misma extraña sensación de acecho. Tanto los hombres como los caballos parecían percibirlo y el ambiente del campamento era algo retraído.

Encontré un lugar cómodo para mi manta de dormir y la de Jamie y bajé a la orilla del lago para lavarme la cara y las manos antes de cenar.

La ribera descendía de forma abrupta hasta quebrarse en una multitud de rocas que formaban una especie de espigón irregular. La orilla estaba muy tranquila, fuera del alcance visual del campamento. Me senté bajo un árbol para disfrutar de un momento de soledad. Desde mi apresurado casamiento con Jamie, ya no me vigilaban a cada instante. Por lo menos, era un avance.

Distraída, arrancaba las vainas de semillas de una rama baja y las arrojaba al lago cuando noté que las pequeñas olas que acariciaban las rocas se intensificaban, como si las empujara el viento.

Una enorme cabeza achatada apareció en la superficie a unos tres metros de distancia. Vi cómo el agua se deslizaba por las escamas que bajaban en forma de cresta por el sinuoso cogote. El agua se agitó en un radio bastante amplio y divisé una sombra de movimiento oscuro y sólido bajo la superficie del lago, si bien la cabeza permanecía quieta.

Yo también me quedé quieta. Curiosamente, no estaba asustada. Sentí una especie de lejana complicidad. Se trataba de una criatura más perdida en el tiempo que yo. Sus ojos inexpresivos, antiguos como los mares eocénicos, se habían vuelto opacos en las sombrías profundidades de su sumergido refugio. Había un dejo de familiaridad mezclado con su irrealidad. La sedosa piel era de un color azul oscuro, con un vivido destello verde que resplandecía, iridiscente, debajo de la mandíbula. Y los extraños ojos sin pupilas eran de un color ámbar brillante. Tan hermosa...

Y tan distinta de la réplica color barro más pequeña que yo recordaba y que decoraba el diorama del quinto piso del Museo Británico. Pero la forma era inconfundible. Los colores de los seres vivos comienzan a desaparecer con el último aliento y la piel

suave y los músculos flexibles se pudren a las pocas semanas. Sin embargo, en ocasiones, los huesos persisten, ecos fieles de la silueta, para convertirse en lejanos testigos de la gloria pasada.

Los orificios nasales se abrieron de pronto con un estremecedor siseo de aliento. Tras un instante de completa inmovilidad, la criatura volvió a hundirse. Un remolino de agua fue la única huella de su paso.

Me había puesto de pie cuando apareció. Inconscientemente, debí de acercarme para mirarla porque me encontré parada en una de las rocas que se proyectaban dentro del agua, observando las olas que se deshacían en la quietud del lago.

Me quedé allí un instante, con la mirada perdida en las profundidades insondables.

—Adiós —susurré por fin al agua vacía. Me estremecí y regresé a la orilla.

Un hombre estaba de pie en lo alto de la pendiente. Al principio me sobresalté, luego lo reconocí. Era uno de los ganaderos de la partida. Su nombre era Peter y el balde que llevaba en la mano era la razón de su presencia allí. Estuve a punto de preguntarle si había visto a la bestia, pero la expresión de su rostro al acercarme fue suficiente respuesta. Estaba más pálido que las margaritas a sus pies y unas diminutas gotas de sudor le corrían por la barba. Se le salían los ojos de las órbitas, como los de un caballo aterrado, y las manos le temblaban tanto que el balde le golpeaba la pierna.

—Tranquilo —dije al llegar a su altura—. Ya se ha ido.

En lugar de calmarlo, mis palabras le causaron un nuevo susto. Soltó el balde, cayó de rodillas frente a mí y se persignó.

—Te-tenga piedad de mí, señora —balbuceó. Profundamente abochornada, vi que se arrojaba al suelo de bruces y se aferraba al dobladillo de mi vestido.

—No sea ridículo —respondí con aspereza—. Levántese. —Lo empujé despacio con el pie, pero permaneció allí temblando, como un hongo aplastado contra el suelo—. Levántese —repetí—. Hombre estúpido, sólo era un... —Me detuve. Decirle el nombre en latín no lo ayudaría mucho tampoco—. Sólo era un monstruito —dije, por fin. Le cogí la mano y tiré para levantarlo. Tuve que llenarle el balde porque no logré que se acercara (con razón) al agua. Me siguió a una distancia prudente hasta el campamento y corrió a atender a sus mulas, mirándome con aprensión de tanto en tanto por encima del hombro.

Como no parecía dispuesto a hablar de la criatura con nadie, pensé que quizá yo tampoco debiera mencionarla. Dougal, Jamie y Ned eran hombres cultos, pero el resto eran escoceses analfabetos de los páramos más recónditos de las tierras de los MacKenzie. Eran soldados valientes y luchadores incansables, pero también tan supersticiosos como cualquier miembro de una tribu primitiva de África o de Oriente Próximo.

Así que comí la cena en silencio y me fui a la cama, consciente todo el tiempo de la atribulada mirada del ganadero Peter.

20

Claros desiertos

Dos días después del asalto, volvimos a dirigirnos hacia el norte. Nos acercábamos cada vez más al punto de encuentro con Horrocks y Jamie parecía algo distraído; tal vez pensaba en la importancia que podrían tener las noticias del desertor inglés.

No había vuelto a ver a Hugh Munro, pero la noche anterior, había despertado en la oscuridad y descubierto que Jamie no estaba a mi lado. Intenté permanecer despierta para esperarlo, pero me quedé dormida cuando la luna comenzaba a ponerse. Por la mañana, estaba profundamente dormido a mi lado y en mi manta había un pequeño paquete envuelto en una hoja de fino papel, sujeto con la pluma de la cola de un pájaro carpintero clavada en la hoja. Lo desenvolví con cuidado y encontré un trozo de ámbar rústico. Una cara de la piedra estaba pulida y grabada con la delicada silueta oscura de una diminuta libélula suspendida en un vuelo eterno.

Alisé el papel del envoltorio. Había un mensaje en la superficie sucia, escrito en letras pequeñas y muy elegantes.

—¿Qué dice? —pregunté a Jamie mientras observaba las extrañas letras y marcas—. Creo que está en gaélico.

Se incorporó sobre un codo y miró el papel.

—No es gaélico. Es latín. Munro fue maestro antes de que los turcos lo raptaran. Es un trozo de un poema de Cátulo —explicó.

... da mi basia mille, diende centum,
dein mille altera, dein secunda centum...

Un leve rubor le coloreó las orejas mientras traducía:

Entonces deja que los besos amorosos habiten
nuestros labios, pronuncien
mil y cien razones,
cien y mil más.

—Bueno, bastante más fino que las usuales galletas de la fortuna— comenté, divertida.

—¿Cómo? —Jamie parecía perplejo.

—No importa —contesté enseguida—. ¿Acaso Munro ha encontrado a Horrocks?

—Ah, sí. Ya está arreglado. Nos reuniremos en un pequeño lugar que conozco en las colinas, a dos o tres kilómetros de Lag Cruime. Dentro de cuatro días, si todo va bien hasta entonces.

La aclaración final me puso algo nerviosa.

—¿Crees que sea seguro? Quiero decir, ¿confías en Horrocks?

Se sentó y se restregó los ojos para terminar de despertarse.

—¿Confiar en un desertor inglés? Por Dios, jamás. Supongo que me vendería a

Randall si pudiera, pero no puede ni acercarse a los ingleses. Cuelgan a los desertores. No, no confío en él. Por eso emprendí este viaje con Dougal, en lugar de buscar a Horrocks por mi cuenta. Si el hombre planea algo, por lo menos tendré compañía.

—Ah. —No estaba muy segura de que la presencia de Dougal fuera tan reconfortante, dada la relación entre Jamie y sus intrigantes tíos—. Bueno, si así lo crees —añadí, nada convencida—. Me imagino que Dougal no aprovechará la ocasión para dispararte.

—Ya me disparó —afirmó Jamie alegremente mientras se abotonaba la camisa—. Deberías saberlo. Tú curaste la herida. Solté el peine que había estado usando.

—¡Dougal! ¡Pensé que habían sido los ingleses!

—Bueno, los ingleses dispararon hacia mí —me corrigió—. Y no debería decir que Dougal me hirió. En realidad, debió de ser Rupert. Es el que tiene mejor puntería de todos. No, cuando escapábamos de los ingleses, me di cuenta de que estábamos cerca del límite de las tierras de los Fraser y pensé en probar suerte allí. Así que espoleé al caballo y doblé a la izquierda, alrededor de Dougal y los demás. El tiroteo era bastante intenso, pero la bala que me dio vino de atrás. Dougal, Rupert y Murtagh estaban detrás de mí en aquel momento. Y los ingleses estaban todos delante. De hecho, cuando caí del caballo, rodé por la colina y casi termino en sus regazos.

Se inclinó sobre el balde de agua que yo había traído y se lavó la cara con agua helada. Sacudió la cabeza para despejarse los ojos y luego parpadeó, sonriéndome, mientras las gotas de agua brillaban en las pestañas y las espesas cejas.

—En todo caso, Dougal tuvo que pelear para rescatarme. Yo estaba tirado en el suelo, bastante maltrecho, y él estaba de pie encima de mí. Con una mano tiraba de mi cinto para levantarme y con la otra empuñaba su espada contra un dragón que creía saber cómo curarme. Dougal lo mató y me subió a su caballo. —Meneó la cabeza—. Yo veía todo borroso y sólo podía pensar en lo arduo que sería para el caballo subir con ciento ochenta kilos a cuestas.

Me senté, algo atónita.

—Pero... si hubiera querido, Dougal podría haberte matado en ese momento.

Jamie meneó la cabeza otra vez mientras extraía la navaja recta que le había prestado Dougal. Corrió un poco el balde a fin de usar la superficie del agua como espejo y con esa mueca que hacen los hombres para afeitarse, comenzó a rasparse las mejillas.

—No, no delante de los hombres. Además, ni Dougal ni Colum me querían muerto precisamente... en especial, Dougal.

—Pero... —La cabeza empezaba a darme vueltas, como solía ocurrir cuando me enfrentaba con las complejidades de la vida familiar escocesa.

Las palabras de Jamie sonaron algo amortiguadas cuando adelantó la barbilla y echó atrás la cabeza para alcanzar el vello que tenía debajo de la mandíbula.

—Es por Lallybroch —explicó al tiempo que se pasaba la mano libre en busca de pelos dispersos—. Además de ser una tierra muy rica, la propiedad se encuentra en lo alto de un paso de montaña, ¿comprendes? El único paso hacia las tierras altas en dieciséis kilómetros a la redonda. Si hubiera otro Levantamiento, sería valioso controlar esa tierra. Y si yo moría antes de casarme, lo más probable es que la propiedad regresara a manos de los Fraser.

Sonrió y se masajeó el cuello.

—No, soy todo un problema para los hermanos MacKenzie. Por un lado, como amenaza para que el joven Hamish se convierta en jefe del clan, me quieren muerto. Por otro, me quieren a mí y a mi propiedad de su lado en caso de guerra..., no del lado de los Fraser. Por eso están dispuestos a ayudarme con Horrocks. No puedo hacer mucho en Lallybroch mientras mi cabeza tenga precio, aunque l$_a$ tierra sigue siendo mía.

Enrollé las mantas mientras meneaba la cabeza, azorada por las intrincadas y

peligrosas circunstancias con las que Jamie convivía sin inmutarse. De pronto, se me ocurrió que no sólo Jamie estaba involucrado. Levanté la mirada.

—Has dicho que si morías antes de casarte, la tierra volvería a manos de los Fraser —comencé—. Pero ahora estás casado. Así que ¿quién...?

—Correcto —contestó y asintió con una sonrisa torcida. El sol de la mañana iluminaba su cabello con llamas doradas y cobrizas—. Si me matan ahora, Sassenach, Lallybroch es tuya.

Una vez que levantó la niebla, fue una hermosa mañana de sol. Los pájaros se movían en el brezal y el camino aquí era ancho, para variar, con polvo suave debajo de los cascos de los caballos.

Jamie galopó a mi lado mientras subíamos una pequeña colina. Señaló hacia la derecha con la cabeza.

—¿Ves aquel claro?

—Sí. —Se trataba de un manchón verde de pinos, robles y álamos, algo alejado del camino.

—Hay un manantial allí, debajo de los árboles, rodeado de hierba fresca. Es un lugar muy bonito.

Lo miré con curiosidad.

—Es un poco temprano para almorzar, ¿no crees?

—No es precisamente lo que tenía en mente. —Jamie, según descubrí de forma accidental unos días antes, jamás había aprendido a guiñar un ojo. En cambio, parpadeaba con solemnidad, como un enorme búho pelirrojo.

—¿Y qué tenías en mente? —pregunté. Mi expresión recelosa se topó con una mirada azul inocente e infantil.

—Me preguntaba qué aspecto tendrías... en la hierba... bajo los árboles... junto al manantial... con la falda levantada hasta las orejas.

—Eh... —comencé.

—Le diré a Dougal que vamos a buscar agua. —Espoleó al caballo y regresó un momento después con las cantimploras de los demás. Oí que Rupert nos gritaba algo en gaélico mientras bajábamos la colina, pero no pude entender las palabras.

Llegué al claro primero. Desmonté, me recosté en la hierba y cerré los ojos por el resplandor del sol. Jamie llegó un instante después y se bajó del caballo. Lo palmeó en el anca y lo despachó, con las riendas colgando, para que fuera a pastar junto al mío. Luego se dejó caer a mi lado. Extendí los brazos y lo acerqué a mí.

Era un día caluroso, cargado con los aromas de la hierba y las flores. Jamie mismo olía a hierba fresca, un perfume fuerte y dulce.

—Tendremos que darnos prisa —dije—. Se preguntarán por qué tardamos tanto en buscar agua.

—No se preguntarán nada —dijo Jamie al tiempo que desataba mis cintas con gran habilidad—. Ya lo saben.

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso no oíste lo que nos gritó Rupert?

—Lo oí, pero no entendí lo que decía. —Aunque ya entendía las palabras más comentes, todavía no podía conversar en gaélico.

—Mejor. No era un comentario para damas. —Liberó mis senos y enterró su rostro en ellos. Los besó y mordió con ternura hasta que ya no pude resistirlo más y me deslicé debajo de él, con la falda levantada. Algo cohibida después del feroz y primitivo encuentro en las rocas, me había negado a dejarle hacerme el amor cerca del campamento, y los

bosques eran demasiado tupidos como para alejarse de los demás. Ambos sentíamos la ligera y agradable ansiedad de la abstinencia y ahora, lejos de ojos y oídos curiosos, nos unimos con un impacto que hizo que mis labios y dedos temblaran por el torrente de sangre.

Estábamos llegando al final cuando Jamie se paralizó de pronto. Abrí los ojos y vi su rostro a contraluz, con una expresión indescifrable. Había algo negro apoyado en su cabeza. Por fin, mis ojos se acostumbraron al resplandor y distinguí el cañón del mosquete.

—Levántate, bastardo en celo. —El cañón se movió con fuerza contra la sien de Jamie. Muy lentamente, se puso de pie. Una gota de sangre brotó de su sien, oscura sobre la piel pálida.

Eran dos. Desertores casacas rojas, a juzgar por los harapos que vestían. Ambos estaban armados con mosquetes y pistolas y parecían muy divertidos por la posibilidad que se les presentaba. Jamie se quedó quieto, con las manos levantadas y el mosquete que le oprimía el pecho. Su rostro carecía de expresión.

—Podrías dejarlo terminar, Harry —comentó uno de los hombres. Esbozó una ancha sonrisa con dientes picados—. Parar así es malo para la salud.

Su compañero clavó el mosquete a Jamie en el pecho.

—Su salud no es asunto mío. Y tampoco será problema suyo por mucho tiempo. Tengo ganas de probarla —me señaló con la cabeza— y no me gusta ser segundo de nadie, mucho menos de un hijo de puta escocés como éste.

El de los dientes picados rió.

—Yo no soy tan exigente. Mátalo, entonces, y empieza de una vez.

Harry, un hombre bajo y robusto con un ojo extraviado, meditó un instante mientras me observaba. Yo seguía sentada en el suelo, con las rodillas encogidas y la falda apretada contra los tobillos. Había intentado cerrar el corpiño, pero aún se veía bastante. Por fin, el hombre bajo rió e hizo señas a su compañero.

—No, déjalo que mire. Ven aquí, Arnold, y apúntale con el mosquete. —Arnold obedeció con una sonrisa. Harry dejó el mosquete en el suelo y se quitó el cinto con la pistola para prepararse.

Mientras me sujetaba la falda, percibí un objeto duro en el bolsillo derecho. La daga que Jamie me había dado. ¿Me atrevería a usarla? Sí, decidí al observar el rostro lascivo y marcado de Harry, por mi alma que sí.

Tendría que esperar hasta el último minuto, sin embargo, y dudaba que Jamie pudiera controlarse tanto. Vislumbraba el ansia asesina en sus facciones. Pronto, las posibles consecuencias no serían suficientes para detenerlo.

No me atrevía a dejar que mi rostro expresara mucho, pero entrecerré los ojos y lo miré con determinación para pedirle que no se moviera. Se le notaban los músculos tensos del cuello y tenía el rostro enrojecido, pero detecté un minúsculo movimiento de la cabeza, en respuesta a mi mensaje.

Forcejeé cuando Harry me aprisionó contra el suelo y trató de levantarme la falda, más para coger la daga que para resistirme. Me abofeteó con fuerza y me ordenó que me quedara quieta. Me ardía la mejilla y los ojos se me llenaron de lágrimas, pero ya tenía la daga en la mano, oculta entre los pliegues de la falda.

Me recosté y respiré con dificultad. Me concentré en mi objetivo, tratando de borrar todo lo demás de mi mente. Tendría que ser en la espalda; estaba demasiado cerca para intentar un golpe a la garganta.

Los dedos roñosos se hundieron en mis muslos para separarlos. Recordé el dedo de Rupert en las costillas de Murtagh y escuché su voz:

«Aquí, muchacha, debajo de la última costilla, cerca de la columna. Clávelo con fuerza y hacia arriba, hacia el riñón, y el tipo caerá como una piedra.»

Ya casi era el momento indicado. El asqueroso aliento de Harry me entibiaba el

rostro y sus dedos buscaban con avidez entre mis piernas desnudas.

—Mira bien, bastardo, y observa cómo se hace —masculló—. Haré que tu putita suplique de placer antes...

Le rodeé el cuello con el brazo izquierdo para mantenerlo cerca. Levanté la mano con el cuchillo y se lo clavé con toda la fuerza que logré reunir. El impacto repercutió en mi brazo y casi solté la daga. Harry se tensó y comenzó a moverse para escapar. Al no poder ver, había apuntado muy arriba y el puñal había chocado con una costilla.

No podía dejarlo ir. Por fortuna, tenía las piernas libres de la pesada falda, así que las utilicé para aprisionar las sudadas caderas de Harry e inmovilizarlo durante los preciosos segundos que necesitaba para un segundo intento. Volví a clavarle la daga con desesperación y esta vez, di en el blanco.

Rupert tenía razón. Harry corcoveó en una grotesca parodia del acto sexual y luego se desplomó sobre mí, sin proferir ni un sonido. La sangre manaba en chorros decrecientes de la herida en la espalda.

La atención de Arnold se había desviado un instante hacia el espectáculo en el suelo y ese instante fue más que suficiente para el enloquecido escocés a quien vigilaba. Cuando recuperé el sentido lo suficiente como para escabullirme de debajo del difunto Harry, Arnold ya se había reunido con su compañero en la muerte. Tenía el cuello cortado de oreja a oreja con la *sgian dhu* que Jamie llevaba en la media.

Jamie se arrodilló a mi lado y me ayudó a salir de debajo del cadáver. Ambos temblábamos por los nervios y el susto. Nos abrazamos sin hablar unos minutos. Todavía en silencio, Jamie me cogió en brazos y me alejó de los dos cadáveres. Me llevó a un sitio con hierba fresca, detrás de una cortina de álamos.

Me depositó en el suelo y se sentó con torpeza, como si se le hubieran aflojado las rodillas de pronto. Tuve una sensación de helado aislamiento, como si el viento invernal me atravesara los huesos, y me estiré hacia él. Levantó la cabeza que tenía apoyada en las rodillas y el rostro desencajado me miró como si me viera por primera vez. Cuando puse las manos en sus hombros, me estrechó contra su pecho y emitió un sonido entre un gruñido y un sollozo.

Hicimos el amor inmersos en un silencio salvaje y urgente con una rapidez compulsiva que no logré comprender pero que ambos debíamos obedecer para no perdernos para siempre. No fue un acto de amor sino de necesidad, como si supiéramos que solos, no podríamos soportarlo. Nuestra única fortaleza yacía en la unión, en ahogar los recuerdos de la muerte y la casi violación en el torrente de los sentidos.

Nos abrazamos estrechamente en la hierba, desaliñados, manchados de sangre, temblorosos bajo el sol. Jamie susurró algo en voz tan baja que sólo alcancé a oír la palabra «lamento».

—No fue culpa tuya —murmuré y le acaricié el cabello—. Ya ha pasado todo. Ambos estamos bien. —Me sentía como en un sueño, como si nada a mi alrededor fuera real. Reconocí los síntomas del estado de choque.

—No, no —respondió—. Fue culpa mía... Una tontería venir aquí sin tomar precauciones. Y dejar que te... Pero no me refería a eso... Me refería a... que lamento haberte usado como acabo de hacer. Tomarte así, después de..., como un animal. Lo siento, Claire... No sé qué... No pude evitarlo, pero... Cielos, estás helada, *mo duinne.* Tienes las manos heladas. Ven, déjame que te dé calor.

Aturdida, pensé que hablaba así por la conmoción, también. Era curioso cómo a algunas personas les daba por hablar. Otras sólo temblaban. Como yo. Le apreté los labios contra mi hombro para calmarlo.

—Está bien —repetí una y otra vez—. Ya ha pasado. De repente, una sombra cayó sobre nosotros. Los dos nos sobresaltamos. Dougal estaba allí, con los brazos cruzados. Por cortesía, desvió la mirada mientras yo me acomodaba la ropa pero frunció el entrecejo

hacia Jamie.

—Mira, muchacho, entiendo que quieras buscar placer con tu esposa, pero no puedes dejarnos esperando más de una hora. Ni tampoco es prudente que estéis tan enfrascados el uno en el otro que ni siquiera me hayáis oído llegar. Este tipo de comportamiento te acarreará problemas algún día, joven. Alguien puede acercarse por detrás y ponerte una pistola en la cabeza antes de que te des cuenta...

Se interrumpió para mirarme con incredulidad. Yo rodaba por la hierba, histérica. Jamie, rojo como una remolacha, llevó a Dougal al otro lado de los álamos y le explicó lo ocurrido en voz baja. Yo seguía riendo sin cesar. Por fin, me puse un pañuelo en la boca para atenuar las carcajadas. El súbito alivio y las palabras de Dougal se habían combinado para evocar una imagen del rostro de Jamie, con las manos en la masa, por así decirlo, que me resultó en extremo graciosa en mi precario estado. Reí y gemí hasta que me dolió el pecho. Finalmente, me senté y me sequé los ojos con el pañuelo mientras Dougal y Jamie, de pie junto a mí, me contemplaban con sendas expresiones de desaprobación. Jamie me ayudó a ponerme en pie y me condujo, entre hipos y ocasionales carcajadas, hasta donde los demás hombres aguardaban con los caballos.

Con excepción de una tendencia persistente a reírme a carcajadas histéricas sin ningún motivo, no parecía sufrir consecuencia alguna de nuestro encuentro con los desertores, aunque comencé a cuidarme de no alejarme del campamento. Dougal me aseguró que los bandidos no eran, en realidad, un peligro frecuente en los caminos de las tierras altas, ya que no había muchos viajeros a quienes valiera la pena asaltar. Sin embargo, me sobresaltaba con los ruidos del bosque y regresaba apresuradamente de tareas rutinarias como buscar leña o agua, ansiosa por ver y oír a los hombres del clan MacKenzie. También descubrí que me reconfortaba escucharlos roncar a mi alrededor por las noches y perdí todo pudor por los discretos arrumacos que tenían lugar bajo nuestras mantas.

Todavía tenía miedo de quedarme sola cuando, unos días más tarde, llegó el momento de la reunión con Horrocks.

—¿Quedarme aquí? —repetí, incrédula—. ¡No! Iré contigo.

—No puedes —dijo Jamie por enésima vez—. La mayoría de los hombres continuarán hasta Lag Cruime con Ned, para cobrar las rentas. Dougal y algunos otros vendrán conmigo a la reunión, para prevenir una posible traición de Horrocks. Pero tú no puedes acercarte a Lag Cruime. Los hombres de Randall andan cerca y no descarto que quiera llevarte por la fuerza. En cuanto a la reunión con Horrocks, no sé qué puede pasar. No, hay un pequeño monte cerca del recodo del camino. Es espeso y tiene hierba y agua. Estarás cómoda allí, hasta que vuelva a buscarte.

—No —insistí, obcecada—. Iré contigo.

Un cierto orgullo me impedía confesarle que temía estar lejos de él. En cambio, podía decirle que temía por él.

—Tú mismo has dicho que no sabes qué puede ocurrir en el encuentro con Horrocks —argumenté—. No quiero esperar aquí, sin saber qué te pasa. Déjame ir contigo —supliqué—. Te prometo que me esconderé durante la reunión. Pero no quiero quedarme aquí sola toda el día, preocupada por ti.

Suspiró con impaciencia, pero dejó de discutir. Al llegar al monte, sin embargo, se echó hacia delante y tomó las riendas de mi caballo. Me obligó a salirme del camino y desviarme hacia la hierba. Desmontó y ató ambas riendas a un arbusto. Ignorando mis gritos de protesta, desapareció entre los árboles. Testaruda, me negué a bajarme del caballo. No podía obligarme a que me quedara, pensé.

Por fin, regresó al camino. Los demás habían continuado la marcha, pero Jamie, después de nuestra última experiencia en un claro desierto, no partiría hasta no haber revisado el lugar de forma metódica y completa. Al volver, desató los caballos y montó el suyo.

—Es seguro —afirmó—. Cabalga hasta internarte en la vegetación, Claire. Escóndete y esconde al caballo. Volveré a buscarte en cuanto hayamos terminado. No sé cuánto tardaremos, pero estaré aquí al atardecer.

—¡No! Iré contigo. —No podía soportar la idea de quedarme en un bosque, sin saber qué estaba ocurriendo. Prefería estar en peligro real que sola durante horas, esperando preocupada.

Jamie contuvo su impaciencia por marcharse. Se acercó y me cogió del hombro.

—¿Acaso no has prometido obedecerme? —preguntó al tiempo que me sacudía con suavidad.

—Sí, pero... —Pero sólo porque he tenido que hacerlo, iba a decir, pero Jamie ya guiaba mi caballo hacia los arbustos.

—Es muy peligroso y no quiero que estés allí, Claire. Estaré ocupado y llegado el caso, no puedo pelear y protegerte al mismo tiempo- —Al ver mi expresión rebelde, extendió la mano hacia su alforja y comenzó a buscar algo.

—¿Qué buscas?

—Una soga. Si no vas a hacer lo que te digo, tendré que atarte a un árbol hasta que regrese.

—¡No serías capaz!

—¡Claro que sería capaz! —Era evidente que hablaba en serio. Cedí muy a mi pesar y cogí las riendas de mi caballo. Jamie se acercó para besarme en la mejilla, listo para partir.

—Cuídate, Sassenach. ¿Tienes tu daga? Bien. Volveré en cuanto pueda. Ah, algo más.

—¿Qué? —pregunté con rencor.

—Si abandonas el monte antes de que venga a buscarte, te azotaré el trasero con el cinto. No te gustaría caminar hasta Bargrennan. Recuerda —agregó y me acarició la mejilla—, no pronuncio amenazas inútiles. —Era verdad. Avancé despacio hacia el monte y me di la vuelta para verlo alejarse a todo galope, agachado sobre la montura, con la falda escocesa flameando detrás de él.

Corría el fresco bajo los árboles. El caballo y yo suspiramos de alivio al entrar en la sombra. Era uno de esos extraños días de calor en Escocia en que el sol quemaba desde el cielo celeste y la niebla desaparecía antes de las ocho de la mañana. El bosque estaba repleto de pájaros. Una bandada de paros merodeaban en un tronco de roble a la izquierda y oí lo que parecía ser un sinsonte en las cercanías.

Siempre me habían apasionado los pájaros. Ya que estaría anclada aquí hasta que el dominante, cabezudo e imbécil de mi marido terminara de arriesgar el pellejo, trataría de aprovechar el tiempo para observar todas las especies posibles.

Maneé al caballo y lo solté para que pastara en la abundante hierba del borde del monte. Sabía que no se alejaría mucho. La hierba terminaba a unos metros de los árboles, ahogada por los brezos.

Me hallaba en un claro de coniferas y robles jóvenes; un lugar ideal para estudiar los pájaros. Caminé un poco, todavía furiosa con Jamie, pero me fui calmando mientras escuchaba el inconfundible sonido de una moscareta y el afónico graznido de un tordo mayor. En el extremo más apartado, el claro acababa de manera abrupta, junto a un pequeño precipicio. Me abrí camino entre los robles y el murmullo del agua ahogó el canto de los pájaros. Me detuve junto a un pequeño arroyo, un cañón escarpado de rocas con cataratas que bajaban por las paredes dentadas hasta las lagunas marrones y plateadas de

abajo. Me senté en la orilla y dejé que mis pies colgaran sobre el agua para disfrutar del sol en el rostro.

Un cuervo pasó por encima de mi cabeza, seguido por un par de colirrojos. El cuerpo negro zigzagueó en el aire en un intento por esquivar a los diminutos cazabombarderos. Sonreí mientras observaba cómo los pequeños y enojados padres de familia perseguían al cuervo y me pregunté si los cuervos, por sí solos, podrían realmente volar en línea recta. Éste en especial, si volaba en línea recta, llegaría a...

Me detuve en seco.

Había estado tan sumida en mi discusión con Jamie que no me había dado cuenta de que por fin me hallaba en la situación que había buscado en vano durante dos meses. Estaba sola. Y sabía dónde estaba.

Miré a través del arroyo y mis ojos se cegaron con la luz del sol matinal que resplandecía entre los fresnos de la orilla lejana. Allí estaba el este. El corazón comenzó a latirme con furia. Si el este quedaba en esa dirección, Lag Cruime estaba detrás de mí. Lag Cruime se encontraba seis kilómetros al norte del Fuerte William. Y el Fuerte William estaba a menos de cinco kilómetros al oeste de la colina de Craigh na Dun.

Entonces, por primera vez desde mi encuentro con Murtagh, sabía aproximadamente dónde estaba... a unos once kilómetros de aquella maldita colina y su maldito círculo de piedras. A once kilómetros, tal vez, de casa. Y de Frank.

Me volví para regresar al claro, pero cambié de idea. No me atrevía a tomar el camino. A esta distancia del Fuerte William y de las diversas aldeas que lo rodeaban, existía el riesgo de toparme con alguien. Tampoco podía llevar el caballo por el arroyo. De hecho, ni siquiera estaba segura de poder bajarlo a pie. En algunos sectores, las paredes de piedra caían a pique en el agua espumante, sin ofrecer ningún punto de apoyo excepto las puntas de las rocas dispersas que sobresalían en la corriente.

Sin embargo, era el camino más directo hacia mi objetivo. Y no me atrevía a seguir una ruta muy rebuscada. Podía perderme con facilidad en la vegetación agreste o encontrarme con Jamie y Dougal, a su regreso.

Sentí un nudo en el estómago al pensar en Jamie. Por Dios, ¿cómo podía hacerle esto? ¿Cómo podía abandonarlo sin explicarle ni pedirle disculpas? ¿Cómo podía desaparecer sin dejar rastro, después de lo que él había hecho por mí?

Con ese pensamiento, resolví abandonar el caballo. Por lo menos, así pensaría que no lo había dejado por voluntad propia. Creería que las bestias salvajes me habían matado o que me habían raptado algunos bandidos. Toqué la daga que llevaba en el bolsillo. Al no encontrar rastros de mí, me olvidaría y volvería a casarse. Tal vez con la hermosa y joven Laoghaire, en Leoch.

Curiosamente, la idea de Jamie y Laoghaire en la misma cama me alteraba tanto como la perspectiva de dejarlo. Me maldije por ser tan idiota, pero no pude evitar imaginar el rostro bonito y dulce, sonrojado por la ansiedad, y las grandes manos de Jamie acariciando el cabello rubio...

Dejé de apretar los dientes y me enjugué las lágrimas con determinación. No tenía tiempo ni fuerzas para derrochar en reflexiones tontas. Debía partir enseguida, mientras pudiera. Tal vez se tratara de la mejor oportunidad que se me presentaría. Ojalá Jamie me olvidara. Sabía que jamás podría olvidarlo. Pero por ahora, debía borrarlo de mi mente o no podría concentrarme en lo que tenía que hacer, que ya era bastante difícil.

Con cuidado, comencé a descender por la escarpada orilla hasta el borde del agua. El ruido del arroyo ahogaba los sonidos de los pájaros arriba en el monte. Avanzaba con dificultad, pero al menos había lugar para caminar por la orilla. Había mucho barro y piedras, pero la tarea no resultaba imposible. Más adelante, vi que tendría que abrirme camino de roca en roca, sin perder el equilibrio sobre el torrente, hasta que la orilla volviera a ensancharse para permitirme caminar por ella.

Progresaba con dolorosa lentitud mientras calculaba cuánto tiempo me quedaría. Jamie había dicho que volverían antes del atardecer. Había cinco o seis kilómetros hasta Lag Cruime, pero no tenía idea del estado de los caminos, ni cuánto tiempo les llevaría la reunión con Horrocks. Ni si él realmente asistiría. Claro que iría, pensé. Hugh Munro lo había confirmado y a pesar de ser un personaje grotesco y estrafalario, Jamie lo consideraba una fuente de información fiable.

En la primera roca del arroyo, resbalé y me hundí hasta la rodilla en el agua helada. Se me empapó la falda. Regresé a la orilla, me la remangué hasta donde pude, me quité los zapatos y las medias y los coloqué en los pliegues de la falda levantada. Volví a detenerme sobre la roca.

Descubrí que si me agarraba con los dedos de los pies, podía pasar de roca en roca sin resbalarme. El volumen de la falda me dificultaba la visión y más de una vez trastabillé en el agua. Tenía las piernas heladas y cuando comenzaron a entumecérseme los pies, se me hizo más difícil mantener el equilibrio.

Por fortuna, la orilla volvió a ensancharse. Agradecida, apoyé los pies en el barro tibio. Breves interludios de chapoteo más o menos cómodo se intercalaron con lapsos prolongados de caminata precaria por las rocas de los gélidos rápidos. Descubrí, con alivio, que estaba demasiado ocupada para pensar en Jamie.

Al cabo de un rato, mis movimientos eran rutinarios. Paso, dedos, pausa, mirar alrededor, siguiente paso. Paso, dedos, pausa, etcétera. Debí de confiarme demasiado o tal vez me cansé, porque empecé a descuidarme. Un pie resbaló irremediablemente sobre una roca cubierta de lodo. Moví los brazos con desesperación, tratando de volver a la roca anterior, pero había perdido el equilibrio. Caí al agua con vestido, enaguas, daga y todo.

Y seguí cayendo. Si bien el arroyo tenía apenas medio metro de profundidad, había pozos hondos e intermitentes allí donde el agua había cavado depresiones en la roca. La roca en la que había patinado estaba al borde de uno de esos pozos y al tocar el agua, me hundí como una piedra.

El impacto del agua helada en la nariz y la boca me dejó tan atónita que ni siquiera grité. Unas burbujas plateadas salieron del escote del vestido y pasaron frente a mi rostro hacia la superficie. La tela de algodón se empapó de inmediato y la garra gélida del agua me paralizó la respiración.

Comencé a luchar para subir a la superficie, pero el peso de la ropa me empujaba hacia abajo. Tiré con frenesí de las cintas del corpiño, pero no tenía esperanzas de quitarme todo antes de ahogarme. Hice una serie de comentarios silenciosos e irrespetuosos sobre los modistos, las modas femeninas y la estupidez de las faldas largas mientras pateaba con fuerza para mantener la maraña de tela mojada lejos de mis piernas.

El agua era cristalina. Con los dedos, rocé la pared de roca y acaricié las manchas oscuras de algas y lentejas de agua. Resbaladizo como el fondo del lago, había dicho Jamie con respecto a...

Ese pensamiento me arrancó del pánico. De pronto, me di cuenta de que no debía cansarme tratando de volver a la superficie. E1 pozo no podía tener más de tres metros de profundidad. Debía calmarme y dejarme caer hasta el fondo. Entonces apoyaría los pies y me impulsaría hacia arriba. Con suerte, eso me permitiría tomar aire y aunque volviera a hundirme, podría seguir saltando desde el fondo hasta acercarme lo suficiente al borde para sujetarme a alguna roca.

El descenso era interminable. Ya no luchaba por subir y los pliegues de la falda me rodearon, flotando junto a mi rostro. Los aparté; debía mantener la cara despejada. Los pulmones estaban a punto de estallarme y veía algunas manchas negras cuando toqué el suave fondo del arroyo con los pies. Doblé las rodillas un poco, apreté la falda a mis costados y me impulsé con todas mis fuerzas.

Funcionó, aunque no del todo. Saqué la cabeza del agua y sólo tuve tiempo para

una efímera bocanada de aire antes de que el agua volviera a cerrarse sobre mí. Pero fue suficiente. Sabía que podía hacerlo otra vez. Oprimí los brazos a los costados para caer con más rapidez. Una vez más, Beauchamp, pensé. ¡Dobla las rodillas, apoya los pies y salta!

Ascendí con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Había visto un destello rojo la última vez. Debía de haber un serbal inclinado sobre el agua. Quizá pudiera agarrar una rama.

Cuando mi rostro atravesó la superficie del agua, algo me cogió la mano estirada. Algo duro, tibio y sólido. Otra mano.

En un acceso de tos, tanteé a ciegas con la mano libre. Estaba demasiado contenta por el rescate como para lamentar la interrupción de mi intento de fuga. Contenta, al menos, hasta que al apartar el cabello de mis ojos, vi el rostro regordete y ansioso del joven cabo Hawkins de Lancashire.

21

Un mauvais quart d'heure detrás de otro

Retiré con delicadeza de mi manga una hebra de hierba acuática todavía húmeda y la coloqué en el centro del secante. Luego, al ver el tintero cerca, levanté la hierba y la sumergí en él. Utilicé el resultado para pintar interesantes dibujos en el grueso papel secante. Adentrándome en el espíritu de la cosa, remate mi obra de arte con una palabra ofensiva. La rocié con arena y la sequé antes de apoyarla contra la hilera de casilleros.

Retrocedí para admirar el efecto. Después observé a mi alrededor en busca de alguna otra distracción que pudiera hacerme olvidar la llegada inminente del capitán Randall.

No estaba mal para la oficina privada de un capitán, pensé y examiné los cuadros de las paredes, los accesorios de plata sobre el escritorio y la mullida alfombra. Regresé a la alfombra para gotear más eficazmente. El viaje al Fuerte William había secado bastante mis prendas exteriores, pero las capas internas de enaguas todavía estaban empapadas.

Abrí un pequeño armario detrás del escritorio y descubrí la peluca extra del capitán. Estaba colocada en uno de los dos armazones de hierro forjado. Frente a ella, en una hilera ordenada, se alineaba un juego de espejo, cepillos militares y un peine de carey, todos con la parte posterior de plata. Llevé la peluca hasta el escritorio, esparcí el resto de arena sobre ella y la devolví al armario.

Estaba sentada detrás del escritorio, cepillo en mano, estudiando mi reflejo en el espejo, cuando entró el capitán. Su mirada captó mi aspecto desaliñado, el armario revuelto y el secante desfigurado.

Sin parpadear, acercó una silla y se sentó frente a mí. Adoptó una postura campechana, con una bota apoyada en la rodilla opuesta. Una fusta pendía de su mano fina y aristocrática. Observé el extremo trenzado, negro y escarlata, en tanto se mecía de un lado a otro sobre la alfombra.

—La idea tiene su encanto —comenzó. Observó mi mirada seguir el movimiento del látigo—. Pero podría pensar en algo mejor, si tuviera tiempo para reflexionar.

—Apuesto a que sí —respondí y aparté un tupido mechón de mis ojos—. Pero no tiene autorización para azotar a mujeres, ¿verdad?

—Sólo en ciertas circunstancias —repuso con cortesía—. Que no se ajustan a su caso... todavía. Aunque eso es bastante público. Pensé que primero podríamos conocernos mejor en privado. —Cogió una botella del aparador que había a su espalda.

Bebimos el clarete en silencio. Nos observábamos mutuamente sobre el vino.

—Olvidé felicitarla por su casamiento —expresó de repente—. Disculpe mis malos modales.

—No se preocupe —respondí—. Estoy segura de que la familia de mi esposo le estará muy agradecida por ofrecerme su hospitalidad.

—Ah, lo dudo bastante —dijo con una sonrisa cautivadora—. Pero de todos modos, nunca pensé en avisarles de que usted estaba aquí.

—¿Qué le hace creer que no lo saben? —inquirí. Empezaba a sentirme un poco deprimida, a pesar de mi propósito anterior de afrontar la situación con insolencia. Eché

una ojeada a la ventana, pero estaba en el lado equivocado del edificio. El sol no era visible, pero la luz parecía amarilla. Tal vez fuera media tarde. ¿Cuánto tiempo faltaba para que Jamie encontrara mi caballo abandonado? ¿Y cuánto más después para que siguiera mis huellas hasta el arroyo... y las perdiera al instante? Desaparecer sin dejar rastro tenía sus desventajas. De hecho, a menos que Randall decidiera enviar noticias de mi paradero a Dougal, no había forma de que los escoceses averiguaran adonde había ido.

—Si lo supieran —contestó el capitán y arqueó una ceja elegante—, ya estarían aquí. Considerando los calificativos que Dougal Mackenzie me aplicó durante nuestro último encuentro, me cuesta creer que me considere un acompañante adecuado para una mujer de su familia. Y el clan MacKenzie parece pensar que es usted tan valiosa que prefieren adoptarla como una de ellos antes a verla caer en mis manos. Me resulta imposible imaginar que le permitirían languidecer aquí en vil cautiverio.

Me miró con desaprobación. Asimiló cada detalle de mi ropa mojada, cabello revuelto y apariencia en general lamentable.

—No alcanzo a entender para qué la quieren —continuó—Ni por qué diablos, si es tan valiosa para ellos, la dejan vagar sola por la campiña. Creí que hasta los bárbaros cuidaban mejor a sus mujeres. —Un súbito destello brilló en sus ojos—. ¿O acaso decidió usted alejarse de ellos?

Se reclinó, intrigado por esta nueva especulación.

—¿La noche de bodas fue más mortificante de lo que anticipó? —sugirió—. Debo confesar que me desconcertó saber que prefería usted acostarse con uno de esos salvajes peludos y semidesnudos a proseguir las conversaciones conmigo. Eso demuestra una alta devoción al deber, señora. Debo felicitar a quienquiera que sea su superior por su capacidad para inspirarla. Sin embargo —añadió y se reclinó todavía más en la silla, balanceando la copa de clarete en una rodilla—, me temo que debo seguir insistiendo en conocer el nombre de su dueño. Si es cierto que se ha alejado usted de los MacKenzie, la suposición más probable es que sea una agente francesa. ¿Pero de quién?

Me fulminó con la mirada, como una serpiente esperando hechizar a un pájaro. Pero yo ya había bebido suficiente clarete como para reanimarme y devolverle la mirada con igual intensidad.

—Ah —respondí con cortesía elaborada—, ¿o sea que también formo parte de esta conversación? Me pareció que lo estaba haciendo usted bastante bien, solo. Por favor, continúe.

La línea grácil de la boca se tensó apenas y la arruga profunda en la comisura se acentuó. Pero no dijo nada. Apartó la copa, se puso en pie y quitándose la peluca, caminó hasta el armario, donde la depositó en el armazón vacío. Advertí que se detenía un momento al ver los oscuros granos de arena adornando la otra peluca. Pero su expresión no se alteró, al menos no de manera notable.

Sin la peluca, su cabello era oscuro, tupido, fino y brillante. También poseía un dejo familiar perturbador, aunque le llegaba al hombro y estaba sujeto detrás con una cinta de seda azul. Ahora se la quitó, cogió el peine del escritorio y se atusó el cabello aplastado por la peluca. Luego se lo ató de nuevo con la cinta. Levanté el espejo servicialmente para que pudiera juzgar el efecto final. Me lo quitó de las manos recelo y lo puso de nuevo en su sitio. Cerró el armario con algo similar a un portazo.

No sabía si esta demora tenía el propósito de ponerme nerviosa —en cuyo caso estaba dando resultado— o si obedecía a que él no se decidía por el siguiente paso a seguir.

La tensión se vio algo aliviada por la entrada de un ordenanza con una bandeja de té. Aún en silencio, Randall sirvió las tazas y me ofreció una. Bebimos.

—No me lo diga —manifesté por fin—. Déjeme adivinar. Es una nueva forma de persuasión que usted ha inventado..., tortura de la vejiga. Me atosiga con bebidas hasta que le prometo decirle cualquier cosa a cambio de cinco minutos de orinal.

El comentario lo cogió tan de sorpresa que de hecho rió. Su rostro se transformó y no tuve dificultad para entender por qué había tantos sobres perfumados con caligrafía femenina en el cajón inferior izquierdo de su escritorio. Una vez quebrado el muro de apariencia, no contuvo la risa sino que la dejó brotar. Luego volvió a clavarme la mirada. Una semisonrisa se mantenía en sus labios.

—Sea lo que sea, señora, es usted divertida —precisó y tiró de una banda que colgaba junto a la puerta. Cuando reapareció el ordenanza, le instruyó para que me condujera a hacer mis necesidades—. Pero asegúrese de no perderla en el camino, Thompson —agregó. Me abrió la puerta con una reverencia sardónica.

Me apoyé con debilidad contra la puerta del retrete al que me hicieron pasar. Estar lejos de la presencia de Randall era un alivio, pero efímero. Había tenido amplias oportunidades de juzgar el verdadero carácter del capitán, tanto por las historias que había oído como por experiencia personal. Pero estaban esos malditos destellos de Frank que insistían en asomarse a través del exterior brillante y cruel. Había sido un error provocar su risa, decidí.

Me senté, ignorando el hedor con mi concentración en el problema actual. Escapar no parecía viable. Al margen del vigilante Thompson, la oficina de Randall quedaba en un edificio situado cerca del centro del complejo. Y pese a que el fuerte no era más que una empalizada de piedra, las paredes tenían tres metros de altura y los portones dobles estaban bien custodiados.

Se me ocurrió simular una enfermedad y así permanecer en mi refugio, pero lo descarté... y no sólo por lo desagradable de las inmediaciones. La ingrata verdad era que no tenía sentido demora me, a menos que tuviera un fin que justificara la tardanza, y no lo tenía. Nadie sabía dónde me encontraba y Randall no pensaba revelárselo a nadie. Era suya, por el tiempo que deseara divertirse con migo. Una vez más, lamenté haberle hecho reír. Un sádico con sentido del humor era particularmente peligroso.

En tanto me devanaba los sesos en busca de algo útil que supiera acerca del capitán, me aferré a un nombre. Oído a medias y apenas retenido en la memoria, esperaba recordarlo bien. Era una carta menor y lamentable para jugar, pero la única que tenía. Respiré hondo, exhalé con rapidez y abandoné mi santuario.

De regreso a la oficina, añadí azúcar al té y lo removí con cuidado. Luego le puse crema. Cuando ya no pude alargar más la ceremonia, me vi obligada a mirar a Randall. Estaba sentado en su pose favorita, con la copa suspendida elegantemente en el aire, observándome.

—¿Y bien? —comencé—. No necesita preocuparse por arruinarme el apetito porque no tengo hambre. ¿Qué piensa hacer conmigo?

Sonrió y sorbió un trago de té hirviendo antes de responder.

—Nada.

—¿En serio? —Enarqué las cejas con asombro—. ¿Le falla la imaginación?

—Me gustaría creer que no —repuso, cortés como siempre.

Sus ojos me recorrieron otra vez, con mucho más que cortesía.

—No —prosiguió. Su mirada se fijó en lo alto de mi corpiño, donde el pañuelo allí encajado dejaba al descubierto la curva superior de mis pechos—, por más que me agradaría darle una muy necesaria lección de modales, me temo que ese placer deberá ser pospuesto indefinidamente. Saldrá usted para Edimburgo con el próximo correo. Y no deseo que llegue con ningún daño visible. Mis superiores lo considerarían una negligencia por mi parte.

—¿Edimburgo? —No pude ocultar mi estupor.

—Sí. Ha oído usted hablar de Tolbooth, supongo. Sí. Se trataba de una de las prisiones más espantosas y notorias de la época. Era famosa por su suciedad, sus crímenes, enfermedades y oscuridad. Muchos de los prisioneros morían antes de poder ser llevados

ajuicio. Tragué fuerte, empujando hacia abajo la bilis amarga que me había subido detrás de la garganta, mezclándose con el trago de té dulce.

Randall bebió su té, complacido consigo mismo.

—Se sentirá cómoda allí. Después de todo, parece usted aficionada a los lugares húmedos y mugrientos. —Dirigió una mirada censora al borde empapado de la enagua que colgaba debajo de mi falda— Comparado con el castillo Leoch, el sitio le resultará acogedor.

Dudé que la comida en Tolbooth fuera tan buena como la que se servía en la mesa de Colum. Pero al margen de unas cuantas otras dudas, no debía —no podía— dejar que me enviara a Edimburgo. Una vez confinada en los muros de Tolbooth, jamás regresaría al círculo de piedras.

Había llegado el momento de jugar mi carta. Ahora o nunca. Alcé mi copa.

—Como usted quiera —dije con serenidad—. ¿Qué supone que opinará al respecto el duque de Sandringham?

El capitán volcó la taza de té caliente en su regazo de ante y emitió varios sonidos muy gratificantes.

—¡Ey! —exclamé en tono reprobador.

Se serenó y me miró con furia. La taza de té yacía de lado. El contenido pardusco empapaba la alfombra verde clara, pero Randall no tiró del llamador. Un músculo pequeño sobresalía en el lateral de su cuello.

Yo ya había encontrado el montón de pañuelos almidonados en el cajón superior izquierdo del escritorio, junto a una caja de rapé esmaltada. Cogí uno y se lo entregué.

—Espero que no manche —comenté con dulzura.

—No —contestó, ignorando el pañuelo. Me escrutó con atención—. No, no es posible.

—¿Por qué no? —pregunté, fingiendo imperturbabilidad. Me pregunté qué no era posible.

—Me lo habrían dicho. Y si usted estuviera trabajando para Sandringham, ¿por qué demonios actuaría de esta manera tan ridícula?

—Quizás el duque esté poniendo a prueba su lealtad —insinué al azar, preparada para ponerme de pie de un salto si fuera necesario. El capitán tenía los puños apretados a los lados y la fusta a mano, sobre el escritorio cercano.

Resopló en respuesta a esta sugerencia.

—Usted está poniendo a prueba mi credulidad. O mi tolerancia a la irritación. Ambas, señora, son extremadamente escasas.

—Entornó los ojos con especulación. Me apresté para una arremetida veloz.

Se abalanzó sobre mí y corrí a un lado. Cogí la tetera y se la arrojé. La esquivó y ésta se estrelló contra la puerta. El ordenanza, que debía de estar paseándose afuera, asomó una cabeza desconcertada.

Jadeando, Randall le hizo señas impacientes para que entrara en la habitación.

—Sujétela —ordenó con brusquedad y cruzó hacia el escritorio Comencé a respirar profundamente, con la esperanza de calmarme y anticipándome a la posibilidad de no poder hacerlo enseguida.

En vez de pegarme, sin embargo, el capitán abrió el cajón inferior derecho, que yo no había tenido tiempo de investigar, y extrajo una soga larga y fina.

—¿Qué clase de caballero guarda una soga en los cajones de su escritorio? —pregunté indignada.

—Uno preparado, señora —murmuró y me ató las muñecas a la espalda.

—Fuera —agregó con impaciencia al ordenanza y señaló la puerta con la cabeza—. Y no regrese, oiga lo que oiga.

Eso sonó muy ominoso y mis presentimientos se vieron más que justificados

cuando volvió a introducir una mano en el cajón.

Hay algo muy intimidador en un cuchillo. Hombres intrépidos en un combate personal reculan ante una hoja. Yo también lo hice, hasta que mis manos atadas chocaron con la pared blanqueada. La punta brillante y pérfida bajó y se detuvo entre mis pechos.

—Ahora —dijo con agrado—, va a decirme todo lo que sabe acerca del duque de Sandringham. —La hoja presionó un poco y hundió la tela de mi vestido—. Tómese todo el tiempo que desee, querida. No tengo ninguna prisa.

Se oyó un débil ¡pop! cuando la punta atravesó la tela. Podía sentirla, fría como el miedo, justo sobre el corazón.

Lentamente, Randall trazó un semicírculo con el cuchillo debajo de un pecho. Cortó el lienzo del vestido y un trozo de la camiseta blanca. Mi pecho sobresalió. El capitán parecía haber estado conteniendo la respiración. Ahora respiró despacio y me clavó la mirada.

Me aparté, pero había poco espacio para maniobrar. Terminé apretada contra el escritorio, aferrando el borde con las manos atadas. Si se acercaba lo suficiente, pensé, tal vez pudiera echarme hacia atrás sobre las manos y quitarle el cuchillo de una patada. No creía que tuviera intenciones de matarme. No hasta averiguar qué sabía yo de sus relaciones con el duque. En cierta forma, la conclusión no era no era muy reconfortante.

Sonrió, con aquel turbador parecido con la sonrisa de Frank; esa sonrisa hermosa que yo había visto cautivar a estudiantes y derretir a los administradores universitarios más pétreos. En otras circunstancias, aquel hombre podría haberme resultado atractivo, pero en aquel preciso instante... no.

Se movió con presteza. Empujó una rodilla entre mis muslos y me empujó los hombros hacia atrás. Incapaz de mantener el equilibrio, caí de espaldas sobre el escritorio y grité al aterrizar dolorosamente sobre mis muñecas maniatadas. Randall hizo fuerza entre mis piernas. Una mano intentó levantar mi falda en tanto la otra se cerraba sobre mi pecho desnudo, aplastándolo y estrujándolo. Lo pateé con desesperación, pero la falda se interpuso. Me cogió un pie. Su mano ascendió por mi pierna, apartando las enaguas húmedas, la falda y la camiseta y amontonándolas sobre mi cintura. Entonces tanteó su bragueta.

¿Adonde iría a parar el ejército británico?, pensé con furia. ¡Tradición gloriosa, mi abuela!

En medio de una guarnición inglesa, no era factible que gritar sirviera para atraer atención y ayuda. De todos modos, llené de aire mis pulmones y lo intenté, más como una protesta formal que otra cosa. Había esperado una bofetada en respuesta para silenciarme. En cambio, inesperadamente, el capitán pareció complacido.

—Adelante, grita, preciosa —murmuró, ocupado con su bragueta—. Disfrutaré mucho más si gritas.

Lo miré a los ojos y repliqué:

—¡Vete a la mierda!

Un bucle de cabello negro se soltó y cayó sobre su frente con desaliño lascivo. Se parecía tanto a su seis veces bisnieto que experimenté el horrible impulso de abrir las piernas y responderle. Me retorció un pecho con tal salvajismo que el impulso desapareció de inmediato.

Me sentía indignada, disgustada, humillada y asqueada, pero cosa curiosa, no muy asustada. Sentí un movimiento pesado y flojo contra mi pierna y de pronto entendí el motivo. Él no iba a disfrutarlo a menos que yo gritara... y tal vez ni siquiera entonces.

—Conque así son las cosas, ¿eh? —aventuré. Fui recompensada al instante con una fuerte bofetada en la cara. Cerré la boca y volteé la cabeza para evitar la tentación de hacer más comentarios imprudentes. Me daba cuenta de que, al margen de que me violara o no, me encontraba expuesta a su carácter peligroso e inestable Al apartar la vista, percibí un

súbito destello de movimiento en la ventana.

—Le agradecería —exclamó una voz serena— que quitara las manos de encima de mi esposa. —Randall se paralizó con una mano todavía en mi pecho. Jamie estaba agazapado en el marco de la ventana. Sostenía una pistola grande y con culata de bronce cruzada sobre el antebrazo.

El capitán permaneció inmóvil un segundo, como incapaz de creer lo que acababa de oír. Mientras su cabeza giraba con lentitud hacia la ventana, su mano derecha, oculta de la vista de Jamie, abandonó mi pecho y se deslizó, furtiva, hacia el cuchillo que había dejado en el escritorio cerca de mi cabeza.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, incrédulo. Su mano agarró el cuchillo y se volvió lo suficiente para ver quién había hablado. Se detuvo otra vez un momento, con la mirada fija. Luego se echó a reír—. ¡Santo cielo, si es el fiero joven escocés! ¡Pensé que ya había terminado contigo! ¿Se te ha curado la espalda, eh? ¿Y has dicho que ésta es tu esposa? Una mujerzuela muy apetitosa, igual que tu hermana.

Todavía resguardada por el cuerpo parcialmente vuelto, la mano que sujetaba el cuchillo se movió. La hoja apuntaba ahora a mi garganta.

Podía ver a Jamie, acuclillado en la ventana como un gato a punto de saltar. El cañón de la pistola no vaciló ni él cambió de expresión. El único indicio de sus emociones era el enrojecimiento que subía por su garganta. Tenía el cuello desabotonado y la pequeña cicatriz estaba carmesí.

Sin darle apenas importancia, Randall alzó despacio el cuchillo. La punta casi tocaba mi garganta. Se volvió a medias hacia Jamie.

—Quizá sea mejor que tires la pistola... a menos que estés cansado de la vida matrimonial. Si prefieres convertirte en viudo, por supuesto... —Sus miradas se trabaron con la intensidad del abrazo de dos amantes. Ninguno de los dos hombres se movió durante un prolongado minuto. Por fin, el cuerpo de Jamie se relajó de la tensión de su postura. Suspiró con resignación y tiró la pistola dentro de1 cuarto. El arma golpeó el suelo con un ruido metálico sordo y se deslizó casi hasta los pies del capitán.

Randall se agachó y la levantó con rapidez. En cuanto el cuchillo dejó mi garganta, traté de incorporarme, pero me apoyó una mano en el pecho y me empujó hacia atrás de nuevo. Con una mano me inmovilizaba y con la otra apuntaba la pistola hacia Jamie. El cuchillo descartado, supuse, yacía en algún lugar del suelo cerca de mis pies. ¡Ojalá tuviera dedos prensiles...! El puñal en mi bolsillo era tan inalcanzable como si estuviera en Marte.

La sonrisa no había abandonado las facciones de Randall desde la aparición de Jamie. Ahora se ensanchó, lo bastante para exhibir los colmillos puntiagudos.

—Así está mejor —declaró. La mano que me oprimía dejó mi pecho para regresar a la bragueta abultada de sus calzones—. Estaba ocupado cuando llegaste, amigo. Si me disculpas, continuaré con lo que estaba haciendo antes de atenderte.

El color rojo se había extendido por completo en la cara de Jamie, pero no se inmutó. La pistola seguía apuntándole. En tanto Randall terminaba sus maniobras, Jamie se abalanzó sobre el cañón de la pistola. Traté de gritar, de detenerlo, pero tenía la boca seca de terror. Los nudillos del capitán se pusieron blancos cuando apretó el gatillo.

El percutor golpeó en una recámara vacía. El puño de Jamie se hundió en el estómago de Randall. Hubo un sonido apagado y crujiente cuando el otro puño astilló la nariz del capitán. Una lluvia de sangre salpicó mi falda. Los ojos de Randall se pusieron en blanco y se desplomó al suelo como una piedra.

Jamie estaba detrás de mí. Me incorporó y comenzó a desatarme.

—¿Y entras aquí con un arma descargada? —gruñí con histeria.

—Si hubiera estado cargada, le habría disparado en primer lugar, ¿no crees? —siseó Jamie.

Se oían pisadas avanzando por el corredor hacia la oficina. La soga se soltó y Jamie

me arrastró hacia la ventana. Había unos dos metros y medio hasta el suelo, pero las pisadas estaban casi en la puerta. Saltamos juntos.

Aterricé con un ruido desagradable de huesos y rodé en una maraña de faldas y enaguas. Jamie me levantó de un tirón y me empujó contra la pared del edificio. Se oían pisadas pasando la esquina. Seis soldados aparecieron a la vista, pero no miraron en nuestra dirección.

En cuanto se hubieron alejado, Jamie me cogió de la mano me guió a la otra esquina. Nos movimos con sigilo a lo largo del edificio y nos detuvimos poco antes de llegar a la esquina. Ahora podía ver dónde estábamos. A unos seis metros de distancia, una escalera conducía a una especie de pasadizo angosto que se extendía por el lado interno de la pared exterior del fuerte. Jamie lo señaló con la cabeza. Ése era nuestro objetivo.

Acercó su cabeza a la mía y susurró:

—Cuando oigas una explosión, corre tan rápido como puedas y sube a esa escalera. Estaré detrás de ti.

Asentí. El corazón me latía agitado. Bajé la vista y advertí que todavía tenía un pecho al aire. Por el momento, no podía hacer mucho al respecto. Me recogí la falda, lista para correr.

Hubo un estruendo impresionante al otro lado del edificio. Jamie me dio un empujón y empecé a correr con todas mis fuerzas. Salté hacia la escalera y subí. Sentí la madera sacudirse y temblar cuando el cuerpo de Jamie golpeó contra los escalones a mis espaldas.

Me volví en lo alto de la escalera. Desde allí, se podía apreciar un panorama general del fuerte. De un pequeño edificio cerca de la pared trasera se elevaba un espeso humo negro. Los hombres corrían hacia allí desde todas direcciones. Jamie me alcanzó.

—Por aquí. —Corrió agazapado a lo largo del pasadizo y lo seguí. Nos detuvimos cerca del asta de la bandera clavada en la pared. La insignia flameaba pesadamente sobre nuestras cabezas y la driza tocaba un tamboreo rítmico contra el poste. Jamie espió por encima del muro, buscando algo.

Volví la vista hacia el campamento. Los hombres se congregaban en el pequeño edificio, arremolinándose y gritando. A un lado, divisé una pequeña plataforma de madera, a poco más de un metro de altura, con escalones que llevaban hasta allí. Un pesado poste de madera se erguía en el centro, con un madero transversal y grillos de soga colgando de los brazos de la cruz.

De repente, Jamie silbó. Observé y vi a Rupert. Estaba montado y llevaba de tiro el caballo de Jamie. Levantó la cabeza al oír el silbido y guió a los animales hasta colocarlos debajo de nosotros.

Jamie estaba cortando la driza del asta. Los pesados pliegues azules y rojos de la bandera cayeron y se deslizaron hacia abajo para aterrizar con un nudo silbante junto a mí. Jamie enrolló el extremo de una soga alrededor de uno de los puntales y arrojó el resto por la pared externa.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Agárrate fuerte con las dos manos y asegura los pies contra la pared! ¡Ahora! —Obedecí, apoyando los pies y agarrando la soga. El delgado cordel resbalaba y me quemaba las manos. Me dejé caer cerca de los caballos y me apresuré a montar. Un momento después, Jamie saltó sobre la montura a mis espaldas. Partimos al galope.

Aminoramos el paso a unos dos kilómetros del fuerte, cuando se hizo evidente que habíamos despistado a nuestros perseguidores. Tras una breve deliberación, Dougal decidió que sería mejor dirigirnos a la frontera de las tierras de los Mackintosh. Era el territorio cercano más seguro.

—Llegaremos a Doonesbury esta noche. Allí estaremos a salvo. Mañana recibirán la noticia de lo ocurrido, pero para entonces, ya habremos cruzado la frontera. —Era media

tarde y emprendimos la marcha a un paso ininterrumpido. Nuestro caballo se rezagaba un poco debido al doble peso. Mi caballo, supuse, todavía pastaba feliz en el bosquecillo, esperando ser conducido a casa por quien tuviera la fortuna de encontrarlo.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté. Comenzaba a temblar y crucé los brazos para calmar el estremecimiento. La ropa se me había secado del todo, pero sentía un frío que me calaba hasta los huesos.

—Me arrepentí de haberte dejado sola y envié a un hombre para que se quedara contigo. No te vio irte, pero sí a los soldados ingleses atravesar el vado, y a ti con ellos. —La voz de Jamie era fría. No podía culparlo, supuse. Los dientes empezaron a castañetearme.

—Me s-sorprende que no pensaras que era una espía inglesa y me dejaras allí.

—Dougal quería hacerlo. Pero el hombre que te vio con los soldados dijo que te resistías. Tenía que ir y ver, al menos. —Me miró, inmutable—. Tienes suerte, Sassenach-, que haya visto lo que vi en esa oficina. Dougal tendrá que admitir que no estás aliada con los ingleses.

—¿D-Dougal, en? ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué... qué piensas tú? —inquirí.

No respondió, pero resopló. Finalmente, se apiadó de mí y se quitó la capa para ponerla sobre mis hombros. Pero no me rodeó con su brazo ni me tocó más de lo estrictamente necesario. Cabalgó en medio de un silencio sombrío, manejando las riendas con brusquedad y furia, a diferencia de su habitual gracia y suavidad.

Por mi parte, molesta y alterada, no estaba con ánimo para tolerar malos humores.

—Bueno, ¿qué te pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté con impaciencia—. ¡Por el amor de Dios, no te enfades! —Hablé con más dureza de la que deseaba y sentí que se ponía más tenso. De pronto, hizo girar la cabeza del caballo y lo frenó a un lado del camino. Antes de que me diera cuenta, había desmontado y me bajaba de un tirón. Caí con torpeza y me tambaleé para mantener el equilibrio cuando mis pies tocaron el suelo.

Dougal y los demás se detuvieron al vernos. Jamie hizo un ademán corto y enérgico para que continuaran andando. Dougal agitó una mano en señal de entendimiento.

—No tardéis mucho —gritó y retomaron la marcha.

Jamie esperó a que estuvieran fuera del alcance del oído. Luego me volvió hacia él con violencia. Era obvio que estaba furioso, al borde de la explosión. Sentí que la ira me invadía. ¿Qué derecho tenía a tratarme así?

—¡Enfadarme! —dijo—. ¿Que no me enfade? ¡Estoy tratando de controlarme para no sacudirte hasta que te castañeteen los dientes y me dices que no me enfade!

—¿Qué diablos te sucede? —pregunté airada. Intenté soltarme pero sus dedos se hundieron en la parte superior de mis brazos como los dientes de una trampa.

—¿Qué diablos me sucede? ¡Te diré qué diablos me sucede, ya que lo quieres saber! —masculló con los dientes apretados—. Estoy cansado de tener que probar una y otra vez que no eres una espía inglesa. Estoy cansado de tener que vigilarte a cada minuto por temor a la próxima estupidez que cometas. ¡Y estoy muy cansado de que todo el mundo intente obligarme a observar mientras te violan! ¡No lo he disfrutado ni un minuto!

— ¿Y crees que yo sí? —grité—. ¿Estás sugiriendo que es culpa mía?

Al oír eso, me sacudió un poco.

—¡Es culpa tuya! ¡Si te hubieras quedado donde te ordené esta mañana esto jamás habría ocurrido! Pero no, no quisiste escucharme, no soy más que tu esposo, ¿por qué prestarme atención a mí? ¡Decides hacer lo que te plazca y acto seguido, te encuentro boca arriba sobre una mesa con la falda levantada y la peor basura del mundo entre tus piernas a punto de violarte ante mis ojos! —Su acento escocés, por lo general ligero, se intensificaba

a cada segundo signo evidente de que estaba molesto, como si yo necesitara otra indicación.

Nos gritábamos a la cara, tan cerca que nuestras narices casi se tocaban. Jamie estaba rojo de ira y yo sentía la sangre subiéndome a la cabeza.

—¡La culpa es tuya por ignorarme y sospechar de mí todo el tiempo! ¡Te he dicho la verdad acerca de quién soy! Y te he dicho que no había peligro en que fuera contigo. ¿Y? ¿Me has escuchado tú a mí? ¡No! Soy sólo una mujer, ¿por qué tenerme en cuenta? ¡Las mujeres no sirven más que para hacer lo que les dicen, obedecer órdenes y sentarse tímidamente con las manos enlazadas, esperando que regresen los hombres y les digan qué hacer!

Me sacudió de nuevo, incapaz de controlarse.

—¡Y si hubieras hecho eso, no estaríamos huyendo con cien soldados ingleses pisándonos los talones! Cielos, mujer, no sé si estrangularte o arrojarte al suelo y golpearte hasta dejarte inconsciente, pero ¡caray!, quiero hacerte algo.

En ese preciso instante, hice un gran esfuerzo por patearlo en los testículos. Me esquivó y apretó su rodilla entre mis piernas para impedir otro intento similar.

—¡Prueba de nuevo y te abofetearé hasta que te zumben los oídos! —me amenazó.

—Eres un bruto y un estúpido —musité sin aliento y forcejeé para escaparme—. ¿Crees que me alejé a propósito para permitir que los ingleses me capturaran?

—¡Sí, creo que lo hiciste a propósito, para vengarte de mí por lo que pasó en el claro!

Me quedé boquiabierta.

—¿En el claro? ¿Con los desertores ingleses?

—¡Sí! Piensas que debí haberte protegido allí y tienes razón Pero no pude. ¡Tuviste que hacerlo tú misma y ahora quieres hacérmelo pagar poniéndote deliberadamente, tú, mi esposa, en manos de un hombre que ha derramado mi sangre!

—¡Tu esposa! ¡Tu esposa! ¡No te importa nada de mí! No soy más que de tu propiedad. ¡Te importo únicamente porque piensas que te pertenezco y no puedes soportar que alguien te quite algo que es tuyo!

—¡Claro que me perteneces! —Rugió y me clavó los dedos en los hombros como si fueran púas—. ¡Y te guste o no, eres mi esposa!

—¡No me gusta! ¡No me gusta nada! Pero eso tampoco cuenta, ¿verdad? ¡Mientras mantenga tu cama caliente, no te importa lo que piense ni lo que sienta! Eso es todo lo que una esposa significa para ti..., ¡alguien a quien penetrar cuando sientes la necesidad!

Ante estas palabras, el rostro de Jamie se puso blanco como el papel y empezó a sacudirme vigorosamente. Mi cabeza penduleó con violencia y los dientes chocaron. Me mordí la lengua.

—¡Suéltame! —grité—. ¡Suéltame... —repetí y usé, intencionadamente, las palabras de Harry el desertor para herirlo—... bastardo en celo! —Me soltó y retrocedió un paso. Los ojos le echaban chispas.

—¡Perra deslenguada! ¡No me hablarás de ese modo!

—¡Hablaré como se me antoje! ¡No me dirás lo que puedo hacer!

—¡Ya lo veo! Harás lo que te venga en gana, sin importar a quién lastimes con ello, ¿verdad? Eres egoísta y obstinada...

—¡Es tu maldito orgullo el que está lastimado! —exclamé—. Salvé a ambos de esos desertores en el claro y no puedes soportarlo, ¿verdad? ¡Te quedaste mirando! ¡Si no hubiera tenido un puñal, los dos estaríamos muertos!

Hasta que pronuncié las palabras, no me había dado cuenta de que me había enfurecido con él por no haberme protegido de los desertores ingleses. En un estado más racional, la idea jamás se me hubiera ocurrido. No fue culpa suya, habría dicho. Fue sólo suerte que yo tuviera la daga, habría dicho. Pero ahora, era consciente de que fuera justo o

no, racional o no, en cierta forma, yo sentía que era su responsabilidad protegerme y que me había fallado. Quizá porque él mismo lo sentía.

Me miró furioso, jadeando por la emoción. Cuando habló de nuevo, su voz brotó baja y discordante por el sentimiento.

—¿Viste el poste en el patio del fuerte?

Asentí.

—¡Bueno, estuve atado a ese poste, atado como un animal, y fui azotado hasta sangrar! Llevaré esas cicatrices conmigo hasta el día de mi muerte. Si esta tarde no hubiera tenido tanta suerte, eso es lo menos que me habría pasado. Seguramente me habrían azotado, para colgarme después.

Tragó fuerte y continuó.

—¡Sabía eso muy bien y no obstante, no vacilé en entrar en aquel lugar a buscarte, incluso pensando que Dougal podría tener razón! ¿Sabes dónde conseguí el arma que usé? —Sacudí la cabeza, aturdida. El enojo comenzaba a disiparse—. Maté a un guardia cerca del muro. Me disparó; por eso estaba descargada. Erró y lo maté con mi puñal. Lo dejé clavado en su pecho cuando te oí gritar. Habría matado a una docena de hombres para rescatarte, Claire.

Su voz se quebró.

—Y cuando gritaste, corrí hacia ti, armado con una pistola descargada y mis dos manos. —Ahora hablaba con más serenidad, pero sus ojos todavía brillaban de ira y dolor. Guardé silencio. Alterada por el espanto de mi encuentro con Randall, no había apreciado en absoluto el valor desesperado que Jamie había necesitado reunir para entrar en el fuerte a liberarme.

Se volvió de improviso, con los hombros caídos.

—Tienes razón —añadió en un susurro—. Sí, tienes razón.

Ya no había furia en su voz. Jamás lo había escuchado emplear ese tono, ni siquiera en los momentos más extremos de dolor físico.

—Mi orgullo está herido. Y mi orgullo es todo lo que me queda. —Apoyó los antebrazos contra un pino de corteza áspera y dejó caer la cabeza sobre ellos, exhausto. Hablaba tan bajo que casi no podía oírlo—. Me estás destrozando, Claire.

Algo muy similar me estaba ocurriendo a mí. Me acerqué por detrás. No se movió, ni siquiera cuando deslicé los brazos alrededor de su cintura. Apoyé mi mejilla en su espalda arqueada. Tenía la camisa húmeda, sudada por la intensidad de la pasión. Temblaba.

—Lo siento —dije simplemente—. Por favor, perdóname. —Entonces se volvió y me abrazó con fuerza. Sentí que su temblor disminuía poco a poco.

—Estás perdonada, muchacha —murmuró por fin en mi cabello. Me soltó y me observó con aire grave y formal. —Yo también lo siento. Te pido perdón por mis palabras. Estaba dolorido y he dicho cosas que no sentía. ¿Me perdonarás ? —Después de lo último que había dicho, a duras penas sentía yo que hubiera algo que perdonar. Pero asentí y le apreté las manos.

—Estás perdonado.

En medio de un silencio más relajado, volvimos a montar. El camino se extendía en línea recta desde aquí. A lo lejos en la distancia, se divisaba una pequeña nube de polvo que debían de ser Dougal y los otros hombres.

Jamie había vuelto a ser el de antes. Me sujetaba con un brazo mientras cabalgábamos y yo me sentía más segura. Sin embargo, aún persistía una vaga sensación de dolor y contención. Las heridas no estaban cicatrizadas. Nos habíamos perdonado, pero nuestras palabras perduraban en la memoria, inolvidables.

22

Ajuste de cuentas

Llegamos a Doonesbury ya entrada la noche. Por fortuna, era una posta de tamaño considerable y con una posada. Dougal cerró los ojos con dolor cuando pagó al posadero. Harían falta bastantes monedas de plata extras para asegurar su silencio sobre nuestra presencia.

El dinero también garantizó una cena abundante, con mucha cerveza. A pesar de la comida, cenamos en medio de un silencio sombrío. Con la ropa harapienta y tapada con modestia por la camisa extra de Jamie, era evidente que había caído en desgracia. Excepto Jamie, todos se comportaban como si yo fuera invisible. Hasta Jamie se limitó a pasarme pan y carne de vez en cuando. Fue un alivio finalmente subir a la pequeña y estrecha habitación.

Me arrojé sobre la cama con un suspiro y sin reparar en el estado de las mantas.

—Estoy agotada. Ha sido un largo día.

—Sí. —Jamie se desabotonó el cuello y los puños y se desabrochó el cinto en el que llevaba la espada. Pero no continuó desvistiéndose. Tiró de la correa para quitar la vaina y dobló la tira de cuero con expresión meditativa.

—Ven a la cama, Jamie. ¿A qué estás esperando?

Caminó hasta la cama y se detuvo, balanceando el cinto de un lado a otro.

—Bueno, me temo que tenemos un asunto pendiente que resolver antes de que durmamos esta noche. —Sentí una repentina punzada de aprensión.

—¿De qué se trata?

No contestó enseguida. En vez de instalarse a mi lado en la cama, acercó un taburete y se sentó frente a mí.

—¿Te das cuenta de que esta tarde pudimos haber muerto dos, Claire? —susurró.

Bajé la vista a la manta, avergonzada.

—Sí, lo sé. Por mi culpa. Lo siento.

—O sea que eres consciente. ¿Sabías que si hubieras sido un hombre te habrían cortado las orejas, te habrían azotado, o directamente matado?

Palidecí.

—No, no lo sabía.

—Bueno, sé que no estás familiarizada con nuestras costumbres y eso te exime un poco. De todos modos, te dije que permanecieras oculta. Si lo hubieras hecho, jamás habría ocurrido. Ahora los ingleses nos buscarán por todas partes. Tendremos que escondernos durante el día y viajar de noche. —Se interrumpió—. Y en cuanto al capitán Randall..., en fin, ése es otro asunto.

—¿Te refieres a que ahora que sabe que estás aquí te buscará especialmente?

Asintió con aire ausente y la vista clavada en el fuego.

—Aja. Con él es algo... personal, ¿sabes?

—Lo siento mucho, Jamie —musité. Pero él descartó la disculpa con un gesto.

—Si sólo me hubieras lastimado a mí, no hablaría más del tema. Pero ya que estamos haciéndolo... —Me miró intensamente—. Te confieso que casi me muero cuando

vi a ese animal con sus manos sobre ti. —Se volvió hacia el fuego. Su expresión era tétrica, como si reviviera los hechos de esa tarde.

Pensé en hablarle sobre las... dificultades de Randall, pero temí que fuera peor. Ansiaba con desesperación abrazarlo y rogarle que me perdonara, pero no me atrevía a tocarlo. Después de un prolongado silencio, suspiró y se puso en pie, golpeando ligeramente el cinto contra su muslo.

—Bien —declaró—. Será mejor que terminemos de una vez. Has causado un daño considerable al desobedecer mis órdenes y voy a castigarte por ello, Claire. ¿Recuerdas lo que te dije cuando me fui esta mañana? —Lo recordaba muy bien. Me apresuré a retroceder en la cama hasta apoyar mi espalda en la pared.

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a qué me refiero —respondió con firmeza—. Arrodíllate junto a la cama y levántate la falda.

—¡No haré eso! —Me aferré al pilar de la cama con ambas manos y me acurruqué.

Jamie me observó un momento con los ojos entornados, considerando qué hacer. De pronto comprendí que nada impediría que me hiciera lo que él quisiera. Era mucho más fuerte que yo. Sin embargo, finalmente optó por la palabra en vez de la acción. Hizo a un lado el cinto, se subió a la cama y gateó sobre las mantas para sentarse a mi lado.

—Escucha, Claire... —comenzó.

—¡Dije que lo sentía! —exploté—. Y es verdad. ¡Jamás volveré a hacer algo parecido!

—Verás, ése es el problema... —pronunció con lentitud—. Quizá lo hagas. Porque no tomas las cosas con la debida seriedad. Supongo que vienes de un lugar donde todo es más fácil. Allí, desobedecer órdenes o tener iniciativas no es un asunto de vida o muerte. En el peor de los casos, podrías fastidiar a alguien o ser una molestia, pero no exponerlo a que lo maten. —Observé sus dedos doblando la falda mientras ponía en orden sus pensamientos. —En sitios y tiempos como éstos, una acción a la ligera puede tener consecuencias muy graves... en particular para un hombre como yo.

Palmeó mi hombro al advertir que yo estaba a punto de llorar.

—Sé que jamás me pondrías a mí ni a nadie en peligro deliberadamente. Pero podrías hacerlo con facilidad sin proponértelo, como lo hiciste hoy, porque no me crees cuando te digo que ciertas cosas son peligrosas. Estás acostumbrada a pensar por tu cuenta. Y sé... —me miró de soslayo—... que no estás habituada a permitir que un hombre te diga qué hacer. Pero debes aprender a hacerlo, por el bien de todos.

—De acuerdo —repuse lentamente—. Entiendo. Tienes razón, por supuesto. Obedeceré tus órdenes aun cuando las desapruebe.

—Bien. —Se puso de pie y recogió el cinturón—. Ahora sal de la cama y acabemos con esto.

Me quedé boquiabierta de indignación.

—¿Qué? ¡He dicho que te obedecería!

Suspiró exasperado. Se volvió a sentar en el taburete y me miró a los ojos.

—Ahora, escúchame. Dices que me entiendes y te creo. Pero no es lo mismo comprender algo con la mente que saberlo de verdad, en lo más profundo.

Asentí a regañadientes.

—Bien. De manera que debo castigarte y por dos razones: en primer lugar, para que lo «sepas». —Esbozó una sonrisa repentina—. Puedo asegurarte por experiencia que una buena paliza te hace ver las cosas con mucha más seriedad. —Apreté las manos al rededor del pilar de la cama—. La otra razón —prosiguió— son los otros hombres. ¿Has notado cómo están esta noche?

Desde luego que lo había notado. Me había sentido tan incómoda durante la cena que me alegró escapar a la habitación.

—Existe algo que se llama justicia, Claire. Les hiciste un daño a todos esos hombres y tendrás que pagar por ello. —Respiró hondo. —Soy tu esposo. Es mi deber ocuparme de que lo hagas. Y pienso hacerlo.

Yo desaprobaba esa propuesta en muchos aspectos. Al margen de la justicia de la situación —y debía admitir que parte de ella estaba del lado de Jamie—, mi amor propio no toleraba la idea de ser golpeada, por nadie y por ningún motivo.

Me sentía profundamente traicionada por el hecho de que el hombre que era mi amigo, protector y amante, tuviera intenciones de hacerme tal cosa. Y me asustaba dejarme azotar por alguien que manejaba una espada de siete kilos como si fuera un matamoscas.

—No dejaré que me pegues —aseveré sin soltar el pilar de la cama.

—¿Ah, no? —Enarcó las cejas color arena—. Te diré algo, muchacha, dudo que tengas poder de decisión en esto. Te guste o no, eres mi esposa. Si quisiera romperte un brazo o alimentarte con pan y agua o encerrarte en un armario durante días (y no creas que no me tienta), podría hacerlo. Y ni qué decir de azotarte el trasero.

—¡Gritaré!

—Es probable. Si no antes, seguro que durante. Supongo que te oirán en la granja vecina. Tienes buenos pulmones. —Sonrió odiosamente y se acercó a mí.

Me soltó los dedos con cierta dificultad. Tiró con firmeza y me arrastró al borde de la cama. Le pateé las canillas, pero como estaba descalza, no lo lastimé. Gruñendo bajito, me volvió boca abajo sobre la cama y me dobló el brazo para inmovilizarme.

—¡Lo haré, Claire! Ahora, si cooperas, consideraremos la cuenta saldada con doce azotes.

—¿Y si me resisto? —Temblé. Jamie cogió el cinto y lo golpeó contra su pierna con un chasquido desagradable.

—Entonces te pondré una rodilla en la espalda y te azotaré hasta que se me canse el brazo. Y te advierto que te cansarás mucho antes que yo.

Me liberé y me volví para amenazarle con los puños.

—¡Eres un bárbaro! ¡Un... un sádico! —siseé con furia—. ¡Haces esto por tu propio placer! ¡Jamás te lo perdonaré! —Jamie hizo una pausa y enrolló el cinto.

Respondió con serenidad.

—No sé qué es un sádico. Y si te perdono por lo de esta tarde, supongo que tú también me perdonarás, en cuanto puedas volver a sentarte. Y en lo que se refiere a mi placer... —Torció la boca en una mueca—. Dije que tendría que castigarte. No que lo disfrutaría. —Dobló un dedo y me llamó—: Ven aquí.

A la mañana siguiente, no quería abandonar el refugio de la habitación. Me entretuve atando y desatando cintas y cepillándome el cabello. No había hablado a Jamie desde la noche anterior, pero él notó mi vacilación y me urgió a bajar a desayunar con él.

—No debes temer encontrarte con los demás, Claire. Se burlarán un poco de ti, eso será todo. Yergue la cabeza. —Me palmeó debajo de la barbilla y le mordí la mano, con fuerza pero sin consecuencias serias—. ¡Ay! —Apartó los dedos con rapidez—. Ten cuidado, no sabes dónde han estado. —Me dejó, riendo, y se fue a desayunar.

Le convenía estar de buen humor, pensé con rencor. Si quería venganza, la tendría.

Había sido una noche espantosa. Mi casi aceptación del castigo había durado tanto como el primer chasquido seco del cuero sobre la carne. Éste fue seguido de un forcejeo breve y violento que dejó a Jamie con la nariz ensangrentada, tres hermosos rasguños en una mejilla y una profunda mordedura en una muñeca. Y como era de esperar, yo acabé medio asfixiada en las mantas sucias, con una rodilla en mi espalda. Y fui azotada casi hasta la muerte.

Jamie, maldita sea su infame alma escocesa, resultó tener razón. Los hombres me saludaron con moderación pero se mostraron amigables. La hostilidad y el desprecio de la noche anterior se habían esfumado.

Mientras me servía los huevos en el aparador, Dougal se acercó y me pasó un brazo paternal por los hombros. Su barba rozó mí oreja cuando me habló con un gruñido confidencial.

—Espero que Jamie no haya sido demasiado duro, muchacha Por los gritos, parecía que la estaba matando.

Me ruboricé con intensidad y volví el rostro para ocultarlo Después de los aborrecibles comentarios de Jamie, había decidido mantener la boca bien cerrada durante toda la penosa prueba. Sin embargo, llegado el momento, habría desafiado a la propia Esfinge a conservar la boca cerrada mientras recibía los azotes de un cinto blandido por Jamie Fraser. Dougal se volvió para llamar a Jamie, que estaba sentado a la mesa comiendo pan y queso.

—Ey, Jamie, no era necesario que casi mataras a la joven. Una advertencia gentil habría sido suficiente. —Me palmeó el trasero con firmeza a modo de ilustración. Di un respingo y lo miré con ira.

—Un trasero lleno de cardenales nunca mató a nadie —acotó Murtagh con la boca llena de pan.

—Claro que no —intervino Ned, sonriendo—. Venga, siéntese, muchacha.

—Prefiero estar de pie, gracias —dije con dignidad, arrancando una estruendosa carcajada. Jamie se cuidó de no mirarme y se concentró en un trozo de queso.

Las bromas bien intencionadas continuaron durante todo el día. Cada uno de los hombres inventó alguna excusa para palmear mi trasero con falsa compasión. En general, sin embargo, fue tolerable. Comencé a considerar de mala gana que tal vez Jamie había tenido razón, aunque todavía tenía ganas de estrangularlo.

Como me era imposible sentarme, dediqué la mañana a tareas menores como bastillar y coser botones que podía realizar junto a la ventana con la excusa de que necesitaba luz. Después del almuerzo, que comí de pie, el grupo entero se retiró a descansar. Dougal había resuelto que esperaríamos hasta que oscureciera para partir hacia Bargrennan, la próxima parada en nuestro viaje. Jamie me siguió a nuestro cuarto pero le cerré la puerta en las narices. Que durmiera otra vez en el suelo.

La noche anterior había sido bastante discreto. No bien hubo terminado, se colocó el cinto y dejó la habitación en silencio. Regresó una hora más tarde, después de que yo había apagado la luz y me había acostado. Pero tuvo la sensatez de no intentar meterse en la cama conmigo. Escudriñó la oscuridad donde yo yacía inmóvil, suspiró hondo, se envolvió en su capa escocesa y se acomodó para dormir en el suelo.

Demasiado enfadada y físicamente incómoda para dormir, había permanecido despierta gran parte de la noche, pensando en lo que Jamie había dicho y deseando levantarme y patearlo en algún lugar sensible.

De ser objetiva, que no estaba en mi ánimo serlo, reconocería que había tenido razón cuando dijo que yo no tomaba las cosas con la seriedad necesaria. No obstante, se equivocaba al atribuirlo a que las cosas eran menos precarias en mi ambiente... dondequiera que fuese. De hecho, pensé, era todo lo contrario.

Este tiempo seguía siendo irreal para mí en muchos sentidos; como una obra teatral o una representación de época. Comparadas con la guerra mecanizada a las que estaba habituada, las batallas campales que había presenciado —unos pocos hombres armados con espadas y mosquetes— me resultaban más pintorescas que amenazadoras.

Estaba confundiendo los valores de las cosas. Un hombre asesinado con un mosquete estaba tan muerto como uno asesinado con un mortero. Lo que ocurría era que el mortero mataba impersonalmente; destruía a docenas de hombres. El mosquete, en cambio,

era disparado por un único hombre que podía ver los ojos de su víctima. A mi juicio, eso lo convertía en un asesinato, no en una guerra. ¿Cuántos hombres se requerían para hacer una guerra? ¿Los suficientes, tal vez, para no tener que verse unos a otros? Y sin embargo, esto era una guerra —o un asunto muy serio, al menos— para Dougal, Jamie, Rupert y Ned. Incluso Murtagh, con su cara de comadreja, tenía un motivo para la violencia más allá de sus inclinaciones naturales.

¿Y cuáles eran esas razones? ¿Un rey en vez de otro? ¿Los Hannover y los Estuardo? Para mí, no eran más que nombres en un gráfico en la pared del aula escolar. ¿Qué eran, comparados con un mal impensable como el Reich de Hitler? Pero claro, supuse, podía ser trivial para mí, pero tenía importancia para quienes vivían bajo los reyes. De todos modos, ¿cuándo se había considerado trivial el derecho de vivir como uno quería? ¿Acaso la lucha para escoger el propio destino era menos meritoria que la necesidad de detener un gran mal? Me moví irritada y me froté con cuidado el trasero dolorido. Miré a Jamie con indignación, hecho un ovillo junto a la puerta. Respiraba tranquilo, pero superficialmente. Quizás él tampoco podía dormir. Ojalá.

En un principio, me había inclinado a tomar toda esta increíble desventura como un melodrama. Esas cosas no sucedían en la vida real. Había tenido varios percances desde que entré en la roca. Pero hasta ahora, lo peor había sido esa tarde.

Jack Randall, tan parecido y tan espantosamente distinto de Frank. Sus manos en mis pechos habían forjado un súbito vínculo entre mi antigua vida y ésta, uniendo mis dos realidades diferentes con el fragor de un trueno. Y después Jamie; su rostro, rígido de temor en la ventana de la habitación de Randall, deformado por la ira a la vera del camino, tenso de dolor por mis insultos.

Jamie. Jamie era real. Sí, lo más real que yo había experimentado, incluyendo a Frank y mi vida en 1945. Jamie, el amante tierno y el pérfido bribón.

Quizás eso fuera parte del problema. Jamie saciaba mis sentidos de tal manera que el entorno se desdibujaba. Pero ya no podía seguir ignorándolo. Mi imprudencia había estado a punto de matarlo esa tarde. Y se me retorcía el estómago de sólo pensar en perderlo. Me senté de repente, con la intención de despertarlo y decirle que se acostara conmigo. Cuando el peso de mi cuerpo cayó por entero en el resultado de su obra, cambié de idea enseguida y me volví boca abajo.

La noche, pasada entre accesos de ira y filosofía, me había dejado agotada. Dormí toda la tarde y bajé a cenar, exhausta y tambaleante, cuando Rupert me despertó antes del anochecer.

Dougal, sin duda furioso por el gasto, me había procurado otro caballo. Era un animal fuerte aunque no muy bien formado, de mirada amable y crines cortas y encrespadas. Lo llamé *Cardo.*

No había pensado en los efectos de una larga cabalgata después de una paliza severa. Ojeé insegura la dura silla y de pronto comprendí lo que me esperaba. Una capa gruesa aterrizó sobre la montura y desde el otro lado, Murtagh me guiñó un ojo negro y brillante con aire conspirador. Resolví que al menos sufriría con dignidad y en silencio. Apreté los dientes y monté.

Parecía haber una muda conspiración de galantería entre los hombres. Se turnaban para detenerse a intervalos frecuentes con el fin de dar alivio a sus necesidades. De ese modo, me permitían desmontar por unos minutos y frotar con disimulo mi dolorido trasero. De vez en cuando, alguien sugería parar para beber, lo cual requería que yo también lo hiciera puesto que *Cardo* llevaba las cantimploras.

Avanzamos de esa manera durante un par de horas, pero el dolor se intensificaba cada vez más, obligándome sin cesar a cambiar de posición en la montura. Por fin, mandé mi dignidad al diablo. Tenía que desmontar.

—¡Sooo! —dije a *Cardo* y me bajé. Simulé examinar su pata izquierda. El resto de

los caballos se detuvieron a nuestro alrededor.

—Me temo que se ha clavado una piedra —mentí—. Ya se la quité pero será mejor que lo lleve de las riendas un rato. No quiero que se quede cojo.

—No podemos entretenernos —contestó Dougal—. Bueno, de acuerdo, camine. Pero alguien debe acompañarla. Es una ruta bastante tranquila, pero no quiero que ande sola. —Jamie desmontó de inmediato.

—Yo iré con ella —murmuró.

—Bien. No tardéis mucho. Debemos llegar a Bargrennan antes del amanecer. Nos encontraremos en la posada El Jabalí Rojo. El dueño es un amigo. —Con un gesto de la mano, juntó a los demás jinetes y partieron al trote, dejándonos en medio de la polvareda.

Las horas de tortura no habían mejorado mi humor. Que caminara conmigo. Ni muerta le hablaría a aquel animal sádico y violento.

Aunque no parecía muy feroz bajo la luz de la media luna saliente, endurecí mi corazón y eché a andar, renqueando y sin mirarlo.

Al principio, mis músculos protestaron por el desacostumbrado ejercicio. Media hora después, sin embargo, comencé a moverme con mucha más facilidad.

—Mañana te sentirás mejor —comentó Jamie con aire desenfadado—. Aunque no podrás sentarte normalmente hasta pasado.

—¿Y por qué eres tan experto? —le espeté—. ¿Azotas a la gente con frecuencia?

—Bueno, no —replicó, inmutable ante mi actitud—. Es la primera vez que lo hago. Aunque tengo bastante experiencia del otro lado.

—¿Tú? —Me quedé boquiabierta. La idea de alguien azotando a esa imponente masa de músculos y tendones era por completo insostenible.

Se rió de mi expresión.

—Cuando era más pequeño, Sassenach. Entre los ocho y los trece años, me azotaron el trasero más veces de las que puedo contar. Entonces sobrepasé a mi padre en altura y ya no le resultó fácil doblarme sobre un várgano.

—¿Tu padre te pegaba?

—Aja, bastante. El director de la escuela también, desde luego. Y Dougal o uno de los otros tíos de vez en cuando, según donde yo estuviera y qué hubiera hecho.

Pese a mi decisión de ignorarlo, el tema me estaba interesando.

—¿Qué hacías?

Rió de nuevo, un sonido bajo pero contagioso en el aire quieto de la noche.

—No recuerdo todo. Pero diré que por lo general lo merecía. Al menos, no creo que mi padre me haya pegado jamás injustamente.

Caminó sin hablar durante un minuto, pensando.

—Mmm. Déjame ver. Una vez fue por apedrear a las gallinas y otra por montar las vacas y excitarlas demasiado para que dieran leche. Y también por comer todo el dulce de las tortas y dejar las tortas. Ah... y cuando se escaparon los caballos del granero porque dejé la puerta abierta. Y por prender fuego al techo de paja del palomar...; aquello fue un accidente, no lo hice a propósito. Y cuando perdí los libros del colegio... eso fue a propósito... y... —Se interrumpió y se encogió de hombros. No pude evitar reír—. Las típicas cosas. Aunque en gran parte, era por abrir la boca cuando no debía.

Un recuerdo en particular lo hizo reír.

—En una ocasión, mi hermana Jenny rompió un jarro. La irrité, burlándome de ella, y entonces perdió la paciencia y me lo tiró. Cuando llegó papá y exigió saber quién lo había hecho, ella estaba demasiado asustada para hablar y se quedó mirándome con ojos enormes y temerosos. Tiene ojos azules, como los míos, pero más bonitos, con pestañas

negras. —Se encogió de hombros de nuevo—. La cuestión es que le dije a mi padre que había sido yo.

—Qué noble por tu parte —comenté con sarcasmo—. Tu hermana debió de sentirse muy agradecida.

—Sí, así debió de ser. Sólo que mi padre había estado al otro lado de la puerta todo el tiempo y había visto lo ocurrido. De modo que Jenny fue azotada por perder la paciencia y romper el jarro y yo fui azotado dos veces; una por burlarme de ella y otra por mentir.

—¡Qué injusto! —exclamé indignada.

—Mi padre no solía ser muy gentil, pero sí justo —declaró, imperturbable—. Me explicó que la verdad era la verdad y que la gente debía hacerse responsable de sus propios actos, lo cual es cierto.

Me miró por el rabillo del ojo.

—Pero reconoció que había sido generoso por mi parte asumir la culpa así que, aunque tendría que castigarme, me dio a elegir entre los azotes o ir a la cama sin cenar. —Rió con tristeza, sacudiendo la cabeza— Mi padre me conocía bastante bien. Escogí los azotes sin vacilar.

—Eres un tragón, Jamie —dije.

—Sí —convino—. Siempre lo he sido. Tú también, glotón —le dijo al caballo—. Espera un poco, hasta que nos detengamos a descansar. —Tiró de la rienda para apartar la ansiosa nariz del caballo de la hierba que crecía a lo largo del camino.

—Sí, mi padre era justo —prosiguió— y considerado, aunque yo no lo apreciaba en aquel entonces. No me hacía esperar para darme una paliza. Si hacía algo malo, me castigaba de inmediato... o en cuanto se enteraba. Siempre se aseguraba de que yo supiera el motivo del castigo y me dejaba exponer mi punto de vista.

«Ah, conque eso tramas», pensé. Intrigante seductor. Dudaba que lograra disuadirme de mi firme intención de destriparlo a la primera oportunidad. Pero si lo quería intentar, allá él.

—¿Alguna vez prevaleció tu opinión? —inquirí.

—No. En general se trataba de un caso claro, en el que el acusado se condenaba por su propia boca. Pero a veces lograba que se redujera un poco la condena. —Se frotó la nariz—. En una ocasión, le dije que golpear a un hijo era un método muy incivilizado para salirse con la suya. Contestó que yo tenía tanta sensatez como un poste. Afirmó que el respeto por los mayores constituía una de las piedras angulares del comportamiento civilizado y que hasta que aprendiera eso, más valía que me acostumbrara a mirarme los dedos de los pies mientras un adulto incivilizado me azotaba el trasero.

Esta vez reí con él. La paz predominaba en el camino, esa especie de quietud absoluta que reina cuando no hay nadie en kilómetros a la redonda. La clase de quietud tan difícil de hallar en mi época ajetreada, donde las máquinas esparcían la influencia del hombre de manera que una única persona podía hacer tanto ruido como una multitud. El único sonido aquí era el susurrar de las plantas, el chillido ocasional de algún pájaro nocturno y el paso suave de los caballos.

Caminaba con más facilidad ahora que mis músculos se habían estirado con el ejercicio. Mi resentimiento también comenzó a relajarse con las historias de Jamie, divertidas y humildes.

—No me gustaba que me pegaran, por supuesto, pero si podía elegir, prefería a mi padre antes que al director de la escuela. En el colegio nos daban con una correa de cuero en la palma de la mano, en vez de en el dorso. Mi padre me decía que si me pegaba en la mano, no podría trabajar. Pero si lo hacía en el trasero, al menos no me sentiría tentado a sentarme y holgazanear.

»Todos los años teníamos un director diferente. No duraban mucho... con frecuencia se convertían en granjeros o se marchaban a zonas más ricas. Los directores de

escuela ganan tan poco que siempre están flacuchos y muertos de hambre. Una vez tuvimos uno gordo. Nunca creí que fuera un director de verdad. Parecía un párroco disfrazado.

Pensé en el regordete padre Bain y sonreí con aprobación.

—Recuerdo a uno en especial porque te hacía ponerte frente al aula con la mano extendida y te daba un sermón larguísimo acerca de tus faltas antes de empezar a azotarte, y luego lo retomaba entre los golpes. Yo solía ponerme allí con la mano estirada, sufriendo y rezando para que dejara de hablar y siguiera pegando antes de que perdiera todo mi valor y me echara a llorar.

—Supongo que eso es lo que él esperaba —comenté con un inevitable sentimiento de solidaridad.

—Por supuesto —replicó—. Aunque me llevó un tiempo darme cuenta. Y cuando lo hice, no pude mantener la boca cerrada, como siempre.

Suspiró.

—¿Qué ocurrió? —Ya me había olvidado por completo de mi enfado.

—Bueno, un día me puso frente a la clase..., solía hacerlo por mi obstinación en usar la mano izquierda para escribir. En esa ocasión, ya me había dado tres golpes... había tardado casi cinco minutos para hacerlo, el bastardo... y estaba despotricando que yo era un estúpido, vago y obstinado antes de proseguir con el cuarto. La mano me ardía como el demonio porque era la segunda vez aquel día. Y estaba asustado porque sabía que recibiría una horrible paliza a1 llegar a casa. Ésa era la regla; si me azotaban en la escuela, también lo hacían en casa. Mi padre pensaba que la instrucción escolar era muy importante. En todo caso.... perdí la paciencia. —Su mano izquierda se curvó involuntariamente alrededor de la rienda, como para proteger la palma sensible.

Se interrumpió y se volvió hacia mí.

—Casi nunca pierdo la paciencia, Sassenach. Y cuando lo hago, suelo lamentarlo. —Y eso, supuse, era lo más cercano a una disculpa que jamás obtendría.

—¿Lo lamentaste aquel día?

—Bueno. Cerré los puños y lo miré con indignación. Era un tipo alto y flaco... de unos veinte años tal vez, aunque a mí me parecía bastante viejo. Y le dije: «No le temo. Y por más fuerte que me pegue, no me hará llorar.» —Respiró hondo y exhaló despacio—. Supongo que fue un error decírselo mientras todavía sostenía la correa.

—No me lo digas —interpuse—. ¿Intentó probar que estabas equivocado?

—Oh, sí, lo intentó. —Asintió, su cabeza oscura recortada contra el cielo iluminado por las nubes. Su voz adoptó un tono de satisfacción sombría cuando pronunció «intentó».

—¿No lo consiguió?

La cabeza despeinada se sacudió de un lado a otro.

—No. Al menos no logró hacerme llorar. Aunque sí que lamentara no haberme callado.

Hizo una pausa y me miró. La luna asomó entre las nubes y la luz rozaba el contorno de su mandíbula y mejilla, haciéndolo parecer dorado, como un arcángel de Donatello.

—¿Cuando Dougal te describió mi carácter antes de que nos casáramos, por casualidad mencionó que a veces soy un poco obstinado? —Los ojos rasgados resplandecieron, ahora a semejanza de Lucifer.

Reí.

—No tan suavemente. Si mal no recuerdo, dijo que todos los Fraser son como rocas y que tú eres el peor. De hecho —añadí con sequedad—, ya lo he comprobado.

Sonrió y maniobró las riendas para evitar que su caballo pasara por un charco profundo del camino. Luego hizo lo mismo con el mío, que llevaba del cabestro.

—Mmf, bueno, no diré que Dougal no tiene razón —contestó, una vez sorteado el

obstáculo—. Pero si soy terco, lo soy con honestidad. Mi padre era igual. A veces nos enzarzábamos en disputas que no podíamos resolver sin terminar aplicando la fuerza, a menudo conmigo encorvado sobre el várgano.

De pronto, mi caballo se encabritó y bufó. Jamie estiró una mano para tomar la rienda.

—¡Ey! ¡Sssh! *Stad, mo dhu!* —El suyo, menos asustado, sólo se agitó y sacudió la cabeza con nerviosismo.

—¿Qué pasa? —No podía ver nada, a pesar de los fragmentos de luz con que la luna salpicaba el camino y los campos. Había un bosque de pinos más adelante. Los caballos parecían no querer acercarse.

—No lo sé. Quédate aquí y no hagas ruido. Monta tu caballo y sujeta el mío. Si te llamo, suelta el cabestro y huye. —La voz de Jamie era baja y despreocupada, tranquilizándome a mí y a los animales. Con un *Sguir!,* palmeó a su caballo en el cuello para que se acercara a mí. Después desapareció en el brezo, con una mano en el puñal.

Forcé ojos y oídos para discernir lo que aún turbaba a los caballos. Se movían y pateaban, agitando las orejas y las colas. El viento nocturno había desmenuzado y alejado las nubes, dejando rastros diseminados a través de una media luna brillante. A pesar de la claridad, no avistaba nada en el camino ni en el bosque amenazador.

Era demasiado tarde y el lugar parecía improductivo para salteadores de caminos, que de todos modos escaseaban en las montañas de Escocia. No había suficientes viajeros que justificaran una emboscada.

El bosque estaba oscuro, pero no quieto. Los millones de agujas de los pinos murmuraban meciéndose en el viento. Eran árboles muy antiguos y espectrales en la oscuridad. Gimnospermas, de frutos en pina, esparcidores de semillas aladas, más viejos y más fuertes, con mucho, que los robles y álamos de follajes suaves y ramas frágiles. Un hogar adecuado para los fantasmas y espíritus malignos de Rupert.

«Sólo tú —pensé enfadada—, eres capaz de tener miedo de un montón de árboles.» ¿Pero dónde estaba Jamie?

La mano que aferró mi muslo me hizo chillar como un murciélago sobresaltado; una consecuencia natural de tratar de gritar con el corazón en la boca. Con la furia absurda del temor irracional, pateé a Jamie en el pecho.

—¡No me asustes así!

—Sssh —musitó—, ven conmigo. —Me bajó con torpeza de la montura y se apresuró a atar a los caballos, que relincharon tras nosotros mientras nos adentrábamos en la hierba alta.

—¿Qué sucede? —siseé. Me tropezaba con raíces y piedras.

—Silencio. No hables. Mira hacia abajo y observa mis pies, pisa donde yo piso y detente cuando te toque.

Con lentitud y en relativo silencio, nos abrimos paso dentro del bosque de pinos. Estaba oscuro bajo los árboles. Migajas de luz se filtraban hasta la alfombra de hojas del suelo. Ni siquiera Jamie podía caminar sobre ellas sin hacer ruido. Pero el crujido de las hojas secas se perdía en el susurro de sus compañeras verdes de las alturas.

Había una roca entre el follaje caído, una masa de granito que se elevaba sobre el terreno del bosque. Jamie me puso delante de él y guió mis manos y pies para ayudarme a ascender la loma inclinada. En la cima, había suficiente lugar para acostarse boca abajo, uno junto al otro. Jamie acercó sus labios a mi oído, casi sin respirar.

—Diez metros adelante, a la derecha. En el claro. ¿Los ves?

Primero los vi, luego los oí. Lobos, una pequeña manada de unos ocho o diez animales. No aullaban, no éstos. La presa yacía en la sombra, flaca como un palo y vibrando bajo el impacto de los dientes que tiraban del cadáver. Sólo se sentía un suave gruñido y aullidos ocasionales cuando un cachorro era apartado del bocado de un adulto. Y

los sonidos satisfechos de comer, masticar y el crujido de un hueso.

Mientras mis ojos se habituaban a la escena salpicada por la luz de la luna, distinguí varias formas velludas extendidas bajo los árboles, saciadas y tranquilas. Pedacitos de pelo gris brillaban aquí y allá mientras los que quedaban junto al animal muerto se empujaban y hurgaban en busca de trozos tiernos dejados por los comensales anteriores.

De improviso, una cabeza ancha y de ojos amarillos apareció en una mancha de luz. Tenía las orejas enhiestas. El lobo emitió un ruido débil y urgente, algo entre un gemido y un gruñido. Y se hizo un súbito silencio bajo los árboles.

La mirada azafrán parecía clavada en la mía. La pose del animal no delataba temor ni curiosidad, sólo un reconocimiento cauteloso. La mano de Jamie en mi espalda me advirtió que no me moviera, aunque yo no sentía ningún deseo de salir corriendo. Podría haber permanecido horas con la vista fija en los ojos del lobo, pensé, pero ella —estaba segura de que era una hembra, aunque ignoraba cómo lo sabía— chasqueó las orejas una vez, desechando mi presencia, y se agachó de nuevo sobre su alimento.

Los observamos durante un rato, serenos bajo la luz difusa. Por fin, Jamie me tocó el brazo para indicarme que era hora de partir.

Mantuvo una mano en mi brazo para sostenerme mientras atravesábamos el bosque de regreso al camino. Era la primera vez que permitía de buena gana que me tocara desde que me había rescatado del Fuerte William. Todavía cautivados por la escena de los lobos, no hablamos mucho, pero empezamos a sentirnos cómodos de nuevo el uno con el otro.

Mientras caminábamos, consideré las historias que Jamie me había contado y no pude menos que admirar el trabajo que había hecho. Sin una sola palabra directa de explicación o disculpa, me había transmitido el mensaje que quería. Te administré justicia, decía, tal como me la enseñaron. Y también misericordia, en la medida de lo posible. Como no pude ahorrarte el dolor y la humillación, te obsequio con mis propios dolores y humillaciones para que te ayuden a soportar los tuyos.

—¿Te importaba mucho? —pregunté con brusquedad—. Me refiero a que te pegaran. ¿Te sobreponías con facilidad?

Me apretó un poco la mano antes de soltarla.

—En general lo olvidaba no bien acababa. Excepto la última vez. Esa me llevó bastante tiempo.

—¿Por qué?

—Ah, bueno. En primer lugar, tenía dieciséis años. Todo un hombre... creía. Y segundo, me dolió muchísimo.

—No tienes que contármelo si no quieres —le aseguré, intuyendo su vacilación—. ¿Es una historia ¿olorosa?

—No tan dolorosa como lo fue la paliza —replicó riendo—. No, no me importa contártela. Pero es larga.

—Aún falta mucho para llegar a Bargrennan.

—Así es. Bien. ¿Recuerdas que te dije que pasé un año en el castillo Leoch cuando tenía dieciséis años? Fue un acuerdo entre Colum y mi padre... para que yo me familiarizara con el clan de mi madre. Fui pupilo de Dougal dos años y luego viví un año en el castillo aprendiendo modales, latín y esas cosas.

—Ah. Me preguntaba cómo habías llegado allí.

—Aja. Así fue. Era grande para mi edad, o alto al menos. Un buen espadachín y mejor jinete que la mayoría.

—Y además, modesto —apunté.

—No mucho. Engreído como el diablo. Y más ligero de lengua que ahora.

—Me cuesta creerlo —precisé, divertida.

—Bueno, lo era, Sassenach. Descubrí que podía hacer reír a la gente con mis comentarios. Los hacía cada vez con más frecuencia, sin importarme mucho lo que decía o

a quién. A veces era cruel con los otros muchachos. Pero no porque lo deseara. Simplemente no podía contenerme cuando se me ocurría algo ingenioso.

Contempló el cielo para calcular la hora. Ahora que la luna se había puesto, estaba más negro. Reconocí a Orión flotando cerca del horizonte. La visión familiar me produjo una extraña sensación reconfortante.

—Un día fui demasiado lejos. Estaba cruzando un pasillo con otros dos muchachos, cuando vi a la señora FitzGibbons en el otro extremo. Llevaba una gran canasta, casi tan grande como ella, y se contoneaba de un lado a otro mientras caminaba. La has visto. No era más pequeña entonces.

Se frotó la nariz, avergonzado.

—En fin. Hice varios comentarios descorteses con respecto a su apariencia. Graciosos, pero muy insolentes. Divirtieron bastante a mis compañeros. Pero no me di cuenta de que ella me había oído.

Recordé a la dama corpulenta del castillo Leoch. Siempre la había visto de buen humor, pero no parecía el tipo de persona a la que pudiera insultarse con impunidad.

—¿Qué hizo ella?

—Nada... en aquel momento. Yo no supe que me había oído hasta el día siguiente, cuando se puso de pie durante la Audiencia y le contó todo a Colum.

—Oh, cielos. —Sabía que Colum tenía en gran estima a la señora Fitz y suponía que no toleraría ninguna irreverencia hacia ella. —¿Qué pasó?

—Lo mismo que le pasó a Laoghaire... o casi.

Rió.

—Estuve muy audaz. Me puse en pie y declaré que escogía los puños. Trataba de demostrar serenidad y madurez, pero mi corazón latía como el martillo de un herrero. Y cuando miré las manos de Angus, me sentí mal. Parecían de piedra, y eran enormes. Unas pocas risas surgieron de entre la concurrencia. En aquella época, no era tan alto como ahora y pesaba casi la mitad. Angus podía arrancarme la cabeza de un puñetazo.

—En todo caso, Colum y Dougal me miraron enfadados, aunque pensé que en realidad les complacía que yo hubiera tenido el valor de hacer esa elección. Pero Colum dijo que no, que si iba a portarme como un niño, me castigarían como tal. Hizo una señal con la cabeza y antes de que yo pudiera moverme, Angus me puso sobre sus rodillas, me levantó la falda y me azotó con su cinto. Delante de todo el mundo. —¡Oh, Jamie!

—Mmmfm. Habrás notado que Angus es muy profesional en su trabajo. Me dio quince azotes. Y hasta el día de hoy puedo decirte con exactitud en qué lugar. —El recuerdo lo estremeció—. Las marcas me duraron una semana.

Estiró una mano y cogió un manojo de hojas del pino más cercano. Las desplegó como un abanico entre el pulgar y los dedos. El aroma a trementina se intensificó de pronto.

—Tampoco se me permitió retirarme en silencio y curarme las heridas. Cuando Angus terminó conmigo, Dougal me cogió del cogote y me llevó hasta el extremo más alejado de la sala. Me ordenó desandar el trayecto arrodillado sobre las piedras y detenerme frente a la silla de Colum. Tuve que disculparme por mi descortesía, primero ante la señora Fitz y después ante Colum y todos los presentes en la Audiencia. Finalmente, tuve que dar las gracias a Angus por los azotes. Casi me ahogué en esa parte. Pero él estuvo muy gentil. Extendió una mano para ayudarme a ponerme en pie. Y entonces me ordenaron sentarme en un taburete junto a Colum y no moverme hasta que acabara la Audiencia.

Encorvó los hombros en un gesto de defensa.

—Fue la peor hora que pasé en mi vida. La cara me ardía, y también el trasero. Tenía las rodillas despellejadas y no podía mirar otra cosa que no fueran mis pies. Pero lo peor fue que me entraron unas ganas tremendas de orinar. Casi me muero. Aunque lo

hubiera preferido antes que mojarme delante de tanta gente. Estuve muy cerca. Sudé tanto que empapé la camisa.

Contuve la risa.

—¿Por qué no le dijiste a Colum lo que te pasaba?

—Lo sabía perfectamente. Él y toda la sala. Era obvio por la forma en que yo me retorcía en el asiento. La gente hacía apuestas sobre si aguantaría o no.

Se encogió de hombros.

—Si se lo hubiera pedido, Colum me habría dejado salir. Pero... bueno, me puse terco. —Esbozó una sonrisa tímida. Los dientes blancos brillaron en la cara enrojecida—. Prefería morir antes que pedírselo. Y casi me muero. Cuando por fin Colum dijo que podía marcharme, apenas llegué a la puerta más cercana fuera de la sala. Me tiré detrás de la pared y me puse a mear. Creí que nunca pararía. Así que... —concluyó y abrió las manos, dejando caer las hojas de pino—, ahora conoces lo peor que me ha pasado en la vida.

No pude evitarlo. Reí hasta que tuve que sentarme a la vera del camino. Jamie aguardó con paciencia un minuto y después se arrodilló.

—¿De qué te ríes? —preguntó—. No fue nada gracioso. —Pero él también sonreía. Sacudí la cabeza.

—No, claro que no. Es una historia horrible. Pero te imagino sentado allí..., obstinado, con los dientes apretados y el humo saliéndote por las orejas.

Jamie resopló y rió un poquito.

—Bueno, no es fácil tener dieciséis años, ¿verdad?

—O sea que ayudaste a la joven Laoghaire porque te dio lástima —aventuré cuando hube recobrado la compostura—. Sabías por experiencia cómo se sentiría.

Se sorprendió.

—Aja. Es mucho más fácil sobreponerte a que te peguen en la cara a los veintitrés que a que te azoten el trasero en público a los dieciséis. El orgullo herido duele más que nada. Y cuando se es tan joven, se resiente con más facilidad.

—Tengo una duda. Jamás he visto a nadie sonreír antes de que lo golpeen en la boca.

—Es más difícil hacerlo después.

—Mmm. —Asentí—. Creí... —comencé pero me detuve avergonzada.

—¿Creíste qué? Ah, te refieres a Laoghaire y yo —expuso, adivinando mis pensamientos—. Tú, Alec y todos, hasta Laoghaire misma, creyeron igual. Habría hecho lo mismo si ella hubiera sido fea. —Me dio un codazo en las costillas—. Aunque no espero que lo creas.

—Bueno, aquel día os vi juntos en el nicho —me defendí— Y evidentemente, alguien te enseñó a besar.

Arrastró los pies en el polvo con aire cohibido y agachó la cabeza.

—No soy mejor que otros hombres, Sassenach. A veces lo intento, pero no siempre lo logro. ¿Conoces esa parte de San Pablo donde dice que es mejor casarse que arder? Bueno, en aquel momento, yo estaba en llamas.

Reí de nuevo. Me sentía tan despreocupada como una muchacha de dieciséis años.

—¿De modo que te casaste conmigo para evitar la ocasión de pecado? —bromeé.

—Aja. Eso es lo bueno del matrimonio. Convierte en sacramento cosas por las que de otro modo deberías confesarte.

Lancé una carcajada.

—¡Oh, Jamie, te amo!

Ahora fue el turno de él de reír. Se encorvó y se sentó al borde del camino, desternillándose de risa. Se echó hacia atrás con lentitud y quedó tumbado. Creí que se ahogaría de tanto reír.

—¿Qué diablos te pasa? —inquirí, clavándole la mirada. Finalmente, se sentó y se

enjugó los ojos húmedos. Meneó la cabeza y trató de recuperar el aliento.

—Murtagh tenía razón con respecto a las mujeres, Sassenach. He arriesgado mi vida por ti. He robado, incendiado, agredido y asesinado. A cambio, me has insultado, ofendido mi hombría, me has pateado los testículos y arañado la cara. Después te he dado una paliza que casi te mato y te he contado las cosas más humillantes que me han pasado, y me dices que me amas. —Apoyó la cabeza en las rodillas y rió un poco más. Al cabo de unos minutos, se puso en pie y extendió una mano hacia mí mientras se secaba los ojos con la otra.

»No eres muy sensata, Sassenach. Pero de todas formas me gustas mucho. Vamos.

Se estaba haciendo tarde... o temprano, según se mirara. Era necesario cabalgar, si debíamos llegar a Bargrennan al amanecer. Me había recuperado lo suficiente para sentarme, aunque los efectos todavía se sentían.

Cabalgamos en un silencio amistoso durante un rato. Abandonada a mis pensamientos, consideré por primera vez qué ocurriría cuando lograra regresar al círculo de piedras enhiestas. Casada por coerción y dependiendo de Jamie por necesidad, no podía negar que me había encariñado mucho con él.

Sus sentimientos por mí eran quizá más claros. Unido en un principio por las circunstancias, luego por amistad y finalmente por una sorprendente e intensa pasión física, nunca me había deslizado ni siquiera un comentario casual con respecto a sus sentimientos. Y sin embargo...

Había arriesgado su vida por mí. Tal vez por respeto a su voto matrimonial. Había dicho que me protegería hasta con la última gota de su sangre. Y le creía.

Los sucesos de las últimas veinticuatro horas me conmovían más, en particular, el hecho de que hubiera compartido conmigo sus emociones y su vida personal, tanto lo bueno como lo malo. Si sentía por mí lo que yo pensaba que sentía, ¿qué pasaría si yo de pronto desaparecía? Los vestigios de incomodidad física disminuyeron en tanto pugnaba con estos pensamientos perturbadores.

Estábamos a unos cinco kilómetros de Bargrennan cuando Jamie quebró el silencio de improviso.

—No te he contado cómo murió mi padre —precisó con brusquedad.

—Dougal dijo que tuvo un derrame... quiero decir, una apoplejía —respondí, sobresaltada. Supuse que Jamie, a solas también con sus pensamientos, había estado meditando sobre su padre como resultado de nuestra conversación anterior. Pero no podía imaginar qué lo había conducido a este tema en particular.

—Sí. Pero...él... —Se interrumpió para evaluar sus palabras. Después se encogió de hombros, renunciando a la cautela. Respiró hondo y exhaló—. Debes saberlo. Tiene que ver con... las cosas. —El camino aquí era lo bastante ancho para que avanzáramos hombro con hombro, siempre que mantuviéramos la vista alerta en caso de rocas sobresalientes. La excusa que había dado a Dougal sobre mi caballo no había sido escogida al azar. —Sucedió en el fuerte —continuó, esquivando un pedazo de terreno malo—, donde estuvimos ayer. Donde Randall y sus hombres me llevaron desde Lallybroch. Donde me azotaron. Dos días después de la primera vez, Randall me mandó llamar a su oficina. Dos soldados fueron a buscarme a la celda y me llevaron al cuarto, al mismo donde te encontré. Por eso sabía dónde estaba. Nos cruzamos con mi padre en el patio. Había averiguado mi paradero y estaba allí para ver si podía sacarme de alguna forma. O al menos comprobar que me encontraba bien.

Espoleó con suavidad al caballo y lo urgió con un ligero chasquido de su lengua. Todavía no había amanecido, pero la noche había cambiado. Calculé que el sol saldría en

poco más de una hora.

—Cuando lo vi, me di cuenta de lo solo que me había sentido en aquel lugar... y de lo asustado que estaba. Los soldados no nos dejaron a solas pero me permitieron saludarlo. —Tragó fuerte y siguió—. Le dije que lo sentía... lo de Jenny y todo aquel lío lamentable. Pero él me silenció y me abrazó. Me preguntó si estaba muy mal herido..., sabía que me habían azotado..., y le contesté que no. Los soldados anunciaron entonces que debía irme. Mi padre me apretó los brazos y me recordó que no olvidara rezar. Agregó que me apoyaría, pasara lo que pasara, y que sólo debía mantener la frente alta y no preocuparme. Me besó en la mejilla y los soldados me llevaron. Fue la última vez que lo vi.

Su voz era firme, pero algo ronca. Yo tenía un nudo en la garganta. Si hubiera podido, lo habría tocado, pero el camino se estrechó a través de un pequeño valle y me vi forzada a marchar detrás de él durante unos metros. Cuando volvimos a estar a la par, Jamie ya se había recobrado.

—Así que —prosiguió, respirando profundamente—, entré a ver al capitán. Randall despachó a los soldados y me invitó a tomar asiento. Dijo que mi padre había ofrecido una fianza para que me liberaran pero que el cargo del que se me acusaba era muy grave. No podía salir bajo fianza sin un permiso escrito y firmado por el duque de Argyll, en cuyas tierras nos encontrábamos. De ello deduje que mi padre iba camino de ver a Argyll.

»Entretanto, agregó Randall, estaba el asunto de la segunda pena a la que había sido sentenciado. —Hizo una pausa, inseguro.

»Su actitud era... extraña. Muy cordial pero con algo subyacente que yo no entendía. No me quitaba los ojos de encima, como esperando que hiciera algo, aunque yo estaba sentado muy quieto.

»Se disculpó a medias. Dijo que lamentaba que nuestra relación hubiera sido tan difícil hasta el momento, que deseaba que las circunstancias hubieran sido diferentes y todo eso. —Sacudió la cabeza—. No podía imaginar de qué estaba hablando. Dos días antes, había hecho todo lo posible para azotarme hasta matarme. Cuando por fin fue al grano, no se anduvo con rodeos.

—¿Qué quería? —pregunté. Jamie me miró y luego desvió la vista. La oscuridad ocultaba sus facciones, pero me pareció que estaba avergonzado.

—A mí —declaró sin rodeos.

Me sobresalté tanto que el caballo movió la cabeza y relinchó con desaprobación. Jamie se encogió de hombros otra vez.

—Fue claro al respecto. Si yo..., ah, le entregaba mi cuerpo, él cancelaría la segunda pena. Si no lo hacía..., dijo que yo desearía no haber nacido.

Me sentí asqueada.

—Ya estaba deseando algo parecido —continuó con un dejo de humor—. Tenía el estómago como si hubiera masticado vidrio roto y de no haber estado sentado, me habrían flaqueado las rodillas.

—¿Pero qué...? —Mi voz brotó ronca. Me aclaré la garganta y empecé de nuevo—. ¿Qué hiciste?

Suspiró.

—Bueno, no te mentiré, Sassenach. Lo consideré. Tenía la espalda en carne viva por los primeros azotes. Apenas podía soportar la camisa. Y me mareaba cuando me ponía en pie. La idea de volver a pasar por eso..., atado e impotente, aguardando el próximo azote... —Se estremeció involuntariamente.

»No tenía mucha idea —explicó con ironía—, pero supuse que acceder a lo que me pedía Randall sería menos doloroso. Algunos hombres habían muerto bajo el látigo, Sassenach. Y por la expresión del capitán, deduje que ése sería mi destino si escogía esa opción. —Suspiró otra vez—. En fin..., pero todavía sentía el beso de mi padre en la mejilla. Recordé lo que él me había dicho y... no pude hacerlo, eso fue todo. No me detuve

a pensar qué significaría mi muerte para mi padre. —Resopló, como si algo le resultara divertido—. Además, recordé que había violado a mi hermana... Ni muerto lo haría conmigo.

A mí no me parecía nada divertido. Estaba viendo a Jack Randall otra vez, bajo una luz nueva y repugnante. Jamie se frotó la nuca y bajó la mano a la perilla de la montura.

—Así que reuní todo el valor que me quedaba y respondí que no, en voz bien alta. Y lo insulté con todos los calificativos sucios que se me ocurrieron, casi a gritos.

Hizo una mueca.

—Tenía miedo de cambiar de opinión si lo pensaba mejor. Quena asegurarme de que no había posibilidad de retroceder. Aunque supongo —añadió con aire pensativo— que no existe un modo discreto de rechazar una proposición de ese tipo.

—No —convine con seriedad—. Nada de lo que pudieras haberle dicho le habría complacido.

—No lo estaba. Me golpeó la boca con un revés de la mano para silenciarme. Me caí... todavía estaba un poco débil..., Randall me clavó la mirada. Sabía que no me convenía intentar levantarme, de modo que permanecí tirado allí hasta que llamó a los soldados para que me devolvieran a mi celda. —Meneó la cabeza—. Su expresión no se modificó ni una pizca. Justo cuando me iba, dijo: «Nos vemos el viernes», como si tuviéramos una cita de negocios o algo parecido.

Los soldados no habían llevado a Jamie de vuelta a la celda que había compartido con otros tres prisioneros. Esta vez lo pusieron en un cuarto a solas, para esperar el ajuste de cuentas del viernes sin otra distracción que la visita diaria del médico de la guarnición que le curaba la espalda.

—No era un buen médico —manifestó—, pero al menos era amable. El segundo día, además de la grasa de ganso y el carbón de leña, me trajo una pequeña Biblia que había pertenecido a un prisionero ya muerto. Dijo que tenía entendido que yo era papista y que hallara o no consuelo en la palabra de Dios, al menos podría comparar mis penurias con las de Job. —Rió—. Cosa extraña, resultó consolador. Nuestro Señor también había tenido que soportar los azotes. Y yo podía alegrarme de que no sería crucificado después. Por otra parte —precisó con gravedad—, Nuestro Señor no fue forzado a escuchar propuestas indecentes de Poncio Pilatos.

Jamie había conservado la pequeña Biblia. Hurgó en su alforja y me la entregó para que la mirara. Era un volumen gastado y de tapas de cuero, de unos doce centímetros de largo. El papel era tan delgado que las palabras de un lado se veían por el otro. En la guarda estaba escrito ALEXANDER WILLIAM RODERICK MACGREGOR, 1733. La tinta estaba descolorida y borrosa y las cubiertas combadas como si el libro se hubiera mojado más de una vez.

Le di la vuelta con curiosidad. A pesar del tamaño, debió de requerir cierto esfuerzo conservarlo durante los viajes y aventuras de los últimos cuatro años.

—Nunca te he visto leerla —comenté. Se la devolví.

—No. No la guardo por eso —dijo. La introdujo en la alforja, acariciando el borde de la tapa gastada con un pulgar. Palmeó la alforja con aire distraído—. Tengo una deuda pendiente con Alex MacGregor. Pienso cobrármela algún día.

»Finalmente —prosiguió, retomando la historia—, llegó el viernes. No sé si me sentía feliz o triste. La espera y el temor fueron casi peor de lo que imaginaba que sería el dolor. Sin embargo, cuando lo sentí... —Hizo ese gesto raro típico de él que consistía en un encogimiento de hombros para despegarse la camisa de la espalda—. Bueno, has visto las marcas. Sabes cómo fue.

—Sólo porque Dougal me lo contó. Dijo que él estaba allí.

Jamie asintió.

—Aja. Estaba allí. Y mi padre también, aunque yo no lo sabía. En aquel momento,

no podía pensar en otra cosa que no fueran mis propios problemas.

—Ah... —aventuré con lentitud— y tu padre...

—Mmm. Fue entonces cuando sucedió. Algunos de los hombres me contaron después que pensaron que yo estaba muerto. Y supongo que mi padre creyó lo mismo. —Vaciló. Su voz era ronca al continuar. —Según Dougal, cuando me desmayé, mi padre emitió un suave sonido y se llevó una mano a la cabeza. Luego se desplomó como una roca. Y nunca más se levantó.

Los pájaros comenzaban a moverse en el brezal. Gorjeaban y piaban desde las hojas oscuras y quietas de los árboles. Jamie tenía la cabeza agachada, su rostro aún invisible.

—No supe que había muerto —murmuró—. No me lo dijeron hasta un mes después... cuando pensaron que estaba lo bastante fuerte para resistirlo. O sea que no lo enterré, como debí haberlo hecho. Y nunca he visto su tumba... porque temo volver a casa.

—Jamie —susurré—. Oh, Jamie, querido.

Al cabo de lo que pareció un largo silencio, añadí:

—Pero no te sientas... no debes sentirte responsable. No había nada que pudieras haber hecho, Jamie. Ni actuado de un modo diferente.

—¿No? —inquirió—. No, tal vez no. Aunque me pregunto si habría ocurrido lo mismo de haber escogido la otra alternativa. Pero saberlo no alivia en nada mis sentimientos... y siento como si lo hubiera matado con mis propias manos.

—Jamie... —Me interrumpí, impotente. Cabalgó un rato callado, luego se enderezó y cuadró los hombros.

—No se lo he contado a nadie —confesó—. Pero pensé que ahora debías saberlo... me refiero a lo de Randall. Tienes derecho a saber qué hay entre él y yo.

«¿Qué hay entre él y yo?» La vida de un buen hombre, el honor de una muchacha y una lujuria indecente que se desahogaba a través de la sangre y el temor. Y, comprendí con el estómago revuelto, ahora algo más: yo. Por primera vez, comencé a entender lo que había sentido Jamie, acuclillado en la ventana de la oficina de Randall, con un arma descargada en la mano. Y empecé a perdonarle por lo que me había hecho. Como si hubiera leído mi mente, preguntó sin mirarme:

—¿Sabes... es decir, puedes entender por qué creí necesario golpearte?

Esperé un momento antes de contestar. Entendía perfectamente. Pero había algo más.

—Entiendo —respondí—. Y en lo que se refiere a eso, te perdono. ¡Lo que no puedo perdonarte —agregué, levantando la voz involuntariamente—, es que lo hayas disfrutado!

Se inclinó en la montura y rió durante largo rato. Dio rienda suelta a su tensión antes de echar la cabeza hacia atrás y mirarme. El cielo se había aclarado un poco y podía ver su rostro, marcado por el cansancio, la tensión y el regocijo. Los rasguños de su mejilla se veían negros en la penumbra.

—¡Que lo haya disfrutado! Sassenach —expresó jadeando—, no imaginas cuánto lo disfruté. Estabas tan... ¡Cielos!, estabas hermosa. Te resististe con tanto ímpetu y yo estaba tan furioso. Odiaba lastimarte, pero al mismo tiempo deseaba hacerlo... ¡caramba! —Se interrumpió y se limpió la nariz—. Sí. Sí, lo disfruté... Aunque hablando del tema —añadió—, debes reconocer que estuve comedido.

Me estaba enfadando de nuevo. Sentía las mejillas ruborizadas y acaloradas en el aire frío del amanecer.

—¿Comedido? No tuve esa impresión. Más bien la contraria. ¡Casi me dejas lisiada, escocés arrogante!

—Si lo hubiera querido, Sassenach, lo habría hecho —respondió con sequedad—. No, me refiero a después. Por si no lo recuerdas, dormí en el suelo.

Lo escudriñé con los ojos entornados y respirando por la nariz.

—Ah... ¿eso fue comedimiento?

—Bueno, no me pareció correcto avasallarte en ese estado, por mucho que lo deseara. Y lo deseaba —precisó, riendo de nuevo—. Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para contener mis instintos.

—¿Avasallarme? —repetí, distraída por la palabra.

—En esas circunstancias, no lo llamaría «hacer el amor», ¿verdad?

—Lo llames como lo llames —repuse con calma—, fue una suerte que no lo intentaras o ahora te faltarían ciertas partes valiosas de tu anatomía.

—La posibilidad se me ocurrió.

—Y si crees que mereces un aplauso por refrenarte noblemente de cometer violación además de agresión... —La ira me ahogó.

Avanzamos unos ochocientos metros en silencio. Luego Jamie suspiró con fuerza.

—Tal vez no debí empezar esta conversación. Lo que intentaba hacer era allanar el camino para pedirte que me permitieras volver a compartir la cama contigo cuando lleguemos a Bargrennan. —Se interrumpió con timidez—. El suelo es un poco frío.

Cabalgué durante más de cinco minutos antes de responder. Cuando hube decidido qué decir, me adelanté, atravesé el caballo en el camino y tiré de las riendas, de manera que Jamie se vio obligado a detenerse también. Bargrennan estaba a la vista; los tejados apenas se veían en la luz del amanecer.

Espoleé mi caballo para ponerlo paralelo al de Jamie. Nos separaban unos treinta centímetros. Lo miré a los ojos un minuto antes de hablar.

—¿Me concedería el honor de compartir mi cama, amo y señor mío? —inquirí, cortés.

Obviamente sospechando algo, Jamie reflexionó un instante y luego asintió con igual formalidad.

—Lo haré. Gracias. —Estaba alzando las riendas para continuar la marcha cuando lo detuve.

—Una cosa más, mi señor —dije, todavía atenta.

—¿Sí?

Moví la mano con rapidez hacia el bolsillo oculto en mi falda. La luz del amanecer encendió chispas en la hoja de la daga presionada contra el pecho de Jamie.

—¡Si alguna vez vuelves a levantarme la mano, James Fraser —mascullé con los dientes apretados—, te arrancaré el corazón y lo freiré para el desayuno!

Hubo un prolongado silencio, quebrado sólo por el movimiento de los caballos y el crujido de los arneses. Después Jamie extendió una mano con la palma hacia arriba.

—Dámela. —Al ver que yo titubeaba, manifestó con impaciencia—. No te haré daño. ¡Dámela!

Cogió el puñal por la hoja, vertical, de modo que el sol naciente se reflejó en la adularía y la hizo resplandecer. Sosteniendo la daga como un crucifijo, recitó algo en gaélico. Reconocí las palabras de la ceremonia de juramento en la sala del castillo. Pero Jamie me proporcionó a continuación la traducción en inglés.

—Juro por la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y por el puñal que sostengo que te seré fiel y leal. Si mi mano llegara a levantarse contra ti en rebelión o enfado, ruego que este santo puñal atraviese mi corazón. —Besó la daga en la unión de mango y hoja y me la devolvió—. No pronuncio amenazas inútiles, Sassenach —añadió y enarcó una ceja—. Y no hago votos frívolos. Ahora, ¿puedo compartir tu cama?

23

El regreso a Leoch

Dougal nos esperaba fuera, junto al cartel del Jabalí Rojo. Se paseaba de un lado a otro con impaciencia.

—Lo has logrado, ¿eh? —preguntó y me observó con aprobación mientras desmontaba sin ayuda, tambaleándome apenas un poco—. Muchacha valiente... dieciséis kilómetros sin un quejido. Ahora váyase a la cama; se lo ha ganado. Jamie y yo nos ocuparemos de los caballos. —Me palmeó con gentileza en el trasero. Seguí su sugerencia encantada y me quedé dormida casi antes de tocar la almohada con la cabeza.

Ni me inmuté cuando Jamie se acomodó a mi lado, pero desperté de pronto al atardecer, convencida de que había olvidado algo importante.

—¡Horrocks! —exclamé con brusquedad y me senté en la cama.

—¿Eh? —Jamie se despertó sobresaltado. Se deslizó de la cama a toda velocidad y acabó acuclillado en el suelo, con la mano en el puñal que había dejado encima de la ropa—. ¿Qué pasa?

Contuve una risita al verlo agazapado desnudo y con el pelo de punta.

—Pareces un erizo asustado —comenté.

Me miró con resentimiento y se puso en pie. Colocó el puñal de nuevo sobre el banco con su ropa.

—¿No podías esperar a que despertara para decirme eso? —dijo—. ¿Pensaste que obtendrías un efecto mejor si me despertabas de un sueño profundo gritándome «¡Horror!» al oído?

—Horror no —corregí—. Horrocks. De repente, recordé que había olvidado preguntarte sobre él. ¿Te has visto con él?

Se sentó en la cama y hundió la cabeza entre las manos. Se frotó el rostro con vigor, como para estimular la circulación.

—Ah, sí —respondió a través de los dedos—. Sí, me he visto con él.

Comprendí por el tono de voz que la información del desertor no había sido buena.

—¿Se ha negado a revelarte nada? —pregunté. Ésa había sido siempre una posibilidad, aunque Jamie había ido preparado para desprenderse no sólo de su propio dinero y de algo cedido por Dougal y Colum, sino incluso del anillo de su padre, llegado el caso.

Se recostó en la cama junto a mí y fijó la vista en el techo.

—No —dijo—. Habló. Y a un precio razonable.

Me apoyé en un codo para poder mirarlo a la cara.

—¿Y? ¿Quién mató al sargento mayor?

Se volvió hacia mí con una sonrisa triste.

—Randall —declaró. Y cerró los ojos.

—¿Randall? —repetí, confundida—. ¿Pero por qué?

—No lo sé —contestó con los ojos aún cerrados—. Puedo adivinarlo, quizá, pero no importa demasiado. No hay forma de probarlo.

Tuve que aceptar que tenía razón. Me eché hacia atrás junto a él y contemplé las

vigas de roble negras del techo.

—¿Qué puedes hacer? —aventuré—. ¿Ir a Francia? ¿O tal vez...? —Se me ocurrió una buena idea—. ¿Tal vez a América? Podrías prosperar en el Nuevo Mundo.

—¿Cruzar el océano? —Se estremeció—. No, no podría hacerlo.

—¿Y entonces qué? —le urgí y giré la cabeza hacia él. Abrió un ojo y me miró con desazón.

—Para empezar, había pensado dormir una hora más —dijo—, pero veo que no será posible. —Resignado, se sentó y apoyó la espalda contra la pared. Había estado demasiado cansada para quitar las mantas antes de acostarme y había una mancha negra sospechosa en la colcha cerca de la rodilla de Jamie. No le quité la vista de encima mientras hablaba.

—Es cierto —convino—, podríamos ir a Francia.

Di un respingo. Por un momento, había olvidado que fuera lo que fuera lo que él decidiera hacer, ahora yo estaba incluida en la decisión.

—Pero no hay mucho para mí allí—prosiguió y se rascó el muslo—. Podría entrar en el ejército, pero esa no es vida para ti. También podríamos ir a Roma y unirnos a la corte del rey Jacobo. Eso podría arreglarse. Tengo unos tíos y primos Fraser con contactos allí que me ayudarían. No me atrae la política, y menos los príncipes, pero sí, es una posibilidad. Pero antes intentaría aclarar mi situación en Escocia. Si lo hiciera, en el peor de los casos terminaría como un pequeño colono en las tierras de los Fraser; y en el mejor, tal vez podría regresar a Lallybroch. —Su rostro se ensombreció y supe que estaba pensando en su hermana—. Si fuera por mí —añadió en un susurro—, no iría. Pero ya no estoy solo.

Me miró y sonrió. Su mano acarició con gentileza mi cabello.

—A veces olvido que ahora estás tú, Sassenach.

Me sentí pésimamente mal. De hecho, como una traidora. Ahí estaba él, haciendo planes que afectarían su vida entera, tomando en consideración mi comodidad y seguridad mientras que yo había tratado de abandonarlo y en el proceso, lo había expuesto a un gran peligro. No había sido mi intención, pero eso no cambiaba los hechos. Incluso ahora, estaba pensando en que debía intentar convencerle de no ir a Francia puesto que eso me alejaría de mi objetivo: el círculo de piedras.

—¿Hay alguna manera de que puedas quedarte en Escocia? —pregunté y aparté la mirada. Me pareció que la mancha negra en la colcha se había movido, pero no estaba segura. Volví a clavar la vista en aquello, con más intensidad.

La mano de Jamie se paseó debajo de mi cabello y comenzó a acariciar mi cuello.

—Sí —repuso con aire pensativo—. Tal vez la haya. Por eso Dougal me esperó levantado. Tenía noticias.

—¿En serio? ¿De qué tipo? —Volví la cabeza para mirarlo. El movimiento acercó mi oreja a sus dedos y los deslizó con suavidad en torno a ella. Deseé arquear mi cuello y ronronear como un gato. Sin embargo, reprimí el impulso para averiguar qué planeaba hacer.

—Un mensajero de Colum —explicó—. No pensó encontrarnos aquí y se cruzó por accidente con Dougal en el camino. Dougal debe regresar de inmediato a Leoch y dejar que Ned Gowan se encargue del resto de los arrendatarios. Dougal sugirió que volviéramos con él.

—¿A Leoch? —No era Francia, pero tampoco mucho mejor—. ¿Por qué?

—Se espera pronto la llegada de un visitante. Un noble inglés que ha hecho tratos con Colum en el pasado. Es un hombre poderoso y quizá se le pueda persuadir de que haga algo por mí. No he sido juzgado ni condenado por asesinato. Él podría lograr que se anulara la acusación o que me perdonaran. —Hizo una mueca irónica—. Me rebela bastante ser perdonado por algo que no he hecho, pero es mejor que ser colgado.

—Sí, es verdad. —La mancha se estaba «moviendo». Traté de enfocar la vista en ella y bizqueé—. ¿Quién es el noble inglés?

—El duque de Sandringham.

Me enderecé bruscamente con una exclamación.

—¿Qué te sucede, Sassenach? —preguntó Jamie con alarma. Apunté un dedo tembloroso a la mancha negra. Ahora avanzaba por la pierna de Jamie a paso lento pero decidido.

—¿Qué es eso? —dije.

Jamie la observó y la apartó despreocupadamente con la uña.

—¿Ah, eso? Es sólo un chinche, Sassenach. Nada de que...

Mi huida precipitada lo interrumpió. Al oír la palabra «chinche», salí disparada de la cama y pegué la espalda contra la pared, lo más lejos posible del prolífico nido de sabandijas, como imaginaba ahora a nuestra cama.

Jamie me observó un momento.

—¿Dijiste un erizo asustado? —preguntó. Ladeó la cabeza sin dejar de examinarme—. Mmm —añadió y se alisó el cabello con una mano—. Por lo menos, asustada. Aunque no cabe duda que sigues siendo una cosita con rizos encantadora. —Rodó hacia mí y estiró una mano—. Ven aquí. No nos iremos antes del anochecer. Y ya que no vamos a dormir...

Al final, dormimos un poco más, abrazados pacíficamente en el suelo, sobre una cama dura pero sin chinches compuesta por mi capa y la falda de Jamie.

Hicimos bien en dormir mientras pudimos. Ansioso por llegar al castillo Leoch antes que el duque de Sandringham, Dougal impuso un paso veloz y un horario agotador. Como viajábamos sin carros, avanzábamos más deprisa, a pesar del mal estado de los caminos. Sin embargo, Dougal nos apremiaba y nos detuvimos sólo lo indispensable para descansar un poco.

Para cuando atravesamos los portones de Leoch, estábamos casi tan sucios como la primera vez. Y por cierto, igual de cansados.

Desmonté en el patio y tuve que agarrarme del estribo para no caer. Jamie me sujetó del codo y al ver que no podía estar de pie, me cogió en sus brazos. Me acarreó a través de la arcada, dejando los caballos a los mozos de cuadra y encargados del establo.

—¿Tienes hambre, Sassenach? —me preguntó y se detuvo en el pasillo. La cocina quedaba en una dirección, las escaleras a las habitaciones, en la otra. Gruñí y me esforcé por mantener los ojos abiertos. Tenía hambre, pero sabía que terminaría de bruces en la sopa si intentaba comer antes de dormir.

Noté que algo se movía a un lado. Abrí los ojos débilmente y vi la figura enorme de la señora FitzGibbons asomando con incredulidad junto a mí.

—¿Qué le sucede a la pobrecita? —preguntó a Jamie—. ¿Ha tenido algún accidente?

—No, sólo se ha casado conmigo —respondió él—. Aunque si prefiere llamarlo un accidente, puede hacerlo. —Se movió para abrirse paso entre lo que resultó ser una creciente multitud de criadas de la cocina, mozos, cocineras, jardineros, soldados y una variedad de habitantes del castillo, atraídos por las preguntas vociferantes de la señora Fitz.

Jamie se decidió y giró a la derecha, hacia las escaleras, dando respuestas incoherentes a la andanada de preguntas. Parpadeando como un búho contra su pecho, lo único que yo podía hacer era saludar con la cabeza al gentío que nos daba la bienvenida. La mayoría de los rostros parecían amigables además de curiosos.

Al llegar a una esquina del pasillo, divisé un rostro mucho más amistoso que los

demás. Era la chica Laoghaire con la expresión brillante y radiante al oír la voz de Jamie. Sus ojos se agrandaron y la boca como una rosa se abrió con una falta total de gracia al ver lo que él llevaba en brazos.

No tuvo tiempo de hacer preguntas. La agitación y el alboroto cesaron de repente. Jamie se detuvo. Alcé la cabeza y vi a Colum. Su rostro sorprendido estaba a la misma altura que el mío.

—¿Qué...? —comenzó.

—Se han casado —intervino la señora Fitz con una sonrisa—. ¡Qué romántico! Puede darles su bendición, señor. Entretanto, les prepararé un cuarto. —Se volvió y se encaminó hacia las escaleras. Dejó una abertura bastante considerable en la multitud. A través de ella, pude vislumbrar el rostro pálido de Laoghaire.

Colum y Jamie hablaban, las preguntas y explicaciones chocaban en el aire. Empezaba a despertarme, aunque sena una exageración afirmar que estaba plenamente consciente.

—Bueno —decía Colum con no demasiada aprobación—, si se han casado, hecho está. Tendré que hablar con Dougal y Ned Gowan..., habrá asuntos legales que atender. Según los términos del contrato de bienes dótales de tu madre, tienes derecho a ciertas cosas cuando te cases.

Sentí que Jamie se ponía tenso.

—Ya que lo mencionas —respondió con aire casual—, supongo que es cierto. Y una de las cosas a las que tengo derecho es a una parte de las rentas trimestrales de las tierras de los MacKenzie. Dougal ha traído lo que ha recaudado hasta ahora. ¿Qué te parece si le dices que separe mi parte cuando haga las cuentas? Ahora, si me disculpas, tío, mi esposa está cansada. —Y acomodándome en una posición más firme, se volvió hacia las escaleras.

Me tambaleé a través de la habitación, todavía con las piernas flojas, y me derrumbé agradecida sobre la enorme cama adoselada a la que nuestra nueva condición de recién casados aparentemente nos daba derecho. Era suave, tentadora y —gracias a la siempre alerta señora Fitz— limpia. Me pregunté si valdría la pena levantarme y lavarme la cara antes de sucumbir a la necesidad de dormir.

Había decidido no moverme cuando vi que Jamie, que no sólo se había lavado la cara y las manos sino además cepillado el cabello, se dirigía a la puerta.

—¿No vas a dormir? —le grité. Debía de estar tan fatigado como yo, aunque no tan dolorido por la montura.

—Dentro de un rato, Sassenach. Primero tengo algo que hacer.

Salió. Me quedé mirando la puerta de roble con una sensación muy fea en la boca del estómago. Estaba recordando la alegría expectante en el rostro de Laoghaire al doblar la esquina y oír la voz de Jamie. Y la expresión de desconcierto y furia que la reemplazó cuando me descubrió en sus brazos. Recordé la ligera tensión de los músculos de Jamie ante la aparición de la joven y deseé con todo mi corazón haber podido ver su cara en ese momento. Supuse que había ido a visitarla, exhausto pero limpio y peinado, para darle la noticia de nuestro casamiento. De haber visto su rostro, tendría idea de lo que pensaba decirle.

Absorta en los sucesos del último mes, había olvidado por completo a la muchacha... y lo que podría significar para Jamie, o él para ella. En realidad, había pensado en ella cuando surgió por primera vez la cuestión de nuestro abrupto casamiento. Y en ese momento, Jamie no había dejado entrever que ella constituyera un impedimento en lo que a él se refería.

Pero desde luego, si el padre de Laoghaire no le permitía casarse con un fugitivo —y si Jamie necesitaba una esposa para poder obtener su parte de las rentas de los MacKenzie— bueno, en ese caso, cualquier esposa daría lo mismo y sin duda, él se casaría con la primera que se le pusiera a mano. Creía conocer a Jamie lo suficiente para saber que era un hombre muy práctico..., como debía serlo alguien que había pasado los últimos años de su vida huyendo. No dejaría que sus decisiones se vieran afectadas por un sentimiento o la atracción de mejillas como pétalos de rosa y de cabello como oro líquido. Pero eso no significaba que el sentimiento o la atracción no existieran.

Después de todo, estaba la escena que yo había presenciado en el nicho: Jamie besando con ardor a la muchacha sentada en sus rodillas. «He tenido a otras mujeres en mis brazos», su voz retumbó en mi mente, «me aceleraba el corazón y me cortaba el aliento...». Me sorprendí con los puños cerrados en la manta amarilla y verde. Los abrí y me enjugué las palmas en la falda. Advertí que estaban muy sucias, con la mugre acumulada de dos días.

Me levanté y fui a la palangana, olvidando mi cansancio. Descubrí con cierto asombro lo mucho que me disgustaba el recuerdo de Jamie besando a Laoghaire. También recordé lo que él había dicho sobre eso... «Es mejor casarse que arder, y en ese momento, yo estaba en llamas.» Ardí un poco yo misma y me ruboricé con intensidad al evocar el efecto de los besos de Jamie en mis labios. En llamas..., por cierto.

Me eché agua en la cara y farfullé, tratando de disipar el sentimiento. No tenía derecho alguno sobre los afectos de Jamie, me dije con firmeza. Me había casado con él por necesidad. Y él lo había hecho por sus propios motivos. Uno de ellos era el deseo claramente expresado de perder su virginidad.

Al parecer, otra de las razones era que necesitaba una esposa para recaudar sus ingresos y no podía inducir a una muchacha de su misma clase a casarse con él. Un motivo menos halagador que el primero, aunque más elevado.

Ya bastante despierta, me quité con lentitud la ropa sucia del viaje y me puse una limpia suministrada, junto con la palangana y la jarra, por las criadas de la señora Fitz. Cómo se las había ingeniado para proveer alojamiento a una pareja recién casada en el poco tiempo transcurrido entre el abrupto anuncio de Jamie a Colum y lo que habíamos tardado en subir las escaleras, era un enigma. La señora Fitz, pensé, habría sido una gerente estupenda del Waldorf-Astoria o del Ritz de Londres.

El pensamiento me provocó una súbita añoranza de mi mundo. «¿Qué estoy haciendo aquí?», me pregunté por milésima vez. ¿En este lugar extraño, lejos de todo lo conocido, de mi hogar, mi esposo y mis amigos, abandonada y sola entre gentes medio salvajes? Durante las últimas semanas con Jamie, había comenzado a sentirme segura, incluso feliz, a ratos. Pero ahora me daba cuenta de que esa felicidad era una ilusión, aunque la seguridad no lo fuera.

No tenía ninguna duda de que él cumpliría con lo que consideraba sus responsabilidades y que continuaría protegiéndome de cualquier amenaza de peligro. Pero aquí, de regreso del aislamiento irreal de nuestros días entre las colinas silvestres y los caminos polvorientos, las posadas sucias y el heno fragante, seguramente él sentía, como yo, la influencia de sus antiguas asociaciones. Nos habíamos unido mucho durante nuestro mes de casados, pero yo había intuido que esa unión se quebraba bajo las tensiones de los últimos días. Y ahora suponía que podría hacerse añicos en medio de las realidades prácticas de la vida en el castillo Leoch.

Apoyé la cabeza contra la piedra del marco de la ventana y contemplé el patio. Alec McMahon y dos de sus mozos de cuadra estaban en un rincón lejano, cepillando los caballos en los que habíamos llegado. Los animales, después de comer y beber adecuadamente por primera vez en dos días, rezumaban satisfacción en tanto manos dispuestas restregaban los costados brillantes y quitaban la tierra de los jarretes y espolones

con trozos de paja. Uno de los criados del establo se alejó con mi pequeño y gordo *Cardo,* que lo siguió, contento, hacia su bien merecido descanso en las caballerizas.

Y con él, pensé, se alejaron mis esperanzas de una fuga inminente y el retorno a mi mundo. Oh, Frank. Cerré los ojos y dejé que una lágrima se deslizara por mi nariz. De pronto, abrí los ojos, parpadeé y los cerré con fuerza en un intento desesperado por recordar las facciones de Frank. Por un instante, cuando cerré los ojos, no había visto a mi amado esposo sino a su antepasado, Jack Randall. Los labios anchos del capitán se curvaban en una sonrisa cínica. Y al retroceder mentalmente de esa imagen, mi mente había evocado de inmediato la figura de Jamie, con el rostro contraído por el temor y la furia, tal como lo había visto en la ventana de la oficina privada de Randall. Por mucho que lo intentara, no lograba traer una imagen clara de Frank a mi memoria.

Un pánico frío me invadió. Me cogí los codos. ¿Y si hubiera logrado escapar y hallar el camino de regreso al círculo de piedras? ¿Qué habría pasado?, pensé. Jamie encontraría consuelo pronto... quizá con Laoghaire. Me había preocupado su reacción cuando descubriera mi huida. Pero excepto por el efímero momento de pesar al borde del arroyo, no se me había ocurrido preguntarme qué sentiría yo al abandonarlo.

Jugueteé nerviosamente con la cinta que cerraba el cuello de mi blusa, atándola y desatándola. Si tenía intenciones de marcharme —y las tenía—, nos estaba perjudicando a ambos al dejar que el vínculo entre nosotros se fortaleciera. No debía permitir que Jamie se enamorara de mí.

Si es que cabía tal posibilidad, pensé, y recordé una vez más a Laoghaire y la conversación con Colum. Si él se había casado con tanta sangre fría como parecía, tal vez sus sentimientos estuvieran más a salvo que los míos.

Entre la fatiga, el hambre, la desilusión y la inseguridad, había logrado quedar reducida a un estado de desdicha y confusión tal que no podía dormir ni estarme quieta. Paseaba con angustia por la habitación, levantando y bajando objetos al azar.

La puerta se abrió y la corriente de aire resultante alteró el delicado equilibrio del cepillo que había estado balanceando, anunciando el regreso de Jamie. Estaba ruborizado y extrañamente excitado.

—Ah, estás despierta —manifestó. Era evidente que eso lo sorprendía y desconcertaba.

—Sí —respondí secamente—. ¿Esperabas encontrarme dormida para poder regresar con ella?

Sus cejas se juntaron un momento y luego se enarcaron en un gesto inquisitivo.

—¿Ella? ¿Te refieres a Laoghaire?

De pronto, escuchar el nombre pronunciado con esa cadencia escocesa casual me enfureció irracionalmente.

—¡Ah, así que has estado con ella! —le increpé.

Jamie parecía perplejo y circunspecto, aunque algo irritado.

—Sí —contestó—. Nos encontramos en las escaleras cuando yo salía. ¿Te sientes bien, Sassenach? Tienes mal aspecto. —Me observó con atención. Cogí el espejo y vi que mi cabello estaba reunido en una melena tupida alrededor de la cabeza; además, tenía ojeras profundas. Dejé el espejo con un golpe.

—Estoy muy bien —declaré en un esfuerzo por controlarme—. ¿Y cómo está Laoghaire? —inquirí con fingida indiferencia.

—Oh, estupendamente —respondió. Se apoyó contra la puerta de brazos cruzados y me observó con aire pensativo—. Un poco extrañada por la noticia de nuestra boda, supongo.

—Estupendamente —repetí y respiré hondo. Cuando alcé la cabeza, vi que él sonreía.

—¿No estarás preocupada por la muchacha, verdad, Sassenach? —preguntó,

perspicaz—. No significa nada para ti... ni para mí —agregó.

—¿Ah, no? No quiso, o no pudo, casarse contigo. Y tú necesitabas a alguien, así que me tomaste cuando se te presentó la oportunidad. No te culpo por eso..., pero...

Atravesó la habitación con dos pasos y me cogió las manos, interrumpiéndome. Puso un dedo debajo de mi barbilla y me obligó a mirarlo.

—Claire —expresó con calma—, cuando sea el momento apropiado, te contaré por qué me casé contigo... o tal vez no. Te pedí honestidad y te he correspondido. Y ahora seré honesto. Esa chica no tiene derecho a reclamarme nada, excepto cortesía. —Me apretó ligeramente la barbilla—. Pero ese derecho es suyo y lo respetaré. —Me soltó la barbilla y le dio un golpecito suave—. ¿Me estás escuchando, Sassenach?

—¡Claro que te estoy escuchando! —Me aparté y me froté la barbilla con resentimiento—. Y estoy segura de que serás muy cortés con ella. Pero la próxima vez, corre la cortinas del nicho..., no quiero verlo.

Las cejas color cobre se enarcaron con brusquedad y el rostro se enrojeció un poco.

—-¿Estás sugiriendo que te he sido infiel? —aventuró, incrédulo—. Hace menos de una hora que regresamos al castillo. Estoy cubierto de sudor y del polvo de dos días de cabalgata. Me siento tan cansado que me tiemblan las rodillas. ¿Y tú piensas que he salido corriendo a seducir a una joven de dieciséis años? —Meneó la cabeza con estupor—. No sé si pretendes elogiar mi virilidad, Sassenach, o insultar mi moral, pero ninguna de las posibilidades me importa demasiado. Murtagh me dijo que las mujeres eran irracionales. ¡Pero santo cielo! —Se pasó una mano por el cabello. Las puntas cortas se levantaron desordenadas.

—¡Por supuesto que no estoy diciendo que has estado seduciéndola! —exclamé, tratando de infundir un aire de serenidad a mi voz—. Sólo estoy diciendo... —Se me ocurrió que Frank habría manejado este tipo de situaciones con mucha más gracia de la que yo estaba dando muestras. Y sin embargo, igual me hubiera enfurecido. Quizá no existiera una buena forma de sugerir tal posibilidad a la propia pareja. —Simplemente me refiero a que... a que me doy cuenta de que te casaste conmigo por tus propios motivos... y esos motivos son asunto tuyo —me apresuré a añadir— y que no tengo ningún derecho sobre ti. Eres libre de comportarte como quieras. Si tú..., si existe otra atracción..., quiero decir..., no interferiré —concluí sin convicción. Me ardían las mejillas y las orejas.

Levanté la cabeza y noté que él también tenía las orejas coloradas, bastante, así como el resto desde el cuello hacia arriba. Incluso los ojos, inyectados de sangre por la falta de sueño, parecían arder.

—¡Ningún derecho sobre mí! —gritó—. ¿Y qué crees que es un voto matrimonial? ¿Sólo palabras en una iglesia? —Descargó un puño grandote en la cómoda con un estampido que hizo vibrar la jarra de porcelana—. Ningún derecho —masculló, como si hablara consigo mismo—. Libre para comportarme como quiera. ¡¿Y no interferirás?!

Se agachó para quitarse las botas. Después las recogió y las arrojó contra la pared, una tras otra, con todas sus fuerzas. Di un respingo cuando golpearon contra las piedras y rebotaron al suelo. Luego se quitó la capa violentamente y la tiró con descuido a sus espaldas. Comenzó a caminar hacia mí, indignado.

—¿Así que no tienes ningún derecho sobre mí, Sassenach? Me dejas libre para escoger mi placer a mi antojo, ¿es eso? ¿Es eso? —exigió saber.

—Eh, bueno, sí —contesté. Retrocedí involuntariamente— Eso he querido decir. —Me cogió de los brazos y sentí que la combustión se había extendido hasta sus manos. Las palmas encallecidas me quemaban tanto la piel que me aparté por reflejo.

—Tal vez no tengas ningún derecho sobre mí, Sassenach. ¡Pero yo tengo uno sobre ti! Ven aquí. —Me rodeó el rostro con las manos y apoyó su boca sobre la mía. No hubo gentileza ni dulzura en ese beso y me resistí, tratando de alejarme.

Jamie se inclinó, pasó un brazo debajo de mis rodillas y me levantó, ignorando mis

intentos por bajarme. No me había dado cuenta de lo fuerte que era.

—¡Suéltame! —protesté—. ¿Qué crees que estás haciendo? —Bueno, supongo que es bastante evidente, Sassenach —masculló. Agachó la cabeza y la mirada clara me traspasó como un hierro caliente—. Aunque si necesitas que te lo diga —agregó—, te llevaré a la cama. Ahora. Y te quedarás ahí hasta que hayas aprendido cuál es mi derecho sobre ti. —Me besó otra vez, deliberadamente fuerte, y sofocó mi protesta.

—¡No quiero dormir contigo! —exclamé cuando por fin liberó mi boca.

—No pienso dormir, Sassenach —repuso con calma—. Todavía no. —Llegó a la cama y me depositó con suavidad sobre la manta de flores.

—¡Sabes muy bien a qué me refiero! —Me volví con la intención de escapar por el otro lado, pero una mano firme en el hombro me detuvo y me enfrentó a Jamie otra vez—. ¡Tampoco quiero hacer el amor contigo!

Ojos azules me fulminaron a corta distancia. Me costaba respirar.

—No me interesan tus preferencias, Sassenach —contestó en tono peligrosamente bajo—. Eres mi esposa, como te he dicho en numerosas ocasiones. Aunque no hayas querido casarte conmigo, escogiste hacerlo. Y por si no te diste cuenta en su momento, tu parte del voto incluía la palabra «obedecer». ¡Eres mi esposa y si te deseo, mujer, te tendré y al diablo contigo! —La voz se elevó gradualmente hasta acabar casi en un grito.

Me arrodillé sobre la cama con los puños apretados a los lados y le respondí también a gritos. La angustia contenida de la última hora había llegado a su punto más álgido. Y exploté.

—¡Al diablo contigo, cerdo fanfarrón! ¿Crees que puedes ordenarme que me meta en tu cama? ¿Usarme como a una puta cuando te da la gana? ¡Pues no puedes, jodido bastardo! ¡Hazlo y no serás mejor que tu querido capitán Randall!

Me miró airado un momento. Luego se apartó con brusquedad.

—Vete —dijo, señalando la puerta con la cabeza—. ¡Si eso es lo que piensas de mí, vete! No te lo impediré.

Vacilé un instante y le observé. Tenía la mandíbula apretada y se alzaba sobre mí como el Coloso de Rodas. En esta ocasión, reprimía su cólera con firmeza, aunque estaba tan furioso como lo había estado a la vera del camino cerca de Doonesbury. Pero hablaba en serio. Si yo elegía marcharme, no me detendría.

Levanté la barbilla con los dientes tan apretados como él.

—No —pronuncié—. No. No huyo de las cosas. Y no te temo.

Me clavó la mirada en la garganta, donde mi pulso latía a un ritmo frenético.

—Me doy cuenta —contestó. Su rostro se relajó hasta adoptar una expresión de asentimiento. Se sentó en la cama, manteniendo una buena distancia entre nosotros. Abandoné la posición de rodillas y me senté con precaución. Jamie respiró hondo varias veces antes de hablar. La cara comenzaba a recobrar su tono rosado natural.

—Yo tampoco huyo, Sassenach —musitó con voz ronca—. Pero dime. ¿Qué significa «jodido»?

Mi sorpresa debió de ser obvia, puesto que agregó con irritación:

—Que me insultes es una cosa. Pero no me gusta que me llamen algo que no sé qué significa. Por la forma en que lo dijiste, deduzco que es una palabra fea, ¿pero qué quiere decir?

Completamente desprevenida, atiné a reír aunque sin mucha convicción.

—Quiere... quiere decir... lo que estabas por hacerme.

Jamie enarcó una ceja con aire divertido pero todavía molesto.

—¿Ah..., algo así como violador? Entonces tenía razón, es una palabra sucia. ¿Y qué es un sádico? El otro día me llamaste así.

Contuve las ganas de reír.

—Es..., en..., es una persona que... que, en..., obtiene placer sexual lastimando a

otra. —Mi cara estaba color carmesí pero no pude impedir que las comisuras de los labios se levantaran un poco.

Jamie resopló.

—Bueno, no me halagas demasiado —comentó—, pero no puedo culparte por tus observaciones.

Respiró profundamente y se reclinó, abriendo los puños. Estiró los dedos, después apoyó las manos sobre las rodillas y me miró a los ojos.

—¿De qué se trata entonces? ¿Por qué haces esto? ¿Por la chica? Te he dicho la verdad sobre ella. Pero no necesito probártelo. La cuestión es si me crees o no. ¿Me crees?

—Sí, te creo —confesé de mala gana—. Pero no es eso. Al menos, no todo —agregué en un intento por ser honesta—. Es... es el hecho de saber que te casaste conmigo por el dinero que obtendrías. —Bajé la vista y delineé el diseño de la manta con el dedo—. Sé que no tengo derecho a quejarme..., yo también me casé contigo por razones egoístas pero... —Me mordí el labio y tragué para estabilizar mi voz—. También tengo algo de orgullo, ¿sabes?

Lo escudriñé de soslayo. Me miraba con una expresión de total estupor.

—¿Dinero? —repitió, desconcertado.

—¡Sí, dinero! —exclamé con fastidio ante la simulación de ignorancia—. ¡Cuando volvimos, no pudiste esperar a contarle a Colum que estábamos casados para recoger tu parte de las rentas de los MacKenzie!

Me contempló un rato más y abrió la boca despacio como para decir algo. En lugar de hablar, comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro y rompió a reír. Tiró la cabeza hacia atrás y de hecho, rugió. Después hundió el rostro entre las manos sin parar de reírse histéricamente. Me enfurecí tanto que me dejé caer hacia atrás sobre las almohadas. ¿Muy gracioso, no?

Meneando la cabeza y riendo en forma intermitente, Jamie se puso de pie y se llevó las manos al cinto. Di un respingo involuntario y él lo advirtió.

Con el rostro todavía encendido con una mezcla de ira y risa, me miró con exasperación.

—No —aseveró ásperamente—, no pienso golpearte. Te di mi palabra de que no lo volvería a hacer... aunque no creí que me arrepentiría tan pronto. —Apartó el cinturón y hurgó dentro del morral que colgaba de él.

—Mi parte de las rentas de los MacKenzie asciende a unas veinte libras un cuarto, Sassenach —precisó, todavía revolviendo el interior de la bolsa de cuero de tejón—. Y escocesas, no esterlinas. Más o menos el precio de media vaca.

—¿Eso... eso es todo? —aventuré estúpidamente—. Pero...

—Eso es todo —confirmó—. Y todo lo que jamás obtendré de los MacKenzie. Habrás notado que Dougal es un hombre frugal y Colum es dos veces más tacaño. Y no creo que valga la pena casarse para cobrar veinte libras un cuarto —añadió con sarcasmo y estudiándome de reojo—. Para el caso, podría haber renunciado a ellas —continuó. Extrajo un pequeño paquete envuelto en papel—. Pero quería comprar algo con ese dinero. A eso mismo salí. El encuentro con Laoghaire fue casual.

—¿Y qué era lo que tanto querías comprar? —inquirí con recelo. Suspiró y titubeó un momento. Luego arrojó el paquete sobre mi falda.

—Un anillo de bodas, Sassenach —respondió—. Me lo vendió Ewen, el armero. Los hace en su tiempo libre.

—Ah —murmuré.

—Vamos —me urgió, un minuto después—. Ábrelo. Es tuyo.

Los contornos del pequeño paquete se empañaron bajo mis dedos. Parpadeé y aspiré por la nariz, pero no intenté abrirlo.

—Lo siento —dije.

—Bueno, deberías sentirlo, Sassenach —contestó pero ya no había ira en su voz. Estiró una mano y cogió el paquete de mi regazo. Rompió el papel y puso al descubierto una alianza de plata ancha, decorada con el típico entrelazado escocés. Tenía una pequeña y delicada flor de cardo jacobita tallada en el centro de cada eslabón.

Fue todo lo que alcancé a ver porque mi vista se veló otra vez.

Jamie puso un pañuelo en mi mano y traté de restañar el torrente de lágrimas.

—Es... hermoso —musité. Me aclaré la garganta y me sequé los ojos.

—¿Lo usarás, Claire? —preguntó, ahora serio—. El convenio matrimonial entre nosotros está cumplido..., es legal. Estás protegida, a salvo de casi todo excepto de una orden de captura, e incluso de eso mientras estés en Leoch. Si lo deseas, podemos vivir separados... si eso era lo que intentabas decir con toda esa sarta de estupideces sobre Laoghaire. No tienes que seguir a mi lado, si así lo prefieres. —Estaba sentado inmóvil, esperando. Sostenía el diminuto anillo cerca de su corazón.

De manera que estaba dándome la opción que yo le había insinuado minutos antes. Unido a mí a la fuerza por las circunstancias, no me impondría su persona si yo elegía rechazarlo. Y desde luego, estaba la alternativa: aceptar el anillo y todo lo que eso implicaba.

El sol se estaba poniendo. Los últimos rayos de luz resplandecían a través de un frasco de vidrio azul que había en la mesa y veteaban la pared con un haz de lapislázuli brillante. Me sentía igual de frágil y refulgente que el vidrio, como si un mero roce pudiera astillarme y hacerme caer al suelo en fragmentos rutilantes. Si había querido no lastimar los sentimientos de Jamie ni los míos, parecía que era demasiado tarde.

No podía hablar. Extendí la mano derecha, con los dedos temblando. El anillo se deslizó con facilidad sobre el nudillo y se acomodó en la base del dedo..., un acoplamiento perfecto. Jamie sostuvo mi mano un momento y la miró. De pronto, presionó mis nudillos con fuerza contra su boca. Levantó la cabeza y vislumbré su rostro un instante, impetuoso y apremiante, antes de que me empujara sobre su falda.

Me ciñó contra él sin hablar. Podía sentir los latidos en su garganta, martilleando al mismo ritmo que los míos. Sus manos ascendieron a mis hombros desnudos y me alejaron un poco. Eran grandes y muy cálidas. Experimenté un ligero mareo.

—Te deseo, Claire —reveló con voz ahogada. Se interrumpió con inseguridad—. Te deseo tanto... que casi no puedo respirar. ¿Quieres...? —Tragó y carraspeó—. ¿Quieres hacer el amor conmigo?

Yo había recuperado la voz. Aunque chirrió y fluctuó, sirvió su propósito.

—Sí —contesté—. Sí, quiero.

—Creo... —empezó y se detuvo. Desprendió con torpeza la hebilla de su falda, pero después se volvió hacia mí con las manos apretadas. Habló con dificultad, controlando algo tan poderoso que las manos temblaban por el esfuerzo—. No seré..., no podré... Claire, no podré ser suave.

Apenas tuve tiempo de asentir una vez, a modo de aceptación o permiso, antes de que me tumbara de espaldas, atenazándome con su peso a la cama.

No perdió tiempo quitándose más ropa. Podía oler el polvo del camino en su camisa y sentir el sol y el sudor del viaje en su piel. Me sujetaba con los brazos extendidos y las muñecas inmovilizadas. Una mano rozó la pared y oí el débil rasguño de un anillo de bodas contra la piedra. Un anillo para cada mano, uno de plata, otro de oro. El fino metal de repente se volvió pesado como las cadenas del matrimonio, como si los anillos fueran esposas diminutas que me amarraban de brazos abiertos a la cama, desplegada para siempre entre dos polos, cautiva como Prometeo en su monte solitario, dividida por el amor que, como un buitre, devoraba mi corazón.

Jamie separó mis muslos con su rodilla y me penetró con una única arremetida que me cortó la respiración. Emitió un sonido que fue casi un gruñido y me estrechó con más

fuerza.

—Eres mía, *mo duinne* —murmuró, presionando dentro de mí—. Solamente mía. Ahora y siempre. Mía. Lo quieras o no. —Subí hacia él y contuve el aliento con un «ah» cuando la acometida se intensificó.

—Sí, pienso consumirte, mi Sassenach —susurró—. Quiero ser tu dueño, poseer tu cuerpo y tu alma. —Me resistí un poco y me empujó hacia abajo, sacudiéndome con golpes sólidos e inexorables que llegaban a lo más hondo de mis entrañas—. Haré que me llames «señor», Sassenach. —Su voz suave era una amenaza de venganza por las agonías de los últimos minutos—. Serás mía.

Temblé y gemí en tanto mi carne se aferraba convulsionada a la presencia invasora y demoledora. El movimiento prosiguió, indiferente, cada vez mayor durante minutos, vapuleándome una y otra vez con un efecto en el límite entre el placer y el dolor. Me sentía desintegrada, como pendiendo de un hilo, arrastrada al filo de una rendición total.

—¡No! —grité sin aliento—. ¡Por favor, detente, me haces daño! —Gotas de sudor corrían por el rostro de Jamie y cayeron en la almohada y en mis pechos. Nuestros cuerpos se encontraban ahora con el chasquido de un golpe, ya dentro de la frontera del dolor. Los muslos me dolían por el impacto repetido y las muñecas parecían a punto de romperse. Pero Jamie no pensaba liberarme.

—Sí, implora mi piedad, Sassenach. No la tendrás, aún no. —Su respiración estaba caliente y acelerada, pero no daba señales de cansancio. Con el cuerpo entero agitado con violencia, levanté las piernas para envolver a Jamie y tratar de contener la sensación.

Podía sentir el embiste de cada acometida en lo profundo de mi vientre. Me contraía de dolor y, a la vez, mis caderas traicioneras se elevaban a recibirlo. Jamie sintió mi respuesta y redobló su ataque, oprimiendo mis hombros para mantenerme quieta debajo de él.

Mi respuesta no tenía ni principio ni fin; era más bien un estremecimiento continuo que alcanzaba su punto máximo con cada embestida. El martilleo era una pregunta, repetida una y otra vez en mi carne, exigiendo una respuesta. Jamie me bajó las piernas y ahora me condujo más allá de todo dolor, a la sensación pura, al borde de la capitulación.

—¡Sí! —gemí—. ¡Oh, cielos, Jamie, sí! —Me cogió del cabello y me obligó a mirarlo a los ojos. Brillaban con un triunfo rabioso.

—Ahora, Sassenach —masculló, respondiendo a mis movimientos más que a mis palabras—. ¡Agárrate! —Las manos bajaron a mis pechos, los apretaron y acariciaron y luego resbalaron a mis costados. Todo su peso descansaba ahora en mí mientras me alzaba para una penetración todavía más profunda. Grité y me silenció con su boca. Pero no fue un beso sino otro ataque que me obligó a separar los labios, me los magulló y me raspó la cara con la barba cerdosa. Jamie acometió con más intensidad y más rapidez, como si pudiera violentar mi alma junto con mí cuerpo. Y en mi cuerpo o mi alma, en algún lugar, encendió una chispa. Una furia de pasión y necesidad emergió de las cenizas de la rendición. Me arqueé para ir a su encuentro, golpe por golpe. Le mordí el labio y sentí el gusto de la sangre.

Entonces sus dientes mordieron mi cuello. Hundí las uñas en su espalda y las deslicé desde la nuca hasta las nalgas. Esta vez, fue su turno de gemir. Nos agredimos mutuamente con una urgencia desesperada, mordiendo y arañando, ávidos de sangre, intentando fundirnos, despedazando nuestros cuerpos en el deseo abrasador de ser uno. Mi grito se mezcló con el de Jamie. Por fin, nos perdimos el uno en el otro en ese último momento de disolución y plenitud.

Volví en mí lentamente. Yacía a medias sobre el pecho de Jamie y nuestros cuerpos

sudados todavía estaban unidos, muslo con muslo. Jamie respiraba agitado, con los ojos cerrados. Podía oír su corazón debajo de mi oreja. Latía con el ritmo inexplicablemente pausado y poderoso que sigue al clímax.

Me sintió despierta y me estrechó, como para preservar un momento más la unión que habíamos alcanzado en esos últimos segundos de nuestro peligroso encuentro. Me hice un ovillo a su lado y lo rodeé con mis brazos.

Abrió los ojos y suspiró. La boca larga se curvó en una ligera sonrisa mientras sus ojos se topaban con los míos. Enarqué las cejas a manera de silenciosa pregunta.

—Ah, Sassenach —contestó con cierto pesar—. Soy tu amo..., eres mía. Parece que no puedo poseer tu alma sin perder la mía. —Me dio la vuelta y se acomodó rodeándome con su cuerpo. La brisa que se colaba por la ventana enfriaba la habitación y se movió para estirar una manta sobre ambos. «Eres demasiado rápido, muchacho», me dije soñolienta. «Frank nunca se dio cuenta de eso.» Me dormí con sus brazos rodeándome y su aliento cálido en mi oído.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me dolían todos los músculos del cuerpo. Me arrastré al retrete y luego a la palangana con agua. Mis entrañas parecían manteca batida. Me sentía como si me hubieran azotado con un objeto romo. De hecho, pensé, se acercaba bastante a la verdad. El objeto en cuestión era visible cuando regresé a la cama, aunque ahora parecía relativamente inofensivo. Su dueño despertó cuando me senté junto a él y me examinó con algo que se asemejaba mucho a presunción masculina.

—Parece que el viaje ha sido duro, Sassenach —apuntó y rozó un cardenal azul en mi muslo interno—. ¿Dolorida por la cabalgata?

Entorné los ojos y pasé un dedo por la marca de una profunda mordedura en su hombro.

—A ti no te ha ido mucho mejor.

—Ah, bueno —respondió con acento escocés marcado—. Si te acuestas con una bruja, debes estar preparado a que te muerda, entre otras cosas. —Se estiró y me cogió de la nuca, empujándome hacia atrás—. Ven, brujita. Muérdeme otra vez.

—Ah, no —protesté—. No puedo. Estoy demasiado dolorida.

James Fraser no era un hombre que aceptara un «no» por respuesta.

—Seré muy suave —insinuó con aire engatusador y me arrastró debajo de las mantas. Y fue suave, como sólo los grandes hombres pueden serlo. Me abrigó como a un huevo de codorniz y me homenajeó con una paciencia que reconocí como una reparación... y una insistencia amable que supe era una continuación de la lección tan brutalmente iniciada la noche anterior. Sería suave, pero jamás aceptaría un rechazo.

Vibró en mis brazos al culminar, temblando por el esfuerzo para no moverse, para no lastimarme con el movimiento. Dejó que el instante lo estremeciera hasta agotarlo.

Más tarde, todavía unidos, delineó los moretones ahora más pálidos que sus dedos habían dejado en mis hombros al borde del camino, dos días atrás.

—Discúlpame por éstos, *mo duinne* —susurró y los besó—. No sé qué se apoderó de mí cuando te los hice, pero no es una excusa. Es vergonzoso hacer daño a una mujer, incluso en un arrebato de ira. No lo volveré a hacer.

Reí con algo de ironía.

—¿Te disculpas por ésos? ¿Y qué hay del resto? ¡Estoy cubierta de cardenales, de pies a cabeza!

—¿Eh? —Se apartó para estudiarme con sensatez—. Bueno, ya me he disculpado por éstos —declaró y tocó mi hombro—. En cuanto a éstos —agregó y me palmeó el trasero con suavidad—, te los merecías. No me disculparé por ellos porque no lo lamento.

—Y en el caso de éstos —prosiguió y me acarició el muslo—, tampoco me disculparé. Ya los pagué con creces. —Se frotó el hombro con una mueca—. Me hiciste sangrar por al menos dos sitios, Sassenach, y la espalda me arde como el demonio.

—Bueno, si te acuestas con una bruja... —aventuré y sonreí—. Y no pienso disculparme. —Rió a modo de respuesta y me empujó sobre él.

—No he dicho que quisiera una disculpa, ¿verdad? Si mal no recuerdo, lo que he dicho ha sido: «Muérdeme otra vez.»

CUARTA PARTE

Una vaharada de azufre

24

Un mal augurio

El alboroto ocasionado por nuestra súbita llegada y el anuncio de nuestro matrimonio fue eclipsado de inmediato por un acontecimiento de mayor importancia.

Al día siguiente, estábamos cenando en el comedor, aceptando los brindis y buenos deseos ofrecidos en nuestro honor.

—*Buidheachas, mo caraid* —Jamie hizo una reverencia al último en pedir un brindis y se sentó en medio de un aplauso esporádico creciente. El banco de madera vibró bajo su peso y cerró los ojos un instante.

—Demasiado para ti, ¿verdad? —le susurré. Había acompañado todos los brindis vaciando su copa en todos. Yo, en cambio, me había limitado a unos pocos tragos simbólicos mientras sonreía ante las incomprensibles frases en gaélico.

Jamie abrió los ojos y me miró con una sonrisa.

—¿Te refieres a si estoy borracho? No, podría seguir bebiendo toda la noche.

—Es lo que has estado haciendo —repliqué y eché un vistazo a la colección de botellas de vino y jarras de cerveza vacías alineadas en la mesa frente a nosotros—. Se está haciendo tarde.

Las velas de la mesa de Colum ardían ya casi consumidas y la cera goteaba con un resplandor dorado. La luz mortecina dibujaba sombras extrañas sobre la piel brillante de los hermanos MacKenzie en tanto murmuraban inclinados con las cabezas juntas. Podrían formar parte de las cabezas gnómicas talladas en los bordes de la gigantesca chimenea, pensé. Me pregunté cuántas de aquellas figuras caricaturescas habrían sido de hecho copiadas de las facciones altivas de ex jefes del clan MacKenzie, quizá por un tallador con sentido del humor o una estrecha relación familiar.

Jamie se desperezó un poco con una mueca de incomodidad.

—Mi vejiga va a explotar en cualquier momento. Enseguida vuelvo. —Apoyó las manos en el banco, se levantó y desapareció por la arcada inferior.

Miré hacia el otro lado, donde bebía cerveza Geillis Duncan. Arthur, su esposo, ocupaba un sitio en la mesa contigua con Colum, como correspondía al procurador fiscal del distrito. Geilie había insistido en sentarse junto a mí, alegando que no deseaba aburrirse con conversaciones masculinas durante toda la cena.

Los ojos hundidos de Arthur estaban semicerrados por el vino y la fatiga y con bolsas azuladas debajo. Reclinado sobre los antebrazos con expresión vacía, ni siquiera oía la conversación de los MacKenzie. La misma luz que acentuaba las facciones marcadas de Colum y su hermano hacía parecer a Arthur Duncan gordo y enfermo.

—Tu esposo tiene mal aspecto —comenté—. ¿Está peor del estómago? —Los síntomas eran algo desconcertantes. No de úlcera, pensé, ni de cáncer... no con toda esa carne todavía en los huesos; tal vez de una gastritis crónica, como afirmaba Geilie.

Lanzó una brevísima mirada a su esposo antes de volverse hacia mí y encogerse de hombros.

—Ah, está bastante bien —respondió—. Al menos, no está peor. ¿Y qué me dices de tu esposo?

—¿Eh, qué pasa con él? —pregunté con cautela.

Me dio un codazo bastante fuerte en las costillas y advertí que también había una buena cantidad de botellas vacías junto a ella.

—Bueno, ¿qué opinas? ¿Es tan atractivo sin ropa como con ella?

—Mmm... —Busqué una respuesta mientras Geilie estiraba el cuello hacia la entrada.

—¡Y decías que no te importaba! Mentirosa. A la mitad de las chicas del castillo les gustaría arrancarte los pelos. Yo en tu lugar tendría cuidado con la comida...

—¿Con la comida? —Bajé la vista con estupor al plato de madera, vacío excepto por un pedazo de grasa y una cebolla hervida abandonada.

—Veneno —murmuró con dramatismo en mi oído y un tufo considerable a coñac.

—Qué tontería —repuse con frialdad y me aparté de ella—. Nadie querría envenenarme sólo porque... bueno, porque... —Estaba balbuceando y decidí que quizá había bebido más de lo que creía—. Vamos, Geilie. Este matrimonio... no lo planeé, ¿sabes? ¡No lo deseaba! —Era la verdad—. Ha sido sólo una... especie de... arreglo comercial necesario —concluí, esperando que la escasa luz de la vela no delatara mi rubor.

—Ja —se mofó con cinismo—. Sé reconocer a un hombre sexualmente satisfecho. —Observó la arcada por donde había salido Jamie—. Y no soy tan ingenua para creer que las mordeduras en su cuello son de mosquitos. —Enarcó una ceja plateada hacia mí—. Si ha sido un acuerdo comercial, diría que has hecho un buen negocio.

Se me acercó de nuevo.

—¿Es cierto? —susurró—. ¿Lo de los pulgares?

—¿Pulgares? ¿De qué diablos estás hablando, Geilie?

Me observó con el entrecejo fruncido por la concentración. Los hermosos ojos grises estaban desenfocados y rogué para que no se desplomara.

—¿No lo sabes? ¡Todo el mundo lo sabe! Los pulgares de un hombre te revelan el tamaño de su pene. Los dedos del pie también, desde luego —añadió con aire juicioso—. Pero eso es más difícil de comprobar por los zapatos. Y tu cachorro —señaló la arcada, donde Jamie acababa de reaparecer— podría sostener una calabaza con esas manazas. O un buen trasero, ¿eh? —agregó con otro codazo.

—¡Geillis Duncan, cierra... la... boca! —siseé con el rostro acalorado—. ¡Pueden oírte!

—Ah, nadie que... —comenzó pero se interrumpió con la vista fija. Jamie había pasado de largo por nuestra mesa como si no estuviéramos allí. Estaba pálido y apretaba los labios como si fuera a realizar una tarea desagradable.

—¿Qué le sucede? —inquirió Geilie—. Se parece a Arthur después de comer nabos crudos.

—No lo sé. —Empujé el banco hacia atrás, insegura. Jamie se dirigía a la mesa de Colum. ¿Debía seguirlo? Era evidente que algo había ocurrido.

Geilie, que había vuelto los ojos hacia el comedor, me tiró de la manga y señaló en la dirección en que había aparecido Jamie.

Un hombre estaba de pie bajo la arcada, titubeante igual que yo. Sus ropas estaban manchadas de barro y polvo; sin duda se trataba de un viajero. Un mensajero. Y cualquiera que fuera el mensaje, se lo había transmitido a Jamie, quien ahora se agachaba para susurrárselo a Colum al oído.

No, no a Colum. A Dougal. La cabeza pelirroja se inclinó entre las dos oscuras y las atractivas facciones de los tres hombres adoptaron una similitud extraña a la luz mortecina de las velas. Al observarlos, noté que la similitud no estribaba tanto en la herencia física que compartían sino en la expresión de dolor y espanto que ahora tenían en común.

La mano de Geilie se hundió en mi antebrazo.

—Malas noticias —anunció, innecesariamente.

—Veinticuatro años —murmuré—. Es mucho tiempo para estar casados.

—Sí, lo es —convino Jamie. Una brisa tibia agitó las ramas del árbol bajo el que estábamos. El pelo se levantó de mis hombros y me hizo cosquillas en la cara—. Más años de los que he vivido.

Admiré su figura larga, grácil y fuerte, apoyada en el cerco del corral. Parecía tan seguro de sí mismo que a veces olvidaba lo joven que era en realidad.

—De todos modos —continuó y arrojó una pajita al barro revuelto del corral—, dudo que Dougal haya pasado más de tres años con ella. Por lo general estaba aquí, en el castillo... o en algún lugar de las tierras del clan, ocupándose de los asuntos de Colum.

La esposa de Dougal, Maura, había muerto en su finca, Beannachd. Una fiebre repentina. Dougal había partido al amanecer, acompañado por Ned Gowan y el mensajero que había traído la noticia la noche anterior, para ocuparse del funeral y disponer de la propiedad de su esposa.

—No estaban muy unidos, ¿no? —pregunté con curiosidad.

Jamie se encogió de hombros.

—Tanto como la mayoría, supongo. Ella se encargaba de las hijas y de la casa; dudo que lo añorara mucho. Aunque parecía alegrarse cuando él regresaba.

—Claro, ¿viviste con ellos un tiempo, no? —Me quedé callada, pensando. Me pregunté si éste sería el concepto de Jamie sobre el matrimonio: vidas separadas, unidas nada más que para engendrar hijos. No obstante, por lo poco que había dicho, sus padres habían conformado una pareja estrecha y cariñosa.

Con ese don misterioso para leerme la mente, dijo:

—Lo de mis padres fue diferente, ¿sabes? El matrimonio de Dougal fue arreglado, igual que el de Colum; se basaron en los negocios más que en el cariño. Pero mis padres..., bueno, se casaron por amor, contrariando los deseos de ambas familias. Por eso fuimos... no aislados exactamente. Diría que nos recluimos en Lallybroch. Mis padres no solían visitar a los parientes ni hacer negocios fuera. Supongo que por eso se unieron más que la mayoría de los matrimonios.

Apoyó una mano en la base de mi espalda y me acercó a él. Inclinó la cabeza y rozó los labios sobre mi oreja.

—Lo nuestro también ha sido un arreglo —manifestó con voz suave—. De todas maneras, espero que algún día... tal vez... —Se interrumpió con torpeza. Esbozó una sonrisa torcida y descartó la idea con un gesto de la mano.

No deseaba alentarlo en esa dirección, así que le sonreí tan neutralmente como pude y me volví hacia el corral. Podía sentirlo allí a mi lado, casi sin tocarme y con las manos asidas al tablón superior del cerco. Lo imité, para evitar cogerle la mano. Más que nada en el mundo, quería volverme hacia él, ofrecerle consuelo, asegurarle con mi cuerpo y con palabras que lo que existía entre nosotros era más que un acuerdo. Esa misma verdad era lo que me detenía.

«Lo que sucede entre nosotros», había dicho Jamie. «Cuando hacemos el amor, cuando me tocas.» No, no era en absoluto usual. Tampoco se trataba de un mero encandilamiento, como había creído yo en un principio. Nada podía ser menos simple.

El hecho era que yo estaba unida, por votos y lealtad y legalmente, a otro hombre. Y también por amor.

No podía confesar a Jamie lo que sentía por él. Hacerlo y después abandonarle sería una crueldad. Y tampoco podía mentirle.

—Claire. —Ahora me miraba, lo percibía. No hablé, pero alcé mi rostro hacia él

cuando se agachó para besarme. Tampoco podía mentirle en ese sentido, y no lo hice. Después de todo, recordé con desaliento, le había prometido honestidad.

Fuimos interrumpidos por una tos a nuestras espaldas. Jamie, sobresaltado, giró y me empujó instintivamente detrás de él. Luego se detuvo y sonrió al ver al viejo Alec MacMahon, con los calzones de tartán sucios y examinándonos con su único ojo azul.

El anciano llevaba unas tijeras de capar que levantó a modo de irónico saludo.

—Pensaba usarlas con Mahomet —comentó—. Tal vez puedan ser más útiles para otra cosa, ¿eh? —Hizo sonar las hojas gruesas como invitación—. Mantendría tu mente en el trabajo y no en tu pene, muchacho.

—No lo digas ni en broma, viejo —contestó Jamie sonriendo—. ¿Me buscabas?

Las cejas de Alec se arquearon como dos orugas peludas.

—No, ¿qué te hace pensar eso? Se me ocurrió tratar de capar a un maldito potrillo de dos años yo solo, para divertirme. —Resolló brevemente por su propio ingenio y agitó las tijeras hacia el castillo.

—Largo de aquí, jovencita. Se lo devolveré a la hora de cenar, aunque no creo que le sirva de mucho entonces.

Al parecer, Jamie no confiaba en la naturaleza del último comentario y extendió un brazo largo para arrancar las tijeras de la mano del anciano.

—Me sentiré más seguro si las llevo yo —explicó y enarcó una ceja—. Ahora vete, Sassenach. Cuando haya acabado de hacer todo el trabajo de Alec por él, pasaré a buscarte.

Se inclinó para besar mi mejilla y me susurró al oído:

—En los establos. Al mediodía.

Los establos del castillo Leoch estaban mejor construidos que muchas de las cabañas que había visto en nuestro viaje con Dougal. De suelo y paredes de piedra, las únicas aberturas eran las angostas ventanas de un extremo, la puerta del otro, y las estrechas rendijas bajo el grueso techo de bálago, muy convenientes para las lechuzas que controlaban los ratones en el henar. Sin embargo, permitían la entrada de aire y luz suficiente para que el lugar fuera oscuro y agradable en lugar de sombrío.

Arriba en el henar, justo debajo del techo, la luz era aún mejor. Veteaba el heno apilado con rayos amarillos e iluminaba las motas de polvo que flotaban en el aire como lluvia de polvo de oro. El aire se filtraba a través de las grietas en ráfagas calientes, perfumado con el alhelí, la minutisa y el ajo de los jardines y el grato aroma animal de los caballos que subía desde la planta inferior.

Jamie se movió bajo mi mano y se sentó. El movimiento dejó su cabeza bajo el resplandor de la luz solar.

—¿Qué pasa? —pregunté soñolienta y volví la cabeza hacia donde él estaba mirando.

—El pequeño Hamish —respondió en voz baja mientras espiaba por encima del borde del henar hacia el establo—. Supongo que ha venido a buscar su poni.

Rodé con torpeza sobre mi estómago y me bajé la camiseta con pudor. Era ridículo, ya que nadie podía ver más que mi cabeza.

Hamish, el hijo de Colum, caminaba despacio por el establo, entre las caballerizas. Pareció vacilar cerca de algunas, aunque ignoró las cabezas curiosas que se estiraban para inspeccionarlo. Era evidente que buscaba algo, y no precisamente el poni gordo y pardo que mascaba heno plácidamente en su cuadra cerca de la puerta del establo.

—¡Cielo santo, va hacia *Donas*! —Jamie cogió su falda y se envolvió con ella antes de bajar del henal. No se molestó en usar la escalera, se colgó de las manos y saltó. Aterrizó sobre las piedras cubiertas de paja, pero el ruido fue suficiente para que Hamish se

volviera sobresaltado.

El pequeño rostro pecoso se relajó al reconocerlo, pero los ojos azules se mantuvieron cautelosos.

—¿Necesitas ayuda, primo? —inquirió Jamie de buen modo. Avanzó hacia las caballerizas y se apoyó contra uno de los soportes, colocándose entre Hamish y la cuadra hacia la que el chico se encaminaba.

Hamish titubeó, pero luego se enderezó y estiró la barbilla.

—Montaré a *Donas* —declaró en un tono que quiso ser decidido pero no bastó.

Donas —su nombre significaba «demonio» y no pretendía ser un elogio— ocupaba una cuadra individual en el extremo lejano del establo y estaba separado de los demás caballos por una caballeriza vacía. Era un alazán enorme y de pésimo carácter; no se dejaba montar y sólo Alec y Jamie se atrevían a acercársele. Un grito irritado brotó de las sombras de su cuadra y una inmensa cabeza cobriza asomó de pronto. Los grandes dientes amarillos chasquearon mientras el caballo trataba en vano de morder el hombro desnudo y tentador.

Jamie se quedó quieto, sabiendo que el animal no podía alcanzarlo. Hamish dio un salto hacia atrás y gritó, aterrado por la repentina aparición de la monstruosa y brillante cabeza con los ojos inyectados de sangre y los ollares ensanchados.

—No lo creo —comentó Jamie. Se inclinó y cogió a su primo del codo. Lo alejó del caballo, que pateó su caballeriza en señal de protesta. Hamish se estremeció junto con los tablones de la cuadra cuando los cascos chocaron contra la madera.

Jamie volvió al niño y lo miró con las manos en las caderas.

—¿Y bien? —dijo por fin—. ¿Qué es todo esto? ¿Para qué quieres montar a *Donas?*

La expresión de Hamish era terca, pero Jamie lo observaba con aire alentador y a la vez inflexible. Le dio un golpecito en el hombro y obtuvo una sonrisa en respuesta.

—Vamos, *duine* —le instó—. Sabes que no se lo diré a nadie. ¿Has hecho alguna tontería?

Un rubor ligero cubrió la tez pálida del niño.

—No. Al menos... no. Bueno, algo así.

Después de insistirle un poco más, Hamish habló, al principio a regañadientes, luego con el torrente impetuoso de la confesión.

El día anterior, había salido a montar con otros chicos. Un grupo de los mayores había comenzado a competir para ver quién saltaba el obstáculo más alto. Hamish, en su pequeño poni, los había admirado con envidia, hasta que la jactancia se impuso sobre su sentido común. Intentó saltar un cerco de piedras con su poni gordo. Al carecer de habilidad e interés, el animal se había detenido en seco al alcanzar el cerco, arrojando deshonrosamente al joven Hamish por delante, por encima del cerco, sobre unas ortigas que crecían al otro lado. Dolido por las ortigas y por las burlas de sus compañeros, Hamish estaba decidido a montar un «caballo de verdad», según sus propias palabras.

—No se reirían si me vieran aparecer con *Donas* —manifestó, imaginando la escena con deleite.

—No, no se reirían —convino Jamie—. Estarían demasiado ocupados juntando los pedacitos.

Escudriñó a su primo y sacudió la cabeza con lentitud.

—Te diré una cosa, muchacho. Se necesita valor y sensatez para ser un buen jinete. Tienes el valor, pero todavía te falta algo de sensatez.

Pasó un brazo consolador por los hombros de Hamish y empezaron a caminar hacia el extremo del establo.

—Vamos, primo. Ayúdame con el heno y haremos que te familiarices con *Cobhar*. Tienes razón; debes tener un caballo mejor si estás listo, pero no necesitas matarte para

probarlo.

Al pasar, Jamie lanzó una mirada hacia el henar, enarcó las cejas y se encogió de hombros en un gesto de impotencia. Le sonreí y le indiqué que no se preocupara, que siguiera adelante. Le vi coger una manzana de la cesta de fruta caída junto a la puerta. Después buscó una horca y guió a Hamish a una de las caballerizas centrales.

—¿*Ciamar a tha thu, Cobhar?*

Jamie palmeó el cuello suave y rascó las orejas erguidas.

—Acércate —instó a su primo con un gesto—. Así es, junto a mí. Lo bastante cerca para que pueda olerte. A los caballos les gusta oler a la gente.

—Ya lo sé. —La voz de Hamish sonaba resentida.

Apenas llegaba a la nariz del caballo, pero se estiró y lo acarició. No se movió cuando la cabeza se agachó para olfatear con curiosidad alrededor de su oreja y resopló en su pelo.

—Dame una manzana —dijo a Jamie, quien obedeció. Los labios aterciopelados quitaron con delicadeza la fruta de la palma de Hamish y la impulsaron hacia atrás entre los inmensos molares, donde desapareció con un crujido. Jamie observaba con aprobación.

—Os llevaréis muy bien. Es mejor que os hagáis amigos mientras yo termino de alimentar al resto. Luego podrás montarlo un rato.

—¿Solo? —preguntó Hamish con entusiasmo. *Cobhar*, cuyo nombre significaba «espuma», era un caballo de buen carácter, robusto y brioso, no demasiado grande, pero muy superior al poni marrón.

—Sólo dos vueltas alrededor del corral cercado. Te estaré observando y si no te caes ni le fuerzas la boca, podrás dar un paseo solo. Pero nada de saltar hasta que yo lo diga. —La larga espalda se inclinó, brillante en la penumbra del establo, para recoger heno; Jamie lo llevó a una de las caballerizas.

Se enderezó y sonrió a su primo.

—Dame una, ¿quieres? —Dejó la horca apoyada en la caballeriza y mordió la fruta. Los dos comieron afablemente, de pie y apoyados uno junto al otro contra la pared del establo. Cuando terminó, Jamie entregó el corazón de la manzana a un alazán y volvió a coger la horca. Hamish lo siguió por el pasillo, masticando despacio.

—Oí decir que mi padre era un buen jinete —aventuró al cabo de un momento de silencio—. Hasta... hasta que ya no pudo montar.

Jamie le dirigió una mirada rápida, pero acabó de echar heno en la caballeriza antes de hablar. Cuando lo hizo, respondió al pensamiento, más que a las palabras.

—Jamás lo vi montar. Pero te diré algo, muchacho, espero no necesitar nunca tanto valor como el que tiene Colum.

Noté que los ojos de Hamish se fijaban con curiosidad en las cicatrices de la espalda de Jamie. Sin embargo, no dijo nada. Después de una segunda manzana, pasó a otro tema.

—Rupert dice que has tenido que casarte —afirmó con la boca llena.

—He querido casarme —le corrigió Jamie apoyando de nuevo la horca en la pared.

—Ah. Qué bien... —señaló Hamish, inseguro, como si la idea lo desconcertara—. Me preguntaba si... ¿te molesta?

—¿Si me molesta qué? —Intuyendo que la conversación sería larga, Jamie se sentó en un fardo de heno.

Los pies de Hamish no llegaban al suelo; de lo contrario, los habría frotado. Golpeó los talones contra el heno prensado.

—Si te molesta estar casado —aclaró con la vista fija en su primo—. Me refiero a tener que acostarte todas las noches con una mujer.

—No —repuso Jamie—. No. En realidad, es muy placentero.

Hamish no parecía convencido.

—Creo que a mí no me gustaría. Todas las chicas que conozco son flacas como un palo y huelen a cebada. La señora Claire..., quiero decir, tu señora —agregó enseguida como si deseara evitar una confusión—, ella, eh, parece alguien más agradable con quien dormir. Más suave.

Jamie asintió.

—Lo es. Y además, huele muy bien. —Incluso en la penumbra, yo podía ver el pequeño músculo que se crispaba cerca de la comisura de sus labios. Sabía que no se atrevía a levantar la vista hacia mí.

Hubo una pausa larga.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hamish. —¿Qué?

—Con qué dama tienes que casarte —explicó el chico con impaciencia.

—Ah. —Jamie retrocedió y se acomodó contra la pared de piedra con las manos detrás de la cabeza.

»Una vez le pregunté lo mismo a mi padre —respondió—. Me dijo que uno simplemente lo sabía. Y que si no lo sabía, entonces ella no era la muchacha apropiada.

—Mmmfm. —A juzgar por la expresión en el rostro pecoso, la explicación no fue del todo satisfactoria. Hamish se movió hacia atrás y adoptó la misma postura que Jamie. Sus pies enfundados en medias colgaban sobre el borde del fardo de heno. A pesar de su corta edad, su contextura robusta prometía igualar algún día la de su primo. La configuración de los hombros cuadrados y la inclinación de la grácil cabeza eran casi idénticas.

—¿Dónde están tus zapatos? —inquirió Jamie en tono de reproche—. ¿No te los habrás olvidado de nuevo en el campo, verdad? Tu madre te dará en las orejas si los has perdido.

Hamish se encogió de hombros, descartando aquello como una amenaza menor. Era obvio que tenía algo más importante en mente.

—John... —comenzó y arrugó las cejas color arena mientras pensaba—. John dice...

—¿John el mozo de cuadra, John el criado de la cocina o John Cameron? —preguntó Jamie.

—El mozo de cuadra. —Hamish desechó la distracción con un gesto de su mano—. Dice que, eh, que cuando uno se casa...

—¿Mmm? —Jamie emitió un sonido alentador y mantuvo la vista desviada. Alzó la mirada y sus ojos se toparon con los míos mientras espiaba sobre el borde del henar. Le sonreí y se mordió el labio inferior para no devolverme la sonrisa.

Hamish respiró hondo y exhaló con fuerza. Las palabras salieron impelidas como una ráfaga de perdigones.

—Él-dice-que-hay-que-servir-a-una-muchacha-igual-que-el-semental-sirve-a-la-yegua-y-yo-no-le-creo-pero-¿es-cierto?

Me mordí el dedo con fuerza para sofocar una carcajada. Jamie, por su parte, se clavó los dedos en los muslos y se puso tan colorado como Hamish. Parecían dos tomates, dispuestos uno al lado del otro sobre un fardo de heno para ser juzgados en una exposición de verduras.

—Eh, bueno..., en cierta forma... —balbuceó con voz ronca. Luego se recobró.

—Sí —aseveró—. Sí, es cierto.

Hamish se volvió con espanto hacia la caballeriza cercana, donde un semental bayo descansaba con más de tres centímetros de su órgano reproductor a la vista. Luego contempló inseguro su regazo y ahora tuve que morder un trozo de tela para contenerme.

—Hay diferencia, sabes —prosiguió Jamie. El rubor intenso comenzaba a desaparecer de su rostro, aunque el temblor persistía en las comisuras de su boca—. Para empezar, es... más suave.

—¿O sea que no las muerdes en el cuello? —La expresión seria y concentrada de

Hamish era la de alguien tomando notas—. ¿Para que se queden quietas?

—Eh..., no. En todo caso, no es habitual. —Haciendo uso de considerable fuerza de voluntad, Jamie asumía con hombría la responsabilidad de la instrucción.

—También hay otra diferencia —añadió, cuidándose de no levantar la vista—. Puedes hacerlo de frente, en vez de por detrás. Como prefiera la dama.

—¿La dama? —Hamish no parecía convencido—. Creo que yo preferiría por detrás. No me gustaría que nadie me mirara mientras hago algo así. ¿Es difícil —preguntó—, es difícil no reírse?

Todavía pensaba en Jamie y en Hamish cuando me fui a dormir aquella noche. Retiré las mantas pesadas y reí para mis adentros. Una corriente de aire frío se colaba por la ventana y ansié meterme bajo las mantas y acurrucarme contra el cuerpo cálido de Jamie. Ajeno al frío, Jamie parecía poseer un fuego propio. Su piel estaba siempre caliente; en ocasiones, casi ardiendo, como si hirviera con mayor intensidad en respuesta a mis caricias frías.

Yo seguía siendo una forastera en el castillo, pero ya no una invitada. Las mujeres casadas eran bastante afectuosas conmigo, ahora que me había convertido en una de ellas. Las muchachas jóvenes, sin embargo, demostraban resentimiento hacia mí por haber quitado de la circulación un buen partido. De hecho, considerando la cantidad de miradas gélidas y comentarios ácidos, me preguntaba cuántas de las doncellas del castillo habrían compartido un nicho aislado con Jamie MacTavish durante su breve residencia.

Ya no era un MacTavish, desde luego. La mayoría de los habitantes del castillo habían sabido siempre su nombre, y fuera o no una espía inglesa, ahora yo también lo sabía por necesidad. De modo que Jamie se convirtió públicamente en Fraser, y yo con él. Fue como señora Fraser que se me aceptó en la sala sobre las cocinas, donde las mujeres casadas cosían y acunaban a sus hijos, intercambiaban consejos y miraban mi cintura sin disimulo.

Dadas mis anteriores dificultades para concebir, no había tenido en cuenta la posibilidad de un embarazo cuando me avine a casarme con Jamie, y esperé algo nerviosa hasta que mi menstruación se presentó a tiempo. Esta vez, experimenté un alivio inmenso, sin asomo de la tristeza que solía acompañar la ocasión. Mi vida ya era bastante complicada como para agregarle un hijo. Jamie manifestó compartir mi mismo alivio, pero pensé que quizá sintiera una pizca de pesar. La paternidad era un lujo que un hombre en su posición no podía darse.

La puerta se abrió y él entró, todavía frotándose la cabeza con una toalla de hilo. Gotas de agua oscurecían su camisa.

—¿Dónde has estado? —pregunté sorprendida. Si bien Leoch era lujoso comparado con las residencias en las aldeas y los campos, no había nada parecido a un baño, excepto una bañera de cobre que Colum utilizaba para mojar sus piernas doloridas y otra un poco más grande que usaban las mujeres para quienes el esfuerzo de llenarla compensaba la intimidad. Todo lavado se realizaba por partes, con una jarra y una palangana, o en el lago o en el jardín, en una piedra plana, donde las mujeres solían colocarse desnudas y dejar que sus amigas les arrojaran baldes de agua encima.

—En el lago —contestó y colgó la toalla húmeda sobre el antepecho de la ventana—. Alguien —dijo con expresión sombría— dejó la puerta de una caballeriza abierta, y también la del establo, y *Cobhar* salió a nadar.

—Ah, por eso no has venido a cenar. Pero a los caballos no les gusta nadar, ¿verdad?

Sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo para secarlo.

—Así es. Pero son como las personas, sabes; todos diferentes. Y a *Cobhar* le gustan las plantas de agua. Estaba comiendo junto a la orilla cuando apareció una jauría de perros de la aldea y lo persiguió dentro del lago. Tuve que ahuyentarlos y después meterme en el agua para sacar a *Cobhar*. Espera a que ponga mis manos sobre Hamish —añadió con determinación—. Aprenderá a no dejar las puertas abiertas.

—¿Se lo contarás a Colum? —inquirí, compadeciéndome del culpable.

Jamie meneó la cabeza y hurgó dentro de su morral. Extrajo un trozo de pan y otro de queso que al parecer había hurtado de las cocinas camino al dormitorio.

—No —respondió—. Colum es bastante estricto con el niño. Si se enterara de este descuido, le prohibiría montar durante un mes... en caso de que pudiera hacerlo después de la paliza que recibiera. ¡Cielos!, estoy muerto de hambre. —Mordió el pan con ferocidad y las migas cayeron al suelo.

—No te acuestes con eso —le pedí y me deslicé debajo de las mantas—. ¿Qué piensas hacer con Hamish, entonces?

Devoró el resto del pan y me sonrió.

—No te preocupes. Mañana lo llevaré en un bote al centro del lago, justo antes de la cena, y lo tiraré al agua. Para cuando llegue a la orilla y se seque, la cena habrá terminado. —Acabó el queso en tres bocados y se chupó los dedos—. Veremos si a él le gusta irse a dormir mojado y hambriento.

Miró esperanzado dentro del cajón del escritorio donde yo a veces guardaba manzanas u otros alimentos. Pero aquella noche no había nada y cerró el cajón con un suspiro.

—Supongo que viviré hasta el desayuno —dijo con aire filosófico.

Se desnudó con rapidez y se metió temblando en la cama. Aunque sus extremidades estaban heladas por el agua del lago, el cuerpo conservaba su bendito calor.

—Mmm, qué bien se está contigo —murmuró—. Hueles diferente. ¿Has trabajado hoy con las plantas?

—No —repuse con sorpresa—. Pensé que eras tú..., me refiero al olor. —Era un olor a hierbas penetrante, no desagradable pero sí desconocido.

—Yo huelo a pescado —comentó, olfateando el dorso de su mano—. Y a caballo mojado. No —se inclinó e inhaló—. Tampoco eres tú. Pero está cerca.

Se bajó de la cama y apartó las mantas, buscando. Lo encontramos debajo de mi almohada.

—¿Qué diablos...? —Lo levanté y lo solté de inmediato—. ¡Ay! ¡Tiene espinas!

Era un pequeño manojo de plantas, arrancadas de raíz y atadas con un hilo negro. Las plantas estaban marchitas, pero un aroma fuerte emanaba de las hojas lánguidas. Había una flor en el ramo, una prímula aplastada cuyo tallo espinoso me había pinchado el pulgar.

Me chupé el dedo lastimado y giré el manojo con precaución en la otra mano. Jamie estaba inmóvil y lo contempló un momento. De repente lo cogió y lo arrojó por la ventana. Regresó a la cama para recoger la tierra de las raíces y la tiró detrás del manojo. Cerró la ventana con un golpe y volvió, quitándose el polvo de las manos.

—Desapareció —declaró innecesariamente y se acostó de nuevo—. Vuelve a la cama, Sassenach.

—¿Qué era? —pregunté y me acomodé junto a él.

—Una broma, supongo —contestó—. De mal gusto, pero sólo una broma. —Se apoyó en un codo y apagó la vela—. Ven aquí, *mo duinne* —dijo—. Tengo frío.

A pesar del inquietante maleficio, dormí bien, segura por la doble protección de la

puerta con cerrojo y los brazos de Jamie. Hacia el amanecer, soñé con praderas cubiertas de hierba y de mariposas. Amarillas, marrones, blancas y anaranjadas, giraban a mi alrededor como hojas de otoño, se posaban sobre mi cabeza y mis hombros, y se deslizaban por mi cuerpo como la lluvia. Los diminutos pies me hacían cosquillas en la piel y las alas aterciopeladas se batían como ecos lejanos de mi propio corazón.

Floté suavemente a la superficie de la realidad y descubrí que los pies de las mariposas contra mi estómago eran los pelos brillantes de la cabellera de Jamie, y la mariposa cautiva entre mis muslos era su lengua.

—Mmm —susurré más tarde—. Bueno, eso está muy bien para mí. ¿Pero qué me dices de ti?

—En menos de un minuto, si sigues con eso —respondió y apartó mi mano con una sonrisa—. Pero preferiría tomarme mi tiempo... soy un hombre lento y cauto por naturaleza, sabes. ¿Puedo requerir el honor de su compañía para esta noche, señora?

—Es suya —contesté. Llevé los brazos detrás de la cabeza y lo miré desafiante y con los párpados entornados—. ¿Eso quiere decir que estás tan senil que ya no puedes hacerlo más de una vez al día?

Me miró desde el borde de la cama donde estaba sentado. Hubo un repentino destello blanco mientras se abalanzaba sobre mí para atenazarme sobre el colchón.

—Bueno —murmuró en los bucles de mi cabello—, no dirás que no te lo advertí.

Dos minutos y medio después, gruñó y abrió los ojos. Se frotó vigorosamente la cara y la cabeza con las dos manos y los pelos se le erizaron como púas. Luego soltó una maldición en gaélico, se deslizó de mala gana fuera de la cama y empezó a vestirse, temblando en el aire helado de la mañana.

—Supongo que no puedes decirle a Alec que estás enfermo y volver a la cama, ¿no? —arriesgué, esperanzada.

Rió y se agachó para besarme antes de tantear en busca de sus medias.

—Si pudiera lo haría, Sassenach. Pero salvo sífilis, una plaga o un daño físico mayor, dudo que otra cosa sirviera como excusa. A menos que estuviera desangrándome, el viejo Alec subiría aquí de inmediato y me arrastraría de mi lecho de muerte para que lo ayudara a desparasitar.

Admiré sus pantorrillas largas y gráciles mientras se subía una media y doblaba la punta.

—¿«Daño físico mayor», eh? —repetí—. Podría ocasionarte algo por el estilo.

Emitió un gruñido mientras se estiraba para coger la otra media.

—Bueno, fíjate en dónde lanzas tus dardos embrujados, Sassenach. —Intentó guiñar un ojo pero terminó parpadeando—. Apunta bien o de lo contrario, tampoco te seré útil a ti.

Enarqué una ceja y me acurruqué de nuevo bajo las mantas.

—No te preocupes. Nunca será por encima de la rodilla, te lo prometo.

Me acarició un pecho y se marchó hacia los establos, cantando en voz más bien alta la tonada «En el brezal». El estribillo flotó hasta mí desde el rellano de la escalera.

Sentado con una chica en mi rodilla,
un abejorro me picó sobre la rodillaaaaa,
en el brezal, en lo alto de Bendikee...

Estaba en lo cierto, decidí. No tenía oído para la música.

Me sumí en un estado de somnolencia satisfecha pero desperté poco después y bajé a desayunar. La mayoría de los habitantes del castillo ya habían desayunado y estaban trabajando. Los que aún se encontraban en el comedor me saludaron de buen grado. No hubo miradas de soslayo ni expresiones de velada hostilidad de alguien preguntándose

cómo habría funcionado su desagradable ardid. Pero de todos modos, me mantuve alerta.

Pasé la mañana sola en el jardín y en los campos con mi cesta y la pala. Me estaba quedando sin algunas de las hierbas más populares. Por lo general, los aldeanos recurrían a Geillis Duncan en busca de ayuda, pero últimamente, varios pacientes de la aldea se habían presentado en mi dispensario y el tráfico de panaceas se había intensificado. Quizá la enfermedad del esposo de Geillis la tuviera demasiado ocupada para atender a sus clientes habituales.

Estuve en el dispensario durante toda la tarde. Los pacientes fueron pocos; un caso de eczema persistente, un pulgar dislocado y un criado de la cocina que se había volcado una cacerola de sopa caliente en una pierna. Después de aplicar ungüento de moras silvestres y de lirio azul y de encajar y vendar el pulgar, me puse a moler una hierba bien llamada de raíz de piedra en uno de los pequeños morteros del difunto Beaton.

Era un trabajo aburrido, pero cuadraba bien con la tarde indolente. Hacía buen tiempo y vislumbré sombras azules creciendo bajo los olmos al oeste.

Adentro, las botellas de vidrio brillaban alineadas con los montones de vendas y compresas en los armarios contiguos. La cómoda de farmacéutico había sido limpiada y desinfectada y ahora albergaba provisiones de hojas, raíces y hongos secos, todos dentro de bolsas de gasa. Inhalé los aromas fuertes y penetrantes de mi santuario y suspiré, contenta.

Terminé de triturar y dejé el almirez. Estaba contenta, descubrí con estupor. Pese a las innumerables incertidumbres de mi vida aquí, pese al malintencionado manojo de hierbas, pese al dolor constante de añorar a Frank, en realidad, no era infeliz. Antes bien al contrario.

Me sentí avergonzada y desleal. ¿Cómo podía ser feliz cuando Frank debía de estar enfermo de preocupación? Si asumía que el tiempo continuaba transcurriendo sin mí —y no veía por qué no habría de hacerlo— llevaba cuatro meses desaparecida. Imaginaba a Frank registrando la campiña escocesa, llamando a la policía, esperando alguna señal, alguna noticia sobre mí. Después de tanto tiempo, sin embargo, suponía que debió de perder toda esperanza y que estaría aguardando la noticia del hallazgo de mi cadáver.

Bajé el almirez y me paseé de un lado a otro del estrecho cuarto. Me froté las manos en el delantal, presa de un arranque de culpa y pesar. Debía haber huido antes. Debía haberme esforzado más por regresar. Pero lo había intentado, recordé. En varias ocasiones. Y mira cómo había terminado.

Sí. Casada con un fugitivo escocés, perseguidos por un sádico capitán inglés y viviendo con un montón de bárbaros que no dudarían un segundo en matar a Jamie si lo consideraran una amenaza a la preciosa sucesión del clan. Y lo peor de todo era que me sentía feliz.

Me senté y clavé la vista en la colección de frascos y botellas. Desde nuestro regreso a Leoch, había vivido al día y reprimido deliberadamente los recuerdos de mi vida anterior. En lo más profundo de mí, sabía que pronto debería tomar alguna decisión. Pero no quería pensar en ello. Había postergado la necesidad de un día al otro, de una hora a la siguiente; había enterrado mis dudas en los placeres de la compañía de Jamie... y en sus brazos.

Sentí ruidos y maldiciones en el pasillo y me puse de pie enseguida. Cuando llegué a la puerta, Jamie entró tambaleándose. De un lado, lo sostenía la figura inclinada del viejo Alec MacMahon, y del otro, un mozo de cuadra larguirucho pero bien dispuesto. Jamie se dejó caer en mi taburete con el pie izquierdo estirado e hizo una mueca. El gesto pareció ser más de molestia que de dolor, de modo que me arrodillé para examinarlo sin demasiada preocupación.

—Una ligera torcedura —dictaminé al cabo de una inspección superficial—. ¿Qué has hecho?

—Me he caído —respondió Jamie.

—¿Del cerco? —pregunté, bromeando. Me miró enfadado. —No. De *Donas*.

—¿Has montado a esa bestia? —exclamé con incredulidad—. En ese caso, has tenido suerte de no haber sufrido más que una torcedura de tobillo. —Busqué un trozo de venda y comencé a envolver la articulación.

—Bueno, no lo hacía tan mal —intervino el viejo Alec con aire juicioso—. En realidad, muchacho, lo estabas haciendo bastante bien.

—Ya lo sé —replicó Jamie y apretó los dientes cuando tiré para tensar el vendaje—. Le picó una abeja.

Las cejas tupidas se enarcaron.

—¿Ah, fue eso? El animal se puso como si le hubieran clavado un dardo embrujado —me confío—. Se enderezó sobre las patas traseras, bajó y después enloqueció. Tenía los ojos desorbitados y miraba para todos lados, como un abejorro dentro de un frasco. El chico aguantó —agregó y miró a Jamie, que le respondió con una expresión desagradable—... hasta que la bestia saltó el cerco.

—¿Saltó el cerco? ¿Dónde está ahora? —inquirí. Me puse en pie y me limpié las manos.

—Camino del infierno, espero —dijo Jamie. Bajó el pie y apoyó su peso en él con cuidado—. Y ojalá que no regrese. —Dio un respingo y se sentó de nuevo.

—No creo que un caballo roto sea muy útil al diablo —comentó Alec—. El mismo diablo puede convertirse en caballo cuando lo necesite.

—Tal vez *Donas* sea el demonio —sugerí, divertida.

—No me extrañaría —dijo Jamie, todavía molesto pero recobrando su habitual buen humor—. Por lo general, el diablo es un corcel negro, ¿verdad?

—Aja —respondió Alec—. Un corcel negro y grande que viaja tan rápido como el pensamiento entre un hombre y una mujer.

Dirigió una sonrisa cordial a Jamie y se levantó para marcharse.

—Y hablando del tema —continuó y me guiñó un ojo—. Mañana puedes tomarte el día libre. Quédate en cama, muchacho, y eh..., descansa.

—¿Por qué será —pregunté mientras observaba alejarse al anciano caballerizo— que todo el mundo supone que no tenemos otra cosa en mente que estar juntos en la cama?

Jamie se apoyó en el mostrador y volvió a descansar su peso en el pie.

—Para empezar, hace menos de un mes que nos casamos —explicó—. Y además... —Levantó la vista y me sonrió al tiempo que meneaba la cabeza—. Ya te lo dije, Sassenach. Todo lo que piensas se refleja en tu cara.

—Maldición —exclamé.

Salvo una rápida visita al dispensario para asegurarme de que no hubiera una emergencia, pasé la mañana siguiente atendiendo las necesidades bastante exigentes de mi único paciente.

—Se supone que debes descansar —le reproché en determinado momento.

—Eso hago. Bueno, mi tobillo está descansando, al menos. ¿Ves?

Una canilla larga y desnuda se levantó en el aire y un pie huesudo y delgado se meneó a un lado y a otro. Se detuvo con brusquedad en la mitad del meneo con un «ay» amortiguado de su dueño. Lo bajó y se masajeó con suavidad el tobillo todavía hinchado.

—Eso te enseñará —precisé y deslicé mis piernas fuera de las mantas—. Vamos. Has estado demasiado tiempo encerrado aquí dentro. Necesitas aire fresco.

En medio de quejas por mi insensibilidad general y mi falta de consideración para con un hombre gravemente herido, Jamie se vistió y se quedó sentado el tiempo suficiente para que le vendara el débil tobillo antes de que se impusiera su exuberancia natural.

—Está lloviendo —comentó mientras miraba por la ventana. La llovizna se había convertido en un terrible aguacero—. Vayamos al tejado.

—¿Al tejado? Ah, por supuesto. No se me ocurre una recomendación mejor para un tobillo torcido que subir seis tramos de escalera.

—Cinco. Además, tengo un bastón. —Con un floreo triunfal, extrajo el bastón en cuestión, un viejo palo de espino, de detrás de la puerta.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté y lo examiné. De cerca, parecía más desgastado; un pedazo de madera dura astillada de un metro de largo y endurecido por los años como un diamante.

—Me lo ha prestado Alec. Lo usa con las mulas. Las golpea en medio de los ojos para que presten atención.

—Parece muy efectivo —manifesté con una ojeada al trozo de madera—. Lo probaré un día de éstos. Contigo.

Al fin salimos a un estrecho lugar resguardado, justo debajo del voladizo del tejado. Un parapeto bajo protegía el borde del pequeño mirador.

—¡Qué hermoso! —A pesar de la lluvia torrencial, la vista era magnífica. Se veía el ancho trazo plateado del lago y los imponentes despeñaderos detrás que se elevaban hacia el gris intenso del cielo como puños negros y acanalados.

Jamie se apoyó en el parapeto, aliviando así el peso a su pie herido.

—Sí, lo es. Solía subir aquí, cuando vivía en el castillo.

Señaló a través del lago. La lluvia formaba hoyuelos en su superficie.

—¿Ves aquel paso, entre aquellos dos riscos?

—¿En las montañas? Sí.

—Por allí se va a Lallybroch. Cuando echaba de menos mi casa, a veces venía aquí y miraba en esa dirección. Imaginaba que era un cuervo que volaba sobre el paso y contemplaba las colinas y los campos del otro lado de la montaña, y la casa al final del valle.

Le toqué un brazo con suavidad.

—¿Quieres regresar, Jamie?

Volvió la cabeza y me sonrió.

—Bueno, he estado pensando en ello. No sé si lo deseo precisamente, pero creo que debemos hacerlo. No tengo idea de qué nos aguardará allí, Sassenach. Pero... sí. Ahora soy un hombre casado. Eres la dueña de Broch Tuarach. Fugitivo o no, necesito volver, aunque sólo sea durante el tiempo que me lleve poner las cosas en orden.

Me estremecí con una mezcla de alivio y aprensión al pensar en dejar Leoch y sus intrigas.

—¿Cuándo partiremos?

Frunció el entrecejo y tamborileó los dedos sobre el parapeto. La piedra era oscura y estaba resbaladiza por la lluvia.

—Creo que debemos esperar la llegada del duque. Es posible que haga un favor a Colum ocupándose de mi caso. Aunque no lograra demostrar mi inocencia, quizá podría arreglar una absolución. Entonces sería mucho menos arriesgado volver a Lallybroch, ¿entiendes?

—Bueno, sí, pero... —Me clavó la mirada mientras yo vacilaba.

—¿Qué pasa, Sassenach?

Respiré hondo.

—Jamie, si te digo algo, ¿prometes no preguntarme cómo lo sé?

Me cogió por los brazos y me miró a los ojos. La lluvia oscurecía su cabello y pequeñas gotas bajaban por su cara. Me sonrió.

—Te dije que no te pediría que me dijeras nada que no quisieras. Sí, te lo prometo.

—Sentémonos. No deberías estar de pie tanto tiempo.

Fuimos a la pared donde las tejas sobresalientes del techo protegían un pequeño sector de pavimento y nos acomodamos de espalda contra ella.

—De acuerdo, Sassenach. ¿De qué se trata? —preguntó Jamie.

—Del duque de Sandringham —respondí. Me mordí el labio—. No confíes en él, Jamie. No puedo probarlo, pero sé que hay algo... raro en él. Algo malo.

—¿Lo sabes? —Parecía sorprendido.

Ahora fui yo la sorprendida.

—¿Quieres decir que tú ya lo sabes? ¿Lo conoces? —Me sentí más tranquila. Tal vez los vínculos misteriosos entre Sandringham y la causa jacobita fueran mucho más conocidos de lo que Frank y el vicario habían supuesto.

—Oh, sí. Estuvo aquí de visita cuando yo tenía dieciséis años. Cuando... me marché.

—¿Por qué te fuiste? —inquirí curiosa al recordar de pronto lo que Geillis Duncan había dicho cuando nos conocimos en el bosque. El extraño rumor según el cual Jamie era el verdadero padre de Hamish, el hijo de Colum. Yo sabía que Colum no lo era, no podía serlo..., pero posiblemente fuera la única persona en el castillo que lo sabía. Esa sospecha podría haber sido el motivo por el que Dougal había atentado contra la vida de Jamie... si es que eso había sido el ataque en Carryarick.

—¿Fue por... Letitia? —arriesgué con inseguridad.

—¿Letitia? —Su desconcierto era genuino.

Algo en mi interior que ignoraba que estaba tenso, se relajó. Nunca había creído que la suposición de Geilie fuera cierta, pero de todos modos...

—¿Por qué diablos mencionas a Letitia? —preguntó Jamie con expresión inquisitiva—. Viví un año en el castillo y si mal no recuerdo, creo que hablé con ella una vez, cuando me mandó llamar a su habitación y me regañó por haber jugado en su rosaleda.

Le conté lo que había dicho Geilie y rió. Su aliento empañó el aire frío y lluvioso.

—¡Dios mío, jamás me hubiera atrevido! —exclamó.

—¿Crees que Colum pueda haber sospechado algo así?

Sacudió la cabeza con determinación.

—No, no lo creo, Sassenach. Si hubiera tenido la menor sospecha, yo jamás habría cumplido diecisiete años. Ni qué hablar de llegar a la madura y anciana edad de veintitrés.

Esto más o menos confirmaba mi propia impresión sobre Colum, pero de todas maneras, era un alivio. Jamie estaba pensativo; sus ojos azules estaban como distantes.

—Ahora que lo pienso, no estoy seguro de que Colum sepa por qué dejé el castillo tan súbitamente en aquel entonces. Y si Geillis Duncan está difundiendo ese rumor (esa mujer es una alborotadora, Sassenach, y una chismosa, o tal vez una bruja, como dice la gente), será mejor que me encargue de que se entere.

Alzó la vista hacia la cortina de agua que caía de los aleros.

—Bajemos, Sassenach. Esto está demasiado húmedo.

Regresamos por otro camino. Cruzamos el tejado hacia una escalera externa que conducía a los jardines de la cocina, donde yo quería arrancar un poco de borraja, si el aguacero me lo permitía. Nos refugiamos bajo el muro del castillo; el reborde saliente de una ventana desviaba la lluvia.

—¿Qué haces con la borraja, Sassenach? —inquirió Jamie con interés mientras contemplaba las parras y las plantas inclinadas hacia la tierra por la fuerza del agua.

—Cuando está verde, nada. Primero hay que secarla y después...

Un ruido terrible de ladridos y gritos me interrumpió. Provenía del otro lado de la pared del jardín. Me apresuré bajo la lluvia y Jamie me siguió renqueando.

El padre Bain, el sacerdote de la aldea, corría por el sendero, pisando los charcos y una jauría de perros lo perseguía. Entorpecido por la voluminosa sotana, el cura tropezó y

cayó. El barro y el agua volaron a su alrededor. En un momento, los perros estaban sobre él, gruñendo y mordisqueando.

Una mancha escocesa saltó la pared y Jamie aterrizó entre ellos. Comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro con su palo y a maldecir en gaélico, sumando su voz al bullicio general. Si los gritos y las maldiciones no fueron efectivos, el palo sí lo fue. Los aullidos se oyeron en tanto la madera chocaba contra la carne peluda y, poco a poco, la jauría retrocedió. Por fin, los perros se volvieron y se alejaron en dirección a la aldea.

Jamie se apartó el cabello de los ojos. Jadeaba.

—Malos como lobos —comentó—. Ya le advertí a Colum sobre esa jauría. Son los que persiguieron a Cobhar dentro del lago hace dos días. Debería ordenar que les peguen un tiro antes de que maten a alguien. —Me miró mientras me arrodillaba junto al sacerdote caído para inspeccionarlo. La lluvia goteaba de las puntas de mi cabello y notaba el chal empapado.

—Todavía no lo han hecho —respondí—. Excepto por algún que otro mordisco, se encuentra bien.

La sotana del padre Bain estaba rasgada. Por allí se entreveía un muslo blanco y lampiño con un corte feo y varias marcas que empezaban a sangrar. El cura, pálido del susto, intentaba ponerse en pie. Era obvio que no se encontraba malherido.

—Si me acompaña al dispensario, padre, le limpiaré las heridas —me ofrecí y reprimí un sonrisa ante el espectáculo que presentaba el cura pequeño y regordete. La sotana se agitaba dejando ver unas medias de rombos.

En general, el rostro del padre Bain se asemejaba a un puño cerrado. Ahora, esta similitud se acentuaba por las manchas rojizas que veteaban sus carrillos y remarcaban las arrugas verticales entre las mejillas y la boca. Me miró con indignación, como si le hubiera sugerido que cometiera algún tipo de indecencia pública.

Al parecer lo hice, puesto que contestó:

—¿Qué? ¿Que un hombre de Dios ponga sus partes personales en las manos de una mujer? Bueno, le diré algo, señora. No sé qué clase de inmoralidad se practica en los círculos que suele usted frecuentar, pero le aseguro que no será tolerada aquí..., ¡no mientras yo tenga a mi cuidado las almas de esta parroquia! —Tras decir estas palabras se alejó. Cojeaba bastante mientras trataba de recoger el lado rasgado de la sotana.

—Como usted quiera —le grité—.¡Pero si no me permite limpiar su herida, le supurará!

El cura no respondió. Encorvó los hombros redondos y subió de uno en uno los escalones del jardín con la sotana recogida. Parecía un pingüino brincando sobre un témpano.

—Ese hombre no aprecia mucho a las mujeres, ¿verdad? —comenté a Jamie.

—Considerando su ocupación, supongo que es lo correcto —replicó—. Ven, vamos a comer algo.

Después de almorzar, envié a mi paciente de vuelta a la cama a descansar —solo a pesar de las protestas—y bajé al dispensario. La lluvia intensa contribuía a disminuir mi actividad. La gente prefería permanecer a salvo dentro en vez de cortarse los pies con rejas de arado o caerse de los tejados.

Pasé una tarde agradable actualizando los registros en el libro de Davie Beatón. Cuando estaba a punto de terminar, un visitante oscureció mi puerta.

La oscureció literalmente, ya que el cuerpo robusto ocupaba todo el ancho del marco. Parpadeé en la semioscuridad y reconocí a Alec MacMahon. Estaba vestido con una extraordinaria disposición de casacas, chales y retazos de mantas de caballo.

Avanzó con una lentitud que me recordó a Colum y me dio un indicio del problema.

—Reumatismo, ¿no? —aventuré con simpatía. Se dejó caer en la única silla con un gruñido apagado.

—Aja. La humedad me cala los huesos —explicó—. ¿Qué puedo hacer? —Apoyó las manos grandes y nudosas sobre la mesa y aflojó los dedos. Abrió las manos despacio, como un capullo que florece durante la noche, para enseñarme las palmas encallecidas. Cogí una mano y le di la vuelta con suavidad. Estiré los dedos y masajeé la palma áspera. El rostro arrugado hizo una mueca pero se relajó cuando hubieron pasado las primeras punzadas de dolor.

—Parece madera —dije—. Un buen trago de whisky y un masaje fuerte es lo mejor que puedo recomendar. El té de tanaceto no hará más que eso.

Rió y los chales resbalaron de su hombro.

—¿Whisky, eh? Tenía mis dudas, muchacha, pero veo que posee usted las facultades de un buen médico.

Busqué en el fondo del armario y extraje la botella marrón sin nombre que contenía mi provisión de la destilería de Leoch. La deposité sobre la mesa, junto con una taza.

—Beba —le insté—, después desvístase hasta donde considere decente y échese. Atizaré el fuego para que no tenga frío.

El ojo azul miró la botella con aprobación y una mano torcida la cogió por el cuello.

—Mejor beba un trago usted también, muchacha —me recomendó—. Será un trabajo agotador.

Emitió un gruñido, con una mezcla de dolor y satisfacción, cuando me apoyé con fuerza en su hombro izquierdo para aflojarlo. Luego lo levanté desde abajo y le hice rotar la parte superior del cuerpo.

—Mi esposa solía masajearme la espalda —contó—, por el lumbago. Pero esto es incluso mejor. Tiene usted un buen par de manos, jovencita. Sería un excelente mozo de cuadra.

—Supongo que es un cumplido —contesté con sequedad.

Vertí otro poco de ungüento de aceite y sebo caliente en mi palma y lo extendí sobre la espalda ancha y blanca. Había una línea definida de demarcación entre la piel de los brazos, morena y curtida por la intemperie, donde se detenían las mangas arremangadas de la camisa, y la piel de los hombros y la espalda, blanca como la leche.

—Bueno, en una época, fue usted un muchacho de piel clara y suave —comenté—. Su espalda es tan blanca como la mía.

Una risa profunda sacudió la carne bajo mis manos.

—Quién lo diría, ¿eh? Sí, Ellen MacKenzie me vio una vez sin la camisa, ayudando a parir a una yegua, y me dijo que el Señor había puesto la cabeza equivocada en mi cuerpo... debía de tener un budín de leche sobre los hombros en vez de un rostro del retablo.

Imaginé que se refería a la representación de la crucifixión que hay en la capilla y que exhibe a varios demonios muy poco atractivos torturando a los pecadores.

—Ellen MacKenzie parecía ser una mujer muy sincera en sus opiniones —observé. Sentía curiosidad por la madre de Jamie. Por lo poco que él contaba de tanto en tanto, me había formado una imagen de su padre, Brian. Pero nunca había mencionado a su madre y yo ignoraba todo sobre ella excepto que había muerto muy joven, al dar a luz.

—Oh, sí. Ellen no se callaba nada y tenía su carácter. —Desaté los jarretes de los calzones escoceses y los subí para concentrarme en las pantorrillas musculosas—. Pero como era dulce, a nadie le importaba demasiado, excepto a sus hermanos. Y ella no prestaba mucha atención a Colum ni a Dougal.

—Mmm. Eso tengo entendido. Se fugó, ¿verdad? —Hundí los pulgares en los tendones detrás de la rodilla y el anciano dejó escapar un sonido que habría sido un grito en cualquier persona menos digna.

—Aja. Ellen era la mayor de los seis MacKenzie... un año o dos más que Colum y la niña de los ojos del viejo Jacob. Por eso permaneció soltera tanto tiempo. No quiso saber nada con John Cameron ni con Malcom Grant ni con ninguno de los posibles pretendientes. Y su padre jamás forzó su voluntad.

Sin embargo, al morir el viejo Jacob, Colum tuvo menos paciencia con las debilidades de su hermana. En un esfuerzo desesperado por consolidar su incierto dominio del clan, había buscado una alianza con Munro al norte o con Grant al sur. Ambos clanes tenían jefes jóvenes que podrían ser cuñados útiles. La joven Jocasta, de apenas quince años, había aceptado reacia a John Cameron y se había marchado al norte. Ellen, al borde de la soltería a los veintidós, había cooperado mucho menos.

—A juzgar por el comportamiento de Malcom Grant hace dos semanas, deduzco que no fue aceptado —declaré.

El viejo Alec rió y la risa se transformó en un gemido satisfecho cuando intensifiqué la presión.

—Así fue. Nunca supe exactamente qué le dijo ella, pero supongo que lo hirió. Se encontraron durante la gran Reunión, sabe. Salieron a la rosaleda, al atardecer; todos esperaban para ver si ella lo aceptaba o no. Se hizo de noche y seguían esperando. Y más de noche aún; se encendieron los faroles, comenzó la sesión de canto y no había señales de Ellen ni de Malcom Grant.

—Santo cielo. Debió de ser una conversación bastante larga. —Vertí otro poco de linimento entre los omóplatos y el calor hizo gruñir de placer al viejo Alec.

—Eso parecía. Pero el tiempo continuaba transcurriendo y no regresaban. Colum empezó a temer que Grant se hubiera fugado con ella, que se la hubiera llevado a la fuerza, ¿entiende? La sospecha se intensificó cuando descubrieron que no había nadie en la rosaleda. Y cuando Colum envió a alguien por mí al establo..., le informé de que los hombres de Grant habían regresado a por sus caballos y se habían ido sin una palabra de despedida.

Dougal, que en aquel entonces tenía dieciocho años, montó su caballo enseguida. Estaba furioso y partió tras Malcom Grant, sin compañía y sin consultarlo con Colum.

—Cuando Colum se enteró, ordenó que yo y otros fuéramos de inmediato a buscarlo. Conocía bien el carácter de Dougal y no quería que su nuevo cuñado fuera asesinado antes de que se hiciera el anuncio público del casamiento. Suponía que Malcom Grant, al no lograr convencer a Ellen de que lo aceptara, la había raptado para hacerla suya y así forzarla al matrimonio.

Hizo una pausa con un gesto reflexivo.

—Para Dougal era una afrenta, desde luego. Pero a decir verdad, no creo que Colum se sintiera tan molesto, afrenta o no afrenta. Habría solucionado su problema... y Grant habría tenido que tomar a Ellen sin su dote y encima pagar una reparación a Colum.

Alec resopló con cinismo.

—Colum no es un hombre que deje pasar una oportunidad. Es rápido y despiadado. —El único ojo azul me miró sobre un hombro encogido—. Haría bien en tenerlo en cuenta, muchacha.

—No lo olvidaré —le aseguré con cierto pesar. Recordé la historia de Jamie sobre su castigo ordenado por Colum y me pregunté si no habría sido en venganza por la rebelión de su madre.

En todo caso, Colum no tuvo oportunidad alguna de casar a su hermana con el jefe del clan Grant. Al amanecer, Dougal había encontrado a Malcom Grant acampado junto al camino. Dormía bajo un arbusto de tojos, envuelto en su capa.

Y cuando Alec y los demás llegaron poco después, se detuvieron con brusquedad al

ver a Dougal MacKenzie y a Malcom Grant, ambos desnudos hasta la cintura y marcados con las heridas de la batalla, oscilando y tambaleándose de una punta a la otra del camino, todavía intercambiando golpes ocasionales cuando se acercaban lo suficiente. Los partidarios de Grant estaban sentados a lo largo del camino como una fila de búhos. Giraban las cabezas en tanto la lucha se desarrollaba sin rumbo bajo el lluvioso amanecer.

—Jadeaban como dos caballos cansados y les salía humo del cuerpo. La nariz de Grant estaba hinchada el doble de su tamaño normal y Dougal tenía los dos ojos casi cerrados. La sangre les chorreaba y se secaba sobre sus pechos.

Ante la aparición de los miembros del clan MacKenzie, los hombres de Grant se habían puesto en pie de un salto con las manos en las espadas. El encuentro habría terminado en una masacre grave de no haber sido por uno de los que iba con los Mackenzie que advirtió un hecho fundamental: Ellen MacKenzie no se hallaba entre los Grant.

—Bueno, después de echar agua a Malcom Grant para que recobrara la conciencia, éste logró explicar lo que Dougal no se había detenido a escuchar... que Ellen había pasado menos de un cuarto de hora con él en la rosaleda. Se negó a revelar lo ocurrido entre ellos, pero fuera lo que fuera, la ofensa había sido tal, que Grant se había marchado de inmediato, sin presentarse a la Reunión. La había dejado allí y no la había vuelto a ver, ni deseaba oír nunca más el nombre de Ellen MacKenzie pronunciado en su presencia. Y con eso, montó su caballo —todavía un poco inseguro— y se alejó. Y desde entonces, no ha sido amigo de nadie del clan MacKenzie.

Yo escuchaba con fascinación.

—¿Y dónde estaba Ellen durante todo ese tiempo?

La risa del viejo Alec sonó como el crujido de la bisagra de una puerta de establo.

—En las montañas y más allá. Pero no se supo hasta bastante después. Mi grupo regresó al castillo y cuando llegamos, descubrimos que Ellen no había aparecido. Colum estaba de pie, pálido, en el patio, apoyado en Angus Mhor.

La confusión prosiguió, puesto que con tantos invitados, las habitaciones del castillo estaban atiborradas, así como los desvanes y las cocinas. Parecía imposible averiguar quién más faltaba del castillo, pero Colum mandó llamar a todos los criados y registró con minuciosidad la lista de invitados, preguntando quién había sido visto la noche anterior, dónde y cuándo. Y por fin, dio con una criada de la cocina que recordó haber visto a un hombre en un pasadizo trasero poco antes de que se sirviera la cena.

Le había llamado la atención porque era muy apuesto. Alto y robusto, de cabello negro como un becerro marino y ojos de gato. Lo había observado con admiración mientras atravesaba el pasadizo y se encontraba con alguien en la puerta externa... una mujer vestida de negro, de pies a cabeza, y enfundada en un abrigo con capucha.

—¿Qué es un becerro marino? —pregunté.

Alec me miró de soslayo con los ojos entornados.

—En Inglaterra los llaman focas. Durante un tiempo después, incluso después de saberse la verdad, la gente de la aldea solía contar que Ellen MacKenzie había sido llevada al océano, a vivir entre los becerros marinos. ¿Sabía que los becerros marinos dejan la piel cuando llegan a la orilla y caminan como hombres? Y si alguien encuentra una piel de becerro marino y la oculta, él... o ella... no pueden regresar al mar y deben quedarse en tierra. Es bueno casarse con un becerro marino hembra. Son excelentes cocineras y madres devotas.

»Pero desde luego —continuó—, Colum no creía que su hermana se hubiera marchado con un becerro marino y así lo manifestó. De modo que hizo bajar a todos los invitados y uno por uno, les preguntó si conocían al hombre de la descripción. Finalmente, averiguó que su nombre era Brian, pero nadie sabía su apellido ni a qué clan pertenecía. Había participado en los juegos, pero allí lo llamaban Brian el Negro.

El asunto quedó en suspenso por un tiempo, puesto que nadie sabía en qué dirección buscar. Sin embargo, hasta los mejores cazadores deben detenerse de vez en cuando en una cabaña para pedir un poco de sal o algo de leche. Y al poco tiempo llegaron noticias de la pareja a Leoch, dado que Ellen MacKenzie no era una mujer de apariencia común.

—Cabello como el fuego —describió Alec, soñoliento y disfrutando del aceite tibio en la espalda—. Y ojos como los de Colum..., grises y bordeados con pestañas negras..., muy hermosos y penetrantes. Una mujer alta, incluso más alta que usted. Y tan bonita que mirarla hacía daño a los ojos. Oí decir más tarde que se conocieron en la Reunión. Se miraron una vez y ahí mismo decidieron que su destino era estar juntos. De manera que trazaron un plan y se fugaron ante las propias narices de Colum y de trescientos invitados.

Rió de pronto, al recordar.

—Dougal por fin los encontró. Vivían en la cabaña de un campesino en el límite de las tierras de los Fraser. Habían resuelto ocultarse hasta que Ellen quedara embarazada y estuviera lo bastante avanzada para que no hubiera dudas sobre la paternidad. Entonces Colum tendría que aprobar el matrimonio, le gustara o no... y no le gustaba.

Alec sonrió.

—¿Durante el viaje, no vio usted por casualidad una cicatriz que Dougal tiene en el pecho?

La había visto; una línea blanca delgada que cruzaba el corazón y se extendía desde el hombro hasta las costillas.

—¿Se la hizo Brian?

—No, Ellen —contestó y sonrió al ver mi expresión—. Para evitar que degollara a Brian, lo cual estuvo a punto de hacer. Si yo fuera usted, no se lo mencionaría a Dougal.

—No, creo que no lo haré.

Por fortuna, el plan había resultado. Para cuando Dougal halló a la pareja, Ellen estaba embarazada de cinco meses.

—Hubo un gran revuelo y se intercambiaron cartas muy desagradables entre Leoch y Beauly, pero al final se arregló. Ellen y Brian se instalaron en Lallybroch una semana antes de que naciera el niño. Se casaron en el patio de entrada —añadió— para que él pudiera atravesar el umbral con ella en brazos como su esposa. Más tarde contó que casi se desgarró al levantarla.

—Habla como si los hubiera conocido bien —expresé. Terminada la sesión de masaje, me quité el linimento aceitoso de las manos con una toalla.

—Sí, algo —respondió Alec, amodorrado por el calor. El párpado cayó sobre su único ojo y las arrugas de su rostro se relajaron. Ya no exhibía la expresión de molestia que solía darle ese aspecto tan feroz.

—Conocía bien a Ellen, desde luego. A Brian lo conocí años después, cuando trajo al muchacho y lo dejó aquí. Congeniamos. Era bueno con los caballos. —Su voz se fue apagando y el párpado se terminó de cerrar.

Estiré una manta sobre el cuerpo postrado del anciano. Me marché de puntillas y lo dejé soñando junto al fuego.

Después de dejar a Alec dormido, subí a mi dormitorio y encontré a Jamie en la misma condición. Existe un número limitado de actividades con que entretenerse en un día feo y lluvioso. No quería despertar a Jamie ni unirme a él en el sueño, así que parecía que tendría que elegir entre la lectura o la costura. Dadas mis escasas habilidades para esta última, decidí pedir prestado un libro de la biblioteca de Colum.

Siguiendo los peculiares principios arquitectónicos que predominaban en la

construcción de Leoch —basados en un aborrecimiento general a las líneas rectas— la escalera que llevaba a la suite de Colum tenía dos curvas en ángulo recto, cada una marcada por un pequeño rellano. Por lo general, había un asistente en el segundo rellano, listo para hacer recados o prestar ayuda al señor. Pero hoy no se encontraba en su puesto. Oí ruidos de voces arriba. Quizás el asistente estuviera con Colum. Me detuve frente a la puerta y vacilé.

—Siempre he sabido que eras un tonto, Dougal, pero nunca imaginé que fueras tan idiota. —Acostumbrado a la compañía de tutores desde la infancia y poco habituado a mezclarse con los hombres de armas y la gente común, Colum carecía del pronunciado acento escocés que caracterizaba la voz de Dougal. Ahora, sin embargo, el acento culto había desaparecido y ambas voces resultaban casi indistinguibles, las dos teñidas de ira—. Si tuvieras veinte años, no me extrañaría tu comportamiento. ¡Pero por el amor de Dios, tienes cuarenta y cinco!

—Bueno, no creo que tú sepas mucho de estas cosas, ¿no? —El tono de Dougal era despectivo.

—No —replicó Colum con sequedad—. Y aunque no he tenido demasiados motivos para dar gracias al Señor, tal vez me haya hecho un favor más grande de lo que creo. He oído decir con frecuencia que el cerebro de un hombre deja de funcionar cuando el pene se le levanta. Y ahora me inclino a suponer que es cierto. —Se oyó el ruido fuerte de las patas de una silla al ser arrastrada hacia atrás sobre el suelo de piedra—. ¡Si los hermanos MacKenzie tienen un cerebro y un pene entre los dos, entonces me alegra la parte que me corresponde!

Decidí que un tercer participante en esta conversación no sería bienvenido. Me alejé despacio de la puerta y me volví para bajar las escaleras.

El sonido de faldas en el primer rellano me detuvo en seco. No deseaba ser sorprendida escuchando detrás de la puerta del estudio de Colum. Giré de nuevo hacia la puerta. El rellano era ancho y un tapiz cubría una pared casi desde el suelo al techo. Se verían mis pies, pero era inevitable.

Oculta como una rata detrás del tapiz, oí los pasos que ascendían con lentitud y se acercaban a la puerta. Se detuvieron al otro lado del rellano y el visitante advirtió, igual que yo, la naturaleza privada de la conversación entre los hermanos.

—No —decía Colum, ahora más tranquilo—. No, por supuesto que no. La mujer es una bruja o lo más parecido a eso que existe.

—Sí, pero... —La respuesta de Dougal fue interrumpida por la voz impaciente de su hermano.

—He dicho que me ocuparía del asunto. No te preocupes, hermanito. Me haré cargo de ella. —Un tono de afecto se había traslucido en las palabras de Colum.

—Y en cuanto a lo otro, he escrito al duque. Le concedí permiso para cazar en las tierras al norte de Erlick. Está interesado en probar suerte con los ciervos. Pienso enviar a Jamie para que lo acompañe; todavía le tiene cariño al muchacho...

Dougal interrumpió con algo en gaélico, al parecer un comentario obsceno, puesto que Colum rió y manifestó:

—No, supongo que Jamie es lo bastante grande para cuidarse solo. Pero si el duque tiene intenciones de interceder por él ante su Majestad Real, es la mejor oportunidad del muchacho para obtener un perdón. Si lo deseas, le diré a Su Alteza que tú también irás. Podrás ayudar a Jamie y estarás fuera mientras yo arreglo las cosas aquí.

Hubo un ruido seco y apagado al otro lado del rellano y me arriesgué a espiar. Era la chica Laoghaire, pálida como la pared blanqueada a sus espaldas. Sostenía una bandeja con una botella. Una taza de peltre había caído de la bandeja al suelo alfombrado, produciendo el ruido que yo había oído.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la voz de Colum, ahora aguda, desde el interior del

estudio. Laoghaire abandonó la bandeja en la mesa junto a la puerta con tanta prisa que casi tiró la botella. Se volvió y huyó con precipitación.

Sentí los pasos de Dougal aproximándose a la puerta y supe que jamás lograría bajar las escaleras sin ser descubierta. Apenas tuve tiempo de salir de mi escondite y levantar la taza caída antes de que se abriera la puerta.

—Ah, es usted. —Dougal parecía algo sorprendido—. ¿Eso es lo que envía la señora Fitz para la ronquera de Colum?

—Sí —contesté de inmediato—. Dice que espera que se alivie pronto.

—Así será. —Moviéndose con más lentitud, Colum apareció en la puerta abierta. Me sonrió—. Dé las gracias a la señora Fitz en mi nombre. Y le agradezco a usted, querida, que lo haya traído. ¿Quiere sentarse un momento mientras lo bebo?

La conversación que había oído me había hecho olvidar mi propósito original, pero ahora recordé mi intención de pedir prestado un libro. Dougal se marchó con una disculpa y seguí a Colum a su biblioteca, donde me ofreció libre acceso a sus estantes.

Colum todavía estaba colorado, la discusión con su hermano aún fresca en su memoria, pero respondió a mis preguntas sobre los libros con su aplomo habitual. Sólo el brillo en los ojos y una cierta tensión en la postura traicionaban sus pensamientos.

Encontré uno o dos tratados de botánica que parecían interesantes y los separé mientras hojeaba una novela.

Colum atravesó la habitación hacia la jaula de los pájaros. Sin duda, intentaba serenarse, como de costumbre, observando a las hermosas y ensimismadas criaturas brincar entre las ramas, cada una en su mundo propio.

El sonido de gritos atrajo mi atención. Desde aquel lugar alto, se veían los campos sembrados detrás del castillo, en toda su extensión hasta el lago. Un pequeño grupo de jinetes galopaba alrededor del extremo del lago. Gritaban alborozados mientras la lluvia se abatía sobre ellos.

Cuando se acercaron, noté que no eran hombres, sino muchachos, en su mayoría adolescentes y algunos niños montados en ponis que se esforzaban por mantenerse a la par de los más grandes. Me pregunté si Hamish estaría entre ellos y enseguida vislumbré el brillante cabello delator que resplandecía sobre el lomo de *Cobhar* en el centro del grupo.

La pandilla avanzaba hacia el castillo, en dirección a una de las innumerables paredes de piedra que separaban un campo sembrado de otro. Uno, dos, tres, cuatro, los muchachos mayores saltaron la pared en sus monturas con la facilidad despreocupada nacida de la experiencia.

Fue seguramente mi imaginación la que hizo titubear al bayo, puesto que *Cobhar* seguía a los otros caballos con entusiasmo. Encaró el cerco, cogió impulso y saltó.

Pareció hacerlo igual que los demás y no obstante, algo ocurrió. Tal vez una vacilación del jinete, una tensión demasiado fuerte de las riendas o una postura poco firme. Las patas del caballo se elevaron sobre la pared unos centímetros demasiado bajo y caballo, jinete y todo, dieron un salto mortal sobre la pared y describieron la parábola más espectacular que yo había visto en mi vida.

—¡Oh!

Atraído por mi exclamación, Colum volvió la cabeza hacia la ventana a tiempo de ver a *Cobhar* aterrizar pesadamente de costado con la pequeña figura de Hamish debajo. A pesar de su incapacidad, se movió con rapidez. Estaba a mi lado, inclinado fuera de la ventana, antes de que el caballo comenzara a intentar ponerse de pie.

El viento y la lluvia entraron en la habitación y empaparon el terciopelo de la casaca de Colum. Espié con nerviosismo sobre su hombro y vi a varios muchachos empujándose en su ansiedad por ayudar. Pareció transcurrir un largo momento antes de que la multitud se dispersara y viéramos la pequeña y robusta figura salir tambaleando del centro, con una mano en el estómago. Rechazó con la cabeza varios ofrecimientos de

ayuda y avanzó con paso bamboleante pero resuelto hacia la pared, donde se inclinó y vomitó profusamente. Luego se deslizó hasta sentarse en la hierba mojada con las piernas abiertas y el rostro vuelto hacia la lluvia. Cuando lo vi sacar la lengua para atrapar las gotas, apoyé una mano en el hombro de Colum.

—Está bien —dije—. No ha sido nada más que un susto.

Colum cerró los ojos y respiró hondo. Su cuerpo se aflojó al liberar la tensión. Lo observé con compasión.

—Lo quiere como si fuera su hijo, ¿verdad? —pregunté.

Los ojos grises me fulminaron con la más extraordinaria expresión de alarma. Durante un instante, el único sonido que se oyó fue el paso del reloj de arena. Entonces, una gota brillante rodó por la nariz de Colum y quedó colgando de la punta. Estiré un brazo involuntariamente para secarla con mi pañuelo y el rostro se relajó.

—Sí —respondió sin ambages.

Al final, lo único que le conté a Jamie fue el plan de Colum de enviarlo a cazar con el duque. Ahora estaba convencida de que los sentimientos de él por Laoghaire se reducían a una amistad cortés, pero ignoraba qué podría hacer si se enteraba de que su tío había seducido a la joven y la había dejado embarazada. Al parecer, Colum no pensaba recurrir a los servicios de Geilie Duncan. Me pregunté si la muchacha se casaría con Dougal o si Colum le encontraría otro esposo antes de que comenzara a notarse su estado. En todo caso, si Jamie y Dougal iban a compartir un pabellón de caza durante varios días, decidí que sería mejor que la sombra de Laoghaire no fuera de la partida.

—Mmm —dijo, pensativo—. Vale la pena intentarlo. Es fácil hacer amistad después de cazar todo el día y beber whisky al anochecer junto al fuego.

Terminó de abrochar mi vestido y se agachó para darme un beso en el hombro.

—Lamentaré dejarte, Sassenach. Pero podría ser para bien.

—No te preocupes por mí —contesté. No había tomado conciencia de que su partida me dejaría sola en el castillo y la idea me puso bastante nerviosa. De todos modos, estaba resuelta a arreglármelas.

—¿Estás listo para cenar? —inquirí. Su mano se detuvo en mi cintura y me volví hacia él.

—Mmm —murmuró un rato después—. Moriría de hambre con mucho gusto.

—Bueno, yo no —afirmé—. Así que tendrás que esperar.

Miré a lo largo de la mesa y a través del comedor. Ya conocía casi todos los rostros, algunos de manera íntima. Y vaya si conformaban un grupo dispar, reflexioné. A Frank le hubiera fascinado la variedad de tipos faciales diferentes.

Pensar en Frank era como si me tocaran una muela inflamada. Enseguida retrocedía. Pero se acercaba el momento en que ya no podría continuar ignorándolo. Forcé mi memoria a recordar y dibujé su rostro en mi mente. Delineé con mis pensamientos los arcos largos y suaves de sus cejas como otrora lo había hecho con los dedos. Insistí a pesar de que mis dedos se estremecieron de pronto con el recuerdo de cejas más gruesas y ásperas y de los ojos azules intensos debajo de ellas.

Me volví deprisa hacia el rostro más cercano, como un antídoto contra estos pensamientos perturbadores. Resultó ser el de Murtagh. Bueno, al menos no se parecía en nada a los dos hombres que atormentaban mi mente.

Pequeño, delgado pero musculoso, con brazos largos que reforzaban la similitud

simiesca, tenía una frente angosta y una mandíbula estrecha que por algún motivo me hacían recordar a los habitantes de las cavernas y a imágenes del hombre prehistórico de algunos libros de texto de Frank. No, no a un neandertal. Un picto. Eso era. Había algo en aquel hombrecillo que me recordaba las piedras curtidas y modeladas por el tiempo, antiguas incluso ahora, que vigilaban implacables las encrucijadas y los cementerios.

Divertida con la idea, observé a los otros comensales en busca de tipos étnicos. El hombre junto a la chimenea, por ejemplo, John Cameron. Era un normando por donde se le mirara —aunque yo jamás había visto ninguno— de pómulos altos y frente alta y estrecha, labio superior largo y la piel oscura de un galo.

El sajón rubio aquí y allá..., ah, Laoghaire era el ejemplar perfecto. Tez pálida, ojos azules y apenas un poco regordeta... Reprimí el malévolo comentario. Sentada en unas de las mesas más bajas, conversaba animadamente con sus amigos y se cuidaba de no mirarnos ni a Jamie ni a mí. Miré en la dirección opuesta, hacia la mesa siguiente, donde se encontraba Dougal MacKenzie, por una vez, lejos de Colum. Todo un vikingo, pensé. Con su altura impresionante y los pómulos anchos y chatos, podía imaginarlo fácilmente al mando de un barco vikingo, los ojos hundidos brillantes de avaricia y lujuria mientras escudriñaba la niebla hacia una rocosa aldea costera.

Una mano grande con la muñeca cubierta de vello cobrizo se extendió frente a mí para coger un trozo de pan de avena de la fuente. Otro escandinavo, Jamie. Me recordaba las leyendas de la señora Baird sobre la raza de gigantes que una vez recorrió Escocia y enterró sus largos esqueletos en las tierras del norte.

La conversación era general, como siempre, pequeños grupos que cuchicheaban entre bocados de comida. Pero de repente, mis oídos captaron un nombre conocido, pronunciado en una mesa cercana. Sandringham. Me pareció que era la voz de Murtagh y me volví. Estaba sentado junto a Ned Gowan y masticaba con diligencia.

—¿Sandringham? Ah, Willie, viejo degenerado —comentó Ned con aire meditativo.

—¡¿Qué?! —exclamó uno de los hombres de armas más jóvenes y se atragantó con la cerveza.

—Nuestro venerable duque siente preferencia por los muchachos, o así tengo entendido —explicó Ned.

—Mmm —convino Rupert con la boca llena. Tragó y añadió—: Si mal no recuerdo, la última vez que nos visitó, demostró preferencia por el joven Jamie. ¿Cuándo fue eso, Dougal? ¿En el treinta y ocho? ¿El treinta y nueve?

—Treinta y siete —contestó Dougal desde la otra mesa. Entornó los ojos hacia su sobrino—. Eras un chico muy guapo a los dieciséis años, Jamie.

Jamie asintió, masticando.

—Aja. Y también rápido.

Cuando las risas se acallaron, Dougal comenzó a burlarse de Jamie.

—No sabía que fueras favorito, Jamie, muchacho. Varios preferidos del duque han intercambiado un trasero dolorido por tierras y empleos.

—Habrás notado que no poseo ni lo uno ni lo otro —replicó Jamie con una sonrisa y provocó más carcajadas.

—¿Qué? ¿Ni siquiera estuviste cerca? —inquirió Rupert sin dejar de masticar con ruido.

—A decir verdad, más cerca de lo que hubiera querido.

—¿Cuánto más cerca hubieras querido, eh? —El grito brotó del extremo de la mesa, de un hombre alto y de barba castaña que no reconocí. Fue recibido con más risas y comentarios impúdicos. Jamie sonrió con tranquilidad y se estiró para coger más pan, impasible ante las bromas.

—¿Por eso te fuiste del castillo tan de repente y regresaste con tu padre? —

preguntó Rupert.

—Aja.

—¡Caramba! Deberías haberme confiado tu problema, Jamie —intervino Dougal con falsa preocupación. Jamie hizo un ruido bajo y escocés con la garganta.

—Si te lo hubiera contado, viejo bribón, hubieras echado jugo de amapolas en mi cerveza una noche y me hubieras depositado en la cama de Su Alteza como regalo.

La mesa vibró y Jamie se movió para esquivar una cebolla arrojada por Dougal.

Rupert miró de soslayo a Jamie.

—Me parece que te vi poco antes de que te marcharas. Estabas entrando en los aposentos del duque, al anochecer. No nos estarás ocultando algo, ¿verdad? —Jamie cogió otra cebolla y se la tiró. Erró y la cebolla desapareció entre la gente.

—No —contestó, riendo—. Todavía soy virgen... en ese sentido, al menos. Pero si quieres que te lo cuente todo, Rupert, lo haré, con mucho gusto.

Entre gritos de «¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!», Jamie se sirvió un jarro de cerveza y se reclinó en la típica postura del narrador. Podía ver a Colum en la mesa principal, con la cabeza inclinada hacia delante para escuchar, tan atento como los palafreneros y hombres de armas en nuestra mesa.

—Bueno —comenzó—, lo que Ned dice es cierto. Su Alteza tenía cierta preferencia por mí. Pero yo era un joven tan inocente a los dieciséis que... —Fue interrumpido por una serie de comentarios cínicos y levantó la voz para continuar—. Como estaba diciendo, yo era muy inocente y no tenía idea de lo que significaba aquello, aunque me extrañaba que Su Alteza quisiera palmearme todo el tiempo como a un perro y que se interesara tanto por lo que yo podría tener en mi morral. —«¡O debajo de él!», gritó una voz ebria.

»Y me extrañó aún más —prosiguió—, cuando me encontró lavándome en el río y quiso frotarme la espalda. Cuando terminó con la espalda y siguió con el resto, empecé a ponerme un poco nervioso. Y cuando me metió la mano debajo de la falda, comencé a tener una idea general. Era inocente, pero no tonto. Me escabullí de la situación arrojándome al agua, con falda y todo, y nadando a la otra orilla. Su Alteza no estaba dispuesto a exponer sus ropas costosas al barro y al agua. En todo caso, después de eso, me cuidaba mucho de no quedar a solas con él. Me sorprendió una o dos veces en el jardín o en el patio, pero logré huir sin más daño que un beso en mi oreja. El único otro momento difícil fue cuando me cogió desprevenido en el establo.

—¿En mi establo? —El viejo Alec estaba horrorizado. Se incorporó a medias y gritó hacia la mesa principal—: ¡Que ese hombre no se acerque a mis caballerizas, Colum! ¡No permitiré que asuste a mis caballos, duque o no duque! ¡Ni que moleste a los muchachos! —añadió, como una ocurrencia tardía pero obvia.

Jamie siguió con su historia, indiferente a la interrupción. Las dos hijas adolescentes de Dougal escuchaban absortas y algo boquiabiertas.

—Estaba en una caballeriza, sabéis, y no había mucho espacio para maniobrar. Estaba inclinado sobre... —más comentarios obscenos—... como decía, estaba inclinado sobre el comedero cuando oí un sonido a mis espaldas. Antes de que pudiera enderezarme, alguien me levantó la falda hasta la cintura y sentí algo duro contra mi trasero.

Agitó una mano para acallar el tumulto antes de continuar.

—La idea de ser violado en una caballeriza no me gustaba nada, pero no tenía forma de escapar. Así que apreté los dientes y rogué para que no me doliera mucho. De pronto, el caballo (el semental negro grandote, Ned, el que os entregaron en Brocklebury... el que Colum le vendió a Breadalbin) en fin, el caballo se disgustó por el ruido que estaba haciendo Su Alteza. A la mayoría de los caballos les gusta que les hablen, y a éste también, pero tenía una aversión particular a las voces agudas. No podía sacarlo al patio cuando había niños pequeños porque se ponía nervioso con los chillidos y empezaba a escarbar la

tierra y a patear.

»No sé si lo recordáis, pero Su Alteza posee una voz más bien aguda. En aquella ocasión, como estaba un poco excitado, era bastante más aguda. Bueno, como iba diciendo, el caballo estaba disgustado (y yo también, por cierto) y empezó a patear y a resoplar. En un momento dado, giró el cuerpo y aplastó a Su Alteza contra la caballeriza. No bien el duque me hubo soltado, salté dentro del comedero y me escurrí por el otro lado del caballo, dejando que Su Alteza saliera como pudiera.

Jamie hizo una pausa para tomar aliento y beber un trago de cerveza. La sala entera tenía la atención puesta en él; los rostros lo observaban, brillantes bajo la luz de las antorchas. Aquí y allá, alguien fruncía el entrecejo por esta confesión que involucraba a un noble tan poderoso de la Corona británica, pero la reacción predominante era de deleite total por el escándalo. Deduje que el duque no era un personaje muy popular en el castillo Leoch.

—Habiendo estado tan cerca, por así decirlo, Su Alteza decretó que me tendría, fuera como fuera. De manera que al día siguiente, le dijo a MacKenzie que su criado personal había caído enfermo y le pidió si yo podía ayudarle a lavarse y vestirse.

Colum se tapó el rostro con fingida consternación, para regocijo del resto de los comensales. Jamie asintió en dirección a Rupert.

—Por eso me viste entrar en las habitaciones de Su Alteza esa noche. Bajo órdenes.

—Debiste habérmelo dicho, Jamie. No te habría enviado —gritó Colum con una expresión de reproche.

Jamie se encogió de hombros y sonrió.

—Mi modestia natural me lo impidió, tío. Además, sabía que estabas tratando de negociar con él. Pensé que no sería bueno para las negociaciones que te vieras forzado a decirle a Su Alteza que mantuviera las manos lejos del trasero de tu sobrino.

—Qué considerado por tu parte, Jamie —apuntó Colum secamente—. O sea que te sacrificaste por mis intereses, ¿no?

Jamie alzó su jarra en un falso brindis.

—Tus intereses siempre ocupan el primer lugar en mi mente, tío —declaró. Pensé que a pesar del tono burlón, había cierta verdad en sus palabras. Colum la percibió igual que yo.

Vació la jarra y la bajó.

—Pero no —agregó y se secó la boca—, en este caso, no creí que el deber familiar exigiera tanto de mí. Fui a los aposentos del duque porque me lo ordenaste, pero eso fue todo.

—¿Y saliste con el trasero sano? —Rupert sonó escéptico.

Jamie sonrió.

—Aja. Después de la conversación con Colum, fui a ver a la señora Fitz y le expliqué que necesitaba con desesperación una dosis de jarabe de higos. Cuando me lo dio, vi dónde puso la botella. Regresé poco después. Y me la bebí entera.

El comedor se sacudió con las risas, incluyendo la de la señora Fitz. Se había puesto tan colorada que pensé que le daría un ataque. Se levantó ceremoniosamente, dio la vuelta a la mesa y tiró a Jamie de una oreja.

—¡Así que eso fue lo que le ocurrió a mi purgante, canalla! —Con las manos en las caderas, meneó la cabeza. Los pendientes verdes titilaron como libélulas—. ¡El mejor que jamás he tendió!

—Oh, fue muy efectivo —le aseguró él y sonrió a la corpulenta dama.

—¡Me imagino! Cuando pienso en lo que esa cantidad de purgante debió de hacerle a tus entrañas, muchacho, espero que valiera la pena. Te tuviste que sentir pésimamente durante días.

Jamie asintió sin dejar de reír.

—Así fue. Pero al menos no fui útil para lo que Su Alteza tenía en mente. No pareció importarle cuando le pedí permiso para retirarme. Pero yo sabía que no podría hacerlo dos veces, así que en cuanto se aligeraron los retortijones, busqué un caballo en el establo y me marché a toda prisa. Tardé mucho en llegar a casa, ya que tenía que detenerme cada diez minutos. Pero al fin lo logré, al día siguiente, a la hora de cenar.

Dougal pidió otra jarra de cerveza. Los hombres la fueron pasando de mano en mano a lo largo de la mesa hasta llegar a Jamie.

—Tu padre mandó decir que creía que ya habías aprendido bastante sobre la vida en el castillo —comentó con una sonrisa triste—. En aquel momento, me pareció que su carta tenía un tono algo extraño.

—Bueno, espero que haya acumulado una nueva provisión de jarabe de higos, señora Fitz —interrumpió Rupert y le dio un codazo en las costillas con confianza—. Su Alteza estará aquí dentro de un día o dos. ¿O acaso cuentas con que tu nueva esposa te proteja esta vez, Jamie? —Me dirigió una mirada lasciva—. Por lo que he oído, tú tendrás que protegerla a ella. Parece que el criado del duque no comparte las preferencias de Su Alteza, aunque es tan activo como él.

Jamie empujó el banco hacia atrás y se puso en pie. Me ayudó a levantarme de la mesa y me pasó un brazo por los hombros antes de devolver la sonrisa a Rupert.

—Entonces, supongo que los dos tendremos que aguantar espalda contra espalda.

Los ojos de Rupert se abrieron con espanto.

—¡Espalda contra espalda! —exclamó—. ¡Sabía que habíamos olvidado decirte algo antes de tu boda, muchacho! ¡Con razón no la has embarazado!

La mano de Jamie se tensó en mi hombro mientras me guiaba hacia la arcada. Escapamos, seguidos de una lluvia de risas y consejos obscenos.

Una vez en el pasillo oscuro, Jamie se apoyó contra las piedras, doblado en dos. Incapaz de mantenerme en pie, me desplomé a sus pies y reí sin poder contenerme.

—¿No se lo has dicho, verdad? —preguntó Jamie por fin, sin aliento.

Meneé la cabeza.

—No, por supuesto que no. —Todavía jadeando, tanteé en busca de su mano y tiró para ponerme de pie. Me dejé caer contra su pecho.

—Veamos si lo he entendido. —Me cogió la cara entre ambas manos y apoyó su frente en la mía. Su rostro estaba tan cerca que los ojos se confundían en una única pupila azul grande. Su cálido aliento acariciaba mi barbilla.

—Cara a cara. ¿Es así, verdad? —El ataque de risa se estaba extinguiendo en mi sangre, reemplazado por algo igual de potente. Rocé mi lengua contra sus labios mientras mis manos se concentraban en algo más abajo.

—La cara no es la parte esencial. Pero estás aprendiendo.

Al día siguiente en el dispensario, estaba escuchando con paciencia a una anciana de la aldea, parienta del cocinero de campaña, quien me detallaba con gran elocuencia el problema de dolor de garganta de su nuera. En teoría, éste tenía algo que ver con la actual angina que la anciana alegaba padecer, aunque por el momento, yo no alcanzaba a entender la relación. Una sombra cayó a través del vano de la puerta e interrumpió el catálogo de síntomas de la mujer.

Levanté la cabeza sobresaltada y vi a Jamie entrar a toda velocidad. El viejo Alec lo seguía y ambos parecían preocupados y excitados. Jamie cogió mis manos entre las suyas.

—¿Qué...? —empecé, pero Alec me interrumpió. Observaba mis manos por encima del hombro de Jamie.

—De acuerdo, están bien. ¿Pero qué me dices de los brazos, hombre? ¿Tiene brazo

para eso?

—Mira. —Jamie me estiró un brazo y lo midió en comparación con uno de él.

—Mmm —expresó Alec y lo examinó sin convicción—, podría ser. Sí, podría ser.

—¿Os importaría decirme qué diablos creéis que estáis haciendo? —inquirí, pero antes de poder terminar, me encontré en medio de los dos hombres, arrastrada escaleras abajo. Mi anciana paciente se quedó mirándonos boquiabierta.

Un momento después, ojeaba con inseguridad el anca larga, brillante y zaina de una yegua, situada a unos quince centímetros de mi cara. Jamie me había explicado el problema entre comentarios, maldiciones e interjecciones del viejo Alec.

Losgann, por lo general una buena paridora y miembro valioso del establo de Colum, estaba teniendo dificultades. Esto pude comprobarlo por mí misma. La yegua estaba echada de lado y de tanto en tanto, se henchía y el cuerpo enorme parecía temblar. Me puse a cuatro patas detrás del animal y vislumbré los labios de la vagina que se abrían ligeramente con cada contracción. Pero no ocurría nada más. Ninguna señal en la abertura de cascos pequeños ni de la delicada nariz mojada. El potrillo, atrasado, se presentaba sin duda de lado o al revés. Alee opinaba que de lado, Jamie que al revés, y se detuvieron a discutirlo un instante hasta que los llamé al orden con impaciencia para preguntarles qué esperaban que yo hiciera, en cualquiera de los casos.

Jamie me miró como si fuera un poco tonta.

—Que des la vuelta al potrillo, desde luego —dijo con calma—. Que pongas las patas delante para que yo pueda sacarlo.

—¿Ah, eso es todo? —Observé a la yegua. *Losgann*, cuyo nombre elegante de hecho significaba «rana», tenía huesos finos para un caballo, pero grandotes.

—¿Eh, os referís a que meta la mano? —Miré mi mano con disimulo. Probablemente entrara... la abertura era lo bastante grande. ¿Pero y después qué?

Era evidente que las manos de ambos hombres resultaban demasiado grandes para la tarea. Y Roderick, el mozo de cuadra a quien se solía recurrir en situaciones tan delicadas, se encontraba, por supuesto, inmovilizado con una tablilla y un cabestrillo ideados por mí en el brazo derecho..., que se había roto dos días antes. De todos modos, Willie, el otro mozo de cuadra, había ido a buscarlo para que contribuyera con consejos y aliento moral. Roderick llegó justo en aquel momento, desnudo excepto por un par de calzones cortos gastados. El pecho delgado y blanco centelleaba en la penumbra del establo.

—Es un trabajo difícil —sentenció después de evaluar la situación y la sugerencia de que yo lo sustituyera—. Engañoso, sabe. Tiene su maña, pero también requiere fuerza.

—No te preocupes —aseveró Jamie, confiado—. Claire es mucho más fuerte que tú, pequeño. Si le explicas qué debe hacer, resolverá el asunto enseguida.

Aprecié el voto de confianza, pero estaba muy lejos de ser tan optimista. Me dije que esto no era peor que asistir a una operación abdominal y me retiré a una caballeriza para cambiarme el vestido por unos calzones y una camisa áspera de arpillera. Luego me enjaboné las manos y los brazos hasta el hombro con jabón de sebo grasiento.

—Bueno, al ataque —mascullé por lo bajo e introduje la mano.

Había poco lugar para maniobrar y al principio, no sabía qué estaba tocando. Cerré los ojos para concentrarme mejor y tanteé con precaución. Había extensiones lisas y otras irregulares. Las partes lisas debían de ser el cuerpo y las irregulares, las patas o la cabeza. Quería las patas...; los brazos, para ser específica. Poco a poco, me fui habituando al tacto y a la necesidad de quedarme quieta cuando sobrevenía una contracción. Los increíblemente poderosos músculos del útero me atenazaban la mano como una prensa y estrujaban mis huesos de manera muy dolorosa hasta que pasaba la contracción y podía retomar la búsqueda.

Por fin, mis dedos torpes hallaron algo de lo que estuve segura.

—¡Tengo mis dedos en la nariz! —grité triunfal—. ¡He encontrado la cabeza!

—¡Bien, muchacha, bien! ¡No la suelte! —Alec estaba acuclillado con ansiedad a mi lado y palmeó a la yegua al comenzar otra contracción. Apreté los dientes y apoyé la frente contra el anca brillante en tanto la fuerza trituraba mi muñeca. Sin embargo, cedió, y mantuve la mano en su sitio. La fui subiendo con cuidado hasta hallar la curva de la cuenca del ojo y la ceja y el pequeño reborde de la oreja doblada. Aguardé durante otra contracción más y seguí la curva del cuello hasta el hombro.

—Tiene la cabeza vuelta sobre el hombro —informé—. Al menos, la cabeza está apuntando en la dirección correcta.

—Bien. —Jamie, en la cabeza de la yegua, deslizó una mano tranquilizadora por el cuello zaino sudado—. Seguro que tiene las patas dobladas bajo el pecho. Trata de agarrar una rodilla.

De modo que proseguí, tocando, buscando con torpeza, con el brazo metido hasta el hombro dentro de la tibia oscuridad del caballo. Sentía la abrumadora intensidad de las contracciones y su reconfortante aflojamiento en tanto pugnaba a ciegas por alcanzar mi objetivo. Tenía la sensación de ser yo quien estaba dando a luz. Y vaya si era penoso.

Finalmente, mi mano se cerró en un casco. Reconocí la superficie redondeada y el canto vivo de la curva todavía sin usar. Seguí las instrucciones ansiosas y a menudo contradictorias de mis guías lo mejor posible y empujé y tiré, manipulando el cuerpo del potrillo. Traje un casco hacia delante, empujé otro hacia atrás, sudé y gruñí junto con la yegua.

Y entonces, de pronto, conseguí mi objetivo. Cedió una contracción y el potrillo se acomodó con facilidad en su sitio. Esperé, inmóvil, la próxima contracción. Vino, y una naricilla húmeda asomó con brusquedad, empujando mi mano consigo. Los ollares diminutos se hincharon unos segundos, como interesados en la nueva sensación. Luego, la nariz desapareció.

—¡En la siguiente! —Alec casi bailaba. Su figura artrítica brincaba de un lado a otro en el heno—. Vamos, *Losgann.* ¡Vamos, mi querida ranita!

Como en respuesta, la yegua emitió un gruñido convulsivo. El anca se flexionó con violencia y el potrillo se deslizó suavemente en el heno fresco; era un puñado de patas, cascos y grandes orejas.

Me recliné hacia atrás en el heno y sonreí como una idiota. Estaba cubierta de jabón, suciedad y sangre, exhausta y dolorida, y olía a los aspectos menos agradables de los caballos. Me sentía eufórica.

Me senté y observé a Willie y a Roderick atender al recién nacido. Lo limpiaron con trozos de paja y lanzaron exclamaciones de júbilo cuando *Losgann* se volvió, lo lamió y lo empujó delicadamente con el hocico para que se pusiera en pie sobre sus patas largas e inseguras.

—¡Excelente trabajo, muchacha! ¡Excelente trabajo!

Alec estaba fuera de sí de alegría y sacudía mi mano limpia en señal de felicitación. De repente, advirtió que yo temblaba y reparó en mi lamentable estado. Se volvió y gritó a uno de los muchachos que trajera agua. Luego se puso a mis espaldas y apoyó sus manos encallecidas en mis hombros. Con movimientos increíblemente hábiles y suaves, presionó y masajeó hasta aliviar la tensión de mis hombros y aflojar los nudos de mi cuello.

—Ya ha pasado, jovencita —manifestó por fin—. Un trabajo arduo, ¿verdad? —Me sonrió y contempló al potrillo con adoración—. Hermoso animal —agregó.

Jamie me ayudó a lavarme y a cambiarme. Tenía los dedos demasiado rígidos para abrocharme los botones y sabía que por la mañana tendría el brazo entero azul por las moraduras. Pero me sentía en paz y más que satisfecha.

La lluvia pareció durar una eternidad. El primer día que amaneció despejado y claro, bizqueé bajo la luz del sol como un topo que acabara de dejar su cueva.

—Tu piel es tan fina que puedo ver la sangre moviéndose debajo —dijo Jamie y delineó el curso de un rayo de sol a través de mi estómago desnudo—. Puedo seguir las venas desde tu mano hasta el corazón. —Subió un dedo por mi muñeca hasta la curva del codo, por el lado interno del antebrazo y a través de la inclinación debajo de la clavícula.

—Esa es la vena subclavia —comenté mientras observaba el trayecto del dedo.

—¿De veras? Ah, sí, porque está debajo de la clavícula. Cuéntame más. —El dedo se movió con lentitud hacia abajo—. Me gusta oír el nombre en latín de las cosas. Nunca soñé que sería tan placentero hacer el amor a una médica.

—Esa es una aréola —declaré con modestia—. Pero ya lo sabes porque te lo dije la semana pasada.

—Sí, es verdad —susurró—. Y son dos. —La cabeza brillante bajó para que la lengua reemplazara al dedo y luego prosiguió su camino descendente.

—*Umbilicus* —musité con respiración entrecortada.

—Um. —Los labios esbozaron una sonrisa contra mi piel transparente. —¿Y qué es esto?

—Dímelo tú —respondí y le agarré la cabeza. Pero Jamie no podía hablar.

Más tarde, estaba repantigada en la silla del dispensario y me complacía en el recuerdo de mi despertar en una cama soleada, con las mantas revueltas como la arena de la playa. Una mano descansaba en mi pecho y jugueteaba ociosamente con el pezón, disfrutando de su rigidez contra mi palma debajo del algodón fino del corpiño.

—¿Gozando?

La voz sarcástica desde la puerta me hizo incorporarme tan deprisa que me golpeé la cabeza contra un estante.

—Ah —respondí no de muy buen humor—. Geilie. ¿Quién si no? ¿Qué estás haciendo aquí?

Entró en el dispensario, deslizándose como sobre ruedas. Yo sabía que tenía pies, los había visto. Lo que no lograba entender era dónde los ponía cuando caminaba.

—Vine a traerle azafrán español a la señora Fitz. Lo quería para la llegada del duque.

—¿Más especias? —pregunté. Empezaba a recobrar mi buen humor—. Si come la mitad de las cosas que le está preparando, regresará rodando.

—Podría hacerlo ahora. He oído decir que está bastante gordo.

Descartando el tema del duque y su físico, me preguntó si me gustaría acompañarla en una expedición a las colinas cercanas.

—Necesito algo de musgo —explicó. Agitó con gracia sus manos largas—. Hervido en leche con un poco de lana de oveja resulta una magnífica loción para las manos.

Eché una ojeada a mi estrecha ventana, donde las motas de polvo enloquecían bajo la luz dorada. Un ligero aroma a fruta madura y heno recién cortado flotaba en la brisa.

—¿Por qué no?

Mientras esperaba que yo reuniera mis cestas y botellas, Geilie se paseó por el dispensario, levantando y bajando cosas al azar. Se detuvo frente a una mesita y recogió el objeto que yacía sobre ella. Frunció el entrecejo.

—¿Qué es esto?

Interrumpí lo que estaba haciendo y me acerqué. Geilie sostenía un pequeño manojo de plantas secas atado con tres hilos entrelazados; uno negro, uno blanco y otro rojo.

—Jamie dice que es un maleficio.

—Tiene razón. ¿De dónde lo has sacado?

Le conté el hallazgo del pequeño manojo en mi cama.

—Al día siguiente, salí y lo encontré debajo de la ventana, donde Jamie lo había arrojado. Pensaba llevarlo a tu casa y preguntarte si sabías algo sobre él, pero me olvidé.

Geilie se golpeó una uña contra los dientes delanteros en actitud meditativa. Sacudió la cabeza.

—No, no puedo decir que sepa algo. Pero hay una forma de averiguar quién te lo dejó.

—¿En serio?

—Aja. Ve mañana por la mañana a mi casa y te lo diré.

Negándose a revelar más, giró con un remolino de su capa verde y se marchó, dejando que yo la siguiera.

Me condujo hacia las colinas al pie de las montañas, casi corriendo cuando había un camino para hacerlo y al paso cuando no lo había. A una hora de caminata del pueblo, se detuvo junto a un arroyuelo. Los sauces se inclinaban sobre el agua.

Bordeamos el arroyo y nos adentramos en las colinas. Recogimos plantas de fines de verano que todavía perduraban, bayas maduras de principios de otoño y el musgo espeso y amarillo que crecía en los troncos de los árboles en los pequeños valles sombreados.

La figura de Geilie desapareció en el helechal cuando me detuve para raspar un poco de corteza de álamo en mi cesta. Los glóbulos de savia seca en la corteza delgada parecían gotas de sangre congelada y la luz del sol se reflejaba en el carmesí intenso.

Un sonido me arrancó de mi ensueño y alcé la vista hacia la colina, en la dirección en la que me pareció que había provenido.

Oí el ruido otra vez; un gimoteo agudo. Daba la impresión de venir de lo alto, de una abertura rocosa cerca de la cima de la colina. Deposité mi cesta en el suelo y comencé a trepar.

—¡Geilie! —grité—. ¡Sube aquí! ¡Alguien ha abandonado a un recién nacido!

El sonido de plantas al ser apartadas y de maldiciones apagadas la precedieron colina arriba en tanto se abría paso a través de los enmarañados arbustos de la ladera. Tenía el rostro acalorado, expresión enfadada y ramitas en el cabello.

—¿Qué diablos...? —comenzó y luego se lanzó hacia delante—. ¡Por la sangre de Cristo! ¡Bájalo! —Me arrebató al niño de los brazos y lo puso de vuelta donde yo lo había encontrado, en una pequeña depresión de la roca. El hueco liso y cóncavo medía menos de un metro. En un lado, había una taza de madera poco profunda, medio llena de leche. A los pies de la criatura, yacía un ramillete de flores silvestres atado con un trozo de hilo rojo.

—¡Pero está enfermo! —protesté. Me volví a inclinar sobre el niño—. ¿Quién dejaría a un niño enfermo aquí solo?

Era evidente que la criatura se hallaba enferma. La carita contraída estaba verdosa, con ojeras profundas debajo de los ojos. Los puños se sacudían con debilidad bajo la manta. El cuerpecito se había aflojado en mis brazos cuando lo alcé. Me extrañaba que hubiera tenido fuerza para llorar.

—Sus padres —dijo Geilie y me detuvo con una mano en mi brazo—. Déjalo. Vámonos de aquí.

—¿Sus padres? —pregunté indignada—. Pero...

—Es un niño cambiado —explicó con impaciencia—. Déjalo y ven. ¡Ahora!

Me arrastró con ella hacia la maleza. La seguí por la cuesta protestando hasta que llegamos abajo, sin aliento y acaloradas. Allí, la obligué a detenerse.

—¿Qué es esto? —exigí saber—. No podemos abandonar a un niño enfermo a la intemperie. ¿Y a qué te refieres con que es un niño cambiado?

—¿No sabes qué es un niño cambiado? —preguntó, impaciente—. Cuando los

duendes roban un recién nacido humano, dejan a uno de ellos en su lugar. Es fácil reconocerlos porque lloran y se quejan todo el tiempo y no crecen.

—Por supuesto que sé lo que es —repliqué—. Pero tú no crees en esas tonterías, ¿verdad?

Me dirigió una mirada extraña y cargada de recelo. Luego su rostro se relajó y adoptó su habitual expresión de cinismo burlón.

—No, claro que no —admitió—. Pero la gente de por aquí sí lo cree. —Alzó la vista con nerviosismo, pero ya no se oía nada—. La familia debe de andar cerca. Vámonos.

De mala gana, permití que me guiara en dirección a la aldea.

—¿Por qué lo pusieron allá arriba? —inquirí y me senté en una roca para quitarme las medias antes de vadear un arroyo—. ¿Suponen que los duendes vendrán a curarlo? —Seguía preocupada por el niño. Parecía muy enfermo y aunque ignoraba qué tenía, creía poder ayudarlo.

Quizá pudiera dejar a Geilie en el pueblo y regresar a buscar al niño. Pero tendría que ser pronto. Observé el cielo al este, donde nubes de lluvia grises se teñían con rapidez de una penumbra púrpura. Todavía se veía un destello rosado al oeste, pero calculé que no quedaría más de media hora de luz.

Geilie enganchó el asa de mimbre del cesto en su escote, se recogió la falda y entró en el arroyo. El agua fría la hizo estremecer.

—No —contestó—. O mejor dicho, sí. Ésa es una de las colinas encantadas y es peligroso dormir allí. Si dejas al niño cambiado en ese lugar durante toda la noche, los duendes regresarán y se lo llevarán de vuelta. Y devolverán al niño humano que han robado.

—En este caso no lo harán —repliqué—. Porque no es un niño cambiado —añadí y contuve la respiración al tocar el agua helada—. Es sólo un niño enfermo. ¡Y hay muchas posibilidades de que no sobreviva una noche a la intemperie!

—No sobrevivirá —sentenció Geilie—. Estará muerto por la mañana. Y ruego a Dios que nadie nos haya visto cerca de él.

Me estaba poniendo los zapatos y me detuve en seco.

—¡Muerto! Regresaré a buscarlo, Geilie. No puedo dejarlo allí. —Me volví y comencé a andar en la dirección contraria.

Geilie me cogió por la espalda y me arrojó de bruces en el agua poco profunda. Con torpeza y sin aliento, logré ponerme de rodillas, salpicando para todos lados. Geilie estaba de pie con los tobillos en el agua y la falda empapada. Me clavó una mirada furiosa.

—¡Inglesa terca y estúpida! —me gritó—. ¡No puedes hacer nada! ¿Me oyes? ¡Nada! ¡Ese niño está prácticamente muerto! ¡No me quedaré quieta viendo cómo arriesgas tu vida y la mía por una locura! —Entre resoplidos y gruñidos, se agachó y me cogió de las axilas para ponerme de pie—. Claire —agregó con urgencia y sacudiéndome un poco—. Escúchame. Si te acercas a ese niño y él muere (y morirá, créeme, los he visto así), la familia te acusará de su muerte. ¿No comprendes el peligro que entraña? ¿Acaso no sabes lo que se dice de ti en la aldea?

Permanecí temblando en la brisa fría del atardecer, desgarrada entre el pánico obvio de Geilie por mi seguridad y la imagen de un niño indefenso, muriendo lentamente y solo en la oscuridad, con flores silvestres a sus pies.

—No —respondí y me aparté el pelo mojado de la cara—. No, Geilie, no puedo. Tendré cuidado, te lo prometo, pero debo volver. —Me liberé de sus manos y me encaminé hacia la orilla. Tropecé y salpiqué agua en las sombras inciertas del cauce del arroyo.

Hubo un grito amortiguado de exasperación a mis espaldas y luego el ruido de agua agitada en la dirección contraria. Bueno, al menos no seguiría estorbándome.

Estaba oscureciendo deprisa y me abrí camino entre los arbustos y la maleza tan rápido como pude. No estaba segura de poder encontrar la colina en la oscuridad. Había

muchas en las cercanías, todas de casi la misma altura. Y al margen de los duendes, la idea de vagar por aquí sola de noche no era lo que más me agradaba. El problema de cómo me las ingeniaría para regresar al castillo con un niño enfermo lo resolvería cuando llegara el momento.

Por fin, hallé la colina al localizar un monte de alerces jóvenes que recordaba haber visto en la base. Ya era casi de noche, no había luna, y trastabillaba y me caía con frecuencia. Los alerces se erguían muy juntos y murmuraban bajito en la brisa con chasquidos, crujidos y suspiros.

«Este maldito lugar está encantado», pensé mientras escuchaba el susurro de las hojas sobre mi cabeza y avanzaba con cuidado entre los troncos delgados. «No me sorprendería toparme con un fantasma detrás del próximo árbol.»

Y me sorprendí. De hecho, se me pusieron los pelos de punta cuando la figura imprecisa apareció y me agarró. Dejé escapar un chillido penetrante y la golpeé.

—Jesucristo —exclamé—, ¿qué estás haciendo aquí? —Me desplomé un momento contra el pecho de Jamie. Me aliviaba verlo, a pesar del susto que me había dado.

Me cogió del brazo y me volvió para conducirme fuera del bosque.

—He venido a por ti —susurró—. He salido a buscarte porque se estaba haciendo de noche. Me he encontrado con Geillis Duncan cerca del arroyo St. John y me he dicho dónde estabas.

—Pero el niño... —empecé y giré hacia la colina.

—El niño está muerto —afirmó. Me obligó a volverme de nuevo—. He subido a verlo.

Lo seguí sin poner reparos, angustiada por la muerte de la criatura pero contenta porque ya no tendría que habérmelas sola con la colina encantada ni con el largo viaje de regreso. Agobiada por los árboles oscuros y susurrantes, no hablé hasta que hubimos cruzado el arroyo. Todavía mojada a causa de la inmersión anterior, no me molesté en quitarme las medias y lo atravesé con indiferencia. Jamie, aún seco, se conservó así. Brincó desde la orilla a una roca que se elevaba sobre la corriente y luego saltó a la orilla opuesta como un atleta.

—¿Tienes idea de lo peligroso que es andar fuera de noche y sola, Sassenach? —preguntó. No parecía enfadado, sólo curioso.

—No... quiero decir, sí. Siento haberte preocupado. Pero no podía abandonar a una criatura indefensa en ese lugar. Simplemente, no podía.

—Sí, lo sé. —Me estrechó un poco—. Tienes un corazón generoso, Sassenach. Pero no te imaginas a lo que te estás enfrentando.

—¿Duendes, eh? —Estaba cansada y alterada por el incidente. Pero lo disimulé con petulancia—. No temo a las supersticiones. —Se me ocurrió algo—. ¿Tú crees en duendes y niños cambiados y todo eso?

Vaciló un momento antes de responder.

—No. No, no creo en esas cosas, pero ni loco dormiría en una colina encantada. Soy un hombre instruido, Sassenach. Tuve un tutor alemán en casa de Dougal, uno bueno, que me enseñó latín y griego. Y más tarde, cuando tenía dieciocho años y viajé a Francia... bueno, estudié historia y filosofía y comprendí que el mundo no se reducía a los valles y los páramos y a los caballos de agua en los lagos. Pero esta gente...

Sacudió un brazo hacia la oscuridad a nuestras espaldas.

—Jamás se han alejado más de unos kilómetros del lugar donde nacieron, excepto para algo importante como la Reunión de un clan, y eso tal vez suceda dos veces en sus vidas. Viven entre los valles y los lagos y no saben nada del mundo excepto lo que el padre Bain les dice los domingos en la iglesia.

Sostuvo la rama de un aliso para dejarme pasar. Nos hallábamos en el sendero que Geilie y yo habíamos recorrido antes y me reconfortó esta nueva evidencia de la habilidad

de Jamie para orientarse, incluso en la oscuridad. Lejos de la colina encantada, hablaba con su voz normal y se detenía de vez en cuando para apartar alguna maleza enmarañada de nuestro camino.

—Esas historias son un entretenimiento en las manos de Gwyllyn, cuando te sientas en la sala del castillo y bebes vino del Rin. .—Me precedía en el sendero y su voz flotaba hacia mí, suave y enfática en el frío aire nocturno—. Pero aquí, incluso en la aldea..., no, son algo muy distinto. La gente vive de ellas. Y supongo que hay algo de verdad en algunas.

Pensé en los ojos color ámbar del caballo de agua y me pregunté cuáles otras serían ciertas.

—Y otros... en fin. —Su voz bajó y tuve que estirarme para oírlo—. A los padres de ese niño, tal vez les consuele creer que quien murió fue el niño cambiado y que su hijo vivirá para siempre, sano y feliz, entre los duendes.

En aquel momento, llegamos a donde estaban los caballos. Media hora después, las luces del castillo Leoch brillaban a través de la oscuridad para darnos la bienvenida. Jamás había creído que consideraría aquel edificio sombrío un fuerte de civilización avanzada, pero ahora las luces le daban ese aspecto.

No noté hasta que nos acercamos que la luz se debía a una hilera de faroles que resplandecían a lo largo del parapeto del puente.

—Algo ha pasado —comenté y me volví hacia Jamie. Y al verlo por primera vez a la luz, advertí que no llevaba su habitual camisa gastada y falda sucia. El atuendo de hilo relucía bajo los faroles y su mejor —su única— casaca de terciopelo estaba cruzada sobre la montura.

—Así es —convino—. Por eso he venido a buscarte. El duque ya está aquí.

El duque resultó una sorpresa. No sé lo que esperaba exactamente, pero desde luego no al cazador fanfarrón, vigoroso y rubicundo que conocí en la sala de Leoch. Tenía un rostro redondo y curtido por la intemperie, con ojos celestes que siempre miraban un poco de soslayo, como cegados por el sol.

Por un momento, me pregunté si lo que se había dicho de él no sería exagerado. Sin embargo, al observar la sala, vi que todos los muchachos menores de dieciocho años tenían una expresión precavida y mantenían la vista fija en el duque mientras éste reía y conversaba animadamente con Colum y Dougal. No, no había sido una exageración; los jóvenes estaban advertidos.

Cuando me presentaron al duque, me costó un poco conservar el aplomo. Corpulento, sólido y en buen estado físico, se parecía a la clase de hombre que solía verse expresando sus opiniones con voz resonante en las cantinas, aplastando a la oposición a fuerza de gritos y repeticiones. Yo ya estaba sobre aviso, desde luego, gracias a la historia de Jamie, pero la impresión física resultaba tan abrumadora que cuando el duque se inclinó sobre mi mano y dijo «es un placer encontrarme con una compatriota en este lugar remoto, señora» con la voz de un ratón sobreexcitado, tuve que morderme el interior de la mejilla para no desacreditarme en público.

Agotados por el viaje, el duque y su comitiva se retiraron a descansar temprano. A la noche siguiente, no obstante, hubo música después de la cena y Jamie y yo nos unimos a Colum, Dougal y al duque. Sandringham se volvió efusivo con el vino del Rin de Colum y habló sin parar, explayándose por igual sobre los horrores de viajar por las tierras altas y las bellezas del paisaje. Lo escuchamos con cortesía y evité mirar a Jamie en tanto el duque relataba con su voz chillona la historia de sus penurias.

—En las afueras de Stirling se rompió un eje y nos quedamos varados tres días,

bajo una lluvia torrencial, hasta que mi criado encontró un herrero que fue a reparar la maldita rueda. ¡ Y doce horas después, encontramos el pozo más tremendo que jamás he visto y el maldito eje se rompió de nuevo! Y luego, uno de los caballos perdió una herradura y tuvimos que descargar el carruaje y caminar junto a él, en el barro, llevando de tiro al caballo manco. Y después... —La historia prosiguió, de desgracia en desgracia. Tenía unas ganas terribles de reírme y traté de sofocarlas con más vino..., sin duda un error de juicio. —¡Pero qué animales de caza, MacKenzie, qué animales! —exclamó el duque y puso los ojos en blanco, extasiado—. No podía creerlo. No me extraña que hayamos cenado tan bien. —Se palmeó la panza grande y dura—. Daría cualquier cosa por probar suerte con un ciervo como el que vi hace dos días; una bestia espléndida, simplemente espléndida. Saltó del matorral justo delante del carruaje, querida —me confió—. ¡Los caballos se asustaron tanto que estuvimos a punto de salimos del camino otra vez!

Colum levantó la jarra y enarcó una ceja oscura. Mientras servía, aventuró:

—Bueno, tal vez podamos arreglar una cacería para usted, Su Alteza. Mi sobrino es un excelente cazador. —Lanzó a Jamie una mirada penetrante y hubo un movimiento de cabeza casi imperceptible a modo de respuesta.

Colum se reclinó y apoyó la jarra en la mesa.

—Sí —añadió—, está decidido. Quizás a principios de la semana próxima. Es demasiado pronto para los faisanes, pero habrá buenos ciervos. —Se volvió hacia Dougal, repantigado al lado en una silla mullida—. Mi hermano les acompañará. Si van hacia el norte, podrá enseñarle las tierras de las que hablamos antes.

—¡Fundamental, fundamental! —El duque estaba complacido. Palmeó a Jamie en una pierna y vi que los músculos se tensaban, pero Jamie no se movió. Sonrió con serenidad y la mano del duque se detuvo más de lo debido. Su Alteza me sorprendió con los ojos en Jamie y me sonrió con jovialidad. Su expresión parecía decir: «Vale la pena intentarlo, ¿eh?» A mi pesar, le devolví la sonrisa. Y descubrí con asombro que el hombre me caía bien.

En la excitación por la llegada del duque, había olvidado el ofrecimiento de Geilie de ayudarme a descubrir quién me había enviado el maleficio. Y después de la escena desagradable de la colina encantada, no estaba segura de querer intentar nada que ella pudiera sugerirme.

Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte que el recelo y cuando dos días más tarde, Colum pidió a Jamie que fuera a la aldea y escoltara a los Duncan al castillo para el banquete en honor del duque, lo acompañé.

Así fue como ese jueves, Jamie y yo estábamos en el vestíbulo de los Duncan. El fiscal nos atendía con una suerte de amabilidad torpe mientras su esposa terminaba de vestirse arriba. Aunque ya casi repuesto de los efectos de su último ataque gástrico, Arthur no parecía muy saludable. Como muchos hombres gordos que pierden peso con brusquedad, se le notaba más en la cara que en el estómago. El vientre todavía abultaba la seda verde de su chaleco y la piel de su rostro colgaba en pliegues fofos.

—Tal vez pueda subir y ayudar a Geilie con su cabello u otra cosa —aventuré—. Le traje una cinta nueva. —Había previsto la posible necesidad de un pretexto para hablar a solas con Geilie, de modo que había traído conmigo un pequeño paquete. Lo presenté como excusa y me apresuré a cruzar la puerta y subir las escaleras antes de que Arthur pudiera protestar.

Geilie me esperaba.

—Vamos —dijo—. Subiremos a mi cuarto privado. Tendremos que darnos prisa, pero no tardaremos mucho.

La seguí por la escalera angosta y serpenteante. Los escalones eran de distintas alturas y algunos contraescalones eran tan altos que tuve que recogerme la falda para evitar tropezar. Llegué a la conclusión de que los carpinteros del siglo diecisiete tenían métodos erróneos de medición o mucho sentido del humor.

La habitación privada de Geilie estaba en el último piso, en uno de los áticos remotos sobre los cuartos de la servidumbre. Estaba custodiada por una puerta cerrada que se abría con una enorme llave que Geilie extrajo del bolsillo de su delantal. Debía de medir por lo menos quince centímetros de largo y tenía una cabeza ancha y decorada en relieve con el dibujo de una enredadera y una flor. Pesaría cerca de medio kilo; habría servido corno un arma eficaz. Tanto la cerradura como las bisagras estaban bien aceitadas y la gruesa puerta se abrió en silencio.

El cuarto del ático era pequeño, restringido por las ventanas de gabletes que atravesaban el frente de la casa. Cada centímetro de las paredes estaba cubierto por estantes con potes, botellas, frascos y vasos. Manojos de hierbas secas atados cuidadosamente con hilos de distintos colores colgaban ordenados en hileras de las vigas del techo. Me rozaron el cabello con un polvo fragante cuando pasamos debajo.

Esto no se parecía en nada al limpio y bien ordenado herbario de la planta inferior. Estaba atiborrado, revuelto y oscuro a pesar de las ventanas de gabletes.

Un estante tenía libros, en su mayoría viejos y ruinosos, sin nombre. Deslicé un dedo curioso por la fila de encuadernaciones de cuero. Casi todas eran de becerro, pero había dos o tres diferentes; de tapas suaves pero desagradablemente aceitosas al tacto. Y un volumen que al parecer estaba encuadernado en piel de pescado. Extraje un libro y lo abrí con delicadeza. Estaba escrito a mano en una mezcla de francés arcaico y latín más obsoleto aún. Pero pude descifrar el título. *L'Grimoire d'le Comte St. Germain.*

Sorprendida, lo cerré y lo volví a poner en su sitio. Un *grimoire.* Un manual de magia. Sentía los ojos de Geilie en mi espalda y me volví. Su expresión era malévola y a la vez cauta. ¿Qué haría yo ahora que lo sabía?

—O sea que no es un rumor, ¿verdad? —insinué con una sonrisa—. Eres una bruja de verdad. —Me pregunté hasta dónde llegaría aquello y si ella realmente lo creería. Tal vez no fuera más que un artificio al que recurría para mitigar el aburrimiento de su matrimonio con Arthur. También me pregunté qué clase de brujería practicaría... o pensaba que practicaba.

—Ah, blanca —respondió sonriendo—. Definitivamente, magia blanca.

Pensé con desaliento que Jamie tenía razón en cuanto a mi rostro..., todos parecían poder adivinar mis pensamientos.

—Qué bien —contesté—. En realidad, no soy muy aficionada a bailar alrededor de las fogatas a medianoche ni a volar en escobas. Ni tampoco soy de las que rinden pleitesía al diablo.

Geilie echó su cabello hacia atrás y rió con deleite.

—No le rindes pleitesía a nadie, eso es evidente —repuso—. Y yo tampoco. Aunque si tuviera un diablillo dulce como el tuyo en mi cama, no puedo asegurar que no lo haría.

—Eso me recuerda... —empecé. Pero ella ya se había vuelto y murmuraba para sí.

Después de comprobar que la puerta estuviera bien cerrada, Geilie cruzó hasta la ventana y revolvió en un estante empotrado en la base. Sacó una cacerola grande y poco profunda y una vela blanca y larga en un candelabro de cerámica. Continuó hurgando y sacó una manta gastada que extendió a manera de protección contra el polvo y las astillas.

—¿Qué planeas hacer, Geilie? —inquirí mientras ojeaba los preparativos con desconfianza. De hecho, no podía imaginar nada siniestro con una cacerola, una vela y una manta, pero desde luego, yo era una bruja novata, por no decir cosa peor.

—Una invocación —replicó y acomodó la manta para que los lados yacieran

paralelos a los tablones del suelo.

—¿Una invocación? ¿A quién? —pregunté. O a qué.

Se irguió y se apartó el pelo de la cara. Fino como el de un recién nacido y escurridizo, se le estaba soltando. Geilie masculló, se quitó las horquillas y lo dejó caer en una cortina recta y brillante, del color de la crema espesa.

—Ah, fantasmas, espíritus, visiones. Cualquier cosa que necesites —añadió—. El comienzo es igual para todos, aunque las hierbas y las palabras varían para cada cosa. Lo que ahora queremos es una visión... para ver quién te desea el mal. Entonces haremos que el mal se vuelque hacia esa persona.

—Eh..., bueno. —No experimentaba deseos de venganza, pero sí curiosidad... tanto por ver cómo era una invocación como por saber quién me había dejado el manojo de la mala suerte.

Geilie colocó la cacerola en el centro de la manta y vertió agua de una jarra.

—Se puede utilizar cualquier recipiente lo bastante grande para que el reflejo sea bueno, aunque el manual dice que hay que usar un *bassin* plateado. Hasta un estanque o un charco de agua sirven para cierto tipo de invocación, siempre que estén aislados. Se necesita paz y quietud para hacer esto.

Pasó con rapidez de una ventana a otra y corrió las pesadas cortinas negras. La habitación quedó casi a oscuras. Apenas alcanzaba a distinguir la figura delgada de Geilie revoloteando en la penumbra hasta que prendió la vela. La llama trémula iluminó su cara cuando la llevó a la manta. Arrojaba sombras cortantes bajo la nariz pronunciada y la mandíbula bien marcada.

Apoyó la vela junto a la cacerola; yo estaba situada justo enfrente. Llenó la cacerola con mucho cuidado, tanto que el agua sobresalió un poco del borde pero sin llegar a derramarse. Me incliné y advertí que la superficie del agua proporcionaba un reflejo excelente, mucho mejor que el que podía obtenerse en cualquiera de los espejos del castillo. Como si me hubiera leído la mente otra vez, Geilie explicó que además de emplearse para invocar espíritus, la cacerola constituía un accesorio excelente para arreglarse el cabello.

—No te acerques tanto o te mojarás —me aconsejó y se concentró con el entrecejo fruncido mientras encendía la vela. Algo en el tono práctico del comentario, tan prosaico en medio de estos preparativos sobrenaturales, me recordó a alguien. Contemplé la figura delgada y pálida inclinada con elegancia sobre la mecha y al principio, no logré dilucidar a quién me recordaba. Pero por supuesto. Aunque nadie se parecía menos a la vieja mujer que se había sentado al otro lado de la tetera en el estudio del padre Wakefield, el tono de voz había sido el de la señora Graham, sin duda alguna.

Tal vez fuera una actitud que compartían, un pragmatismo que consideraba lo oculto como una mera colección de fenómenos como el clima. Algo que debía abordarse con respeto cauteloso, desde luego —tanto como el que se tenía cuando se usaba un cuchillo de cocina afilado—, pero nada que hubiera que evitar o temer.

Podía ser el olor de agua de lavanda. Los vestidos sueltos y ondeantes de Geilie siempre olían a las esencias que ella destilaba: caléndula, manzanilla, hojas de laurel, nardo, menta, mejorana. Hoy, sin embargo, era lavanda lo que emanaba de los pliegues de su vestido blanco. El mismo aroma que impregnaba el práctico vestido azul de la señora Graham y se elevaba de su pecho huesudo.

Si el pecho de Geilie poseía igualmente estos apoyos esqueléticos, no estaban a la vista, a pesar del escote profundo. Era la primera vez que veía a Geilie Duncan en *déshabillé*. Por lo general, usaba vestidos austeros y voluminosos abotonados hasta el cuello, apropiados para la esposa de un fiscal. La opulencia de sus pechos era una sorpresa. La abundancia cremosa, casi del mismo color que su atuendo, explicaba por qué un hombre como Arthur Duncan se había casado con una muchacha pobre y sin linaje. Mi vista se desvió involuntariamente a la hilera de potes etiquetados de la pared, en busca de

nitrato sódico.

Geilie escogió tres potes del estante y vertió una pequeña cantidad de cada uno en el cuenco de un diminuto brasero de metal. Encendió con la llama de la vela la capa de carbón y sopló para avivar las chispas. Un humo fragante comenzó a elevarse a medida que prendía el carbón.

El aire del ático estaba tan quieto que el humo grisáceo subió sin disolverse. Formó una columna que imitaba la forma de la vela blanca y alta. Geilie se sentó entre ambas columnas como una sacerdotisa en su templo, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo.

—Bueno, así estará bien, creo. —Espolvoreó migas de romero y examinó la escena con satisfacción. Las cortinas negras con sus símbolos místicos impedían la entrada de los rayos de sol, de manera que la vela era la única fuente de iluminación directa. La llama se reflejaba y difundía a través de la cacerola de agua que parecía brillar como si ella también fuera una fuente de luz.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Los grandes ojos grises resplandecieron como el agua, llenos de anticipación. Geilie agitó las manos a través de la superficie del agua y luego las enlazó entre sus piernas.

—Siéntate y no te muevas durante un rato —me ordenó— Escucha los latidos de tu corazón. ¿Los oyes? Respira con calma, despacio y profundamente. —Pese a su expresión encendida, la voz era serena y lenta, en notable contraste con su habitual conversación vivaz.

Obedecí sus instrucciones. La velocidad de los latidos de mi corazón disminuyó en tanto mi respiración alcanzaba un ritmo estable. Reconocí el olor a romero en el humo pero no estaba segura de las otras dos hierbas. ¿Dedalera, tal vez? ¿O cincoenrama? Había creído que las flores púrpuras eran de hierba mora, pero no podía ser. Fueran lo que fueran, la lentitud de mi respiración no podía atribuirse únicamente al poder de sugestión de Geilie. Sentía como si un peso me apretara el esternón, espaciando mi respiración sin que yo lo dispusiera.

Geilie estaba sentada inmóvil y me observaba sin parpadear. Asintió con la cabeza, una vez, y bajé la vista a la superficie serena del agua.

Comenzó a hablar, de un modo ligero y conversador, que me recordó de nuevo a la señora Graham dirigiéndose al sol en el círculo de piedras.

Las palabras no eran en inglés y sin embargo, no podía decirse que no fueran del todo en inglés. Se trataba de una lengua extraña, pero una que yo sentía que debía conocer, como si las palabras fueran pronunciadas justo por debajo de mí nivel auditivo.

Se me empezaron a dormir las manos. Intenté sacarlas de la posición enlazada sobre mi regazo, pero no pude. La voz uniforme seguía hablando, suave y persuasiva. Ahora supe que entendía lo que estaba diciendo, pero continuaba sin poder enviar las palabras a la superficie de mi mente.

Comprendí vagamente que estaba siendo hipnotizada o me encontraba bajo la influencia de alguna droga. Mi mente se aferró al borde del pensamiento consciente y resistió el influjo del humo dulce. Podía ver mi reflejo en el agua. Tenía las pupilas reducidas a dos puntos diminutos y los ojos abiertos como un búho cegado por el sol. La palabra «opio» atravesó mis desvanecientes pensamientos.

—¿Quién eres? —No sabía quién de las dos había formulado la pregunta, pero mi garganta se movió para responder.

—Claire.

—¿Quién te envió aquí?

—No puedo revelarlo.

—¿Por qué no puedes revelarlo?

—Porque nadie me creería.

La voz en mi cabeza se volvió todavía más tranquilizadora, amistosa y seductora.

—Yo te creeré. De veras. ¿Quién eres?

—Claire.

Un súbito ruido quebró el hechizo. Geilie se sobresaltó y su rodilla golpeó la cacerola. El reflejo se deshizo en el agua.

—¿Geillis? ¿Querida? —Una voz llamó desde la puerta, incierta pero autoritaria—. Debemos irnos, querida. Los caballos están listos y todavía no te has cambiado.

Mascullando una grosería para sí, Geilie se puso en pie y abrió la ventana. El aire fresco azotó mi rostro y parpadeé, ahora más lúcida.

Geilie me miró con aire pensativo y luego se agachó para ayudarme a ponerme en pie.

—Vamos —dijo—. Te sientes rara, ¿verdad? A veces sucede. Será mejor que te recuestes en mi cama mientras me visto.

Una vez en el dormitorio me tiré sobre la colcha y cerré los ojos. Escuché los ruiditos que Geilie hacía en su cuarto de vestir y me pregunté qué diablos había sido eso. Por cierto, nada que ver con el maleficio ni con su autor. Sólo con mi identidad. En tanto mi mente se despejaba, se me ocurrió que Geilie tal vez fuera una espía de Colum. Por su posición, conocía los negocios y secretos de todo el distrito. ¿Y quién otro sino Colum estaría tan interesado en mis orígenes?

¿Qué habría pasado si Arthur no hubiera interrumpido la invocación? ¿Habría oído yo, en medio de la niebla perfumada, la típica frase del hipnotizador, «cuando despierte, no recordará nada»? Pero recordaba. Y quería saber.

No obstante, no tuve oportunidad de preguntar nada a Geilie. La puerta del dormitorio se abrió de un golpe y Arthur Duncan entró. Cruzó hasta la puerta del cuarto de vestir y llamó una vez, deprisa. Luego entró.

Un grito bajo y sorprendido brotó del interior. Le siguió un silencio de muerte.

Arthur Duncan reapareció en la puerta. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada en blanco. Estaba tan pálido que pensé que estaba sufriendo alguna especie de ataque. Me puse en pie de un salto y me dirigí hacia él mientras se apoyaba pesadamente contra la jamba de la puerta. Antes de alcanzarlo, sin embargo, se apartó de la puerta y salió de la habitación. Se tambaleaba un poco y pasó junto a mí como si no me viera.

Golpeé a la puerta del cuarto de vestir.

—¡Geilie! ¿Estás bien?

Hubo un momento de silencio; luego, una voz muy serena respondió:

—Sí, por supuesto. Saldré en un minuto.

Cuando por fin bajamos las escaleras, encontramos a Arthur, al parecer recuperado, bebiendo coñac con Jamie. Se le veía algo ausente, como si pensara en algo, pero recibió a su esposa con unas palabras de elogio por su aspecto. Después envió al mozo de cuadra a buscar los caballos.

El banquete estaba a punto de comenzar cuando llegamos. El fiscal y su esposa ocuparon sus lugares de honor en la mesa principal. Jamie y yo, de una condición inferior, nos sentamos con Rupert y Ned Gowan.

La señora Fitz se había superado y sonreía satisfecha mientras aceptaba felicitaciones por la comida, la bebida y demás preparativos.

A decir verdad, la cena estaba deliciosa. Nunca había probado faisán asado relleno con castañas azucaradas y me estaba sirviendo por tercera vez, cuando Ned Gowan, que me observaba divertido, me preguntó si había comido cochinillo.

Mi respuesta fue interrumpida por una serie de movimientos en el extremo alejado de la sala. Colum se había levantado de la mesa y se dirigía hacia mí, acompañado del viejo Alec MacMahon.

—Veo que su talento no tiene fin, señora Fraser —manifestó Colum y se inclinó en

una ligera reverencia.

Una sonrisa ancha acentuaba las cautivadoras facciones.

—Desde curar heridas y sanar a los enfermos hasta ayudar a parir potrillos. Dentro de poco, le pediremos que resucite a los muertos, supongo.

Esto provocó una risa general, aunque noté que uno o dos hombres miraban nerviosos en dirección al padre Bain. El sacerdote, de servicio esta noche, engullía carnero asado en un rincón.

—En todo caso —prosiguió Colum y metió una mano en el bolsillo—, debe permitirme que le haga un pequeño regalo de agradecimiento. —Me entregó una cajita de madera con el escudo MacKenzie tallado en la tapa. Yo no era consciente de la importancia de *Losgann* y agradecí mentalmente al espíritu benigno que había presidido el suceso por el hecho de que no hubiera ocurrido una desgracia.

—Por favor —contesté y traté de devolverle la cajita—. No hice nada desusado. Fue sólo suerte que tenga manos tan pequeñas.

—No importa. —Colum estaba decidido—. Si lo prefiere, considérelo un pequeño regalo de bodas, pero deseo que lo conserve.

Jamie me hizo una seña con la cabeza y acepté de mala gana el obsequio. Abrí la tapa y descubrí un hermoso rosario de azabache. Cada cuenta estaba tallada intrincadamente y el crucifijo era de plata.

—Es muy bonito —expresé con sinceridad. Y lo era, aunque dudaba que pudiera hallarle mucha utilidad. A pesar de ser católica de nombre, había sido criada por el tío Lamb, el más grande de los agnósticos, y apenas tenía una noción vaga del significado de un rosario. De todos modos, di las gracias a Colum con afecto y pasé el rosario a Jamie para que lo guardara en su morral.

Me incliné en una reverencia ante Colum y me gratificó comprobar que estaba dominando el arte de hacerlo sin caer de bruces. El jefe del clan abrió la boca para despedirse pero un estrépito repentino a mis espaldas lo interrumpió. Me volví, pero no pude ver nada excepto espaldas y cabezas en tanto la gente saltaba de los bancos para congregarse en torno al motivo de la conmoción. Colum se abrió paso con dificultad alrededor de la mesa, despejando a la multitud con un gesto impaciente de su mano. A medida que las personas se apartaban de su camino con respeto, vislumbré la figura regordeta de Arthur Duncan en el suelo. Sus miembros se sacudían de manera convulsiva e impedían que las manos voluntariosas se acercaran a ayudarlo. Su esposa atravesó el gentío murmurador y se agachó junto a él. Trató sin éxito de acomodarle la cabeza en su falda. El hombre hundió los talones en el suelo y arqueó la espalda en medio de sonidos asfixiantes.

Geilie alzó sus ojos verdes y escudriñó la sala con ansiedad como si buscara a alguien. Supuse que se trataba de mí y tomé el camino más fácil. Me arrastré a cuatro patas debajo de la mesa.

Al llegar junto a ella, cogí el rostro de su esposo en mis manos y traté de abrirle la mandíbula. Por los ruidos que hacía, pensé que podría haberse atragantado con un trozo de carne que aún podría estar alojado en la tráquea.

Pero los maxilares estaban apretados y rígidos y los labios azules y salpicados con una saliva espumosa que no tenía nada que ver con la asfixia. Aunque no había duda de que se estaba asfixiando. El pecho se henchía en vano, pugnando en busca de aire.

—Rápido, denle la vuelta —ordené. Varias manos se estiraron de inmediato para colaborar. El cuerpo pesado fue girado con destreza. Oprimí con fuerza mi mano entre los omóplatos y golpeé varias veces con un ruido seco. La espalda se estremeció un poco con los golpes, pero no se produjo el típico espasmo de una obstrucción al ser aliviada de repente.

Cogí un hombro carnoso y volví el cuerpo boca arriba otra vez. Geilie se acercó al rostro inexpresivo y pronunció su nombre mientras masajeaba la garganta amoratada. Los

ojos estaban ahora en blanco y los talones comenzaron a disminuir el ritmo de su tamborileo. Las manos, curvadas en agonía, de pronto describieron un arco amplio y golpearon en el rostro a un curioso agazapado.

Los ruidos cesaron de improviso y el cuerpo grueso se aflojó y quedó inerte como un saco de cebada sobre las lajas de piedra. Tomé con desesperación el pulso en una muñeca flaccida y advertí de soslayo que Geilie estaba haciendo lo mismo. Levantó la barbilla redonda y afeitada y apretó las yemas de los dedos bajo el ángulo de la mandíbula, en busca de la arteria carótida.

Ambos intentos fueron infructuosos. El corazón de Arthur Duncan, cansado por la necesidad de bombear sangre a través de aquel cuerpo corpulento durante tantos años, se había rendido.

Recurrí a todas las técnicas de resucitación disponibles, que ahora sé que eran inútiles: aleteo de brazos, masaje torácico, incluso respiración boca a boca, a pesar de lo desagradable que fue, pero con el resultado esperado. Arthur Duncan estaba completamente muerto.

Me enderecé con cansancio y me eché hacia atrás. El padre Bain me lanzó una mirada antipática y se arrodilló junto al fiscal para administrarle el sacramento final. Me dolían los brazos y las piernas y tenía la cara como adormecida. El alboroto a mi alrededor parecía extrañamente remoto, como si una cortina me separara de la sala atiborrada. Cerré los ojos y me pasé una mano por los labios hormigueantes para tratar de borrar el gusto a muerte de mi boca.

A pesar de la muerte del fiscal y de las formalidades subsiguientes de las exequias y el funeral, la cacería de ciervos del duque no se retrasó más de una semana.

La certeza de la inminente partida de Jamie era muy deprimente. De pronto me di cuenta de lo mucho que anhelaba verlo en el comedor después del trabajo del día, cómo se aceleraba mi corazón al encontrarlo por casualidad durante el día, y cuánto dependía de su compañía y su presencia sólida y reconfortante en medio de las complejidades de la vida del castillo. Y para ser honesta, cuanto me gustaba sentir su cuerpo suave, fuerte y cálido en mi cama durante las noches y despertar con sus besos sonrientes y despeinados en la mañana. La perspectiva de su ausencia era sombría.

Me estrechó con fuerza y apoyé la cabeza debajo de su barbilla.

—Te echaré de menos, Jamie —susurré.

Me apretó todavía más y rió con pesar.

—Yo también, Sassenach. A decir verdad, no lo esperaba... pero me dolerá dejarte. —Me acarició la espalda con delicadeza y sus dedos delinearon las irregularidades de mis vértebras.

—¿Tendrás cuidado..., Jamie?

Sentí retumbar su pecho con una risa divertida cuando contestó:

—¿Del duque o del caballo? —Para mi gran aprensión, Jamie pensaba montar a *Donas* en la cacería de ciervos. Tenía visiones del enorme alazán desbarrancándose por un precipicio por su testarudez o pisoteando a Jamie con sus fatídicos cascos.

—De ambos —repliqué con voz seca—. Si el caballo te tira y te rompes una pierna, quedarás a merced del duque.

—Cierto. Pero Dougal estará allí.

Resoplé.

—Te romperá la otra pierna.

Rió y se inclinó para besarme.

—Tendré cuidado, *mo duinne.* ¿Me prometes que tú también?

—Sí— respondí con franqueza—. ¿Te refieres a quienquiera que haya dejado el manojo maléfico?

La diversión momentánea ahora se esfumó.

—Quizá. No creo que estés en peligro; de lo contrario, no me marcharía. Pero de todos modos... Ah, y mantente lejos de Geillis Duncan.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me aparté un poco para mirarlo. Era una noche oscura y su rostro resultaba invisible, pero el tono era serio.

—La gente dice que es una bruja y las historias sobre ella..., bueno, han empeorado desde que murió su esposo. No te quiero cerca de ella, Sassenach.

—¿De veras crees que es una bruja? —inquirí. Las manos fuertes cogieron mi trasero y me acercaron más. Lo rodeé con los brazos, disfrutando del contacto con el torso suave y firme.

—No —replicó por fin—. Pero lo que yo crea no es lo peligroso para ti. ¿Me lo prometes?

—De acuerdo. —Para ser sincera, la promesa no me costó nada. Desde los incidentes del niño cambiado y la invocación, no había tenido muchas ganas de visitar a Geilie. Puse mi boca en el pezón de Jamie y lo acaricié con la lengua. Jamie profirió un sonido profundo y me estrechó.

—Abre las piernas —susurró—. Quiero asegurarme de que me recordarás cuando no esté.

Más tarde, desperté con frío. Tanteé soñolienta en busca de la manta y no pude encontrarla. De pronto, sentí que me tapaban. Sorprendida, me apoyé en un codo para mirar.

—Lo siento —dijo Jamie—. No quería despertarte.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no duermes? —Lo miré de soslayo. Todavía estaba oscuro, pero mis ojos estaban tan acostumbrados que alcancé a vislumbrar la expresión tímida en su rostro. Estaba completamente despierto, sentado en un banco junto a la cama y cubierto con su capa.

—Es sólo que... bueno, soñé que estabas perdida y no podía encontrarte. Me desperté y... quería mirarte, eso es todo. Para fijarte en mi mente y así recordarte cuando esté lejos. Aparté la manta. Lamento que tuvieras frío.

—No importa. —La noche estaba fría y muy quieta, como si fuéramos las únicas dos almas en el mundo—. Ven a la cama. Debes de estar helado.

Se deslizó junto a mí y amoldó su cuerpo contra mi espalda. Sus manos me acariciaron del cuello a los hombros, de la cintura a las caderas, y dibujaron las líneas de mi espalda y las curvas de mi cuerpo.

—*Mo duinne* —murmuró—. Pero ahora debería decirte *mo airgeadach.* Mi plateada. Tu cabello tiene un brillo plateado y tu piel es blanca y aterciopelada. *Calman geal.* Paloma blanca.

Apreté mis caderas contra él en un gesto provocativo y me acomodé contra su cuerpo con un suspiro cuando su rigidez sólida me llenó. Me sostuvo contra su pecho y se movió conmigo, lenta, profundamente. Jadeé un poco y aflojó la presión de sus manos.

—Lo siento —musitó—. No quería hacerte daño. Pero quiero estar dentro de ti, permanecer dentro de ti, en lo más hondo. Deseo dejar mi huella en tus entrañas, además de mi semilla. Quiero abrazarte y quedarme contigo hasta el amanecer; y marcharme cuando estés dormida, con las formas de tu cuerpo en mis manos.

Me ceñí más contra él.

—No me haces daño.

Después de la partida de Jamie, me movía con apatía por el castillo. Atendía pacientes en el dispensario, trabajaba todo lo posible en los jardines y trataba de distraerme hojeando libros en la biblioteca de Colum. Pero el tiempo parecía transcurrir con demasiada lentitud.

Llevaba sola casi dos semanas cuando me encontré con la joven Laoghaire en el corredor que llevaba a las cocinas. La observaba con disimulo de vez en cuando, desde el día en que la vi en el rellano frente al estudio de Colum. Tenía buen aspecto, aunque le rodeaba un aire de tensión fácilmente discernible. Se la veía ausente y taciturna... y no era de extrañar, pobre muchacha, pensé con amabilidad.

Hoy, sin embargo, estaba excitada.

—¡Señora Fraser! —gritó—. Tengo un mensaje para usted. —La viuda Duncan, me informó, había mandado avisar que estaba enferma y requería mis servicios.

Vacilé mientras recordaba la advertencia de Jamie, pero la fuerza combinada de la compasión y el aburrimiento fue lo bastante poderosa para que, en menos de una hora, me encontrara camino del pueblo con mi caja de medicinas atada a la montura del caballo.

La casa de los Duncan exhibía un aire de abandono y desorden que se extendía al interior de la misma. Nadie respondió a mi llamada a la puerta y cuando la abrí, descubrí libros desparramados y vasos sucios en el vestíbulo y la sala. Las alfombras estaban torcidas y los muebles cubiertos de polvo. Mis gritos no atrajeron a ningún criado y la cocina resultó estar tan vacía y revuelta como el resto de la casa.

Subí las escaleras con ansiedad. El dormitorio también estaba vacío, pero oí un ruido débil proveniente del herbolario.

Abrí la puerta y vi a Geilie. Estaba sentada en una silla cómoda, con los pies apoyados sobre el mostrador. Había estado bebiendo. El vaso y la botella estaban en el mostrador y el cuarto olía a coñac.

Se sobresaltó al verme, pero se puso de pie con esfuerzo y me sonrió. Tenía la mirada algo perdida, pensé, pero parecía estar bien.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿No estás enferma?

Me miró con ojos agrandados por el asombro.

—¿Enferma? ¿Yo? No. Los criados se marcharon y no hay comida en la casa, pero sí mucho coñac. ¿Quieres un trago? —Se volvió hacia la botella. La cogí de la manga.

—¿No me mandaste llamar?

—No —respondió con expresión desconcertada.

—¿Entonces, por qué...? —Mi pregunta fue interrumpida por un ruido sordo que provenía de la calle. Un retumbo lejano y susurrante. Lo había oído antes, desde este mismo cuarto, y mis palmas habían sudado al pensar en enfrentarme a la multitud que lo provocaba.

Me sequé las manos en la falda del vestido. El zumbido se acercaba y no había necesidad de preguntas ni tiempo para formularlas.

25

No dejarás que la bruja viva

Los hombros parduscos que avanzaban delante de mí se abrieron en la oscuridad. Cuando me empujaron a través de una especie de puerta, me golpeé el codo y caí de bruces en una negrura hedionda, plagada de formas invisibles en movimiento frenético. Grité y pataleé en un intento por librarme de la maraña de patas diminutas; algo más grande me asestó un fuerte golpe en el muslo.

Rodé hacia un lado, pero a medio metro escaso tropecé con una pared de tierra que me roció con una lluvia de polvo. Me acurruqué contra el muro tanto como pude y traté de contener mi agitada respiración a fin de poder oír qué era lo que estaba encerrado conmigo en aquel pozo maloliente. Era algo grande que resoplaba estruendosamente, pero no gruñía. ¿Sería un cerdo, tal vez?

—¿Quién esta ahí? —preguntó una voz desde la tenebrosa negrura, atemorizada pero desafiante a la vez—. ¿Eres tú, Claire?

—¡Geilie! —exclamé y avancé tanteando. Encontré sus manos estiradas hacia mí. Nos abrazamos con fuerza y nos mecimos en la penumbra. —¿Hay algo más aquí? —pregunté al tiempo que miraba a mi alrededor. Si bien mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, no había mucho que ver. Unos difusos haces de luz se filtraban desde alguna parte del techo, pero las espantosas sombras aquí abajo llegaban hasta la altura de los hombros. Apenas podía distinguir el rostro de Geilie, al mismo nivel que el mío y sólo a unos centímetros de distancia.

Emitió una risita algo trémula.

—Varios ratones, creo, y otros bichos. Y un olor que despertaría a un muerto.

—Ya lo he notado. Por Dios, ¿dónde estamos?

—En la fosa de los ladrones. ¡Atrás!

Se oyó un ruido sobre nuestras cabezas y alcancé a ver un repentino resplandor. Me apreté con fuerza contra la pared, justo a tiempo para esquivar un torrente de barro y suciedad que cayó por un pequeño agujero que había en el techo de nuestra prisión. Un sonido sordo siguió a la cascada. Geilie se agachó y levantó algo del suelo. El agujero seguía abierto y pude observar que lo que tenía en la mano era una pequeña hogaza de pan duro. La limpió cuidadosamente con un pliegue de su falda.

—La cena —dijo—. Tienes hambre, ¿verdad?

El agujero permaneció abierto y vacío, con excepción de los ocasionales proyectiles que lanzaban los transeúntes. A través de él, entraban la llovizna y un viento gélido. La fosa era fría, húmeda y repugnante. Un lugar perfecto para los supuestos huéspedes. Ladrones, vagos, blasfemos, adúlteros... y sospechosas de brujería.

Geilie y yo nos apretujamos contra una pared en busca de calor, sin hablar demasiado. No había mucho que decir ni tampoco mucho que pudiéramos hacer, excepto mantener el espíritu en calma.

Al caer la noche, el agujero se oscureció hasta quedar tan negro como el resto de la fosa.

—¿Cuánto tiempo crees que nos dejarán aquí?

Geilie cambió de posición y estiró las piernas de modo que el pequeño círculo de luz de la mañana cayó sobre el hilo rayado de su falda. En su origen, había sido rosa y blanco, pero ahora estaba descolorido y sucio.

—No mucho —respondió—. Esperan a los del tribunal eclesiástico. El mes pasado escribieron a Arthur anunciándole su llegada para la segunda semana de octubre. Estarán aquí en cualquier momento.

Se restregó las manos para calentarlas; luego las apoyó en las rodillas, en el pequeño cuadrado de luz.

—Háblame de ellos —pedí—. ¿Qué ocurrirá, con exactitud?

—No lo sé con certeza. Jamás he visto juzgar a una bruja, aunque desde luego, he oído hablar de los juicios. —Hizo una pausa para meditar—. No saben que va a haber un juicio de brujas, ya que venían a tratar unas disputas de tierras. Así que al menos no traerán un pinchador.

—¿Un qué?

—Las brujas no sienten dolor —explicó Geilie—, ni tampoco sangran cuando las pinchan. —El pinchador de brujas, cargado de una gran variedad de agujas, lancetas y otros objetos puntiagudos, es el encargado de realizar las pruebas para demostrarlo.

Recordé vagamente haber leído algo al respecto en los libros de Frank, pero creía que se trataba de una costumbre del siglo diecisiete y no de éste. Por otro lado, pensé con desdén, Cranesmuir no era precisamente la cuna de la civilización.

—En ese caso, lamento que no traigan uno —manifesté, aunque me asustaba bastante la idea de que me pincharan—. Pasaríamos la prueba sin dificultad. Al menos yo —añadí, sarcástica—. Supongo que al hacértelo, descubrirían que en vez de sangre, corre agua helada por tus venas.

—No estaría tan segura —repuso con aire pensativo y sin prestar atención al insulto—. He oído hablar de pinchadores con agujas especiales que se doblan al chocar con la piel y así parece que se clavan.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué demostrar que alguien es una bruja si no lo es?

El sol ya se estaba poniendo, pero la luz de la tarde era suficiente para llenar nuestro reducto con un suave resplandor. El elegante óvalo del rostro de Geilie sólo expresaba pena por mi inocencia.

—Aún no comprendes, ¿verdad? —inquirió—. Quieren matarnos. Y no importa mucho cuál sea el cargo ni qué demuestren las pruebas. Nos quemarán de todos modos.

La noche antes, el ataque de la multitud y el miserable entorno me habían cogido tan de sorpresa que me había limitado a acurrucarme con Geilie y esperar el amanecer. Con la llegada de la luz, sin embargo, lo que todavía quedaba de mi espíritu comenzaba a despertar.

—¿Por qué, Geilie? —pregunté, casi sin aliento—. ¿Lo sabes? —El ambiente de la fosa estaba cargado del olor a suciedad, podredumbre y tierra húmeda. Sentía como si los impenetrables muros de tierra fueran a derrumbarse sobre mí como las paredes de una tumba mal cavada.

Percibí, más que ver en realidad, que se encogía de hombros. El haz de luz se había corrido con el sol; ahora caía sobre la pared de nuestra prisión y nos dejaba en la fría oscuridad otra vez.

—Si te sirve de consuelo —contestó en tono seco—, dudo que hayan querido

apresarte. Es un asunto entre Colum y yo. Tuviste la desgracia de que te encontraran conmigo cuando vinieron a buscarme. De haber estado con Colum, no habrías corrido peligro, aunque seas una Sassenach.

La palabra *sassenach,* pronunciada en su habitual tono despectivo, me provocó una nostalgia desesperada por el hombre que solía llamarme así con cariño. Me pasé los brazos alrededor del cuerpo y me abracé para contener el solitario pánico que amenazaba con invadirme.

—¿Por qué viniste a mi casa? —preguntó Geilie con curiosidad.

—Creí que me habías mandado llamar. Una de las muchachas del castillo me trajo un mensaje. Dijo que era de tu parte.

—Ah. Laoghaire, ¿verdad? —precisó con aire pensativo.

Me senté y apoyé la espalda contra el muro de tierra, a pesar de la repulsión que me producía la superficie pegajosa y roñosa. Al percibir mi movimiento, Geilie se acercó. Amigas o enemigas, éramos la única fuente de calor en aquella fosa. Nos acurrucamos por necesidad.

—¿Cómo sabes que fue Laoghaire? —pregunté, temblando.

—Fue ella quien te dejó el hechizo en la cama —replicó—. Te dije desde un principio que a algunas personas les molestaba que te hubieras quedado con el pelirrojo. Supongo que pensó que si te quitaba del medio, tendría otra oportunidad con él.

La explicación me aturdió y tardé un momento en recuperar la voz.

—¡Pero es imposible!

Geilie rió con una carcajada ronca a causa de la sed y el frío, pero aún cantarina.

—Cualquiera que vea el modo en que te mira el muchacho lo sabría. Pero supongo que ella no ha vivido lo suficiente como para darse cuenta. Deja que se acueste una o dos veces con un hombre y lo sabrá, pero ahora no.

—¡No quise decir eso! —estallé—. No quiere a Jamie. La joven está embarazada de Dougal MacKenzie.

—¿Cómo? —Por un momento, se sorprendió de veras. Me hundió los dedos en el brazo—. ¿De dónde lo has sacado?

Le conté que había visto a Laoghaire en la escalera debajo del estudio de Colum y las conclusiones a las que había llegado.

Geilie resopló.

—¡Bah! Escuchó a Colum y a Dougal hablar sobre mí. Eso la acobardó. Debió de pensar que Colum se enteraría de que había acudido a mí para pedirme el maleficio. Colum la haría azotar. No permite ese tipo de cosas.

—¿Tú le diste el maleficio? —Estaba atónita.

Geilie se agitó al oír la pregunta.

—No se lo di, no. Se lo vendí.

Intenté clavarle la mirada a través de la oscuridad.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Por supuesto que la hay. —Hablaba con impaciencia—. Fue un asunto de negocios, nada más. Y no suelo traicionar la confianza de mis clientes. Además, no me dijo para quién era. Y recordarás que traté de advertirte.

—Gracias —mascullé con algo de sarcasmo—. Pero... —Mi mente trataba de ordenar mis ideas a la luz de esta nueva información—. Pero si ella puso el maleficio en mi cama, entonces quiere a Jamie. Eso explicaría que me haya enviado a tu casa. Pero ¿y Dougal?

Geilie titubeó un instante. Luego pareció tomar una decisión.

—Esa chica está tan embarazada de Dougal MacKenzie como tú.

—¿Por qué estás tan segura?

Tanteó en busca de mi mano en la oscuridad. La encontró y la apoyó en la

protuberancia abultada debajo de su vestido.

—Porque yo lo estoy —afirmó con simpleza.

—No era Laoghaire entonces —dije—, sino tú.

—Yo. —Hablaba con sencillez, sin su habitual petulancia—. ¿Qué fue lo que dijo Colum... «me haré cargo de ella»? Bueno, supongo que ésta es su idea de una solución apropiada al problema.

Permanecí en silencio durante largo rato mientras analizaba los hechos.

—Geilie —aventuré por fin—, el malestar estomacal de tu marido...

Suspiró.

—Arsénico blanco —confesó—. Pensé que acabaría con él antes de que el embarazo se notara demasiado, pero duró más de lo que creí.

Recordé la expresión de horror y comprensión en el rostro de Arthur Duncan al salir del cuarto de vestir de su mujer el último día de su vida.

—Entiendo —dije—. No sabía que estabas encinta hasta que te vio medio desnuda el día del banquete del duque. Y cuando lo descubrió... supongo que tenía razones para saber que no se trataba de su hijo, ¿verdad?

Una risa tenue resonó en el rincón lejano.

—El nitrato sódico me salió caro, pero valió la pena.

Me estremecí contra el muro.

—Por eso tuviste que arriesgarte a matarlo en público, en el banquete. Te habría denunciado por adúltera... y envenenadora. ¿Crees que se dio cuenta de lo del arsénico?

—Oh, claro —respondió—. No estaba dispuesto a admitirlo, ni siquiera ante sí mismo. Pero lo sabía. Nos sentábamos a cenar y yo le preguntaba: «¿Te sirvo más pollo, querido?» o «¿Quieres un jarro de cerveza, mi cielo?». Y él me miraba con esos ojos que parecían huevos duros y decía que no, que no tenía apetito. Y apartaba el plato. Luego le oía ir a la cocina, como en secreto, para engullir de pie junto a la alacena. Se sentía seguro porque no aceptaba nada de lo que yo le ofrecía.

Su voz era suave y divertida, como si estuviera contando un chisme interesante. Volví a estremecerme y me alejé de la cosa que compartía la oscuridad conmigo.

—No adivinó que estaba en el tónico que tomaba. Se negaba a ingerir las medicinas que yo preparara y encargaba un tónico especial a Londres. Costaba una fortuna. —Su voz se tino de resentimiento por semejante despilfarro—. El preparado ya contenía arsénico. No notó la diferencia de sabor cuando le añadí un poco más.

Había oído decir que la vanidad constituía el punto débil de los asesinos. Al parecer era cierto, porque Geilie continuó, indiferente por completo a nuestra situación, impulsada por el placer que le causaba relatar sus logros.

—Fue un poco peligroso matarlo así, delante de tanta gente, pero tenía que hacer algo pronto. —Y no había sido arsénico tampoco lo que había ocasionado ese tipo de muerte. Recordé los labios azules y tiesos del fiscal y cómo se habían entumecido los míos después de intentar resucitarlo. Un veneno rápido y letal.

Y yo que había pensado que Dougal confesaba un romance con Laoghaire. Pero en ese caso, aparte de la oposición de Colum, no habría habido razón alguna para que Dougal no se casara con la joven. Era viudo y libre.

Sin embargo, una relación adúltera con la esposa del fiscal era muy diferente. Por lo que podía recordar, el adulterio se penaba con severidad. Colum no podría pasar por alto un asunto de tal magnitud, pero tampoco condenaría a su hermano al látigo ni al destierro. Y Geilie debió de considerar que el asesinato era una alternativa razonable ante la posibilidad de que le quemaran el rostro con un hierro candente y la encerraran en prisión

durante varios años para machacar cáñamo doce horas al día.

Entonces, había tomado sus precauciones y Colum, las suyas. Y aquí estaba yo, atrapada en medio.

—¿Y el niño? —pregunté—. Seguramente....

Una lúgubre carcajada llenó la oscuridad.

—Le puede pasar a cualquiera, amiga mía. A cualquiera. Y una vez que ocurre... —Adiviné que se había encogido de hombros—. Pensaba deshacerme de él, pero luego decidí que tal vez eso le obligaría a casarse conmigo, después de que Arthur muriera.

Una espantosa sospecha me asaltó.

—Pero la esposa de Dougal todavía estaba viva. Geilie, ¿acaso tú...?

El vestido susurró cuando meneó la cabeza y alcancé a distinguir un vago destello de su pelo.

—Iba a hacerlo —admitió—, pero Dios me evitó la molestia. Creí que se trataba de una señal, ¿sabes? Y podría haber funcionado bastante bien, de no haber sido por Colum MacKenzie.

Me cogí los codos con las manos para protegerme del frío. Ahora hablaba sólo para no pensar.

—¿Realmente querías a Dougal? ¿O sólo su posición y su dinero?

—Oh, yo tenía suficiente dinero —replicó con un dejo de satisfacción—. Sabía dónde guardaba Arthur la llave de sus papeles y sus notas. Y debo reconocer, al menos, que tenía una letra fácil de copiar. Fue muy fácil falsificar su firma. Le saqué alrededor de diez mil libras en los últimos dos años.

—¿Para qué? —pregunté, sorprendida.

—Para Escocia.

—¿Cómo? —Por un instante, creí que no había escuchado bien. Luego, decidí que tal vez alguna de las dos había perdido la cordura. Y era evidente que no había sido yo.

—¿Qué quieres decir? —inquirí con cautela y me aparté un poco. No sabía hasta dónde podía llegar Geilie; quizás el embarazo la había trastornado.

—No temas. No estoy loca. —El tono cínico y divertido de su voz me hizo sonrojar y di las gracias de que la oscuridad nos envolviera.

—¿No? —repuse, molesta—. Tú misma has admitido que has cometido fraude, robo y asesinato. Sería un acto de caridad considerarte loca, porque si no lo estás...

—No estoy loca ni soy una depravada —aseveró con determinación—. Soy una patriota.

Entonces comprendí. Solté el aliento que había contenido ante la posibilidad de un ataque demencial.

—Eres una jacobita—declaré—. ¡Cielo santo, eres una maldita jacobita!

Lo era. Eso explicaba algunas cosas. Explicaba por qué Dougal, por lo general un fiel reflejo de las opiniones de su hermano, había tenido la iniciativa de reunir dinero para la Casa de los Estuardo y por qué Geillis Duncan, tan bien dotada para llevar al altar a cualquier hombre que quisiera, había elegido dos especímenes tan distintos como Arthur Duncan y Dougal MacKenzie. El primero, por su dinero y posición; el segundo, por su poder para influir en la opinión pública.

—Colum hubiera sido mejor —prosiguió—. Una pena. Su desgracia es la mía también. Debí haberlo tenido a él. Es el único hombre que he conocido que podría haber sido un compañero digno de mí. Juntos, hubiéramos podido... Bueno, ya no importa. El único hombre que he querido es el único al que no he podido atrapar con mis armas.

—Así que te quedaste con Dougal.

—Oh, sí —respondió, perdida en sus pensamientos—. Un hombre fuerte, con un poco de poder. Algunas propiedades. El oído del pueblo. Pero en realidad, no es más que las piernas y... la polla —agregó con una risita— de Colum MacKenzie. Es Colum quien

posee la fuerza. Casi tanta como yo.

Su alarde me fastidió.

—Por lo que sé, Colum tiene algunas cosas de las que tú careces. Por ejemplo, compasión.

—Oh, sí. Todo piedad y compasión, ¿no? —Hablaba con ironía—. Para lo que le sirve. Lleva la muerte en sus hombros. Se ve con los ojos cerrados. Es posible que viva dos años a partir de la Víspera de Año Nuevo, pero no más.

—¿Y cuánto vivirás tú? —pregunté.

La ironía se volvió en su contra, pero la cantarina voz no titubeó.

—Algo menos, supongo. Ya no importa. He logrado bastante en el tiempo que he tenido: diez mil libras enviadas a Francia y el distrito alzado para el príncipe Carlos. Cuando se produzca el Levantamiento, sabré que he aportado lo mío. Si vivo hasta entonces.

Estaba casi debajo del orificio del techo. Mis ojos ya estaban habituados a la penumbra y vi su pálida silueta recortada en el lúgubre entorno: un fantasma prematuro. De pronto, se volvió hacia mí.

—No importa lo que ocurra con los del tribunal. No me arrepiento de nada, Claire.

—¿Sólo lamento no tener más que una vida para ofrendarle a mi patria? —inquirí con sarcasmo.

—Bien dicho —replicó.

—¿Acaso no es la verdad?

Guardamos silencio mientras seguía oscureciendo. La oscuridad de la fosa parecía una fuerza tangible que me oprimía el pecho y me llenaba los pulmones con el aroma de la muerte. Por fin, me hice un ovillo y apoyé la cabeza en las rodillas. Dejé de luchar y me adormecí entre el pánico y el frío.

—¿Entonces amas a ese hombre? —preguntó Geilie de repente.

Sobresaltada, levanté la cabeza. No tenía idea de qué hora era; una estrella difusa brillaba en lo alto, pero no iluminaba el pozo.

—¿A quién? ¿A Jamie?

—¿A quién si no? —dijo secamente—. Es a él a quien llamas en sueños.

—No sabía que lo llamaba.

—Bueno, ¿le amas? —El frío incitaba a una especie de letargo mortal, pero la voz insistente de Geilie me arrastraba del estupor.

Me abracé las rodillas y comencé a balancearme hacia delante y hacia atrás. La luz que provenía del orificio se había desvanecido en la suave oscuridad de la noche temprana. Los examinadores llegarían dentro de un día o dos. Ya era demasiado tarde para engañar a nadie, ni siquiera a mí misma. Si bien aún me resultaba difícil admitir que tal vez estuviera en serio peligro de muerte, comenzaba a comprender el instinto que impelía a los condenados a confesarse la noche antes de su ejecución.

—Me refiero a amarlo de veras —insistió Geilie—, no sólo a querer acostarte con él. Sé que deseas eso y él también. Todos los hombres lo desean. Pero, ¿le amas?

¿Lo amaba? ¿Más allá del deseo carnal? La fosa era tan oscura y anónima como un confesionario y un alma al borde de la muerte no tenía tiempo para mentir.

—Sí —respondí y volví a apoyar la cabeza en las rodillas.

El pozo estuvo en silencio durante un tiempo y otra vez caí en una especie de sopor. Luego, la oí hablar una vez más, casi como consigo misma.

—Entonces es posible —musitó con voz pensativa.

Los examinadores llegaron un día después. Desde la desagradable humedad del

pozo de los ladrones, alcanzamos a oír el movimiento ocasionado por su llegada; los gritos de los aldeanos y el repiquetear de los caballos en las piedras de la calle Mayor. El alboroto se fue extinguiendo a medida que la procesión avanzaba por la calle hacia la plaza distante.

—Ya han llegado —exclamó Geilie al escuchar el bullicio arriba.

Nos cogimos las manos de forma instintiva; el miedo había desterrado toda animosidad.

—Bueno —manifesté en un intento por parecer valiente—, supongo que es mejor morir quemada que congelada.

En realidad, continuamos congelándonos. Al mediodía del día siguiente, la puerta de nuestra prisión se abrió con brusquedad y nos sacaron de la fosa para llevarnos a juicio.

Sin duda para dar cabida a una multitud de espectadores, la sesión se organizó en la plaza, frente a la casa de los Duncan. Vi que Geilie levantaba la mirada hacia las ventanas con vidrios romboidales de su sala y luego se volvía, impasible.

Dos miembros del tribunal eclesiástico estaban sentados en bancos acolchados detrás de una mesa instalada en la plaza. Un juez era alto y delgado y el otro bajo y robusto. Me recordaban una tira cómica norteamericana que había visto una vez. Como no sabía sus nombres, los bauticé mentalmente; Mutt al alto y Jeff al otro.

La mayoría de los habitantes del pueblo estaban allí. Al mirar a 0ii alrededor, distinguí a muchos de mis antiguos pacientes. Sin embargo, se notaba la ausencia de los residentes del castillo.

Fue John MacRae, cerrajero de la aldea de Cranesmuir, quien leyó el auto de acusación contra las personas de Geillis Duncan y Claire Fraser, ambas acusadas ante la corte de la Iglesia del crimen de brujería.

—Presentamos como evidencia que las acusadas causaron la muerte de Arthur Duncan mediante brujería —leyó MacRae con voz firme— y produjeron la muerte del hijo nonato de Janet Robinson, provocaron el hundimiento del bote de Thomas MacKenzie, atrajeron sobre el pueblo de Cranesmuir una devastadora enfermedad de las entrañas...

Continuó un rato más. Colum se había esmerado en sus preparativos.

Después de leer el auto de acusación, llamaron a los testigos. La mayoría eran pobladores que no pude reconocer. Ninguno de mis pacientes atestiguó, por lo que les estuve agradecida.

Si bien muchos de los testimonios fueron simplemente absurdos y resultó evidente que a ciertos testigos les habían pagado por sus servicios, hubo algo de verdad en las palabras de algunos. Tal fue el caso de Janet Robinson, por ejemplo, a quien su padre arrastró frente a la corte. La joven, pálida y temblorosa, con un cardenal púrpura en la mejilla, confesó que había concebido un hijo con un hombre casado y que había tratado de deshacerse de él mediante los oficios de Geillis Duncan.

—Me dio una poción para beber y un hechizo que debía repetir tres veces cuando saliera la luna —masculló la muchacha. Atemorizada, miraba a Geillis y a su padre, sin poder determinar quién era más peligroso—. Me dijo que eso haría que me volviera la menstruación.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Jeff, muy interesado.

—Al principio nada, Su Señoría —respondió la joven y agitó la cabeza con nerviosismo—. Pero volví a tomar la poción en cuarto menguante y entonces comenzó.

—¡¿Comenzó?! ¡La chica casi muere desangrada! —terció una anciana, claramente la madre de la joven—. Como creyó que se estaba muriendo, me contó la verdad. —Ansiosa por relatar los detalles morbosos, resultó difícil acallar a la señora Robinson a fin de proseguir con los demás testigos.

Al parecer, no había nadie que tuviera algo concreto que decir en contra mía, más allá de la vaga acusación de que como había estado presente en la muerte de Arthur Duncan y lo había tocado antes de que muriera, era evidente que debía de tener algo que

ver en el asunto. Comencé a creer que Geilie tenía razón. Yo no había sido el objetivo de Colum. Pensé que era posible salvarme. O al menos lo pensé hasta que apareció la mujer de la colina.

Cuando se adelantó, delgada y encorvada con su chal amarillo, presentí que corríamos peligro. No era del pueblo. Jamás la había visto antes. Estaba descalza y tenía los pies manchados del polvo del camino que había recorrido para llegar hasta aquí.

—¿Tiene usted algún cargo que hacer en contra de alguna de estas mujeres? —preguntó el juez alto y delgado.

La mujer tenía miedo; no levantaba la vista para mirar a los jueces. Asintió con la cabeza y se hizo el silencio para escucharla.

Habló en voz baja y Mutt tuvo que pedirle que repitiera sus palabras.

Ella y su marido tenían un hijo enfermo, que había nacido sano pero que luego se había vuelto débil. Por fin, decidieron que era un niño cambiado y lo colocaron en la Roca de los Duendes en la colina de Croich Gorm. Al quedarse para vigilar a fin de recuperar a su verdadero hijo cuando los duendes lo devolvieran, habían visto a las dos damas presentes ir a la Roca de los Duendes, levantar al niño y pronunciar extraños hechizos.

La mujer se retorció las manos delgadas debajo del delantal.

—Nos quedamos toda la noche, señores. Y cuando oscureció, apareció un gran demonio, una enorme silueta negra que salió de las sombras sin hacer ruido y se inclinó sobre el lugar donde habíamos dejado al niño.

La multitud emitió un murmullo azorado. Sentí que se me erizaba el cabello de la nuca a pesar de que sabía que el «gran demonio» había sido Jamie, que se había acercado para ver si el niño todavía vivía. Me preparé para lo que vendría.

—Y cuando amaneció, mi hombre y yo fuimos a ver. Y encontramos al niño cambiado muerto en la roca y ni rastro de nuestro pequeñín. —Al concluir, se tapó el rostro con el delantal para ocultar su llanto.

Como si la mujer hubiera sido algún tipo de señal, la muchedumbre se separó dejando paso a la figura de Peter, el ganadero. Cuando lo vi, gruñí en mi interior. Había percibido que el sentimiento de la gente se volvía en contra de mí mientras la mujer hablaba. Sólo me faltaba que este hombre contara a la corte lo del caballo de agua.

En tanto disfrutaba de su momento de fama, el ganadero se enderezó y me señaló con exagerado dramatismo.

—¡Es correcto que la llamen bruja, mis señores! Con mis propios ojos vi a esta mujer llamar a un caballo de agua de las profundidades del Lago Maléfico. Una enorme y terrible criatura, señores, alta como un pino, con un cuello largo como una serpiente azul y los ojos grandes como manzanas. Tenía una mirada capaz de arrebatar el alma a cualquier hombre.

Los jueces parecieron impresionados por el testimonio e intercambiaron susurros durante varios minutos mientras Peter me miraba con aire desafiante.

Por fin, el juez gordo interrumpió la conferencia y llamó a John MacRae, quien permanecía de pie a un lado, alerta en caso de disturbios.

—¡Cerrajero! —exclamó. Se volvió y señaló al ganadero—. Llévese a este hombre y enciérrelo en el calabozo por embriaguez pública. Estamos en una corte. ¡No permitiremos que se malgaste el tiempo de los examinadores con acusaciones frívolas de un borracho que ve caballos de agua cuando ha bebido demasiado whisky!

Peter el ganadero estaba tan sorprendido que ni siquiera se resistió cuando el cerrajero se adelantó con paso firme y lo cogió del brazo. Con la boca abierta, me clavó la mirada mientras se lo llevaban. No pude resistir la tentación de saludarlo ligeramente con la mano.

Tras este breve receso en la tensión de los procedimientos, la situación empeoró con rapidez. Una procesión de muchachas y mujeres juraron haber comprado hechizos y

filtros a Geillis Duncan con propósitos tales como causar enfermedades, deshacerse de embarazos no deseados y enamorar a algún hombre. Todas sin excepción juraron que los hechizos habían funcionado..., una trayectoria envidiable, pensé. Si bien nadie declaró haber obtenido esos resultados gracias a mí, muchos dijeron, sin faltar a la verdad, que me habían visto varias veces en el herbario de la señora Duncan, mezclando remedios y machacando hierbas.

Sin embargo, eso no habría sido fatal. La misma cantidad de personas atestiguaron que yo las había curado, sin recurrir a nada excepto los remedios habituales, sin hechizos, pociones ni nada por el estilo. Dada la fuerza de la opinión pública, requería valor personarse para testificar en mi defensa y me sentí agradecida.

Me dolían los pies de estar tanto tiempo de pie. Aunque los jueces estaban sentados con bastante comodidad, no había bancos para los prisioneros. No obstante, cuando apareció el siguiente testigo, me olvidé por completo de mis pies.

Con un don innato para el teatro que bien podría haber competido con el de Colum, el padre Bain abrió de par en par la puerta de la iglesia y salió a la plaza. Renqueaba y se apoyaba en una muleta de roble. Avanzó lentamente hacia el centro de la plaza, inclinó la cabeza frente a los jueces y se volvió para examinar a la multitud hasta que su pétrea mirada redujo el ruido a un débil y atemorizado murmullo. Al hablar, su voz cortó el aire como un látigo.

—¡Este es vuestro juicio, pueblo de Cranesmuir! «Ante él iba la pestilencia y los carbones ardientes avanzaban con sus pies.» ¡Sí, os habéis dejado seducir y os habéis alejado del sendero del bien! ¡Habéis sembrado vientos y ahora debéis recoger tempestades!

Le clavé la mirada, pasmada ante su inesperado talento retórico. O tal vez fuera capaz de semejante oratoria sólo bajo la presión de la crisis. La florida voz prosiguió.

—¡La pestilencia descenderá sobre vosotros y moriréis por vuestros pecados si no os purificáis! Habéis recibido a la prostituta de Babilonia. —Por la forma en que me miró, supuse que ésa era yo—. Habéis vendido vuestra alma a los enemigos, habéis cobijado a la víbora inglesa y ahora la venganza de Dios Todopoderoso caerá sobre vosotros. «Apartaos de la mujer extraña, incluso de la extraña que os halaga con sus palabras. Pues su casa se inclina hacia la muerte y sus senderos conducen a los muertos.» ¡Arrepentios, pueblo, antes de que sea demasiado tarde! ¡Arrodillaos y suplicad el perdón! ¡Apartad a la prostituta inglesa y renunciad a vuestro pacto con el engendro de Satanás! —Se arrancó el rosario del cinto y sacudió el gran crucifijo de madera en mi dirección.

A pesar de que era una actuación entretenida, noté que Mutt se inquietaba. Quizá fueran celos profesionales.

—Eh, Monseñor —interpuso el juez al tiempo que bajaba la cabeza en señal de saludo—, ¿tiene usted pruebas que aportar a la acusación de estas mujeres?

—Sí, las tengo. —El estallido de oratoria inicial ya había pasado y el pequeño sacerdote ahora estaba tranquilo. Levantó un amenazador dedo índice hacia mí. Tuve que sujetarme para no dar un paso atrás.

—Un martes al mediodía, hace dos semanas, encontré a esta mujer en los jardines del castillo Leoch. Mediante poderes sobrenaturales, hizo que una jauría se abalanzara sobre mí de modo tal que caí frente a los perros y corrí peligro de muerte. Herido de gravedad en una pierna, intenté alejarme. La mujer trató de seducirme con su carácter pecaminoso para llevarme a algún sitio privado con ella. Cuando me resistí a su tentación, me maldijo.

—¡Qué tontería! —exclamé, indignada—. ¡Es la exageración más ridícula que he escuchado en toda mi vida!

El ojo del padre Bain, oscuro y febril, abandonó a los examinadores para posarse en mí.

—¿Acaso niega, mujer, que me dijo las siguientes palabras: «Acompáñeme, padre. De lo contrario, su herida supurará y se pudrirá»?

—Bueno, tal vez le dije algo parecido —admití.

Apretó la mandíbula en señal de triunfo y se arremangó la sotana. Un vendaje manchado con sangre seca y húmedo de pus amarillo le rodeaba el muslo. La pálida piel de la pierna estaba hinchada encima y debajo del vendaje y unas siniestras líneas rojas se extendían desde la herida oculta.

—¡Por Dios! —dije con espanto—. Tiene una infección. ¡Necesita que lo curen ahora mismo o morirá!

La multitud emitió un profundo murmullo. Incluso Mutt y Jeff parecían azorados.

El padre Bain meneó la cabeza con lentitud.

—¿La habéis escuchado? —pronunció—. La temeridad de esta mujer no tiene límites. ¡Presagia mi muerte, la de un hombre de Dios, frente a los jueces y a la misma iglesia!

Los ansiosos susurros de la muchedumbre se elevaron de tono. El padre Bain volvió a hablar, en voz algo más alta para que lo escucharan.

—Os dejo, caballeros, con el juicio de vuestros propios sentidos y el mandamiento de nuestro Señor: «No dejarás que la bruja viva.»

El dramático testimonio del padre Bain puso fin al desfile de testigos. Por lo visto, nadie estaba preparado para superar esa actuación. Los jueces ordenaron un breve descanso y les sirvieron un refrigerio de la posada. Las acusadas no recibieron semejante tratamiento.

Probé a tirar de las cintas de cuero que me sujetaban las manos. El cuero crujió un poco, pero no cedió ni un centímetro. Éste era el momento, pensé con sarcasmo para tratar de contener el pánico, en que el joven héroe debía abrirse paso a caballo entre la multitud y alzar a la trémula heroína para sentarla en su montura.

Sin embargo, mi propio joven héroe estaba en algún bosque, bebiendo cerveza con un homosexual aristócrata envejecido y masacrando ciervos inocentes. Era muy poco probable, decidí con los dientes apretados, que Jamie llegara a tiempo siquiera para recoger mis cenizas antes de que volaran a los cuatro vientos.

Preocupada con mi creciente temor, al principio no escuché los cascos de caballo. Sólo cuando los murmullos de los pobladores me llamaron la atención, noté el rítmico repiqueteo proveniente de los adoquines de la calle Mayor.

Los susurros de sorpresa se incrementaron y los extremos de la multitud comenzaron a apartarse para dar paso al jinete, que permanecía todavía fuera de mi campo visual. A pesar de mi anterior desesperación, comencé a sentir una ilógica chispa de esperanza. Tal vez Jamie había regresado antes. Quizá los avances del duque habían sido demasiado cargantes o tal vez no habían encontrado suficientes ciervos. Sin importarme ya la razón, me puse de puntillas para ver el rostro del jinete que se aproximaba. Con reticencia, la multitud se dispersó cuando el caballo, un bayo fuerte, metió la cabeza entre dos pares de hombros. Ante los ojos asombrados de todos, incluso los míos, la delgada silueta de Ned Gowan desmontó.

Jeff estudió al hombrecillo con perplejidad.

—¿Quién es usted, señor? —Sin duda, su cortesía se debía a las hebillas de plata de los zapatos y a la casaca de terciopelo del visitante. El hecho de ser un empleado del jefe del clan MacKenzie tenía sus beneficios.

—Me llamo Edward Gowan, señoría —respondió con precisión— Y soy abogado.

Mutt bajó los hombros y se movió en su asiento. El banco que le habían asignado

no tenía respaldo y era evidente que su largo torso comenzaba a sentir la incomodidad. Lo miré de hito en hito y le deseé una hernia lumbar. Ya que me iban a quemar por mis supuestos poderes maléficos, pensé, al menos trataría de sacar provecho de ellos.

—¿Abogado? —repitió—. Entonces, ¿qué lo trae por aquí?

El peluquín gris de Ned Gowan se inclinó en un saludo conciso y formal.

—He venido a ofrecer mis humildes servicios en favor de la señora Fraser —declaró—, una dama en extremo gentil, a quien conozco personalmente y a la cual he visto dispensar sus habilidades curativas con amabilidad y maestría.

Muy bonito, pensé. Primer tanto para nosotros. Del otro lado de la plaza, vi que Geilie esbozaba una semisonrisa, mezcla de admiración y desprecio. Si bien Ned Gowan no era el clásico retrato del Príncipe Valiente, no podía permitirme el lujo de desdeñarlo. Aceptaría a mis defensores tal como fueran.

Con una reverencia a los jueces y otra no menos formal a mí misma, el señor Gowan se irguió aún más, enganchó los pulgares en la cintura de sus calzones y se preparó con todo el romanticismo de su anciano y galante corazón para presentar batalla. Escogió el arma elegida por la ley: el más absoluto aburrimiento.

Y por cierto, fue muy aburrido. Con la precisión letal de una picadora automática, cogió cada uno de los cargos del auto de acusación, los analizó y los hizo picadillo con el hacha de los estatutos y precedentes.

Fue una noble actuación. Habló. Y habló. Y habló más todavía. En ocasiones se detenía con sumo respeto para esperar instrucciones de los jueces, pero en realidad, se limitaba a tomar aire para proseguir con otra andanada verborreica.

Considerando que mi vida estaba en juego y mi futuro dependía de la elocuencia de aquel hombre diminuto, debería haber escuchado absorta cada una de sus palabras. En cambio, no cesaba de bostezar sin disimulo, sin siquiera poder cubrir mi boca abierta de par en par, y de cambiar el peso de mi cuerpo de un pie dolorido al otro. Deseé con fervor que me quemaran de una vez y acabaran con esa tortura.

Al parecer, la multitud sentía lo mismo. La emoción de la mañana se convirtió en tedio y la monótona y puntillosa voz del señor Gowan continuaba y continuaba. La gente comenzó a dispersarse al recordar de pronto los animales que había que ordeñar y los suelos que había que limpiar, seguros de que nada interesante podría ocurrir mientras esa voz fatal prosiguiera con su letanía.

Cuando Ned Gowan finalmente concluyó su defensa inicial, ya había atardecido. El juez regordete a quien yo había bautizado Jeff anunció que la corte volvería a reunirse a la mañana siguiente.

Después de una breve conferencia de susurros entre Ned Gowan, Jeff y John MacRae, el cerrajero, dos robustos aldeanos me condujeron a la posada. Miré por encima del hombro y vi que a Geilie la llevaban en la dirección opuesta. Avanzaba con la espalda erguida y se negaba a darse prisa o a mostrarse afectada por los acontecimientos.

En el oscuro cuarto trasero de la posada, por fin me quitaron las correas de las manos y trajeron una vela. Luego llegó Ned Gowan, con una botella de cerveza y un plato con pan y carne.

—Sólo tenemos unos minutos, querida, y me resultó difícil conseguirlos. Escúcheme bien. —El hombrecillo se acercó con aire conspirador a la luz de la vela. Le brillaban los ojos y excepto por el peluquín algo torcido, no presentaba señales de fatiga.

—Señor Gowan, me alegro tanto de verlo —expresé con sinceridad.

—Sí, sí, querida —respondió—, pero no tenemos tiempo para eso ahora. —Me palmeó la mano, amable y presuroso—. He logrado que consideren su caso por separado del de la señora Duncan. Eso puede ayudarnos. Aparentemente, la intención original no era arrestarla a usted, pero la llevaron por su asociación con la b..., con la señora Duncan. Aun así —continuó con rapidez—, corre usted peligro y no voy a negárselo. La opinión del

pueblo no la favorece en este momento. ¿Qué la hizo tocar a aquel niño? —preguntó con desacostumbrado acaloramiento.

Abrí la boca para contestar, pero descartó la respuesta con un gesto impaciente.

—Oh, bueno, ya no importa. Lo que debemos hacer es aprovechar el hecho de que es usted inglesa... y por lo tanto ignorante, no, extraña..., y tratar de alargar el proceso todo lo que podamos. El tiempo está de nuestro lado, ya que estos juicios se complican cuando tienen lugar en un clima de histeria, en el que se descarta la evidencia para satisfacer la sed de sangre del pueblo.

Sed de sangre. Ese concepto describía por completo el sentimiento que yo había leído en los rostros de la turba. En algunos casos, había visto indicios de duda o compasión, pero sólo un alma extraordinaria se atrevería a oponerse a una multitud y Cranesmuir no contaba con almas de tal valía. No, me corregí a mí misma. Había un espíritu así... este pequeño abogado de Edimburgo, tan recio como una bota vieja.

—Cuanto más lo alarguemos —prosiguió el señor Gowan—, menos probabilidades habrá de que alguien tome una decisión apresurada. Por lo tanto —agregó con las manos apoyadas en las rodillas—, todo lo que usted debe hacer mañana es permanecer en silencio. Seré yo quien hable y pidámosle a Dios que dé resultado.

—Me parece razonable —repuse al tiempo que intentaba sonreír. Miré la puerta que comunicaba con la parte delantera de la taberna, donde se alzaban algunas voces. El señor Gowan siguió mi mirada y asintió.

—Bueno, tengo que dejarla por ahora. He acordado que le permitan pasar aquí la noche. —Observó a nuestro alrededor con aire dubitativo. La habitación era, en realidad, un pequeño cobertizo anexado a la taberna que se utilizaba para almacenar cosas y provisiones. Un sitio frío y oscuro, pero mucho mejor que la fosa de los ladrones.

La puerta del cobertizo se abrió y apareció la silueta del posadero, recortada en la oscuridad por el pálido resplandor de una vela. El señor Gowan se levantó para marcharse, pero lo cogí de la manga. Había algo que debía preguntarle.

—Señor Gowan, ¿Colum lo ha enviado para ayudarme? —Vaciló antes de responder. Dentro de los límites de su profesión, era un hombre de irreprochable honestidad.

—No —replicó con franqueza. Una expresión casi avergonzada ensombreció sus facciones marchitas y agregó—: He venido... por mi cuenta. —Se puso el sombrero y se volvió hacia la puerta. Me deseó buenas noches y desapareció en la luz y el bullicio de la posada.

Habían hecho pocos preparativos para mi alojamiento. No obstante, había una jarra de vino y una hogaza de pan, limpio esta vez, sobre un tonel grande, y una manta vieja doblada en el suelo.

Me envolví con la manta y me senté en uno de los barriles pequeños a cenar, perdida en mis pensamientos mientras comía.

O sea que Colum no había enviado al abogado. ¿Sabría al menos que el señor Gowan tenía intenciones de venir? Lo más probable era que Colum hubiera prohibido a todos bajar al pueblo por temor a que se vieran involucrados en la cacería de brujas. Las oleadas de miedo e histeria que sacudían al pueblo eran palpables. Las sentía golpear las paredes de mi precario hospedaje.

Un ruidoso estallido del salón cercano me distrajo de mis pensamientos. Tal vez sólo me habían concedido una hora más de vida. Pero al borde de la destrucción, incluso una hora más era motivo de agradecimiento. Me enrollé en la manta, me tapé la cabeza para amortiguar los ruidos de la taberna y traté con todas mis fuerzas de no sentir nada excepto gratitud.

Tras una noche inquieta, me despertaron después del amanecer y me condujeron a la plaza, aunque los jueces no llegaron hasta una hora después.

Contentos y satisfechos con el desayuno, se sentaron a trabajar. Jeff se dirigió a John MacRae, quien había retomado su posición detrás de las acusadas.

—No hemos podido determinar la culpabilidad sobre la base de la evidencia presentada. —Hubo una explosión furiosa de la multitud que se había vuelto a reunir y que ya había llegado a su propio veredicto. Sin embargo, Mutt la silenció con una mirada de lince hacia los jóvenes trabajadores de la primera fila. Se callaron como perros rociados con agua fría. Una vez restablecido el orden, volvió el rostro angular hacia el cerrajero.

—Llevad a las prisioneras a la orilla del lago, por favor. —Se escuchó un complacido sonido de ansiedad que despertó mis peores sospechas. John MacRae me cogió de un brazo y a Geilie del otro para conducirnos, pero enseguida recibió ayuda. Manos malvadas me tiraban del vestido y me empujaban mientras avanzábamos. Un idiota tenía un tambor y tocaba un redoble entrecortado. La muchedumbre cantaba al son del rústico ritmo del tamboril, pero no logré comprender las palabras entre los gritos e insultos esporádicos. En realidad, prefería no entender lo que decían.

La procesión bajó por el prado hacia la orilla del lago, donde había un pequeño muelle que se proyectaba sobre el agua. Nos llevaron hasta la punta. Los dos jueces ya se habían instalado a ambos lados. Jeff se dirigió a la multitud que esperaba en tierra.

—¡Traed las cuerdas! —Se oyó un murmullo general y la gente se miró entre sí hasta que alguien apareció corriendo con una soga. MacRae la tomó y se me acercó con cierta vacilación. Echó una furtiva mirada a los jueces, lo cual pareció ayudarlo a decidirse.

—Por favor, tenga la amabilidad de quitarse los zapatos, señora —ordenó.

—¿Para qué dia...? ¿Para qué? —inquirí y me crucé de brazos.

Parpadeó, claramente sorprendido por mi resistencia. No obstante, uno de los jueces le ahorró la respuesta.

—Se trata del procedimiento apropiado para el juicio de agua. La sospechosa debe tener el pulgar de la mano derecha atado al pulgar del pie izquierdo. De igual manera, el pulgar de la mano izquierda debe estar atado al pulgar del pie derecho. Entonces... —Miró hacia las aguas del lago. Dos pescadores estaban en el lodo de la orilla, descalzos y con los calzones enrollados por encima de las rodillas y atados con un cordel. Mientras me sonreía con descaro, uno de ellos cogió una piedra y la arrojó al agua. El guijarro picó una vez y se hundió—. Al entrar en el agua, las brujas flotan, pues la pureza del agua rechaza sus cuerpos malditos. Las mujeres inocentes se hunden.

—Entonces, tengo la opción de que me condenen como bruja o de que me declaren inocente después de ahogarme, ¿verdad? —espeté—. ¡No gracias! —Me abracé los codos con fuerza y traté de detener el temblor que parecía haberse convertido en una parte permanente de mi cuerpo.

El juez bajo se infló como un sapo amenazado.

—¡No hablará usted ante esta corte sin permiso, mujer! ¿Acaso se atreve a negarse a un examen legítimo?

—¿Que si me niego a que me ahoguen? ¡Por supuesto que sí! —Era ya demasiado tarde cuando advertí que Geilie meneaba su cabeza con frenesí de modo que el cabello rubio giraba frente a su rostro.

El juez se volvió hacia MacRae.

—Desvestidla y azotadla —sentenció, impasible.

En medio del aturdimiento y la incredulidad, oí que la muchedumbre tomaba aire, supuestamente en señal de estupor...; en realidad no era más que regocijo anticipado. Y me di cuenta de lo que significaba el odio. No el de ellos. El mío.

No se molestaron en llevarme de vuelta a la plaza del pueblo. En lo que a mí

concernía, ya no tenía casi nada que perder, y no se lo puse fácil.

Unas manos rudas tiraron de mí e intentaron llegar al borde de mi blusa y el corpiño.

—¡Suélteme, maldito canalla! —grité y lo pateé donde pensé que surtiría mayor efecto. El hombre se dobló con un gruñido, pero su figura encorvada se perdió enseguida en una erupción de gritos y escupitajos y gestos furiosos. Otras manos me cogieron de los brazos, me arrastraron, me levantaron para pasar por encima de los cuerpos caídos en el tumulto y me empujaron por sitios demasiado angostos para atravesar caminando.

Alguien me golpeó en el estómago y me quedé sin aliento. A estas alturas, mi blusa estaba hecha jirones y no fue difícil arrancar el resto. Jamás había sido exageradamente pudorosa, pero al estar de pie medio desnuda ante una horda furibunda, con huellas de manos sudorosas en mis senos expuestos, me invadieron un odio y una humillación que jamás había podido imaginar.

John MacRae me ató las muñecas por delante, dejando un trozo largo de soga suelta. Tuvo la decencia de parecer avergonzado al hacerlo, pero se negó a mirarme a los ojos. Estaba claro que no podía esperar ayuda ni indulgencia por su parte. Estaba tan a merced de la multitud como yo.

Geilie estaba allí, sin duda víctima del mismo tratamiento. Divisé un destello de su cabello plateado, sacudido por una brisa repentina. Mis brazos quedaron extendidos por encima de mi cabeza cuando arrojaron la soga para engancharla a la rama de un gran roble y tiraron de ella. Apreté los dientes y me aferré a la furia que sentía; era lo único que tenía para combatir el miedo. Reinaba un clima de ansiedad, acentuado por los murmullos nerviosos y los gritos de los espectadores.

—¡Enséñale, John! —gritó uno—. ¡Empieza de una vez!

John MacRae, consciente de las responsabilidades dramáticas de su profesión, se detuvo con el látigo a la altura de la cintura y escudriñó al gentío. Dio un paso hacia delante y me acomodó con suavidad de modo tal que quedara de cara al árbol, casi rozando la rústica corteza. Luego se alejó dos pasos, levantó el látigo y lo dejó caer.

La impresión fue peor que el dolor. De hecho, sólo después de varios azotes me di cuenta de que el cerrajero estaba haciendo todo lo posible por evitarme lo peor. Sin embargo, uno o dos golpes fueron lo suficientemente fuertes como para cortar la piel. Sentí el ardor en el momento del impacto.

Tenía los ojos cerrados con fuerza y la mejilla apoyada contra la madera. Intentaba concentrarme con todas mis fuerzas para estar en cualquier otra parte.

—¡Claire!

La soga que me sujetaba las muñecas estaba algo floja, lo bastante como para permitirme girar hacia la multitud. El súbito movimiento desconcertó al cerrajero, que golpeó en el aire, perdió el equilibrio y se golpeó la cabeza con una rama. A la muchedumbre le encantó el espectáculo y comenzó a insultarlo y a burlarse de él.

El pelo me cubría los ojos y se me pegaba a la cara por el sudor, las lágrimas y la suciedad del confinamiento. Sacudí la cabeza y al menos logré un vistazo rápido que confirmó lo que habían escuchado mis oídos.

Jamie se abría paso a empujones entre los aldeanos. Su rostro era una máscara iracunda y se aprovechaba de su tamaño y fortaleza.

Me sentí como el general MacAuliffe en Bastogne al vislumbrar al Tercer Ejército de Patton en el horizonte. A pesar del horrible peligro que implicaba para Geilie, para mí, y ahora para Jamie mismo, jamás me había sentido tan feliz de ver a alguien.

«¡El hombre de la bruja!», «¡El marido!», «¡Un asqueroso Fraser!» y demás epítetos similares se escucharon entre los insultos más generalizados dirigidos a Geilie y a mí. «¡Agarradlo a él también!» «¡Quemadlo!» «¡Quemadlos a todos!» La histeria de la multitud, distraída un instante por el accidente del cerrajero, recobró su fiereza una vez

más.

Jamie se había detenido, obstaculizado por los asistentes del cerrajero que intentaban sujetarlo. Con un hombre colgado de cada brazo, luchó por llevar su mano al cinto. Uno de los hombres pensó que intentaba sacar un cuchillo y le golpeó en el estómago.

Jamie se encorvó un poco, pero luego se enderezó y le clavó un codo en la nariz al hombre que lo había golpeado. Haciendo caso omiso del hombre que le sujetaba, metió una mano en su morral, levantó el brazo y arrojó algo. Su grito me llegó en el instante en que el objeto abandonó su mano.

—¡Claire! ¡Quédate quieta!

Confusa, pensé que de todos modos no podía ir a ningún lado. Una mancha negra volaba en dirección a mi rostro y comencé a retroceder, pero me detuve a tiempo. La mancha me golpeó la cara con un golpe seco y las cuentas negras cayeron en mis hombros. El rosario negro, arrojado tipo boleadoras, rodeó mi cuello limpiamente. No a la perfección, ya que quedó colgado de mi oreja derecha. Sacudí la cabeza y se acomodó en su lugar. Me lloraban los ojos por el impacto. El crucifijo se balanceó entre mis senos desnudos.

Los rostros de la primera fila lo miraban con horrorizada perplejidad. El repentino silencio se extendió a los que estaban más atrás y el ruido cesó. La voz de Jamie, por lo general tan suave, incluso cuando estaba enfadado, retumbó en el silencio.

—¡Soltadla!

Los asistentes que intentaban detenerlo ya se habían apartado y los espectadores se abrieron para dejarlo pasar. El cerrajero lo vio venir y se detuvo, con la boca abierta.

—¡He dicho que la soltéis! ¡Ya! —El cerrajero reaccionó ante la apocalíptica visión del fantasma pelirrojo de la muerte, se movió y buscó su daga con rapidez. La soga, al cortarse, se soltó con un chasquido y mis brazos cayeron como tirantes, doloridos por la tensión. Trastabillé y habría caído, pero una mano fuerte y familiar me sujetó por el codo y me enderezó. Luego enterré el rostro en el pecho de Jamie y ya nada me importó.

Es posible que perdiera el conocimiento por unos instantes o tal vez tuve esa impresión por el inmenso alivio que me invadió. El brazo de Jamie me rodeaba la cintura para sostenerme y su capa escocesa me cubría, por fin, de la mirada de la aldeanos. La confusión de voces era grande pero ya no se percibía el enloquecido y morboso ardor de la turba.

La voz de Mutt, o Jeff, interrumpió el griterío.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a interferir en la investigación de esta corte?

Sentí que la muchedumbre avanzaba. Jamie era corpulento y estaba armado, pero era un hombre solo. Me acurruqué contra él bajo los pliegues de la capa. Su brazo derecho me estrechó con más fuerza, pero su mano izquierda se dirigió a la vaina en su cadera. La espada azul y plateada siseó amenazante al salir de la vaina. Los que estaban delante se detuvieron en seco.

Los jueces eran algo más reacios. Desde mi escondite, vi que Jeff clavaba una mirada furiosa en Jamie. Mutt parecía más confuso que molesto por la inesperada interrupción.

—¿Acaso se atreve a desenvainar su espada en contra de la justicia de Dios? —le espetó el juez regordete.

Jamie terminó de sacar la espada y la clavó en el suelo. El mango tembló por la fuerza del golpe.

—La desenvaino en defensa de esta mujer y de la verdad —replicó—. Si alguien se opone a alguno de los dos, tendrá que responder ante mí y ante Dios. En ese orden.

El juez parpadeó una o dos veces, como si no diera crédito a aquel comportamiento. Después, volvió a atacar.

—No tiene cabida en los procedimientos de esta corte, señor. Le exijo que entregue a la prisionera de inmediato. ¡Nos ocuparemos de su desacato enseguida!

Jamie miró a los jueces con indiferencia. Sentí cómo palpitaba su corazón debajo de mi mejilla. Sin embargo, sus manos estaban firmes: una, en el mango de la espada; la otra, en la daga de su cinto.

—En cuanto a eso, señor, debo decirle que juré ante el altar de Dios defender a esta mujer. Y si usted me está diciendo que su propia autoridad está por encima de la del Todopoderoso, me veo obligado a informarle que no estoy de acuerdo.

El silencio que siguió fue interrumpido por un par de risitas nerviosas aquí y allá. Si bien no contábamos con el apoyo de la multitud, el momento crítico había pasado.

Jamie me hizo girar con una mano en el hombro. No podía soportar mirar a la muchedumbre, pero sabía que debía hacerlo. Levanté la cabeza con toda la dignidad que logré reunir y fijé la vista más allá de los rostros, en un pequeño bote en medio del lago. Lo miré hasta que los ojos se me llenaron de lágrimas.

Jamie apartó la capa lo suficiente como para mostrar mi cuello y mis hombros. Tocó el rosario negro y lo dejó bambolearse de un lado a otro.

—El azabache quema la piel de las brujas, ¿verdad? —preguntó a los jueces—. Y mucho más, supongo, si se trata de la cruz de nuestro Señor. Pero mirad. —Pasó un dedo por debajo de las cuentas y levantó el crucifijo. Mi piel debajo estaba blanca, sin marca alguna excepto por la suciedad del cautiverio. El gentío emitió un murmullo.

Fiero valor, sangre fría y un certero instinto para atraer la atención. Colum MacKenzie había hecho bien en sentir aprensión por las ambiciones de Jamie. Y dado su temor de que yo revelara la paternidad de Hamish, o lo que él creía que yo sabía sobre el asunto, lo que me había hecho era comprensible. Comprensible, pero no perdonable.

El humor de la turba era ahora incierto. La sed de sangre que la había impulsado antes se estaba disipando, pero aún podía elevarse como una ola gigantesca y aplastarnos. Mutt y Jeff se miraron indecisos. Sorprendidos por este último acontecimiento, los jueces habían perdido el control de la situación.

Geillis Duncan se apoderó de la atención de todos. No sé si en ese momento aún había alguna esperanza para ella. De todos modos, ladeó la cabeza de manera que su cabello claro cayó desafiante sobre uno de sus hombros. Y entregó su vida.

—Esta mujer no es una bruja —declaró sin rodeos—. Pero yo sí lo soy.

El espectáculo de Jamie no podía competir con esto. El consiguiente rugido de la plebe ahogó por completo las voces de los jueces, que preguntaban y exclamaban.

No había indicio alguno de lo que ella pensaba o sentía, no más que en cualquier otro momento anterior. Tenía la frente despejada y los grandes ojos verdes brillaban con algo parecido a la diversión. Se mantenía erguida, con sus ropas convertidas en harapos sucios, mientras miraba a sus acusadores. Cuando el tumulto se apaciguó, comenzó a hablar sin dignarse a levantar la voz, obligando a la muchedumbre a callarse para escucharla.

—Yo, Geillis Duncan, confieso que soy una bruja, una servidora de Satanás.

Esto ocasionó otro estallido. Geilie esperó con paciencia a que hicieran silencio otra vez.

—En obediencia a mi Amo, confieso que maté a mi marido, Arthur Duncan, con brujería. —Al decir esto, desvió la mirada para buscarme y esbozó una tenue sonrisa. Posó la vista en la mujer del chal amarillo, pero sus ojos no perdieron su dureza—. Por maldad, hechicé al niño cambiado para que muriera y así el niño humano a quien sustituyó pudiera permanecer con los duendes. —Se volvió e hizo un gesto en mi dirección—. Me aproveché de la ignorancia de Claire Fraser con el propósito de utilizarla para mis propios fines. Pero ella no tuvo parte alguna en mis actividades ni conocimiento de ellas, ni sirve a mi Amo.

Los murmullos brotaron de nuevo. La gente se empujaba para ver mejor. Geilie

extendió ambas manos hacia ellos, con las palmas hacia arriba.

—¡Quietos! —La voz clara resonó como un latigazo. Echó la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo y se quedó inmóvil, como quien escucha algo. —¡Oíd! —dijo—. ¡Oíd el viento que anuncia su presencia! ¡Cuidaos, habitantes de Cranesmuir! ¡Mi Amo viene en las alas del viento! —Bajó la cabeza y chilló; fue un grito de triunfo agudo y escalofriante. Los ojos verdes estaban fijos, como en un trance.

Se estaba levantando viento. Vi nubes de tormenta que avanzaban desde el otro lado del lago. La gente comenzó a mirar a su alrededor con inquietud. Algunos se dispersaron.

Geilie comenzó a girar, dando vueltas y vueltas, con el cabello al viento y una mano extendida hacia arriba como una grácil bailarina. La observé, atónita.

Al girar, el cabello le ocultaba el rostro. En la última vuelta, no obstante, ladeó la cabeza para apartar la melena rubia hacia un lado y vislumbré su rostro con claridad. Me miraba. La expresión de trance había desaparecido y su boca formó una sola palabra. Luego el giro la dejó frente a la muchedumbre una vez más y volvió a gritar como un espectro.

La palabra había sido «¡Corre!».

De pronto, se detuvo. Con expresión demencial, cogió con ambas manos los restos del corpiño de su vestido y lo rasgó por delante. La muchedumbre vio entonces el secreto que yo había descubierto en la fría suciedad de la fosa de los ladrones. El secreto que Arthur Duncan había descubierto una hora antes de su muerte. El secreto por el cual había muerto. Los jirones del vestido cayeron para revelar el vientre hinchado por el embarazo de seis meses.

Me quedé inmóvil como una estatua, con la vista fija. Jamie no vaciló. Me cogió con una mano y a su espada con la otra y se lanzó entre la multitud. Empujó a la gente con los codos, las rodillas y el mango de la espada mientras nos encaminábamos hacia la orilla del lago. Emitió un estridente silbido.

Absortas en el espectáculo que se desarrollaba bajo el roble, pocas personas se dieron cuenta de lo que ocurría. Luego, algunos comenzaron a gritar y a intentar sujetarnos. Entonces unos cascos galopantes resonaron en la tierra dura de la orilla.

Donas seguía sin querer mucho a la gente y no tenía inconveniente en demostrarlo. Mordió la primera mano que se extendió para coger sus riendas y un hombre retrocedió con un grito y los dedos ensangrentados. El caballo se echó hacia atrás, relinchó y se abalanzó. Los pocos audaces aún deseosos de detenerlo perdieron todo interés.

Jamie me arrojó sobre la montura como si fuera una bolsa de patatas y subió de un salto. Despejó nuestro camino con la espada y condujo a *Donas* por entre la muchedumbre. La gente se apartó para dejar avanzar la andanada de dientes, cascos y espada y empezamos a galopar. Dejamos atrás el lago, el pueblo y Leoch. Todavía sin aliento por la impresión, intenté hablar, gritarle a Jamie.

No me había quedado paralizada por la revelación del embarazo de Geilie. Fue otra cosa la que me congeló hasta los huesos. Mientras Geilie giraba con los brazos blancos extendidos, vi lo mismo que ella había visto cuando me quitaron las ropas. Una marca en un brazo igual a la que yo tenía. Aquí, en esta época, era la marca de la brujería, de la magia. La pequeña y familiar cicatriz de una vacuna contra la viruela.

• • •

La lluvia repiqueteaba en el agua y calmaba la hinchazón de mi rostro y el ardor que las sogas habían dejado en mis muñecas. Recogí agua del arroyo con las manos y la

bebí despacio. Agradecida, sentí cómo el frío líquido descendía por mi garganta.

Jamie desapareció unos minutos. Regresó con un puñado de hojas ovaladas de color verde oscuro. Estaba masticando algo. Escupió una masa verde macerada en la palma de la mano y se colocó otro manojo de hojas en la boca. Me dio la vuelta y pasó con suavidad las hojas masticadas por mi espalda. El ardor cedió considerablemente.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras hacía un esfuerzo por controlarme. Todavía temblaba, pero las incontenibles lágrimas habían comenzado a agotarse.

—Berro —respondió con la voz algo amortiguada por las hojas que tenía en la boca. Las escupió y las aplicó a mi espalda—. No eres la única que sabe de plantas curativas, Sassenach —agregó con mayor claridad.

—¿Qué... qué gusto tiene? —inquirí al tiempo que intentaba ahogar los sollozos.

—Bastante asqueroso —replicó, lacónico. Terminó la curación y me deslizó la capa por los hombros con delicadeza.

—No se... —comenzó y vaciló—. Quiero decir, los cortes no son profundos. Creo... Creo que no te... dejarán marca. —Hablaba en tono áspero, pero sus manos me tocaban con profunda ternura, lo cual me hizo llorar otra vez.

—Lo siento —mascullé y me pasé una punta de la capa por la nariz—. No sé qué me pasa. No sé por qué no puedo dejar de llorar.

Se encogió de hombros.

—Supongo que nadie te ha lastimado a propósito antes, Sassenach —aventuró—. Lo más probable es que se deba tanto al susto como al dolor. —Hizo una pausa y cogió un extremo de la capa—. A mí me pasó lo mismo, muchacha —añadió—. Vomité y lloré mientras me curaban las heridas. Luego me puse a temblar. —Me limpió el rostro con la tela. Después me levantó la barbilla y acercó mi rostro al suyo. —Y cuando dejé de temblar, Sassenach —susurró—, di gracias a Dios por el dolor, porque quería decir que aún estaba vivo. —Me soltó y asintió con la cabeza—. Cuando te llegue ese momento, pequeña, avísame, porque hay una o dos cosas que quiero decirte.

Se incorporó y caminó hasta el borde del arroyo para lavar el pañuelo manchado de sangre en el agua fría.

—¿Por qué has vuelto? —le pregunté cuando regresó. Había logrado dejar de llorar, pero todavía temblaba. Me acurruqué más entre los pliegues de la capa.

—Por Alec MacMahon —contestó con una sonrisa—. Le pedí que te cuidara mientras yo estuviera fuera. Cuando os arrestaron, cabalgó toda la noche y todo el día siguiente para encontrarme. Y luego yo cabalgué como el diablo para regresar. ¡Cielos! Ése sí que es un buen caballo. —Miró con aprobación hacia *Donas*, atado a un árbol en lo alto de la pendiente junto a la orilla. Su pelo brillaba como el cobre—. Tendré que hacerlo correr —dijo, pensativo—. No creo que nadie nos siga, pero no estamos lejos de Cranesmuir. ¿Ya puedes caminar?

Lo seguí por la pendiente escarpada con algo de dificultad. Pequeñas piedras se despeñaban bajo mis pies y las ramas se enganchaban en la enagua. Cerca de la cima, había un bosque de álamos jóvenes, tan cerca unos de otros que las ramas más bajas se entrelazaban y formaban un techo verde sobre los helechos. Jamie apartó las ramas lo suficiente como para permitirme gatear dentro del estrecho espacio. Luego, con cuidado, tapó la entrada con ramas de helecho. Se apartó para examinar el escondite y asintió con satisfacción.

—Sí, está bien. Nadie te encontrará aquí. —Se volvió para marcharse, pero regresó—. Trata de dormir, si puedes, y no te preocupes si no vuelvo enseguida. Cazaré algo de regreso. No tenemos comida y no quiero llamar la atención deteniéndome en una granja. Cúbrete la cabeza con la capa y asegúrate de que tape tu enagua. El blanco se ve desde lejos.

La comida no me importaba. Sentía que jamás querría volver a comer. Dormir era

otro tema. Aún me dolían la espalda y los brazos. Las marcas de las sogas en las muñecas estaban en carne viva y me molestaba todo el cuerpo. No obstante, extenuada por el temor, el dolor y el simple agotamiento, me quedé dormida casi de inmediato, con el fuerte aroma de la vegetación elevándose como de un incensario.

Me desperté con algo que me tiraba del pie. Sobresaltada, me senté y tropecé contra las ramas. Una lluvia de hojas y palos cayó sobre mí. Sacudí los brazos con fiereza, tratando de desenganchar el pelo de las ramas. Arañada, desaliñada e irritada, me arrastré fuera de mi santuario y encontré a Jamie acuclillado y observando divertido mi aparición. Pronto anochecería. El sol había descendido por debajo del nivel del arroyo y el rocoso cañón estaba en sombras. El olor a carne asada emanaba de un pequeño fuego que ardía en las rocas cerca del arroyo, donde dos conejos se doraban en un improvisado asador de ramas verdes.

Jamie extendió una mano para ayudarme a bajar la pendiente. Altiva, rechacé su ofrecimiento y lo hice por mí misma. Sólo trastabillé una vez con los extremos de la capa. La anterior sensación de náuseas había desaparecido y me abalancé con voracidad sobre la carne.

—Nos adentraremos en el bosque después de cenar, Sassenach —dijo Jamie y arrancó un hueso del esqueleto de uno de los conejos—. No quiero dormir cerca del arroyo; no puedo oír si alguien se acerca con el ruido del agua.

No conversamos mucho mientras comíamos. El horror de la mañana y el recuerdo de lo que habíamos dejado atrás nos mantenía mudos. Además, yo sentía un profundo pesar. No sólo había perdido la oportunidad de averiguar más sobre el porqué y el cómo de mi presencia aquí, sino también a una amiga. Mi única amiga. Había desconfiado muchas veces de Geilie, pero no tenía ninguna duda de que me había salvado la vida. Al darse cuenta de que estaba condenada, había tratado de brindarme la posibilidad de escapar. El fuego, casi invisible a la luz del día, brillaba cada vez más ahora que la oscuridad cubría el arroyo. Contemplé las llamas y la piel quebradiza y los huesos tostados de los conejos en el asador. Una gota de sangre de un hueso roto cayó al fuego y se deshizo en un siseante sonido. De pronto, se me atragantó la carne. Apoyé el trozo en el suelo con rapidez y me aparté, asqueada.

Aun sin hablar mucho, nos alejamos del arroyo y encontramos un lugar confortable cerca del borde de un claro en el bosque. A nuestro alrededor, las colinas se alzaban ondulantes, pero Jamie había elegido un sitio elevado, con una buena vista del camino que llevaba al pueblo. La penumbra realzaba los colores de la campiña y encendía la tierra con piedras preciosas: brillantes esmeraldas en las hondonadas, hermosas amatistas opacas en los brotes de brezo y fogosos rubíes en los serbales cargados de frutos que coronaban las colinas. Las bayas de los serbales, un antídoto contra la brujería. A lo lejos, la silueta del castillo Leoch todavía se divisaba al pie de Ben Aden. Se desvaneció con rapidez cuando la luz se extinguió.

Jamie encendió una fogata en nuestro refugio y se sentó junto a ella. La lluvia se había convertido en una tenue llovizna que humedecía el aire y ponía arco iris en mis pestañas cuando miraba las llamas.

Jamie se quedó sentado observando el fuego durante largo rato. Por fin, apoyó las manos en las rodillas y levantó la vista.

—Una vez te dije que no te preguntaría nada que no quisieras decirme. Y no te preguntaría nada ahora, pero debo saber, por tu seguridad y la mía.

Hizo una pausa, vacilante.

—Claire, si jamás has sido franca conmigo, te pido que lo seas ahora, pues necesito saber la verdad. Claire, ¿eres una bruja?

Lo miré azorada.

—¿Bruja? ¿Y tú... tú me haces esta pregunta? —Pensé que tal vez bromeaba. No

bromeaba.

Me cogió de los hombros y me sujetó con fuerza. Me clavó la mirada como si quisiera obligarme a responder.

—Debo preguntártelo, Claire. ¡Y tú debes responderme!

—¿Y si lo fuera? —respondí con los labios resecos—. De haber creído que era una bruja, ¿habrías peleado por mí igualmente?

—¡Habría dejado que me quemaran contigo! —exclamó, violento—. Habría ido al infierno contigo, si hubiera sido necesario. Pero que Dios se apiade de tu alma y de la mía, ¡dime la verdad!

La presión de los acontecimientos me superó. Me liberé de sus manos y corrí hacia el otro extremo del claro. No me alejé demasiado, sólo hasta el borde de los árboles. No podía soportar un espacio abierto. Me agarré a un árbol, lo rodeé con los brazos y clavé las uñas en la corteza. Apoyé el rostro contra el tronco y me estremecí con una risa histérica.

El rostro de Jamie, pálido y estupefacto, asomó al otro lado del árbol. Vagamente, me di cuenta de que lo que estaba haciendo debía asemejarse mucho a un estallido de risa senil. Hice un esfuerzo supremo y me detuve para mirarle, nerviosa.

—Sí —afirmé y di un paso atrás, todavía sacudida por espasmos de carcajadas descontroladas—. Sí, soy una bruja. Debo serlo para ti. Jamás he tenido viruela, pero puedo atravesar una habitación llena de hombres agonizantes sin contagiarme. Puedo atender a los enfermos y respirar el mismo aire y tocar sus cuerpos, pero la enfermedad no puede atacarme. Tampoco puedo contraer cólera, ni tétanos, ni malaria. Y tú debes pensar que es un encantamiento, porque jamás has oído hablar de una vacuna y no hay otra forma de explicarlo.

»Las cosas que sé... —dejé de apartarme y me quedé quieta, respirando con dificultad, tratando de controlarme—... sobre John Randall las sé porque me las contaron. Sé cuándo nació y cuándo morirá, sé lo que ha hecho y lo que hará, sé sobre Sandringham porque... porque Frank me lo contó. Había oído hablar de Randall porque él... él... ¡Oh, cielos!

Sentí que iba a descomponerme y cerré los ojos para borrar las estrellas que giraban sobre mí.

—Y Colum... cree que soy una bruja porque sé que Hamish no es su hijo. Sé... que no puede tener hijos. Pero él pensó que yo sabía quién era el padre de Hamish... Creí que tal vez fueras tú, pero luego supe que no podía ser y... —Hablaba cada vez más deprisa mientras intentaba controlar el vértigo con el sonido de mi propia voz. —Todo lo que te he dicho sobre mí es cierto —añadí y asentí con la cabeza como si quisiera convencerme a mí misma—. Todo. No tengo familia, ni tengo historia, porque aún no he nacido.

»¿Sabes cuándo nací? —pregunté y levanté la vista. Sabía que tenía el cabello revuelto y la mirada en blanco, pero no me importaba—. Nací el veinte de octubre, en el año de Nuestro Señor de mil novecientos dieciocho. ¿Me has oído? —espeté al ver que parpadeaba sin moverse, como si no prestara atención a mis palabras—. ¡He dicho mil novecientos dieciocho! ¡Casi dentro de doscientos años! ¿Me oyes?

Gritaba. Jamie asintió despacio.

—Te oigo —respondió con suavidad.

—¡Sí, me oyes! —exclamé—. Y crees que estoy loca. ¿No es verdad? ¡Admítelo! Es lo que piensas. Debes pensarlo. No puedes explicarlo de otra manera. No puedes creerme, no te atreves. ¡Oh, Jamie!

Sentí que se me contraía el rostro. Había pasado tanto tiempo ocultando la verdad, convencida de que no podía revelársela a nadie. Y ahora me daba cuenta de que aunque se la contara a Jamie, mi amado esposo, el hombre en quien confiaba más que en nadie, él tampoco podía creerme.

—Sucedió en las rocas... en la colina encantada. Las rocas erguidas. Las piedras de

Merlín. Por ahí vine. —Me faltaba el aire. Sollozaba y perdía la coherencia minuto a minuto—. Fue hace mucho tiempo, hace doscientos años. Siempre son doscientos años en los cuentos... Pero en los cuentos, la gente siempre vuelve. Yo no pude volver. —Me alejé, tambaleante, en busca de apoyo. Me recliné contra una roca con los hombros hundidos y la cabeza en las manos. Hubo un prolongado silencio en el bosque. Duró lo bastante como para que los pequeños pájaros nocturnos recuperaran el valor y reiniciaran sus sonidos para llamarse unos a otros mientras cazaban los últimos insectos del verano.

Por fin, alcé el rostro. Pensé que quizá se había ido y me había dejado, abrumado por mi revelación. Pero allí seguía, sentado con las manos alrededor de las rodillas, cabizbajo, como perdido en sus pensamientos.

El vello de los brazos le brillaba como hilos de cobre al fuego. Me di cuenta de que estaba erizado, como el pelaje de un perro. Me tenía miedo.

—Jamie —murmuré y sentí que se me partía el corazón de absoluta soledad—. Oh, Jamie.

Me senté y me acurruqué en un intento de envolver el núcleo de mi dolor. Ya nada me importaba. Lloré con toda el alma.

Me erguí al sentir en los hombros el contacto de sus manos. A través de una cortina de lágrimas, vi en su rostro la expresión que adoptaba al pelear, cuando la lucha ha superado el punto de tensión y se convierte en tranquila certidumbre.

—Te creo —pronunció con firmeza—. No comprendo nada... todavía... pero te creo. ¡Claire, te creo! ¡Escúchame! Hay verdad entre nosotros, entre tú y yo, y creeré todo lo que me digas. —Me sacudió con suavidad. —No importa de qué se trate. Me lo has dicho. Por ahora, es suficiente. Tranquilízate, *mo duinne*. Reposa la cabeza y descansa. Me contarás el resto más tarde. Y te creeré.

Yo todavía sollozaba, incapaz de comprender lo que me decía. Intenté apartarme, pero me tomó en sus brazos y me estrechó con fuerza, sin dejar de repetir «te creo».

Por fin, agotada, me calmé lo suficiente para mirarlo y decir:

—Pero no puedes creerme.

Me sonrió. Le temblaban un poco los labios, pero sonreía.

—No me dirás lo que puedo o no puedo hacer, Sassenach. —Se interrumpió brevemente—. ¿Qué edad tienes? —preguntó con curiosidad—. Jamás se me había ocurrido preguntártelo.

La pregunta parecía tan absurda que tuve que pensar un instante.

—Veintisiete... o tal vez veintiocho —repuse. La respuesta lo desconcertó un poco. A los veintiocho años de edad, las mujeres de esta época estaban al borde de la vejez.

—Oh —manifestó. Respiró hondo—. Pensé que tendrías mi edad... quizá menos.

Por un segundo, no se movió. Luego esbozó una sonrisa.

—Feliz cumpleaños, Sassenach —añadió.

Me cogió tan de sorpresa que me quedé mirándolo como una tonta.

—¿Cómo? —logré balbucir por fin.

—He dicho «feliz cumpleaños». Hoy es veinte de octubre.

—¿De veras? Había perdido la cuenta. —Estaba temblando otra vez, por el frío, la emoción y el esfuerzo de mi discurso. Jamie me abrazó con fuerza y me sostuvo mientras me pasaba las manos por el cabello. Me puse a llorar de nuevo, pero ahora de alivio. En mi estado de conmoción, me parecía lógico que si él sabía mi verdadera edad y todavía me quería, entonces todo se arreglaría.

Jamie me cogió en brazos y, sujetándome con cuidado contra su hombro, me llevó junto al fuego, donde había dejado la silla de montar. Se sentó y se reclinó contra la montura. Me estrechó con firmeza.

Mucho tiempo después, volvió a hablar.

—Está bien. Cuéntamelo ahora.

Le conté. Le conté todo, de manera entrecortada pero coherente. Estaba aturdida por el cansancio, pero satisfecha, como un conejo que ha logrado deshacerse de la persecución de un zorro y encontrado un sitio donde esconderse. No es un santuario, pero sí suficiente para recobrar el aliento. Y le hablé de Frank.

—Frank —dijo con suavidad—. Entonces no está muerto, después de todo.

—Todavía no ha nacido. —Sentí otra oleada de histeria pero logré mantener el control—. Ni yo tampoco.

Me acarició y me instó a callar con sus susurros quedos en gaélico.

—Cuando te rescaté de Randall en el Fuerte William —dijo de pronto—, tratabas de regresar. Intentabas volver a las rocas. Y... a Frank. Por eso abandonaste el bosque.

—Sí.

—Y te azoté por ello. —Su voz estaba cargada de arrepentimiento.

—No lo sabías. No podía decírtelo —repliqué, casi adormecida.

—No, supongo que no podías. —Me cubrió con la capa y la ciñó con delicadeza alrededor de mis hombros—. Duerme ahora, *mo duinne*. Nadie te hará daño. Estoy a tu lado.

Me acurruqué en la cálida curva de su hombro y dejé que mi mente descendiera hasta el olvido. Me obligué a emerger lo suficiente para preguntar:

—¿De veras me crees, Jamie?

Suspiró y me sonrió con tristeza.

—Sí, te creo, Sassenach. Pero habría sido mucho más fácil si hubieras sido tan sólo una bruja.

Dormí como un tronco y desperté después del amanecer, entumecida y con una terrible jaqueca. Jamie tenía unos puñados de avena en su morral y me obligó a comerla mezclada con agua fría. La pasta se me pegaba a la garganta, pero logré tragarla.

Me trataba con ternura y gentileza, pero hablaba poco. Después del desayuno, empaquetó todo y ensilló a *Donas*.

Aturdida por los recientes acontecimientos, ni siquiera pregunté adonde íbamos. Montada detrás de él, me contenté con apoyar el rostro en su amplia espalda y dejar que el movimiento del caballo me acunara hasta un estado de trance inconsciente.

Bajamos de los valles cerca del lago Madoch. Avanzamos a través de la fría niebla matinal hasta el borde de la quieta superficie gris. Los patos salvajes comenzaron a elevarse en bandadas que rodeaban los juncos, graznando para despertar a los más dormilones. Un disciplinado grupo de gansos, en cambio, nos sobrevoló emitiendo gritos de pesar y desolación.

La bruma gris cedió cerca del mediodía y un sol débil iluminó los prados cubiertos de tojos amarillos y retamas. Unos kilómetros más allá del lago, llegamos a un camino angosto y doblamos al noroeste. El camino nos obligó a subir una vez más por colinas bajas y ondulantes que acababan de forma gradual en riscos y peñascos de granito. Nos cruzamos con pocos viajeros en el camino y nos ocultamos prudentemente entre los arbustos cada vez que escuchábamos cascos que se acercaban.

La vegetación se convirtió en un bosque de pinos. Respiré hondo para disfrutar del aroma resinoso. Nos detuvimos a pasar la noche en un pequeño claro alejado del camino. Acomodamos mantas y piñas para formar una especie de nido y nos acurrucamos para darnos calor, tapados con la capa y la manta de Jamie.

Me despertó en algún momento de la noche e hicimos el amor, despacio y con infinita ternura, en silencio. Observé el titilar de las estrellas a través del entrecruzado de ramas negras y me quedé dormida otra vez con su reconfortante peso cálido sobre mí.

A la mañana siguiente, Jamie parecía más alegre o, por lo menos, más tranquilo, como si hubiera tomado una difícil decisión. Me prometió té caliente para la cena, lo cual fue escaso consuelo en medio del aire gélido. Medio dormida, lo seguí de regreso al sendero mientras me quitaba ramitas y pequeñas arañas de la falda. Durante la mañana, el angosto sendero se fue reduciendo a una huella indistinta y zigzagueante a través de un prado de ovejas.

No había prestado atención al paisaje mientras gozaba, adormecida, del creciente calor del sol. De pronto, divisé una formación rocosa conocida y me sobresalté, saliendo de mi sopor. Sabía dónde estábamos. Y por qué.

—¡Jamie!

Se volvió al oír mi exclamación.

—¿No lo sabías? —preguntó con curiosidad.

—¿Que veníamos aquí? No, por supuesto que no. —Me sentí mareada. La colina de Craigh na Dun estaba a no más de un kilómetro y medio de distancia. Podía distinguir su silueta encorvada por entre los últimos jirones de la bruma matinal.

Tragué saliva. Durante casi seis meses había intentado llegar a este lugar. Y ahora que por fin estaba aquí, deseaba estar en cualquier otra parte. Las rocas erguidas en lo alto no se veían desde abajo, pero parecía que de ellas emanaba una amenaza capaz de alcanzarme.

Mucho antes de la cima, el terreno se volvió demasiado incierto para *Donas.* Desmontamos y lo atamos a un pino endeble. Continuamos a pie.

Estaba agitada y sudorosa cuando llegamos a la formación granítica. Jamie no presentaba señales de agotamiento, excepto un débil enrojecimiento. Aquí, encima de los pinos, reinaba la quietud, pero un viento constante gemía suavemente entre las grietas de las rocas. Las golondrinas cruzaban el círculo y se elevaban bruscamente en busca de insectos; bajaban con las delgadas alas extendidas, como aviones de bombardeo.

Jamie me cogió de la mano para subir el último tramo hacia el amplio saliente en la base de la roca partida. No me soltó; en cambio, me acercó a él y me miró con atención, como si memorizara mis facciones.

—¿Por qué...? —comencé a preguntar mientras recobraba el aliento.

—Es el lugar —expresó con brusquedad—, ¿no es verdad?

—Sí. —Clavé la mirada, casi hipnotizada, en el círculo de rocas—. Está igual.

Jamie me siguió dentro del círculo. Me cogió del brazo y me llevó hasta la roca partida.

—¿Es ésta? —preguntó.

—Sí. —Traté de liberarme—. ¡Cuidado! ¡No te acerques! —Me miró y luego se volvió hacia la roca con expresión incrédula. Tal vez tenía razones para dudar. De pronto, yo misma desconfié de mi propia historia.

—No... no sé nada al respecto. Quizás el... lo que sea... se cerró detrás de mí. Tal vez sólo funcione en ciertas épocas del año. Era casi el uno de mayo cuando aparecí.

Jamie contempló el sol, un disco plano colgado en mitad del cielo detrás de una delgada capa de nubes.

—Pronto estaremos a uno de noviembre —respondió—. Noche de Brujas. Muy apropiado, ¿no? —Se estremeció involuntariamente y a pesar de la broma—. Cuando... pasaste, ¿qué hiciste?

Traté de recordar. Estaba helada y metí las manos debajo de las axilas.

—Caminé alrededor del círculo mientras miraba todo. No seguí ningún patrón fijo. Después me acerqué a la roca partida y oí un zumbido, como de abejas...

Todavía se oía un zumbido. Retrocedí como si hubiera escuchado el siseo de una serpiente.

—¡Aún está ahí! —Retrocedí con pánico y me arrojé en brazos de Jamie. Pero él

me apartó con firmeza. Tenía el rostro pálido y me obligó a enfrentarme a la piedra.

—¿Y luego? —El viento chillaba en mis oídos, pero la voz de Jamie era más penetrante aún.

—Puse la mano en la roca.

—Hazlo, entonces. —Me empujó para acercarme más y cuando no reaccioné, cogió mi muñeca y apoyó la mano con firmeza sobre la superficie rugosa.

El caos se estiró para atraparme.

Por fin el sol dejó de girar ante mis ojos y el chirrido se apagó en mis oídos. Había otro sonido persistente: Jamie me llamaba.

Estaba demasiado mareada para sentarme o abrir los ojos, pero moví la mano débilmente para que supiera que estaba viva.

—Estoy bien —dije.

—¿De veras? ¡Por Dios, Claire! —Me estrechó contra su pecho—. Dios mío, Claire, pensé que estabas muerta. Comenzaste a... irte. Tenías una expresión espantosa en el rostro, como si estuvieras aterrada. Te alejé de la roca. Te detuve. No debí haberlo hecho. Lo siento, pequeña.

Ahora tenía los ojos abiertos y vi su rostro sobre el mío, asustado y perplejo.

—Está bien. —Todavía me costaba hablar y me sentía pesada y desorientada. Pero empezaba a comprender. Intenté sonreír, pero sólo conseguí esbozar una mueca. —Al menos... sabemos... que aún funciona.

—Oh, Dios. Sí, funciona.

Contempló la roca con temeroso desprecio. Se apartó lo suficiente para ir hasta un charco que se había formado en una de las depresiones rocosas, a fin de mojar un pañuelo. Lo pasó por mi rostro al tiempo que continuaba mascullando palabras de consuelo y disculpa. Por lo menos, ya podía sentarme.

—No me creías, ¿no? —Mareada como estaba, experimentaba una oleada de triunfo—. Sin embargo, es cierto.

—Sí, es cierto. —Se sentó a mi lado y clavó la mirada en la roca durante varios minutos. Me pasé el pañuelo por la cara, todavía débil y aturdida. De pronto, Jamie se puso en pie de un salto, caminó hasta la roca y la golpeó con la mano.

No pasó nada y al cabo de un minuto, hundió los hombros y regresó conmigo.

—Quizá sólo funcione con las mujeres —aventuré, algo entumecida—. Las leyendas siempre hablan de mujeres. O tal vez sólo conmigo.

—Bueno, conmigo parece que no —afirmó—. Pero será mejor cerciorarnos.

—¡Jamie! ¡Ten cuidado! —le grité, pero de nada sirvió. Avanzó hasta la roca, volvió a golpearla, se arrojó sobre ella y atravesó la hendidura, pero la roca siguió tan sólida como siempre. En cuanto a mí, la sola idea de volver a aproximarme a aquella puerta a la locura me estremecía.

Y sin embargo, cuando había comenzado a entrar en el reino del caos, había pensado en Frank. Y lo había sentido, estaba segura. En algún lugar de aquel vacío, había visto un diminuto destello de luz y Frank estaba allí. Lo sabía. Sabía también que había otro punto de luz, sentado junto a mí, con la vista fija en la roca y las mejillas brillantes por el sudor a pesar del frío.

Por fin, Jamie se volvió hacia mí y me cogió ambas manos. Las llevó a sus labios y las besó formalmente.

—Mi señora —pronunció con suavidad—. Mi... Claire. No tiene sentido esperar. Debo despedirme ahora.

Tenía los labios demasiado rígidos para hablar, pero la expresión de mi rostro debió de ser tan elocuente como siempre.

—Claire —prosiguió con urgencia—. Tu época está al otro lado de esa cosa. Ahí tienes un hogar, un lugar. Todo aquello a lo que estás acostumbrada. Y... y a Frank.

—Sí —respondí—. Está Frank.

Jamie me obligó a ponerme en pie y me sacudió ligeramente en señal de súplica.

—¡Aquí no tienes nada, pequeña! Nada excepto violencia y peligro. ¡Vete! —Me empujó hacia las rocas. Me volví hacia él y le cogí las manos.

—¿Realmente no tengo nada aquí, Jamie? —Sostuve su mirada y no le dejé apartarse.

Se liberó con suavidad sin responder y se quedó quieto, una imagen de otro tiempo, vista en relieve sobre un fondo de colinas borrosas. La vida de su rostro parecía un truco de las rocas en sombras, como oscurecida debajo de varias capas de pintura, la reminiscencia de un artista de sitios olvidados y pasiones convertidas en polvo.

Observé sus ojos, llenos de dolor y anhelo, y volvió a cobrar vida, real e inmediata. Amante, marido, hombre.

La angustia que sentía debió reflejarse en mi rostro porque vaciló. Luego giró hacia el este y señaló la llanura.

—¿Ves aquel monte de robles allí abajo? A mitad de camino.

Vi los robles y lo que me señalaba: una cabaña medio derruida, abandonada en la colina embrujada.

—Bajaré a la casa y me quedaré allí hasta el atardecer para asegurarme... para asegurarme de que estás bien. —Me miró, pero evitó tocarme. Cerró los ojos como si ya no pudiera soportar mi imagen.

—Adiós —añadió y giró para marcharse.

Lo observé, confundida, y entonces, recordé algo. Había algo que debía decirle. Lo llamé.

—¡Jamie!

Se detuvo y se quedó quieto un instante, luchando por controlar su rostro. Estaba pálido y tenso, con los labios blancos, cuando se volvió hacia mí.

-¿Sí?

—Hay algo... que quiero decir, tengo que decirte algo antes..., antes de irme.

Cerró los ojos un momento. Me pareció que se balanceaba, pero pudo haber sido el efecto del viento en su falda.

—No hace falta —repuso—. No. Vete. No te retrases. Vete. —Intentó alejarse, pero le sujeté de la manga.

—¡Jamie, escúchame! ¡Debes hacerlo! —Meneó la cabeza con impotencia y levantó una mano para apartarme.

—Claire..., no, no puedo. —El viento le humedecía los ojos.

—Se trata del Levantamiento —dije con urgencia y le sacudí el brazo—. Jamie, escucha. El príncipe Carlos..., su ejército. ¡Colum tiene razón! ¿Me escuchas, Jamie? Colum tiene razón, no Dougal.

—¿Qué? ¿De qué hablas, muchacha? —Ya tenía su atención. Se pasó la manga por el rostro y los ojos que me miraron estaban claros. El viento cantaba en mis oídos.

—El príncipe Carlos. Habrá un Levantamiento; Dougal tiene razón al respecto, pero no tendrá éxito. El ejército de Carlos irá bien durante un tiempo, pero todo acabará en una masacre. En Culloden, ahí terminará todo. Los... los clanes... —En mi mente, vi las lápidas de los clanes, las rocas grises que yacerían en el campo, cada piedra con el nombre del clan al que pertenecían los hombres enterrados debajo. Respiré hondo y le cogí la mano para sostenerme. Estaba fría como la mano de un cadáver. Temblé y cerré los ojos para concentrarme en lo que estaba diciendo—. Los montañeses escoceses..., todos los clanes que siguen a Carlos serán exterminados. Cientos y cientos de hombres morirán en Culloden. Y los que queden con vida serán perseguidos y asesinados. Aplastarán a los clanes... y no volverán a levantarse. Ni en tu época ni en la mía.

Abrí los ojos y lo encontré mirándome, sin expresión alguna en el rostro.

—¡Jamie, no te involucres! —le supliqué—. Mantén a tu gente fuera de eso si puedes, pero por Dios..., Jamie, si... —Se me quebró la voz. Iba a decir: «Jamie, si me amas.» Pero no pude. Iba a perderlo para siempre y si no le había hablado de amor antes, no podía hacerlo ahora—. No vayas a Francia —susurré—. Ve a Norteamérica, a España o a Italia. Pero por el amor de la gente que te quiere, Jamie, no vayas a Culloden.

Siguió mirándome. Me pregunté si me habría escuchado.

—¿Jamie? ¿Me has oído? ¿Comprendes lo que digo?

Después de un momento de silencio, asintió con la cabeza.

—Sí —respondió en voz tan baja que apenas pude oírlo con el ruido del viento—. Sí, te he oído. —Me soltó la mano—. Ve con Dios... *mo duinne.*

Dejó el saliente y bajó la escarpada cuesta, apoyando los pies en los brotes de hierba y sujetándose con las ramas para no perder el equilibrio. No miró hacia atrás. Le observé hasta que desapareció en el bosque de robles. Caminaba despacio, como un hombre herido que sabe que debe seguir en movimiento, pero que siente que la vida se le escurre por la herida.

Me temblaban las rodillas. Despacio, me senté en la cama de granito con las piernas cruzadas y contemplé las gaviotas. Abajo, podía ver el tejado de la cabaña que ahora cobijaba mi pasado. A mis espaldas, se cernía la piedra partida. Y mi futuro.

Me quedé sentada allí, sin moverme, toda la tarde. Traté de borrar las emociones de mi mente y utilizar la razón. Había algo de lógica en el argumento de Jamie para que volviera: mi hogar, la seguridad, Frank; incluso los pequeños placeres de la vida que tanto añoraba de vez en cuando, como los baños calientes y los servicios sanitarios, sin mencionar consideraciones de mayor importancia como atención médica y medios de transporte adecuados.

Y no obstante, a pesar de que reconocía los inconvenientes y los peligros reales de este lugar, también debía admitir que había disfrutado de muchas de sus facetas. Si bien los medios de transporte eran incómodos, no había enormes extensiones de asfalto cubriendo los campos, ni coches ruidosos y humeantes, que entrañaban sus propios peligros. La vida era más simple, al igual que las personas. No eran menos inteligentes, sólo más directas... con algunas notables excepciones como Colum ban Campbell MacKenzie, pensé.

Debido a la profesión del tío Lamb, había vivido en numerosos lugares, muchos de ellos más rústicos y primitivos que éste. Me adaptaba con gran facilidad a las condiciones primarias y en realidad, no echaba de menos la «civilización» cuando estaba lejos de ella, si bien me adaptaba con igual presteza a las comodidades como cocinas eléctricas y calentadores de agua. El viento frío me hizo temblar y me rodeé el cuerpo con los brazos mientras observaba la roca. La razón no me estaba ayudando mucho. Me volqué en los sentimientos y comencé de mala gana a reconstruir los detalles de mis dos matrimonios, el primero con Frank y el segundo con Jamie. El único resultado fue un llanto entrecortado que me dejó hilillos helados de lágrimas en el rostro.

Bueno, si no podía resolverlo a través de la razón ni de los sentimientos, tal vez podría considerar el deber. Había hecho un voto matrimonial con Frank y me había comprometido con todo el corazón. Había hecho el mismo voto ante Jamie, con la intención de romperlo en cuanto me fuera posible. ¿A cuál de los dos traicionaría ahora? Permanecí sentada en tanto el sol se hundía en el horizonte y las gaviotas se refugiaban en sus nidos.

Cuando la estrella vespertina empezó a brillar entre las ramas negras de los pinos, llegué a la conclusión de que en esta situación, la razón no tenía gran utilidad. Tendría que confiar en otra cosa. En qué, no estaba segura. Me volví hacia la roca partida y di un paso, luego otro y otro más. Me detuve y giré para probar lo mismo en la dirección opuesta. Un paso, otro y otro más. Y antes de saber siquiera que había tomado una decisión, había bajado la mitad de la cuesta entre resbalones y caídas.

Al llegar a la cabaña, sin aliento por temor a que ya se hubiese marchado, me alivió ver a *Donas* pastando en la cercanía. El caballo levantó la cabeza y me miró con desagrado. Caminé despacio y empujé la puerta.

Estaba en la habitación de delante, dormido en un angosto banco de roble. Dormía de espaldas, como siempre, con las manos cruzadas sobre el estómago y la boca ligeramente abierta. Los últimos rayos de sol entraban por la ventana y bruñían su rostro como una máscara de metal. Huellas plateadas de lágrimas secas destellaban en la piel dorada y el vello cobrizo de la barba tenía un opaco resplandor.

Me quedé quieta un momento, observándolo, invadida por una inefable ternura. Tan sigilosamente como pude, me acosté a su lado en el angosto banco y me acurruqué contra él. Dormido, se dio la vuelta hacia mí y me recogió contra su pecho. Apoyó la mejilla en mi cabello y en un gesto semiinconsciente, extendió la mano para apartar unos mechones de su nariz. Sentí una repentina sacudida cuando despertó al darse cuenta de mi presencia. Perdimos el equilibrio y caímos al suelo, Jamie encima de mí.

No tuve la menor duda de que era puro músculo. Le clavé la rodilla en el abdomen con un gruñido.

—¡Quita! ¡No puedo respirar!

En lugar de hacerlo, agravó mi situación al besarme con pasión. Hice caso omiso de la falta de oxígeno para concentrarme en asuntos más importantes.

Nos quedamos abrazados y sin hablar durante largo tiempo. Por fin, Jamie murmuró con la boca hundida en mi cabello:

—¿Por qué?

Le besé la mejilla, húmeda y salada. Sentía su corazón latiendo con fuerza debajo de mis costillas y no deseaba más que quedarme allí para siempre, sin moverme, sin hacer el amor, sólo respirando el mismo aire.

—Tenía que hacerlo —respondí. Reí algo trémula—. No sabes lo difícil que ha sido. Los baños calientes estuvieron a punto de ganar. —Entonces, rompí a llorar y me estremecí, porque la elección era tan reciente y porque la felicidad por el hombre en mis brazos se mezclaba con el dolor desgarrador por el hombre al que jamás volvería a ver.

Jamie me sujetó con fuerza y me cubrió con su peso como si quisiera protegerme, salvarme de ser arrastrada por la fuerza rugiente del círculo de rocas. Al cabo de un rato, mis lágrimas se agotaron y yací exhausta, con la cabeza apoyada en su reconfortante pecho. Se hizo casi de noche y él siguió murmurando palabras tiernas en mi oído, como si fuera una niña asustada por la oscuridad. Nos abrazamos, sin separarnos siquiera para encender una vela o un fuego.

Al cabo de un rato, Jamie se levantó, me cogió en brazos y me llevó al banco, donde se sentó, conmigo en el regazo. La puerta de la cabaña seguía abierta y divisábamos las estrellas que comenzaban a brillar sobre el valle.

—¿Sabías —comenté casi adormecida— que la luz de esas estrellas tarda años y años en llegar a nosotros? De hecho, algunas de las estrellas que vemos ya han desaparecido, pero no lo sabemos porque aún vemos su luz.

—¿De veras? —respondió mientras me acariciaba la espalda—. No lo sabía.

Debí de quedarme dormida con la cabeza en su hombro, pero desperté cuando me depositó con suavidad en el suelo, en una improvisada cama hecha con las mantas de la montura del caballo. Se acostó a mi lado y volvió a envolverme con su cuerpo.

—Apóyate —susurró—. Por la mañana, te llevaré a casa.

Nos levantamos antes del amanecer y cuando salió el sol, ya habíamos descendido todo el camino, ansiosos por dejar Craigh na Dun.

—¿Adonde vamos, Jamie? —pregunté, alegre porque podía pensar en un futuro que lo incluía, aun cuando dejaba atrás la única oportunidad de regresar al hombre que me había amado una vez, o que me amaría algún día.

Jamie tiró de las riendas y se detuvo para mirar por encima del hombro. El amenazante círculo de rocas no se veía desde aquí, pero la colina rocosa parecía alzarse impenetrable detrás de nosotros, cubierta de piedras y arbustos de tojo. La deteriorada silueta de la cabaña parecía un bulto más en la distancia, un nudillo huesudo que emergía del puño de granito de la colina.

—Ojalá hubiera podido luchar con él por ti —dijo de pronto y se volvió hacia mí. La vehemencia oscurecía sus ojos azules.

—No era tu lucha, sino la mía. Pero ganaste de todos modos.

Extendí la mano y él la apretó.

—Sí, pero no me refiero a eso. Si hubiera peleado con él de hombre a hombre y vencido, no lo lamentarías. —Vaciló—. Si alguna vez...

—Olvidémoslo —dije con firmeza—. Ayer pensé en todas las posibilidades y aún estoy aquí.

—Gracias a Dios —replicó con una sonrisa—. Y que Dios te ayude. —Luego agregó—: Aunque jamás comprenderé por qué.

Le rodeé la cintura con los brazos y me sujeté mientras el caballo descendía la pendiente escarpada.

—Porque —respondí— ya no puedo vivir sin ti, Jamie Fraser, y eso es todo. Ahora, ¿adonde me llevas?

Jamie giró en su silla para mirar hacia atrás.

—Ayer recé durante todo el camino colina arriba —confesó con voz queda—. No para que te quedaras; no me parecía correcto. Rezaba para tener la fortaleza necesaria para dejarte ir. —Meneó la cabeza mientras contemplaba la colina con expresión distante—. Dije: «Señor, si alguna vez en mi vida he tenido valor, dámelo ahora. Permíteme ser lo bastante valiente para no caer de rodillas y rogarle que se quede.» —Apartó la vista de la cabaña y me sonrió—. Ha sido el momento más difícil de mi vida, Sassenach.

Se volvió otra vez y condujo el caballo hacia el este. Era una hermosa mañana; el sol lo iluminaba todo y dibujaba un hilo de fuego en el borde de las riendas, en la curva del pescuezo del caballo y en las facciones de Jamie.

Respiró hondo y señaló hacia un paso lejano entre dos riscos, en el páramo.

—Así que supongo que ahora puedo hacer algo casi tan difícil. —Espoleó al caballo suavemente y chasqueó la lengua—. Iremos a casa, Sassenach. A Lallybroch.

QUINTA PARTE

Lallybroch

26

El regreso del Señor

Al principio, nos sentíamos tan felices de estar juntos y lejos de Leoch que no hablamos mucho. *Donas* nos llevaba a ambos sin esfuerzo a través de la llanura; yo viajaba con los brazos alrededor de la cintura de Jamie, fascinada por la sensación de los músculos cálidos por el sol moviéndose debajo de mi mejilla. Sabía que nos enfrentaríamos a muchos problemas, pero no me importaba porque estábamos juntos. Para siempre. Eso era suficiente.

Cuando el impacto inicial de la felicidad dio paso a un resplandeciente compañerismo, comenzamos a hablar otra vez. Primero sobre la campiña que atravesábamos. Luego, con cautela, sobre mí y sobre el lugar de dónde provenía. A Jamie le gustaba oír mis descripciones de la vida moderna, aunque me di cuenta de que la mayoría de mis relatos le parecían cuentos de hadas. En especial, le encantaban las descripciones de automóviles, tanques y aviones y me las hacía repetir una y otra vez, con el mayor lujo de detalles. Por acuerdo tácito, evitamos mencionar a Frank.

Mientras seguíamos recorriendo los campos, la conversación se centró en el presente, en Colum, en el castillo y en la cacería de ciervos con el duque.

—Parece un buen tipo —comentó. El camino se había vuelto más difícil y Jamie había desmontado y caminaba junto al caballo, lo cual facilitaba la charla.

—A mí también me lo pareció —respondí—. Pero...

—Oh, sí, en estos días, uno ya no se puede guiar por las apariencias —convino—. Congeniamos. Por las noches, nos sentábamos y conversábamos alrededor del fuego en el pabellón de caza. Para empezar, es bastante más inteligente de lo que parece. Sabe que su voz lo hace parecer tonto y creo que se aprovecha de ello mientras su mente no cesa de trabajar.

—Mmm. Eso es lo que temo. ¿Le... has contado...?

Se encogió de hombros.

—En parte. Sabía mi nombre, por supuesto, de la última vez que estuvo en el castillo.

Reí al recordar su relato de aquella ocasión.

—¿Acaso evocasteis los viejos tiempos?

Sonrió. Las puntas de sus cabellos flotaban alrededor de su rostro en la brisa otoñal.

—Un poco. Me preguntó si aún sufría de problemas estomacales. Muy serio, le contesté que por lo general no, pero que sentía algunos retortijones justo en ese momento. Se rió y me dijo que esperaba que la molestia no incomodara a mi bella esposa.

También reí. En este momento, lo que el duque hiciera o dejara de hacer no me parecía muy importante. Sin embargo, podría sernos útil algún día.

—Le conté algo —prosiguió Jamie—. Le dije que los ingleses me buscaban, pero que era inocente, aunque tenía muy pocas probabilidades de poder demostrarlo. Pareció comprender, pero me cuidé de mencionar las circunstancias, y mucho menos el hecho de que mi cabeza tiene precio. Todavía no había decidido si confiar en él y contarle el resto cuando... Bueno, cuando el viejo Alec entró en el campamento como si lo persiguiera el

mismísimo demonio, y Murtagh y yo salimos de igual forma.

Entonces, recordé al hombrecillo.

—¿Dónde está Murtagh? —pregunté—. ¿Regresó contigo a Leoch? —Esperaba que el pequeño miembro del clan no hubiera tenido problemas con Colum o con los pobladores de Cranesmuir.

—Partió conmigo, pero el caballo que montaba no era como *Donas.* Sí, eres estupendo, *Donas mo buidheag.* —Palmeó el brillante cogote del alazán y *Donas* resopló y sacudió la crin. Jamie levantó la mirada y sonrió—. No te preocupes por Murtagh. Es un tipo alegre que sabe cuidarse solo.

—¿Alegre? ¿Murtagh? —El término me pareció algo incongruente—. Creo que jamás lo he visto sonreír. ¿Tú sí?

—Oh, sí. Por lo menos dos veces.

—¿Hace cuánto que lo conoces?

—Veintitrés años. Es mi padrino.

—Bueno, eso explica algunas cosas. No pensé que se molestaría por mí.

Jamie me palmeó la pierna.

—Por supuesto que lo haría. Le gustas.

—Tendré que aceptar tu palabra.

Ya que habíamos llegado al tema de los acontecimientos recientes, respiré hondo y pregunté algo que ansiaba saber.

—¿Jamie?

—¿Qué?

—Geillis Duncan. ¿Realmente... la quemarán?

Me miró, frunció un poco el ceño y asintió.

—Supongo que sí. Pero no antes de que nazca el niño. ¿Es eso lo que te preocupa?

—Es una de las cosas. Jamie, mira esto. —Traté de alzar la voluminosa manga, pero no lo logré. En cambio, decidí pasar el escote de la camisa por el hombro para que viera la cicatriz de la vacuna.

—Cielo santo —exclamó despacio cuando le hube explicado. Me miró con intensidad—. Por eso... ¿Entonces ella es de tu misma época?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Sólo puedo decir que lo más probable es que haya nacido después de 1920, ya que a partir de entonces la vacuna era obligatoria. —Espié por encima del hombro, pero unas nubes bajas ocultaban los riscos que ahora nos separaban de Leoch—. Supongo que ya nunca lo sabré.

Jamie cogió las riendas de *Donas* y lo condujo bajo un bosque-cilio de pinos, a orillas de un pequeño arroyo. Me cogió por la cintura y me bajó del caballo.

—No sufras por ella —expresó con firmeza mientras me sujetaba—. Es una mujer malvada, una asesina, aunque no sea una bruja. Mató a su marido, ¿no?

—Sí —contesté y me estremecí al recordar los ojos vidriosos de Arthur Duncan.

—Sin embargo, todavía no comprendo por qué lo hizo —dijo y meneó la cabeza, confundido—. Él tenía dinero, una buena posición. Y dudo que le pegara.

Lo miré con exasperado estupor.

—¿Y ésa es tu definición de un buen esposo?

—Bueno..., sí—respondió, ceñudo—. ¿Qué más podía pedir?

—¿Qué más? —Estaba tan azorada que me limité a observarlo un momento. Luego me dejé caer en la hierba y rompí a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? Creí que se trataba de un asesinato. —De todos modos, sonrió y me pasó un brazo por los hombros.

—Sólo pensaba —repliqué todavía riendo— que si tu definición de un buen marido implica un hombre con dinero, posición, y que no le pegue a su mujer..., ¿qué clase de

esposo eres tú?

—Oh —murmuró y sonrió—. Bueno, Sassenach, jamás he dicho que fuera un buen marido. Ni tú tampoco. Creo que me llamaste «sádico», además de algunas otras cosas que no voy a repetir por pudor. Pero jamás has dicho que fuera un buen esposo.

—Bien. Entonces, no me veré obligada a envenenarte con cianuro.

—¿Cianuro? —repitió con curiosidad—. ¿Qué es eso?

—Lo que mató a Arthur Duncan. Un veneno terriblemente rápido y potente. Bastante común en mi época, pero no en ésta. —Me pasé la lengua por los labios mientras pensaba—. Noté el gusto en los labios y esa mínima pizca fue suficiente para que se me entumeciera el rostro. Actúa de forma casi instantánea, como viste. Debí haberme dado cuenta entonces... con respecto a Geilie, quiero decir. Supongo que lo hizo con hueso triturado de durazno o cereza, aunque debió de ser un trabajo infernal.

—¿Y te dijo por qué lo hizo?

Suspiré y me masajeé los pies. Había perdido los zapatos en la lucha junto al lago y, dado que mis pies no estaban tan encallecidos como los de Jamie, se me clavaban astillas y ortigas.

—Eso y mucho más. Si hay algo de comer en tu alforja, tráelo y te contaré todo.

Entramos en el valle de Broch Tuarach al día siguiente. Cuando descendimos de las colinas, divisé un jinete solitario que venía hacia nosotros. Era la primera persona que veía desde nuestra partida de Cranesmuir.

El hombre que se acercaba era robusto y de aspecto próspero; llevaba una pechera blanca debajo de una práctica casaca de sarga gris cuyos largos faldones apenas dejaban entrever los calzones.

Habíamos estado viajando durante casi una semana. Dormíamos al aire libre, nos bañábamos en las frías aguas de los arroyos y comíamos los conejos y los peces que Jamie cazaba y las plantas y moras que yo juntaba. Con nuestros esfuerzos, nuestra dieta era mejor que la del castillo, más fresca y variada, si bien algo impredecible.

Pero aunque la vida al aire libre beneficiaba la nutrición, no ocurría lo mismo con la apariencia. De pronto, tomé conciencia de nuestro aspecto al ver que el caballero vacilaba, fruncía el entrecejo y luego trotaba lentamente hacia nosotros para investigar. Jamie, que había insistido en caminar la mayor parte del camino para cuidar el caballo, presentaba un aspecto deplorable. Tenía las medias manchadas hasta las rodillas con polvo rojizo, la camisa rota por las ramas y barba de una semana en las mejillas y la mandíbula.

Durante los últimos meses, el cabello le había crecido hasta los hombros. Por lo general, lo llevaba recogido, pero ahora estaba suelto, tupido y revuelto, con pequeños trozos de hojas y ramas enredados en los rizos cobrizos. El rostro quemado por el sol había adquirido un tono bronceado y las botas estaban cuarteadas de tanto caminar. Con la espada y la daga en el cinto, parecía un verdadero salvaje escocés.

Mi apariencia no era mucho mejor. Vestida con los restos de la mejor camisa de Jamie y lo que quedaba de mi enagua, descalza y con la capa escocesa a modo de chal, parecía una mendiga. Gracias a la humedad de la bruma y la falta total de un peine o un cepillo, el cabello se alborotaba alrededor de mi cabeza. También había crecido durante mi estancia en el castillo y flotaba en bucles y nudos sobre mis hombros. Se me iba a los ojos cuando el viento soplaba a nuestras espaldas, como ahora.

Aparté los rizos de mis ojos y observé el cauteloso avance del caballero de gris. Jamie, al verlo, detuvo nuestro caballo y esperó a que se acercara para hablarle.

—Es Jock Graham —me dijo—, de Murch Nardagh.

El hombre se detuvo a unos pocos metros y se quedó mirándonos con atención. Sus

abultados ojos se entrecerraron para posarse en Jamie. De repente, se abrieron con sorpresa.

—¿Lallybroch? —preguntó, incrédulo.

Jamie asintió en actitud conciliadora. Con un infundado orgullo posesivo, apoyó la mano en mi muslo y pronunció:

—Y la señora de Lallybroch.

La boca de Jock Graham se abrió de golpe. Luego se cerró para formar una expresión de azorado respeto.

—Oh..., la... señora —repitió y se quitó, algo tarde, el sombrero para saludarme—. Entonces, eh, ¿van... a casa? —preguntó mientras intentaba apartar su fascinada mirada de mi pierna, expuesta hasta la rodilla por una rotura en la enagua y manchada conjugo de saúco.

—Sí. —Jamie miró por encima del hombro hacia la quebrada que me había dicho era la entrada a Broch Tuarach—. ¿Has estado allí últimamente, Jock? —Graham logró quitarme los ojos de encima y se volvió hacia Jamie.

—¿Cómo? Oh, sí, sí, he estado allí. Están todos bien. Se alegrarán de verte. Que te vaya bien, Fraser. —Con un apresurado toque a las costillas del caballo, giró y se encaminó hacia el valle.

Lo observamos alejarse. De improviso, a unos cien metros, se detuvo, se incorporó en los estribos y se llevó una mano a la boca en forma de taza para gritar. El sonido, acarreado por el viento, nos llegó con tenue claridad.

—¡Bienvenidos a casa!

Y desapareció tras una cuesta.

Broch Tuarach significa «la torre que mira hacia el norte». Desde la ladera de la montaña, la torre que daba su nombre a la pequeña propiedad no era más que otro montículo rocoso, muy similar a los que yacían al pie de los cerros que habíamos atravesado en nuestro viaje.

Bajamos por un angosto pasaje entre dos peñascos, guiando al caballo entre las piedras. Luego resultó más fácil avanzar; la tierra descendía suavemente a través de prados y cabañas diseminadas. Por fin, llegamos a un sendero sinuoso que conducía a la casa.

Era más grande de lo que había imaginado. Se trataba de una mansión de tres pisos de piedra blanca, con ventanas enmarcadas en piedra gris natural y un techo de pizarra alto con múltiples chimeneas. La rodeaban varios edificios blanqueados más pequeños, como polluelos alrededor de una gallina. La vieja torre de piedra, situada en una elevación del terreno detrás de la casa, se elevaba unos veinte metros y terminaba en punta, como un sombrero de bruja, con tres hileras de rendijas diminutas.

Al acercarnos, un terrible alboroto surgió de uno de los edificios linderos y *Donas* se espantó y retrocedió. Como buen jinete inexperto, caí enseguida y aterricé en el camino polvoriento. Con una clara conciencia de la importancia relativa de las cosas, Jamie saltó para coger las riendas y me dejó allí tirada.

Los perros ya los tenía casi encima, gruñendo y ladrando, cuando logré ponerme de pie. Ante mis ojos, nublados por el pánico, parecían por lo menos una docena, con dientes enormes y expresiones malvadas. Jamie gritó.

—¡Bran! ¡Luke! Sheas!

Confundidos, los perros se detuvieron en seco a medio metro de distancia. Esperaron entre gruñidos hasta que Jamie volvió a hablar.

—¡*Sheas, mo maise!* ¡Quietos, salvajes!

Obedecieron y el más grande comenzó a mover la cola, vacilante

—Claire, ven a coger el caballo. *Donas* no permitirá que se acerquen. Es a mí a quien quieren. Camina despacio y no te harán daño. —Hablaba en tono sosegado para no alarmar al caballo ni a los perros. Yo no estaba tan tranquila, pero avancé con cuidado hasta él. *Donas* sacudió la cabeza y levantó los ojos cuando cogí las riendas, pero no estaba de humor para tolerar caprichos. Tiré con firmeza y sujeté el cabestro.

Los gruesos labios de terciopelo se elevaron sobre los dientes y pegué otro tirón. Acerqué el rostro al enorme ojo dorado y le clavé la mirada.

—Ni se te ocurra —le advertí—, o terminarás convertido en comida para perros y no moveré un dedo para salvarte.

Mientras tanto, Jamie caminaba despacio hacia los perros, con una mano extendida hacia ellos en forma de puño. En realidad, lo que me había parecido una enorme jauría eran sólo cuatro animales: un pequeño terrier pardo, dos ovejeros y un enorme monstruo negro y pardo.

Esta portentosa bestia estiró un cuello más grueso que mi cintura y olió con suavidad los nudillos extendidos. La cola, del tamaño de la cadena de un barco, se agitaba de un lado a otro con creciente fervor. Luego el animal echó hacia atrás su inmensa cabeza, aulló de alegría y se abalanzó sobre su amo, que cayó redondo al suelo.

—«Ulises regresa de la Guerra de Troya y es reconocido por su leal perro» —comenté a *Donas,* que resopló para dar su opinión de Hornero o del indecoroso despliegue de emoción en el camino.

Jamie reía y acariciaba el pelaje de los perros. Les tiraba de las orejas mientras los canes intentaban lamerle el rostro todos a un tiempo. Por fin, los apartó lo suficiente como para ponerse en pie, pero le costó mantener el equilibrio debido a las exaltadas demostraciones de afecto.

—Bueno, al menos alguien se alegra de verme —manifestó con una sonrisa y palmeó la cabeza de la bestia—. Ése es *Luke* —señaló al terrier— y *Elphin* y *Mars.* Son hermanos, muy buenos ovejeros. Y éste es *Bran* —concluyó mientras acariciaba la enorme cabeza negra, que le dio un agradecido lametón.

—Tendré que confiar en ti —respondí y extendí un nudillo para que lo oliera—. ¿Qué es?

—Un sabueso para cazar ciervos. —Le rascó las orejas enhiestas y recitó—:

Así eligió Fingal a sus perros:
ojos endrinos, orejas como hojas,
pecho de caballo, colmillos afilados
y la cola muy lejos de la cabeza.

—Si ésos son los requerimientos, entonces tienes razón —apunté mientras estudiaba a Bran—. Si tuviera la cola más lejos de la cabeza, podrías montarlo.

—Solía hacerlo cuando era pequeño; no a *Bran,* sino a su abuelo, *Nairn.*

Dio una palmada final al perro y se enderezó con la mirada en la casa. Cogió las riendas de *Donas* y lo condujo colina abajo.

—«Y Ulises regresa a su casa, disfrazado de mendigo...» —citó en griego, ya que había escuchado mi comentario anterior—. Y ahora —agregó y se acomodó el cuello con algo de tristeza—, supongo que ha llegado el momento de lidiar con Penélope y sus pretendientes.

Al llegar al doble portalón, con los perros pegados a nuestros talones, Jamie titubeó.

—¿No deberíamos llamar? —pregunté, un poco nerviosa. Me miró, perplejo.

—Es mi casa —declaró y abrió la puerta.

Me condujo por la casa, sin prestar atención a los pocos sirvientes azorados con quienes nos cruzamos. Pasamos el vestíbulo y atravesamos el pequeño cuarto de armas

para dirigirnos al salón. Tenía una enorme chimenea con repisa y adornos de plata y cristal brillaban aquí y allá captando el sol de la tarde. Por un momento, pensé que la estancia estaba vacía. Luego percibí un ligero movimiento en un rincón cerca de la chimenea.

Era más pequeña de lo que había esperado. Con un hermano como Jamie, pensé que sería por lo menos de mi estatura, incluso más alta, pero la mujer sentada junto al fuego apenas medía un metro sesenta. Estaba de espaldas a nosotros y buscaba algo en un estante del chinero. Los extremos del cinturón de su vestido casi rozaban el suelo.

Jamie se paralizó al verla.

—Jenny —dijo.

La mujer se volvió y alcancé a divisar unas cejas negras como el azabache y enormes ojos azules en un rostro blanco antes de que se arrojara sobre su hermano.

—¡Jamie! —A pesar de su diminuto tamaño, lo sacudió con el impacto de su abrazo. Jamie la rodeó con sus brazos de forma instintiva y se quedaron así un momento; ella con el rostro en el pecho de él y él cubriéndole la nuca con la mano. El semblante de Jamie exhibía una mezcla de incertidumbre y felicidad tales que me sentí casi una intrusa.

Luego Jenny lo ciñó con más fuerza y le murmuró algo en gaélico. El estupor se reflejó en la cara de Jamie. La cogió de los brazos y la apartó. Bajó la vista.

Los rostros eran muy similares. Ambos tenían esos extraños ojos rasgados y azules oscuros, los mismos pómulos salientes, la misma nariz delgada y algo larga. Pero el cabello de Jenny era oscuro y caía en cascadas de rizos negros, sujetos con una cinta verde.

Era hermosa, con facciones bien definidas y piel de alabastro. Además, se encontraba en un avanzado estado de gestación.

Los labios de Jamie estaban blancos.

—Jenny —susurró y meneó la cabeza—. ¡Oh, Jenny! *Mo cridh.*

En ese preciso instante, la aparición de un niño en la puerta atrajo su atención. Se alejó de su hermano sin notar su perplejidad. Tomó la mano del niño y lo condujo hacia Jamie con murmullos de aliento. El pequeño se resistió un poco. Se metió el pulgar en la boca para darse valor y espió a los extraños, escondido detrás de las faldas de su madre.

Porque era obvio que era su madre. Tenía la misma melena rizada y negra y los mismos hombros rectos, aunque el rostro no era el de ella.

—Éste es el pequeño Jamie —anunció Jenny y contempló con orgullo al chiquillo—. Y éste es tu tío Jamie, *mo cridh*, cuyo nombre llevas.

—¿El mío? ¿Le has puesto mi nombre? —Jamie parecía un guerrero a quien acabaran de asestar un terrible golpe en el estómago. Retrocedió para alejarse de la madre y el hijo hasta que tropezó con una silla. Se dejó caer en ella como si sus piernas ya no pudieran sostenerlo y se cubrió la cara con las manos.

Su hermana, para entonces, ya se había dado cuenta de que algo andaba mal. Atinó a tocarle el hombro.

—¿Jamie? ¿Qué te pasa, querido? ¿Te sientes mal?

Levantó la vista hacia ella y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tenías que hacerlo, Jenny? ¿No crees que ya he sufrido bastante por lo que ocurrió..., por lo que dejé que ocurriera? ¿Acaso era necesario que le pusieras mi nombre al bastardo de Randall para recordármelo hasta el día de mi muerte?

El rostro de Jenny, pálido en general, perdió todo vestigio de color.

—¿El bastardo de Randall? —repitió sin comprender—. ¿De John Randall? ¿Del capitán inglés, quieres decir?

—Sí, el capitán inglés. ¿Quién más podría ser, por Dios? Supongo que lo recuerdas. —Jamie ya había recuperado su habitual dominio del sarcasmo.

Jenny escudriñó a su hermano y enarcó una ceja.

—¿Has perdido la razón, muchacho? —preguntó—. ¿O es que has bebido más de la cuenta en el camino?

—Jamás debí regresar —masculló Jamie. Se puso de pie tambaleante y trató de pasar sin tocarla. Sin embargo, ella permaneció firme y lo cogió del brazo.

—Corrígeme, hermano, si me equivoco —dijo despacio—, pero tengo la impresión de que crees que he sido la prostituta del capitán Randall. Me pregunto qué locura se te ha metido en la cabeza para pensar eso.

—¿Locura? —Jamie se volvió hacia ella con una mueca amarga en los labios—. Ojalá lo fuera. Preferiría estar muerto y enterrado antes que ver a mi hermana en semejante situación. —La cogió por los hombros y la sacudió ligeramente mientras exclamaba—: ¿Por qué, Jenny? ¿Por qué? Que te dejaras arruinar para salvarme fue humillación suficiente. Pero esto... —Dejó caer las manos con un gesto de desesperación que abarcó el vientre de su hermana, abultado de manera acusadora debajo del frunce del vestido.

Se volvió con brusquedad hacia la puerta y una anciana que había estado escuchando con avidez y el niño aferrado a sus faldas, se apartó alarmada.

—No debería haber venido. Me iré.

—No lo harás, Jamie Fraser—replicó su hermana—. No te irás hasta que me hayas escuchado. Siéntate, y te hablaré sobre el capitán Randall, ya que quieres saber.

—¡No quiero saber! ¡No quiero escucharte! —Al verla acercarse, Jamie giró y se dirigió a la ventana que daba al patio. Jenny siguió gritando su nombre, pero él la rechazó con un gesto violento.

—¡ No! ¡ No me hables! ¡ Te he dicho que no quiero escucharte!

—¿Conque no? —Jenny observó a su hermano, de pie con las piernas separadas y las manos apoyadas en el marco de la ventana, dándole la espalda con obcecada firmeza. Se mordió el labio y adquirió una expresión calculadora. Rápida como un rayo, se agachó y metió la mano debajo de la falda de Jamie como una serpiente al ataque.

Jamie emitió un grito de furia y se enderezó de golpe, escandalizado. Intentó darse la vuelta, pero se quedó quieto cuando ella, por lo visto, apretó la mano.

—Existen hombres razonables —me dijo Jenny con una sonrisa traviesa— y animales dóciles. Pero hay otros con los que no se puede hacer nada si no los coges por las pelotas. Ahora, o me escuchas de manera civilizada —propuso a su hermano— o te las retuerzo. ¿Qué dices?

Jamie permaneció inmóvil, con el rostro encendido y respirando entrecortadamente a través de los dientes apretados.

—Te escucharé —respondió— y luego te romperé el cuello, Janet. ¡Suéltame!

Tan pronto lo soltó, se volvió hacia ella.

—¿Qué diablos crees que haces? —espetó—. ¿Tratas de avergonzarme delante de mi esposa? —Jenny no se inmutó. Se balanceó sobre los talones mientras nos miraba con expresión burlona.

—Bueno, si es tu mujer, supongo que conoce tus pelotas mejor que yo. No las he visto desde que tuviste edad suficiente para bañarte solo. Han crecido un poco, ¿no?

El rostro de Jamie sufrió una serie de alarmantes transformaciones en tanto las normas del buen comportamiento batallaban con el primitivo impulso de un hermano menor de golpear a su hermana en la cabeza. Al final, los buenos modales se impusieron y masculló con toda la dignidad que pudo reunir:

—Deja mis pelotas en paz. Y ya que no descansarás hasta que te escuche, háblame sobre Randall. Dime por qué desobedeciste mis órdenes y decidiste deshonrarte a ti misma y a tu familia.

Jenny apoyó las manos en las caderas y se irguió en toda su altura, lista para la pelea. Si bien tardaba más que él en perder los estribos, era evidente que tenía su carácter.

—¿Con que desobedecer tus órdenes? Eso es lo que te carcome, ¿verdad, Jamie? Tú sabes lo que nos conviene y todos haremos lo que tú digas o terminaremos arruinados, ¿verdad? —Se contoneó enojada—. Y si ese día hubiera hecho lo que tú dijiste, te hubieran

matado en el patio delantero, a papá lo habrían colgado o encarcelado por matar a Randall y las tierras hubieran pasado a manos de la Corona. Y yo, sin casa ni familia, habría terminado mendigando en los caminos para sobrevivir.

Jamie ya no estaba pálido, sino rojo de ira.

—¡Claro, entonces elegiste venderte a mendigar! ¡Hubiera preferido morir y ver a papá y a las tierras en el infierno conmigo y lo sabes bien!

—¡Sí, ya lo sé! ¡Eres un mentecato, Jamie; siempre lo has sido! —replicó su hermana con exasperación.

—¿¡Y tú lo dices!? ¡Que no te alcanza con arruinar tu buen nombre y el mío sino que tienes que seguir con el escándalo y pavonear tu vergüenza delante de todo el condado!

—No te permito que me hables así, James Fraser, aunque seas mi hermano. ¿Qué quieres decir con eso de «mi vergüenza»? Eres un tonto...

—¿Qué quiero decir? ¿Acaso no lo sabes cuando andas por ahí, inflada como un sapo? —Lo ilustró con un gesto despectivo de su mano.

Jenny dio un paso atrás, levantó la mano y le pegó una bofetada con todas sus fuerzas. El impacto sacudió la cabeza de Jamie y le dejó una marca blanca en la mejilla. Muy despacio, alzó una mano para tocarse la marca, con la mirada fija en su hermana. Los ojos de Jenny echaban chispas y su pecho subía y bajaba con agitación. Las palabras brotaron en un torrente por entre los blancos dientes apretados.

—¿Un sapo? Asqueroso cobarde... que me dejaste aquí, sin saber si estabas en prisión o muerto, sin enviarme siquiera un mensaje. Y luego, un día apareces —nada menos que con una esposa— y te sientas en mi salón para llamarme sapo y ramera y...

—No te llamé ramera, ¡pero debí haberlo hecho! ¿Cómo pudiste...?

A pesar de la diferencia de altura, los hermanos estaban casi nariz con nariz mientras siseaban para evitar que sus voces llenaran la vieja casona. El esfuerzo era infructuoso, a juzgar por las miradas que vislumbré en los rostros curiosos que espiaban con discreción desde la cocina, el vestíbulo y la ventana. El Señor de Broch Tuarach estaba recibiendo una interesante bienvenida, sin duda.

Pensé que sería mejor dejarlos proseguir sin mi presencia y salí al vestíbulo. Saludé a la anciana con la cabeza y continué hacia el patio. Allí había una glorieta con un banco y me senté para contemplar el lugar con interés.

Además de la glorieta, había un pequeño jardín cerrado, floreciente con las últimas rosas del verano. Más allá estaba lo que Jamie llamaba «la pajarera». Lo deduje al ver las variadas palomas que revoloteaban para entrar y salir por los orificios en lo alto del edificio.

Sabía que había un establo y un silo. Debían de estar al otro lado de la casa, junto al granero y el gallinero, la huerta y la capilla en desuso. Había otro pequeño edificio de piedra de este lado cuya función ignoraba. El suave viento otoñal provenía de esa dirección. Respiré hondo y fui recompensada con el fuerte aroma del lúpulo y la levadura. O sea que se trataba de la cervecería, donde se preparaban la cerveza y la sidra para la propiedad.

El camino de entrada proseguía su curso sobre una pequeña colina. Al mirar, divisé un pequeño grupo de hombres en la cima, cuyas siluetas se recortaban en la luz del atardecer. Me pareció que se detenían un momento, como si se despidieran. Así debió de ser, puesto que sólo uno bajó la colina en dirección a la casa. Los demás cruzaron los prados hacia una serie de cabañas lejanas.

Mientras el hombre descendía, noté que cojeaba. Cuando atravesó el portón de entrada, descubrí la razón. Le faltaba la mitad de la pierna derecha y tenía una pata de palo debajo de la rodilla.

A pesar de la cojera, se movía con agilidad. De hecho, a medida que se iba aproximando a la glorieta, advertí que no llegaba a los treinta años de edad. Era alto, casi

tanto como Jamie, pero mucho más estrecho de espaldas, delgado, en realidad, casi esquelético.

Se detuvo en la entrada de la glorieta y se apoyó en la celosía. Me miró con interés. El tupido cabello castaño le caía en la frente y los ojos pardos hundidos poseían un aire de paciente buen humor.

Las voces de Jamie y su hermana se habían elevado desde mi partida. Las ventanas estaban abiertas al clima cálido y la discusión llegaba hasta la glorieta, aunque no con total claridad.

—¡Maldita bruja! —gritó la voz de Jamie en el suave aire del atardecer.

—¡Ni siquiera tienes la decencia de...! —La respuesta de su hermana se perdió en una brisa repentina.

El recién llegado señaló la casa con la cabeza.

—Ah, ha llegado Jamie.

Asentí, sin saber si debía presentarme. No importó, ya que el joven sonrió e inclinó la cabeza hacia mí.

—Soy Ian Murray, el marido de Jenny. Y supongo que tú eres..., eh...

—La inglesa que se casó con Jamie —lo ayudé a concluir—. Me llamo Claire. ¿Entonces ya lo sabíais? —pregunté mientras él reía. Mi mente giraba a toda velocidad. ¿El marido de Jenny?

—Oh, sí. Nos lo contó Joe Orr, quien lo supo por un hojalatero de Ardraigh. No se pueden tener secretos en las tierras altas. Ya deberías saberlo, aun cuando sólo hace un mes que te casaste. Jenny se ha preguntado durante semanas cómo serías.

—¡Prostituta! —bramó Jamie desde dentro. El esposo de Jenny ni se inmutó; siguió mirándome con amistosa curiosidad.

—Eres una joven hermosa —dijo mientras me observaba con franqueza—. ¿Te gusta Jamie?

—Bueno..., sí, sí —respondí, algo desconcertada. Me estaba acostumbrando a la franqueza de los escoceses, pero en ocasiones, todavía me cogía por sorpresa. Frunció los labios y asintió, satisfecho. Se sentó junto a mí en el banco.

—Será mejor que les demos unos minutos más —sugirió y señaló la casa, donde los gritos habían adoptado el gaélico. Por lo visto, no le interesaba averiguar la causa de la batalla—. Los Fraser no escuchan nada cuando pierden los estribos. Una vez que se han cansado de gritar, a veces consigues que entiendan, pero nunca antes.

—Sí, lo he notado —repuse con sequedad y él rió.

—Ya has estado casada el tiempo suficiente para descubrirlo, ¿eh? Nos enteramos de cómo Dougal obligó a Jamie a casarse contigo —agregó. Hizo caso omiso de la pelea y concentró su atención en mí—. Pero Jenny dijo que hacía falta algo más que la presión de Dougal MacKenzie para lograr que Jamie hiciera algo que no deseaba hacer. Ahora que te veo comprendo por qué lo hizo. —Enarcó las cejas como invitándome a dar una explicación más detallada, pero con cortesía, sin apremiarme.

—Supongo que tuvo sus razones —contesté mientras intentaba repartir mi atención entre mi acompañante y los ruidos provenientes de la casa—. No quiero..., es decir, espero... —Ian interpretó con corrección mi titubeo y mi mirada hacia las ventanas del salón.

—Oh, imagino que tienes algo que ver con eso. Pero ella haría lo mismo aunque no estuvieras aquí. Ama profundamente a Jamie, sabes, y se preocupó mucho mientras él estuvo fuera, en especial cuando su padre murió tan de repente. ¿Lo sabías? —Los ojos pardos eran observadores y penetrantes, como si desearan medir el grado de confianza de Jamie en mí.

—Sí, Jamie me lo contó.

—Ah. —Ladeó la cabeza en dirección a la casa—. Además, está embarazada.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Imposible no notarlo, ¿verdad? —respondió Ian con una sonrisa y ambos reímos—. La pone sensible —explicó— y no la culpo. Pero se requiere mucho valor para enfrentarse a una mujer en su noveno mes de embarazo. —Se echó hacia atrás y estiró la pata de palo—. La perdí en Daumier con Fergus nic Leodhas —contó—. Me duele un poco al final del día. —Se masajeó el músculo justo encima del puño de cuero que sujetaba la pata al muñón.

—¿No has probado aplicarle bálsamo de Gilead? —pregunté—. El agua de pimienta o la ruda hervida también pueden aliviarte.

—No he probado el agua de pimienta —contestó, interesado—. Le preguntaré a Jenny si sabe prepararla.

—Oh, me encantaría preparártela —me ofrecí, pues me había caído bien. Volví a mirar hacia la casa—. Si nos quedamos lo suficiente... —añadí con reserva. Hablamos de temas intrascendentes durante un rato, ambos con un oído atento a la lucha que tenía lugar más allá de la ventana, hasta que Ian se inclinó hacia adelante. Acomodó con cuidado su pierna artificial antes de ponerse en pie.

—Creo que debemos entrar ahora. Si alguno de los dos deja de gritar el tiempo suficiente para escuchar al otro, se lastimarán mutuamente.

—Mientras no sean heridas físicas...

Ian rió.

—Oh, no creo que Jamie la golpee. Está acostumbrado a resistir la provocación. En cuanto a Jenny, es posible que le dé una bofetada, pero nada más.

—Ya lo ha hecho.

—Bueno, las armas están bajo llave y los cuchillos en la cocina, excepto los que Jamie lleva encima. Y supongo que no la va a dejar acercarse lo bastante para que le quite la daga. No, no corren peligro. —Se detuvo en la puerta—. Ahora, en cuanto a nosotros... —Me guiñó un ojo con aire solemne—. Ése es otro tema.

Adentro, las criadas se sobresaltaron y se apartaron al ver acercarse a Ian. El ama de llaves, sin embargo, aún merodeaba cerca de la puerta de la sala, sin perder detalle de la escena, con el tocayo de Jamie apoyado en su ancho pecho. Estaba tan absorta que cuando Ian le habló, saltó como si le hubieran clavado un alfiler y se llevó una mano a su palpitante corazón.

Ian asintió con la cabeza, cogió al pequeño en brazos y avanzó hacia el salón. Nos detuvimos en el vano de la puerta para estudiar la situación. Los hermanos habían hecho una pausa para recuperar el aliento, ambos erizados y con miradas feroces como un par de gatos.

El pequeño Jamie, al ver a su madre, forcejeó y pateó para bajarse de los brazos de Ian. Una vez en el suelo, corrió hacia ella como una paloma mensajera.

—¡Mamá! —exclamó—. ¡Upa, Jamie, upa! —Jenny se volvió y alzó al niño. Lo sostuvo como un arma contra su hombro.

—¿Puedes decirle a tu tío cuántos años tienes, hijito? —le pidió con una voz suave que no logró ocultar del todo la ira subyacente. El chico lo percibió; se dio la vuelta y enterró la cara en el cuello de su madre. Ella le palmeó la espalda con la mirada clavada en su hermano.

—Como no va a decírtelo, yo lo haré. Tiene dos años, cumplidos en agosto. Si sabes contar, lo cual me permito dudar, te darás cuenta de que fue concebido seis meses después de la última vez que vi a Randall, que fue en nuestro propio patio delantero mientras azotaba a mi hermano con un sable casi hasta matarlo.

—Conque así fue, ¿eh? —replicó Jamie, colérico—. Pues yo tengo otra versión. Todo el mundo sabe que llevaste a ese hombre a tu cama; no sólo esa vez, sino como amante. Ese hijo es suyo. —Señaló con la cabeza al niño, quien se había vuelto para espiar por debajo de la barbilla de su madre a aquel extraño gigante ruidoso—. Te creo cuando dices que el nuevo bastardo que llevas en tu vientre no lo es. Randall estuvo en Francia hasta marzo. O sea que no sólo eres una prostituta, sino que cualquiera te da igual. ¿Quién es el padre de esta nueva criatura del demonio?

El joven alto tosió a modo de disculpa y rompió la tensión que reinaba en el salón.

—Yo —interpuso con suavidad—. Y del otro también. —Avanzó algo rígido con su pata de palo, tomó el niño de brazos de su furiosa esposa y lo alzó—. Dicen que se me parece.

De hecho, vistos uno junto al otro, los rostros del hombre y del pequeño eran casi idénticos, salvo por las mejillas redondeadas de uno y la nariz torcida del otro. Tenían la misma frente alta y labios finos. Idénticas cejas arqueadas sobre los mismos ojos profundos y pardos. Jamie, al verlos, se quedó como si le hubieran pegado en la espalda con un saco de arena. Cerró la boca y tragó con dificultad. Era obvio que no sabía qué hacer.

—Ian —susurró con voz débil—. ¿Entonces estáis casados?

—Oh, sí —respondió su cuñado con alegría—. No podría ser de otro modo, ¿no?

—Comprendo —murmuró Jamie. Se aclaró la garganta y bajó la cabeza ante su recién descubierto cuñado—. Fue muy... amable por tu parte, Ian. Quiero decir, aceptarla de esa manera. Muy caballeresco.

Sentí que Jamie tal vez necesitara un poco de apoyo moral en ese momento y me acerqué para tocarle el brazo. Los ojos de su hermana se fijaron en mí, pero no dijo nada. Jamie miró a su alrededor y pareció sorprendido de verme allí, como si hubiera olvidado mi existencia. No sería extraño, pensé. Sin embargo, al parecer la interrupción lo alivió y extendió una mano para que me adelantara.

—Mi esposa —declaró de pronto. Asintió en dirección a Ian y Jenny—. Mi hermana y su... —Se interrumpió mientras Ian y yo intercambiábamos sonrisas formales.

Jenny no estaba dispuesta a que el protocolo la distrajera.

—¿Qué quisiste decir con eso de que fue amable al aceptarme? —quiso saber luego de ignorar las presentaciones—. ¡No sé para qué te lo pregunto! —Ian la miró con curiosidad y ella señaló a Jamie con un gesto despectivo de la mano—. ¡Ha querido decir que fue amable por tu parte casarte conmigo en mi deshonrosa condición! —Emitió un gruñido que sólo podría haber provenido de alguien del doble de su tamaño—. ¡Charlatán!

—¿Deshonrosa condición? —Ian estaba perplejo. De repente, Jamie dio un paso adelante y cogió a su hermana del brazo.

—¿Acaso no le contaste lo de Randall? —Parecía de veras impresionado—. Jenny, ¿cómo pudiste hacer algo semejante?

Sólo la mano de Ian en el otro brazo de Jenny evitó que se arrojara al cuello de su hermano. Ian la colocó detrás de él; se volvió y le depositó al pequeño Jamie en los brazos, de modo que ella se vio obligada a sujetar al niño para que no cayera. Luego Ian pasó un brazo por los hombros de Jamie y lo alejó con tacto.

—No es un tema para tratar en el salón —murmuró—, pero te interesará saber que tu hermana era virgen hasta nuestra noche de bodas. Después de todo, tengo autoridad para decirlo.

La ira de Jenny se dividía ahora entre su hermano y su marido.

—¿Cómo te atreves a hablar de eso en mi presencia, Ian Murray? —estalló—. ¡Ni en mi ausencia tampoco! Mi noche de bodas no es asunto de nadie, excepto tuyo y mío... ¡Ya sólo falta que le enseñes las sábanas de nuestro lecho nupcial!

—Bueno, si lo hiciera se callaría, ¿no? —replicó Ian en tono conciliador—. Ya basta, *mi dhu*, no te preocupes más; es malo para el hijo que llevas dentro. Además, el

griterío asusta al pequeño Jamie. —Se estiró para coger a su hijo, quien ya gimoteaba, sin saber aún si la situación requería lágrimas. Ian movió la cabeza en mi dirección y miró a Jamie.

Comprendí la señal y me llevé a Jamie a un sillón en un rincón neutral. Ian había instalado a Jenny en un sofá y le rodeaba los hombros con un brazo para mantenerla en su sitio.

—Bien. Así está mejor. —A pesar de su aspecto recatado, Ian Murray poseía una innegable autoridad. Yo tenía la mano apoyada en el hombro de Jamie y percibía cómo la tensión comenzaba a aflojarse.

Pensé que la habitación se asemejaba a un cuadrilátero de boxeo, con los contrincantes inquietos en sus rincones, a la espera de la campana y controlados por la mano tranquilizadora del entrenador.

Ian asintió a su cuñado con una sonrisa.

—Qué alegría verte, Jamie. Nos complace tenerte en casa, con tu esposa. ¿Verdad, *mi dhu?* —preguntó a Jenny mientras apretaba los dedos en el hombro de su mujer.

Pero ella no era el tipo de persona que se dejara forzar. Juntó los labios en una delgada línea, como si formara un sello. Luego los abrió, reticente, para dejar escapar una sola palabra.

—Depende —sentenció y volvió a cerrar la boca.

Jamie se pasó una mano por el rostro. Luego levantó la cabeza, listo para otro asalto.

—Te vi entrar en la casa con Randall —insistió, obcecado—. Y por las cosas que me dijo más tarde... ¿Cómo sabe, entonces, que tienes un lunar en el pecho?

Jenny profirió otro violento gruñido.

—¿Acaso no recuerdas todo lo que ocurrió ese día o los azotes del capitán lo borraron de tu memoria?

—¡Por supuesto que lo recuerdo! ¡Jamás podré olvidarlo!

—Entonces tal vez recuerdes que en un momento, le pegué un buen rodillazo en la entrepierna.

Jamie hundió los hombros, precavido.

—Sí, lo recuerdo.

Jenny sonrió con aire superior.

—Bueno, si tu esposa... Al menos podrías decirme su nombre, Jamie; juro que no tienes educación alguna. De todos modos, si tu esposa te diera un golpe semejante..., y debo añadir que te lo mereces y mucho... ¿crees que podrías cumplir con tus deberes maritales unos minutos más tarde?

Jamie, que había abierto la boca para hablar, la cerró. Observó a su hermana un buen rato. Luego hizo una mueca con la boca.

—Depende —contestó. Volvió a hacer la misma mueca. Había estado sentado con el cuerpo rígido. Ahora se reclinó y contempló a Jenny con la expresión escéptica del hermano pequeño que escucha los cuentos de hadas de su hermana y se siente demasiado mayor para asombrarse, pero cree a medias en contra de su voluntad—. ¿De veras?

Jenny se volvió hacia Ian.

—Ve a buscar las sábanas, Ian —ordenó.

Jamie alzó ambas manos en señal de rendición.

—No. No, te creo. Es que... por cómo actuó después...

Jenny se acomodó en el sillón, apoyada en el brazo de Ian y con su hijo acurrucado contra su enorme vientre, generosa en la victoria.

—Bueno, después de todo lo que había dicho fuera, no podía admitir frente a sus hombres que no había podido hacerlo, ¿verdad? Tenía que aparentar que había cumplido su promesa. Y —confesó— debo decir que fue muy desagradable; me golpeó y me rompió el

vestido. De hecho, me dejó casi inconsciente en el intento. Para cuando me recuperé y volví a taparme decentemente, los ingleses se habían marchado y te habían llevado con ellos.

Jamie suspiró y cerró los ojos. Tenía las grandes manos apoyadas en las rodillas. Le cubrí una de ellas con la mía y la oprimí con ternura. Tomó mi mano y abrió los ojos. Me dirigió una tenue sonrisa de reconocimiento antes de volverse hacia su hermana otra vez.

—Está bien —concedió—. Pero dime, Jenny, cuando entraste con él, ¿sabías que no te haría daño?

Ella guardó silencio un momento sin quitar los ojos del rostro de su hermano. Por fin, meneó la cabeza con una leve sonrisa en los labios.

Extendió una mano para detener la protesta de Jamie y las cejas como alas de gaviota se enarcaron con elegancia.

—Si tú eres capaz de dar tu vida por mi honor, ¿por qué no puedo yo dar mi honor por tu vida? —Las cejas se unieron en un ceño idéntico al que ahora exhibía su hermano—. ¿O acaso estás diciendo que no puedo quererte tanto como tú a mí? ¡Porque si es así, Jamie Fraser, desde ahora te digo que no es verdad!

Jamie había abierto la boca para contestar antes de que ella terminara, pero la conclusión lo dejó sin palabras. Cerró la boca y Jenny aprovechó su ventaja.

—Porque te quiero, a pesar de que eres un cabezota, tonto y necio. ¡Y no permitiré que te maten a mis pies sólo porque eres demasiado terco para callarte una vez en tu vida!

Los ojos azules se clavaron en los otros ojos azules y volaron chispas en todas direcciones. Jamie se tragó los insultos con dificultad mientras buscaba una respuesta racional. Parecía estar a punto de tomar una decisión. Por fin, cuadró los hombros, resignado.

—Está bien, lo siento —musitó—. Estaba equivocado y te pido disculpas.

Los hermanos quedaron mirándose mucho rato, pero Jenny no le concedió el perdón. Lo miró con atención y se mordió el labio, pero no habló. Finalmente, Jamie perdió la paciencia.

—¡Te he dicho que lo siento! ¿Qué más quieres que haga? —espetó—. ¿Acaso deseas que me ponga de rodillas? ¡Lo haré si es necesario, pero dímelo!

Jenny movió la cabeza despacio, con el labio todavía entre los dientes.

—No —respondió al fin—, no dejaré que te arrodilles en tu propia casa. Ponte de pie.

Jamie se levantó y su hermana depositó a su hijo en el sillón para cruzar el salón y detenerse frente a él.

—Quítate la camisa —ordenó.

—¡No!

Jenny le sacó los faldones de la camisa y sus dedos buscaron los botones. Si no oponía resistencia física, Jamie tendría que obedecer o someterse a ser desvestido. Con toda la dignidad que pudo reunir, se apartó, apretó los dientes y se quitó la prenda en cuestión.

Jenny se colocó detrás de él y le examinó la espalda. Su expresión impasible era igual a la que yo había visto en el rostro de Jamie cuando intentaba ocultar alguna emoción fuerte. Asintió con la cabeza, como si confirmara una antigua sospecha.

—Bueno, si fuiste un tonto, Jamie, ya has pagado por ello. —Apoyó la mano con suavidad en la espalda de su hermano para cubrir las peores cicatrices—. Debió de dolerte mucho.

—Sí.

—¿Lloraste?

Jamie apretó los puños.

-¡Sí!

Jenny giró para ponerse frente a él, con la cabeza erguida y los ojos rasgados grandes y brillantes.

—Yo también —confesó con voz queda—. Todos los días desde que te llevaron.

Los rostros de pómulos altos volvieron a convertirse en espejos recíprocos, pero la expresión que los embargaba era tal que me levanté y me dirigí a la puerta de la cocina para dejarlos solos. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, logré ver cómo Jamie tomaba las manos de su hermana y le susurraba algo en gaélico. Jenny se acercó a él y las cabezas se juntaron en un abrazo.

27

El último motivo

Comimos como lobos hambrientos, nos retiramos a una habitación amplia y ventilada y dormimos como troncos. El sol habría estado alto cuando despertamos si el cielo no hubiera estado cubierto de nubes. Supe que era tarde por el bullicio de las personas haciendo sus quehaceres en la casa y por los tentadores aromas que subían por la escalera.

Después del desayuno, los hombres se prepararon para salir. Visitarían a los arrendatarios, inspeccionarían cercas, arreglarían carros y, por lo general, lo pasarían bien. Mientras se ponían los abrigos en el vestíbulo, Ian reparó en el cesto de Jenny sobre la mesa debajo del espejo.

—¿Quieres que te traiga manzanas del huerto, Jenny? Te evitarías la caminata.

—Buena idea —interpuso Jamie con la mirada en el vientre de su hermana—. No queremos que se te caigan en el camino.

—Te dejaré caer a ti donde estás, Jamie Fraser —replicó ella y sostuvo la casaca para que Ian se la pusiera—. Sé útil por una vez y llévate a este pequeño demonio fuera. La señora Crook está en el lavadero; puedes dejarlo allí. —Movió un pie para apartar al pequeño Jamie que se colgaba de su falda mientras repetía «upa, upa» con monotonía.

El tío obedeció y cogió al pequeño demonio por la cintura. Lo sacó fuera, cabeza abajo y chillando con deleite.

—Ah —suspiró Jenny contenta. Se agachó para comprobar su aspecto en el espejo de marco dorado. Se humedeció un dedo y se alisó las cejas, luego terminó de abrocharse los botones—. Es agradable poder vestirse sin tener a alguien colgado de la falda o aferrado a tu rodilla. Algunos días no puedo ir al baño sola ni decir una oración sin ser interrumpida.

Tenía las mejillas sonrojadas y el cabello oscuro brillaba sobre la seda azul de su vestido. Ian le sonrió y sus ojos castaños admiraron la imagen floreciente de su esposa.

—Bueno, tendrás tiempo para conversar con Claire —sugirió. Enarcó una ceja en mi dirección—. Supongo que es lo bastante bien educada para escuchar, pero por el amor de Dios, no le recites ninguno de tus poemas o estará camino de Londres antes de que Jamie y yo regresemos.

Jenny le chasqueó los dedos debajo de la nariz, indiferente a la burla.

—No me preocupa. La próxima diligencia no saldrá hasta abril. Imagino que para entonces, ya estará acostumbrada a nosotros. Vete de una vez; Jamie te está esperando.

Mientras los hombres realizaban su tarea, Jenny y yo pasamos el día en el salón. Ella cosía y yo enrollaba los pedazos sueltos de hilo y ordenaba las bobinas de colores.

Aunque amigables en apariencia, manteníamos una conversación cauta y nos observábamos por el rabillo del ojo. La hermana de Jamie, la esposa de Jamie. Jamie era el punto central, subyacente, alrededor del cual giraban nuestros pensamientos.

La infancia compartida los unía para siempre, como la trama y urdimbre de una sola tela. Pero los diseños del tejido se habían aflojado por la ausencia y el recelo, después por el matrimonio. El hilo de Ian había estado presente en el tejido desde el principio, el

mío era nuevo. ¿Cómo tirarían las tensiones en este nuevo diseño, un hilo contra otro?

La conversación era desenfadada, pero debajo de ella, se oían con claridad las palabras no pronunciadas.

—¿Has llevado tú sola la casa desde que murió tu madre?

—Ah, sí. Desde que tenía diez años.

«Tuve su amor de niño y lo vi crecer. ¿Qué harás con el hombre que ayudé a formar?»

—Jamie dice que eres muy buena para curar.

—Le curé el hombro cuando nos conocimos.

«Sí, soy capaz y buena. Sabré cuidarlo.»

—Oí decir que os casasteis muy deprisa.

«¿Te casaste con mi hermano por sus tierras y su dinero?»

—Sí, bastante. Tanto que no supe el verdadero apellido de Jamie hasta poco antes de que comenzara la ceremonia.

«No sabía que era dueño de este sitio. Me casé con él por lo que es.»

Y así prosiguió durante toda la mañana, el almuerzo ligero y las primeras horas de la tarde. Intercambiamos comentarios, informaciones menores, opiniones, chistes cortos y vacilantes, sin dejar de evaluarnos mutuamente. Una mujer que se había ocupado de esta casa desde los diez años y se había hecho cargo de las tierras al morir su padre y desaparecer su hermano, no era una persona para subestimar. Me preguntaba qué pensaría ella de mí. Pero al parecer, era tan hábil como su hermano para ocultar sus pensamientos.

Cuando el reloj comenzó a dar las cinco, Jenny bostezó y se desperezó. El vestido que había estado cosiendo resbaló de su vientre redondo y cayó al suelo.

Se agachó con torpeza para recogerlo, pero me arrodillé a su lado.

—Deja. Yo lo levantaré.

—Gracias... Claire. —El uso de mi nombre de pila fue acompañado de una sonrisa tímida, y se la devolví.

Antes de que pudiéramos retomar la conversación, la llegada de la señora Crook nos interrumpió. El ama de llaves asomó una larga nariz en la sala y preguntó con ansiedad si habíamos visto al niño Jamie.

Jenny hizo a un lado su costura con un suspiro.

—Se escapó de nuevo, ¿verdad? No se preocupe, Lizzie. Seguramente estará con su padre o su tío. Iremos a ver. ¿Vienes, Claire? Me hará bien un poco de aire antes de cenar.

Se incorporó con dificultad y apretó las manos contra los lumbares. Emitió un gruñido y me dirigió una sonrisa torcida.

—Me faltan tres semanas. No aguanto más.

Caminamos lentamente por el parque. Jenny me señaló la cervecería y la capilla y me contó la historia de la propiedad y cuándo se habían construido las distintas partes.

Al aproximarnos a la esquina del palomar, oímos voces en la glorieta.

—¡Ahí está, el muy pillo! —exclamó Jenny—. ¡Espera a que le ponga la mano encima!

—Aguarda un minuto. —Apoyé una mano en su brazo al reconocer la voz más profunda por debajo de la del niño.

—No te preocupes —dijo la voz de Jamie—. Ya aprenderás. Sé que es un poco difícil cuando tu pene no llega más allá del ombligo, ¿no?

Asomé la cabeza por la esquina y lo encontré sentado en un tajón, enfrascado en conversación con su tocayo, que forcejeaba virilmente con los pliegues de su guardapolvo.

—¿Qué estás haciendo con el niño? —inquirí con precaución.

—Estoy enseñando al pequeño James el delicado arte de no mearse en los pies —explicó—. Es lo menos que el tío puede hacer por él.

Enarqué una ceja.

—Es muy fácil hablar. Lo menos que el tío podría hacer por él es hacerle una demostración.

Sonrió.

—Bueno, hemos tenido algunas demostraciones prácticas. Aunque la última vez hubo un pequeño accidente. —Intercambió una mirada acusatoria con su sobrino—. No me mires a mí —dijo al niño—. Fue culpa tuya. Te dije que te quedaras quieto.

—Ejem... —dijo Jenny en tono cortante y miradas idénticas a su hijo y a su hermano. El pequeño Jamie reaccionó levantándose la parte delantera del guardapolvo sobre la cabeza. Pero su homónimo adulto, sonrió con alegría y desenfado y se puso de pie mientras se quitaba el polvo de los calzones. Apoyó una mano en la cabeza de su sobrino y lo volvió hacia la casa. —«Para todo hay un motivo —citó—, y un tiempo para cada cosa bajo el cielo.» Primero trabajamos, pequeño James, y luego nos lavamos. Y después... gracias a Dios... es hora de cenar.

• • •

Una vez que se hubo dedicado a los asuntos de negocios más urgentes, Jamie me enseñó la casa. Construida en 1702, era de hecho moderna para la época, con algunas innovaciones como calefacción con estufas de porcelana y un gran horno de ladrillo empotrado en la pared de la cocina, de modo que ya no se horneaba el pan en las cenizas del hogar. El vestíbulo de la planta baja, el pozo de la escalera y el salón estaban adornados con pinturas. Aquí y allá había un paisaje pastoral o un boceto animal, pero en su mayoría, eran cuadros familiares y de amistades.

Me detuve frente a una imagen de Jenny cuando era niña. Estaba sentada en la pared del jardín, con una parra de hojas rojas a su espalda. Alineados frente a ella a lo largo de lo alto de la pared había una fila de pájaros; gorriones, un tordo, una alondra, y hasta un faisán, todos empujándose y acercándose para conseguir un lugar frente a la niña sonriente. No se asemejaba en nada a esos retratos formales y afectados en los que un antepasado u otro miraba con ira desde el interior del marco como si el cuello de la camisa lo estuviera asfixiando.

—Mi madre lo pintó —comentó Jamie al notar mi interés—. Casi todos los que están al fondo de la escalera son suyos, pero aquí sólo hay dos. Éste era el que más le gustaba. —Un dedo largo tocó la superficie del lienzo con suavidad y delineó el contorno de la parra de hojas rojas—. Ésos eran los pájaros de Jenny. Siempre que alguien encontraba un pájaro con una pata lastimada o un ala rota se lo traía a Jenny y en pocos días estaba curado y comiendo de su mano. Éste me recuerda a Ian. —El dedo golpeó sobre el faisán. Con las alas abiertas para mantener el equilibrio, el ave contemplaba a su dueña con ojos oscuros e idolatrantes.

—Eres malísimo, Jamie —lo regañé, riendo—. ¿Hay algún retrato tuyo?

—Oh, sí. —Me guió a la pared opuesta, cerca de la ventana.

Dos niños pelirrojos y vestidos con atuendos escoceses miraban solemnes desde dentro del marco, sentados con un enorme sabueso. Debían de ser *Nairn*, el abuelo de *Bran*, Jamie y su hermano mayor Willie, muerto de viruela a los once años. Jamie no podía tener más de dos años cuando se pintó el cuadro, pensé. Estaba de pie entre las rodillas de su hermano mayor, con una mano apoyada en la cabeza del perro.

Jamie me había hablado sobre Willie durante el viaje desde Leoch, una noche junto al fuego, al pie de un valle solitario. Recordaba la serpiente tallada en madera de cerezo que había sacado de su morral.

—Willie me la regaló cuando cumplí cinco años —había dicho mientras acariciaba

con un dedo las curvas sinuosas. Era una serpiente graciosa. El cuerpo se retorcía con gracia y tenía la cabeza vuelta hacia atrás para espiar por encima de lo que habría sido el hombro.

Jamie me entregó el pequeño objeto de madera y lo volví con curiosidad.

__¿Qué es esto garabateado en la parte de abajo? S-a-w-n-y. ,Sawny?

—Soy yo —contestó y agachó la cabeza con timidez—. Es como un apodo cariñoso, un juego de palabras con mi segundo nombre, Alexander. Willie solía llamarme así.

Los rostros en el cuadro eran muy parecidos. Todos los niños Fraser poseían esa mirada directa que desafiaba a cualquiera a que los considerara menos de lo que ellos se valoraban. En este retrato, sin embargo, las mejillas de Jamie eran redondeadas y su nariz aún respingona. Su hermano, en cambio, tenía huesos fuertes que dejaban entrever la promesa del hombre en su interior, una promesa truncada.

—¿Estabais muy unidos? —aventuré y le toqué un hombro. Jamie asintió y desvió la vista hacia las llamas de la chimenea.

—Oh, sí —respondió con un sonrisa débil—. Me llevaba cinco años y para mí, él era Dios, o por lo menos Jesucristo. Lo seguía a todas partes, es decir, siempre que me lo permitía.

Se apartó y caminó hacia los estantes con libros. Supuse que querría un momento a solas, de modo que permanecí quieta y miré por la ventana.

Desde este lado de la casa, divisaba vagamente a través de la lluvia el perfil de una colina lejana. Era rocosa y con la cima cubierta de hierba. Me recordó la colina encantada donde yo había atravesado una roca y emergido de la cueva de un conejo. Apenas seis meses atrás. Pero parecía mucho más.

Jamie estaba ahora junto a mí en la ventana. Clavó la vista con expresión ausente en la lluvia torrencial.

—Hubo otro motivo. El principal.

—¿Motivo? —repetí con desconcierto.

—Por el que me casé contigo.

—¿Cuál? —No sé qué esperaba, tal vez otra revelación sobre sus intrincados problemas familiares. En cierta forma, lo que finalmente dijo me sorprendió bastante.

—Porque te deseaba. —Desvió los ojos de la ventana y se volvió hacia mí—. Más de lo que jamás he deseado nada en mi vida —añadió en voz baja.

Me quedé mirándolo con estupor. Había esperado cualquier cosa menos eso. Al ver mi expresión boquiabierta, continuó.

—Cuando pregunté a mi padre cómo sabría cuál era la mujer correcta, me respondió que llegado el momento, no tendría ninguna duda. Y así fue. Cuando desperté en la oscuridad bajo aquel árbol en el camino a Leoch, contigo sentada en mi pecho y maldiciéndome por dejarme sangrar hasta morir, me dije: «Jamie Fraser, a pesar de su aspecto y de lo que pesa, ésta es la mujer.»

Avancé hacia él y retrocedió, sin dejar de hablar con rapidez.

—Me dije: «Te ha curado dos veces en dos horas, muchacho. Considerando cómo es la vida entre los MacKenzie, sería bueno estar casado con una mujer que sepa curar una herida y arreglar huesos rotos.» Y me dije: «Jamie, muchacho, si te gusta tanto cuando te toca la clavícula, imagínate lo que sentirías si lo hiciera más abajo...»

Esquivó una silla.

—Por supuesto, pensé que podría ser el efecto lógico de pasar cuatro meses en un monasterio sin el beneficio de compañía femenina. Pero después de esa cabalgata juntos en la oscuridad... —Se interrumpió para suspirar con dramatismo y esquivó mi mano que intentaba cogerle por la manga—. Con ese hermoso trasero ancho entre mis muslos... —Evitó un golpe dirigido a su oreja izquierda y se apartó a un lado. Una mesa baja se

interponía ahora entre ambos—. Y esa cabeza de roca sólida golpeando contra mi pecho... —Un pequeño adorno de metal rebotó en su propia cabeza y cayó al suelo con un ruido metálico—. Me dije...

Ahora reía tanto que tenía que detenerse para tomar aliento entre una frase y otra.

—Jamie, me dije, de acuerdo, es una inglesa malvada... con una lengua como la de una víbora... Pero con un trasero como ése..., ¿qué importa que tenga ca-cara de ton-ton-tonta?

Lo hice tropezar con facilidad y aterricé sobre su estómago con ambas rodillas cuando golpeó el suelo con un estrépito que sacudió la casa.

—¿Intentas decirme que te casaste conmigo por amor? —inquirí. Enarcó las cejas y pugnó por tomar aire.

—¿No es... lo que acabo... de decirte?

Me pasó un brazo alrededor de los hombros y metió la otra mano debajo de mi falda para proceder a infligirme una serie de pellizcos despiadados en la recién elogiada parte de mi anatomía.

En ese preciso momento, Jenny entró para buscar su cesta de bordado. Observó a su hermano con aire divertido.

—¿Y qué tratas de hacer, jovencito? —preguntó con una ceja enarcada.

—Estoy haciendo el amor a mi esposa —jadeó él. La risa y el forcejeo le quitaban el aliento.

—Bueno, podrías buscar un lugar más adecuado —sugirió Jenny y enarcó la otra ceja—. Te clavarás astillas en el trasero.

Lallybroch era un sitio pacífico pero ajetreado. Todos sus habitantes parecían ponerse en movimiento al despuntar el alba y la granja giraba y zumbaba como el mecanismo de un reloj hasta el anochecer. Entonces, uno por uno, los dientes y las ruedas que lo hacían funcionar comenzaban a desertar y se perdían en la oscuridad en busca de una cena y una cama. Y por la mañana, como por arte de magia, reaparecían en sus correspondientes lugares.

Cada hombre, mujer y niño parecían tan esenciales para el funcionamiento del lugar que me costaba imaginar cómo se las habían arreglado estos últimos años sin su dueño. Ahora, no sólo las manos de Jamie sino las mías, fueron puestas a trabajar. Por primera vez, comprendí la crítica actitud escocesa para con la holgazanería, algo que antes —o después, como fuera— había considerado una extravagancia. La holgazanería constituía no sólo un síntoma de decadencia moral sino una afrenta al orden natural de las cosas.

Había momentos, desde luego; esos breves lapsos de tiempo, desvanecidos casi al instante, en que todo parece estar inmóvil y la existencia alcanza un equilibrio perfecto. Como el momento de cambio entre la oscuridad y la luz, cuando ambas y ninguna nos envuelve.

Estaba disfrutando de uno de esos momentos al atardecer del segundo o tercer día de nuestra llegada a la propiedad. Sentada en la cerca que había detrás de la casa, contemplaba los campos tostados que se extendían hasta el borde del risco, más allá de la torre y la maraña de árboles en el lado lejano del paso, casi negros bajo el resplandor nacarado del cielo. Objetos cercanos y distantes parecían estar a la misma distancia en tanto sus sombras largas se confundían en la penumbra.

El aire estaba frío y anunciaba una helada. Pensé que debería entrar pronto, pero me resistía a abandonar la belleza quieta del lugar. No me di cuenta de que Jamie se acercaba hasta que deslizó los pliegues pesados de una capa alrededor de mis hombros. Tomé conciencia del frío que hacía cuando experimenté el calor de la lana gruesa.

Los brazos de Jamie me envolvieron con la capa y me recosté contra él, temblando un poquito.

—Te vi temblar desde la casa —manifestó y me cogió las manos—. Te resfriarás si no tienes cuidado.

—¿Y tú? —Me volví para mirarlo. A pesar del aire cortante, parecía muy cómodo en camisa y falda. La nariz apenas enrojecida era lo único que delataba que no se trataba de una noche fresca de primavera.

—Ah, bueno, estoy acostumbrado. Los escoceses no tenemos la sangre tan débil como los ingleses. —Me levantó la cabeza y besó mi nariz, sonriendo. Lo cogí de las orejas y ajusté su puntería hacia abajo.

El beso duró lo suficiente para que nuestras temperaturas estuvieran a la par cuando me soltó. La sangre caliente cantaba en mis oídos cuando me recliné, manteniendo el equilibrio en la baranda de la cerca. La brisa soplaba a mis espaldas y me arrojaba los mechones a la cara. Jamie los apartó y deshizo los bucles con los dedos de manera que el sol poniente brilló a través de ellos.

—Parece como si tuvieras un halo, con la luz a tus espaldas —murmuró—. Un ángel con corona de oro.

—Tú también —respondí con suavidad y pasé un dedo por la barbilla donde la luz ámbar chispeaba desde la barba incipiente—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Sabía a qué me refería. Enarcó una ceja y sonrió, con la mitad del rostro iluminada por el sol y la otra en sombras.

—Bueno, sabía que no querías casarte conmigo. No deseaba agobiarte ni quedar como un tonto confesándotelo en ese momento. Era evidente que te acostarías conmigo sólo para no quebrar votos que preferirías no haber hecho. —Sonrió otra vez y los dientes blancos resaltaron en la sombra, interceptando mi protesta—. Al menos la primera vez. Tengo mi orgullo, mujer.

Me estiré y lo atraje hacia mí, bien cerca. Quedó entre mis piernas mientras yo seguía sentada en la cerca. Percibí el frío en su piel y le rodeé las caderas con las piernas. Luego lo cubrí con la capa. Debajo de la tela protectora, me rodeó con sus brazos y me apretó la mejilla contra su camisa.

—Mi amor —murmuró—. Ah, mi amor. Te deseo tanto.

—No es lo mismo, ¿verdad? —respondí—. Amar y desear.

Rió con voz un poco ronca.

—Es muy parecido, Sassenach, al menos para mí. —Podía sentir la fuerza de su deseo, rígido y urgente. Retrocedió de pronto y me alzó de la cerca.

—¿Adonde vamos? —Nos alejábamos de la casa, hacia los cobertizos a la sombra de la arboleda de olmos.

—A buscar un pajar.

28

Besos y calzoncillos

Poco a poco, me hice mi propio lugar en la finca. Como Jenny ya no podía realizar la larga caminata hasta las cabañas de los colonos, empecé a visitarlos yo, acompañada en ocasiones por un mozo de cuadra, por Jamie o por Ian. Llevaba comida y medicinas conmigo, atendía a los enfermos lo mejor posible y hacía sugerencias para la mejoría de la salud y la higiene, las cuales eran recibidas con diversos grados de afabilidad.

En Lallybroch, fisgoneaba por la casa y los alrededores y ofrecía mi ayuda en todos lados, particularmente en los jardines. Además del pequeño jardín ornamental, la casa poseía un jardín de hierbas y un huerto inmenso que la proveía de nabos, coles y calabacines.

Jamie estaba en todas partes; en el estudio con los libros de contabilidad, en los campos con los colonos, en el establo con Ian, compensando el tiempo perdido. Había en eso algo más que interés u obligación, pensaba yo. Pronto tendríamos que marcharnos. Jamie quería dejar las cosas encaminadas para que siguieran funcionando de ese modo cuando él no estuviera, hasta que regresara —hasta que regresáramos— para siempre.

Yo sabía que debíamos irnos. Sin embargo, en este lugar apacible, rodeada de la alegre compañía de Jenny, Ian y el pequeño James, sentía que al fin había encontrado un hogar.

Una mañana después del desayuno, Jamie se levantó de la mesa y anunció que iría hasta el extremo del valle para ver un caballo que vendía Martin Mack.

Jenny se volvió junto al aparador con el entrecejo fruncido.

—¿Crees que es seguro, Jamie? Ha habido patrullas inglesas en todo el distrito durante el último mes.

Jamie se encogió de hombros y cogió su casaca de la silla donde la había dejado.

—Tendré cuidado.

—Oh, Jamie —exclamó Ian y entró con los brazos cargados de leña para la chimenea—. Tenía que preguntarte... ¿puedes ir al molino? Jock vino ayer para avisar que la rueda no funcionaba. Le eché un vistazo pero ninguno de los dos logramos remediar el problema. Creo que hay un poco de basura atascada en el mecanismo, pero está demasiado metido en el agua.

Golpeó el suelo con su pierna de madera y me sonrió.

—Gracias a Dios, todavía puedo caminar. Y también cabalgar, pero no nadar. Sacudo los brazos y doy vueltas como una larva de hormiga.

Jamie volvió a poner la casaca donde estaba y sonrió por la descripción de su cuñado.

—No debe de ser tan malo, Ian, si te evita pasar la mañana dentro de la alberca helada de un molino. Está bien, iré. —Se volvió hacia mí. —¿Quieres acompañarme, Sassenach? Es una hermosa mañana y puedes traer tu cesto. —Miró con gesto irónico el enorme cesto de mimbre que yo usaba para mis cosas—. Subiré a cambiarme la camisa. Enseguida vuelvo. —Se encaminó hacia las escaleras y saltó los escalones atléticamente, de tres en tres.

Ian y yo intercambiamos sonrisas. Si lamentaba no poder hacer más ese tipo de cosas, lo ocultaba detrás del placer de contemplar la exuberancia de Jamie.

—Es bueno volver a tenerlo aquí —dijo.

—Ojalá pudiéramos quedarnos —dije con pesar.

Los ojos castaños se llenaron de alarma.

—No os iréis pronto, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—No, no muy pronto. Pero tendremos que hacerlo antes de que comience a nevar. —Jamie había decidido que lo mejor era ir a Beauly, asiento del clan Fraser. Quizá su abuelo, Lord Lovat, lo ayudara; o al menos, tal vez pudiera arreglarnos un viaje a Francia.

Ian asintió, aliviado.

—Ah, sí. Pero todavía faltan un par de semanas.

Era un hermoso día de otoño. El aire olía a sidra y el cielo estaba tan azul que podía sumergirse en él. Caminábamos despacio para que yo pudiera detectar englantinas de florecimiento tardío y cabezas de cardencha mientras conversábamos alegremente.

—El día de pago es la semana que viene —comentó Jamie—. ¿Tendrás listo tu vestido nuevo?

—Espero que sí. ¿Por qué, es una ocasión especial?

Me sonrió y cogió el cesto en tanto yo me inclinaba para arrancar un tallo de tanaceto.

—Ah, en cierta forma. Nada que ver con los festejos de Colum, eso seguro, pero todos los arrendatarios de Lallybroch vendrán a pagar sus rentas... y a presentar sus respetos a la nueva señora de Lallybroch.

—Supongo que les sorprenderá que te hayas casado con una inglesa.

—Un par de padres se decepcionarán. Cortejé a una o dos muchachas de por aquí antes de que me arrestaran y me llevaran al Fuerte William.

—¿Lamentas no haber desposado a una chica local? —inquirí con coquetería.

—Si piensas que voy a decir «sí» contigo sosteniendo un cuchillo de podar —respondió—, subestimas mi sentido común.

Dejé caer el cuchillo de podar que había traído para cavar. Estiré los brazos y esperé. Cuando por fin me soltó, me agaché para recoger el cuchillo y aventuré en tono burlón:

—Siempre me he preguntado por qué permaneciste virgen tanto tiempo. ¿Acaso las jóvenes de Lallybroch son feas?

—No —contestó y contempló de soslayo el sol matinal—. Mi padre fue el gran responsable. A veces, solíamos pasear por los campos al atardecer, los dos solos, y conversar sobre distintas cosas. Y cuando fui lo bastante mayor para que eso fuera una posibilidad, me dijo que un hombre debía ser responsable de toda semilla que sembrara, puesto que era su deber cuidar de una mujer y protegerla. Y que si no estaba preparado para eso, entonces no tenía derecho a cargar a una mujer con las consecuencias de mis propias acciones.

Miró detrás de nosotros, hacia la casa. Y hacia el pequeño cementerio familiar, cerca de la base de la torre, donde estaban enterrados sus padres.

—Decía que lo más hermoso en la vida de un hombre es hacer el amor con la mujer que ama —susurró. Me sonrió, sus ojos tan azules como el cielo sobre nuestras cabezas—. Tenía razón.

Toqué su rostro y mi mano se deslizó desde la mejilla hasta la mandíbula.

—Pero era demasiado duro para ti, si él esperaba que aguardaras tanto para casarte.

Jamie sonrió otra vez y la brisa otoñal agitó su falda alrededor de las rodillas.

—Bueno, la Iglesia enseña que la masturbación es un pecado. Pero mi padre afirmaba que ante esa opción o la de abusar de una pobre mujer, un hombre decente debía escoger sacrificarse.

Cuando dejé de reír, sacudí la cabeza y manifesté:

—No. No preguntaré. Permaneciste virgen.

—Estrictamente por gracia de Dios y de mi padre, Sassenach. Después de cumplir catorce años, no pensaba más que en las muchachas. Pero ése fue el año en que me enviaron a Beannachd, bajo la tutela de Dougal.

—¿Y allí no había chicas? —pregunté—. Creí que Dougal tenía hijas.

—Así es. Cuatro. Las dos más pequeñas no son nada especial, pero la mayor era muy bonita. Me llevaba uno o dos años, Molly. Pero no le halagaba mucho mi atención. Solía observarla embobado desde el otro lado de la mesa durante la cena. Y entonces ella se volvía hacia mí con desprecio y me preguntaba si tenía catarro. Porque de ser así, debía irme a la cama, y si no, me agradecería que cerrara la boca porque no le gustaba verme las amígdalas mientras comía.

—Empiezo a comprender por qué te conservaste virgen —apunté y me recogí la falda para subir el peldaño y atravesar la cerca—. Pero imagino que no todas eran así.

—No —replicó con aire pensativo y me dio la mano para ayudarme—. No, no lo eran. La hermana menor de Molly, Tabitha, era más simpática.

Sonrió al recordarla.

—Tibby fue la primera joven que besé. O mejor dicho, la primera joven que me besó. Yo le llevaba dos baldes de leche del establo a la quesería. Durante todo el trayecto, planeaba cómo llevarla detrás de la puerta, donde no había lugar para escapar, y la besaría. Pero mis manos estaban ocupadas y ella abrió la puerta para dejarme pasar. De modo que fui yo quien terminó detrás de la puerta y Tib quien se me acercó y me besó. La leche se volcó, claro —añadió.

—Una primera experiencia memorable —dije, riendo.

—Dudo que fuera la primera para ella —aclaró con una sonrisa—. Sabía mucho más que yo del tema. Pero no pudimos practicar demasiado. Uno o dos días después, su madre nos sorprendió en la despensa. Me lanzó una mirada fulminante y ordenó a Tibby que fuera a poner la mesa para la cena. Y estoy seguro de que se lo contó a Dougal.

Si Dougal MacKenzie se había sentido tan agraviado por un insulto al honor de su hermana, imaginaba lo que habría sido capaz de hacer por defender el de su hija.

—Tiemblo sólo de pensarlo —dije y sonreí.

—Yo también —confesó Jamie con un estremecimiento.

Me miró de reojo, con timidez.

—Supongo que sabes que a veces, los jóvenes se despiertan con... bueno, con... — Se ruborizó.

—Sí, lo sé —respondí—. Y los ancianos de veintitrés años también. ¿Crees que no me doy cuenta? Me lo recuerdas con frecuencia.

—Mmmfm. Bueno, al día siguiente de sorprendernos la madre de Tib, desperté al amanecer. Había estado soñando con ella..., con Tib, me refiero, no con su madre..., y no me llamó la atención sentir una mano en mi pene. Lo que sí me sorprendió fue que no era mía.

—¿Era Tibby?

—Bien, no, no exactamente. Era la mano de su padre.

—¿De Dougal? ¿Qué diablos...?

—Abrí los ojos de par en par y él me sonrió, complacido. Luego se sentó en la cama y tuvimos una conversación muy agradable, de tío a sobrino, de padre adoptivo a hijo adoptivo. Me dijo que le alegraba mi presencia allí, como él no tenía un hijo varón y todo

eso, y que su familia me estimaba mucho. Y que odiaría pensar que yo podría aprovecharme de los sentimientos inocentes y delicados que sus hijas podrían albergar hacia mí, pero que por supuesto era grato saber que podía confiar en mí como en su propio hijo.

»Y todo el tiempo mientras hablaba y yo seguía acostado, tenía una mano en el puñal y la otra descansando sobre mis jóvenes testículos. De manera que dije, sí, tío, y no, tío, y cuando se marchó, me envolví en la manta y soñé con cerdos. Y no volví a besar a una muchacha hasta que tuve dieciséis años y fui a Leoch.

Me observó y sonrió. Llevaba el cabello atado detrás con una cinta de cuero, pero como siempre, las puntas más cortas se erizaban en la coronilla y brillaban rojas y doradas en el aire diáfano y fresco. Su piel había adquirido un bronceado dorado durante el viaje desde Leoch y Craigh na Dun y parecía una hoja de otoño, arremolinándose contenta en el viento.

—¿Y qué me dices de ti, mi hermosa Sassenach? —preguntó—. ¿Tenías a los chicos jadeando a tus pies o eras tímida y pudorosa?

—Un poco menos que tú —respondí, circunspecta—. Tenía ocho años.

—¡Jezabel! ¿Quién fue el afortunado?

—El hijo del intérprete. En Egipto. Él tenía nueve.

—Ah, bueno, entonces no fue culpa tuya. Te sedujo un hombre mayor. Y nada menos que un maldito pagano.

El molino apareció debajo, hermoso como en un cuadro, con una enredadera de color rojo intenso que ascendía brillante por una pared amarilla. Los postigos estaban abiertos a la luz del sol, limpios a pesar de la pintura verde descolorida. El agua bajaba con alegría a la alberca por el conducto situado bajo la rueda de paletas inactiva. Había patos en la alberca, en una pausa de su vuelo hacia el sur.

—Mira —dije y me detuve en lo alto de la colina. Puse una mano en el brazo de Jamie—. ¿No es maravilloso?

—Sería una vista más maravillosa si la rueda de paletas girara —repuso en tono práctico. Después me miró y sonrió.

—Sí, Sassenach. Es un lugar bonito. Solía nadar aquí de pequeño..., hay un estanque ancho doblando el recodo del arroyo.

Más abajo en la colina, pudimos ver el estanque a través de una cortina de sauces. Y también los niños. Eran cuatro. Jugaban, se salpicaban y gritaban, completamente desnudos.

—Brrr —dije mientras los contemplaba. El clima era cálido para ser otoño, pero el aire estaba lo bastante fresco para que me alegrara haber traído el chal—. Me da frío sólo mirarlos.

—¿De veras? Déjame calentarte, entonces.

Echó una ojeada a los niños y retrocedió a la sombra de un gran castaño de Indias. Me cogió de la cintura y me atrajo hacia él.

—No fuiste la primera mujer que besé —susurró—. Pero te juro que serás la última. —Y agachó la cabeza hacia mi rostro expectante.

El molinero emergió de su guarida y Jamie nos presentó. Me retiré al borde de la alberca mientras Jamie pasaba varios minutos escuchando una explicación del problema. Cuando el molinero volvió a entrar en la casa del molino para intentar girar la piedra desde dentro, Jamie se quedó un momento contemplando el fondo oscuro y cubierto de hierbas de la alberca. Por fin, se encogió de hombros con resignación y empezó a desvestirse.

—No hay más remedio —comentó en mi dirección—. Ian tenía razón. Hay algo

atascado en la rueda debajo del conducto. Tendré que bajar y... —Interrumpido por mi exclamación, se volvió hacia donde yo estaba sentada con mi cesto.

—¿Y qué te pasa a ti? —inquirió—. ¿No has visto nunca a un hombre en calzoncillos?

—¡No..., no con unos como... ésos! —farfullé.

Anticipando una posible inmersión, se había puesto debajo de la falda unos calzoncillos antiquísimos, originalmente de franela roja, pero remendados con una increíble variedad de colores y texturas. Era obvio que el dueño original debió de tener varios centímetros más de cintura que Jamie. Le colgaban de los huesos de las caderas y los pliegues en forma de V pendían sobre su vientre chato.

—¿Eran de tu abuelo? —aventuré con un esfuerzo infructuoso por contener la risa—. ¿O de tu abuela?

—De mi padre —replicó con frialdad y una mirada de desprecio—. ¿No esperarás que nade desnudo delante de mi esposa y los colonos, eh?

Con considerable dignidad, recogió con una mano la tela que sobraba y entró en la alberca. Nadó hasta quedar cerca de la rueda, luego respiró hondo y se sumergió de cabeza. Lo último que vi fue el extremo inferior inflado de los calzoncillos de franela roja. El molinero, desde la ventana, lo animaba con gritos y le daba instrucciones cada vez que la cabeza brillante y mojada aparecía en la superficie para tomar aire.

El borde de la alberca estaba cubierto de plantas acuáticas y usé mi palo de cavar para buscar raíces de malva y filipéndulas. Tenía el cesto a medio llenar cuando oí una tos cortés a mis espaldas.

Era una anciana, o al menos lo parecía. Se apoyaba en un bastón de espino y vestía ropas que debió de usar veinte años atrás y que ahora resultaban demasiado voluminosas para su figura encogida.

—Buenos días —me saludó y movió la cabeza como una bobina. Llevaba un pañuelo blanco almidonado que ocultaba casi todo su cabello, pero algunas hebras grises asomaban junto a las mejillas como manzanas marchitas.

—Buenos días —respondí y empecé a ponerme en pie, pero ella avanzó y se dejó caer junto a mí con una gracia sorprendente. Esperaba que pudiera volver a incorporarse!

—Soy... —comencé, pero apenas había abierto la boca cuando me interrumpió.

—Usted es la nueva señora, por supuesto. Soy la señora MacNab... Grannie MacNab, me llaman, ya que todas mis nueras también son señoras MacNab.

Extendió una mano huesuda y cogió mi cesto. Lo atrajo hacia ella y fisgó en el interior.

—Raíz de malva..., ah, es buena para la tos. Pero será mejor que no use eso, jovencita. —Tocó un tubérculo pequeño y marrón—. Parece raíz de lirio, pero no lo es.

—¿Qué es? —pregunté.

—Lengua de sierpe. Si come eso rodará por la habitación con los talones detrás de la cabeza. —Cogió el tubérculo y lo arrojó a la alberca.

Se acomodó el cesto en la falda y manoseó el resto de las plantas mientras yo la observaba con una mezcla de diversión y fastidio. Por fin, satisfecha, me devolvió el cesto.

—Bueno, para ser inglesa, no es usted tonta —comentó—. Al menos sabe distinguir la betónica del cenizo. —Contempló la alberca, donde la cabeza de Jamie había emergido un instante, brillante como una foca, para desaparecer de nuevo bajo el agua—. Veo que el señor no se casó con usted nada más que por su lindo rostro.

—Gracias —contesté, escogiendo considerarlo un cumplido. Los ojos de la anciana, afilados como agujas, estaban clavados en mi vientre.

—¿Todavía no está encinta? —inquirió—. Hojas de frambuesa, eso es bueno. Remoje un puñado con escaramujo y bébalo cuando la luna esté creciendo, de cuarto creciente a luna llena. Después, cuando mengüe de llena a cuarto menguante, tome un poco

de bérbero para purgar el vientre.

—Oh —exclamé—, bueno...

—He venido a pedirle un favor al señor —prosiguió la mujer—. Pero como veo que está ocupado, se lo pediré a usted.

—De acuerdo —convine insegura. De todos modos, no podía detenerla.

—Se trata de mi nieto —explicó y me traspasó con sus ojos grises del tamaño y brillo de un par de canicas—. De mi nieto Rabbie. Tengo dieciséis en total y tres que se llaman Robert. A uno le decimos Bob, al otro Rob y el más pequeño es Rabbie.

—Felicidades —expresé con cortesía.

—Quiero que el señor emplee al muchacho como mozo de cuadra —continuó.

—Verá, yo no puedo asegurarle...

—Se trata del padre, ¿sabe? —añadió y se inclinó hacia adelante con expresión confidencial—. No es que yo desapruebe un poco de firmeza. A los niños se les debe reñir o se les malcría. He dicho muchas veces, y el buen Dios lo sabe, que los niños están para ser castigados, de lo contrario, Él no los habría hecho tan malvados. Pero cuando a un chico se le deja un cardenal grande como mi mano en la cara, y todo por servirse un pan extra de la fuente...

—¿El padre de Rabbie le pega? —interpuse.

La anciana asintió, complacida por mi ágil inteligencia.

—Seguro. Es lo que le estoy diciendo. —Alzó una mano—. Ahora, normalmente, yo no interferiría. Un hombre puede hacer lo que quiera con su hijo, pero..., bueno, Rabbie es mi preferido. Y no es culpa del chico que el padre sea un borracho empedernido. No me importa decirlo, aunque sea vergonzoso que una madre hable así de su hijo.

Levantó un dedo exhortativo.

—El padre de Ronald bebía un poco de vez en cuando. Pero jamás me alzó una mano, ni a mí ni a los niños..., es decir, no después de la primera vez —agregó con gesto pensativo. De pronto, su rostro se iluminó. Observé las pequeñas mejillas redondas y firmes como manzanas de verano y decidí que debió de ser una joven alegre y atractiva.

»Una vez me pegó —confesó—. Agarré un leño y le di en la cabeza. —Se meció a un lado y a otro y rió—. Pensé que lo había matado y empecé a llorar con su cabeza en mi falda. ¿Qué sería de mí, viuda y con tantos hijos para alimentar? Pero recobró el conocimiento —añadió en tono práctico—, y nunca más me golpeó, ni a mí ni a los niños. Tuve trece, sabe —declaró con orgullo—. Y crié a diez.

—Felicidades —dije con sinceridad.

—Hojas de frambuesa —insistió y apoyó una mano confiada en mi rodilla—. Hágame caso, muchacha, las hojas de frambuesa lo harán. Y si no, venga a verme. Le prepararé un brebaje de pina con semillas de malva y un huevo crudo batido. Eso impulsará el semen de su hombre directo al útero, ¿sabe? Para Pascua, estará redonda como una calabaza.

Tosí y me ruboricé un poco.

—Mmmfm. ¿Y usted desea que Jamie, eh, quiero decir el señor, emplee a su nieto como mozo de cuadra para alejarlo del padre?

—Aja. Es muy trabajador, Rabbie, y el señor no se...

El rostro de la mujer se congeló en mitad de la frase. Me volví para mirar sobre el hombro y me paralicé. Casacas rojas. Dragones, seis de ellos, a caballo. Bajaban la colina hacia el molino.

Con una presencia de ánimo admirable, la señora MacNab se puso de pie y se sentó de nuevo sobre la ropa de Jamie. Su falda desplegada la ocultaba por completo.

Hubo un chapoteo y un jadeo explosivo en la alberca a mis espaldas cuando Jamie ascendió otra vez. Temía gritar o moverme, por miedo a atraer la atención de los dragones hacia la alberca. Pero el súbito silencio de muerte detrás de mí me indicó que Jamie los ha-

bía visto. Una única palabra quebró el silencio, casi un murmullo, pero muy sentido.

—*Merde* —masculló.

La anciana y yo nos quedamos quietas, impasibles, observando a los soldados descender la colina. En el último momento, cuando tomaron el sendero de la casa del molino, la mujer se volvió hacia mí y se llevó un dedo rígido a los labios ajados. No debía hablar o se darían cuenta de que era inglesa. Ni siquiera tuve tiempo de responder antes de que los cascos embarrados se detuvieran a escasa distancia.

—Buenos días, señoras —dijo el jefe. Era un cabo, pero me alegró ver que no se trataba del cabo Hawkins.

Un examen rápido me desveló que ninguno de los hombres eran los que yo había visto en el Fuerte William. Aflojé un poco la presión de mi mano en el asa del cesto.

—Vimos el molino desde la colina —continuó el dragón—, Y hemos pensado en comprar un saco de grano molido. —Nos hizo una reverencia a las dos, sin saber bien a quién dirigirse.

La señora MacNab fue fría, pero atenta.

—Buenos días —contestó con una inclinación de cabeza—. Pero si buscan grano molido, me temo que se decepcionarán. La rueda del molino no funciona. Tal vez la próxima vez que pasen por aquí.

—¿De veras? ¿Qué le ocurre? —El cabo, un joven bajo de cutis lozano, parecía interesado. Caminó hasta el borde de la alberca para escudriñar la rueda. El molinero, que sacó la cabeza para informar el último progreso de la muela, lo vio y se apresuró a regresar adentro.

El cabo llamó a uno de sus hombres. Mientras subía la pendiente, le hizo un gesto para que se agachara y subió a su espalda. Se estiró y alcanzó a cogerse con ambas manos del borde del tejado. Luego trepó. De pie, apenas llegaba a tocar el borde de la gran rueda. Se alargó y la meció con las dos manos. Después se inclinó y gritó a través de la ventana al molinero para que intentara girar la muela a mano.

Me obligué a desviar los ojos del fondo del conducto. No conocía tanto el funcionamiento de esos molinos para estar segura, pero temía que si la rueda comenzaba a girar de pronto, cualquier cosa que hubiera cerca de la maquinaria bajo el agua sería aplastada. Al parecer, no era un temor infundado, puesto que la señora MacNab gritó a uno de los soldados cerca de nosotras:

—Debería decirle a su jefe que baje, muchacho. Dañará el molino y puede lastimarse. No hay que entrometerse en lo que uno no entiende.

—No se preocupe, señora —replicó el soldado despreocupadamente—. El padre del cabo Silver era encargado de un molino de trigo en Hampshire. No hay nada que el cabo Silver no sepa sobre molinos.

La señora MacNab y yo intercambiamos miradas de alarma. El cabo, después de varias idas y venidas exploratorias para tocar y mover la rueda, bajó y se aproximó. Sudaba y se enjugó el rostro enrojecido con un pañuelo grande y sucio antes de dirigirse a nosotras—. No la puedo mover desde arriba y ese tonto molinero parece no entender inglés. —Observó el bastón de la señora MacNab y sus miembros deformados y luego a mí—. Quizá la joven pueda hablar con él.

La anciana alargó una mano protectora y asió mi manga.

—Tendrá que disculpar a mi nuera, señor. No está bien de la cabeza desde que su último hijo nació muerto. Hace un año que no habla, la pobrecita. Y no puedo dejarla sola ni un minuto por temor a que se arroje al agua de dolor.

Me esforcé por parecer trastornada, lo cual no me costó mucho por el estado en que me encontraba.

El cabo se desconcertó.

—Ah..., bueno... —Fue hasta el borde de la alberca y contempló el agua con el

entrecejo fruncido. Jamie había hecho exactamente lo mismo hacía una hora, y aparentemente por el mismo motivo.

—No hay más remedio, Collins —comentó al viejo soldado—. Tendré que bajar y ver qué pasa. —Se quitó la casaca escarlata y comenzó a desprenderse los puños de la camisa. La señora MacNab y yo nos miramos con espanto. Podía haber suficiente aire debajo de la casa del molino para sobrevivir, pero no el espacio necesario para poder ocultarse con eficacia.

Estaba considerando, con no demasiado optimismo, la posibilidad de simular un ataque de epilepsia convincente cuando la gran rueda crujió sobre nosotros. Con un sonido como el de un árbol al ser cortado, el enorme arco describió un medio giro rápido, se atascó un momento y luego arrancó a una revolución estable mientras los cangilones vertían chorros brillantes en el conducto.

El cabo dejó de desvestirse y admiró el arco de la rueda.

—¡Mire eso, Collins! Me pregunto qué se habría atascado.

En respuesta, algo apareció en lo alto de la rueda. Colgaba de una de las paletas, los pliegues rojos empapados. La paleta golpeó el flujo que bajaba por el conducto y el objeto se soltó. Los calzoncillos otrora del padre de Jamie flotaron majestuosos en el agua de la alberca.

El soldado mayor los pescó con un palo y los presentó a su comandante. El cabo los quitó del palo como un hombre obligado a coger un pescado muerto.

—Mmm —musitó y estudió la prenda sostenida en alto—. ¿De dónde diablos habrá salido esto? Debió de engancharse en el eje. Es curioso que algo así ocasionara tanto problema, ¿verdad, Collins?

—Sí, señor. —Era obvio que el soldado no era un apasionado del funcionamiento de una rueda de molino escocés, pero respondió con cortesía.

Después de girar los calzoncillos una o dos veces, el cabo se encogió de hombros y los usó para limpiarse las manos.

—Un buen pedazo de franela —comentó al tiempo que estrujaba la tela mojada—. Al menos servirá para lustrar los arreos. Lo llevaremos de recuerdo. —Con una reverencia hacia la señora MacNab y hacia mí, montó su caballo.

Los dragones acababan de desaparecer de la vista sobre la cresta de la colina cuando un chapoteo desde la alberca anunció el ascenso del duende del agua desde las profundidades.

Estaba blanco y con un tinte azul, igual que el mármol de Carrara. Los dientes le castañeteaban tanto que no pude entender sus primeras palabras, que de todos modos, fueron en gaélico.

La señora MacNab las comprendió perfectamente y su vieja mandíbula se abrió con estupor. Sin embargo, la cerró enseguida y se inclinó hacia el Señor. Al verla, Jamie frenó su progreso, con el agua alrededor de las caderas. Respiró hondo y apretó los dientes para inmovilizarlos. Luego se quitó una gota de agua del hombro.

—Señora MacNab —pronunció con una reverencia hacia la anciana arrendataria.

—Señor —contestó ella y se volvió a inclinar—. Un día hermoso, ¿cierto?

—Un poco fr-fresco —farfulló Jamie y me miró de reojo. Me encogí de hombros con impotencia.

—Nos alegra que haya regresado a casa, señor, y mis muchachos y yo esperamos que pronto se quede para siempre.

—Yo también, señora MacNab —replicó Jamie con amabilidad. Me hizo señas con la cabeza y me miró enfadado. Le sonreí.

La anciana mujer, ignorando este aparte, enlazó sus manos deformadas en la falda y se enderezó con dignidad.

—Hay un favor que quisiera pedirle, señor —comenzó—. Es con respecto a...

—Grannie MacNab —la interrumpió Jamie y avanzó medio paso amenazante en el agua—, haré cualquier cosa que me pida. Siempre que me devuelva la camisa antes de que se me congelen mis partes íntimas.

29

Más honestidad

Por la noche, después de cenar, solíamos sentarnos en el salón con Jenny y Ian a conversar de esto y aquello o a escuchar las historias de Jenny. Esta noche, sin embargo, era mi turno y mantuve absortos a Jenny y a Ian mientras les hablaba de la señora MacNab y los casacas rojas.

—Dios sabe que los niños están para ser castigados, de lo contrario, Él no los habría hecho tan malvados. —Mi imitación de Grannie MacNab sacudió la casa de risa.

Jenny se secó las lágrimas de los ojos.

—Es bastante cierto. Y estoy segura de que ella lo sabe. ¿Qué tiene, Ian, ocho varones?

Ian asintió.

—Sí, por lo menos. Ni siquiera me acuerdo de todos sus nombres. Cuando Jamie y yo éramos pequeños, siempre había un par de MacNabs cerca con quienes cazar o nadar.

—¿Crecisteis juntos? —inquirí. Jamie e Ian intercambiaron sonrisas anchas y cómplices.

—Ah, sí, nos conocíamos —dijo Jamie y rió—. El padre de Ian era el administrador de Lallybroch, como Ian lo es ahora. En varias ocasiones durante mi temeraria juventud, me he encontrado codo con codo con el señor Murray aquí presente mientras explicábamos a uno o ambos de nuestros respectivos padres que las apariencias eran engañosas, y en caso de que eso fallara, cómo las circunstancias alteraban los casos.

—Y cuando eso fallaba —intervino Ian—, me he encontrado en el mismo número de ocasiones doblado sobre un várgano con el señor Fraser aquí presente mientras lo oía chillar como un loco y aguardaba mi turno.

—¡Jamás! —replicó Jamie con indignación—. Jamás grité.

—Llámalo como quieras, Jamie —contestó su amigo—, pero era atronador.

—Los gritos de ambos se escuchaban a kilómetros —interpuso Jenny—. Y no sólo los gritos. También los argumentos de Jamie, todo el tiempo hasta llegar al várgano.

—Sí, debiste haber sido abogado, Jamie. Aunque no sé por qué siempre dejé que tomaras la palabra —agregó Ian y meneó la cabeza—. Siempre nos metías en problemas peores.

Jamie rió otra vez.

—¿Te refieres a la torre?

—Exactamente. —Ian se volvió hacia mí y señaló en dirección al oeste, donde la antigua torre de piedra se elevaba en la colina detrás de la casa.

—Fue una de los mejores discursos de Jamie —prosiguió y puso los ojos en blanco—. Le dijo a Brian que no era civilizado usar la fuerza física para imponer un punto de vista. El castigo corporal era de bárbaros, continuó, y además, anticuado. Golpear a alguien sólo porque había cometido un acto con cuyas rami-ramificaciones, ésa fue la palabra..., con cuyas ramificaciones él disentía, no era una forma constructiva de castigo...

En este punto, todos reímos.

—¿Brian escuchó todo eso? —pregunté.

—Ah, sí —convino Ian—. Yo me quedé parado al lado de Jamie y asentía cuando él se interrumpía para tomar aire. Cuando por fin se quedó sin palabras, su padre tosió y

dijo: «Entiendo.» Después se volvió y miró un rato por la ventana. Balanceaba la correa y asentía con la cabeza, como si estuviera pensando. Nosotros permanecimos de pie, codo con codo como dijo Jamie, sudando. Finalmente, Brian se alejó de la ventana y nos ordenó que lo siguiéramos al establo.

—Nos dio una escoba, un cepillo y un balde a cada uno y nos señaló la torre —explicó Jamie, continuando con la historia—. Dijo que yo lo había convencido, de modo que había optado por una manera más «constructiva» de castigo.

Ian volvió a poner los ojos en blanco, como si siguiera con la vista las ásperas piedras de la torre.

—Esa torre mide dieciocho metros de altura —especificó para mí—, tiene un diámetro de nueve metros y tres pisos. —Suspiró—. La barrimos de arriba abajo —prosiguió— y la restregamos de abajo arriba. Nos llevó cinco días. Hasta el día de hoy, siento el gusto a paja de avena podrida cada vez que toso.

—Y al tercer día trataste de matarme —agregó Jamie—, por haberte metido en eso. —Se tocó la cabeza—. Me hiciste un feo corte sobre la oreja cuando me diste con la escoba.

—Ah, bueno —respondió Ian con calma—, eso fue cuando me rompiste la nariz por segunda vez, así que estábamos en paz.

—Nada mejor que un Murray para llevar cuentas —afirmó Jamie y meneó la cabeza.

—Veamos —interpuse y conté con los dedos—. Según tú, los Fraser son testarudos, los Campbell son solapados, los MacKenzie son encantadores pero taimados y los Graham estúpidos. ¿Cuál es la característica distintiva de los Murray?

—Puedes contar con ellos en una pelea —pronunciaron Jamie e Ian a la vez. Rieron.

—Sí, puedes hacerlo —señaló Jamie, recobrándose—. Pero ojalá que estén de tu lado. —Ambos hombres prorrumpieron en carcajadas nuevamente.

Jenny sacudió la cabeza con desaprobación hacia su esposo y su hermano.

—Y eso que todavía no hemos bebido vino —comentó. Bajó la costura y se puso en pie con esfuerzo—. Acompáñame, Claire. Veamos si la señora Crook ha preparado bizcochos para acompañar el oporto.

Un cuarto de hora más tarde, volvíamos por el pasillo con el refrigerio cuando oí decir a Ian.

—¿Entonces no te importa, Jamie?

—¿Importarme qué?

—Que nos hayamos casado sin tu consentimiento..., me refiero a Jenny y a mí.

Jenny, que me precedía, se detuvo en seco en la puerta de la sala.

Hubo un bufido corto desde el sillón donde Jamie estaba repantigado con los pies apoyados en una banqueta.

—Como no os dije dónde estaba y no teníais idea de cuándo regresaría —si es que lo hacía—, no os puedo culpar por no esperar.

Podía ver a Ian de perfil, inclinado sobre el canasto de leña. Su rostro largo y bonachón estaba fruncido.

—Bueno, no me pareció bien. En especial siendo yo lisiado...

Oímos un bufido más fuerte.

—Jenny no podría tener un esposo mejor aunque te faltaran las dos piernas y los brazos también —declaró Jamie con aspereza.

La tez pálida de Ian se ruborizó. Jamie tosió y bajó las piernas del almohadón. Se

agachó para recoger un trozo de leña que había caído del cesto.

—¿Cómo fue que te casaste entonces, dados tus escrúpulos? —preguntó y torció un lado de la boca.

—Diablos —protestó Ian—, ¿supones que tuve alternativa? ¿Con una Fraser?

Sacudió la cabeza y sonrió a su amigo.

—Me abordó un día en el campo mientras yo intentaba reparar un carro que se había quedado sin una rueda. Salía de debajo, cubierto de mugre y la encontré allí, de pie. Parecía un arbusto cubierto de mariposas. Me miró y dijo... —Hizo una pausa y se rascó la cabeza—. Bueno, no sé exactamente qué dijo, pero acabó besándome, a pesar de la suciedad, y diciendo: «De acuerdo, entonces, nos casaremos el día de San Martín.» —Desplegó las manos con una resignación cómica—. Le estaba explicando por qué no podía hacer tal cosa cuando de pronto me encontré delante de un cura diciendo «Yo te tomo, Janet...» y jurando un montón de cosas muy improbables.

Jamie se reclinó en el asiento y rió.

—Sí, conozco la sensación —dijo—. Te hace sentir como irreal, ¿no?

Ian sonrió, ya sin vergüenza.

—Por cierto. A veces la experimento de nuevo, sabes, cuando veo a Jenny de repente, de pie contra el sol en la colina, o sosteniendo al pequeño Jamie, sin mirarme. La observo y pienso: «Dios mío, no puede ser tuya, no es posible.» —Meneó la cabeza y algunos mechones castaños cayeron sobre una ceja—. Y luego se vuelve y me sonríe... —Miró a su cuñado y sonrió.

—Bueno, tú lo sabes. Es evidente que pasa lo mismo entre tú y tu Claire. Ella... es especial, ¿verdad?

Jamie asintió. La sonrisa no abandonó su rostro, pero cambió.

—Sí —murmuré)—. Sí, lo es.

Mientras bebíamos oporto y comíamos bizcochos, Jamie e Ian continuaron evocando sus infancias compartidas y a sus padres. El padre de Ian, William, había muerto la primavera pasada y ahora Ian administraba solo la propiedad.

—¿Te acuerdas cuando tu padre apareció en el manantial y nos obligó a que lo acompañáramos a la herrería para ver cómo se arreglaba el armazón de un carro?

—Sí. Y no entendía por qué no dejábamos de movernos y agitarnos...

—Y no dejaba de preguntar si queríamos ir al baño...

Los dos hombres se reían demasiado para poder terminar la historia, así que miré a Jenny.

—Sapos —explicó ella—. Cada uno tenía cinco o seis sapos dentro de la camisa.

—¡Oh, caramba! —intervino Ian—. Cuando asomó uno por tu cuello y saltó de tu camisa a la fragua, creí que me moría.

—No comprendo por qué mi padre no me retorció el pescuezo en varias ocasiones —atajó Jamie y sacudió la cabeza—. Es un milagro que haya llegado a adulto.

Ian miró a su propio hijo, enfrascado en apilar bloques de madera uno sobre el otro junto a la chimenea.

—No sé cómo me las arreglaré cuando llegue el momento de tener que azotar a mi propio hijo. Quiero decir..., es, bueno, es tan pequeño. —Hizo un gesto indefenso hacia la pequeña figura concentrada sobre su tarea.

Jamie escudriñó a su tocayo con expresión cínica.

—Será tan travieso como tú o yo, dale tiempo. Después de todo, supongo que hasta yo debí parecerme a un angelito en algún momento.

—Claro que sí —manifestó Jenny de pronto y depositó una taza de peltre con sidra

en la mano de su marido. Palmeó a su hermano en la cabeza.

—Eras un niño muy dulce, Jamie. Recuerdo estar de pie junto a tu cuna. No tenías más de dos años y dormías con el pulgar en la boca. Y convinimos en que nunca habíamos visto un niño tan bonito. Tenías mejillas redondas y gordas y unos rizos divinos.

El niño bonito se sonrojó un poco y vació su sidra de un trago, esquivando mi mirada.

—Pero no duró mucho —agregó Jenny y exhibió sus dientes blancos en una sonrisa maliciosa—. ¿Qué edad tenías cuando recibiste tus primeros azotes, Jamie? ¿Siete?

—No, ocho —respondió Jamie y arrojó un tronco a la chimenea—. Cielos, cómo me dolió. Doce azotes en el trasero y mi padre no aflojó ni un poco, del primero al último. Nunca lo hizo.

Se recostó en los talones y se frotó la nariz con los nudillos. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes de cansancio.

—Cuando acabó, se alejó y se sentó en una roca mientras yo me recuperaba. Y cuando dejé de gruñir y empecé a gimotear, me llamó. Ahora que lo pienso, recuerdo exactamente lo que me dijo. Tal vez te sirva para tu pequeño Jamie, Ian, cuando llegue el momento.

Cerró los ojos mientras evocaba.

—Me puso entre sus rodillas y me hizo mirarlo a los ojos. Me dijo: «Esta ha sido la primera vez, Jamie. Tendré que hacerlo de nuevo, quizá cientos de veces, antes de que te conviertas en un hombre.» —Rió y continuó—: «Mi padre me azotaba con bastante frecuencia y eres tan terco y orgulloso como yo a tu edad.» Y agregó: «A veces, disfrutaré golpeándote, según lo que hayas hecho para merecerlo. Aunque en general no será así. Pero eso no evitará que lo haga. De modo que no lo olvides, muchacho. Si tu cabeza trama alguna picardía, tu trasero pagará por ella.» Me abrazó y concluyó: «Eres un buen niño, Jamie. Ahora ve a casa y deja que tu madre te consuele.» Abrí la boca para protestar pero me interrumpió enseguida. «Sí, ya sé que no lo necesitas, pero ella sí. Vamos, ve.» De modo que fui a casa y mi madre me dio pan con dulce.

De imprevisto, Jenny empezó a reír.

—Acabo de recordarlo —comentó—. Papá solía contar esa historia, Jamie, sobre los azotes y lo que te había dicho. Decía que cuando te envió a casa, estabas a mitad de camino y de repente te detuviste para esperarlo. Cuando te alcanzó, lo miraste y dijiste: «Sólo quería preguntarte, padre... ¿lo disfrutaste esta vez?» Y cuando él respondió que no, tú asentiste y añadiste: «Bien. A mí tampoco me gustó mucho.»

Todos reímos durante un rato. Después Jenny se volvió hacia su hermano y movió la cabeza.

—Le encantaba contar esa historia. Papá siempre decía que tú serías su muerte, Jamie.

La alegría se desvaneció del rostro de Jamie y bajó la vista hacia las manos grandes en sus rodillas.

—Sí —murmuró—. Bueno, y lo fui, ¿no es cierto?

Jenny e Ian intercambiaron miradas de consternación y yo clavé los ojos en mi falda, sin saber qué decir. Por un instante, no hubo sonido alguno excepto el crepitar del fuego. Luego, Jenny, con una rápida mirada a Ian, bajó su vaso y tocó a su hermano en la rodilla.

—Jamie —dijo—. No fue culpa tuya.

Jamie alzó la cabeza y sonrió con tristeza.

—¿No? ¿De quién fue, entonces?

Jenny respiró hondo y contestó:

—Mía.

—¿Qué? —La miró con estupor.

Se había puesto más pálida de lo habitual, pero se mantuvo serena.

—Dije que fue culpa mía tanto como de cualquiera. De... de lo que te pasó a ti, Jamie. Y a papá.

Jamie le cubrió una mano con la suya y se la frotó con delicadeza.

—No digas tonterías, muchacha —replicó—. Hiciste lo que hiciste para intentar salvarme. Tenías razón, si no hubieras ido con Randall, seguramente me habría matado allí mismo.

Jenny observó el rostro de su hermano con el entrecejo fruncido.

—No, no me arrepiento de haber ido con Randall... ni siquiera si él hubiera..., bueno, no. Pero no fue eso. —Respiró profundamente para coger fuerza.

—Cuando entramos en la casa, lo llevé a mi habitación. Yo... yo no sabía qué esperar... nunca había... estado con un hombre. El estaba muy nervioso y sonrojado y pensé que se sentía inseguro, lo cual me resultó extraño. Me empujó a la cama y se quedó de pie, frotándose. Al principio, creí que era por el rodillazo, aunque sabía que no lo había golpeado tan fuerte. —El rubor trepó a sus mejillas y miró de soslayo a Ian antes de volver la vista a su regazo.

»Ahora sé que se estaba... preparando. No quería que se diera cuenta de que estaba asustada, de modo que me senté derecha en la cama y le clavé los ojos con intensidad. Eso pareció enfurecerlo y me ordenó que me diera la vuelta. Me negué a hacerlo y seguí mirándolo.

Su rostro estaba del color de las rosas.

—Se... desabrochó y yo..., bueno, me reí.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jamie con incredulidad.

—Me reí. Quiero decir... —Sus ojos desafiaron a su hermano—. Sabía bastante bien cómo era un hombre. Te había visto desnudo a ti unas cuantas veces, y a Willy y a Ian también. Pero él... —Una sonrisa diminuta se dibujó en sus labios, pese a su aparente esfuerzo por reprimirla—. Estaba tan gracioso, con la cara colorada y frotándose como un desesperado, y no obstante, apenas con una media...

Hubo un sonido ahogado de Ian y Jenny se mordió el labio, pero prosiguió con valentía.

—No le gustó que me riera, y lo noté, así que reí más. Entonces se abalanzó sobre mí y me arrancó la mitad del vestido. Le pegué en la cara y él me golpeó en la mandíbula, lo bastante fuerte para hacerme ver las estrellas. Después gruñó un poco, como si eso lo complaciera y empezó a avanzar sobre la cama conmigo. Logré ponerme de rodillas y... y me burlé de él. Le dije que sabía que no era un hombre de verdad y que no podía hacer nada con una mujer. Yo...

Inclinó la cabeza aún más. Los rizos oscuros colgaban más allá de sus mejillas ardientes. Sus palabras fueron muy bajas, casi un susurro.

—Yo... me abrí el vestido roto y... y lo provoqué con mis pechos. Le dije que sabía que me tenía miedo porque no era capaz de tocar a una mujer, sólo de retozar con bestias y muchachitos...

—Jenny —musitó Jamie y sacudió la cabeza con impotencia.

La joven levantó la vista hacia él.

—Bueno, lo hice —declaró—. Fue lo único que se me ocurrió. Randall estaba indignado pero era obvio que no... que no podía hacer nada. Y fijé mis ojos en sus calzones y reí de nuevo. Entonces me cogió del cuello como para ahorcarme y me golpeé la cabeza contra la cabecera de la cama. Cuando desperté..., se había marchado. Y tú con él.

Había lágrimas en sus hermosos ojos azules cuando cogió las manos de Jamie.

—¿Me perdonarás, Jamie? Sé que si no lo hubiera enfurecido tanto, no te habría tratado como lo hizo. Y papá...

—Oh, Jenny, amor, *mo cridh*, no. —Se arrodilló junto a ella y le atrajo el rostro

hacia su hombro. Ian, del otro lado, parecía haberse petrificado.

Jamie la meció con suavidad mientras ella sollozaba.

—Sh, pequeña. Hiciste lo correcto, Jenny. No fue culpa tuya, y quizá tampoco mía.

Le acarició la espalda.

—Escucha, *mo cridh.* Ese hombre vino aquí a hacer daño, bajo órdenes, sin importarle con quién se encontrara. Ni tú ni yo podríamos haber hecho nada para modificar las cosas. Su intención era causar problemas, levantar a la campiña contra los ingleses, en su propio beneficio... y del hombre que lo contrató.

Jenny dejó de llorar y se enderezó con expresión aturdida.

—¿Alzar a la gente en contra de los ingleses? ¿Pero por qué?

Jamie hizo un gesto impaciente con una mano.

—Para averiguar quiénes podrían apoyar al príncipe Carlos en caso de otro Levantamiento. Pero todavía ignoro de qué lado está el patrón de Randall... si es que desea saberlo para que quienes respaldan al Príncipe puedan ser vigilados y tal vez privados de sus propiedades o si es porque él..., el patrón de Randall..., tiene intenciones de unirse al Príncipe y desea que las tierras altas estén alzadas y listas para la guerra cuando llegue el momento. No lo sé, pero ahora no es importante.

Tocó el cabello de su hermana y lo alisó hacia atrás.

—Lo único que importa es que no te ha hecho daño y que yo estoy en casa. Pronto regresaré para quedarme, *mo cridh.* Te lo prometo.

Jenny se llevó la mano de su hermano a los labios y la besó, con el rostro resplandeciente. Buscó en su bolsillo un pañuelo y se sonó la nariz. Luego se volvió hacia Ian, todavía congelado junto a ella y con un destello de dolor en la mirada. Le tocó el hombro.

—Piensas que debí decírtelo.

Ian no se movió, pero no le quitó los ojos de encima.

—Sí —dijo en un susurro.

Jenny bajó el pañuelo a su falda y cogió sus manos.

—Ian, no te lo dije porque no quería perderte también a ti. Mi hermano se había ido, y mi padre. No deseaba perder mi propio corazón. Porque tú eres todo para mí, amor, más que la casa y la familia. —Esbozó una sonrisa a Jamie—. Y eso es mucho decir.

Jenny miró a su esposo a los ojos, suplicante. El amor y el orgullo herido luchaban por imponerse en el rostro de Ian. Jamie se puso de pie y me tocó el hombro. Abandonamos el salón en silencio y los dejamos juntos frente al fuego agonizante.

Era una noche despejada y la luz de la luna se filtraba a raudales por las altas ventanas. No podía dormirme y pensé que quizá la luz fuera también lo que mantenía despierto a Jamie. Yacía quieto, pero por su respiración, me daba cuenta de que no dormía. Se volvió de espaldas y lo oí reír por lo bajo.

—¿Qué es tan gracioso? —murmuré.

Volvió la cabeza hacia mí.

—¿Oh, te desperté, Sassenach? Lo siento. Estaba recordando algunas cosas.

—No dormía. —Me acerqué a él. La cama había sido hecha sin duda en la época en que una familia entera compartía el mismo colchón. El gigantesco lecho de plumas debió de consumir la productividad total de cientos de gansos y navegar a través de él era como cruzar los Alpes sin una brújula—. ¿De qué te acordabas? —inquirí, una vez que hube llegado sana y salva a su lado.

—Ah, de mi padre, en general. De cosas que decía.

Dobló los brazos detrás de la cabeza y clavó la vista en las vigas gruesas que

atravesaban el techo.

—Es extraño —añadió—; cuando vivía, no le hacía mucho caso. Pero después de que murió, las cosas que me había dicho se volvieron mucho más influyentes. —Rió otra vez—. Estaba recordando la última vez que me azotó.

—¿Fue gracioso? —pregunté—. ¿Te han dicho alguna vez que tienes un sentido del humor muy peculiar, Jamie? —Tanteé las mantas en busca de su mano. Me rendí y comenzó a acariciarme la espalda. Me acurruqué junto a él y emití pequeños sonidos de placer.

—¿Acaso tu tío no te pegaba cuando era necesario? —inquirió con curiosidad. Sofoqué la risa.

—¡Cielos, no! La idea lo habría horrorizado. El tío Lamb no creía en golpear a los niños..., pensaba que había que razonar con ellos, como con los adultos. —Jamie se burló de la idea descabellada con el típico ruido escocés.

—Eso explica los defectos en tu carácter, sin duda —declaró y me palmeó el trasero—. Disciplina insuficiente durante la infancia.

—¿Qué defectos de mi carácter? —La luz de la luna era lo bastante intensa para poder ver su sonrisa.

—¿Quieres que haga una lista?

—No. —Le clavé un codo en las costillas—. Háblame de tu padre. ¿Cuántos años tenías esa última vez?

—Ah, trece..., tal vez catorce. Era alto y flacucho, con pecas. No recuerdo por qué mi padre me estaba castigando. Con frecuencia solía ser más por algo que había dicho que por algo que había hecho. Lo único que me acuerdo es que ambos estábamos locos de ira. Ésa fue una de las veces en que disfrutó azotándome.

Me ciñó contra él y me acomodó en su hombro, con un brazo a mi alrededor. Acaricié su vientre chato y jugueteé con su ombligo.

—Detente, me haces cosquillas. ¿Quieres oír o no?

—Sí, claro. ¿Qué vamos a hacer si alguna vez tenemos hijos... razonar con ellos o azotarlos? —El pensamiento aceleró mi corazón, aunque no existía indicio de que esto fuera alguna vez algo más que una pregunta. Jamie me cogió de la mano y la sostuvo sobre su vientre.

—Es sencillo. Tú razonarás con ellos, y cuando hayas terminado, yo los llevaré fuera y los azotaré.

—Creí que los niños te gustaban.

—Por supuesto. Yo le gustaba a mi padre, cuando no me portaba como un idiota. Y también me quería... lo suficiente para darme una buena tunda cuando me ponía idiota.

Me volví boca abajo.

—De acuerdo. Sigue contándome.

Jamie se sentó y dispuso las almohadas con más comodidad antes de reclinarse. Volvió a cruzar los brazos detrás de la cabeza.

—Bueno, me envió al várgano, como de costumbre... Siempre me hacía ir primero, para que pudiera experimentar la mezcla de terror y remordimiento mientras le esperaba. Pero en aquella ocasión, estaba tan indignado que apareció detrás de mí. Entonces me incliné y me sometí al castigo con los dientes apretados y decidido a no gritar...; ni loco dejaría que supiera cuánto me dolía. Clavé los dedos en la madera del várgano tan fuerte como pude... lo bastante para sacarle astillas... y sentí que la cara se me enrojecía de tanto contener la respiración.

Inhaló hondo y exhaló despacio.

—A menudo, sabía cuándo terminaría, pero esta vez, mi padre no se detuvo. Me estaba costando mantener la boca cerrada y profería un gemido con cada golpe. Los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas, por mucho que parpadeara para evitarlo. Pero resistí.

Estaba destapado hasta la cintura, casi resplandeciendo bajo la luz de la luna, cubierto de diminutos pelos plateados. Podía ver el pulso palpitando justo debajo del esternón, un latido continuo bajo mi mano.

»No sé cuánto duró —prosiguió—. Supongo que no demasiado, pero a mí se me antojó una eternidad. Por fin, mi padre se detuvo un momento y me gritó. Estaba fuera de sí de ira y yo estaba tan furioso que al principio no entendí lo que me dijo. Pero después sí.

«Vociferó: "¡Maldición, Jamie! ¿Por qué no gritas? Ya eres grande y no pienso volver a azotarte. ¡Pero antes de terminar, quiero un buen grito, muchacho, para saber que por lo menos ha servido de algo!"

Jamie rió y el movimiento uniforme de su pulso se alteró.

—Eso me molestó tanto, que me enderecé. Me volví hacia él y grité: «¿Por qué no lo dijiste antes, viejo tonto? ¡¡Ayyyyyyü» Al minuto siguiente, estaba en el suelo. Me zumbaban los oídos y me dolía la mandíbula donde había recibido el golpe. Mi padre estaba de pie junto a mí. Jadeaba y tenía el cabello y la barba erizados. Se agachó, me cogió una mano y me puso en pie. Después me palmeó la mandíbula y manifestó, todavía con la respiración entrecortada: «Eso fue por decirle tonto a tu padre. Tal vez sea cierto, pero es una falta de respeto. Ven, vamos a lavarnos para la cena». Y nunca más me volvió a azotar. Siguió gritándome, pero yo no me callaba y en realidad, para aquel entonces, ya casi eran discusiones de hombre a hombre.

Rió con deleite y sonreí en su hombro.

—Ojalá hubiera conocido a tu padre —comenté—. Aunque pensándolo bien, quizás haya sido mejor que no —añadí—. Tal vez no le habría gustado que te casaras con una inglesa.

Me estrechó contra su cuerpo y tapó con la manta mis hombros desnudos.

—Habría pensando que finalmente senté cabeza. —Me acarició el pelo—. Habría respetado mi elección, fuera cual fuera. Pero tú... —Volvió la cabeza y me besó en la ceja—. Tú le habrías gustado mucho, Sassenach. —Y yo me lo tomé como el elogio que era.

30

Conversaciones junto al hogar

El conflicto que las revelaciones de Jenny habían causado entre ella y Ian parecía superado. La noche siguiente, después de cenar, nos sentamos en la sala. Ian y Jamie conversaban en un rincón sobre los asuntos de la granja, acompañados por una botella de vino de bayas de saúco. Jenny descansaba con los tobillos hinchados apoyados en una banqueta y yo intentaba copiar unas recetas que me había dado a la ligera durante nuestro día de trabajo. Ahora, mientras escribía, le consultaba algunos detalles.

PARA CURAR EL CARBUNCLO, intitulé una página.

«Remojar tres clavos de hierro en cerveza amarga durante una semana. Agregar un manojo de viruta de madera de cedro y dejar asentar. Cuando la viruta se va al fondo, la mezcla está lista. Aplicar tres veces al día, comenzando el primer día de luna en cuarto.»

VELAS DE CERA DE ABEJAS, comenzaba otra página.

«Escurrir miel del panal. Remover las abejas muertas todo lo posible. Derretir el panal en una olla grande con un poco de agua. Quitar las abejas, alas y otras impurezas de la superficie del agua. Escurrir el agua y reemplazar. Agitar con frecuencia durante media hora, luego dejar asentar. Escurrir el agua y guardarla para usar en la dulcificación. Purificar con agua dos veces más.»

Se me estaba cansando la mano y ni siquiera había llegado a la fabricación de los moldes de velas, el retorcido de las mechas y el proceso de secado de las velas.

—Jenny —dije—, ¿cuánto se tarda en hacer velas, contando todo ?

Jenny bajó la pequeña camisa que estaba cosiendo y calculó

—Medio día para reunir los panales, dos para escurrir la miel..., uno si está caliente..., un día para purificar la cera, a menos que este muy sucia..., en ese caso, dos. Medio día para hacer las mechas, uno o dos para los moldes, medio para derretir la cera, llenar los moldes y ponerlos a secar. Digamos que una semana en total.

La luz mortecina de la lámpara y el manejo de la pluma exigían un esfuerzo excesivo para después de un día de trabajo. De modo que me senté junto a Jenny y admiré la diminuta prenda que estaba bordando con puntadas casi invisibles.

De pronto, su redondo vientre se abultó cuando el habitante cambio de posición. Lo observé fascinada. Nunca había pasado tanto tiempo cerca de una embarazada, por lo que ignoraba la intensa actividad que se desplegaba en su interior.

—¿Quieres sentirlo? —dijo Jenny al verme con la vista fija en el bulto.

—Bueno... —Me cogió la mano y la colocó con firmeza sobre el vientre.

—Justo ahí. Espera un momento; pronto volverá a dar patadas. No le gusta que me recueste así, sabes. Le molesta y se retuerce.

No me cupo la menor duda; un empujón increíblemente vigoroso levantó mi mano

unos centímetros.

—¡Caramba! ¡Qué fuerza tiene! —exclamé.

—Sí.—Jenny se palmeó el vientre con un dejo de orgullo—. Será guapo, como su hermano y su padre. —Sonrió a Ian, cuya atención se había desviado un instante de los registros de la cría de caballos hacia su esposa y su futuro hijo—. O incluso como su tío inútil y pelirrojo —añadió en voz más alta y me dio un codazo.

—¿Eh? —Jamie levantó la cabeza, distraído de sus papeles—. ¿Me hablabas?

—Me pregunto si habrá sido lo de «inútil» o lo de «pelirrojo» lo que le ha llamado la atención -me comentó Jenny en voz baja y con otro codazo suave-. No, *mo cridh* - respondió a Jamie con dulzura—. Sólo especulábamos sobre la posibilidad de que el niño tenga la desgracia de parecerse a su tío.

El tío en cuestión sonrió y se acercó para sentarse en la banqueta. Jenny corrió los pies y luego los apoyó en el regazo de Jamie.

—Masajéamelos, Jamie —le rogó—. Lo haces mejor que Ian.

Jamie obedeció y Jenny se reclinó y cerró los ojos con deleite. Dejó caer la camisita sobre el vientre, que continuaba moviéndose como en señal de protesta. Jamie contempló absorto los movimientos, tal como lo había hecho yo.

—¿No es incómodo —preguntó— tener a alguien dando volteretas en tu panza?

Jenny abrió los ojos e hizo una mueca mientras una ola larga ondeaba el vientre.

—Mmm. A veces siento el hígado amoratado por las patadas. Pero en general, es una agradable sensación. Como si... —Vaciló y luego sonrió a su hermano—. Es difícil describírselo a un hombre, porque carece de las partes. Supongo que no puedo explicarte qué siento al tener un niño dentro de mí tanto como tú no puedes explicarme qué sientes cuando te dan una patada en los testículos.

—Puedo hacerte una buena demostración.

De repente, se dobló por la mitad, se agarró las partes y bizqueó mientras articulaba una serie de gruñidos nauseabundos.

—Lo hago bien, ¿verdad, Ian? —dijo volviéndose hacia éste, que, sentado, con la pata de palo apoyada en la chimenea, se desternillaba de risa.

Jenny intentó enderezarlo con un puntapié en el pecho.

—Ya basta, payaso. En ese caso, me alegro de no tenerlos.

Jamie se enderezó y se apartó los pelos de los ojos.

—No, en serio —dijo, interesado—. ¿Es sólo porque nuestras partes son diferentes? ¿Podrías describírselo a Claire? Después de todo, ella es una mujer, aunque todavía no haya tenido ningún hijo.

Jenny me miró a la altura del diafragma y volví a sentir una punzada.

—Mmm, tal vez... —Hablaba despacio, con aire pensativo—. Da la sensación de que la piel es muy fina. Se siente todo lo que está en contacto con el cuerpo, no sólo en el vientre, sino también en las piernas, a los lados y en los pechos. —Sus manos los tocaron inconscientemente y dibujaron la curva inferior—. Se notan pesados y llenos... y los pezones están muy sensibles.

Los pulgares acariciaron lentamente los senos y vi cómo se erguían en punta a través de la tela.

—Y por supuesto, se está gorda y torpe. —Jenny sonrió con tristeza y se frotó la cadera en donde se había golpeado antes con la mesa—. Y también se ocupa más espacio que el de costumbre.Sin embargo, aquí... —Sus manos ascendieron protectoras por el vientre—. Aquí es donde más sensaciones hay.

Acarició el vientre redondo y abultado como si acariciara la piel del niño y no la suya propia. Los ojos de Ian siguieron las manos mientras éstas se deslizaban arriba y abajo, una y otra vez.

—A1 principio es como si el vientre estuviera lleno de gases —añadió y se echó a

reír. Clavó un tobillo en el abdomen de su hermano—. Justo ahí..., como burbujas revoloteadoras. Pero con el tiempo, se siente al niño moverse y es como cuando un pez pica el anzuelo y al instante se va..., un tirón rápido, tan fugaz, que ya no se está segura de haberlo sentido. —Como en señal de protesta por la descripción, su invisible compañero se desplazó y abultó el vientre en un costado y luego en el opuesto.

—Supongo que ahora estarás segura —intervino Jamie, siguiendo los movimientos, fascinado.

—Sí. —Jenny apoyó una mano en el vientre como tranquilizándolo—. Duerme durante horas. A veces, cuando pasa mucho tiempo y no hay movimiento, tengo miedo de que esté muerto. Entonces, intento despertarlo. —Su mano presionó con fuerza un lado y enseguida fue recompensada con una fuerte patada en la dirección contraria—. Y me alegro cuando vuelve a dar patadas. Pero no es sólo el niño. Yo me siento hinchada por todas partes. No duele..., pero tengo la sensación de que voy a explotar. Es como si necesitara que me tocaran suavemente por todo el cuerpo. —Jenny ya no me miraba. Sus ojos se unían a los de su esposo. Supe entonces que se había olvidado de mí y de su hermano. Cierto aire de intimidad los envolvía a ambos, como si ésta fuera una historia mil veces contada, de la que no se cansaran nunca.

Su voz era ahora más suave y las manos volvieron a subir hasta los pechos, pesados y apremiantes bajo el ligero corpiño.

—Y hacia el último mes, empieza a aparecer la leche. Se siente cómo se van llenando los pechos poco a poco con cada movimiento del niño. Y, de repente, sube con fuerza y por completo. —Volvió a cogerse el vientre con ambas manos—. No hay dolor, apenas un sofocón, y los pechos producen tal cosquilleo que, si nadie los succiona, parece que fueran a estallar. —Cerró los ojos y se reclinó. Acariciaba, incesante, el vientre enorme con el ritmo propio de los encantamientos. Al observarla, llegué a pensar que si de veras existían las brujas, Janet Fraser debía de ser una de ellas.

El estado de trance que la envolvía llenó el ambiente cargado del salón; la lujuria que subyace en lo más profundo, la ardiente necesidad de unirse y procrear. Sin mirarlo, podía contar todos los pelos de Jamie, totalmente erizados.

Jenny abrió los ojos, oscuros en las sombras, y sonrió a su esposo, una curva lenta y exuberante de promesa infinita.

—Y hacia los últimos días, cuando el niño se mueve mucho, a veces se siente como si el hombre estuviera dentro, en una profunda penetración, y se desbordara en el interior. Y cuando comienzan las contracciones con él en lo más hondo, es igual, pero mucho más intenso; un movimiento que reverbera en las paredes del útero que colma de placer. El niño está quieto entonces y es como si en su lugar el hombre estuviera dentro.

Se volvió hacia mí de improviso y el hechizo se rompió.

—Eso es lo que ellos quieren a veces, ¿sabes? —susurró sonriéndome con la mirada—. Quieren regresar.

Al cabo de un rato, Jenny se levantó y voló hacia la puerta dirigiendo una mirada a Ian por encima del hombro, al que atrajo como un imán. Se detuvo cerca de la puerta para esperarlo y miró a su hermano, inmóvil, sentado junto a la chimenea encendida.

—¿Te encargarás del fuego, Jamie? —Jenny se estiró y arqueó la espalda. La curva de su columna imitó la curva extrañamente sinuosa del vientre. Los nudillos de Ian se deslizaron por aquélla y aterrizaron en la base de la columna provocando un gemido en Jenny. Y se marcharon.

Yo también me desperecé. Levanté los brazos y sentí el tirón agradable de los músculos cansados. Las manos de Jamie bajaron por los costados y se detuvieron en las

caderas. Apoyé mi espalda contra él y enlazé sus manos sobre mi vientre mientras las imaginaba acariciando la suave curva de un niño por nacer.

Cuando volví la cabeza para besarlo, advertí la pequeña figura encogida en el rincón del sillón.

—Mira. Se han olvidado del pequeño Jamie. —El niño solía dormir en el dormitorio de sus padres. Esta noche se había dormido junto al fuego mientras nosotros conversábamos y bebíamos vino, pero nadie se había acordado de llevarlo a la cama. Jamie me volvió el rostro para que lo mirara a él y se apartó mi pelo de la nariz.

—Jenny nunca se olvida de nada. Supongo que Ian y ella no desean compañía. —Deslizó las manos por la abotonadura trasera de mi falda—. Por ahora, será mejor que se quede aquí.

—¿Y si se despierta?

Las manos errantes subieron por el borde, ahora suelto, del corpiño. Jamie enarcó una ceja hacia la figura de su sobrino.

—En fin. Algún día tendrá que aprender todas estas cosas, ¿no? No será un ignorante como su tío. —Arrojó varios almohadones al suelo frente al fuego. Se tiró sobre ellos y me arrastró con él.

El fuego brillaba sobre las cicatrices plateadas de su espalda, como si realmente fuera el hombre de hierro que yo una vez lo acusé de ser, con el núcleo de metal entreviéndose entre los desgarros de la frágil piel. Dibujé las marcas del látigo, una por una. Jamie se estremeció bajo mis dedos.

—¿Crees que Jenny tiene razón? —le pregunté—. ¿Que los hombres desean regresar al útero materno? ¿Por eso nos hacéis el amor, acaso? —Una sonora carcajada agitó el pelo junto a mi oído.

—Bueno, no es lo que suelo tener en mente cuando te llevo a la cama, Sassenach. Ni por asomo. Pero... —Sus manos cubrieron mis senos y los labios se cerraron sobre el pezón—. Tampoco digo que Jenny esté completamente equivocada. A veces..., sí, a veces estaría bien volver dentro, seguro y... fundido. Supongo que saber que es imposible es lo que nos hace desear engendrar. Ya que nosotros no podemos regresar, podemos dar ese regalo valioso a nuestros hijos, al menos por un tiempo...

De pronto, se sacudió, como el perro al salir del agua.

—No me hagas caso, Sassenach —murmuró—. El vino me pone sentimental.

31

Día de pago

Hubo una suave llamada a la puerta y Jenny entró. Traía una prenda azul doblada en el brazo y un sombrero en la mano. Miró a su hermano con expresión crítica y asintió.

—La camisa te quedará bien. También he ensanchado tu mejor casaca. Desde la última vez que te vi, tienes un poco más anchos los hombros. —Ladeó la cabeza y reflexionó—. He hecho un buen trabajo... al menos hasta el cuello. Siéntate allí y te arreglaré el pelo. —Señaló el taburete junto a la ventana.

—¿El pelo? ¿Qué tiene de malo mi pelo? —Se llevó una mano a la cabeza para comprobarlo. La melena le llegaba a los hombros y, como siempre, la llevaba atada con una cinta de cuero para que no se le fuera a la cara.

Sin perder el tiempo con palabras, su hermana lo obligó a sentarse en el taburete, le quitó la cinta y se puso a cepillarle el pelo con los cepillos de carey.

—¿Qué tiene de malo tu pelo? —repitió Jenny—. Bueno, para empezar, está lleno de cardos. —Retiró una cosa marrón de la cabeza y la dejó caer sobre el tocador—. Y de hojas de roble. ¿Dónde estuviste ayer? ¿Hociqueando bajo los árboles como los cerdos? Está más enredado que una madeja de hilo lavado...

—¡Ay!

—Quieto, *roy*. —Con el entrecejo fruncido por la concentración, desenredó los nudos con la ayuda de un peine. Cuando terminó, una masa suave y brillante de un color entre cobrizo, canela y oro, resplandeció bajo los rayos de sol que entraban por la ventana. Jenny lo extendió entre sus manos y movió la cabeza. —No entiendo por qué el Señor desperdicia un cabello así en un hombre —comentó—. En algunas partes se parece al pelaje del ciervo rojo.

—Sí, es hermoso —convine—. Fíjate en los mechones rubios que tiene en la coronilla, desteñidos por el sol. —El objeto de nuestra admiración nos miró, enfadado.

—Si no os calláis, me afeitaré la cabeza. —Alargó una mano amenazadora hacia el tocador, donde estaba la navaja. Su hermana, rápida a pesar de lo avanzado de su embarazo, le golpeó la muñeca con el cepillo. Jamie gritó y volvió a hacerlo cuando Jenny le tiró del pelo.

—Estáte quieto —le ordenó. Separó el cabello en tres partes gruesas—. Te haré un peinado decente —declaró, satisfecha—. No dejaré que recibas a los colonos como un salvaje.

Jamie masculló una protesta pero se sometió al cuidado de su hermana. Jenny acomodó con habilidad pelos sueltos aquí y allá y formó una trenza gruesa y formal. Dobló la punta hacia dentro y la sujetó con hilo. Luego se llevó una mano al bolsillo y extrajo una cinta de seda azul que ató en un moño.

—¡Listo! Bonito, ¿no? —Se volvió hacia mí en busca de aprobación, y se la di. El cabello trenzado resaltaba la forma de la cabeza y las facciones pronunciadas. Limpio y arreglado, con camisa blanca y calzones grises, Jamie tenía un aspecto estupendo.

—Sobre todo la cinta —dije reprimiendo la risa—. Hace juego con los ojos.

Jamie clavó una mirada furiosa en su hermana.

—No. Nada de cintas. ¡Esto no es Francia ni la corte del rey Jorge! No me importa si es del color del manto de la Virgen... ¡Nada de cintas, Janet!

—¡De acuerdo, quisquilloso! —Jenny soltó la cinta y retrocedió.

—Bueno, así está bien —añadió, satisfecha, y me miró con sus penetrantes ojos azules.

—Mmm —musitó y pateó el suelo con aire pensativo.

Yo había llegado prácticamente en harapos, de modo que había sido necesario confeccionarme dos vestidos lo más deprisa posible; uno de tela sencilla para todos los días y otro de seda para ocasiones especiales como ésta. Como se me daba mejor coser heridas que tela, colaboré cortando y sujetando las piezas con alfileres y Jenny y la señora Crook se hicieron cargo del diseño y la costura.

Habían hecho un bonito trabajo y la seda cobriza se me adaptaba al cuerpo como un guante. Pliegues profundos caían por detrás sobre los hombros y confluían en la falda lujosa y pesada. Jenny y la señora Crook habían aceptado de mala gana mi negativa absoluta a usar corsé y, a cambio, habían reforzado con ingenio la parte superior del corpiño utilizando tiras de barba de ballena arrancadas de un viejo corsé.

Los ojos de Jenny me recorrieron con lentitud de pies a cabeza, donde se detuvieron. Con un suspiro, cogió el cepillo.

—Tú también —dijo.

Me senté, ruborizada, y evité mirar a Jamie mientras ella quitaba ramitas y hojas de roble de mis rizos y los depositaba en el tocador junto a los que había retirado del cabello de su hermano. Mi pelo quedó por fin desenredado y recogido. Jenny extrajo de su bolsillo un pequeño gorro de encaje.

—Perfecto —dijo mientras lo sujetaba sobre la pila de bucles—. Tienes un aspecto muy respetable, Claire.

Supuse que pretendía ser un cumplido y murmuré algo como respuesta.

—¿Tienes alguna joya? —preguntó Jenny.

—No, me temo que no. Todo lo que tenía eran las perlas que Jamie me dio para la boda y... —En nuestro apresuramiento al salir de Leoch, ni se me ocurrió pensar en las perlas.

—¡Ah! —exclamó Jamie como si hubiera recordado algo de pronto. Hurgó dentro de su morral y sacó con aire triunfal un collar de perlas.

—¿De dónde diantres lo has sacado? —pregunté, sorprendida.

—Las trajo Murtagh, esta mañana temprano —contestó—. Regresó a Leoch durante el juicio y se llevó todo lo que pudo... pensando que lo necesitaríamos si lográbamos huir. Al llegar, nos buscó aquí, pero por supuesto, habíamos ido a... a la colina, primero.

—¿Sigue aquí? —pregunté.

Jamie se detuvo detrás de mí para ponerme el collar.

—Sí. En la cocina, comiéndose todo y fastidiando a la señora Crook.

Durante el curso de mi relación con aquel hombrecillo, al margen de sus canciones, no le había oído decir más de treinta palabras. No me imaginaba cómo podía estar «fastidiando» a nadie. Debía de sentirse muy cómodo en Lallybroch, pensé.

—¿Quién es Murtagh? —pregunté—. ¿Quiero decir, es pariente tuyo?

Jamie y Jenny parecieron sorprendidos.

—Ah, sí —replicó ella. Se volvió hacia su hermano—. Es... ¿Tío del primo segundo de papá, Jamie?

—Sobrino —corrigió—. ¿No lo recuerdas? El viejo Leo tenía dos varones y...

Me tapé los oídos. Esto pareció recordarle algo a Jenny, pues se puso a palmotear.

—¡Pendientes! —gritó—. ¡Creo que tengo unos de perlas que irán perfectos con ese collar! Voy a buscarlos. —Desapareció con su habitual paso ligero.

—¿Por qué tu hermana te llama Roy? —pregunté con curiosidad mientras observaba cómo se ataba el corbatín frente al espejo. Exhibía la típica expresión del hombre que combate contra un enemigo mortal, común a todos los hombres cuando se anudan algo al cuello. Pero relajó los labios para sonreírme.

—Ah, eso. No es el nombre inglés Roy. Es un apodo en gaélico; el color de mi cabello. La palabra es *ruadh*... significa «rojo». —Tuvo que deletrearla y repetirla varias veces para que yo captara la diferencia.

—Pues a mí me suena igual, roy —dije con un meneo de cabeza.

Jamie recogió su morral y se puso a guardar las pequeñas cosas sueltas que habían salido junto con las perlas. Encontró un trozo enredado de cordel de pescar y volcó la bolsa sobre la cama. El contenido cayó amontonado. Revisó entre los objetos y enrolló los trozos de cordel y de soga. Cogió unos anzuelos sueltos y los clavó en un pedazo de corcho. Me acerqué a la cama para inspeccionar la colección.

—Jamás vi tanta basura en mi vida —comenté—. Eres una corneja, Jamie.

—No es basura —replicó, herido en su amor propio—. Son todas cosas útiles.

—Bueno, supongo que los cordeles y los anzuelos de pescar lo son. Y también la soga para las trampas. Incluso el taco para la pistola y las balas..., alguna que otra vez llevas pistola. Y también la serpiente que te dio Willie tiene explicación. ¿Pero las piedras? ¿Y el caparazón de caracol? ¿Y ese trozo de vidrio? Y...

Me agaché más para escudriñar una masa oscura y velluda de algo.

—¿Qué es...? No lo es, ¿verdad? ¿Para qué demonios llevas una pata seca de topo en tu morral, Jamie?

—Pues para combatir el reumatismo, claro está. —Me arrancó el objeto de las narices y volvió a introducirlo en la bolsa de piel de tejón.

—Ah, claro, por supuesto. —Lo observé con interés. Había enrojecido de vergüenza—. Al parecer da resultado; no te cruje nada.

Entresaqué una Biblia pequeña del resto de cachivaches y la hojeé mientras Jamie terminaba de guardar su valioso equipo.

—Alexander William Roderick MacGregor. —Leí en voz alta el nombre en la cubierta—. Dijiste que había una deuda pendiente con él. ¿A qué te referías?

—Ah, eso. —Se sentó junto a mí en la cama, cogió el libro y lo hojeó con delicadeza.

—Te conté que esto perteneció a un prisionero que murió en el Fuerte William, ¿verdad?

—Sí.

—No conocí al muchacho; murió un mes antes de mi llegada. Pero el médico que me dio el libro me hablaba de él mientras me curaba la espalda. Creo que necesitaba contárselo a alguien y no podía hablar con nadie en la guarnición. —Cerró el libro, lo dejó en las rodillas y se quedó contemplando el alegre resplandor del sol de octubre.

Alex MacGregor, un joven de unos dieciocho años, había sido arrestado por cuatrero, delito común. Un muchacho apuesto y silencioso: esperaban que cumpliera su sentencia y fuera puesto en libertad sin problemas. Una semana antes de ser liberado, sin embargo, fue encontrado muerto en el establo, ahorcado.

—Según el doctor, no hubo duda de que se suicidó. —Jamie acarició la tapa del libro—. Pero en realidad, no me dijo lo que él pensaba. Sí que comentó que el capitán Randall había mantenido una conversación privada con el chaval una semana antes.

Tragué saliva. A pesar del sol ardiente, tuve frío.

—¿Y crees que...?

—No. —La voz era suave y decidida—. No lo creo. Lo sé, y también lo sabía el médico. Y supongo que el sargento mayor; por eso murió. —Abrió las manos sobre las rodillas y contempló las largas articulaciones de los dedos. Grandes, fuertes y hábiles; las

manos de un granjero, las manos de un guerrero. Cogió la Biblia y la metió en el morral. —Y escucha lo que voy a decirte, *mo duinne.* Un día, Jack Randall morirá por mi propia mano. Y cuando esté muerto, enviaré este libro a la madre de Alex MacGregor con la noticia de que su hijo ha sido vengado.

El ambiente tenso se evaporó con la súbita reaparición de Jenny. Llevaba puesto un vestido de seda azul y su gorro de encaje. Sostenía una caja grande de cuero rojo marroquí.

—Ya han llegado los Curran, Willie Murray y los Jeffry, Jamie. Será mejor que bajes y tomes un segundo desayuno con ellos. He puesto más pan ázimo fresco y arenque salado. La señora Crook está preparando tortas de mermelada.

—Sí, claro. Baja cuando estés lista, Claire. —Se puso de pie con rapidez, se detuvo para darme un beso, breve pero intenso, y se marchó. Sus pasos resonaron con estrépito en el primer tramo de la escalera. En cambio, a medida que se acercaba a la planta baja, iba adoptando un andar más reposado, para hacer una entrada digna del señor de la casa.

Jenny sonrió y se volvió hacia mí. Puso la caja en la cama, la abrió y exhibió un revoltijo de joyas y baratijas diversas. Me sorprendió; no cuadraba con la ordenada y cuidadosa Jenny Murray, cuya mano férrea llevaba la casa con tal armonía, del alba a la caída del sol.

Hurgó entre los objetos brillantes y, como si me hubiera leído el pensamiento, levantó la cabeza y me sonrió.

—Siempre estoy pensando en ordenar estas cosas. Pero, de niña, mi madre a veces me dejaba curiosear en su caja y era como desenterrar un tesoro mágico..., nunca sabía qué encontraría a continuación. Quizá crea que si estuviera ordenado, la magia de alguna manera desaparecería. Qué tontería, ¿verdad?

—No —respondí con una sonrisa—. No lo es.

Revolvimos lentamente el interior de la caja, entre los queridos objetos de cuatro generaciones de mujeres.

—Esto era de mi abuela Fraser —comentó Jenny cogiendo un broche de plata. Tenía en relieve la forma de luna en cuarto creciente y un solitario diamante brillaba en la punta como una estrella. —Y esto... —Extrajo una alianza de oro fina con un rubí rodeado de brillantes—. Éste es mi anillo de bodas. Ian se gastó el salario de medio año, aunque le dije que cometía una locura.

La encandilada expresión de su ojos sugería todo menos que Ian hubiera cometido locura alguna. Restregó la piedra en el vestido para sacarle brillo y volvió a admirar la joya antes de guardarla en la caja.

—¡Qué ganas tengo de que nazca el niño! —añadió con una palmada en el vientre—. Me despierto con los dedos tan hinchados que apenas puedo atarme las cintas de la ropa y mucho menos usar anillos.

Distinguí un brillo extraño en el fondo de la caja.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ah, esto —me respondió hurgando de nuevo en la caja—. Nunca me los puse, no me quedan bien. Pero tú podrías llevarlos... eres alta y majestuosa, como mi madre. Eran de ella.

Se trataba de un par de brazaletes, hechos con colmillos de jabalí, lustrados de tal manera que el marfil refulgía con intensidad. Las puntas estaban cubiertas en plata grabada con un diseño floral.

—¡Son estupendos! Jamás había visto algo tan... tan maravillosamente rústico.

Jenny parecía divertida.

—Sí, lo son. Alguien se los dio a mi madre como regalo de bodas, pero nunca quiso decir quién. Mi padre solía hacerle bromas sobre su secreto admirador, pero ella jamás le reveló el nombre. Se limitaba a sonreír como un gato saciado de crema. Toma, pruébatelos.

El marfil era fresco y pesado en mi brazo. No pude resistir el impulso de acariciar

la superficie amarilla y veteada por los años.

—Te sientan muy bien —declaró Jenny—. Y además, combinan con tu vestido amarillo. Aquí están los pendientes...; póntelos y bajemos.

En la cocina, ya estaba Murtagh sentado a la mesa comiendo jamón con la punta de su puñal. La señora Crook pasó detrás de él con una fuente y, hábilmente, le deslizó en el plato tres hogazas de pan ázimo caliente, casi sin detenerse. Jenny iba y venía, preparando y supervisando. Hizo un alto para atisbar por encima del hombro de Murtagh su ya vaciado plato.

—No te prives, hombre —comentó—. Total, hay otro cerdo en el corral.

—¿Escatimando un bocado a un pariente, eh? —preguntó sin dejar de masticar.

—¿Yo? —Jenny se llevó las manos a las caderas—. ¡Cielos no! Después de todo, hasta ahora sólo te has servido cuatro veces' Señora Crook —llamó al ama de llaves que se alejaba—, cuando haya terminado con los panes, déle a este hombre famélico un cuenco de avena con leche para que se llene la panza. No queremos qu$_e$ se desmaye en la entrada.

Cuando Murtagh me vio en la puerta, se atragantó con un bocado de jamón.

—Mmmfm —dijo, en señal de saludo, después de que Jenny le golpeara en la espalda.

—También me alegra verle —contesté y me senté frente a él—, A propósito, gracias.

—¿Mmfm? —Media hogaza de pan con miel ahogó la pregunta.

—Por traer mis cosas del castillo.

—Mmm

Desechó cualquier agradecimiento con un gesto de la mano que terminó estirándose para acercarse el plato de la manteca.

—También le he traído sus plantas y demás -—agregó señalando hacia la ventana con un movimiento de cabeza—. Están en el patio, dentro de mis alforjas.

—¿Ha traído mi caja de medicinas? ¡Fantástico!

Estaba encantada. Algunas de las plantas medicinales eran raras y me había costado bastante encontrarlas y prepararlas adecuadamente.

—¿Cómo lo ha conseguido? —pregunté. Ya recuperada del horror del juicio por brujería, me preguntaba a menudo qué habrían pensado los habitantes del castillo de mi arresto y huida repentinos—. Espero que no haya tenido dificultades.

—Oh, no. —Dio otro buen mordisco pero esta vez esperó a que bajara por su garganta antes de continuar—. La señora Fitz hizo que metieran todo en una caja. Primero fui a verla a ella porque no estaba seguro de cómo me recibirían.

—Muy razonable. Imagino que la señora Fitz no chillaría al verle.

Las hogazas de pan despedían un olor delicioso. Cogí una y los pesados brazaletes de colmillos de jabalí tintinearon en mi muñeca. Advertí que Murtagh los observaba y los dispuse de modo que pudiera ver los extremos de plata grabada.

—Hermosos, ¿verdad? Jenny me dijo que eran de su madre.

La mirada de Murtagh se desvió hacia el cuenco de avena que señora Crook había empujado con brusquedad debajo de su nariz.

—Le quedan bien —masculló. De pronto, volviendo al tema anterior, añadió—: No, no pediría ayuda en mi contra. Hace algún tiempo, conocí bien a Glenna FitzGibbons.

—Ah, ¿un antiguo amor, eh? —bromeé. Disfruté imaginándome a aquel hombrecillo estrechamente abrazado a la voluminosa señor Fitz.

Murtagh me miró fríamente.

—No, nada de eso. Y le agradecería que hablara con cortesía cuando se refiera a

esa dama. Su esposo era hermano de mi madre. Y si le interesa saberlo, estaba muy triste por usted.

Bajé la mirada, avergonzada, y cogí el pote de miel para ocultar mi vergüenza. El recipiente de piedra había estado dentro de una olla de agua hirviendo para derretir el contenido y ahora estaba caliente.

—Lo siento —respondí y vertí el dulce fluido dorado sobre el pan, cuidando de no volcarlo—. Me preguntaba qué habrá pensado ella cuando... cuando yo...

—Al principio, no se dieron cuenta de su ausencia —interpuso el hombrecillo en tono práctico e ignorando mi disculpa—. Cuando no apareció a cenar, pensaron que tal vez se había quedado hasta tarde en el campo y que se había acostado sin comer. La puerta de su cuarto estaba cerrada. Y al día siguiente, con el alboroto que produjo el arresto de la señora Duncan, nadie pensó en buscarla a usted. No se hablaba de usted, sólo de ella, cuando llegó la noticia. Y en medio de tanta excitación, a nadie se le ocurrió buscarla.

Asentí mientras reflexionaba. Nadie me habría echado de menos, excepto los que precisaran tratamiento médico; había pasado la mayor parte del tiempo en la biblioteca de Colum durante la ausencia de Jamie.

—¿Y Colum? —pregunté. Sentía algo más que curiosidad. ¿Lo habría planeado realmente, como pensaba Geilie?

Murtagh se encogió de hombros. Miró la mesa en busca de más comida, pero al parecer no encontró nada de su gusto. Se recostó en el respaldo y enlazó las manos sobre el estómago.

—Cuando se enteró de la noticia, ordenó cerrar los portones de inmediato y prohibió a todos en el castillo que bajaran a la aldea por temor a que se vieran atrapados en el tumulto. —Se recostó aún más y me escudriñó con gesto especulativo—. Al segundo día, la señora Fitz empezó a buscarla. Preguntó a todas las criadas si la habían visto. Ninguna la vio, pero una de las muchachas dijo que tal vez usted hubiese ido al pueblo... y se hubiese refugiado en alguna de las casas.

Una de las muchachas, pensé con cinismo. La que sabía perfectamente dónde estaba yo.

Murtagh eructó con suavidad y no se molestó en sofocar el sonido.

—Oí decir que la señora Fitz buscó por todo el castillo. Y que después de asegurarse de que usted no estaba allí, pidió a Colum que enviara un hombre a la aldea. Y cuando se enteró de lo que había ocurrido...

Una ligera expresión divertida iluminó el oscuro rostro.

—No me contó todo, pero deduje que le complicó más la vida a Colum de lo que ya es para él. No dejó de pedirle que mandara soldados al pueblo para liberarla a usted por la fuerza. Pero no sirvió de nada. Colum sostuvo que el asunto estaba demasiado avanzado para que pudiera hacer algo por el estilo y que ahora estaba en manos de los examinadores, y esto y lo otro. Debió de ser todo un espectáculo —agregó—. Dos voluntades así, enfrentadas.

Y al final, por lo visto, ninguna había triunfado ni cedido. Ned Gowan, con su don especial para el compromiso, típico en un abogado, había encontrado una solución entre ambas posturas y se había ofrecido para ir al juicio, no como representante del Señor sino como defensor independiente.

—¿La señora Fitz creía que yo era una bruja? —pregunté con curiosidad. Murtagh resopló.

—No he conocido todavía una mujer vieja que crea en brujas, ni tampoco una joven. Son los hombres quienes piensan que debe de haber brujería y magia en las mujeres, cuando en realidad, son sólo cosas naturales en ellas.

—Empiezo a comprender por qué no llegó a casarse usted nunca —dije.

—¿De veras? —Empujó la silla hacia atrás y se levantó. Se echó la capa sobre los

hombros. —Me voy. Dale mis respetos al Señor —dijo a Jenny, que reapareció tras haber estado recibiendo a los colonos en la entrada principal—. Debe de estar ocupado, sin duda.

Jenny le entregó una bolsa de tela grande atada con un nudo y que evidentemente contenía provisiones como para una semana.

—Algo para el viaje de regreso. —La sonrisa le formó hoyuelos en las mejillas—. Te durará por lo menos hasta que pierdas de vista la casa.

Murtagh apretó el nudo de la bolsa dentro de su cinto y se volvió hacia la puerta.

—Sí —contestó—. De lo contrario, verán a los cuervos reunirse al otro lado de la colina para descarnar mis huesos.

—No creo que les dé para mucho —dijo Jenny, sarcástica, y contempló la escuálida figura—. Un palo de escoba tiene más carne.

El rostro hosco de Murtagh no se alteró, pero un brillo débil iluminó sus ojos.

—¿Ah, sí? Bueno, te diré algo, muchacha.... —Las voces atravesaron el pasillo en una mezcla de insultos cordiales y discusiones. Finalmente, los ecos se esfumaron en la entrada.

Me quedé sentada un rato más a la mesa acariciando el cálido marfil de los brazaletes de Ellen MacKenzie. Cuando sentí el lejano portazo, di un respingo y me levanté para ocupar mi lugar como Señora de Lallybroch.

De por sí un lugar bullicioso, durante el día de pago Lallybroch sencillamente bullía de actividad. Los arrendatarios entraban y salían sin cesar. Algunos permanecían el tiempo justo para pagar sus rentas; otros se quedaban todo el día, paseaban por la propiedad, conversaban con amigos y bebían y comían en la sala. Jenny, radiante con su vestido de seda azul, y la señora Crook, de blanco almidonado, revoloteaban entre la cocina y el salón en tanto supervisaban a las dos criadas que se tambaleaban de un lado a otro bajo enormes fuentes de tortas de avena, pasteles de fruta y otros dulces.

Después de presentarme ceremoniosamente a los arrendatarios en la sala y el comedor, Jamie se retiró a su estudio con Ian para recibir a los colonos individualmente. De ese modo, conferenciaban con ellos sobre las necesidades de la siembra de primavera, consultaban acerca de la venta de lana y granos, apuntaban las actividades de la propiedad y ponían las cosas en orden para el próximo trimestre.

Yo, contenta, me ocupaba en los trabajos nimios: conversaba con los colonos, colaboraba con el refrigerio cuando era necesario y, a veces, me limitaba a retirarme a un segundo plano para observar las idas y venidas de los demás.

Recordé la promesa de Jamie a la anciana junto a la alberca del molino y esperé con curiosidad la llegada de Ronald MacNab.

Llegó poco después del mediodía, montado en una muía y con un niño sujeto a su cinto por detrás. Los miré con disimulo desde la puerta del salón y me maravillé de lo exacta que había sido la descripción de su madre.

Quizá la de «borracho empedernido» fuera un tanto exagerada; sin embargo, las apreciaciones generales de Grannie MacNab habían sido acertadas. El cabello de Ronald MacNab era largo y grasiento, atado de cualquier manera con una cuerda. El cuello y los puños de su camisa estaban grises de suciedad. Debía de ser uno o dos años más joven que Jamie, pero parecía por lo menos quince años mayor. La hinchazón ocultaba los huesos de la cara y los pequeños ojos grises, de mirada opaca, inyectados de sangre.

En cuanto al niño, su aspecto también era entre zarrapastroso y mugriento. Peor, pensé. Sentado detrás de su padre, no apartaba los ojos del suelo y se encogía cada vez que Ronald se volvía y le hablaba con dureza. Jamie, que había salido a la puerta del estudio, presenció la escena e intercambió una mirada inteligente con Jenny, que traía la botella que

le había pedido.

Jenny asintió de modo casi imperceptible y le entregó la botella. Luego cogió con firmeza al niño de la mano y lo arrastró hacia la cocina.

—Ven conmigo, pequeño —dijo—. Tengo unos dulces esperándote. ¿O prefieres un trozo de pastel de fruta?

Jamie saludó con la cabeza a Ronald MacNab y se apartó para que el hombre entrara en el estudio. Antes de cerrar la puerta, nuestras miradas se encontraron y me hizo señas en dirección a la cocina. Asentí y me precipité en pos de Jenny y el pequeño Rabbie.

Los encontré enfrascados en amena conversación con la señora Crook, que, con un cucharón, pasaba el ponche de la olla grande a un cuenco de cristal. Vertió un poco en una taza de madera y se la ofreció al niño. Rabbie vaciló y miró con recelo al ama de llaves antes de aceptarla. Jenny continuaba hablando al pequeño en tono desenfadado mientras llenaba fuentes, pero sólo obtenía gruñidos por toda respuesta. Sin embargo, parecía que el pequeño salvaje iba relajándose poco a poco.

—Tienes la camisa muy sucia, jovencito —comentó y le dio la vuelta el cuello—. Quítatela y te la lavaré antes de que te vayas. —«Sucia» era decir poco, pero el niño retrocedió a la defensiva. Yo estaba detrás de él y, a un gesto de Jenny, lo agarré por los brazos antes de que pudiera escapar.

Gritó y pateó, pero Jenny y la señora Crook lo rodearon y entre las tres le quitamos la mugrienta camisa.

Jenny contuvo el aliento. Mientras sostenía la cabeza del muchacho debajo del brazo, la escuálida espalda quedó totalmente al descubierto. Cardenales y rasguños marcaban ambos lados de la columna, algunos recientes, otros tan viejos que no eran más que sombras descoloridas sobre las descarnadas costillas. Jenny agarró al niño por la nuca mientras aflojaba la presión de su brazo y le habló al oído para tranquilizarlo. Me miró y movió la cabeza en dirección a la entrada.

—Será mejor que se lo digas.

Llamé suavemente a la puerta del estudio con la excusa de llevarles tortas de avena con miel. Cuando Jamie respondió, abrí la puerta y entré.

La expresión de mi rostro debió de ser muy elocuente, pues no tuve necesidad de hablar con Jamie en privado. Tras observarme un momento con aire pensativo, se volvió hacia el colono.

—De acuerdo, Ronnie, quedamos así con respecto a la cuota de granos. Pero quería hablarte de otra cosa. He oído decir que tienes un muchacho que promete, Rabbie, y yo necesito a un chico de su edad que ayude en los establos. ¿Estarías dispuesto a dejarle venir? —Los largos dedos de Jamie juguetearon con una pluma de ganso que había en el escritorio. Ian, sentado en una mesa más pequeña, con la barbilla reposando entre las manos, clavaba la mirada en MacNab con sumo interés.

Los ojos de MacNab brillaron, agresivos. Parecía tener el resentimiento del hombre que no está borracho pero desea estarlo.

—No, lo necesito —replicó con sequedad.

Jamie se reclinó en la silla y enlazó las manos sobre el esternón.

—Te pagaría por sus servicios, desde luego.

El hombre gruñó y se movió en la silla.

—Ya ha venido mi madre con el cuento, ¿eh? He dicho que no y es no. Es mi hijo y haré con él lo que me parezca mejor. Y lo mejor ahora es que se quede en la casa.

Jamie contempló a MacNab un momento y luego se volvió a concentrar en los libros sin insistir en el tema.

Ya entrada la tarde, a medida que los arrendatarios se reunían en los ambientes mas cálidos de la despensa y la sala para un último refrigerio antes de partir, divisé a Jamie desde la ventana. Caminaba con andar reposado hacia la porqueriza en compañía del

desaliñado MacNab, cuyos hombros rodeaba con un brazo en gesto cordial. Los dos hombres desaparecieron detrás del cobertizo, al parecer para inspeccionar algo de interés agrícola, y reaparecieron al cabo de un minuto o dos, en dirección a la casa.

El brazo de Jamie continuaba sobre los hombros del colono, aunque ahora parecía sostenerlo. El rostro de MacNab estaba de un color gris enfermizo y sudaba. El hombre caminaba muy lentamente y como si no pudiera hacerlo en línea recta.

—Bueno, entonces está arreglado —manifestó Jamie con alegría cuando se acercaron—. Supongo que la patrona estará contenta con el dinero extra, ¿eh, Ronald? Ah, aquí tienes tu animal..., una bestia estupenda.

La mula vieja que había traído a los MacNab a la granja avanzó pesadamente desde el patio donde había estado disfrutando de la hospitalidad de la casa. Aún de la boca le sobresalía un manojo de heno que se agitaba mientras masticaba.

Jamie juntó las manos para que MacNab apoyara un pie y montara. Una ayuda muy necesaria, por lo que podía apreciarse. MacNab no habló ni respondió a los saludos de Jamie: «Que Dios te acompañe» y «Buen viaje». Se limitó a asentir con aire aturdido y dejó el patio al paso, como abstraído en algún problema secreto.

Jamie se apoyó en el cerco e intercambió frases amables con otros colonos que regresaban a sus casas. Cuando la desaliñada figura de MacNab se perdió de vista por la cima de la colina, se irguió y echó un vistazo al camino. Enseguida se volvió y silbó. Una figura pequeña con la camisa raída pero limpia y la falda manchada salió a rastras por debajo del carro de heno.

—Bien, pequeño Rabbie —dijo Jamie con simpatía—. Parece que después de todo, tu padre te ha dado permiso para que seas mozo de cuadra. Estoy seguro de que serás buen trabajador y motivo de orgullo para él, ¿eh?

Unos ojos como platos e inyectados de sangre en medio del rostro sucio lo miraban inexpresivos: el niño no respondió. Jamie se aproximó, lo cogió suavemente del hombro y lo volvió hacia el abrevadero de caballos.

—Hay comida esperándote en la cocina, muchacho. Pero antes ve a lavarte. La señora Crook es muy exigente. Ah, Rabbie... —Se inclinó para susurrarle al oído—: No te olvides de las orejas o ella te las limpiará. Esta mañana me restregó las mías—Se puso las manos detrás de las orejas y las sacudió con solemnidad hacia el niño, que sonrió tímidamente y se precipitó hacia el abrevadero.

—Me alegra que lo hayas conseguido —dije y cogí a Jamie del brazo para ir a cenar—. Me refiero a Rabbie MacNab. ¿Cómo lo has hecho?

Se encogió de hombros.

—Llevé a Ronald detrás del cobertizo y le di dos puñetazos en las partes blandas. Le pregunté si prefería privarse de su hijo o de su hígado.

Frunció el ceño.

—No estuvo bien, pero no se me ocurrió otra cosa. Y no deseaba que el niño regresara con él. Pero no sólo porque se lo prometí a su abuela: Jenny me contó lo de la espalda. —Vaciló—. Te diré algo, Sassenach. Mi padre me azotaba con la frecuencia que él consideraba necesaria y, desde luego, yo casi nunca estaba de acuerdo. Pero no me encogía de miedo cuando me hablaba. No creo que el día de mañana el pequeño Rabbie se ría de eso con su esposa en la cama.

Encorvó los hombros con ese extraño encogimiento a medias, algo que no le había visto hacer durante meses.

—El padre tiene razón; es su hijo y puede hacer con él lo que le plazca. Y yo no soy Dios; tan sólo el dueño de esta propiedad, que es una categoría bastante más inferior. De todos modos... —me miró y esbozó una sonrisa torcida—, hay a veces una línea muy estrecha entre justicia y barbarie, Sassenach. Espero haber hecho lo correcto.

Le pasé un brazo alrededor de la cintura y lo estreché contra mí.

—Has hecho lo correcto, Jamie.

—¿Lo crees de veras?

—Sí.

Regresamos a la casa caminando, cogidos de la cintura. Los edificios blanqueados de la granja resplandecían ambarinos bajo el sol poniente. En vez de entrar en la casa, Jamie me condujo por la cuesta, detrás de la mansión. Desde allí, sentados en la valla de un campo sembrado, podíamos ver toda la extensión de la granja a nuestros pies.

Apoyé la cabeza en el hombro de Jamie y suspiré. Me apretó con suavidad como respuesta.

—Has nacido para esto, ¿verdad, Jamie?

—Tal vez, Sassenach.

Contempló los campos y los edificios, las cabañas de los colonos y los caminos. Bajó la vista y una sonrisa repentina curvó sus labios carnosos.

—¿Y tú, Sassenach mía? ¿Para qué has nacido? ¿Para ser la dueña de una mansión o para dormir en los campos como una gitana? ¿Para ser una curadora, la esposa de un catedrático o la dama de un fugitivo?

—He nacido para ti —respondí sencillamente y lo rodeé con mis brazos.

—¿Sabes —comentó cuando nos separamos— que es la primera vez que me lo dices?

—Tú también.

—No es verdad. Al día siguiente de nuestra llegada te dije que te deseaba más que a nada.

—Y yo te dije que amar y desear no significan necesariamente lo mismo —contraataqué.

Se echó a reír.

—Tal vez tengas razón, Sassenach. —Me apartó el pelo de la cara y me besó en la frente—. Te deseé desde la primera vez que te vi..., pero te amé cuando lloraste en mis brazos y dejaste que te consolara, tu primera noche en Leoch.

El sol se ocultó bajo la silueta oscura de los pinos y surgieron las primeras estrellas. Estábamos a mediados de noviembre y el aire de la noche era frío, aunque durante el día se estaba bien. De pie al otro lado de la valla, Jamie agachó la cabeza y apoyó su frente contra la mía.

—Tú primero.

—No, tú.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿De qué, Sassenach mía? —La oscuridad se extendía sobre los campos, empapando la tierra y elevándose para encontrarse con la noche. La luz de la luna creciente delineaba la frente y la nariz de Jamie e iluminaba totalmente su rostro.

—Temo que si empiezo, nunca me detendré.

Jamie se volvió hacia el horizonte, donde la media luna pendía aún baja.

—Ya estamos cerca del invierno y las noches son largas, *mo duinne*.

Se apoyó en la valla con los brazos extendidos y me hundí en ellos. Sentí el calor de su cuerpo y el palpitar de su corazón.

—Te quiero.

32

Difícil tarea

Al cabo de unos días, a la caída del sol, estaba yo en la colina detrás de la casa arrancando tubérculos de una pequeña parcela de corídalos que había encontrado. Oí un ruido de pasos que se acercaban sobre la hierba y me volví, esperando ver a Jenny o a la señora Crook, que vendrían para llamarme a cenar. Era Jamie. Tenía el cabello mojado debido a sus abluciones previas a la cena y la camisa todavía atada entre las piernas para trabajar en el campo. Se acercó por detrás, me rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla en mi hombro. Juntos contemplamos el sol ocultarse tras los pinos, engalanado con gloria dorada y púrpura. El paisaje se desdibujó gradualmente a nuestro alrededor, pero no nos movimos, felices. Por fin, en tanto oscurecía, oí la voz de Jenny que llamaba desde la casa.

—Será mejor que vayamos —dije moviéndome sin ganas.

Jamie permaneció quieto y me estrechó con más fuerza. No apartó la mirada de las crecientes sombras, como si intentara fijar cada piedra y brizna de hierba en su memoria.

Me volví hacia él y le rodeé el cuello con los brazos.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja—. ¿Debemos irnos pronto? —La perspectiva de dejar Lallybroch me encogía el corazón, pero sabía que era peligroso quedarnos mucho tiempo más. La visita de los casacas rojas podía repetirse en cualquier momento con resultados mucho más catastróficos.

—Sí. Mañana, o pasado a más tardar. Hay ingleses en Knockchoilum; queda a unos treinta kilómetros de aquí, pero con buen tiempo es un viaje de dos días a caballo. —Comencé a bajarme de la valla, pero Jamie me pasó un brazo debajo de las rodillas y me levantó. Me sostuvo contra su pecho.

Podía sentir el calor del sol aún en su piel y el aroma cálido y polvoriento del sudor y la avena. Había estado ayudando con la última parte de la cosecha y el olor me recordó una cena de la semana anterior, cuando supe que Jenny, siempre cordial y atenta, me había aceptado por fin como miembro de la familia.

La cosecha era un trabajo agotador, lo que hacía a menudo que Ian y Jamie cabecearan al final de la cena. En una ocasión, me había levantado de la mesa para buscar el postre, un pastel de harina de avena, y cuando regresé, los encontré a los dos dormidos como troncos y a Jenny riendo bajito entre los restos de comida. Ian estaba repantigado en la silla con la barbilla contra el pecho y respiraba profundamente. Jamie había apoyado la mejilla en sus brazos cruzados sobre la mesa y yacía desgarbado roncando sosegadamente entre la fuente y el molinillo de pimienta.

Jenny me quitó el pastel de las manos y sirvió dos porciones. Sacudió la cabeza hacia los dos hombres.

—Bostezaban tanto —comentó—, que me pregunté qué pasaría si yo dejaba de hablar. Así que me callé y dos minutos después ya estaban los dos dormidos.

Alisó con ternura el cabello de Ian sobre la frente.

—Por eso nacen tan pocos niños aquí en julio —me explicó enarcando una ceja traviesa—. En noviembre, los hombres no pueden mantenerse despiertos el tiempo suficiente para concebir uno.

No cabía la menor duda. La idea me hizo reír. Jamie se movió y resopló junto a mí. Le apoyé una mano en la nuca para que se tranquilizara. En un acto reflejo sus labios se curvaron en una sonrisa suave antes de volver a sumirse en un sueño profundo.

—¡Qué extraño! —comentó Jenny al observarlo—. No se lo he visto hacer desde que era muy pequeño.

—¿Hacer qué?

—Sonreír mientras duerme. Solía hacerlo siempre, cuando alguien se detenía a acariciarlo en su cuna o incluso en su cama cuando ya era un poco mayorcito. A veces mi madre y yo nos turnábamos para acariciarle la cabeza y ver si podíamos hacerle sonreír; siempre lo hacía.

—Qué curioso, ¿no? —Probé deslizando suavemente una mano por la cabeza y la nuca. No tardé en verme recompensada con una sonrisa especialmente dulce, que permaneció un momento antes de que las líneas del rostro volvieran a relajarse para adoptar la expresión severa que solía exhibir Jamie cuando dormía. —Me pregunto por qué lo hace —añadí y lo contemplé fascinada. Jenny se encogió de hombros y me sonrió.

—Supongo que significa que es feliz.

En cualquier caso, no nos marchamos al día siguiente. En mitad de la noche, me despertaron unos murmullos en la habitación. Me volví y vi a Ian inclinado sobre la cama con una vela en la mano.

—El niño está en camino —me explicó Jamie al verme despierta. Se sentó y bostezó—. ¿Se ha adelantado, Ian?

—Nunca se sabe. El pequeño Jamie se retrasó. Supongo que es mejor que se adelante a que venga con retraso. —La sonrisa de Ian fue apresurada y nerviosa.

—¿Sabes asistir un parto, Sassenach? ¿O prefieres que llame a la comadrona? —Jamie me dirigió una mirada inquisitiva. Respondí sin vacilar.

Negué con la cabeza.

—Busca a la comadrona. —Había visto nada más que tres partos durante las prácticas; todos realizados en un quirófano esterilizado, con la paciente cubierta y anestesiada, sin nada visible excepto el grotesco perineo hinchado y la cabeza que emergía de repente.

Jamie salió en busca de la comadrona, la señora Martins, y yo seguí a Ian por las escaleras.

Jenny estaba sentada en una silla junto a la ventana, cómodamente recostada. Se había puesto un camisón viejo, había quitado las sábanas y la colcha de la cama y extendido una manta vieja sobre el colchón de plumas. Y ahora estaba sentada, esperando.

Ian revoloteaba a su alrededor, nervioso. Jenny le sonrió, pero con una mirada distraída, como si escuchara algo distante que sólo ella podía oír. Ian, completamente vestido, se movía inquieto por el cuarto, levantando y bajando cosas hasta que al final Jenny le ordenó que se marchara.

—Baja y despierta a la señora Crook, Ian —sugirió con una sonrisa para suavizar la orden—. Dile que prepare las cosas para la señora Martins. Ella sabrá qué hacer. —De repente, inhaló bruscamente y se llevó ambas manos al abdomen distendido. Mientras la observaba, vi cómo su vientre se endurecía y abombaba. Se mordió el labio y respiró entrecortadamente durante un instante y finalmente se relajó. El vientre había recuperado su forma normal, con apenas una lágrima derramada, abombado en ambos extremos.

Ian, indeciso, posó una mano en el hombro de Jenny y ella la cubrió con la suya y le sonrió.

—Y que te dé algo de comer. A ti y a Jamie. Dicen que el segundo hijo es más rápido que el primero. Quizá para cuando hayáis terminado el desayuno, yo ya esté lista

para comer algo.

Ian le apretó el hombro con fuerza y la besó. Le susurró algo al oído antes de darse la vuelta. Titubeó en la puerta y miró hacia atrás, pero Jenny le instó para que saliera.

El tiempo pasaba, Jamie no llegaba y yo me ponía más nerviosa a medida que se intensificaban las contracciones. Por lo general, los segundos hijos eran más rápidos. ¿Y si éste decidía nacer antes de que llegara la señora Martins?

Al principio, Jenny conversaba conmigo de cosas intrascendentes, interrumpiéndose sólo para inclinarse hacia delante y sujetarse el vientre cuando las contracciones alcanzaban su punto álgido. Pero pronto perdió las ganas de hablar y se recostó. Intentaba mantenerse serena en medio de los dolores, que se iban intensificando. Por fin, después de una contracción que casi la hizo doblarse en dos, se levantó de la silla tambaleándose.

—Ayúdame a caminar un poco, Claire. —Como ignoraba el procedimiento correcto, obedecí y la sujeté con fuerza por debajo del brazo para que fuera erguida. Recorrimos el cuarto con lentitud un par de veces. Nos deteníamos cuando sobrevenía una contracción y proseguíamos cuando cedía. Poco antes de que llegara la comadrona, Jenny se acostó en la cama.

La señora Martins era una mujer de aspecto tranquilizador. Alta y delgada, tenía hombros anchos, brazos musculosos y esa expresión de persona amable y práctica que inspiraba confianza. Dos arrugas verticales entre sus cejas grises oscuras, siempre visibles, se acentuaban cuando se concentraba.

Permanecieron poco marcadas durante el reconocimiento preliminar. Entonces... de momento todo iba bien. La señora Crook había proporcionado una pila de sábanas limpias y planchadas y la señora Martins cogió una, aún doblada, y la empujó debajo de Jenny. Cuando Jenny se levantó ligeramente, me asusté al ver la mancha oscura de sangre entre los muslos.

La señora Martins advirtió mi expresión e hizo un gesto tranquilizador.

—Está bien. No hay por qué preocuparse, a menos que la sangre sea muy roja y brote mucha de pronto. Todo anda bien.

Nos sentamos a esperar. La señora Martins hablaba a Jenny en voz baja y sosegada. Le frotaba la espalda y durante las contracciones presionaba con fuerza. No bien éstas aumentaron, Jenny comenzó a apretar los labios y a resoplar por la nariz. A menudo profería un débil pero profundo gemido cuando las contracciones alcanzaban su punto más doloroso.

El cabello de Jenny estaba ahora empapado de sudor y su rostro enrojecido por la tensión. Mientras la contemplaba, comprendí por qué se llamaba a aquello «difícil tarea». Dar a luz era sin duda una empresa ardua.

Durante las dos horas siguientes, no se avanzó mucho, excepto que los dolores se hacían cada vez más intensos. Al principio, Jenny contestaba a las preguntas, pero ahora ya no respondía. Las contracciones la dejaban sin aliento y la hacían enrojecer y palidecer en cuestión de segundos.

Al producirse la siguiente, apretó los labios y me llamó cuando el dolor cedió.

—Si vive... —pronunció sin aliento— y es una niña... se llamará Margaret. Díselo a Ian... que la llame Margaret Ellen.

—Sí, por supuesto —le aseguré—. Pero tú misma se lo dirás. Ya falta poco.

Sacudió la cabeza en una negativa decidida y apretó los dientes cuando la volvió a acometer otra contracción. La señora Martins me cogió de un brazo y me alejó.

—No le haga mucho caso, pequeña —me dijo muy prosaica ella—. Todas piensan que van a morir.

—Ah —exclamé con cierto alivio.

—Claro que... —añadió en un susurro—, a veces lo hacen.

Incluso la señora Martins parecía un poco preocupada a medida que las contracciones continuaban sin un progreso apreciable. Jenny estaba agotada; cuando disminuía el dolor, el cuerpo se aflojaba. Hasta se adormecía, como si buscara evadirse durante breves intervalos de sueño. Entonces, cuando el puño despiadado volvía a golpearla, despertaba para seguir luchando y gemía con esfuerzo, mientras se acurrucaba de costado para proteger la rígida protuberancia del niño por nacer.

—¿Podría ser que el niño... hubiera retrocedido? —pregunté en voz queda, algo avergonzada por sugerir algo así a una comadrona experimentada. Sin embargo, la pregunta no pareció ofender a la señora Martins. El ceño se acentuó al observar a la exhausta futura madre.

Cuando pasó la siguiente contracción, la señora Martins apartó la sábana y el camisón y se puso a trabajar enseguida. Apretó el voluminoso abdomen aquí y allá con dedos veloces y hábiles. Tuvo que detenerse varias veces, pues el tanteo parecía provocar los dolores y el reconocimiento resultaba imposible durante las implacables y poderosas contracciones.

Finalmente, se retiró con aire pensativo. Golpeó un pie contra el suelo distraídamente mientras contemplaba a Jenny retorcerse de dolor durante dos contracciones desgarradoras. Al tirar de las sábanas, una de ellas se rasgó de pronto.

Como si esto fuera una señal, la señora Martins avanzó decidida y me llamó.

—Reclínela un poco, jovencita —me dio las instrucciones nada desconcertada por los gritos de Jenny. Supuse que ya estaría saturada de oírlos.

En el siguiente momento de relajación, la señora Martins se puso en acción. Tomó al niño a través de las paredes momentáneamente flaccidas del útero e intentó darle la vuelta no sin esfuerzo. Jenny chilló y me sacudió los brazos al iniciarse otra contracción.

La señora Martins volvió a intentarlo, una y otra vez. Sin poder dejar de empujar, Jenny estaba al límite del agotamiento, pero su cuerpo seguía luchando para traer a su hijo al mundo.

Y entonces ocurrió. Hubo una extraña y súbita alteración de fluidos y el bulto amorfo del niño giró en las manos de la señora Martins. De repente, la forma del vientre de Jenny cambió y la sensación de que llegábamos al desenlace final fue inminente.

—¡Ahora, empuja! —Jenny lo hizo y la señora Martins se arrodilló junto a la cama. Al parecer, vio indicios de progreso, puesto que se incorporó y se apresuró a tomar la botella que había dejado sobre la mesa al entrar. Vertió una pequeña cantidad de lo que pareció aceite en las puntas de sus dedos y lo frotó con suavidad entre las piernas de Jenny.

Jenny emitió una protesta profunda y airada al sentir el roce. Comenzó otra contracción y la señora Martins retiró la mano. Cuando Jenny se relajó, la comadrona retomó el suave masaje, susurrando a su paciente, diciéndole que todo estaba bien, que descansara y que ahora... ¡empujara!

Durante la siguiente contracción, la señora Martins apoyó la mano sobre el vientre de Jenny y empujó hacia abajo con fuerza. Jenny chilló, pero la comadrona continuó presionando hasta que cedió la contracción.

—Empuje conmigo en la próxima —me ordenó—. Ya está a punto de nacer.

Puse mis manos sobre las de la señora Martins en el vientre de Jenny y cuando me indicó, las tres empujamos juntas. Un gruñido hondo y victorioso brotó de la garganta de Jenny y un bulto pequeño y sucio se hinchó de pronto entre sus muslos. Jenny enderezó las piernas contra el colchón y volvió a empujar. Margaret Ellen Murray llegó al mundo como un cerdo grasiento.

Me incorporé después de enjugar el rostro sonriente de Jenny con un trapo húmedo y miré por la ventana. El sol se estaba poniendo.

—Estoy bien —dijo Jenny—. Bastante bien.

La amplia sonrisa de placer con que había recibido el nacimiento de su hija se había

transformado en una sonrisa permanente de plena satisfacción. Alargó una mano indecisa y me estiró de la manga.

—Avisa a Ian —me pidió—. Debe de estar preocupado.

No tenía aspecto de estarlo. La escena en el estudio, donde Ian y Jamie se habían refugiado, se asemejaba mucho a una orgía de festejo prematuro: en el aparador una jarra vacía acompañaba a varias botellas y un fuerte olor a alcohol flotaba en la habitación.

El orgulloso padre parecía haberse desmayado con la cabeza en el escritorio. El anfitrión, por su parte, aún estaba consciente, pero con la vista nublada, reclinado contra la pared y parpadeando como un búho.

Indignada, me acerqué al escritorio taconeando ruidosamente y sacudí a Ian del hombro con rudeza sin hacer caso de Jamie, que se había incorporado para decirme:

—Espera, Sassenach...

Ian no había perdido la consciencia. Levantó la cabeza displicente y me miró, las facciones tensas y los ojos tristes e implorantes.

Me di cuenta, de repente, que creía que venía a comunicarle la muerte de Jenny.

Aflojé la presión de mi mano y la sustituí por unas palmadas en la espalda.

—Jenny está bien —murmuré—. Tienes una hija.

Ian volvió a posar la cabeza en los brazos y allí lo dejé, en compañía del entusiasmado Jamie que lo vapuleaba a base de bien.

Con los sobrevivientes reanimados y pulcros, las familias Murray y Fraser se reunieron en la habitación de Jenny para celebrarlo con una cena. Aseada y envuelta en una manta, la pequeña Margaret fue entregada a su padre, que, con una expresión de beatífica reverencia, recibió a su nueva hija.

—Hola, pequeña Maggie —saludó mientras con la punta del dedo le acariciaba la escasa nariz.

Su nueva hija, indiferente a las presentaciones, cerró los ojos con aire concentrado, se puso tiesa y mojó la camisa de su padre.

Aprovechando la algarabía organizada por la recién llegada, el pequeño Jamie se las ingenió para escapar de las garras de la señora Crook y encaramarse a la cama de su madre. Jenny gimió un poco por la incomodidad, pero extendió una mano y lo acomodó a su lado mientras hacía señas a la señora Crook para que lo dejara.

—¡Mi mamá! —declaró el niño mientras se encogía junto a Jenny.

—Claro, ¿de quién si no? —preguntó ella, comprensiva—. Sí, mi pequeño. —Lo abrazó y le besó la coronilla. El niño se relajó, tranquilo, y se acurrucó junto a su madre mientras ésta le acariciaba suavemente el cabello. —Duérmete, mi niño —susurró—. Es hora de dormir. Duerme. —Reconfortado por la presencia materna, el pequeño Jamie se llevó el pulgar a la boca y se durmió.

Cuando le tocó a Jamie sostener a la recién nacida, lo hizo con gran habilidad. La rizada cabeza reposaba en la palma de su mano como una pelota de tenis. Con gran disgusto, devolvió la criatura a Jenny, que la meció contra su pecho mientras le tarareaba dulces canciones.

Por fin regresamos a nuestra habitación, que parecía silenciosa y vacía en comparación con la cálida escena familiar que acabábamos de presenciar: Ian arrodillado junto a la cama de su esposa, con una mano sobre el pequeño Jamie mientras Jenny amamantaba a la pequeña. Por primera vez me di cuenta de lo cansada que estaba. Habían pasado casi veinticuatro horas desde que Ian nos había despertado.

Jamie cerró la puerta despacio a nuestras espaldas. Sin hablar, se acercó por detrás y me desató el camisón. Me rodeó con sus brazos y yo, agradecida, me apoyé contra su pecho. Agachó la cabeza para besarme y me volví, envolviéndole el cuello con los brazos. No era sólo fatiga lo que sentía: también ternura y cierta tristeza.

—Tal vez sea mejor así —musitó, como si hablara consigo mismo.

—¿Mejor qué?

—Que seas estéril.

No podía ver mi rostro, hundido en su pecho, pero debió de notar que me ponía tensa.

—Sí, hace mucho que lo sé. Geillis Duncan me lo dijo, poco después de que nos casáramos. —Me acarició la espalda con delicadeza—. Al principio lo lamenté, pero después empecé a pensar que quizá fuera mejor así. Con la vida que llevamos, sería muy difícil para ti si te quedaras embarazada. Y ahora... —Tembló un poco—. Ahora creo que me alegro; no quisiera que sufrieras así.

—No me importaría —admití al cabo de un largo rato mientras recordaba la cabeza redonda y rizada y los dedos diminutos.

—A mí sí. —Me besó la cabeza—. Vi el rostro de Ian; era como si su propia carne se desgarrara con cada grito de Jenny. —Lo abracé y acaricié las cicatrices de su espalda—. Puedo soportar mi propio dolor —añadió con voz suave—, pero no podría soportar el tuyo. No tengo fuerzas suficientes.

33

La Guardia

Jenny no tardó en recuperarse después del nacimiento de Margaret y nadie pudo disuadirla de que bajara al salón al día siguiente del parto. Ante la asociada insistencia de Ian y Jamie, se abstuvo, muy a su pesar, de hacer trabajo alguno y se limitó a supervisar el de los demás desde el sofá de la sala, en el que se recostaba mientras junto a ella, en la cuna, dormía Margaret.

Sin embargo, al cabo de un día o dos, incapaz de estarse quieta, se aventuró hasta la cocina y el jardín. Sentada en la valla con la niña bien arropada, me hacía compañía mientras yo arrancaba vides muertas y mantenía un ojo en la caldera donde se hervía la ropa sucia de la casa. La señora Crook y las criadas ya habían retirado la ropa limpia para colgarla y secarla y yo estaba esperando que el agua se enfriara lo suficiente para vaciarla.

El pequeño Jamie me estaba «ayudando». Arrancaba plantas con gran desparpajo y arrojaba ramas en todas direcciones. Le grité para prevenirle al ver que se acercaba demasiado a la caldera y corrí tras él cuando vi que me ignoraba por completo. Por fortuna, la olla se había enfriado enseguida; el agua estaba templada. Le advertí que no se alejara de su madre y me fui a desenganchar la caldera del hierro que la sujetaba.

Retrocedí de un salto cuando el agua sucia se desbordó de la olla cayendo en vaporosa cascada en el aire helado. El pequeño Jamie, acuclillado junto a mí, agitó alegremente las manos en el barro y me salpicó toda la blusa.

Jenny se bajó de la valla, lo cogió del cuello de la camisa y le dio una buena azotaina en el trasero.

—¿Has perdido el juicio, *gillel* ¡Mírate! ¡Ahora habrá que volver a lavarte la camisa! ¡Y mira cómo le has dejado la falda a tu tía, diablillo!

—No importa —intercedí al ver cómo le temblaba al crío el labio inferior.

—Bueno, a mí sí me importa —replicó Jenny fulminando a su hijo con la mirada—. Pídele perdón a tu tía y ve a la casa para que la señora Crook te lave un poco. —Le palmeó el trasero, con suavidad esta vez, y con un pequeño empujón la condujo hacia la casa.

No bien Jenny y yo nos volvimos, oímos un ruido de cascos que provenía del camino.

—Debe de ser Jamie —comenté esperanzada—. Aunque aún es pronto.

Jenny escudriñó el camino y sacudió la cabeza.

—No es su caballo.

A juzgar por su ceño fruncido, Jenny no conocía el caballo que surgió en lo alto de la colina; en cambio, el jinete no le era desconocido. Jenny se puso rígida. De pronto, echó a correr hacia la verja con la niña en brazos, bien sujeta.

—¡Es Ian! —gritó.

Iba andrajoso y polvoriento y con el rostro amoratado. Tenía la frente hinchada, con un corte cruzándole la ceja. Jenny lo sostuvo cuando tocó el suelo. Entonces noté que le faltaba la pata de palo.

—Jamie —pronunció jadeante—. Nos topamos con la Guardia cerca del molino. Nos esperaban. Sabían que iríamos.

Se me encogió el estómago.

—¿Está vivo?

Ian asintió sin aliento.

—Sí. Y no está herido. Lo llevaron al oeste, hacia Killin.

Los dedos de Jenny exploraban su rostro.

—¿Estás malherido?

Ian meneó la cabeza.

—No. Me quitaron el caballo y la pata. Para impedirme que los siguiera, no necesitaban matarme.

Jenny contempló el horizonte, justo por encima de los árboles, donde el sol brillaba. Serían las cuatro. Ian le siguió la mirada y adivinó la pregunta.

—Los encontramos cerca del mediodía. Tardé más de dos horas en llegar a un lugar donde conseguir un caballo.

Jenny se quedó quieta un momento, pensativa, y se volvió hacia mí decidida.

—Claire. Acompaña a Ian a la casa, por favor, y si necesita que lo cures, hazlo lo más deprisa que puedas. Dejaré a la niña con la señora Crook e iré a buscar a los caballos.

Se fue antes de que ninguno de los dos pudiera protestar.

—¿Quiere decir que...? ¡Pero no puede! —exclamé—. ¡No puede dejar a la niña!

Ian se apoyaba en mi hombro mientras subíamos el sendero hacia la casa. Meneó la cabeza.

—Tal vez. Pero tampoco dejará que los ingleses cuelguen a su hermano.

Oscurecía cuando llegamos al lugar de la emboscada. Jenny desmontó y buscó entre los arbustos como un terrier. Apartaba las ramas del camino y mascullaba cosas que sonaban sospechosamente como las mejores maldiciones de su hermano.

—Al este —declaró por fin y salió de entre los árboles, arañada y sucia. Se sacudió de la falda las hojas muertas y tomó las riendas de su caballo de mis manos entumecidas—. No podemos seguirlos en la oscuridad, pero al menos sé en qué dirección ir cuando amanezca.

Hicimos un campamento sencillo. Atamos a los caballos y encendimos una fogata. Admiré la habilidad de Jenny al hacerlo y ella sonrió.

—Cuando éramos pequeños, les pedía a Jamie y a Ian que me enseñaran a hacer cosas, como encender fuego, trepar a los árboles... e incluso despellejar animales. Y seguir huellas.

Volvió a mirar en la dirección tomada por la Guardia.

—No te preocupes, Claire —sonrió y se sentó junto al fuego—. Veinte caballos no pueden ir lejos a través de la maleza, pero dos sí. Supongo que la Guardia seguirá el camino de Eskadale. Podemos atajar por las colinas y encontrarlos cerca de Midmains.

Sus dedos ágiles estiraron el corpiño de su vestido. Contemplé estupefacta cómo separaba los pliegues de la tela y se bajaba la parte superior de la camiseta para dejar al descubierto los pechos. Eran muy grandes y estaban duros y llenos de leche. En mi ignorancia, no había pensado en lo que le sucedía a una madre si se veía privada de su hijo en plena lactancia.

—No puedo estar mucho tiempo lejos de la niña —dijo como en respuesta a mis pensamientos. Hizo una mueca y se sujetó un pecho por debajo—. De otro modo, explotaré. —Como reacción al tacto, comenzó a salir leche azulada, en poca cantidad, del congestionado pezón. Jenny extrajo un pañuelo grande del bolsillo y se lo colocó debajo del pecho. De la alforja sacó una pequeña taza de peltre y, presionando el borde por debajo del pezón, masajeó el seno suavemente con dos dedos. La leche empezó a salir más

deprisa; la aréola de repente se contrajo y un hilillo de leche manó con una fuerza sorprendente.

—¡No sabía que fuera así! —comenté fascinada.

—Ah, sí. La bajada de la leche la inicia el recién nacido al succionar; todo lo que el niño tiene que hacer después es tragar. ¡Ah, ahora me siento mejor! —Cerró los ojos con alivio.

Vació la taza y añadió:

—Es una pena desperdiciarla, pero no se puede hacer nada con ella. —Cambió las manos y colocó la taza debajo del otro pecho para repetir el proceso.

—¡Qué fastidio, ¿verdad?! —dijo al advertir que la observaba—. En realidad, todo lo relacionado con los niños tiene sus inconvenientes y, sin embargo, jamás optamos por no tenerlos.

—No —murmuré—. Tú nunca lo harías.

Me observó a través del fuego con expresión amable y preocupada a la vez.

—Aún no ha llegado tu hora —declaró—. Pero algún día tendrás tus propios hijos.

Solté una risa nerviosa.

—¡Convendría encontrar al padre primero!

Jenny vació la segunda taza y se alisó el vestido.

—Lo encontraremos. Mañana. Tenemos que hacerlo; no puedo permanecer más tiempo lejos de la pequeña Maggie.

—Y cuando los encontremos —pregunté—: ¿qué haremos?

Se encogió de hombros y cogió las mantas enrolladas.

—Eso depende de Jamie y de cuánto los haya provocado para que lo hieran.

Jenny tenía razón; encontramos a la Guardia al día siguiente. Dejamos el campamento al amanecer y nos detuvimos el tiempo necesario para extraer la leche. Jenny parecía capaz de encontrar huellas donde no las había y, sin preguntar, la seguí por una zona tupida de árboles. Era imposible avanzar rápido entre la maleza, pero Jenny me aseguró que nuestra ruta era mucho más directa que la que tendría que seguir la Guardia, limitada forzosamente a los caminos debido al tamaño del grupo.

Dimos con ellos al mediodía. Oí el tintineo de los arneses y los gritos desenfadados que ya había oído en otra ocasión y alargué una mano para detener a Jenny, que en ese momento cabalgaba detrás de mí.

—Hay un vado en el arroyo —me susurró—. Parece que se detuvieron allí para dar de beber a los caballos. —Descabalgó y ató a los dos caballos. Me hizo señas para que la siguiera y se deslizó entre la maleza como una serpiente.

Desde un pequeño saliente que daba al vado podíamos ver a casi todos los hombres de la Guardia. La mayoría había desmontado y charlaban en grupos. Algunos comían sentados en el suelo y otros llevaban a los caballos al agua en grupo de dos o tres. Pero a Jamie no se le veía por ninguna parte.

—¿Crees que lo habrán matado? —murmuré, presa del pánico. Conté a los hombres dos veces para asegurarme de no pasar por alto a ninguno. Había veinte hombres y veintiséis caballos; todos a la vista, al menos hasta donde yo alcanzaba a ver. Pero no había señal de ningún prisionero ni destello solar que delatara ninguna melena rojiza.

—Lo dudo —contestó Jenny—. Pero sólo hay una forma de averiguarlo. —Comenzó a retroceder.

—¿Cómo?

—Preguntando.

El camino se estrechaba a medida que se alejaba del vado y se transformaba en un

sendero polvoriento entre densos montes de pinos y alisos. El sendero no era suficientemente ancho, por lo que los hombres de la Guardia tendrían que avanzar en fila india.

Cuando el último se acercó a un recodo del sendero, Jenny Murray se le plantó delante. El caballo se espantó y el jinete tuvo que forcejear para sujetarlo, al tiempo que maldecía. No bien abrió la boca para preguntar indignado qué significaba aquello, cuando salí de un arbusto y le arreé un buen golpe detrás de la oreja con una rama.

Al cogerlo totalmente desprevenido, el hombre perdió el equilibrio cuando el caballo volvió a asustarse, y aterrizó en el sendero. No estaba aturdido; el golpe sólo lo había derribado de la montura. Jenny remedió esta deficiencia con ayuda de una roca de buen tamaño. Cogió las riendas del caballo y, con gesto brusco, dijo:

—¡Vamos! —susurró—. Saquémoslo del camino antes de que adviertan su ausencia.

Y así fue cómo Robert MacDonald, de la Guardia de Glen Elrive, al recobrar la consciencia, se encontró atado a un árbol y encañonado con una pistola por una mujer de ojos de acero, hermana de su otrora prisionero.

—¿Qué habéis hecho con Jamie Fraser?

MacDonald sacudió la cabeza, confundido. Era obvio que la creía producto de su imaginación. Un intento por moverse le convenció de lo contrario y después de dar rienda suelta a las consabidas maldiciones y amenazas, se resignó por fin a la idea de que, para conseguir liberarse, debía decirnos lo que queríamos saber.

—Está muerto —replicó malhumorado. El dedo de Jenny se tensó en el gatillo, amenazador, y el hombre añadió, súbitamente aterrado—: ¡Yo no fui! ¡Fue culpa suya!

Con los brazos atados, subieron a Jamie a la grupa del caballo con uno de los hombres de la Guardia. Cabalgaban entre otros dos jinetes y, como se había mostrado dócil, no habían tomado especiales precauciones al vadear el río a quince kilómetros del molino.

—El muy tonto se tiró del caballo donde el agua cubría —dijo MacDonald encogiéndose de hombros tanto como se lo permitían sus manos atadas—. Le disparamos. Seguro que le dimos, porque no subió. Pasado el vado, hay unas corrientes muy fuertes y el agua es profunda. Buscamos un poco, pero no encontramos el cuerpo. La corriente debió de arrastrarlo. ¡Ahora, por el amor de Dios, señoras, suéltenme!

Después de que repetidas amenazas de Jenny no consiguieran sonsacar más detalles o cambios en la historia, decidimos aceptarla como cierta. No deseábamos liberar por completo a MacDonald, así que Jenny aflojó la cuerda en sus muñecas para que, con algo de tiempo, pudiera deshacerse de ella. Luego echamos a correr.

—¿Crees que estará muerto? —pregunté jadeando cuando llegamos hasta los caballos atados.

—No. Jamie nada como un pez y lo he visto contener la respiración durante tres minutos seguidos. Vamos. Exploraremos la orilla del río.

Recorrimos la orilla entre tropezones, salpicaduras y arañazos de cara y manos por las ramas de los sauces que bordeaban el río.

Por fin Jenny profirió un grito triunfal. Corrí hacia ella chapoteando, procurando mantener el equilibrio entre las resbaladizas rocas que cubrían el arroyo, poco profundo en aquel sitio.

Sostenía una correa de cuero, aún atada en círculo y manchada de sangre.

—Se la quitó aquí —comentó mientras doblaba la correa en sus manos.

Miró hacia la encrucijada de piedras, los pozos profundos y los encrespados rápidos por los que habíamos venido y movió la cabeza.

—¿Cómo lo lograste, Jamie? —preguntó en un susurro.

No lejos de la orilla encontramos una zona de hierba aplastada donde

evidentemente se había tumbado a descansar. En la corteza de un álamo próximo distinguí una pequeña mancha pardusca.

—Está herido —dije.

—Sí, pero no se detiene —repuso Jenny mientras iba de un lado a otro examinando el terreno.

—¿Eres buena rastreadora? —pregunté esperanzada.

—No soy muy buena cazadora —replicó y se puso en marcha, conmigo pisándole los talones—, pero si no soy capaz de seguir algo del tamaño de Jamie Fraser a través de helechos secos, entonces además de tonta estoy ciega.

Efectivamente, una gran huella de helechos rotos color pardusco subía por la colina y desaparecía en un denso brezal. Dimos vueltas en torno a aquel punto pero no descubrimos ningún rastro más y tampoco nuestros gritos obtuvieron respuesta.

—Ya se ha ido —concluyó Jenny. Se sentó en un tronco y se abanicó. Parecía estar muy pálida y es que un secuestro y un grupo de hombres armados no eran ocupación para una mujer que había dado a luz hacía menos de una semana.

—Tienes que regresar, Jenny —dije—. Además, tal vez Jamie vuelva a Lallybroch.

Sacudió la cabeza.

—No, no lo hará. No importa lo que nos dijera MacDonald, no se rendirán tan fácilmente, no con una recompensa a mano. Si no han ido tras él es porque no han podido. Pero enviarán a alguien a la granja para que vigile, por si acaso. No, ése es el único lugar al que no iría. —Se tiró del escote del vestido. Hacía calor y sudaba un poco. Manchas crecientes de leche le oscurecían la pechera.

Siguió mi mirada y asintió.

—Sí, tendré que volver pronto. La señora Crook está alimentando a la niña con leche de cabra y agua azucarada. Pero no puede estar sin mí tanto tiempo, ni yo sin ella. De todos modos, odio dejarte sola.

La idea de tener que recorrer sola las tierras altas en busca de un hombre que podría estar en cualquier parte no me agradaba mucho tampoco, pero lo disimulé.

—Me las arreglaré —contesté—. Podría ser peor. Al menos está vivo.

—Cierto. —Alzó la vista hacia el sol, ya bajo sobre el horizonte. —Me quedaré contigo esta noche.

Ya de noche, acurrucadas junto al fuego, no hablamos mucho: Jenny pensando en su hija abandonada y yo en cómo haría para seguir adelante sola, sin conocer la geografía del entorno ni hablar el gaélico.

De repente, Jenny levantó la cabeza y escuchó. Me senté y escuché también, pero no oí nada. Escudriñé los bosques oscuros en la dirección en que miraba Jenny, pero gracias a Dios, no vi ojos brillando en la oscuridad.

Cuando me volví hacia el fuego, Murtagh estaba sentado al otro lado y calentándose las manos tranquilamente. Jenny giró bruscamente la cabeza al oír mi exclamación y, del susto, le dio la risa.

—Os podría haber degollado a ambas antes de que os hubierais dado la vuelta —indicó.

—¿De veras? —Jenny estaba sentada con las rodillas levantadas y dobladas contra el pecho y las manos cerca de los talones. Veloz como un rayo, su mano se deslizó bajo la falda y la hoja de una *sgian dhu* destelló a la luz de la lumbre.

—No está mal —admitió Murtagh—. ¿La Sassenach es tan buena?

—No —replicó Jenny y volvió a guardar la daga en su media—. Así que convendría que te quedaras con ella. Ian te ha enviado, ¿verdad?

El hombrecillo asintió.

—Aja. ¿Han encontrado a la Guardia?

Le relatamos lo que habíamos descubierto. Cuando se enteró de que Jamie había

escapado, juraría que una ligera contracción asomó a la comisura de sus labios; llamarlo sonrisa habría sido una exageración.

Al cabo de un rato, Jenny se levantó y dobló su manta.

—¿Adonde vas? —pregunté sorprendida.

—A casa. —Señaló a Murtagh—. Él estará contigo ahora. Tú ya no me necesitas, pero otros sí.

Murtagh observó el cielo. La luna menguante era apenas visible tras la cortina de nubes y una lluvia suave caía susurrante entre las ramas de los pinos.

—Será mejor por la mañana —sugirió—. Se está levantando viento y nadie se aventurará esta noche.

Jenny negó con la cabeza y siguió acomodándose el cabello debajo del pañuelo.

—Conozco el camino. Y si nadie se aventurará, entonces nadie me molestará, ¿no?

Murtagh suspiró con impaciencia.

—Eres tan terca como la mula de tu hermano, con perdón. No veo razón para precipitarse...; dudo que tu esposo haya conseguido una amante en tan poco tiempo.

—No ves más allá de tus narices, *duine*, y eso es bien poco —replicó Jenny de malhumor—. Si en tantos años como has vivido aún no has aprendido a dejar de interponerte entre una madre criando y su hijo hambriento, entonces es que careces de suficiente sentido común para cazar perros, cuando menos para encontrar a un hombre entre matorrales.

Murtagh alzó las manos en señal de rendición.

—¡Vaya, al final te saldrás con la tuya! No sabía que estaba tratando de hacer razonar a una hembra salvaje. Seguro que me pegará un mordisco por meterme donde no me llaman.

Jenny se echó a reír.

—Pues no andas muy desencaminado, viejo bribón. —Se inclinó y levantó la pesada montura hasta la rodilla—. Cuida bien a mi hermana y avisadme cuando hayáis encontrado a Jamie.

Cuando se volvió para ensillar el caballo, Murtagh agregó:

—A propósito, es probable que te encuentres con una nueva criada en la cocina cuando llegues a tu casa.

Jenny se detuvo y lo miró. Después apoyó la montura en el suelo lentamente.

—¿A quién?

—A la viuda MacNab —replicó Murtagh, con clara intención.

Jenny permaneció quieta un momento. Nada se movía excepto su pañuelo y la capa que se agitaban al viento.

—¿Y por qué? —preguntó por fin.

Murtagh se agachó para recoger la montura. La subió al caballo y ajustó la cincha en un único movimiento que pareció fácil.

—Un incendio —respondió con un último tirón al estribo—. Ten cuidado cuando pases por la pradera alta; las cenizas deben de estar aún calientes.

Juntó las manos para ayudarla a montar pero Jenny lo rechazó; en cambio, cogió las riendas y me hizo señas.

—Acompáñame hasta lo alto de la colina, Claire, por favor.

Lejos del fuego, el aire era frío y denso. Mi falda, humedecida, se me pegaba a las piernas al caminar. Jenny agachaba la cabeza para protegerse del viento, pero podía ver su perfil. Tenía los labios pálidos y rígidos de frío.

—¿MacNab entregó a Jamie a la Guardia? —pregunté después de unos minutos. Jenny asintió despacio.

—Sí. Ian debió de averiguarlo, o alguno de los hombres; no importa cuál.

Era finales de noviembre, ya lejos del día de Guy Fawkes, pero tuve la visión

repentina de unas paredes de madera devoradas por las llamas, que brotaban por el techo de paja como lenguas del Espíritu Santo, en tanto las llamas del interior rugían plegarias por los condenados. Y en el interior, la efigie encogida, hecha cenizas en el centro de la chimenea, lista para caer en polvo negro cuando la siguiente ráfaga de viento frío barriera su refugio. «Hay a veces una línea muy estrecha entre justicia y barbarie.»

Jenny clavó en mí una mirada inquisitiva a la que respondí con un movimiento de cabeza. En este caso al menos estábamos juntas del mismo lado de aquella línea sombría y arbitraria.

Nos detuvimos en la cima de la colina. Murtagh no era más que un punto oscuro junto al fuego. Jenny hurgó en el bolsillo lateral de su falda y apretó una pequeña bolsa de piel contra mi palma.

—El dinero de la renta —precisó—. Podríais necesitarlo.

Intenté devolvérselo insistiendo en que Jamie no querría tomar dinero que se necesitara para la propiedad, pero fue inútil. Janet Fraser podría no alcanzar la corpulencia de su hermano, pero en tozudez lo superaba.

Me di por vencida y guardé el dinero entre mis ropas. Ante la insistencia de Jenny, también acepté la pequeña *sgian dhu* que me ofreció.

—Es de Ian —explicó—, pero tiene otra. Póntela en lo alto de la media y sostenía con la liga. No te la quites nunca, ni siquiera para dormir.

Se interrumpió, como si quisiera decirme algo más. Al parecer así era.

—Jamie me dijo —empezó cautelosa— que a veces tú podrías... decirme cosas. Y que si lo hacías, tenía que hacerte caso. ¿Hay... algo que quieras decirme?

Jamie y yo habíamos hablado de la necesidad de preparar a Lallybroch y a sus habitantes para que afrontaran los desastres que acarrearía el Levantamiento. Pero habíamos creído entonces que aún teníamos tiempo. Ahora, sin embargo, sólo contaba con escasos minutos para brindar a esta nueva hermana, tan querida para mí, la información suficiente que pudiera proteger a Lallybroch de la tempestad por venir.

No era la primera vez que me convencía a mí misma de que la profesión de profeta era muy incómoda. Me sentí identificada con Jeremías y sus Lamentaciones; también comprendí por qué Casandra era tan poco popular. De todos modos, no podía hacer nada por evitarlo. En la cumbre de una colina escocesa, de noche, bajo una tormenta de otoño, con el cabello y el vestido flotando al viento, con cierto aire fantasmagórico, volví el rostro al cielo ensombrecido y me apresté a profetizar.

—Siembra patatas —sentencié.

Jenny abrió la boca, sorprendida, pero enseguida la cerró y asintió enérgicamente.

—Patatas. De acuerdo. No las hay más cerca de Edimburgo, pero las mandaré pedir. ¿Cuántas?

—Todas las que puedas. Ahora no se plantan en las tierras altas, pero se plantarán. Es un tubérculo que se conserva mucho tiempo y rinde más que el trigo. Siembra toda la tierra que te sea posible con cultivos que puedan almacenarse. Habrá una fuerte hambruna dentro de dos años. Si tienes tierras o propiedades que no sean productivas, véndelas por oro. Habrá guerra y masacres. Los hombres serán perseguidos, aquí y en todas partes a través de las tierras altas. —Pensé un momento—. ¿Hay algún refugio en la casa?

—No; fue construida mucho después de la época del Regente.

—Haz uno entonces, algún sitio seguro donde ocultarse. Espero que Jamie no lo necesite. —Tragué saliva—. Pero tal vez otro sí.

—De acuerdo. ¿Eso es todo? —Su rostro se veía firme y concentrado a la luz de la media luna. Bendije a Jamie por haber previsto la necesidad de ponerla sobre aviso y a ella por confiar en su hermano. No me preguntó ni cómo ni por qué, simplemente tomó buena nota de lo que dije y supe que mis precipitadas instrucciones serían seguidas.

—Sí. Al menos todo lo que se me ocurre ahora. —Intenté sonreír, pero el esfuerzo

resultó poco convincente, incluso para mí.

El de Jenny fue mejor. Me rozó la mejilla en señal de despedida.

—Que Dios te acompañe, Claire. Volveremos a encontrarnos... cuando traigas a mi hermano de regreso a casa.

SEXTA PARTE

La búsqueda

34

La historia de Dougal

Cualesquiera que fueran las desventajas de la civilización, medité apesadumbrada, los beneficios eran innegables. El teléfono, por ejemplo. O para el caso, los periódicos, populares en ciudades como Edimburgo, o incluso Perth, pero desconocidos por completo en las recónditas tierras altas.

Sin estos métodos de comunicación, las noticias se propagaban de boca en boca y a paso de hombre. Por lo general, la gente averiguaba lo que necesitaba saber, pero con un retraso de varias semanas. De ahí que, frente al problema de averiguar el paradero exacto de Jamie, no tuviéramos mucho con qué contar salvo que alguien se encontrara con él y llevara la noticia a Lallybroch. Ese proceso podía tardar semanas. Y pronto llegaría el invierno y sería imposible viajar a Beauly. Me senté y alimenté el fuego con ramas mientras calculaba las posibilidades.

¿Qué dirección habría tomado Jamie? Desde luego, no de regreso a Lallybroch y tampoco hacia el norte, a territorio MacKenzie. ¿Al sur, a las tierras fronterizas donde podría encontrarse con Hugh Munro o con algunos de sus antiguos compañeros? No, lo más probable era que hubiera elegido el noreste, hacia Beauly. Pero si yo era capaz de deducir esto, los hombres de la Guardia también.

Murtagh volvió de recoger leña y tiró al suelo la carga. Se sentó con las piernas cruzadas y se envolvió con la capa para protegerse del frío. Levantó la vista al cielo, hacia el resplandor que desprendía la luna detrás de raudas nubes.

—Todavía no nevará —comentó con el ceño fruncido—. Dentro de una semana, tal vez dos. Podríamos llegar a Beauly antes. —Bueno, es agradable obtener confirmación de las propias deducciones, pensé.

—¿Cree que estará allí?

Al encogerse de hombros, desapareció bajo la capa.

—No hay forma de saberlo. No le será fácil viajar si tiene que ocultarse de día y mantenerse lejos de los caminos. Además no tiene caballo. —Se rascó la barbilla con aire pensativo—. No podemos encontrarlo. Será mejor que dejemos que él nos encuentre a nosotros.

—¿Cómo? ¿Enviando señales de humo? —sugerí en tono sarcástico. Cabe una observación sobre Murtagh: no importaba las incongruencias que yo dijera, podía estar segura de que él se comportaría como si yo no hubiera hablado.

—He traído su caja de medicinas —con la cabeza señaló las alforjas en el suelo—. Ya se ha creado una buena reputación cerca de Lallybroch y deben de conocerla en toda la campiña. —Asintió ensimismado—. Sí, eso servirá. —Y sin más explicaciones, se acostó, envuelto en la capa, y se durmió tranquilamente, ajeno al viento que silbaba entre los árboles, al suave repiqueteo de la lluvia y a mí.

Pronto descubrí a qué se refería. Durante nuestra libre —y lenta— travesía por los caminos principales, nos detuvimos en cada granja, aldea y caserío por los que pasábamos. Murtagh realizaba un reconocimiento rápido de la gente del pueblo, reunía a los enfermos o heridos y me los traía para que los atendiera. Los médicos escaseaban por esta zona, por

lo que siempre había algún afligido que aliviar.

Mientras yo estaba ocupada con mis tónicos y ungüentos, él charlaba con los amigos y familiares del paciente, asegurándose de describir la ruta de nuestro viaje a Beauly. Aunque por la zona no hubiera ningún paciente que curar, igualmente nos deteníamos a pasar la noche y nos refugiábamos en alguna cabaña o taberna, en donde Murtagh cantaba para entretener a nuestros anfitriones y ganarse la cena de ambos. Siempre insistía en que conservara el dinero que llevaba conmigo en caso de que lo necesitáramos cuando encontráramos a Jamie.

Dado que no era una persona locuaz por naturaleza, me enseñó algunas de sus canciones para pasar el tiempo mientras cabalgábamos de un sitio para otro.

—Tiene usted una voz decente —comentó un día después de un intento, bastante acertado por mi parte, de entonar una canción popular—. No está educada, pero es fuerte y clara. Pruebe otra vez y esta noche cantaremos juntos. Hay una taberna en Limraigh

—¿De veras cree que funcionará? —pregunté—. Me refiero a lo que estamos haciendo.

Se movió en la montura antes de contestar. No era un jinete nato, parecía un mono entrenado para cabalgar, pero aun así, se las ingeniaba para desmontar fresco como una lechuga al final del día. Yo, en cambio, apenas lograba conducir a mi caballo antes de desplomarme.

—Oh, sí —replicó al cabo de unos minutos—. Tarde o temprano. Estos días está atendiendo a más enfermos, ¿no?

Era cierto. Y lo reconocí.

—Bueno —añadió para confirmar su idea—, eso significa que se está corriendo el rumor de sus habilidades. Y eso es lo que queremos. Pero podríamos hacer algo mejor. Por eso cantará usted esta noche. Y tal vez...

Titubeó, como reacio a sugerir algo.

—¿Tal vez qué?

—¿Sabe algo sobre adivinar el futuro? —preguntó, cauteloso. Comprendí su titubeo. Había visto el frenesí de la caza de brujas en Cranesmuir.

Sonreí.

—Un poco. ¿Quiere que lo intente?

—Sí. Cuanto más tengamos que ofrecer, más personas vendrán a vernos... y se lo contarán a otros cuando regresen. Se hablará de nosotros. De este modo, Jamie se enterará y lo encontraremos. Vale la pena intentarlo, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Si nos sirve de ayuda, ¿por qué no?

Esa noche en Limraigh, debuté como cantante y adivina, con un éxito considerable. Descubrí que la señora Graham tenía razón en lo que me había dicho... los rostros, no las manos, proporcionaban los indicios necesarios.

Nuestra fama creció poco a poco. A la semana siguiente, cuando entrábamos en las aldeas, la gente salía corriendo de sus cabañas para saludarnos y arrojar monedas y pequeños obsequios a nuestro paso.

—¡Podríamos llegar lejos con esto! —comenté una noche mientras guardaba las ganancias del día—. Es una pena que no haya un teatro cerca. Podríamos hacer un número de variedades en condiciones: El Mago Murtagh y Gladys, su encantadora ayudante.

Murtagh acogió el comentario con su habitual indiferencia taciturna; pero era cierto. Formábamos un buen dúo. Quizá fuera porque, pese a nuestras grandes diferencias de carácter, estábamos unidos en nuestra búsqueda.

El clima empeoró gradualmente y el ritmo de nuestra marcha disminuyó. Seguíamos sin saber de Jamie. Una noche, en las afueras de Belladrum, nos topamos con una partida de gitanos bajo una lluvia torrencial.

Parpadeé incrédula cuando vi el grupo de diminutas carretas pintadas en el claro próximo al camino. Era exacto al campamento de gitanos que venía a Hampstead Down todos los años.

Las personas también eran parecidas; de tez aceitunada, alegres, ruidosas y excelentes anfítrionas. Al sonido de nuestros arneses, asomó una mujer por la ventana de una carreta. Nos observó un momento y luego gritó. De repente, la tierra bajo los árboles cobró vida con risueños rostros morenos.

—Déme el monedero, que se lo guardo —masculló Murtagh nada risueño. Observó al joven que se acercaba a nosotros con aire petulante, indiferente a la lluvia que empapaba su vistosa camisa—. Y no le dé la espalda a nadie.

Fui cauta, pero nos recibieron abiertamente y nos invitaron a compartir la cena. Olía deliciosamente —parecía un estofado— y acepté la invitación con entusiasmo. Ignoré las especulaciones de Murtagh en cuanto a la naturaleza del animal utilizado para el guiso.

Hablaban poco inglés, menos aún gaélico. Conversamos a base de gestos y en un idioma parecido al francés. El ambiente que se respiraba en la carreta mientras cenábamos era cálido y cordial. Hombres, mujeres y niños, sentados allí donde podían, comían en sus cuencos y mojaban trozos de pan en el suculento guiso. Era mi mejor comida en semanas y la devoré hasta reventar. Apenas pude reunir aliento para cantar, pero me esforcé. Canturreé la parte más difícil y dejé que Murtagh estableciera el tono.

Nuestra actuación cosechó aplausos extasiados y los gitanos correspondieron en la misma medida. Un joven cantó una especie de lamento con el acompañamiento de un violín antiguo. La canción fue realzada con el retumbar de una pandereta que una niña de ocho años sacudía solemnemente.

Si bien Murtagh había sido algo circunspecto durante las averiguaciones que realizó en las aldeas y cabañas que visitamos, con los gitanos fue totalmente franco. Para sorpresa mía, les reveló sin ambages a quién buscábamos; un hombre corpulento, de cabellos de fuego y ojos de cielo estival. Los gitanos intercambiaron miradas a un lado y a otro de la carreta, pero hubo un movimiento unánime de cabezas. No, no lo habían visto. Pero... el jefe, el joven de camisa púrpura que nos había dado la bienvenida, expresó con gestos que enviaría un mensajero en caso de que se toparan con el hombre que buscábamos.

Sonriente, me incliné ante él mientras Murtagh gesticulaba para explicar que se entregaría dinero a cambio de la información recibida. Esto último suscitó sonrisas pero también miradas especulativas. Me alegré cuando Murtagh declaró que no podíamos quedarnos a pasar la noche, que debíamos continuar nuestro camino, pero que igualmente les estábamos agradecidos. Extrajo de su morral algunas monedas y se aseguró de hacerles ver que sólo contenía un puñado. Las distribuyó para agradecerles la cena y nos marchamos, seguidos de frases de despedida, gratitud y buenos deseos... o al menos eso me parecieron.

En realidad podían estar prometiendo seguirnos y degollarnos y, de hecho, Murtagh se comportó como si así fuera. Condujo los caballos al galope hacia la encrucijada que había a tres kilómetros de distancia. Doblamos de improviso y nos adentramos en la vegetación para tomar un desvío substancial antes de resurgir al camino.

Murtagh escudriñó hacia un lado y otro del camino, desierto bajo el crepúsculo desvaído y húmedo.

—¿De veras cree que nos han seguido? —pregunté con curiosidad.

—No lo sé, pero como ellos son doce y nosotros dos, prefiero actuar como si lo hubieran hecho.

Era un argumento razonable y lo seguí en silencio durante varias maniobras de evasión. Por fin llegamos a Rossmoor, donde encontramos refugio en un granero.

Al día siguiente nevó. Una ligera nevada, suficiente para cubrir el terreno de fina capa blanca como la harina que cubría el suelo del molino, pero me preocupó. No me

gustaba la idea de ver a Jamie, solo y a cielo raso, desafiando las tormentas invernales únicamente con la camisa y la capa que llevaba cuando lo capturó la Guardia.

Dos días después, llegó el mensajero.

El sol todavía estaba sobre el horizonte, pero ya había anochecido en los valles cercados con piedras. Las sombras eran tan alargadas bajo los árboles pelados, que el sendero —si podía llamarse así-era casi invisible. Por miedo a perder al mensajero en la creciente oscuridad, caminaba tan cerca de él que tropecé una o dos veces con su capa. Se volvió con un gruñido impaciente y me empujó delante de él; posó su mano en mi hombro y, con una ligera presión, fue guiándome en medio de la oscuridad.

Tenía la impresión de que llevábamos caminando un buen rato. Había perdido la cuenta de las vueltas que habíamos dado entre las imponentes rocas y la maleza tupida y seca. Esperaba que Murtagh no anduviera muy lejos, donde pudiera oírme aunque no verme. El hombre que había ido a buscarme a la taberna, un gitano de mediana edad que no hablaba nada de inglés, se había negado de plano a que lo acompañara otra persona además de mí. Señaló con énfasis primero a Murtagh y después al suelo para indicarle que no debía moverse de allí.

El frío nocturno se echaba rápidamente encima en esta época del año y mi capa pesada no era protección suficiente contra las súbitas ráfagas de viento gélido que barrían los claros. Me sentía desgarrada: consternada, al imaginar a Jamie totalmente desprotegido en aquellas noches frías y húmedas de otoño, y excitada ante la perspectiva de volver a verlo. Un escalofrío me recorrió la espalda, y no de frío precisamente.

El guía me detuvo y, tras una presión en mi hombro, salió del sendero y desapareció. Esperé con toda la paciencia que pude y con las manos bajo los brazos para darles calor. Estaba segura de que mi guía —o alguien— regresaría. Para empezar, no le había pagado. El viento tronaba entre las ramas secas como el galope de un ciervo huyendo del cazador, despavorido. La humedad se filtraba por mis botas; la capa de grasa de nutria impermeable se había desgastado y no había tenido ocasión de volver a aplicarla.

Mi guía reapareció tan repentinamente como se había marchado. Me mordí la lengua para reprimir un chillido de sorpresa. Con un movimiento de cabeza, me ordenó que lo siguiera y apartó una cortina de alisos muertos para dejarme pasar.

La entrada de la caverna era estrecha. Un farol ardía en un saliente y delineaba la silueta de una figura alta que se volvió hacia la entrada para ir a mi encuentro.

Me precipité hacia delante, pero antes de tocarlo, me di cuenta de que no era Jamie. La desilusión me dolió como un golpe en pleno estómago y tuve que retroceder y tragar varias veces para contener la bilis viscosa que me subía a la garganta.

Apreté los brazos a los costados y me hundí los puños en los muslos hasta que me sentí lo suficientemente tranquila para hablar.

—Un poco lejos de casa, ¿no? —pregunté con una voz que me asombró por su frialdad.

Dougal MacKenzie había observado mi lucha por controlarme con cierta compasión en su moreno rostro. Me cogió del codo y me condujo hacia el interior de la caverna. Había varios bultos apilados al fondo, muchos más de los que un caballo podía cargar. O sea que no iba solo. Y fuera lo que fuera lo que él y sus hombres transportaban, Dougal prefería no exponerlo a los ojos curiosos de posaderos y palafreneros.

—¿Contrabando, eh? —aventuré y señalé los bultos con la cabeza. Después reflexioné y respondí a mi propia pregunta—. No, no es exactamente contrabando..., provisiones para el príncipe Carlos, ¿verdad?

No se molestó en contestar. Se sentó en una roca frente a mí, con las manos en las

rodillas.

—Tengo noticias —declaró con brusquedad.

Respiré hondo y me preparé. Noticias, y no buenas, a juzgar por la expresión de su rostro. Respiré de nuevo, tragué saliva y asentí.

—¿Cuáles son?

—Está vivo.

Sentí cómo se derretía en mi estómago el trozo de hielo más grande. Dougal ladeó la cabeza y me clavó la mirada. «¿Para ver si me desmayo?», pensé algo aturdida. No importaba; no lo haría.

—Lo llevaron cerca de Kiltorlity hace dos semanas —añadió sin quitarme los ojos de encima—. No fue culpa suya, sólo mala suerte. Se encontró cara a cara con seis dragones al tomar una curva en el sendero y uno lo reconoció.

—¿Lo hirieron? —Mi voz era todavía serena, pero me empezaban a temblar las manos. Las presioné contra las piernas para aquietarlas.

Dougal sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa. —Se interrumpió un instante—. Está en la prisión de Wentworth —concluyó displicente.

—Wentworth —repetí como una autómata. La prisión de Wentworth. En su origen un fuerte fronterizo, había sido construida a finales del siglo dieciséis y ampliada a intervalos durante los ciento cincuenta años siguientes. El conglomerado de piedra grande e irregular cubría casi una hectárea de terreno, encerrado detrás de muros de granito de un metro de espesor. Pero hasta las paredes de granito tienen portones, pensé. Levanté la mirada para formular una pregunta y advertí la desgana aún reflejada en las facciones de Dougal—. ¿Hay algo más? —Los ojos pardos se fijaron en los míos, impávidos.

—Lo juzgaron hace tres días —repuso—. Y lo condenaron a la horca.

El trozo de hielo regresó, ahora en compañía. Cerré los ojos.

—¿Cuánto tiempo le queda? —pregunté. Mi voz sonaba remota a mis propios oídos y abrí los ojos. Parpadeé para enfocarlos de nuevo en la luz trémula del farol. Dougal meneaba la cabeza.

—No lo sé. Pero no mucho.

Estaba respirando mejor y abrí los puños.

—Entonces más vale que nos apresuremos —dije sin inquietarme—. ¿Cuántos hombres lleva?

En vez de responder, Dougal se levantó y se acercó a mí. Me cogió las manos y me detuvo. La compasión teñía su rostro otra vez y un profundo dolor en sus ojos me asustó más que nada de lo que había dicho hasta entonces. Movió la cabeza lentamente.

—No, muchacha —murmuró—. No podemos hacer nada.

Aterrada, solté mis manos.

—¡Sí! —exclamé—. ¡Podemos! ¡Ha dicho que estaba vivo!

—¡Y también he dicho que no por mucho tiempo! —replicó con aspereza—. ¡El muchacho está en la prisión de Wentworth, no en la fosa de los ladrones de Cranesmuir! ¡Por lo que sé, pueden colgarlo hoy o mañana o la semana que viene, pero no hay manera de que diez hombres entren por la fuerza en la prisión de Wentworth!

—¿Ah, no? —Temblaba de nuevo, pero ahora de rabia—. ¡No lo sabe..., no sabe lo que podría ocurrir! ¡Lo que pasa es que no está dispuesto a arriesgar su pellejo ni sus miserables... ganancias! —Agité un brazo acusador hacia los bultos apilados.

Dougal forcejeó conmigo y me agarró por los brazos. Le golpeé el pecho una y otra vez en un frenesí de rabia y dolor. Ignoró los golpes y me rodeó con los brazos. Me estrechó y me sostuvo hasta que dejé de luchar.

—Claire. —Era la primera vez que usaba mi nombre de pila y me asustó todavía más.

—Claire —repitió y aflojó la presión de sus brazos para que pudiera mirarlo—. ¿No cree que haría todo lo posible por liberarlo si pensara que existía la menor posibilidad? ¡Maldición, es mi hijo adoptivo! ¡Pero no hay posibilidad! ¡Ninguna!

Me dio una ligera sacudida para enfatizar sus palabras.

—A Jamie no le gustaría que desperdiciara las vidas de hombres buenos en un acto aventurado inútil**.** Lo sabe tan bien como yo.

Ya no podía seguir conteniendo las lágrimas. Ardieron en mis mejillas heladas mientras intentaba apartarme. Sin embargo, Dougal me apretó con más fuerza y trató de que apoyara mi cabeza en su hombro.

—Claire, querida —susurró con voz suave—. Mi corazón sufre por el muchacho, y por usted. Venga conmigo. La llevaré a un sitio seguro. A mi propia casa —agregó deprisa al sentir que yo me ponía tensa—. No a Leoch.

—¿A su casa? —Una horrible sospecha comenzaba a formarse en mi mente.

—Sí. ¿No pensará que la iba a llevar de regreso a Cranesmuir, verdad?

Esbozó una ligera sonrisa antes de que las facciones severas volvieran a dibujarse.

—No. La llevaré a Beannachd. Allí estará a salvo.

—¿A salvo? —repetí—. ¿O indefensa? —Bajó los brazos al oír el tono de mi voz.

—¿A qué se refiere? —La voz agradable se había vuelto gélida. Sentí frío y me ajusté la capa al tiempo que me alejaba de él.

—Mantuvo a Jamie lejos de su casa diciéndole que su hermana había dado un hijo a Randall —dije—. De ese modo, usted y su precioso hermano tendrían la ocasión de convertirlo en aliado suyo. Pero ahora que lo tienen los ingleses, han perdido toda posibilidad de controlar la propiedad a través de Jamie.

Retrocedí otro paso y tragué saliva.

—Fue cómplice en el contrato matrimonial de su hermana. A petición especial suya —suya y de Colum— ahora Broch Tuarach puede quedar en manos de una mujer. Cree que en caso de que muera Jamie, Broch Tuarach pasará a mis manos... o a las suyas si logra seducirme o forzarme a que me case con usted.

—¿Qué? —El tono era de incredulidad—. ¿Cree... cree que todo esto es un complot? ¡Virgen Santa! ¿Cree que la estoy mintiendo?

Sacudí la cabeza manteniendo aún las distancias. No confiaba en él ni una pizca.

—No, le creo. Si Jamie no estuviera en prisión, jamás se atrevería a decirme que lo está. Es muy fácil de comprobar. Tampoco creo que lo entregara a los ingleses (ni siquiera usted sería capaz de hacer algo semejante a alguien de su propia sangre). Además, si lo hiciera y algún día se enteraran sus hombres, se volverían contra usted en un segundo. Podrían tolerarle muchas cosas, pero no que traicione a un familiar.

Mientras hablaba, recordé algo.

—¿Fue usted quien atacó a Jamie cerca de la frontera el año pasado?

Sus tupidas cejas se enarcaron en señal de sorpresa.

—¿Yo? ¡No! ¡Encontré al muchacho casi muerto y lo salvé! ¿Es eso quizás un indicio de querer hacerle daño?

Debajo de la capa, deslicé la mano por mi muslo y palpé el bulto reconfortante de mi daga.

—Si no lo hizo, ¿quién fue?

—No lo sé. —Sus apuestas facciones expresaban cautela pero no ocultaban nada—. Fue uno de los tres hombres —los fugitivos— que en esa época cazaban con Jamie. Se acusaron mutuamente y no hubo forma de averiguar la verdad.

Se encogió y la capa resbaló de uno de sus hombros anchos.

—Ya no importa mucho. Dos están muertos y el tercero encarcelado, por otro asunto, pero eso no cambia mucho las cosas, ¿verdad?

—No, supongo que no.

De cualquier modo era un alivio saber que Dougal no era un asesino. No tenía motivos para mentirme ahora. El sabía que estaba indefensa. Podía obligarme a hacer lo que quisiera. O al menos, eso podía creer. Cerré los dedos en torno a la empuñadura de la daga.

La luz en la caverna era muy escasa, pero yo observaba con atención y advertí un destello de indecisión en su rostro al elegir el siguiente paso. Avanzó hacia mí con una mano extendida pero se detuvo cuando vio que yo retrocedía.

—Claire, mi dulce Claire.

Su voz era suave y deslizó una mano insinuante por mi brazo. Por lo visto, se había decidido por la seducción antes que por la fuerza.

—Sé por qué me habla con tanta frialdad y por qué piensa mal de mí. Sabe que me consumo por usted, Claire. Es cierto..., la he deseado desde la noche de la Reunión, cuando besé sus dulces labios. —Deslizaba suavemente sus dedos por mi hombro en dirección al cuello—. Si hubiera sido un hombre libre cuando Randall la amenazó, yo mismo la habría desposado y, por usted, habría enviado al capitán al infierno. —Movía su cuerpo hacia mí y, paulatinamente, me iba arrinconando contra la pared de la caverna. Las puntas de los dedos llegaron hasta mi garganta y dibujaron la línea del cierre de mi capa.

Debió de ver mi rostro entonces, porque se detuvo, aunque no quitó la mano del pulso rápido que latía en mi garganta.

—Aun así —prosiguió—, aun a pesar de mis sentimientos —puesto que ya no se los seguiré ocultando—, ¿cree que abandonaría a Jamie si hubiera alguna esperanza de salvarlo? ¡Jamie Fraser es como un hijo para mí!

—No tanto —repliqué—. Tiene a su verdadero hijo. ¿O ahora ya son dos? —Los dedos aumentaron la presión durante un segundo antes de alejarse.

—¿A qué se refiere? —En ese momento, ninguna pretensión ni ningún juego tenían sentido. Sus ojos pardos eran intensos y sus labios carnosos una línea inflexible en medio de aquella barba rojiza. Dougal era corpulento y estaba muy cerca de mí. Pero yo había ido demasiado lejos, ya no había lugar para la precaución.

—Me refiero a que sé quién es el verdadero padre de Hamish —contesté. Dougal lo había estado esperando a medias y tenía el rostro bajo control, pero el último mes adivinando el porvenir no había sido en vano. Percibí la minúscula chispa de espanto que agrandó sus ojos y el pánico repentino, enseguida sofocado, que tensó la comisura de sus labios.

Había dado en el blanco. A pesar del peligro, experimenté una intensa alegría. De modo que no me había equivocado y ese conocimiento podría ser el arma que necesitaba.

—¿En serio? —aventuró con voz suave.

—Sí —afirmé—. Y supongo que Colum también lo sabe.

Eso lo inmovilizó un momento. Entrecerró los ojos y, por un instante, me pregunté si estaría armado.

—Creo que durante un tiempo pensó que era Jamie —añadí, con la mirada puesta en sus ojos—. A causa de los rumores. Usted debió de iniciarlos, por mediación de Geillis Duncan. ¿Por qué? ¿Porque Colum empezó a sospechar de Jamie y a interrogar a Letitia? Ella no habría podido mentir por mucho tiempo. ¿O fue porque Geilie creía que usted era el amante de Letitia y usted le dijo que era Jamie para acallar sus sospechas? Es una mujer celosa, pero ahora no puede tener motivo alguno para protegerlo a usted.

Dougal sonrió con crueldad. El hielo nunca abandonó sus ojos.

—No, no puede —convino aún con voz suave—. La bruja está muerta.

—¡Muerta! —Mi rostro debió de delatar tanto estupor como mi voz. La sonrisa de Dougal se ensanchó.

—Sí. La quemaron. Primero la pusieron boca abajo en un barril de alquitrán y le echaron turba seca. Después la ataron al poste de la hoguera y le prendieron fuego como a

un farol. Se fue al infierno en una columna de llamas, bajo las ramas de un serbal.

En un principio pensé que con esta despiadada descripción pretendía impresionarme, pero me equivoqué. Me eché a un lado y cuando la luz brilló en el rostro de Dougal, distinguí las arrugas de dolor que circundaban sus ojos. De modo que no había sido una exposición del horror, sino un flagelo para sí mismo. En aquellas circunstancias, no estaba yo para compadecer a nadie.

—O sea que la quería —aseveré con frialdad—. Para lo que le sirvió... A ella y al niño. ¿Qué hizo usted con él?

Se encogió de hombros.

—Me encargué de conseguirle una buena familia. Es mi hijo, un niño saludable, aun cuando su madre fuera una bruja y una adúltera.

—Y su padre un adúltero y un traidor —le espeté—. Su esposa, su amante, su sobrino, su hermano... ¿queda alguien a quien no haya traicionado y engañado? Usted..., usted... —Me atraganté con las palabras, asqueada—. No sé por qué me sorprende —agregué y traté de hablar con calma—. Si no es leal a su rey, supongo que, por pura lógica, tampoco lo sería a su sobrino o a su hermano.

Giró la cabeza con brusquedad y me clavó una mirada airada. Enarcó las cejas oscuras y tupidas, de igual trazo que las de Colum, Jamie y Hamish. Los ojos hundidos, los pómulos altos, la cabeza hermosamente modelada: la herencia del viejo Jacob MacKenzie era fuerte.

Una mano grande se cerró con firmeza en mi hombro.

—¿Mi hermano? ¿Piensa que traicionaría a mi hermano? —Por alguna razón eso lo había enfurecido. Había enrojecido de rabia.

—¡Acaba de admitir que lo hizo! —Entonces comprendí—. Los dos —continué despacio—. Lo hicieron juntos, usted y Colum. Juntos, como siempre han hecho todo.

Le aparté la mano de mi hombro.

—Colum no podía ser jefe del clan si usted no iba a la guerra en su lugar. No podía mantener unido el clan si usted no viajaba por él para cobrar las rentas y atender a las demandas. Colum no podía cabalgar, no podía viajar. Y no podía concebir un hijo para que le sucediera. Y usted no tenía hijos con Maura. Juró ser sus brazos y sus pies... —Empezaba a sentirme algo histérica—. ¿Y por qué no su pene también?

Dougal se había tranquilizado. Me observó un instante con mirada especulativa. Al parecer, decidió que yo no iría a ninguna parte, así que se sentó en uno de los fardos de mercancías a esperar a que yo terminara.

—O sea que lo hizo con el conocimiento de Colum. ¿Letitia se prestó? —Ahora que conocía la crueldad que poseían los hermanos MacKenzie, no descartaba la posibilidad de que la hubieran violado.

Dougal asintió. Su enfado se había esfumado.

—Sí, de muy buena gana. Yo no le gustaba especialmente, pero quería un hijo... lo suficiente para llevarme a su cama durante los tres meses que nos llevó concebir a Hamish. Fue una tarea muy aburrida —añadió con aire pensativo y se rascó el barro de la bota—. Un budín de leche caliente es más ardiente que ella.

—¿Le dijo eso a Colum? —pregunté, irritada. Dougal levantó la cabeza. Me contempló unos segundos y una débil sonrisa iluminó su cara.

—No —susurró—. No lo hice.

Se contempló las manos y las volvió como si buscara algún secreto oculto en sus líneas.

—Le dije —prosiguió a media voz— que era tierna y dulce como un melocotón maduro. Todo lo que un hombre podía desear en una mujer.

Cerró las manos de repente y me miró. Aquella imagen fugaz del hermano de Colum volvió a velarse bajo la mirada sarcástica de Dougal MacKenzie.

—Tierna y dulce no sería exactamente como yo la describiría a usted —señaló—. Pero todo lo que un hombre puede desear...

Sus penetrantes ojos iniciaron un lento recorrido por mi cuerpo deteniéndose en la redondez de mis pechos y caderas, que asomaban por la capa entreabierta. Inconscientemente, la mano de Dougal comenzó a acariciarse el muslo.

—¿Quién sabe? —agregó como hablando consigo mismo—. Podría tener otro hijo..., esta vez legítimo. Es cierto... —Ladeó la cabeza y observó mi abdomen—. Aún no ha ocurrido con Jamie. Quizá sea estéril. Pero correré el riesgo. Vale la pena.

Se levantó y dio un paso hacia mí.

—¿Quién sabe? —repitió con suavidad extrema—. Si arara ese hermoso surco y lo sembrara todos los días... —Las sombras en la pared de la caverna se alteraron con brusquedad cuando adelantó otro paso.

—¡Sí que ha tardado! ¡Maldita sea! —dije airada.

Una expresión entre incrédula y asustada asomó al rostro de Dougal antes de que advirtiera que yo miraba detrás de él, hacia la entrada de la caverna.

—No me pareció correcto interrumpir —respondió Murtagh. Entró en la caverna empuñando un par de pistolas cargadas. Con una apuntaba a Dougal y con la otra gesticulaba. —A no ser que quiera aceptar aquí y ahora la última proposición, le sugeriría que se marchara. Pero si piensa aceptarla, entonces me iré yo.

—Nadie se va todavía —declaré—. Siéntese —dije a Dougal. Seguía de pie, con los ojos clavados en Murtagh como si fuera un fantasma.

—¿Dónde está Rupert? —preguntó tras recuperar la voz.

—Ah, Rupert. —Murtagh se rascó la barbilla con el cañón de una pistola mientras meditaba la respuesta—. Ya debe de estar en Belladrum. Supongo que regresará antes del amanecer... con el barril de ron que cree que le enviaste a buscar. El resto de tus hombres aún duerme en Quinbrough.

Dougal tuvo la gentileza de reírse, aunque con cierta desgana. Volvió a sentarse con las manos en las rodillas y paseó la mirada entre Murtagh y yo. Hubo un breve silencio.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Ahora qué?

¡Buena pregunta! La sorpresa de encontrar a Dougal en vez de a Jamie, el sobresalto que sus revelaciones me habían causado y la rabia por sus últimas proposiciones no me habían dejado tiempo para pensar en qué debía hacerse. Por fortuna, Murtagh estaba mejor preparado. Bueno, después de todo, él no había estado ocupado en repeler avances lascivos.

—Necesitaremos dinero —se apresuró a decir—. Y hombres. —Echó un vistazo a los bultos apilados contra la pared . No —dijo pensativo—. Eso será para el rey Jacobo. Pero nos llevaremos lo que tengas encima. —Sus pequeños ojos oscuros se volvieron hacia Dougal y el cañón de una pistola señaló su morral.

Una importante observación con respecto a la vida en las tierras altas escocesas era que, por lo visto, provocaba cierta actitud fatalista. Con un suspiro, Dougal introdujo una mano en su morral y arrojó un pequeño monedero a mis pies.

—Veinte monedas de oro y unos treinta chelines —pronuncio y enarcó una ceja hacia mí—. Puede cogerlo todo.

Al ver mi expresión escéptica, meneó la cabeza.

—Lo digo en serio. Piense lo que quiera de mí. Jamie es el hijo de mi hermana y si puede liberarlo, que Dios la acompañe. Pero no puede. —Su tono fue terminante.

Volvió los ojos hacia Murtagh, que todavía sostenía las pistolas con firmeza.

—En cuanto a los hombres, no. Si tú y la muchacha queréis suicidaros, no puedo deteneros. Incluso me ofreceré a enterraros, uno a cada lado de Jamie. Pero no os llevaréis a mis hombres al infierno con vosotros, con pistolas o sin ellas.

Se cruzo de brazos y se reclinó contra la pared de la caverna. Nos observo con

tranquilidad.

Las manos de Murtagh no se apartaron del blanco. Sin embargo, sus ojos brillaron hacia mí. ¿Quería que le disparara?

—Le ofrezco un trato —sugerí.

Dougal enarcó una ceja.

—En este momento, está en mejor posición que yo para negociar —replicó—. ¿Cuál es su oferta?

—Déjeme hablar con sus hombres —expliqué— Si deciden venir conmigo por voluntad propia, entonces les dejará que lo hagan. De lo contrario, nos iremos como vinimos y además le devolveremos su dinero.

Me dirigió una sonrisa torcida. Me miró con atención, como si evaluara mi poder de persuasión y mi habilidad como oradora. Luego se echó hacia atrás con las manos en las rodillas. Asintió.

—Trato hecho.

Al final, dejamos el valle de la cueva con el monedero de Dougal y cinco hombres, además de Murtagh y yo: Rupert, John Whitlow, Willie MacMurtry y los hermanos mellizos, Rufus y Geordie Coulter. Fue la decisión de Rupert lo que convenció a los demás. Todavía podía ver —con un sentimiento de sombría satisfacción— la expresión en el rostro de Dougal cuando su lugarteniente regordete y de barba negra me miró con aire especulativo, se palmeó las dagas en el cinto y dijo: «Sí, muchacha, ¿por qué no?»

La prisión de Wentworth estaba a cincuenta y cinco kilómetros de distancia. Media hora de viaje en un coche veloz por una buena carretera. Dos días de marcha penosa a caballo sobre barro semicongelado. «No por mucho tiempo.» Las palabras de Dougal reverberaban en mis oídos y me mantenían en la montura mucho más allá del momento crítico en que me habría desplomado por la fatiga.

Sometí mi cuerpo a un esfuerzo límite para conservarlo sobre la montura durante los largos y agotadores kilómetros. Pero mi mente no tenía mejor cosa que hacer que estar preocupándose. Como no quería pensar en Jamie, pasaba el tiempo recordando el encuentro con Dougal en la caverna.

Y lo último que me había dicho. Ya fuera de la pequeña cueva y mientras esperábamos que Rupert y sus compañeros bajaran los caballos de un escondite en lo alto del valle, Dougal se había vuelto hacia mí con brusquedad.

—Tengo un mensaje para usted —dijo—. De la bruja.

—¿De Geilie? —Decir que me sobresalté sería poco.

No podía verle el rostro en la oscuridad, pero noté que su cabeza se ladeaba en señal de asentimiento.

—La vi por última vez —murmuró—, cuando fui a llevarme al niño. —En otras circunstancias, habría sentido lástima por él, despidiéndose de su amante condenada a la hoguera y sosteniendo al niño que habían concebido juntos, un hijo que él nunca podría reconocer. Pero tal como estaban las cosas, mi voz fue como un témpano de hielo—. ¿Qué le dijo?

Hizo una pausa. No sé si porque era reacio a revelarme la información o trataba de asegurarse de sus palabras. Al parecer, fue lo segundo, puesto que habló con cuidado.

—Dijo que si volvía a verla, debía decirle dos cosas, tal como ella me las dijera. La primera era: «Creo que es posible, pero no lo sé.» Y la segunda... la segunda eran sólo números. Me hizo repetirlos para comprobar que los había memorizado bien, puesto que debía decirlos en un cierto orden. Los números eran uno, nueve, seis y siete.

La alta figura se volvió hacia mí en la oscuridad con mirada inquisitiva.

—¿Significan algo?

—No —respondí y me alejé hacia mi caballo. Pero por supuesto, significaban algo para mí.

«Creo que es posible.» Sólo podía referirse a una sola cosa. Geilie pensaba —aunque no lo sabía— que era posible regresar a mi época y lugar a través del círculo de piedras. Era evidente que ella no lo había intentado sino que había escogido —a sus expensas— permanecer. Sin duda había tenido sus propios motivos. ¿Dougal, quizá?

En cuanto a los números, también creía saber qué significaban. Geilie se los había dicho a Dougal en forma separada por un hábito de reserva ya encarnado en ella, pero en realidad, formaban parte de un único número. Uno, nueve, seis, siete. Mil novecientos sesenta y siete. El año en que ella había desaparecido y venido al pasado.

Experimenté una punzada de curiosidad y profundo pesar. ¡Qué pena que no viera la marca de la vacuna en su brazo hasta que fue demasiado tarde! ¿Y sin embargo, si la hubiera visto antes, habría regresado al círculo de piedras, tal vez con su ayuda, y abandonado a Jamie?

Jamie. Pensar en él era imaginar una plomada en mi mente, un péndulo que oscilaba en el extremo de una soga. «No por mucho tiempo.» El camino se hacía interminable y monótono; en ocasiones, moría en pantanos congelados o extensiones de agua abiertas que otrora habían sido praderas y páramos. Bajo una llovizna helada que pronto se convertiría en nieve, alcanzamos nuestro objetivo al atardecer del segundo día.

El edificio se alzaba negro contra el cielo encapotado. Construido en forma de cubo gigante, ciento veinte metros de cada lado y con una torre en cada esquina, podía albergar a trescientos prisioneros, además de los cuarenta soldados de la guarnición y su comandante, el alcalde de la prisión y su personal, y las cuatro docenas de cocineros, ordenanzas, mozos de cuadra y otros asistentes necesarios para el funcionamiento del establecimiento: la prisión de Wentworth.

Alcé la vista hacia los muros amenazantes de granito verdusco de Argyll, de sesenta centímetros de espesor en la base. Ventanas diminutas atravesaban las paredes aquí y allá. Algunas comenzaban a iluminarse. Otras, que supuse que eran las celdas de los prisioneros, permanecieron oscuras. Tragué saliva. Cara a cara frente al imponente edificio, de muros impenetrables, portones monumentales y guardias de casacas rojas, comencé a dudar.

—¿Qué ocurrirá...? —Mi boca estaba seca y tuve que interrumpirme para humedecerme los labios—. ¿Qué ocurrirá si no lo logramos?

La expresión de Murtagh era la de siempre; la boca inflexible y la barbilla, hosca y estrecha, contraída dentro del cuello sucio de la camisa. No se alteró cuando se volvió hacia mí.

—Entonces, Dougal nos enterrará con Jamie, uno a cada lado —respondió—. Vamos, tenemos trabajo que hacer.

SÉPTIMA PARTE

El santuario

35

La prisión de Wentworth

Sir Fletcher Gordon era un hombre bajo y grueso, cuyo chaleco de seda a rayas le quedaba como una segunda piel. De hombros caídos y vientre abultado, parecía un gran jamón sentado en la silla rodante del alcalde de la prisión.

La cabeza calva y el intenso color rosado de su cutis no ayudaban a disipar esta impresión, aunque los jamones no tienen los ojos azules brillantes. Dio vuelta a los papeles de su escritorio con dedo lento y deliberado.

—Sí, aquí está —precisó al cabo de una pausa interminable para leer una página—. Fraser, James. Condenado por homicidio. Sentenciado a la horca. A ver, ¿dónde está la Orden de Ejecución? —Hizo otra pausa mientras ojeaba los papeles como un miope. Hundí los dedos en mi bolso en un esfuerzo por controlarme y mantener el rostro impasible. —Ah, sí. Fecha de ejecución, 23 de diciembre. Sí, todavía está aquí.

Tragué saliva y aflojé la presión en mi bolso, desgarrada entre la euforia y el pánico. O sea que seguía con vida. Por dos días más. Y estaba cerca, en algún lugar en el mismo edificio que yo. El pensamiento bulló por mis venas con un torrente de adrenalina y me temblaron las manos.

Me incliné hacia delante en la silla de visitantes y traté de ser simpática y conmovedora.

—¿Puedo verlo, Sir Fletcher? Sólo un momento, en caso de que... de que quiera darme un mensaje para su familia, ¿sí?

Haciéndome pasar por una amiga inglesa de la familia Fraser, había logrado un acceso razonablemente fácil a Wentworth y a la oficina de Sir Fletcher, alcalde civil de la prisión. Era peligroso pedir ver a Jamie; al ignorar mi historia inventada, podría delatarme si me veía de pronto sin aviso. Para el caso, yo también podía delatarme. No estaba segura de poder conservar mi precario autocontrol si lo veía Pero el próximo paso consistía en averiguar dónde estaba. En esta gigantesca madriguera de conejos, la posibilidad de encontrarlo sin ayuda era casi nula.

Sir Fletcher frunció el entrecejo mientras pensaba. Era obvio que esta petición por parte de una simple conocida le suponía un estorbo, pero no era un hombre insensible. Por fin, sacudió la cabeza contra su voluntad.

—No, querida. No, me temo que no puedo permitirlo. Estamos abarrotados en este momento y no contamos con las instalaciones suficientes para admitir entrevistas privadas. Y el hombre se encuentra en... —consultó de nuevo su pila de papeles—... en una de las celdas grandes en el lado oeste, con varios otros criminales condenados. Sería en extremo arriesgado que lo visitara allí..., o en cualquier otra parte. El hombre es un prisionero peligroso, entiende. Leo aquí que ha estado encadenado desde que llegó.

Volví a estrujar mi bolso; esta vez para no golpear al hombre.

El alcalde volvió a menear la cabeza y su pecho rollizo subió y bajó con penosa respiración.

—No, si fuera usted un familiar directo, quizá... —Levantó la mirada y parpadeó. Apreté los dientes con fuerza, decidida a no revelar nada. Una muestra de agitación era, sin

duda, lógica en estas circunstancias. —Pero tal vez, querida... —Una inspiración pareció sobrecogerlo de repente. Se puso de pie con dificultad y fue hasta una puerta interior, donde un soldado uniformado montaba guardia. Le murmuró algo y éste asintió una vez y desapareció.

Sir Fletcher regresó al escritorio y se detuvo en el camino para tomar una jarra y vasos de un armario. Acepté un vaso de clarete; lo necesitaba. Estábamos a mitad del segundo vaso cuando volvió el vigilante. Entró sin pedir permiso, apoyó una caja de madera en el escritorio junto al codo de Sir Fletcher y se volvió para retirarse otra vez. Sorprendí su mirada deteniéndose en mí y bajé la vista con modestia. Llevaba puesto un vestido que me había prestado una dama de la aldea cercana, amiga de Rupert, y por el aroma que saturaba el vestido y el bolso haciendo juego, concluí cuál era la profesión particular de la dama. Esperaba que el vigilante no hubiera reconocido el atuendo.

Sir Fletcher vació su vaso, lo bajó y se acercó la caja. Se trataba de una caja simple y cuadrada, de madera tosca y con tapa corrediza. Tenía unas letras escritas en tiza en la tapa. Podía leerlas, incluso al revés. Decían: FRAYSER.

Sir Fletcher corrió la tapa, escudriñó el interior un momento y luego cerró la caja y la empujó hacia mí.

—Los efectos personales del prisionero —explicó—. Por lo general, los enviamos después de la ejecución a quien el prisionero haya designado como familiar más próximo. Este hombre, sin embargo... —meneó la cabeza—... se ha negado de plano a decir nada acerca de su familia. Deben de estar distanciados, supongo. Es bastante frecuente, desde luego, pero lamentable dadas las circunstancias. No estoy seguro de si debo pedirle esto, señorita Beauchamp, pero pensé que ya que usted está relacionada con la familia, tal vez podría hacer llegar estos efectos personales a la persona adecuada.

No confiaba en mi voz, de modo que me limité a asentir y hundí la nariz en mi copa de vino.

Sir Fletcher pareció aliviado, ya fuera por haberse deshecho de la caja o por la idea de mi partida inminente. Se reclinó con un ligero resuello y me obsequió con una amplia sonrisa.

—Es muy amable por su parte, señorita Beauchamp. Sé que se trata de una tarea dolorosa para una joven de sentimientos. Le aseguro que su gentileza me conmueve.

—N-no es nada —balbuceé. Logré ponerme de pie y tomar la caja. Medía unos veinte centímetros por quince y tenía una profundidad de diez o doce centímetros. Una caja pequeña y ligera para contener los restos de la vida de un hombre.

Sabía qué contenía: tres cordeles de pescar bien enrollados; un corcho con anzuelos pinchados en él; un pedernal y un eslabón; un trozo pequeño de vidrio roto con los bordes romos por el uso; varias piedras pequeñas que parecían interesantes o eran agradables al tacto; una pata seca de topo para prevenir el reumatismo. Una Biblia... ¿o quizá le habrían permitido conservarla? Ojalá así fuera. Un anillo de rubí, si no se lo habían robado. Y una pequeña serpiente tallada en madera de cerezo con el nombre SAWNY garabateado en la parte inferior.

Me detuve en la puerta y me aferré al marco para sostenerme.

Sir Fletcher, que me seguía con cortesía para despedirme, estuvo junto a mí al cabo de unos segundos.

—¡Señorita Beauchamp! ¿Se siente usted mareada, querida? ¡Guardia, una silla!

Gotas de sudor frío se me formaban en las sienes, pero me las ingenié para sonreír y rechacé la silla con un gesto de la mano. Lo único que quería era irme de allí..., necesitaba aire fresco, mucho. Y estar a solas para llorar.

—No, estoy bien —contesté y traté de parecer convincente—. Es sólo que... aquí dentro está muy cerrado. No, estaré perfectamente. De todos modos, mi mozo de cuadra me espera fuera.

Me esforcé por mantenerme erguida y sonreí. De pronto, se me ocurrió algo. Podría no ayudar, pero no perdía nada.

—Ah, Sir Fletcher...

Todavía preocupado por mi aspecto, el alcalde era pura galantería y atención.

—¿Sí, querida?

—Estaba pensando... Qué pena para un hombre joven en esta situación estar alejado de su familia. Se me ha ocurrido que tal vez... él deseara escribirles... una carta de reconciliación, ¿quizá? Me complacería entregársela a... a su madre.

—Es usted de lo más considerada, querida. —Sir Fletcher había rejuvenecido ahora que parecía que después de todo no iba a desplomarme sobre su alfombra—. Desde luego. Me encargaré de ello. ¿Dónde se aloja, querida? Si hay alguna carta, se la enviaré.

—Bueno. —La sonrisa me estaba saliendo bastante mejor, aunque la sentía pegada a la cara—. En este momento, no estoy segura. Tengo varios parientes y amistades en el pueblo entre quienes me temo que me veré forzada a turnarme para hospedarme. Para que nadie se ofenda, entiende. —Logré soltar una risita—. Así que si no es ningún inconveniente, mi mozo de cuadra podría venir a recoger la carta.

—Por supuesto. Por supuesto. Eso será excelente, querida. ¡Excelente!

Y con una rápida mirada hacia atrás a la jarra de vino, me tomó del brazo y me escoltó hasta los portones.

—¿Se siente mejor, muchacha? —Rupert me apartó algunos mechones de la cara para mirarme—. Tiene el aspecto de haberse empachado de cerdo. Vamos, beba un poco más.

Sacudí la cabeza hacia la cantimplora con whisky. Me senté derecha y enjugué el paño húmedo que Rupert me había pasado por el rostro.

—Ya estoy bien. —Acompañada por Murtagh, disfrazado de mozo de cuadra, apenas habíamos perdido de vista la prisión cuando me caí del caballo y vomité en la nieve. Permanecí allí llorando, con la caja de Jamie apretada contra el pecho, hasta que Murtagh me levantó, me obligó a montar y me condujo a la pequeña posada en el pueblo de Wentworth donde Rupert había hallado alojamiento. Estábamos en un cuarto superior, desde donde la mole de la prisión apenas se divisaba en la oscuridad creciente.

—¿El muchacho está muerto, entonces? —El rostro ancho de Rupert, ensombrecido a medias por la barba, era serio y amable, sin nada de su habitual bufonería.

Moví la cabeza y respiré hondo.

—Todavía no.

Después de escuchar mi historia, Rupert se paseó despacio alrededor de la habitación. Sacaba y metía los labios mientras reflexionaba. Murtagh estaba sentado quieto y como siempre, sus facciones no delataban la menor agitación. Habría sido un estupendo jugador de póquer, pensé.

Rupert volvió y se dejó caer en la cama junto a mí con un suspiro.

—Bueno, aún vive y eso es lo más importante. Pero no se me ocurre qué más podemos hacer. No hay forma de entrar en ese lugar.

—Sí la hay —intervino Murtagh de pronto—. Gracias a la idea de la carta que tuvo la muchacha.

—Mmmfm. Pero sólo un hombre. Y nada más que hasta la oficina del alcalde. Pero sí, por ahí se puede empezar. —Rupert extrajo su puñal y se rascó distraídamente la barba con la punta—. Es un sitio demasiado grande para registrar.

—Sé dónde está —precisé. Me sentía mejor trazando un plan y sabiendo que mis compañeros no se darían por vencidos por más imposible que pareciera la misión—. Al

menos sé en qué ala se encuentra.

—¿Sí? Mmm. —Rupert guardó la daga y se incorporó para seguir paseándose. Se detuvo y preguntó—: ¿Cuánto dinero tiene, muchacha?

Hurgué en el bolsillo de mi vestido. Tenía el monedero de Dougal, el dinero que Jenny había insistido en que aceptara y mi collar de perlas. Rupert rechazó las perlas pero tomó el monedero y vertió las monedas en la palma de su mano ancha.

—Esto servirá —afirmó mientras las hacía tintinear. Miró a los mellizos Coulter—. Vosotros dos y Willie... venid conmigo. John y Murtagh se quedarán aquí con la muchacha.

—¿Adonde van? —inquirí.

Dejó caer las monedas en su morral, pero retuvo una que arrojó al aire con expresión meditativa.

—Mmm —repitió con vaguedad—. Hay otra posada al otro lado de la aldea. Los guardias de la prisión van allí cuando están fuera de servicio. Les queda más cerca y lo tragos son un penique más baratos. —Lanzó otra vez la moneda al aire con el pulgar, giró la mano y la atrapó entre dos nudillos.

Lo observé y empecé a comprender su intención.

—¿De veras? —dije—. ¿Y también se juega a las cartas?

—No lo sé, jovencita, no lo sé —repuso Rupert.

Echó la moneda por tercera vez, juntó las manos al atraparla y luego las abrió para demostrar que no había nada allí excepto aire. Sonrió y sus dientes blancos resaltaron contra la barba negra.

—Pero podríamos ir y ver, ¿no? —Chasqueó los dedos y la moneda reapareció entre ellos.

Poco después de la una de la tarde siguiente, pasé de nuevo debajo de los rastrillos con púas que habían custodiado los portones de Wentworth desde su construcción a finales del siglo dieciséis. Habían perdido muy poco de su aspecto amenazador en los doscientos años siguientes y toqué la daga en mi bolsillo para infundirme valor.

Sir Fletcher debía de estar comiendo, según la información que Rupert y sus espías ayudantes habían sonsacado a los guardias de la prisión la noche anterior mientras se dejaban desplumar en la taberna. Habían regresado antes del amanecer, tambaleantes, con los ojos enrojecidos y un olor a cerveza que apestaba. Por toda respuesta a mis preguntas, Rupert dijo: «Así es, muchacha, todo lo que hace falta para ganar es suerte. ¡Pero para perder hay que tener habilidad!» Luego se acurrucó en un rincón y se durmió. Yo continué paseándome por el cuarto con aire frustrado, como lo había estado haciendo toda la noche.

Despertó una hora más tarde, con los ojos y la mente despejados, y expuso los rudimentos del plan que yo estaba a punto de ejecutar.

—Sir Fletcher no deja que nada ni nadie le estropee las comidas —explicó—. Cualquiera que lo desee en esos momentos tiene que esperar hasta que haya terminado de comer y beber. Y después de la comida, acostumbra a retirarse a sus habitaciones a descansar.

Murtagh, representando a mi mozo de cuadra, había llegado un cuarto de hora antes y entrado sin problemas. Presumiblemente, lo harían pasar a la oficina de Sir Fletcher y le pedirían que aguardara. Mientras tanto, debía registrar la oficina, primero para tratar de encontrar un plano del ala oeste y después, si era posible, las llaves que abrieran las celdas.

Me eché un poco hacia atrás y contemplé el cielo para calcular la hora. Si llegaba antes de que el alcalde se sentara a la mesa, podría ser invitada a compartir su comida, lo cual sería en extremo inconveniente. Pero los guardias compañeros de cartas de Rupert le

habían asegurado que los hábitos del alcalde eran invariables. La campana para comer sonaba a la una en punto y la sopa se servía cinco minutos después.

El soldado de guardia en la entrada era el mismo del día anterior. Pareció sorprendido, pero me saludó con cortesía.

—¡Qué fastidio! —exclamé—. Quería que mi mozo de cuadra trajera un pequeño obsequio para Sir Fletcher en retribución por su amabilidad para conmigo ayer. Pero me he dado cuenta de que el muy tonto se ha marchado sin él, así que lo he seguido con la esperanza de alcanzarlo. ¿Ha llegado ya? —Enseñé el pequeño paquete que llevaba y sonreí. Pensé que unos hoyuelos habrían ayudado. Como no los tenía, me contenté con una brillante exhibición de dientes.

Por lo visto, fue suficiente. Fui admitida y guiada a través de los pasillos de la prisión hacia la oficina del alcalde. Si bien esta parte del castillo estaba decorada decentemente, el lugar no podía dejar de ser una prisión. Había allí un olor particular, que imaginé como el olor de la miseria y el miedo, aunque supuse que en realidad obedecía a la suciedad de años y a la falta de tuberías de desagüe. El guardia me permitió que lo precediera por el corredor y me siguió a una distancia prudente para no tropezar con mi capa. Fue una suerte que así lo hiciera, puesto que di la vuelta hacia la oficina de Sir Fletcher unos centímetros delante de él, justo a tiempo para ver a Murtagh a través de la puerta abierta. Estaba arrastrando la figura inconsciente del guardia de la oficina detrás del inmenso escritorio.

Di un paso atrás y dejé caer mi paquete al suelo. Se sintió el ruido de vidrio al hacerse añicos y el aire se llenó del aroma sofocante del coñac de durazno.

—¡Oh, cielos! —gemí—. ¿Qué he hecho?

Mientras el guardia llamaba a un prisionero para que limpiara, murmuré algo con tacto acerca de esperar a Sir Fletcher en su oficina privada. Me deslicé dentro y me apresuré a cerrar la puerta a mis espaldas.

—¿Qué demonios ha hecho? —increpé a Murtagh. Estaba registrando el cuerpo tendido y levantó la vista, indiferente al tono de mi voz.

—El señor Fletcher no guarda las llaves en su oficina —me informó en voz baja—. Pero este hombre tiene un juego. —Extrajo el aro inmenso del saco del soldado y cuidó que las llaves no tintinearan.

Caí de rodillas junto a él.

—¡Magnífico! —exclamé. Eché una mirada al soldado postrado. Al menos respiraba—. ¿Y qué hay del plano de la prisión?

Murtagh meneó la cabeza.

—Tampoco. Pero mi amigo aquí tumbado me contó algo mientras esperábamos. Las celdas de los condenados están en este mismo piso, en el centro del corredor oeste. Pero hay tres celdas y no pude preguntarle más..., ya sospechaba bastante.

—Es suficiente... espero. De acuerdo, déme las llaves y salga de aquí.

—¿Yo? Es usted la que debería largarse, muchacha, y pronto. —Se volvió hacia la puerta, pero no hubo ningún sonido del otro lado.

—No, debo quedarme —insistí y alargué una mano hacia las llaves—. Escuche —agregué con impaciencia—. Si le encuentran vagando por la prisión con un manojo de llaves y al guardia aquí tirado, ambos estaremos perdidos, porque yo debería haber gritado para pedir ayuda. —Le arrebaté las llaves y las metí en mi bolsillo con dificultad.

Murtagh no estaba del todo convencido, pero se puso de pie.

—¿Y si la atrapan? —inquirió.

—Me desmayaré —expliqué—. Y cuando despierte, por fin, diré que vi a usted al parecer asesinando al guardia y huí aterrada, sin saber adonde iba. Y que me perdí buscando ayuda.

Asintió despacio.

—Bueno, de acuerdo. —Se movió hacia la puerta, luego se detuvo—. ¿Pero por qué yo...? Ah. —Atravesó la habitación con rapidez. Fue hasta el escritorio y abrió un cajón tras otro, revolviendo el interior con una mano y arrojando cosas al suelo con la otra. —Robo —explicó y regresó a la puerta. La entreabrió y atisbo fuera.

—Si fue por robo, ¿no debería llevarse algo? —sugerí y busqué algo pequeño y portátil. Recogí una caja de rapé esmaltada—. ¿Esto, tal vez?

Hizo un gesto impaciente para que la bajara de nuevo sin dejar de mirar por la puerta entreabierta.

—¡No, muchacha! Si me encuentran con alguna propiedad de Sir Fletcher me enviarán a la horca. La tentativa de robo, en cambio, se castiga con azotes o mutilación.

—Ah. —Me apresuré a bajar la caja de rapé y me detuve detrás de él para escudriñar por encima del hombro. El pasillo parecía vacío.

—Yo iré primero —precisó—. Si me encuentro con alguien, me desharé de él. Cuente hasta treinta y después salga. Nos reuniremos en el bosquecillo al norte. —Abrió la puerta, luego hizo una pausa y se volvió. —Si la cogen, no olvide arrojar las llaves. —Antes de que yo pudiera responder, se había escurrido fuera como una anguila y se deslizaba por el pasillo tan silencioso como una sombra.

• • •

Me pareció una eternidad hasta que encontré el ala oeste. Me moví con sigilo a través de los corredores del viejo castillo, aceché por las esquinas y me oculté tras las columnas. Sólo vi a un guardia durante el recorrido y logré esquivarlo. Retrocedí de un salto hacia un rincón y me quedé pegada a la pared, con el corazón en un puño, hasta que pasó.

Una vez que encontré el ala oeste no tuve duda de que había llegado al lugar indicado. Había tres puertas grandes en el pasillo, cada una con una diminuta ventana enrejada que apenas dejaba ver un rincón de la celda.

—Do, re, mi... —mascullé por lo bajo y me encaminé hacia la celda central. Las llaves no estaban identificadas, pero eran de distintos tamaños. Sin lugar a dudas, era la tercera. Contuve el aliento cuando sentí el clic, me enjugué las manos sudadas en la falda y empujé la puerta.

Busqué, desesperada, entre la masa pestilente de hombres. Tropecé con pies y piernas extendidos y me abrí paso entre los cuerpos pesados que se apartaban de mi camino con una indolencia exasperante. La conmoción provocada por mi abrupta entrada se había extendido. Los que dormían en el suelo mugriento comenzaron a sentarse, despertados por el creciente murmullo de estupor. Algunos estaban maniatados a las paredes; al moverse, las cadenas rechinaron y traquetearon en la penumbra. Agarré a uno de los que estaba de pie, un miembro de un clan, de barba oscura y con un tartán raído amarillo y verde. Los huesos del brazo que sujeté los sentí tan cerca de la piel que me asustó. Los ingleses no malgastaban comida extra en sus prisioneros.

—¡James Fraser! ¡Un hombre grande y pelirrojo! ¿Está en esta celda? ¿Dónde está?

El hombre enfilaba hacia la puerta con los otros que no estaban encadenados, pero se detuvo un momento para observarme. Los prisioneros ya atravesaban la puerta abierta en un torrente lento mientras se miraban y murmuraban entre sí.

—¿Quién? ¿Fraser? Ah, se lo han llevado esta mañana. —El hombre se encogió de hombros y empujó mis manos para tratar de soltarse.

Lo agarré del cinturón con tanta fuerza que frenó en seco.

—¿Adonde se lo han llevado? ¿Y quién?

—No lo sé. Pero fue el capitán Randall..., ese animal. —Se liberó de un tirón y se dirigió hacia la puerta con un andar producto de una voluntad largamente alimentada.

Randall. Me quedé paralizada un instante, empujada por los hombres que escapaban, sordos a los gritos de los encadenados. Por fin, salí de mi estupor y traté de pensar. Geordie había vigilado el castillo desde el amanecer. Nadie había salido por la mañana excepto un pequeño grupo de la cocina en busca de provisiones. De modo que aún estaban aquí, en alguna parte.

Randall era un capitán. Sin duda, ostentaba el rango más alto en la guarnición de la prisión, salvo el propio Sir Fletcher. O sea que podía exigir que se le proveyera de un lugar adecuado dentro del castillo en donde torturar a un prisionero a su gusto.

Porque era tortura. Aun cuando la horca fuera el destino final, el hombre que yo había visto en el Fuerte William era un gato por naturaleza. No podía resistir la ocasión de jugar con este ratón en especial, tanto como no podía alterar su altura ni el color de sus ojos.

Respiré profundamente y descarté todo pensamiento de lo que podría haber ocurrido desde esa mañana. Me abalancé hacia la puerta y me llevé por delante a un casaca roja inglés que entraba en ese momento. El hombre se tambaleó hacia atrás y trató de mantener el equilibrio. Yo, por mi parte, me estrellé con fuerza contra la jamba de la puerta y me golpeé el lado izquierdo y la cabeza. Me agarré de la puerta para no caer y en medio del zumbido en mis oídos resonaron ecos de la voz de Rupert: «¡Si cuenta con un momento de sorpresa a su favor, muchacha, utilícelo!»

Era discutible, pensé aturdida, quién estaba más sorprendido. Me llevé una mano deprisa al bolsillo que tenía la daga y maldije mi estupidez por no haber entrado en la celda con el puñal ya en la mano.

El soldado inglés había recuperado ya el equilibrio y me miraba boquiabierto. Sentí que se me escapaba mi valioso momento de sorpresa. Abandoné el bolsillo evasivo, me agaché y extraje la daga de mi media en un movimiento que continuó hacia arriba con toda la energía que logré reunir. La punta del cuchillo se hundió debajo de la barbilla del soldado en el momento en que se llevaba una mano al cinto. Las manos se elevaron a mitad de camino hacia la garganta y luego, con expresión desconcertada, el hombre retrocedió bamboleante contra la pared y resbaló por ella a cámara lenta mientras la vida se le escurría del cuerpo. Al igual que yo, había venido a investigar sin molestarse en sacar el arma primero y ese pequeño descuido le acababa de costar la vida. La gracia de Dios me había salvado a mí de ese error; no podía darme el lujo de cometer otro. Sentía frío y no bajé la vista cuando pasé por encima del cuerpo convulso.

Me apresuré en regresar por donde había venido, hasta el recodo junto a las escaleras. Ahí había un lugar en la pared donde estaría oculta a la vista desde ambas direcciones. Me apoyé en la pared. Temblaba y sentía náuseas.

Me enjugué las manos sudadas en la falda y extraje el puñal del bolsillo oculto. Ahora era mi única arma. No había tenido tiempo —ni estómago— para recuperar la otra daga. Quizás había sido mejor así, pensé mientras me frotaba los dedos en el corpiño. La herida no había sangrado casi nada y me estremecía imaginar el chorro de sangre que habría brotado si hubiera intentado sacar el cuchillo.

Con la daga segura en una mano, atisbé el pasillo con cautela. Los prisioneros que había liberado por error habían ido hacia la izquierda. No tenía ni idea de qué pensaban hacer, pero mantendrían ocupados a los ingleses, eso sin duda. Y si bien escoger una u otra dirección para mi búsqueda daba lo mismo, tenía lógica alejarse de cualquier posible alboroto.

La luz de las ventanas altas y estrechas caía oblicua a mis espaldas. O sea que éste era el lado oeste del castillo. No debía perder la orientación; Rupert me esperaría cerca del portón sur.

Escaleras. Hice trabajar a mi mente obnubilada a ver si, por deducción lógica, conseguía localizar el sitio que buscaba. Si alguien pretendía torturar a alguien, elegiría lógicamente un lugar privado y a prueba de ruidos. Ambas consideraciones señalaban a un calabozo aislado como el sitio más probable. Y por lo general, los calabozos en castillos como éste quedaban en el sótano, donde toneladas de tierra amortiguaban los gritos y la oscuridad ocultaba toda crueldad de los ojos de los responsables.

La pared se redondeaba en una curva al final del pasillo. Había llegado a una de las cuatro torres... y las torres tenían escaleras.

La escalera de caracol se desplegaba alrededor de otra curva. Los escalones cuneiformes se precipitaban hacia abajo en tramos vertiginosos que engañaban la vista y torcían los tobillos. La zambullida de la luz relativa del corredor a la oscuridad del pozo de la escalera hacía difícil juzgar la distancia de un escalón a otro. Resbalé varias veces, me raspé los nudillos y me pelé las manos al agarrarme a los pétreos muros.

La escalera tenía una ventaja. Desde una ventana estrecha que impedía que el pozo se sumiera en una negrura total, podía ver el patio principal. Al menos me permitía orientarme. Un pequeño grupo de soldados estaba formado en nítidas hileras rojas para someterse a una inspección, pero no, por lo visto, para presenciar el castigo sumario de un rebelde escocés. Había una horca en el patio, negra y amenazante, pero vacía. Al verla, sentí como si me dieran un puñetazo en el estómago. Mañana por la mañana. Me precipité ruidosamente por la escalera, indiferente a los codos raspados y a los tropezones.

Llegué al final entre un susurro de faldas y me detuve a escuchar. Reinaba un silencio de muerte, pero al menos esta parte del castillo se utilizaba. Las antorchas en los candelabros de pared teñían los bloques de granito con trémulas sombras rojizas. Cada una se desvanecía en la oscuridad hasta que la sombra de la antorcha siguiente saltaba a la luz. El humo pendía en remolinos grises a lo largo del techo abovedado del pasillo.

Había una sola dirección que tomar desde aquí. La seguí con la daga empuñada y lista. Era espeluznante atravesar este corredor. Había visto calabozos similares antes, cuando visité castillos históricos con Frank. Pero entonces, los enormes bloques de granito habían perdido su aspecto amenazante con el resplandor de tubos fluorescentes colgados de los arcos del techo cavernoso. Recordaba que incluso en esa época, los pequeños y húmedos recintos, fuera de uso desde hacía más de un siglo, me daban escalofríos. Mientras contemplaba los vestigios de métodos antiguos y horribles, las puertas gruesas y los grillos oxidados en las paredes, había creído poder imaginar los tormentos de los encarcelados en aquellas celdas espantosas. Ahora, mi ingenuidad me hacía reír. Como decía Dougal, existían ciertas cosas que la imaginación simplemente no podía igualar.

Caminé de puntillas junto a puertas cerradas de ocho centímetros de espesor; lo bastante gruesas para sofocar cualquier ruido desde el interior. Me agaché para ver si se filtraba luz por debajo de cada puerta. Era probable que dejaran pudrirse a los prisioneros en la oscuridad, pero Randall necesitaría ver lo que hacía. El suelo estaba pegajoso por la suciedad de años y cubierto por una capa gruesa de polvo. Al parecer, esta sección de la prisión no se empleaba actualmente. Pero las antorchas demostraban que había alguien aquí abajo.

Hallé la luz que buscaba en la cuarta puerta en el pasillo. Escuché, arrodillada, con el oído pegado a la puerta. Pero no oí nada excepto el débil crepitar de una lumbre.

La puerta no tenía llave. La entreabrí y espié con cautela. Jamie estaba allí, sentado en el suelo contra la pared, hecho un ovillo con la cabeza entre las rodillas. Y solo.

El cuarto era pequeño, pero estaba bien iluminado con una fogata de aspecto bastante agradable en la que ardían unos troncos de madera de cerezo. Para un calabozo, era bastante acogedor. Las lajas del suelo estaban limpias a medias y una cama de campaña se extendía contra la pared. También había dos sillas y una mesa con varios objetos, incluyendo una jarra de peltre grande y dos copas. Era una imagen increíble, después de las

visiones de muros chorreantes y ratas escurridizas. Tal vez los oficiales de la guarnición habían equipado este recinto como un refugio donde recibir a la compañía femenina que pudieran inducir a visitarlos. Tenía la ventaja de poseer la intimidad de la que carecían las barracas.

—¡Jamie! —exclamé en voz baja. No levantó la cabeza ni respondió. Sentí una punzada de temor. Hice una pausa para cerrar la puerta detrás de mí y crucé con rapidez hacia él. Le toqué el hombro—. ¡Jamie!

Entonces alzó la cabeza. Su rostro estaba blanco como el de un cadáver, sin afeitar y brillante por un sudor frío que había empapado el cabello y la camisa. La habitación apestaba a miedo y vómito.

—¡Claire! —pronunció con voz ronca entre labios agrietados por la sequedad—. ¿Cómo has podido...? Debes irte de aquí enseguida. Regresará pronto.

—No seas ridículo.

Evalué la situación con tanta premura como pude y con la esperanza de que la concentración en esa tarea disminuyera la sensación asfixiante y ayudara a aflojar el puño que me oprimía el estómago.

Estaba encadenado de un tobillo a la pared, pero nada más. Sin embargo, era evidente que lo habían atado con el rollo de soga que yacía junto a los objetos de la mesa. Tenía despellejadas las muñecas y los codos.

Su estado me desconcertaba. Estaba aturdido y cada línea de su cuerpo denotaba dolor, pero no se veía ningún daño serio. No había sangre ni heridas visibles. Me puse de rodillas y comencé metódicamente a probar las llaves en el grillete que aprisionaba el tobillo.

—¿Qué te ha hecho? —inquirí sin levantar la voz por miedo a que regresara Randall.

Jamie se balanceó, sentado donde estaba, con los ojos cerrados y cubierto de sudor. Estaba a punto de desmayarse, pero abrió los ojos un momento al oír mi voz. Se movió con un cuidado exquisito y utilizó la mano izquierda para levantar el objeto que había estado sosteniendo en su regazo. Era su mano derecha, casi irreconocible. Hinchada grotescamente, era ahora una bolsa inflamada, manchada de rojo y púrpura y con los dedos colgando en ángulos increíbles. Un fragmento de hueso asomaba a través de la piel desgarrada del dedo medio y una línea de sangre ensuciaba los nudillos hinchados y deformes.

La mano humana es una delicada maravilla de ingeniería, un sistema intrincado de articulaciones y poleas, asistido y controlado por una red de millones de nervios diminutos y exquisitamente sensibles al tacto. Un único dedo roto es suficiente para hacer caer de rodillas a un hombre fuerte con un dolor nauseabundo.

—El pago —explicó Jamie—, por su nariz... con intereses.

Contemplé la mano un instante y luego declaré con una voz que no reconocí como mía:

—Lo mataré por esto.

La boca de Jamie se torció ligeramente cuando un destello de humor se impuso sobre la máscara de dolor y aturdimiento.

—Yo te aguantaré la capa, Sassenach —susurró. Cerró los ojos otra vez y se derrumbó contra la pared, demasiado débil para seguir protestando por mi presencia.

Retomé mi trabajo con el grillete y me alegró comprobar que ya no me temblaban las manos. El miedo se había desvanecido, reemplazado por una ira gloriosa.

Ya había probado dos veces con cada una de las llaves y seguía sin encontrar la que abriera la cerradura. Las manos me empezaban a sudar y las llaves se resbalaban entre mis dedos como peces cuando me dispuse a intentarlo con las menos probables. Mis maldiciones por lo bajo arrancaron a Jamie de su estupor y se inclinó con lentitud para mirar lo que

estaba haciendo.

—No necesitas encontrar la llave —murmuró y apoyó un hombro en la pared para mantenerse erguido—. Si hay alguna que encaje en el hueco de la cerradura, puedes hacerla saltar con un buen golpe.

—¿Has visto antes este tipo de cerradura? —Quería hacerle hablar para mantenerlo despierto. Tendría que caminar si queríamos salir de allí.

—Sí. Cuando me trajeron aquí, me encadenaron en una celda grande con muchos otros prisioneros. Un muchacho llamado Reilly estaba encadenado junto a mí. Era de Leinster..., dijo que había estado en casi todas las mazmorras de Irlanda y había decidido probar en Escocia para cambiar de ambiente. —Jamie hacía esfuerzos por hablar. Él también se daba cuenta de que tenía que despejarse. Logró esbozar una sonrisa tenue—. Me contó bastante acerca de cerraduras y cosas por el estilo y me indicó cómo habríamos podido romper las que teníamos si hubiéramos contado con un trozo de metal recto.

—Dime, entonces. —El esfuerzo le hacía sudar mucho, pero se le veía alerta. Concentrarse en el problema de la cerradura parecía ayudar.

Siguiendo sus instrucciones, hallé una llave adecuada y la introduje tanto como me fue posible. Según Reilly, un golpe seco en el extremo de la llave enviaría el otro extremo con fuerza contra las guardas y las haría saltar. Registré a mi alrededor en busca de un instrumento apropiado para golpear.

—Usa el mazo que hay encima de la mesa, Sassenach —sugirió Jamie. Lo miré, sorprendida por la amargura de su voz, y me volví hacia la mesa, donde yacía un mazo de madera mediano con el mango envuelto en cordel alquitranado.

—¿Eso fue con lo que...? —comencé, horrorizada.

—Sí. Sujeta el grillete contra la pared antes de golpearlo.

Cogí el mango con cuidado y levanté el mazo. Era incómodo poner bien el grillete de hierro de modo que un lado quedara inmovilizado por la pared. Esto requería que Jamie cruzara la pierna encadenada por debajo de la otra y presionara la rodilla contra la pared.

Mis primeros dos golpes fueron demasiado débiles y timoratos. Reuní todo el aplomo de que fui capaz y dejé caer el mazo sobre la llave tan fuerte como pude. El mazo resbaló y propinó un golpe indirecto pero enérgico al tobillo de Jamie. Con el sobresalto, perdió su precario equilibrio y cayó, pero antes extendió instintivamente la mano derecha para salvarse. Profirió un gemido inhumano cuando su brazo derecho se estrujó bajo su peso y el hombro golpeó el suelo.

—Maldición —mascullé, agotada. Jamie se había desmayado, pero no podía culparlo, desde luego. Aproveché su momentánea inmovilidad y giré su tobillo de manera que el grillete quedara asegurado. Golpeé la llave con gran empeño, pero sin resultado. Estaba despotricando mentalmente contra los cerrajeros irlandeses cuando la puerta junto a mí se abrió de pronto.

La cara de Randall, como la de Frank, rara vez delataba sus pensamientos. Antes bien, reflejaba una expresión serena e impenetrable. En ese momento, sin embargo, la habitual compostura del capitán lo había abandonado. Estaba en la puerta con la boca abierta y un semblante bastante similar al del hombre que lo acompañaba. Grandote y de uniforme sucio y andrajoso, el asistente tenía la frente ancha, nariz chata y labios prominentes y fláccidos, propios de algunos retrasados mentales. Su expresión no se alteró mientras acechaba por encima del hombro de Randall, al parecer indiferente a mí y al hombre inconsciente en el suelo.

El capitán se rehizo, entró en el cuarto y se agachó para observar el grillete alrededor del tobillo de Jamie.

—Veo que has estado dañando la propiedad de la Corona, muchacha. Es un delito penado por la ley, ¿sabes? Y ni qué hablar de intentar ayudar a escapar a un prisionero peligroso. —Sus pálidos ojos grises chispeaban divertidos—. Tendremos que arreglar algo

adecuado para ti. Mientras tanto... —Me enderezó de un tirón y me puso los brazos a la espalda. Enrolló el mango del látigo alrededor de mis muñecas.

Forcejear era del todo inútil, pero le pisé los pies con todas mis fuerzas nada más que para desahogar mi frustración.

—¡Ay! —Me dio un violento empellón. Mis piernas golpearon la cama y caí con la mitad del cuerpo sobre las ásperas mantas. Randall me observó con satisfacción sombría y se limpió la punta de la bota con un pañuelo de hilo. Le clavé una mirada enfurecida y rió. —No eres cobarde, debo reconocerlo. De hecho, él y tú hacéis una buena pareja. —Asintió hacia Jamie, que comenzaba a agitarse un poco—. Y no puedo hacerte un mejor cumplido. —Se pasó un dedo con cuidado por la garganta, donde un cardenal oscuro se entreveía por el cuello desprendido de la camisa—. Trató de matarme, con una mano, cuando lo desaté. Y casi lo logró. Una pena no haberme dado cuenta de que era zurdo.

—Qué desconsiderado por su parte, ¿verdad? —manifesté.

—Aja —convino Randall con un movimiento de cabeza—. Supongo que tú no serías tan descortés, ¿verdad? De todos modos, por si acaso... —Se volvió hacia el sirviente corpulento que seguía en la puerta con los hombros hundidos, esperando órdenes.

—Marley —llamó—, ven aquí y registra a esta mujer para ver si tiene algún arma.

Observó divertido mientras el hombre me palpaba con torpeza y finalmente descubría mi daga.

—¿No te gusta Marley? —me preguntó al ver cómo trataba de esquivar los dedos gruesos que me tocaban demasiado íntimamente—. Es una lástima. Estoy seguro de que tú le gustas a él.

—E1 pobre Marley no tiene mucha suerte con las mujeres —prosiguió el capitán con un brillo malicioso en los ojos—. ¿No es cierto, Marley? Ni siquiera las prostitutas lo quieren. —Me clavó una mirada conspiradora y sonrió con ferocidad—. Demasiado grande, dicen. —Enarcó una ceja—. Lo cual es una opinión de peso, proviniendo de una puta, ¿no? —Alzó la otra ceja. El mensaje era bien claro.

Marley, que había comenzado a jadear durante la palpación, se detuvo y se enjugó un hilo de saliva que le colgaba de la boca. Me aparté tanto como pude, asqueada.

Randall me observó y comentó:

—Imagino que a Marley le gustaría agasajarte privadamente en sus habitaciones, en cuanto hayamos concluido nuestra conversación. Por supuesto, es probable que más tarde decida compartir su buena fortuna con sus amigos, pero eso depende de él.

—¿Cómo, usted no desea mirar? —aventuré con sarcasmo.

Randall rió, verdaderamente divertido.

—Puede que tenga lo que se denomina «gustos antinaturales», como supongo que ya sabes. Pero reconóceme ciertos principios estéticos. —Contempló al inmenso ordenanza, desgarbado dentro de sus ropas mugrientas y con el vientre que se proyectaba sobre el cinto. Los labios fláccidos y protuberantes mascaban y mascullaban sin cesar como buscando algo de comida y los dedos cortos y gruesos se movían nerviosos en la entrepierna de los calzones manchados. Randall se estremeció con delicadeza. —No, eres una mujer muy bonita —afirmó—. Aunque de lengua afilada. Verte con Marley..., no, no creo que desee hacerlo. Al margen de su aspecto, los hábitos personales de Marley dejan mucho que desear.

—Los de usted también —sentencié.

—Es posible. En todo caso, dentro de poco, ya no te molestarán más. —Se interrumpió y me miró—. Todavía me gustaría saber quién eres, sabes. Una jacobita, no hay duda, ¿pero de quién? ¿De Marischal? ¿De Seaforth? Es más probable que de Lovat, ya que estás con los Fraser. —Randall dio un puntapié suave a Jamie, pero sin consecuencias. Su pecho subía y bajaba con regularidad y supuse que había pasado de la inconsciencia al sueño. Las manchas bajo sus ojos evidenciaban una gran falta de sueño.

—Incluso he oído decir que eres una bruja —continuó el capitán. Su tono era ligero, pero me observaba con atención, como si de pronto pudiera convertirme en una lechuza y huir aleteando—. Hubo problemas en Cranesmuir, ¿verdad? ¿Una muerte? Pero seguro que no fueron sino tontas supersticiones.

Me escudriñó con aire especulativo.

—Podría aceptar hacer un trato contigo —admitió bruscamente. Se reclinó, sentado a medias en la mesa, invitándome.

Reí con cinismo.

—En este momento, no estoy en condiciones de negociar ni tengo ánimo para hacerlo. ¿Qué puede ofrecerme?

Randall se volvió hacia Marley. El idiota tenía los ojos clavados en mí y barbullaba por lo bajo.

—Una alternativa, por lo menos. Cuéntame... y convénceme de... quién eres y quién te envió a Escocia. Qué estás haciendo y qué información has transmitido y a quién. Dime eso y te llevaré con Sir Fletcher en vez de entregarte a Marley. —Mantuve la vista apartada de Marley. Había visto las raíces podridas de los dientes y las encías pustulantes y la idea de que me besara, ni qué decir de que me... Reprimí el pensamiento. Randall tenía razón. No era cobarde, pero tampoco tonta.

—No puede llevarme con Sir Fletcher y lo sabe tan bien como yo —repliqué—. ¿Llevarme ante él y arriesgarse a que le cuente esto? —Mis ojos abarcaron el recinto equipado, el fuego acogedor, la cama en la que estaba sentada y Jamie tirado a mis pies—. Cualesquiera que sean los defectos de Sir Fletcher, imagino que no toleraría, oficialmente, que sus oficiales torturaran a los prisioneros. Hasta el ejército inglés debe tener algunas reglas.

Randall enarcó ambas cejas.

—¿Tortura? Ah, eso. —Hizo un gesto negligente en dirección a la mano de Jamie—. Un accidente. Se cayó en la celda y lo pisotearon los demás prisioneros. Las celdas están bastante abarrotadas, ¿sabes? —Sonrió con burla.

Me quedé callada. Sir Fletcher podría o no creer que el daño en la mano de Jamie se había debido a un accidente. Pero lo que era muy improbable era que me creyera a mí, después de desenmascararme como espía inglesa.

Randall me miraba con los ojos atentos a cualquier signo de debilidad.

—¿Y bien? La opción es tuya.

Suspiré y cerré los ojos, cansada de mirarlo. La opción no era mía, pero a duras penas podía explicarle el motivo.

—No importa —repuse con cansancio—. No puedo decirle nada.

—Piénsalo un rato. —Se enderezó y pasó con cuidado por encima del cuerpo inconsciente de Jamie. Extrajo una llave de su bolsillo—. Necesitaré que Marley me ayude, pero después lo enviaré a su habitación... y a ti con él si insistes en no cooperar. —Se agachó, abrió la cerradura del grillete y levantó el cuerpo laxo con un impresionante despliegue de fuerza para alguien de su envergadura. Los músculos de sus antebrazos abultaron la tela de la camisa blanca cuando acarreó a Jamie, con la cabeza colgando, hasta un taburete en un rincón. Señaló un balde cercano. —Despiértalo —ordenó con sequedad al grandote. El agua fría chocó contra las piedras y formó un sucio charco—. Otra vez —dijo Randall, inspeccionando a Jamie que gemía y movía un poco la cabeza contra la pared. El segundo baldazo lo asustó y lo hizo toser.

Randall se adelantó y lo agarró del pelo. Le tiró la cabeza hacia atrás y se la sacudió como un animal mojado. Las gotas de agua fétida salpicaron las paredes. Los ojos de Jamie eran rendijas opacas. Asqueado, Randall soltó la cabeza con un empujón hacia atrás, se secó la mano en los calzones y se volvió. Sus ojos debieron de captar un atisbo de movimiento, porque comenzó a darse la vuelta, pero no a tiempo de prepararse contra la

súbita arremetida del escocés.

Los brazos de Jamie se cerraron en el cuello del capitán. Como no podía usar la mano derecha, se agarró la muñeca derecha con la izquierda, tiró y estrujó con el antebrazo la tráquea del inglés. Cuando Randall empezó a ponerse violeta y a flaquear, Jamie aflojó la presión el tiempo necesario para hundir la mano izquierda en el riñón del capitán. A pesar de su debilidad, el golpe bastó para que las rodillas de Randall cedieran.

Jamie dejó caer a su contrincante y se volvió para enfrentarse al ordenanza grandote, que hasta ahora había contemplado los acontecimientos sin el menor atisbo de interés en su rostro fláccido. Su expresión permaneció inerte, no así su cuerpo. Cogió el mazo cuando Jamie avanzó hacia él blandiendo el taburete con la mano sana. Una cierta cautela empañaba el rostro del asistente en tanto ambos giraban lentamente buscando la ocasión propicia.

Mejor armado, Marley intentó golpear primero y agitó el mazo hacia las costillas de Jamie. Jamie lo esquivó y amagó con el taburete, obligando a Marley a retroceder hacia la puerta. El siguiente intento, un golpe mortal descendente, habría partido el cráneo de Jamie si hubiera dado en el blanco. No lo hizo y, en cambio, quebró el taburete, que perdió una pata y el asiento.

Impaciente, Jamie estrelló el taburete contra la pared en la siguiente tentativa. Con esto, lo redujo a un palo pequeño pero más manejable: un trozo de madera de sesenta centímetros de largo con la punta dentada y astillada.

El aire en la celda, sofocante a causa del humo de las antorchas, era tranquilo excepto por la respiración entrecortada de los dos hombres y los batacazos ocasionales de la madera contra la piel. Temía hablar por temor a distraer la precaria concentración de Jamie, así que subí los pies a la cama y me encogí contra la pared para no estorbar.

Me daba cuenta —y también el ordenanza, a juzgar por la tenue sonrisa de anticipación— de que Jamie se estaba cansando con rapidez. Ya era increíble de por sí que se mantuviera en pie; tanto más, que pudiera pelear. Los tres sabíamos que la lucha no podía durar mucho más. Si Jamie quería tener una oportunidad, debía moverse pronto. Usando la pata del taburete para lanzar golpes cortos y violentos, avanzó con precaución hacia Marley y lo acorraló en un rincón para limitar sus movimientos. Pero el ordenanza captó la intención como por instinto y su brazo describió el curso horizontal de un golpe feroz con la idea de hacer recular a Jamie.

En vez de retroceder, Jamie se adelantó. Recibió la fuerza total del impacto en el costado izquierdo mientras descargaba el palo con ímpetu en la sien de Marley. Absorta en la escena, no había prestado atención al cuerpo de Randall postrado en el suelo cerca de la puerta. Pero cuando el asistente se tambaleó con los ojos nublados, oí el sonido de botas arrastrándose sobre la piedra y una respiración penosa chirrió en mi oído.

—Buena pelea, Fraser. —La voz de Randall estaba ronca por el ahogo, pero tan serena como siempre—. Aunque te ha costado algunas costillas, ¿eh?

Jamie se apoyó contra la puerta. Jadeaba mucho y todavía sostenía el palo con el codo apretado contra un costado. Dirigió la mirada al suelo para medir la distancia.

—No lo intentes, Fraser —le advirtió Randall con voz melosa—. Ella morirá antes de que des el segundo paso. —La hoja fría y fina del cuchillo pasó junto a mi oreja y la punta se detuvo en la mandíbula.

Aún contra la pared, Jamie evaluó la escena con objetividad por un momento. Con un esfuerzo repentino, se enderezó dolorosa-mente y se quedó parado, tambaleante. El palo resonó en el suelo de piedra con un ruido hueco. La punta del cuchillo se clavó apenas un milímetro, pero, aparte de eso, Randall no se movió cuando Jamie recorrió pausadamente los pocos centímetros que lo separaban de la mesa. En el camino, recogió el mazo del suelo y lo balanceó delante de él, sin intención agresiva aparente.

El mazo cayó ruidosamente sobre la mesa y el mango viró con tanta intensidad que

llevó la pesada cabeza casi hasta el borde. Herramienta sólida y sencilla, yacía oscura y pesada sobre el roble. Un cesto de caña con clavos se entremezclaba en el revoltijo de objetos que había a un extremo de la mesa; tal vez abandonado por los carpinteros que habían amueblado la habitación. La mano sana de Jamie, con los dedos rectos y largos delineados en oro por la luz, se agarró con firmeza al extremo de la mesa. Con un esfuerzo que sólo podía imaginar, se sentó lentamente en la silla y desplegó ante sí ambas manos sobre la superficie de madera marcada, a unos centímetros del mazo.

Durante todo el doloroso trayecto, había mantenido la mirada de Randall y ahora no vaciló. Asintió en mi dirección sin mirarme y dijo:

—Suéltala.

La mano que asía el cuchillo pareció relajarse una pizca. La voz de Randall sonó divertida y curiosa.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Jamie daba la impresión de tener absoluto control de sí mismo, pese a su rostro pálido y al sudor, que como lágrimas, corría indiferente por sus mejillas.

—No puedes empuñar un cuchillo contra dos personas a la vez. Mata a la mujer o aléjate de ella y te mataré. —Habló con suavidad y con severa amenaza bajo el pausado acento escocés.

—¿Y qué me impide mataros a los dos?

Habría asegurado que Jamie sonreía sólo porque se le veían los dientes.

—¿Y defraudar al verdugo? Sería difícil de explicar por la mañana, ¿no crees? —Señaló con la cabeza el bulto inconsciente en el suelo—. No habrás olvidado que tuviste que pedirle a tu asistente que me atara con la soga antes de que me rompieras la mano.

—¿Y? —El cuchillo se mantenía inmóvil junto a mi oreja.

—Tu ayudante no te servirá de nada por un buen rato.

Esto era muy cierto. El monstruoso ordenanza yacía boca abajo y respiraba con ronquidos discordantes. Conmoción cerebral severa, decidí de manera mecánica. Posible hemorragia cerebral. Me importaba un comino que muriera ante mis propias narices.

—Tú solo no puedes conmigo, aunque tenga una mano inutilizada. —Jamie sacudió la cabeza despacio mientras evaluaba el tamaño y la fuerza de Randall—. No. Soy más grande y mucho mejor luchador que tú. Si no tuvieras a la mujer, te arrebataría el cuchillo y te lo hundiría en la garganta. Y lo sabes. Por eso no la has herido aún.

—Pero está en mi poder. Puedes marcharte, desde luego. Hay una salida bastante cerca. Pero eso significaría la muerte de tu esposa... Dijiste que era tu esposa, ¿no?

Jamie se encogió de hombros.

—Y la mía también. No llegaría lejos con toda la guarnición tras de mí. Que me maten de un tiro al aire libre podría ser mejor que ser colgado aquí, pero no es mucha la diferencia. —Una mueca de dolor cruzó su cara y contuvo el aliento un instante. Cuando respiró de nuevo, lo hizo con resuellos entrecortados. La conmoción que lo había estado protegiendo de lo peor del dolor se estaba desvaneciendo.

—O sea que estamos en un callejón sin salida. —El comedido tono inglés de Randall era desenfadado—. ¿Alguna sugerencia?

—Sí. Me deseas. —La fría voz escocesa era desapasionada—. Deja ir a la mujer y me tendrás. —La punta del cuchillo se movió un milímetro y lastimó mi oreja. Sentí el pinchazo y el hilo de sangre—. Haz lo que quieras conmigo. No me resistiré, aunque te dejaré que me ates si lo crees necesario. Y nunca lo mencionaré en el futuro. Pero antes sacarás a la mujer de esta prisión.

Mis ojos se posaron en la mano herida de Jamie. Una mancha de sangre crecía debajo del dedo medio y comprendí con estupor que apretaba el dedo a propósito contra la mesa para que el dolor lo ayudara a mantenerse consciente. Estaba negociando mi vida con lo único que le quedaba..., su cuerpo. Si se desmayaba, ya no habría ninguna oportunidad.

Randall se había relajado por completo. El cuchillo descansó con descuido en mi hombro derecho mientras el capitán reflexionaba. Yo también lo hice. Jamie iba a ser colgado a la mañana siguiente. Tarde o temprano, notarían su ausencia y se registraría el castillo. Era probable que se tolerara cierta brutalidad entre los oficiales y caballeros —estaba segura de que eso incluiría una mano rota o una espalda despellejada— pero de ahí a pasar por alto las otras inclinaciones de Randall era otro cantar. Al margen de que Jamie fuera un prisionero condenado, si al día siguiente al pie de la horca denunciaba abusos por parte de Randall, se abriría una investigación. Y si el examen físico confirmaba la denuncia, sería el fin de la carrera de Randall y quizá también de su vida. Pero si Jamie juraba guardar silencio...

—¿Me das tu palabra?

Los ojos de Jamie eran como dos llamas azules en el pergamino de su cara. Al cabo de un momento, asintió con lentitud.

—A cambio de la tuya.

La atracción de una víctima reacia y sumisa al mismo tiempo era irresistible.

—Trato hecho. —El cuchillo dejó mi hombro y oí el susurro de metal al ser envainado. Randall pasó por delante de mí, dio la vuelta a la mesa y recogió el mazo. Lo sostuvo en alto y aventuró en tono irónico—: ¿Me permites que ponga a prueba tu sinceridad?

—Sí. —La voz de Jamie fue tan firme como sus manos, abiertas y quietas sobre la mesa. Traté de hablar, de protestar, pero mi garganta se había secado.

El capitán se movió sin prisas. Se inclinó para coger un clavo del cesto de caña. Colocó la punta con cuidado y descargó el mazo. El clavo atravesó la mano derecha de Jamie y se hundió en la mesa con cuatro golpes vigorosos. Los dedos rotos se crisparon y se estiraron de pronto, como las patas de una araña pinchada en un cuadro de colección.

Jamie gimió y sus ojos se agrandaron y se quedaron en blanco. Randall bajó el mazo con delicadeza. Cogió a Jamie por la barbilla y le volvió el rostro hacia arriba.

—Ahora bésame —susurró y bajó la cabeza hacia la boca pasiva.

Cuando la levantó, la expresión en su rostro era lánguida y sus ojos tiernos y distantes. Una sonrisa curvaba su boca carnosa. En otro tiempo, yo había amado esa sonrisa y esa mirada lánguida me había hecho arder de deseo. Ahora me daban asco. Las lágrimas se infiltraron por la comisura de mis labios aunque no recordaba haber empezado a llorar. Randall se quedó un momento como transportado, contemplando a Jamie. Luego recordó, se sacudió y volvió a desenvainar el cuchillo.

La hoja cortó con descuido la soga alrededor de mis muñecas y me rozó la piel. Apenas tuve tiempo de frotarme las manos para restablecer la circulación antes de que el capitán me instara a incorporarme y me empujara hacia la puerta.

—¡Espera! —exclamó Jamie a nuestras espaldas y Randall se volvió con impaciencia.

—¿Me permitirás despedirme? —Era una afirmación más que una pregunta y Randall titubeó unos segundos. Luego asintió y me dio un empellón hacia la figura inmóvil. El brazo sano de Jamie me rodeó los hombros y hundí mi rostro húmedo en su cuello.

—No debes hacerlo —murmuré—. No debes. No te dejaré.

Su boca era cálida junto a mi oído.

—Me colgarán por la mañana, Claire. Lo que suceda conmigo a partir de ahora no le importa a nadie.

Retrocedí y le clavé la mirada.

—¡A mí me importa! —Los labios tensos temblaron y formaron casi una sonrisa. Jamie alzó la mano libre y la apoyó en mi mejilla húmeda.

—Lo sé, *mo duinne*. Y por eso te irás ahora. Así sabré que hay alguien a quien

todavía le importo. —Me estrechó, me besó con suavidad y susurró en gaélico—: Te dejará ir porque cree que estás indefensa. Yo sé que no lo estás. —Me soltó y agregó en inglés—: Te amo. Ahora vete.

Randall se detuvo mientras cruzábamos la puerta.

—Regresaré pronto. —Era la voz de un hombre que abandonaba a su amante a disgusto. Se me encogió el estómago.

La luz de la antorcha a sus espaldas perfilaba su silueta con un halo rojizo; Jamie inclinó la cabeza con gracia hacia la mano clavada en la mesa.

—Supongo que aquí estaré.

Jack el Negro. El típico nombre de pillos y rufianes en el siglo dieciocho. Ingrediente básico de la ficción romántica, el nombre evocaba salteadores de caminos apuestos, espadas brillantes y sombreros con plumas. La realidad caminaba junto a mí.

Nadie se detiene nunca a pensar qué sirve de fundamento a la novela romántica. La tragedia y el terror, transmutados por el tiempo. Agreguemos un poquito de arte para la narración y *voilá!*, una novela conmovedora que acelera la sangre y arranca suspiros a las muchachas. Mi sangre estaba acelerada, eso seguro, y jamás muchacha alguna había suspirado como Jamie mientras sostenía su mano despedazada.

—Por aquí. —Era la primera vez que Randall hablaba desde que habíamos dejado la celda. Indicó un nicho estrecho en la pared sin antorchas que lo iluminaran: la salida que le había mencionado a Jamie.

Yo ya me había recuperado lo suficiente para poder hablar, y lo hice. Di un paso atrás para que la luz de las antorchas cayera de lleno sobre mí, puesto que quería que él recordara mi rostro.

—Me preguntó usted, capitán, si era yo una bruja —comencé con voz baja y firme—. Ahora le responderé. Sí, soy una bruja. Y como tal, lo maldigo. Usted se casará, capitán. Y su esposa le dará un hijo. Pero usted no vivirá para conocer a su primogénito. Lo maldigo con conocimiento, Jack Randall..., le diré la hora de su muerte.

Su cara estaba en sombras, pero el destello de sus ojos me revelaba que me creía. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Yo decía la verdad, y lo sabía. Podía ver las líneas en el árbol genealógico de Frank como si estuvieran dibujadas en las líneas de argamasa entre las piedras de la pared y los nombres escritos en ellas.

—Jonathan Wolverton Randall —pronuncié despacio y leyendo de las piedras—. Nacido el 3 de septiembre de 1705. Muerto... —El capitán hizo un movimiento convulsivo hacia mí, pero no lo bastante rápido para acallarme.

Una puerta angosta en el fondo del nicho se abrió de golpe con el chirrido de bisagras. Mis ojos esperaban mayor oscuridad, pero el intenso resplandor de luz sobre la nieve los cegó. Un empujón desde atrás me lanzó de cabeza dentro del cúmulo de nieve y la puerta se cerró con violencia a mis espaldas.

Yacía en una especie de foso detrás de la prisión. La nieve a mi alrededor tapaba pilas de algo..., los desechos de la prisión, supuse. Había algo duro debajo del foso en el que había caído; quizá madera. Contemplé la pared que se alzaba ante mí. Huellas y chorreras a lo largo de la piedra marcaban el trayecto de la basura arrojada a través de una puerta corrediza a doce metros de altura. Debía de ser la sección de la cocina.

Rodé y me apoyé para levantarme. De pronto, me encontré frente a un par de ojos azules muy abiertos. El rostro estaba casi tan azul como los ojos y duro como el tronco de madera con el que lo había confundido. Me puse de pie con vacilación, tragué saliva y retrocedí bamboleante contra la pared de la prisión.

«Baja la cabeza y respira hondo —me dije con firmeza—. No vas a desmayarte.

Has visto antes hombres muertos, montones. No vas a desmayarte. Cielos..., tenía ojos azules como... ¡Maldición, no te desmayarás!»

Mi respiración se tranquilizó por fin y también mi pulso enloquecido. A medida que el pánico cedía, me forcé a acercarme a la figura patética mientras me enjugaba las manos en la falda. No sé si fue lástima, curiosidad o espanto lo que me hizo volver a mirar. No obstante, visto sin el factor sorpresa, no había nada de atemorizante en el hombre muerto; nunca lo hay. No importa cómo muera un hombre, presenciar un alma humana sufriendo es lo verdaderamente horrible; ya muerto el individuo, lo que queda no es más que un objeto.

El extraño de ojos azules había sido colgado. No era el único habitante del foso. No me molesté en cavar entre la nieve, pero ahora que sabía lo que contenía, divisé con claridad el contorno de miembros congelados y cabezas. Por lo menos yacían una docena de hombres, aguardando un deshielo que facilitaría sus entierros o ser devorados por las bestias del bosque cercano.

El pensamiento me arrancó de mi inmovilidad. No tenía tiempo para perder en meditaciones u otro par de ojos azules mirarían fijo y sin ver en medio de la nieve.

Tenía que encontrar a Murtagh y a Rupert. La puerta trasera oculta tal vez fuera útil. Era obvio que no estaba fortificada ni custodiada como los portones principales y otros accesos a la prisión. Pero necesitaba ayuda, y pronto.

Levanté la mirada hacia el borde del foso. El sol estaba bastante bajo y resplandecía entre una bruma de nubes sobre las copas de los árboles. El aire estaba cargado de humedad. Era muy probable que volviera a nevar al anochecer. La neblina era espesa en el este. No quedaba más de una hora de luz.

Comencé a seguir el curso del foso. No quena trepar por las zonas rocosas y empinadas hasta no tener otra alternativa. La hondonada se curvaba enseguida alejándose de la prisión y parecía conducir hacia el río. Presumiblemente, el escurrimiento de la nieve derretida acarreaba los desechos de la prisión. Estaba casi en la esquina de la alta pared cuando oí un débil sonido a mis espaldas. Giré. El ruido había sido producido por una roca al caer desde el borde del foso. Un lobo gris y grande la había soltado con la pata.

Desde el punto de vista del lobo, sin duda yo poseía características más apetecibles que las de los cuerpos bajo la nieve. En primer lugar, me movía, era más difícil de atrapar y ofrecía la posibilidad de resistencia. Segundo, mi andar era lento y torpe y, sobre todo, no estaba congelada, por lo que no existía el peligro de dientes rotos. También olía a sangre fresca, tibia y tentadora en medio del páramo helado. Si yo fuera un lobo, decidí, no lo dudaría. Al parecer, el animal llegó a la misma conclusión en cuanto a nuestras relaciones futuras.

Había un yanqui en el Hospital de Pembroke llamado Charlie Marshall. Era un tipo simpático y cordial como todos los yanquis. Y muy divertido cuando hablaba sobre su tema preferido: los perros. Charlie era sargento en la unidad K-9, en la que los adiestraban. Una mina lo hizo volar, junto a dos de sus perros, en las afueras de una pequeña aldea cerca de Arles. Echaba de menos a sus perros y a menudo me contaba historias sobre ellos cuando me sentaba con él en los pocos momentos de inactividad durante mi turno.

Pues, a lo que íbamos; también me contó qué hacer y no hacer en caso de ser atacada por un perro. Me parecía algo exagerado llamar perro a la criatura escalofriante que bajaba con delicadeza por las piedras, pero esperaba que todavía compartiera algunos rasgos de temperamento básicos con sus descendientes domesticados.

—Perro malvado —afirmé y clavé la mirada en las pupilas amarillas—. En realidad —añadí mientras retrocedía muy despacio hacia la pared de la prisión—, eres un perro horrible.

«Habla con firmeza y en voz alta», oía decir a Charlie.

—Tal vez el peor que jamás he visto —continué con firmeza y en voz alta. Seguí retrocediendo, con una mano atrás en busca de las piedras de la pared. Una vez allí, fui

avanzando con sigilo hacia la esquina, a unos nueve metros de distancia.

Tiré de las cintas del cuello y manipulé con torpeza el broche que sujetaba mi capa sin dejar de decirle al lobo, con firmeza y en voz alta, lo que pensaba de él, sus antepasados y su familia cercana. La bestia parecía interesada en la diatriba. La lengua le colgaba en una sonrisa perruna. No tenía prisa y cojeaba un poco. Lo advertí cuando se acercó. Estaba flaco y sarnoso. Quizás había tenido problemas cazando y la debilidad lo había atraído al vertedero de la prisión a rescatar algo de entre los desechos. Ojalá fuera así; cuanto más débil estuviera, mejor.

Encontré los guantes de cuero en el bolsillo de la capa y me los puse. Enrollé la capa gruesa en varios pliegues sueltos alrededor del brazo derecho y agradecí el peso del terciopelo.

«Saltarán a la garganta —me había instruido Charlie—, a menos que su entrenador les diga lo contrario. Míralo siempre a los ojos. Te darás cuenta del momento en que decida atacar. Entonces será tu oportunidad.»

Las malvadas pupilas amarillas delataban muchas cosas, incluyendo hambre, curiosidad y especulación, pero todavía no una decisión de atacar.

—Criatura repugnante. ¡Ni se te ocurra saltarme a la garganta! —Tenía otras ideas. La improvisada protección del brazo tenía el espesor suficiente para que los dientes del lobo no pudieran atravesarla.

El lobo estaba flaco pero no raquítico. Calculé que pesaría entre treinta y cinco y cuarenta kilos; menos que yo, pero no tanto como para darme una ventaja importante. Además, cuatro patas contra dos le aseguraban un mejor equilibrio en la capa resbaladiza de nieve. Esperaba que apoyar la espalda contra la pared me ayudara.

Una sensación de vacío a mis espaldas me anunció que había llegado a la esquina. El lobo se encontraba a seis metros de distancia. Había llegado el momento. Raspé suficiente nieve debajo de mis pies para fijar bien mi posición y esperé.

Ni siquiera vi al animal dejar el suelo. Podía jurar que había estado mirándolo a los ojos, pero si la decisión de saltar se había registrado allí, la acción siguiente fue tan veloz que no la percibí. El instinto, no el pensamiento, alzó mi brazo cuando la mancha gris y blancuzca se me abalanzó.

Los dientes se hundieron en la capa con una potencia que me magulló el brazo. El lobo era más pesado de lo que creía; su peso me cogió desprevenida y mi brazo cayó. Había planeado intentar arrojar a la bestia contra la pared para atontarla. Pero fui yo quien terminó lanzada contra la pared, con el lobo aplastado entre los bloques de piedra y mi cadera. Forcejeé para envolverlo con la parte de capa que colgaba. Las garras me rasgaron la falda y me arañaron el muslo. Le propiné un rodillazo en el pecho y se oyó un aullido estrangulado. No me di cuenta hasta entonces que los plañidos extraños y refunfuñadores provenían de mí y no del lobo.

Cosa curiosa, ahora no sentía nada de temor, aunque había estado aterrada mientras observaba al lobo acercarse. En mi mente no cabía sino un único pensamiento: matar al animal, o él me mataría a mí. Por lo tanto, debía matarlo.

Hay un punto crítico en la lucha física en que el luchador se entrega a tal derroche de fuerza y recursos físicos, que ignora el costo hasta que la lucha ha terminado. Las mujeres lo hacen al dar a luz; los hombres, en combate.

Superado este punto, se pierde todo temor al dolor o al daño. La vida se vuelve muy sencilla en ese momento; se hará lo que se intenta hacer o se morirá en el intento.

Había visto este tipo de lucha durante mis prácticas en los pabellones, pero jamás la había experimentado. Ahora, toda mi concentración estaba centrada en las garras alrededor de mi antebrazo y en el demonio que tiraba de mi cuerpo.

Logré golpear la cabeza del animal contra la pared, pero no lo bastante fuerte para que sirviera de mucho. Me estaba cansando con rapidez; si el lobo hubiera estado en

buenas condiciones físicas, yo no habría tenido ninguna oportunidad. No tenía muchas ahora, pero trataba de aprovechar las que había. Caí sobre el lobo, lo inmovilicé y la bestia dejó escapar una ráfaga de aliento fétido. Se recobró casi de inmediato y comenzó a retorcerse debajo de mí, pero los segundos de relajación me permitieron quitármelo del brazo y apretar una mano debajo de su hocico húmedo.

Forcé mis dedos en las comisuras de la boca y de esa manera neutralicé los colmillos afilados. La saliva se deslizó por mi brazo. Yacía cuan larga soy encima del lobo. La esquina del muro de la prisión estaba a unos cuarenta y cinco centímetros. Debía llegar allí sin soltar a la furia que se contorsionaba y agitaba debajo de mí.

Empujando con los pies y apretando hacia abajo con todas mis fuerzas, me impelí hacia delante centímetro a centímetro, esforzándome por mantener los colmillos alejados de mi garganta. No pude tardar más de unos minutos en avanzar aquellos centímetros, pero tuve la impresión de haber estado allí tirada gran parte de mi vida, enzarzada en combate con aquella bestia cuyas garras traseras me raspaban las piernas y buscaban llegar al estómago.

Por fin llegué a la esquina. Ahora venía la parte difícil. Tenía que maniobrar el cuerpo del animal para poder llevar las dos manos debajo del hocico; jamás podría ejercer la fuerza necesaria con una sola.

Me aparté rodando con brusquedad y el lobo se deslizó enseguida dentro del pequeño espacio despejado entre mi cuerpo y la pared. Antes de que pudiera ponerse de pie, levanté una rodilla con toda mi alma. El animal gimió cuando mi rodilla se hundió en su costado y lo atenazó, si bien por un instante fugaz, contra la pared.

Ahora tenía ambas manos debajo de la mandíbula. De hecho, los dedos de una mano se encontraban dentro de la boca. Sentí algo que se clavaba en los nudillos a través del guante, pero lo ignoré mientras tiraba la cabeza peluda hacia atrás utilizando el ángulo de la pared como punto de apoyo para apalancar el cuerpo del animal. Creí que se me quebrarían los brazos, pero era mi única oportunidad.

No oí el ruido, pero sentí el eco a través de todo el cuerpo cuando el cuello crujió. Las extremidades tiesas —y la vejiga— se relajaron al instante. Al ceder la tensión insoportable en mis brazos, me desplomé, tan fláccida como el lobo moribundo. Sentí el corazón del animal fibrilar bajo mi mejilla, la única parte todavía capaz de luchar contra la muerte. El pelaje sucio y largo apestaba a amoníaco y a pelo empapado y húmedo. Quería alejarme, pero no podía.

Creo que debí de dormirme un momento, aunque parezca extraño, con la mejilla apoyada en el cadáver. Abrí los ojos y vi la piedra verduzca de la prisión a pocos centímetros de mi nariz. El mero pensamiento de lo que estaba ocurriendo al otro lado de esa pared me puso de pie.

Me tambaleé por el foso, con la capa sobre un hombro. Tropezaba con las piedras ocultas en la nieve y me golpeaba las piernas contra ramas semienterradas. En mi subconsciente, debía de tener presente que los lobos suelen andar en manadas, porque no recuerdo haberme sorprendido por el aullido que brotó del bosque encima y detrás de mí. Si algo sentí, fue una furia ciega por lo que parecía una conspiración para obstaculizarme y retenerme.

Me volví con cansancio para ver de dónde provenía el sonido. Ahora me encontraba al descubierto lejos de la prisión; no había una pared donde apoyar mi espalda ni arma que empuñar. Había tenido suerte con el primer lobo. Pero no existía la menor posibilidad de que pudiera matar a otro animal con las manos vacías. ¿Y cuántos más habría? La manada que había visto alimentarse a la luz de la luna en verano abarcaba al menos diez lobos. Podía oír en mi memoria los sonidos de los dientes al masticar y el crujido de huesos al partirse. La única cuestión ahora era si me molestaría en hacerles frente o si preferiría tenderme en la nieve y darme por vencida. Considerando la situación, la última alternativa

resultaba de lo más tentadora.

Pero Jamie había renunciado a su vida, y a mucho más que eso, para sacarme de la prisión. Le debía, al menos, el intentarlo.

Otra vez retrocedí para alejarme. La luz se estaba extinguiendo; pronto la hondonada estaría cubierta de sombras. Dudaba que eso pudiera ayudarme. Sin duda los lobos veían mejor en la noche que yo.

El primero de los cazadores apareció en el borde del foso tal como lo había hecho el anterior. Una figura desgreñada, estática y alerta. Me quedé helada al descubrir que otros dos ya estaban conmigo en el foso. Trotaban con lentitud, casi manteniendo el paso. Eran del mismo color de la nieve en el crepúsculo —gris sucio— y prácticamente invisibles, aunque su andar no era furtivo.

Me quedé quieta. Huir era inútil. Me agaché y recogí una rama de pino de la nieve. La corteza estaba negra por la humedad y áspera incluso a través de los guantes. Agité la rama alrededor de mi cabeza y grité. Los animales dejaron de moverse hacia mí, pero no recularon. El más cercano agachó las orejas como si mis gritos le aturdieran.

—¿No os gusta? —chillé—. ¡Lo siento mucho! ¡Fuera, desgraciados!

Levanté una roca semienterrada y la arrojé a un lobo. Erré, pero la bestia se echó a un lado. Envalentonada, comencé a lanzar mísiles con desesperación: rocas, ramas, puñados de nieve, cualquier cosa que pudiera abarcar mi mano. Chillé hasta que me dolió la garganta por el aire frío, aullando como los mismos lobos.

Al principio, pensé que uno de los mísiles había dado en el blanco. El lobo más próximo gimió y pareció convulsionarse. La segunda flecha pasó a escasos centímetros de mí y vislumbré el diminuto punto en movimiento antes de que se clavara en el pecho del segundo lobo. Ese murió ahí mismo. El primero, herido de menor gravedad, pateaba y forcejeaba en la nieve, apenas un bulto movedizo en la oscuridad creciente.

Me quedé mirando como una estúpida durante un rato. Luego alcé la vista por instinto hacia el borde de la hondonada. El tercer lobo, que sabiamente eligió la discreción, había desaparecido entre los árboles, desde donde emergió un aullido estremecedor.

Todavía estaba observando los árboles oscuros cuando una mano me cogió del codo. Me volví sobresaltada y me encontré frente al rostro de un extraño. De mandíbula estrecha y barbilla pequeña mal disimulada por una barba cubierta de costras, era sin duda un extraño, pero la capa y la daga lo identificaban como un escocés.

—Ayúdeme —dije y me derrumbé en sus brazos.

36

MacRannoch

La cabaña estaba a oscuras y había un oso en un rincón del cuarto. Aterrada, retrocedí contra mi acompañante. ¡Ya no quería saber nada de animales salvajes! El hombre me empujó dentro de la habitación. Cuando, tambaleante, me acerqué al fuego, la forma voluminosa se volvió hacia mí y comprendí, tarde, que se trataba de un hombre corpulento con una piel de oso.

Una capa de piel de oso, para ser exacta, atada al cuello con un broche plateado grande como la palma de mi mano. Tenía la forma de dos ciervos saltando, las espaldas arqueadas y las cabezas unidas en un círculo. Una parte del pasador tenía la forma de la cola de un ciervo a la fuga.

Reparé en el broche al detalle porque lo tenía ante mis narices. Al levantar la vista, por un momento consideré la posibilidad de haberme equivocado. Tal vez fuera un oso.

Sin embargo, los osos no usaban broches ni tenían ojos como arándanos: pequeños, redondos y de un color azul oscuro y brillante. Se hundían en medio de grandes mofletes poblados de un vello negro con reflejos plateados. Un cabello similar caía en cascada sobre hombros fornidos para mezclarse con el pelo de la capa que, a pesar de su nuevo uso, todavía olía a su propietario anterior.

Los ojillos astutos me escudriñaron y evaluaron el estado lamentable de mi ropa y su buena calidad, incluyendo los dos anillos de bodas, el de oro y el de plata. De ahí que el oso me hablara con aire tan solemne.

—Parece que ha tenido usted dificultades, señora —pronunció al tiempo que inclinaba la enorme cabeza, todavía salpicada de nieve—. ¿En qué podemos ayudarla?

Vacilé. Necesitaba con desesperación la ayuda de aquel hombre, pero en cuanto mi acento delatara mi origen inglés, me convertiría en sospechosa. El arquero que me había traído se me adelantó.

—La encontré cerca de Wentworth —explicó sin ambages—. Peleando con lobos. Una muchacha inglesa —añadió con tal énfasis que hizo que los ojos, tal que arándanos, de mi anfitrión se clavaran en mí con brillo especulativo en sus pupilas. Me erguí cuanto pude y adopté la actitud más matronil que supe.

—Inglesa de nacimiento, escocesa por matrimonio —aseveré—. Mi nombre es Claire Fraser. Mi esposo está preso en Wentworth.

—Comprendo —respondió el oso con lentitud—. Bueno, mi nombre es MacRannoch y se encuentra usted en mis tierras. Veo por su ropa que es usted una mujer de buena familia. ¿Qué hacía en Elridge Wood, sola y en una noche de invierno?

Traté de aprovechar la ocasión. Era mi oportunidad de demostrar mi buena voluntad y de encontrar a Murtagh y a Rupert.

—He venido a Wentworth con unos compañeros del clan de mi esposo. Como soy inglesa, pensamos que podría entrar en la prisión y tal vez hallar una forma de, eh, trasladarlo. Sin embargo, yo... salí de la prisión por otra puerta. Estaba buscando a mis amigos cuando me atacaron los lobos..., de los que este caballero me rescató con tanta amabilidad. —Me esforcé por esbozar una sonrisa agradecida al arquero enjuto, quien la recibió con un silencio pétreo.

—No hay duda de que se topó con algo con dientes —convino MacRannoch tras

una ojeada a los jirones de la falda.

El recelo cedió temporalmente a las exigencias de la hospitalidad.

—¿Está herida? ¿O tiene algún rasguño? Bueno, tiene frío, se nota, y supongo que está algo confundida. Siéntese junto al fuego. Héctor le traerá algo para beber y luego me contará un poco más acerca de sus amigos. —Acercó con un pie un taburete tosco de tres patas, me sentó en él y posó una mano pesada sobre mi hombro.

Los fuegos de turba dan poca luz pero un calor reconfortante. Me estremecí cuando la sangre empezó a fluir de nuevo por mis manos congeladas. Un par de tragos de la cantimplora de cuero que Héctor me trajo, no muy convencido, sirvieron para que la sangre volviera a circular también por mis entrañas.

Expliqué mi situación tan bien como pude, a decir verdad, no muy bien. La breve descripción de mi salida de la prisión y el subsiguiente encuentro mano a mano con el lobo fueron acogidos con particular escepticismo.

—Suponiendo que lograra entrar en Wentworth, ¿cómo es que Sir Fletcher le permitió vagar por los alrededores? Y tampoco se explica cómo el capitán Randall, después de encontrarla en los calabozos, se limitó a enseñarle la puerta trasera.

—Él... tenía razones para dejarme ir.

—¿Cuáles? —Los ojos como arándanos eran implacables.

Me di por vencida y expuse mal el asunto. Estaba demasiado cansada para andar con delicadezas o rodeos.

MacRannoch parecía medio convencido, pero aún reacio a tomar alguna medida.

—Sí, entiendo su preocupación —argumentó—. Pero podría no ser tan malo.

—¡No ser tan malo! —Indignada, me puse de pie de un salto.

Sacudió la cabeza como si estuviera rodeado de tábanos.

—Me refiero a que si lo que el capitán desea es el trasero del muchacho, entonces no creo que le haga demasiado daño. Y discúlpeme, señora —agregó y movió una ceja tupida en mi dirección—, pero ser violado rara vez mató a nadie. —Alzó manos aplacadoras del tamaño de platos soperos—. No, no estoy diciendo que lo disfrutara, sino que no vale la pena enfrentarse a Sir Fletcher sólo para salvar el trasero del joven. Mi posición aquí es precaria, sabe, muy precaria. —Infló las mejillas, juntó las cejas y se me quedó mirando.

Lamenté, y no por primera vez, que no existieran brujas de verdad. De haber sido una, lo habría convertido en sapo al instante. Un sapo grande y gordo con verrugas.

Reprimí la ira y traté de hacerlo razonar otra vez.

—Creo que su trasero ya está perdido. Es su cuello lo que me preocupa. Los ingleses lo colgarán por la mañana.

MacRannoch mascullaba para sí y ahora caminaba de un lado a otro como un oso en una jaula demasiado pequeña. De pronto se quedó quieto frente a mí y acercó su nariz a dos centímetros de la mía. Si no hubiera estado tan agotada, habría retrocedido. Pero apenas parpadeé.

—¿Y si le dijera que voy a ayudarla, de qué serviría? —rugió y retomó sus movimientos. Daba dos pasos hasta una pared, giraba agitando la capa y avanzaba dos pasos en la dirección contraria hasta la otra pared. Hablaba mientras se paseaba y las palabras seguían el compás de sus pies. Al volverse, se detenía para tomar aliento. —Si fuera a ver a Sir Fletcher, ¿qué le diría? ¿Tiene usted un capitán en su guarnición que se dedica a torturar prisioneros en su tiempo libre? Y cuando me pregunte cómo sé eso, ¿le diré que una mujer inglesa perdida, que mis hombres encontraron vagando en la oscuridad, me contó que ese hombre ha estado haciendo insinuaciones indecentes a su esposo, que es un fugitivo con un precio sobre su cabeza y, además, un asesino condenado?

Hizo una pausa y dejó caer una garra con fuerza sobre la mesa endeble.

—Y en cuanto a introducir hombres en ese lugar... Si, y digo «si» lográramos

entrar...

—Pueden entrar —interpuse—. Yo les indicaría cómo.

—Mmmfm. Quizá. Pero si entramos, ¿qué ocurrirá cuando Sir Fletcher encuentre a mis hombres merodeando por el fuerte? ¡Enviará al capitán Randall por la mañana con un par de cañones y borrará del mapa Elridge Hall, eso ocurrirá! —Sacudió la cabeza de nuevo y sus rizos negros volaron. —No, joven, no veo...

Se interrumpió al abrirse de repente la puerta de la cabaña. Era otro arquero; empujaba a Murtagh delante de él a punta de cuchillo. MacRannoch se detuvo un tanto perplejo.

—¿Qué es esto? Parece el uno de mayo con tantos chicos y chicas recogiendo flores en el bosque. ¡Pero es invierno y las nieves ya están aquí!

—Es un compañero de mi marido —indiqué—. Como le dije...

Murtagh, indiferente ante tan poco cordial recibimiento, observaba con atención la figura envuelta en la piel de oso, como si recordara algo.

—¿MacRannoch, verdad? —aventuró en un tono casi acusador—. ¿No estuvo en una Reunión en el castillo Leoch hace ya tiempo?

MacRannoch se sorprendió mucho.

—¡Yo diría que hace muchísimo tiempo! Como treinta años atrás. ¿Cómo lo sabe?

Murtagh asintió complacido.

—Ah, me pareció. Estuve allí. Y recuerdo esa Reunión. Tal vez por la misma razón que usted.

MacRannoch contemplaba al escuálido hombrecillo mientras trataba de quitar treinta años al rostro arrugado.

—Sí, le reconozco —afirmó por fin—. No sé su nombre, pero le recuerdo. Mató un jabalí herido con una daga y una sola mano durante la cacería. Una bestia muy feroz. Sí, lo recuerdo bien. Mackenzie le dio los colmillos..., un par muy bonito, formaban una curva doble casi completa. Estuvo magnífico, viejo. —Una mueca de satisfacción frunció por un instante la mejilla picada de Murtagh.

Me sobresalté al recordar los maravillosos y rústicos brazaletes que había visto en Lallybroch. «Eran de mi madre —había dicho Jenny—; se los regaló un admirador.» Contemplé a Murtagh con incredulidad. Incluso teniendo en cuenta el paso de treinta años, no parecía un candidato apropiado para la pasión amorosa.

Mientras pensaba en Ellen MacKenzie, me acordé de las perlas. Todavía las llevaba conmigo, cosidas en la costura del bolsillo. Las palpé y las extraje a la luz del fuego.

—Puedo pagarle —manifesté—. No pretendo que sus hombres se arriesguen por nada.

Ni visto ni oído, el hombre me arrebató las perlas de la mano y las observó sin poder creérselo.

—¿De dónde ha sacado esto, señora? —inquirió—. ¿Ha dicho que su nombre es Fraser?

—Sí. —A pesar del cansancio, me puse de pie—. Y las perlas son mías. Mi esposo me las regaló el día de nuestra boda.

—¿En serio? —La voz ronca se había convertido en un susurro. MacRannoch se volvió hacia Murtagh con las perlas aún en las manos.

—¿El hijo de Ellen? ¿El marido de esta joven es el hijo de Ellen?

—Sí —contestó Murtagh más lacónicamente que nunca—. Se daría cuenta en cuanto lo viera. Es su viva imagen.

Como si de pronto recordara las perlas que sostenía, MacRannoch abrió la mano y acarició con suavidad las joyas brillantes.

—Yo se las di a Ellen MacKenzie —confesó—. Como regalo de bodas. Hubiera preferido regalárselas como esposo, pero ella eligió a otro. He pensado muchas veces en

ellas adornando su bonito cuello. Le dije que no podía imaginarlas en otra persona. Así que le rogué que las aceptara y que me recordara cuando se las pusiera. Mmm.

Un recuerdo lo hizo resoplar y me devolvió las perlas con cuidado.

—De modo que ahora son suyas. Bueno, que las disfrute con salud, muchacha.

—Tendré mejor oportunidad de hacerlo —repliqué en un intento por controlar mi impaciencia ante tanto despliegue sentimental— si me ayuda a recuperar a mi esposo.

La boca pequeña y rosada, ensanchada en una sonrisa tras los dulces pensamientos de su dueño, se tensó con brusquedad.

—Ah —dijo Sir Marcus y se tiró de la barba—. Entiendo. Pero ya se lo he dicho, muchacha, no veo cómo podría hacerlo. Tengo esposa y tres hijos. Sí, ayudaría al hijo de Ellen. Pero usted pide demasiado.

De repente, me flaquearon las piernas y me senté, derrumbada. La desesperanza tiraba de mí como un ancla y me arrastraba al fondo. Cerré los ojos y me recogí a un lugar sombrío dentro de mí en el que sólo quedaba un vacío doloroso desde donde la voz de Murtagh, en incesante discurso, era apenas un débil parloteo.

El ruido del ganado me sacó de mi estupor. Levanté la vista y vi a MacRannoch abandonar deprisa la cabaña. Cuando abrió la puerta, una ráfaga de viento helado, acompañada del retumbar del ganado y los gritos de los hombres, llenó la habitación. La puerta se cerró con violencia detrás de la corpulenta figura peluda y me volví hacia Murtagh para preguntarle qué debíamos hacer.

La expresión en su rostro me detuvo y me dejó sin habla. Rara vez había visto algo que no fuera una hosquedad paciente en sus facciones, pero ahora resplandecían con entusiasmo contenido.

Lo agarré del brazo.

—¿Qué pasa? ¡Pronto! ¡Dígamelo!

Sólo tuvo tiempo de exclamar: «¡El ganado! ¡Era de MacRannoch!», antes de que MacRannoch se precipitara dentro de la cabaña empujando a un joven larguirucho delante de él.

Con un empellón final, lanzó al joven contra la pared revocada.

—Escúchame, Absalom. Te envié hace tres horas a buscar cuarenta cabezas de ganado. Te dije que era importante encontrarlas porque se avecina una maldita tormenta de nieve. —La voz bien modulada se iba elevando—. Y cuando oí el mugido de vacas afuera me dije: «Ah, Marcus, Absalom las encontró a todas. Qué buen muchacho. Ahora podemos irnos a casa y calentarnos junto al fuego, con el ganado a salvo en los establos.»

Una mano enorme se cerraba en la casaca de Absalom. La tela, recogida entre los dedos gruesos, comenzó a deformarse.

—Salgo a felicitarte por el buen trabajo y me pongo a contar los animales. ¿Y cuántos cuento, mi buen muchacho Absalom? —La voz se había transformado en un rugido poderoso.

Si bien no tenía una voz especialmente profunda, Marcus MacRannoch poseía la potencia pulmonar de tres hombres de tamaño medio.

—¡Quince! —gritó y levantó de puntillas al infortunado Absalom—. ¡Quince vacas en vez de cuarenta! ¿Y dónde está el resto? ¿Dónde? ¡Perdidas en la nieve hasta que mueran congeladas!

Mientras se desarrollaba esta escena, Murtagh se había retirado en silencio a un rincón. Yo observaba su cara y noté la súbita chispa de diversión en sus ojos al escuchar las últimas palabras de MacRannoch. De pronto comprendí lo que había empezado a decirme y supe dónde se encontraba Rupert ahora. O, si no precisamente dónde estaba, al menos qué estaba haciendo. Y renació en mí una débil esperanza.

La oscuridad era total. Abajo, las luces de la prisión brillaban tenues a través de la nieve como los faroles de un barco hundido. Mientras aguardaba bajo los árboles con mis dos compañeros, repasé mentalmente por milésima vez todo lo malo que podía suceder.

¿Cumpliría MacRannoch con su parte del trato? Tendría que hacerlo si esperaba recobrar su valioso ganado de pura sangre. ¿Creería Sir Fletcher a MacRannoch y ordenaría que se registraran de inmediato los calabozos en el sótano? Era probable..., el baronet no era un hombre que pudiera tomarse a la ligera.

Bajo el experto arreo de Rupert y sus hombres, el ganado había desaparecido —un animal desgreñado tras otro— por el foso que conducía a la puerta trasera oculta. ¿Pero podrían hacerlos pasar de uno en uno por la puerta? Y de lograrlo, ¿qué harían los animales una vez dentro; vacas medio salvajes atrapadas de repente en un pasillo iluminado con antorchas fulgurantes? Bueno, tal vez funcionara. El pasillo en sí no diferiría mucho del establo con suelo de piedra, incluyendo las antorchas y el olor humano. Si conseguían llegar hasta allí, entonces el plan podría tener éxito. No era probable que, para hacer frente a la invasión, Randall pidiera ayuda, ya que podrían descubrirse sus jueguecitos.

No bien los animales corrieran a la desbandada por caminos diversos, Rupert y sus hombres debían alejarse de la prisión lo más rápido posible y cabalgar como demonios hacia las tierras de los MacKenzie. Randall no importaba; ¿qué podía hacer solo, en esas circunstancias? ¿Pero y si el alboroto atraía demasiado pronto al resto de la guarnición? Si Dougal se había negado a ayudar a su sobrino a escapar de Wentworth, imaginaba su cólera si varios MacKenzie fueran arrestados por irrumpir por la fuerza en el lugar. Yo tampoco quería ser responsable de aquello, aunque Rupert se había mostrado más que dispuesto a correr el riesgo. Me mordí el pulgar y traté de darme ánimo pensando en las toneladas de granito sólido que, como aislante acústico, separaban los calabozos de las celdas de arriba.

Lo que más me preocupaba, por supuesto, era que todo saliera bien pero fuera demasiado tarde para Jamie. Randall podría sobrepasarse. Por historias de soldados que habían estado en campos de prisioneros de guerra, sabía que no hay nada más fácil que pretender la muerte «accidental» de un prisionero y deshacerse del cuerpo antes de que se formulen las preguntas oficiales embarazosas. Aun cuando éstas se formularan y Randall fuera descubierto, no me serviría de consuelo... y mucho menos a Jamie.

Había puesto gran empeño en no imaginarme los múltiples usos que podían tener los objetos que había encima de la mesa. Pero no podía evitar ver una y otra vez el hueso del dedo destrozado apretándose contra la mesa. Froté con fuerza los nudillos contra la montura para borrar aquella imagen. Sentí un ligero ardor y me quité el guante para examinar las raspaduras que los dientes del lobo me habían dejado en la mano. No era grave, apenas unos pocos rasguños con un pinchazo donde un colmillo había atravesado el guante. Me lamí la herida con aire ausente. No tenía mucho sentido decirme que había hecho lo mejor posible. Había hecho lo único posible, pero saberlo no aliviaba la espera.

Al fin, oímos unos gritos, débiles y confusos, que provenían de la prisión. Uno de los hombres de MacRannoch apoyó la mano en la brida de mi caballo y señaló un monte de árboles. La nieve allí era escasa y salpicaba el suelo rocoso cubierto de hojas. Las ráfagas de viento disminuían bajo las ramas entrelazadas del bosquecillo. Si bien la nieve caía aquí con menos intensidad, la visibilidad era tan escasa que los troncos de árboles a centímetros de distancia aparecían de repente mientras guiaba mi caballo por el claro y sorteaba los troncos que surgían negros a la luz del crepúsculo.

La nieve amortiguaba los sonidos; por eso, cuando oímos los cascos de los animales que se acercaban, ya los teníamos encima. Los dos hombres de MacRannoch sacaron las pistolas y detuvieron los caballos cerca de los árboles para esperar. Pero yo había captado el apagado mugido del ganado y espoleé mi caballo fuera del monte.

Sir Marcus MacRannoch, distinguible por su caballo picazo y su capa de piel de oso, comandaba la subida de la cuesta. La nieve saltaba en pequeñas explosiones bajo los cascos de su caballo. Lo seguían varios hombres, todos de muy buen humor a juzgar por los gritos. Atrás venían más jinetes, arreando el ganado por la falda de la colina hacia el bien merecido refugio en los establos de MacRannoch.

MacRannoch se detuvo junto a mí y rió con ganas.

—Debo agradecerle, señora Fraser —gritó a través de la nieve—, esta velada tan entretenida.

Su anterior recelo se había evaporado y me saludó sumamente cordial. Con las cejas y los bigotes cubiertos de nieve parecía Papá Noel. Tomó la brida de mi caballo y lo condujo de regreso al silencio del monte. Indicó a mis dos acompañantes que descendieran la colina para ayudar con el ganado. Luego desmontó y me bajó de la montura sin dejar de reír.

—¡Debió haberlo visto! —exclamó y se abrazó extasiado—. Sir Fletcher se puso rojo como el pecho de un petirrojo cuando irrumpí en medio de su cena y grité que estaba escondiendo propiedad robada en las instalaciones. Y cuando bajamos al sótano y oyó mugir a las vacas enloquecidas pensé que se había ensuciado los calzones. El... —Le sacudí el brazo con impaciencia.

—Olvide los calzones de Sir Fletcher. ¿Encontraron a mi marido?

MacRannoch se tranquilizó un poco y se enjugó los ojos con la manga.

—Oh, sí. Lo encontramos.

—¿Está bien? —Hablé con calma, aunque quería gritar.

MacRannoch asintió hacia unos árboles a mis espaldas. Giré y vi a un jinete que avanzaba con cuidado entre las ramas, con un bulto tapado con una sábana, cruzado por delante en la montura. Me precipité hacia él. MacRannoch me siguió mientras me explicaba.

—No está muerto. Al menos no lo estaba cuando lo hallamos. Pero lo maltrataron mucho, pobre muchacho. —Descorrí la tela que cubría la cabeza de Jamie y lo examiné lo mejor que pude. El caballo se agitaba nervioso por la excitación de la cabalgata y el peso extra. Advertí magulladuras oscuras y sangre seca y dura en el cabello desgreñado, pero la falta de luz me impidió ver más. Me pareció sentir un pulso en el cuello helado, pero no estaba segura.

MacRannoch me cogió del hombro y me apartó.

—Lo llevaremos a la casa lo más rápido posible, muchacha. Venga conmigo. Héctor se encargará de su esposo.

En la sala de Elridge Manor, casa de MacRannoch, Héctor descargó el peso sobre la alfombra junto al fuego. Cogió una esquina de la sábana y la desenrolló con cuidado. Una figura flaccida y desnuda cayó sobre las flores rosadas y amarillas, orgullo y deleite de Lady Annabelle MacRannoch.

Para ser justa con Lady Annabelle, no pareció notar la sangre que empapó su costosa alfombra Aubusson. Esta mujer, semejante a un pájaro, de unos cuarenta años y ataviada como un jilguero con un vestido amarillo de seda brillante, puso en movimiento a los criados con una enérgica palmada. Mantas, sábanas, agua caliente y whisky estuvieron a mi disposición casi antes de que me quitara la capa.

—Será mejor ponerlo boca abajo —aconsejó Sir Marcus y sirvió dos vasos grandes de whisky—. Le azotaron la espalda y le dolerá mucho si se apoya en ella. Aunque no parece sentir mucho, que digamos —añadió y observó de cerca el rostro pálido y los párpados cerrados y azulados de Jamie—. ¿Está segura de que aún vive?

—Sí —repliqué con sequedad y esperando estar en lo cierto. Traté de dar la vuelta a Jamie. La inconsciencia parecía haber triplicado su peso. MacRannoch me dio una mano y lo pusimos sobre una manta, de espaldas al fuego.

Después de un rápido examen que determinó que en efecto seguía vivo, no le faltaba ninguna parte del cuerpo y no estaba en peligro de morir desangrado, me dispuse a realizar un inventario menos apresurado de los daños.

—Puedo enviar a buscar a un médico —sugirió Lady Annabelle, que, insegura, echó un vistazo a la figura casi cadavérica junto a la chimenea—, pero dudo que pueda llegar en menos de una hora. Está nevando mucho. —El aire contrariado no se debía a la nieve, pensé. Un médico constituiría otro peligroso testigo de la presencia en su casa de un criminal fugado.

—No se preocupe —contesté, distraída—. Soy médica —Indiferente a las miradas sorprendidas de ambos MacRannoch me arrodillé junto a lo que quedaba de mi marido, lo cubrí con mantas y comencé a aplicarle paños mojados en agua caliente en las zonas más alejadas del corazón. Mi principal preocupación era hacerle entrar en calor. La sangre en la espalda manaba con lentitud, así que podía dejarlo para después.

La voz aguda de Lady Annabelle se oía en la distancia dando órdenes y disponiendo aquí y allá. Su esposo se dejó caer a mi lado y se puso a frotar los pies congelados de Jamie de un modo sistemático. Se detenía alguna que otra vez para sorber su whisky.

Levanté las mantas por partes para evaluar el daño. Lo habían azotado de la nuca a las rodillas con algo parecido a un látigo. Los cardenales se entrecruzaban con exactitud como una vainica. Aquel orden minucioso de las heridas, que delataba el carácter intencional de cada golpe, me enfermó de ira.

Algo más pesado, tal vez un bastón, se había utilizado con menos restricción por los hombros. Los cortes eran muy profundos y en un punto se entreveía el destello del hueso sobre el omóplato. Apliqué un paño de lino por las partes en peor estado y continué con el examen.

El lugar en el costado izquierdo que había recibido el impacto del mazo estaba hinchado y magullado. La marca negra y púrpura era más grande que la mano de Sir Marcus. Había costillas rotas, desde luego, pero eso también podía esperar. Las zonas lívidas en el cuello y el pecho atrajeron mi atención. La piel allí estaba arrugada, enrojecida y con ampollas. Los bordes de una de las manchas estaban chamuscados y bordeados con ceniza blanca.

—¿Con qué diablos le habrán hecho esto? —Sir Marcus había terminado con los masajes y miraba por encima de mi hombro con gran interés.

—Con un atizador caliente. —La voz fue débil y confusa. Pasaron unos segundos antes de que me diera cuenta de que Jamie había hablado. Levantó la cabeza con esfuerzo y dejó ver el motivo de que articulara con dificultad. Tenía un lado del labio inferior mordido e inflamado como una picadura de abeja.

Con considerable presencia de ánimo, Sir Marcus le puso una mano en la nuca y le llevó el vaso de whisky a los labios. Jamie dio un respingo cuando el alcohol hizo arder la boca lastimada pero vació el vaso antes de volver a bajar la cabeza. Sus ojos me miraron de reojo, velados por el dolor y el whisky, pero iluminados con un brillo divertido.

—¿Vacas? —preguntó—. ¿Eran vacas de verdad o lo he soñado?

—Bueno, fue lo único que se me ocurrió en aquel momento —respondí, feliz de verlo vivo y consciente. Le levanté la cabeza y la giré para examinar un cardenal grande sobre el pómulo—. ¡Qué mal aspecto tienes! ¿Cómo te sientes? —pregunté, impulsada por un hábito largamente arraigado.

—Vivo. —Se apoyó en un codo con dificultad y aceptó un segundo vaso de whisky de Sir Marcus.

—¿Crees que tienes que beber tanto de golpe? —inquirí mientras intentaba examinar sus pupilas en busca de señales de concusión. Fue imposible, Jamie cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Sí—replicó y devolvió el vaso vacío a Sir Marcus, quien enseguida se dispuso a llenarlo.

—Ya basta, Marcus. —Lady Annabelle reapareció como el sol en el este y detuvo a su esposo con un gorjeo—. El muchacho necesita un buen té caliente, no más whisky. —El té, en una tetera de plata, la sucedió como en una procesión. Lo acarreaba una criada cuyo aire de superioridad natural permanecía intacto pese al camisón que aún llevaba puesto.

—Té caliente con mucho azúcar —precisé.

—Y tal vez unas gotas de whisky —aventuró Sir Marcus. Levantó la tapa de la tetera al pasar y le agregó una medida generosa de la botella. Jamie acogió la taza humeante con agrado y la alzó en silencioso tributo a Sir Marcus antes de acercar el líquido caliente a la boca. La mano le temblaba mucho y envolví la mía alrededor de sus dedos para guiar la taza.

Más sirvientes trajeron una cama de campaña portátil, un colchón, más mantas, vendas y agua caliente, además de una caja grande de madera que contenía las provisiones médicas de la casa.

—Pensé que sería mejor trabajar aquí junto al fuego —explicó Lady Annabelle con su encantadora voz de pájaro—. Hay más luz y es el sitio más caliente de la casa.

En respuesta a una señal suya, dos de los criados más fornidos cogieron la manta por las puntas y la trasladaron despacio, con Jamié incluido, a la cama de campaña ahora situada frente al fuego. Otro sirviente atizaba las brasas y alimentaba las llamas con diligencia. Por su parte, la sirvienta que había traído el té encendía las velas de los candelabros en el aparador. Pese a su apariencia de pájaro cantor, era evidente que Lady Annabelle poseía el alma de sargento mayor.

—Sí, ahora que está despierto, cuanto antes mejor —contesté—. Necesitaría una tabla de sesenta centímetros de largo, una correa resistente y quizás algunos palillos pequeños y derechos de este tamaño. —Separé los dedos para indicar unos diez centímetros. Uno de los criados desapareció en las sombras, como un genio evaporándose para cumplir mis deseos.

La casa entera parecía mágica, quizá debido al contraste entre el frío aullante de fuera y el calor lujoso de dentro, o tal vez por el alivio de ver a Jamie a salvo después de tantas horas de miedo y preocupación.

Muebles oscuros y pesados resplandecían lustrosos a la luz de las velas y adornos de plata brillaban en el aparador. Una colección de cristalería y vajilla de porcelana ornamentaba la repisa de la chimenea y formaba un contraste extraño con la figura ensangrentada y sucia.

No hubo preguntas. Éramos huéspedes de Sir Marcus, y Lady Annabelle se comportaba como si fuera algo cotidiano recibir personas que sangraran sobre su alfombra a medianoche. De pronto se me ocurrió que tal vez ésta no fuera la primera visita de este tipo.

—Muy desagradable —comentó Sir Marcus en tanto contemplaba la mano destrozada con la pericia adquirida en el campo de batalla—. Y muy doloroso también, supongo. De todas maneras, no le matará, ¿verdad?

Se enderezó y me habló con aire confidencial.

—Pensé que sería peor, por lo que usted me dijo. Excepto las costillas y la mano, no hay huesos rotos y el resto se curará bien. Diría que tuvo suerte, muchacho.

La figura en la cama emitió un débil resoplido.

—Supongo que se podría llamar suerte. Pensaban colgarme por la mañana. —Movió la cabeza en la almohada para tratar de mirar a Sir Marcus—. ¿Lo sabía..., señor? —agregó al reparar en el chaleco bordado de Sir Marcus con el escudo de armas trabajado en hilo plateado entre palomas y rosas.

MacRannoch agitó una mano para restar importancia a ese detalle insignificante.

—Bueno, si pretendía mantenerle presentable para el verdugo, se le fue un poco la mano con la espalda —apuntó. Quitó el paño empapado y lo reemplazó por otro seco.

—Sí. Perdió la cabeza cuando... cuando... —Jamie se esforzó por continuar pero se rindió y volvió el rostro hacia el fuego con los ojos cerrados—. ¡Cielos, qué cansado estoy!

Lo dejamos descansar hasta que el criado se presentó a mi lado con la tablilla y demás cosas que había pedido. Alcé con cuidado la mano derecha, toda deshecha, y la acerqué a las velas para examinarla.

Tendría que reacomodar los huesos lo antes posible. Los músculos lesionados ya estaban doblando los dedos. Me desalenté cuando comprendí el alcance del daño. Pero si Jamie quería volver a usar su mano, habría que intentarlo.

Lady Annabelle se había apartado durante el examen y observaba con interés. Cuando bajé la mano, se adelantó y abrió la caja de provisiones médicas.

—Supongo que querrá eupatorio y quizá corteza de cerezo. No sé... —Echó una ojeada a Jamie y añadió, insegura—: ¿Sanguijuelas, tal vez? —Su delicada mano revoloteó sobre un frasco tapado y lleno de líquido oscuro.

Me estremecí y sacudí la cabeza.

—No, al menos no por ahora. Lo que me vendría muy bien... ¿por casualidad no tendría usted algún tipo de calmante? —Me arrodillé junto a ella para inspeccionar el contenido de la caja.

—¡Oh, sí! —Su mano se movió certera hacia un frasco verde—. Flores de láudano —leyó de la etiqueta—. ¿Servirá?

—Perfecto. —Acepté el frasco con agradecimiento. —Bien —dije a Jamie y vertí una pequeña cantidad del líquido fragante en un vaso—. Te tendrás que sentar para beber esto. Luego te dormirás por un buen rato. —De hecho, tenía mis dudas sobre la conveniencia de administrar láudano sobre tanta cantidad de whisky, pero la alternativa —reconstruir la mano con Jamie consciente— era impensable. Ladeé la botella para servir un poco más.

La mano sana de Jamie en mi brazo me lo impidió.

—No quiero drogas —declaró con firmeza—. Tal vez un poquito más de whisky... —Titubeó y se tocó con la lengua el labio mordido—. Y algo para morder.

Sir Marcus, al oír esto, cruzó hasta el hermoso y reluciente escritorio Sheraton que había en el rincón y se puso a hurgar en él. Regresó al cabo de unos minutos con un pequeño trozo de cuero gastado. Lo observé de cerca y advertí docenas de huellas semicirculares superpuestas en el cuero grueso. Marcas de dientes, comprendí con estupor.

—Tome —dijo Sir Marcus—. Usé esto en St. Simone mientras me sacaban una bala de mosquete de la pierna.

Me quedé mirando boquiabierta en tanto Jamie tomaba el cuero con un movimiento de cabeza en señal de agradecimiento y pasaba un pulgar sobre las marcas. Algo confundida, hablé con lentitud.

—¿De veras esperas que te coloque nueve huesos rotos estando despierto?

—Sí —replicó. Se colocó el cuero entre los dientes y lo mordió para probarlo. Lo movió de un lado a otro hasta situarlo bien.

Tanta tragicomedia pudo conmigo y perdí el escaso control que había logrado conservar hasta el momento.

—¡Deja de actuar como un maldito héroe! —lo increpé—. ¡Todos sabemos lo que has hecho, no necesitas demostrar cuánto puedes soportar! ¿O acaso crees que nos derrumbaremos si tú no estás al frente de todo diciéndonos lo que debemos hacer a cada minuto? ¿¡Quién diablos crees que eres!? ¿¡John Wayne!?

Hubo un silencio incómodo. Jamie me miraba con la boca abierta. Por fin, habló.

—Claire —susurró—, estamos a tres kilómetros de la prisión de Wentworth. Se supone que me colgarán por la mañana. No importa lo que le haya ocurrido a Randall; los

ingleses pronto notarán mi ausencia.

Me mordí el labio. Tenía razón. Los otros prisioneros liberados por descuido taparían el asunto por un tiempo, pero al final se realizaría un recuento, que conllevaría a una búsqueda. Y gracias al discreto método de escape que yo había elegido, los ingleses no tardarían mucho en concentrar su atención en Elridge Manor.

—Si tenemos suerte —prosiguió la voz suave—, la nieve retrasará la búsqueda hasta que nos hayamos ido. Si no... —Se encogió de hombros y clavó la vista en las llamas—. Claire, no dejaré que me atrapen de nuevo. No quiero que me encuentren aquí drogado, indefenso y tendido... ni tampoco despertar encadenado otra vez en una celda... No lo soportaría, Claire.

Tenía las pestañas húmedas, pero mantuve los ojos muy abiertos. No deseaba parpadear y que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas.

Jamie cerró los ojos para protegerlos del calor del fuego. El resplandor prestó una falsa apariencia rubicunda y saludable a las mejillas blancas. Podía ver trabajar los largos músculos en la garganta mientras tragaba.

—No llores, Sassenach —agregó en voz tan baja que apenas pude oírlo. Estiró la mano sana y me acarició la pierna para tranquilizarme—. Supongo que estamos a salvo, pequeña. Si pensara lo contrario, no malgastaría ni una de mis últimas horas permitiéndote curarme una mano que no volvería a usar. Ve a buscar a Murtagh. Después tráeme algo de beber y seguiremos con esto.

Ocupada en la mesa con los preparativos médicos, no oí lo que le dijo a Murtagh. Las dos cabezas se juntaron un instante y la enérgica mano de Murtagh acarició la oreja del hombre más joven..., una de las pocas partes ilesas.

Con un breve ademán de despedida, Murtagh se deslizó furtivamente hacia la puerta. Como una rata, pensé, que se escurre por el resquicio de la puerta para pasar inadvertida. Estaba detrás de él cuando salió al pasillo y lo agarré de la capa antes de que se me escapara.

—¿Qué le ha dicho? —pregunté furiosa—. ¿Adonde va?

El hombrecillo vaciló un momento, pero respondió sin rodeos.

—Debo ir con Abasalom hacia Wentworth y vigilar en esa dirección. Si los casacas rojas vienen hacia aquí, tengo que adelantarme a ellos y, si hay tiempo, asegurarme de que se oculten usted y él. Después, me marcharé llevándome tres caballos para despistarlos. Hay un sótano; podría ser un buen escondite si no son muy meticulosos buscando.

—¿Y si no hay tiempo para ocultarnos? —Lo miré con los ojos entrecerrados desafiándole a que no me contestara.

—Entonces tendré que matarlo a él y llevarla conmigo —respondió presto—. Por las buenas o por las malas —añadió con una sonrisa maliciosa y se volvió para irse.

—¡Espere un minuto! —grité con voz severa y se detuvo—. ¿Le sobra alguna daga?

Enarcó las cejas despeinadas pero se llevó enseguida una mano al cinto.

—¿Necesita una? Tome. —Su mirada abarcó la opulencia y la tranquilidad del vestíbulo, el techo con Adán pintado y el empandado con motivos tallados.

La daga que llevaba en mi media ya no servía para nada. Tomé la que me ofreció Murtagh y la deslicé en mi espalda, entre la falda y el corpiño, como había visto hacer a las gitanas.

—Nunca se sabe, ¿verdad? —repliqué.

• • •

Cuando todo estuvo listo, examiné la mano con la mayor suavidad posible. Calculé el daño y decidí qué debía hacerse. Jamie contuvo el aliento con fuerza cuando toqué un lugar especialmente doloroso, pero conservó los ojos cerrados mientras yo delineaba cada hueso y articulación por separado para determinar la posición de cada fractura y dislocación.

—Lo siento —murmuré.

Tomé la mano sana y repetí la operación con ambas manos a la vez, comparando. Sin rayos X ni experiencia para guiarme, tendría que depender de mi sensibilidad para hallar y realinear los huesos destrozados.

La primera articulación estaba bien, pero la segunda falange estaba partida, pensé. Presioné un poco para calcular la longitud y dirección de la fractura. La mano lastimada permaneció quieta en mis dedos, pero la sana se contrajo involuntariamente.

—Lo siento —susurré otra vez.

La mano sana se deslizó fuera de las mías y Jamie se incorporó en un codo. Escupió el pedazo de cuero y me observó con una expresión divertida pero exasperada.

—Sassenach —dijo—, si vas a disculparte cada vez que me hagas daño, será una noche muy larga... y ya ha durado bastante.

Debía de tener un aspecto compungido, porque comenzó a estirarse hacia mí, pero se detuvo y dio un respingo a causa del movimiento. Controló el dolor y habló con firmeza.

—Sé que no deseas hacerme daño. Pero no tienes otra alternativa y no es necesario que suframos los dos. Haz lo que tengas que hacer y yo gritaré cuando deba hacerlo.

Volvió a morder la cinta de cuero y me enseñó los dientes apretados con fuerza. Después, lenta y deliberadamente, se puso bizco. La cara de pazguato que se le puso fue tal, que no pude contenerme y prorrumpí en una carcajada medio histérica.

Me tapé la boca con las manos y me ruboricé al ver los rostros asombrados de Lady Annabelle y los criados, que al estar detrás de Jamie no podían verle la cara. Sir Marcus desde su asiento junto a la cama había vislumbrado algo y sonrió.

—Además —añadió Jamie y escupió de nuevo el cuero—, si los ingleses llegan a aparecer después de esto, creo que les rogaré que me vuelvan a encarcelar.

Recogí el cuero, se lo puse entre los dientes y le empujé la cabeza hacia abajo.

—Payaso. Sabelotodo. Héroe tonto. —Me había quitado un peso de encima y trabajé con más calma. Seguía notando cada crispación y mueca, pero al menos ya no me hacían sentir tan mal.

Absorta por fin en mi trabajo, concentré toda mi energía en la yema de los dedos para evaluar cada herida y decidir la mejor manera de realinear los huesos rotos. Por fortuna, el pulgar había sufrido menos; apenas una fractura simple de la primera articulación. Eso sería fácil. La falange distal del dedo anular había desaparecido por completo. Sentí el chirrido pulposo de astillas de hueso cuando lo hice rodar suavemente entre mi propio pulgar y el índice. Jamie gimió. No había nada que hacer, salvo entablillar la articulación y esperar lo mejor.

La fractura del dedo medio presentaba el problema mayor. Habría que tirar del dedo y empujar hacia abajo el hueso que sobresalía a través de la carne desgarrada. Había visto hacerlo —bajo anestesia general y con la ayuda de rayos X.

Hasta ese momento, las dificultades habían sido más de tipo técnico, buscando la forma de reconstruir una mano destrozada y deforme. Pero ahora me encontraba ante el dilema de los médicos que rehúsan asistir a miembros de su propia familia. Algunos trabajos médicos requieren cierta dosis de crueldad para que tengan éxito, y es necesario un distanciamiento emocional para poder emplear métodos curativos que causen dolor físico.

Sir Marcus acercó en silencio un taburete junto a la cama y se acomodó en él. Cuando terminé de vendar, cogí la mano sana de Jamie y la enlacé con la de él.

—Apriete cuanto quiera, muchacho.

Sin la piel de oso y con los bucles entrecanos atados detrás, MacRannoch ya no era el intimidante hombre salvaje del bosque. Su aspecto era el de un hombre maduro, de porte militar, barba bien recortada y vestido con sobriedad. Nerviosa por lo que estaba a punto de hacer, su sólida presencia me reconfortaba.

Respiré hondo y recé para lograr el distanciamiento necesario.

Fue un trabajo largo, horrible y desgarrador, aunque también fascinante. Algunas partes, como el entablillado de los dos dedos con fracturas simples, resultaron sencillas. Otras no. Jamie gritó —a pleno pulmón— cuando le ensamblé el dedo medio. Tuve que hacer bastante fuerza para presionar el hueso astillado a través de la piel. Vacilé unos segundos, acobardada, pero Sir Marcus me alentó con un urgente «¡Adelante, muchacha!».

De pronto recordé lo que Jamie me había dicho la noche en que nació la hija de Jenny: «Puedo tolerar mi propio dolor, pero no podría soportar el tuyo. No tengo fuerzas suficientes.» Tenía razón; exigía mucha fuerza. Esperaba que ambos la tuviéramos.

El rostro de Jamie estaba vuelto, pero vi cómo se tensaban los músculos de la mandíbula cuando mordió el cuero con mayor intensidad. Apreté los dientes y continué. La punta del hueso desapareció con lentitud a través de la piel y el dedo se enderezó con agonizante resistencia. Ambos quedamos temblando.

Mientras trabajaba, comencé a perder conciencia de todo lo que no fuera aquel forcejear de huesos. Jamie gruñía a ratos y tuve que detenerme en dos ocasiones para que vomitara, en su mayoría whisky, ya que no había comido mucho en la prisión. Pero la mayor parte del tiempo se la pasó mascullando en gaélico y con la frente apretada contra las rodillas de Sir Marcus. El cuero en la boca no me permitía distinguir si maldecía o rezaba.

Por fin, los cinco dedos quedaron rectos como alfileres nuevos y duros como palos, vendados y sujetos con tablillas. Temía que se infectaran, en especial el dedo medio, pero por lo demás, estaba segura de que se curarían bien. Por suerte, sólo una articulación había sufrido un daño irreversible: el dedo anular tal vez quedara rígido; pero los demás funcionarían con normalidad... y a su tiempo. No podía hacer nada con los huesos metacarpianos rotos ni la herida del clavo, excepto aplicar un lavado antiséptico y una cataplasma y rezar para que no se infectaran con tétanos. Retrocedí y agité los miembros tensos. El corpiño estaba empapado de sudor por el calor que despedía el fuego a mis espaldas.

Lady Annabelle se me acercó de inmediato y me llevó a una silla. Puso entre mis temblorosas manos una taza de té con unas gotas de whisky. Sir Marcus, un asistente de quirófano excelente, desataba el brazo cautivo de Jamie y frotaba las marcas que la correa había dejado al clavarse en la carne. La mano que había sujetado la de Jamie estaba manchada de sangre.

No recordaba haber agachado la cabeza, pero de repente, me sobresalté al sentir un crujido en el cuello. Lady Annabelle me instaba a levantarme con una mano suave debajo del codo.

—Venga, querida. Está extenuada. Usted también necesita atención y dormir un poco.

Me negué con la mayor cortesía posible.

—No, no puedo. Tengo que terminar... —Las palabras se perdieron en la nebulosa de mi mente y Sir Marcus me quitó la botella de vinagre y el paño de las manos.

—Me encargaré del resto. Tengo experiencia con los vendajes. Del campo de batalla, ¿sabe? —Descorrió las mantas y comenzó a limpiar la sangre de los latigazos con una suavidad y energía sorprendentes. Nuestras miradas se toparon y sonrió con la barba

un poco ladeada—. Hubo un tiempo en que limpiaba muchas heridas de este tipo —añadió—. Y también curaba algunas. Éstas no son nada, muchacho. Sanarán en unos días. —Sabía que tenía razón y me acerqué hasta la cabecera de la cama. Jamie estaba despierto y hacía algunas muecas cuando la solución antiséptica entraba en contacto con las heridas en carne viva. Pero tenía los párpados pesados y los ojos oscurecidos de dolor y agotamiento.

—Ve a dormir, Sassenach. Estaré bien.

No sé si lo estaría, pero, evidentemente, yo no lo estaba o no lo estaría por mucho tiempo. Me tambaleaba de cansancio y los rasguños en las piernas empezaban a arderme. Absalom me los había limpiado en la cabaña pero necesitaban un emplasto.

Asentí aturdida y me volví en respuesta a la presión gentil en mi codo ejercida por Lady Annabelle.

A mitad de camino en las escaleras, recordé que había olvidado explicar a Sir Marcus cómo vendar los cortes. Habría que vendar y acolchar las heridas profundas sobre los hombros para que Jamie pudiera ponerse una camisa cuando nos marcháramos. Pero las marcas de látigo más ligeras debían quedar al aire libre para facilitar la formación de costras. Eché una ojeada al cuarto de huéspedes al que me llevó Lady Annabelle, me disculpé y me tambaleé escaleras abajo hacia la sala. Me detuve en las sombras del vano, con Lady Annabelle a mis espaldas. Jamie tenía los ojos cerrados. Al parecer, el whisky y la fatiga lo habían sumido en un sopor. Las mantas estaban descorridas; el calor del fuego era más que suficiente. Al estirarse a través de la cama para buscar un paño, Sir Marcus apoyó una mano casualmente en las nalgas de Jamie. El efecto fue eléctrico. La espalda de Jamie se arqueó con brusquedad, los músculos del trasero se tensaron con fuerza y dejó escapar un sonido involuntario de protesta. Giró el cuerpo a pesar de las costillas rotas y miró a Sir Marcus con ojos sobresaltados y borrosos. Sorprendido, Sir Marcus se quedó paralizado un instante, luego se inclinó, tomó a Jamie del brazo y lo volvió a acomodar boca abajo con suavidad. Deslizó con delicadeza un dedo por la piel. Al frotarse los dedos, percibió un brillo aceitoso y visible a la luz del fuego.

—Oh —musitó con calma. El viejo soldado cogió la manta y tapó a Jamie hasta la cintura. Los hombros tensos se relajaron un poco.

Sir Marcus se sentó junto a la cabeza de Jamie y sirvió dos vasos más de whisky.

—Al menos tuvo la consideración de lubricarle antes —observó. Entregó un vaso a Jamie, que, con esfuerzo, se apoyó en los codos.

—Ah, bueno. No creo que lo hiciera por mi propio bien —contestó en tono seco.

Sir Marcus bebió un trago y chasqueó los labios con aire pensativo. Por un momento, no hubo ningún sonido excepto el crepitar del fuego, pero ni Lady Annabelle ni yo nos movimos para entrar en la sala.

—Si le sirve de consuelo —expresó Sir Marcus de pronto con los ojos fijos en el vaso—, está muerto.

—¿Está seguro? —El tono de Jamie era indescifrable.

—No creo que nadie sobreviva después de ser pisoteado por treinta animales de quinientos kilos. Salió al pasillo para ver qué era aquel ruido y cuando vio las bestias, quiso retroceder. Un cuerno le enganchó por la manga y lo lanzó fuera. Lo vi caer cerca de la pared. Sir Fletcher y yo estábamos en las escaleras. Por supuesto, Sir Fletcher estaba alterado y envió algunos hombres tras él, pero no pudieron acercarse en medio de las cornadas y los empellones de los animales. Las antorchas se cayeron de las paredes con el alboroto. ¡Caramba, muchacho, debería haberlo visto! —El recuerdo hizo silbar a Sir Marcus mientras agarraba la botella de whisky—. ¡Su esposa es una mujer extraordinaria, créame!

Resopló, se sirvió otro vaso y lo vació entre atragantos y accesos de risa.

—En todo caso —resumió—, para cuando sacamos el ganado, el capitán no era

más que un guiñapo ensangrentado. Los hombres de Sir Fletcher se lo llevaron, pero si aún vivía, fue por poco tiempo. ¿Un poco más, muchacho?

—Sí, gracias.

Se hizo un silencio breve, quebrado por Jamie.

—No, no me sirve de mucho consuelo, pero gracias por contármelo.

Sir Marcus se le quedó mirando.

—Mmfm. Nunca lo olvidará —sentenció—. Ni siquiera lo intente. Si puede, deje que cicatrice como el resto de sus heridas. Déjelo en paz y se curará bien. —El anciano guerrero levantó un antebrazo nudoso. Se había arremangado la camisa durante la curación y ahora enseñaba a Jamie una cicatriz dentada que se extendía desde el codo hasta la muñeca—. Las cicatrices no molestan.

—Sí, bueno. Algunas cicatrices, quizá. —Al parecer, Jamie recordó algo y trató de ponerse de costado. Sir Marcus bajó el vaso con una exclamación.

—Con cuidado, muchacho, o se perforará el pulmón con alguna costilla rota. —Lo ayudó a equilibrarse sobre el codo derecho y apiñó una manta detrás para sostenerlo.

—Necesito un cuchillo —jadeó Jamie—. Uno afilado, si es posible.

Sin vacilar, Sir Marcus fue hasta el resplandeciente aparador francés de nogal y revolvió en los cajones con un estruendo prodigioso. Por fin, extrajo un cuchillo de fruta con mango de nácar. Lo depositó en la mano sana de Jamie, se sentó con un quejido y volvió a tomar su vaso de whisky.

—¿No tiene cicatrices suficientes? —preguntó—. ¿Va a añadirse algunas más?

—Sólo una. —Jamie se meció inseguro sobre un codo, con la barbilla apretada contra el pecho, y dirigió el cuchillo con torpeza hacia el pezón izquierdo. Sir Marcus extendió una mano de inmediato, algo temblorosa, y le sujetó la muñeca.

—Deje que le ayude, muchacho, o caerá sobre él. —Al cabo de una pausa, Jamie le entregó el cuchillo, no muy convencido, y se tumbó sobre la manta. Se tocó el pecho a unos tres o cinco centímetros debajo del pezón.

—Aquí. —Sir Marcus se estiró hacia el aparador, tomó una lámpara y la apoyó en el taburete vacío. Desde lejos, no podía ver lo que miraba. Parecía una quemadura roja y pequeña, de forma casi circular. Sir Marcus bebió otro trago largo de whisky, lo dejó junto a la lámpara y presionó la punta del cuchillo contra el pecho de Jamie. Debí de hacer un movimiento involuntario, porque Lady Annabelle me sujetó de la manga y murmuró una advertencia. La punta del cuchillo se hundió y giró con rapidez, como cuando se quita la parte fea de un durazno maduro. Jamie gimió una vez y un delgado hilo de sangre corrió por su vientre y manchó la manta. Rodó boca abajo y apretó la herida contra el colchón.

Sir Marcus dejó el cuchillo de fruta.

—En cuanto pueda, muchacho —le aconsejó—, lleve a su esposa a la cama y déjela que le consuele. A las mujeres les gusta hacer eso —añadió y sonrió hacia la oscuridad de la puerta—. Dios sabe por qué.

Lady Annabelle susurró:

—Vamos, querida. Es mejor dejarlo solo un rato. —Decidí que Sir Marcus podía arreglarse con los vendajes y la seguí escaleras arriba hacia mi habitación.

Asustada, desperté de un sueño sobre escaleras de caracol interminables con el horror acechando al final. Tenía la espalda cansada y me dolían las piernas, pero me senté y busqué la vela y las cerillas. Me sentía inquieta tan lejos de Jamie. ¿Y si me necesitaba? Peor, ¿y si venían los ingleses mientras estaba solo y desarmado allí abajo? Apreté el rostro contra la ventana fría y el silbido constante de la nieve contra el vidrio me tranquilizó. Mientras durara la tormenta, estaríamos a salvo. Me puse una bata, cogí la vela y el puñal y

me encaminé hacia las escaleras.

La casa estaba en silencio, excepto por el crepitar del fuego. Jamie dormía, o al menos tenía los ojos cerrados, con el rostro vuelto hacia las llamas. Era la primera vez que estábamos solos desde aquellos pocos minutos desesperados en las mazmorras de Wentworth. Parecía haber pasado un siglo. Lo miré atentamente, como a un extraño.

Dadas las circunstancias, no tenía tan mal aspecto, pero igualmente me preocupaba. Durante la operación, había bebido whisky como para desmayar a un caballo y, a pesar de los vómitos, todavía le quedaba algo dentro.

Jamie no era mi primer héroe. En general, los hombres pasaban con demasiadas prisas por el hospital de campaña como para que las enfermeras se familiarizaran con ellos, pero de vez en cuando nos topábamos con alguno que hablaba demasiado poco o bromeaba en exceso y que sufría en silencio.

Yo sabía más o menos cómo ayudarlo. Si había tiempo y era de los que hablaban, me sentaba con él y lo escuchaba. Si era callado, lo tocaba al pasar y esperaba el momento de descuido en que lograría arrancarlo de sí mismo y sostenerlo mientras exorcizaba sus demonios. Si había tiempo. Si no lo había, le daba morfina y rezaba para que encontrara a alguien que lo escuchara mientras yo atendía a otro hombre con heridas visibles.

Tarde o temprano, Jamie hablaría con alguien. Había tiempo. Pero esperaba que no fuera conmigo.

Estaba destapado hasta la cintura y me agaché para examinarle la espalda. Era una visión increíble. Apenas el grosor de una mano separaba los cortes, infligidos con una regularidad pasmosa. Debió de estar de pie como un centinela mientras lo castigaban. Eché una ojeada a sus muñecas... no tenían marcas. O sea, que había cumplido su palabra de no resistirse. Y se había mantenido quieto durante la penosa experiencia, pagando el precio convenido a cambio de mi vida.

Me froté los ojos con la manga. No me daría las gracias, pensé, por llorar sobre su cuerpo tendido. Cambié el peso de mi cuerpo y el camisón hizo ruido. Jamie abrió los ojos sin inquietarse. Me dirigió una sonrisa débil y cansada, pero real. Abrí la boca y de pronto me di cuenta de que no sabía qué decirle. «Gracias» era imposible. «¿Cómo te sientes?» era ridículo; obviamente se sentía como los mismos demonios. Mientras pensaba, él habló primero.

—¿Claire? ¿Estás bien, amor mío?

—¿Si «yo» estoy bien? ¡Por Dios, Jamie! —Las lágrimas humedecieron mis pestañas y parpadeé con fuerza. Jamie alzó la mano sana despacio, como si estuviera encadenado, y me acarició el cabello. Me acercó hacia él pero me aparté. Por primera vez, tuve conciencia de mi aspecto: la cara arañada y cubierta de savia de árbol y el pelo tieso y manchado con substancias innombrables.

—Ven aquí —dijo—. Quiero abrazarte un momento.

—Pero estoy llena de sangre y vómito —protesté mientras hacía un esfuerzo inútil por atusarme el cabello.

Jamie resolló. La débil exhalación era todo cuanto las costillas rotas le permitían a modo de risa.

—Por el amor de Dios, Sassenach, la sangre y el vómito son míos. Ven aquí.

Me reconfortaba sentir su brazo en mis hombros. Apoyé la cabeza en la almohada junto a la de él y permanecimos en silencio al lado del fuego. Nos dimos fuerzas y paz el uno al otro. Los dedos de Jamie acariciaron la pequeña herida debajo de mi mandíbula.

—Pensé que nunca más volvería a verte, Sassenach. —Su voz era baja y un poco ronca por el whisky y los gritos—. Me alegra que estés aquí.

Me senté.

—¡Que no volverías a verme! ¿Por qué? ¿Creíste que no te sacaría de allí?

Sonrió de lado.

—Bueno, no creí que lograras. Pero pensé que si te lo decía, te pondrías terca y te negarías a marcharte.

—¡Yo terca! —exclamé con indignación—. ¡Mira quién habla!

Hubo una pausa que se volvió un poco incómoda. Tenía que preguntarle algunas cosas, necesarias desde el punto de vista médico pero delicadas en cuanto a lo personal. Por fin, me decidí por el «¿Cómo te sientes?».

Tenía los ojos cerrados, ensombrecidos y hundidos a la luz de las velas, pero las líneas de la espalda estaban tensas debajo de las vendas. La boca, ancha y magullada, se torció entre una sonrisa y una mueca.

—No lo sé, Sassenach. Nunca sentí esto. Es como si quisiera hacer varias cosas a la vez, pero mi mente estuviera en guerra conmigo y mi cuerpo me hubiera traicionado. Deseo irme de aquí ahora mismo y correr tan rápido y tan lejos como pueda. Quiero pegarle a alguien. ¡Cielos, quiero pegarle a alguien! Deseo quemar la prisión de Wentworth hasta los cimientos. Quiero dormir.

—La piedra no arde —repliqué de manera práctica—. Quizá sea mejor que duermas.

La mano sana buscó la mía y la encontró. La boca se relajó un poco, pero los ojos permanecieron cerrados.

—Deseo abrazarte fuerte y besarte y no soltarte nunca. Quiero llevarte a mi cama y usarte como a una prostituta hasta olvidar que existo. Y quiero apoyar mi cabeza en tu regazo y llorar como un niño.

Con una media sonrisa y un ojo entreabierto, añadió:

—Por desgracia, no puedo hacer nada de eso, excepto lo último, sin desmayarme o vomitar otra vez.

—Entonces tendrás que conformarte con eso y dejar lo otro para más adelante —sugerí con una risita.

Fue un poco difícil y Jamie estuvo a punto de vomitar de nuevo, pero al final logré acomodarme en la cama con la espalda contra la pared y su cabeza sobre mi muslo.

—¿Qué fue lo que Sir Marcus te cortó del pecho? —dije—. ¿Una marca? —insinué al no recibir respuesta. La cabeza brillante se movió apenas en señal de afirmación.

—Un sello, con las iniciales de él. —Jamie emitió una risita—. Es suficiente con tener que acarrear sus marcas por el resto de mi vida para encima permitir que me deje su firma, como a un maldito cuadro.

La cabeza descansaba con pesadez en mi muslo. Su respiración por fin se serenó y se transformó en exhalaciones soñolientas. Los vendajes blancos en la mano resaltaban fantasmales contra la manta oscura. Delineé suavemente una marca quemada del hombro, que brillaba con aceite dulce.

—¿Jamie?

—¿Mmm?

—¿Estás muy lastimado? —Despierto, miró su mano vendada y luego mi rostro. Cerró los ojos y empezó a temblar. Alarmada, creí haber provocado algún recuerdo intolerable, hasta que me di cuenta de que reía, lo bastante fuerte para que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Sassenach —pronunció entre jadeos al cabo de unos minutos—. Me quedan tal vez treinta y cinco centímetros cuadrados de piel que no están magullados, quemados o cortados. ¿Y me preguntas si estoy muy lastimado? —Se sacudió otra vez. El colchón de fieltro crujió y chirrió.

—Me refería... —comencé a aclarar algo enojada, pero me interrumpió. Apoyó la mano sana sobre la mía y se la llevó a los labios.

—Sé a qué te referías, Sassenach —expresó y volvió la cabeza hacia mí—. No te preocupes. Los treinta y cinco centímetros ilesos están todos entre mis piernas.

Aprecié el esfuerzo por la broma, a pesar de lo inadecuada, y le palmeé la boca despacio.

—Estás borracho, James Fraser —lo regañé. Hice una pausa—. ¿Treinta y cinco, eh?

—Ah, bueno. Quizá sean cuarenta. Oh, Sassenach, no me hagas reír otra vez; las costillas no aguantarán. —Le sequé los ojos con el camisón y le sostuve la cabeza con la rodilla para que bebiera un poco de agua.

—De todos modos, no me refería a eso —repliqué.

Se puso serio. Me tomó la mano otra vez y la apretó.

—Lo sé —respondió—. No necesitas ser delicada en el tema. —Respiró hondo y dio un respingo—. Yo tenía razón: dolía menos que los azotes. —Cerró los ojos—. Pero fue mucho más desagradable. —Un destello de humor mordaz hizo temblar la comisura de los labios—. Al menos no estaré estreñido por un tiempo. —Me estremecí y apretó los dientes. Respiraba con resuellos cortos y agudos—. Lo siento, Sassenach. No..., no creí que me perturbaría tanto. Pero para contestar a tu pregunta, no, no estoy lastimado.

Tuve que esforzarme para mantener la voz serena y fría.

—No tienes que contármelo si no quieres. Pero si te hace sentir mejor... —Mis palabras se perdieron en un silencio embarazoso.

—No quiero hacerlo. —Su voz era de pronto amarga y enfática—. No quiero pensar en ello nunca más. Pero a menos que me corte la garganta, me parece que no tengo alternativa. No, pequeña, tengo tan pocas ganas de contártelo como tú de oírlo... pero tendré que sacármelo de dentro antes de que me ahogue.

Las palabras brotaban ahora en un torrente de amargura.

—Quería que me arrastrara y le rogara, y por Cristo, lo hice. Una vez te lo dije, Sassenach: puedes romper a cualquiera si estás dispuesto a lastimarlo lo suficiente. Bueno, él estaba dispuesto. Consiguió que me arrastrara y le rogara. Me hizo hacer cosas peores y antes de que todo terminara, consiguió que deseara mucho estar muerto.

Se quedó callado mucho tiempo, con la vista fija en el fuego. Luego suspiró fuerte y el dolor torció su rostro en una mueca.

—Ojalá pudieras aliviarme, Sassenach, lo ansió con locura, porque no hay sosiego dentro de mí. Pero no es como una espina envenenada, que si logras agarrarla bien la puedes sacar entera. —Su mano sana descansaba en mi rodilla. Flexionó los dedos y los estiró, rojizos a la luz de las llamas—. Tampoco es como algo que se rompe en alguna parte. Si pudieras componerlo pedazo a pedazo, como has hecho con la mano, soportaría el dolor con gusto.

Apretó los dedos en un puño y lo apoyó en mi pierna. Frunció el ceño.

—Es... difícil de explicar. Es... es como... Creo que todos poseemos un rincón dentro de nosotros, un sitio privado que guardamos para nosotros. Es como un pequeño fuerte donde habita la parte más íntima de cada uno..., quizá sea el alma, o lo que sea, que hace que seas tú y no otra persona. — La lengua tanteó de manera inconsciente el labio hinchado mientras pensaba.

»Por lo general, nadie enseña ese rincón a nadie, salvo a veces a alguien al que se ama mucho. —La mano se relajó y se acomodó en mi rodilla. Tenía los ojos cerrados otra vez, las pestañas selladas contra la luz. —Y ahora siento... como si mi propio fuerte hubiera sido volado con pólvora. No queda nada de él excepto cenizas y una cumbrera humeante. Y la cosa pequeña y desnuda que vivía allí está al descubierto. Chilla y gime asustada, trata de ocultarse debajo de una brizna de hierba o de una hoja, pero... pero no... no es... fácil. —Se le quebró la voz y giró la cabeza para ocultar la cara en mi regazo. Impotente, me limité a acariciarle el pelo.

De improviso, alzó la cabeza. Tenía el rostro tan tenso que parecía a punto de partirse.

—He estado cerca de la muerte en varias ocasiones, Claire, pero nunca quise morir realmente. Esta vez sí. Yo... —La voz volvió a quebrársele y calló. Apretó mi rodilla con intensidad. Cuando volvió a hablar, su voz era estridente y jadeante, como si hubiera corrido un largo trecho.

—-Claire, podrías..., yo... Claire, abrázame. Si empiezo a temblar de nuevo no podré parar. ¡Abrázame, Claire! —De hecho, comenzaba a temblar con violencia. Las sacudidas lo hacían gemir de dolor mientras se rodeaba las costillas rotas. Temía lastimarlo, pero más temía dejar que continuara el traqueteo.

Me incliné sobre él, envolví mis brazos alrededor de sus hombros y lo abracé tan fuerte como pude. Me mecí de un lado a otro como si el ritmo reconfortante pudiera detener los torturantes espasmos. Le puse una mano en la nuca y hundí los dedos en los músculos. Masajeé la hendidura profunda en la base del cráneo para relajarlo. Por fin, el temblor cesó y la cabeza cayó sobre mi muslo, exhausta.

—Lo siento —se disculpó un minuto después con su voz normal—. No quería que esto pasara. La verdad es que estoy dolido y muy borracho. He perdido un poco el control. —Que un escocés admitiera, incluso en privado, estar borracho, pensé, era señal de lo mucho que sufría.

—Necesitas dormir —respondí con suavidad y sin dejar de frotarle la nuca—. Y mucho. —Usé mis dedos lo mejor que pude. Los moví y presioné como el viejo Alec me había enseñado y logré que se adormeciera otra vez.

—Tengo frío —murmuró. El fuego era intenso y había varias mantas en la cama, pero tenía los dedos helados.

—Has sufrido una conmoción —expliqué— y has perdido muchísima sangre. —Miré a mi alrededor, pero tanto los MacRannoch como los criados habían desaparecido para irse a sus propias camas. Murtagh, supuse, todavía estaría fuera en la nieve, vigilando en dirección a Wentworth en caso de que los ingleses iniciaran la búsqueda. Me encogí mentalmente de hombros por el sentido del decoro que pudiera tener nadie y me quité el camisón para deslizarme después bajo de las mantas.

Con la mayor suavidad posible, me acomodé junto a Jamie para darle calor. Giró el rostro en mi hombro como un niño. Le acaricié el pelo y lo tranquilicé masajeándole los músculos tensos de la nuca sin tocar las zonas lastimadas.

—Apoya la cabeza, pequeño mío —le insté al recordar a Jenny y a su hijo.

Jamie profirió un sonido divertido.

—Mi madre solía decirme eso —susurró—. Cuando era niño... Sassenach —murmuró contra mi hombro, un momento después.

—¿Mm?

—¿Quién rayos es John Wayne?

—Tú —respondí—. Duerme.

37

La fuga

Tenía mejor color por la mañana, aunque los cardenales se habían oscurecido durante la noche y ahora le cubrían gran parte de la cara. Suspiró hondo, se puso rígido con un gemido y soltó el aire con más precaución.

—¿Cómo te sientes? —Apoyé una mano en su cabeza. Fría y húmeda. Sin fiebre, gracias a Dios.

Hizo una mueca con los ojos todavía cerrados.

—Me duele todo, Sassenach. —Extendió la mano sana—. Ayúdame a levantarme; estoy duro como una tabla.

La nieve cesó al mediodía. El cielo continuaba gris como la lana y amenazaba más tormenta, pero la amenaza de búsqueda de Wentworth era aún mayor, de modo que dejamos Elridge Manor poco antes del mediodía, bien abrigados contra el frío. Murtagh y Jamie llevaban armas debajo de las capas. Yo tenía mi daga, bien oculta. En caso de suceder lo peor y muy en contra de mi voluntad, debía simular ser una rehén inglesa secuestrada.

—Pero me han visto en la prisión —había argumentado—. Sir Fletcher ya sabe quién soy.

—Sí. —Murtagh estaba cargando las pistolas con cuidado. Una variedad de balas, tacos, pólvora, trozos de tela, varillas y faltriqueras estaban dispuestos minuciosamente sobre la mesa lustrada de Lady Annabelle. Murtagh alzó la cabeza y me clavó una mirada sombría—. De eso se trata, muchacha. Debemos mantenerla lejos de Wentworth, cueste lo que cueste. Y evitar que la vean con nosotros.

Introdujo una varilla corta en la boca de una pistola con la culata adornada con volutas y colocó el taco en su lugar a base de golpes fuertes y precisos.

—Sir Fletcher no ordenará la búsqueda en un día como hoy. Si nos topamos con casacas rojas, dudo que la conozcan. Pero si nos descubren, debe decir que la forzamos a venir con nosotros y convencer a los ingleses de que no tiene nada que ver con dos bribones escoceses como yo y el muchacho. —Asintió en dirección a Jamie, que se balanceaba en un taburete con un tazón de leche caliente y pan.

Sir Marcus y yo habíamos protegido las caderas y los muslos de Jamie con vendajes de hilo debajo de unos calzones y medias gastados y de color oscuro para disimular cualquier mancha de sangre delatora que pudiera filtrarse. Lady Annabelle había rasgado una camisa de su esposo por detrás para que cupieran los hombros anchos de Jamie y los vendajes gruesos que los cubrían. Aun así, la camisa no le cerraba por delante y dejaba entrever los extremos de las vendas alrededor del pecho. Jamie había alegado que le dolía hasta el cuero cabelludo y se negó en rotundo a que lo peinaran. Su aspecto era desaliñado y salvaje: unos pelos rojizos en punta enmarcando un rostro hinchado y amoratado y con un ojo cerrado.

—Si les cogen —intervino Sir Marcus—, diga que es una huésped mía y que la secuestraron mientras cabalgaba cerca de la propiedad. Haga que la traigan a Elridge para que yo la identifique. Eso les convencerá. Les diremos que es usted una amiga de Annabelle de Londres.

—Y luego la sacaremos de aquí antes de que venga Sir Fletcher a presentarle sus

respetos —agregó Annabelle con aire práctico.

Sir Marcus nos había ofrecido a Héctor y a Absalom como escoltas, pero Murtagh señaló que eso implicaría a Elridge en caso de encontrarnos con los soldados ingleses. De manera que cabalgamos los tres, encorvados de frío, camino de Dingwall. Yo llevaba un monedero abultado y una nota del Señor de Elridge. Uno de los dos aseguraría nuestro viaje a través del Canal.

Era difícil avanzar en la nieve. Con menos de treinta centímetros de profundidad, la traicionera capa blanca ocultaba rocas, agujeros y otros obstáculos peligrosos. Además, los caballos se resbalaban. Terrones de nieve y barro volaban con cada paso y salpicaban vientres y jarretes. Nubes de aliento animal subían humeantes en el aire helado. Murtagh iba delante, siguiendo la débil depresión que marcaba el camino. Aunque Jamie había insistido en que lo atáramos al caballo, yo cabalgaba a su lado por temor a que se desmayara. Tenía la mano izquierda libre, sobre la pistola asegurada a la montura y oculta debajo de la capa.

Pasamos junto a un par de granjas dispersas. El humo se elevaba de los techos de bálago, pero los habitantes y sus animales estaban dentro, resguardados del frío. Aquí y allá un hombre solitario iba de una choza a un cobertizo, acarreando baldes o heno, pero en su mayor parte, la ruta estaba desierta.

A tres kilómetros de Elridge, cruzamos la sombra del castillo Wentworth, una mole tétrica en la ladera de la colina. El camino aquí era muy transitado a pesar del mal tiempo.

Habíamos calculado que nuestra presencia coincidiera con la hora del almuerzo. Esperábamos que los guardias estuvieran ocupados con sus pastelillos y cerveza. Pasamos lentamente junto al corto camino que conducía a los portones, como si fuéramos un grupo de viajeros que tenían la mala suerte de estar fuera en un día tan desapacible.

Una vez que dejamos atrás la prisión, nos detuvimos para que los caballos descansaran un poco al abrigo de un monte de pinos. Murtagh se inclinó para mirar por debajo del sombrero que cubría el cabello delator de Jamie.

—¿Todo bien, muchacho? Estás callado.

Jamie levantó la cabeza. Estaba pálido y el sudor corría por el cuello a pesar del aire helado. Logró esbozar una sonrisa poco entusiasta.

—Estaré bien.

—¿Cómo te sientes? —pregunté con ansiedad. Estaba hundido en la montura, sin señales de su habitual gracia erguida. Recibí lo que le quedaba de sonrisa.

—Estoy tratando de decidir qué me duele más..., las costillas, la mano o el trasero. Pensar en eso me ayuda a olvidarme de la espalda. —Bebió un trago largo de la cantimplora que nos había dado Sir Marcus. Se estremeció y me la entregó. Era un poco mejor que el licor que había bebido camino a Leoch, pero igual de fuerte. Proseguimos la marcha con un pequeño fuego alegre ardiendo en el estómago.

Los caballos subían con dificultad una pendiente modesta y la nieve saltaba de sus cascos, cuando Murtagh irguió la cabeza bruscamente. Seguí la dirección de su mirada y divisé a los soldados ingleses. Eran cuatro jinetes en lo alto de la cuesta.

No podíamos esquivarlos. Nos habían visto y un grito de «quién vive» resonó en la colina. No teníamos a donde huir. Tendíamos que intentar engañarlos. Sin mirar hacia atrás, Murtagh espoleó a su caballo y galopó a su encuentro.

El cabo en el grupo era un soldado de carrera, un hombre de mediana edad erguido en su gabán de invierno. Me hizo una reverencia cortés y luego volvió su atención a Jamie.

—Les pido disculpas, señor, señora. Tenemos órdenes de detener a todos los viajeros en este camino para averiguar el paradero de unos prisioneros fugados hace poco de la prisión de Wentworth.

Prisioneros. O sea que había conseguido liberar a otros además de a Jamie. Me alegraba por varios motivos. Para empezar, dispersaría la búsqueda; y cuatro contra tres era

la mejor diferencia que podíamos esperar.

Jamie no contestó, pero se repantigó aún más en la montura, con la cabeza colgando. Podía ver el brillo de sus ojos debajo del ala del sombrero. No estaba inconsciente. Debía de conocer a estos hombres; podrían reconocer su voz. Murtagh se adelantó en su caballo, entre los soldados y yo.

—El amo está un poco enfermo, como pueden ver —explicó y se tiró del mechón de pelo sobre la frente—. ¿Podrían señalarme la ruta hacia Ballagh? Creo que no estamos bien encaminados.

Me pregunté qué diablos estaba tramando, hasta que capté su mirada. Sus ojos giraron hacia atrás y hacia abajo y volvieron a posarse sobre el soldado con tanta rapidez que éste creería que había estado escuchándole todo el tiempo. ¿Jamie estaba a punto de caerse de la montura? Hice como que me ajustaba el sombrero y eché una ojeada disimulada por encima del hombro en la dirección que Murtagh había indicado. Me paralicé de espanto.

Jamie estaba sentado con la espalda erguida y la cabeza inclinada para ocultar el rostro. Pero la sangre goteaba de la punta de un estribo y dejaba hoyos rojos en la nieve.

Murtagh, simulando una gran estupidez, se las había ingeniado para alejar a los soldados hacia la cima de la colina. Desde allí, le explicaron que el único camino a la vista era el que llevaba a Dingwall y bajaba por el otro lado de la colina. Atravesaba Ballagh y se extendía en línea recta hacia la costa, a unos cuatro kilómetros.

Me apresuré a desmontar y pegué un tirón desesperado de la cincha de mi caballo. Caminé con torpeza y pisoteé suficiente nieve a los pies del caballo de Jamie para tapar las gotas traicioneras. Una rápida mirada me reveló que los soldados continuaban enzarzados en conversación con Murtagh. Uno de ellos, sin embargo, se volvió hacia nosotros como para asegurarse de que no nos habíamos apartado. Lo saludé con entusiasmo y en cuanto giró la cabeza, me agaché y me quité una de las tres enaguas que llevaba puestas. Corrí la capa de Jamie y apretujé la enagua acolchada debajo de su muslo sin prestar atención a la exclamación de dolor. La capa regresó a su sitio justo cuando corrí hasta mi caballo. Estaba manipulando la cincha en el momento en que Murtagh y los ingleses reaparecieron.

—Se aflojó —expliqué cándidamente y le guiñé el ojo al soldado más próximo.

—¿De veras? ¿Y por qué no ayuda a la dama? —preguntó a Jamie.

—Mi esposo no se encuentra bien —respondí—. Puedo arreglármelas yo sola, gracias.

El cabo parecía interesado.

—Así que está enfermo, ¿eh? ¿Qué le pasa? —Movió su caballo hacia adelante y escudriñó el rostro pálido de Jamie bajo el sombrero caído—. No, realmente no tiene muy buen aspecto. Quítese el sombrero, amigo. ¿Qué le ha pasado a su cara?

Jamie le disparó desde los pliegues de la capa. El hombre estaba a menos de dos metros de distancia y cayó de la montura antes de que la mancha en su pecho fuera más grande que mi mano.

El cabo no había llegado al suelo cuando Murtagh ya tenía una pistola en cada mano. La primera bala erró al asustarse el caballo por el ruido y el movimiento. La segunda dio en el blanco. Atravesó la parte superior del brazo de un soldado y dejó un jirón de tela flameando en una manga cada vez más roja. El hombre no se cayó, sin embargo, y tiró del sable mientras Murtagh buscaba otras armas debajo de su capa.

Uno de los dos soldados restantes giró el caballo en la nieve resbaladiza y se alejó al galope hacia la prisión, al parecer en busca de ayuda.

—¡Claire! —El grito provino de arriba. Alcé la vista sobresaltada y vi a Jamie señalando a la figura que huía—. ¡Deténlo! —Consiguió arrojarme una segunda pistola y se volvió. Extrajo la espada para detener el ataque del cuarto soldado.

Mi caballo estaba entrenado para la batalla. Tenía las orejas pegadas a la cabeza y

pateaba y escarbaba la nieve debido al ruido, pero no había escapado con el sonido de los disparos y no se movió cuando recogí la pistola. Contento de dejar atrás la pelea, salió a galope no bien lo monté y partimos a buena velocidad detrás del soldado.

La nieve obstaculizaba nuestro paso al igual que el de nuestro objetivo, pero mi caballo era mejor y teníamos la ventaja del sendero que el soldado labraba a través de la nieve fresca. Nos acercábamos con rapidez, pero me di cuenta de que no sería suficiente. El terreno se elevaba más adelante; si tomaba un atajo hacia la derecha, tal vez pudiera ganar tiempo en el llano y encontrarlo al bajar del otro lado. Di un tirón a las riendas y me aseguré en la montura en tanto el caballo giraba con torpeza, se acomodaba y se lanzaba hacia delante.

No lo alcancé, pero acorté la distancia a no más de nueve metros. Si la distancia fuera ilimitada, probablemente lo alcanzaría, pero no era el caso. El muro de la prisión se alzaba a menos de un kilómetro y medio. En cuanto nos aproximáramos más, nos verían desde allí. Me detuve y desmonté. Entrenado o no, no sabía qué haría el caballo si disparaba desde su lomo. Aun cuando se quedara quieto como una estatua, no confiaba tanto en mi puntería. Me arrodillé en la nieve y apoyé el codo en la rodilla y la pistola en el antebrazo como Jamie me había enseñado. «La apoyas aquí, apuntas allí y disparas por aquí», había dicho. Y así lo hice.

Para sorpresa mía, di al caballo. Patinó, cayó sobre una rodilla y rodó en una confusión de nieve y piernas. El retroceso de la pistola me había aterido el brazo. Me puse de pie y lo masajeé mientras observaba al soldado caído.

Estaba herido. Trató de levantarse, pero se desplomó de nuevo en la nieve. El caballo, que sangraba de un hombro, se alejó a trompicones con las riendas colgando.

No me di cuenta hasta después de lo que había estado pensando, pero mientras me acercaba a él, supe que no podía dejarlo con vida. Tan cerca de la prisión y con otras patrullas buscando prisioneros fugados, lo encontrarían bastante pronto. Y si lo hallaban vivo, no sólo podría describirnos —¡y ése sería el fin de nuestra historia de la rehén!— sino revelar en qué dirección viajábamos. Todavía nos faltaban casi cinco kilómetros hasta la costa; dos horas de marcha en la nieve pesada. Y una vez allí, debíamos encontrar un barco. No, no podía arriesgarme a que nos delatara.

Se apoyó en los codos y sus ojos se abrieron con sorpresa al verme, pero luego se relajó. Yo era una mujer. No me temía.

Independientemente de mi sexo, un hombre más experimentado habría sentido aprensión. Pero éste era un muchacho. No mayor de dieciséis, pensé con horror. Las mejillas manchadas todavía conservaban las últimas curvas redondas de la infancia, aunque el labio superior exhibía los comienzos de un bigote esperanzado.

Abrió la boca pero sólo gimió de dolor. Se apretó una mano en el costado y vi la sangre que empapaba la camisa y el saco. Entonces serían heridas internas. El caballo debió de pasarle por encima.

Era posible que de todos modos muriera, pensé. Pero no podía estar segura.

Yo llevaba la mano derecha, en la que sostenía la daga, escondida bajo la capa. Le apoyé la mano izquierda en la cabeza. Había tocado de la misma manera las cabezas de cientos de hombres, para aliviarlos, examinarlos y prepararlos para lo que sobrevendría. Y me habían mirado de una forma muy semejante a como lo hizo este joven: con esperanza y confianza.

No pude cortarle el cuello. Me dejé caer de rodillas junto a él y le volví la cabeza hacia el otro lado. Las técnicas de Rupert para matar con rapidez suponían resistencia. Pero no hubo resistencia alguna cuando le agaché la cabeza tanto como pude y hundí el puñal en la base del cráneo.

Lo dejé tendido boca abajo y fui a reunirme con los otros.

Después de dejar a nuestra pesada carga tapada con mantas abajo en un asiento, Murtagh y yo nos encontramos en la cubierta del *Cristabel* para contemplar el cielo revuelto por la tormenta.

—Parece que el viento es bueno y estable —comenté con entusiasmo y un dedo húmedo en alto.

Murtagh contempló las nubes negras que pendían sobre el puerto. La nieve se deshacía con prodigalidad en las heladas olas.

—Ah, bueno —respondió con expresión sombría—. Ojalá la travesía sea tranquila. De lo contrario, llegaremos con un cadáver en las manos.

Media hora después, ya sobre las aguas picadas del canal de la Mancha, descubrí a qué se había referido con aquel comentario.

—¿Mareado? —pregunté con incredulidad—. ¡Los escoceses no se marean!

Murtagh no estaba de humor.

—Entonces tal vez sea un hotentote pelirrojo. Lo único que sé es que está verde como un pescado podrido y vomitando como un loco. ¿Bajará y me ayudará a evitar que las costillas le atraviesen el pecho o no?

—Maldición —mascullé a Murtagh mientras nos inclinábamos sobre la baranda para tomar aire durante un breve intervalo en la desagradable tarea bajo cubierta—. Si sabe que se marea, ¿para qué diablos insistió en un barco?

La mirada de Murtagh fue demoledora.

—Porque sabe muy bien que jamás lo lograríamos por tierra con él así. Y temía quedarse en Elridge por miedo a que los ingleses cayeran sobre MacRannoch.

—O sea que, en su lugar, morirá silenciosamente en el mar —dije con cinismo.

—Aja. De esta manera, piensa que morirá solo, sin arrastrar a nadie con él. Muy generoso, entiende. Aunque de silencioso, nada —añadió Murtagh y enfiló hacia la escalera en respuesta a los inconfundibles sonidos de abajo.

—¡Enhorabuena! —dije a Jamie una hora o dos más tarde. Me aparté algunos rizos mojados de las mejillas y la frente—. Creo que pasarás a formar parte de la historia médica como la única persona documentada que de hecho murió de mareo a bordo de un barco.

—¡Oh, qué bien! —musitó en el revoltijo de almohadas y mantas—. Odiaría pensar que no valió la pena. —Se puso de costado—. ¡Cielos, aquí viene otra vez! —Murtagh y yo tomamos nuestros puestos de un salto. Sostener inmóvil a un hombre grande mientras sucumbe a despiadados espasmos de náuseas no es tarea para débiles.

Al cabo de un rato, le volví a tomar el pulso y apoyé la mano un instante en la frente pegajosa. Murtagh leyó mis pensamientos y me siguió por la escalera, sin hablar, hasta la cubierta superior.

—No está bien, ¿verdad? —inquirió.

—No lo sé —contesté, impotente, y sacudí mi cabello empapado de sudor en el viento cortante—. Jamás he oído de nadie que haya muerto de mareo en el mar, pero ahora está escupiendo sangre. —Las manos del hombrecillo se tensaron en la baranda y los nudillos sobresalieron en la piel moteada por el sol—. Puede que se haya dañado internamente con las puntas afiladas de las costillas o quizá su estómago se haya lastimado de tanto vomitar. Sea lo que sea, no es buena señal. Y su pulso es bastante más débil e irregular. Eso significa que su corazón está fatigado.

—Tiene el corazón de un león. —La frase fue pronunciada en voz tan baja que al principio no estuve segura de haberla oído. Y podría ser el viento salado lo que humedeció los ojos de Murtagh. Se volvió hacia mí con brusquedad—. Y la cabeza de una mula. ¿Le queda algo de ese láudano que le dio Lady Annabelle?

—Sí, todo. No lo ha querido tomar. Dice que no quiere dormir.

—Ah, bueno. La mayoría de las personas no siempre consiguen lo que desean. No veo por qué él habría de ser diferente. Vamos.

Lo seguí bajo cubierta con ansiedad.

—No creo que pueda mantenerlo en el estómago.

—Déjeme eso a mí. Busque la botella y ayúdeme a sentarlo.

Jamie estaba medio inconsciente; un peso difícil de manejar, que protestó cuando lo manipulamos para sentarlo contra el mamparo.

—Voy a morir —expresó con voz débil pero precisa—. Y cuanto antes mejor. Idos y dejadme hacerlo en paz.

Murtagh lo agarró del pelo con firmeza, echó la cabeza hacia arriba y llevó la botella a los labios.

—Bebe esto, mi lindo lirón o te rompo el cuello. Y más vale que lo retengas. Te taparé la nariz y la boca; si lo vomitas, te saldrá por las orejas.

Gracias a la fuerza conjunta de nuestras voluntades, transferimos lenta pero inexorablemente el contenido de la botella al joven Señor de Lallybroch. Jamie se atragantó y se arqueó, pero bebió con valentía hasta que se desplomó contra el mamparo con el rostro verde y jadeando. Murtagh atajó cada amenazante explosión de náuseas con una malvada presión de nariz; un método conveniente aunque no muy ortodoxo, que permitió la acumulación gradual del sedante en el caudal sanguíneo del paciente. Por fin, se quedó relajado en la cama. El único color visible en la almohada era el rojo del pelo, las cejas y las pestañas. Murtagh se me unió en cubierta poco después.

—¡Mire! —exclamé y señalé. La tenue luz del atardecer brillaba en rayos fugitivos bajo las nubes y doraba las rocas de la costa francesa—. El capitán dice que desembarcaremos en tres o cuatro horas.

—Y no antes de tiempo —declaró mi compañero y se apartó el cabello lacio y castaño de los ojos. Se volvió hacia mí y me dirigió lo más parecido a una sonrisa que jamás había visto en su hosco semblante.

Y así, finalmente, detrás del cuerpo postrado de Jamie acarreado en un tabla por dos monjes fornidos, cruzamos los portones imponentes de la abadía de Ste. Anne de Beaupré.

38

La abadía

La abadía era un edificio enorme del siglo doce, amurallada para resistir las embestidas de las tormentas marítimas y los ataques de invasores con bases en tierra. Ahora, en tiempos más pacíficos, los portones permanecían abiertos para permitir el tránsito con la aldea cercana, y las pequeñas celdas de piedra del ala de huéspedes habían sido suavizadas con tapices y muebles cómodos.

Me levanté de la silla acolchada en mi cuarto, insegura de cómo se saludaba a un abad. ¿Había que arrodillarse y besarle el anillo o eso era sólo para los Papas? Me decidí por una reverencia cortés.

Los ojos rasgados y felinos de Jamie eran sin ninguna duda herencia de los Fraser. También la mandíbula firme, aunque la que tenía ahora estaba algo oscurecida por la barba negra.

El abad Alexander compartía además la boca ancha de su sobrino, si bien parecía sonreír menos con ella. Los ojos azules rasgados permanecieron fríos y especulativos mientras me saludaba con una sonrisa cálida y amable. Era bastante más bajo que Jamie, más o menos de mi estatura, y rechoncho. Llevaba las ropas de un sacerdote pero caminaba como un guerrero. Pensé que posiblemente había sido ambas cosas en un tiempo.

—Bienvenida, *ma nièce* —manifestó con una inclinación de cabeza. El saludo me sorprendió un poco, pero le devolví la reverencia.

—Le agradezco su hospitalidad —expresé con franqueza—. ¿Ha... ha visto a Jamie? —Los monjes se lo habían llevado para bañarlo, un proceso al que creí mejor no asistir. El abad asintió.

—Ah, sí. —Un ligero acento escocés se traslucía debajo del refinado inglés—. Lo he visto. He pedido al hermano Ambrose que le cure las heridas. —Debí de parecer algo indecisa, puesto que agregó con sequedad—: No se preocupe, *madame*. El hermano Ambrose es muy competente. —Me observó sin pizca de disimulo y me recordó a su sobrino de manera perturbadora.

—Murtagh dice que es usted una médica consumada.

—Así es —repliqué sin rodeos.

Esto provocó una sonrisa sincera.

—Veo que no sufre del pecado de falsa modestia —observó.

—Tengo otros —repuse y también sonreí.

—Como todos nosotros —añadió—. El hermano Ambrose estará ansioso por conversar con usted, sin duda.

—¿Le ha contado Murtagh... lo ocurrido? —aventuré con vacilación.

La boca ancha se tensó.

—Sí. Todo lo que él sabe. —Aguardó, como esperando mi contribución. Pero me quedé callada.

Era evidente que le habría gustado formular preguntas, pero fue lo bastante amable para no presionarme. En su lugar, levantó la mano en un gesto de bendición y como descartando el asunto.

—Bienvenida sea —repitió—. Enviaré a un hermano para que le traiga un poco de comida. —Me volvió a mirar—. Y algo con que lavarse. —Me hizo la señal de la cruz, en

señal de despedida o tal vez para exorcizar la suciedad, y se marchó con un crujido de su hábito marrón.

De pronto me di cuenta de lo cansada que estaba. Me dejé caer en la cama y me pregunté si podría permanecer despierta el tiempo suficiente para comer y lavarme. Todavía me lo estaba preguntando cuando me quedé dormida.

Tenía una pesadilla terrible. Jamie se encontraba del otro lado de una pared de piedra sin puerta. Lo oía gritar sin cesar, pero no podía alcanzarlo. Golpeaba la pared con desesperación, pero mis manos se hundían en la piedra como si fuera agua.

—¡Aaay! —Me senté en la cama estrecha y me cogí la mano que había descargado contra la pared que tenía junto a mí. Me mecí a un lado y a otro y apreté la mano palpitante entre mis muslos. Entonces me di cuenta de que los gritos continuaban.

Se detuvieron con brusquedad cuando salí al pasillo. La puerta del cuarto de Jamie estaba abierta. La luz de los faroles iluminaba el corredor.

Un monje al que no había visto antes estaba con Jamie y lo sostenía con firmeza. Un chorro de sangre fresca manchaba las vendas de la espalda y los hombros le temblaban como si tuviera frío.

—Una pesadilla —explicó el monje al verme en la puerta. Me cedió a Jamie y fue hasta la mesa a buscar un paño y la jarra de agua.

Jamie seguía temblando y el rostro le brillaba del sudor. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad, con un sonido ronco y asmático. El monje se sentó a mi lado y le enjugó la cara con suavidad en tanto le apartaba de las sienes el cabello húmedo y pesado.

—Usted es su esposa, ¿verdad? —dijo—. Creo que pronto estará mejor.

En efecto, el temblor empezó a disminuir al cabo de unos minutos y Jamie abrió los ojos con un suspiro.

—Estoy bien —murmuró—. Ya estoy bien, Claire. ¡Pero por el amor de Dios, que quiten ese olor!

No había advertido hasta entonces, de manera consciente, el aroma en el cuarto..., un olor ligero, picante y floral, un perfume tan común que no le había dado importancia. Lavanda. Una fragancia para jabones y aguas de colonia. La había olido por última vez en los calabozos de la prisión de Wentworth, donde perfumaba las sábanas o la persona del capitán Jonathan Randall.

El origen del aroma era una pequeña taza de metal con aceite de hierbas perfumado dentro de una base de hierro pesada y decorada que colgaba sobre la llama de una vela.

Aunque su intención era serenar la mente, en este caso el efecto fue todo lo contrario. Jamie respiraba ahora con más facilidad. Se había sentado solo y sostenía la taza de agua que le había dado el monje. Pero seguía pálido y su boca se crispaba con nerviosismo.

Hice una señal al franciscano para que hiciera lo que pedía. El monje envolvió la taza de aceite caliente en una toalla y se la llevó por el pasillo.

Jamie suspiró con alivio. Luego dio un respingo. Le dolían las costillas.

—Se te abrió un poco la espalda —expliqué y lo volví para inspeccionar los vendajes—. Pero no es grave.

—Lo sé. Me giré mientras dormía.

Las mantas dobladas que debían mantenerlo de costado habían resbalado al suelo. Las acomodé de vuelta en su sitio.

—Eso fue lo que me hizo soñar, creo. Soñé que me azotaban. —Se estremeció, bebió un trago de agua y me entregó la taza. —Necesito algo más fuerte, si hay.

Como si lo hubiera adivinado, nuestro servicial visitante entró con una jarra de vino

en una mano y un frasco de jarabe de amapolas en la otra.

—¿Alcohol u opio? —preguntó a Jamie con una sonrisa y la jarra y el frasco en alto—. Puede elegir la manera de sumirse en el olvido.

—Tomaré el vino, por favor. Ya he tenido suficientes sueños por esta noche —respondió Jamie con una sonrisa torcida. Sorbió el vino con lentitud mientras el franciscano me ayudaba a cambiarle las vendas sucias y a pasar ungüento fresco de caléndula por las heridas. El visitante no tuvo la menor intención de marcharse hasta que, con la espalda levantada y tapado con mantas, hube acomodado a Jamie para dormir.

Al pasar junto a la cama, se inclinó sobre Jamie y trazó la señal de la Cruz sobre su cabeza.

—Que descanse —murmuró.

—Gracias, padre —replicó Jamie somnoliento. Ya estaba medio dormido. Como no me necesitaría hasta la mañana, le toqué el hombro en señal de despedida y seguí al visitante al pasillo.

—Gracias —dije—. Aprecio mucho su ayuda.

El monje descartó el agradecimiento con un ademán.

—Fue un placer poder ayudarla —repuso. Advertí que hablaba un inglés perfecto, aunque con un ligero acento francés—. Pasaba por el ala de huéspedes camino de la capilla de St. Giles cuando oí los gritos.

Me estremecí al recordar los gritos roncos y espantosos y esperé no volverlos a oír. Miré hacia la ventana al final del corredor y no vi señal alguna del amanecer detrás del postigo.

—¿La capilla? —repetí con sorpresa—. Creí que los maitines se cantaban en la iglesia principal. Y además es un poco temprano, ¿no?

El franciscano sonrió. Era bastante joven, tal vez unos treinta años, pero su cabello castaño sedoso y corto se entretejía con hebras grises. Estaba tonsurado con esmero y su barba castaña bien recortada rozaba el cuello del hábito.

—Demasiado temprano para los maitines —convino—. Iba a la capilla porque es hora de mi turno para la adoración perpetua del Santo Sacramento. —Se volvió hacia la habitación de Jamie, donde una vela reloj marcaba las dos y media. —Ya llego tarde —añadió—. El hermano Bartolomé querrá irse a la cama.

Levantó una mano, me bendijo con presteza, se dio media vuelta y atravesó la puerta giratoria al final del pasillo antes de que yo me atreviera a preguntarle su nombre.

Entré en el cuarto y me agaché para besar a Jamie. Dormía de nuevo y respiraba tranquilo, aunque con el entrecejo algo fruncido. Le pasé una mano por el cabello para probar. La expresión ceñuda se relajó un poco pero se volvió a tensar. Suspiré y lo arropé bien.

Me sentía mucho mejor por la mañana, pero Jamie estaba ojeroso e insoportable después de la noche inquieta. No quiso nada de desayuno y me gritó exasperado cuando traté de examinarle las vendas de la mano.

—¡Por el amor de Dios, Claire, déjame en paz! ¡No quiero que me manoseéis más!

Apartó la mano con violencia y ceñudo. Me alejé en silencio y me puse a ordenar los potes y paquetes de medicinas en la mesa. Los dispuse en grupos, clasificados según la función: ungüento de caléndula y bálsamo de álamo para calmar; corteza de sauce, corteza de cerezo y manzanilla para infusiones; hierba de San Juan, ajo y milenrama para desinfectar.

—Claire. —Me volví. Estaba sentado en la cama y me miraba con aire avergonzado.

—Lo siento, Sassenach. Tengo retortijones y estoy de muy mal humor esta mañana. Pero no tenía por qué hablarte así. ¿Me perdonas?

Fui hasta él y lo abracé con suavidad.

—No hay nada que perdonar, lo sabes. ¿Pero qué es eso de que tienes retortijones? —No era la primera vez que pensaba que la intimidad y el romance no eran sinónimos.

Hizo una mueca, se inclinó un poco hacia delante y cruzó los brazos sobre el abdomen.

—Me refiero a que me gustaría que me dejaras solo un rato. ¿No te importa? —Dicho y hecho: me fui a tomar el desayuno.

Cuando regresaba del comedor poco después, divisé una figura pulcra vestida con el hábito negro de un franciscano. Atravesaba el patio hacia el claustro. Me apresuré para alcanzarlo.

—¡Padre! —llamé. Se volvió y sonrió al verme.

—Buenos días —pronunció—. *Madame* Fraser, ¿verdad? ¿Cómo está su esposo esta mañana?

—Mejor —contesté con la esperanza de que fuera cierto—. Quería darle las gracias otra vez por lo de anoche. Se marchó antes de que pudiera siquiera preguntarle su nombre.

Los ojos color avellana brillaron cuando se inclinó en una reverencia con la mano sobre el corazón.

—Franqois Anselm Mericoeur d'Armagnac, *madame* —se presentó—. Es mi nombre de nacimiento. Pero ahora todos me conocen como el padre Anselm.

—¿Anselm Corazón Alegre? —inquirí con una sonrisa. El franciscano se encogió de hombros en un gesto típicamente gálico, inalterable durante siglos.

—Se hace lo que se puede —replicó con gesto irónico.

—No deseo retenerlo —manifesté, puesta la mirada en el claustro—. Sólo quería agradecerle su ayuda.

—No me retiene en absoluto, *madame.* De hecho, no tenía mucha prisa por ir a trabajar y me estaba entregando al pecaminoso placer del ocio.

—¿Cuál es su trabajo? —pregunté con curiosidad. Saltaba a la vista que este hombre era un visitante del convento. Su hábito franciscano negro se destacaba como una mancha de tinta entre el marrón de los benedictinos. El hermano Polydore, uno de los monjes que trabajaba en la cocina, me había contado que había varios visitantes. La mayoría eran estudiosos y se encontraban aquí para consultar las obras guardadas en la famosa biblioteca de la abadía. Por lo visto, Anselm era uno de ellos. Estaba, desde hacía varios meses, abocado a la traducción de varias obras de Herodoto.

—¿Ha visto la biblioteca? —preguntó—. Venga, vamos —me instó cuando sacudí la cabeza—. Es impresionante y estoy seguro de que su tío, el abad, no pondría ninguna objeción.

Tenía curiosidad por conocer la biblioteca y no quería volver enseguida al aislamiento del ala de huéspedes, así que lo seguí sin vacilar.

La biblioteca era hermosa, de techo alto y con columnas góticas que se unían en ojivas en el techo, que cubría varios recintos. Ventanas grandes llenaban los espacios entre las columnas y permitían la entrada de luz abundante. La mayoría eran de vidrio transparente, pero algunas contenían parábolas en vitrales sencillos. Pasé de puntillas junto a las figuras inclinadas de los monjes estudiando y me detuve a admirar uno de la Huida a Egipto.

Algunos de los estantes se asemejaban a los que yo estaba acostumbrada, con los libros colocados en hilera. Otros, en cambio, los tenían tumbados para proteger las cubiertas antiguas. Había incluso un estante con la parte delantera de cristal que contenía varios pergaminos enrollados. La biblioteca rezumaba por todas partes una callada exultación, como si los preciados volúmenes cantaran en silencio dentro de sus tapas. Salí

del lugar con una paz profunda y atravesé el patio central con el padre Anselm.

Traté de agradecerle de nuevo su colaboración de la noche anterior, pero se encogió de hombros, como restándole importancia.

—Olvídelo, muchacha. Espero que su marido esté mejor hoy.

—Yo también lo espero —contesté. No deseaba profundizar en el tema, de modo que pregunté—: ¿Qué es la adoración perpetua? Anoche dijo que a eso iba a la capilla.

—¿No es usted católica? —preguntó asombrado—. Ah, lo olvidaba, es inglesa. Será protestante, claro.

—No estoy segura de practicar ninguna de las dos doctrinas. Pero técnicamente, al menos, imagino que soy católica.

—¿Técnicamente? —Enarcó las cejas, sorprendido. Vacilé, cauta después de mi experiencia con el padre Bain. Pero éste no parecía de los que empezara a blandir crucifijos en la cara de nadie.

—Bueno —comencé y me agaché para arrancar una hierba que sobresalía del empedrado—. Recibí el bautismo católico. Pero mis padres murieron cuando yo tenía cinco años y fui a vivir con mi tío. Tío Lambert era... —Me interrumpí. Recordé el ansia de conocimiento de tío Lambert y su cinismo, objetivo y alegre, que consideraba que la religión era una característica más que servía para catalogar a una civilización—. Bueno, para él las religiones eran todo y nada, supongo, en lo que se refiere a la fe —concluí—. Las conocía todas, pero no creía en ninguna. Así que ése fue el fin de mi instrucción religiosa. Y mi... mi primer esposo era católico, aunque me temo que no un buen observante. O sea que imagino que en realidad soy atea.

Lo miré con cautela, pero en vez de mostrarse escandalizado por la confesión, rió con ganas.

—Todo y nada —repitió, deleitándose con la frase—. Me gusta mucho. Pero en cuanto a usted, me temo que no. Una vez que alguien se convierte en miembro de la Santa Madre Iglesia, queda marcado de por vida como hijo suyo. Por poco que sepa usted sobre su fe, es tan católica como nuestro Santo Padre el Papa.

Contempló el cielo. Aunque nublado, las hojas de los alisos cerca de la iglesia no se movían.

—Ha parado el viento. Pensaba dar un paseo corto para despejar la mente con el aire fresco. ¿Por qué no me acompaña? Necesita aire y ejercicio. Y tal vez le resulte espiritualmente beneficioso, ya que puedo instruirla en el ritual de la Adoración Perpetua mientras caminamos.

—Tres pájaros de un tiro, ¿eh? —comenté categóricamente. Pero la perspectiva de aire fresco y luz era tentadora y me apresuré a buscar mi capa.

Con un vistazo a la figura que había dentro, la cabeza inclinada en oración, Anselm me condujo más allá de la oscuridad silenciosa que reinaba en la entrada de la capilla, a través del convento, y hacia el extremo del jardín.

Lejos de la posibilidad de perturbar a los monjes en la capilla, precisó:

—Es una idea muy simple. ¿Recuerda la Biblia y la historia de Getsemaní, donde nuestro Señor aguardó el momento del juicio y la crucifixión y sus amigos, que debieron acompañarlo, se quedaron dormidos?

—Ah —exclamé y entendí al instante—. Y él dijo: «¿Acaso no podéis permanecer despiertos conmigo una hora?» Y eso es lo que usted hace..., permanece despierto con él esa hora... para compensarlo. —La idea me gustaba y la oscuridad de la capilla de pronto pareció despoblada y reconfortante.

—*Oui, madame* —convino—. Muy sencillo. Nos turnamos para velar y así el Santo Sacramento en el altar no queda nunca solo.

—¿No es difícil permanecer despierto? —inquirí con curiosidad—. ¿O siempre velan de noche?

Asintió y una brisa ligera agitó el sedoso cabello castaño. La coronilla tonsurada necesitaba un afeitado; pelos cortos y encrespados la cubrían como musgo.

—Cada velador elige el tiempo que prefiere. Para mí, son las dos de la madrugada. —Me observó titubeante, como preguntándose cómo me tomaría lo que estaba a punto de decir. —Para mí, en ese momento... —Se interrumpió—. Es como si el tiempo se detuviera. Todos los humores del cuerpo, la sangre y la bilis y los vahos que hacen a un hombre; de repente es como si todos trabajaran en perfecta armonía.

Sonrió. Tenía los dientes algo torcidos, el único defecto de su apariencia, por otra parte perfecta.

—O como si se detuvieran por completo. A menudo me pregunto si ese instante es igual al momento del nacimiento o de la muerte. Sé que siempre se presenta en ocasiones diferentes para cada hombre... o mujer, supongo —agregó con un movimiento de cortesía hacia mí. —Pero en ese lapso, durante esa fracción de tiempo, parece que todo es posible. Cualquiera puede mirar más allá de las limitaciones de su propia vida y ver que de hecho no son nada. En el momento en que el tiempo se detiene, nos sentimos capaces de emprender cualquier aventura, completarla y regresar a nosotros mismos para encontrarnos con que el mundo no ha cambiado y todo está tal como lo dejamos un momento antes. Y es como... —Vaciló unos segundos para escoger las palabras con cuidado—. Es como si de pronto, al saber que todo es posible, nada fuera necesario.

—¿Pero... hace usted algo? —pregunté—. Quiero decir, ¿reza?

—¿Yo? Bueno —repuso despacio—. Tomo asiento y lo miro a Él. —Una ancha sonrisa estiró los labios finos—. Y Él me mira a mí.

• • •

Jamie se estaba sentando cuando volví al cuarto y dio unos pasos por el pasillo apoyado en mi hombro. Pero el esfuerzo lo hizo palidecer y sudar. Se acostó sin protestar cuando le descorrí la colcha.

Le ofrecí un poco de caldo y leche pero meneó la cabeza con cansancio.

—No tengo hambre, Sassenach. Si como algo, creo que volveré a vomitar.

No lo presioné y me llevé el caldo en silencio.

A la hora de cenar, insistí y logré convencerlo de que tomara unas cucharadas de sopa. La tragó bien, pero no pudo retenerla.

—Lo siento, Sassenah —se disculpó más tarde—. ¡Qué repugnante soy!

—No importa, Jamie, y no eres repugnante.

Dejé la palangana junto a la puerta en el pasillo y me senté a su lado. Le aparté el pelo despeinado de la frente.

—No te preocupes. Tu estómago sigue irritado por el mareo en el barco. Tal vez me apresuré al pedirte que comieras. Será mejor esperar a que se ponga bien.

Cerró los ojos y suspiró.

—Estaré bien —afirmó sin interés—. ¿Qué has hecho hoy, Sassenach?

Era evidente que estaba inquieto y molesto, pero se calmó un poco mientras le relataba mis exploraciones del día; la biblioteca, la capilla, el lagar y, por último, el jardín de hierbas, donde había conocido por fin al famoso hermano Ambrose.

—Es increíble —declaré con entusiasmo—. Ah, pero me olvidaba; ya lo conoces. —El hermano Ambrose era alto, incluso más alto que Jamie, y cadavérico, con la cara larga y caída como la de un perro basset. Y con diez dedos largos y flacos, todos color verde brillante. —Parece capaz de hacer crecer cualquier cosa —continué—. Tiene todas las hierbas corrientes en el jardín. Y además, un invernadero tan diminuto que no se puede

estar dentro de pie, con cosas que no deberían crecer en esta época o en esta parte del mundo, o ni siquiera crecer en absoluto. Sin mencionar las especias y drogas importadas.

La mención de drogas me recordó la noche anterior y miré por la ventana. El crepúsculo invernal sobrevenía temprano y afuera ya había oscurecido. Los faroles de los monjes que se ocupaban de los establos y del trabajo exterior se movían de un lado a otro en el cambio de turno.

—Está oscureciendo. ¿Crees que podrás dormirte tú solo? El hermano Ambrose tiene un par de cosas que podrían ayudar.

Tenía los ojos ensombrecidos de fatiga, pero sacudió la cabeza.

—No, Sassenach. No quiero nada. Si me duermo... No, creo que leeré un rato. —Anselm le había traído de la biblioteca una selección de libros de filosofía e historia. Estiró una mano hacia un ejemplar de Tácito que yacía en la mesa.

—Necesitas dormir, Jamie —murmuré y me quedé mirándolo. Abrió el libro y se acomodó en la almohada, pero continuó con la vista clavada en el techo.

—No te he contado el sueño —dijo de repente.

—Dijiste que habías soñado que te azotaban. —No me gustaba el aspecto de su cara. Pálida debajo de las magulladuras, brillaba con una capa ligera de humedad.

—Así es. Podía levantar los ojos y ver las sogas que me cortaban las muñecas. Tenía las manos casi negras y la soga raspaba el hueso cuando me movía. Apoyaba la cara contra el poste y sentía las puntas de plomo del látigo hundírseme en los hombros. Los golpes no cesaban, incluso mucho después de que debieran hacerlo, y entonces comprendí que no pensaba detenerse. Las puntas arrancaban trozos de carne. La sangre..., mi sangre corría por los costados y por la espalda, hasta empapar la falda. Tenía mucho frío.

»Volví a alzar la mirada y vi que la carne de las manos había comenzado a caerse a pedazos y que los huesos de los dedos rascaban la madera y dejaban marcas largas en ella. Los brazos aparecían descarnados y sólo las sogas los mantenían unidos. Creo que en ese momento empecé a gritar.

»Oía un ruido mientras me azotaba y al cabo de un rato me di cuenta de qué se trataba. Había quitado toda la carne de mis huesos y las puntas de plomo del látigo producían el sonido al golpear en los huesos secos de las costillas. Y supe que estaba muerto, pero no importaba. Él seguiría sin parar. Nunca se detendría, continuaría hasta que empezara a desintegrarme y cayera desmoronado. Pero nunca pararía y...

Me acerqué para abrazarlo y hacerle callar. Pero ya se había interrumpido y estrujaba el libro con la mano sana. Se mordía el labio inferior, ya desgarrado.

—Me quedaré contigo esta noche, Jamie —decidí—. Pondré un colchón en el suelo.

—No. —Estaba débil, pero no perdía su terquedad básica—. Estaré mejor solo. Y ahora no tengo sueño. Ve a cenar, Sassenach. Yo... leeré un poco. —Inclinó la cabeza sobre la página. Lo contemplé un minuto con impotencia. Luego seguí su consejo y me marché.

El estado de Jamie me preocupaba cada vez más. Las náuseas persistían, apenas probaba bocado y cuando lo hacía, casi siempre vomitaba. Su palidez aumentaba, y también su apatía. No demostraba interés por nada. Dormía gran parte del día porque no lograba hacerlo de noche. Sin embargo, fueran cuales fueran los temores que le inspiraba el sueño, no me dejaba compartir su habitación para que su desvelo no perturbara mi descanso.

Como no deseaba estar encima de él, aun cuando me lo hubiera permitido, pasaba gran parte de mi tiempo en el herbario o en el cobertizo de secado con el hermano

Ambrose. Si no, deambulaba por la abadía, enfrascada en conversación con el padre Anselm. El franciscano aprovechaba para darme lecciones de catecismo. Intentaba instruirme en los fundamentos del catolicismo, aunque yo le había asegurado, una y otra vez, que era agnóstica.

—*Ma chére* —dijo por fin—, ¿recuerda las condiciones necesarias para cometer pecado que le expliqué ayer?

Al margen de los defectos morales que pudiera tener, mi memoria funcionaba bien.

—Primero, que sea malo y, segundo, que haya pleno consentimiento —recité como una cotorra.

—Que haya pleno consentimiento —repitió—. Y eso, *ma chére*, es también la condición para que se produzca la gracia. —Estábamos junto a la valla de la pocilga de la abadía observando a varios cerdos apiñados bajo el débil sol del invierno. El padre Anselm volvió la cabeza y apoyó el rostro en los brazos, que los había cruzado sobre la valla.

—No estoy segura —protesté—. Sin duda, la gracia es algo que se tiene o no se tiene. Me refiero a que... —Vacilé, puesto que no quería parecer grosera—. Para usted, por ejemplo, la cosa en el altar de la capilla es Dios. Para mí, es un trozo de pan, por muy bonito que sea el recipiente.

Suspiró con impaciencia y se irguió.

—Camino de mi vigilia nocturna, he observado que su esposo no duerme bien —comentó—. Y por lo tanto, usted tampoco. Y ya que de todos modos no duerme, la invito a que venga conmigo esta noche. Quédese conmigo en la capilla durante una hora.

Lo miré con los ojos entornados.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

No me costó mucho despertarme para mi cita con Anselm, en gran parte porque no dormí nada. Ni Jamie tampoco. Cada vez que me asomaba al corredor, vislumbraba la luz oscilante de la vela a través de la puerta entreabierta de su cuarto, oía susurros de páginas y algún que otro gemido cuando cambiaba de posición.

Incapaz de descansar, no me había molestado en desvestirme, de modo que estaba lista cuando un golpecito en la puerta anunció la presencia de Anselm.

En el monasterio reinaba el silencio, ese silencio que sólo se respira por la noche en las grandes instituciones. El pulso rápido de las actividades del día disminuye, pero los latidos continúan, más lentos y suaves pero incesantes. Siempre hay alguien despierto que se mueve con sigilo por los pasillos, vigila y mantiene vivas las cosas. Y ahora me tocaba a mí compartir la vigilia.

La capilla estaba a oscuras excepto por la lámpara roja del santuario y un par de velas blancas votivas, cuyas llamas se elevaban en el aire quieto ante los relicarios de los santos.

Seguí a Anselm por el corto pasillo central e hice una genuflexión detrás de él. La esbelta figura del hermano Bartolomé estaba arrodillada en los reclinatorios delanteros, inclinada en oración. El débil ruido que hicimos al entrar ni le inmutó.

El propio Sacramento aparecía eclipsado por la magnificencia de su recipiente. El inmenso ostensorio, un estallido de oro de más de treinta centímetros de diámetro, se erguía sereno sobre el altar, custodiando el humilde trozo de pan en su centro.

Me sentía algo incómoda y tomé asiento donde Anselm me indicó, cerca del altar. Los asientos, tallados con ángeles, flores y demonios, se plegaban contra los paneles de madera del respaldo para facilitar el paso de entrada y de salida. Anselm se acomodó detrás

de mí y el asiento chirrió al bajar.

—¿Pero qué tengo que hacer? —le pregunté en voz baja acorde con la noche y el silencio mientras nos aproximábamos a la capilla.

—Nada, *ma chére* —me respondió sin más—. Simplemente esté ahí.

Así que me senté y escuché mi propia respiración y los sonidos diminutos del silencio, las cosas inaudibles que por lo general se ocultan tras otros sonidos: el suave movimiento de las piedras, el crujido de la madera, el silbido de las velas pequeñas que nunca se extinguen, el paso ligero de algún animalillo que deja su vivienda para adentrarse en el hogar de la majestuosidad.

Era un lugar apacible, tenía que admitirlo. A pesar del cansancio y la preocupación por Jamie, me fui relajando poco a poco. La tensión de mi mente se fue aflojando lentamente, como el resorte de un reloj. Cosa curiosa, no tenía nada de sueño, pese a lo tarde que era y a las tensiones de los últimos días y semanas.

«Después de todo —pensé—, ¿qué son los días y las semanas en presencia de la eternidad?» Y así era para Anselm y Bartolomé, para Ambrose, para todos los monjes, incluyendo al formidable abad Alexander.

En cierto modo era una idea reconfortante. Si todo el tiempo del mundo se desplegaba frente a nosotros, entonces los acontecimientos de un momento determinado perdían importancia. Podría entender, entonces, que alguien se aislara y buscara sosiego en la contemplación de un Ser eterno, independientemente de cómo concibiera a este Ser.

El rojo de la lámpara del santuario ardía con regularidad y se reflejaba en el oro. Las llamas de las velas blancas ante las estatuas de St. Giles y la Virgen parpadeaban y, alguna que otra vez, por alguna imperfección de las mechas, chispeaban de cera o humedad. Pero la lámpara roja ardía con serenidad, sin ninguna oscilación que traicionara su luz.

Y si existía la eternidad, o incluso la idea de ella, tal vez Anselm tuviera razón: todo era posible. ¿Y el amor absoluto? Reflexioné sobre el tema. Había amado a Frank; todavía lo amaba. Y amaba a Jamie, más que a mi propia vida. Pero restringida por los límites del tiempo y la carne, no podía tener a ambos. ¿Y más allá, quizá? ¿Había un lugar donde el tiempo no existía o se detenía? Anselm creía que sí. Un sitio donde todo era posible. Y nada era necesario.

¿Y había amor allí? Más allá de las barreras de la carne y el tiempo, ¿era posible el amor absoluto? ¿Era necesario?

La voz de mis pensamientos parecía la del tío Lamb. Mi familia y todo el amor que había recibido de niña. Un hombre que jamás me había hablado de amor, que nunca había necesitado hacerlo, porque yo sabía que me amaba, tanto como sabía que estaba viva. Pues cuando el amor es absoluto, las palabras son innecesarias. Es todo. Es eterno. Y con eso basta.

El tiempo pasó sin darme cuenta y me sobresalté cuando Anselm se plantó delante de mí, después de entrar por la pequeña puerta que había cerca del altar. Pero, ¿no estaba sentado detrás? Me volví y vi a un monje joven, cuyo nombre ignoraba, haciendo una genuflexión cerca de la entrada posterior. Anselm hizo una reverencia profunda ante el altar y me indicó por señas que nos marcháramos.

—¿Se fue? —pregunté, ya fuera de la capilla—. Se suponía que no debía dejar solo al... Sacramento.

Sonrió con tranquilidad.

—No lo hice, *ma chére*. Usted estaba allí.

Me mordí la lengua antes de objetar que yo no contaba. A fin de cuentas, no existían Adoradores Diplomados. Único requisito: ser humano, nada más, y se suponía que yo todavía lo era aunque rara vez me sintiera como tal.

La vela de Jamie seguía encendida cuando pasé junto a su puerta y oí un crujir de

páginas. Me habría detenido, pero Anselm continuó hasta la puerta de mi habitación. Hice una pausa allí para desearle buenas noches y agradecerle que me hubiera llevado a la capilla.

—Ha sido una experiencia muy... reposada —manifesté esforzándome por encontrar la palabra adecuada.

Asintió sin dejar de observarme.

—*Oui, madame.* Lo es. —Cuando me volví para irme, agregó—: Le dije que el Santo Sacramento no estuvo solo porque usted estaba allí. ¿Pero qué me dice de usted, *ma chérel* ¿Estuvo sola?

Me detuve y lo miré un momento antes de responder.

—No. No estuve sola.

39

La redención del alma de un hombre

Por la mañana, fui como siempre a ver a Jamie, con la esperanza de que hubiera tomado algo de desayuno. Ya cerca de su habitación, Murtagh salió de un hueco de la pared y me obstruyó el paso.

—¿Qué sucede? —pregunté con brusquedad—. ¿Pasa algo malo? —Mi corazón empezó a latir con violencia y se me humedecieron las palmas de las manos.

Mi pánico debió de ser evidente, porque Murtagh sacudió la cabeza con aire tranquilizador.

—No, él está bien. —Se encogió de hombros—. O tan bien como hasta ahora. —Cogiéndome del codo con mano suave, me obligó a volver sobre mis pasos y nos pusimos a caminar por el pasillo. Pensé con estupor que ésta era la primera vez que Murtagh me tocaba deliberadamente. Su mano en mi brazo era ligera y fuerte como el ala de un pelícano.

—¿Qué le ocurre? —insistí. El rostro arrugado del hombrecillo era tan inexpresivo como siempre, pero se le contrajeron los párpados.

—No quiere verla —explicó.

Me detuve en seco y liberé mi brazo.

—¿Por qué no?

Murtagh titubeó como si tratara de elegir las palabras correctas.

—Bueno, es que... ha decidido que es mejor para usted dejarlo a él aquí y regresar a Escocia. Él...

El resto de las palabras se perdió mientras me volvía y me abría paso.

La puerta pesada se cerró a mis espaldas con un ruido seco y suave. Jamie dormitaba boca abajo en la cama. Estaba destapado, vestido con la sotana corta de un novicio. El brasero de carbón, en un rincón, mantenía el cuarto caliente aunque lleno de humo.

Dio un respingo violento cuando lo toqué. Tenía los ojos hundidos y todavía vidriosos de sueño y el rostro atormentado por las pesadillas. Tomé su mano entre las mías pero la retiró bruscamente. Con una expresión rayana en la desesperación, cerró los ojos y hundió el rostro en la almohada.

Traté de no demostrar inquietud y acerqué un taburete a la cama para sentarme.

—No te tocaré —aseveré—, pero tienes que hablar conmigo. —Esperé varios minutos mientras él yacía quieto y con los hombros encorvados en actitud defensiva. Por fin, suspiró y se sentó con movimientos lentos y dolorosos y las piernas colgando fuera de la cama.

—Sí—musitó sin mirarme—, supongo que debo hacerlo. Tendría que haberlo hecho antes..., pero he sido tan cobarde que esperaba que no fuera necesario. —Su voz era amarga y mantenía la cabeza inclinada y las manos enlazadas débilmente alrededor de las rodillas—. No me consideraba un cobarde, pero lo soy. Debí hacer que Randall me matara, pero no lo hice. No tenía razón para vivir, pero no era lo bastante valiente para morir. —La voz se fue convirtiendo en un susurro tan bajo que apenas podía oírlo—. Y sabía que

tendría que verte por última vez..., decírtelo..., pero..., Claire, mi amor..., oh, amor mío.

Recogió la almohada de la cama y la abrazó como anhelando protección, un substituto del consuelo que no podía buscar en mí. Apoyó la frente en ella un instante mientras reunía fuerzas.

—Cuando me dejaste en Wentworth, Claire —susurró con la cabeza aún inclinada—, oí tus pasos alejarse por el pasillo y me dije: «Pensaré en ella. La recordaré: la suavidad de su piel, el perfume de su cabello y la sensación de su boca en la mía. Pensaré en ella hasta que esa puerta se vuelva a abrir. Y pensaré en ella mañana, en la horca, para infundirme valor en el minuto final. Pero entre el momento en que se abra la puerta y el momento en que deje este sitio para morir... —Las manos grandes se contrajeron en puños efímeros y luego se relajaron—... durante ese tiempo, no pensaré en nada.»

En el pequeño calabozo, había cerrado los ojos y esperado sentado. El dolor no era tan fuerte si se quedaba quieto, pero sabía que pronto se intensificaría. Ya se había enfrentado antes al dolor. Lo conocía y conocía su reacción ante él lo bastante bien como para resignarse a resistirlo con la esperanza de que no excediera su fortaleza demasiado pronto. La perspectiva de violación física se había reducido ahora a una cuestión de ligera repugnancia. A su manera, la desesperanza actuaba de anestésico.

No había ventanas en el cuarto para calcular la hora. Lo habían llevado al calabozo al atardecer, pero su sentido del tiempo no era de fiar. ¿Cuántas horas faltarían para el amanecer? ¿Seis, ocho, diez para el final de todo? Pensó, con su característico humor negro, que Randall, al menos, había conseguido que ansiara la muerte.

Cuando la puerta se abrió, levantó la cabeza esperando... ¿qué? Había un hombre tan sólo, de complexión ligera, apuesto, un poco desaliñado, con la camisa de lino desgarrada y el pelo revuelto. Estaba apoyado contra el marco de la puerta y lo observaba.

Al cabo de un rato, Randall cruzó la habitación en silencio y se detuvo junto a él. Le apoyó una mano en el cuello, se agachó y arrancó la mano clavada en la mesa con un tirón tan brusco que Jamie estuvo al borde del desmayo. Le alargó un vaso de coñac, le levantó la cabeza con firmeza y lo ayudó a beber.

—Después me alzó la cara y lamió las gotas de coñac de mis labios. Quería apartarme, pero había dado mi palabra, así que me quedé muy quieto.

Randall había sostenido la cabeza de Jamie un momento mientras le clavaba una mirada escrutadora. Luego lo soltó y se sentó en la mesa junto a él.

—Se quedó allí largo rato, sin decir nada y balanceando una pierna de un lado a otro. Yo no tenía idea de qué quería y tampoco estaba de humor para adivinarlo. Estaba cansado y un poco mareado por el dolor de la mano. Así que después de unos minutos, bajé la cabeza para apoyarla en los brazos y giré la cara. —Suspiró hondo—. De pronto sentí una mano en la cabeza, pero no me moví. Empezó a acariciarme el pelo, con mucha suavidad, una y otra vez. No había ningún sonido excepto su respiración agitada y el crepitar del fuego en el brasero. Y creo... creo que me dormí un momento.

Cuando despertó, Randall estaba ante él.

—¿Te sientes mejor? —le había preguntado en tono distante y atento.

Después de asentir en silencio, Jamie se había puesto de pie. Randall lo había desvestido, con cuidado de no golpear la mano lastimada, y conducido a la cama.

—Había empeñado mi palabra de que no me resistiría. Pero tampoco quería colaborar, de modo que me quedé parado como una estaca. Pensaba dejarle hacer lo que quisiera, pero sin participar... manteniendo una distancia al menos mental.

Randall le sonrió y agarró la mano derecha de Jamie con suficiente ímpetu para que cayera sobre la cama, pálido y aturdido por la súbita punzada de dolor. El capitán se arrodilló frente a él y le enseñó, en unos minutos fulminantes, que la distancia es una mera ilusión.

—Cuando se puso de pie, cogió el cuchillo y me lo deslizó por el pecho. No fue un

corte profundo, pero sangró un poco. Me miró la cara un instante, después estiró un dedo y lo mojó en la sangre. —La voz era inestable, se trababa y en ocasiones balbucía—. Se lamió el dedo manchado de sangre con pequeños chasquidos de lengua, como un ga-gato cuando se lava. Entonces sonrió —muy amable, por cierto— e inclinó la cabeza hasta mi pecho. Yo no estaba atado, pero no hubiera podido moverme. Me... me quedé sentado mientras él utilizaba la lengua para... No me dolió, pero la sensación fue extraña. Después de unos minutos, se puso de pie y se limpió la boca con una toalla.

Yo tenía los ojos fijos en la mano de Jamie. No podía verle el rostro, pues estaba vuelto hacia el otro lado, de manera que la mano me servía como el mejor indicador de sus sentimientos. Se crispaba de manera convulsiva en el borde de la cama mientras proseguía.

—Me... me dijo que... que era exquisito. El corte casi había dejado de sangrar, pero cogió la toalla y me la restregó con fuerza sobre el pecho para volver a abrir la herida. —Los nudillos de la mano apretada eran meras protuberancias blancas—. Entonces se bajó los calzones, se manchó con la sangre fresca y dijo que era mi turno.

Al acabar, Randall le sostuvo la cabeza y lo ayudó a vomitar. Le limpió el rostro con un paño húmedo y le dio coñac para que se quitara el mal sabor de boca. Y así, unas veces perverso y otras tierno, poco a poco y utilizando el dolor como arma, había derrumbado todas las barreras físicas y mentales.

Quería detener a Jamie para decirle que no necesitaba seguir, que no debía seguir, pero me mordí el labio para no hablar y me sujeté las manos para no tocarlo.

Pero siguió hasta el final: los latigazos lentos y deliberados, intercalados con besos; el dolor espantoso de las quemaduras, cuyo propósito era arrancarlo del borde de una inconsciencia buscada con desesperación para forzarlo a mayores degradaciones. Me reveló todo, sin vacilar, a veces con lágrimas, mucho más de lo que mis oídos podían soportar, pero lo escuché hasta el final y en silencio como un confesor. Me miró un instante y luego apartó la vista.

—Podía soportar que me lastimara, por mucho que fuera. Esperaba que... abusara de mí, y creía poder aguantarlo también. Pero no pude..., yo..., él... —Me clavé las uñas en las palmas para no abrir la boca. Jamie se estremeció y quedó unos minutos en silencio. Luego recuperó la voz, ronca pero firme. —No sólo me hirió y me utilizó. Me hizo el amor, Claire. Me lastimó..., me hizo mucho daño..., mientras lo hacía, pero para él fue un acto de amor. ¡Y quiso que le correspondiera, maldita su alma! ¡Hizo que me excitara!

Golpeó el marco de la cama con tal rabiosa impotencia, que la dejó temblando.

—La... primera vez fue muy cuidadoso. Se entretuvo en aplicar aceite por mis partes con mucha suavidad. No pude evitar excitarme con sus caricias, como no pude evitar sangrar cuando me cortó.

La voz se oía cansada y abrumada de desesperación. Hizo una pausa y por primera vez desde que entré en la habitación, me miró a los ojos.

—No quería pensar en ti, Claire. No soportaba estar allí, desnudo y... así... y recordar mi amor por ti. Era una blasfemia. Deseaba borrarte de mi mente y sólo... existir, hasta cuando debiera. Pero él no me lo permitió. —Tenía las mejillas húmedas, pero ahora no lloraba. —Hablaba. Me habló todo el tiempo mientras lo hacía. En parte eran amenazas y en parte frases amorosas. Pero a menudo hablaba de ti.

—¿De mí? —Mi voz, durante tanto tiempo sin usar, brotó de mi garganta tensa como un graznido. Jamie asintió y volvió a fijar la vista en la almohada.

—Sí. Tenía celos de ti, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía.

Asintió otra vez.

—Oh, sí. Me preguntaba..., mientras me tocaba..., me preguntaba: «¿Acaso ella te hace esto? ¿Tu mujer te e-excita así?» —Le tembló la voz—. Yo no le contestaba, no podía. Y después me preguntó cómo pensaba que te sentirías si me vieras..., si me vieras...

—Se mordió el labio, incapaz de proseguir. —Me lastimaba un poco, después se detenía y me acariciaba hasta que empezaba a excitarme..., entonces se ensañaba conmigo y me tomaba en medio del dolor. En ningún momento dejó de hablar de ti y no pude alejarte de mi mente. Dentro de mí luché, traté de poner distancia, de separar mi mente de mi cuerpo, pero el dolor se abría paso, incesante, a través de cada barrera que erigía. Lo intenté, Claire... ¡Cielos, cómo lo intenté! Pero...

Hundió la cabeza entre las manos y apretó los dedos contra las sienes. Habló con brusquedad:

—Sé por qué el joven Alex MacGregor se ahorcó. Haría lo mismo si no supiera que es un pecado mortal. Pero ya ha hecho bastante con condenarme en vida: no dejaré que haga lo mismo en el cielo. —Hubo una pausa mientras se esforzaba por controlarse. Advertí de manera automática que tenía la almohada mojada y quise levantarme y cambiársela. Jamie movió la cabeza despacio sin quitar la vista de los pies—. A... ahora todo está mezclado para mí. No puedo pensar en ti, Claire, ni siquiera en besarte o tocarte, sin volver a sentir el miedo, el dolor y las náuseas. Estoy aquí acostado y pienso que me moriré si no tengo tus caricias, pero cuando me tocas, creo que vomitaré por la vergüenza y el asco que me doy. Ni siquiera puedo verte ahora sin... —Apoyó la frente en los apretados puños, con los nudillos clavados en los ojos cerrados. Los tendones del cuello estaban completamente tensos y su voz brotaba lejana. —Quiero que me dejes, Claire. Regresa a Escocia, a Craigh na Dun. Vuelve a tu sitio, a tu... esposo. Murtagh te acompañará, ya se lo he dicho. —Guardó silencio unos minutos y no me moví.

Alzó la vista con desesperada valentía y habló con sencillez.

—Te amaré toda la vida, pero ya no podré seguir siendo tu esposo. Y no seré otra cosa para ti. —Su rostro comenzó a desencajarse—. ¡Claire, te deseo tanto que me duelen los huesos, pero, que Dios me ayude, tengo miedo de tocarte!

Me dispuse a incorporarme para acercarme a él, pero me detuvo con un movimiento ligero de la mano. Estaba medio encorvado, con el rostro contraído por la lucha interna. Su voz era ahogada y jadeante.

—Claire... por favor. Por favor, vete. Voy a vomitar y no quiero que lo veas. Por favor.

Su voz suplicante me decía que debía ahorrarle aquella última humillación. Me puse de pie y, por primera vez en mi vida profesional, abandoné a un hombre enfermo a sus propios recursos, indefenso y solo.

• • •

Salí del cuarto, confusa. Me apoyé contra la pared y refresqué mis mejillas acaloradas en los rígidos bloques de piedra, indiferente a las miradas de Murtagh y del hermano William. «Que Dios me ayude —había dicho—. Que Dios me ayude, tengo miedo de tocarte.»

Me separé de la pared y me quedé allí sola. Bueno, no podía ser de otro modo; no había nadie más.

A la hora en que el tiempo comenzaba a detenerse, hice una genuflexión en el pasillo de la capilla de St. Giles. Allí sólo estaba Anselm, con sus elegantes hombros muy rectos bajo el hábito. No se movió ni miró a su alrededor, pero el silencio envolvente de la capilla me dio la bienvenida.

Permanecí de rodillas un momento dejándome llevar por la apacible oscuridad en busca de mi paz interior. Cuando sentí que los latidos de mi corazón se serenaban para acoplarse a los ritmos lentos de la noche, me deslicé en un banco del fondo.

Me senté rígida; me faltaban las normas y el ritual, las cortesías litúrgicas que transportaban a los monjes a las profundidades de su conversación sagrada. No sabía cómo empezar. Por fin, dije en silencio y sin rodeos: por favor, necesito ayuda.

Y dejé que el silencio me abrazara, que me envolviera como los pliegues de una capa protegiéndome del frío. Y esperé, como me había dicho Anselm. Y los minutos transcurrieron.

Había una mesa pequeña en el fondo de la capilla cubierta con un mantel de hilo. Sobre ella descansaba la pila de agua bendita y a su lado, una Biblia y dos o tres libros de inspiración divina. Para uso de los adoradores a los que el silencio pesara demasiado, supuse.

Yo era uno de ésos. Me levanté a coger la Biblia y la llevé conmigo al reclinatorio. No era yo la primera persona que recurría a ella en tiempos de confusión o problemas. Las velas proporcionaban suficiente luz para leer. Volví las páginas de papel de seda y me incliné sobre las líneas de letra negra fina.

«... y los golpeó con...» ¿Qué diablos era eso? Mejor probaría con los Salmos.

«Pero yo no soy un hombre, sino un gusano... Soy como agua que se derrama, mis huesos están dislocados: mi corazón es como cera que se derrite dentro de mí.» Bueno, sí, un diagnóstico acertado, decidí con cierta impaciencia. ¿Pero había algún tratamiento?

«Pero Tú, Señor, que eres mi fuerza, no te alejes, ven pronto en mi ayuda. Libra a mi alma de la espada y a mi amado del poder de los perros.» Mmm.

Pasé al libro de Job, el favorito de Jamie. Si alguien estaba en condiciones de ofrecer un consejo útil...

«Pero habrá dolor en su carne y su alma gemirá.» Mmm, sí, pensé y volví la página.

«Otras veces Dios corrige al hombre con enfermedades, con fuertes dolores en todo su cuerpo... La carne se va consumiendo y los huesos, que no habían de verse, asoman al exterior.» Encaja al dedillo, pensé. ¿Qué más?

«Su vida está al borde del sepulcro, a las puertas de la muerte.» No tan bien, pero lo que seguía era más alentador. «Pero si hay cerca de él un ángel, uno entre mil que hable en su favor y dé testimonio de su rectitud, que se compadezca de él y diga a Dios: "Líbralo de la muerte, pues he encontrado su redención." Entonces su cuerpo recobrará la salud y volverá a ser como en su juventud.» ¿Y cuál sería, entonces, la redención que salvaría el alma de un hombre y libraría a mi amado de los perros?

Cerré el libro, y los ojos también. Las palabras se mezclaban y se empañaban por mi necesidad imperiosa. Un dolor agobiante me invadió cuando pronuncié el nombre de Jamie. Y sin embargo, hallaba cierta paz y serenidad al repetir una y otra vez: «Oh, Señor, encomiendo a Ti el alma de Tu servidor, James».

De repente, pensé que tal vez Jamie estuviera mejor muerto. Había dicho que deseaba morir. Estaba segura de que si lo abandonaba como él quería, pronto moriría, ya fuese por los efectos de la tortura y la enfermedad, en la horca o en alguna batalla. Y no me cabía ninguna duda de que él también lo sabía. ¿Debía hacer lo que me pedía? Ni muerta lo haría, me dije a mí misma. Ni muerta lo haría, repetí hacia el altar y abrí el libro de nuevo.

Pasó un tiempo antes de que me diera cuenta de que el hilo de mi petición ya no era un monólogo. De hecho, lo supe cuando comprendí que acababa de responder a una pregunta que no recordaba haber formulado. En ese trance de aflicción insomne, se me había preguntado algo, qué, no estaba segura, y había contestado sin vacilar: «Sí, lo haré.»

Frené mis pensamientos con brusquedad y escuché el zumbido del silencio. Luego volví a decir a media voz: «Sí. Sí, lo haré.» Y recordé las suaves palabras de Anselm: «Las condiciones para el pecado son las siguientes: primero, que sea malo, y segundo, que haya

pleno consentimiento... Esto último, condición también para que se produzca la gracia...»

Experimenté algo, no inesperado pero sí completo, como si me hubieran entregado un pequeño objeto invisible para que lo sostuviera en mis manos. Precioso como el ópalo, liso como el jade, pesado como una piedra de río, más frágil que el huevo de un ave. Del todo inmóvil; vivo como la raíz de la Creación. No un obsequio, sino una responsabilidad. Para cuidar y proteger. Las palabras se pronunciaron y desaparecieron en las sombras del techo.

Entonces hice una genuflexión a la Presencia y dejé la capilla. No dudaba, en la eternidad del momento en que el tiempo se detiene, de que poseía una respuesta, aunque la desconocía. Sólo sabía que lo que sostenía era un alma humana; la mía o la de otro, lo ignoraba.

• • •

No me pareció una respuesta a mi plegaria cuando desperté a la cotidianidad de la mañana con un hermano laico sobre mis narices diciendo que Jamie ardía de fiebre.

—¿Desde cuándo está así? —Apoyé una mano en la frente y la espalda, la axila y la ingle. No había señales de sudor; sólo la piel reseca y ardiendo de calor. Estaba despierto, pero aturdido y con los párpados caídos. El origen de la fiebre era evidente. La mano derecha destrozada estaba hinchada y un líquido fétido empapaba los vendajes. Rayas rojas ominosas subían por la muñeca. Una maldita infección, me dije. Una infección sucia y supurante que podía envenenar la sangre y amenazar su vida.

—Lo encontré así cuando pasé a verlo después de los maitines —respondió el hermano que había ido a buscarme—. Le di agua, pero empezó a vomitar después del amanecer.

—Debió llamarme de inmediato —le recriminé—. De todos modos, no importa. Tráigame cuanto antes agua caliente, hojas de frambueso y al hermano Polydore. —Se marchó después de prometerme que se encargaría de que me enviaran el desayuno. Rechazé tales comodidades y cogí la jarra de peltre con agua.

Para cuando apareció el hermano Polydore, yo había intentado la aplicación interna de agua, que había sido rechazada con violencia. De modo que la estaba aplicando de forma externa. Empapé las sábanas y las dispuse sobre la piel caliente.

Al mismo tiempo, puse la mano infectada en remojo, en agua hervida caliente, hasta donde pudiera aguantar la piel sin quemarse. Al carecer de sulfamidas y de antibióticos modernos, el calor era la única defensa contra una infección bacteriana. El cuerpo del paciente proporcionaba ese calor por medio de la fiebre alta, pero la fiebre en sí presentaba un grave peligro. Podía debilitar los músculos y dañar células cerebrales. El truco consistía en aplicar suficiente calor local para destruir la infección y, a la vez, conservar el resto del cuerpo lo bastante fresco para prevenir un daño y suficientemente hidratado para conservar sus funciones normales. Un maldito acto de malabarismo triple, pensé con desaliento.

El estado mental y la incomodidad física de Jamie habían dejado de ser relevantes. Ahora se trataba de una lucha directa para mantenerlo con vida hasta que la infección y la fiebre siguieran su curso. Era lo único que importaba.

En la tarde del segundo día, comenzó a tener alucinaciones. Lo atamos a la cama con trapos suaves para impedir que se tirara al suelo. Por fin, como medida desesperada para detener la fiebre, pedí a uno de los hermanos laicos que trajera una cesta grande de nieve. Se la pusimos por todo el cuerpo. Esto le causó un acceso de temblor violento que lo dejó exhausto, pero logró bajarle algo la temperatura.

Por desgracia, el tratamiento tuvo que repetirse a intervalos de una hora. Al anochecer, la habitación parecía un pantano. Charcos de nieve derretida salpicaban el suelo y pilas de sábanas empapadas se amontonaban entre ellos. El vapor, como el gas de los pantanos, se elevaba del brasero que había en el rincón. El hermano Polydore y yo estábamos totalmente empapados, bañados en sudor, muertos de frío por el agua de nieve y al borde del agotamiento, pese a la colaboración servicial de Anselm y los hermanos laicos. Habíamos probado, en vano, varios febrífugos como cierta variedad de flores perennes, ranunculáceas, calamento e hisopo. El té de corteza de sauce, que podría haber ayudado con su contenido de ácido salicílico, no pudo ser ingerido en cantidades suficientes para que resultara beneficioso.

En uno de sus pocos lapsos lúcidos, Jamie me pidió que lo dejara morir. Le respondí lacónica, como lo había hecho la noche anterior: «Ni muerta lo haré», y proseguí con la tarea.

Cuando se puso el sol, se oyeron unos pasos acercarse por el pasillo. La puerta se abrió y el abad Alex, el tío de Jamie, entró acompañado del hermano Anselm y otros tres monjes. Uno traía una caja de madera de cedro. El abad se aproximó a mí, me bendijo con rapidez y me cogió una mano.

—Ungiremos al muchacho —precisó con amabilidad—. No se asuste.

Se volvió hacia la cama y miré a Anselm enseguida en busca de una explicación.

—El sacramento de la Extremaunción —aclaró y se acercó para que su voz no perturbara a los monjes reunidos en torno a la cama—. La Ultima Unción.

—¡La Última Unción! ¡Eso es para los moribundos!

—Ssh. —Me alejó de la cama—. Tal vez sería más apropiado llamarlo la unción de los enfermos, aunque en efecto, por lo general se reserva a los que están en peligro de muerte.

Los monjes volvieron a Jamie de espaldas con suavidad y lo acomodaron de manera que los hombros lastimados le dolieran lo menos posible.

—El sacramento tiene un doble propósito —continuó Anselm. Murmuraba en mi oído en tanto seguían los preparativos—. Primero, el de ser un sacramento de curación. Rezamos para que quien sufre recupere la salud, si ésa es la voluntad de Dios. El crisma, el óleo consagrado, se utiliza como símbolo de vida y curación.

—¿Y el segundo propósito? —inquirí, aunque ya lo sabía.

Anselm asintió.

—Si no es la voluntad de Dios que se recupere, entonces se absuelven sus pecados y lo encomendamos a Dios para que su alma se vaya en paz.

Vio que me tensaba en señal de protesta y apoyó una mano de advertencia en mi brazo.

—Éstos son los últimos ritos de la Iglesia. Tiene derecho a ellos y a la paz que le puedan deparar.

Los preparativos habían acabado. Jamie yacía boca arriba con un trapo que le tapaba el bajo vientre. Las velas prendidas a la cabecera y a los pies de la cama me recordaban con desagrado a un velatorio. El abad Alexander estaba sentado junto a la cama, acompañado por un monje que tenía una bandeja con el copón tapado, dos botellas pequeñas de plata que contenían el agua bendita y el crisma, y un trapo blanco envuelto alrededor de ambos antebrazos. Como un maldito camarero, pensé con rabia. Todo el protocolo me ponía nerviosa.

Los ritos fueron conducidos en latín. El murmullo suave del antifonal era agradable al oído, aunque no entendía su significado. Anselm me susurró el sentido de algunas partes del servicio; otras no necesitaban explicación. En determinado momento, el abad hizo señas a Polydore, el cual se adelantó y sostuvo una botella pequeña junto a la nariz de Jamie. Debía de contener licor amoniacal o algún otro estimulante, porque se sobresaltó y

giró bruscamente la cabeza sin abrir los ojos.

—¿Por qué tratan de despertarlo? —murmuré.

—De ser posible, la persona debe estar consciente para dar su asentimiento a la declaración de que se arrepiente de todos los pecados cometidos durante su vida. Además, si es capaz de recibirlo, el abad le dará el Santo Sacramento.

El abad golpeó con suavidad la mejilla de Jamie y le volvió la cabeza hacia la botella mientras le hablaba en susurros. Había pasado del latín al escocés familiar y su voz era amable.

—¡Jamie! ¡Jamie, muchacho! Soy Alex, muchacho. Estoy aquí contigo. Tienes que despertarte, por un rato sólo. Voy a darte la absolución y el Santo Sacramento. Bebe un trago para que puedas contestarme cuando debas. —El monje llamado Polydore sostuvo el frasco contra los labios de Jamie y vertió el líquido gota a gota, hasta que la lengua y la garganta resecas pudieron tomar más. Los ojos de Jamie estaban abiertos, todavía pesados por la fiebre, pero lo bastante atentos.

El abad prosiguió con preguntas en inglés, pero formuladas en voz tan baja que apenas pude oírlas. «¿Renuncias a Satanás y a todas sus obras? ¿Crees en la Resurreción de Nuestro Señor Jesucristo?» y otras parecidas. Jamie respondió a cada una con un «sí» bajo y ronco.

Una vez administrado el sacramento, Jamie suspiró y cerró los ojos. El pecho se le hundía al respirar marcándosele las costillas. Se había consumido mucho entre la agitación del viaje y la fiebre. El abad cogió alternativamente los frascos del agua bendita y el crisma, hizo la señal de la Cruz sobre el cuerpo de Jamie y ungió la frente, los labios, la nariz, las orejas y los párpados. Volvió a hacer la señal de la Cruz con el óleo bendito en el hueco del pecho, sobre el corazón, en la palma de las manos y en la planta de los pies. Levantó la mano lastimada con infinito cuidado, pasó el óleo suavemente sobre la herida y depositó la mano en el pecho de Jamie, sobre la cicatriz blanca del cuchillo.

Ejecutada por el pulgar veloz del abad, la unción fue rápida y de una delicadeza ilimitada, como el roce de una pluma. «Magia supersticiosa», dijo el lado racional de mi mente, pero me conmovió el amor que reflejaban los rostros de los monjes mientras rezaban. Los ojos de Jamie se habían vuelto a abrir y aparecían serenos. Su rostro estaba en paz por primera vez desde que dejamos Lallybroch.

La ceremonia concluyó con una plegaria breve en latín. El abad apoyó la mano en la cabeza de Jamie y pronunció en inglés:

—Señor, te encomendamos el alma de tu siervo, James. Cúralo, te rogamos, si esa es Tu voluntad. Fortalece su alma y cólmala de gracia para que conozca Tu paz por toda la eternidad.

—Amén —repusieron los otros monjes. Y yo también.

Por la noche, Jamie volvió a sumirse en la inconsciencia. Sus fuerzas se acababan y todo lo que podíamos hacer era despertarlo para darle los sorbos de agua que lo mantenían con vida. Sus labios estaban agrietados y pelados y ya no podía hablar, aunque sí abrir unos ojos vidriosos cuando lo sacudían enérgicamente. Tampoco nos reconocía. Sus ojos se clavaban en un punto y se cerraban después lentamente mientras volvía la cabeza con un gemido.

De pie junto a la cama, lo observaba, tan exhausta por los rigores del día que todo lo que sentía era una desesperanza sorda. El hermano Polydore me tocó con suavidad y me arrancó de mi aturdimiento.

—No puede hacer nada más por él ahora —me alejó con firmeza—. Debe descansar.

—Pero... —comencé y me interrumpí. Tenía razón. Habíamos hecho todo lo posible. O la fiebre cedía por sí sola o Jamie moriría. Ni el cuerpo más fuerte podía soportar los embistes devastadores de la fiebre alta durante más de un día o dos. Y las fuerzas de Jamie eran mínimas.

—Me quedaré con él —trató de tranquilizarme Polydore—. Vaya a la cama. La avisaré si... —No terminó la frase y me encaminó con gentileza en dirección a mi cuarto.

No dormí nada, tirada en la cama, con la vista clavada en el techo de vigas. Me ardían los ojos y me dolía la garganta, como si también fuera a contraer fiebre. ¿Era ésta la respuesta a mi plegaria de morir aquí juntos?

Por fin me levanté y tomé la jarra y la palangana de la mesa que había junto a la puerta. Apoyé la vasija pesada en el suelo, en el centro de la habitación, y la llené con lentitud. Dejé que el agua llegara hasta el grueso borde en una burbuja trémula.

De camino a mi habitación, me había desviado al herbario del hermano Ambrose. Ahora deshice los pequeños paquetes de hierbas y las esparcí en el brasero. Las hojas de mirra despidieron un humo fragante y el alcanfor desmenuzado ardió con pequeñas lenguas azules entre el resplandor rojo del carbón de leña.

Puse el candelero detrás del agua reflectante y me acomodé enfrente, dispuesta a invocar a los fantasmas.

• • •

El pasillo de piedra era frío y oscuro, iluminado a intervalos por la luz oscilante de lámparas de aceite colgadas del techo. Mi sombra se proyectaba hacia delante bajo mis pies al pasar debajo de ellas y se alargaba hasta zambullirse de cabeza y desaparecer en la oscuridad.

Pese al frío, iba descalza y cubierta con una bata blanca de algodón. Una pequeña envoltura cálida se movía conmigo debajo de la bata, pero el frío de las piedras me subía por pies y piernas.

Llamé una vez, despacio, y empujé la puerta pesada sin esperar respuesta.

El hermano Roger estaba con él, sentado junto a la cama rezando el rosario. Las cuentas de madera entrechocaron con un ruido tenue cuando alzó la cabeza, pero sus labios continuaron moviéndose en silencio durante unos segundos para terminar el Ave María antes de responder a mi saludo.

Se reunió conmigo cerca de la puerta y me habló a media voz, aunque podría haber gritado sin molestar a la figura inmóvil de la cama.

—Ninguna novedad. Acabo de cambiarle el agua para la mano. —Unas gotas brillaban a los lados de la pequeña tetera de peltre, recién llenada, en el brasero.

Asentí y apoyé una mano en su brazo en señal de agradecimiento. El contacto me resultó increíblemente firme y cálido después de las figuraciones de la última hora y, en cierta forma, reconfortante.

—Si no le importa, me gustaría estar a solas con él.

—Por supuesto. Iré a la capilla... ¿o prefiere que me quede cerca por si...? —La voz se fue extinguiendo, titubeante.

—No. —Traté de esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Vaya a la capilla. O mejor aún, vaya a la cama. No puedo dormir; me quedaré aquí hasta la mañana. Si necesito ayuda, lo mandaré llamar.

Todavía vacilante, el monje echó una ojeada a la cama. Pero era muy tarde y estaba fatigado. Había sombras debajo de los amables ojos castaños.

Las bisagras de la puerta pesada crujieron y quedé a solas con Jamie; a solas y

asustada, no muy segura de lo que me proponía hacer.

Fui hasta los pies de la cama y desde allí lo contemplé un momento. La habitación estaba apenas iluminada por el resplandor del brasero y dos candeleros enormes de casi un metro de altura sobre la mesa, a un lado del cuarto. Jamie estaba desnudo y la luz tenue parecía acentuar los estragos de la fiebre devoradora. El cardenal multicolor sobre las costillas manchaba la piel como un hongo en expansión.

Los moribundos adquieren un tinte verdoso. Al principio, apenas un toque en la punta de la barbilla. Esta palidez se extiende de manera gradual por la cara y el pecho, a medida que la fuerza de la vida comienza a menguar. Lo había visto muchas veces. En algunas ocasiones, había presenciado la detención y regresión de este progreso mortal; la sangre que volvía a sonrojar la piel y al hombre con vida. Pero en general... Sentí un escalofrío y me di la vuelta.

Saqué la mano de entre los pliegues de la bata y deposité en la mesa los objetos que había reunido en una visita subrepticia al oscuro herbario del hermano Ambrose: una botella de licor amoniacal, un paquete de lavanda seca, otro de valeriana, un pequeño quemador de incienso de metal con forma de capullo en flor, dos píldoras de opio, aromatizadas y pegajosas de resina, y un cuchillo.

El aire del cuarto era sofocante a causa del humo del brasero. La única ventana estaba cubierta con un tapiz pesado que exhibía la ejecución de san Sebastián. Estudié el rostro del santo vuelto hacia arriba y su torso atravesado por las flechas y me pregunté sobre la mentalidad de la persona que había escogido esa decoración particular para el cuarto de un enfermo.

El tapiz era de seda y lana y atajaba todo excepto las corrientes de aire más fuertes. Levanté el extremo inferior y lo sacudí para hacer salir el humo del carbón a través del arco de piedra. El aire frío y húmedo que entró era refrescante y ayudó a calmar las palpitaciones de mis sienes, que habían comenzado mientras escrutaba el agua reflectante y recordaba.

Hubo un débil quejido a mis espaldas y Jamie se agitó por la corriente de aire. Estupendo. O sea que no estaba del todo inconsciente.

Dejé caer el tapiz de nuevo sobre la ventana y cogí el quemador de incienso. Coloqué una de las píldoras de opio en el centro y la prendí con una de las cerillas para los candeleros. Lo deposité sobre la mesa junto a la cabeza de Jamie, asegurándome de no inhalar el humo malsano.

No había mucho tiempo. Tenía que darme prisa en terminar los preparativos antes de que el humo del opio lo embotara demasiado para poder despertarlo.

Me desaté la delantera de la bata y me froté el cuerpo con manojos de lavanda y valeriana. El olor era agradable y picante, distintivo y muy evocador. Un aroma que para mí evocaba la sombra de un hombre que llevaba su perfume y la sombra del hombre detrás de él; sombras que evocaban imágenes confusas de un terror actual y de un amor perdido. Un aroma que a Jamie debía recordarle horas de dolor y rabia envueltas en esas fragantes oleadas. Me froté el resto entre las palmas y dejé caer los fragmentos perfumados al suelo.

Respiré hondo para reunir fuerzas y tomé la botella de licor amoniacal. Me detuve junto a la cama un momento y observé el rostro demacrado con la barba incipiente. Como mucho, viviría un día; en el peor de los casos, apenas un par de horas más.

—Muy bien, maldito bastardo escocés —susurré—. Veamos cuan terco eres en realidad. —Saqué la mano lastimada de la palangana con agua y la retiré.

Abrí la botella y se la pasé por la nariz. Jamie resopló y trató de alejar la cabeza, pero no abrió los ojos. Hundí mis dedos en el pelo para inmovilizarlo y volví a acercarle la botella. Esta vez, sacudió la cabeza despacio, de un lado a otro, como un buey al salir del sopor. Entreabrió los ojos.

—Aún no hemos terminado, Fraser —le murmuré al oído. Traté de imitar lo mejor

posible el ritmo de las consonantes acortadas de Randall.

Jamie gimió y arqueó la espalda. Lo agarré de los hombros y lo agité con rudeza. La piel estaba tan caliente que casi lo solté.

—¡Despierta, bastardo escocés! ¡Todavía no he acabado contigo! —Trató de apoyarse en los codos en un esfuerzo lastimoso por obedecer que casi me partió el corazón. La cabeza continuaba moviéndose de un lado a otro y los labios agrietados mascullaban algo que sonaba como «por favor, todavía no», una y otra vez.

Las fuerzas le fallaban; se volvió y se desplomó boca abajo con el rostro sobre la almohada. El humo del opio comenzaba a llenar la habitación. Me sentía algo mareada.

Apreté los dientes y metí mi mano entre su trasero para agarrar un bulto redondo. Jamie gritó, un sonido agudo y vivo, y rodó de costado, de dolor. Se hizo un ovillo con las manos apretadas entre las piernas.

Había pasado una hora en mi cuarto, contemplándome a mí misma y evocando recuerdos. De Jack Randall el Negro y de Frank, su seis veces bisnieto. Hombres tan diferentes, pero de similitudes físicas tan increíbles.

Me desgarraba pensar en Frank, recordar su rostro y su voz, sus costumbres, su forma de hacer el amor. Una vez hecha la elección en el círculo de piedras, había intentado borrarlo de mi mente, pero siempre estaba allí, una figura sombría en lo más recóndito de mi mente.

Me sentí enferma de traición, pero ante la necesidad extrema, había forzado a mi mente a despejarse como Geilie me había enseñado. Me concentré en la llama de la vela, respiré la astringencia de las hierbas y me serené hasta que pude sacarlo de las sombras, ver las líneas de su rostro, sentir una vez más sus caricias sin llorar.

Había otro hombre entre las sombras, con las mismas manos, el mismo rostro. Sin quitar los ojos de la llama de la vela, lo había acercado también, y lo había escuchado, y observado, y visto las semejanzas y diferencias, y había construido un... ¿un qué? Un simulacro, un personaje, una impresión, una mascarada. Un rostro en sombras, una voz susurrante y una caricia amorosa con los que pudiera engañar a una mente delirante. Y por fin salí de mi habitación, con una plegaria por el alma de la bruja Geillis Duncan.

Jamie estaba de espaldas ahora y se retorcía un poco por el dolor de sus heridas. Sus ojos no veían ni reconocían.

Lo acaricié como sabía tan bien. Dibujé la línea de sus costillas con suavidad, como Frank lo habría hecho. Y presioné fuerte en el cardenal doloroso, como estaba segura de que habría hecho el otro. Me incliné para pasarle la lengua despacio alrededor de una oreja, paladeando, tanteando. Y susurré:

—¡Pelea! ¡Defiéndete, basura!

Sus músculos se tensaron y apretó la mandíbula, pero siguió con la vista clavada en lo alto. No había alternativa. Tendría que usar el cuchillo. Sabía el riesgo que eso implicaba, pero mejor matarlo yo misma, pensé, que quedarme sentada y dejarlo morir.

Recogí el cuchillo de la mesa y lo deslicé con firmeza por el pecho, a lo largo de la cicatriz recién curada. Jamie abrió la boca del susto y arqueó la espalda. Tomé una toalla y la restregué con energía sobre la herida. Antes de que me flaquearan las fuerzas, llevé mis dedos hasta el pecho y recogí unas gotas de sangre que froté con desesperación sobre los labios de Jamie. Había una parte que no necesitaba inventar, pues yo misma la había oído. Me agaché sobre él y le murmuré:

—Ahora bésame.

No estaba en absoluto preparada para lo que ocurrió. Jamie me arrojó al centro de la habitación mientras se levantaba de la cama. Me tambaleé y choqué contra la mesa. Los candeleros gigantes se balancearon. Las sombras se movieron y oscilaron cuando las mechas llamearon para después apagarse.

Me había golpeado la espalda contra el borde de la mesa, pero me recobré a tiempo

para esquivar a Jamie que se abalanzó sobre mí. Con un gruñido inarticulado, me siguió con las manos extendidas.

Era más rápido y fuerte de lo que esperaba, aunque se bamboleaba con torpeza y se llevaba las cosas por delante. Me arrinconó un momento entre el brasero y la mesa y alcancé a oír su respiración ronca cuando dirigió la mano izquierda hacia mi cara. De haber estado él en buenas condiciones físicas y con los reflejos de siempre, el golpe me habría matado. Pero salté a un lado y el puño se desvió a mi frente. Caí al suelo, aturdida.

Me arrastré debajo de la mesa. Al intentar atraparme, Jamie perdió el equilibrio y cayó contra el brasero. Brasas ardientes se diseminaron por el suelo de piedra y Jamie gimió cuando su rodilla aplastó un carbón ardiente. Tomé una almohada de la cama y sofoqué un nido de chispas humeantes en el extremo colgante de la colcha. Ocupada en esto, no advertí que Jamie se acercaba hasta que un sólido golpe en la cabeza me dejó tumbada.

La cama daba vueltas cuando traté de levantarme. Me refugié tras ella un instante mientras me recuperaba. Oía a Jamie buscándome en la penumbra y su respiración áspera entre maldiciones incoherentes en gaélico. De repente me avistó y se arrojó sobre la cama con mirada demencial.

Es difícil describir en detalle lo que pasó después, porque todo sucedió varias veces y las veces se superponen en mi memoria. Pareció como si las manos calientes de Jamie se cerraran alrededor de mi cuello en una sola ocasión que duró una eternidad. De hecho, ocurrió docenas de veces. Todas las veces logré quitármelo de encima para retroceder y esquivar los muebles destrozados. Y otras tantas me siguió, impulsado por la ira desde el borde de la muerte, maldiciendo y sollozando, tropezando y golpeando como un desquiciado.

Sin el abrigo del brasero, las brasas se extinguieron enseguida. La habitación quedó negra como un pozo y poblada de demonios. En los últimos parpadeos de luz, lo vi acuclillado contra la pared, con la melena revuelta y cubierto de sangre, con el pene rígido contra el vello enmarañado del vientre y ojos azules asesinos en el rostro cadavérico. Un guerrero vikingo. Como los demonios del norte que irrumpieron de sus barcos en las neblinas de la antigua costa escocesa para matar y saquear y quemar. Hombres que matarían con el último aliento de sus fuerzas. Que utilizarían esa última reserva para violar y sembrar su semilla violenta en los vientres de los conquistados. El pequeño quemador de incienso no daba luz, pero el olor malsano del opio me atoraba los pulmones. Aunque las brasas se habían apagado, veía luces en la oscuridad, luces de colores que flotaban en el borde de mi visión.

Me costaba moverme. Tenía la impresión de estar vadeando agua que me llegaba hasta los muslos mientras me perseguían peces monstruosos. Levanté las rodillas y corrí en cámara lenta. El agua me salpicaba el rostro.

Me sacudí para despertar del sueño y me di cuenta de que, en efecto, tenía el rostro y las manos húmedos. No eran lágrimas, sino sangre y sudor de la criatura de pesadilla con la que luchaba en la oscuridad.

Sudor. Tenía que acordarme de algo con respecto al sudor, pero no podía. Una mano me agarró del brazo y me solté. Dejó una capa resbaladiza en la piel.

Alrededor del arbusto de moras, el mono perseguía a la comadreja. Pero algo andaba mal; la comadreja me perseguía a mí, una comadreja con dientes blancos y afilados que me atravesaban el antebrazo. La golpeé y los dientes me soltaron, pero las garras... alrededor del arbusto de moras...

El demonio me tenía contra la pared. Sentía la piedra detrás de la cabeza y debajo de los dedos. Un cuerpo duro como la piedra se apretaba con fuerza contra mí, con una rodilla huesuda entre las mías, piedra y hueso, entre mis propias... piernas, más rigidez pétrea... ah. Una suavidad en medio de los rigores de la vida, frescura agradable en el calor, consuelo en medio de la aflicción...

Caímos al suelo enlazados y rodamos varias veces, enredados en los pliegues del tapiz caído, bañados en las ráfagas de aire frío que entraban por la ventana. La neblina de locura comenzó a disiparse.

Chocamos contra un mueble y permanecimos quietos. Las manos de Jamie estaban en mis pechos y los dedos se hundían con ferocidad en la carne. Algo húmedo me cayó en la cara, sudor o lágrimas, no lo sabía, pero abrí los ojos para ver. Jamie me miraba, impasible bajo la luz de la luna, con los ojos agrandados y sin ver. Sus manos se relajaron. Un dedo delineó con suavidad el contorno de un pecho, de arriba abajo, una y otra vez. La mano se movió para abrazarlo y los dedos se abrieron como una estrella de mar y con la suavidad del recién nacido al mamar.

—¿M-madre? —balbuceó. Se me erizaron los pelos de la nuca. Era la voz aguda y pura de un niño—. ¿Madre?

El aire frío nos envolvía y se llevaba el humo nocivo en remolinos de copos de nieve. Extendí una mano y apoyé la palma en la mejilla fría.

—Jamie, amor —susurré con la garganta magullada—. Ven, apoya la cabeza, mi pequeño. —Entonces, la máscara tembló y se quebró. Abracé el cuerpo grande con fuerza y ambos nos sacudimos con la intensidad de sus sollozos.

Tuvimos bastante suerte de que fuese el mesurado hermano William quien nos encontró por la mañana. Desperté aturdida al sentir que se abría la puerta y recobré toda mi lucidez cuando lo oí carraspear con énfasis antes de decir «Buenos días» con su pausado acento de Yorkshire.

El peso pesado en mi pecho era Jamie. El cabello, ahora seco, le colgaba en mechones color bronce y verticilados sobre mis pechos como pétalos de crisantemo chino. La mejilla que reposaba en mi esternón estaba caliente y pegajosa de sudor, pero la espalda y los brazos, a los que podía tocar, estaban tan fríos como mis muslos, helados por el aire invernal que se filtraba.

La luz del día se colaba por la ventana sin cortinas y revelaba el alcance total del desastre que sólo había percibido débilmente la noche anterior. Muebles y loza rotos aparecían diseminados por el cuarto y el imponente par de candeleros yacían como troncos caídos en medio de un revoltijo de colgaduras rasgadas y sábanas y mantas desparramadas. A juzgar por el diseño de muescas que se imprimía dolorosamente en mi espalda, deduje que estaba acostada sobre el tapiz de San Sebastián, el Alfiletero Humano. De ser así, no significaría una gran pérdida para el monasterio.

El hermano William permaneció inmóvil en la puerta, jarra y palangana en mano. Con gran precisión, fijó la vista en la ceja izquierda de Jamie y preguntó:

—¿Cómo se siente esta mañana?

Hubo una pausa bastante larga durante la cual Jamie no se movió y, de esa manera, me mantuvo tapada. Por fin, con el tono ronco de alguien a quien se le ha concedido una revelación, replicó:

—Hambriento.

—Ah, qué bien —contestó el hermano William sin quitarle los ojos de la ceja—. Iré a decírselo al hermano Josef. —La puerta se cerró en silencio detrás de él.

—Has sido muy considerado no moviéndote —comenté—. No me gustaría ser responsable de provocar pensamientos impuros en el hermano William.

Ojos azules intensos me miraron.

—Ah, bueno —respondió con sensatez—, ver mi trasero no corromperá las sagradas órdenes de nadie; no en su condición actual. El tuyo, sin embargo... —Se interrumpió y carraspeó.

—¿Qué tiene de malo el mío? —protesté.

La cabeza brillante se inclinó despacio para plantar un beso en mi hombro.

—El tuyo —dijo— comprometería la reputación de un obispo.

—Mmmfm. —Sentí que me estaba especializando bastante en sonidos escoceses—. Sea como sea, tal vez debas moverte ahora. Supongo que el tacto del hermano William no es infinito.

Jamie agachó la cabeza junto a la mía con cuidado y la apoyó en un pliegue del tapiz. Me observó de soslayo.

—No sé hasta dónde soñé lo de anoche y hasta dónde fue real. —Su mano se deslizó involuntariamente hasta la herida del pecho—. Pero si de veras ocurrió la mitad de lo que creo que sucedió, debería estar muerto.

—No lo estás. —Con cierta vacilación, aventuré—: ¿Quieres estarlo?

Esbozó una ancha sonrisa con los ojos entornados.

—No, Sassenach, no lo deseo. —Su cara estaba demacrada y ensombrecida por la enfermedad y la fatiga, pero en paz. Las líneas alrededor de la boca eran suaves y los ojos azules, claros—. Pero lo quiera o no, estoy muy cerca de estarlo. El único motivo por el que creo que no me estoy muriendo ahora es que tengo hambre. No estaría hambriento si estuviera a punto de morir, ¿verdad? Sería un desperdicio. —Cerró un ojo del todo, pero el otro permaneció semiabierto y fijo en mi rostro con curiosidad.

—¿No puedes levantarte?

Reflexionó un instante.

—Si mi vida dependiera de eso, quizá podría volver a levantar la cabeza. ¿Pero levantar todo el cuerpo y tenerme en pie? No.

Salí de debajo de él con un suspiro y coloqué la cama en su sitio antes de intentar colocarlo en posición vertical. Logró mantenerse en pie algunos segundos antes de poner los ojos en blanco y desplomarse sobre la cama. Busqué con desesperación el pulso en su cuello y lo encontré. Era lento y fuerte, justo debajo de la cicatriz de tres picos en la base de la garganta. Simple agotamiento. Después de un mes de prisión y una semana de intensa tensión física y mental, hambre, heridas y fiebre alta, incluso ese cuerpo vigoroso había agotado sus recursos.

—El corazón de un león —pronuncié y sacudí la cabeza— y la cabeza de una mula. Es una lástima que no tengas el pellejo de un rinoceronte. —Toqué un cardenal en el hombro manchado con sangre fresca.

Abrió un ojo.

—¿Qué es un rinoceronte?

—¡Creí que estabas inconsciente!

—Lo estaba. Lo estoy. La cabeza me da vueltas como una peonza.

Lo cubrí con una manta.

—Necesitas comer y descansar.

—Y lo que tú necesitas —replicó— es ropa. Cerró el ojo otra vez y se durmió enseguida.

40

La absolución

No recordaba haber caminado hasta la cama, pero debí hacerlo porque me desperté allí. Anselm estaba leyendo junto a la ventana. Me senté de un salto.

—¿Y Jamie? —gruñí.

—Dormido —respondió al tiempo que dejaba el libro. Echó un vistazo a la vela reloj en la mesa—. Como usted. Ha estado con los ángeles durante las últimas treinta y seis horas, *ma belle.* —Llenó una taza con la jarra de barro y la acercó a mis labios. En otra época, habría considerado que beber vino en la cama antes de siquiera lavarse los dientes era signo de la mayor decadencia. Sin embargo, en un monasterio, junto a un fraile franciscano, el hecho parecía menos pecaminoso. Además, el vino sirvió para desterrar el gusto enmohecido que tenía en la boca.

Saqué los pies de la cama y me senté dando bandazos. Anselm me cogió del brazo y me volvió a tumbar. De pronto, me pareció que tenía cuatro ojos y más narices y bocas de las necesarias.

—Estoy un poco mareada —dije y cerré los ojos. Abrí sólo uno y resultó mejor. Al menos, había un solo Anselm, aunque algo borroso.

El monje me observó de cerca con preocupación.

—¿Desea que llame al hermano Ambrose o al hermano Polydore, *madame?* Por desgracia, no sé mucho de medicina.

—No, no será necesario. Me habré incorporado demasiado pronto. —Volví a intentarlo, más despacio. Esta vez, la habitación y su contenido permanecieron relativamente quietos. Cobré conciencia de una serie de magulladuras hasta entonces encubiertas por el mareo general. Traté de aclararme la garganta y me di cuenta de que me dolía. Hice un gesto de dolor.

—De veras, *ma chére*, creo que tal vez... —Anselm estaba junto a la puerta, listo para buscar ayuda. Parecía bastante alarmado. Me estiré para coger el espejo de la mesa, pero cambié de idea. En realidad, todavía no estaba preparada para eso. En cambio, cogí la jarra de vino.

Anselm regresó al cuarto despacio y permaneció de pie, mirándome. Una vez que se convenció de que no iba a desplomarme, volvió a sentarse. Bebí un sorbo de vino mientras mi cabeza se despejaba, tratando de dejar atrás los sueños inducidos por el opio. Así que estábamos vivos, después de todo. Ambos.

Mis sueños habían sido caóticos, llenos de violencia y sangre. Había soñado una y otra vez que Jamie estaba muerto o agonizando. Y en algún lugar, en la neblina, había aparecido la imagen del chico en la nieve, con su sorprendido rostro redondo superpuesto sobre la visión de la cara lastimada y golpeada de Jamie. En ocasiones, el bigote patético y difuso aparecía en la faz de Frank. Recordaba con claridad haberlos matado a los tres. Me sentía como si hubiera pasado la noche en medio de una masacre y me dolían todos los músculos con una especie de depresión sorda.

Anselm seguía allí. Me observaba con paciencia y las manos apoyadas en las rodillas.

—Hay algo que puede usted hacer por mí, padre —aventuré.

Se puso de pie al instante, ansioso por ayudarme. Se estiró para coger la jarra.

—Por supuesto. ¿Más vino?

Esbocé una tenue sonrisa.

—Sí, pero luego. Ahora quiero que escuche mi confesión.

Se desconcertó, pero enseguida recuperó su profesional dominio de sí mismo.

—Desde luego, *chére madame,* si así lo desea. Pero de veras, ¿no sena mejor llamar al padre Gerard? Es un confesor muy bien considerado mientras que yo... —Se encogió de hombros—. Por supuesto, estoy autorizado a confesar, pero en realidad lo hago en raras ocasiones, dado que soy sólo un simple estudioso.

—Quiero que sea usted —declaré con firmeza—. Y quiero hacerlo ahora.

Suspiró con resignación y fue a buscar su estola. Se la colocó alrededor del cuello de modo que la seda de color violáceo cayera brillante y recta a lo largo de la pechera del hábito negro. Se sentó en el banco, me bendijo con rapidez y se dispuso a esperar.

Y le conté todo. Todo. Quién era yo y cómo había llegado allí. Le conté sobre Frank y Jamie. Y sobre el joven soldado inglés de rostro pálido que había muerto en la nieve.

No cambió su expresión al oírme, pero sus enormes ojos castaños se fueron agrandando. Cuando terminé, parpadeó una o dos veces, abrió la boca como si fuera a hablar y volvió a cerrarla. Agitó la cabeza para aclarar sus ideas.

—No —manifesté con paciencia. Tosí; me salía voz de rana mugidora—. No lo ha soñado ni lo ha imaginado. Ahora se da cuenta por qué quería decírselo bajo secreto de confesión.

Asintió, algo distraído.

—Sí. Sí, claro. Si... pero sí, por supuesto, usted no quería que yo se lo contara a nadie. Además, como me lo ha dicho bajo secreto sacramental, espera que la crea. Pero... —Se rascó la cabeza y luego levantó la vista para mirarme. Una gran sonrisa le iluminó las facciones—. ¡Pero qué maravilloso! ¡Qué extraordinario y maravilloso!

—«Maravilloso» no es la palabra que yo hubiera elegido —comenté con ironía—, pero «extraordinario» es apropiada. —Volví a toser y me serví más vino.

—Pero... es un milagro —murmuró como si hablara consigo mismo.

—Si usted lo dice. —Suspiré—. Lo que quiero saber es qué debo hacer. ¿Soy culpable de asesinato? ¿O de adulterio? No es que haya mucho que hacer en cualquiera de los dos casos, pero quiero saberlo. Y dado que estoy aquí, ¿cómo debo actuar? ¿Puedo (o debo) utilizar lo que sé... para cambiar las cosas? Ignoro si es posible, pero si lo es, ¿tengo derecho a hacerlo?

Se echó hacia atrás en el banco mientras pensaba. Con lentitud, alzó el dedo índice de ambas manos y los unió por la punta. Pasó largo rato mirándolos. Por fin, sacudió la cabeza y me sonrió.

—No lo sé, *ma bonne amie.* Como usted comprenderá, no se trata de una situación que acostumbre a darse en el confesionario y, por lo tanto, no estoy preparado para enfrentarme a ella. Tendré que meditar y rezar. Sí, tendré que orar. Esta noche, reflexionaré sobre su situación durante mi vigilia ante el Santísimo Sacramento. Y tal vez mañana pueda aconsejarla.

Me indicó que me arrodillara.

—Por ahora, hija mía, la absuelvo. Cualesquiera que sean sus pecados, confíe en que le serán perdonados.

Levantó una mano para la bendición y apoyó la otra en mi cabeza.

—*Te absolvo, in nomine Patri, etFilii...*

Se incorporó y me ayudó a ponerme en pie.

—Gracias, Padre —dije. No era creyente y había utilizado la confesión para

forzarlo a tomarme en serio. Por lo tanto, me sorprendí al experimentar una cierta mejoría en mi estado de ánimo. Quizá, simplemente fuera alivio por haber contado la verdad a alguien.

Hizo un gesto de despedida con la mano.

—La veré mañana, *chére madame.* Por ahora, debe usted descansar un poco más, si puede.

Se dirigió hacia la puerta al tiempo que doblaba la estola minuciosamente. Al llegar a la puerta, se detuvo un instante y se volvió para sonreírme. Un entusiasmo infantil le encendía los ojos.

—Y tal vez mañana... —agregó— tal vez pueda... contarme cómo es.

Le devolví la sonrisa.

—Sí, Padre. Le contaré.

No bien se hubo marchado, me fui al cuarto de Jamie haciendo eses. Quería verlo. Había visto un buen número de cadáveres en mejores condiciones que él, pero su pecho se elevaba y descendía con regularidad y el siniestro tono verdoso había desaparecido de su piel.

—Lo he despertado varias veces para darle algunas cucharadas de caldo. —El hermano Roger estaba a mi lado y me hablaba con suavidad. Su mirada pasó del paciente a mí y el monje se impresionó ante mi aspecto. Debería haberme peinado—. Eh, quizá... ¿no querrá usted un poco?

—No, gracias. Creo... creo que después de todo dormiré un poco más. —Ya no me sentía agobiada por la culpa y la depresión. Una pesada y agradable soñolencia se extendía por mis miembros. Gracias a los efectos de la confesión o del vino, descubrí con asombro que ansiaba llegar a la cama y sumirme en el olvido.

Me acerqué para tocar a Jamie. Estaba caliente, pero sin rastros de fiebre. Con ternura, le acaricié la cabeza y traté de arreglarle un poco el pelo. La comisura de los labios se movió ligeramente y volvió a su lugar. Pero se había curvado hacia arriba; estaba segura.

El día era frío y húmedo; cubría el horizonte con un manto gris que se confundía con la bruma plomiza de las colinas y la superficie manchada de nieve de la semana pasada. La abadía parecía envuelta dentro de un copo de algodón sucio. Aun en el interior del claustro, los habitantes habían sucumbido al silencio del invierno. El canto de las Horas de Oración en la capilla era suave y las gruesas paredes de piedra parecían absorber todos los sonidos, amortiguando el bullicio de la actividad cotidiana.

Jamie durmió durante casi dos días. Sólo se despertaba para beber un poco de caldo o vino. Una vez despierto, comenzó a curarse como cualquier hombre joven y sano que, de pronto, se encuentra privado de su usual independencia y fortaleza. En otras palabras, disfrutó de los mimos unas veinticuatro horas y luego se volvió inquieto, molesto, gruñón, rebelde y en extremo malhumorado.

Le dolían los cortes en los hombros. Le picaban las cicatrices de las piernas. Estaba harto de yacer boca abajo. Hacía demasiado calor en la habitación. Le molestaba la mano. El humo del brasero le provocaba ardor en los ojos y no podía leer. Estaba cansado de tomar caldo, vino caliente y leche. Quería carne.

Reconocí los síntomas de la salud y me alegré, pero sólo estaba dispuesta a tolerar cierta dosis de todo aquello. Abrí la ventana, le cambié las sábanas, le pasé ungüento por la espalda y le masajeé las piernas con jugo de áloe. Luego llamé a un hermano de la cocina y le pedí más caldo.

—¡No quiero más de ese asqueroso líquido! ¡Necesito comida! —Empujó la

bandeja enfadado y el caldo salpicó la servilleta que rodeaba el cuenco.

Me crucé de brazos y le clavé la vista. Los chispeantes ojos azules me devolvieron la mirada. Estaba delgado como una vara; la mandíbula y los pómulos resaltaban con claridad bajo la piel. A pesar de que se recuperaba bien, los nervios irritados del estómago tardarían un poco más en sanar. No siempre lograba retener el caldo y la leche.

—Te daremos comida cuando yo crea que sea conveniente —le informé—. No antes.

—¡Quiero comida ahora! ¿Acaso crees que puedes decirme lo que debo comer?

—¡Claro que sí! Por si lo has olvidado, yo soy la médica aquí.

Bajó los pies de la cama. Era obvio que intentaba caminar. Le apoyé la mano en el pecho y lo empujé.

—Tu trabajo es quedarte en cama y hacer lo que te digan, por una vez en la vida —espeté—. No estás en condiciones de levantarte ni de ingerir comida sólida todavía. El hermano Roger me dijo que has vomitado otra vez esta mañana.

—El hermano Roger debería meterse en sus asuntos, igual que tú —masculló mientras luchaba por levantarse. Alargó la mano y se agarró del borde de la mesa. Con un esfuerzo considerable, logró tenerse en pie y quedarse allí, tambaleante.

—¡Vuelve a la cama! ¡Te vas a caer! —Estaba muy pálido y hasta el mínimo esfuerzo por incorporarse lo había hecho sudar.

—No me caeré —replicó—. Y si lo hago, será problema mío.

Ya estaba enfadada.

—¡Conque sí! ¿Y quién crees que salvó tu miserable vida? ¿Acaso lo hiciste tú solo? —Lo agarré del brazo para llevarlo a la cama otra vez, pero se soltó.

—No te pedí que lo hicieras. Te dije que me dejaras, ¿o no? Además, no entiendo para qué te has molestado en salvarme la vida. ¿Acaso lo has hecho para matarme de hambre después? ¡Tal vez te divierte hacerlo!

Era demasiado.

—¡Maldito ingrato!

—¡Arpía!

Me erguí todo lo alta que era y señalé la cama con aire amenazador. Con la autoridad que había adquirido a través de mis años de enfermera, ordené:

—Vuelve a la cama en este instante, pedazo de mula idiota...

—Y escocés —concluyó. Dio un paso hacia la puerta y habría caído si no se hubiera agarrado del banco. Se desplomó en él y se quedó sentado, titubeante, con los ojos nublados por el mareo. Apreté los puños y me lo quedé mirando.

—¡Bien! —exclamé—. ¡Muy bien! ¡Pediré que te traigan pan y carne y cuando vomites, te pondrás a cuatro patas y limpiarás el suelo tú solo! ¡Yo no lo haré y si el hermano Roger lo hace, lo despellejaré vivo!

Salí al pasillo con un portazo, justo antes de que la palangana de porcelana se estrellara contra el otro lado de la puerta. Me volví y me encontré frente a un grupo de interesados espectadores, sin duda atraídos por el ruido. El hermano Roger y Murtagh estaban allí de pie, uno junto al otro, con las miradas fijas en mi rostro enrojecido y mi pecho agitado. Roger parecía desconcertado, pero el semblante arrugado de Murtagh resplandeció con una sonrisa lenta mientras escuchaba la sarta de obscenidades en gaélico provenientes del interior del cuarto.

—Está mejor, entonces —dedujo satisfecho. Me apoyé en la pared del corredor y sentí que una sonrisa similar se dibujaba despacio en mi rostro.

—Bueno, sí —respondí—. Lo está.

De vuelta al edificio principal, después de pasar la mañana en el herbario, me encontré con Anselm que venía del claustro, cerca de la biblioteca. El rostro se le iluminó al verme y se apresuró para alcanzarme en el patio. Caminamos juntos por la abadía mientras conversábamos.

—El suyo es un problema interesante, por supuesto —expresó mientras cortaba una rama de un arbusto cerca del muro. Examinó los brotes apretados por el frío y la tiró. Contempló el cielo, donde un sol débil se filtraba por entre una fina capa de nubes.

—Hace algo más de calor, pero todavía falta mucho para la primavera —señaló—. De todos modos, las carpas deben de estar activas hoy. Vayamos a los estanques de peces.

Lejos de ser las delicadas estructuras ornamentadas que había imaginado, los estanques de peces eran poco más que prácticos abrevaderos hechos con rocas alineadas, situados convenientemente cerca de las cocinas. Llenas de carpas, proveían la comida necesaria para los viernes y días de ayuno, cuando el clima impedía la pesca de abadejos, arenques o lenguados en el océano. Tal como había predicho Anselm, los peces estaban activos. Los cuerpos gordos y fusiformes pasaban unos junto a otros. Las escamas blancas reflejaban las nubes y la fuerza de sus movimientos producían pequeñas olas ocasionales que golpeaban contra las paredes de su prisión rocosa. Cuando nuestras sombras cayeron en el agua, las carpas se volvieron hacia nosotros como brújulas en busca del norte.

—Al ver gente, esperan recibir comida —explicó Anselm—. Sería una lástima desilusionarlas. Un momento, *chére madame.*

Desapareció en dirección a las cocinas y regresó enseguida con dos hogazas de pan viejo. Junto al borde del singular estanque, cortamos migas de pan y las arrojamos a las hambrientas bocas bajo el agua.

—Sabe usted, su curiosa situación tiene dos aspectos —precisó Anselm, absorto en cortar el pan. Me miró de reojo y una repentina sonrisa le iluminó el rostro. Sacudió la cabeza con aire perplejo—. Apenas puedo creerlo todavía. ¡Qué maravilla! En verdad, Dios ha sido bueno al dejarme ver estas cosas.

—Bueno, me alegro —repuse, algo sarcástica—. No estoy segura de que haya sido tan atento conmigo.

—¿De veras? Yo creo que sí. —Anselm se acuclilló sin dejar de desmenuzar pan con los dedos—. Es cierto que la situación le ha causado algunos inconvenientes personales...

—Ésa es una manera de expresarlo —mascullé.

—Pero también puede considerarse como un gesto de la gracia de Dios —prosiguió sin prestar atención alguna a mi interrupción. Los brillantes ojos pardos me miraban especulativamente—. Oré en busca de guía, arrodillado ante el Santísimo Sacramento —continuó—. Sentado allí, en el silencio de la capilla, me pareció verla como un navegante cuya nave ha naufragado. Y me parece que se trata de un buen paralelismo para su condición actual, ¿no? Imagine un alma así, *madame,* arrojada de pronto a una tierra extraña, lejos de amigos y familiares, sin recursos excepto aquellos que pueda brindarle la nueva tierra. Es verdad que constituye una tragedia y, sin embargo, puede ser el principio de grandes oportunidades y bendiciones. ¿Y si la nueva tierra es rica? Se pueden hacer nuevos amigos y comenzar una nueva vida.

—Sí, pero... —empecé.

—Entonces —siguió con autoridad en su voz y levantó un dedo para indicarme que guardara silencio—, si ha sido usted privada de su vida anterior, tal vez sea porque Dios ha creído conveniente bendecirla con una vida nueva, que puede ser más rica y plena.

—Sí, es plena —convine—, pero...

—Ahora bien, desde el punto de vista del derecho canónico —continuó con el entrecejo fruncido—, no hay dificultad alguna con respecto a sus matrimonios. Ambos fueron casamientos válidos, consagrados por la Iglesia. Y para ser exactos, su boda con el

joven caballero aquí precede su casamiento con *monsieur* Randall.

—Sí, «para ser exactos» —acepté y por fin logré terminar una frase—. Pero no en mi época. No creo que el derecho canónico esté preparado para contemplar este tipo de contingencias.

Anselm rió y su barba puntiaguda tembló en la suave brisa.

—Muy cierto, *ma chére,* muy cierto. Lo que he querido decir es que desde el punto de vista estrictamente legal, no ha cometido usted pecado ni crimen en lo que respecta a sus acciones con ambos hombres. Se trata de los dos aspectos de su situación que le mencioné antes: lo que ha hecho y lo que hará. —Levantó la mano y tomó la mía. Me instó a sentarme junto a él a fin de que nuestros ojos estuvieran a la misma altura—. Fue eso lo que me preguntó cuando se confesó conmigo, ¿verdad? ¿Qué he hecho? ¿Y qué haré?

—Sí, eso es. ¿Y me está diciendo que no he hecho nada malo? Pero he...

Decidí que se parecía mucho a Dougal MacKenzie en cuanto a interrupciones.

—No, no lo ha hecho —aseveró con firmeza—. Es posible actuar con absoluta observancia de la ley de Dios y de la propia conciencia, ¿comprende?, y aun así encontrar dificultades y dolor. La terrible verdad es que todavía no sabemos por qué *le bon Dieu* permite que exista el mal, pero tenemos Su palabra de que esto es cierto. «Creé el bien», dice la Biblia, «y creé el mal». Por lo tanto, incluso las buenas personas..., creo que sobre todo las buenas personas —agregó con aire pensativo—, se enfrentan a grandes confusiones y problemas en la vida. Por ejemplo, tomemos el caso del joven al que se vio obligada a matar. No —exclamó y alzó la mano para descartar mi interrupción—. No se equivoque. Tuvo que matarlo, dadas las circunstancias. La Santa Iglesia, que proclama la santidad de la vida, contempla la necesidad de la defensa propia y de la propia familia. Vi el estado anterior de su marido —declaró y miró de reojo hacia el ala de huéspedes— y no me cabe duda de que tuvo usted que tomar el camino de la violencia. Por esa razón, no tiene que reprochárselo a sí misma. Por supuesto, siente pena y lamenta lo ocurrido, dado que es usted, *madame,* una persona misericordiosa y noble.

Palmeó con suavidad mi mano apoyada sobre las rodillas recogidas.

—En ocasiones, nuestras buenas acciones tienen resultados lamentables. Y sin embargo, no hubiera podido usted actuar de otra manera. No sabemos cuál era el designio de Dios para el joven. Tal vez era Su voluntad que se reuniera con Él en el cielo en ese momento. Pero usted no es Dios y hay límites para lo que se puede esperar de uno mismo.

Tirité un poco por el viento frío que sopló. Me crucé el chal. Anselm lo notó y señaló el estanque.

—El agua está templada, *madame.* Quizá desee mojarse los pies.

—¿Templada? —Miré con incredulidad el agua. No lo había notado antes, pero no había capa de hielo en las esquinas del pilón, como solía haber en las pilas de agua bendita a la salida de la iglesia, y unas pequeñas plantas verdes flotaban en el agua, entre las rendijas de las rocas que bordeaban el estanque.

Para darme ejemplo, Anselm se quitó las sandalias de cuero. Si bien su rostro y su voz eran refinados, tenía manos y pies de campesino normando. Se levantó el hábito hasta las rodillas y metió los pies en el agua. Las carpas se alejaron deprisa, pero volvieron enseguida para curiosear al intruso.

—No muerden, ¿verdad? —pregunté al tiempo que observaba el montón de bocas voraces con desconfianza.

—No muerden carne —me aseguró—. Casi no tienen dientes.

Me quité las sandalias e introduje los pies en el agua. Para mi sorpresa, estaba agradablemente templada. No estaba caliente, pero formaba un delicioso contraste con el aire húmedo y frío.

—¡Oh, qué bien! —Moví los dedos de los pies con placer, lo cual causó una interesante consternación entre las carpas.

—Hay varios manantiales minerales cerca de la abadía —explicó Anselm—. Brotan calientes de la tierra y sus aguas tienen poderes curativos.

Señaló el extremo del pilón, donde divisé una pequeña abertura entre las rocas, casi oculta entre las plantas acuáticas.

—Un caño trae una pequeña cantidad de agua mineral caliente del manantial más cercano. Así, el cocinero puede contar con pescado fresco todo el año. De lo contrario, el invierno sena demasiado crudo para ellos.

Chapoteamos en silencio un rato. Los pesados cuerpos de las carpas se escurrían junto a nuestros pies y, en ocasiones, chocaban contra ellos con una fuerza asombrosa. El sol volvió a salir y nos bañó con un calor débil pero perceptible. Anselm cerró los ojos y dejó que la luz le cubriera el rostro. Volvió a hablar sin abrir los ojos.

—Su primer esposo... Se llama Frank, ¿verdad? También él, creo, debe ser encomendado a Dios como uno de los hechos lamentables por el cual nada puede usted hacer.

—Pero sí pude haber hecho algo —repliqué—. Pude haber regresado... tal vez.

Abrió un ojo y me miró con escepticismo.

—Sí, «tal vez» —convino—. Y tal vez no. No debe culparse por vacilar en arriesgar su vida.

—No fue por el riesgo —repuse y rocé con los dedos una enorme carpa blanca y negra—. No del todo. Fue... En parte fue por miedo, pero en realidad... no pude dejar a Jamie. —Me encogí de hombros—. Simplemente... no pude.

Anselm sonrió y abrió los dos ojos.

—Un buen matrimonio es uno de los dones más preciados de Dios —expuso—. Si usted tuvo el buen tino de reconocer y aceptar ese don, no debe recriminarse a sí misma. Además, considere... —Ladeó la cabeza como un gorrión pardo—. Ya hace casi un año que falta de su lugar. Su primer esposo debe de haber comenzado a aceptar su pérdida. A pesar de lo mucho que la haya amado, la pérdida es un sentimiento común a todos los hombres. Se nos han dado medios para recuperarnos por nuestro propio bien. Quizás él ya haya empezado a construir una nueva vida. ¿Acaso sería bueno que abandonara usted al hombre que la necesita tanto, a quien ama, con quien está unida en santo matrimonio, para regresar e interrumpir esta nueva vida? Además, si volviera por acatar su sentido del deber, pero dejara su corazón en otra parte..., no.

Meneó la cabeza con determinación.

—El hombre no puede servir a dos amos, ni tampoco la mujer. Ahora bien, si ése fuera su único matrimonio válido y éste —indicó el ala de huéspedes con la cabeza— fuera tan sólo una unión casual, entonces su deber sería diferente. Pero Dios los ha unido y creo que debe usted honrar su promesa al caballero. En cuanto al otro aspecto, a qué hará, es posible que el análisis sea más arduo. —Sacó los pies del agua y los secó con el hábito. —Traslademos esta reunión a las cocinas de la abadía, donde quizás el hermano Eulogius nos provea con una bebida reconfortante.

Encontré un trozo de pan en el suelo y lo arrojé a las carpas. Me agaché para ponerme las sandalias.

—No se imagina el alivio que significa para mí hablar con alguien de esto —confesé—. Y no deja de sorprenderme que usted me crea.

Se encogió de hombros y, galante, me ofreció el brazo para que terminara de calzarme.

—*Ma chére*, sirvo a un hombre que multiplicó los panes y los peces. —Sonrió hacia el pilón, donde los remolinos que causaban las carpas al buscar su alimento todavía eran visibles—. Que curó a los enfermos y resucitó a los muertos. ¿Acaso debe sorprenderme que el amo de la eternidad haya traído a una joven a través de las piedras de la tierra para cumplir Su voluntad?

Bueno, pensé, era mejor que ser denunciada como ramera de Babilonia.

Las cocinas de la abadía eran un sitio cavernoso y cálido. El techo arqueado estaba ennegrecido debido a siglos de humo grasiento. El hermano Eulogius, con los brazos hasta los codos en una enorme cuba de masa, saludó a Anselm con la cabeza y llamó en francés a uno de los hermanos laicos para que viniera a servirnos. Encontramos una mesa lejos de la actividad culinaria y nos sentamos con sendas tazas de cerveza y un plato de pasteles calientes. Le acerqué el plato a Anselm; estaba demasiado preocupada como para interesarme en la comida.

—Permítame que se lo plantee de la siguiente manera —dije y elegí las palabras con cuidado—. Si supiera que un grupo de personas corre peligro, ¿estaría obligada a intentar evitarlo?

Anselm se pasó la manga del hábito por la nariz. El calor de la cocina comenzaba a irritársela.

—En principio, sí —aceptó—. Pero dependería también de una serie de factores: su propio riesgo y sus otras obligaciones. Además, ¿qué posibilidades de éxito tendría?

—No tengo ni idea. De ninguna de esas cosas. Excepto de mis obligaciones. Quiero decir, está Jamie. Pero es una de las personas que corre peligro.

Cortó un pedazo de pastel y me lo ofreció, humeante. Lo ignoré y escruté la superficie de mi jarra de cerveza.

—Los dos hombres que maté —precisé—. Podrían haber tenido hijos, si no los hubiera matado. Podrían haber... —Hice un gesto de impotencia con la jarra—. ¿Quién sabe qué habrían hecho? Tal vez haya influido en el futuro... No. En realidad, he influido en el futuro. Y no sé cómo y eso me asusta mucho.

—Mmm. —Anselm parecía pensativo. Hizo señas a un hermano laico que pasaba por allí, que regresó enseguida con más pasteles y cerveza.

Anselm volvió a llenar las tazas antes de proseguir.

—De acuerdo, ha matado, pero también ha preservado la vida. ¿Cuántos enfermos que ha atendido habrían muerto sin su ayuda? También ellos afectarán el futuro. ¿Qué pasaría si una persona a la que usted ha salvado cometiera un acto perverso? ¿Sería culpa suya? ¿Acaso debería haberla dejado morir por esa razón? Por supuesto que no.

Golpeó la jarra de peltre en la mesa para acentuar sus palabras.

—Dice que teme hacer algo aquí por miedo a influir en el futuro. Es ilógico, *madame*. Las acciones de todos influyen en el futuro. Si usted hubiera permanecido en su época, sus acciones habrían influido en los hechos futuros al igual que ahora. Todavía tiene las mismas responsabilidades que hubiera tenido entonces..., que cualquier hombre tiene en cualquier momento. La única diferencia consiste en que quizá tenga usted la posibilidad de ver con exactitud los efectos de sus acciones... o quizá no. —Sacudió la cabeza y miró hacia el otro lado de la mesa. —Los designios del Señor son incomprensibles para nosotros y sin duda habrá buenas razones para ello. Está usted en lo cierto; *ma chére*, las leyes de la Iglesia no fueron formuladas para contemplar situaciones como la suya. Por lo tanto, no tiene usted más guía que su propia conciencia y la mano de Dios. No puedo decirle lo que debe o no debe hacer.

»Es usted libre de elegir, al igual que todos los demás en este mundo. La historia, creo, es la acumulación de todas esas acciones. Dios escoge a algunos individuos para moldear los destinos de muchos. Tal vez sea usted una de esas personas. Tal vez no. No sé por qué está aquí. Tampoco usted lo sabe. Lo más probable es que ninguno de los dos lo sepamos jamás. —Levantó la mirada con expresión cómica—. ¡En ocasiones, ni siquiera sé por qué estoy yo aquí! —Reí y él rió también.

Se me acercó por encima de las tablas rústicas de la mesa.

—Su conocimiento del futuro es una herramienta. Le ha sido concedido como a un náufrago un cuchillo o un sedal para pescar. No es inmoral usarlo, siempre y cuando lo

haga de acuerdo con los principios de la ley de Dios y según su mejor criterio.

Se detuvo e inspiró hondo. Luego emitió un prolongado suspiro que le arremolinó el bigote. Sonrió.

—Y esto, *ma chére madame*, es todo lo que puedo decirle. No es más que lo que diría a cualquier alma atormentada que recurriera a mí en busca de consejo. Confíe en Dios y rece para que la oración le sirva de guía.

Me acercó un pastel recién horneado.

—Pero haga lo que haga, necesitará fuerzas. Así que acepte un último consejo: ante la duda, coma.

Al entrar en la alcoba de Jamie al atardecer, lo encontré dormido, con la cabeza apoyada en los brazos. El recipiente de caldo, virtuosamente vacío, estaba en la bandeja junto a la fuente intacta de pan y carne. Contemplé el rostro inocente y la bandeja. Toqué el pan. Mi dedo dejó una huella tenue en la superficie tierna. Era fresco.

Lo dejé durmiendo y fui a buscar al hermano Roger, que hallé en la lechería.

—¿Comió el pan y la carne? —pregunté sin preámbulos.

El hermano Roger sonrió detrás de su esponjosa barba.

—Sí.

—¿Lo retuvo?

—No.

Lo observé con los ojos entornados.

—Supongo que no lo habrá limpiado usted.

El fraile me miraba, divertido. Tenía las mejillas sonrosadas.

—No me atrevería. No, tomó la precaución de tener una palangana a mano, por si acaso.

—Maldito escocés cabezota —mascullé y reí. Regresé a su habitación y le besé la frente. Se movió, pero no se despertó. Recordé el consejo del padre Anselm y me llevé la bandeja de pan fresco y carne a mi cuarto para la cena.

Pensé en darle tiempo a Jamie a recuperarse, tanto de la pelea como de su indigestión, y me quedé en mi cuarto la mayor parte del día siguiente, enfrascada en la lectura de un libro sobre hierbas que me prestó el hermano Ambrose. Después del almuerzo, fui a visitar a mi recalcitrante paciente. En lugar de Jamie, encontré a Murtagh sentado en un banco junto a la pared con expresión divertida.

—¿Dónde está? —pregunté al tiempo que recorría la habitación con la mirada.

Murtagh señaló la ventana con el pulgar. Era un día frío y oscuro; las lámparas estaban encendidas. La ventana estaba sin cortinajes y la helada corriente de aire hacía parpadear la llama de la vela.

—¡¿Ha salido?! —exclamé, incrédula—. ¿Adonde? ¿Porqué? ¿Y qué lleva puesto? —Jamie había estado desnudo durante los últimos días, dado que la habitación estaba caldeada y cualquier peso en las heridas le resultaba muy doloroso. Solía llevar puesta una bata de novicio cuando salía de la alcoba en cortas expediciones, con la ayuda del hermano Roger. Pero la bata estaba allí, doblada con pulcritud a los pies de la cama.

Murtagh se meció en el banco y me miró con ojos de lechuza.

—¿Cuántas preguntas son? ¿Cuatro?

Levantó una mano y extendió el dedo índice.

—Uno: sí, salió. —Alzó el dedo medio—. Dos: ¿adonde? Ni idea. —El anular se

unió a los otros—. Tres: ¿por qué? Dijo que estaba harto de estar encerrado. —Movió el meñique—. Cuatro: tampoco tengo idea. No llevaba nada puesto la última vez que lo vi.

Ahora dobló los cuatro dedos y extendió el pulgar.

—No me lo ha preguntado, pero hace más o menos una hora que se fue.

Estaba furiosa; no sabía qué hacer. Dado que el culpable no se hallaba disponible, me desahogué con Murtagh.

—¿No sabe acaso que está helado afuera, a punto de nevar? ¿Por qué no lo detuvo? ¿Y qué quiere decir con eso de que no lleva nada puesto?

El diminuto hombrecillo permaneció inmutable.

—Sí, lo sé. Supongo que él también lo sabe porque no es ciego. Y en cuanto a detenerlo, lo intenté. —Señaló con la cabeza la bata sobre la cama—. Cuando anunció que iba a salir, le dije que no estaba en condiciones de hacerlo y que usted me degollaría si se lo permitía. Tomé la bata y me apoyé en la puerta. Le dije que no saldría a menos que estuviera dispuesto a pasar por encima de mí.

Hizo una pausa y agregó un comentario fuera de lugar.

—Ellen MacKenzie tenía la sonrisa más dulce que he visto jamás. Era capaz de derretir a cualquier hombre.

—¿Así que ha dejado que su testarudo hijo saliera a congelarse? —tercié con impaciencia—. ¿Qué tiene que ver la sonrisa de la madre en todo esto?

Murtagh se tocó la nariz con aire pensativo.

—Bueno, cuando le dije que no lo dejaría pasar, el joven Jamie se limitó a mirarme un momento. Luego me sonrió igual que su madre y escapó por la ventana, desnudo. Cuando llegué a la ventana, ya se había marchado.

Miré hacia el techo, exasperada.

—Supuse que tenía que contárselo —prosiguió—, para que no se preocupara.

—¡Para que no me preocupara! —mascullé y me encaminé hacia los establos—. ¡Será mejor que él se preocupe cuando lo agarre!

Sólo había un camino que llevaba tierra adentro. Cabalgué a buen paso, con los ojos fijos en los campos que cruzaba. Esta parte de Francia era una zona agrícola rica y, por fortuna, habían aclarado la mayoría de los bosques. Los lobos y osos no suponían aquí tanto peligro como en el interior de la comarca.

De hecho, lo encontré a menos de un kilómetro y medio de la entrada del monasterio, sentado en uno de los antiguos mojones romanos que salpicaban los caminos.

Estaba descalzo y llevaba una casaca corta y unos calzones ligeros, propiedad de uno de los mozos de los establos, a juzgar por las manchas.

Tiré de las riendas y lo observé un momento.

—Tienes la nariz azul —comenté. Bajé la vista—. Y los pies también.

Esbozó una amplia sonrisa y se secó la nariz con el dorso de la mano.

—Y las bolas también. ¿Quieres calentármelas? —Aterido o no, estaba de buen humor. Me deslicé del caballo y me planté delante de él con un meneo de cabeza.

—No sirve de nada, ¿verdad? —pregunté.

—¿El qué?

—Enfadarme contigo. No te importa pescarte una neumonía ni que te devore un oso ni que me muera de preocupación por ti, ¿verdad?

—Bueno, no me preocupan mucho los osos. Duermen todo el invierno, sabes.

Perdí los estribos y alargué la mano con intención de abofetearle la cara. Me cogió la muñeca y la sujetó sin dificultad al tiempo que se reía de mí. Después de un instante de forcejeo inútil, me rendí y reí también.

—¿Vas a regresar ahora? ¿O acaso tienes algo más que probar?

Señaló con la barbilla hacia el camino.

—Lleva el caballo hasta ese roble grande y espérame allí. Caminaré hasta ahí. Solo.

Me mordí la lengua para reprimir los comentarios que se agolpaban en mi garganta y monté. Junto al roble, me bajé del caballo y miré hacia el camino. Sin embargo, al cabo de unos minutos, descubrí que no podía soportar contemplar su penoso avance. Cuando cayó por primera vez, estrujé las riendas entre mis manos enguantadas. Después le di la espalda con determinación y aguardé.

Apenas logramos llegar al ala de huéspedes y trastabillamos por el corredor. Jamie pasó el brazo por mis hombros en busca de apoyo. Divisé al hermano Roger que esperaba con ansiedad en el pasillo. Lo envié en busca de un calentador y conduje a mi torpe carga hacia la habitación. Lo arrojé sobre la cama y gruñó con el impacto, pero se quedó quieto y con los ojos cerrados mientras le quitaba los harapos roñosos.

—Listo. Adentro.

Obediente, rodó debajo de la colcha que sostenía en alto. Introduje el calentador entre las sábanas con rapidez y lo moví hacia los costados. Cuando lo retiré, Jamie estiró las largas piernas y se relajó con un suspiro de felicidad cuando sus pies llegaron al reducto de calor.

Anduve en silencio por la habitación mientras juntaba la ropa, ordenaba la mesa y agregaba carbón al brasero con una gota de helenio para endulzar el humo. Pensé que Jamie estaba dormido y me sobresalté cuando le oí hablar.

—Claire.

—¿Sí?

—Te amo.

—Oh. —Me sorprendí un poco, pero me alegré mucho—. Yo también te amo.

Suspiró y entreabrió los ojos.

—Randall —pronunció—. Cerca del final. Eso es lo que quería.

Esto me sorprendió aún más.

—¿Sí? —respondí con cautela.

—Sí. —Tenía la mirada perdida en la ventana abierta, donde las nubes de nieve teñían el cielo de un color gris profundo.

—Yo estaba tirado en el suelo y él yacía a mi lado, también desnudo. Ambos estábamos manchados de sangre... y otras cosas. Recuerdo que intenté levantar la cabeza y sentí que tenía la mejilla pegada por la sangre seca al suelo de piedra.

Frunció el ceño y una expresión distante le cubrió el semblante al evocar.

—Yo ya estaba para entonces totalmente ido, tanto que ni siquiera sentía dolor. Estaba exhausto y todo me parecía lejano e irreal.

—Mejor así —interpuse con algo de aspereza en la voz. Jamie sonrió ligeramente.

—Sí, mejor así. Divagaba, medio inconsciente, así que no sé cuánto tiempo permanecimos allí, pero me desperté y lo encontré ciñéndome con fuerza. —Vaciló, como si el resto fuera difícil de relatar. — Hasta ese momento, no me había resistido. Pero estaba tan agotado que pensé que no podría soportarlo otra vez... De todas formas, traté de liberarme, sin pelear, sólo apartándome. Pero Randall tenía los brazos alrededor de mi cuello y me acercaba a él. Ocultó el rostro en mi hombro y advertí que lloraba. Durante un rato no entendí lo que musitaba. Me di cuenta que decía: "Te amo, te amo", una y otra vez. Sus lágrimas y saliva me corrían por el pecho.

Se estremeció por el frío o por el recuerdo. Exhaló con profundidad y arremolinó la nube de humo aromático que bailaba cerca del techo.

—No sé por qué lo hice, pero lo abracé y nos quedamos quietos un momento. Por fin, dejó de llorar, me besó y me acarició. Y susurró: "Dime que me amas." —Hizo una pausa en el relato y esbozó una tenue sonrisa. —No quise hacerlo. No sé por qué. En ese instante, le habría lamido las botas y lo habría llamado Rey de Escocia si me lo hubiera pedido. Pero no quería decirle eso. Ni siquiera recuerdo haberlo pensado. Simplemente, no quería. —Sonrió y la mano sana se crispó y aferró la manta.

—Volvió a abusar de mí... con violencia. Y mientras repetía: "Dime que me amas, Alex. Dime que me amas."

—¿Te llamó Alex? —lo interrumpí sin poder contenerme.

—Sí. Recuerdo que me pregunté cómo sabría mi segundo nombre. No se me ocurrió pensar por qué lo usaría, aunque lo supiera.

Se encogió de hombros.

—De todos modos, no me moví ni dije una palabra. Cuando terminó, saltó como si se hubiera vuelto loco y comenzó a golpearme con algo. No pude ver qué era. Me insultaba y me gritaba: «¡Tú sabes que me amas! ¡Dímelo! ¡Sé que es cierto!» Levanté los brazos para protegerme la cabeza y después de unos minutos, debí de desmayarme porque el dolor en los hombros es lo último que recuerdo, excepto una especie de sueño con vacas que mugían. Desperté saltando panza abajo en un caballo y después no sentí nada hasta que recobré el sentido en Elridge, junto a la chimenea, y te vi mirándome.

Cerró los ojos otra vez. Su voz era lánguida, casi despreocupada.

—Creo... que si le hubiera dicho eso... me habría matado.

Algunas personas tienen pesadillas plagadas de monstruos. Yo soñaba con árboles genealógicos, con ramas negras y finas, llenas de fechas y nombres. Las líneas eran como serpientes, con la muerte entre los dientes. Una vez más, escuché la voz de Frank: «Se convirtió en soldado, una buena opción para un segundo hijo. Hubo un tercer hermano, que se hizo sacerdote, pero no sé mucho de él...» Yo tampoco sabía mucho de él, excepto su nombre. Había tres hijos en esa rama de la familia, los hijos de Joseph y Mary Randall. Había visto la lista muchas veces: el mayor, William; el segundo, Jonathan, y el tercero, Alexander.

Jamie volvió a hablar e interrumpió mis pensamientos.

—¿Sassenach?

—¿Sí?

—¿Recuerdas el fuerte del que te hablé, el que hay dentro de mí?

—Sí, lo recuerdo.

Sonrió sin abrir los ojos y extendió una mano en mi dirección.

—Bueno, ya tiene cobertizo, al menos. Y un techo para que no entre la lluvia.

Me fui a la cama cansada pero tranquila e intrigada. Jamie se recuperaría. Cuando había dudas al respecto, no miraba más allá de la siguiente hora, la siguiente comida, la siguiente medicina. Pero ahora necesitaba ver más allá.

La abadía era un santuario, pero sólo temporal. No podíamos quedarnos allí indefinidamente, a pesar de la hospitalidad de los monjes. Escocia e Inglaterra eran demasiado peligrosas, a menos que Lord Lovat pudiera ayudarnos, una contingencia remota dadas las circunstancias. Nuestro futuro debía estar de este lado del canal. Con lo que ya sabía de los mareos de Jamie en los barcos, comprendía su rechazo a considerar la emigración a América. Tres meses de náuseas eran un proyecto desagradable para cualquiera. Entonces, ¿qué nos quedaba?

Francia era el lugar más indicado, pues ambos hablábamos francés con fluidez. Si bien Jamie también dominaba el español, alemán e italiano, yo no contaba con semejante bendición lingüística. Además, la familia Fraser tenía muchos contactos aquí. Tal vez pudiéramos encontrar un lugar en la propiedad de algún pariente o amigo y vivir en paz en el campo. La idea tenía su atractivo.

Sin embargo, restaba, como siempre, la cuestión del tiempo. Estábamos a principios de 1744; dos semanas después de Año Nuevo. Y en 1745, el príncipe Carlos marcharía a Escocia a reclamar el trono de su padre. Con él, comenzaría el desastre: la guerra y la ma-

sacre, la aniquilación de los clanes de las tierras altas y la matanza de todo lo que Jamie y yo amábamos.

Y entre ahora y entonces, faltaba un año. Un año en el que podían pasar cosas, en el que se podían tomar medidas para evitar el desastre. ¿Cómo y por qué medios? No tenía idea, pero tampoco tenía dudas de las consecuencias de la inacción.

¿Acaso podían modificarse los acontecimientos? Tal vez. Mis dedos fueron a la mano izquierda para acariciar el anillo de oro del anular. Pensé en lo que le había dicho a Jonathan Randall, presa de la furia y el horror en los calabozos de Wentworth.

«Lo maldigo —había declarado—, con la hora de su muerte.» Y le había revelado la fecha de su muerte. Le había dicho la fecha escrita en el árbol genealógico con la esmerada letra de Frank: 16 de abril de 1745. Jonathan Randall moriría en la batalla de Culloden, atrapado en la masacre generada por los ingleses. Pero no fue así. Había muerto, en cambio, unas horas después, aplastado bajo la embestida de mi venganza.

Y había muerto soltero y sin hijos. O al menos, eso creía yo. El árbol genealógico —¡ese maldito árbol genealógico!— incluía la fecha de su matrimonio en algún momento de 1744. Y el nacimiento de su hijo, el quinto bisabuelo de Frank, poco después. Si Jack Randall había muerto sin hijos, ¿cómo llegaría a nacer Frank? Y sin embargo, su anillo estaba aún en mi mano. Había existido, existiría. Me consolé con ese pensamiento mientras acariciaba el anillo en la oscuridad, como si contuviera un genio que pudiera aconsejarme.

Desperté de un profundo sueño con un grito.

—Shh. Soy yo. —La enorme mano se retiró de mi boca. Con la vela apagada, la habitación estaba muy oscura. Tanteé a ciegas hasta que mi mano dio con algo sólido.

—¡No has debido levantarte de la cama! —exclamé, todavía adormecida. Mis dedos se deslizaron por la piel fría—. ¡Estás como un témpano de hielo!

—¡Pues claro! —respondió, algo malhumorado—. No tengo nada puesto y el corredor está helado. ¿Me dejas que me meta en tu cama?

Me acurruqué en un extremo de la angosta cama y Jamie se acostó desnudo a mi lado. Me abrazó en busca de calor. Respiraba con dificultad y pensé que temblaba tanto de frío como de debilidad.

—¡Caramba, qué caliente estás! —Se arrebujó contra mí y suspiró—. ¡Qué placer poder abrazarte, Sassenach!

No me molesté en preguntar qué hacía allí; la respuesta ya era obvia. Tampoco le pregunté si estaba seguro. Tenía mis propias dudas, pero no quería expresarlas por temor a que se volvieran profecías. Me di la vuelta para mirarlo, cuidando su mano lastimada.

Hubo un repentino asombro en el momento de la unión, la extrañeza que enseguida se convierte en reconocimiento. Jamie suspiró con satisfacción y quizás alivio. Nos quedamos quietos un instante, como si temiéramos perturbar el frágil nexo que nos unía. Jamie me acariciaba con la mano sana, palpando con lentitud en la oscuridad. Tenía los dedos extendidos como los bigotes de un gato, sensibles a la vibración. Se movió contra mí, una vez, como si formulara una pregunta, y le respondí en el mismo lenguaje.

Comenzamos el delicado juego de movimientos pausados, un acto de equilibrio entre su deseo y su debilidad, entre el dolor y el placer creciente del cuerpo. En un momento, en aquella oscuridad, pensé que debía decirle a Anselm que había otra forma de detener el tiempo, pero luego lo pensé mejor, ya que no era una posibilidad abierta a un sacerdote.

Sujeté a Jamie con firmeza, sin presionar sobre su espalda llena de cicatrices. Él marcaba el ritmo, pero me dejaba llevar la fuerza del movimiento. Permanecimos en silencio hasta el final, excepto por nuestros jadeos. Sentí que se cansaba y lo estreché con ímpetu para ceñirme aún más a él. Mecí las caderas para profundizar la penetración y empujarlo al éxtasis.

—Ahora —susurré—, ven a mí. ¡Ahora! —Apoyó la frente en la mía y se rindió

con un suspiro trémulo.

Los victorianos lo llamaban «la pequeña muerte» y tenían razón. Estaba tan laxo y pesado que hubiera creído que estaba muerto de no ser por el lento golpeteo de su corazón contra mis costillas. Me pareció como si pasara mucho tiempo antes de que se moviera y murmurara algo en mi hombro.

—¿Qué dices?

Volvió la cabeza de modo que su boca quedó justo debajo de mi oreja. Sentí el cálido aliento en el cuello.

—Digo —respondió con suavidad— que ahora ya no me duele la mano.

La mano sana me exploraba el rostro y suavizaba la humedad de mis mejillas.

—¿Temías por mí? —preguntó.

—Sí —admití—. Pensé que era muy pronto.

Rió en la oscuridad.

—Lo era; casi me muero. Yo también tenía miedo. Pero me desperté por el dolor de la mano y no podía dormirme otra vez. Estaba inquieto; te añoraba. Cuanto más pensaba en ti, más te deseaba y ya estaba en la mitad del corredor cuando empecé a preocuparme por lo que haría al llegar aquí. Y una vez que lo pensé... —Hizo una pausa y me acarició la mejilla—. Bueno, no soy muy bueno, Sassenach, pero después de todo, tal vez no sea un cobarde.

Giré la cabeza para recibir su beso. Le crujieron las tripas estrepitosamente.

—No te rías —gruñó—. Es culpa tuya, por matarme de hambre. Es increíble que lo haya logrado, sólo a base de caldo de carne y cerveza.

—Está bien —cedí, todavía entre carcajadas—. Me has ganado. Mañana puedes comer un huevo en el desayuno.

—Ja —exclamó con honda satisfacción—. Sabía que me alimentarías si te ofrecía una retribución apropiada.

Nos dormimos cara a cara, abrazados.

41

Desde las entrañas de la tierra

Durante las dos semanas siguientes, Jamie siguió su recuperación mientras yo seguía haciéndome preguntas. Algunos días presentía que debíamos ir a Roma, sede de la corte del joven Pretendiente, y hacer... ¿qué? En otras ocasiones, ansiaba con todo mi corazón encontrar un lugar seguro y aislado donde vivir nuestras vidas en paz.

Era un día claro y templado y los carámbanos que colgaban de las gárgolas goteaban de forma incesante dejando huellas profundas en la nieve. La puerta de la alcoba de Jamie estaba abierta, al igual que la ventana, para ventilar los vahos a humo y enfermedad.

Asomé la cabeza con cuidado porque no deseaba despertarlo si dormía, pero la estrecha cama estaba vacía. Jamie estaba sentado junto a la ventana, casi de espaldas a la puerta, por lo que no podía verle la cara.

Todavía estaba demasiado delgado, pero los hombros se veían anchos y rectos bajo la gruesa túnica de novicio. La gracia de su fortaleza ya había regresado a su cuerpo. Estaba sentado con firmeza, la espalda erguida y las piernas plegadas bajo el banco. Las líneas de su cuerpo eran sólidas y armoniosas. Sostenía la mano derecha con la mano sana y le daba vueltas a la luz del sol.

Una pequeña pila de lienzos yacía en la mesa. Se había quitado el vendaje de la mano lastimada y la examinaba con atención. Me quedé junto a la puerta, inmóvil. Desde allí, podía ver la mano con claridad mientras la hacía girar.

La cicatriz del clavo en la palma era bastante pequeña y había cerrado bien. No era más que un nudo rosado de tejido cicatrizal que desaparecería de forma gradual. En el dorso de la mano, el aspecto no era tan favorable. Castigada por la infección, la herida poseía la superficie de una moneda, todavía cubierta de costras.

El dedo medio presentaba también un reborde mellado de tejido cicatrizal rosado que iba desde la primera articulación hasta el nudillo. Sin las tablillas, el pulgar y el índice estaban rectos, pero el meñique estaba muy torcido. Había sufrido tres fracturas separadas y, por lo visto, no había podido emplazarlas todas bien. El anular tenía un aspecto curioso. Se doblaba un poco hacia arriba al apoyarlo en la mesa.

Jamie volvió la palma hacia arriba y comenzó a mover los dedos con delicadeza. Ninguno se flexionaba más de dos o tres centímetros y el anular no lo hacía en absoluto. Como había temido, lo más probable era que la segunda articulación hubiera quedado rígida para siempre.

Giró la mano varias veces ante sus ojos y estudió los dedos rígidos y torcidos y las feas cicatrices, despiadadamente visibles a la luz del sol. De pronto, bajó la cabeza y oprimió la mano herida contra el pecho, protegiéndola con la mano sana. No emitió sonido, pero los anchos hombros se estremecieron.

—Jamie. —Crucé la habitación con rapidez y me arrodillé a su lado. Posé la mano en la rodilla. —Jamie, lo lamento —dije—. Lo hice lo mejor que pude.

Me miró, perplejo. Las pesadas pestañas cobrizas brillaban por las lágrimas al sol. Se las enjugó con el dorso de la mano.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido por mi repentina aparición—. ¿Lo lamentas? ¿Qué lamentas, Sassenach?

—La mano. —Me estiré y le tomé la mano herida. Delineé las líneas torcidas de los dedos y la cicatriz hundida en el dorso. — Mejorará —le aseguré con ansiedad—. De veras. Sé que ahora parece rígida e inútil, pero es porque ha estado entablillada mucho tiempo y los huesos todavía no se han soldado. Te enseñaré cómo ejercitarla y masajearla. Ya lo verás, recuperarás bastante el uso de la mano...

Me interrumpió al colocar la mano sana en mi mejilla.

—¿Acaso te refieres...? —comenzó a decir, pero hizo una pausa y movió la cabeza—. ¿Pensabas que...? —Se detuvo una vez más y volvió a empezar. —Sassenach —dijo—, ¿no habrás pensado que lloraba por un dedo tieso y un par de cicatrices más, verdad? —Sonrió—. Soy un hombre vanidoso, pero quiero pensar que no tanto.

—Pero tú... —comencé. Me tomó las manos entre las suyas y se puso de pie. Me levantó del suelo. Alargué el pulgar y le sequé la única lágrima que había rodado por su mejilla, dejando una sensación cálida en mi dedo.

—Lloraba de alegría, Sassenach mía —murmuró con suavidad. Me rodeó el rostro con las manos—. Le agradecía a Dios por tener dos manos. Dos manos para sujetarte, para servirte, para amarte. Le agradecía a Dios porque aún soy un hombre entero, gracias a ti.

Levanté las manos y también le tomé el rostro.

—¿Pero por qué no habrías de serlo?

Entonces recordé la variedad de sierras y cuchillos que había visto entre las herramientas de Beatón en Leoch y comprendí. Supe lo que había olvidado cuando me enfrenté a la emergencia. Que en la época previa a los antibióticos, la cura usual —la única cura— para una extremidad infectada era la amputación del miembro.

—Oh, Jamie —gemí. Con la sola idea, me flaquearon las rodillas.

Me senté en el banco con brusquedad.

—No se me había ocurrido —añadí, aún azorada—. De veras, nunca se me pasó por la cabeza. —Levanté la mirada hacia él—. Jamie. Si hubiera pensado en ello, tal vez lo habría hecho. Para salvarte la vida.

—¿Acaso no es así...? ¿No lo hacen en... tu época?

Negué con la cabeza.

—No, hay drogas que detienen las infecciones. Por eso ni se me ocurrió. —De repente, lo miré otra vez—. ¿Tú sí pensaste en ello?

Asintió.

—Lo esperaba. Fue por eso que te pedí que me dejaras morir. Pensé en ello, entre los accesos de inconsciencia, y, en ese preciso instante, sentí que no podría vivir así. Es lo que le pasó a Ian, sabes.

—¿De verdad? —Me sorprendió—. Me contó que había perdido la pierna por una metralla, pero nunca le pregunté los detalles.

—Sí, la herida se puso fea. Los doctores le cortaron la pierna para evitar que le envenenara la sangre. —Se interrumpió. —Ian se las arregla bien, dadas las circunstancias. Pero... —vaciló y se tocó el dedo rígido— lo conocí antes. Si está bien es sólo gracias a Jenny. Ella... lo mantiene entero. —Me sonrió con timidez—. Como tú haces conmigo. No sé por qué las mujeres os tomáis tanta molestia.

—Bueno —repuse con suavidad—, a las mujeres nos gusta hacerlo.

Emitió una risa queda y me estrechó con fuerza.

—Sí. Dios sabe por qué.

Permanecimos abrazados un rato, sin movernos. Apoyé la frente en su pecho y le rodeé la cintura con los brazos. Sentí el latido de su corazón: fuerte y pausado. Por fin, me soltó.

—Tengo algo que enseñarte —anunció. Se volvió y abrió el pequeño cajón de la

mesa. Sacó una carta doblada y me la entregó.

Era una carta de presentación, del abad Alexander, para su sobrino, James Fraser, dirigida al caballero de la orden de San Jorge, más conocido como Su Majestad el Rey Jacobo de Escocia, en la que lo recomendaba como experto lingüista y traductor.

—Es un lugar —expresó Jamie mientras me veía doblando la carta—. Y pronto necesitaremos un lugar al que ir. Pero lo que me dijiste en Craigh na Dun... era cierto, ¿verdad?

Respiré hondo y asentí.

—Es cierto.

Tomó la carta y la sacudió contra la rodilla.

—Entonces, esto implica cierto riesgo.

—Podría ser.

Guardó el papel pergamino en el cajón y se sentó con la mirada fija en la mesa. Luego alzó la vista y buscó mis ojos. Me acarició la mejilla.

—Lo dije en serio, Claire —murmuró—. Mi vida es tuya. Es tuya para que decidas qué haremos, adonde iremos. A Francia, a Italia o incluso de regreso a Escocia. Mi corazón ha sido tuyo desde el momento en que te vi por primera vez y has tenido mi alma y mi cuerpo en tus manos. Los has cuidado y protegido. Haremos lo que tú digas.

Alguien llamó a la puerta. Nos pusimos de pie de un salto, como amantes culpables. Me atusé apresuradamente el cabello y pensé que un monasterio era un buen sitio de convalecencia, pero dejaba bastante que desear como refugio romántico.

Un hermano laico entró cuando Jamie lo autorizó y depositó una alforja de cuero en la mesa.

—De MacRannoch de Eldridge Manor —declaró con una sonrisa—. Para mi señora Broch Tuarach. —Hizo una reverencia y se marchó. Dejó tras de sí un vago aroma a agua de mar y aire frío.

Desaté las cintas de cuero, curiosa por ver lo que nos había enviado MacRannoch. Dentro había tres cosas: una nota sin encabezamiento ni firma, un pequeño paquete dirigido a Jamie y la piel curada de un lobo, impregnada del típico olor del curtido.

La nota decía: «Una mujer virtuosa es una perla de gran valor, pues vale más que los rubíes.»

Jamie había abierto el otro paquete. Sujetaba algo pequeño y brillante en la mano mientras observaba la piel con expresión intrigada.

—Es extraño, Sassenach. Sir Marcus te ha mandado una piel de lobo a ti y un brazalete de perlas a mí. ¿No habrá marcado los regalos al revés?

El brazalete era hermoso: una hilera de perlas barrocas, engarzadas en cadenas de oro.

—No —aseveré y lo admiré—. Lo ha hecho correctamente. El brazalete hace juego con el collar que me diste el día de nuestra boda. ¿Sabías que él se lo había regalado a tu madre?

—No, no lo sabía —respondió con suavidad y acarició las perlas—. Mi padre me las entregó para mi esposa, quienquiera que fuera. —Una ligera sonrisa bailó en sus labios—. Pero no me dijo de dónde provenían.

Recordé la ayuda de Sir Marcus la noche en que irrumpimos sin ceremonia alguna en su casa y la expresión de su rostro cuando partimos al día siguiente. Y por el semblante de Jamie, me di cuenta de que también pensaba en el hombre que podía haber sido su padre. Extendió la mano y tomó la mía. Prendió el brazalete alrededor de la muñeca.

—¡Pero no es para mí! —protesté.

—Sí que lo es —replicó con determinación—. No está bien que un hombre envíe una alhaja a una mujer casada. Por eso me la mandó a mí. Pero es obvio que es para ti. —Me miró y sonrió—. Además, no cabría en mi muñeca, a pesar de lo flaco que estoy.

Se volvió hacia la piel doblada y la sacudió.

—¿Para qué te habrá enviado esto? —Se la puso por los hombros y retrocedí con un grito. También habían despellejado y disecado la cabeza y le habían puesto un par de cuentas de vidrio amarillas en los ojos. Me miraban con animosidad desde el hombro izquierdo de Jamie.

—¡Ajj! —grité—. ¡Tiene el mismo aspecto que cuando estaba vivo!

Jamie siguió la dirección de mi mirada, giró la cabeza y se topó cara a cara con el desagradable semblante. Con un grito, se quitó la piel y la lanzó al otro lado del cuarto.

—¡Dios mío! —exclamó y se persignó.

La piel yacía en el suelo, con un brillo amenazador a la luz de la vela.

—¿Qué has querido decir con eso de «cuando estaba vivo», Sassenach? ¿Acaso fue algún amigo tuyo? —preguntó mientras lo miraba de reojo.

Entonces, le conté las cosas que no había tenido ocasión de contarle. Le hablé del lobo y de los demás lobos, y de Héctor, y la nieve, y la cabaña con el oso, y la discusión con Sir Marcus, y la aparición de Murtagh, y el ganado, y la larga espera en la colina entre la bruma rosada de la noche nevada aguardando saber si estaba vivo o muerto.

Delgado o no, su pecho era amplio y sus brazos, cálidos y fuertes. Oprimió mi rostro contra su hombro y me acunó mientras lloraba. Al principio, traté de controlarme, pero Jamie se limitó a abrazarme con más fuerza y a pronunciar suaves y tiernas palabras entre los rizos de mi pelo. Por fin, me entregué y lloré con el abandono de un niño, hasta que quedé débil e hipando a causa del agotamiento.

—Ahora que lo pienso, yo también tengo un regalito para ti, Sassenach. —Me limpié la nariz con la falda, dado que no tenía otra cosa a mano.

—Lamento no tener nada para darte —respondí. Lo miré mientras revolvía entre las sábanas desordenadas. Tal vez buscaba un pañuelo, pensé.

—Excepto obsequios menores como mi vida, mi hombría y mi mano derecha, ¿verdad? —preguntó con sarcasmo—. Creo que tengo de sobra, *mo duinne*. —Se irguió con una bata de novicio en las manos—. Desnúdate.

Abrí la boca con estupor.

—¿Cómo?

—Que te quites la ropa, Sassenach, y te pongas esto. —Sonrió—. ¿O acaso quieres que me dé la vuelta primero?

Seguí a Jamie a través de otro tramo más de escalera a oscuras mientras apretujaba la bata rústica contra mi cuerpo. Se trataba de la tercera escalera y era aún más angosta que las anteriores. El farol que llevaba Jamie iluminaba las paredes de piedra separadas por menos de medio metro de distancia. Era como si la tierra nos tragara a medida que bajábamos por aquel pozo oscuro.

—¿Estás seguro de que sabes adonde vamos? —pregunté. Mi voz retumbó en el pozo de la escalera, pero con un sonido amortiguado, como si hablara debajo del agua.

—Bueno, no hay muchas posibilidades de ir en el sentido equivocado, ¿no?

Llegamos a otro rellano, pero tal como había dicho Jamie, había una única dirección posible: hacia abajo.

Al final del tramo, sin embargo, llegamos a una puerta. Había un pequeño descansillo, cavado al parecer en la ladera de la montaña, y una puerta baja y ancha de roble con bisagras de bronce. La madera estaba gris por el paso del tiempo, pero aún sólida. El descansillo estaba limpio. Era de suponer, entonces, que esta parte del monasterio seguía en uso. ¿Sería la bodega?

En un candelabro junto a la puerta, había una antorcha medio quemada por usos

anteriores. Jamie se detuvo a encenderla con un papel de la pila que yacía disponible en el suelo. Abrió la puerta y pasó agachado bajo el dintel. Lo seguí.

Al principio, no podía ver nada excepto el resplandor del farol de Jamie. Todo era negro. El farol se movió y se alejó de mí. Me quedé quieta mientras seguía la luz con los ojos. Cada dos por tres, se detenía y volvía a avanzar, dejando a su paso una llama lenta que se elevaba para arder con una luminosidad rojiza. Cuando mis ojos se acostumbraron, las llamas se convirtieron en una hilera de faroles, ubicados en pilares de roca y brillando en la oscuridad como faros.

Era una cueva. En un primer momento, pensé que se trataba de una cueva de cristales por el extraño fulgor negro más allá de los faroles. Pero me acerqué al primer pilar y miré hacia delante. Entonces lo vi.

Era un lago negro. El agua transparente rutilaba como un espejo sobre la fina arena negra volcánica. La luz de los faroles se reflejaba en ella con destellos rojos. El aire era húmedo y templado, cargado del vapor condensado en las frías paredes de la caverna que goteaba por las columnas de piedra.

Un manantial caliente. El aroma del azufre me produjo ardor en la nariz. Se trataba de un manantial mineral. Recordé que Anselm había mencionado los manantiales que brotaban de la tierra cerca de la abadía, famosos por sus poderes curativos.

Jamie permaneció detrás de mí para contemplar el despliegue de azabache y rubíes.

—Un baño caliente —declaró con orgullo—. ¿Te gusta?

—¡Por Dios y Franklin Delano Roosevelt! —exclamé.

—Sí, te gusta —tradujo, sonriente ante el éxito de su sorpresa—. Ven, entonces.

Se quitó la bata y se quedó de pie, resplandeciente en la penumbra, con manchas rojas por el reflejo del agua. El techo arqueado de la caverna parecía tragarse la luz de los faroles, de modo que el centelleo apenas alcanzaba un metro antes de ser absorbido.

Vacilante, dejé que la bata de novicio cayera al suelo.

—¿Está muy caliente? —pregunté.

—Lo suficiente —respondió—. No te preocupes, no te quemará. Pero si te quedas más de una hora, la carne se te despegará de los huesos como si estuvieras en un caldero.

—Qué idea tan atrayente —comenté.

Seguí su figura esbelta y erguida y me metí en el agua con cautela. Había escalones tallados en la roca que llevaban a la profundidad del agua, y una soga con nudos sujeta a la pared a modo de pasamanos.

Cuando el agua me llegó por encima de las caderas, el calor me envolvió y la piel del vientre se crispó con deleite. Después del último escalón, pisé la limpia arena negra, sumergida hasta los hombros. Mis senos flotaban en el agua como boyas. Tenía la piel enrojecida por el calor y unas diminutas gotas de sudor comenzaban a aparecer en la nuca, bajo la pesada mata de rizos. Era un verdadero placer.

La superficie del manantial estaba quieta, pero percibía pequeños remolinos, corrientes que cruzaban la masa del lago como impulsos nerviosos. Supongo que eso, sumado al increíble y sedante calor, fue lo que me dio la repentina sensación de que el manantial estaba vivo: una entidad cálida y hospitalaria que se desplegaba para calmar y abrazar. Anselm había dicho que estos manantiales tenían poderes curativos y yo no estaba en condiciones de negarlo.

Jamie se me acercó por detrás, dejando unas suaves ondas como huella de su travesía por el agua. Extendió las manos para tomar mis senos y retirar el agua caliente de la parte superior.

—¿Te gusta, *mo duinnel* —Se inclinó y me besó el hombro.

—¡Es maravilloso! Es la primera vez que siento calor desde agosto. —Comenzó a tirar de mí mientras caminaba despacio hacia atrás en el agua. Mis piernas se estiraron en la estela y el calor radiante me acarició los miembros como manos enormes.

Jamie se detuvo, me dio la vuelta y me depositó con suavidad sobre una tabla de madera. Casi invisible en las sombras del agua, distinguí los tablones apoyados en un nicho de roca. Se sentó a mi lado en el banco y extendió los brazos en el borde rocoso a nuestras espaldas.

—El hermano Ambrose me trajo aquí el otro día —contó—. Para ablandar las cicatrices. Es muy agradable, ¿verdad?

—Es más que agradable. —El agua llevaba tanta fuerza que sentí que si no me agarraba al banco, me alejaría flotando. Levanté la vista hacia las negras sombras del techo—. ¿Vive algún bicho en esta cueva? ¿Quiero decir, murciélagos o peces?

—Nada excepto el espíritu del manantial, Sassenach. El agua fluye de la tierra a través de aquella angosta grieta. —Señaló con la cabeza hacia la negrura del fondo de la caverna—. Y se escurre por una docena de diminutas aberturas en las rocas. Pero no hay comunicación alguna con el exterior, salvo la puerta que da al monasterio.

—¿El espíritu del manantial? —repetí, divertida—. Suena algo pagano para estar oculto bajo un monasterio.

Jamie se desperezó con parsimonia. Las largas piernas temblaron bajo la espejada superficie como tallos de plantas acuáticas.

—Bueno, llámalo como quieras, pero está aquí mucho antes que el monasterio.

—¡Sí, ya lo veo!

Las paredes de la cueva estaban formadas por suaves y oscuras rocas volcánicas, casi como vidrios negros, brillantes con la humedad del manantial. La caverna entera parecía una enorme burbuja, semicubierta por ese extraño lago, vivo y a la vez estéril. Tenía la impresión de que estábamos acurrucados en las entrañas de la tierra y que si apoyaba el oído contra la roca, escucharía el palpitar lento y perenne de un gran corazón cercano.

Guardamos silencio largo rato, casi flotando, casi soñando. Nos rozábamos a cada momento al mecernos con las invisibles corrientes de la cueva.

Cuando por fin hablé, mi voz brotó drogada y pausada.

—Ya lo he decidido.

—A Roma, ¿verdad? —La respuesta de Jamie me llegó como desde muy lejos.

—Sí. No sé, una vez allí...

—No importa. Haremos lo que podamos. —Alargó la mano hacia mí, tan despacio que creí que jamás me tocaría.

Tiró de mí hasta que las sensibles puntas de mis senos tocaron su pecho. El agua no sólo era caliente, sino también pesada, casi aceitosa. Las manos de Jamie flotaron por mi espalda hasta cerrarse en mis nalgas y me levantaron.

La penetración fue asombrosa. Con la piel caliente y resbaladiza, nos unimos con una mínima sensación de roce o presión. Sin embargo, la presencia en mi interior era sólida e íntima, un punto fijo en un mundo acuático, como un cordón umbilical en los desplazamientos casuales del útero. Emití un sonido de sorpresa al sentir el flujo de agua caliente que acompañó su ingreso. Me asenté en mi punto fijo de referencia con un suave suspiro de placer.

—Oh, me gusta —susurró, complacido.

—¿Qué te gusta? —pregunté.

—El ruido que has hecho. Ese gemido.

No podía ruborizarme. La piel ya había llegado al límite del enrojecimiento. Dejé que el pelo me cubriera el rostro. Los rizos se relajaron al salir del agua.

—Lo lamento; no era mi intención ser tan ruidosa.

Rió y la carcajada profunda reverberó en las columnas del techo.

—He dicho que me gustaba. Y me gusta. Es una de las cosas que más me gusta de hacerte el amor, Sassenach. Los ruidos que haces.

Me sujetó más cerca y posé la frente en su cuello. De inmediato, el vaho brotó entre nosotros, resbaladizo como el agua cargada de azufre. Jamie hizo un ligero movimiento de caderas y respiré hondo para sofocar un nuevo gemido.

—Sí, así—murmuró con suavidad—. O... ¿así?

—Mmm —musité. Volvió a reír, pero siguió haciéndolo.

—Pensaba mucho en esto —comentó mientras subía y bajaba las manos por mi espalda y delineaba la curva de mis caderas—. En la prisión, por la noche, encadenado en un cuarto con una docena de hombres mientras escuchaba los ronquidos, lamentos y ruidos desagradables de los demás. Recordaba los sonidos tiernos que haces cuando te hago el amor y te sentía a mi lado en la oscuridad, con la respiración rápida y el gemido suave que profieres cuando te penetro por primera vez, como si te dispusieras a hacer tu trabajo.

Mi respiración, de hecho, ya era más acelerada. Sostenida por el agua densa y saturada de minerales, tenía la ligereza de una pluma aceitada. Lo único que me sujetaba eran mis manos en los hombros de Jamie y la tensión que ejercía sobre él más abajo.

—Mejor aún... —Su voz era un murmullo caliente en mi oído—... cuando te penetro con fiereza y ansiedad y gimes y forcejeas como si quisieras apartarte, pero sé que sólo pugnas por acercarte más y que yo estoy librando la misma batalla.

Sus manos exploraban con ternura y lentitud, como seduciendo a una trucha. Se deslizaban hacia mis nalgas y descendían para tantear y acariciar el tieso y excitado punto de unión. Me estremecí y exhalé con un jadeo involuntario.

—O cuando necesito penetrarte y tú me acoges en tu interior con un suspiro y un zumbido quieto, como un enjambre de abejas al sol, y me transportas al éxtasis con un gemido trémulo.

—Jamie —supliqué con voz ronca que retumbó en el agua—. Jamie, por favor.

—Todavía no, *mo duinne.* —Clavó las manos en mi cintura para acomodarme y retenerme. Me presionó hacia abajo hasta que gruñí. —Todavía no. Tenemos tiempo. Y quiero escucharte gemir así otra vez. Y que gimotees y solloces, aunque no quieras, porque no podrás evitarlo. Quiero hacerte suspirar, como si tu corazón estuviera a punto de romperse, y gritar de deseo y, por fin, estallar en mis brazos. Así sabré que te he dado placer.

El torrente surgió entre mis muslos y se disparó como un dardo hacia lo hondo de mis entrañas. Me aflojé y mis manos resbalaron laxas e indefensas de los hombros de Jamie. Mi espalda se arqueó y los redondos senos resbaladizos se aplastaron contra el pecho amplio. Temblé en la oscuridad caliente y Jamie me sostuvo para que no me ahogara.

Me desplomé contra él, blanda como una medusa. No sabía —ni me importaba— qué sonidos había emitido, pero me sentía incapaz de hablar con coherencia. Hasta que Jamie comenzó a mecerse otra vez con la fuerza de un tiburón debajo del agua oscura.

—No —protesté—. Jamie, no. No puedo soportarlo otra vez. —La sangre todavía palpitaba en las yemas de mis dedos y el movimiento en mi interior era una exquisita tortura.

—Puedes porque te amo. —Su voz emergía amortiguada por mi cabello mojado—. Y lo harás porque te deseo. Pero esta vez, lo haremos juntos.

Sujetó mis caderas con firmeza y me impulsó con la potencia de las corrientes submarinas. Me aplasté contra él, como las olas contra las rocas y fue a mi encuentro con la fuerza brutal del granito, mi ancla en el caos embestidor.

Líquida como el agua que nos rodeaba, contenida sólo por el marco de sus manos, grité, el suave y ahogado grito de un marinero al ser succionado por las olas. Y oí su propio grito, tan indefenso como el mío. Y supe que le había dado placer.

Trepamos con dificultad para salir de las entrañas de la tierra, húmedos y agitados, con los miembros flojos por el vino y el calor. Caí de rodillas en el primer rellano y Jamie, al tratar de ayudarme, cayó a mi lado en un amasijo de batas y piernas desnudas. Entre carcajadas, ebrios más de amor que de vino, avanzamos a cuatro patas, uno junto al otro. Nos entorpecíamos más que ayudarnos, dándonos suaves codazos y rebotando en el estrecho espacio, hasta aterrizar, abrazados, en el segundo rellano.

Aquí, un antiguo mirador sin vidrio se abría al cielo. La luz de la luna nos bañó en plata. Yacimos abrazados mientras nuestra piel húmeda se refrescaba en el aire del invierno y aguardábamos que nuestros corazones furiosos se serenaran y nuestros cuerpos jadeantes recobraran el aliento.

Era una luna de Navidad, tan grande que casi llenaba la ventanuca vacía. No parecía sorprendente que las mareas del mar y los períodos de la mujer se rigieran por las influencias de aquella orbe majestuosa, tan cercana y dominante.

Pero mis propios períodos ya no obedecían esos dictámenes castos y estériles. Y el conocimiento de mi libertad me recorrió la sangre como una ráfaga de peligro.

—También tengo un regalo para ti —murmuré a Jamie de pronto. Se volvió hacia mí y su mano grande y segura acarició mi vientre, aún plano.

—¿De veras?

Y el mundo estaba a nuestro alrededor, nuevo en sus infinitas posibilidades.

AGRADECIMIENTOS

LA AUTORA QUERRÍA AGRADECER a Jackie Cantor, editora por excelencia, cuyo entusiasmo tuvo mucho que ver con la publicación de esta historia; a Perry Knowlton, agente de criterio impecable, que dijo: «Adelante, cuenta la historia como debe ser contada. Después nos preocuparemos de recortarla»; a mi esposo, Doug Watkins, quien pese a pararse de tanto en tanto detrás de mi silla y comentar: «Si está ambientada en Escocia, ¿por qué nadie dice: "hola hombre"?», también pasó mucho tiempo persiguiendo a los niños y gritando: «¡Mamá está escribiendo! ¡Dejadla en paz!»; a mi hija Laura, por informar a una amiga con orgullo: «¡Mi madre escribe libros!»; a mi hijo Samuel, que cuando le preguntaron cómo se ganaba la vida su madre replicó con cautela: «Bueno, mira mucho el ordenador»; a mi hija Jennifer, quien dice: «¡Aparta mamá, ahora me toca escribir a mí!»; a Jerry O'Neill, primer lector y líder de los Entusiastas, y al resto de mi personal compuesto por el Cuarteto: Janet McConnaughey, Margaret J. Campbell y John L. Myers, que leen todo cuanto escribo y de ese modo me obligan a seguir haciéndolo; al doctor Gary Hoff, por verificar los detalles médicos y explicarme con amabilidad la manera correcta de encajar un hombro dislocado; a T. Lawrence Tuohy, por detalles de historia militar y de vestuario; a Robert Riffle, por explicar la diferencia entre betónica y brionia, alistar todos los tipos de nomeolvides conocidos por el hombre y confirmar que los álamos en efecto crecen en Escocia; a Virginia Kidd, por leer las primeras partes del manuscrito y animarme a que lo continuara; a Alex Krislov, por poner a mi disposición junto con otros operadores de sistemas la más extraordinaria incubadora de escritores y cócteles literarios electrónicos en el mundo: el Foro Literario CompuServe; y a los muchos miembros de LitForum —John Stith, John Simpson, John L. Myers, Judson Jerome, Angelia Dormán, Zilgia Quafay y al resto— por las canciones populares escocesas, la poesía amorosa latina y por reír (y llorar) en los lugares apropiados.

ESCANEADO POR ALPIÁN Y CORREGIDO POR RAVEN.